

NOTICIAS HISTORIALES

DE LAS

CONQUISTAS DE TIERRA FIRME

EN LAS

INDIAS OCCIDENTALES

POR Fr. PEDRO SIMON

DEL ORDEN DE SAN FRANCISCO DEL NUEVO REINO DE GRANADA



PRIMERA PARTE

EDICION HECHA SOBRE LA DE CUENCA DE 1626

BOGOTÁ

IMPRENTA DE MEDARDO RIVAS

1882

General
Prof. Moses' Purchase

NOTICIA SOBRE EL PADRE SIMON.

Fray Pedro Simon vino á América cerca de medio siglo despues que habian pasado los sucesos más importantes del descubrimiento, conoció y trató á algunos de los conquistadores de Antioquia, y cuando comenzó á colectar sus materiales, estaban todavía frescos en la memoria de muchos los hechos principales, que encontró además consignados en los archivos de su convento, en las memorias del Padre Medrano que ya hemos mencionado y que fué uno de los actores, y del Padre Aguado, cuarto provincial de San Francisco en 1573, religioso docto en teología y en matemáticas, que compuso dos libros sobre el descubrimiento, los cuales no se publicaron.

Nació el Padre Fray Pedro Simon en la Parrilla, obispado de Cuenca, en 1574, profesó y estudió con mucho lucimiento Humanidades en el convento de San Francisco de Cartagena de España, del que lo sacaron para establecer la enseñanza de Teología y Artes que hasta entónces no habia en el convento de su religion en Santafé, á donde llegó en 1604. Pocos años despues se formaron ya discípulos que lo reemplazaron en la cátedra. Pasó á Tota, cuya doctrina, como todas las del valle de Sogamoso, estaba á cargo de su órden. En 1623 fué electo Provincial, y en el mismo año comenzó á escribir sus Noticias Historiales, para las cuales habia acopiado materiales por muchos años, además de los que su propia experiencia le suministró en la jornada y reduccion de los Pijaos, á la cual acompañó en 1607 á D. Juan de Borja, Presidente de la Real Audiencia. Estuvo préviamente en Venezuela, como Visitador, y se embarcó en Coro para las Antillas, de donde volvió á Santafé. Hizo viajes á Antioquia, Cartagena y Santa Marta ántes de tomar la pluma para componer su historia, de la cual escribió los dos primeros tomos en año y medio, cercenando cuatro meses de aguda enfermedad de gota que interrumpió sus tareas. El primer volúmen, que fué el único que se imprimió, trata de las cosas de Venezuela y episodio del tirano Aguirre. La aprobacion está firmada por Fray Luis Tribaldos de Toledo, Cronista mayor de Indias, el 1.° de Abril de 1626, recomendando al P. Fray Pedro Simon como diligente investigador de la verdad, y el dia 9 del mismo mes se le despachó el real permiso para imprimir su libro, lo cual se verificó el año siguiente de 1627 * en Cuenca. Las otras dos

* La portada lleva el año de 1626. En el colofon aparece el de 27. (*El E.*)

partes, que existen solo manuscritas, contienen cada una tambien siete noticias historiales. La 2.ª se versa sobre los descubrimientos que se emprendieron por la orilla derecha del Magdalena, partiendo de Santa Marta. La 3.ª trata de todo lo tocante á Cartagena, Popayan, Antioquia y Chocó. Si exceptuamos los sucesos del Istmo de Panamá, la crónica del P. Fray Pedro Simon es la relacion más completa que hoy tenemos de los acontecimientos del siglo XVI en la Nueva Granada, y la más preciosa. Este religioso es un escritor concienzudo, que participa por cierto de las preocupaciones de su siglo, pero no más que su sucesor el Obispo Piedrahita, que escribió en Madrid medio siglo despues. Dice Fray Pedro Simon :

"Que habiendo visto la tierra toda, por no haber historia especial del descubrimiento de esta parte, porque aunque el Adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada, que fué el que descubrió este Reino, escribió su descubrimiento y cosas de él en unos tomos que intituló Ratos de Suezca, y el P. Fray Francisco Medrano, franciscano, comenzó á escribir y murió en la demanda, y en la del Dorado, yendo con el mismo Adelantado, y despues el P. Fray Pedro Aguado prosiguió la historia y la perfeccionó en dos buenos tomos que andan escritos de mano, y aun el P. Juan de Castellanos, beneficiado de la ciudad de Tunja, compuso en buen verso mucho de las cosas de estas tierras y sus conquistas, todo esto se ha quedado en embrion, y todo se está sepultando con los deseos de los curiosos que quisieran saber de estas cosas, en especial los que han nacido y habitan estas tierras, están atormentados, no hallando camino por donde cumplirlos, y saber las cosas de sus antepasados, de quien ellos descienden. Este, pues, pretendo abrir para todos, poniendo diligencia en buscar memoriales (que no me ha costado poco) y la mano á la pluma despues de los años que he gastado en estas tierras."

El estilo de Fray Pedro Simon es, segun se ve, sencillo, sin pretension de imitar á los historiadores clásicos ; ha tomado mucho de Castellanos, como se puede advertir comparando la 2.ª y 3.ª parte que de éste tenemos, y es de suponer que lo mismo haria respecto de la 4.ª parte que se ha perdido. Hay errores en la relación de los primeros descubrimientos de nuestras costas, que afortunadamente describieron historiadores más antiguos.

Como respecto de Castellanos y de Cieza, ignoramos tambien la época y el lugar de la muerte de Fray Pedro Simon, que se infiere sin embargo haber sido en España, á donde pasó á dar calor á la impresion de sus libros, cuyos manuscritos desaparecieron allá, puesto que el historiógrafo Muñoz hizo copiar en Bogotá de real órden las dos partes inéditas que hoy existen, segun aparece de una nota de la copia que está depositada en Madrid en la Academia de la Historia.

Joaquin Acosta.

Compendio Histórico, pag. 379.

PRÓLOGO DEL EDITOR.

LA fortuna y la ciencia que el hombre alcanza en la sociedad són favores supremos que ella le concede, pero no bienes absolutos de los cuales pueda él solo disfrutar sin dar cuenta rigurosa, conforme á la ley, á la moral y al bien público, del empleo que de ellos haga, pues debe devolver á su patria y á la generacion á que pertenece, en beneficios, en ciencia ó en virtudes prácticas, algo de lo que la sociedad generosamente le ha otorgado.

"Servir á la patria haciéndole el sacrificio de la vida si fuere necesario," fué el principal deber que nuestros padres, los fundadores de la República, impusieron á los ciudadanos de Colombia al expedir la primera Constitucion; y en todas las condiciones de la vida este deber ha de figurar al lado de los que imponen la religion, la moral y las buenas costumbres.

Largos años de sangrientas luchas, entre odios y rencores, ha pasado la República: confundidos están los huesos de unos y otros combatientes en los campos de batalla, para mostrar á las nuevas generaciones la miseria de nuestras querellas; y el desengaño cruel de los que viven, manifiesta lo estéril del sacrificio ofrecido por todos como un deber al monstruo de las revoluciones.

En la era de calma y de grandeza qué se abre ya para el país, quise ofrecer á la sociedad, á la que estoy agradecido, y á la patria, á quien amo, un tributo digno de los bienes que me han dado y del cariño que les profeso, publicando en el establecimiento tipográfico de que soy dueño, las "Obras Históricas de Colombia," es decir, cuanto hay de poético en su orígen, de maravilloso en la Conquista, de titánico en la Independencia y de sublime en la fundacion de la República; queriendo levantar así, no con mis fuerzas de pigmeo, sino con las de todos los historiadores en tres siglos, un monumento digno de las letras y de las glorias de Colombia.

De estas obras hay muchas inéditas, y de algunas solo existen uno ó dos ejemplares; y son tan importantes, encierran tanta enseñanza y tienen tanto mérito, que quisiera fueran estudiadas por todos los niños, para que, con el ejemplo de

nuestros grandes antepasados, levantaran su alma y fortificaran su corazon para hacerse dignos de la mision que les señala el porvenir.

En el año próximo anterior publiqué la "Historia de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada," por el doctor D. Lúcas Fernández Piedrahíta, en edicion hecha sobre la de Amberes de 1688, obra importante que fué precedida de un erudito Prólogo escrito generosa y expontáneamente por el señor Miguel A. Caro, en que recomienda los estudios históricos, exalta el interés de la Conquista de América y elogia el mérito del libro,—servicio que he agradecido debidamente; y el favor con que el público la recibió, excedió en mucho á mis esperanzas, pues no solo obtuve gran número de suscritores, sino tambien la proteccion del Gobierno de la Union y la de los Estados de Antioquia, Cundinamarca, Santander y Tolima, que juzgando de utilidad comun la empresa, se sirvieron auxiliarla.

He dado preferencia á la publicacion de las obras relativas á la Conquista, porque lo que se refiere al orígen de un pueblo despierta ese entusiasmo que inspiró á Virgilio para cantar el orígen del pueblo romano; porque la ciencia necesita de las tradiciones conservadas en aquellas obras para resolver los varios problemas, que áun no han tenido solucion, sobre la edad del Nuevo Mundo, el orígen de la raza humana que aquí se encontró y el principio de su civilizacion; y porque la Conquista es un poema histórico de grande importancia y de variados y casi fabulosos incidentes.

La Historia es la Nemesis armada de la justa cólera de los cielos para castigar, no solo al ambicioso, al fanático, al avaro, al tirano, al sanguinario, sino tambien á todos los hombres de una generacion que tales vicios y delitos permitieron. Implacable, escarva los sepulcros y arroja las cenizas al viento de la posteridad; y jamás satisfecha, cuando ya no encuentra ni sepulcros ni nombres, persigue la memoria de una nación culpable, y la afrenta y la escarnece para enseñanza de las otras.

Pero la historia no es el relato que escrito está en los libros: eco de las pasiones é intereses de una época, retrato de un hombre hecho con los colores que el pintor conoció en su tiempo, risas y lágrimas que quieren perpetuarse, fama efímera que aspira á la inmortalidad. No: la Historia es el juicio recto é imparcial que la humanidad dicta después sobre los hombres ó los acontecimientos de una nacion ó de una época; y con frecuencia esta Historia infama á los dioses que fueron adorados y cuyo culto está ostentosamente relatado; condena como crímenes las falsas virtudes exaltadas; santifica como mártires á los desgraciados que fueron considerados delincuentes y llevados al cadalso; relega al olvido, como indignos de figurar en la posteridad, á muchos hombres que llenaron un siglo con su fama y cuyos hechos se han escrito sobre bronce, é inmortaliza los de aquellos que han sabido guiar á los pueblos en su triste peregrinación sobre la tierra.

La Historia de la Conquista del Nuevo Mundo no está aún juzgada, ni se han apreciado debidamente las hazañas de aquellos hombres extraordinarios que, al solo oir que se habia descubierto un mundo, dejan patria, familia y porvenir, se

lanzan en el mar ignoto, llegan á América, se internan en las montañas llenas de monstruos, atraviesan los caudalosos rios, y con la cruz en alto levantada, predican la fe en Jesucristo: que armados como antiguos caballeros, vencen y someten á infinidad de naciones poderosas, y devorados por la implacable avaricia, talan, roban y asesinan, buscando oro; pero todos juntos descubriendo, dominando y sometiendo un mundo, que ofrecen como tributo al Rey de España. Esta historia nos enseña cuánto alcanza una voluntad decidida en servicio de un pensamiento enérgico, á nosotros, hijos suyos que miramos con horror el desierto, y nos muestra tambien que la traicion, la crueldad y la violencia, áun empleadas para obtener un grandioso resultado, inspiran siempre horror á la conciencia de la humanidad. ¡ Leccion terrible para los que vivimos en guerras civiles, devorados por el odio !

Robertson se hizo inmortal con la "Historia de América," y "La Vida de Colon," de Washington Irwing, ha sido vertida á todos los idiomas conocidos, yendo los españoles á estudiar y conocer en estos libros la vida de sus mayores. Y Fray Pedro Simon, que escribió, hace ya tres siglos, sobre el teatro mismo de los acontecimientos; que conoció á muchos de los héroes y á otros personajes de cuya boca recogió la verdad y mil crónicas interesantes ; el sabio y virtuoso fraile que escribió las "Noticias Historiales de las Conquistas de tierra firme en las Indias Occidentales," solo alcanzó á ver impreso un tomo de sus obras, del cual existe un ejemplar; los otros dos tomos permanecen inéditos y yacen olvidados en la Biblioteca nacional de Bogotá, expuestos á que la rapacidad en las revoluciones, un incendio, ú otro cualquier accidente, los destruya, perdiéndose así un rico tesoro, del cual nos pedirá cuenta la posteridad.

La maldicion que abate á una nacion cuando ha llenado la medida de sus crímenes, alcanza á todos sus hijos y los persigue implacable como el destino antiguo; y ésta fué la suerte de España por haber expulsado á los moros, perseguido á los judíos y devorado, como Saturno, á sus propios hijos, con la inquisicion, las guerras intestinas y un despotismo cruel ; por haber herido á las otras naciones para satisfacer el loco sueño de la monarquía universal de Cárlos V, y por haber despoblado la América por avaricia. La altiva reina vió su corona envilecida y hollada; sus mejores joyas arrebatadas por otras naciones, sin poderlas defender; y humillada y pobre vió tambien huir la industria de su suelo, el comercio de sus puertos, y á sus hijos, peregrinos eternos, condenados á presenciar la grandeza y prosperidad de sus rivales.

Cuando la fria y brumosa Inglaterra, llena de pantanos, estaba casi salvaje ; cuando Enrique VIII vengaba en sus mujeres las afrentas que de España recibia, y su escuadra apénas se alejaba del canal de la Mancha, temiendo á la de Holanda ; cuando sus puertos eran solo conocidos por los desembarcos que en ellos habian hecho los normandos para conquistarla y los daneses para humillarla, ¿qué era la España ?

Ah! La España era la legítima señora del mundo, por los servicios que habia prestado á la civilizacion.

La España, situada bajo el más hermoso cielo del orbe, en la Península Ibérica, bañada al Levante por el Mediterráneo y al Occidente por el Atlántico, separada del Africa, á la que dominaba, solo por el estrecho de Gibraltar, era dueña de Tanger y de Serpa; poseía á Gibraltar, y, segun queria, abria ó cerraba este estrecho y hacia del Mediterráneo un mar para todos ó un lago interno que le pertenecia. Tenia sobre este mar veintiocho puertos, á donde llegaban como tributo las riquezas de Oriente, y treinta sobre el Atlántico, de donde mandaba sus invencibles armadas á hacer expediciones y á dominar el mundo, llevando la fe en Cristo, la riqueza y todos los bienes de la civilizacion.

Poseía en Africa, conquistados por ella, el Peñon de los Vélez, Melilla, Oran, Marzacabil, Nazagan y toda la costa desde el cabo Aguirre hasta el Gardafú. En Asia era señora de Malaca, de Ormus y Goa; gobernaba los reinos de Camanor, la Cochinilla y Colan, y dominaba toda la costa del Océano Indico.

Tenia en el mar innumerables islas: las Baleares, las Canarias, las Filipinas, las Azores, Santo Puerto, la isla de Madera, Cabo-verde, la isla de Dios, Mozambique, Ceilan, todas las islas del mar del Norte, y cuantas hasta entónces fueron conocidas.

Recibian sus leyes los Países Bajos, Nápoles, Sicilia y la mitad de Francia.

Y cuando el turco salió del fondo del Asia, bárbaro y feroz, y avanzó, sin que nada pudiera resistirle, incendiando las ciudades, talando los campos, esterilizando el suelo y difundiendo la peste; cuando ya se habia instalado en Constantinopla, esclavizado la Grecia, dominado el Danubio, echado á los caballeros de Malta, asolado las costas de Italia, y cuando iba á colocar el estandarte de la Media luna en el centro de la Europa, la España manda á don Juan de Austria, y en la batalla de Lepanto, el dia 9 de Marzo de 1571, vence al infiel y salva la civilizacion cristiana.

No contenta con esto, hace lo que Génova no habia querido, lo que Inglaterra no habia podido, lo que Portugal no habia osado: auxilia á Cristóbal Colon en aventuradas expediciones, en locas empresas; y Colon vuelve á España con la noticia del descubrimiento de un Nuevo Mundo; mundo que la ingratitud y el destino apellidaron América.

La historia de los que descubrieron, conquistaron y colonizaron la parte de este Nuevo Mundo que se llamó Tierra firme, el territorio de la antigua Colombia, nuestra propia tierra, fué la que escribió el padre Pedro Simon, hace ya tres siglos; y con tanta verdad, tal primor y tan sabroso lenguaje, que el pensamiento se embebece en la lectura, la que aumenta el interes á cada instante.

El asunto lo merece, porque la Historia de la Conquista es una relacion no interrumpida de prodigios, y porque debe considerarse que los ingleses, al colonizar la América del Norte, acabaron con la raza americana y fundaron para ellos solos la Nueva Inglaterra, miéntras que los españoles hicieron

de los indios hombres civilizados, propios para la industria é instruidos en los deberes civiles, religiosos y sociales; se establecieron entre ellos, mezclando su sangre con la de la raza conquistada; dieron á los colonos, suavizándolas, las mismas leyes que regian en la Metrópoli; tuvieron religion y tribunales iguales; eligieron mandatarios sujetos á las reglas eternas de la justicia; y fundaron el Nuevo Reino de Granada, igual á los que se llamaban en España de Aragon ó de Galicia.

En la conquista el esfuerzo humano no tuvo límites: los conquistadores, marchando siempre adelante, devorados por las fiebres, el hambre y la miseria, llevaron su heroismo á tal extremo, que la muerte en América habia perdido todo su horror y parecia un pasatiempo.

Un siglo bastó para concluir la obra de la conquista y de la civilizacion de estas regiones; y al cabo de este tiempo la lengua de Castilla se hablaba en medio del desierto, la cruz se ostentaba sobre magníficas catedrales, y las ciudades de Cartagena, Quito, Santafé y Carácas eran grandes centros de civilizacion, donde regian los usos, trajes, modas y lujo de Madrid.

¡ Gloria á los mártires y misioneros, honor á los guerreros, gratitud á los sabios y á los benefactores de los indios!

Léjos de mí el pensamiento de justificar la sangrienta crueldad de los españoles; el padre Simon, en su historia, la condena; pero ella tiene explicacion en la necesidad de inspirar terror para dominar á las numerosísimas naciones que poblaban la América, y contra las cuales era insignificante el puñado de españoles que acometieron la conquista. ¿ En qué época, en qué país no se ha apelado al terror para imponerse á una fuerza superior?

Los ingleses son una nacion civilizada y cristiana, y, sin embargo, en la India, para contener á los Cipayos, apelaron al terror y obligaron á los hijos á que prendiesen los cañones á cuya boca estaban atados sus padres, y á las mujeres á recibir el bautismo de la sangre vertida por sus maridos. La revolucion francesa, cuando se encontró débil para resistir á la reaccion, cuando fué acometida por los reyes y por los poderosos, apeló al terror y levantó en las calles la sangrienta guillotina.

Toda historia palidece ante la historia del descubrimiento y conquista de la América, porque en ella hay el interés de la sorpresa que causó el hallazgo de un mundo que, como Vénus, salia de entre las ondas del mar; mundo que tiene montes de plata, rios que arrastran oro, ricas minas de diamantes y esmeraldas, inmensos bosques de cacao, de quina y de caucho, aves de magníficos colores que hablan como el hombre, donde el hombre, el dulce indio, no se parece al resto de la humanidad, y, en fin, donde todo, animales, plantas, cordilleras, tiene un sello de juventud y de grandeza especiales, distinto de lo conocido en el antiguo continente.

Aquellos hombres de la raza española, de la raza del valor, de la energía, de la altivez, de la generosidad, de las aventuras, de los sueños, encontraron un campo anchísimo abierto á su ardimiento, un teatro propio á su ambicion, abundante

oro para saciar su codicia, y lo que no existia lo crearon en su mente ; soñaron con imperios y reinos para cada uno de ellos, con fuentes de inmortalidad para vivir eternamente en ese paraíso, y ardiendo en celo religioso y en pos de sus quimeras, se lanzaron por millares en busca de poder, de gloria y de fortuna, y muchos de ellos no hallaron sino la miseria, la muerte.

Nada puede haber en las obras de la imaginacion superior al idilio encantado en que vivió la raza indígena hasta el descubrimiento. La Eva india, hermosa y llena de encantos, que el pudor no recata; dulce, amante y cariñosa, al lado del apacible indio, formando juntos su universo, trabajando unidos en una civilizacion propia, ignorándolo todo, ignorados de todos, vivian felices con su libertad, su salud y su inocencia.

Juzgo que en las novelas de aventuras de Julio Verne, que tanto han llamado la atencion, no hay una aventura igual á la historia verdadera del tirano Aguirre, contada por el padre Simon; una vez empezada, es imposible no seguir la relacion de los hechos de ese formidable bandido, que bajo las órdenes de Pedro de Ursua sale del Perú á explorar el Amazonas ; que mata á su jefe y hace nombrar Príncipe del Perú á don Fernando de Guzman ; lo asesina y se proclama *Jefe de los Marañones ;* declara la guerra á Dios, al Rey y á la humanidad ; baja el Marañon, en cuyas bocas perece parte de la expedicion ; llega al mar y en él se lanza en miserables canoas ; lo atraviesa y llega á la isla de Margarita en Venezuela; se apodera de un fuerte, continúa la guerra, asuela el país, diezma por desconfianzas su gente, asesina sacerdotes, mujeres y niños, hace temblar la capitanía general de Venezuela,alarma al Nuevo Reino de Granada, y en todo el continente lo aguardan y lo temen; abandona la isla y llega á la Tierra firme, donde continúa la guerra y deja un gran reguero de cadáveres de sus mismos compañeros, hasta que al fin, traicionado y vendido, asesina á su propia hija "para que no se oiga llamar hija del traidor por los españoles," y se resigna á que los vencedores purguen la tierra de un monstruo.

La proclama dirigida á sus soldados en presencia de los cadáveres del Gobernador de Margarita y de otros á quienes acaba de asesinar, bastará para formar una idea de aquel bandido fabuloso.

" Bien veis, Marañones, les dice, en estos cuerpos muertos que teneis delante los ojos, que demás de las maldades que hicísteis en el rio Marañon matando á vuestro Gobernador Pedro de Ursua y á su Teniente don Juan de Várgas, y haciendo Príncipe á don Fernando de Guzman, y jurándolo como á tal os desnaturalizásteis de los Reinos de Castilla y negásteis al Rey don Felipe debajo del juramento que hicísteis ; prometísteis hacerle guerra perpetua toda vuestra vida, firmándolo así de vuestros nombres, y añadiendo despues delitos á delitos, matásteis á vuestro propio Príncipe y señor y á otros muchos capitanes y soldados, á un clérigo de misa y á una mujer noble ; y venidos á esta isla, la robásteis, tomando y repartiendo entre vosotros todos los bienes que habeis hallado en ella, así de don Felipe, Rey de España, como de otros particulares, rompiendo sus libros de cuentas

y haciendo otras graves maldades ; habeis ahora muerto, como lo veis, otro Gobernador, un Alcalde y un Regidor, un Alguacil mayor y otras personas que aquí teneis á los ojos. Por tanto, cada uno los abra y mire por sí, no le engañe alguna vana confianza, pues habiendo hecho tantas y tan graves maldades y atroces delitos, es cierto no os podrá sufrir seguros ninguna parte del mundo sino en mi compañía ; pues dado caso que el Rey os perdone, los deudos y parientes de los muertos os han de seguir hasta dar fin de vuestras personas. Por lo cual os aconsejo que no apartándoos de mi compañía, vendais bien vuestras vidas en la ocasion que se os ofreciere perderlas, haciéndoos una misma cosa los unos con los otros, pues contra tal union y compañía todas las fuerzas que se quisieren levantar contra nosotros serán muy menores para desbaratarnos, advierta cada cual en lo que digo, pues no le va ménos que la vida."

En cuanto al estilo empleado por el padre Simon, es tan natural como lo exige Fenelon. "La historia, dice este sabio, pierde mucho cuando se la quiere adornar. Nada es más digno de Ciceron que la siguiente observacion sobre los comentarios. *Comentarios quosdam scripsi rerum suarum valde quidem probandos, nudi enim sunt recti et venusti omni ornatu orationis, tunquam veste detracta. Sed dum voluit alius habere parata, unde sumerent qui vellent scribire historiam, ineptis gratum fortase fecit qui volant illa calamistris inucere sanos quidem hominis á scribendo deterruit.* Los bellos espíritus desprecian la historia desnuda y quieren vestirla con bordados y rizos. Este es el error *ineptis*. El hombre juicioso y de gusto delicado cree que nada es más hermoso que esta desnudez, noble y majestuosa."

La mente pública, hasta ayer profundamente preocupada con la política ardiente y colérica en que vivimos, desechaba aquellos estudios que no fueran los referentes á la mayor ó menor libertad de los pueblos y á la manera como debieran constituirse los gobiernos ; pero hoy ya parece dirigirse en diverso sentido, y los estudios históricos llaman la atencion, no del pueblo, que desgraciadamente áun no puede pensar más que en el trabajo, sino del círculo literario que en todas partes se hace el centro de la civilización; del público que se cree capaz de juzgar del mérito é interés de las obras, y que es el elemento activo de todas las naciones que se levantan.

Quiero ayudar á esta obra nacional que espíritus generosos han emprendido, dando á la juventud obras sérias, y he preferido las de Historia, porque sé que el estudio de lo pasado ayuda á calmar las pasiones del presente. Ojalá que la publicación de las " Obras Históricas de Colombia " sirva en algo á mi patria, y merezca un recuerdo de las generaciones venideras.

Bogotá, Junio 18 de 1882.

MEDARDO RIVAS.



LICENCIA.

FRAY Juan Venido, padre de la Orden, confesor de la Serenísima Infanta de España y Comisario general de las Indias, de la Orden de San Francisco, al padre fray Pedro Simon, Ministro Provincial de nuestra Provincia del Nuevo Reino de Granada, salud y paz en el Señor. Por cuanto de nuestra Orden y comision, el padre fray Pedro de Tebar, Predicador Conventual de la Provincia de Castilla, ha visto el primer tomo de las Noticias Historiales de Tierrafirme que vuesa Paternidad ha compuesto, y por su censura parece será útil se imprima, por tanto damos á vuesa Paternidad nuestra licencia, para que teniendo la del Rey Nuestro Señor, pueda imprimir el dicho primer tomo, y no de otra manera. Dada en San Francisco de Madrid, á 18 de Febrero de 1625.

FRAY JUAN VENIDO,
Comisario general de Indias.

APROBACION.

ESTA primera parte de las Noticias Historiales de la Conquista de Tierrafirme en las Indias Occidentales, escritas por el padre fray Pedro Simon, he visto por mandado del Consejo Real de su Majestad con cuidado y gusto particular, y hallo que trae consigo esta obra la recomendacion, que basta para hacerla célebre, sin tener cosa que perjudique al servicio de Dios ni al de su Majestad, ni ofenda á las buenas y cristianas costumbres ; su método, estilo y diligencia en inestipar la verdad, son singulares y no temen competencia, por tener todas las buenas calidades que en esto se requieren : y así con justicia y razon puede su Majestad conceder la licencia que pide, para estampar estos trabajos, dignos de agradecimiento y recompensa, porque serán de grande consideracion, asi para el servicio de su Majestad, como para alentar á sus vasallos, que le sirvan en semejantes empresas, siguiéndoseles á los que con valor, en aumento de nuestra santa fé, se emplean, honra y notorio interés para sus casas y nacion, y por ser de este parecer, lo firmo en Madrid, á 1.º de Abril de 1626.

FRAY LUIS TRIBALDOS DE TOLEDO,
Cronista mayor de Indias.

EL REY.

POR cuanto por parte de vos fray Pedro Simon, Lector de Teología, Jubilado, Cualificador del Santo Oficio y Ministro Provincial de la Provincia del Nuevo Reino de Granada de las Indias, de la Orden de San Francisco, nos fué hecha relacion que vos habíais compuesto un libro intitulado Noticias Historiales de Tierrafirme, de que ante los del nuestro Consejo fué hecha presentacion, el cual era muy útil y provechoso y nos fué pedido y suplicado os mandásemos dar licencia para poderle imprimir, y privilegio por diez años o como la nuestra merced fuese ; lo cual visto por los del nuestro Consejo y como por su mandado se hicieron las diligencias que la premática por Nos últimamente hecha sobre la impresion de los libros dispone, fué acordado que debiamos mandar dar esta nuestra cédula para vos, so la dicha razon, y Nos tuvímoslo por bien ; por lo cual os damos licencia y facultad para que por tiempo de diez años, primeros siguientes que corran y se cuenten desde el dia de la fecha de ella, vos ó la persona que vuestro poder hubiero, y no otro alguno, podais imprimir y vender dicho libro, que de su uso se hace mencion por el original, que en el mi Consejo se vió, que va rubricado y firmado al fin de Lázaro de Rios Angulo, mi Secretario, que por nuestro mandado hace oficio de escribano de Cámara de los que en él residen, con que ántes que se venda lo traigais ante ellos juntamente con el dicho original, para que se vea si la dicha impresion está conforme á él y traigais fé en pública forma, en como por corrector por Nos nombrado, se vió y corrigió la dicha impresion por su original, y mandamos al impresor que imprimiere el dicho libro, no imprima el principio y primer pliego ni entregue mas de un solo libro con el original al autor ó persona á cuya costa se

imprimiere y no otro alguno, para efecto de la dicha correccion y tasa, hasta que primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del mi Consejo, y estando así y no de otra manera, pueda imprimir el dicho libro principio y primer pliego, en el cual seguidamente se ponga esta licencia y privilegio y la aprobacion, tasa y erratas, so pena de caer é incurrir en las penas contenidas en la premática y leyes de nuestros Reinos que sobre ello disponen; y mandamos que durante el dicho tiempo de los dichos diez años, persona alguna sin vuestra licencia no le pueda imprimir ni vender, so pena que el que lo imprimiere haya perdido y pierda todos y cualesquier libros, moldes y aparejos que del dicho libro tuviere y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís, la cual dicha pena sea la tercia parte para la nuestra Cámara y la otra tercia parte para el Juez que lo sentenciare y la otra tercia parte para la persona que lo denunciare; y mandamos á los del mi Consejo, Presidente y Oidores de las nuestras Audiencias, Alcaldes, Alguaciles de la nuestra casa y Corte y Chancillerías y á todos los Corregidores, Asistente, Gobernadores, Alcaldes mayores y ordinarios y otros Jueces y Justicias cualesquier de todas las ciudades, villas y lugares de nuestros Reinos y señoríos, que vos guarden y cumplan esta nuestra cédula, y contra su tenor y forma no vayan ni pasen en manera alguna. Fecha en Barcelona, á nueve dias del mes de Abril de 1626 años.

YO EL REY.

Por mandado del Rey Nuestro Señor, DON SEBASTIAN DE CONTRÉRAS.

FE DE LAS ERRATAS.

ESTE libro, intitulado Noticias Historiales de las Conquistas de Tierrafirme, compuesto por el padre fray Pedro Simon, Religioso de la Orden de San Francisco, está bien y fielmente impreso con su original. En Madrid, á 17 de Febrero de 1627 años.

EL LICENCIADO MURCIA DE LA LLANA.

TASA.

YO Lázaro de Rios, Secretario del Rey Nuestro Señor, que por mandado hago oficio de escribano de Cámara de los que en su Consejo residen, certifico que habiéndose visto por los Señores de él un libro intitulado Noticias Historiales de Tierrafirme, compuesto por fray Pedro Simon, Lector de Teología, Jubilado, Cualificador del Santo Oficio y Ministro Provincial de la Provincia del Nuevo Reino de Granada de las Indias, de la Orden de San Francisco, que con licencia de los dichos Señores fué impreso, tasaron cada pliego de los del dicho libro á cuatro maravedís y parece tener ciento y sesenta y ocho pliegos, sin los principios y tablas, que al dicho precio, monta seiscientos y sesenta y dos maravedís y á este precio y no más mandaron se venda y que esta tasa se asiente y ponga al principio de cada libro de los que se imprimieren, como consta del decreto de la dicha tasa á que me refiero: y para que de ello conste, doy la presente, en la villa de Madrid, á veinte y tres dias del mes de Febrero de 1627 años.

LÁZARO DE RIOS.

Este libro tiene ciento y ochenta y dos pliegos, que monta, segun la tasa, á veinte y un reales catorce maravedís en papel.

EL REY.

POR cuanto por parte de vos fray Pedro Simon, Ministro Provincial de la Provincia del Nuevo Reino de Granada, de la Orden de San Francisco, me ha sido hecha relacion que vos habíais compuesto un tomo de libro de las Noticias Historiales de Tierrafirme, en el cual habíais puesto mucho trabajo, suplicásteme atento á ello, os mandase dar licencia y facultad para que vos ó la persona que vuestro poder hubiese, pudiese imprimir, llevar y vender en las mis Indias, Islas y Tierrafirme del mar Océano, el dicho libro, por tiempo de diez años; y habiéndose visto por los del mi Consejo de las Indias y héchose por su órden las diligencias que por leyes y premáticas de estos Reinos está dispuesto acerca de ello, lo

he tenido por bien y por la presente doy licencia y facultad á vos el dicho fray Pedro Simon, para que por tiempo de diez años, primeros siguientes que corran y se cuenten desde el dia de la fecha de esta mi cédula en adelante, podais vos y las personas que tuvieren vuestro poder, imprimir el dicho libro y venderle en las dichas mis Indias, Islas y Tierrafirme del mar Océano ; y mando y defiendo, que durante el tiempo de los diez años, otras algunas ni ningunas personas de cualquier estado y condicion que sean, Eclesiásticas ni Seglares, no sean osadas á imprimir ni hacer imprimir el dicho libro ni venderlo en las dichas Indias, sino vos el dicho fray Pedro Simon y las personas que para ello el dicho vuestro poder hubieren, so pena que cualquier otra persona ó personas que sin tener para ello vuestro poder y licencia durante el dicho tiempo, lo imprimieren ó hicieren imprimir ó vender en las dichas mis Indias, pierdan por el mismo caso y hecho la impresion que hicieren y los moldes y aparejos y libros que imprimieren y demás de esto incurran cada uno de ellos en pena de cincuenta mil maravedís cada vez que lo contrario hicieren, aplicados la mitad para mi Cámara y fisco y la otra mitad para vos el dicho fray Pedro Simon : la cual dicha merced os hago con tanto que ántes que comenceis á vender el dicho libro, se hagan por vuestra parte las diligencias que por las dichas premáticas y leyes de estos Reinos está dispuesto se hagan, despues de la impresion de los libros, ántes que se vendan y con que hayais de vender y vendais cada pliego de molde del dicho libro, en las Provincias del Perú á quince maravedís, en el Nuevo Reino de Granada y Provincia de Popayan á doce maravedís y en la de Chile á diez y ocho maravedís ; en la Nueva España, Nueva Galicia y Guatemala y Provincia de Honduras y Yucatan, Tierrafirme y Nicaragua, Venezuela y Cartagena, Cabo de la Vela, Isla Española, San Juan de Ulua, á diez maravedís, que es el precio á que está tasado por los del dicho mi Consejo de las Indias, y mando al Presidente y á los del dicho mi Consejo y á los Presidentes y Oidores de las mis Audiencias Reales de las dichas mis Indias, Islas y Tierrafirme del mar Océano y á todos los Jueces y Justicias de todas las Ciudades, Villas y lugares de ellas ; así á los que ahora son, como á los que en adelante fueren, que guarden, cumplan y hagan guardar y cumplir esta mi cédula y lo en ella contenido, y contra el tenor y forma de ella no vayan ni pasen, ni consientan ir ni pasar en tiempo alguno ni por alguna manera. Fecha en Madrid, á veinte y dos de Junio de mil seiscientos y veinte y cinco años.

YO EL REY.

Por mandado del Rey Nuestro Señor, PEDRO DE LEDESMA.

A NUESTRO INVICTÍSIMO CÉSAR

Y SUPREMO MONARCA DEL ANTIGUO Y NUEVO MUNDO, FELIPE CUARTO, REY DE ESPAÑA, EN SU REAL Y SUPREMO CONSEJO DE LAS INDIAS.

EL más acertado fin que han descubierto los desvelos que me han ocupado algunas bien empleadas horas (gastadas en la dedicatoria de esta mi obra), ha sido el determinarme á volver á su centro las facciones y conquistas que trato en ella, que es vuestra Sacra y Real Majestad en vuestro Supremo y Real Consejo de este Nuevo Mundo : medida y forma de los muchos que en él están fundados y de todas las acciones que con acierto se aprenden en estas tierras ; porque si es de la naturaleza del limpio espejo retornar al sol como á su centro los rayos con que dora su frente, en agradecimiento del lustre que recibe de ellos, imitando yo en esto á la naturaleza, las obras heróicas de varones ilustres, que tanto con su sangre han acrecentado los términos de la Iglesia y de la Real Corona de Vuestra Majestad, á dónde los podria retornar con más seguro que á la Real persona de Vuestra Majestad en su Real y Supremo Consejo ? de dónde ha dimanado el poder y órden para hechos tan célebres y dignos de vasallos de un tan Supremo y dichoso Rey, como ellos dichosos en serlos suyos ? á cuyo amparo lo hallarán estos claros hechos y la historia que los cuenta ; pues no hay donde mayor y más cierta conservacion tengan las cosas que en su centro, como la tendrán en las Reales manos de Vuestra Majestad y las de este tan acertado Tribunal. Que todo lo ampare el cielo con los acrecentamientos que hasta aquí y mayores colmos de felicidad. En esta ciudad de Santafé, cabeza del Nuevo Reino de Granada en las Indias y Nuevo Mundo.

FRAY PEDRO SIMON.

PRÓLOGO AL LECTOR

BIEN pienso lector amigo (y entiendo que pienso bien) que si me atemorizara veneno de lenguas me fuera partido en el vuelo que doy, como los demás pasando por las cosas de este mundo imitan al que dan las grullas al pasar el monte Taurxino, por donde llevan una piedra en el pico para no poder, aunque quieran, graznar, por excusar con esto el peligro que de no hacerlo así se les seguiria de las serpientes aladas que crian en aquellas tierras, de donde se levantan volando al graznido de las aves y siguiéndolas las despedazan con venenosas uñas y dientes. Pero ni esto temo ni á estómagos enfermizos, que por bien guisado que esté el manjar no lo pueden tragar estando la falta en ellos y no en él ni en quien lo guisó ; porque fines más superiores que me han movido á escribir esta historia, me han hecho desde mis primeros pasos dejar estos estropiezos mui atrás, sin hacer caso de ellos, por ser tan de poca importancia ; en especial, si son ya sus mañas andar mortificándolo todo ; porque jamás lo harás por ocuparte en tu oficio y costumbre, que por la razon que hallaras para excitarlo ; y así si eres de esta condicion, mayor blason haré en que digas mal de mi obra, que si dijeras bien ; no digo que ella será tal que le falten mis faltas ó sobras (que todo es malo) al fin como mia ; pero tampoco niego que en este mundo no puede haber obra tan sin ellas y perfecta que no las lleve y se le puedan hacer adiciones á la márgen, y nunca me ha pasado por el pensamiento agradar con ésta á todos, porque fuera esto tentar un imposible, pues corren los gustos al paso de la desconformidad de los rostros en que siempre se halla y así solo me contentaré (sacando verdades en limpio) agradar en algo algunos que lo están en el entendimiento, aunque lo mismo se desagraden otros. Pues cosa cierta ha de ser así, aunque yo pretenda otra cosa, porque con lo que unos viven otros mueren, y la mitad del mundo se anda riendo de la otra mitad; de donde sucederá que si tú te rieres de algo de mi obra, si es en secreto, no me ofendes, porque debajo de mi manto al Rey mato, y si en público otro se reirá de tí, gustando de lo que tú aborreces, con que quedaremos en paz, pues solo por contradecirte á tí tendré mil que me defiendan.

Aunque no se me ha olvidado el enfado que me dan los prolijos prólogos de los libros y pienso lo darán tambien á otros, no podré excusar el alagarme un poco en éste declarando qué sea historia y sus fines, cosa que he juzgado por importante y necesaria, por ser tan pocos los que hallo la traten con fundamento, y tantos los que sin él, ni saber la esencia de la historia, se ponen muchas veces á escribirla, de más que no se podrá notar de largo este mi pensamiento en su efecto, pues siendo la historia de mis tres tomos de más de mil hojas, tres más, poco enfado podrán añadir, siendo en especial para su mayor perfección : y como dijo Marcial, no es largo y prolijo aquello á quien no se le puede quitar cosa que no le haga falta.

No me ha cansado el desuelo en españolizar tan á lo ciceroniano el lenguaje español, como él hizo el latino, por saber con desengaño no ser obra ésta de muchos dias, aun en el más desuelado, pues es cierto que en poco se ha de envejecer el más cortado y cortesano y ladino modo de hablar, y aun cuando más perfilado, habrá de parecer peor dentro de treinta años, y no sé si me atreva á fiar le guardara el respeto tanto tiempo, pues su mucha variacion, y carrera tan por la posta muda con mayores y muy más ligeros vuelos cosas muy más de asiento que lo es el lenguaje y las que ayer á puestas de sol vimos y celebramos, ya hoy al amanecer no las conocemos, por hallarlas tan otras. Porque el asiento de las cosas de este mundo es no tenerle; y así procurando no levantar el estilo tan sobre las nubes, que sea menester baje de ellas quien lo entienda, por ser esto más querer atormentar con la historia que dar gusto, como lo hacen muchos de estos nuestros modernos tiempos, verdugos de nuestra lengua castellana, ni que vaya tan humilde que sea despreciable y asquerosa, solo he procurado estilo claro y casto, guardando el rostro al tiempo en que me hallo, y no al que está por venir, pues no sabemos cuál será, por ser verdad infalible que nadie conocio á mañana.

Entre los que tratan de ciencias, cosa es bien sabida que para ser uno consumado en ellas, no le ha de faltar la historia, pues dará de ojos á cada paso si carece de ella, por ser la que refiere y cuenta los dichos, hechos y costumbres de la antigüedad, sin cuyas noticias se halla un hombre falto y sin fundamento de mil cosas que trae y debe traer entre manos. Ciceron escribiendo á Herenio, dice: quién es la historia, diciendo que es una cosa acontecida pero remota y apartada de nuestra edad, y en el segundo de Arte Oratoria, dice

que la historia es un testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida y mensajera de la autigüedad y otros mil gallardos epítetos que le da con éstos, y así Pausani dijo que la verdad de la memoria en las cosas antiguas se habia de tomar de la historia y no de las trajedias, en las cuales aunque referian los hechos y dichos de los antiguos, no era con aquella llaneza y pureza con que los cuenta la verdadera historia; pues los componian á su modo los que los representaban, quitando y poniendo á su albedrío: lo cual no consiente la buena y fiel historia, que no tiene licencia para más que concertar con bueno y bien concertado estilo los dichos y hechos de los antiguos con una narracion verdadera. Porque aquel se diga verdadero historiador, que declara y propone con vivas y sanas palabras, con llaneza y sin menguas ni sobras las hazañas y obras de los hombres de la manera que acontecieron, se hablaron ó se obraron, porque tanta y tan estimada hazaña es hablar bien como obrar bien, de donde se conoce cuánta diferencia haya de la historia á la fábula, pues la historia cuenta las cosas como fueron y pasaron en su realidad de verdad, y la fábula las finge sin que hayan sucedido y muchas veces finge imposibles, como cuando dice que hablan los brutos, aunque acomodados á los fines que pretende, de la cual se infiere que ni fábula ni tragedia se puede llamar historia y tambien que no se puede llamar propiamente historia cualquiera narracion, aunque sea verdadera, sino solo aquella que cuenta las hazañas, hechos ó dichos de los hombres; y así las que cuentan las naturalezas de los animales, de los peces, de las plantas, de las aguas, de los minerales y otras así.

Aunque Theophrastro, Aristóteles y Plinio les llamen historias, es impropio darles aquel nombre, y así no se dice historia la que de esto hizo Plinio absolutamente, sino historia natural, que con este aditamento pierde algo de lo que absolutamente y sin él quiere decir historia. Porque la historia, para ser la verdadera y propia, no ha de ser de cosas naturales, sino de contingentes que pudiendo y no pudiendo suceder sucedieron, y porque no se olviden se encomiendan á la historia, y de ella á la fama y honra; porque estas dos cosas con la imitacion pretende de ordinario la historia, las cuales no salen si no de los hechos famosos, porque como las propiedades de los animales siempre son unas y nunca se mudan como les sea cosa natural, mientras ellas no perecieren, tendrán el mismo ser sin mudarse un punto sus propiedades, como las del leon siempre son unas y las del lobo lo mismo y así ellos mismos (digámoslo así) se son escritura, en quien siempre se hallan sus naturalezas y más bien escritas que de papel: pero los hechos famosos, como son contingentes y en haciéndose luego pasan ellos y la memoria que de ellos queda se va casi tras ellos por no poderlos detener mucho tiempo, es menester que entre la historia remediando estas faltas de la memoria (que es como un suplefaltas de memoria) para que ella las guarde y sea como un cerrado y fuerte archivo donde siempre se halle el tesoro de los hechos heroicos.

Así dijo Plinio Junior en una carta ad Tacitumsuum, que es gran don de Dios hacer los hombres cosas dignas de ser escritas, ó escribir cosas dignas de ser leidas, y mucho más alcanzar lo uno y lo otro, porque poco le importa á un valiente hacer cosas tan notables y dignas de eterna fama, si no hay quien se las escriba: pues si le falta esto, es cierto se entregan en manos del olvido, que tiene por oficio sepultar cuanto á ellas le viene. Por esto sintieron aquella tan celebrada fábula los antiguos como la trae Ovidio y otros, que cuando Perseo cortó la cabeza á Medusa, de la sangre que salió se engendró el caballo Pegaso, el cual tenia alas en los pies, por lo que venia á ser tan ligero que se subia al cielo y que desde las partes meridionales del mundo se fué volando hácia el Norte y tomó tierra en el monte Helicon de Boecia en el Peloponeso, donde hiriendo con un pié en una piedra, salió una fuente perenne y que nunca faltaba, de donde bebian las Musas la ciencia que tenian, y manifestaban por esta Medusa, segun moraliza Fulgencio Placiades, Obispo de Cartago, significaban una mujer fuerte y valiente de Grecia, hija de Phorio, que con su valentía aumentó mucho el patrimonio y haciendas de su padre y de su sangre, que es de sus trabajos y hazañas. Nació el caballo Pegaso, que es la fama que se alcanza en las guerras y hechos heroicos, significada por el caballo que tanto ilustra las guerras, ésta vuela hasta el cielo, que parece tiene alas en los piés y con velocidad atraviesa todas las partes del mundo; como dijo Virgilio que la fama de Eneas subia sobre las estrellas, y en otra parte dice que la fama trae los piés por el suelo y da con la cabeza en el cielo. Por el haber herido el caballo la piedra, y haber salido aquella fuente perenne, de donde bebieron las musas por quien son

entendidos los sabios, se entiende que las obras heroicas y excelentes que salen de los hechos famosos de los hombres valientes y que firman sus hazañas con la sangre de sus venas, dan materia para que escriban y llenen las historias de los sabios y hagan demostracion de su saber, en materias tan dignas de ser celebradas, para que con las historias crezca las inmortal gloria y renombre de los valerosos: y así se dice con recíproca dependencia, que los famosos hechos tienen vida por las letras que los trasplantan de unas tierras á otras y de unos tiempos á otros, y las letras é historias tienen alma y vida con los hechos que ellas escriben, pues sobre nada no hay que escribir y así no sabré yo determinar quién debe más á quién, ó los que hacen cosas dignas de memoria á los que se las escriben ó los que las escriben á los que las hicieron, por haberles dado materia de emplear sus plumas é ingenios: y asi me parece que en dejarlos en igual grado de obligaciones monstruas, habremos salido de ellas, y quedará averiguado el pleito.

Sobre los dichos no me parecen bastantes fines para mover á componer historia, si no se le dan otros más realzados, porque como hallé escrito en los Comentarios de San Juan Crisóstomo sobre el Psalmo 3, *Quem ad modum absque fundamento invalida, adque invecilla est œdificatio, ita nisi invento scopo ac instituto scriptura est inutilis.* Que así como la cosa sin cimiento es de muy poco provecho, así la escritura si no tiene algun fin (se entiende bueno) y si no se intenta algun provecho en ella (yo lo entiendo para el alma) es una cosa inútil y tiempo mal gastado y acotar el aire: y así la historia (como digimos arriba le llamaba Ciceron) es espejo de la vida y una Filosofía moral que nos pone delante los ojos las vidas de los hombres y nos enseña que tomemos ejemplo de aquellas cosas que nos pueden ser provechosas y doctrinales, porque los antiguos no inventaron la historia solo para memoria de las cosas pasadas, sino para que instruidos los hombres con los ejemplos que leen en ellas, aprendiesen á imitar virtudes y grandezas de ánimos, y apartarse de los vicios, pues para eso se escribe de todo. Y así Tito Libio, celebrado historiador, dijo que en el conocimiento de las cosas acontecidas, lo que principalmente trae provecho es mirar como en dechado los documentos ejemplares de donde saque el hombre qué imitar, así para sí solo, como para su república, y que sepa cuál sea lo feo y torpe, así en el principio de la obra como en el fin, para huir de ello: y aludiendo á esto decia Polibio, que la historia nos hace cautos en los peligros, segun el proverbio antiguo, que dice ser dichoso á quien los agenos peligros hacen próvido y escarmentado, porque mejor es ver los males experimentados en otros que experimentarlos en sí, para que así escarmienten los hombres en cabeza agena, que es dichosa suerte. Y Diodoro Siculo dice que la historia contiene doctrina agena de todos los peligros por el conocimiento de los felices sucesos ó calamidades de otros. Y Plutarco quiere que la historia sea provechosa para satisfacer á los facinerosos que no intenten ni prueben nuevas maldades, y de las hechas les pese.

A todos los fines dichos, que son como universales á todas las historias, se ha de añadir en esta nuestra, que es particular de algunas Provincias, otro especial que dé lustre á esotros, que es ser ocasion é instrumento de las divinas alabanzas, por las grandezas que se descubren haber salido de las divinas manos en las cosas que cuenta la historia: porque contar los bestiales ritos que en estas Provincias se usaban entre los indios, las idolatrías, lás crueldades, las tiranías, las carnicerías de carne humana, de que no se veian hartos, los pecados nefandos y otras cegueras y tinieblas en que andaban, y que enmedio de estas abominaciones con que irritaban la justicia de Dios, que los destruyese, fueron tan blandas sus entrañas divinas, que entonces pusiese medios para hacerles mercedes, criando generales, capitanes, y soldados valientes, dándoles valientes pensamientos, y que no les atemorizasen dificultades, ántes atropellando por todas metiesen la luz del Evangelio, con que se desvaneciesen estas tinieblas, se destruyesen las idolatrías y se hiciesen los maravillosos efectos que con tantos colmos y crecimientos de la fé católica cada dia vemos. Quien no levanta sus pensamientos á las divinas alabanzas por sus largas misericordias, y así no pienso que habrá quien sienta bien de nuestra santa fé, que no le solicite esto á tomar por fin en esta historia las alabanzas divinas, enseñando por el santo Rey en el Psalmo 20, que dice que así como está á cuenta de Dios mostrar sus virtudes y grandezas en las cosas admirables que hace cuando quiere y como quiere y á donde quiere, como las que hemos dicho y otras mayores, así está á la nuestra celebrarlas con alabanzas eternas: *Exaltare domine in virtute tua cantabimus & psalemus virtutes tuas.* Haced señor cosas admirables y dignas de vuestra infinita virtud, que nosotros las cantaremos, las escribiremos y pondremos en historias para que no

se olviden, ántes vayan pasando de gente en gente, de dia en dia, de año en año, de siglo en siglo, de provincia en provincia, de reino en reino; y que las inmensidades de los siglos y edades no las borren, no se ahoguen en los anchos mares, pasen á las Islas más remotas, á los rincones y ensenadas más escondidas: no tenga para ellas fuerza el olvido, sino que cada dia tome mayor fuerza y verdura sin marchitarse, que todas éstas son las prerogativas de la historia, las cuales, como conociese el sapientísimo Job deseaba que la suya en que se cuentan las mercedes y grandezas que Dios usaba con él, y su paciencia, se escribiesen con un buril en pedernales durisísimos, pareciéndole ser de poca dura el plomo, donde primero dijo que se escribieran, para que pasase su historia por todos los siglos, siendo á todos las grandezas de Dios materia de divinas alabanzas y su paciencia de imitacion.

Todas estas cosas me solicitaron el deseo para darme á desenterrar memorías y memoriales tan cargadas y ciegas con la tierra del olvido, que las ha ido cayendo en más de cien años que há que comenzaron las cosas hechas y sucedidas en los descubrimientos de estas anchísimas y dilatadas provincias que comprende en su gobierno la Real Audiencia de Santafé y gobernacion de Venezuela, Cumaná y otras, á donde há diez y nueve años vine de la provincia de Cartagena de España, donde me crió la Religion, y todo este tiempo me ha durado el sentimiento de ver que siendo estas partes de estas Indias de las más principales que se han descubierto, tambien fundadas en la fe, tan ricas, tan leales á su Majestad y de tan grande importancia á su Real Corona, no haya salido á luz historia entera de las muchas cosas que de ellas se pueden historiar: porque aunque se han tocado en historias generales, ha sido tan de paso, que sirve más de cebar el deseo para saber lo que les falta, que de satisfacerlo; y aunque el Adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada, que fué el que descubrió este Reino, escribió su descubrimiento y cosas de él en unos tomos que intituló los Ratos de Suesca, y el padre fray Francisco Medrano, de nuestra Religion, comenzó á escribir, y murió en la demanda y en la del Dorado, yendo con el mismo Adelantado, como veremos, y despues el padre fray Pedro Aguado, Provincial que fué de esta provincia, prosiguió la historia y la perfeccionó en dos buenos tomos que andan escritos de mano, y aun el padre Juan de Castellános, Beneficiado de la ciudad de Tunja, compuso en buen verso muchas de las cosas de estas tierras y sus conquistas; todo esto se ha quedado en embrion y sin salir á más luz y noticia de la que tienen los escritos clancularios de mano, que cuando mucho llega á la de dos ó seis que los tienen, y esto como pasa por tantas letras y escritores, cada uno les adultera, vicia y quita algo de su fidelidad, de suerte que podemos decir se está todo sepultado y los deseos de los curiosos y que quisieran saber estas cosas, en especial los que han nacido y habitan estas tierras, están atormentados no hallando camino por donde cumplirlos y saber las cosas de sus antepasados, de quienes ellos descienden.

Este, pues, pretendí abrir para todos, poniendo diligencia en buscar memoriales (que no me ha costado poco) y la mano á la pluma, despues de los años que he dicho he gastado en estas tierras y provincia, los más de ellos leyendo artes y Teología, por haber venido de España el año de mil seiscientos cuatro á dar principio en esta provincia á los estudios que hasta allí aun no habian tenido por no haber habido comodidad para ellos, y aunque mis ordinarias ocupaciones han sido éstas, como el tiempo ha sido largo, y luego fueron saliendo desde el primer curso que leí lectores que me fueron ayudando, ha habido lugar en ocasiones que se han ofrecido para haber andado las más de las provincias y tierras de más consideracion que se comprenden en esta historia, pues el año de mil seiscientos siete hice una entrada con el Presidente de esta Real Audiencia, don Juan de Borja, á las tierras y provincias de los Pijaos, cuando las conquistas y pacificaciones de ellos andaban más en su fuerza, y llegamos á la que estaba hecha en los Totumos, que llamaban el fuerte de las Nieves, bien dentro de las provincias de estos indios, donde ví y me informé de las costumbres, ritos, guerras y otras cosas de aquellas provincias: despues me mandó la obediencia fuese á visitar la provincia de la gobernacion de Venezuela, Laguna de Maracaibo, Carácas, Cumaná, Punta de Araya, donde está la famosa salina que hoy está tan fortificada y defendida de la mano española, Cubagua, la Margarita, Puerto Rico, isla ó ciudad de Santo Domingo, volví por la de Coro, acabada la visita á esta de Santafé, desde donde á poco tiempo por el rio abajo de la Magdalena fuí á la ciudad de los Remedios y hasta cerca de la de Zaragoza; las tierras del Reino pocas hay ó ningunas que no haya pisado, y con el oficio de Provincial todo el Rio grande y costa

de Santa Marta y Cartagena, he dado vista en que he podido informarme y hacerme capaz de las cosas de por acá por vista de ojos, sin lo cual no pienso me atreviera á tomar entre manos este trabajo, por no ponerme en el peligro de risa que otros se han puesto, no hablando con propiedad en la geografía ni en los vocablos de las tierras de donde escriben, por no haberlas visto ni estar bien informado y fiarse de relaciones de toda broza. No pienso tampoco por esto escaparme de la lengua del Momo, que aun donde no las hay halla faltas por haber tomado por oficio el andar á caza de ellas, y en esta mi obra habrá bien que enmendar hartas que yo no las he podido advertir, pero ya á esto tengo dada mi razon con que quedo desahogado del temor que me podia causar, que harto poco caudal tuviera, si en tantos años como há que tengo conocido el mundo y trato de los hombres no le tuviera ya perdido el miedo y conocido que de ordinario quien ménos sabe y es para ménos se ocupa más en poner faltas, presumiendo con aquello cubrir las suyas, y si le pidiesen la razon será la de *Sic volosic, jubeo fit, proractione voluntas.*

Desde luego me doy por advertido (como lo han hecho muchos amigos á quienes comuniqué algunos de mis papeles y la disposicion de la historia) de que en todos los tres tomos habia de ir siguiendo y como ensartándola, segun los tiempos en que fué sucediendo, aunque fuesen muy distantes tierras, pues el tiempo las junta y este es el comun estilo de los historiadores clásicos y universales, lo que no puedo negar ser modo comun y que me habia de guiar para irme con el corriente de los más: pero no hay argumento que si se la buscan no tenga solucion, y así la he dado y doy á éste diciendo que para mudar estilo comun y tomar el que llevo de hacer tomo aparte de la provincia que le toca sin envolver las historias de todas (que me hubiera sido bien fácil) dos cosas me han dado ocasion, la una es excusar el disgusto que es cortar el hilo á la historia y cosas de una provincia, cuando más cebado va el lector en ellas, para saltar á otras de otra donde ha menester volver atrás á añudar las que há mucho dejó comenzadas y refrescarlas de nuevo por no acordarse ya de lo que mucho habia y va tratando, y sin duda es cosa más gustosa acabar con unas cosas y comenzar luego otras: pues llevando su claridad de tiempos no tiene inconveniente; y la otra que me movió á este modo fué (supuesto lo poco que me atropella el interes temporal que se me puede seguir del surtirse estos libros) que cualquiera que tuviere alguno de ellos ó por no poderlos comprar todos ó por perdérsele alguno ó por otra causa, á lo ménos los que les quedaren le den historia entera de una provincia sin atormentarle dependencias del tomo ó de los tomos que le faltan y haga cuenta que no se escribió más que aquél ó aquellos que tiene; y así el primero trata las cosas de la gobernacion de Venezuela ó Carácas y la historia del tirano Aguirre, por haber acabado su tiranía en aquella tierra; las de la gobernacion de Cumaná y la Guayana en el rio Orinoco. El segundo desde los principios de las conquistas de Santa Marta hasta subir desde aquella ciudad por el rio grande de la Magdalena á descubrir este Nuevo Reino de Granada y todo lo que ha pertenecido á él y las más de sus provincias. Y el tercero las conquistas de la costa de Cartagena con la fundacion de aquella célebre ciudad, principal puerta y primer escalon de la entrada de este Nuevo Mundo; y lo que le quedo por tratar á la segunda parte de los sucesos de la costa de Santa Marta y lo que toca al gobierno de esta Real Audiencia de Santafé, en el gobierno de Popayan con las conquistas de los indios Pijaos, rematándose con los nuevos sucesos de las jornadas del Darien.

Los deseos que he tenido (junto con los de mis amigos y deseosos de lo mismo) de que salga á luz esta obra, dice la brevedad y priesa con que se han acabado los dos primeros tomos; pues ha sido en año y medio y aun cercenados cuatro meses que gasté más en sufrir dolores de mi gota que en entretenerme en rumiar historias y duelos agenos, tiempo tan tasado que cuando fuera diezmo del que habian menester los dos tomos, no fuera mucho, y áun queda buena parte del tercero ya en buen punto para remitirlo el año que viene (favoreciendo el Cielo como á los demás) á Castilla, á la imprenta, que es uno de los sobresaltos y temores con que quedo de su acertada y perfecta impresion, por no serme posible se impriman en mi presencia en esta tierra y haberla de fiar de agenas manos, por impedirme el oficio poder pasar á España á eso, y siendo la impresion su última forma y ser, no sé cual será, aunque no tengo perdidas las esperanzas de su buen acierto por haberlas puesto en el favor divino que te prospere con acrecentamientos de heroicas virtudes.

PRIMERA NOTICIA HISTORIAL

DE LAS

CONQUISTAS DE TIERRAFIRME

EN LAS

INDIAS OCCIDENTALES.

CAPÍTULO I.

I.—Cédula Real para que se escriba esta Historia—II. Distancia de tierras que comprende esta Historia. Estilo que en ella se ha de llevar, imitando á otras—III. Comienza á tratarse por qué se dijeron estas Indias Nuevo Mundo—IV. Puso Aristóteles inhabitables estas tierras, por estar debajo de la Tórrida zona, á quien siguieron los más de los doctores.

EL REY, Presidente y Oidores de la nuestra Audiencia Real, que reside en la ciudad de Santafé, del Nuevo Reino de Granada: Sabed que deseando que la memoria de los hechos y cosas acaecidas en estas partes se conserve, y que en el nuestro Consejo de las Indias haya la noticia que debe haber de ellas y de las otras cosas de esas partes, que son dignas de saberse; hemos proveido persona á cuyo cargo sea recopilarlas y hacer historia de ellas: por lo cual os encargamos, que con diligencia os hagais luego informar de cualesquier personas, así legas como religiosas, que en el distrito de esa Audiencia hubiere escrito ó recopilado, ó tuviere en su poder alguna historia, comentarios ó relaciones de alguno de los descubrimientos, conquistas, entradas, guerras ó facciones de paz ó de guerra, que en esas Provincias ó en parte de ellas hubiere habido desde su descubrimiento hasta los tiempos presentes. Y asimismo de la religion, gobierno, ritos y costumbres que los Indios han tenido y tienen, y de la descripcion de la tierra, naturaleza y calidades de las cosas de ella, haciendo asimismo buscar lo susodicho ó algo de ello en los archivos, oficios y escritorios de los Escribanos de gobernacion y otras partes á donde pueda estar, y lo que se hallare originalmente si ser pudiere, y si no la copia de ello, dareis órden como se nos envíe en la primera ocasion de flota ó navíos que para estos Reinos vengan. Y si para cumplir lo que vos mandamos fuere necesario hacer algun gasto, mandareislo pagar de gastos de justicia, en lo cual vos encargamos entendais con mucha diligencia y cuidado, y de lo que en ello hiciéreis nos dareis aviso.

Fecha en San Lorenzo el Real, á diez y seis de Agosto de mil y quinientos y setenta y dos años.

YO EL REY.

Por mandado de su Majestad, ANTONIO DE ERAZO.

Quise dar principio á la Historia con esta Cédula Real, para que ántes que otra cosa se vea lo que se conforman mis deseos con los de su Majestad, pues en esto cumplo los suyos, que por haberse retardado de poner en ejecucion desde dos años ántes que yo naciera, era razon tuvieran ya su efecto. Servirá tambien de que se conozca por este camino la importancia que tenga el escribirla, demás de las razones dadas en el prólogo, pues pone tanto cuidado el Rey en que se sépan los descubrimientos y hechos valerosos que han emprendido sus vasallos por su mandado y cuánto ha trabajado por ensanchar los términos de la Santa Iglesia Romana, contra lo que procuran los pérfidos herejes ensangostarle su jurisdiccion hasta si pudiesen destruirla.

La distancia de más de seiscientas leguas que hay desde la Isla de la Trinidad y bocas del Drago hasta la de Urabá y rio del Darien, que corren Leste ó Este bebe las aguas saladas del mar del Norte. La tierra que ha tomado por asunto mi Historia, no deseando en ella (sábelo el Cielo) que salga mi nombre á plaza (pues le va mejor en su rincon) sino los hechos valerosos de tantos y tan valientes capitanes y soldados españoles, cómo la descubrieron y conquistaron, solicitándome á esto desde que entré en estas Indias el dolor que siempre he tenido de que se fuesen sepultando en la tierra del olvido, como lo han estado los más y mejores hechos más ha de cien años, sin haber habido quien los haya sacado al Sol, para que volviéndose á calentar del invierno del descuido, den calor á los ánimos de otros, para emprender otros tales y mayores hechos: pero al primer umbral de la entrada de esta obra consideré que de los muchos y graves autores que han escrito particulares y generales historias de estas Indias Occidentales, pocos ha habido que no hayan tocado en los principios de ellas el nombre y orígen de sus moradores, porque les ha parecido no entrar por la puerta á tratar de las ovejas que han entrado de este Nuevo Mundo en el redil y amparo de la Iglesia Romana, si no se trata primero de los principios que tuvieron, habiendo hecho esto cada uno con diferente estilo, segun la capacidad de sus ingenios, les ha administrado materia y razones para sacar á luz sus intentos; porque como todo eso haya de venir á parar en razon, por no haber escrituras entre los Indios que sean de fundamento fijo, ni entre los autores de otras Naciones, que con evidencia los digan, sobre que se pueda con fundamento hablar de las cosas y principios de estos Indios, la razon que más bien probaren sacada de los efectos que hemos visto (que llama el Lógico á posteriori) será la que más valga.

Y así habiendo dado muchos y graves hombres muchas y muy graves (si bien con algunos fundamentos ciegos de autores antiguos), guiadas todas por la mayor parte por el discurso natural, como se podrán ver en sus libros, de que no quiero llenar este nuestro, queriendo los postreros que van escribiendo que las suyas sean superiores y se suban (como dicen) sobre los hombros de las de los primeros de quien por ventura tomaron luz para ellas; y no pareciéndome mal este modo, por ser el que hace se vaya descubriendo la verdad que se pretende, determiné seguirlo, porque á lo ménos no erraré en imitando modo aprobado por tantos, procurando si pudiere adelantar un paso la piedra, no al paso de mis deseos, por ser más valientes que fuerzas del ingenio.

Empleándolo pues (tal cual es) en dar ya manos á la obra (para ir en ella con más claridad), trataré primero del nombre que de la cosa, por ser éste el modo que usa el lógico primero, definiendo el término significante que la cosa significada por él. Son los nombres de estas tierras (como los de las demás) universales y particulares; de éstos irá tratando la Historia cuando vaya llegando á cada particular provincia, y así ahora solo nos detendremos en los universales que se les han puesto despues que se descubrieron, para significarlas á todas con un nombre, porque quedando esto declarado, podrá despues caminar la Historia sin los estropiezos que forzoso habia de tener, si no quedaran quitados con la declaracion de estos nombres universales y de otras cosas que á vueltas de esto tendrán luz, y así digo, que cuando los españoles descubrieron estas Indias, no pudieron rastrear que tuviesen nombre universal que las significase á todas, como lo tiene España, Francia y otras. Y la razon era porque los Indios no se alargaban á andar muchas provincias por sus cortos tratos y andar siempre á pié, como despues diremos, y así solo se contentaban con tenerle puesto nombre particular á su provincia, y cuándo más se alargaban era á saber los nombres de las de sus vecinos, que cercaban las suyas. Y aun habia y hay algunas Naciones metidas en algunos valles con tan cortas noticias de otras gentes, que entendian no las habia en el mundo sino solos ellos. Bien es verdad que los Isleños de Cuba y la Españo-

la que llamaban Caribana, para significar la Tierra firme que estaba enfrente de ellos al Sur, le llamaban Babeque, como dice Herrera, y los Indios de Nueva España á la suya Anahuac, como dice Torquemada: pero estos nombres no eran universales para todo ni para todas las tierras que se descubrieron y se van descubriendo, y así fué necesario se les pusiera nombre universal, como de hecho se hizo, no solo poniéndole uno sino tres.

El primero fué llamarles Nuevo Mundo, y llamáronle así no porque estas tierras estén fuera de globo y esfera de donde están las demás, con otro centro, otros cielos y elementos, pues todo lo descubierto en ellas es una parte de todo el universo que se comprende debajo de los mismos cielos y en órden á un mismo centro y polos que lo demás del mundo; pero llamáronle asi de comun consentimiento de todos, por otras mil razones que concurren, de que pondremos dos ó tres. La primera, porque no solo no se tuvieron noticias ciertas ántes que se descubrieran, de que estas tierras estuviesen aquí en esta parte del mundo con gente; pero ántes fué de parecer Aristóteles y los que le siguieron, que era imposible poderlas habitar animales, por el mucho calor que imaginaban habia en ellas, por la mucha vecindad del sol y enviar sus rayos perpendiculares.

No se me ha olvidado lo que dice Séneca á los fines de su Medea, acto segundo, que en algun tiempo se dejará navegar el Océano y dará entrada á otros mundos nuevos. Y bien me acuerdo que refiere Escoto á Alejandro Dealés y á Alberto Magno, acerca del sitio del paraíso terrenal, donde pecaron nuestros primeros padres, que fueron de parecer estaba plantado en una tierra tan alta, que llegaba al globo de la luna debajo de la línea equinoccial. Y no es de menor advertencia el parecer de San Ambrosio en su Exameron, donde dice: *Paradisus est in Oriente pertingens usque ad lunarem circulum.* De los cuales pareceres se sigue necesariamente haberlos tenido estos graves autores de dos cosas. La una, que no hay elemento puro de fuego, como los hay de tierra, aguas y aire, porque si lo hay, está sobre el del aire, contiguo al orbe de la luna; y siendo así, que dentro del elemento del fuego no puede conservar su vida ningun viviente, que decir que la Salamandria se conserva mucho tiempo en el fuego, más es fábula que otra cosa, si bien puede ser posible por su mucha frialdad se conserve algun tiempo.

Poniendo pues estos autores inmediato al cóncavo orbe de la luna el paraíso terrenal, donde habian de vivir tantos animales con los hombres, pues se hizo para eso, es necesaria consecuencia que no ponen este elemento del fuego puro como los otros tres, y no pienso dijeron mal en esto, como si fuera de nuestra Historia el probarlo y el miedo de alargarnos mucho no nos atajara los pasos, nos fuera fácil con la opinion y arrimo de otros graves autores que sintieron lo mismo, diciendo: que el fuego que entra en la composicion de los mixtos está difundido por ellos y no puro en alguna parte: pero en ésta, nuestro intento no nos da lugar á más, por no sernos tan á propósito como lo segundo que se infiere de sus pareceres, que es que el lugar que corresponde en la tierra á la línea equinoccial, es habitable de hombres, y los demás animales, si estaba situado debajo de ella el paraíso, donde habian de vivir todos, las cuales opiniones contradice todo el torrente de los doctores, como lo hace Escoto en el lugar citado, por ir contra lo doctrina del filósofo, que la dejó por asentada, ser imposible poder habitar naturalmente los animales, no solo debajo la línea equinoccial, pero ni aun en toda la latitud de la tierra, que corresponde dentro de los dos trópicos de Cancro y Capricornio, que llaman Tórrida zona, que tiene de latitud cuarenta y siete grados, veinte y tres y medio al un polo, y otros tantos al otro de la equinoccial.

Esta doctrina fué tan admitida de todos los filósofos y doctores, que hubo despues de él, en especial de San Agustin, libro diez y seis de la ciudad de Dios, capítulo nueve, que tuvo por menor inconveniente negar que habia Antípodas, que conceder contra esta doctrina de Aristóteles que se podia habitar ó atravesar la tierra que corresponde á la Tórrida zona, para poder habitar en lugar opuesto, como ha de ser el del Antípoda, aunque tambien ponia esta dificultad el santo en la que hallaba, para poderse navegar el mar Océano.

CAPÍTULO II.

I.—Pruébase cómo Aristóteles faltó en filosofar sobre la habitacion de las tierras de la Tórrida zona. —II. Prosíguese en lo mismo—III. Hombres de diversas naturalezas y formas que se han hallado en estas nuestras tierras—IV. Entre ellos se han hallado pigmeos.

PERO haber sido engaño éste con otros muchos que tuvo Aristóteles, bien lo dice la experiencia de verlo habitado, y el fundamento de este error siempre he imaginado fué el no haber cargado el entendimiento en filosofar acerca de esto, como lo cargó en otras cosas, y así fué falta de filosofía, pues por ella pudiera sacar ser estas tierras de la Tórrida zona habitables como las demás, si no se quisiera quedar con aquella flaca razon que dicen no serlo por la cercanía del Sol, y porque envía allí sus rayos perpendiculares, lo cual no es razon que concluye su conclusion: pues cuando el Sol toca y está cerca del Trópico de Cancro, que es á veinte y uno de Junio, la misma fuerza tiene con sus rayos sobre los que habitan debajo aquel Trópico, que sobre los que habitan debajo la línea equinoccial cuando está en ella, y de la misma suerte les irá calentando más ó ménos, segun que más ó ménos estuvieren apartados los vivientes hácia la parte del Norte de este Trópico cuando toca en él, como á los que más ó ménos estuvieren apartados de la equinoccial cuando está en ella. Luego si pueden vivir los que habitan en la zona templada desde el Trópico de Cancro, cuando el sol toca en él, hasta los que están apartados veinte y tres grados y medio de latitud, tambien podrán vivir los que habitan en la Tórrida, cuando el Sol está en la línea equinoccial y en todos aquellos veinte y tres grados y medio que toma de latitud hácia el mismo Trópico de Cancro, pues no hay razon porque vivan los unos y no los otros y lo mismo dije del otro Trópico de Capricornio. Demás de esto, por qué les hemos de privar de poder vivir cuando el Sol anda junto á un Trópico á los que habitan junto al otro, pues el uno está apartado del otro cuarenta y siete grados de latitud; pues los que están debajo de los Trópicos y en un grado solo apartados del Sol y de los Trópicos en las zonas templadas, viven, segun la opinion del filósofo que dice: Que es toda la zona templada habitable como lo vemos. Todo lo cual pudo sacar Aristóteles por buen discurso si cargara el pensamiento y no se acortara el filosofar sobre ello.

Otra razon se puede llegar á ésta, y es, que por la variedad que hay de las noches y los dias en la zona templada, causada del apartarse ó llegarle el Sol á ellas, pudiera Aristóteles conjeturar que donde no se les aparta tanto sino regularmente á un lado y á otro como es en la Tórrida zona, habian de ser iguales los dias y las noches, como en realidad lo son, sin diferenciarse sino en muy poco; en especial de los que habitan debajo y cerca de la línea, y que si el Sol en el dia calienta mucho con su presencia, la noche ha de enfriar con su ausencia y no son los cuerpos mixtos de los animales tan de manteca que los haya de derretir el calor del dia por el mucho sol, en particular teniendo otra tanta noche que los puede refrescar. Tambien pudieran considerar los filósofos que negaron esta habitacion de la Tórrida, que las tierras que están debajo de ella habian de ser como las que ellos conocian, altas y bajas, valles y cerros, y que podia haber algunos tan altos y encumbrados como ellos decian del monte Olimpo, del cual afirma Solino que por estar tan alto que penetraba sobre la media region del aire, no llovia sobre él, ni habia vientos, de tal manera que cuando los filósofos subian á su cumbre para mirar mejor desde allí las estrellas, por estar más limpio el aire y sin impedimento para poderlas contemplar, llevaban muchas esponjas llenas de agua y exprimiéndolas sobre la tierra la humedecian, para que desde allí levantase el sol vapores y encrasase el aire para poder ellos estar allí y no morir por su sutileza, porque el aire sutil mata por lo mucho que penetra, como se ve en el Perú, en el páramo ó cordillera de Pariacaca, que segun dice el padre Acosta, la tiene por la tierra más alta del mundo, por lo mucho que se sube á él. De donde viene á ser tan sutil el aire por estar sin grosedad de exhalaciones que le vate el sol, que no solo los hombres no pueden vivir en él, pero ni aun los brutos.

Pues al modo de este monte pudieran conjeturar los antiguos en buena y llana filosofía, que habria por estas tierras otros (como en realidad de verdad los hay) que aunque no sean tan altos como el Olimpo, lo son á lo ménos, que se entran con sus cumbres, rompiendo la media region del aire, donde dice el mismo filósofo en los Meteoros: Se engendran las impresiones meteorológicas, nieves, granizos y otras cosas, como se ve en los

cerros de Santa Marta, el de Cartago y Mérida, que están dentro de este Nuevo Reino y otros muchos que hay por estas partes, no solo dentro de la Tórrida zona, pero muy cerca y aun debajo de la línea equinoccial, que por allegar sus cumbres hasta la media region del aire, están toda la vida cargados de envejecida nieve, sin descubrirse jamás; de donde se siguen los intolerables frios que tiene su pais, hasta que como se va bajando de su altura, se va mejorando la templanza del aire pasándose por un medio templadísimo, hasta los valles donde están sentados, que ya son muy grandes los calores.

Luego bien se pudo sacar en buena y llana filosofía, que era esta tierra habitable, ya que no en las tierras demasiado calientes, á lo menos las que estaban en el medio de estos dos extremos, que por fuerza habian de ser templadas como lo son por participar de ambos, que fué la razon que dió el mismo Aristóteles cuando dijo que solo se podian habitar las dos zonas templadas que están entre la Tórrida y las dos frias de los polos. Todo esto nos ha enseñado la experiencia contra la doctrina de Aristóteles y los demás filósofos y teólogos que le siguieron, y así hallar habitables estas tierras, fué novedad tal que por ellas se pudieron llamar Nuevo Mundo.

La otra razon se puede tomar de haber hallado cosas tan nuevas en ella que en las ménos conforma con las que hay en Europa, Asia y Africa; así en las composturas naturales de los hombres y sus costumbres, como en las demás cosas, porque en cuanto á lo natural se han hallado hombres de varias y peregrinas composturas, como son las que cuenta el Padre fray Antonio Daza en la cuarta parte de nuestra Corónica (pues allí las escribió hombre tan docto y diligente escudriñador de verdades, tendria muy bien averiguadas las de éstos) que hay unos hombres que se llaman Tutanuchas, que quiere decir oreja, hácia la Provincia de California, que tienen las orejas tan largas que les arrastran hasta el suelo y que debajo de una de ellas caben cinco ó seis hombres. Y otra Provincia junto á ésta que le llaman la de Honopueva, cuya gente vive á las riberas de un gran lago, cuyo dormir es debajo del agua. Y que otra Nacion su vecina llamada Jamocohuicha, que por no tener via ordinaria para expeler los excrementos del cuerpo, se sustentan con oler flores, frutas y yerbas, que guisan solo para esto. Y lo mismo refiere Gregorio García de ciertos Indios de una Provincia de las del Perú, y que de camino llevan flores y frutas para oler, por ser éste el matalotage de su sustento, como el de las demás comidas; y que en oliendo malos olores mueren. Y no es dificultoso creer que se sustentan con oler, pues que el olor va siempre con alguna sutil sustancia que sale de la cosa olorosa, como se ve en la manzana, que en habiendo dias que huele se le hacen arrugas, porque le falta la sustancia que fué con el olor; el cual por ser accidente no puede pasar de un sujeto á otro por sí solo naturalmente, si no va con alguna sustancia, y ésta les puede sustentar. Y Leonardo en su historia de Ternate, refiere: Que Pedro Sarmiento de Gamboa, andando reconociendo el estrecho de Magallanes, le salieron en exento paraje, donde surgió con su nave una compañía de gigantes, hombres de más de tres varas de alto, y tan en proporción de cuerpo y fuerzas que fueron menester las de diez de los nuestros para prender uno, segun era de valiente, aunque al fin lo hubieron de las manos y lo metieron en el navío para llevarlo á España. Y en una entrada que el año de mil quinientos y sesenta hizo desde la ciudad del Cuzco ó de la Plata el capitan Juan Alvarez Maldonado, con órden del Presidente de aquella Audiencia y buena copia de soldados, para descubrir nuevas tierras y hacer nuevas conquistas, la tierra adentro á pocos dias de como pasaren los Andes en demanda de sus intentos, se encontraron bien fuera de ellos con dos Pigmeos, macho y hembra, no más altos que de un codo; de los cuales la hembra (que debia de ser más ligera) comenzó á huir con la velocidad que le dieron fuerzas sus flacos miembros y pasos, los cuales le atajó un soldado hiriéndola con una bala y haciéndola caer en tierra, de que murió pensando que era otra cosa, quedando todos apesarados del hecho cuando hubieron cogido á su compañero y llegado á ella ántes que muriera, visto que eran personas y aunque tan pequeñas, bien compuestas en su proporcion y pequeñez de estatura de que quedaron todos admirados, no pudieron negar ambos las acciones humanas. Ella, ántes que espirara, quejándose á lo humano, y dando muestras de temer la muerte y tapándose los ojos por no ver al que la hirió, que se allegó el primero; y el Pigmeo en melancolizarse de ver muerta su compañera y su persona entre gentes extrañas. Pasó esto tan adelante, que deseando los nuestros conservarle la vida con regalos y buenos tratamientos para poderle enviar á la ciudad del Cuzco, por cosa tan peregrina, lo fué más su melancolía, pues puso término á su vida dentro de seis dias.

CAPÍTULO III.

I—Hállanse gigantes en las Provincias del Perú—II. Hánse hallado tambien sepulcros y huesos de gigantes.

Pasaron los soldados siguiendo su jornada un rio abajo llamado el Magno, por serlo de aguas por donde habiendo caminado hasta doscientas leguas, surgieron en una playa de donde despues de haber estado un dia, salió Diego de Rójas por escuadra de una tropa de buenos y animosos soldados entre los cuales se contaba un Melchor de Barros, bien conocido en este Reino, que fué el que dió esta relacion, como el que tuvo á sus ojos el caso que les sucedió á pocos pasos de como se apartaron de los compañeros. Porque llegando á un buen pais, de tierra tan bien dispuesta, que tenia unos árboles raros en sus distancias y grandeza, pues la de su altura era igual con el tiro de una saeta despedida de un buen brazo, y la grosedad del tronco tal, que seis hombres asidos de las manos apenas le podian ceñir. Caminando, pues, entre estos disformes y monstruosos árboles hallaron echado á la sombra de uno un hombre más monstruoso en su especie que ellos lo eran en la suya, pues era de más de cinco varas de alto y en correspondencia todos los miembros, solo el hocico y dientes tenia largos y muy salidos, con lo que lo hacian más feo de lo que era en miembros tan extraordinarios como lo era tambien en ambos sexos, porque era hermafrodita, cubierto de un bello algo pardo, corto y raro todo el cuerpo. Tenia en la mano un baston tan grueso y alto como una entena de un mediano navío, que lo manejaba como si fuera una caña, todo tan correspondiente que parecia se habian criado aquellos árboles para dar sombra á aquellos hombres y los hombres para que la ocuparan.

A éste vieron los soldados de la retaguardia, cuando ya su caudillo (que iba sobresaliente) iba acercándose á él sin haberlo visto, y cuando advirtieron que iba desplegando piernas y mostrando aquella eminente corpulencia, cargada sobre su ñudoso baston y no léjos del Diego de Rójas, le dieron voces, guarda, guarda el monstruo, y haciendo y diciendo por lo que podia suceder, dispararon todos á una sus arcabuces al salvaje, y como el terrero era corpulento y los tiradores diestros, ninguno le dejó de ayudar á que diera con su cuerpo en tierra, lo cual dicen que hizo sentimiento como si cayera un gran peñasco. De donde porfiaba á levantarse, hasta que acudiéndole con otros tiros, rindió la vida, quedando aquella máquina del cuerpo para que pudiesen los soldados llegar y ver despacio lo que hemos dicho de él. Despacharon luego un soldado á la ligera á dar cuenta del suceso al capitan Maldonado; y pareciéndoles ser acertado volver todos á tratar con él el caso y lo que se habia de hacer acerca de pasar adelante por si acaso habia otros monstruos compañeros del muerto. Hiciéronlo así y llegaron todos juntos á donde estaban sus compañeros, y el capitan (el cual determinando de ir á ver el cuerpo monstruoso con treinta y dos compañeros arcabuceros) llegó á donde le habian dejado muerto y no hallaron más que los restrivaderos que habia hecho en la tierra con las ansias de la muerte; pero tan grandes que daban claras muestras de cuanto lo era su cuerpo, al cual habian ya llevado de allí sus compañeros, segun pareció por los rastros que siguieron un buen trecho, hasta que oyeron hácia lo alto de la tierra una tan grande vocería y algazara que parecia temblaban las laderas. Por lo cual el Juan Alvarez Maldonado, no pareciéndole pasar adelante, les dijo á sus soldados que él no venia á conquistar monstruos sino á tratar con gente que le entendiera, y que seria bien volverse en paz á buscar otra gente de su talle y modo, pues aquella que le contaban excedia tanto el ordinario de la naturaleza. La de sus soldados era de tan buenos brios, que le persuadian á que siguiesen la aventura que se les habia ofrecido de conquistar aquellos gigantes; pero venció la cordura del capitan á la temeridad de los deseos de sus soldados; y así, levantando el Real, pasaron á conquistar otras tierras.

En las de Méjico, y no más léjos de la ciudad que cuatro leguas, abriendo unas zanjas para los cimientos de una casa de campo que hicieron los padres de la compañía llamada de Jesus del Monte,se hallaron unos sepulcros y en ellos huesos de hombres tan grandes, que todos juzgaron ser de gigantes, porque excedian dos veces la grandeza de los hombres de ahora, y que una muela que sacaron era como un puño. Afirma el padre Acosta que la vió el año de 1586. Y lo mismo dice el padre Torquemada se han hallado en muchas partes de la Nueva España; y una muela de un hombre que pesaba dos libras, aunque esto pudo ser estuviesen allí desde ántes del diluvio, de que despues trataremos. Estas y otras novedades se han hallado en estas tierras, en cuanto á la natural compostura de los hombres, por donde se puede con razon decir Nuevo Mundo.

CAPÍTULO IV.

I—Pónense las condiciones más comunes de los indios—II. Varias costumbres de indios en diversas tierras, en especial de los Pijaos—III. Diferencia en todas las plantas, aves y tiempos, respecto de las de nuestra Europa—IV. La misma variedad se halla en las mieses y frutas.

Cuanto á las costumbres de los que lo habitan, no son menores las novedades, como se ven recopiladas en un memorial que presentó al Emperador el año de mil quinientos veinte y cinco el Padre Fray Tomas Ortiz, de la Orden de nuestro gran Padre Santo Domingo, primer Obispo, que despues fué de Santa Marta, en que refiere las condiciones de los indios de este Nuevo Mundo, como quien tambien las tenia conocidas por experiencia en la Nueva España y esta Tierrafirme, donde estuvo mucho tiempo, las cuales pone diciendo: Que era una gente que comia carne humana, que eran fométicos más que generacion alguna y que ninguna justicia habia entre ellos; que andaban desnudos y no tenian vergüenza: eran como asnos, abobados, alocados é insensatos, y que no tenian en nada matarse ni matar, ni guardarian verdad si no era en su provecho; eran inconstantes, no sabian qué cosa eran consejos, ingratísimos y amigos de novedades, que se preciaban de borrachos y tenian vino de diversas frutas, raices y granos; emborrachábanse con humos y con ciertas yerbas que los sacaban de su juicio. Eran bestiales en los vicios: ninguna obediencia ni cortesía tenian mozos á viejos, ni hijos á padres, que no eran capaces de doctrina ni castigo. Eran traidores, crueles y vengativos, enemiguísimos de religion y que nunca perdonaban. Eran haraganes, ladrones, mentirosos, de juicios bajos y apocados; no guardaban fe, ni órden, ni guardaban lealtad maridos á mujeres ni mujeres á maridos. Eran hechiceros, agoreros y nigrománticos. Que eran cobardes como liebres, sucios como puercos: comian piojos, arañas y gusanos crudos doquiera que los hallaban. No tenian arte ni maña de hombres; y que cuando se olvidaban de las cosas de la fe que aprendian, decian que aquellas eran cosas para Castilla y no para ellos, y que no tenian ganas de mudar de costumbres ni dioses: no tenian barbas, y si algunas les nacian, se las arrancaban. Que con los enfermos no usaban piedad ninguna, y aunque eran vecinos y parientes, los desamparaban al tiempo de la muerte ó los llevaban á los montes á morir con sendos pocos de pan y agua. Cuanto más crecian se hacian peores: hasta diez ó doce años parecia que habian de salir con alguna crianza y virtud, y de allí en adelante se volvian como brutos animales, y en fin, dijo que nunca crió Dios gente más cocida en vicios y bestialidades sin mezcla de bondad ó policía, y que se juzgase para qué podian ser capaces hombres de tan malas mañas y partes; y que los que los habian tratado, aquello habian conocido por experiencia.

Todas estas cosas, es cosa cierta se hallan en comun en todos estos indios, como lo tenemos bien experimentado en el trato que hemos tenido con ellos, sino otros particulares y peregrinos vicios, que en particulares Provincias se han hallado, como en las de los Pijaos, los cuales, entre las demás abominaciones que tienen ó tenian (porque ya hay pocos ó ninguno), era una, que en señalándose uno con valentía en la guerra ó en otra ocasion, le mataban con grande gusto del valiente y lo hacian pedazos y daban uno á comer á cada uno de los demás indios, con que decian se hacian valientes como aquél lo era. Esta costumbre estaba tan introducida entre ellos, que para motejar á uno de flojo y de poco valor, le baldonaban diciendo: que nunca á él lo matarian para que comiesen otros sus carnes y se hicieran con ellas valientes. De las demás costumbres, nuevas, peregrinas y abominables, irá tocando la historia en sus lugares, aunque la verdad es que hallar á estos indios con estas depravadas y ásperas costumbres, fué como hallar las piedras preciosas en sus minerales y vetas que están ásperas y, como dicen, brutas y sin pulimento y así inútiles para el engaste rico y estimado, hasta que se les quita aquella aspereza y brutalidad con el esmeril en la rueda del lapidario, pues así puestos estos hombres en la rueda de la ley de Dios y luz del Evangelio (que así le llamó David) quedan desbastados de estas brutalidades y se descubre el buen entendimiento de algunos, que estaba escondido entre aquellas toscas conchas.

Puédese llamar tambien Mundo Nuevo, porque en todas las demás cosas está lleno de novedades. Las aves son nuevas y peregrinas de las de nuestra Europa, pues solo el águila, gabilan, lechuza, tórtola, garzas, murciélagos y algunos de cetreria son las mismas

de las que conociamos y las demás son nuevas, porque aun hasta las palomas, gorriones, vencejos, aviones y golondrinas, tienen mucha diferencia de las nuestras. De los animales solo el venado, tigres y osos, nutrias, leones, zorros, son como los nuestros. Lo demás es nuevo de los árboles, fuera del nogal, encina, roble y en algunas partes pinos, cedros y alisos, zarzas de moras, no hay otros de nuestros conocidos, con ser infinitos los que hay. Las frutas ninguna conviene en nada con las nuestras. Las yerbas fuera de cuatro ó seis, como son la berbena, la malva, el llanten, la romaza y algunas otras dos ó tres, son muy extrañas todas á las de nuestra Europa. Las flores no faltan todo el año, de suerte que la pascua de Navidad se adornan y engalanan los altares con hermosos ramilletes de azucenas y clavellinas, alelíes y otras mil hermosísimas flores gayombas ó retamas. Las raices usuales no son de ménos diferencia que las que nosotros usamos. Los tiempos andan al contrario de los nuestros, porque hay dos inviernos y dos veranos. El invierno comienza desde la menguante de Marzo, cuando comienza el sol á descubrir su rostro por encima de la línea equinoccial á nuestro hemisferio, y dura hasta principio de Junio, y el otro desde principio de Octubre hasta todo el de Diciembre.

Los veranos son los intermedios de éstos y así las mieses que se dan de las semillas de Castilla, aunque tienen alguna órden en su sazon y cosecha, no están del todo que no suceda muchas veces estar cegando una haza de trigo y junto á ella estar otro naciendo, otro en verza, otro en flor y otro granando; lo que tambien sucede á los árboles que se han traido de Castilla, pues jamás pierden la hoja, flor ni fruto, que poco que mucho por Febrero tenemos muy buenos higos verdes, membrillos, melones y manzanas. Tuve yo en mi celda la Pascua de Navidad duraznos y melones recien cogidos de sus árboles y matas. De suerte que todo administra materia y ocasion para que estas tierras se llamen con fundamento Nuevo Mundo.

CAPÍTULO V.

I. Nombre segundo universal de estas tierras, que es llamarles Indias—II. Y por qué razon se llaman Indias Occidentales, á diferencia de la Oriental—III. Pretenden los Reyes de Portugal ser de su jurisdiccion estas Indias Occidentales y compónense las diferencias—IV. Echase la línea de la demarcacion, con que se parte el mundo para la conquista de las dos coronas.

EL segundo nombre universal es Indias Occidentales, el cual lenguaje ha corrido entre todas muy desde sus principios y nuevo descubrimiento, sin haber más fundamento para darle este nombre, que el arbitrio que tomó el Almirante don Cristóbal Colon luego que las descubrió, para engolosinar al mundo con este nombre, especialmente á los grandes príncipes, con quien trataba sus descubrimientos y en cuyo favor fundaba los buenos sucesos de ellos, porque le pareció autorizar con este nombre estas tierras que iba descubriendo, como lo estaba la India Oriental, con la fama de sus grandes riquezas; porque aunque es verdad que cuando el Almirante descubrió estas tierras, no estaba aún descubierta por la Corona de Portugal la India Oriental, con todo esto su nombre y fama por su especiería y las demás riquezas estaba extendido por todo el mundo, porque las sacaban de ella y metian por el Seno Pérsico y mar Bermejo, hasta los puertos que tenian señalados y desde ellos las transportaban los turcos con carabanas (que sin harrias ó recuas de camellos ó dromedarios) á Alejandría, Jafa y otras partes del mar Mediterráneo, por donde iban á parar á Venecia, Italia, España y otras tierras y por donde venia á hacerse tan famosa aquella India, pues para que lo fueran tambien estas tierras, en quien luego se comenzaron á hallar buenas minas de oro, plata, perlas, drogas y cosas aromáticas, diferentes de las de nuestro hemisferio, con que podia competir en riqueza con la otra India Oriental, le pareció ponerle este nombre con que daba reputacion á su empresa y no le salió en vano la diligencia, pues se imprimió tanto el nombre en las orejas de todos, como el deseo de sus riquezas en los corazones, con que los descubrimientos han ido siempre tan á más y de ellos tambien el nombre, que llamándose al principio India cuando no estaba descubierta de ella más que las pocas islas que al principio se descubrieron y las costas de Tierrafirme y parte de lo de Nueva España, despues se llamaron Indias, cuando á lo descubierto se añadieron aquellos grandes descubrimientos y riquezas del Perú, aunque todavía hallo que ántes de esto las nombraban Indias en plural los Reyes católicos, como se ve en la carta

de creencia que dieron á su repostero Juan Aguado cuando le enviaron á ellas á averiguar unas quejas que habian ido á Castilla contra don Cristóbal Colon. De lo dicho viene que los indios de estas tierras no saben ni entienden qué quiere decir indio, por no haberlo oido decir en sus tierras á sus mayores, sino que así se nombran ellos unos á otros, con la simpleza que lo aprenden y ven que los nombran los españoles, sin más descubrir sobre ello cuando mucho entienden, que indio quiere decir sujeto observiente del español, como ellos lo son, sin meterse en más dificultades.

Supuesta esta razon, que es la principal por qué llamaron Indias á estas tierras, el llamarse Occidentales no fué (á lo ménos á los principios) para diferenciarlas de la India Oriental; pues aunque ella se pudo llamar Oriental, por estar á las partes de Oriente, respecto de Persia, Arabia, Palestina y el mar Mediterráneo é Italia, donde fueron á parar siempre sus contratos por donde habian frecuentado su nombre, con todo eso solo se nombraba con este solo nombre de India, porque no habia en el mundo otra con quien se pudiera equivocar ni confundir, tomando la denominacion del famoso Rio Indo, que baja de aquellas grandes tierras de Asia por aquella parte á pagar su tributo al mar: porque de este rio se llaman aquellas tierras Indas, y sus moradores Indos; y despues interpuesta una letra, la tierra se llamó India y sus habitadores indios.

Ni tampoco se llamaron Occidentales, á diferencia de haberle llamado los portugueses á ésta, cuando la descubrieron, Oriental, porque desde Lisboa fueron siempre navegando al Oriente hasta que la hallaron: pues cuando se hizo este descubrimiento (como dijimos), ya habia casi veinte años que estaban descubiertas estas nuestras Indias Occidentales, porque cuando éstas se hallaron, solo estaba descubierto y conquistado por los portugueses, hasta Caboverde, y cien leguas más adelante por aquella Costa de Africa: porque el infante don Enrique, hijo del Rey don Juan el Primero de Portugal, en tiempo de su padre descubrió, conquistó y pacificó las Islas de la Madera, la de los Azores y la de Caboverde, y más adelante por la Costa de Africa alguna parte de ella. En la tierra de Guinea despues de algun tiempo, reinando don Duarte, y el Rey don Alonso el Quinto, se fué prosiguiendo la conquista de aquella Costa de Africa, hasta que se descubrió la Isla que llamaron del Príncipe y la de Santo Tome.

Estando en este estado esta conquista por la corona y Rey de Portugal, cuando lo era don Juan el II, descubrió don Cristóbal Colon por la de Castilla la Isla de Santo Domingo el año de 1492, y las demás sus vecinas: pero apénas se hubo sabido este descubrimiento, cuando el Rey don Juan pretendió pertenecerle á él lo descubierto y no á Castilla, sobre lo cual hubo no pocas diferencias, hasta que con deseos de paz y de no perder lo que pertenecia á su corona, nuestros Reyes católicos, por cuya órden y costa habia hecho Colon el descubrimiento con intervencion y Bulas del Pontífice, que era Alejandro VI, de la Casa de Borja, compusieron y dieron asiento perpetuo á las diferencias en el año de 1493, á veinte y tres de Junio, por escritura pública hecha ante Hernando Alvarez de Toledo, Secretario de los Reyes católicos, y ante Estévan Páez, Secretario del Rey de Portugal, firmada de los Reyes católicos en Arévalo, á dos de Julio, y del Rey don Juan, en Ebora, á veinte y siete de Febrero de mil y cuatrocientos y noventa y cuatro; el cual concierto fué de esta manera: Que con poderes que tenian de sus Reyes para asentar y concordar estas diferencias, don Enrique Enriques, Mayordomo mayor del Rey católico, y don Gutierre de Cárdenas, Comendador mayor de Leon, y el doctor Rodrigo Maldonado, todos del Consejo del Rey católico, estando con sus Majestades en Tordesillas, á donde tambien vinieron por Embajadores con los mismos poderes del Rey de Portugal para lo mismo, Ruidesola y Berenguel, don Juan de Sola, su hijo, Almotacen mayor, y el Licenciado Arias de Almada, Juez del desembargo, todos tambien del Consejo del Rey don Juan, trataron de dar fin y asiento á lo que ya habia dias se habia comenzado á practicar, que era: Que pues el orbe ó globo de la habitacion humana, que consta de mares y tierras, tiene correspondencia con los grados de la esfera celeste, se dividiese por mitad entre los dos Reyes, echando una línea imaginaria de polo á polo, la cual dividiese rodeando mar y tierra todo el globo en dos partes. Despues de haberlo practicado muchos dias, y oido los Cosmógrafos diferentes que llamaron para el efecto, é intervinieron en muchas juntas que se hicieron en siete de Junio del año de mil y cuatrocientos y noventa y tres, acordaron que la línea omeridional de la demarcacion se asentase como se asentó á trescientas y sesenta leguas de Caboverde para la parte Occidente, no estando en esto (porque así convino bien considerado) á lo que las Bulas del Papa habian ordenado, que fué se echase la

línea á cien leguas solas de Caboverde á la parte de Occidente, y se determinó: Que la línea tocase un cierto término y señal en la tierra en que cada una de las dos partes fundase su principio en sus descubrimientos.

Con la cual determinacion se echó la línea, que vino á ser por las islas de los Azores ó Flamencas, y fué pasando sobre la tierra del Brasil; de suerte que esta Tierrafirme, por donde mira al Africa ó al Leste, vino á quedar dentro de la demarcacion que llamamos Oriental, porque la otra se llama Occidental. De las cuales dos mitades del mundo así dividido, se determinó y asentó por el mismo concierto, perteneciese la Oriental á las conquistas de la corona de Portugal, y la Occidental á las de Castilla y Leon, dejando libre el paso de los mares para ambas conquistas: pero que ninguna pudiese enviar navíos para rescates, contrataciones ni descubrimientos á la parte que no fuese de su demarcacion. De manera que segun esta particion, siendo toda la redondez y globo del mar y tierra de trescientos y sesenta grados, cupo á cada una de estas dos partes ciento y ochenta de longitud.

Los portugueses, como gente valerosa por no envidiar á sus vecinos los castellanos, se dieron tan buena maña en pasar adelante la conquista y descubrimientos que tenian comenzados en la costa de Africa y Guinea, que en poco tiempo descubrieron y montaron (atropellando mil dificultades) aquel espantoso cabo de los antiguos, que ahora llaman de Buena Esperanza, que es una punta que sale de la Tierrafirme de Africa quinientas leguas al mar Océano; y no cansándose sus codiciosos brios con lo que dejaban atrás sujeto á la corona de su Rey, en tiempo que lo era don Manuel, pasaron muy adelante la conquista, encomendando lo principal de ella á Vasco Gama, que con su valeroso ánimo y él de los que despues le sucedieron, fueron sujetando tantas y tan grandes tierras, que pasando la boca del mar Bermejo y el golfo Ysico, extendieron sus armas hasta la Carmania, sujetando y haciendo sus tributarios á los Reyes de Cananor, Cuchin y Calicuth, á donde pusieron asiento y plaza de su contratacion y mercancía, y no quietándose allí sus ánimos, pasaron penetrando hasta la Aurea, Chersoneso, orientalísima que está de la otra parte de los dos famosos rios Indo y Ganges, á donde tambien sujetaron á Malaca y á su Rey y otros Reinos convecinos, que todo ello así junto se llama con nombre extendido la India Oriental, en cuya conquista no fué lo que ménos importó el atajar los pasos y cerrar la puerta á la navegacion que tenian los infieles por el mar Bermejo y Seno Pérsico, por donde llevaban los turcos y otros infieles las grandes riquezas de la India, á los cuales tambien despojaron de las plazas y fortalezas más importantes que tenian en aquellas Costas.

Hemos traido todo lo dicho para concluir el fundamento que tiene llamarles á estas tierras Indias Occidentales, que fué por haberse determinado en el concierto que se hizo entre las dos coronas de Portugal y Castilla, que á la de Castilla perteneciese esta parte Occidental, y llamáronla Occidental, respecto de España, porque como advierte admirablemente Escoto, cualquiera parte del mundo es Oriente, respecto de otra parte que está más á Poniente, y es Poniente respecto de otra que está más al Oriente; y así como España está más al Oriente respecto de estas Indias, se llaman ellas de Occidente ú Occidentales; así como la India de Portugal se llama Oriental tambien respecto de España. De tal manera es esto, que los que salen para la India y Filipinas del puerto de Acapulco ó Sonsonate, que es Costa de Nueva España, en el mar del Sur ó de cualquiera parte de la Costa del Perú, pueden decir que van á la India Occidental, respecto de la navegacion que van haciendo, pues dejan á sus espaldas y popas la Oriental, que son estas nuestras y van navegando de Oriente á Poniente.

CAPÍTULO VI.

I. Tercer nombre universal de estas Indias es América, puesto sin fundamento por Américo Bespucio—II. Hánse tomado alcuñas de linajes de las cosas naturales y artificiales—III. Comiénzase á probar la poca razon que tuvo Américo en llamarles á estas tierras América—IV. De dónde se derivan y quién puso nombres á las tres partes del mundo, Asia, Africa y Europa.

EL nombre tercero universal de estas Indias es América, que se lo puso un Américo Bespucio, natural (segun algunos, Ligurio) del Ginobesado, aunque otros quieren que haya sido Florentin, hombre ordinario y de no más prendas que ser Cosmógrafo de los de aquellos primeros tiempos y descubrimientos de estas tierras, á donde vino la primera vez,

(como dice Herrera) por mercader con el Capitan Alonso de Ojeda, natural de la ciudad de Cuenca, despues de haber venido ya á ellas el tercero viaje don Cristóbal Colon, el cual descubrió la Tierrafirme; de manera que á Colon se le debe el descubrimiento de estas Indias, no solo en cuanto á la isla de Santo Domingo y sus vecinos de Barlovento y Sotavento, sino de la Tierrafirme; lo cual asentado por los más graves autores como fundamento cierto, no hallo que lo tengan en llamarles Américo con este su nombre.

Acerca de esto será bien advertir que para poner á las cosas nombres que les convengan con propiedad, han de ser segun algun fundamento y razon que preceda en la cosa con que convenga el nombre, como hemos hallado en los dos que dejamos dichos de estas tierras; porque aunque el nombre sea puro ente de razon (como dice el Lógico) tambien ha de tener fundamento en las cosas, y así como dijo el filósofo, *Nomina sunt imposita rebus secundum proprietatem in ipsis repertam.* Y por haber conocido Adan tan del todo las propiedades de las cosas, les puso nombres tan acomodados á todas, que dice la Sagrada Escritura que aquellos eran sus propios nombres, y en faltando esto será un nombre arrojado, tope ó no tope, como dicen. En los nombres y alcuñas de muchos linajes de que usan nuestros españoles, tenemos clara esta verdad, aunque advertida de pocos; pues si bien son muchos de ellos tomados de cosas naturales y artificiales, ninguna deja de ser puesta con propiedad que convenga á la cosa, por algun suceso ó razon que fué causa en sus principios para que se le pusiera el tal nombre y alcuña; y así algunos se llaman con nombres de reinos, como Españas, Castillas, Aragones, Portugales, Valencias, Granadas, Murcias, Gallegos, Jeanes y Córdobas. Otros tienen nombres de ciudades, llamándose Sevillas, Toledos, Madrides, Cuencas, Ubedas, Baezas, Andujares, Ecijas, Segovias, Salamancas, Alcalaes, Avilas, &c. Otros toman nombres de las cosas de que hacen las ciudades, pues unos se llaman Calles, otros Callejas, Plazas, Mercados, Torres, Castillos, Monasterios y Casas; y de estas casas hay quien tome sobrenombres de todas las cosas de que se hacen: como unos se llaman Paredes, otros Tapias, Puertas, Salas, Palacios, Cámaras, Rincones, Tirantes, Maderos, Tejas, Canales, Cuevas, Bóvedas, Corrales, Huertas, y aun de lo que se crian en ellas hay quien tome sobrenombres, pues hay quien se llame Coles y aun Lechugas, Rábanos y Pepinos.

No han perdonado para esto tampoco las partes de que el hombre se compone, pues unos se llaman Huesos, otros Cabezas, Cabellos, Chamorros, Coronados, Calvos, Copetes, Orejuelas, Cejas, Carrillos, Besos, Muelas, Quijadas, Barbas, Espinas, Barrigas, Piernas, Patudos, Patones. Y aun conozco yo unos hidalgos en Mula, que es en el Reino de Murcia que se llaman Talones; otros se llaman Delgados, Gordones, Gordos, Secos, Blancos, Prietos, Bermejos, Azules, Amarillos, Colorados, Buenos, Malos, Pardos. No se han olvidado tampoco de tomar sobrenombres de los animales, pues unos se llaman Leones, otros Toros, Bacas, Cabeza de Bacas, Novillos, Terneras, Becerros, Lobos, Lobones, Loberas, Carneros, Ovejas, Corderos, Zorros, Raposos, Cabreras, Cábritas, Conejeros, Liebres, Lebrones. De los árboles han sacado muchos los nombres para ponerlos en sus linajes, pues casi ninguno hay de quien no lo hayan tomado, llamándose unos Manzanos, otros Moráles, Moras, Perales, Olivas, Oliveras, Olivares, Cerezos, Cerezas, Carrascos, Encinas, Pinos, Cermeños, Palmas, Naranjos, Sauces, Alamos, Olmos, Almendros, Granados, Ciruelos, Higueras, Parras, Parrilias, Sarmientos, Agraces, Matas, Zarzas, Rosales, Romeros, Cañas, Cañutos, Chaparros, Silvas, Sotos, Quiñónes. De las aguas hay quienes se hayan acordado para esto, pues unos se llaman Fuentes, otros Arroyos, Rios, Puentes, Vados, Lagunas, Charcos, Lagos, Pilares, Pozos, Aguados, Riberas. Los campos y cosas que hay en ellos, han entrado tambien en esta cuenta, pues unos se llaman Campos, Prados, Flóres, Rosas, Yerbas, Cerros, Valles, Vallecillos, Vallejos, Montes, Cuestas, Llanos, Hóyos, Sierras, Serranos, Piedras, Pedreros, Peñas, Peñalosas, Losadas, Lancheros, Rocas, Pedernales, Guijarros, Colmenares, Meleros, Cerdas.

Las aves, por alto que vuelen, no se han podido escapar de entrar en esta lista, pues unos se llaman Aguilas, otros Falcones, Gavilanes, Palomas, Palomos, Palominos, Cuervos, Gallos. Al cielo han ocurrido algunos para sacar sus alcuñas de los astros, pues unos se llaman Lunas, otros Estrellas, Luceros, Angeles, y de estas cosas pudiéramos alargar más el discurso si no pareciera bastante lo dicho para que de ello se pueda discurrir en lo demás y para decir que no hubo sobrenombre ni alcuña de éstas que en sus principios no tuviera fundamento y razon para ponerse á quien se puso, pues si esto hubiera sido sin fundamento, no se pusiera el cuidado que se pone en conservar estos nombres, pues

suele ser algunas veces tal que se ordena en los testamentos no herede los mayorazgos, rentas ni casas solariegas, sino quien tuviere la misma alcuña y sobrenombre, y esto suele ser con cláusulas tan apretadas y sin dispensacion, que muchas veces para poder heredar hoy sucede quitarse el sobrenombre que tenian y ponerse el que manda el testamento que tengan los que heredaren. Y lo que más es, que en linajes que tienen muchos de los nombres que hemos dicho, hay muchos caballeros á las órdenes militares y de los más esclarecidos títulos de España, descendientes de los Reyes católicos que ha habido en ella, todo lo cual se infiere haberse puesto con no pequeña consideracion é importancia.

No me parece será de poca, segun esto, ir ya averiguando la poca razon que tuvo Américo Bespucio en ponerles á estas tierras su nombre, pues es contra la autoridad de la grandeza de España que un hombre tan ordinario y extraño de sus reinos y sin haber hecho cosa de consideracion en los descubrimientos y conquistas de ellas, se haya atrevido á intitularlas con su nombre; cosa tan absurda no solo á las orejas y entendimiento de los que han conquistado este Nuevo Mundo, derramando su sangre en sus descubrimientos y pacificaciones, sino aun á los que se han hallado muy léjos de esto y con mediano cuidado advierten en la imposicion tan contrapelo de este nombre América puesto á estas Indias. Y porque lo vamos probando, digo con Berosio, á quien sigue Fabio Pictor, y de la misma opinion es Estrabon, que el poner nombres á las provincias, tierras y ciudades que de nuevo se hallan y fundan, es solo de los grandes príncipes en cuyo nombre se conquistan ó de los capitanes principales que las conquistan en nombre de los príncipes, y no lo pueden hacer sin nota de atrevimiento y culpa digna de castigo otros ningunos, pues esto solo se hace para perpetuar sus nombres, como cosa digna de que tengan eterna memoria por las hazañas y hechos valerosos que hicieron los que las conquistaron y sujetaron. Y así dijo Lactancio Firmiano, que la codicia de la fama y eterno nombre hizo á los hombres poner sus mismos nombres á los pueblos, rios, montes y valles; y la razon es, porque como éstas sean perpetuas, conservan con perpetuidad la memoria de quien los nombró. En esto se fundó Tago V, Rey de España, despues de Tubal Caín, cuando le puso nombre al famoso Rio Tajo 348 años ántes que se fundase Troya y 1835 ántes del nacimiento de Cristo, como dijo San Gerónimo, Eusebio y Juan Annio, y Beto, hijo de Tago, le puso Betis al que despues los mahometanos pusieron en su arábigo Guadalquivir, que quiere decir Rio grande, de donde se vino á llamar el Andalucía que él atraviesa la provincia Bética, y Ebro tomó el nombre del Rey Yabero, hijo de Tubal, que hasta hoy duran y durarán con ellos los dias del siglo.

Y aun por ventura éste fué alguno de los fundamentos que tuvieron los que pusieron á sus linajes los nombres que hemos dicho hay en nuestra España, por ser de cosas perpetuas, como lo son los montes, valles, prados, rios, etc., para que los nombres se conservaran con la perpetuidad que tienen las cosas de donde se tomaron, que fué como escribirlos en memoriales que no podrán faltar. Y á este propósito dijo Titolibio, que uno de los principales fundamentos de la verdad que tienen las cosas antiguas, es el rastro de sus nombres, y así los estima, en tanto que dice dejara muchas veces por ellos la autoridad de muchos doctores, porque si bien se entiende la noticia que nos viene por los nombres, es cierta porque el nombre nunca se muda de sí en no, ni tiene por qué querer engañar, pues no se puso sino para enseñar el fundamento y razon que hubo para ponerlo á la cosa, lo cual muchas veces falta en la historia é historiadores por ignorancia ó malicia.

Aprieta admirablemente esta razon el divino San Juan Crisóstomo y otros eminentes Doctores, diciendo que poner y quitar nombres á las cosas denota señorío sobre ellas, y que lo mismo fué dar Dios á Adan autoridad de poner nombres á todos los vivientes que hacerle señor de ellas. Verifícase tambien con los nombres de las otras tres partes del mundo, Asia, Africa y Europa; pues aunque (como advirtió Herodoto) los tienen tomados de mujeres, fueron puestos por los que eran señores y príncipes de ellas, porque la Asia se llamó así de la mujer de Prometheo, Príncipe y Rey que entónces era de ella, y Europa, porque así se llamaba una hija del Rey Agenor de Fenicia, que por lo mucho que su padre la quiso, les puso á sus tierras su nombre. Africa tuvo dos nombres, el primero Libia, que era el de una mujer hija de Epafo, segun dice Apolidoro y Solino; aunque San Gerónimo y Joseph dicen que se nombró así por un hijo de Ofiris, que se llamaba Libio, al cual despues llamaron Hércules Libio, de cuyas hazañas está lleno el mundo, pues por todo él destruyó los tiranos. Este nombre quedó despues solo en una parte de Africa que se

llama la Libia, porque á toda aquella parte de aquel mundo se le puso despues Africa, segun dice Solino, y á Polidoro de un hijo de este Hércules Libio llamado Afro; aunque San Gerónimo, San Anselmo, Joseph y Cedreno no son de este parecer, porque le tienen que este nombre Africa se puso por un hijo de Abraham y de su mujer Cethura, llamado Afro, y por haber andado con Hércules por aquellas tierras en las guerras que tuvo y haber salido el Afro tan valeroso, se quedó con su nombre aquella tercera parte del mundo. De manera que por dos razones se les puso los nombres que tienen á las tres partes del mundo, Asia, Africa y Europa; la una por haber sido Reyes y Emperadores de ellas los que se las pusieron, y la otra por haber sido valerosas y dignas de eterno nombre las hazañas que hicieron en ellas.

CAPÍTULO VII.

I. Viene á estas Indias Occidentales la primera vez Américo Bespuciano con el Capitan Ojeda—II. Confunde Bespucio el segundo viaje que hizo á las Indias con el primero, pareciéndoles era á propósito para su intento—III. Hácese comparacion de lo poco que hizo Américo en el descubrimiento de las Indias para lo que hicieron los que las conquistaron—IV. Hacen estas Indias con su grandeza y riqueza la Monarquía de España, la más ilustre del mundo.

SEGUN esto, bien se ve cuán puesto está en razon corra por los mismos pasos el poner nombre universal á esta cuarta parte del mundo, pues es la más rica y mayor que la mayor de esotras tres, y no se quede con el nombre de América, pues en él no concurre ninguna, como (aunque todos lo saben) hemos probado, porque dejando aparte (como cosa asentada) que no concurrió la primera, fácil será hacer demostracion de que no concurrió tampoco la segunda, no solo en conquistar estas tierras, pero ni aun en descubrirlas, porque (como apuntamos á decir arriba, y advirtió muy bien Herrera) la primera vez que vino Bespucio á estas Indias, le trajo en su navío por mercader el Capitan Alonso de Ojeda, donde venia por piloto Juan de la Cosa Vizcaino, hombre de valor y diestro en su oficio. Por lo cual siguió tan dichosamente la navegacion, que dentro de veinte y siete dias llegaron á dar vista á la Tierrafirme, cerca de Maracapana, y se certificaron todos los que iban en el navío de cómo no era isla sino Tierrafirme; la cual tenia ya descubierta dias habia don Cristóbal Colon, en el tercer viaje que hizo á estas tierras despues de su descubrimiento principal, si bien no quedó por entonces determinado del todo si era Tierrafirme, lo cual importa poco, pues el descubrimiento de ella fué suyo y en realidad era Tierrafirme; porque el determinarse en este viaje y llegada de Alonso de Ojeda en que era Tierrafirme la que Colon y ellos habian encontrado, fué muy accesorio y accidental, pues la sustancia de hallarla estuvo en don Cristóbal Colon. Este descubrimiento se atribuye á si el Américo Bespucio, sin ser el por entonces señor del navío con que se navegó, ni Capitan de él, ni el piloto que lo guió, sino solo un mercader que segun la condicion comun de los tales, más traen puestos los ojos en las ganancias de sus mercancías y el descubrimiento del oro que les han de dar por ellas, que en el de nuevas tierras, de donde está claro y bien á vista de todos cuán sin fundamento se atribuye el haber hallado él en esta ocasion la Tierrafirme, pues si entonces se hallara con harto mejor título se habia de atribuir esa gloria á Alonso de Ojeda, como á Capitan principal de aquel viaje, ó á Juan de la Cosa, como á quien guiaba el navío, porque de los demás que iban en él, la misma accion tenian los unos que los otros para atribuirse estas primeras vistas de tierra, y así como se la atribuye Américo Bespucio, se la pudiera atribuir cualquier otro mercader, marinero y aun los grumetes y pajes que iban en el navío, si bien él sabia alguna cosa de Cosmografía, con que no dejaria de ayudar algo más que la gente comun del navío á la determinacion de las dudas que le ofrecerian en lo que iban descubriendo; pero si ésta es causa bastante para que él ponga su nombre á esta inmensidad de tierras, júzguelo el más desapasionado.

Pero como no lo estaba Bespucio en el deseo que tenia de que se celebrara su nombre, poniéndolo á estas tierras, confunde en sus escritos el tiempo que se gastó en este primer viaje con el que gastó en el segundo que hizo con el mismo Ojeda cuando lo llevó por piloto, y llegaron hasta el puerto de Cartagena; porque habiendo gastado en el primero (que fué en el año de mil cuatrocientos y noventa y nueve) solo cinco meses de venida y vuelta á España, como lo juró Alonso de Ojeda y otros en una informacion que hizo acerca de esto el Fiscal Real, dice el Américo que se gastaron trece meses, los cuales es

verdad se gastaron en el segundo viaje; y así trastrocando y confundiendo (no sin malicia, al parecer) el tiempo del un viaje con el otro, diciendo que de aquel primero habian costeado 860 leguas (en que tambien se engaña y alarga demasiado), quiere con esta confusion que hace del uno y del otro quitar la gloria de haber descubierto tambien la Tierrafirme á don Cristóbal Colon, y atribuírsela á sí y no ser cogido con el hurto en las manos; pero no falta quien advierta y haga conjetura en estas sus navegaciones, y en el hacerse muy descubridor de las Indias por la Corona de Castilla, diciendo que él mismo fué costeando toda la costa del Brasil, y puso nombre al cabo de San Agustin el año de mil quinientos uno, y que pasando en otra viaje adelante con tres caravelas que le dió el Rey de Portugal don Manuel, para ir por allí buscando estrecho por donde poder pasar á las Malucas, navegó hasta ponerse en cuarenta grados de la equinoccial á la banda del Sur: pues muchos Ptolomeos de Leon de Francia y otros bien advertidos tachan y contradicen mucho de lo que él dice en estos descubrimientos, como lo advierte Gomara.

No queremos quitar á Américo el haber acrecentado en estas navegaciones la Cosmografía que al principio de ellas habia con la Geografía y Cronografía que ejercitó en las tierras que se fueron descubriendo de nuevo, describiendo sus principales partes, puertos, vahías, rios, puntas y ensenadas, que es en lo que la Geografía y Cronografía se ocupan, de donde vino á cobrar opinion; de manera que queriendo el Rey se hiciesen las marcas de todas las islas y Tierrafirme, que hasta entónces (que era el año de mil y quinientos y siete) se habian descubierto, pareció cometerse á Américo Bespucio, dándole para esto título de piloto mayor, con cincuenta mil maravedís de salario y poder para poder examinar los pilotos; de donde vino á tomar ánimo y avilantez, por no llamarle atrevimiento, para poner su nombre en los papeles de las demarcaciones que hacia de estas tierras, con lo poco que él habia visto y las muchas relaciones que cada dia le iban dando de lo que se iba descubriendo, y como solo á él estaba cometido hacer estos papeles, y en todos ponia su nombre, titulando á esta tierra América, se vinieron á quedar estas tierras con él hasta hoy, aunque tan sin fundamento como vemos; pero tampoco será bien nos quite Américo el poder juzgar que todas estas islas que diremos, no fueron bastantes causas para ponerlas su nombre.

Y así, para que no nos cansemos más andándole contando los pasos, y quede más convencido Américo, digo que le concedamos de balde (sin haber ello sido así) que descubrió la Tierrafirme, como pretende: veamos el descubrirla. ¿Fué por ventura descubrir estas Indias? cierto es que no; pues no fué más que aumentar el primer descubrimiento, en el cual estuvo la dificultad; porque (como dice el comun proverbio) fácil cosa es añadir á lo hallado, en especial en nuestro caso; pues sabe bien poco de descubrimientos quien no sabe que muchas islas juntas están siempre cerca de Tierrafirme; y así, halladas ya las islas de Barlovento con la de Santo Domingo y sus vecinas, fué fácil congeturar que estaba cerca de la Tierrafirme, como se ve en las islas de Canaria y las de la Madera, y en éstas tambien se vió la facilidad que hubo en hallarla, guiándose por este discurso. Luego, si don Cristóbal Colon no puso su nombre (y con razon) á estas Indias, que fué el primero que las descubrió, mucho ménos se lo pudo poner Américo Bespucio; caso negado que fuese él el que añadió á este primer descubrimiento el de la Tierrafirme, ni el mostrarse tan costeador y descubridor de tantas leguas le favorece nada, pues no llegó todo esto á los menores descubrimientos y conquistas que han hecho los famosos Capitanes que las han ido descubriendo y ganando tan á costa de su salud, sangre y vida. Porque, qué tiene que ver lo que él hizo con el primer descubrimiento, segundo y tercero de don Cristóbal Colon? Y qué igualdad con el descubrimiento y conquista que hizo don Fernando Cortés de las grandes tierras de Nueva España, y con el que hizo Hernando de Magallanes de aquel su tan celebrado Estrecho el año de mil y quinientos y diez y nueve, por donde halló que se juntaban el mar del Sur y el del Norte, que aunque ya no se llama Estrecho, sino canal, por haber hallado que es esto; y el Estrecho en otra parte más adelante, que se llama el Estrecho de San Vicente, por haberle puesto este nombre los dos hermanos Nodales, el año de mil y seiscientos y diez y nueve que lo descubrieron; y será así lo uno y lo otro: con todo eso corrió cien años aquel canal sin nombre de Estrecho de Magallanes. ¿Qué comparacion tiene con lo que hizo Juan Ponce de Leon, que descubrió la Florida, y con Vasco Núñez, que descubrió el mar del Sur despues de haber pasado inmensas dificultades que hay desde la Ensenada de Urabá, hasta que encontró con él y tomó posesion por la Corona de Castilla? Qué comparacion tiene con lo que hizo don Francisco Pizarro descubriendo

el Perú, y don Diego de Almagro pasando de allí á conquistar á Chile? Qué comparacion se hará con los trabajos inmensos que padeció Gonzalo Jiménez de Quesada en los descubrimientos de este Nuevo Reino de Granada, enviado por don Pedro Fernández de Lugo, Gobernador de Santa Marta, y con lo que hicieron otros celebrados Capitanes en otros descubrimientos, como el Adelantado Diego Velásquez de Cuéllar, y el Capitan Juan de Grijalda, Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid, y el Capitan Diego de Ordás, y otros muchos; pues si ninguno de éstos se atrevió á poner su nombre aun á solas á las tierras que descubrió y conquistó (fuera de Magallanes), sino ántes les iban poniendo los de España, Castilla y sus Provincias, y aun de sus Reyes, como se vió en los que puso don Cristóbal Colon á la Isla española y á la Fernandina, á la devocion del Rey Católico don Fernando, y á la Isabela, á la de la Reina Católica? Hernando Cortés á lo que descubrió le puso Nueva España; Don Gonzalo Jiménez de Quesada, esto que halló, Nuevo Reino de Granada, teniendo por atrevimiento todos poner sus nombres á lo que les costaba su sangre el descubrirlo, por ser en nombre de sus Reyes. Luego mayor lo será poner el suyo á todas las tierras un hombre particular y extraño de los Reinos de España, y que apénas puso el pié en las Indias en comparacion de los conquistadores.

Ni es posible que no haya causado admiracion, así á los extranjeros como á muchos cuerdos españoles, ver que se haya consentido cosa tan contra razon, hayan corrido con este título de América más de cien años estas grandiosísimas é inmensas tierras, por las cuales confiesan (y con razon) todos los Reinos y Provincias del mundo, ser la Monarquía de España la mayor, más crecida, más ilustre y más rica de todo él: y no ponen mucho de su casa en estas ponderaciones, pues se le ha añadido, con los descubrimientos de estas tierras, tan ámplias y extendidas Provincias, tantos Reinos y señores de vasallos, que es casi imposible poderse reducir á número, por ser la gente que se halló en ellas tanta, que parece por todas partes un hormiguero, y dentro de unas tierras tan anchas, que de más de setecientas islas que tiene á su sujecion en el mar del Norte y del Sur, segun lo tiene advertido Veracruz y el Padre Torquemada, dejan á la redonda por los mares que cercan las tierras hasta hoy descubiertas, nueve mil y cuatrocientas leguas; las tres mil y trescientas y sesenta por la mar del Sur, y las demás por la del Norte, cabiéndole á esta Tierrafirme, que se cuenta desde Puerto Belo, dando vuelta por el Estrecho de Magallanes y costas de Chile y Perú, hasta Panamá, más de cuatro mil y sesenta leguas, y de largo Norte Sur, que es desde Cartagena al Estrecho de Magallanes, mil y doscientas, y de ancho mil, y es dos veces mayor lo descubierto en las tierras de Nueva España, á cuya tierra competen las demás leguas por las costas del mar del Norte y Sur que la cercan, contando desde tierra del Labrador, que está en sesenta grados al Polo Ártico, y cortada por Panamá, y costeando la mar del Sur hasta Sierras Nevadas; aunque si se cuenta el vojo de esta tierra de la Nueva España desde el Estrecho Davis, que está en setenta grados al Norte, y por la mar del Sur hasta el Reino de Quivirá, que es á la boca del Estrecho de Anian, bien se pueden añadir de circuito á las nueve mil y cuatrocientas leguas, mas de otras dos mil y quinientas, porque todo lo dicho es Tierrafirme con Nueva España.

CAPÍTULO VIII.

I. Las Audiencias y otros Tribunales, Armadas y presidios de las Indias Occidentales.—II. Dáse relacion de todas las Audiencias, Iglesias y Prebendas que hay en ellas.—III. Que al Real y Supremo Consejo de las Indias pertenece poner medio para que á estas Indias se les quite este nombre de América y se les ponga otro á propósito.

ACRECIENTA con ventajas esta admiracion á los que saben las peregrinas hazañas que han hecho en estas tierras los castellanos, cuyos Reyes las han ido calificando al paso de los deseos que siempre han tenido del aumento en servicio de Dios, que es lo que principalmente intentan desde que se comenzaron estos descubrimientos; pues de ellos se han ido siguiendo tantos acrecentamientos, que en lo que hasta hoy está descubierto en estas Indias en muchos y grandes Reinos, que se les ha puesto el nombre de las Provincias de Castilla, se hallan doscientas y quince ciudades y villas, conocidas Colonias de castellanos. Las ciudades son ciento y cuarenta y siete, y las demás villas y casi todas tambien con nombres de las que están fundadas en Castilla. Pueblos de naturales conquistados, sujetos y doctrinados hay tantos, que no es posible sumarse. Hay repartidas por las más populosas

ciudades once Audiencias, como las de Valladolid y Granada, en Castilla, y para ellas se proveen ochenta y seis plazas; y para mejor gobierno está en Sevilla la casa de la Contratacion, y en la Corte de Su Majestad el Supremo y Real Consejo de Indias, que es como la forma de las Audiencias y Consejos nombrados, ó como la fuente de donde mana el gobierno de estas grandes tierras ; donde tambien hay dos Vireyes con títulos de Gobernadores y Presidentes de las Audiencias que tocan á sus distritos, el uno en el Perú, en la ciudad de Lima, y el otro en Nueva España; en la de Méjico tiene cada Audiencia sus Presidentes, los dos de ellos, que son, el de esta Audiencia de Santafé y el de Santo Domingo, de la Española, con dependencia inmediata al Consejo de Indias de la Corte. Tienen las más de las ciudades Gobernadores y Corregidores con sus distritos. Hay tres Tribunales de Contaduría mayor de cuentas en las ciudades de Lima, Méjico y de Santafé. En cada Provincia oficiales de la Real Hacienda. En el mar del Sur andan las Armadas de Méjico y Filipinas y de Lima, para guarda de aquel mar y sus costas. En la del Norte los Galeones de Armada de la guarda de las Indias, y cada año vienen dos flotas de España, una para el Perú y este Reino que llaman de Tierrafirme, y otra para Méjico y toda la Nueva España; y en todos los oficios de guerra, gente de mucha reputacion. Hay más, doce presidios para defensa de estas tierras; de gran confianza son los de Chile, que son prueba del valor de los españoles.

El crecimiento en lo espiritual no es ménos de advertir, sino más, pues fuera de él, todo lo demás es ménos, por ser el fin á que lo demás se dirige: y así, contadas (por algunos extranjeros curiosos), hay edificadas en las Indias setenta mil iglesias entre las de los indios y españoles, y en más de las dos mil Sacramento, y lámparas que arden dia y noche para confusion del novelero hereje sacramentario, y que entiendan no le ha de faltar á Dios donde reparar los daños que él le hace á su Iglesia con sus abominaciones, destruyendo los templos y vituperando el Sacramento Santísimo. Cinco Arzobispados, veinte y ocho Obispados, y en todas las Catedrales, Prebendas de Dignidades, Canongías y Raciones. Los Beneficios curados, así de españoles como de indios, son poco ménos que las iglesias dichas. Las cinco religiones de Santo Domingo, San Francisco, San Agustin, la Merced, y Compañía de Jesus, están dilatadísimas por estas tierras, sin la de los de Juan de Dios; pues solo nuestra religion tiene en estas partes diez y seis Provincias, nueve en las tierras de Nueva España, que son la Provincia del Santo Evangelio de Méjico, la de San José de Yucatan, la de San Pedro y San Pablo de Mechoacan, la del nombre de Jesus de Guatemala, la de San Jorge de Nicaragua, la de San Francisco de Zacatecas, la de Santiago de Jaliseo, la de Santa Elena de la Florida, y la de San Diego de Descalzos de Méjico. En la Tierrafirme (que llaman por vocablo extendido del Perú) hay siete, las de los doce Apóstoles de Lima, la de Santafé en este Nuevo Reino de Granada, la de la Santísima Trinidad de Chile, la de San Francisco de Quito, la de Santa Cruz de Carácas, la de San Antonio de las Charcas, la de la Asuncion del Paraguay y Tucuman, y la Custodia de Panamá. Están tres Inquisiciones del Santo Oficio de las tres ciudades, Lima, Méjico y Cartagena, y en cada Catedral Comisarios de la Cruzada.

Hay Universidades donde se gradúan de todos grados en la ciudad de Santo Domingo de la Isla Española, Lima, Méjico y en la de Santafé. Y en las de Lima y Méjico se leen todas las ciencias y facultades, demás de las Artes y Teología, que se leen en casi todas las ciudades populares, de donde salen y han salido hombres eminentísimos en letras, pues solo en esta de Santafé, en cada convento, de cuatro mayores que hay (dejo los dos de la Recoleccion), se leen Artes y Teología. ¿ Quién, pues, no juzgará ser sobrado atrevimiento que sobre toda esta máquina y grandeza de reinos y ciudades, con sus esclarecidos nombres, sobre todas las setenta Iglesias, Arzobispados y Obispados, Inquisiciones, Religiones, Tribunales de Cruzada, Audiencias, Contadurías, Armadas, Flotas, Presidios de hombres, tan graves, y lo que más es, sobre la soberanía y grandeza de un Monarca tan invicto como nuestro Rey, y de su Real Consejo de Indias, ponga su nombre Américo Bespucio, debajo del cual todos militen, habiendo sido un hombre de las partes que hemos visto, que aun yo con ser un pobre religioso de San Francisco, estoy corrido de haber estado tantos años ha en tierra intitulada con este nombre, y tan sin fundamento ?

Ocasion pienso dará bastante lo dicho (aunque no he sido yo el primero en la advertencia) para que la tenga el Real Consejo de Indias (á quien más en lleno toca el remedio) para que se le ponga al inconveniente que esto tiene contra la autoridad y grandeza de España ; pues habiendo ella hallado y conquistado un tan gran mundo, tenga

el nombre, que es como sello, marca y firma de otro, que de quien la allanó y conquistó; porque así como cuando uno ha escrito una carta, sin haber nombrádose en ella abajo la firma de su nombre para que se sepa que de çuya es aquella firma, es lo que dice en ella. Así, poner su nombre á estas tierras Américo, parece fué como querer hacer y decir lo mismo. Y pues hay nombres grandiosos que representen á quien la conquistó y ganó, y á cuyo imperio está sujeta, como será llamándole *Segunda España* ó *Segunda Castilla*, ú otro á este modo que mejor se hallare, será acertado se veden todos los ptolomeos, mapas, globos, cartas de marear que tuvieron este nombre, que no se ponga en los libros que se imprimieren este título de América de estas Indias, de la manera que se suelen vedar (y con razon) los libros que hablan en algo contra la autoridad y majestad de España, pues aun es más ofensivo este nombre así puesto, por ser más universal y que á voces la desdora, que un libro que está en secreto respeto de este nombre. No he dejado de advertir llega tarde esta nuestra advertencia, despues de más de ciento y veinte años que corren con este nombre, en que ha tenido lugar y tiempo de asentarse, bien de asiento, en las memorias de todos; pero tambien se tiene tanta fuerza la mano del Consejo Real con la que le da nuestro Rey invicto, que vedando no se intitulase así, sino con el nombre que se le pusiere, se levantará el de América, y se irá poco á poco olvidando, y el que se le pusiere introduciendo y admitiendo especialmente con el gusto que unos tomaran lo uno y lo otro. Y cuando no se consiga este efecto (que es lo que solo con lo dicho pretendo), bastarme ha, en pago de mi advertencia, que quede escrita y que se sepa por el mundo no convenirles á estas tierras de las Indias este nombre de América, y que ha habido, de los hijos de España, quien lo refute y defienda con veras, á que no se debe convenir se intitulen así, con lo que habré cumplido con lo que debo á mi patria. Lo que debiera advertir en honra de su nacion y de la verdad del padre fray José de Sigüenza, de la órden de San Gerónimo, en la tercera parte de la Crónica de su órden, libro 1.º, capítulo 25, para no decir que Américo descubrió el Perú y la Nueva España, error tan evidente en todo, y en el año que dice, fué el de mil y quinientos noventa y siete, que no hay necesidad me detenga en probarlo basta advertirlo.

CAPÍTULO IX.

I. Conocimiento que tuvo el gran Constantino de que la Iglesia Romana era la Potestad Suprema, á quien le hizo donacion de la ciudad de Roma.—II. Prosíguense las donaciones que hizo Constantino á la Iglesia, y que entre ellas fueron sus insignias imperiales.—III. Lo que hace á nuestro propósito, es el haberle dado la tiara de que él usaba.—IV. Que se debe intentar que se añada una cuarta corona á la tiara del Sumo Pontífice.

NO vendrá fuera de propósito tras lo que se ha dicho en los capítulos pasados acerca de la conservacion de la autoridad y grandeza de la majestad de España, se diga en éste una cosa no ménos importante (á mi ver), acerca de sus acrecentamientos en lo mismo, porque aunque no he tomado á escribir materias de Estado, sino Historia, no puedo excusar el tocar algun punto de ellas en las cosas con que ella topare, en especial si nadie las ha tocado ni descubierto (á lo ménos tan de intento como se tratarán algunas), al modo que la de este capítulo, que me ha parecido muchos dias ha tal, que por solo escribirla y publicarla era bastante motivo para tomar entre manos esta Historia, y me tendré por bien pagado de los trabajos de ella, si lo que escribo en este capítulo tuviese el efecto que deseo, por ser tantos los crecimientos de honra que de tenerlo se siguiera á nuestra España.

Bien saben (los que algo saben) cuán largo y liberal anduvo el Emperador Constantino en acrecentar del suyo el patrimonio de la Iglesia, pues luego que se convirtió y recibió la fe y el bautismo santo, quedó tan purgado y limpio en el hombre interior (dejo aparte el haber quedado tambien limpio en el exterior de la lepra con que primero andaba), y con tanta luz en el entendimiento, que levantando la consideracion á cosas más supremas que en las que hasta allí la ocupaba, vino á conocer las ventajas que hacia la Potestad Divina (que residia en la cabeza de la Iglesia y Vicario de Cristo) á la humana, y que para conseguir las supremas riquezas tan aventajadas á las temporales, era necesario bajar el cuello é inclinar la cabeza al yugo de la Iglesia, y que toda la potestad de reyes y emperadores, con toda la demás, viene de Dios, así como la claridad de la luna viene de la que

le da el sol, y que la conservacion del Imperio Romano pendia de reconocer al Sumo Pontífice de Cristo que estaba en la tierra para declarar é interpretar la ley evangélica dada por el mismo Cristo cuando estuvo en ella, del cual conocimiento nació el determinarse á humillarse á San Silvestre, que á la sazon era Sumo Pontífice y su Maestro en la fe, y reconociéndolo muy de corazon por superior á él y á todas las potestades del mundo, comenzó luego á poner por obra todo lo que entendió le convenia hacer como á verdadero hijo de la Iglesia, y que debia dar ejemplo para lo mismo á sus sucesores, en que no debe ser ménos loado este gran Príncipe, que en lo que dotó é hizo en el acrecentamiento del patrimonio de San Pedro y autoridad del Sumo Pontífice, y esto no lo dilató muchos dias despues de su bautismo, pues fué el cuarto, como lo dice San Silvestre y le trae el decreto *dist. 96 é Ibon lib. 4 de dignitate & privilegys Romæ Eclesiæ.* Y quisiera traer aquí todas las palabras que allí se ponen, para que se viera la piedad de aquel cristianísimo Príncipe, el cual comenzando luego á hacer grandezas con larga mano en servicio de la Iglesia, lo primero que le dió é hizo cesion de ello al Pontífice, fué la ciudad de Roma, con su gran palacio, que era el que llaman Luterano, en perpétua posesion, reconociendo con esto que aquella ciudad, que era la señora y cabeza del mundo, era del que lo era tambien de toda la tierra que era del Pontífice, y despues le hizo donacion perpétua para él y sus sucesores de toda Italia, como lo dicen sus palabras, que son éstas: *Ut Pontificalis apex non vilescat, sed magis quàm terreni impery Dignitatis gloria & potentia decoretur: ecce tam palatium nostrum quam Romanam urbem & omnes Italiæ, sive Occidentalium Regionum, Provincias, loca civitates Beatissimo Pontifici & universali Papæ Silvestro concedimus, atque; relinquimus & abeo & á successoribus eius per prægmaticum constitutum discernimus disponenda, atque iure sanctæ Romanæ Ecclesiæ concedimus permanenda.*

Y no le pareció al gran Constantino habia cumplido con todas sus obligaciones en lo dicho, aunque habian sido cosas tan grandiosas, si tras de ellas no daban tambien al Papa todas las insignias más principales que él tenia y con que se honraban los Emperadores romanos, no las que eran propias insignias de Emperadores, sino las que eran de Pontífice Máximo, porque lo eran todos los Emperadores romanos en su gentilidad, juzgando en esto Constantino, que ya no habia otro Pontífice Máximo en el mundo, sino el Papa, que representaba al gran Pontífice y Sacerdote Jesucristo Nuestro Señor, que lo era segun la órden de Melchisedech. Las insignias, pues, eran el calzado rico, porque lo habian introducido los Emperadores para cuando les besasen los piés. Dióle el Aurisigio, que era como una Beca de una tela blanquísima que se ponia sobre la cabeza y bajaba por los lados que debió de convertirse. Despues en aquellas dos tiras ó fajas que cuelgan de las mitras de los Obispos por las espaldas, la cual puso el mismo Emperador al Papa San Silvestre por sus mismas manos en la cabeza, como él lo dice en estas palabras: "*Phrigium veró candido nittore splendidum Resurrectionem Dominicam designans eius sacratíssimo vertici manibus nostris impossuimus.*" Dióle tambien el Superhumeral, que era como una Musa, que cercaba el cuello y cubria los hombros, que por otro nombre se llama Lorum, era colorada y muy bordada de oro y rica pedrería, la cual traia el Emperador cuando andaba en público, porque era de las principales insignias del Pontífice Máximo, y así tambien se la ponia cuando ofrecia sacrificios á los ídolos ántes que recibiese la fé. No se olvidó tampoco de darle el manto de púrpura y una túnica tambien colorada y el cetro imperial que debia de ser el váculo pastoral de que usa el Papa, y finalmente le dió la corona de su cabeza y todas las vestiduras y ornamentos imperiales que pertenecian á su grandeza como gran Pontífice, segun se ve en las palabras de su donacion que comunmente se llaman: *Demunificentia Constantini Magni Imperatoris erga Ecclesiam*, como se refiere en muchos Concilios.

Pero de esto, lo que hace más á nuestro intento, es la corona que le dió quitándosela el Emperador de su cabeza para que se la pusiera sobre el frigio y corona de clerical, como lo confiesa el mismo Constantino en estas palabras: *Deinde tradimus Diadema videlicet coronam capitis nostri;* y en éstas: *Descernimus itaque ut hoc, ut ipse & successores eius Diademate videlicet corona, quàm ex capite nostro illi concessimus ex auro, purissimo & gemmis prætiosis uti debeat pro honori Beati Petri.* Estos ornamentos quiso dar el Emperador al Sumo Pontífice, porque siendo los más eminentes y trayéndolos el mayor señor de las tres partes del mundo ahora se conociese haber otro mayor, pues él los daba al Papa, restituyéndolos á quien le pertenecian de derecho divino y humano. La diadema, que era propiamente su corona, lo ménos que tenia y se estimaba en ella era el oro de que estaba hecha y las piedras preciosas y engastes que tenia, porque la invencion era más de advertir y sobre lo que

fundábamos nuestro propósito. Y para que no se entienda que lo que digo de ella está sin autor y dueño, pondré aquí al pié de la letra las palabras del Padre Roman, que trae acerca de esto en sus Repúblicas del mundo, que dice así: "La invencion con que estaba hecha la corona, causaba gran admiracion y estaba labrada de tal manera, que de su traza se entendia que el que la tenia era señor del mundo, á lo ménos de lo conocido entónces, porque tenia tres coronas ó círculos por sus compartimientos que denotaban las tres partes del mundo que mandaban los romanos entónces, que eran Asia, Africa y Europa, y esto denotan aquellas tres coronas que se ven en la mitra papal, que propiamente es llamada el orbe ó el mundo, por ser el moderador y juez de él. De la cual tiara ó mitra ú orbe no usa sino cuando es consagrado y cuando corona el Emperador ó el dia primero que se sienta en el Concilio si se celebra á donde él está. Despues que Constantino le dió esta corona, nunca los Emperadores trajeron la suya de la misma hechura más de la que hoy vemos que sea verdad, allende del testimonio que traigo para probar lo de la corona ó diadema.

Mírense las pinturas que hay en Roma, y las sepulturas que hay de los antiguos Pontífices, y verán como ninguno hasta San Silvestre tuvo mitra papal, porque no la tenia ni ménos otro ornamento de majestad; porque segun eran perseguidos los Pontífices de los Emperadores, harto era que pudiesen andar libres por las calles, cuanto más vestidos de pompa, por donde se confirma bien, solo andaban con hábitos y ornamentos de honestidad." Hasta aquí Roman.

Concluyendo pues de lo dicho el intento, digo que pues la tiara del Sumo Pontífice tiene tres Coronas, con que da á entender ser la Iglesia Católica Romana absoluta señora de las tres partes del mundo, será tambien que por la parte de España se le aumente una cuarta corona, por esta cuarta parte del mundo que se le ha añadido á su jurisdiccion y mando, como lo están estas Indias Occidentales ó Nuevo Mundo, por la industria y trabajos de los castellanos, en virtud del gran poder de sus Reyes. Porque si el Magno Constantino no le dió á San Silvestre y sus sucesores más que aquellas tres coronas, fué porque no era señor más que de aquellas tres partes del mundo que estaban descubiertas, de quien se tenia por señor; pero si tuviera su tiara cuatro coronas por cuatro partes del mundo que estuvieran descubiertas, si fuera señor de ellas, tambien se lo diera de cuatro coronas, y las tuviera hoy la tiara del Pontífice. Luego ya que la cuarta parte del mundo está descubierta, y mayor que la mayor de las tres y sujeta á sus piés, porque no se corona la cabeza con otra corona cuarta por esta cuarta parte que le ha ofrecido España, como se la ofrecieron luego á los primeros pasos de su descubrimiento los Reyes católicos, siendo Pontífice Sumo Alejandro VI; y si no demos que esta tiara no se hubiera dado al Pontífice y que la hubieran ido como heredando los Emperadores uno de otro ó hubieran ido pasando de uno á otro como las demás insignias que son el mundo, esto que, y otras tambien habian de venir por insignias del imperio á parar en la cabeza do nuestro invictísimo Cárlos V, el cual, siendo con justísimo título señor de esta cuarta parte del mundo, pudiera con el mismo añadir á las tres coronas de sus antecesores Emperadores una cuarta corona por el nuevo señorío que tenia de esta cuarta parte sobre las otras tres. Luego con la misma razon se puede añadir á la del Sumo Pontífice, por la parte de nuestra España, una cuarta corona por el señorío que le ha dado sobre esta cuarta parte, habiéndosela conquistado á fuerza de sus armas, y que sepa el mundo los acrecentamientos que España hace en la dilatacion de la fé, y que no han salido en vano las esperanzas de que llenó el Papa Alejandro VI, cuando con envidia (aunque injusta) de infinitos, hizo eleccion de nuestros Reyes católicos de Castilla (que despues lo fueron de toda España), fiando esta empresa de quien solo pudiera cumplir con ella y desempeñar sus reales palabras, como tan católicos cristianísimos españoles, invencibles en conquistas, esforzados en trabajos y liberales en gastos, que todo ha sido menester para tan dichosos fines de tales empresas; y así el Pontífice Alejandro, como pronosticando estos sucesos, dice en la bula de esta eleccion: *Confidentes quod dirigente Domino actus, si huiusmodi sanctum & laudabile propositum persequamini breve tempore cum fœlicitate & gloriatotius populi Christiani vestri labores & conatus exitum fœlicissimum consequentur.* Por todo lo cual parecerá bien á Dios, á la silla Apostólica y á todo el resto del mundo, que su Majestad Cesárea de mi señor el Rey Felipe IV (que viva largos y dichosos años) tome con veras que se haga esto, con que se conseguirá tan acrecentado lustre á su Real Corona y Reinos, como fama á todos sus españoles y los demás sus Estados. Y tambien se puede mandar que los globos, figuras del mundo, que se le pintan á Dios Padre y á Cristo en la mano, con

aquellas distinciones de solas tres partes del mundo, se pinten que representen cuatro partes, las dos más peregrinas que las otras dos, que ésta de estas Indias es tan grande y aun muy mayor que la Asia.

CAPÍTULO X.

I. Dáse principio á tratar del orígen de estos indios—II. Fueron estas Indias pobladas ántes del diluvio—III. Pruébase esto con algunas evidentes señales que se han hallado—IV. Prosíguese en las mismas pruebas.

HASTA ahora (como se ha visto) nos ha llevado el tiempo solo el tratar de los nombres universales de estas Indias, á quien siguiendo el órden del lógico (como ya dijimos), se sigue el tratar de la cosa, que son los indios, descubrimientos y conquistas hechos en ellos por los castellanos. Y habiendo de tratar de lo primero, lo que á la primera vista se ofrece, es decir, su orígen, aunque de esto con brevedad me expediré, por haber sido tantos los que han tratado en Historias generales y particulares, á quien remito los lectores que tuvieren gusto de ver más dilatada la materia, por haberla tomado muy de intento, como en particular lo hizo con trabajos bien trasnochados y lucidos, el padre José de Acosta, de la Compañía; el Presentado fray Gregorio García, de la órden de mi Padre Santo Domingo; y el padre fray Juan de Torquemada, de nuestra religion, al principio de aquellos grandes tres tomos que escribió de su Monarquía Indiana, que han sido tan desabridos para alguno, por haberle enmendado en ellos algunas intolerables ignorancias que decia en dos suyos de Historia general de estas Indias, que se atrevió á decir en uno de otros dos que ahora de nuevo ha añadido de lo mismo, que los frailes se metan en escribir sus casos que hayan tenido particulares en la conversion de los indios, y no en escribir Monarquías Indianas, como si los mayores ingenios del mundo para todas cuantas ciencias y artes hay hoy inventadas y se inventan, no haya restado siempre, y lo estén hoy encerradas en los claustros de los conventos, en especial en cosas que la vista de ojos les da tan grandes ventajas sobre los que no habiendo salido de entre los tizones de sus chimeneas, fiándose de relaciones de toda broza, y aun haciendo campanillas de campana, quieren dar campanadas que atormente los oidos, de quien sabe lo contrario por haberlo palpado y visto, como ha sucedido al padre de la Monarquía Indiana, y me sucederá á mi con el mismo autor; pues me será imposible dejar de advertir (de muchas que pudiera) algunas cosas, que á pasar yo con ellas me pudiera echar más culpa por haberlas visto, que á él que se fió de otros, de que no se debe agraviar, pues esto se hace con caridad cristiana, la que queria se usase conmigo en las faltas, que es imposible excusar en mis escritos.

Tres embarcaciones ó poblaciones de estas Indias son la materia de esta dificultad: la primera, la que se hizo ántes del general diluvio; la segunda, la que hubo despues de él, y la otra, la de nuestros españoles, y con este órden, por ser el que ha tenido y les ha dado la sucesion de los tiempos, las iremos tratando. Acerca de la primera, se suele dudar si ántes del diluvio general fueron estas Indias tierra descubierta y habitada; y ambas cosas tienen una misma respuesta; pues diciendo si fueron habitadas, se dice si fueron descubiertas; á que (dejando pareceres varios) respondo por la parte afirmativa, parecerme fueron habitadas ántes del diluvio; y lo que me mueve á esto es: lo primero, la comun razon que á todos los del mismo parecer, que como Dios crió la tierra, y luego á los hombres para que la habitasen, y no solo que la habitasen como quiera, sino que la llenasen, porque no estuviese superflua, vacía y sin provecho, como lo estaba recien criada, ántes que la adornara Dios con tanta variedad de plantas y animales, y criara al hombre para señor de todas ellas y ellos. Siendo, pues, ésta de las Indias tan grande entónces, y por ventura mayor de lo que esa era, no habia de quedar vacía y sin dueño tan gran máquina de tierra y cosas criadas en ella. Demás que los hombres comenzaron luégo á multiplicarse, de manera que tuvieron bien necesidad, para extenderse, de toda la que dejó Dios descubierta cuando le mandó al mar se retirase á su barranco. Y aun si es así, que en la opinion más acertada (como referimos la tuvo Alejandro de Alés y Alberto Magno) que el Paraiso terrenal, cerca de donde fueron criados y comenzaron á multiplicarse los primeros hombres, está plantado sobre la tierra, que corresponde en el Cielo á la línea equinoccial, se puede inferir que fueron estas tierras de las primeras que se poblaron, pues se ve que son

habitables, y las que están debajo de la línea, extendidísimas por toda la Tórrida zona, debajo de la cual y de la línea equinoccial solo caen de Tierrafirme la de los Abisenos, y esta del Perú, que por antonomasia llaman Tierrafirme, y el Archipiélago de las Filipinas, donde todas son islas, y no ha faltado quien haya dudado si el Paraiso está dentro de esta Tierrafirme, cerca de la equinoccial, por ver en ella tan apacibles y maravillosos temples; pero, sea de esto lo que fuere, déjolo á que lo dispute otro que tuviere intentos de esto, como los tuvo Maluenda, libro de Paradisso, porque el mio va á otra cosa.

Lo que más alumbra á que nos inclinemos á este parecer de que fueron habitadas estas tierras ántes del diluvio, son las señales y rastros que en ella se han hallado tan eficaces, que no dan lugar á que se imagine otra cosa; porque junto al Callao, que es el puerto de la ciudad de Lima, en el Pirci, á los primeros principios que se descubrió aquel Reino, buscando en unas montañas, por unos rastros que se descubrieron, unas minas, trastornando tierra y metiéndose por el socavon debajo del cerro, se encontraron con un navío que tenia encima la gran máquina del cerro, y no convenia en su hechura y traza con los nuestros, por lo cual se juzgó que en el diluvio habia quedado enterrado debajo de aquella inmensidad de tierra que trajo allí la fuerza de las aguas. Otra cosa al modo de ésta se halló el año de mil y seiscientos y cuatro, cerca de la ciudad de Méjico, en Nueva España, trasminando un cerro tan alto, que tiene de subida más de una buena legua, y otro tanto de bajada, para por allí desaguar la laguna en que está fundada la ciudad, por no verse en los peligros que poco ántes habia tenido con crecidas é inundaciones. Yendo los gastadores prosiguiendo en su mina (que se hacia por la traza é ingenio de Enrique Martin, gran matemático y astrólogo, y por órden de don Luis de Velazco, Virey de aquella ciudad) cuando llegaron como á la mitad de ella, que casi venia á ser, estando perpendicular, correspondiente á la cumbre del cerro, hallaron un colmillo ó diente de elefante, enterrado en tierra blanda; la cual, con los muchos dias que habia estado allí el marfil, lo tenia comido por algunas partes y quebrado por dos; de manera que estuvo hecho tres pedazos, y juntos, de suerte que se echaba de ver haber sido todo uno y tener de largo seis cuartas. Este colmillo ó diente se sacó y mostró á todos, juzgando habia quedado allí enterrado el animal que lo crió, cuando el diluvio ahogó á los demás y á él; de la cual especie de elefantes debió de haber por allí entónces, porque despues acá no se hallan, ni aun rastro de ellos en toda la Nueva España, ni en todas estas Indias Occidentales. Tambien se halló en esta labor de mina un hueso de lacho, que cuela de la rodilla de un hombre, más grueso que una bola ordinaria de jugar á los bolos, que se juzga tambien ser de algun gigante que quedó entónces allí enterrado, como tambien pudo ser fuesen de aquel tiempo los sepulcros de gigantes que dejamos dicho se hallaron cerca de la misma ciudad, abriendo las zanjas de los cimientos, para hacer la casa de Jesus del Monte, que tienen allí los Padres de la Compañía. Y lo mismo podemos sentir de las valientes muelas que dijimos refiere el Padre Acosta y el Padre Torquemada, y de los que se han hallado en algunas partes del Cuzco y otras Provincias.

Y lo mismo de lo que se halló cavando una mina cerca de la ciudad de Nuestra Señora de los Remedios, en este Nuevo Reino, donde estando yo predicando una Cuaresma, me certificaron el dueño de la mina y otros que lo vieron, todos hombres de crédito, que yéndola siguiendo, en el centro del cerro hallaron una tinaja entera, una silla de la usanza de indios, que llaman dujos, de madera incorruptible, una macana, muchos tiestos de ollas y jarros quebrados. Y en otras partes sabemos se ha hallado lo mismo que dejo de repetir por excusar proligidad y porque basta esto para colegir que estos navíos y las demás cosas, como anduvieron en la superficie de las aguas, cuando fueron menguando se sentaron sobre la tierra que iba secándose; y allí el resto y resaca de las aguas trajo sobre ellos la mar y tierra, hasta dejarlas cubiertas con tanta máquina como se les halló encima, y no haberse podrido la madera de los navíos, seria que de más que para ellos busca la mejor, se corta en perfecta sazon, como es en el último cuarto de la Luna; y dice que la brea que tienen los ayuda á conservarse, si están en parte donde las aguas saladas no les haga criar broma. De los huesos y el marfil ya sabemos su fortaleza, en especial si son de hombres robustos, como lo eran los gigantes cuyos eran. Ni hay para qué se nos estorbe la dificultad que se puede ofrecer en pensar por dónde pasaron á poblar estas tierras, pues no las hemos de juzgar por la disposición que tienen ahora, la que les quedó del diluvio, pues ántes de él pudo ser tuvieran otra, y que estuvieran continuas unas con otras, para poder llenarlas todas, hombres y animales, con facilidad; y cuando no fuera esto, no le faltara ciencia á

aquel sapientísimo hombre Adam (cuya vida duró casi hasta la mitad del tiempo que hubo desde su creacion hasta el diluvio) para darles traza cómo pasaran los mares, para poblar las islas y Tierrafirme, como se ve en el navío que dijimos del Callao, y otro que cuenta Pedro Mejía en su Silva de varia leccion se halló de la misma suerte en una gran profundidad de un altísimo monte.

CAPÍTULO XI.

I. Segunda poblacion de estas Indias, y si se hizo de los cartaginenses—II. Dánse algunas razones que las hicieron ellos—III. Pruébase más, y absuélvese la dificultad que se pone á haber pasado animales bravos á las Indias—IV. El modo que se pudo tener de navegar para poblar estas tierras.

EN mayor dificultad ha puesto á los hombres doctos la segunda poblacion de estas tierras, que es la que ahora hay, y hallaron los españoles que fué despues del diluvio, de gente originada de aquellas ocho personas que se salvaron en el arca de Noé; ó por mejor decir, de las seis, pues, en la más acertada opinion, Noé ni su mujer no tuvieron hijos despues del diluvio. Esta poblacion se ha de sacar por congeturas y buena razon, sin ayuda de escritura auténtica que hable de ella, ni los indios sus pobladores saben más que en hilar mil sartas de disparates en esta materia; así los del Perú, que tuvieron algun modo de escritura con sus quipos, como los de Nueva España con sus figuras, y como los de este Nuevo Reino de Granada con sus tradiciones, y aun llega á tanto su ignorancia, que los de cada Provincia, y aun de cada valle donde habitan, tienen distinto modo de contar su orígen; y así, habiéndose de rastrear, supuestos los fundamentos de nuestra Santa fé católica, y que todos descienden de donde hemos dicho, y que no podemos, sin temeridad, afirmar haber Dios Nuestro Señor criado estos hombres de nuevo, para que poblaran estas tierras, se han dividido los autores en varias opiniones, como se puede ver en los citados, porque aquí solo trataré de las dos que parecen más conformes á la verdad; la una es, que estos indios se originan de los cartaginenses, por aquella razon que dan el Padre Acosta y Gregorio García, que una nao, ó naos de cartaginenses, llevada de la fuerza del viento, desde que desembocó por el Estrecho de Gibraltar, navegó muchos dias, y al fin de ellos vino á reconocer una isla tierra, hasta entónces nunca sabida, apartada grandes leguas de la costa de Berberia, desde donde ellos comenzaron á correr con su nave ó naves.

Ésta, conjeturan, es la Isla española, la cual dicen hallaron sin gente ninguna, animales, ni aves; pero de muy buenos árboles, maderas, yerbas y oro, y de maravilloso temple. Despues que esta nave ó naves estuvieron allí algun tiempo reformándolas y reformándose la gente, volvieron otra vez á tomar la derrota para África, dejando allí alguna que no quiso volverse á embarcar por el temor que habian cobrado á la inmensidad del mar, ó por enfermedades, ó porque les pareció á propósito la tierra para poder vivir. Habiendo los demás llegado á Cartago, dieron cuenta al Senado del suceso, el cual prohibió con pena de muerte aquella navegacion. No parece mal el discurso, ni de hombre poco curioso y docto, como fué Alejo Vanégas, ni mal fundado, pues tiene por autor á Aristóteles en el libro que hizo de las cosas maravillosas que se hallan en la naturaleza: pero hemos menester satisfacer á una dificultad que luego se ofrece, y es, que si aquella nave ó naves eran de mercaderes, en que nunca suelen llevar más que mercancías, cómo dejaron allí mujeres para la generacion, animales y aves de las que ahora hay, y se han dilatado en número tan inmenso; á que se puede responder, que no se ha de entender que estas naves hicieron solo un viaje á esta isla, sino algunos otros despues de descubierta, viendo la comodidad para la vida humana que se hallaban en ella, y en ellos, fueron llevando toda suerte de gente, animales y aves de los que por acá se hallan; y viendo el Senado de Cartago que aquella navegacion iba tomando fuerzas, y que podia ser irse por allí minorando las suyas, despoblando y desautorizando su ciudad y Reino, la vedaron con penas de muerte. Cuando ya estas tierras estaban con harto principio de gente, animales y aves, para lo que despues se acrecentó, ni hay que poner dificultad en traer los animales bravos que aquí se hallan, como son tigres, leones y osos, pues éstos se pudieron traer, como los mansos cachorros, en las naves, para traer de todo en la tierra que iban poblando.

Tambien hay gustos de hombres aficionados á la caza, que para mostrar sus va-

lentías, fuerzas y destreza, no se satisfasen encontrándose con animales cobardes y que ponen su defensa en los piés, sino que ponen su gusto en habérselas con algunos que la pongan en sus uñas, garras y colmillos. Como vemos (si es verdad lo que cuenta Virgilio) que deseaba Julio Ascanio, hijo de Eneas, en aquella caza que en la misma ciudad de Cartago hicieron él y su padre en compañía de la Reina Dido; pues dice que despreciando los muchos venados y ciervos que salieron, deseaba encontrarse con un bravo y ferosísimo leon, ó un puerco espino ó jabalí, para probar en ellos sus fuerzas y destreza; la hermosura de la piel del tigre, que parece que cada mancha de las que tiene es un cero que aumenta su valor, aficiona, ó podia aficionar para tenerlo en su tierra. Tambien su ferocidad hace á los hombres cuidadosos, y algunos dicen que no ha sido en estas tierras del todo sin provecho; pues suele suceder que, cuando tiene hambre, se sube en los árboles que están á las márgenes de los rios que crian caimanes, y en viéndoles salir por cerca de donde él está, y que se descuidan y duermen, se arroja sobre ellos del árbol, y los desgarran, matan y se ceban en ellos. Los leones de por acá son de poco ó ningun daño, y casi todos los demás animales y aves son de provecho ó entretenimiento.

Y aun pudo ser que la navegacion de estos fenices ó cartaginenses no fuese tan á caso como lo hacen, por parecer á algunos no tenian los instrumentos de aguja, astrolabios y ballestillas que ahora se usan: porque el aguja de marear (segun dicen) no la habia entónces, y puede ser que se engañen; porque así como el Padre Acosta dice de autoridad de muchos, que la primera vez que se halló, la topó Vasco Gama, año de mil y quinientos diez, yendo navegando en el paraje y costa de Mozambique, que navegan con ellos ciertos moros, y que no supieron decir de dónde la habian aprendido; por lo cual le parece que esta es la mayor antigüedad que tiene la aguja de marear; en lo cual se engañan todos estos autores en más de doscientos años; pues dice Herrera que el de mil trescientos la halló Fabio, natural de la costa de Amalfi, en el Reino de Nápoles; y pudo ser que cuando éste la halló, hubiese otros muchos siglos que se usaba, no obstante que no lo digan los autores, pues otras tan grandes sutilezas como éstas que han hallado los hombres, se las han dejado por decir; y suele llegar la avaricia de algunos á tanto, que las gracias que Dios les ha comunicado, alumbrándoles el entendimiento para hallar cosas sutiles, delicadas é ingeniosas, así de ciencias como de obras mecánicas, no las quieren comunicar, sino llevarlas consigo á la sepultura: y pudo ser que hubiese sido á este modo oculta la invencion de la aguja de marear muchos siglos ántes que Fabio la manifestase y divulgase. Y si es verdad que la Isla española (como algunos quieren) es Ofir, de donde llevaban á Salomon el oro y las demás cosas, sin duda les dió modo á los pilotos cómo navegasen el golfo que ahora se navega para venir á ella, sino fué el aguja con la calamita; la cual tengo por cierta no ignoró una sabiduría tal como la suya, seria otro instrumento que no sabemos; como tambien pudo ser lo tuviesen los cartaginenses, con observaciones de dia en el sol y de noche en algunas estrellas, aunque no tan sutil como el del aguja; pero el que bastaba para sus viajes, si bien en estos siglos nada de esto se ha conocido; pero no por esto se ha de tener por imposible, ni negarse que no lo hubo; porque (como dijo San Agustin) no porque no haya visto ó sabido la cosa, la tengo de negar; y al fin concluyendo con esta opinion, digo que si es verdadero que estas Indias se poblaron de los fenices ó cartaginenses, es una cosa harto digna de advertir, que despues de tantos años que los fenices fueron señores de España, y hacian á españoles como á sus vasallos, y gente simple, que era en aquel tiempo labrar las minas, romper y trastornar los montes, y sacar la inmensidad de oro y plata que habia en ellas, para llevar á su Cartago, haya revuelto Dios los tiempos y estado de las cosas, de manera que vengan ahora los fenices por mandado de los españoles á cavar sus minas y darles el oro y plata que tienen en su tierra, con que parecen les hacen pago de lo mucho que de esto dieron los españoles en España á sus antecesores.

CAPÍTULO XII.

I. Opinion de los indios de estas tierras son originarios de las diez tribus de Israel.—II. Dícese que no son sino de la tribu de Isachar, segun una profecía de Jacob.—III. Váse declarando la profecía y aplicando al intento.—IV. Prosíguese en lo mismo.

TIENE el segundo lugar (y para mí el postrero) la opinion de los que dicen que los indios de esta tierra se originan y tienen su principio de las diez tribus de Israel que se

perdieron y no parecieron más en el cautiverio de Salmanasar, Rey de Asiria, probándolo con una autoridad del cuarto libro de Esdras, que dice en tiempo del Rey Oseas, haber sido llevados cautivos de Salmanasar, y transportados á la otra parte del rio Eufrates; y que fueron á una region donde nunca habitó el género humano, llamado Arfaret, camino de año y medio, y que habitaron allí hasta el último tiempo. Interpretando estas palabras al sentido que les parece es á propósito para fundar su opinion, diciendo son estas tierras de estas Indias, á las que allí dicen vinieron, y ahora las habitan, y que no fué dificultoso venir desde la Asiria á estas tierras, caminando su poco á poco por la gran Tartanea ó Tartaria, hasta llegar por tierra á Morgul y desde allí pasar el Estrecho de Annian, que es bien breve (y por ventura entónces lo era más) y desde allí (que ya es Tierrafirme con Nueva España, y en más de sesenta y cinco grados de latitud á la banda del Norte) llegar y poblar en la Nueva España, y de allí á Panamá y Perú, este Nuevo Reino y las demas provincias de esta Tierrafirme, hasta el canal de Magallanes y Nuevo Estrecho de San Vicente. Otro viaje les da Genebrardo desde los desiertos de Tartarea hasta la isla de Groenlandia, que está en setenta grados á la banda del Norte. Otros les dan abiertos otros caminos por donde pudieron entrar: véanse los autores citados. Prueban tambien su opinion por las costumbres que ven en estos indios; especialmente en las del vestir, que en algunas partes de estas Indias es semejante, aunque no todo, á la que traian los hijos de Israel, al modo que prueba Paulo Jobio, que los turcos proceden de los scitas, porque conforman con ellos en traje y vestidos: lo cual me parece fácil congetura, y de poco fundamento: porque si de éstos se hubiera de tomar alguna razon fija de la descendencia de gentes, de quién diriamos que nos originamos y descendemos los españoles; pues cada mes mudamos el traje y hechura del vestido, tomando ya el del frances, ya el del inglés, ya el del valon y el del tudesco y ya el del italiano, hasta vestirse en sus juegos de cañas libreas de aquella abominable nacion de moros: cosa bien digna de perpetuo destierro de los términos cristianos; no saliendo tampoco de esta rueda las españolas, y debe ser la causa por atraer á su amistad y aficion, con la semejanza del vestido, á las demás naciones cuyo es el traje que toman.

No ha dejado de inclinarme á creer esta opinion más que otras, con su fundamento, y otros que le ponen, y con su modo de pasaje á estas partes; pero con la limitacion que diré (con licencia ó sin ella de sus autores), fundado en las costumbres y naturaleza que he conocido en estos indios el tiempo que estoy entre ellos, y lo que les ha sucedido en la entrada de los castellanos en sus tierras: y así digo parecerme originarse estos indios de los hijos de Israel; pero no de todas las diez tribus que se perdieron, sino sólo de la tribu de Isachar; porque veo cumplida en ellas, cuanto al sentido literal, la profecía que á la hora de su muerte dijo el Patriarca Jacob habia de sucederle á esta tribu entre las demás cosas que profetizó á los demás sus hijos: la cual dice así: *Isachar assinus fortis accubans inter terminos: vidit requiem quód esset bona, et terram, quód optima, et appossuit humerum suum ad portandum, factusque; est tributis servies.* Isachar ha de ser un asno fuerte, que ha de estar echado entre términos; vió la holganza que seria buena, y la tierra bonísima; puso su hombro para llevar la carga, y sirvió para pagar tributos.

No sé yo qué palabras tan breves podian ser más á propósito para contar en ellas todas las condiciones de estos indios, y el modo que hay de proceder entre ellos y los castellanos, como lo sabemos de experiencia los que ha dias habitamos estas tierras, como se irá mostrando en la declaracion de las palabras. La primera de las cuales es decir que Isachar y su descendencia han de ser como asnos, que parece se fundó en esto el primer Obispo de Santa Marta, donde el Padre fray Tomas Ortiz (como dejamos dicho) cuando refiriendo las condiciones de estos indios (entre las demás) los llamó con este nombre, y parece fué bien á propósito, por lo que experimentamos de ellos; porque segun dice Berchoreo, asno se dice y deriva de esta palabra *Sinos*, que quiere decir sin sentido, por parecer están sin él, segun son de obedientes á la carga; propiedad bien conocida de estos naturales, pues son tan obedientes á todos los que se quieren servir de ellos, que parecen insensibles. Dice tambien el mismo autor que es animal olvidadizo, en que le parecen tambien; pues lo son tanto en las cosas de virtud y doctrina cristiana, que apénas han salido de la mano del padre que los doctrina, cuando dejan olvidar todo cuanto con mil trabajos les habia procurado enseñar; y en especial se les conoce el olvido á los beneficios que se les hacen, porque suelen de ordinario ser más traidores con sus más bienhechores; enfermedad vieja en ellos,

si son de estas tribus, á quien castigó Dios con perpetuo destierro de su patria, por la ingratitud y olvido que tuvieron de los beneficios continuos que recibian de su mano.

La otra propiedad de este jumento, dice el autor que es ser *omnífero*, que quiere decir, que lleva y sufre todas las cargas y trabajos, que no cuadra ménos á estos naturales que lo de arriba, pues ellos son los que acuden á todos los de los españoles á ser sus vaqueros, pastores de toda suerte de ganados; ellos son sus gañanes y labradores de toda suerte de sementeras, peones y aun oficiales de todos los oficios: todos los oficios bajos y humildes ellos los hacen, porque el español, aunque los hacia y ganaba de comer con ellos en su tierra, apénas ha puesto el pié en éstas, cuando se gradúa de holgazan, ó cuando mucho mandarin de los indios, que acá llaman calpiste estanciero, ó mayordomo por vocablo más modesto: y al fin el que tiene indios de encomienda, todo lo saca de ellos, el comer, beber, vestir y calzar: la casa los gastos ordinarios, extraordinarios y superfluos. Y lo mismo es de todos los gastos de las Repúblicas, Audiencias, Iglesias, Catedrales y Parroquiales, Monasterios de frailes y monjas, y todos cuantos gastos acá se hacen, cuantas plazas paga el Rey á sus criados, y la gran suma de oro, plata y esmeraldas que se lleva á España, de que participan todos los reinos y naciones del mundo, carga sobre los hombros de sus trabajos, y en ellos está librado todo, como se ve con evidencia, pues en faltando ellos en alguna parte, por alzarse ó consumirse, les falta á los españoles todo, y despueblan luégo sus ciudades, de que tenemos claro ejemplo en más de quince ó diez y seis que se han despoblado en sólo el distrito de esta Real Audiencia de Santafé, por esta ocasion, como son Victoria, Santa Agueda, la Frontera, Neiva, San Sebastian de la Plata, la ciudad de Simancas, junto á Timaná, ambas Páez, Cáceres, que mandó poblar Bartolomé de Mazmola, siendo Gobernador de Popayan, por la Real Audiencia de este Reino, la ciudad de Toro, Caramanta, Antiochia, Rodas, Avila, la ciudad de Franca de Leon, en la provincia de los Jergies, la villa de San Miguel, en los Panches, camino del Puerto de Honda, desde esta ciudad de Santafé.

Y en el Corregimiento de Mérida, la ciudad de San Joseph de Alcántara y la del Escorial, y otras que no sé sus nombres, que no fué posible poderse conservar en faltándoles los indios que les sirviesen y acudiesen á todo, en que se ve lo que importa la conservacion y amparo de ellos, pues en ella consiste la de los españoles en estas tierras, y quien quiere indias quiera primero la conservacion de los indios, que lo uno sigue á lo otro tan sin apartarse, como la sombra al cuerpo. Dice más este autor de este jumento, que es: *Vili & modico utens cibo*, que su manjar es tan vil y poco, en que parece pintó el de estos naturales, pues vil y poco, que no sabemos de ningunas naciones se sustenten con ménos y más áspera comida, pues solo es unos granillos de maiz tostado y cuando mucho molido, y hechos unos puches ó mazamorra, con unas yerbas insípidas y algunas raicillas asadas, porque comer carne de cualquier animal no les era á todos concedido; y en particular sabemos de este Nuevo Reino, que si los Caciques no se lo concedian por privilegio, no podian comer carne de venado, aunque otras naciones han sido tan viciosas, que aun la humana era su ordinaria comida por induccion del demonio; por lo general, su comer es tan poco y de tan poca sustancia, que de los Santos Padres del Yermo, no leemos haber hecho mayores abstinencias en la comida que estos indios tienen en su ordinario comer, aunque muy bien se desquitan en el beber de los vinos que hacen del maiz y otras cosas, pues en esto son tan viciosos, que son muy de ordinarias en ellos las borracheras, y su ordinario beber es mucho.

Dice tambien que este animal es de naturaleza seca y fria, propiedad es del elemento de la tierra; y así son ellos tan melancólicos y tristes, porque tienen estas mismas complexiones; pero con esto dice que es animal muy lujurioso, y que no solo se junta con las hembras de su especie, sino aun tambien con las que no lo son, como se ve en juntarse con la yegua. No han tenido ni tienen poco de esto estos indios, pues su lujuria les hacia establecer leyes, que cada uno tuviese las mujeres que pudiese sustentar; y de tal manera guardan esta ley, en especial los más poderosos, que hubo alguno que tuvo trescientas y cuatrocientas mujeres, como se sabe del Cacique Bogotá, señor de la mayor parte de este Nuevo Reino, con que venia á ser tan grande el multiplico de gente, que en todas estas Indias no parecian poblaciones donde estaban, sino hormigueros, de donde se puede sacar una de las más principales razones que hay por donde se vaya minorando en todas las tierras conquistadas, pues es cosa cierta no ha de ser tanto el multiplico sino ántes diminucion del número que se halló, habiéndoles quitado la religion cristiana el tener

multitud de mujeres, reduciéndoles á una sola, como manda la Santa Madre Iglesia. Tambien han pecado muchas naciones de éstas en el pecado nefando y en el de la bestialidad, como irá diciendo la Historia. No se olvida este autor de la propiedad que tienen las hembras de estos animales, cuando paren, que es procurar no las vea nadie, condicion propia de estas indias, que de ordinario, si las dejan, se salen á parir á orillas de los rios y quebradas, donde nadie las vea; en especial me consta esto de las indias y naciones de San Juan de los Llanos, porque dicen se afrentan las vea álguien parir, y son ellas tan diestras en ese oficio, que no tienen necesidad de parteras que las ayuden, y en acabando de parir se entran en el agua á labarse á ellas y á sus criaturas, y así no se han hallado, en todo lo descubierto de estas Indias, parteras que lo tuviesen por oficio, como entre las demás naciones. Por todas las cuales cosas parece se cumple la profecía de que estos indios son de las propiedades de este animal, y se les puede llamar fuertes, no porque ellos lo sean de ordinario en fuerzas, aunque algunos hay que lo son, como dirá la Historia, sino por la fortaleza que han tenido, tienen y ponen en conservar sus idolatrías, de manera que no se las pueden desarraigar del corazon, voluntad y obras.

San Gerónimo advirtió en sus tradiciones hebreas, que los setenta intérpretes, en lugar de *Assinus fortis,* volvieron *Isachar bonum desiderabit,* Isachar y sus descendientes desearan el bien, lo cual se verificó cuando entraron los castellanos conquistando estas tierras, en especial en el Perú y Nueva España, pues escribiendo de ella el padre Acosta, dice que muchos indios de aquella tierra, viejos y principales, decian á los españoles que deseaban (como á un inextimable bien) que viniera á sus tierras alguna nacion de gente que los librara de las tiranías que el Rey Motezuma les tenia impuestas, y de las mayores que llevaban con las leyes que les pedia el demonio por medio de sus ídolos, que les sacrificasen tanta multitud de hombres, de que estaban enfadadísimos y cansados, y con miedo cada dia de perder sus vidas en los sacrificios. Lo mismo se dice de los del Perú, por las muchas guerras que traian sus reyes unos con otros, con que andaban los vasallos tan aperreados, que deseaban quien los librara de su poder y pusiera en la libertad que ahora están, aunque tambien les parece no han alcanzado la que deseaban (como ello es así), con que se verifica que Isachar y sus hijos siempre estarán deseando el bien. Oleastro lee estas palabras, diciendo : *Isachar Assinus dorsi, aut dorsens,* que es lo mismo que decir asno que pone las espaldas para la carga, ó que estará aparejado y será apto para la carga.

CAPÍTULO XIII.

I. Indios de su naturaleza perezosos y amigos de estar echados—II. Sírvense de los indios para carga como de jumentos—III. El dormir de los indios es entre ollas y otros trastos de cocina—IV. Por ser tan buena la tierra de las Indias, les vino á los indios estar tan sujetos—V. No se ha hallado en las Indias animal de carga. Pagan los indios tributos personales.

PASANDO adelante con la profecía, dice: Que estará echado entre los términos, que es decir, habitará y morará en tierra cerrada con términos; la tierra nada le pone término sino el mar, así como ella se lo pone á él. Y siendo estas Indias todas cercadas de mar, á lo ménos esta Tierrafirme del Perú, pues solo una cinta que por lo más estrecho (que es de Puerto Belo á Panamá) tiene quince leguas, aunque se junta con Nueva España y le impide que no sea isla totalmente. Con razon se puede decir que sus moradores habitan y están entre términos. Y decir que están echados ó que han de estar echados, como lo significa aquel término, *acubans,* no significar ménos que lo demás la condicion de estos indios, pues de ordinario están echados, y se levantarian ménos de lo que se levantan si la necesidad de la comida ó fuerza de los españoles (á quien sirven) no los apurara y forzara á levantarse, porque como la tierra (como luego diremos) es tan fértil y abundante que con poco trabajo les da lo que han menester para sus pobres comidillas, casi todo el tiempo gastan en estar con ociosidad echados, y así son perezosísimos. Propiedad tambien del asno (como lo dijo el autor que citamos); de manera que es menester cuando los ponen en el trabajo darles tareas ó traerlos siempre á la vista, porque de otra suerte nunca hacen nada de provecho.

Aquellas palabras, *Acubans inter términos,* vuelve San Gerónimo, *Acubans inter faccinas,* que estará echado entre las cargas, que juntando este sentido de San Gerónimo

con lo que dice la profecía más abajo, que puso su hombro para llevar carga, y con lo que ha pasado y aun pasará con ellos desde luego que entraron los castellanos en estas tierras, se ve cuán al pié de la letra se cumple en ellos esta profecía; porque como á los principios no habia caballos, mulas ni otros jumentos con que trajinar las mercancías, frutos de la tierra y otras cosas de una parte á otra, ellos servian de esto, cargando todo lo que era menester sobre sus hombros; y fué esto con tanto exceso en toda la tierra que se iba conquistando, en especial en este Nuevo Reino, que enviaban los conquistadores desde él harrias ó recuas de ciento y doscientos indios, más de setenta y ochenta leguas, á las desembarcaciones que se hacian en las riberas del rio grande de la Magdalena, para que subieran en sus hombros á este Reino todo lo que se traia de Castilla, como eran botijas de vino, de que cada uno cargaba la suya, que pesa más de dos arrobas, hierro, fardos y otras cargas, que no fué su pequeña destruccion por las muertes que se siguieron de muchos por los intolerables trabajos de las cargas, asperísimos, pantanosos y mal sanos caminos y no ser poco el tiempo que duró esto, hasta que hubo caballos y mulas y se fundó la Real Audiencia en esta ciudad de Santafé, que en amparo de los indios prohibió estos viajes con graves penas, poniendo tantas veras en que se guardara, que á cierto conquistador y encomendero que tenia ciertas botijas de vino en uno de estos puertos, y no teniendo caballos con qué traerlas, y metiendo peticion en la Real Audiencia que se le diese licencia para enviar por ellas á algunos de los indios de su encomienda, porque era viejo y flaco de estómago, se le respondió no haber lugar de darla y que bebiera agua si no tenia otro modo de traerlas.

Viniendo, pues, estos indios con sus cargas á cuestas, cuando á la noche descansasen y durmiese cada uno junto á la suya, estando todos juntos rancheados, bien se podia decir se cumplia la profecía segun la letra de San Gerónimo: que los hijos de Isachar estaban echados entre las cargas. Oleastro lee del hebreo: *Acubans inter cacabos autollas*, que quiere decir: Isachar y sus descendientes estarán echados entre las ollas y vasos de la cocina, que viene esto tambien ajustado á la condicion de estos indios; pues todo el menaje y alhajas de sus casas viene á ser ollas, múcuras, gachas, moyas y otros trastos de cocina donde ellos hacen sus brevajes, mazamorras y comidas, entre los cuales siempre se echan á dormir sobre una poca de paja cuando mucho, ó en aquel suelo, sin más cama ni otra cosa que compañía de ollas y vasos de cocina.

Sobre las otras palabras que dicen, viendo que la holganza era buena y la tierra muy buena, puso el hombro para llevar carga, me ha dado que pensar en la contradiccion que parece tienen entre sí las palabras, porque si vió que la holganza era buena en su tierra, por ser la tierra tan buena, para que habian de aparejar su hombro para la carga, ántes podian ahorrar de trabajos, pues con pocos les daba la tierra mucho, y como hemos dicho, eso les hacia haraganes y follones estándose echados; pero habiendo muchas veces echado á volar el pensamiento tras alguna razon que me pueda quietar, en razon de esto he hallado tener maravillosa correspondencia las unas palabras con las otras; porque por el mismo caso que la tierra es tan buena, como lo es en su fertilidad grande para toda suerte de árboles y ganados, minerales de piedras preciosas, oro y plata y todos los demás metales que los hombres hasta hoy han conocido; con que parece se podia tener descanso por este mismo caso, habia de poner su hombro para los trabajos, porque tarde ó temprano habia de venir gente á sus tierras que conociendo la grandeza y caudal de ellas les habia de hacer guerra, sujetarlos y cargarlos; y para eso tenian ya como aparejados sus hombros al peso de la carga para lo que sucediera, como sucedió todo cuando entraron los castellanos al fin, como los que eran de naturaleza de asnos, que como tales esperaban la carga; y aun son tan inclinados hoy á ella, que desde el vientre de su madre parece sacan esta inclinacion, como se ve en los niños, que apénas pueden ir tras sus padres cuando lloran, se arrojan en el suelo y hacen mil extremos si no les cargan alguna cosa sobre sus espaldillas. Y los juegos á que entre sí los niños se entretienen, son de ordinario hacer manojos de paja ó de lo que se topan, y cargarse en las espaldas unos á otros.

Acerca de esto he advertido una cosa digna de consideracion: que habiendo hallado en estas Indias muchos animales bravos, tigres, leones, osos, zorras y otros así de poco ó ningun provecho para los hombres, y dificultosos de venir á estas tierras y de traerlos los hombres desde donde paró el arca de Noé, no se hayan hallado de ninguna manera en toda esta Tierrafirme, ni en la Nueva España ni islas, caballo, burro, camello, dromedario, elefante, vaca, ni otro ningun animal de carga, con ser tan fáciles de llevar y traer á todas

partes, y tan de provecho para el servicio del hombre; porque las ovejas y carneros del Perú, aunque las cargan ahora con algunas medias carguillas, y sirven de harrias, pienso fué industria de los españoles; porque ántes todos los indios cargaban en sus hombros todo lo que tenian necesidad: de donde podemos entender que por órden divina sucedió eso en castigo de los pecados de aquella tribu de Isachar, y en cumplimiento de la profecía de su padre Jacob, que no tuviese animal que les ayudase á llevar las cargas.

Concluye la profecía diciendo que habia de servir Isachar y sus descendientes para pagar tributo; bien se ve cuán al vivo cuadra á estos indios en los tributos que les tienen puestos, y pagan al Rey y á sus encomenderos en su nombre; pues los más de ellos sirven con sus personas, cargando sobre sus hombros y haciendo otros trabajos corporales para pagarlo, al cual llaman servicio personal; y al que pagan en plata, oro, matas ú otro género, llaman demora, que quiere decir tardanza por ventura, por la que han tenido de entrar en la Iglesia y reducirse á la fé cristiana, en que se ha cumplido en ellos tambien otra de las propiedades que dicen del asno, que es ser tardío y perezoso. Y últimamente se echa el sello á la verdad que tenga lo dicho, con la interpretacion y significacion que tiene este nombre en el Hebreo; porque *Isachar* es lo mismo que *merces & pœmium*, merced y premio; y así, cuando alguno ha trabajado en los descubrimientos de estas tierras y sus conquistas, ó en otro servicio que haya hecho al Rey, le da por premio un repartimiento ó encomienda de indios, para que le paguen tributo y sirvan, como si á la callada les dijeran con la tal encomienda: yo os doy por merced y premio de vuestros servicios á los hijos de Isachar; que, pues, significan premio y merced, ellos sean la merced que os hago. Y esto parece bastará para lo que toca á la segunda poblacion: el que quisiere ver más opiniones acerca de ella, lea los autores que hemos citado en ésta.

CAPÍTULO XIV.

I. Noticias que se tuvieron para la tercera embarcacion y poblacion de estas Indias Occidentales—II. Dáse cuenta de estas noticias á los Reyes católicos, para que tomen á su cargo el descubrimiento—III. Pónese calor en la negociacion con la Reina, de parte de Fray Juan Pérez, de la Órden de San Francisco; y acábase con su Alteza, que dé favor y ayuda de costa para el descubrimiento—IV. Hácese hallando algunas islas, y en ellas muchos indios.

LA tercera, que fué de gente nueva y nunca vista ni oida en estas Indias, hicieron los castellanos por mandado y á costa de los Reyes católicos don Fernando y doña Isabel, el mismo año que ganaron á Granada y acabaron con los moros de España, despues de más de setecientos años que la poseian. Tuvo esta tercera poblacion sus principios de esta manera. Don Cristóbal Colombo (que así se llamaba, sino que por más fácil pronunciacion le quitaron la última sílaba y una pierna á la m, y le llamaron Colon), Caballero criollo, de la ciudad de Génova, buscando mejor ventura, vino á Portugal, donde casó una vez con doña Filipa Muñiz de Perestrelo, de quien hubo á don Diego Colon. Enviudó y casó segunda vez en la ciudad de Córdoba con doña Beatriz Enriquez, natural de aquella ciudad, que parió á don Fernando Colon, que salió de mucha virtud y letras. Tratando con varios hombres, se encontró con uno natural de la villa de Gelves, español y nacido allí, que le descubrió (segun dice Garcilaso), esta navegacion, y que habia otras tierras y gentes sin descubrir. El don Fernando, por poca hebra que le dieron, como hombre de buen talento, fué sacando el ovillo con fuerza de razones y algunas señas que él buscaba de cosas que habian aportado de estas Indias con la fuerza del mar y vientos, aunque tan léjos algunas partes de las costas de las islas y Tierrafirme de España, como unos pedazos de guaduas y otras. Cargó el juicio en el caso, y pareciéndole posible, se determinó á comunicarlo con los Príncipes, á cuyo abrigo y poder se podia poner en efecto; fué lo primero á los de su patria, como tenia obligacion, y proponiendo á la Señoría de Génova, lo tuvieron por sueño. Probó la mano con el Rey de Portugal don Juan el II, y aunque lo oyó, no tuvo efecto, porque el Rey andaba entónces metido en el descubrimiento de las cosas de Africa. Con esto envió á su hermano, don Bartolomé Colon, á tratar el caso con Enrique VII, Rey de Inglaterra, que tampoco se hizo por allí nada; y entre tanto don Cristóbal se salió de Portugal con intentos de tratarlo con los Reyes católicos, que entónces estaban en Córdoba, aportó á Palós de Moguer con la caravela que salió de Portugal; y llegando á la Rabida tomó conocimiento con el guardian (que era del Convento que hay allí de nuestra Orden),

que se llamaba Fray Juan Pérez de Marchena, hombre docto y bien entendido en Cosmografía, á quien comunicó sus intentos en buena hora, pues este Padre fué el principal instrumento para que tuviera efecto el descubrimiento de las Indias, por la diligencia que puso con la Reina, á quien habia confesado muchas veces; y así, animando á Colon en sus deseos, por ser ya los mismos los del Religioso, él puso brio para que fuese á los Reyes católicos (como lo hizo), dejándole en su Convento y amparo á su hijo don Diego Colon, que era aún niño.

Llegó á la Corte de los Reyes católicos, y proponiendo el negocio, despues de cinco años que se gastaron en ventilarlo, con más contradicientes que aficionados, mandaron los Reyes se le respondiese á don Cristóbal que no podian por entónces emprender nuevos gastos, pues los que tenian en las guerras (y en particular en la conquista de Granada), eran excesivos: fué nueva la tristeza que tomó de esto, con la cual fué á Sevilla, y haciendo proponer el negocio al Duque de Medina Sidonia, y aun dicen que al de Medina Celi, no sirvió sino de mayor enfado á Colon, con lo cual se determinó escribir al Rey de Francia (como lo hizo) con intencion de ir allá, y si no lo admitia, pasar á Inglaterra á tratarlo y buscar á su hermano, de quien estaba con cuidado por haber dias no sabia de él. No tenia Dios guardada esta empresa para otros ménos que los Reyes de Castilla; y así, tomando por instrumento al Padre Fray Juan Pérez de Marchena, le puso eficacia en sus palabras para que persuadiese á Colon el no ir á Francia, cuando desde Sevilla volvió á Rabida por su hijo don Diego, y comunicó al Padre guardian lo que habia pasado, el cual, para informarse mejor de los fundamentos de Colon, llamó á García Hernández, médico y filósofo, y habiéndolos conferido todos tres, quedó el García Hernández satisfecho. Con lo cual, y con el deseo que tenia el Padre Fray Juan de que tuviese efecto lo que se intentaba, y con el mucho conocimiento que tenia de él la Reina, escribió una carta diciéndole con mucha claridad la sustancia del caso. La respuesta fué que fuese el Padre Fray Juan á la Corte (que ya estaba en Santafé sobre el cerco de Granada), que dejase á Colon en Palós con buenas esperanzas. Fué el Padre Fray Juan, y viéndose con la Reina, le supo decir tales palabras, que la persuadió á venir en el descubrimiento, y así le envió luego á Colon, la Reina, con Diego Prieto, vecino de Palós, veinte mil maravedís en florines, para que fuese á la Corte, á donde fué, y se trató del negocio: y aunque hubo hartas contradicciones, fué tanto lo que pudo con la Reina el Padre Fray Juan Pérez de Marchena, á que ayudaron mucho Alonso de Quintanilla y Luis de Santagel, Escribano de Raciones de la Corona de Aragon, que al fin se vino á resolver y determinar se hiciese el viaje y descubrimiento por cuenta de los Reyes de Castilla, agradeciendo la Reina el consejo que le daban en conceder la empresa que Colon pedia; y al fin, hechas las capitulaciones en siete de Abril del año de 1492, se trató luégo de ponerla en ejecución, despues de ocho años que andaba tratando de ella.

El Padre Fray Juan Pérez se volvió á su Convento desde la Corte, dejando ya el negocio asentado, y á don Cristóbal, haciendo las capitulaciones con sus Altezas, y hechas con todos los despachos necesarios y cartas para todos los Reyes del mundo, en recomendacion de su persona, se partió Colon de la Corte (que estaba ya en Granada) á doce de Mayo del año dicho. Vino á Palós por parecerle lugar acomodado para disponer su viaje, por la buena gente de mar que allí habia para lo que habia menester, aunque por ser una cosa tan nueva lo que se intentaba, poco habia no lo rehusasen, con que se viera en más dificultad Colon de hallar gente acomodada, si su amigo el Padre fray Juan Pérez no le ayudara en todo su despacho, disponiendo los ánimos de los marineros y los demás á emprender la jornada de que siempre se prometió felicísimos sucesos, que parece se los daba á entender su espíritu, con que no perdonó grandes ni menudas diligencias; pues las hizo entre Reyes y gente humilde, viendo que todo era menester. De manera que á este buen padre de mi sagrada religion se debe el cuidado (como á hijo de tal padre que deseaba convertir á Dios todo el mundo) y solicitud para la última resolucion del descubrimiento de estas Indias, que no es poca gloria la que se le aumenta á nuestra Apostólica religion con esto.

Al fin con estas buenas ayudas de costa en las negociaciones, y las que los Reyes católicos le dieron en dinero, y dos caravelas que le mandaron dar en el pueblo de Palós, comenzó don Cristóbal á disponer su viaje armado de más de las caravelas que se llamaban la una la Pinta, y la otra la Niña, otra nave llamada Santa María; y ayudándose de dos hermanos Pinzones, gente rica en aquel pueblo, que fueron por Capitanes de las dos

caravelas; y proveyendo las naves para un año de todo lo que era menester para noventa hombres que se embarcaron en todos, los más naturales del pueblo de Palós, se hizo á la vela á tres de Agosto del año de mil y cuatrocientos y noventa y dos; de donde se conoce cuan sin fundamento habló Enrico Salmuth en las anotaciones que hizo (de que están vedadas muchas cosas por la Santa Inquisicion) á Pancirolo, diciendo que Colon salió de Cádiz á este descubrimiento por órden de los Reyes de Portugal, tit. I. de Novo Orbe; como lo que dice en otra parte, llamando á los cocos tambien cacaos, pensando por ventura es todo uno, y por no haber visto ambas cosas no saben la gran diferencia que tienen. Fueron caminando con buen viento, toparon con las Canarias (dichas así cuando se ganaron por los muchos perros que hallaron en ellas) y pasando adelante fueron siguiendo su derrota, notando Colon las señales que habia en la mar, aires, temples y alturas tras cada paso, no sin aflicciones por las que llevaba la gente, viéndose tan enmarados, que ningun hombre en el mundo se sabia hasta entónces lo hubiese estado tanto.

Remedióla el Señor todo dando salida á ellas en las mayores angustias que llevaban, con que viese don Cristóbal Colon el primero, y luego otros de su nave Santa María, una lumbre encendida, un juéves en la noche, dos horas ántes de la mitad de ella, á once de Octubre de 1492, y á la mañana viérnes se descubrió la primera tierra, que fué una isla de quince leguas de largo; que viérnes habia de ser el dia en que se les apareció á estos indios tanto bien como la luz evangélica, como tambien fué viérnes el en que se obró su salud y la de todo el mundo en el Ara de la Cruz. Saltaron en tierra con estandarte real tendido, que era el que se dió para la empresa, con una Cruz verde, con ciertas coronas, y los nombres de los Reyes católicos; besaron la tierra en señal de humildad, y dieron gracias á Dios por el suceso, y tomaron posesion de ella en nombre de los Reyes católicos, por la corona de Castilla y Leon. Púsole por nombre Colon á la isla San Salvador, como ofreciéndosela en primicias del fruto que despues por su mano y sumo poder se fué descubriendo y cogiendo. Los indios la llamaban Guanahami, que despues llamaron de los Lucayos. Está en veinte grados de altura á la banda del Norte, y novecientas y cincuenta leguas de las Canarias; hallóse en treinta y tres dias de navegacion desde ellas. Luego los castellanos recibieron á Colon por Almirante y Visorey, porque estaba así en las capitulaciones. Estaba poblada de muchos indios, que los recibieron con muestras de gusto, y con el mismo les daban lo que tenian de sus comidas, algodon, papagayos y frutas, y los castellanos les daban bonetes colorados, espejos, cascabeles y otras cosas con que quedaban muy regocijados. Dieron noticia á Colon que hácia la parte del mediodía habia más tierra y un señor grande. Trató luego á catorce de Octubre dar velas é irla á buscar, y hallando otras islas les puso por nombre la Concepcion, Fernandina y la Isabela. Halló despues la gran isla de Cuba y púsole Juana. Despues halló la isla Caribana, que le puso la Española; aunque no falta quien diga se llamaba Haití y Quisqueta; y debió de ser que como era tan larga, tenian puestos diversos nombres á diversas partes de ella. Allí se introdujo entre los castellanos este nombre, bohio, porque lo nombraban muchas veces los indios; y no sabiendo ni entendiendo lo que querian decir, por algunas conjeturas les pareció querian significar sus casas; y así se ha quedado en todas las Indias á las cásas de pajas, sean de indios ó españoles, llamarles bohios.

CAPÍTULO XV.

I. Vuelve Colon á Castilla á dar cuenta de lo descubierto. Vuelve otra vez y la tercera á las Indias, y descubre otras islas y la Tierrafirme, á quien sigue Alonso de Ojeda—II. Arman tambien navíos otros y vienen desde Castilla por los mismos rumbos que Ojeda y llegan y corren la Tierrafirme—III. Fueron costeando estos postreros al Poniente hasta que hallaron indios armados con muestras de querer defender sus tierras—IV. Con que se determinaron volverse por los mismos pasos la costa en la mano al Oriente.

DEJANDO algunos pueblos en la Española con la gente que le pareció y llevando alguna otra y drogas que halló en ella y algunos indios, tomó Colon la vuelta á Castilla á dar cuenta del descubrimiento á los Reyes católicos, á donde llegó, con que fué general el gusto que se tuvo en toda España; llamóle India por las razones dichas; dieron los Reyes cuenta al Papa Alejandro VI del descubrimiento. Hizo el Almirante segundo viaje con que descubrió otras islas vecinas á las descubiertas el año de 1493. En esta segunda vuelta de

Colon á las Indias se vino con él trayendo en su compañía otros religiosos tambien de nuestro hábito, su muy amigo el padre fray Juan Pérez, que como quien habia sido el principal instrumento para que Colon no desmayara en proseguir este descubrimiento de las Indias, quiso ser el primer sacerdote que le acompañó en ellas y el primero que las pisó, y el primero que edificó iglesia y dijo misa en estas tierras de estos infieles; porque luego que llegaron á la isla Española (que tambien se llama de Santo Domingo por la ciudad que en ella hoy está fundada, que la llamó así Colon, que la fundó por darle el nombre de su padre que se llamaba Domingo), luego hizo el padre fray Juan Pérez le hiciesen una iglesia donde él dijo la primera misa y moró algunos dias con sus compañeros hasta que se fueron dividiendo por los pueblos que se iban conquistando, doctrinando y bautizando los indios. De manera que de nuestra Apostólica religion fué el que acabó de persuadir y apear las dificultades que se oponian al descubrimiento de estas tierras : y el primer sacerdote que hubo en ellas y la primera misa que se dijo y la primera iglesia que hubo *González in Chronica, in Provincia sanctæ Crucis.* Volvió Colon despues á Castilla y despues otra vez tercera navegacion á las Indias el año de 1498, y entónces descubrió la isla Trinidad, bocas del Drago, que son el desagüe que hace en el mar del Norte el rio Orinoco y la Tierrafirme que le puso Marcapana, aunque no se determinó por entónces si lo era, ó isla, por haber hallado en el primer viaje unas tan grandes que la Española tiene ciento y cincuenta leguas de largo, Leste ó Este, y de ancho cuarenta, de vojo más de cuatrocientas; y la de Cuba, que es lo mismo, si no es mayor, con que pudo entender aquella tierra tambien era isla, pero al fin era Tierrafirme. Corrió la costa al poniente hasta la punta de Araya ó Cumaná, que todo es un paraje. Puso la proa desde allí á la banda del Norte, donde descubrió luego aquellas famosas islas Cubagua, Cochen y la Margarita, que han sido tres alhories de perlas, pues se han sacado de ellas más de dos millones, aunque ya por ahora eso ha cesado. Desde allí volvió á la Española el mismo año de mil y cuatrocientos y noventa y ocho, en el de noventa y nueve, con licencia del Obispo Juan Rodríguez de Fonseca, que tenia entónces á su cargo los despachos de las Indias, y no con la de los Reyes, armó navíos el capitan Alonso de Ojeda, natural de la ciudad de Cuenca, y trayendo por piloto á Juan de la Cosa Vizcaino y á Américo Bespucio por mercader. Vino navegando y en veinte y siete dias dieron vista á la Tierrafirme que el Almirante don Cristóbal Colon habia descubierto. Fuéronla costeando la vuelta del Poniente, saltando en tierra muchas veces, y viendo los puertos que hallaban por la tierra que ya habia descubierto don Cristóbal. Llegaron á Paria y habiendo corrido doscientas leguas de costa, pasaron adelante hasta Coquivocoa y cabo de la Vela, que le puso este nombre Ojeda entónces, y desde allí revolvió á la Española. En esta costa cuenta Herrera, *Dec. I, lib. 4 c. 2*, que vive infinita gente de indios en diversas partes con diversas costumbres ; cosa que parece corria ya por mi cuenta contarla, por comenzar desde aquí mi historia, como lo hiciera si no las hallara contadas en Herrera y otros, porque me parece ser excusado tratar de propósito lo que otros han tratado, sino es en cuanto no puede excusarse para añudar el hilo de la historia que pretendo: no obstante que pudiera hablar por vista de ojos de todo muy por menudo desde la Margarita, punta de Araya y Cumaná hasta Coro, que es la mayor y más principal parte de esta costa y tengo notados los yerros y aciertos que dicen los pocos que han escrito de ella.

La fama (que pintan con muchas plumas y ligero vuelo) lo dió en pocos dias por muchas partes del mundo, publicando los descubrimientos de la tierra nueva de estas Indias y riqueza de ellas, por las muestras de perlas y oro que el Almirante habia llevado y enviado á España, con que toda ella se alborotó y llenó de brios para venir á ver las grandezas que se publicaban. Estas sonaron con mayor estruendo en todos los puertos y puertas de España, que miran á las partes de estas tierras, como son los que están en el Andalucía. Y así con este ruido y el que hizo Alonso de Ojeda en la partida de su viaje, se alentaron muchos á hacerlo tambien, como en especial (entre los demás) sabemos lo intentó y salió con ello un Pedro Alonso Niño, vecino de Pálos ó de Moguer, el cual habida licencia del Rey para hacerlo, con condicion que no surgiese su navío, ni faltase gente en tierra, con cincuenta leguas de la tierra que habia descubierto D. Cristóbal Colon, trató con Luis Guerra, vecino de Sevilla, que le armase un navío, por no hallarse él con caudal para lo que era menester en la armazon. Acudió con gusto á esto el Guerra, con condicion (entre otras) que su hermano Cristóbal Guerra viniese por Capitan. Pusieron en la partida la diligencia posible, é hiciéronse á la vela pocos dias despues que Ojeda, y siguiendo sus mismos rumbos, llegaron pocos dias despues de él á la tierra de Pariá, donde no reparando en

lo que habian capitulado con el Rey, saltaron en tierra] y cortaron algun brasil; y volviendo á navegar la costa abajo, la vuelta del Poniente, tocando en la Isla Margarita, y en la de Cochen y Cubagua que están en medio de la Margarita y la Tierrafirme, rescataron buena cantidad de perlas con los naturales. Prosiguiendo la costa, tocaron en la punta de aquella famosa salina de Araya que llaman Ancon de refriegas; y la boca del golfo de Cariaco, el rio y bahía de Cumaná, pasaron seis ú ocho leguas más adelante, al paraje que llaman Cumanagoto, navegando por entre la Tierrafirme y las Islas del Pirítú, bien desaprovechadas á todo servicio humano; fuera de que sucede allí una cosa maravillosa, que suelen echar cabras en ellas con sus padres, y no teniendo las Islas más agua que la que llueve, ni otros árboles que algunos cardones y mangles, y alguna yerbezuela, se sustentan con esto y agua de la mar, y se aumentan como espuma. De manera que de cuando en cuando entran á hacer matanza de ellas para corambre (que la tienen por grangería) los españoles; como en especial se ha visto con abundancia de este ganado en Isla Blanca, ocho ó diez leguas de la Margarita á la banda del Norte.

Hallaron en este paraje los nuestros muchos indios desnudos, que sin temor se venian á los navíos trayendo muchas perlas al cuello, narices y orejas, que las daban con mucha liberalidad por cascabeles, manillas, sortijas, alfileres y otras cosillas hechas de laton. Montaron desde allí el Morro de Unaré y dando vista á lo que ahora es la Guaira, puerto de la ciudad de Leon ó Carácas, y más adelante el golfo de la Burbarata, puerto de Chichirivichi y golfo Triste. Llegaron al paraje donde ahora es Coro, cerca de la Provincia que llaman de Venezuela, que está más de trescientas leguas al Poniente de la Isla Trinidad y Bocas de Drago. Aquí tambien hallaron mucha gente, hombres y mujeres, que con mucha simpleza venian con sus hijos en los brazos, con quien tambien rescataron muchas perlas por alfileres y agujas: aunque sabiendo los indios que aquellos eran instrumentos para coser y que no los habian menester, pues andaban desnudos, se reian mucho de haberlas tomado; si bien se quedaron con ellas por decirles los nuestros que les podian servir para sacarse las espinas, de que hay buen caudal en toda aquella tierra. Diéronse á la vela otro dia hasta llegar al paraje de un pueblo de los naturales (dicho Curiana) por quien despues la ciudad que se pobló allí cerca se llamó Coro; y habia llegado la fama de los rescates que se habian hecho en los otros indios á estos de Curiana; apénas habian dado vista á los castellanos, cuando se llenó la playa de infinita multitud de indios, haciendo señas llegasen los nuestros, yéndose algunos para ellos en sus canoas y llevando perlas para rescatar de las cosillas de Castilla que habian sabido habian rescatado con sus vecinos. No dejaron de temerse los nuestros por ver en la tierra tanta gente y no ser ellos más que 33, hasta que conocidas sus simplicidades, no tuvieron por inconveniente meterse entre ellos; y aun viendo que les daban de comer todo lo que tenian en sus tierras, como eran pan de maíz, conejos y venados, que los hay por allí muy buenos, ansares, anades, pescado con abundancia, se estuvieron entre ellos reformando veinte dias, en los cuales pudieron conocer por los venados que era Tierrafirme, pues no se habian hallado en ninguna Isla. Tenian estos indios sus mercados ó ferias. Servíanse de tinajas, cántaros, ollas, platos y escudillas y otras vasijas de diversas formas, todo de tierra sin vidriar. Préciansе de traer entre los collares de perlas ranas y otras sabandijas hechas de oro, mal formadas, y preguntándoles dónde se hallaba aquel oro, dijeron que seis soles de camino, que son seis dias. Determináronse ir allá con su navío hácia la parte que les señalaban, que era la Provincia de Curiana Cauchieto, á donde tambien les salió mucha gente que con mucho seguro se entraban en el navío, llevando tambien algunos perlas y joyas con que rescataban las cosas de Castilla, aunque no eran tan liberales en dar las perlas como los de Curiana, pero dieron algunos papagayos de diversos colores y muy hermosos gatos paulés.

Siguieron su viaje hácia el Poniente y á pocas leguas hallaron indios tambien desnudos que serian hasta dos mil hombres armados de flechas y arcos con brios de defender su tierra y que no saltasen en ella; y así dejándosela en paz y pareciéndoles no ponerse en más peligros con más de 150 marcos de perlas que ya llevaban de aquel repelon y algunas tan grandes como avellanas, muy orientales, redondas, hermosas y claras y algun oro, acordaron devolver la costa arriba por donde habian venido, yéndose por los mismos pasos y llegando otra vez á la punta de Araya, que está Norte Sur con la punta Occidental que llaman el Macanao de la Margarita, hallaron la salina de Araya tan abundante que si hoy cargan diez navíos, dentro de cuatro dias pueden cargar otros tantos de sal, porque es una reventazon que hace allí la mar y con los soles fuertísimos que allí hace se cuaja con

facilidad, como la hay tambien en llegar los navíos que la han de cargar tan cerca de la tierra, que con plancha se desembarcan y los cargan de sal que está á un tiro de ballesta de la lengua del agua, en la cual nadan los navíos en treinta brazas, que parece lo dispuso el Señor como de su mano para que con facilidad pudieran los hombres aprovecharse de aquella sal. Dentro de dos meses de como se partieron de Curiana llegó este navío de Cristóbal Guerra á un puerto de Galicia el año de 1500, á seis dias del mes de Febrero.

SEGUNDA NOTICIA HISTORIAL

DE LAS

CONQUISTAS DE TIERRAFIRME.

CAPÍTULO I.

I. Toman muchos por granjería el hacer esclavos á los indios—II. Llega Ampués á Curiana, y hace amistad con el Cacique de aquella tierra, hombre poderoso—III. Dase principio á la fundación de Coro.

TRATANDOSE en muchas juntas, que el Emperador don Cárlos mandó hacer de hombres doctos y experimentados en materias de Indias, de la libertad de estos naturales, por parecer de algunos, de no tan sana intencion, se determinó fuesen tenidos por esclavos, á lo ménos aquellos que hiciesen resistencias á los españoles en los descubrimientos y conquistas que hiciesen de sus tierras ; la cual determinacion fué como poner estopa junto á las llamas de la codicia ; pues aunque fué con algunas limitaciones que parecia justificar el hecho la codicia, no las quiso admitir, porque nunca ella quiere encerrarse dentro de términos ; y es la razon por qué es desvergonzada, y del desvergonzado toda la tierra es suya. De aquí sucedió que luego que salió la fama de la esclavitud de los indios, la tomaron muchos por granjeria, haciéndola así de los indios pacíficos como de los que resistian y defendian sus tierras, como si fuera ley natural y de las gentes defender cada uno las que naturalmente tiene. Con esta codicia salian cada dia navíos armados de la Isla española, y llegaban á toda la Tierrafirme que hay desde Maracapana y Paria hasta el cabo de la Vela, andando todos á más coger de toda suerte de indios que podian haber á las manos, pacíficos y guerreros, y los llevaban á vender por esclavos á las partes donde hallaban de sus ventas mayores granjerías. Advirtiendo esto los Oidores de la Real Audiencia de la Española y deseando atajar los grandes inconvenientes que se iban encendiendo con la mucha saca de indios, en especial de aquellas partes de Curiona, que eran los más ricos de oro y perlas y más pacíficos, determinaron enviar allí quien la defendiera, y que supieran tenia aquello dueño, hasta que el Emperador determinara otra cosa ; y pareciéndoles para esto persona á propósito el Capitan Juan de Ampués, factor que era de aquella ciudad de Santo Domingo, le nombraron para que fuera á asistir en aquella tierra y Provincia, para que con esta sombra cesaran algunas exorbitancias.

Tomó este Capitan con buen gusto lo que le ordenaban, pareciéndole habian de ser más de asiento sus ganancias, tomando más de asiento el asistir á la tierra, y que pues él era el primero en aquella tenencia, lo habia de ser en las riquezas que de ellas se siguiesen, desandando lo mejor de aquella Provincia, y no le salió mal su intento, pues luego que llegó con un navío y 60 hombres el año de 1527, y surgió cerca del pueblo Coriana, que es comun promontorio ó punta que hace allí la tierra, luégo trató de hacer amistad con el señor que supo era de ella y de toda la Provincia, llamado Manuare. Este Cacique era señor de una muy gran Provincia en aquellos indios Caquesios (que así se llaman) y estimado de todos los Caciques sus circunvecinos y aun temido, pues le pagaban tributo con que venia á ser poderoso en riquezas, que era una de las razones porque tanto le estimaban, y por su buen talento y discurso, con el cual hacia entender á los demás que él era el autor del mundo, y por su mano y poder se habian creado todos los elementos y se producian y conservaban todas las cosas que cria la tierra; se engendraban los truenos, rayos, relámpagos, aguas y todo lo demás de las cosas bajas y altas; con esto á que les tenia persuadido lo estaban tan bien, que de su máno les venian los buenos tiempos, salud y abundancia de sementeras; y que nada sin su poder podia suceder prósperamente. Levantábase con esto tan á mayores su arrogancia, que se hacia temer de todos, de manera que cuando salia de su casa ó pueblo á visitar sus vasallos ó á entretenerse ó á guerras (que entre estas felicidades del mundo no les faltaban), se hacia llevar en hombros en una hamaca, por los más principales de sus vasallos, teniendo por desprecio y falta de autoridad andar por su pié por ninguna parte.

No le pareció á Juan de Ampués venir mal aquella grandeza de majestad y riquezas de Cacique con la que él tenia de pensamientos y deseos que ellas les viniesen á las manos; y así, enviándoselas á besar y ofrecerle amistad, dispuso en pocos dias la mucha que despues le tuvo y así luego se dió traza como el Cacique le viniera á visitar, porque este es el modo que han guardado siempre los españoles con los Príncipes y Reyes que de nuevo se han descubierto, así en estas Indias como en otras partes, no ser ellos los primeros que los visitan, con que se guarda la grandeza de ánimo español. Mostró este Cacique la que tenia en su tierra en esta visita, pues para hacerla dispuso el modo que habia de tener para hacer demostracion de quien era, llevando en su compañía gran suma de indios principales que le hacian estado, para mostrar mejor la gravedad con que entró á hacer la visita, aunque en lo que hizo más demostracion (y aun lo que Juan de Ampués más arrebató los ojos) fué en lo que le presentó de oro, martas y otros juguetes que suelen dar los indios, pues el oro llegó á más de ocho mil pesos y lo demás á tres mil. Usó el bárbaro todas las cortesías que á su modo se usaban entre ellos en las visitas; y con la correspondencia que el Juan de Ampués tuvo con él en ellas, y algunas dádivas de cosas menudas de Castilla, de más estima para el indio que de costa para quien se las dió, quedaron asentadas las amistades entre los nuestros y los de aquella Provincia; y fueron tan de corazon, sin falta de parte de los indios, que habiéndola hecho los españoles en diversas ocasiones, robándoles sus haciendas y haciéndoles malos tratos, nunca los indios lo tuvieron, ni han tenido jamás con los nuestros hasta hoy, que han quedado bien pocos.

Habiendo conocido el Ampués por esta ocasion y la experiencia del trato que tuvo con los indios, la llaneza, buena masa y bondad de ellos y la que de suyo tenia la tierra, le pareció no desempararla, ántes fundar más de propósito su ranchería en forma de pueblo, como lo hizo en el mismo año y sitio que está ahora, que por ser en la Provincia y cerca del pueblo de las Curianas, dieron todos en llamarle Coro. Y aunque á los principios despues de fundada se gobernó sin otra justicia más que la que administraba el Juan de Ampués, con solo el órden militar, despues se hizo ciudad y se le dió este nombre, señalando Alcaldes y Regidores y todo lo perteneciente á un Cabildo que la gobernó de allí en adelante, y fué todo menester por la mucha gente de España que luego fué acudiendo á ella; llevados unos con el ánimo de conquistar y descubrir tierras viviendo por la soldadesca, otros para hacer esclavos comprados ó cogidos, porque tenian licencia para ello, y otros con deseo de enriquecer en los tratos y rescates que se hacian con los indios, de cosas de Castilla por oro y perlas, de que se hallaban por entonces entre ellos buenos caudales con que se acrecentaba el de los soldados.

CAPÍTULO II.

I. Costumbres de los indios de Coriana, y diversidad de aves y animales—II. Culebra en que se sentaron diez y ocho soldados sobre ella, entendiendo que era viga—III. Piden los alemanes las conquistas de Coro, y concédeseles—IV. Despachados los Belzares de Castilla, llegaron á Coro á su generacion.

PARECE que nunca le ha cubierto pelo á esta Provincia de Venezuela la llaga ó cicatriz con que á los principios comenzó á poblarse, haciendo esclavos á sus naturales; pues siendo la mayor parte de ella tan fértil como es, tan llena de ganados y de tantos y tan buenos puertos abiertos todo el año; tantas y tan buenas minas de oro y otros metales; tanta cria de árboles de cacao; gran suma de algodonales, todas las ciudades y españoles que viven en ellas, son de tan cortos y tasados caudales, que apénas alcanzan á dar de comer á sus dueños; de que podemos entender obra esto algun secreto juicio de Dios, que va castigando las injusticias que en sus principios hicieron á los indios: de cuya naturaleza y costumbres no me alargaré mucho, porque seria nunca acabar decir las diferencias de las abominaciones que usaban; pues demás de cometer muy de ordinario el pecado nefando, aunque á los fométicos castigaban con hacerles servir en oficio de mujeres, que es el moler el maíz, guisar de comer é hilar, tenian las mujeres que querian, y muchos se juntaban con sus hijas, primas y parientas, especialmente los que habitaban en las sierras la tierra adentro. Su vestido era el que le daba la naturaleza, solo tapaban cierta parte de su cuerpo ellos con una punta de calabaza y ellas con una faja de algodon que llaman bayoque, y otras con solo un hilo de algodon tan grueso como hilo bramante, que baja desde una hebra de algodon que traen ceñida por la cintura, del cual vestido y gala no ha sido posible á los españoles hacer se muden, y con eso se andan hoy en toda la costa, desde la laguna de Maracaibo hasta Cumaná. Tenian sus guerras entre naciones diferentes, vecinas y de costumbre: el que mataba á alguno en ellas, ó sobre desafío, por la primera vez que vencia se pintaba un brazo, la segunda los pechos, la tercera echaba una raya desde el extremo del ojo á la oreja, y éste era su blason y nobleza, pero no la alcanzaban si hacian estas cosas á traicion, la cual abominaban tanto, que aun á los conejos y venados no querian en caza tirar, estando echados ó detenidos, porque decian era matarlos á traicion, sino cuando huían.

Tiene esta tierra las mismas aves y animales que se han hallado en estas Provincias de las Indias, aunque de los tigres se dice que son más feroces que en otras partes, y están tan cebados en los indios, que acontece muchas veces, si no cierran bien las puertas de sus casas, entrarse en ellas á la sorda y coger un indio y llevárselo atravesado en la boca como un gato lleva á un raton. Suelen acometer tambien á los caimanes cuando están á la márgen de los rios, y con reñida guerra, por cierta antipatía que tienen entre sí, viva quien vence, y debe de ser la enemistad de estos dos tan feroces animales, por serlo ambos tanto; y ese es tu enemigo, el que es de tu oficio. Hay tanta abundancia en esta tierra (que casi toda ella es de monte claro bajo), de conejos y venados, que caminando yo por ella los veia atravesar por los caminos como si fuera por los bosques de Aranjuez. Hay culebras, de las que llaman bobas, que se engullen un venado, por grande que sea, y lo cazan metiéndose entre yerbas y espesura, donde lo asechan y al pasar lo atraen á sí con el aliento, con tanta fuerza, que no puede el venado huir de su boca (el cual imperio no se lo dió Dios sobre los hombres á estas culebras), las cuales, cuando tienen el venado derribado con el aliento, se le revuelven al cuerpo, y así, apretándolo, lo matan y luego le lamen todo el cuerpo, llenándole de babaza, porque de otra suerte no lo pudieran tragar por la aspereza del pelo; y dispuesto así (que es como estar guisado para ellas) lo van chupando desde los piés hasta la cabeza, la cual, por causa de los cuernos, no pueden meter dentro de la boca, y así la traen hasta que se pudre. Dióles Dios este modo de cazar, porque de otra suerte no se pudieran sustentar, por ser tan torpes.

En esta tierra fué donde sucedió el caso, con una de estas culebras, que se cuenta en todas estas Indias y España por cosa muy comun y sabida; y lo trae Herrera, que fué de esta suerte: En aquellos principios que se iba descubriendo esta tierra de Coro, yendo diez y ocho castellanos, uno de los cuales se llamaba Mateo Sánchez Rey, que despues fué conquistador de este Nuevo Reino y vecino de esta ciudad de Santafé, en una entrada por las montañas, cansados, se sentaron sobre un tronco que les pareció viga rolliza, de disfor-

me grandeza, muy parda y cubierta de yerba y hojas secas de los árboles; y comenzando á sacar lo que llevaban para almorzar, se comenzó á bullir la viga, y admirados del caso, se levantaron y vieron que era una de estas culebras bobas. Esta ciudad de Coro, y aun toda aquella costa, desde la isla Trinidad hasta la ciudad de Cartagena, está en diez grados de altura de latitud, á la banda del Norte, fuera del cabo de la Vela Coquiboera, que se entran dos grados más al Norte; con que queda sabida la demarcacion que tiene la tierra que ha de tratar nuestra Historia por toda la costa.

Miéntras en la tierra de Coro pasaba lo dicho, llegó la fama de las ganancias que se seguian de la esclavitud y venta de los indios y de la riqueza de las tierras, á los que estaban en las de España, especialmente en la Corte, donde estaban los agentes de los alemanes, llamados los Belzares, que por otro nombre se llamaban la famosa compañía, ó gran compañía, porque la tenian hecha entre muchos en unas grandes contrataciones que traian de mucho caudal por muchas partes del mundo. Los agentes, pues, de éstos, que á la sazon estaban en la Corte del Emperador y se llamaban Enrique Alfinger y Gerónimo Sailler, y otros, entendiendo que en esta Provincia de Coro, desde donde confina con la de Santa Marta, habia muchas granjerías con las ventas de los esclavos que allí se hacian, y se habian descubierto muchas minas, de todo lo cual se prometian gran provecho, se ofrecieron servir al Rey para su pacificacion; y si fuera menester, la de la Provincia de Santa Marta, otorgándoles las condiciones y capitulaciones que pedian. Parecióles (como lo fué) ser esto fácil, por haber servido al Emperador en ocasiones de necesidades (en que estaba por entónces) con buenas sumas de moneda, y así les fué fácil conseguir esto, con otras muchas condiciones, y éstas, que fueron las principales.

Que habian de armar cuatro navíos en que trajesen trescientos hombres de los Reinos de España, ó de otros, para poder hacer dos poblaciones y tres fortalezas, dentro de dos años despues de llegados á la tierra que se les daba para su demarcacion, que era desde los fines de la gobernacion de Santa Marta hasta Maracapana, que son más de cuatrocientas leguas Leste, ó Este y Norte Sur, que es desde la una mar á la otra, que viene á tener de largo, por línea recta, mil y doscientas leguas; aunque cuando esto se les concedió no debiera de entenderse bien lo mucho que se les daba.

Tambien se obligaron á traer dentro del término de los dos años cincuenta alemanes, para repartir por todas las Indias maestros de minerales para que supiesen conocer los del oro, plata y otros metales. Dióseles titulo de Adelantado, para que le pudiese gozar para siempre jamás la persona que entre ellos se señalase para el gobierno de aquellas Provincias, y á sus herederos y sucesores. Dióseles el cuatro por ciento de todo el provecho que al Rey se le siguíese de aquella conquista, y doce leguas en cuadro en la tierra que descubriesen y conquistasen, para obrar á su disposicion: y que pudiesen sacar de las islas de Barlovento caballos y yeguas y otros ganados: y lo peor de todo fué (y aun lo que los destruyó) que pudiesen tomar por esclavos los indios rebeldes y que no quisiesen obedecer, guardando en ello las instrucciones y provisiones que estaban puestas en este caso á todos; y que pudiesen comprar esclavos indios de otros indios que los tuviesen cautivos, siendo todo esto con intervencion de los Religiosos que llevaban con ellos, como era el Padre Fray Antonio Montesinos, de la Orden de Santo Domingo, y otros; y con asistencia de los oficiales Reales, pagando de los que así hubiesen por esclavos el cuarto al Rey, pareciendo á los alemanes serles á propósito hacer alianza y concierto con García de Lerma, que en aquella sazon tambien se proveyó por Gobernador de Santa Marta (como adelante diremos) asentaron con él muchas cosas, y entre ellas que viniese por Capitan de los tres navíos que ellos habian de traer, y que se diesen ayuda los unos á los otros para pacificar sus Gobernaciones cuando fuese menester, y se avisasen, pues eran tan convecinos. A todo esto acudió García de Lerma, y á las demás condiciones, que todas las confirmó el Rey. Llegó Ambrosio Alfinger á Coro con su teniente Bartolomé Sailler, el año de mil y quinientos y veinte y ocho, cuando tambien llegó á Santa Marta García de Lerma, como diremos en su lugar. Traia cuatrocientos hombres y más de ochenta caballos. Salió á tierra, donde le recibió Juan de Ampués, que presentados los recados que traia de Gobernador, se la hubo Ampués de dejar, aunque tenia buena parte de ella, llana y pacífica; bien que procuró el remedio (pero no lo pudo alcanzar) para quedarse con el Gobierno: porque los Belzares tudescos, á quienes se habia hecho esta merced, eran poderosos y tenian metida gran prenda con el Emperador, por lo dicho. Y así, no le quedó de sus trabajos al Juan de Ampués más que las tres islas que están enfrente de Coro, llamadas Curazao, Oruba y Bonaire, de

que gozan hoy sus herederos con grandes crias de ganados y otras granjerías, aunque los indios ya son muy pocos, pero siempre han sido muy ladinos y fidelísimos amigos de los españoles.

CAPÍTULO III.

I. Por qué se llamó Provincia de Venezuela, y descríbese la laguna de Maracaibo—II. Entran fragatas de Cartagena en esta laguna dos veces en el año—III. Determínase Ambrosio de Alfinger á hacer la primera salida por la laguna de Maracaibo—IV. Pobló Alfinger una ranchería, pasada la laguna, pero nunca se determinó á poblar ciudad, que fué su total perdicion y la de sus soldados.

PORQUE suele ser comun axioma de los lógicos, que ignorado el nombre de la cosa se ignora tambien ella, habremos de tratar ántes que nos entremos en la Historia más dentro de lo que estamos en esta Gobernacion de Venezuela, qué fundamento hubo para ponerle este nombre, y así digo que á la parte del Poniente de la ciudad de Coro, cuarenta leguas, comienza un lago ó laguna que va corriendo de Norte á Sur hasta la boca del rio de Pamplona, casi cincuenta leguas, y de ancho, por donde más lo es, tiene treinta, y debajo ochenta; hácese de muchos rios caudalosos que entran en ella; los principales son el rio de Pamplona, que corre de la banda del Sur; dícese comunmente Zulia, porque nace junto á un pueblo de indios, média legua arriba de la ciudad de Pamplona, dicho Zulia; por la banda del Leste le entra el rio Chaca, y de los estanques, cuyas aguas, olas más se hacen de la nieve que se derrite en las sierras de la ciudad de Mérida, el rio de San Pedro y rio de Motatan, de muchas y fuertes aguas, que toma sus principios en el Páramo de Serrada, por la banda del Norte, y algunos otros, de no tanto caudal ni nombre. Por la banda del Poniente le entra un caudaloso rio que baja de las sierras de Ocaña, y otros dos no tan grandes; el uno dicho Cacotumo y el de Harinas, y otro pequeño sin nombre. A la boca de la barra le entra un caudaloso rio dicho Socuy, que se descuelga de las cordilleras y serranía que está á las espaldas del rio de la Hacha. A esta laguna (que toda ella es sondable y pueden nadar navíos de alto bordo, si los bajos de la barra no les impidieran la entrada,, llamáronla los españoles de Nuestra Señora y los indios de Maracaibo, por un Cacique que se llamaba así, señor de la mayor parte de los indios que estaban poblados en sus márgenes, hácia la boca, que era gran multitud por una banda y otra. Es toda ella dulce (por serlo el agua de que se hace), hasta el pueblo de Maracaibo, que es de españoles, fundado á la lengua del agua con este nombre antiguo de los indios, con que se ha quedado, aunque en su fundacion le pusieron otro al modo español, la Nueva Zamora, que se ha caido. Desde el pueblo hasta salir á la mar, tiene siete leguas de barra, por lo cual solo pueden entrar navíos bajos, por serlo tambien el agua de la barra, aunque tiene de ancho média legua, y una isleta en medio con que se hacen dos bocas; éntrase solo por la una y siempre topan en la arena; cuando soplan los Nortes entra el agua salada á mezclarse con la dulce, hasta el pueblo de Maracaibo, pero cuando no, allí se coje agua de beber.

Cuando los españoles dieron vista la primera vez á esta laguna, hallaron en toda ella (en especial á la banda del Leste) grandes pueblos de indios fundados dentro del agua por las orillas y partes más sondables, que da el agua á los pechos, donde tenian sus casas sobre grandes maderos hincados dentro del agua, sirviéndose para todas sus necesidades de canoas. Y como á este modo está fundada y servida la ciudad de Venecia, les pareció poner á esta laguna, con sus poblaciones, Venezuela, el cual nombre se ha extendido y domina toda la Gobernacion de Carácas, que comienza desde esta laguna y su pueblo, y corre por la costa y pueblos de la tierra adentro, hasta más adelante de la ciudad de Santiago de Leon, dicha Carácas, porque los naturales de aquella tierra se llamaban así, de donde tambien tomó el nombre la Gobernacion. Hoy no han quedado en esta laguna más que cuatro pueblos pequeños de indios naturales á la banda del Leste, cerca de las ciudades de Carora y Trujillo, el uno llamado Paraute, donde van las descargas de los frutos de la ciudad de Carora y del Tocuyo; el otro Misoa, el otro tomó Coro y el otro Mopico, que comunmente llaman las Barbacoas, donde va la descarga de la ciudad de Trujillo. Delante, á la parte del Sur, está el Ancon de Muramá, en cuyo paraje se halló una gran montaña de árboles de cacao. Corriendo la misma costa al Sur, está el pueblo que llaman de Gibral-

tar, sujeto á la jurisdiccion de la ciudad de Mérida, cuyos frutos se descargan allí, de quien despues diremos más largo.

De la ciudad de Cartagena y otras partes entran fragatas dos veces al año, por los meses de Octubre y Mayo, porque en otros tiempos no se deja entrar en el puerto; cargan de los frutos de esta tierra, que los tienen ya puestos para el tiempo señalado en estas Barbacoas y puertos, que son comunmente mucha harina, tabaco, cacao y bizcocho, en cuyo trueque dejan de las cosas de Castilla, ropa, lienzo, vino y otras con que se provee la tierra. La razon porque estos indios vivian y viven en el agua es por más salud y librarse de mosquitos, de que hierve la tierra, por la mucha humedad que tiene á las márgenes de la laguna, pero es muy fértil de maíz. Son los indios é indias grandes nadadores, porque á nadar y á andar se enseñan juntamente. Son ellos de buena disposicion y ellas de buena gracia y hermosas, aunque ningunos traen cubierto más que las partes de la honestidad, y éstas no del todo. Por la parte de los pueblos está toda la laguna cercada de montes y asperezas. Por la del Poniente es toda tierra llana y falta de aguas y montes, que no se crian por la mucha sequedad. Es toda la tierra muy caliente y abundante de pescado.

Críanse en esta laguna unas hojas anchas que con sus raíces se van entretejiendo unas con otras encima del agua, creciendo muchas veces diez pasos en largo, otras veinte y aun más de ciento hay vez que tienen. Con las tierras de las avenidas de los rios y hojas que caen de los árboles se van poco á poco incorporando y creciendo de manera que tienen dos y tres varas de grueso, y encima se crian árboles pequeños y grandes, segun la disposicion que tienen. Arrímalas algunas veces el aire, como son movedizas, á la tierra, de manera que parece firme. Otras volviendo el viento da con ellas á otro lado, de suerte que parecen Islas movedizas sobre el agua, al modo que dijo Plinio en el libro segundo, capítulo noventa y siete de natural Historia, que á la parte del Septentrion sacaba la mar de cuajo algunas arboledas de grandes raíces y las apartaba de la tierra y llevaba sobre el agua como balsas que desde léjos parecian Islas, hasta que la misma agua las deshacia como hace en estas de esta laguna; la cual por los años de 1580 se navegaba con canoas por el rio de Zulia hasta quince ó diez y seis leguas de la ciudad de Pamplona, que era una gran comodidad para toda la tierra; pero esto duró muy poco, porque ciertos indios llamados Quiriquides por malos tratamientos que les hacian en el pueblo de Maracaibo y Gibraltar, donde servian, se alzaron (serian hasta cuarenta), y subiendo por la laguna arriba llegaron hasta cerca de las bodegas del trato de esta boga y cogiendo algunas canoas, matando la gente y robando la ropa, impidieron esta embarcacion y boga por muchos dias, hasta que en estos de ahora, habiendo faltado estos indios, ya se vuelve á bogar, pero de esto diremos despues muy largo.

Luégo que Ambrosio de Alfinger desembarcó en el pueblo de Coro, le solicitaron sus codiciosos pensamientos y los de sus soldados á que se informara de la sustancia de la tierra; y hallándola estragadísima, así de gente (por haber sido mucha la que habian sacado para esclavos los muchos que habian acudido á esto), como de voluntades en los pocos indios que habian quedado, de manera que era imposible hallar de qué sustentarse tanta gente como traia, echó á volar el pensamiento para buscar por dónde haria las primeras entradas que fuesen á propósito para hallar masas donde sus deseos y los de su gente metiesen las manos de su codicia en riquezas de oro y de esclavos: y habiéndole informado que era lo más pingüe que por entónces se sabia la laguna de Maracaibo, por ser mucha la gente que venia en ella, se determinó á ir allá y llevar la más gente que le pareciera, dejando en Coro á su teniente con la demás; y así poniendo á la trinca la fábrica de los bergantines para entrar por la boca y barra de la laguna, se acabaron en pocos dias, y ordenándoles fuesen con la brevedad posible, él con la demás gente que llevó se fué por tierra las cuarenta leguas que hay desde Coro hasta encontrar con la laguna á donde halló ya los bergantines que le aguardaban, y entrando en ellos pasó la gente la laguna á la banda del Poniente, á que ayudó (entre las demás) una canoa, la mayor que se ha visto en estas tierras, pues dicen llevaba setenta hombres y seis caballos; grande me parece, pero bien la debió de medir quien lo refiere. Hizo todas estas prevenciones necesarias para el agua por los intentos que llevaba, de que parte de la gente fuese por la laguna, que pensaba bojar á la redonda y parte para tierra, para que se ayudasen los unos á los otros.

Pobló luégo que llegaron á tierra en el sitio más acomodado que le pareció, una ranchería con las casas necesarias para dejar las mujeres y niños, otros carruajes que pasaron y la comida en los almacenes que hizo. Comenzaron luégo (como quien tomaba aquello de propósito) á sembrar granados, parras y otros árboles con legumbres de Castilla

y de la tierra de que ha quedado todavía el rastro en el sitio, á donde duró el habitarlo algunos dias, como veremos; pero como sus intentos nunca fueron de poblar (que fué lo que destruyó á él y la tierra), tampoco esta ranchería permaneció como ni su gobierno, ni lució nada de lo mucho que este Alfinger y sus sucesores trabajaron, ántes todos vinieron á tener desgraciados fines (como veremos), sin provecho de nadie y con daño de muchos, porque como los españoles que llevaba (que casi lo eran todos sus soldados) viesen que no queria tomar el parecer de los más experimentados, que se lo daban de que poblara en lo que iba descubriendo, pareciéndole que se lo aconsejaban por quedarse en las poblaciones por no seguirle, no quiso admitirlo; desabridos de esto y considerando que de lo que trabajasen no habian de tener provecho de repartimientos, pues no asentaban en ninguna parte, y lo que se ganaba habia de ser para extranjeros de su nacion, todo cuanto topaban destruian y asolaban, lo cual cesara con poblaciones y fuera poco (si las hiciera) llegar á descubrir este Reino, pues llegaron dando vista á la tierra, ménos de diez leguas de donde él comienza por la parte del Norte; pero su intento sólo fué no asentar en ninguna parte, sino aprovechándose de todo lo que pudiera ó no pudiera, por todos los modos que le vinieran á las manos volverse á sus tierras.

Si bien es verdad que como entónces andaban vivas las nuevas de la grosedad del Perú y cada dia iba creciendo, pretendia por aquella parte llegar presto allá por ver que su gobierno se extendia hasta el mar del Sur y no saber que desde Coro á la ciudad de Lima (que es lo más grande del Perú) hay al pié de setecientas leguas, aunque nunca tomó buenos medios para estos fines, pues de no querer acudir al gusto de sus soldados y de la mala condicion de su Teniente Bartolomé Sailler, andaban todos descontentos y medio alterados, y así hizo en muchos grandes castigos ahorcando, azotando y afrentando á muchos hombres de bien por mano de un Maese de Campo suyo, dicho Francisco del Castillo, hombre cruel, por donde vino á perder mucha gente que huyendo de estos malos tratamientos lo desamparaban, demás de la que consumian los trabajos de la tierra y peligros de la guerra, como se experimentó luégo que se comenzó la de la laguna de Maracibo, en que gastó casi un año desde que entró en ella, desvolviéndole todos sus senos, ancones y esteros con todas las bocas de sus rios, yendo á veces toda la gente por el algua en los bergantines y canoas, otras repartidas por ambas partes juntándose en una cuando era menester para las guazabaras navales y de tierra de que tuvieron muchas con muchos de los indios que hallaron en la laguna, donde se hicieron ménos muchos españoles por las flechas de veneno y por las enfermedades que se causaron de la novedad de la tierra y su mucha humedad, por ser tan pantanosa á sus márgenes la laguna, en especial á la parte del Este.

CAPÍTULO IV.

I. Comienza Alfinger su entrada atravesando el valle de Upar hácia Tamalameque—II. Llegan al pueblo de Tamalameque, donde les dan una guazabara—III. Vencida la guazabara en que prendieron al Cacique, hacen los españoles otras salidas y recogen de todo cien mil ducados.

YA que hubo bojado Alfinger toda la laguna en el tiempo dicho, y visto todas sus poblaciones y que no era cosa que le acabase de llenar los vacíos de sus deseos por el poco oro que habia, y saber defender su casa los indios (con los que pudo coger en las guazabaras y otras ocasiones, y con el oro que hubo á las manos), tomó la vuelta de su ranchería, desde donde envió todo el pillaje á Coro para que se vendiesen los indios á mercaderes que habia de este trato, y de lo que resultase y del oro le enviasen gente y lo necesario á la jornada que pretendia hacer la tierra dentro. Estuvo aguardando en su ranchería hasta que llegó de Coro lo que habia enviado á pedir, y algunos soldados con que reformó su ejército, juntando hasta ciento y ochenta con los que vinieron y los que él tenia sanos, y para poder entrar; y así dejando los enfermos en el pueblo y algunos sanos en su defensa y provision, y de lo demás que habia en la ranchería, y órden de lo que se habia de hacer en ella al Capitan Vanégas, su Teniente, que señaló para que la gobernase el año de mil quinientos y treinta, salió para esta jornada del lugar dicho y caminando siempre al Poniente, despues de haber andado algunos pedazos de tierra llana que hay desde la laguna hasta las sierras por aquella parte, atravesó la cordillera (que cerca gran parte de las aguas de esta laguna y comunmente se llama la cordillera del valle de Upár) y fué á dar

á este valle, que está inmediato á los cerros y cordillera al Poniente, sin considerar que era ya aquella tierra y la demás delante en cuya demanda llevaba los intentos de la Gobernacion de Santa Marta; pero como todos iban puestos más en codicia que en reparar en agravios, no le parecia lo eran entrarse en jurisdiccion ajena. De este valle de Upar, pasando adelante, llegó á la tierra de los Pocabuces y de allí á la de los Alcoholados (que les pusieron este nombre porque traían los ojos teñidos con agua) todos éstos tenian y trataban cantidad de oro, de que hubieron buena parte los soldados, con que se reparó algun daño del que recibieron en algunas guazabaras que tuvieron con estas Naciones y otras que encontraron hasta llegar á la Provincia y laguna de Tamalameque, que llega ya á confinar con el rio grande de la Magdalena.

Esta Provincia (de quien despues tambien trataremos en la segunda parte) se llama así por su Cacique y señor que tenia este nombre, tiene una grande laguna ó lagunas con unos isleos en medio, que se hace de las aguas que corren de la Provincia y desiertos de los indios Carates, que está á las espaldas de la ciudad de Ocaña al Norte, y de las que corren del valle de Upar, principalmente del caudaloso rio Cesare. Estaba muy poblada de gente y la más de ella á las márgenes y riberas de esta laguna, donde tambien estaba su Cacique, en un pueblo que ocupaba su vencidad más de un cuarto de legua. Ya cuando llegó Ambrosio Alfinger con su gente á esta Provincia, tenian nombre de él, por haber pasado la palabra de una Provincia en otra hasta llegar á los de ésta, á quien juntamente llegó con la noticia el temor por las cosas que oian habian hecho los soldados con los demás; y así aunque eran muchos los naturales, no osaron hacer resistencia á los nuestros, determinando poner su defensa en los isleos de la laguna, desamparando la Tierrafirme y sus pueblos, recogiendo tambien todas las canoas por donde se pudiese llegar á las islas, pareciéndoles con esto no habian de tener los españoles traza para pasar á donde ellos estaban. De esta manera hallaron los soldados los pueblos y casas de los indios cuando llegaron á la lengua del agua de la laguna, y á ellos en las islas de ella, que, por no estar léjos de tierra, los veían que andaban con tumulto y salian de sus casas á ver los soldados de quien les parecia estar seguros, por no haber canoas ningunas en que pasar. Veíanlos los españoles con sus chagualas de oro al cuello y sus orejas de lo mismo, que era su comun usanza; y aun por ventura entonces se engalanaron con más cantidad de ellas por hacer más ostentacion, que fué como brindar á los soldados y ponerles espuelas, para arbitrar cómo pasarian la laguna y habrian á las manos el oro que veían y lo demás que por aquello imaginaban tendrian. Entre otros arbitrios que daban para el pasaje, se resolvieron pasar á nado con los caballos; hiciéronlo así treinta de ellos, que guiándolos con los frenos y animándolos con las espuelas, sin peligro de ninguno pasaron á la isla, sin hacerles resistencia los indios, aunque les fuera fácil por el sitio y la multitud que eran; ántes estaban admirados, sin aprovecharse de sus armas que tenian en las manos, en ver un tan nuevo modo de navegar como les parecia el nadar de los caballos, con los cuales comenzaron luego á escaramuzar contra los indios, que ya vueltos en sí trataron de defenderse, ofendiendo en lo que podian con sus acostumbradas armas de flechas, dardos, piedras, macanas y vocería, con que se armó una harto reñida batalla, en que los españoles hubieron menester hacer como quien eran contra tanta infinidad de indios, entre quienes se veían solo los treinta hombres; pero sucedióles de manera que á poco rato que se comenzó, quedaron victoriosos los nuestros, despues de haber muerto y herido muchos de los indios, que del temor que tenian á los caballos se arrojaban á montones al agua de toda suerte de gentes, hombres, mujeres y niños, que fué su mayor perdicion de unos, que por no saber nadar se ahogaban, y de otros que no poder por la muchedumbre, perecian á lanzadás sin serles para esto algun refugio las canoas, pues aunque las tenian, entraban en ellas. Era tanta la gente que cargaba sin poderla resistir, que todas se iban á pique, con que en breve tiempo hubieron á las manos al Cacique Tamalameque y quedaron señores de la isla, con otros presos y buena cantidad de oro.

Con que volvieron en canoas al pueblo donde estaba el General y los demás que los habian estado mirando en toda la guazabara, celebraron el buen suceso y mandó Ambrosio de Alfinger se tuviesen á recado el Cacique y los principales, con buenos tratamientos, porque esperaba de todos buen rescate con que acrecentar el oro del rancheo. De parecer fueron muchos soldados se pasase adelante á otras provincias; pero no del General, porque viendo las muestras de riquezas de ésta y prometiéndose muchas más, quiso hacer aquí asiento, pues habia abundancia de comidas hasta desvolverla toda; y así dispuso luego que

saliesen noventa soldados (que eran la mitad con que se hallaba) á visitar unos pueblezuelos que le parecian cerca (como lo hicieron), quedándose él con los demás y los presos en las mismas casas hasta la vuelta de los soldados; á los cuales, como viesen salir en tanto número los indios (que habian quedado en aquella isla y en las otras que no perdian un punto de estar á la mira) en las facciones que hacian los españoles, les pareció que aquella era la suya para echarlos de sus tierras ó á lo ménos recobrar su Cacique oro y lo demás que les habian tomado en el pillaje: porque haciendo cuenta de los pocos españoles que habian ido cuando la prision del Cacique y los muchos que iban en aquella salida, les parecia quedarian muy pocos en la ranchería, con quien ellos con facilidad se las pudieran haber ya á las manos, lo que pretendian. Con este pensamiento se determinaron á embarcarse en sus canoas y pasar el lago hasta diez ó doce mil indios; y habiendo desembarcado todos con sus armas (aunque sin órden militar) cerca del alojamiento de los españoles, y viendo que eran tantos (contra la opinion é imaginacion que traian), se turbaron y acobardaron de manera que ninguno se atrevió á acometerles ni comenzar la guazabara : y así toda la fuerza y braveza que traian se convirtió en grandes voces con que pedian á su Cacique y capitanes. Ambrosio Alfinger (que conoció luego la cobardía de los indios) ordenó á sus soldados que ninguno les hiciese daño: y hablando á los indios con un intérprete, les dijo que si querian negociar bien y que no los destruyese á todos, dejasen allí las armas y por rescate de su Cacique los demás le trajesen cierta cantidad de oro que les señaló. Los indios con el temor que cobraron allí y el que ántes tenian desde el mal suceso de la batalla, dejaron todas sus armas, de que se hizo un monton tan grande, que como todas eran de palo, sirvieron de leña para guisar la comida de los españoles por muchos dias, y metiéndose todos en sus canoas volvieron á pasarse á sus islas.

Entre tanto que los soldados hicieron esta salida, no se descuidaron de hacer otras los que quedaron en la ranchería con el General, con que en tiempo casi de un año que hicieron asiento en aquella provincia, la corrieron y desustanciaron toda; de manera que con el oro que trajeron los noventa y el que allegaron los demás en las salidas que hicieron y el que dió el Cacique y capitanes por su rescate, vino á montar á más de cien mil ducados, sin lo que los soldados encubrieron.

CAPÍTULO V.

I. Despacha Alfinger á Coro al Capitan Bascona con sesenta mil pesos—II. Parte el Capitan Bascona por otro camino del que habian llevado, que fué su total perdicion—III. Fué tanto el hambre que tuvieron en este camino, que les obligó á ir matando y comiéndose los indios que llevaban—IV. Apartáronse los soldados unos de otros á buscar que comer.

VIÉNDOSE Ambrosio de Alfinger tan crecido en caudal como minorado en número de soldados, porque cada hora eran ménos, y que ellos eran los que habian de hacer la guerra en todas partes y acrecentarle en mayor número de oro, acordó de tomar 60,000 pesos del que estaba junto y con ellos 25 soldados, despachar á Coro al Capitan Bascona, natural de Arévalo, para que le juntase los más soldados que pudiese y con la brevedad posible volviese á aquel puesto y de allí le siguiese por el rastro de la derrota que él pensaba tomar. Industrió á este Capitan en lo que habia de hacer, especialmente en la demostracion del oro que llevaba, para con eso animar los soldados á que emprendieran con gusto jornada de donde se sacaban tales frutos.

Partióse el Capitan Bascona con los 60,000 pesos é indios que los llevaban, y con los veinte y cinco soldados del pueblo de Tamalameque, dejando en él á su General Ambrosio, que despues tomó la derrota que diremos, y caminando la vuelta de Coro tomó muy diferente camino (para su perdicion) del que habian traido todos juntos; porque como el paraje donde entónces se hallaban era más arriba y metido la tierra adentro de la culata de la laguna de Maracaibo, parecia por buena conjetura que bogando ó dando vuelta por tierra á aquella serranía (que dijimos cercaba la laguna) irian á salir de la otra banda de ella por encima de la culata, sin tener necesidad de atravesar sus aguas, porque le parecia que era el que habian andado á la ida más largo que éste que él imaginaba; las cuales conjeturas le salieron muy al reves de lo que entendia, porque en apartándose del Real y dejando el camino que se sabia, volvió sobre la mano derecha, guiándose por la conjetura y rumbos que habia echado; y dejando á la mano izquierda la laguna, fué atravesando por grandes y dificultosas

serranías y en muchas partes tierras muy pantanosas y anegadizas, por cuyas incomodidades habia muy raras y pequeñas poblaciones, donde miéntras duraron hallaron bastante comida, hasta que con alguna que recogieron y llevaban fueron caminando algunos dias en que se metieron en unos despoblados tan largos y apartados de las últimas poblaciones que quedaban atrás, que faltándoles ya la comida y no hallando remedio de poderla haber ni rastro de donde por allí les viniera, quisieran volver atrás á buscarla, y no les pareció ser posible, por las pocas fuerzas que ya tenian, se determinaron (empleándolas en caminar poco á poco adelánte) con sola esperanza de hallarla en algunas poblaciones, si acaso las topaban, sustentándose algunos dias con hojas y yerbas silvestres y tallos de biao: pero como aquello era poco y de mal sustento, el hambre, miéntras más caminaban adelante, más los afligia, hasta que llegaron al extremo que no solo no podian llevar sus armas (por tener tan consumidas las fuerzas), pero ni aun sus propias personas.

Y así determinaron dejar el oro escondido en alguna parte señalada, porque ya no lo podian llevar, y los indios que sacaron para que cargaran eran ya muertos algunos, con intentos de que si saliesen con vida á algunas poblaciones de españoles ó indios, pudiesen volver por ello; pero parece que este oro de Ambrosio Alfinger y el otro con que él quedó y lo demás que hubo en todas sus jornadas, fué como el que hubo Quinto Scipion y sus soldados en Tolosa de Francia, cuando saqueando el templo de Apolo (á quien los ciudadanos veneraban con suma religion y acatamiento) llevó diez mil libras de oro y cinco millones de libras de plata; pero sucedió que no entró este oro en poder alguno que no tuviese mal suceso y fin desastrado. Al fin con esta determinacion este Capitan Bascona y su gente enterraron los sesenta mil pesos al tronco de una valiente y bien señalada ceiba, notando el lugar tambien con otras señales y dejando enterrados con él sus corazones, siguieron su viaje ya con solos intentos de buscar comidas; con los cuales andaban ya como desatinados por la flaqueza de la cabeza por una parte y otra de aquellas montañas; pero viéndose imposibilitados ya de hallarlas por no hallar rastro de gente, y que sus fuerzas del todo les iban faltando, acordaron (y de hecho lo hicieron) de ir matando de los pocos indios é indias que les habian quedado de servicio é írselos comiendo cadá dia el suyo (cosa más que bestial), porque aunque en ocasiones de hambre ha habido madres que se han comido sus hijos en agraz, sin haber quedado con dentera, como en especial (lo tenemos por de fe en el libro 4 de los Reyes) lo hizo una mujer en aquella gran hambre de Samaria, y en otras mil partes del mundo que han sucedido; y en otras tantas de estas tierras de Indias, por ilusion del demonio, se sustentaban los indios de carne humana, como lo dirá en muchas partes nuestra Historia; todo esto es abominacion y que debieran primero dejarse morir de hambre que matar á un hombre solo para comer; porque aunque es lícito comer carne humana en tiempo de necesidad, hallándola muerta, nunca lo es matarla para comer, aunque sea para conservar la vida.

Ejemplo tenemos en muchos animales que aunque se mueran de hambre no matan á los de su especie para comerlos y conservar las vidas; solo de los lobos sabemos lo hacen y se matan y comen unos á otros, cuando los fuerza el hambre; porque (como dice Eliano) cuando estos animales la tienen y no hallan con qué matarla, se matan para esto unos á otros de esta manera: que juntándose muchos de ellos en cuadrilla, se ponen en corro y corriendo así unos tras otros al rededor, el primero que cae desvanecida la cabeza es manjar de todos los otros; con que parece queda respondido á una pregunta que se suele hacer: que por qué hay tan pocos lobos pariendo la hembra muchos lobillos cada vez; y hay tantos carneros, ovejas y corderos no pariendo la oveja más que uno y una vez al año y matándose cada dia tantos para nuestro sustento; pero esto fué una providencia divina que se matasen estos animales tan feroces y dañosos al hombre unos á otros, para que no tuviese tantos enemigos que persiguiesen á él y á sus cosas.

Al fin, sin más consideraciones que matar su hambre para reservar la vida, fueron matando los indios é indias y comiéndoselos cada dia el suyo, sin dejar cosa de ellos, tripas ni lo demás, porque nada les sabia mal. Y aun sucedió que matando el postrer indio y arrojando, cuando lo hacian cuartos, el miembro genital (como cosa tan obscena y asquerosa), era tanta la hambre rabiosa de un soldado llamado Francisco Martin (de quien luego hablaremos largo), que como perro arremetió y lo cogió y se lo engulló crudo, diciendo: pues esto arrojais en estas ocasiones? Muestra bien clara de la hambre canina que tenia, la cual como despues de concluida la carne de los indios fuera tomando mayores fuerzas, sin hallar tampoco con qué satisfacerla, como ántes cada uno de los soldados se temia y no fiaba de sus

compañeros, no sucediese que con la fuerza de la hambre se matasen para comer unos á otros; y así se determinaron (en conformidad) de dividirse unos de otros por aquellas montañas, sujetos á lo que su suerte á cada uno ofreciese, que fué tan mala (así la del Capitan como de los soldados), que jamás pareció ninguno vivo ni muerto, fuera de cuatro que por tener más ánimo y tolerancia en el hambre, se fueron juntos de camarada, aunque á pocos pasos les apretó la necesidad de manera que ya no los podian dar atras ni adelante en la ribera de un rio caudaloso donde llegaron, que debió de ser el de Chamá ó de los Estanques, que baja (como hemos dicho) de las sierras nevadas de la ciudad de Mérida.

A la márgen de él (algunas leguas más arriba de la boca, por donde entra en la laguna de Maracaibo) se sentaron á descansar todos cuatro, con esperanzas de remediar su necesidad, por algunos rastros y señales que veian de gente; con que entendieron la habia en las riberas de aquel rio, y que pudiera ser que por él navegase alguna canoa de indios, de donde les viniese el remedio (como sucedió), pues á poco que se sentaron se apareció una canoa que pasaba de un pueblo á otro.

CAPÍTULO VI.

I. Los cuatro de los soldados de Vasconas intentan coger y matar unos indios para comer—II. Al fin cogen y matan uno, y repártenlo entre todos—III. Uno de ellos, llamado Francisco Martin, fué á parar á un pueblo de indios, orilla del rio, donde se acomodó al traje y costumbres de los indios—IV. Casóse con una hija del Cacique del pueblo.

PARECIÉRONLE los indios ángeles, y llamándolos con voces y señas, hicieron que llegara la canoa cerca de tierra, pero no tanto que los pudiesen asir, porque su intencion era, si no llevaban que comer en la canoa, matar á quien la bogaba, para matar su hambre; pero no pudiendo hacer esto, se lo dieron á entender con señas, y con las mismas, que les trajesen alguna cosa para comer. Fuéles fácil á los indios entender todo esto, por lo transidos, y con figura de muerte que los veian, considerando que aquello no podia ser sino de hambre, en especial habiendo venido por el paraje que venian, donde sabian bien los indios que no habia poblaciones ni qué comer; y así, despidiéndose de ellos, y bogando su canoa rio arriba, llegaron con la brevedad que pudieron á su pueblo, y tomando la comida que les pareció bastaba para cuatro hombres, volvieron con brevedad á donde los quedaban esperando los soldados, á los cuales (como vieron volver tan presto á los indios) les pareció seria poco el mantenimiento que podian traer, y así determinaron que tomasen tambien los indios y los matasen y asasen ó tostasen en barbacoa, para guardar aquella carne así tostada, pues no tenian sal, y con esto tuviesen comida para pasar adelante.

En estas depravadas intenciones y prácticas estaban los cuatro soldados cuando llegaron otros tantos indios en la canoa con la comida, y sin recelo de recibir algun daño de los que remediaban con tanta voluntad en tan extrema necesidad, saltaron en tierra y sacaron el maíz, raices y legumbres que traian, se las dieron con muy buen semblante y contento; pero los ingratos españoles (no teniéndolo de solas aquellas comidas) pusieron mano en los indios, cada uno en el suyo, para ejecutar en ellos lo que tenian tratado; aunque como sus fuerzas eran tan pocas, fueron mayores las de los indios, y así se les escapaban de las manos con facilidad, lo cual remediaron para que no se les fueran todos cuatro indios, cargando todos cuatro soldados sobre uno de los indios; y asiendo de él, al fin entre todos cuatro lo sujetaron, por no haber tenido favor en los otros tres, que solo procuraron librar sus vidas metiéndose en la canoa y escapando el rio arriba á boga arrancada. Al pobre que quedaba entre sus manos mataron luego los cuatro y tostaron la carne para el intento dicho, comiéndose luego allí la asadura, piés y manos y el menudo, tan á gusto todo, como si fuera de un venado ó puerco; abominacion extraña, y más entre cristianos.

Comenzaron luego á recelarse que los indios que se escaparon no diesen aviso á los demás y viniesen sobre ellos, con que acordaron mudar sitio, ya con el esfuerzo que habian tomado de la comida; y así, los tres comenzaron á caminar el rio arriba, metidos algo por la montaña, llevando la parte de la comida y carne asada que les habia cabido, porque la parte que le cupo á uno de ellos, llamado Francisco Martin (de quien dijimos arriba), se la dejaron á él allí, á donde se quedó, por no dejarle caminar una llaga muy enconada que tenia en una pierna; y así los tres solos siguieron su viaje por donde los fué guiando su

desgraciada suerte, hasta dar consigo en las manos de la muerte, que sin duda fué tan miserable como la de los otros sus compañeros, ó á manos de indios ó del hambre.

El Francisco Martin (que permitió Dios quedase vivo y volviese despues á manos de españoles para que se supiesen estos sucesos) viéndose solo en aquella playa y ribera del rio, comenzó á caminar como pudo, por su márgen abajo, pareciéndole que, pues por allí bogaban canoas, no dejaria de encontrar con algunas poblaciones donde por ventura pudiera conservar la vida, ó á lo ménos si le privasen de ella, salir ya de tantos trabajos en que se veia. Sabia algo nadar, y ayudándose de un palo grueso, se arrojó á las aguas del rio, que lo llevaron con sus corrientes con brevedad al paraje de un pueblo que estaba fundado á la ribera, con gente de buena masa y condicion, como se echó de ver desde luego; pues viéndole y ayudándole á salir del rio, con admiracion de todos (que quedaron pocos que no se viniesen á ver) sin hacerle ningun mal, por ver una cosa tan nueva como era un hombre blanco y con barbas, que jamas entre ellos se crian, se lo llevaron y presentaron al Cacique, que le recibió con la misma admiracion, mandándole estar en su casa por cosa de grandeza; y á todos sus vasallos, que ninguno le ofendiese.

Este mandato del Cacique guardaban los indios con puntualidad miéntras él estaba presente: pero en ausentándose, todos acudian á burlarse con él, aunque nunca le intentaron de matar de propósito: pero con burlas tan pesadas, que algunas le hubieran de costar la vida, como era una que usaban, atándole á los piés unas sogas y haciéndole que saltara hácia arriba, y cuando estaba en el aire tiraban de presto de las sogas, no dejándole sentar los piés en el suelo, con que daba terribles caidas, ya de ojos, ya de cerebro, ya de lado, segun por donde tiraban aquellos bárbaros, de que se ocasionaban tan grandes y villanas risas entre ellos, como al miserable Francisco Martin penas y dolores, de que muchas veces le libraba una hija del Cacique, su aficionada, por haberse revuelto carnalmente con ella; ésta le quitaba muchas veces de estos entretenimientos y otros semejantes que tenian con él los indios; y para que mejor pudiese vivir con ellos, le persuadia la india se pusiese al traje y gala que traian todos, que era el que les dió la naturaleza, y que los imitase en todo lo que los viese hacer, con que daria contento á su padre y los demás indios se le aficionarian. Tomó bien la leccion el Francisco Martin, pareciendo le importaba para vivir entre quien le parecia que ya habia de estar toda su vida; y así, dejando el vestido que traia, y ahorrando de cuidados para buscar telas para otros, comenzó á andar como los demás sus vecinos; y para conformarse más, se quitó los pelos de todo su cuerpo, sin dejar más que las cejas y cabellos, ni dejar que creciesen los de las barbas, ni aun que saliesen. La mochila del hayo y Poporo se echó luego como tahalí al hombro. Aprendió mohanerías, o hechicerías, ó por ventura pactos con el demonio; pues se hizo médico y curaba de todas enfermedades chupando á los enfermos la parte que les dolia, dando á entender á los indios que estas curas eran sobrenaturales. Entraba en sus santuarios, ofrecia á los ídolos. Venian á él todos los enfermos á buscar salud; y al fin se acomodó en pocos dias á todo el modo de los indios, tan del todo, como el más principal de ellos.

Aficionó con esto al Cacique de manera que, conociendo lo mucho que lo estaban el Francisco Martin y su hija, los casó á su modo. Rehusando el casamiento, ménos el soldado que los indios, porque sospechaban (como fuese así) que siendo yerno del Cacique habia de supeditarlos, coligiendo esto de algunas señales de arrogancia que conocieron en él (al fin como de español) cuando estaba en su cautiverio y miseria; y así, en saliendo de ella y viéndose yerno del Cacique, nuestro desposado comenzó á mostrarse más grave, y hacerse temer de los indios. Seguia sus guerras, señalándose mucho en las que tenia su suegro con sus convecinos, con que vino á ganar tan gran opinion de valiente, que vinieron á nombrarle los del pueblo por su Capitan; con que los vino á sujetar y hacer que le temiesen. Dió tambien en quererlos gobernar con diferente modo del que ellos solian, lo cual fué causa de que los indios se enfadasen y amotinasen contra él, y secretamente tratasen de matarle muchas veces, como lo hicieran, si su mujer (de quien luego fué teniendo hijos hasta tres) no le avisara de los intentos de los indios, y quiénes eran los conspiradores de su muerte, á los cuales ganaba por la mano en acometerles y desbaratarlos algunas veces; otras los hacia matar de secreto, otras los apaciguaba y contentaba, con las cuales trazas vivia superior y pacíficamente, obedeciéndole todos y estando á su voluntad, unos por amor y otros por temor. Al fin este hombre vivió con este modo entre aquellos bárbaros, tan á lo bárbaro como ellos: pero teniendo su casa bien puesta, con su mujer é hijos, casi tres años, hasta que sucedió lo que diremos.

CAPÍTULO VII.

I. Toma Ambrosio de Alfinger desde Tamalameque la vuelta del Leste, y éntrase en la serranía—II. Llegan, siguiendo su viaje, á la Provincia del rio del Oro—III. Pasa un caudillo, de donde se ranchearon á buscar comidas, y encuentra con la Provincia ó indios de Guane—IV. Pasan todos desde allí hasta los páramos de Ciribita, desde donde volvieron otra vez para la laguna de Maracaibo.

ENTRE tanto que le sucedieron estas cosas al Capitan Bascona y su gente, el Gobernador Ambrosio de Alfinger, despues de haberse entretenido en aquella Provincia de Tamalameque algunos dias, por ver si en ellos llegaba el socorro del Capitan Bascona, á quien aguardaba allí por horas, por lo mucho que en cada una se iban minorando sus soldados, determinó proseguir su viaje y descubrimiento por el llano que hay entre la serranía que baja el rio abajo, y las márgenes del mismo rio Grande; y caminando algunos dias con hartas dificultades de ciénagas, anegadizos, esteros, mosquitos, peligros de fieras, tigres, leones, culebras, gusanos y murciélagos y mil enfermedades, por ser la tierra tan mala, determinó declinar hácia la mano derecha, y apartándose del rio y sus ciénagas, subirse á las sierras, por ser en estas Indias generalmente tierra más sana que la baja. Y en esta sazon estaban en el paraje de las Provincias (donde despues se pobló, y ahora lo está) la ciudad de Pamplona; son asperísimas aquellas serranías, así por la disposicion de la tierra como por las muy espesas y cerradas montañas, á cuya dificultad se añadia (con que se atajaban los pasos y doblaba el trabajo) el faltar la comida á los soldados y no tener de donde proveerla, por ser aquello todo despoblado, de donde sucedia (faltando las fuerzas por sobrar la flaqueza) que muchos, no pudiendo subir las asperezas de las sierras, se quedaban por los arcabucos padeciendo muertes miserables de tigres, osos y otros animales, ó á lo ménos de enfermedades y hambres, con que cada dia se iban apocando más.

Con todo eso, el General, poniendo más brio con su ejemplo á los que venian con alguno, dejando atrás mil dificultades que atropellaba, vino á salir (aunque bien abajo) al rio que despues le llamaron del Oro; el cual (aunque está cerca de la ciudad de Pamplona) es término de la de Vélez, en cuyos vecinos están encomendados los naturales de aquella Provincia, por haber sido los que los conquistaron y allanaron (como diremos largamente en nuestra segunda parte), en esta donde llegó Ambrosio de Alfinger con su gente tan fatigada de hambre, que casi ya no podian caminar, tampoco halló con qué repararla, por no haber poblaciones de indios de donde pudiesen tener socorro de comida, y así parece se la deparó Dios descubriendo unos soldados una ciénaga ó laguna pequeña cerca de donde se ranchearon, que tenia mucha cantidad de grandes caracoles de que se sustentaron, por ser tan grande la abundancia que habia de ellos, que bastaba para que todos comieran y se sustentaran no pocos dias que hicieron allí alto, por no estar la gente para pasar adelante sin descansar allí un tiempo.

Pero entre tanto determinó el General que un caudillo llamado Estévan Martin, con setenta hombres de los más sanos y alentados, fuese á descubrir algunas poblaciones, por haber hallado rastro de gente donde estaban, que tambien fué algun alivio y esperanza para todos, de que habian de hallar buen suceso en la demanda del descubrimienio que iban siguiendo. Partióse Estévan Martin y á pocas jornadas dió con la Provincia de Guane, (tambien sujeta á la ciudad de Vélez), donde halló infinita cantidad de indios y comidas con que se reformaron los soldados; y descansando algunos dias, volvieron cargados con mucha comida y algunos indios que hubieron á las manos, dentro de veinte dias, á donde habia quedado el ejército, que en todo aquel tiempo no se habia osado mudar de allí, por la necesidad que traia de descansar y reformarse, aunque la comida siempre fué caracoles, hasta que llegaron los de la salida con el refresco que llevaban de ella para todos, con que quedaron tan alegres como con las buenas nuevas de haber hallado tanta gente en la Provincia de Guane, para donde se partieron luego todos y sin detenerse en esa Provincia más tiempo del que fué menester para reformarse de comidas y tomar indios que las llevaran. Pasaron adelante hasta llegar á los páramos que llaman de Cirivita, dentro de la Provincia y términos que despues se les señaló á la ciudad de Pamplona, tierra muy fria y que muchas veces se ve cubierta de nieve, aunque con todo esto estaba muy poblada de naturales. Aquí fué donde despues (más de diez años) llegó y anduvo Fernan Pérez de Quesada, cuando

su hermano el Adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada, despues de haber descubierto y poblado este Nuevo Reino, lo dejó por su Teniente cuando se fué á España, como más largamente diremos en la segunda parte. Entónces, pues, el Fernan Pérez de Quesada salió de esta ciudad de Santafé en descubrimiento de una famosa noticia que decian de la casa del Sol, en la Provincia de los laches, que está ocho ó diez leguas de estos páramos, camino derecho Norte-sur, para esta ciudad de Santafé, y llegando á estos páramos, halló los rastros y noticias de esta gente de Alfinger, con ser (como hemos dicho) diez años despues; pero conociéronse porque iban con el Fernan Pérez de Quesada algunos soldados que habian pasado con el General Alfinger y despues venido al descubrimiento de este Nuevo Reino.

En el asiento de esta tierra lo hizo por algunos dias Ambrosio, para mejor reconocerla y determinarse desde allí para dónde habia de tomar la derrota que más á cuento le fuese; y habiendo en ellos tanteado y visto la tierra por todas partes, pareciéndole que esta del Reino (que tenia á la parte del Sur) era toda serranía, como es verdad, y muy quebrada y dificultosa de andar, y la que estaba á la parte del Norte parecia más llana y de ménos dificultades, se determinó á tomar la vuelta por aquesta, no entendiendo por entónces que por aquella derrota que escogian se volvian á la laguna de Maracaibo, porque estaban léjos de ella y deslumbrados en la demarcacion y tanteo de las tierras, por la grande vuelta que habian dado desde que salieron de ella; ni tampoco pudieron entender la ventura que dejaron en no tomar la derrota por la banda del Sur, con que descubrieran este Nuevo Reino; pero al fin no estaba guardado para este General su descubrimiento, por lo que Dios se sabe, y así le volvieron las espaldas desde diez leguas solas que hay desde donde estaban hasta los primeros indios moscas, que son los de Chicamocha, donde están los primeros umbrales de este Nuevo Reino por aquella parte, y comenzaron á caminar á la otra del Norte.

CAPITULO VIII.

I. En la vuelta les suceden desgracias desde el principio, de frios y guazabaras—II. Matan en una guazabara cruelmente á un soldado cruel—III. Llegan al valle de Chinácota, donde matan en otra guazabara á Ambrosio de Alfinger—IV. Eligen en lugar de Ambrosio por su General á Juan de San Martin, con quien, prosiguiendo el viaje, llegaron á las Provincias donde estaba Francisco Martin.

EL primer dia de su viaje fué tan áspero de páramos, frios, aguas, nieve, viento y granizo, que puso en mucho peligro á todos, por no poder de ninguna manera, aunque caminaban á pié, entrar en calor, en especial los que iban mal vestidos y naturales de tierras calientes, como eran los pobres indios, y así quedaron aquel dia muchos de ellos helados, sin poderlos remediar ni socorrer contra la fortaleza del frio, que encogiéndoles los nervios, tiraban los labios para dentro y así se quedaban muertos, descubriendo los dientes, que llaman algunos morir riendo, pero yo digo que regañando. No faltaron españoles que les fueron compañeros en el mismo género de muerte con algunos caballos aquel mismo dia, del cual los que se vieron haber escapado libres, lo tuvieron á mayor suerte que haber escapado de los peligros y calamidades de hasta allí.

Caminando por aquellas asperezas de tierra, vinieron á dar en el valle de Rabichá, muy poblado de naturales y todos puestos á punto de guerra (como tambien lo estaban los valles circunvecinos) y así en todos los que anduvieron los soldados por aquella comarca, tuvieron guazabaras con los naturales, que las comenzaban y acometian con buen ánimo, aunque siempre llevaban la peor parte, por ser tan flacas sus armas y fuerzas y acabárseles presto todo, poniendo despues su defensa en la huida en que siempre por ir sin órden suelen ser los peor librados en las guazabaras.

Con todo esto, en una de ellas, que se dió en el valle de Rabichá (entre algunos que murieron) cortaron la cabeza los indios á puros golpes de macana (con grandísimo tormento suyo) á un criado del General, ó por mejor decir, ministro de Satanás, que tenia al parecer bien merecida aquella muerte cruel, por haberlo sido él tanto en muchas que dió á los indios de esta manera: llevaban las cargas metidos los cuellos en una cadena de hierro (que llaman corriente) en que suelen ir ocho ó diez, pero puestos de tal manera, que cuando han de sacar la cabeza á alguno del medio de la corriente, han de sacar primero á todos los que están en ella al uno ó al otro lado. Pues cuando sucedia que alguno de

estos miserables cargueros se cansaba como quien sentia la carga y hambre (como los demas que no iban cargados) y se caía en el suelo ó se sentaba por no poder más (especialmente siendo como son de fuerzas tan débiles), llegaba este cruelísimo verdugo del infierno, que los llevaba á su cargo, y por no detenerse á sacarlo de la corriente para que descansara, le cortaba al pobre cansado la cabeza y se lo dejaba allí, pasando adelante. En castigo de lo cual parece le sucedió á él la muerte dicha, á vista de los españoles, sin poderlo remediar, delante de quien habia hecho tambien aquellas crueldades, para que fuese el castigo de uno, escarmiento de muchos.

Prosiguiendo su viaje los soldados, trastornando valles de los muchos que hay por allí, vinieron á dar al de Chinácota, que hallaron desamparado de su gente y naturales, aunque eran muchos los que lo tenian poblado, porque de unos en otros habia llegado ya á ellos la voz de lo que hacian los soldados con los indios ; y así éstos con tiempo pusieron en cobro su hacienda, mujeres é hijos, metiéndolos por aquellos bosques y arcabucos de que está por extremo cercado el valle, como yo lo he visto algunas veces, con que libraron su chusma y haciendilla de aquella langosta que iba entrando por su tierra ; pero considerando que tampoco era bien dejarles reposar mucho en ella, porque les pareció lo tomaban muy de asiento (como ello era así), pues pretendió el General ranchearse de propósito para desde allí desvolver y dar vista á las tierras de la redonda, se armaron los indios y emboscaron no léjos de donde estaba rancheado el ejército, aunque con tanta cautela y silencio, que viendo el General el mucho que habian hallado en todo aquel valle, pues no se habia oido en todo él una voz de indio ni se le habia podido dar vista á ninguno, le pareció habia sido por miedo que les tenian á los nuestros, y así sin tener él ninguno á sus macanas, con poca cautela se apartó del alojamiento, paseándose con el Capitan Estévan Martin, sobre los cuales, como los vieron solos, dieron de repente los indios emboscados con tanta furia, que cuando pusieron mano á sus espadas, ya estaba el General Ambrosio herido de muerte; aunque con el buen ánimo que tenia, disimulando las heridas, hizo rostro valerosamente con su compañero á la multitud de indios que pretendian tomarlos á manos; pero las suyas se dieron tan buena diligencia, que cuando llegó la gente de socorro, por haber oido la grita de los indios y entendido que estaban los dos en algun peligro, tenian ya muertos y heridos muchos de ellos; y los demás, con la llegada del refresco de todos los españoles, volvieron las espaldas dasbaratados y se entraron en los bosques, aunque se puede decir que con victoria, pues de las heridas con que dejaban al General Ambrosio de Alfinger, no fué posible escapar, pues murió dentro de pocos dias, año de mil y quinientos y treinta y dos, en el mismo valle en donde lo enterraron y tomó el nombre (que hasta hoy dura), llamándole el valle de Ambrosio, á que le dieron siniestras relaciones á Antonio de Herrera, porque dice murió Alfinger en Coro, y no fué sino en este valle en Chinácota, seis ó siete leguas de la ciudad de Pamplona, cerca de cuya sepultura he estado yo.

Para nombrar sucesor que gobernara el ejército en lugar del muerto, por no haberlo él hecho ántes que muriera, se levantaron algunas disensiones entre pretendientes y los demás del ejército ; pero considerando que si ellas pasaban adelante se seguirian grandes inconvenientes, con brevedad se conformaron y con el buen pláceme de todos nombraron por su Capitan General á Juan de San Martín, castellano, persona en quien concurrian partes para lo que le daban y cosas muy mayores. Aceptó el cargo y luego mandó levantar el Real y proseguir el viaje por la misma derrota que llevaban y tenian practicado, y así saliendo de este valle y pasando la montaña y arcabuco (que llamaron después de Arévalo), llegaron al de Cúcuta, que lo hallaron mal poblado, por ser tierras mal sanas, aunque fértiles, que ahora sirven de criar ganados, en especial mulas, que salen extremadas de buenas en los hatos y crias que tienen allí vecinos de la ciudad de Pamplona y villa de San Cristóbal, por participar de este valle los términos de ambos pueblos.

Detuviéronse poco en este valle, y pasando adelante de Provincia en Provincia hácia la parte del Norte y laguna de Maracaibo, vinieron á dar en la que estaba Francisco Martin convertido ya (como dijimos), más en costumbres de indios que de españoles. De los nuestros que iban acercándose á aquella Provincia, tuvieron noticia los naturales de ella, y dándosela al Francisco Martin de cómo venian unos hombres de la traza y talle que él habia entrado en ellos porque no le matasen, considerando por ventura que venian á juntarse con él (como sus compañeros) para destruirlos á ellos y echarlos de su casa, les respondió que él era indio como ellos, y su pariente y amigo ; y que aquellos soldados que tenian noticia venian, lo habian traido forzado y cautivo algunos dias con ellos y que se

habia escapado de sus manos cuando llegó á su pueblo; y así que le diesen la gente de guerra que tenian, que él saldria con ella y pues sabian su ánimo y brios, que él los emplearia en desbaratar y matar á los españoles que venian. Con facilidad creyeron ser así el Cacique y los demás indios lo que decia el Francisco Martin, y disponiendo sus armas, estuvieron á la mira para salir al tiempo que se acercasen á su tierra los españoles, los cuales iban marchando con hartos trabajos, por ser todas aquellas tierras anegadizas y pantanosas, y deseosos de salir ya de ellas y llegar á las de Coro, á donde habian concebido buenas esperanzas, llegarian presto por haber reconocido las aguas de la laguna de Maracaibo, y saber desde el principio de su jornada (como dijimos) que hay desde ella pocas leguas á la ciudad dicha; pero todos les facilitaban los deseos que tenian ya de dar fin á esta penosa jornada ántes que lo tuvieran los dias de todos los que iban en ella.

CAPÍTULO IX.

I. Sale Francisco Martin con los indios al encuentro de los españoles—II. Dáseles á conocer, y vánse todos juntos al pueblo, de donde salieron despues de haber descansado algunos dias—III. Tiene noticia el Capitan Vanégas, en la ranchería de la laguna, de los sesenta mil pesos, y sale á buscarlos, aunque en balde—IV. Vuélvese Francisco Martin otras dos veces á buscar su mujer é hijos entre los indios.

Ya que les pareció á los indios de la Provincia y pueblo donde estaba el Francisco Martin, que era tiempo de salir al encuentro y resistencia de los españoles, porque iban ya poniendo los piés en los umbrales de su tierra, avisaron al Francisco Martin, que sin pereza dispuso luego toda la gente que habia de guerra, y saliendo por su Capitan (á quien seguian con gusto por lo que les habia dicho), fueron caminando hácia donde entraban los españoles, habiéndolos dispuesto primero el Francisco Martin en buen órden de guerra, y dícholes el que habian de tener en acometer y pelear con los nuestros, y así, poniendo á los indios en emboscada y dándoles á entender que aquel era el mejor modo de guerra, para sobresaltar y coger descuidados á los enemigos, él se apartó de ellos diciendo que iba á espiar á los españoles, que iban llegándose del todo.

Iba el Francisco Martin en todo á la usansa de los indios, como hemos dicho; vivia entre ellos desnudo en carnes y éstas ya percudidas y tostadas del sol, todo el cuerpo embijado, emplumada la cabeza, con su arco y flechas, el cabello largo, la barba y las demás partes de su cuerpo sin ningun pelo, las partes de la puridad cubiertas con un calavacillo pequeño, y al fin, en todo tan al natural indio, que era menester mirar por brújula para conocer que no lo era. Acercóse con esta figura á vista de los españoles, los cuales, teniendo por atrevimiento que un indio solo se les acercase tanto (por lo que pudiera suceder), se determinaron algunos de los que iban delante de los nuestros á salir á él y alancearle (como lo hicieran) si ya que llegaba cerca el Francisco Martin no les hablaba, diciéndoles que se detuvieran porque no era indio sino su compañero. Detuviéronse con esto los españoles, admirados de oir hablar su lengua á un indio en aquellas tan peregrinas tierras, donde no pudieron ni aun conjeturar por entónces, por haber sido todo tan de repente, por qué caminos pudiera haber venido allí indio que la supiera hablar, pero luego salieron de esta perplejidad y admiracion con habérseles llegado más el Francisco Martin y dícholes en suma quién era y el suceso de su viaje y la venida á aquella tierra.

Con esto, mirando con más atencion los españoles á este soldado, reconocieron ser el que decia, y admirados de la forma en que le veian, se apearon de los caballos y le cubrieron con algunos vestidos que se hallaron á mano, abrazándole y llorando de gozo de haberle hallado, y aun de sentimiento de la pérdida y caso desgraciado de los demás sus compañeros. Fuéronse así todos juntos hasta donde estaba la emboscada de los indios, á quien habló el Francisco Martin en su lengua, que la sabia tan bien como ellos, declarándoles el engaño con que les habia hablado hasta allí con intencion de excusar guerras entre ellos y españoles, porque eran sus hermanos y ellos, de quienes habian recibido muchas buenas obras, y que tambien se las harian ahora á ellos los españoles y buenos tratamientos, y así que no se alterasen, sino que quisiesen ser sus amigos. Hicieron los indios lo que el Francisco Martin les decia, y acariciados con las buenas palabras del General Juan de San Martin, se fueron todos juntos al pueblo, donde los recibió amigablemente el Cacique y los aposentó y proveyó de lo necesario.

Hicieron allí asiento para reformarse y descansar los españoles, los dias que les pareció bastaban, en los cuales, por industria del Francisco Martin, hicieron amistad con los nuestros los de aquel pueblo y Provincia, y algunas de las circunvecinas por donde fueron pasando, ya que al General le pareció, por estar su gente reformada, dejar aquel pueblo, llevando por guia para la vuelta de Coro buenos y fieles indios amigos que los encaminaban por caminos y trochas limpias de montañas y libres de anegadizos, que era lo que más molestaba al ejército, y por lengua al Francisco Martin, por cuya ocasion le salian en muchas partes los indios de paz con el sustento necesario, y así con ménos incomodidad que la que habian traido hasta hallar á Francisco Martin, pasaron lo que les quedó de viaje hasta llegar á Coro, á donde entraron el año de mil quinientos treinta y dos, despues de tres años que salieron del mismo pueblo, llevando ménos su Gobernador y la mayor parte de los compañeros que habian salido con ellos, por haberlos consumido las incomodidades y trabajos que hemos dicho y callado de la jornada, en la cual no se hizo ningun fruto espiritual ni corporal, y se pudiera tener por partido no se hubieran hecho muchos daños en lo uno y lo otro, porque aunque Ambrosio de Alfinger, á los principios de esta salida, hizo demostracion de buenos intentos, no consintiendo que ninguno de los de su compañía llevase indio cargado, ni aun india, para que le moliese el maíz y aderezase la comida, presto se acabó todo este cuidado, porque lo puso luego en cosas de codicia, raiz de toda maldad, mandando por público pregon que tomasen los soldados todo el oro que hallasen en poder de los indios, por parecerle le pertenecia á él y á sus compañeros, y no sé por qué ley, si bien es verdad que tambien mandó con graves penas, que no rescatasen comida con los indios, con fin de que no fuesen molestados de los soldados, pero cómo se puede compadecer lo uno con lo otro? Por una parte, quitarles á los indios lo que era suyo, y por otra, que no les comprasen lo que ellos de su voluntad querian vender. Al fin éste fué el que tuvo Ambrosio de Alfinger y su gente en esta jornada.

Miéntras pasaron estos trabajos en ella, no los pasaron menores de hambres y necesidades en la ranchería que dejó Alfinger en la laguna de Maracaibo, porque como no habia cerca de la poblacion algunos indios, faltaba la disposicion de sementeras para tener comidas, y así el que las queria habia de ir muy léjos por ellas y traerlas á cuestas, por no haber bestias de que ayudarse, y aun cuando llegaban al pueblo con ella se la embargaba la justicia porque se repartia entre todos. Socorrió mucho estas necesidades un Francisco Martin que despues vino con Nicolas de Fedreman á este Nuestro Reino, porque habiéndole dado á su cargo el Capitan Vanégas, natural de Córdoba (que era el Teniente que dejó en la ranchería Alfinger) los bergantines para que corriese la costa de la laguna y trajese algun socorro, muchas veces venia con él sacándolo de donde podia y aun de donde no podia.

Luégo que llegó á Coro la gente de la jornada y nuevas del suceso de ella, en especial del entierro de los sesenta mil pesos, tambien llegó á la ranchería de la laguna de Maracaibo é hizo al Teniente Vanégas que tomase la vuelta de Coro, á donde entre los demás que pecaron en la codicia de ir á buscar los sesenta mil pesos fué él, y esto con tantas veras, que tratándolo con muchas persuasiones con el Francisco Martin, acabó con él que fuese en su compañía á buscar el oro que decia se atrevia á dar con él yendo por las trochas que fueron cuando lo enterraron, y así prometiéndole el Vanégas buena parte de él si lo hallaban, y juntando otros sesenta soldados, prometiéndoles tambien lo mismo, volvió con todos á su ranchería de la laguna, de donde partió luégo, pensando estaba el peligro en la tardanza, con un sólo caballo y sin silla y los soldados sin armas, tomaron la vuelta de Tamalameque y desde allí la que habian llevado segun decia el Francisco Martin cuando enterraron el oro ; pero él se desatinó tanto, que despues de haberlos traido de una vuelta y otra por mil dificultades de montañas, echó de ver el Vanégas que iban perdidos y que si no daban de presto la vuelta por donde habian ido les sucediera lo que al Capitan Vascona y sus compañeros ; y así la tomó sin perder el camino, porque como vaqueano la habia ido señalando con machetes en los árboles y otras partes con la brevedad que fué menester, se halló despues de haber pasado mil trabajos en castigo de su codicia, en su casa y ranchería de la laguna, á donde estuvo, hasta que despues la despobló el Capitan Nicolas de Fedreman.

Pasaron los sesenta soldados á Coro con el Francisco Martin, que estaba tan ansioso por volver á ver á su mujer é hijos, que habia dejado de donde lo sacaron, y tan apesarado de haber salido con ellos, que dejándose vencer de estos deseos, se desapareció de entre los

españoles de Coro y se fué allá tornándose al vómito de sus costumbres de indio en que estaba ya connaturalizado; vióse esto, pues entrando despues en aquella provincia una compañía de españoles y hallándolo y volviéndolo á Coro, se volvió otra vez al regosto hasta que volviéndolo á sacar otros soldados que entraron, lo volvieron otra vez al mismo pueblo de Coro, donde estaba todavía tan inquieto y con demostraciones de costumbres de indio, como era mascar hayo de ordinario y otras que fué menester hacerle que se saliera de allí y de todas las provincias que estaban á la redonda de aquella á quien estaba tan inclinado, y así lo encaminaron con cierto Capitan á este Nuevo Reino de Granada, con que se quitó de aquella ocasion y vivió quieto en esta tierra del Reino mucho tiempo. Gobernó por los Belzares por muerte de Alfinger un Juan Aleman, hasta que trajo el gobierno Jorge Despira, como luégo diremos.

CAPÍTULO X.

I. Caribes de la Isla Dominica vienen á la de Puerto Rico y prenden á Cristóbal de Guzman y á otros indios y negros cristianos.—II. Salen con la presa de la Isla y van á otras celebrando la victoria con crueles muertes de los cautivos.—III. Llegaron á la Isla de la Vírgen Gorda, donde cruelísimamente mataron á Cristóbal de Guzman y lo dejaron amarrado al árbol donde murió.—IV. Pasaron de aquí á su tierra la Dominica, donde acabaron de celebrar con borracheras la victoria.

NO pienso será fuera de intento (aunque el principal de nuestra Historia sea tratar de las conquistas y sucesos de Tierrafirme) alargar la mano, pues podremos por estar tan cerca de la costa, y meter entre los demás casos uno y dos que tuvieron su orígen en la Isla de Puerto Rico por este tiempo, pues fué uno de ellos á los fines del año de mil y quinientos y veinte y ocho, cuando una escuadra de canoas y piraguas de indios Caribes de la Isla Dominica, que serian en todos más de quinientos, se determinaron á llegar á esta ciudad de Puerto Rico con intentos de ejercitar sus crueldades y natural fiereza en la gente que la ocasion les ofreciese, que no fué pequeña ni poco lastimosa la que les vino á las manos en este modo. Vivia en la principal ciudad de esta Isla que llaman San Juan de Puerto Rico, un caballero llamado Cristóbal de Guzman, casado allí y de buen caudal de hacienda, por tener minas y cuadrillas de negros que le sacaban oro dentro de una heredad donde tenia estancias y hatos de ganado mayor, á una parte de la Isla que llaman el Guaó; determinóse un dia (que no debiera) á ir desde la ciudad á dar vuelta á sus haciendas y cortijos y que estaban á média legua la tierra adentro de la costa, seguro de mal suceso, por estar todos los naturales de la Isla ya de paz y reducidos al servicio de los españoles, de que él tenia algunos en el de sus ganados y casa. Tampoco por aquellos tiempos eran infectadas aún aquellas costas de piratas, como despues lo han sido, y hoy tienen ménos seguro de ellos que el primer dia. Estando pues con muy grande contento en las casas de su estancia el Cristóbal de Guzman, un domingo al quebrar del alba, habiendo desembarcado aquella noche los Caribes que hemos dicho, en un puertezuelo en frente de ellas sin ser sentidos, dieron de repente sobre él y la demás gente de su servicio con tania fuerza y brios, que aunque algunos de sus domésticos los tuvieron muy grandes y él grandísimos en su defensa, por ser los salvajes en tan gran número, no les fué posible á los cristianos escapar de sus crueles manos ó muertos ó vivos, entre los cuales de éstos fué el Cristóbal de Guzman, á quien siempre intentaron llevar vivo para darle más cruel muerte en sus tierras, por las muchas que él habia dado ántes que lo hubieran á las manos, que no pudo hacer otra cosa por haberle mal herido de muchos flechazos, con yerba que le dieron sin rendírseles.

Con esta presa y algunos indios é indias, negros y negras vivos que cautivaron y el despojo que pudieron tomar de las casas y todos los cuerpos muertos, con la brevedad posible, porque no sucediera que siendo sentidos vinieran de otras partes españoles sobre ellos, tomaron á paso largo la vuelta de sus piraguas y canoas y embarcado todo en ellas con grandes algazaras, comenzaron á navegar hasta que llegaron á una isleta, cerca de aquella llamada Vique, donde desembarcaron para sobre seguro comenzar á celebrar la fiesta de la victoria, como lo hicieron, poniendo en grandes ollas á cocer mucha de la carne de los cuerpos muertos que no estaban inficionados con la yerba de las flechas, porque en las guaza-

baras, si pueden excusarlas de veneno porque no se inficionen los cuerpos, pelean con los que no lo tienen. Estando ya la carne á medio cocer, amarraban un indio ó negro de los vivos á dos palos puestos en cruz, los piés y brazos extendidos, y comenzando á bailar á la redonda de él, en corro, le iban cortando cada cual de la parte donde le parecia un pedazo de carne; y así cruda, á vuelta de la demás, medio cocida, que estaba en las ollas, se la comian como perros; y de aquella sangre que le salia de la herida iban bebiendo unos y otros, sin perder los demás el cantar y danzar y beber de la chicha de que ellos iban prevenidos y habian rancheado en la estancia. Acabado de morir con estos tormentos el negro ó indio amarrado, hacian pedazos lo que quedaba del cuerpo y echándolos en las ollas á que se cocieran, ponian otro vivo al mismo tormento.

Cuatro dias estuvieron en esta isla celebrando con este modo la victoria, y asando en barbacoa los cuerpos muertos que no pudieron comer allí, y llevando los vivos con tan vigilantísima guarda y amarras tan fuertes que no les era de mayor tormento que la muerte. Partieron de esta isla la vuelta de la de Santa Cruz, que no está léjos tambien de la ciudad de Puerto Rico al Leste, que declina al Sueste. Por el camino iban curando con yerbas al Cristóbal de Guzman, por ir algo infecto y peligroso de la vida por algunas flechas de yerba que le habian picado; pretendian con esto conservarle la vida, no por compasion ni aficion que le tuviesen, sino para que llegase con ella á su tierra ya sano y deshechado el veneno para poder matarlo con la crueldad que á los demás y comer seguros de sus carnes, por tenerle en estimacion de valiente; y por cierto que quien come carne ó bebe sangre de valientes se hace mucho más de lo que es. Surgiendo en esta isla de Santa Cruz gastaron otros seis dias solemnizando otra vez la victoria al modo que en la otra, matando algunos indios y negros cautivos con los mismos tormentos. De esta isla partieron despues de los seis dias á otra donde llegaron, llamada la Vírgen Gorda, y saltaron en tierra y haciendo las mismas fiestas que en las dos pasadas y al mismo modo, gastaron algunos dias, en los cuales, no habiendo sido bastante la cura que le habian hecho al Cristóbal de Guzman para atajar el veneno de la yerba, llegó ya á hacer su efecto y operacion, de manera que los Caribes conocian con evidencia no tenia remedio su vida; y porque ántes que se le acabara gustara de la penosa y cruel muerte que los demás y de su bárbara fiereza, le ataron aspado á las ramas de un árbol, desnudándolo del todo, como ellos lo estaban, y teniendo todos los instrumentos de música que llevaban, que no eran pocos, como trompetas, caracoles marinos, flautas, fotutos y otras al son de ellos, cantando y bailando con sus arcos y flechas en las manos, á la redonda del pobre caballero, cada uno disparaba de esta suerte la suya al pasar por delante de él y se la clavaba en la parte que más contento le daba de su cuerpo, no errándole un punto de lo que querian, por ser poca la distancia y ellos tan diestros tiradores, dispararon en él de esta manera tan gran cantidad de ellas, que parecia un herizo.

En estas angustias (como contaban unas negras esclavas suyas que se hallaron presentes y despues por buena suerte volvieron vivas á manos de españoles, como diremos) estaba con tan buen ánimo sufriendo aquella cruelísima muerte, que sin dar muestras de sentimiento de ella solo las daba de contricion y arrepentimiento de sus pecados, levantando al cielo los ojos y pidiendo su divino favor; con las cuales se le arrancó el alma á vueltas del son de aquellos mortales instrumentos, que lo eran para él risas y placeres, con que lo mataban aquellos fieros salvajes; los cuales, no atreviéndose á comer de él despues de muerto, como lo hicieron de los otros, por estar envenenado, tampoco quisieron dar licencia á sus esclavas para enterrarlo, aunque lo procuraron, porque no lo despedazaran y comieran las aves carniceras de que abundan aquellas islas, si bien no se hallan ningunas bestias fieras como tigres y leones, por estar apartadas de Tierrafirme, ántes maltrataron á las negras por lo que intentaban hacer y no estar ellos contentos ni satisfecha su crueldad con la muerte que le habian dado si no lo dejaban así expuesto á otras calamidades. Acabadas éstas, se volvieron á embarcar, y llegando á su tierra la Dominica se comenzaron de nuevo y más á propósito á hacer fiestas por la victoria, matando de la suerte que hemos dicho algunos de los indios y negros que llevaban todavía reservados para esta última solemnidad, que fué mayor que todas las demás, por haberse juntado á ella todos sus hijos y mujeres con los demás Gandules que habian quedado en los pueblos y haber sobrada abundancia de chicha, que es lo que les hace embravecer su crueldad y añadir unas abominaciones á otras.

CAPÍTULO XI.

I. Aunque se echó de ver la necesidad que habia de castigar los indios, se trató con flojedad de parte de la ciudad—II. Salen de la ciudad de Puerto Rico al castigo, y dáles en el viaje una tormenta. —III. Acábaseles el matalotaje á los bergantines, sobre que sucedió cierta disension, que luego compuso el Capitan—IV. Saltaron en tierra, y por un camino que hallaron, dieron en un pueblezuelo donde prendieron toda la gente y supieron de la muerte del preso Cristóbal de Guzman.

LLEGANDO la nueva de la desgraciada presa á la ciudad de Puerto Rico, la puso en tan gran turbacion y sentimiento, que no hubo ninguno que no hiciese demostracion de él y de deseos que saliesen en el alcance y castigo de aquellos bárbaros, en especial la mujer del Cristóbal de Guzman, llamada Mayor Vásquez, igual á su marido en linaje y ejemplo de virtudes á mujeres virtuosas; la cual, con el sentimiento que se puede entender tendria del suceso de su marido aun sin saberlo por entero, por no haber sabido su muerte, trató con el Gobernador de la ciudad, que á la sazon era un Francisco Manuel de Olando, que se despachase gente por la derrota que habian llevado los Caribes para saber el fin de su marido y de los demás y castigar el atrevimiento de los indios, pues cada dia lo tendrian de hacer lo mismo y mayores estragos, si les dejaban salir con éste sin que se hiciese sobre ello alguna diligencia; no bastaron las que la buena viuda puso en esto y sus muchas lágrimas para que tuviese efecto; porque como la salida habia de ser con costa, y de ésta (aunque daba la mitad la viuda) no se acababa de determinar, á cuya cuenta habia de ser la otra mitad, todos andaban frios y desalentados en la ejecucion, si bien todos conocian la importancia que tenia, tanto por parte de la ciudad y mucho más que por lo de la viuda; la cual viendo la frialdad con que esto se trataba de parte del Gobernador y de los demás, en un navío, que á la sazon se hizo á la vela en el puerto para Castilla, avisó del suceso á un cuñado suyo, hermano de su marido, llamado fray Vicente de Guzman, de la Orden de Santo Domingo, que á la sazon estaba en Sevilla, rogándole se sirviese de venir, pues habia de volver con brevedad aquel navío á la misma ciudad de Puerto Rico, donde por su industria tenia confianza, y no de otra suerte habia de tener efecto el salir á buscar á su hermano y castigar los agresores.

Llegó en pocos dias con buen tiempo el navío á Castilla, donde despachándose el padre fray Vicente con la prisa que pedia el caso, con toda la que se pudo, tomaron la vuelta de la ciudad de Puerto Rico, á donde llegaron ya entrado el año de mil y quinientos y veinte y nueve. Tratóse luego con el Gobernador por la mucha solicitud del religioso se hiciese una buena armada, como se hizo, para ir trastornando todas aquellas islas de barlovento, hasta dar con los indios agresores. Dió la viuda para ella la mitad del gasto como desde el principio lo tenia ofrecido, y el resto toda la ciudad, por importarle tanto á toda el castigo de aquellos Caribes, por lo dicho, y con esperanzas de haber muchos de los indios malhechores á las manos, que traidos por esclavos (como se usaba en este tiempo) se podria sacar toda la costa de la armada, y juntaron para esto hasta doscientos hombres, y nombrando por parte del Cabildo por Capitan de todos á un Juan de Yucar, de nacion Navarro, se embarcaron en una carabela y dos bergantines bien aderezados, yendo tambien con ellos el Padre fray Vicente, se dieron á la vela en demanda de la isla Dominica, por la misma derrota que habian llevado los Caribes con la presa. A pocas leguas que habian caminado por punta de bolina, les sobrevino una tormentilla tal (habiendo refrescado las brisas), que no solo les iba retardando en la navegacion, pero aun los dividió de manera que los dos bergantines donde iba la mayor parte de la gente con el Padre fray Vicente y el Capitan, fueron á arribar á la isla Guadalupe, y la carabela con el resto á la isla Marigalante, sin saber los unos de los otros.

La gente de los bergantines, por ser mucha, acabó con brevedad el matalotaje, y por no dejarlos salir el tiempo, vino á llegar la necesidad de comida casi tan al extremo, que no hallando en la isla con qué repararla, le fué forzoso al Capitan Juan de Yucar entrarse en un barco con algunos doce compañeros, y remando contra el viento, ir en demanda de la carabela, dejando por caudillo en el otro barco al Padre Fray Vicente, y de todo el resto que quedaba de los soldados tuvo buena parte el Capitan, pues al primer bordo que dió, tomando la vuelta de la isla Marigalante, encontró con la carabela surta en un puerto, donde satisficieron el hambre que llevaban él y sus soldados en algunos dias que estuvieron en el mismo puerto juntos, por estorbarles el tiempo el salir luego,

como lo pedia la necesidad de los compañeros que habian dejado; pero en teniéndolo, y los matalotajes que hubieron menester de la fragata dentro del bergantin, dejándola á ella en el mismo puerto, tomaron la vuelta del de la isla Guadalupe para los compañeros, que los hallaron casi amotinados, ó á lo ménos encontrados unos contra otros, por ocasion de la necesidad de comidas y hambres con que se hallaban, que fué lo que dice el adagio español: que en la casa donde no hay pan todos riñen y nadie sabe por qué. La causa de la discordia en esta ocasion fué: que apretados de la necesidad, se determinaron algunos, para ir á buscar con qué repararla, tomar en secreto un barco y salir del puerto tomando la vuelta de la ciudad de Puerto Rico: pues de otra suerte (á su parecer) no podian escapar las vidas de las manos del hambre. Sintió estos intentos el Padre Fray Vicente, y advirtiendo que se le defraudaban los suyos si le faltaban estos soldados, procuró estorbarles el viaje, cuando no pudo por buenas palabras, por violencia, poniendo á sus lados con las armas en las manos sus amigos más confidentes: de donde se siguió un alboroto tal de uno y otro bando, intentando el de los amotinados desestimar la autoridad del Religioso, como si no representara allí la Real de la justicia, que quedaron los promotores del caso bien acuchillados, aunque no hubo muerte de ninguna parte, si bien no se excusaran á no llegar á este tiempo el Juan de Yucar, que fácilmente lo aplacó todo, en especial llevándoles, como les llevaba, comidas, que era sobre que se habia levantado la polvareda.

Sentada esta paz, y habiéndoles repartido la comida, hizo el Capitan se embarcase toda la gente en los bergantines, con que se hizo á la vela la vuelta de Marigalante, hasta juntarse otra vez con la carabela en el mismo puerto que la habia dejado: y disponiendo allí las cosas importantes para la llegada á la Dominica, donde tenia rastro estaban los Caribes, determinó que quedándose el Padre Fray Vicente en el mismo puerto con algunos soldados, y en la fragata el resto de los demás y el matalotaje y armas necesarias, se embarcasen con él en los bergantines para tomar la vuelta de la Dominica, como lo hizo, y poner sus deseos en efecto. Hiciéronse á la vela con los bergantines, disponiendo al tiempo (que lo hacia bueno) que era menester para llegar de noche y saltar en tierra, sin ser vistos de los naturales. Sucedióles como lo midieron, pues ya anochecido llegaron á varar en un ancon de la misma isla los dos bergantines. Hizo luego el Capitan saltar en tierra á un soldado llamado Limon, diestro en conocer los rastros de los indios, enseñado en esto de la experiencia larga que tenia en jornadas y ocasiones que se habia visto con los indios, como se echó de ver en ésta, pues á pocos pasos que dió (aunque de noche) buscando los que habian dado los indios, sacó por ellos con brevedad la trocha que guiaba al pueblo donde estaban los malhechores, que no era léjos de la costa; y volviendo á avisar al Capitan de la certidumbre del rastro, saltó en tierra con la más de la gente, dispuesta toda al asalto, y para hacerle espaldas á Limon, si fuese sentido ántes que llegase á los ranchos de los indios; pero él lo hizo con tanta sutileza, que aseguró esto desnudándose en carnes; porque si acaso lo encontraban algunos indios entendiesen que tambien él lo era, pues iba como ellos, no dando lugar la oscuridad de la noche á hacer distinciones: y así, puesto de esta librea, y fiado en su mucha soltura, fué siguiendo el camino que habia visto, y entrándose la tierra adentro, hasta que á média legua de camino encontró cuatro caneyes ó bohios, tan largos, que en cada uno vivia toda una parentela, cuyos moradores estaban bien descuidados de los peregrinos españoles que tenian en su tierra, como lo echó de ver el Limon por el sosiego con que los halló despues de haberlos asechado con cuidado; y así, con ese mismo y la brevedad que pudo, volvió á dar aviso al Capitan, que luego partió con la gente, bien dispuesta en órden de guerra, hasta que llegó á los bohios y prendió á toda la gente de ellos, que serian, de solo Gandules, más de ochenta, sin que se le escapara más que uno.

Puestos en recado los presos, preguntó el Capitan á uno de ellos por una buena lengua que llevaban si era vivo el Cristóbal de Guzman, y dónde estaba, á quien el indio respondió ó temiendo la pena si decia la verdad, ó deseando dar gusto á los españoles y que le soltarian por ello, que era vivo, y estaba en un pueblo, y no léjos de allí. Para más satisfacerle de esto el Capitan, y tomar más luz de dónde lo podrian ir á buscar, preguntó lo mismo á una india que le respondió la verdad, diciendo que ya era muerto por los mismos que lo prendieron, con una trabajosa muerte, y que uno de ellos habia sido aquel indio á quien acababan de preguntar y que si lo habia negado seria por miedo del castigo. No quedó sin él el indio luego que se supo esto, pues un soldado muy particular, amigo de Cristóbal de Guzman, haciendo demostracion de esta amistad y sentimiento que tenia por la

desgraciada y cruel muerte, llegó furioso al salvaje y sin más informacion de lo que la india habia dicho, dándole una tan fuerte cuchillada con la espada con que se halló en las manos, le quitó á cercen la cabeza, y pasara adelante despedazando el cuerpo y haciendo lo mismo con todos los demás indios é indias que tenian presentes, si no le fueran á la mano, pareciéndole era todo poco en pago de la bárbara y cruel muerte que le habian dado á su amigo. No era muy de contraria opinion el Juan de Yucar, pues se encolerizó de manera (certificado ya de las muertes) que mandó á sus soldados hiciesen el castigo de ellas que les ofreciese la ocasion, pasando á cuchillo á todos los que no pudiesen ó no les pareciese reservar por esclavos, hasta que quedase destruida aquella Isla que tan perniciosa era y lo habia sido á todas sus convecinas para los naturales y cristianos, en especial á la de Puerto Rico, á quien traian más entre ojos, como se echaba de ver en lo mucho que la frecuentaban con asaltos ordinarios, pero al fin de los que prendieron allí no murió más de aquel que cortaron la cabeza.

CAPÍTULO XII.

I. Tienen noticia de otro pueblo de Indias á donde fueron y lo destruyeron.—II. Coge el Capitan Yucar cuatro piraguas con sus indios, y otro pueblo cerca de la costa.—III. Tratóse de paces con algunos indios que vinieron á la costa, aunque no tuvieron efecto.—IV. Sale el Capitan Yucar á talar la tierra y quemar las sementeras, y dánle en el camino una guazabara.

INFORMÁNDOSE el Capitan de los mismos presos si hallarian otras poblaciones de sus parientes donde estuviesen otros indios de los malhechores, supo como no léjos de allí estaba otro pueblezuelo, donde tenian aún vivas dos negras de las de la ley presas, y demás de esto le digeron que otro dia siguiente habian de llegar á aquel puerto donde estaban los bergantines, cuatro piraguas de indios de unos pueblos algo apartados de allí la costa adelante, que venian á beber y holgarse con ellos ; de que el Capitan se alegró con extremo y determinó disponer su gente para que los unos ni los otros se le escapasen de las manos, enviando luégo cuarenta soldados con el Capitan Diego Vásquez á dar en el pueblo, y dejando en aquel puesto á buen recado, y con segura guarda, los presos. Con el resto de la gente se embarcó él con la presteza que pudo en los bergantines, y ántes que quebrara el alba, entró con ellos en una caleta que se hacia en una punta, por donde habian de pasar las cuatro piraguas, para desde allí asaltarlas sobre seguro. El Capitan Diego Vásquez con su escuadra caminó con guías tan aprisa y al secreto al pueblo de las negras, que mucho ántes que amaneciese, hallándolos dormidos, dió de repente sobre ellos con tan buen ánimo, que habiendo á las manos vivos á los más, á otros metieron á cuchillo y quemaron vivos en los bohios, poniéndoles fuego á los primeros pasos que iban entrando, de manera que con lo uno y lo otro fué tal la ruina del pueblezuelo, que sólo escaparon algunos Gandules por buena suerte que tuvieron, los cuales, intentando no sólo defender sus personas sino vengar las muertes de sus convecinos y deudos, tomaron las armas y acometieron á los españoles, no tan de burla que no quedasen heridos algunos soldados, aunque sin peligro, pues ninguno murió de las heridas, habiéndolas recibido los indios tales, que ninguno escapó con la vida. Recobraron las dos negras, de quienes supieron muy por menudo las muertes del Cristóbal de Guzman y los demás, como hemos dicho. Tomaron con éstos la vuelta del otro pueblezuelo donde habian dejado los demás presos que juntos con los que llevaron de éste, no hacian pequeño número.

No tuvo menor suerte el Capitan Juan de Yucar esperando al abrigo del promontorio las piraguas, pues llegando todas cuatro á doblar la punta, seguras de los que les estaban aguardando, salieron al tiempo que convino de la emboscada los bergantines, y acometiéndolas con mucha ligereza, como ellas no la podian tener por ir recargadas y embalumadas de sus comidas y múcuras de chicha que llevaban para la fiesta, fueron todas cuatro con facilidad tomadas, sin que se escapara de la gente que venia en ellas más que sólos seis indios, que atreviéndose á la destreza que tenian en nadar, se arrojaron al agua sin descubrirse en ella, aunque estaba buen trecho, hasta que pudieron tomar tierra en parte donde no podian recibir ningun daño de los bergantines, temiéndose el Capitan del aviso que podian dar aquellos seis, que los vió muy léjos ya fuera del agua, á los demás pueblos, navegó con la diligencia posible la costa arriba ; y habiéndose informado en cierto paraje de los indios presos, que estaba cerca del mar otro pueblezuelo, cubierto y amparado de unas

altas rocas, dió sobre él inopinadamente y prendió más de sesenta entre hombres y mujeres, metiendo á cuchillo y quemando con sobrada crueldad. Los demás intentó desde allí proseguir su viaje en el castigo, y habiéndolo comenzado, halló que ya eran sentidos, y habia pasado la palabra á los demás pueblos de la Isla, como se echó de ver en las tropas que iban viendo de naturales sobre ellos, tan briosos todos y bien armados de sus flechas y arcos, que forzó al Capitan á retirarse con toda su gente, y algunos de los presos aprisa á los bergantines, que por mucha que se dieron, apénas tuvieron lugar de embarcarse y hacerse á lo largo donde no pudieran alcanzar las flechas de tantos indios como luego se aparecieron en la costa, que las disparaban tan espesas como la nube el granizo, si bien todas en vano, por ser mucha la distancia, como tambien lo era para las piezas de fruslera que los nuestros disparaban de los bergantines; de manera que de una ni otra parte no sucedieron muertes ni herida en esta ocasion.

Quisiera mucho el Capitan Juan de Yucar, ántes de salir de ella, hacerles alguna estratagema á los indios ó engaño con qué poder haber á las manos algunos; pero como los indios debieran estar en el mismo pensamiento, no fueron de ningun efecto las trazas que en órden á esto practicaba entre él y los soldados. Con todo, con un despierto intérprete de los muchos que llevaban, así de los indios amigos como españoles, les trató de paces y que se diesen rehenes los unos á los otros, pensando entre estos conciertos el Capitan hallar entrada para sus intentos. No rehusaron los indios el enviar á los bergantines cuatro principales y á decirles enviasen otros tantos españoles, como lo pedian. Vióse en esto atajado el Capitan, ya que tenia en los bergantines los cuatro indios, por parecerle no hallaría entre sus soldados quien se atreviese á meter entre los bárbaros sin ley ni palabra en rehenes de los cuatro, porque, conociendo la bruta condicion de estas gentes, y que se les daria bien poco que se quedasen entre los nuestros los cuatro, tambien se podia temer de algun mal suceso con los que pasasen entre ellos; pero aun con todas estas consideraciones, no faltaron dos briosos soldados, que fueron Limon y otro vizcaino llamado Horozco, que se ofreciesen á pasar en rehenes, que no lo estimó en poco el Capitan, y tratando del modo que habian de tener en su pasaje, se determinaron á ir desnudos del todo, para que viéndolos los indios de su librea, se les hiciesen más amigos. Pasaron de esta suerte los dos, que viéndose ya entre los bárbaros, quedaron tan arrepentidos como temerosos de que los habian de hacer cuartos, si bien todos los temores vinieron á parar en burlas que con ellos usaron, y fueron que, como aquellos salvajes viven tan á lo rústico y sin rastro de vergüenza natural, como se hecha de ver en traer todo su cuerpo y partes de la honestidad descubiertas, ellas y ellos llegaban á los españoles, y con deshonesta desenvoltura les miraban y tocaban á las partes de la puridad, y luego las barbas, tirando de ellas blandamente, por ver si era cosa postiza, con gran risa y entretenimiento que tenian de esto, como de jugar con ellos á pasa Gonzalo, lastimándoles á papirotazos en las narices, en lo cual, y en otras semejantes, bien las pasaron estos afligidos soldados poco más de dos horas, que les fueron dos largos años, por los temores con que esperaban por instantes la muerte.

Tratóse en este tiempo con los cuatro principales de los bergantines de algunos asientos de paces, y no pudiendo concluir nada, se volvieron á tierra y los dos españoles á los barcos; solo se determinó por entónces no se hiciesen guerras los unos á los otros y que á la mañana se volviesen á ver todos allí, donde se trataria otra vez de dar asiento á las amistades. Pero como estos bárbaros solo intentaban con esto hacer tiempo y entretener á los españoles, para que lo tuvieran sus hijos y mujeres de ponerse en cobro, y que se les juntase más gente para contra ellos, aunque el Capitan volvió otro dia al puesto á lo concertado, con deseos ya, ó de hacer paces con ellos ó engañarlos como hasta allí lo habia procurado, no volvió ninguno á la playa, y así tomando la vuelta de la costa, pasó adelante á un buen puerto y seguro, que llaman del Azufre, donde vacía un rio de agua caliente, y los estuvo aguardando todo aquel dia, hasta que viendo no parecia ninguno, determinó (dejando en los bergantines y piraguas los soldados que bastaban) entrar él con ochenta, la tierra adentro, á quemarles los pueblos y comidas que hallase. A los primeros pasos que dieron (poniendo en efecto esta determinacion) hubieron á las manos algunos indios que les dieron relacion cierta del sitio donde estaba recogida toda la gente de aquella Provincia, para donde fueron marchando, llevándolos por guias cuatro dias enteros, rompiendo por hartas dificultades que se les ofrecian, por ser el camino fragoso. Iban seis soldados por sobresalientes de los demás, con dos ó tres guias, distancia de un tiro de arcabuz, y habiendo hallado más de treinta pueblos en lo que caminaron estos cuatro dias, todos vacíos de gente,

por estar retirada, como les habian dicho, los convirtieron en ceniza, hasta que al quinto dia dieron los sobresalientes con una quebrada honda y de altas barrancas, en especial á la otra banda donde estaban, por el sitio fragoso y defendido por naturaleza, hechos fuerte todos los indios con su chusma.

Habíanlos ya avisado las centinelas que tenian puestas de la ida de los nuestros y echando con este aviso una emboscada de esta parte del arroyo, con intentos de dar sobre los cristianos en llegando á las barrancas, donde por fuerza habian de reparar por la dificultad del paso, que les sucedió puntualmente como lo habian trazado, pues llegando á él los seis y viendo indios sobre la barranca contraria, que de intento se habian puesto allí para entretener á los soldados cuando llegasen y que tuviesen lugar de dar sobre ellos los de la emboscada, intentando los seis volver atrás á dar aviso al Capitan de lo que habian visto, se hallaron de repente cercados de los escondidos, que ya habian salido á dar sobre ellos ciertos de la victoria, por parecerles no se les podian escapar de sus manos, como fuera sin duda, si las voces que comenzaron luego á levantar los bárbaros, cantando victoria, no llegaran á los oidos del Capitan y su gente, que ya iban á los alcances, que oyéndolas, é imaginando luego lo que podia ser, alargando el paso lo más que pudieron, llegaron al tiempo que los habian menester los seis, por traerlos ya afligidos los bárbaros, sobre quien dió tan de repente y con tantos bríos el Capitan y sus compañeros, que aunque los tenian buenos los indios, pues sustentaron la guazabara porfiadamente por buen espacio de tiempo con muertes y heridas de algunos, los hicieron retirar los soldados aunque no huir; pues fiando en la multitud que eran, solo se hicieron á un lado para alentarse miéntras se juntaban los desbaratados y algunos otros de los de la otra parte de la quebrada.

CAPÍTULO XIII.

I. Retírase el Capitan Yucar con su gente de la guazabara al mar—II. Vienen sobre los españoles diez piraguas de indios, y otros muchos por tierra—III. Guazabara naval y de tierra que dieron los indios á los españoles—IV. Caso que sucedió con unos flamencos que se alzaron con una carabela que iba de Puerto Rico á Santo Domingo, matando los españoles de ella.

ADVIRTIENDO el Capitan cuán á propósito le venia esta retirada de los indios, para poderla él tambien hacer con sus soldados, y serle importante el hacerla, por las desiguales fuerzas con que se hallaba respecto de la multitud de naturales que se iban juntando, á quien, demás de la defensa natural y buenos brios, favorecian otras justas condiciones para conseguir la victoria, como eran la defensa de su patria, personas, mujeres é hijos, que todo lo tenian en contra los nuestros, y poco justificada la guerra, pues si en algo lo habia estado hasta llegar á castigar el delito del robo y muertes que habian hecho en los cristianos, que ya estaba bien vengado, acordó de tomar la vuelta de la derrota que los habia llevado á aquel puesto, para volver al que habian dejado en el mar con los bergantines; y así, tomando el mismo Capitan con los más briosos y valientes soldados la retaguardia, que en aquella ocasion era el más peligroso puesto, siguiéndolos los indios, y picándoles por muchas partes, tan á su salvo por entre la montaña, que no pudieron los nuestros (aunque lo procuraron) hacerles algun daño, si bien los soldados tampoco lo recibieron en dos ó tres leguas que duró este alcance de los indios, hasta que dejando á los españoles, tomaron la vuelta de sus ranchos y retiro. Prosiguieron los nuestros su viaje, bien desabridos y fatigados del trabajo del camino, que les duró dos dias, hasta llegar á la lengua del agua, con que curaron las pocas heridas, y sin riesgo que llevaban algunos, por haber ya conocido ser esta agua del mar uno de los eficaces remedios que se han hallado para estas heridas con yerba.

Determinó el Capitan (que no debiera) estarse descansando tres ó cuatro dias en la playa ántes de embarcarse, en los cuales tuvieron lugar los naturales de juntar algunas piraguas y determinarse á venir sobre ellos con ellas por el mar, y escuadrones por la tierra, sin que de esto pudiesen alcanzar aviso los nuestros, como se echó de ver, pues un dia á deshora y sin que ellos lo pensasen, estando con más descuido que debieran, descubrieron que venian para ellos, doblando una punta, hácia la tierra, diez piraguas llenas de gente: presumiendo luego lo que podia ser, comenzaron á emboscarse aprisa en los bergantines y piraguas todos, con intento de hacerse á lo largo y disponerse para la guazabara naval de las piraguas que los venian á buscar. Valióle la diligencia que puso en esto al

bergantin en que estaba embarcado el Capitan, porque cortando la amarra con presteza, sin detenerse á sacar el rejon, se pudo hacer á lo largo y librarse de una infinidad de indios, que fueron luego saliendo de un pequeño bosque, apartado del agua un tiro de ballesta, donde estaban emboscados para salir al tiempo que los tuviesen cercados las piraguas por el mar, y dar juntos por una parte y otra sobre los nuestros. No les salió la traza tan en lleno y cumplida como deseaban, pero tampoco les salió en vano, por la desgracia ó poco cuidado que tuvieron los del otro bergantin: pues no advirtiendo en picar la amarra, como lo hizo el otro, se embarazaron de manera en sacar el ancla, que ántes que pudieran retirarse llovió sobre él tanta multitud de flechas y piedras de los de la tierra, que mataron más de veinte hombres entre españoles, negros é indios amigos, y aun algunos de los que llevaban presos, sin otros muchos que salieron mal heridos, no dándoles (por la prisa que les daban) lugar para desamarrarse y hacerse á lo largo, ni ser bastantes los tiros que disparaban de escopetas y gruesos, para hacerles retirar, aunque veian los indios que caian muchos de ellos.

Entre tanto el Capitan Juan de Yucar, con su bergantin, salió al encuentro de las piraguas, que lo recibieron con tan gallardos brios, que sin mostrar un punto de cobardía se tuvieron con los españoles, peleando de ambas partes valerosamente muy grande espacio de tiempo, despues del cual, quedando algunos de la una y otra heridos, que no se supo si de la de los indios quedaron algunos muertos, éstos se retiraron y tomaron la vuelta por donde habian venido, con que dieron lugar al bergantin á que tambien la tomara con toda presteza en socorro del otro, conociendo tener necesidad de él, pues le veian desde donde habia sido la pelea que se estaba todavía sin salir del puerto, y á los indios que lo tenian apretado, segun advertian en las voces que les oian dar cantando victoria. La llegada del Juan de Yucar fué el total remedio y vida de los que halló vivos en el bergantin, porque estaban ya casi perdidas las esperanzas de poderla conservar ninguno por la prisa que todavía le estaban dando desde la tierra con piedras y flechas, todas de yerba tan venenosa, traida para aquel propósito, que por pequeña que fuese la herida no le hallaban reparo contra la muerte, y así cayeron en sus manos todos los que escaparon heridos; haciendo el Capitan desamarrar el bergantin, expuesto él al mismo peligro con el suyo, que no dejó de serle de harto, se hicieron á lo largo y tomaron todos con las piraguas en que tenian los presos la vuelta del puerto, donde determinaron que los bergantines, con algunas piraguas y la presa de los indios, y el Padre Fray Vicente, tomasen la vuelta de Puerto Rico, á donde llegaron y fueron bien recibidos, y la carabela con el Capitan y algunos soldados de los que habian quedado de mejor brio, tomó la de Tierrafirme para hacer algunos esclavos, como entónces se usaba, con qué reparar los gastos y pérdida de la jornada.

Entre tanto que sucedió esto, salió de la misma ciudad (ya más de mediado el año de mil y quinientos y veinte y nueve) una carabela con esclavos y alguna gente española, hombres y mujeres, la vuelta de la Isla y ciudad de Santo Domingo, con intentos de tomar desde allí la del puerto de Nombre de Dios y subirse al Perú. Iban tambien en ella ciertos flamencos, uno de los cuales se llamaba Luis de Longobal, con su mujer llamada Malmasela Clareta, que decian ser deudos de Mingo Bal, caballerizo que á la sazon era de nuestro Emperador don Cárlos. Salieron estos flamencos desabridos de la ciudad de Puerto Rico, donde habian estado algun tiempo, y segun ellos decian, agraviados por haber salido entre el vulgo una fama de que no estaban los dos casados sino amancebados. El deseo del castigo de esta injuria (aunque solo estaba entre el vulgo) les hizo salir de esta ciudad para la de Santo Domingo, desde donde llevaban determinado tomar la vuelta de España, donde pudieron dar su queja al Emperador, navegando con buen tiempo las pocas leguas que hay desde donde salieron hasta la isla de Mona. Surgieron en ella los españoles á tomar refresco, en especial de melones de Castilla, que se daban allí tantos, tan grandes y tan buenos, que parecia habian hallado su centro, donde no se cria casi otra cosa bien sino éstos y conejos. Saltaron en tierra casi todos los españoles con los esclavos que llevaban, quedándose en la carabela, sin querer salir de ella, el Luis Bal y su mujer con los demás flamencos, que eran bien pocos, cubriendo su determinacion y malos intentos con la capa de la melancolía y tristeza que llevaban por lo dicho. Estos eran de tomar venganza por sus manos, si pudiesen, de la injuria, sin dejar perder ocasion que les viniese á ellas para efectuarla, y pareciéndoles ésta buena, se determinaron ponerlos en efecto al tiempo que comenzaron á volverse á embarcar en el navío los españoles con sus esclavos.

Y así, habiendo ya venido una barcada en que venian casi todas las mujeres espa-

ñolas, á la segunda, tomando sus armas este furioso flamenco y su mujer con los demás de su nacion, saltaron en el batel, y haciéndose señores de él, comenzando á herir los que traia, por no traer ninguno armas con qué defenderse, no dejaron á ninguno vivo, y subiéndose al navío hicieron lo mismo con los pocos españoles y españolas que habian entrado en él, sin dejar criatura viva de las que los españoles llevaban en el navío, negro ni negra, perro ni gato; tal fué la furia de aquellos embriagados. Entre las demás mujeres que mataron fué una doncella de noble sangre y por extremo hermosa, que la llevaban á casar con un caballero á Santo Domingo. Era notable el sentimiento por el hecho y no poderlo remediar, de los que desde tierra estaban mirando este estrago y oyendo las voces que daban los que morian, en especial las mujeres, con quienes se las hubo la Clareta, que la veian, con una espada desnuda en la mano, dar saltos, como una leona, de una parte á otra, tras las españolas que huyendo de la muerte andaban de una parte á otra en el navío, con el cual tambien se alzaron los flamencos, hecha ya esta matanza, y se dieron á la vela. Despacharon luego en una canoa á dar aviso del caso á la ciudad de Santo Domingo, donde á la sazon era Arzobispo Fuenmayor, que fué mucha parte para que con la brevedad que el caso pedia despachase el Presidente dos ó tres navios en alcance de los flamencos, y andando desvolviendo los puertos de aquellas islas, para donde habian tomado la derrota, hallaron en uno de la de los Lucayos la carabela dada al traves, y en la playa muchos rastros de sangre y cabellos bermejos, señales evidentes de que habian tenido allí el castigo de su hecho atroz á manos de aquellos bárbaros, que si fué así, no hay que desearles muertes más crueles, que ellos les darian bien merecidas á las que ellos dieron. Los que quedaron en la Isla de la Mona, pasados algunos dias, se embarcaron en un navío que pasó por allí, de los muchos que de ordinario pasan, y volvieron pobres á Puerto Rico.

CAPÍTULO XIV.

I. Pide Antonio Sedeño, vecino de la ciudad de Puerto Rico, la conquista de la Isla de la Trinidad.—II. Despacháronsele recados de la conquista y título de Adelantado, con que levantó gente y navegó hasta la isla de Trinidad, donde tomó tierra.—III. Salen los indios de paz cebados de algunos rescates que les daban.—IV. Fortifícase Sedeño para poder con seguro correr la Isla.

EN estos años vivia en la misma isla y ciudad de Puerto Rico ó del Borriquen (como llamaban los naturales) un Antonio Sedeño, Contador de la Real Hacienda de aquella ciudad, y que no tenia él tan poca que no fuese más que mediana su pasadía, si bien ésta lo era (como naturalmente lo son las riquezas á todos los hombres, por ser en sí vanas y que se dejan siempre vacíos en el corazon) para adquirir otras mayores, y con ellas mayor nombre, estimacion y fama; llevado de ésta, con estos naturales deseos y de reducir los indios á la fe católica, los puso en gastar las riquezas con que se hallaba en la conquista de los indios de la isla de la Trinidad, convecina á la suya y muy vecina á la Tierrafirme, cuyo fama volaba por el mundo de grandes riquezas, valerosos y muchos, pues eran más de cuarenta mil indios, abundante de comidas, buen temple y disposicion de tierras, aguas, puertos, maderas y drogas de zarza, guayacan, brasil, ébano y otros ; si bien esto no se habia experimentado hasta entónces, tanto como lo habia extendido la fama, por no haber hecho nadie asiento en ella de propósito, si bien muchos le habian dado vista de paso, desde que el Almirante don Cristóbal Colon, el año de mil y cuatrocientos y noventa y ocho, á más de la mitad de Julio, la descubrió y puso este nombre de la Trinidad y tomó agua delgada y dulce que entraba de ella en el mar en algunas de sus bahías, puertos y puntas, que entre las más distantes, que son las del Arenal hasta el cabo de la Galera, que fueron nombres que les puso el mismo Almirante, y corren Leste ó Este, hay más de cincuenta leguas, que es la distancia que tiene de longitud la isla, en que se comprenden ásperas montañas, vestidas toda la vida de crecidos y frondosos cedros y otros árboles, como en la primavera de Europa, está á ocho grados de latitud al Norte.

Estos desvelos con que andaba Antonio Sedeño le solicitaron de manera que despachando sus agentes á la Corte (aunque otros dicen que él en persona lo fué á negociar, proponiendo las condiciones que le parecian ser á propósito de su comodidad) les ordenó pidiesen la conquista de aquella isla con título de Adelantado de la tierra que en ella conquistase; aunque este título de Adelantado nunca lo llegó á gozar, por no haber tenido

suerte de cumplir las conquistas y capitulaciones sobre que se fundó, y así sólo gozó del de Gobernador, que desde luégo se le dió. No tuvo esto mucha dificultad, ya por no tener opuestos en la pretension, y ya porque el Rey la tenia acompañada de mil deseos de aquellos indios, se conquistasen y redujesen al gremio de la Iglesia; y así se le despacharon recaudos con título de Adelantado, como lo pedia, cumpliendo él con las condiciones que habia de guardar en la conquista, que fueron las que de ordinario se capitulaban con los demás, que eran de pacificar la tierra, poblar en ellas algunas ciudades, erigir en ellas iglesias con sus curas, hospitales, y acudir á otras forzosas necesidades, para que se le dieron tambien algunas ayudas de costa.

Despacháronsele recaudos de todo esto, y habiéndole llegado á la Isla de Puerto Rico, el año de mil y quinientos y veinte y nueve, lo que restaba de él, y los principios del siguiente, juntó hasta setenta hombres, que fueron los que pudo en aquella ciudad, y algunos caballos, yeguas, perros y puercos, se embarcó en dos carabelas, y lleno de mil esperanzas de grandezas que habia de conseguir en su gobierno, se dió á la vela, y en pocos dias y con buenos sucesos el mismo año de mil y quinientos y treinta, llegó á la isla de la Trinidad y surgió en ella á la parte del Sur, que es la que mira la Tierrafirme, pareciéndole ser aquella la más acomodada, por ser la parte más poblada y abundante de mantenimientos; el mar quieto, respecto de ser poca la distancia que hay desde la isla á la Tierrafirme y estar con esto más abrigada de los vientos con que no se inquietaban tanto las aguas, á cuya comodidad se llegaba otra no menor del socorro que podian tener pasándose á Tierrafirme, si las guerras de los isleños les forzaban á esto, como le sucedió.

No se alborotaron los indios con la vista de los navíos y castellanos, porque como hasta allí (aunque habian visto otros muchos pasar por una parte y otra de la isla nadie los habia avistado) no lo estaban, ántes seguros se llegaban á la ribera del mar en muchas tropas, con que lo quedó Sedeño y su gente, para poder saltar en tierra, como lo hicieron, aunque sin un punto de descuido en llevar armas defensivas y ofensivas, para todo trance que pudiera suceder, no lo hubo por entónces contrario, pues ántes los recibieron los indios riéndose con ellos abobados, á quien procuró Sedeño desde luégo atraer á su amistad, dándoles algunas cosillas de Castilla, cuentas de vidrio, peines, cascabeles y otras así de menor precio é importancia, pues no lo fueron de poca, sino de toda, para que dejasen á los castellanos tomar posesion y asiento en su tierra con amistad, en que se señaló entre los demás un principal llamado Chacomar (cuyo era el suelo donde se habian desembarcado) el cual la asentó tan de propósito con el Gobernador Sedeño, que jamás se la quebrantó; si bien en esto desde luégo tuvo el indio su razon de estado, porque queriéndole desposeer del suyo algunos de sus convecinos principalejos, con quien traia guerras, advirtió serle partido hacer esta amistad con los castellanos, para defender sus tierras.

Voló luégo la fama de la entrada y asiento de los españoles por muchas partes de la isla, de donde todos los más principales se dispusieron á venirlos á ver, como lo hicieron, acompañados de algunos amigos á quien el Gobernador aficionaba con darles de las cosillas que hemos dicho de Castilla, á que pensaban los bárbaros eran solamente venidos á la isla los españoles. Admirábanse tambien de verlos con barbas, y la fortaleza de los caballos y figuras peregrinas para ellos de los puerços y otros animales.

Como los pensamientos del Gobernador fuesen tratar luégo de entrar á penetrar la isla y hacer tanteo de sus gentes y sitio, trató luégo de en el mejor que allí cerca de la mar le pareció junto del puerto (que estaba á propósito para las naves) fortalecerse y hacer sala de armas para todo suceso; porque luégo á las primeras vistas y tratos que tuvo con los indios (demás de las noticias que tenia de ellos) conoció por su aspecto, inquietud y modo que tenian en sus tratos, no podia durar mucho su amistad y blandura con que habian comenzado á tratarse unos con otros; y así miéntras duraba aquello y los rescatillos de cuentas y bujerías con que iba cebando á los que venian, determinó poner en obra un gran cercado y palenque de maderos gruesos que con ayuda de su vecino y amigo Chacomar, y de los demás indios convecinos que más frecuentaban la venida á ver los soldados, que tampoco holgaban sin perdonar industria y trabajo, en pocos dias hicieron un buen cercado de altos y valientes maderos, y dentro de ellos bohíos, que les pareció bastaban para la comida y vivienda de todos los soldados, gente de servicio, almacenes de vituallas, jarcias y armas.

CAPÍTULO XV.

I. Fáltanle las comidas á los españoles, con que les fué forzoso irlas á buscar—II. Álzanse los indios, y hacen junta para contra los españoles—III. Vienen innumerables indios á todas horas, con intentos de destruir los españoles—IV. Caso que sucedió con un indio y una mujer española—V. Levántase toda la isla y viene una noche contra los españoles.

TIEMPO habia pasado bastante desde que se dió Antonio Sedeño á la vela en Puerto Rico, hasta éste en que acabaron el fuerte, para haber consumido las comidas que embarcaron y las que les traian los indios (que no eran muchas), por los rescates que les daban, porque sin éstos, pocas ó ningunas les traian, por ser estas naciones (en especial las más feroces, como lo son estos indios de la Trinidad) tan amigas de interés, que sin éste, con fuerza de castigo, es ninguno el provecho que se saca de ellos : y así, al paso que faltaron de parte de los soldados las dádivas, fué faltando de la de los indios la amistad y correspondencia en las visitas y alguna comida que hasta allí les traian ; con que fué forzoso á los soldados oprimidos del hambre, salir á buscarla (como lo hicieron) á los pueblos más cercanos, de donde se proveian de algun maiz, yuca, batata y otras raices, con que comenzaron los naturales á avisparse, y conocer eran los intentos de los españoles otros de los que hasta allí habian entendido ; y que pues contra su voluntad les tomaban sus comidas, tambien intentarian tomar sus tierras, haciendas, hijos y mujeres.

Voló esta fama por las tierras más comarcanas al sitio de los españoles, y aunque entre sí casi todas las parcialidades estaban de guerra unas con otras, hicieron junta y amistad para contra los españoles, determinándose de emplear todas sus fuerzas é industrias en matarlos ó echarlos de sus tierras. Con esta determinacion trataron de propósito de hacer armas, que son arcos y flechas y muy fina yerba ; renovar penachos y otros pertrechos y aderezos de sus guerras, para tomarla más de propósito contra los españoles. Es la yerba ó masa venenosa que usan estos indios en sus flechas, la más fuerte y penetrante de cuantas se han hallado entre las naciones de estos indios, por ser aquella isla, con sus muchos calores, la que cria las drogas y animales venenosos de que se hace esta yerba, la más á propósito de cuantas tierras se han hallado : porque apénas ha raspado la flecha el cuero, aun sin herida, penétrase como tope sangre, cuando el herido muere rabiando y despedazando sus carnes sin remedio : y como entónces eran pocos los que se habian hallado contra este mortal veneno (que aun ya hoy ha descubierto la necesidad y experiencia muchas, como diremos en algunas partes de esta Historia) sin él morian muchos.

Prevenidos de estas armas y venenos, se juntaban de muchas partes de aquella isla grandes tropas de aquellos salvajes, y viniendo al fuerte de los españoles unos tras otros á todas horas, noche y dia, los inquietaban de manera que por ser pocos los nuestros, y serles necesario por esto acudir todos á todo, aun no les daban lugar para cuajar un rato de sueño, ni aun para comer lo poco que tenian, porque apénas habian ahuyentado una tropa, cuando por todas partes les picaban otras, por ser innumerable la multitud de los naturales, que de ordinario llevaban lo peor, con muertes de muchos, ahuyentando los que quedaban vivos hasta guarecerse en los encumbrados riscos, donde lo quedaban, por no poder llegar allí los caballos : si bien los perros aun de allí los entresacaban, porque estas dos suertes de animales fueron de notable importancia para la defensa de estos indios, así en ésta como en otras muchas conquistas de estos indios.

No fueron pocos (respecto de lo pocos que estaban los castellanos) los que murieron en estas ordinarias refriegas, por ser (como hemos dicho) tan fuertes los venenos de las flechas y tan poco conocidos entónces (como hemos dicho), los remedios contra ellos. Pero ordenó el don Antonio Sedeño que con el cuidado y secreto posible, sin que pudiese venir á noticia de los enemigos, se enterrasen nuestros muertos para que no conociesen el daño que nos hacian y cobrasen mayores brios, que no fué de poca importancia ; pues entendiendo los indios eran de poca sus flechas, pues no veian español muerto, dejaron por entónces las frecuentes venidas é inquietudes con que asaltaban la fortaleza de los soldados, intentando hacer mayor la suya con junta de la demás gente de la isla : y así dejaron por algunos dias de acudir á las ordinarias guazabaras que hasta allí, con que se alentaron un poco los españoles afligidos, no tanto por la guerra, cuanto por carecer de comidas, que era la más penosa y que más los consumia.

Dió lugar este retiro de los indios la tierra adentro, á que el amigo Chacomar (que lo fué siempre bueno), pudiera socorrer á los nuestros con algunas comidillas y guiar con los suyos algunas tropas de soldados á donde pudieran hallar otras en algunos pueblos de sus enemigos con que socorrer el real, que iba por la posta llegando al extremo de la necesidad de ellas. Sucedió en este tiempo, que tuvo atrevimiento un valiente indio, ó por industria de su Cacique, ó por señalarse entre los demás, de bajar de lo alto de las sierras y llegarse al fuerte de los españoles á reconocer los que habia y en lo que se ocupaban; puso en ejecucion esta temeridad, y llegando á él á la mitad del dia, se entró dentro sin ser sentido de la posta que guardaba la puerta, por ventura no advirtiéndolo, entendiendo que era alguno de los indios de Chacomar, que con libertad entraban y salian á todas horas, siendo ésta en la que estaban reposando la siesta todos los que habia en el fuerte, se vió el indio en medio del patio de él, sin ver persona de quien pudiese temer, más que una mujer española que habia ido con su marido en compañía de los demás; á la cual, como viese el Gandul estar sentada labrando á la puerta de su aposento y que no habia otro ruido, se allegó desvergonzadamente y comenzó á jugar y querer entretenerse con ella, quitándole la labor y almohadilla de las manos; la cual teniéndolas, y brios de española, no sufriendo la desvergüenza del salvaje, se levantó y arrebató un palo, que acaso se halló cerca, y sin hablar palabra ni llamar favor de nadie, dió tras el Gandul á palos, y ciñéndole algunos bien de asiento, le hizo volver las espaldas, donde tambien le asentó otros, y salir más que de paso la puerta afuera del fuerte, sin que tampoco fuese sentido al salir, por la razon dicha.

El aviso que dió este indio á los que le habian enviado, del descuido con que á su parecer habia hallado á los castellanos, fué causa que tomasen más brios los alterados, y llegasen á tenerlos, de querer acabar echar de la tierra á los nuestros, y con este intento avisaron casi á todas las partes de la isla que estaban con los mismos propósitos, para que se juntaran á ponerlos en ejecucion, como lo hicieron dentro de diez y seis dias, al fin de los cuales vinieron con el secreto posible y el mismo órden que ántes habian tenido, de ir refrescando las fuerzas con nuevo refresco de tropas, y se acercaron una noche, con el silencio y oscuro de ella, al fuerte de los españoles, entendiendo cogerlos descuidados y que no pasasen sus dias de aquella noche. Sintiéronlos las velas á tiempo que dando arma pudieron, con la brevedad que el caso requeria, ensillar y armar los pocos caballos que les habian quedado, y salir todos, caballeros y peones, con sus armas, á la resistencia de tanta canalla como venia sobre ellos; comenzóse la refriega entre las tinieblas de la noche, que no ayudaban poco á los nuestros, por ser en tanta multitud los indios, que por donde quiera que iban caballeros y peones se hacia terrible estrago, y tambien por la confusion con que estos indios siempre pelean.

CAPÍTULO XVI.

I. Caso que sucedió con una mujer española, defendiéndose por más de tres horas de seis indios—II. Consiguen victoria los españoles, y volviendo al fuerte hallaron que habia salido tambien con victoria la española—III. Determínase Sedeño salir de la Trinidad con su gente, y pasarse á la Tierrafirme de Paria, donde edificó una casa fuerte—IV. Deja el Gobernador hecha la casa fuerte y proveido veinte y cinco soldados en ella, contra quien despues se rebelaron los indios Parias.

ENTRE los demás que llegaron á estas horas al fuerte de los españoles, llegó tambien el indio que los dias ántes (como dijimos), habia venido por espía y habia ido despedido de la española con aquel buen recado de palos; el cual, ó corrido de ellos (que pienso no lo fué mucho), por no saberse entre estos indios qué cosa sea esa afrenta, ó por quedar aficionado á la hembra, luego que llegó con los demás y se comenzó la guazabara, sin detenerse en el peligro de ella, se deslizó con cinco compañeros que ya debiera de traer hablados para eso; y cubierto con las tinieblas de la noche, arrimándose á la empalizada del fuerte y topándose abierta una pequeña puerta falsa, que estaba á la parte del mar y sin ninguna guarda, se entraron por ella dentro del fuerte los seis compañeros, y yéndose derechos al aposento de la española, intentaron entrarse dentro, como lo hicieran si la mujer no estuviera despierta. Al fin, con el sobresalto que tenia estando su marido y los demás españoles en la guazabara, y así al ruido que venian haciendo los seis indios por el patio, se puso la española más en alerta, y tomando una espada que estaba en su aposento,

y poniéndose en los pechos el almohada de su cama, para la defensa de las flechas, se llegó á la puerta del bohío para ver qué gente era la que venia haciendo ruido por el patio, y conociendo eran indios enemigos, y que entre ellos venia el que los dias pasados se le habia querido burlar (si bien le habia llovido á cuestas, entendiendo venia á vengarse), se embraveció de manera y se puso tan en buenas con la espada, que aunque intentaron los seis bárbaros ganarle la puerta del bohío, en que hacian todos su posible, disparándole buena cantidad de flechas, fué en vano, pues se tuvo con ellos más de tres horas, picando con la espada á los que se le allegaban, con maravillosos brios, á que ayudaba Dios, guardándola de las flechas, de que se enclavó buena cantidad en la almohada, sin que ninguna le hiciese aún un pequeño daño.

En la fuerza estaba de la pelea esta española mujer con sus seis indios, cuando un soldado de los que andaban con la guazabara, herido de una mortal flecha, se entró en el fuerte sonlocado y sin juicio, por la fuerza del dolor y veneno de la yerba que le turbó de tal manera el sentido, que solo le tuvo para retirarse de la guazabara, y fuera de tino venirse al fuerte sin saber á qué.

Entró, pues, en él de esta manera, y pasando por cerca de donde la española mujer estaba defendiendo su casa y persona, le dió voces pidiendo la viniese á socorrer; pero como ni él sabia á dónde estaba ni quién le llamaba, por el cruel tormento y dolor que llevaba de la yerba, sin advertir á las voces que se le daban, se metió atontadamente en una concavidad que acaso se halló, que habia entre el palenque y bohío donde la mujer estaba, y arrimándose así á los palos del cercado se quedó muerto miserablemente, encajado en pié entre dos palos, donde despues lo hallaron.

Ya iba riendo el alba, cuando los españoles, despues de haber hecho cruel matanza en los indios, en cuatro horas que duró la refriega, los hicieron retirar la sierra arriba, si bien con algun daño de los nuestros, por haber sido de ellos tanta suma y peleado con tan venenosa yerba, volvieron al fuerte, apellidando Santiago y victoria, por la que habian alcanzado, con que los seis indios que habian tenido en tan grandísimo aprieto á nuestra española, sin haberla podido rendir, desampararon el fuerte, cada cual por donde pudo, dejándola á ella con su honra y sin daño ninguno de flechas, la cual con la venida de los españoles y huida de sus seis indios enemigos, fué tanto el placer que tomó, que como muchísimas veces suele acaecer con los dos tan grandes extremos de placer y tristeza, se le cubrió el corazon y cayó en el suelo desmayada á la puerta de la casa, donde, así como la vió su marido y los demás que llegaron á una, entendieron estaba muerta, no oyéndola hablar, sospechando acaso no hubiesen venido algunos indios y la hubiesen muerto.

Comenzaron con este pensamiento á levantarle del suelo, y ella luego á volver en sí y á dar quejas de la inhumanidad que con ella habia usado el español muerto, no queriéndola favorecer en el trabajo con que la halló peleando con los seis indios, cuyo suceso comenzó luego á contar, dando por testigos las flechas que estaban clavadas en el almohada y en algunas partes de su vestido.

Comenzaron luego á buscar al español de quien se quejaba, para reprenderle su crueldad tan grande y cobardía, y halláronlo muerto en el modo que hemos dicho.

No me pareció á propósito quedasen sin poner en memoria estos dos valerosos hechos de esta española, como tambien pusiera su nombre y patria, si de ello hubiera noticias.

Fué muy poca la gente que ya le quedaba al Gobernador Sedeño, por la que le habian muerto en las demás y en esta última guazabara, á cuyo paso habia tambien caminado en el consumo de los perros y caballos, con que estaban aguardando por horas el irse acabando del todo todos los que habian quedado, si continuasen los indios los ordinarios asaltos que hasta allí habian hecho, á que se añadian las apreturas de la hambre, sin tener ya de donde les viniese socorro, porque aunque les daba alguno el amigo Chacomar, y les era de importancia en esto y en los avisos que les daba de las determinaciones que tenian contra ellos los naturales, aun no era todo esto bastante para poderse sustentar en aquel puesto. Todas estas cosas y otras muchas que revolvía el Gobernador Sedeño en su fantasía, le hacian echar mil tanteos y trazas buscando algunas que fuesen á propósito para no perderse él y su gente ni desamparar del todo aquella tierra, y con eso el título y merced que su Majestad le habia hecho de Gobernador y Adelantado de la isla de la Trinidad si la conquistaba, y que seria gran vergüenza y quiebra de su honra y presuncion, volverse á la ciudad de Puerto Rico pobre, por los gastos que habia hecho en la jornada, y sin haberse

efectuado cosa de consideracion, ésta le hacia á veces determinarse á dejar la gente que le habia quedado en aquel sitio é irse á la ciudad de Puerto Rico á traer más. No permanecía en este pensamiento, por contradecirlo otro que le sobrevenia, de entender el mal suceso que tendrian los que quedasen allí, por ser tan pocos, y tan belicosos los indios, con que quedaban vendidas y al tajon de la muerte las vidas de todos.

Entre tanta máquina de pensamientos y consideraciones, halló salida una que le pareció más á propósito, diciendo lo seria pasar con toda la gente que le habia quedado á la costa de Tierrafirme y Provincia ó punta de Uriaparia, y hacer allí una casa fuerte donde pudiese quedar la gente con los bastimentos que pudiese recoger entre los indios, y con esto tomar la vuelta de la ciudad de Puerto Rico con algunos de sus amigos, y juntando otros de nuevo, volver á hacer entrada en la isla con más fuerza de gente. Comunicó con la demás ilustre de la suya este pensamiento, y aprobándolo todos, por verse fuera de tan conocido riesgo como tenian, comenzó luego á ponerse en ejecucion embarcándose en los dos navíos que habia procurado el Gobernador se conservasen, y desamparando el fuerte, donde habian gastado casi un año con tantos trabajos de hambres y guerras como hemos dicho, y otras muchas más, sin haberse hecho ningun buen efecto, ántes quedar briosos los indios y rogando al Cacique Chacomar le diese algunos de sus vasallos para que ayudasen á la fábrica de la fortaleza que intentaban hacer, se dieron á la vela, y en pocas horas llegaron aquel mismo dia al Ancon, ó punta de Uriaparia (dicho así por un Cacique de aquella tierra, que se llamaba Uriapari, de donde tambien se llamó esta tierra Paria) donde se embarcaron con muchísimo contento de todos, por verse fuera de los trabajos que por momentos les estaban amenazando en la isla Trinidad.

No le fué dificultoso al Gobernador Sedeño saltar en la tierra del Cacique Uriapari, pues él con sus indios le salió de amistad á recibir, la cual procuró asentar el Gobernador con algunas cuentezuelas y bujerías de Castilla que le habian quedado, con que habiendo ya dado traza y dispuesto el sitio donde se habia de hacer la casa fuerte, acudian los parias á ayudar á la fábrica, qun juntamente con los que habian traido de la isla, y la mucha industria que ponian los españoles, la fabricaron de piedra y tapias en pocos dias, de manera que quedó bien fuerte y tan acabada como la habian menester para resistir á las flechas de aquellos naturales, si se quisiesen rebelar, como al fin lo hicieron, con las cuales sospechas, ántes que llegaran á ejecutarse, puso el Gobernador cuidadosa diligencia en que se juntase mucha cantidad de comidas, ya con rescates, ya de agrado y ya medio de fuerza, para que con esta prevencion no les forzase la necesidad á salir á buscarlas, y de ahí les sucediesen algunos inconvenientes, por ser tan pocos los que podian quedar en su defensa, pues no pudieron ser más que hasta veinte y cinco hombres, y así, dejándoles por cabo y su Lugarteniente á un Juan Gonzâlez, muy bien prevenido de todo bastimento, y animándoles á que con valerosos brios y fidelidad guardasen aquella fortaleza que les dejaba á su cargo, y no la entregasen á ningun español y Gobernador que acaso por allí pasasen, sin tener órden suya, y prometiendo seria allí de vuelta, con socorro, con la brevedad posible, se embarcó y tomó la vuelta de la ciudad de Puerto Rico con los demás compañeros, habiendo primero enviado á la isla Trinidad los indios que le habia dado su amigo Chacomar.

Previno el Teniente Juan Gonzâlez y los demás de la fortaleza que la tuviesen en su amistad los indios parias, pero ellos tuvieron diferente parecer dentro de muy pocos dias, como gente que con facilidad lo muda, y corridos de haberles dejado sentar tan de fundamento en su tierra, acordaron de echarlos de ella y derribar la casa fuerte, para que si viniesen otros y se juntasen con ellos, no tomasen más fuerzas para destruirlos con su tierra. Con estos intentos la alteraron toda, juntándose de mano armada todos los naturales, y viniendo cierto dia que señalaron para ello, cercaron la fortaleza y los veinte y cinco soldados dentro, que no las tenian todas consigo, viéndose acometidos de tan innumerable canalla, bien armada á su modo, y que sin descuido intentaban todos los que podian para conseguir sus deseos, si bien todos fueron en vano, por no saberse dar maña á derribar la fortaleza, no teniéndola más que para tirar aquellos dardos y flechas arrojadizas, que no les eran de ningun daño y ofensa á los españoles, lo cual advirtiendo tambien los indios despues de algunos dias que tuvieron cercada la casa, con gritos y algazaras, sin cesar dia ni noche, dieron de mano al cerco y se retiraron á sus pueblos, aunque no se descuidaban del todo, que no viniesen algunas tropas de cuando en cuando á espiar si estaban los españoles, con que les hacian estar sobre aviso, y no dejarles alargarse mucho, aun á buscar comidas con que ir

entreteniendo las que tenian en el fuerte, pues aunque era razonable cantidad, se iban ya consumiendo y amenazando falta, con que se iban ciñendo y comiendo muy limitadamente, y la misma necesidad iban padeciendo de agua para beber y lavar la ropa. Llegó Antonio Sedeño con buen viaje y sucesos á la ciudad de Puerto Rico, donde repartió entre algunos vecinos algunos indios que habia llevado, hombres y mujeres, aunque no con nombres de esclavos sino de libres, y como tales eran tratados; pero no embargante esto, de que envió informaciones á la Corte, habiendo sabido el Rey este hecho, envió á mandar se volviesen todos los indios á sus tierras de donde los habia sacado.

CAPÍTULO XVII.

I. Pide al Rey en la Corte don Diego de Ordas las conquistas de la costa que hay desde el rio Marañon hasta el cabo de la Vela.—II. Ofrece una dificultad acerca de esto.—III. Condiciones con que se le concede la conquista.—IV. Sale con gente de España, y tocando en la isla de Tenerife, llega á las bocas del Drago y Marañon.

EN este mismo año de mil y quinientos y treinta, que dijimos habia comenzado el Gobernador Sedeño sus conquistas de la Trinidad, hallándose en Castilla don Diego de Ordas, Caballero de la Orden de Santiago, natural de Castroverde, en el reino de Leon, que habia ido de las conquistas de la Nueva España, donde fué uno de los más famosos Capitanes que desde los principios entraron con el Marqués del Valle, don Fernando Cortés, y le ayudaron á conquistar y pacificar aquellas tierras de Méjico y otras grandes partes de la Nueva España, por lo cual el Rey le hizo merced de darle el hábito de Santiago, le pidió ahora otra nueva, que fué la conquista y poblacion de las tierras que hay en toda la costa, desde las bocas del rio, que despues llamaron Marañon, hasta el cabo de la Vela, que son más de cuatrocientas leguas; y el Rey se la concedió con toda esta longitud, segun dice Herrera, aunque se comprendia dentro de estos términos la gobernacion de Venezuela, que entónces tenian á su cargo los Alemanes, que comenzaban (como hemos dicho) desde el cabo de la Vela ó terminos de la Gobernacion de Santa Marta, por doscientas leguas continuas, concurriendo al Leste, ó como dice el mismo Herrera, *Deca. 4, lib. 4, cap. 8,* tomaba lo mismo que dice se le concedió á Ordas, desde el cabo de la Vela hasta Maracapana.

Esto que aquí dice Herrera, que se comprendia en la gobernacion de Ordas, la de los Belzares, Alemanes ó que era el mismo el uno que el otro, envuelve en sí conocida incredulidad; pues es cierto que teniendo actualmente los Alemanes aquel gobierno como lo poseia cuando Ordas procuró el suyo, Ambrosio de Alfinger por los Belzares (como hemos dicho) y que no vacó en él aunque murió á los principios del año de treinta y uno, como deja ya declarado la Historia; pues despues se volvió á dar el año de treinta y dos, por los mismos Belzares, á Jorge de Espira y á Nicolas de Fedreman su Teniente, como luégo diremos, y duró en su posesion algunos años despues que espiró el gobierno de Ordas; no es posible, ni se puede creer comprendiesen en éste su gobierno el de los Alemanes y golfo de Venezuela; porque demás de ser esto confusion y fuera del órden del derecho, y del que tienen los Reyes en proveer sus gobiernos, es cierto lo habian de contradecir los agentes de los Belzares, que no faltaban de la Corte, ni se les esconderia á esta provision del Comendador Ordas tan en daño suyo, ni sabemos haya habido sobre esto diferencias entre Ordas y los Alemanes, y si las hubiera habido no se pudieran haber ocultado por ser en materia tan grave; y sabemos que en pacífica posesion y sin controversia entró en su gobierno de Venezuela por los Alemanes el Jorge de Espira, cuando gobernaba el suyo Ordas, y duró (como hemos dicho y diremos) muchos dias despues; pues Ordas acabó con el suyo el año de mil y quinientos y treinta y tres, y los Alemanes el año de mil y quinientos y trenta y seis. De suerte que tengo por cosa cierta haber comenzado el gobierno de don Diego de Ordas sólo desde el puerto y ensenada de la Burburata, que era donde se acababa el de los Alemanes, desde el cabo de la Vela, y haberse ido prolongando la costa adelante por los puertos y costa de Carácas, golfo de Cariaco, Maracapana, hasta el rio del Marañon; y aun en estas distancias hubo sus diferencias y razones de quejas de los de las pesquerías de las perlas de Cubagua y de parte de Antonio Sedeño, como veremos, lo cual quedó así sentado como cosa cierta.

Digo que se le despachó al Comendador Ordas el título de Gobernador de esta tierra y de Adelantado y Capitan general de lo que fuese conquistando en ella, y licencia para

fabricar cuatro fortalezas á su costa en las partes que mejor le pareciese convenia; de las cuales se le concedia la tenencia perpetua para sus herederos, con los salarios ordinarios y mil ducados cada un año de ayuda de costa por toda su vida, y más la veintena parte de los derechos Reales que hubiese en aquellas tierras, como no excediesen al año de mil ducados. Asignósele salario de Gobernador, que fueron setecientos y veinte y cinco mil maravedís al año, de los cuales habia de pagar un Alcalde mayor, Médico, Cirujano y Boticario y treinta peones y diez escuderos. Tambien se le permitió que aunque estuviese ausente, pudiese gozar de toda la hacienda y repartimientos que tenia en la Nueva España y diéronsele trescientos mil maravedís más para ayuda de los gastos, artillería y municiones que habia de llevar y licencia para embarcar cincuenta negros esclavos, y que se le diesen veinte y cinco yeguas y otros tantos caballos de los que tenia el Rey en la isla de Jamaica, y más se les concedia á los pobladores que llevaba consigo todas las libertades y exenciones que siempre se han usado dar en los descubrimientos á personas semejantes, y que pudiera erigir un Hospital con limosna, que se le dió para él.

Encargósele guardara todas las instrucciones dadas á las Indias para la conversion y libertad de los indios, y nombrándosele oficiales Reales: el Licenciado Gil González de Avila, por Alcalde mayor, Veedor de fundiciones; Hernando Sarmiento, por Contador; Hernando Carrizo, Gerónimo Ortal, por Tesorero. Diéronsele con esto despachos de favor para el Asistente de Sevilla, que á la sazon era el Conde don Hernando de Andrada y para todas las justicias de Castilla, Canarias, isla Española y costa de Tierrafirme.

Con estos despachos, por su persona y la de algunos Capitanes, levantó gente para su jornada el Gobernador Ordas, y habiéndosele juntado cuatrocientos hombres de guerra y aun segun otros dicen fueron más y que pasaron de mil, y debió de ser con la chusma de casas enteras que muchos traian para las poblaciones, se vino á Sevilla, y habiendo apercibido armada con los pertrechos y municiones necesarios, en dos grandes y buenas naves y una carabela, se dió á la vela al principio del año de treinta y uno, saliendo de Sanlucar y tomando la vuelta de las Canarias, con buen viaje, surgió en la isla de Tenerife, donde se reformó de matalotajes y alguna gente, y dejó concertado por industria y diligencia de Alonso de Herrera, su Maese de Campo, con tres hermanos, gente poderosa, naturales de la isla, llamados los Silvas, para que le fueran siguiendo con doscientos hombres á su costa, por haber sido siempre de importancia y provecho en estos descubrimientos los naturales de aquellas islas, por ser mucha su ligereza y ánimo, y estar versados en recuentros con enemigos; aunque en esta ocasion de más daño fueron que provecho. Salió de esta isla el Comendador Ordas, y con buen tiempo y suceso llegó á las bocas del Drago, que entónces llamaban (y aun hoy conserva el nombre) el mar golfo Dulce, que despues le vinieron á llamar el rio Marañon, dicho así por el tirano Lope de Aguirre y sus secuaces cuando desembarcaron por él, comenzadas las traiciones que hicieron, como despues diremos. Aunque este golfo Dulce descubrió el Almirante don Cristóbal Colon el año de mil y cuatrocientos y noventa y ocho, cuando dijimos habia descubierto la isla Trinidad y le puso la boca del Drago, por haberse visto en tan grandes peligros, que estuvo á pique muchas veces que se lo tragaran con sus naves las resacas y baterías continuas, que era en el agua dulce con la salada; no (empero) por entónces se descubrió la boca de aquel rio, hasta el año de mil y cuatrocientos y noventa y nueve, que la descubrieron los dos hermanos y famosos pilotos Pinzones; y así aunque algunos dicen que nunca este rio se llamó Marañon, sino otro que vacía en el mar más adelante al Este, sin entrar en este grande que llaman Marañon, la verdad es que ni éste ni aquél se llamaron Marañon, hasta que se le pusieron los de Lope de Aguirre, muchas leguas ántes que éntre en el mar y debieran ponérsele por la maraña que urdieron en él, por el cual tambien ellos se llamaron los Marañones, y otros le llamaron el rio de Orellana, por haber bajado por él (desde el de la Canela) un Capitan llamado Francisco de Orellana, de que despues daremos tambien alguna mayor noticia, y de las que él dió (que fué el primero que navegó) de muchas riquezas; si bien todo era sin fundamento y sólo para con este nombre aficionar soldados, para hacer sus conquistas; pero sea lo uno ó lo otro, supuesto que entre tan varias opiniones no es imposible sacar la verdad en limpio, sólo para lo que nos importa, iremos en todas las partes que se ofreciere tratar de este rio en esta Historia con este nombre de Marañon, que suerbe tan infinitas aguas de otros rios.

CAPÍTULO XVIII.

I. Intenta el Comendador Ordas comenzar su conquista por el rio Marañon—II. Piérdese la una nave y la carabela con toda la gente y vituallas que iban en ellas—III. Muda rumbo el Gobernador para su conquista, y en ella su nave—IV. Desembarca en la tierra de Paria, donde le recibieron de amistad los indios Acios.

ALGUNOS dias ántes que llegara el Comendador don Diego de Ordas á este golfo y bocas del rio Marañon, se habia cogido por allí cerca una canoa con cuatro indios, y hallado entre ellos dos piedras de esmeralda, la una tan grande como la mano; y preguntados dónde se hallaban de aquéllas, respondieron que á tantos dias ó soles, yendo el rio arriba, habia una peña de donde se cortaban aquellas piedras, que más pareció embuste que otra cosa, si bien pudo ser hubiese por donde decia algunas canteras de piedras verdes, como las hemos visto en algunos mármoles de la iglesia de Córdoba en Castilla, de que trataremos cuando se trate de las esmeraldas de Muzo, en la segunda parte. Por estas noticias, y otras aun más ciegas que andaban entre la gente de aquella costa, de que cuarenta leguas la tierra adentro, junto al rio, habia un monte de árboles de incienso, muy alto, y que las ramas eran como de ciruelo, de las cuales colgaba el incienso, y otras nuevas, que todo fué despues freislera, se determinó don Diego de Ordas á comenzar por allí su descubrimiento: y así, se entró con sus naves y carabelas en el golfo, donde por los bajos y bancos de arena que hacen las avenidas del rio, calmas y muchas corrientes, se vió con sus tres naves en conocido peligro; aunque advirtiendo el riesgo en que estaba puesto (pues solo hallaban las naves tres brazas en qué nadar, por lo más sondable) como hombre de valor, hizo fuerza en salir de aquel riesgo y peligro y hacerse á la mar.

La cual advertencia no tuvo, ó no pudo tener su Teniente general Juan Cortejo, que iba en la otra nave, aunque era hombre muy diestro y versado en la guerra y mar; pues fiado por ventura en que su nave, por ser más pequeña y algo chata, pescaba ménos agua que la Capitana, forcejó entrase dentro de la fuerza del oleaje y bajíos, á quien tambien fué siguiendo la carabela, fiados por ventura en lo mismo que los de la nave: pero sucedióles muy de otra suerte que imaginaban, pues les sobrevino sobre los mismos bajos una tormenta tan deshecha y peligrosa, que por huir de ella tuvieron por partido (desamparando la nave y carabela) meterse los que pudieron en los bateles de ambas, con que fueron con inmensos trabajos á dar á la costa sobre unos anegadizos que estaban cerca de la Provincia de los indios Arvacos, pereciendo todos los demás con las dos naves.

Desde aquí determinaron ir con los bateles en demanda de la tierra de Paria, donde entendian hallar á su Capitan Ordas; pero como para conseguir esto habian de pasar un golfo no pequeño y mucho mayor del que podian sufrir los pequeños bateles, en especial yendo recargados de gente, con pequeña tormenta que les sobrevino, ya que habian comenzado la travesía del golfo, se sorbió al uno con toda la gente la fuerza del oleaje, sin escapar persona; el otro (más por virtud divina que fuerzas humanas) aportó, como algunos quieren, á la fortaleza de Paria, donde dijimos habia quedado la gente de Sedeño, estando ya en ella Ordas, á quien dieron noticia del suceso que hemos dicho de la nave y carabela.

No tienen algunos por tan cierta esta relacion de la pérdida de la nave en que iba Juan Cortejo, y de la carabela, que no haya otras opiniones, de que al tiempo que llegó esta armada cerca del Marañon; y este nao, por ser más pequeña y ménos cargada (como dijimos) se entró sin tocar los bajíos, á quien siguió la carabela hasta meterse ambas con algun temporal y crecientes del mar por la boca del rio, por donde fueron entrando, más por fuerza qae de grado, hasta entrarse muy dentro de él, donde la gente saltaria en tierra, y aprovechándose del remedio de las armas, desamparadas las naves, procurarian conservar sus vidas entre los naturales que hallasen por aquellas Provincias y márgenes de los rios. Sobre este caso sucedido de esta suerte, echó á volar la fama (sin más fundamento que esto) de que algunos indios comarcanos á las espaldas de este Nuevo Reino de Granada, que se daban las manos en sus contratos, en especial por el rio de Meta, que nace en el mismo Reino, á las espaldas de la ciudad de Tunja, habian dado noticia que en estas serranías, que llaman del Sur, respecto de las bocas de este rio, habia españoles, gente bárbara y vestida de la manera que ven á los demás españoles, como despues diremos en la noticia tercera, cuando tratemos de la jornada que hizo por aquel rumbo Jorge de Espira,

que fué el primero á quien se le dieron las noticias, y despues á Micer Utre. De esta fama tomó el vulgo ocasion para decir que esta era la gente que se perdió de Ordas en estos dos navíos: pero lo que siento de esto es, que fué pura invencion de algunos Capitanes, fundados solo en las leves noticias que diremos dieron á los dos, como se ve en una informacion que dió de esto, el año de mil y quinientos y cincuenta y siete, el Capitan Pedro Rodríguez de Salamanca, en la Real Audiencia de Santafé, pretendiendo con este color, de que en aquellas Provincias habia españoles perdidos, se le diese comision y gente para irlos á buscar, cubriendo con esto el seguir las noticias que por otros caminos se han tenido, de las muchas riquezas y naturales que siempre se han dado de estas tierras; donde despues de estos sucesos han dicho que está el fingido hombre Dorado, de que despues en la segunda parte hablaremos, y del fundamento que tuvo este nombre Dorado: pero en cuanto toca á la pérdida de estos soldados de Ordas, es ciertísimo que se perdieron, ó en la mar, ó en el rio, ó entre los indios, fuera de los de la una barca, como hemos dicho y diremos.

Hecho andaba al largo el Gobernador Ordas con su nao Capitana (como dijimos) huyendo de los bancos de arena que tenia hechos con sus avenidas el rio Marañon, cuando viendo por esto los imposibles que tenian sus intentos de comenzar por allí sus descubrimientos y conquistas, en especial habiéndoseles ausentado tan sin rastro de ellas la otra nao y carabela, cuando intentó mudar rumbo y comenzar su jornada por otra parte ménos peligrosa; y habiendo para esto tomado acuerdo con los más vaqueanos de sus soldados, y más versados en aquella tierra y conquistas, no faltó entre ellos quien le diera noticia de las tierras de Paria, afirmando ser muy pobladas de naturales, y ricas de oro y plata, de que no recibió poco gusto el Gobernador, pareciéndole ser tambien aquello de su gobierno, estirazando un poco los recados que llevaba, y diciéndole estaba cerca del paraje donde se hallaba; de comun consentimiento de sus Capitanes, tomó la derrota para ir allá, y comenzando á navegar, siempre á vista de tierra, por no engolfarse, á poca distancia de como comenzó la navegacion, le comenzaron á continuar las desgracias que habia llevado desde sus principios, encallando la nao en un secreto bajo de arena que arrojaba una isleta, que se le atravesó en la navegacion, por haber sido el banco de arena, pudo repararse el mayor daño que se pudiera seguir del asiento de la nave, pues luego que comenzó á arsar, y se advirtió no eran piedras donde habia topado, por no hacer agua el navío, echaron con diligencia el batel al agua, y en él toda la gente y cuarenta caballos con la demás carga que traía á tierra; con que quedando boyante la nave, la pudieron sacar sin peligro, con la mucha diligencia que se puso, amarrándola al batel, y con fuerza de remos, aguardando las crecientes de las mareas: si bien á la primera y segunda no aprovecharon estas diligencias, hasta aguardar la tercera, que con el favor divino, que no quiso pereciese allí tanta gente, que segun dicen eran más de seiscientas almas, haciendo fuerza con gran ímpetu con los remos en el sumo punto de la creciente del mar, la sacaron del peligro, á donde pudo nadar.

Libres ya de este trabajo, volvieron á embarcarse la gente, caballos y lo demás que habian alijado; prosiguiendo su viaje, embocaron por las bocas del Drago, que, como hemos dicho, es un estrecho y angostura que se hace en una punta de la isla Trinidad y la Tierrafirme de Paria, que está casi cerrado, por tener solas dos salidas, la una por estas bocas del Drago y la otra á la parte de Cubagua, que es aun más peligroso y de riesgo que la de las bocas del Drago, por tener en medio dos pequeños isleos, que son causa muchas veces de peligrar las naves. Entrando con la suya en este golfo el Comendador, y echando su gente en tierra, á la parte de Paria, en una Provincia de indios llamados los Acios, que no se alborotaron con la llegada de los españoles, por haber ya contratado en otros tiempos con ellos, comenzó á hacerles amistad y tratar amigablemente con algunos dijecillos, cuentas y abalorio que les dió.

CAPÍTULO XIX.

I. Tiene noticia el Comendador Ordas de la casa fuerte de Sedeño y de los soldados que estaban en ella—II. Envía el Gobernador á reconocer el fuerte y soldados de él, á quien siguieron—III. Avisan á Ordas del suceso del fuerte y viénese á él con su nave y da un áspera reprension á los soldados de Sedeño—IV. Determina comenzar su conquista por el gran rio de Uriaparia, para lo cual hace bergantines, y allí tiene nueva la pérdida de las otras naves.

INFORMÁNDOSE de cosas entre estos indios el Gobernador, más por señas que por intérprete, pues no lo tenia que entendiese la lengua, tuvo noticia que hasta ocho leguas de allí, en la misma costa, habia otros españoles como ellos, de que no dejó de quedar alterado el Gobernador, por tener puesto en su pensamiento que todo aquello entraba en su gobierno, y no saber qué gente fuese la que le decian, y parecerle que con cualquiera que fuese, forzosamente habia de tener diferencias en la posesion de la tierra. Templáronsele algo estos cuidados luego que supo de los mismos indios, que solo serian aquellos hombres hasta veinte, y no sosegando hasta saber quiénes eran, mandó aderezar el batel que traian para el servicio de la nave, que era bueno y bien capaz, y que entrasen en él cien hombres armados, y llevando por Capitan al Tesorero Gerónimo Ortal, fuesen á reconocer qué gente era la que los indios decian, llevando á ellos mismos por guias; advirtiéndoles que si fuese solo el número de gente que decian los indios, los prendiesen sin alboroto, y de todo le avisasen con la brevedad posible.

Tomaron los del batel la vuelta de la casa fuerte, por donde les guiaron los indios, y llegando allá en breve tiempo, fueron causa de no pequeño contento para los soldados que estaban en ella, por ver españoles y gente de su nacion, y ocasion en que poder escapar de la opresion que tenian entre aquellos bárbaros, sin dejarles salir cuatro pasos de la fortaleza, por la mucha que de innumerable gente de ordinario los cercaba, y estar ya casi del todo desamparados de comidas. Saltó en tierra Gerónimo Ortal con su gente, habiéndose primero saludado desde el mar, y viendo la poca que habia en la fortaleza, desarmada, flaca y enferma, se entró (como dicen) de rondon en ella, y sabida la causa de su estada allí, y principios que tuvo aquella casa, se apoderó de ella y de lo poco que en ella habia y de todos los soldados, despojando al Juan González del poder y jurisdiccion que le habia dejado Antonio Sedeño, enviando luego á dar aviso al Comendador Ordas de todo lo que pasaba con algunos soldados de los que habian venido con él y de los de Sedeño, que con brevedad llegaron en el esquife á donde estaba el Gobernador, el cual con el contento que recibió de haberse apoderado Gerónimo Ortal de la gente y casa fuerte, y que con esto no podia ser de consideracion la resistencia que le hiciera en su pretension de que aquello fuese de su Gobierno, sin perder tiempo se embarcó en su nave y dió á la vela, la vuelta de la casa fuerte, donde llegó y saltó en tierra con todo el resto de la gente que le habia quedado. Mandó luego parecer ante sí al Juan González y á los demás soldados sus compañeros, y fingiéndose enojado y arrogante, les dió una áspera reprension, dándoles á entender que si no tuviera por cierto que la necesidad les habia forzado á salirse de la isla Trinidad y venirse allí á fundar aquella fortaleza, les castigara con rigor, como á hombres que injustamente se apoderaban y metian de su autoridad en jurisdiccion y gobierno que á él le estaba encargado por el Rey. Demás de que tambien merecian grave castigo por haberse metido temerariamente tan pocos soldados y tan mal armados entre tan gran número de naturales y tan belicosos como habia en aquellas Provincias, donde no pudiendo defenderse de ellos, un dia que otro les habian de dar crueles muertes, y con esto cobrar atrevimiento, que redundara en daño de todos los españoles que despues llegaron á aquella Provincia.

Dió fin con esto á su reprension y luego principió á declararles cómo aquella tierra era de su gobierno, y que él la venia á poblar y pacificar, y que si quisiesen seguir en las conquistas y poblaciones de ella, que gratificaria á todos y á cada uno de por sí, tan particularmente como á los que venian con él, segun lo que cada uno trabajase, sin que entre unos y otros hubiese otra diferencia más que la que cada uno hiciese en sus valerosos hechos. No todos los soldados de Sedeño recibieron con igual corazon estas pláticas del Comendador Ordas, si bien algunos dieron muestras, con fingida alegría de rostros, de que le servirian con voluntad; pero esto más era por la fuerza y opresion en que se veian, de

ser tan pocos, que no por gusto de voluntad entera que tuviesen de lo que ofrecian, de que no pudo disimular tan del todo el Juan González que no diese á entender el sentimiento que habia tenido de la arrogancia y reprension que tan sin ocasion les habia dado el Comendador, con que quedaron ambos acedos y repuntados, y el Ordas con deseos de despachar de esta vida al Juan González, porque era hombre muy de hecho, y no atreviéndose á hacer esto, ó por el escándalo y otros respetos é inconvenientes que se podian seguir, dió traza como esto se siguiera á la sorda, y fué que habiéndose informado de los mismos españoles del fuerte, de la mucha gente y riquezas que habian venido á entender habia por toda aquella costa del rio, por haber venido con familiaridad á los principios á tener rescates y tratos con ellos, acordó de enviar al Juan González solo, la tierra adentro, á reconocerla y traer informacion de ella, con intento de que le matasen los indios, porque sabia que todas aquellas Provincias eran de gente bárbara y belicosa, y estaban de guerra contra los españoles. No dudó el Juan González hacer esta entrada, donde le sucedió bien diferente de lo que intentaba Ordas, como diremos.

Como halló el Gobernador fundada ya de asiento aquella casa fuerte en aquel sitio, desde donde se determinó, con parecer de algunos de sus Capitanes, comenzar la navegacion para su conquista, por el valiente rio de Uriaparia, para efectuar esto, le pareció hacer, lo primero, amistad con los indios de aquella Provincia del fuerte, que no le fué dificultoso conseguir á precio de aquellas menudencias, cuentas y bujerías con que suelen engañarlos, y hecho esto, dió luego órden de que se hicieran tres bergantines y otros barcos pequeños, que con facilidad pudiesen navegar por el rio y llevar á jorro la nao Capitana, que pretendia subir por él, valiéndose de esta industria en ocasiones que calmasen los vientos. Y habiéndose en estas fábricas de gastar por fuerza algun tiempo, en el cual si estaba toda la gente junta se habian de gastar las comidas que tenian para la jornada, determinó el Gobernador se repartiese la más de la gente por los pueblos más circunvecinos á la fortaleza, que (como hemos dicho) ya estaba de paz, de donde se siguiesen dos provechos, el uno echar la costa de casa y el otro procurar conservar á los más principales indios con su presencia en su amistad, y solicitar que acudiesen con las cosas necesarias, como era madera, brea y fique, para la fábrica de los bergantines.

Tuvo tambien intentos en detenerse aquí más que en otra parte el Comendador, de que le hallasen allí alguna gente, si por ventura se habia escapado de la muerte de la nave y carabela, perdidas en los bajos del Marañon (como sucedió), pues segun la opinion primera que dijimos, llegó en este tiempo uno de los bateles con la poca gente que en él pudo escapar, y dió noticia de la pérdida de los demás y modo que se tuvo en la desgracia de ella.

CAPÍTULO XX.

I. Despáchanse los Silvas en la isla de Tenerife para venir en seguimiento del Gobernador.—II. Hacen algunas insolencias ántes que se partan de la isla y despues en una de Caboverde.—III. Llegan los dos hermanos Silvas á Paria, donde les cortaron las cabezas.—IV. Parte el Gobernador de la fortaleza y entra en el rio de Uriaparia.—V. Alcánzale el Gaspar de Silva en la boca del rio, donde tambien le cortaron la cabeza.

LUÉGO que el Comendador Ordas se hizo á la vela en el puerto de Santa Cruz, isla de Tenerife, los tres hermanos Silvas, llamado el uno Gaspar de Silva, el otro Juan González y el otro Bartolomé González, comenzaron á despacharse para ir en su seguimiento, vendiendo sus haciendas, muebles y raíces, de que estaban bien arraigados, con esperanzas de mejorarse en todo con acrecentados colmos en las tierras que les habian dicho iban á descubrir. Estas mismas levantaron los pensamientos para hacer lo mismo otros muchos de la isla, amigos de los Silvas y de la más gente con que juntaron para seguir el viaje más de 200 hombres, estando ya casi á pique todos para embarcarse en una nave y una carabela que habian comprado los Silvas para el efecto, en que ya estaban embarcados los matalotajes y lo demás de que se habian prevenido para la jornada, llegó al mismo puerto de Santa Cruz, donde estaban surtos los navíos de los Silvas, un galeon de un caballero portugues cargado de mercancías para surtirlas en aquel puerto é isla, en que tambien venia una doncella de poca edad, hija ó parienta muy cercana del señor del galeon.

El que venia por maestre de él, ó por enfados que tuviese con el dueño ó llevado de alguna diabólica codicia de que se dejó vencer, trató con el mismo Gaspar de Silva, que era el hermano mayor de los tres, que so color de haber menester aquel galeon para una jornada tan importante como queria hacer, se apoderase de él y de todo lo que en él estaba y lo llevase consigo. Dejóse tambien el Gaspar de Silva vencer de la codicia, y como hombre poderoso y que no tenia por entónces quien le hiciese resistencia, hizo de hecho y contra derecho lo que él y el maestre del galeon concertaron, apoderándose de él y de cuanto en él venia, haciendo salir de él la gente que se oponia al hecho, y que pasara á la otra nave que él tenia comprada para el viaje, porque estaba ya vieja y mal tratada, y así se la dió en recompensa del galeon, sacando primero de ella lo que le pareció de lo que habia metido para el viaje, y poniéndolo en el galeon y en la carabela, en la cual propuso desde luégo navegar con la doncella que venia en el galeon.

Con estos intentos, repartió tambien la gente en ambos navíos, y poniendo en el galeon por Capitanes á sus dos hermanos, entrándose en la carabela, y dejando la nave vieja á los portugueses, se hicieron á la vela, tomando su derrota á las islas de Caboverde, á donde llegaron en pocos dias, y saltando en tierra en una de ellas á tomar refresco para el viaje, dieron órden los tres Capitanes Silvas de tomar con violencia muchos ganados y otras cosas que pudieron haber á las manos, robando á algunos portugueses isleños sus haciendas, de los que no pudieron resistirse ni ponerlas en seguro de aquella violencia; la cual hecha y bien cargados los navíos de estos pillajes, prosiguieron su viaje, en el cual añadiendo maldades á maldades, forzó á la doncella que habia hecho entrar consigo en la carabela, con notable escándalo de la gente que venia en ella, por haberse sabido luégo el caso atroz; porque vicios y virtudes no son para estar en rincones, pues aunque se ejerciten en el centro de la tierra, han de sacar la cabeza á que las vea el mundo y se publiquen.

Era el galeon mejor velero que la carabela, y así dejándolo atras, se adelantó y dió vista algunos dias ántes que ella al rio Marañon y los demás puertos que habia por aquella costa; la cual yendo bogando sin rastro de los navíos del Gobernador Ordas, embocó por las bocas del Drago y fué derecho á dar al puerto y fortaleza de Paria, donde halló surta la nao del Comendador, y haciendo aprisa los bergantines y barcos que dijimos. Fué notable el gusto y alegría que recibió don Diego Ordas con la llegada del galeon, y haciéndose alegre salva los unos á los otros, surgió en tierra la gente de los Silvas, donde fueron alegrísimamente recibidos de su Gobernador, que aumentó su contento, sabiendo el buen suceso que habian tenido en el camino y la abundancia que traian de bastimentos, pues no sólo traian los que habian menester para ellos, pero otros muchos y muchas mercancías para vender á los que estaban en el puerto, de que les rindió muy particularmente las gracias, dándoles licencia que pudiesen vender á como quisiesen lo que traian sobrado.

Duróle este gusto al Gobernador, hasta que el Señor fué servido de que las maldades hechas se descubriesen (como se hizo) luego á dos ó tres dias, por dos soldados que venian en el galeon, llamados Hernan Sánchez Morillo y un Briones, que no debian de haber sido consencientes, ni aun parecídoles bien tan atroces maldades; y así dieron noticia de ellas al Gobernador, el cual convirtió luego en disgusto el contento tan grande que habia tenido con su allegada, determinando se les diese el castigo que merecian, para lo cual mandó luego al punto á su Alcalde mayor, el licenciado Gil González de Avila, prendiese á los dos hermanos Silvas y procediese á las informaciones contra los delitos de que se les acusaba, y así mismo hiciese justicia de ellos y de los demás culpados. Tomó luego la causa el Alcalde mayor, y procediendo en la informacion, la halló tal y tan llena (por haber sido todas las cosas públicas) que por los méritos de ella, sentenció á cortar las cabezas (como se hizo) luego á los dos hermanos Juan y Bartolomé González; ahorcaron á otros, azotaron y afrentaron, segun los hallaron participantes en la culpa.

Ya en este tiempo se habian acabado los barcos y bergantines en que se habian gastado casi dos meses, al fin de los cuales, estando ya todo lo demás á pique para la jornada, advirtiendo el gobernador los varios sucesos que suelen sobrevenir en estos descubrimientos, y ser de ordinario muy otros de lo que se piensa, acordó (con el parecer de los más cuerdos de sus Capitanes) dejar gente en aquella casa fuerte, para que si acaso se perdiesen en el rio ó sucediese algun otro vario caso, por donde se derrotasen los soldados, hallasen allí socorro; y así, señaló cincuenta hombres de los que parecian más á propósito para sufrir los trabajos, que necesariamente se les habian de ofrecer, quedando entre aquellos bárbaros, y nombrándoles por su caudillo á Martin Yañez Tafur, uno de los más prin-

cipales y señalados Capitanes que traia en su campo, que despues fué vecino de la ciudad de Tocaima, en este Nuevo Reino de Granada, y habiéndoles dado instruccion de lo que habian de hacer y el tiempo que lo habian de esperar, se partió con sus bergantines, barcos, nave y galeon que trajeron los Silvas, tomando la vuelta de la entrada del rio de Uriaparia.

A este intento que tuvo el Gobernador para dejar soldados en la fortaleza, se allegaron otros dos : el uno fué para reparar el daño que se le podia seguir, si el Gobernador Sedeño volviese de Puerto Rico con fuerza de gente y pretendiese apoderarse de esta fortaleza que él habia hecho y de la tierra de Paria, que tambien pretendia entraba en su gobierno, porque hallando quien le hiciese rostro y resistencia en esto, por ventura mudaria de intentos, en especial si el Tafur con los soldados le prendiese y quitase la gente que traia, que para todo les quedaba órden ; el otro intento que pudo tener en esto Ordas, fué que á la partida de España, dejó en el rio de Sevilla una nave, llamada Marineta, con un Capitan, para que, habiendo levantado doscientos hombres, los que pudiese de allí para abajo, fuese en su seguimiento y socorro, y para que si esta nao llegase á aquel fuerte entre tanto que él andaba por el rio, hallase allí socorro de soldados y quien le diese noticia de la derrota que él habia llevado, y acudiesen por los mismos rumbos á llevarle nuevo refresco de comidas y tambien el socorro que trajese el Capitan de la gente de Castilla. Posibles son todos tres intentos, y que no se contradicen ; pero sean todos ó el uno, al fin quedó el Martin Yañez Tafur con sus cincuenta soldados en la fortaleza de Paria, y el Gobernador se partió de ella (como hemos dicho) y tomó la vuelta y entrada del rio, por la boca que hoy llaman de Varima, que de las siete con que entra este rio Orinoco en el mar, es la que está arrimada á la Tierrafirme de Paria, y aun pienso que la más sondable, en que pueden por toda ella navegar navíos de porte de doscientas toneladas, todas las treinta leguas que tiene de largo esta boca. Las que tambien tienen las otras seis, desde el mar para arriba y desde donde comienza á dividirse el rio en estas bocas, que es á distancia (como decimos) de treinta leguas del mar, sube otras doscientas continuadas, con anchura de una legua y más, y algunas veces ménos, todas navegables con navíos de gran porte.

A pocos dias de esta partida llegó á la fortaleza el Gaspar de Silva, que, como dijimos, habia quedado atras con la carabela, y tomando nombre en el fuerte de la derrota que llevaba el Gobernador, sin desembarcarse ni saber el suceso de sus hermanos y los demás, prosiguió su viaje en demanda del Gobernador, á quien alcanzó á pocas leguas de la entrada del rio, en cuyas primeras vistas hizo demostraciones de grande alegría el Silva, con voces y artillería que disparó de su carabela, y metiéndose luego en el esquife, se fué á la nao Capitana á besar las manos al Gobernador, el cual luégo lo mandó prender y que se hiciese justicia de él como de sus hermanos, sobre cuyos delitos en que habian sido comunes, se añadia el de haber forzado la doncella, y así, luégo lo degollaron en la nave, por estar sustanciada la causa, y llevaron á enterrar á una isleta que cerca de allí hacia el rio, llamada en lengua de indios Perataure, despues de los españoles, la isla de Gaspar de Silva. Todos los bienes, mercadurías y las dos furtas que traian los Silvas, asi lo que habian robado en el galeon y Caboverde, como lo que traian por suya, fueron secuestrados, vendidos y depositados en los oficiales de la hacienda Real que venian, de que despues se dió cuenta y en este hecho ejemplo al mundo de lo poco que se puede fiar de él, y á cuán miserables tragedias trae á los hombres, que sin consideracion, pensando dar pasos adelante, se hallan muchísimos atras.

CAPÍTULO XXI.

I. Comienza el Gobernador con grandes trabajos la subida del rio—II. Sale Juan González de penetrar los secretos de la tierra, y encuéntrase con el Gobernador—III. Llegan al pueblo del Cacique de Uriaparia—IV. Saltaron en tierra los castellanos y procuraron con rescates sacar comidas y hacer amistad con los Indios, aunque ellos no la guardaron.

FUÉ siguiendo su viaje el Gobernador Ordas, entrándose con toda su armada por el rio, que aunque iba manso y de sosegadas corrientes, y con sobrada hondura para poder nadar la mayor nave, la navegacion era trabajosísima, por mancarles el viento á cada paso y cuando alguno corria, era lo más ordinario por punta de bolina, y así les era forzoso suplir con remos la falta del viento, para subir la Capitana, dándole cabo desde los bergantines y barcas, desde donde la más de la gente iba remando con incomparable trabajo, pues aunque se repartia entre todos los soldados el remar, no eran bastantes para no ir reven-

tando, por ser el vaso tan grande y ser cosa cierta que la navegacion por aguas dulces es muy más pesada que por las saladas, porque parece crió Dios Nuestro Señor á éstas para la navegacion, con la grosedad y cuerpo que han menester las naves, lo que faltando en las dulces por ser tan fútiles y delicadas y mas pegajosas al navío, les falta muchísimo de lo que es menester para la navegacion ligera. Acrecentaba estos trabajos el que padecian los pobres soldados con el otro galeon (aunque pequeño) que trajeron los Silvas, porque dió tambien el Gobernador en lo que habian de subir para llevar en él las cosas necesarias á la jornada que habian traido de España.

Entre tanto que pasaba esto en el ejército, andaba Juan González (á quien habia enviado el Gobernador desde la fortaleza á penetrar é informarse de la tierra) peregrinando entre los indios, y habiendo subido muy arriba, tuvo tan buena suerte, que fué muy bien recibido y tratado con los indios, porque aunque (como dijo el Espíritu Santo) no hay sabiduría, prudencia ni consejo contra el de Dios Nuestro Señor, el cual quiso guardar este Capitan entre aquellos bárbaros, contra los intentos de Ordas, los cuales (aunque conoció el Juan González) luego que le mandó entrase á saber los secretos de la tierra, con todo esto determinó meterse en el peligro que con él pudiera suceder, ántes que detenerse en el que tenia entre aquellos bárbaros; si bien entre ellos halló tantos amigos que con dos canoas le quisieron acompañar por el rio abajo hasta que toparon con Ordas y su gente que lo iba subiendo con los trabajos referidos, á quien refirió haber subido muy arriba y haber topado grandes poblaciones, y que miéntras subia, mayores las hallaba, con cuya relacion los principales Capitanes de este ejército quisieran mucho, por parecerles más acertado así, que Diego de Ordas, dejada la navegación del rio, se entrara por la tierra adentro, pues eran más ciertas aquellas noticias que las que llevaban; pero no desistiendo de su parecer, iba siempre con determinacion de seguir las que ántes que saliera de la fortaleza, entre otras, le habian dado los naturales, de que á pocas leguas de la entrada de aquel rio estaba el principal pueblo y señor de toda aquella tierra llamada Uriaparia, con cuyas noticias y señas que llevaba de este pueblo y la banda del rio donde estaba, hizo que fuesen bogando siempre hácia aquella parte, para donde habiendo navegado con inmensos trabajos cuarenta leguas, por las destemplanzas del país, mucho calor y humedad, sobrevino tan grande enfermedad, en especial á los que iban más fatigados del trabajo, que murieron más de trescientos soldados en aquella distancia, porque era la constelacion tan mala y los aires tan inficionados para la gente nueva, que sucedia en haciéndoseles de algun rasguño, por pequeño que fuese, un poco de sangre, picándoles algun morciélago, en que padecian insufribles trabajos, ó de otra cualquier ocasion que se les hiciese alguna pequeña llaga, luégo se encanceraban y perecian sin remedio; y hubo hombres que en una noche y un dia les consumió el cancer toda la pierna desde la ingle hasta la planta del pié; y así se veian morir los unos á los otros, sin poderse dar remedio en enfermedades tan pestilentes.

Añadanse á estos trabajos los de la hambre, que les comenzó luégo al principio de la navegacion, á causa de tener por allí el rio á su márgen anegada la tierra y cubierta de lama, de manera que no les era posible á los bergantines ir á buscar comidas por ninguna parte, y lo peor era, que más por temeridad que perseverancia, no fueron bastantes estas calaminades y consumo de gente para disuadir al Gobernador de aquella entradn y que se volvieran á la fortaleza de Paria, para intentarla por otra parte de ménos riesgo y peligro. Antes prosiguiendo el viaje con los crecimientos de trabajos que iban sobreviniendo cada hora, saliendo del paraje de los anegadizos llegaron al pueblo de Uriaparia, cuya barranca y rio estaba tan sondable, que llegaban las naves á besar la tierra por el lado con que podian saltar en ella con plancha.

Aunque los naturales de este pueblo se admiraron de ver aquellos tan nuevos y grandes navíos, y gente tan peregrina que venia en ellos, no les fué causa de alteracion ni ocasion de dejar su pueblo, confiados en el gallardo brio que tenian y en su valentía y mucho número de gente, porque era este pueblo de más de cuatrocientos bohíos, tan grandes que en cada uno habia una parentela entera y todos diestrísimos flecheros y ejercitados en la guerra, á quienes por ser tan valientes, y por las tiranías y atrevimientos que tenian, temian todos los pueblos comarcanos. Saltó en tierra el Comendador con su gente, y aunque era tan extrema la necesidad que llevaban de mantenimientos, que los obligaba á tomarlos donde quiera que los hallasen, no consintió el Gobernador les tomasen ninguno, aunque los tenian en abundancia, de todo género de pescado, maíz, legumbres y raices, por no dar ocasion á estos bárbaros de que haya alteraciones contra ellos; y así, apartados del

pueblo hasta uno y dos tiros de escopeta, se alojaron en sus tiendas, dando luego traza por buenos y pacíficos medios, y algunos rescates, de hacer amistad con ellos é inducirlos á que les trajesen algunos mantenimientos para reparar la hambre de todos, á que acudian los indios con facilidad, mediante la buena paga de rescates y cosas de Castilla que les daban.

No pasó mucho tiempo despues de estar allí rancheados, que los indios (como gente variable) no hiciesen demostracion de los intentos que desde luego concibieron de tentar sus fuerzas con las de los españoles y experimentar si eran tan belicosas como las suyas. Tomaron para esto ocasion, sin habérseles dado otra, el andar una piara de puercos, de hasta treinta machos y hembras, de los de Castilla, que habian llevado en las naves, paciendo cerca de sus casas, que les pareció bastante para acordar de matarlos una noche, y al soldado que los guardaba, el cual, por algunas señales que vió, coligió las trazas é intentos en que andaban los indios; y apartándose la propia noche de donde traia su ganado, fué á dar aviso al Gobernador de lo que habia entendido querian hacer los indios. No se satisfizo de lo que el soldado decia, creyendo que el temor de verse solo le habia representado aquello, y para más asegurarse envió diez soldados con sus armas á que disimuladamente entendiesen lo que hacian los indios, sin alborotarlos, los cuales habian ya salido de mano armada (cuando llegaron los diez) á matar el que guardaba el ganado, y no habiéndolo hallado, por haber ido á dar el aviso, se pusieron en asecho y emboscada para cuando volviese donde estaban, cuando llegaron los diez soldados, á quienes con tan buenos brios acometieron los indios, que á la primera rociada de flechas mataron los cinco, escapándose los otros, que, ó por más ligeros ó por estar más apartados de la refriega, vinieron más que de paso á dar aviso del suceso al Gobernador.

CAPÍTULO XXII.

I. Sale el Gobernador de su alojamiento para el pueblo, al castigo de los indios, donde suceden mayores daños—II. Sálense los indios de su pueblo aquella noche y déjanlo abrasado con todo lo que en él habia—III. Determinó el Gobernador, dejando allí los enfermos, pasarse con los bergantines á un pueblo de la otra parte del rio, donde hallaron algunas comidas y reposo algunos dias—IV. Diéronle allí noticia de la Provincia de Guayana, y envía á Juan González á que sepa la verdad de lo que le decian.

ALBOROTÓSE el ejército del suceso, y con más acelerado paso del que pedia el buen concierto de guerra, se partió el Gobernador y los que le siguieron, á la deshilada, para dar en el pueblo y castigar aquel atrevimiento á los indios, que aun no habian resfriádose del calor y brios que les habia puesto el vino que ántes de acometer el hecho habian bebido, segun su costumbre, que la tienen y es comun en todas estas Indias, calentar por la boca el horno de sus pechos, y dejándolos descubiertos los aforran (como dicen) y ponen las corazas por dentro, con que cobran desatinados brios y pelean como hombres al fin fuera de juicio, de que los saca la fuerza del vino y hace que temerariamente acometan, y como gente sin discurso se pongan á que los maten como á bestias. En este ardor y estado halló á estos naturales el Comendador, y no reparando (aunque vaqueano) en estas guerras, con la cólera en la ocasion que los hallaba, en que nunca pelean con ellos los experimentados, les embistió él y los que se llegaron á tiempo, con mucho más daño que provecho de los nuestros, pues defendiéndose valerosamente con su flechería, hicieron gran estrago en los soldados, sin quedar ellos con ninguno, á causa de que, como era de noche y los indios peleaban en su propio pueblo y tierra, sabian muy bien por dónde habian de acometer y retirarse, lo que no podian atinar los españoles ni saber por dónde habian de atravesar ni acometer, con que le fué forzoso al Gobernador, conociendo el daño, retirarse luego para no recibirlo mayor, y volverse á su alojamiento con intentos de proseguir el castigo por la mañana.

A la cual no aguardaron los indios, como gente diestra, porque viendo retirados á los españoles, y pareciéndoles que la ventaja que les habian tenido se la habia dado la oscuridad de la noche, y que si los hallaba allí la mañana podria ser que tornasen á perder la victoria y honra que habian ganado con las vidas, determinaron conservar lo uno y otro, y sin ser sentidos de los españoles embarcaron en canoas por otra parte de donde estaban las naves, que ellos tenian bien sabida, toda su chusma de hijos y mujeres, los tras-

tos, baratijas y menajes de casa, que todo era bien poco: y advirtiendo (aunque bárbaros) que el maíz, pescado y otras comidas que tenian en sus casas habian de ser de provecho y sustento á los cristianos, les pegaron fuego á todas á una, de suerte que no quedó cosa de provecho de cuanto habia en ellas que pudieran comer, que causó doblado dolor y hambre en toda la compañía, por no tener pueblos cerca, ni noticia de ellos de donde poder suplir esta necesidad tan presurosa, que pide su cumplimiento hoy y no aguarda á mañana.

Venida la que se siguió á aquella desgraciada noche, y requiriendo los bohíos quemados, en que no hallaron se habia escapado cosa que poder llegar á la boca, por lo cual era imposible sustentarse allí la gente, y por la mucha distancia que habia á los demás pueblos de indios, determinó el Gobernador, con la brevedad posible, pasar adelante con su entrada, y por ahorrar de la carga de los enfermos que traia, que no eran pocos, ni de poco estorbo al viaje, ordenó dejarlos en aquel sitio, haciéndoles, en reparo y guarda, á la redonda, una trinchera, y dejando en su guarda veinte y cinco soldados de buen brio, y por su caudillo al Licenciado Gil González de Avila, y para su sustento algo de lo que tenian de matalotajes; si bien esto fué tan poco, que si no lo supliera lo que pescaban en el rio, perecieran todos en pocos dias; pero fiados en esta pesquería, y habiendo dado órden á lo que era menester á los ranchos de los enfermos, se partió el Gobernador con el resto de la gente, que todavía llegaban á cuatrocientos hombres, y dejando allí la nao y el galeon, pasó con los bergantines y barcos á la otra banda del rio y tomó tierra en un pueblezuelo que se llamaba Carao, cuyos naturales los recibieron amigablemente y proveyeron de todas las comidas con que se hallaron á mano, si bien algunos dicen que les hicieron rostro los naturales y defendieron su pueblo luego que llegaron los nuestros, dándoles dos guazabaras con buenos brios; pero advirtiendo despues que eran pocos los suyos para con los de los soldados, les hicieron amistad y dieron las comidas que tenian y posadas en sus casas, donde las tomaron de asiento por algunos dias, reformándose de la hambre y trabajos.

No eran tan pocos los que estos indios recibian de sus huéspedes que no procurasen luego con sagacidad echarlos de ella, aprovechándose de la enfermedad que habian conocido en ellos de angustias y ánsias de oro y riquezas, en cuyas noticias iban padeciendo tan intolerables trabajos, y así se las dieron, con intentos de hacerles con brevedad pasar adelante, de que cerca de su Provincia, el rio arriba, habia otras que hervian de gente y riquezas, y que si gustaban de ir en su demanda, ellos servirian de guias y llevarian en canoas todo el carruaje y gente. Quedó perplejo el Gobernador con estas noticias, y dudando si serian más ciertas que las que traian de los indios de abajo, ó por ventura éstos les daban éstas para hacerles entrar en tierra adentro en partes donde todos pereciesen; pero viendo que le instaban los indios á que se siguiese la derrota de sus noticias, porque no imaginasen en ellos alguna cobardía, acordó hacer la experiencia del negocio con riesgo ajeno; y no habiendo aún digerido las acedias que traia con el Juan González, le mandó que entrase segunda vez con veinte hombres á ver la verdad de aquellas noticias, con las guias que fuesen, de quien las daba, teniendo en esto la misma intencion que la primera vez, de que le matasen los indios, por andar el Gobernador con sospechas de él, no le amotinase la gente, por los agravios que le habia hecho en la fortaleza de Sedeño.

Ménos que la primera rehusó el Juan González esta entrada, pareciéndole que pues en aquélla le habia ido bien yendo solo, mejor le sucediera en ésta con veinte compañeros; y así, con estas confianzas se partió luego con ellos la tierra adentro, por donde las guias los llevaban, y á pocos dias dieron con las Provincias de las ricas noticias de Guayana, tierra muy poblada, apacible y de innumerables riquezas, que después la dió el Rey en perpetua gobernacion para él y sus descendientes, como hoy la poseen don Francisco de Berrio, su sobrino, al Adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada, que descubrió este Nuevo Reino de Granada por conduccion y órden del Adelantado don Pedro Fernández de Lugo, Gobernador de Santa Marta, como diremos en la segunda parte. En ésta, donde llegó Juan González y sus compañeros, los recibieron los naturales amigablemente y proveyeron de muchas comidas y algunos indios que los acompañaran de vuelta, con que la tomaron y llegaron despues de haber gastado veinte dias en esto al Real donde habian dejado al Gobernador, que quisiera más (segun mostró) carecer de la vista de Juan González, que tener las noticias que le traia: pero al fin las dió, que si para él no fueron de gusto, por darlas quien las daba, lo recibieron los demás del ejército considerándose ya metidos en inmensas riquezas, y hechos grandes señores por el dominio que ya se prometian sobre aquellos indios, si bien todo esto eran devaneos, pues les sucediera lo mismo que á otros que despues entraron,

que jamás sacaron sino mil desgracias, pérdidas de vidas y haciendas (como irá diciendo esta Historia) de algunos, y vemos hoy en el mismo estado al que tiene en posesion aquella tierra.

CAPÍTULO XXIII.

I. Prosigue el Gobernador su viaje el rio arriba, y castiga con severidad una traicion de los indios.—II. Encuentran en la navegacion una singla que atravesaba el rio, que no fué poca dificultad el pasarla.—III. Dánles una guazabara los indios de Orinoco, de que se defendieron bien los españoles.—IV. Infórmanse de dos indios que hubieron á las manos, de una tierra abundante de oro y gente.

NO dejó por estas noticias que le dieron de Guayana al Gobernador, de seguir las antiguas que llevaba del rio arriba, y así, mandando se pusiesen á punto los bateles y lo demás necesario al viaje, determinó seguirlo, y los indios de Carao de que les pagasen con las vidas los soldados lo que les habian comido, y así, en secreto (debajo la amistad que les habian hecho aquellos dias), trataban de en hallando ocasion en la partida para matarlos á todos, no perderla (como lo hicieran) si no viniera á entender la traicion, que aun en secreto no lo fué tanto, que algunos españoles por conjeturas no lo rastrearan, con que vino el Gobernador á poner en averiguacion el caso con algunos indios, que al disimulo y secretamente examinó, y habiendo averiguado ser así, determinó castigar la traicion haciendo llamar á un gran bohío (donde se entró) algunos indios, so color de amistad, y que se querian informar de ellos de algunas cosas importantes al viaje, cebándolos para que entrasen más y con más gusto, con algunos rescatillos de cuentas y cascabeles, y sin hacer más averiguacion ni distincion de culpados é inocentes (que sin duda habria de todos en los que entraron) se salió fuera del bohío y le hizo pegar fuego, abrasando á todos los que estaban dentro.

Hecho esto, con que los demás indios quedaron atemorizados, y embarcada toda su gente en los bergantines, comenzó á navegar el rio arriba, con el excesivo trabajo que es bogar contra el agua, y así iban reventando los pobres soldados, por ser ellos los marineros, remeros y soldados, así en el rio como por tierra, á que se les añadia (como siempre) la hambre, que no se les apartaba un punto á ninguno por las raras poblaciones que topaban, pero atropellando sus valientes ánimos todos estos estorbos, llegaron a una aldea de indios llamada Cabutá, y á poco ménos de doscientas leguas que habian navegado de rio, por el cual atravesaba en aquel paraje una singla ó cinta de peñas por debajo el agua, con que le hacia levantar oleaje tan alterado que casi no podian mover los bergantines un paso; pero sacando fuerzas de la flaqueza que todos llevaban, que se las daba el deseo de llegar á las noticias tras quien iban, embistieron tambien á atropellar aquella dificultad á pura fuerza de remos, y ayudándose de algunos artificios que para ello hicieron, con que pasaron los encrespados oleajes de la singla, la cual advirtieron que hacia un rio que por la parte del Oeste entraba en este de Paria, que se llamaba el de Meta, por donde algunos tuvieron opinion que aquella cinta que atravesaba el rio y alteraba el agua, no era de peña sino de arena.

Pasada ésta y prosiguiendo el viaje no con menores trabajos que hasta allí, otras cien leguas más arriba, toparon otro salto en un estrecho que hacia el mismo rio, con una dificultad imposible para poder pasar por él los bergantines, con que el Gobernador determinó tomar tierra y ranchearse por algunos dias para descansar y buscar algunas comidas, y quien les diera nuevas más frescas de las noticias que llevaban, si bien para todo esto no veian rastros de gente cuando saltaron en tierra, ni algunos dias ántes, en una ni otra parte del rio, el cual en este paraje ya tenia perdido el nombre de Uriaparia, por haber dejado muy atrás la Provincia de donde lo toma, y tenia el de Orinoco, y de allí para arriba hasta el paraje y espaldas de este Nuevo Reino de Granada, donde toma sus principios de varios rios, tiene otros varios nombres, de suerte que teniendo este de Orinoco, hasta la Provincia de Uriaparia, allí pierde aquél y toma éste, como hemos dicho, cosa que sucede de ordinario en los rios, tomar los nombres de las provincias que riegan.

Bien pensaba el Gobernador (por no hallar en aquellos parajes rastro de gente) que podia saltar muy á su salvo en tierra, con el cual seguro llegó una de las barcas á las barrancas para el efecto, pero los naturales de aquella Provincia, que debieran de ir de

secreto asechando los soldados, para en viendo la suya embestirles, pareciéndoles ser aquella de ir pegando á las barrancas los barcos, de repente dieron sobre ellas, con rociadas de venenosas flechas, á vueltas de valientes voces y grandes instrumentos de tambores, fotutos y caracoles, á su usanza, acrecentándosele con esto la gana de saltar en tierra al Gobernador, para el castigo del atrevimiento y haber á las manos algunas comidas é indios de quienes informarse de aquellas Provincias y de las que iban rastreando, y así con la diligencia y recato que fué posible, y defendiéndose lo mejor que pudieron, acabaron de llegar los bergantines á tierra, y saltando la más de la gente en ella, se procuraron fortificar en escuadron para defenderse y ofender á los contrarios.

No se descuidó Alonso de Herrera (que como dijimos era su Maese de Campo y buen hombre de á caballo) en hacer sacar á tierra los caballos que llevaban, para con ellos asegurar más la defensa, por ser tierra limpia y llana donde se podian bien servir de ellos; advirtiendo los indios que su industria y fuerzas no habian sido bastantes para que no saltasen en tierra los españoles, acordaron de mudar estilo y hacer la guerra con fuego, y así lo pegaron á la paja crecida y seca de la sabana, para que cogiendo el fuego á los soldados en medio, acabasen ellos, como suelen hacer en estas tierras las cacerías de venados, conejos y otros animales; pero esto tuvo fácil remedio, pues luego que advirtieron en los fuegos, echaron los soldados otro contrafuego, entrándose en medio de lo que se iba quemando, para que cuando el fuego de los indios fuese llegando á ellos, no hallase materia en que cebarse (como sucedió) sin advertirlo los indios, por el mucho humo que habia de una parte y otra; y así, habiendo en este tiempo que ardia la sabana ensillado y armado los caballos, y tomado sus armas los soldados, luego que dió lugar el fuego por haberse acabado la paja, salieron todos de repente del contrafuego, donde pensaban los indios habian quedado consumidos, y dando sobre ellos inopinadamente, alanceando á unos y ahuyentando á otros, los dejaron libres con dos Gandules que hubieron á las manos, á quienes habiéndolos primero regalado y acariciado, comenzaron por señas á hacer algunas preguntas acerca de las cosas de aquellas provincias. El uno de ellos, que parecia más bien entendido y curioso, preguntó por las señas más claras que pudo á los españoles que á qué iban por aquellas tierras, y que buscaban gente de quien jamas habian tenido noticia. Mostróle con esta ocasion el Gobernador un pedazo de hierro, dándole á entender que venian á buscar de aquello, y que les dijese dónde lo habia. Respondió el indio mirándolo y oliéndolo, que por allí no habia de aquello. Mostráronle luego una paila de cobre, y habiéndola tambien refregado con las manos y olido, dijo que los habia en su tierra más pequeños, pero que no sabian los indios andar sobre ellos, y estas eran dantas, que comunmente las hay en todas estas Indias.

Mostráronle otras muchas cosas, que no se han hallado en estas Indias, y á todo dijo que no lo habia en sus tierras y al fin vinieron á mostrarle una sortija de oro que llevaba el Gobernador en el dedo, y el indio, conociendo el metal, despues de haberle restregado y olido, dijo que de aquello habia mucho detrás de una cordillera que se hacia á mano izquierda del rio, que era á la parte del Leste, donde habia innumerable multitud de indios, cuyo señor era un indio tuerto muy valiente, al cual si prendiesen, podrian henchir los navíos de aquel metal; pero que les avisaba que para ir donde aquel señor estaba, eran muy pocos los que allí estaban, por ser muchos los indios que habia antes de llegar al pueblo de aquel principal Cacique; y tan valientes, que sin duda los matarian. Afirmóse en esto muchas veces y siempre con el mismo modo este indio. Repreguntáronle otra vez que si habia en aquella tierra venados, á que respondió que sí y que habia otros menores que venados, en que andaban caballeros los indios, como ellos en sus caballos, que se entendió ser ovejas como las del Perú. Enseñósele tambien una botija vidriada de España, que certificó tambien usar de otras como aquéllas y del mismo barro aquellos indios. Hiciéronle sobre esto mismo mil preguntas, con advertencias, si variaba en las respuestas, pero siempre respondia de una manera, con que el Gobernador y su gente tuvieron por cierta aquella nueva, y levantados nuevos brios en los soldados, para ir á dar vista á aquellas tierras ó morir en la demanda.

CAPITULO XXIV.

I. Divídense en varios pareceres los soldados de Ordas, para seguir las noticias ó volverse el rio abajo. II. Cargáronse casi todos los soldados al parecer del Gobernador, que fué dejar de seguir por entónces las noticias—III. Baja el Gobernador al pueblo de Uriaparia y recogiendo los enfermos, llegan todos á la fortaleza de Paria, donde se hallaron arrepentidos de no haber seguido las noticias—IV. Por las quejas que envió Antonio Sedeño y la ciudad de la nueva Cádiz, en Cubagua, al Rey, le envía el órden que ha de tener para componerlas.

NO se conforman los intentos del Gobernador Ordas y los de los soldados á quienes se les levantó el espíritu de dar vista á estas noticias, pues pareciéndole era poca la gente que le habia quedado (aunque eran cuatrocientos españoles) para entrar en provincias tan pobladas como decia el indio, y que podria ser perecer todos sin ningun buen efecto, y por consiguiente los enfermos que habia dejado con Gil González de Avila, y los soldados de Paria, por no volver á ellos al tiempo que quedó concertado, determinó tomar maduro acuerdo sobre aquello, consultándolo (como lo hizo muchas veces) con sus soldados, los cuales, divisos en varios pareceres, unos estaban del que hemos dicho, y otros inclinados al parecer de que hacia demostracion el Gobernador, que era de volverse con aquellas noticias el rio abajo, y juntándose con la gente de Gil González de Avila y despues con la de Paria y con la que por ventura habria venido de España en la nao Marineta, que dijimos habia dejado en el rio de Sevilla, para traer otros doscientos hombres, tomar más de propósito el descubrimiento de estas noticias; no por el rio, por ser su navegacion de tan intolerables trabajos, por el agua y guerras de los indios de su márgen, y por la falta de comidas, sino por la costa del mar, pues fácilmente se podia hacer desde Cumaná, donde á la sazon estaba una fortaleza con alguna gente española (que segun el Gobernador pensaba entraba dentro de la demarcacion de su gobierno) y los soldados de ella les darian alguna luz y guias para seguir el viaje por tierra.

Este parecer, fundado en estas y otras aparentes razones, atrajo á ser del mismo á algunos de los soldados y Capitanes que primero eran del contrario, si bien algunos se dejaban despues decir que se habian conformado en esta opinion del Gobernador por estar ya tan estomagados de su altivo y atropellado gobierno, y desear salir por este camino con mayor brevedad del como lo hubieran hecho muy ántes de entónces, aunque fuera ponerse á peligro de muy crueles muertes metiéndose entre aquellos bárbaros y otros, huyendo el rio abajo con algunos barcos si no temieran la infamia. Y parece hay algunos más que asomos de esto, porque se puede entender que si no estuvieran como desesperados por la aspereza de palabras y obras que tenia en su gobierno el Diego de Ordas, no habian de rehusar cuatrocientos españoles, y tan diestros y enseñados en sufrir trabajos en aquellas y otras jornadas, de embestir los que se podian ofrecer en el descubrimiento de aquellas tan grandiosas noticias que tenian tan cerca, y á la mano, y puerta siquiera para darles vista y conocer si era verdad lo que los indios les habian dicho, pues para todo esto y mucho más habia sobrada gente en los cuatrocientos, pues muchos ménos que esos las dieron y conquistaron con Fernando Cortés las grandiosas tierras de la Nueva España, y muchos ménos con Francisco Pizarro las del Perú, y ciento y sesenta y seis dieron vista con el Licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada y conquistaron estas grandiosas provincias del Nuevo Reino de Granada, solo con la perseverancia que tuvieron en los trabajos, que no fueron mayores que los que estos soldados habian sufrido hasta allí. Pero al fin, como estas causas segundas é inferiores sean gobernadas por aquella suprema que todo lo gobierna y estén en su mano, no solo los corazones de los inferiores, sino aun de los Príncipes y Reyes, guíalos con suave fuerza, para que sean medios de los fines que él tiene dispuestos á su tiempo y sazon; y podemos entender cristianamente, aun no la tenian aquellas mieses para que entraran obreros en ellas por entónces.

Resueltos al fin en quedarse por entónces con solas aquellas noticias, saludadas desde los umbrales (qne así se han quedado hasta hoy), pareciendo que lo acertaban, teniendo intentos de hacer despues por otra parte más fácil el viaje, dispusieron el suyo para la vuelta el rio abajo, por donde llegando en poco tiempo al pueblo de Uriaparia, donde habian quedado los enfermos con Gil González, los hallaron á todos con harto riesgo y bien á pique de perder las vidas, pues de los enfermos que dejaron ya habian concluido algunos con las

suyas, y de los que quedaron sanos habian enfermado los más, y unos y otros sin ninguna comida, ni esperanzas de tenerla, porque los indios que los inquietaban á la continua, no les dejaban pescar, ni aun ellos tenian aliento para eso, como tampoco tuvo determinacion: si bien para ello fué requerido muchas veces el Gil González de Avila para que entrándose todos en una de las dos naves que tenian, venirse el rio abajo la fortaleza de Paria, donde lo pasaran ménos mal. Al fin se alentaron del mucho que padecian con el mal del Gobernador y sus soldados en los bergantines, donde (y en las naves se embarcaron) todos llegando en pocos dias con las corrientes de las aguas á la fortaleza de Paria, donde hallaron al Martin Yáñez Tafur con sus cincuenta soldados, con mayores y mejores esperanzas de las nuevas que les dieron, pues las tenian de que cada dia les habian de llegar estafetas con nuevas de grandes y ricos descubrimientos con que ellos se soñaban ya poderosos, por la parte que les habia de tocar.

Los cuales sueños lo fueron y riquezas que imaginaban, se convirtieron de trasgos, viéndoles llegar perdidos, hambrientos, desgarrados, enfermos y sin otra medra: allí comenzaron luego los sentimientos de unos y otros por hallar ya la ocasion calva y no haberla asido cuando pudieron por el copete, entrándose en rastro de las noticias que tuvieron, de que cuando no hallaron ninguna medra, veian que allí no la tenian mayor despues de tan largas y dificultosas peregrinaciones: unos cargaban de esto la culpa á otros, y queriendo descargarse todos de ella, no se hallaba quien la tuviera, el Gobernador la atribuia á los malos consejos que le habian dado los consejeros á su mala determinacion, con que todos estaban desabridísimos y ardiéndose con los malos sucesos, para cuyo reparo y algun consuelo de todos abrevió el Gobernador la partida del fuerte para la vuelta de Cumaná, consolándolos con lo que habian tratado de volver por allí á hacer la entrada.

Miéntras el Comendador Ordas andaba en estas peregrinaciones, habiendo sabido el Gobernador Antonio Sedeño lo que pasó en su casa fuerte y soldados que dejó en Paria, escribió al Rey quejándose del Diego Ordas, y como habia sido subrepticio el asiento que con él habia hecho, porque no habiéndosele dado más de doscientas leguas de gobernacion, comenzando desde el rio Marañon y corriendo la costa al Oeste, él se habia adjudicado más de cuatrocientas leguas que habia desde el dicho rio al cabo de la Vela, y que así no caia en su distrito la casa fuerte que él habia fabricado y el Ordas pretendido ser de su gobierno, y que por esto debia ser castigado por haberse entrado en lo que no le pertenecia. Proveyó á esto el Rey que don Diego Ordas restituyese á Sedeño y á su gente todos los bienes que le quitó y le pagase el valor de la casa, si no es que le quisiese tener como por vecino y poblador, procurando cada uno conquistar en su gobernacion, ayudándose sin diferencias los unos á los otros, como buenos vasallos suyos. Tambien se habia quejado en este tiempo la ciudad de la nueva Cádiz, á quien gobernaba á la sazon un Pedro Ortiz de Matienzo, que era en la isla de Cubagua, de que el Comendador Ordas se habia metido ó querido meter dentro de su gobierno treinta leguas de tierra, que en la Provincia de Canaria y Cumaná tenia esta ciudad por término, donde hacian ellos sus labranzas, y en tiempos de necesidades se proveian por via de rescates de las comidas que allí les traian los indios de estas provincias: y que si esto cesaba, tomándolo él á su gobierno por no tener aquella ciudad otros términos ni ejidos, quedaban destruidas. A que tambien mandó el Rey que dentro de dos meses señalase el Diego de Ordas términos y ejidos en las partes dichas para esta ciudad de la nueva Cádiz, y guardando por concegil la parte que le pareciese de los dichos términos y lo demas se repartiese en los vecinos, quedando la jurisdiccion civil y criminal de los tales términos, dentro de los límites de la gobernacion de Ordas.

Vuelve en esta parte á decir Herrera otra cosa tan increible como la que ya refutamos, pues dice que porque la intencion del Rey no habia sido de dar en gobierno al Comendador Ordas más de doscientas leguas de costa, y habiendo cuatrocientas desde el Marañon hasta el cabo de la Vela (como habia informado Sedeño), las cuales se podian gobernar con muy grande dificultad, se le mandó que hiciese eleccion de las doscientas, tomándolas como quisiese ó del rio Marañon para el cabo de la Vela, ó del cabo de la Vela para el Marañon, y debiera acordarse Herrera (como dijimos) y él lo tiene tratado más adelante, que corria la gobernacion de los Alemanes, y la gobernaban actualmente desde el cabo de la Vela por doscientas leguas hácia el Marañon (como hemos dicho y diremos); y así era imposible que el Rey ordenara esto, por las razones que dejamos dichas.

CAPÍTULO XXV.

I. Determinando Ordas venir á Cumaná, dejó gente de guarda en la fortaleza de Paria.—II. Envió delante á Gil González de Avila con alguna gente, á quien prendieron los de Cubagua.—III. Prenden tambien al Gobernador Ordas en la fortaleza de Cumaná.—IV. Esta prision se dice haber sido en Cubagua.

NO habian aún llegado estas órdenes del Rey á la fortaleza de Paria, cuando llegó á ella el Gobernador Ordas, y así teniéndola siempre por cosa que pertenecia á su gobierno, acordó de no dejarla desamparada, por no perder la posesion, y tambien por estar aguardando todavía la nao Marineta, cuya gente le habia de ser de importancia para los intentos que tenia, si llegando por allí hallaba de sus soldados quien la recogiese, lo que sin duda faltara, si aquella casa estuviera en posesion de otro Gobernador, pues fuera posible alzarse con ellos. Con estos intentos, sacando los soldados que habia dejado allí con su Capitan Martin Yañez Tafur, señaló otros de nuevo para que quedaran, y por su Capitan á Agustin Delgado, natural de las islas de Canaria, hombre animoso, ingenioso, sagaz y bien versado en guerras de indios. Hizo con esto reparar las naves y barcos, para la vuelta del viaje de Cumaná, y dándole buen principio, envió delante al Licenciado Gil González de Avila con la más cantidad de la gente, para que le aguardase en Cumaná, para á donde en pocos dias él le fué siguiendo con el otro resto de los demás, habiendo dejado primero, con su buena industria, proveida la casa fuerte de los mantenimientos necesarios para algunos dias, porque la necesidad no les obligara á salir á buscarlas, con riesgo de sus personas, por ser pocas.

Llegó el Licenciado Gil González de Avila con sus soldados á la fortaleza de Cumaná, donde se entró sin resistencia, por ser poca la que le pudieron hacer los pocos soldados que habia en ella ; aunque viniendo despues otros muchos de Cubagua, por la noticia que tuvieron de su llegada á la fortaleza, lo prendieron con todos sus soldados, y lo mismo hicieron á pocos dias despues, habiendo llegado allí el Gobernador Ordas, todo por órden de Pedro Ortiz de Matienzo, que era (como dijimos) justicia mayor en la isla de Cubagua y sus términos, todo lo cual pasó de esta manera. Aquella isla de Cubagua á esta sazon estaba en su fuerza y pujanza en la guilla y pesquería de las perlas, que fueron innumerables, en la cual estaba con esta ocasion fundada una ciudad á quien dió principio el año de mil y quinientos y veinte y tres Jácome Castellon, que llamaban (como hemos dicho) la nueva Cádiz, cuyos bastimentos de comida y bebida y provision de agua con lo demás necesario á la vida humana, le venian de acarreto, por ser tan estéril la isla, que demás de ser pequeña, pues no boja más de tres leguas, no sólo no tiene agua pero ni aun se cria en toda ella un árbol ni yo lo ví cuando bojé los años pasados, cuando mucho con las lluvias se crian unas yerbezuelas sequizas ; de suerte que toda su grandeza era la que tenia de las perlas que criaba en toda su circunferencia y bajíos. Al provecho, saca y ganancia de éstas acudian de muchísimas partes, no sólo de las Indias, pero tambien de España y otras partes, mucha cantidad de españoles, y se avecindaban en la ciudad, por donde vino á ser bien copiosa de vecinos ; si bien hoy no le ha quedado piedra sobre piedra, por haberle faltado estas pesquerías de perlas.

Cebaba tambien la asistencia de tantos vecinos en aquella ciudad, la granjería, que por entónces andaba de los indios esclavos, que se tomaban en buena guerra, en la Tierrafirme y provincias de Cumaná, que está (como dejamos ya dicho) muy cerca de esta isla, pues no tiene de distancia más que siete leguas, mediando á las cuatro desde Cubagua al Sur, la punta de Araya, donde está aquella famosa salina tan celebrada por el mundo, á donde se traia toda el agua del sustento de la ciudad, de un rio harto bueno, claro y abundante, llamado Chiribichí (que me ha apagado á mí hartas veces la sed) que vacía en el mar, bajando de las provincias de Cumaná á la boca del golfo de Cariaco, por no haber por allí otra agua más cerca para la provision de esta isla, y los indios de Cumaná no estar por entónces de segura paz tenian hecha los de Cubagua una casa fuerte ó fortaleza á la boca de este rio con algunos soldados de guarda para defender el estorbo, que acaso podia suceder de parte de los indios en la toma del agua por los grandes inconvenientes que de ahí se seguirian de irla á buscar á otra parte más lejos. Bien sé que Francisco López de Gómera dice en la general Historia de las Indias, que esta fortaleza de Cumaná hizo Jácome de Cas-

tellon, el año de mil y quinientos y veinte y tres, yendo á pacificar aquella provincia, por mandado de la Audiencia Real y Almirante de la ciudad de Santo Domingo en la Española; pero esto no contradice á que despues la ocupasen en lo dicho los de Cubagua, pues caia dentro de las treinta leguas que tenian de término en esta tierra de Cumaná, para sus ejidos y labranzas, como hemos dicho.

Los enfados que traian con Diego de Ordas sus soldados, iban cada dia en tantos crecimientos, que no viendo la hora de escaparse de su gobierno, algunos cuatro ó cinco de ellos, estando en la fortaleza de Paria y disponiendo las cosas para la vuelta de Cumaná (como hemos dicho), tuvieron traza en secreto de haber á las manos una piragua de indios que acertaron á llegar allí, y metiéndose en ella sin ser sentidos, tomaron la vuelta de Cubagua, á donde llegaron y comenzaron luégo á indignar la justicia y gente de la ciudad contra el Gobernador Ordas, diciendo que pusiese en cobro y seguro en el agua en la fortaleza de Cumaná, porque el Gobernador Ordas venia de mano armada con toda su gente, con intentos de apoderarse de la tierra y venderles muy bien vendida el agua, lo que jamas intentó el Ordas, ni aun jamás se entiende le pasó por el pensamiento tal propósito, ni á ninguno de sus capitanes: pero al fin la cautela (como hija de la prudencia) que deben tener los que gobiernan, obligó al Pedro Ortiz de Matienzo, con los demás de la ciudad, á prevenir el inconveniente que pudiera suceder, siendo aquello así, que no les fué dificultoso de creer, por tener ya noticias de la condicion de Ordas y haberles dado ocasion desde el principio que llegó por aquellas tierras, por cartas o por otros caminos, de que fueran con quejas suyas al Rey (como hemos dicho), por haber pretendido meter en su jurisdiccion más las treinta leguas de término que esta ciudad nueva de Cádiz tenia en estos términos de Cumaná.

Y así, juntándose esta nueva, que así les daban los soldados, con los desabrimientos que de esotro tenian, se pusieron en armas los que eran para ello en la ciudad, con intentos de desbaratar los suyos y gente á Ordas; con los cuales se embarcaron juntamente con una buena cantidad de indios amigos, que á la sazon se hallaban en la ciudad, por haber venido de la tierra de Cumaná á traer comidas y ver los españoles. Hiciéronles entender, para moverlos más á que tomasen las armas contra la gente del Gobernador Ordas, que iban á aprehender á otros españoles como ellos, que andaban en deservicio de su Rey, viviendo mal y cometiendo el pecado nefando: cosa que aborrecian grandemente (como tan abominable) aquellos indios. Con lo cual se ofrecieron á ayudar á los españoles Cubagua contra los otros: con lo cual embarcados y pasada la punta de Araya, que está (como queda dicho), entre Cubagua y Cumaná, llegaron á la fortaleza, y hallando descuidada la gente que habia traido el Licenciado Gil González de Avila, dieron sobre ellos, y por la mayor fuerza que traian de gente los isleños, con muy grande facilidad los prendieron y así mismo desarmaron; lo que tambien hicieron con el Gobernador y el resto de su gente, que llegó en un bergantin de allí á quince dias, poniendo á recado en la prision al Gobernador Ordas y gente más granada de sus soldados.

De otra suerte que ésta, dicen algunos, sucedió esta prision, y fué que habiéndose partido el Gobernador Ordas juntamente con toda su gente de la fortaleza de Paria, la vuelta de Cumaná, para desde allí comenzar su jornada como lo tenia tratado, no entendiendo que en Cubagua se le atreviese nadie por la mucha gente que llevaba, y que ésta no estaba tan amotinada como en realidad de verdad estaba, llegó á aquella isla por verse con la justicia y gente de ella, y por ventura tratar acerca de lo que el Rey habia determinado, en razon de lo que hemos dicho, de que ya debiera de tener algunas noticias: pero como algunos de sus soldados iban tan acedos con él, por los malos tratamientos que les hacia, y muchos de ellos determinados á hacerle el más mal que pudiesen en saltando en tierra en la isla, por estar ya allí en jurisdiccion ajena, se salieron de la suya y compañía, declarándose de nuevo por sus enemigos muchos que hasta allí lo habian disimulado: y así, formando sus quejas ante el Pedro Ortiz Matienzo, y ofreciéndole el favor que hubiese menester para aprehender al Gobernador don Diego de Ordas, á lo cual se determinó el Matienzo, viéndose seguras las espaldas con los soldados que se le iban allegando, rebelados del Gobernador don Diego de Ordas, con intencion de enviarlo ó llevarlo preso á la Audiencia Real de Santo Domingo, proponiendo que lo habia preso porque sin tener facultades del Rey se le entraba en su gobernacion y términos de Cubagua, queriéndosele alzar con la fortaleza y aguas de Cumaná.

A este atrevimiento de prender Matienzo al Gobernador don Diego de Ordas, dieron

fuerzas (segun se dijo) los intentos que el Matienzo tenia, fundado en las muchas noticias que los soldados le habian dado de hacer él esta jornada á las tierras de Guayana, que queria hacer el Ordas : lo cual podia conseguir habiéndole preso y desbaratado, y que se le juntaba á él la gente del Comendador : si bien otros dicen que aunque fué así esta prision, no fué sino en Cumaná, desde donde lo trajo preso á Cubagua.

CAPÍTULO XXVI.

I. Pártense de Cubagua para la isla de Santo Domingo el Gobernador Ordas preso, y Matienzo que lo llevaba—II. Pide Ordas que quiere ir á España á buscar su justicia, y que vaya tambien Matienzo—III. Mata con veneno Pedro Ortiz á Ordas—IV. Viene juez de residencia á la isla de Cubagua—V. Viene Sedeño de la ciudad de Puerto Rico á Cubagua con intentos de volver á su gobierno.

APÉNAS hubo sucedido esta prision de Ordas, cuando comenzaron á tener arrepentimiento de lo que habian hecho los soldados contra su capitan y Gobernador, y andando medio corridos de la gente de la ciudad de Cubagua, porque les daban en cara la ruin é inconsiderada determinacion que habian tenido en entregarlo en manos de su contrario, á quien (como es natural en los hombres) aplacia la maldad, pero no á quien la habia hecho, porque no sucediera alguna revuelta ó motin, y de él alguna guerra civil entre todos, deseando grandemente libertar á Ordas los mismos que habian sido causa de su prision. Dió prisa el Matienzo á la partida con el preso á la isla de Santo Domingo, y determinando embarcarse en el mejor bergantin de los que tenia en el puerto, é ir juntamente con el Diego de Ordas á la isla de Santo Domingo á dar cuenta á la Real Audiencia de lo que habian hecho Gerónimo Ortal y Alonso de Herrera, que, como hemos dicho, eran de la parte de Diego de Ordas, y así mismo sus amigos, pareciéndoles no ser término hidalgo ni de buena amistad dejar ir solo á su Gobernador Ordas, se embarcaron con él y llegaron todos juntos á la ciudad de Santo Domingo, donde hecha relacion en la Real Audiencia de lo que pasaba, y habiendo juzgado haber sido injustamente preso y desbaratado el Gobernador don Diego de Ordas, le restituyeron en su libertad y dieron licencia, y aun le mandaron los de la Real Audiencia que se volviese á su gobierno é hiciese en él lo que su Majestad le habia mandado y conviniese.

Pero como don Diego de Ordas no solo pretendiese su libertad, sino que tambien fuese castigado Pedro Ortiz Matienzo del delito que habia cometido en prenderlo, y que le pagase los daños, pérdidas y menoscabos que de la injusta prision se le habian seguido, instaba con la Audiencia á la determinacion y ejecucion de esto, á lo cual no se acudió por entónces. Y así, pidió licencia para ir á España á pedir éste y otros agravios ante el Rey, suplicando tambien (que no debiera) que mandasen al Pedro Ortiz compareciese juntamente con él en la Corte : y que pues le restituian su gobierno y jurisdiccion, que nombraba por su teniente y Gobernador de ella á Alonso de Herrera, su Maese de campo, para que gobernase en su ausencia, defendiese y administrase justicia á los españoles que habian quedado en la fortaleza de Paria, que tomaba por cabeza de su gobierno, por no estar hasta entónces poblada otra cosa que lo pudiese ser, y que le mandasen dar provision Real para que le obedeciesen y tuviesen por tal teniente suyo. Concedió esto la Audiencia como el Ordas lo pedia : el cual, despachado de esto y dispuesto lo necesario al viaje de Castilla, lo comenzó en un navío que se despachó á la sazon del puerto, yendo en su compañía el Pedro Ortiz de Matienzo y Gerónimo Ortal, quedando el Alonso de Herrera en la ciudad de Santo Domingo disponiendo alguna gente y cosas necesarias para llevar á la fortaleza de Paria.

No las lleva todas consigo (como dicen) el Matienzo, temiéndose del mal pleito que llevaba, y que su ida á España le habia de suceder mal, respecto de que don Diego Ordas era muy conocido y favorecido en la Corte, como hombre tan célebre y estimado, por las muchas cosas que habia hecho en las conquistas de Nueva España : de los cuales favores, viéndose el Matienzo tan falto, y de los que le podia dar la poca justicia que llevaba, temíase mucho de algun grave castigo ; sobre lo cual, cargando el pensamiento, le vino uno diabólico, de que no podria salir de estos trabajos que le amenazaban, si no salia de esta miserable vida el Gobernador Ordas : y así le procuró tan de veras la muerte, que se la vino á dar en el propio navío de esta manera : Que segun parece, estando el Pedro Ortiz

de Matienzo en la isla de Cubagua, llegó allí un famoso boticario genovés que traia cierto artificio para poder sacar perlas, y por causas que al Pedro Ortiz de Matienzo le movieron, tambien lo prendió, y así mismo le desbarató el artificio que traia, aunque haciéndole mucha merced le dejó residir en la misma ciudad donde estaba, al tiempo que tenia preso al don Diego de Ordas ; en el cual se llegó un dia á este boticario y le dijo le hiciese placer de hacerle tres bocados de veneno, con que pudiese de secreto matar á tres Caciques de Tierrafirme, de quien se temia mucho, por haberlo entendido con evidencia le querian ser traidores, y porque si hacia el castigo de manifiesto, se temia grandemente el rebelarse y alzarse con toda la tierra, los queria despachar de esta vida al disimulo.

Creyendo el bueno del boticario genovés ser así lo que le decia el Pedro Ortiz de Matienzo, procuró secretamente preparar los bocados como convenia, y dándoselos, los guardó por entónces, no dándoselos luégo al Ordas, para quien los habia hecho disponer, temiendo ser descubierto y teniendo confianza de que por ventura la Real Audiencia de Santo Domingo aprobaria todo lo que habia hecho contra él, con que cesarian todos los inconvenientes y el mal propósito que tenia de matarlo si sucediese otra cosa ; pero viendo que habia sucedido, y no como él deseaba y esperaba, á pocos dias de como iban navegando para España, llevando todavía consigo los bocados, tuvo órden como dárselos á comer al don Diego de Ordas ; y fueron tan eficaces que desde ahí á muy poco tiempo se cayó súbitamente muerto, con que no se pudo engendrar sospecha contra nadie de su muerte, por ser tan ordinario en los hombres el morir de repente, y así lo echaron á la mar sin ningun exámen acerca del caso : del cual no dejaron algunos de hacer juicio, y que el de Dios le habia determinado justamente aquella muerte repentina en castigo justo, por la severidad y arrogancia con que habia tratado á sus soldados y habia sido causa que muchos de ellos, desesperados del trabajo, hambre y malos tratamientos que les hacia en la navegacion del rio de Uriaparia, se metiesen por los arcabucos, donde miserablemente perecieron entre las garras y colmillos de tigres, leones y caimanes y otros animales, y fueron sepultados en sus vientres : y porque habia quemado tan sin piedad aquellos indios que dijimos dentro del bohío, despues de haberle dado á él y á sus soldados lo que tenian en sus casas para su sustento, sin advertir que no se les debia dar esta paga. Pero como los juicios del poderoso Dios son muy otros que los nuestros, á él se ha de dejar la judicatura de estos casos, como verdadera, sospechando siempre si lo será la nuestra.

En este tiempo habia proveido el Rey en Castilla un juez de residencia para la isla de Cubagua, y viniendo navegando al efecto la nao que los traia, se encontró en el camino con la que habia partido de Santo Domingo con Ordas y los demás, y saludándose y preguntándose unos á otros nuevas de España y de las Indias, los que iban de acá las dieron ; entre otras cosas, de la muerte del don Diego de Ordas, y las mismas se les dieron á la nao Marineta que venia en conserva de esta del juez, con la gente que esperaba de socorro, el Comendador Ordas, como ya hemos dicho, la cual habiendo sabido la muerte de su Gobernador, dejando el rumbo que llevaba, aportó á la isla y ciudad de Santo Domingo, donde se dividió cada uno por su parte, como ovejas sin pastor. La del juez de residencia siguió su rumbo para la isla de Cubagua, donde fué recibido de toda la ciudad sin contradiccion.

La nueva que trajo á Santo Domingo la gente de la Marineta, de la muerte del Gobernador Ordas, pasó volando á la isla y ciudad de Puerto Rico, á donde se estaba Antonio Sedeño, que hasta entónces, desde que volvió de la fortaleza de Paria, no habia salido de allí, ya porque no habia podido juntar la copia de gente que quisiera y era necesaria para volver á entrar á conquistar y poblar la isla de la Trinidad, ya porque habia tenido noticias (como hemos dicho) de la llegada de don Diego de Ordas á la fortaleza de Paria, y las cosas que en ella habia hecho, á que no le parecia poder resistir con la poca fuerza de gente que tenia á la mucha con que se hallaba el Comendador ; y así, sabida su muerte y que la más de su gente estaba en Cubagua y que habia quedado con alguna otra Agustin Delgado en la fuerza de Paria, lo más ántes que pudo se dispuso y salió con algunos amigos suyos de la ciudad de Puerto Rico, y llegó á la isla de Cubagua, donde halló al juez de residencia recien llegado, á quien visitó Sedeño y dió larga relacion de la merced que el Rey lo tenia hecha de Gobernador y Adelantado de la isla Trinidad, rogándole con imporportunos encarecimientos le diese licencia para sacar toda la gente de Ordas que habia en aquella ciudad é isla de Cubagua, para pasar con ella á la de la Trinidad y poblarla ó hacer lo que más pudiese.

Por ser distintos los intentos del Sedeño y los del juez de Cubagua, no se confor-

maron en esto, pues tambien los tenia el juez de hacer algunos descubrimientos en Tierrafirme por su persona ó enviarlos á hacer por caudillos con aquella misma gente de Ordas. Y así, aunque sobre concederle esto el juez á Sedeño terciaba la gente buena que se hallaba en el pueblo, jamás lo quiso hacer el juez. En esto estaban cuando Alonso de Herrera llegó á la misma isla y ciudad de la de Santo Domingo, con sus provisiones de Teniente de Gobernador (como dijimos de la gobernacion de Ordas), á quien el Antonio Sedeño pretendió estorbar la jornada, rogándole primero y persuadiéndole la dejase, por ser tan trabajosa como sabia era, y que se fuese con él á la isla de la Trinidad con toda la gente que pudiese atraer y le haria su Teniente general. Procuraba apretar estas persuasiones, poniéndole delante la muerte de don Diego de Ordas y cuán poco le podria durar el mandar en su gobierno, pues ya en el Consejo estaria la nueva de la muerte, y aun por ventura hecha la merced á otro.

No solo no fueron bastantes estas y otras razones á disuadir al Alonso de Herrera los intentos que tenia de proseguir su jornada y querer ser más en ella, como dicen, cabeza de raton, que en la isla Trinidad cola de leon, sino que luego comenzó á procurar atraer á sí algunos soldados y amigos viejos de la jornada pasada, para con ellos tomar la vuelta de la fortaleza de Paria, en que tampoco se descuidaba Sedeño para los mismos intentos, sobre lo cual vinieron á trabarse los dos en palabras; fué necesario les prendiese el juez de Cubagua y pusiese á ambos en recado y seguro, aunque el Sedeño se dió tan buena maña en negociar, que acabó con el juez le soltase y diese licencia para irse á su gobernacion, para donde se partió luego con alguna copia de soldados de los que habia traido y otros que allí se le habian juntado, que no lo tuvo á poca suerte, por ver los estorbos que se le habian puesto para lo uno y lo otro.

CAPÍTULO XXVII.

I. Llega Antonio Sedeño á la fortaleza de Paria y persuade á los soldados de Ordas que le sigan—II. Determinóse Agustin Delgado con algunos soldados á seguirle para la isla Trinidad—III. Llega Alonso de Herrera á la fortaleza de Paria y entrégase de ella y de los soldados—IV. Prende Sedeño á Herrera y los suyos y llévalo preso á la Trinidad,

A LAS primeras olas que comenzó á cortar con sus bergantines y piraguas Antonio Sedeño, en montando la punta de la isla de Cubagua, le comenzaron á continuar desgracias, con una que allí tuvo no pequeña, ahogándosele diez hombres de veinte que iban en una de las piraguas, saliendo por gran suerte los otros diez nadando á Tierrafirme, donde despues de haber pasado todos juntos hartos trabajos, hubieron á las manos otra piragua de unos indios pescadores; pasaron todos adelante con su derrota, llegando á la fortaleza de Paria, donde estaba por el Gobernador Ordas el Capitan Agustin Delgado, con los soldados que le habian dejado en su compañía, como ya dijimos, á quien procuró persuadir Sedeño se viniese á la suya y se fuese con él á la isla Trinidad, pues ya su Gobernador era muerto y venia proveido en el gobierno por la Audiencia de Santo Domingo Alonso de Herrera, á quien era cosa cierta habia de durar poco el gobierno; y que si le quisiese seguir le daria el de su Teniente general, premiándole en cosas mayores y á todos los demás soldados sus compañeros gratificándoles largamente sus trabajos y amistades si se las quisiesen tambien hacer de ir con él á las conquistas de la isla.

No le pareció mal al Agustin Delgado el ofrecimiento, supuestos los nuevos sucesos que habian acaecido; pero no le pareció determinarse del todo, hasta haber comunicado sobre ello con sus soldados, teniendo intentos de seguir el más comun parecer de ellos. Y habiéndolo hecho así, no solo comunicándolo sino aun persuadiéndoles á que viniesen en ello, fueron los ménos los que mostraron voluntad de hacerlo, por causa que á ello les movia; pero el Agustin Delgado, pareciéndole cordura no dejar aquella ocasion de la mano, siguiendo los pareceres y opinion de los ménos, se determinó con ellos (que tambien lo estaban de seguirle) de irse á la Trinidad con Sedeño en la fortaleza, hasta veinte y cinco hombres y por caudillo á un Bartolomé González, amigo del Delgado, con instruccion y aviso de que aunque viniese por allí Alonso de Herrera no lo recibiesen sin darlo primero á Sedeño en la isla; haciéndoles para que lo cumpliesen grandes amenazas y poniéndoles temores de castigo si no lo cumpliesen, y para forzarles á que con el hambre lo siguiesen á

la isla, desamparando la fortaleza, no les dejaron en ellas algunas comidas, con que se despidió de ellos el Sedeño y el Delgado tomando la vuelta de la isla Trinidad.

Entre tanto que pasó esto al Sedeño, alcanzó licencia el Teniente Herrera del juez de Cubagua para ir á su gobierno y fortaleza de Paria, como lo hizo luego que la tuvo, embarcándose con cuatro ó cinco amigos suyos en una canoa de perlas que allí le dió otro amigo que tenia, con que pasó á la fortaleza de Paria, confiado de que hallaria en ella al Delgado y la otra gente que habia dejado allí el Comendador Ordas. Llegó á ella, y hallándolo todo tan mudado de como pensaba, por estar ya todos los que halló en ella de mano y devocion de Sedeño, y que decian estar amenazados si le recibian, temia á los principios no lo quisiesen cumplir. Así como lo comenzaron á poner por obra hasta ver si eran bastantes los recados que traia; pero habiéndoselos mostrado el Bartolomé González y los que habian quedado con él de la devocion de Ordas (si bien otros no lo sentian así), juzgaron ser bastantes las provisiones que traia de la Audiencia, y ellos estar obligados á admitirle y obedecerle, como lo hicieron y metieron en posesion de la tierra y fortaleza, entregándole cuanto habia en ella juntamente con sus personas.

No pasaron muchos dias despues de la entrega, que no lo viniese á saber Sedeño en la isla Trinidad y todo lo que habia pasado, que no le dió poca turbacion y cuidado, pareciéndole eran principios aquellos para tornarse á desbaratar, y que no tuviese su jornada el deseado fin que pretendia, como en efecto sucedió (como veremos): pero sacando fuerzas de temores, y advirtiendo que seria más dificultoso el remedio si se dilatase, por poder suceder que de alguna parte tuviese socorro el Herrera de copia de soldados con que defenderse con la brevedad posible, mandó se aderezase la más de la gente que tenia y se embarcó con ella y atravesó una noche con todo secreto el golfete que hay desde la isla de la Trinidad á la fortaleza, en cuyos cimientos saltó en tierra ántes de amanecer; de manera que sin ser sentido, con su gente se puso á la puerta, y cuando la abrieron muy de mañana se entraron de tropel por ella sin poder hacerles resistencia que se lo impidiese, por ser tan pocos los que estaban dentro y más de sesenta los que iban: los cuales, estando ya dentro, recogieron lo primero todas las armas y luego los prendieron á todos por hallarlos tan de sobresalto y descuidados de esta venida de Sedeño : el cual no teniendo gusto de llevar consigo á la Trinidad al Alonso de Herrera, temiéndose que por ser persona principal fácilmente podria traer á su devocion los soldados y causarse de aquí algun gran alboroto en la tierra ó salirse con ellos de ella, le dijo que él lo soltaria y dejaria ir libremente á Cubagua, ó donde quisiese de su gobierno, si le hiciese juramento de no volver más á aquella fortaleza ni tierra de Paria. No le pareció al Alonso de Herrera le convenia jurar esto, porque se habia de obligar á cumplirlo y podian suceder de ello muy grandes inconvenientes, y así respondió no lo queria hacer ni lo haria aunque entendiese sobre ello haber de estar toda su vida en prisiones, con que quedó tan notablemente amostazado el Sedeño, que luego al punto mandó se las echasen apretadas y rigurosas, poniéndole grillos á los piés y al pescuezo un pesado cepo, con otros ásperos tratamientos, todo esto con intencion de que ellos le obligasen á hacer el juramento que le pedia; lo cual fué todo en vano, pues no fué posible acabar con él lo hiciera, con que obligó al Sedeño (por evitar mayores males que podrian suceder) de venir sobre él con mucha más fuerza de gente y alborotarlo, si lo dejaba libre, de llevárselo preso y á buen recado consigo á la isla (como lo hizo), dejando por entónces muy desamparada y sin ninguna gente la fortaleza. Llegó Sedeño con los presos á la isla, y mostrándose mucho más riguroso de lo que se suele en semejantes lugares y tiempos, puso tambien en prision al Bartolomé González, que era á quien dijimos habia quedado encargada la fortaleza y se la entregó al Herrera. Aprisionó así mismo tambien á un Alvaro de Ordas, sobrino del Gobernador don Diego de Ordas, y á otros muchos amigos del mismo.

Y pareciéndole que en la entrega que se habia hecho de la fortaleza al Herrera habia habido alguna traicion ó habia sido corrompido con algunas dádivas para ello el Bartolomé González, determinó darle tormento para sacar la verdad por aquel camino. Dióselo, y tan recio é inhumano, que lo descoyuntó con él: si bien fué en balde, pues no pudo sacar la verdad, fuese ó no fuese de lo que pretendia, con que quedó mucho más indignado y tan ciego de cólera, que con el fuego de ella quiso ahorcar al Alvaro de Ordas y otros dos soldados amigos de su tio. Tomaron tan mal estos intentos algunos amigos del Antonio Sedeño, por ver el desacierto con que iban, le persuadieron con muy grandes ruegos no lo hiciera, poniéndole delante el peligro en que se ponia trayendo guerra con los naturales de la tierra, sin poderse tampoco fiar por otra parte de sus mismos soldados, por estar avispados de éstos

y otros semejantes hechos, con que habia de vivir siempre con muy gran recato sin poderse un punto asegurar de los suyos, que era uno de los tormenros mayores que podian venir al que gobierna.

CAPÍTULO XXVIII.

I. Dióse noticia en Cubagua por un Sanabria de la prision de Alonso de Herrera—II. Despáchanse en la Audiencia de Santo Domingo recados para que suelten á Herrera—III. No los quiere cumplir Antonio Sedeño—IV. Antes intenta prender á Aguilar, como lo hiciera, si no se le escapara por buena traza.

EN este tiempo acertó á llegar á esta isla de la Trinidad un navío de un Sanabria que andaba por aquella costa de Paria rescatando indios esclavos, conforme á la costumbre de aquellos tiempos; y para que Antonio Sedeño no tuviese ocasion alguna de molestarlo (si lo hallaba en Paria ocupado en aquello, aunque era fuera de su gobernacion), llegó á pedirle licencia para ello, el cual se la dió, con que no los comprase de veinte años abajo. Cuando llegó al puerto de la Trinidad Sanabria á pedir esta licencia, supo la prision de Alonso de Herrera y todo lo demás que en ella habia pasado, y despues de haber rescatado los esclavos, tomó la vuelta de Cubagua, donde dió noticia del suceso y prision de Herrera y los grandes tropeles que sobre ello se habian tenido, que lo sintieron mucho los amigos que Herrera tenia allí, en especial un Alonso de Aguilar, que lo era muy del alma, como se echó de ver, pues luego que lo supo se partió la vuelta de Santo Domingo, donde hizo relacion en la Real Audiencia de todo lo que Antonio Sedeño habia hecho, de malos tratamientos á todos los demás y al Alonso de Herrera, y cómo lo tenia preso y á pique de suceder mayores desgracias.

Sabido en la Audiencia este atrevimiento de Sedeño, despachó provisiones para que el mismo Aguilar fuere con un escribano á la isla y notificase á Sedeño soltase á Alonso de Herrera y á todos los demás que tenia presos, y diese licencia á todos los que quisiesen seguir al Agnilar para su gobernacion; y que tambien les volviese todo lo que se les habia tomado, así de caballos como de otras armas y pertrechos de guerra, poniéndole sobre esto graves penas. Con los cuales despachos, sin detenerse en Santo Domingo, tomó la vuelta de la isla de Cubagua y desde allí á la de la Trinidad, con la brevedad posible, porque las leyes de amistad le obligaban á todas estas diligencias, de dejar su casa, gastar su hacienda y arrojándose á las inconstancias del mar, expuesto á los ordinarios riesgos que en esto suelen suceder, y despues á los últimos que con Sedeño se le habian de ofrecer, por lo apasionado que estaba con su amigo Herrera, como le sucedieron.

Pues habiendo llegado á Cubagua y solicitado las voluntades de algunos amigos suyos, para que le acompañaran hasta la isla Trinidad, y habiéndose entrado hasta ocho compañeros y hecho á la vela, llegaron al puerto y pueblo donde estaba Antonio Sedeño en la isla, usando de mil bárbaros rigores con todos los que tenia presos, no dándoles de comer, ni lugar para que lo fuesen á buscar ellos ni sus amigos con que estaban en la prision con mayores tormentos de hambre que los que les daban los grillos y cadenas. Llegado Alonso de Aguilar al puerto, y habiendo saltado en tierra con un escribano que llevaba para notificar á Antonio Sedeño las provisiones y recados, los recibió *á prima facie*, con alegría, no entendiendo iban á aquello, la cual alegría se le acabó luego que lo supo, y convirtió en tan grandísima cólera y enojo por el atrevimiento que él decia habia tenido el Alonso de Aguilar, que luego al punto le prendió al escribano, despues de habérselas notificado, y con un semblante airado y acciones demasiado coléricas, lo hizo poner en recado, y no dándosele mucho por el cumplir lo que se le mandaba, con aspereza de palabras respondió que obedecia á las provisiones, pero que en cuanto á su cumplimiento, no habian lugar por los inconvenientes que él daria á su tiempo.

Bien quisiera prender luego allí al Alonso de Aguilar, si se atreviera á hacer esto sin que sucedieran algunas desgracias entre su gente, por tener su condicion tan desabrida, pero reprimiendo su cólera, dejó esto para mejor ocasion, con intentos de tenerlo allí preso hasta que á él le pareciese. Vacilando sobre esto, en la mejor traza que se podia dar para hacer la prision sin ruido, le pareció serlo convidándole á comer y ordenando á su gente le prendiese estando comiendo. Olió el Aguilar la traza, y con sospechosa cautela imaginó luego la que tendria para escaparse de la de Antonio Sedeño, y no dándose por entendido,

rogó al Gobernador Sedeño le hiciese merced le dejase ver al Herrera, pues estaba determinado á no soltarle, por los inconvenientes que se sospechaba. No rehusó Sedeño dar esta licencia, por disimular con esto más los intentos que tenia de prenderle, porque parece que si esto le negara se exasperara el Aguilar y anduviera con cuidados, porque no se hablasen si no fuese en presencia de su Teniente, que era uno de los más íntimos amigos que tenia el Herrera, y su compañero y camarada de rancho en todas las peregrinaciones que habian hecho con el Comendador Ordas; y así, aunque entró con el Aguilar, al efecto dió el lugar que quisieron para que los dos amigos se hablasen en secreto, y así, tratando de la libertad del Herrera, le dijo el Aguilar que ya que Sedeño se habia determinado en no soltarlo, que el remedio que podia darse en ello era procurar el soltarse é irse á la mar, pues tenia para todo amigos que le ayudaran, donde él lo recibiria en su navío y haria todo lo que estaba obligado á buen amigo. Despidiéronse con esto, quedando cuidadoso el Herrera en la traza que podia dar para soltarse, pues tanto le importaba. Volvióse con esto el Aguilar á la posada del Sedeño, ya á horas de comer, y estando puestas las mesas, llamados los huéspedes y todo á pique para asentarse, fingió el Alonso de Aguilar (que andaba como gato sobre brasas) cierta necesidad natural, y como allí no habia otro lugar secreto sino entrarse entre los árboles de la montaña, hízolo así encubiertamente, y sin que lo sintiesen se fué á su bergantin, que estaba surto y amarrado á un árbol de los que caian sobre el mar, de donde no quiso más desembarcarse ni ponerse á las cortesías de Sedeño, viendo que tenia tan pocas. Estuviéronle esperando buen espacio de tiempo para sentarse á comer, hasta que viendo que tardaba demasiado, lo envió á llamar Sedeño, cuidadoso si le hubiese sucedido alguna desgracia con alguna fiera, de que hierven aquellos arcabucos, en especial cerca de los pueblos donde están cebadas.

Advirtió Aguilar desde su bergantin, hecho ya á lo largo, que le buscaban, y dando voces, avisó que comieran, porque él se habia ido á hacer lo mismo con sus compañeros, por comer con más gusto y más seguro de las sospechas que tenia del Gobernador Sedeño, con quien no quiere más tratos ni contratos, sino que se sirviese de conmutarle la comida en darle su escribano, porque queria volverse á Cubagua, supuesto que era de ningun efecto su venida. Turbóse Sedeño demasiadamente de que se le hubiese escapado de sus manos Aguilar, habiéndole olido sus intentos, y respondiéndole que la necesidad que tenia de gente le constreñia á detener allí al escribano, que le perdonase, pues no podia hacer otra cosa, pues él mismo veia no seria prudente dejar ir la gente de la isla, teniendo de ella tanta falta, y que ya habia visto tambien la mucha que tenia de comida, que le rogaba se sirviese llegar con su bergantin al pueblo del Cacique Chacomar para que les trajesen algun cazabe, yucas, batatas y otras raices y comidas de la tierra, porque á la sazon no tenia Sedeño en el puerto navío, por haberlo llevado Agustin Delgado con alguna gente á la costa de Paria á buscar tambien comidas, por lo cual no se halló el Agustin Delgado en esta sazon con Sedeño, á que respondió Aguilar lo haria con gusto, pero que él era chapeton en los tratos de aquella tierra, que le enviase persona vaqueana que supiera tratar y rescatar con los indios. Hízolo así el Sedeño, enviándole á un amigo suyo llamado Bartolomé González, aquel que dijimos habia hallado Ordas en la fortaleza de Paria, por parte del Sedeño.

CAPÍTULO XXIX.

I. Detuvo Aguilar en su bergantin á Bartolomé González, entendiendo que en recompensa le darian al escribano.—II. Suéltase de la cárcel Herrera y éntrase en el bergantin de Aguilar, y juntos van á la fortaleza de Paria, y se apoderan de ella.—III. Prende Sedeño á algunos soldados con sospecha de ser amigos de Herrera.—IV. Ruéganle que los suelte, pero no lo quiere hacer.

FUERON los dos, Aguilar y Bartolomé González, en el bergantin, costeando la tierra del Cacique Chacomar hasta llegar á su pueblo, donde habiendo rescatado cazabe y otras comidas, tomaron la vuelta con ellas al puerto del pueblo de Sedeño, echándolas en tierra y haciéndose á lo largo; retuvo en el bergantin al Bartolomé González, gran lenguaraz del idioma de aquella tierra, enviándole á decir á Sedeño, que no le daria á su veedor (que este oficio tenia el Bartolomé González) si no le daba á su escribano, y de camino envió á decir á Alonso de Herrera con un esclavo negro que tenia Sedeño, que habia sido de Ordas, y por este confidente del Alonso de Herrera, que procurase soltarse aquella noche, porque él

lo estaria esperando toda ella, para recibirlo en su batel. Hizo fiel mensajero el esclavo, diciéndoselo al Herrera, que lo procuró poner por obra, como luégo diremos.

Mucho sintió Sedeño haberle enviado á decir á Aguilar que no le queria dar al Bartolomé González, sin que le diese á su escribano, y así viendo la falta que hacia, por ser hombre muy de hecho el Bartolomé González, se sujetó de enviarle á rogar se lo enviase, sin querer él soltar al escribano, que pudiera advertir lo poco que con aquel modo se habia de negociar, como sucedió; y así visto que no tenia remedio de que le diesen al González, no curó de tratar más de ello, sino de poner mayor guarda en el Alonso de Herrera, con miedos no se le soltase de la prision, aunque le tenia con grillos y diez hombres de guarda, con que le pareció lo tenia seguro; pero el Herrera, viendo lo que le importaba su buena diligencia, la tuvo aquella noche para soltarse, usando de traza con las guardas, que fué entretenerlos, chacotéandose con ellos y contando cuentos, á fin de desvelarlos en el primer cuarto, para que entrando más la noche, vencidos del sueño, quedasen todos dormidos y él tuviese lugar de quitarse las prisiones y salir de la cárcel, como le sucedió: pues pasada la mitad de la noche que gastaron en lo dicho, quedaron todos tan dormidos, que tuvo lugar el Herrera de descalzarse los grillos, y poniendo unos pedazos de madero en la hamaca á donde dormia, porque si la meneasen á oscuras (como estaban todos) la hallasen pesada y creyesen que era él el que estaba en ella, y tomando una ballesta de los que lo guardaban, se salió de la cárcel y fué al mar y entró en el bergantin que estaba á pique para recibirlo. Venida la mañana, y habiéndolo hallado ménos, colérico Sedeño echó toda la gente de servicio y algunos españoles para que lo buscasen por entre aquellos montes de palmeras de que abundan aquellos países.

Despachó así mismo tambien en una canoa á su Alcalde mayor para que visitase el bergantin de Aguilar y viese si estaba allí Herrera, los cuales cuando lo vieron que enderezaba la proa de la canoa para ellos, le dijeron, que dejando en ella la vara, entrase en el bergantin á lo que quisiese. Hízolo así el Alcalde mayor, y despues de haberse saludado y hablado como amigos, le dijo Herrera, que hubiera sido bien excusado aquel trabajo que habia tomado tan en vano, pues sabia no habia preso que no se quiese ver suelto, y que las inhumanidades y grandes rigores que con él habia usado Sedeño, si él no las pudiese vengar por sus manos, esperaba en el Cielo que de allá le habia de venir el castigo, porque cuando no tuviera otra culpa que hubiera cometido contra él sino la ingratitud, era bastante para obligarle en razon de mundo á esto, pues estando preso y teniéndole los indios cercado al Sedeño y su gente con tanta apretura, que estaban ya muy á pique de morir á manos de aquellos salvajes, el Herrera, saltando en un caballo en pelo sin aguardar á poner silla y tomando una lanza, hizo tantas y tan grandes valentías entre los indios, que les obligó á dejar el cerro y huir cada cual por donde pudo; en pago de lo cual lo volvió luégo al punto á poner preso y en más ásperas prisiones que hasta allí, y que le dijese, que pues él le habia tratado de aquella suerte, tan sin culpa, que mirase las que habia cometido contra él y guardase su cabeza, no lloviese todo junto sobre ella.

Diéronse á la vela Alonso de Aguilar y Herrera, y llegando con brevedad, sin torcer viaje, á la fortaleza de Paria, donde hallaron á Agustin Delgado con los soldados que habia llevado en la fragata á buscar comidas (como dijimos) que queria ahorcar un soldado llamado Ardino, porque segun decian era éste el que habia persuadido á Alonso de Herrera (cuyo secretario era) á que fuese á la fortaleza de Paria é hiciese lo que hizo (como dejamos dicho), por lo cual y otros motivos que Agustin Delgado tuvo, ó por ventura con órden de Sedeño que lo envió con él en este viaje para el efecto, lo habia afrentado ó acozado al rededor de la fortaleza, lo cual sabido por Sedeño, y temiéndose que si escapaba de allí con vida, podria seguir su causa, porque tenia habilidad para todo, y por seguir á él y á Delgado, le envió desde la isla de la Trinidad una botija vacía, con sólo un cordel atado al cuello, dándole á entender con esto al Delgado, que ahorcase al Andino; la cual enigma alcanzó el Agustin Delgado, y estaba poniéndola por obra á la sazon que llegaron á la fortaleza el Alonso de Aguilar y el Herrera, los cuales se dieron tan buena maña, que prendieron al Agustin Delgado y á sus amigos, con ayuda de algunos soldados que se le rebelaron de los que tenia, que eran de los de Ordas; dieron la vida al pobre del Andino y se apoderaron de nuevo otra vez de la fortaleza y de todo lo que habia en ella, é hicieron de su banda á los soldados que habia preso Sedeño y habia dejado en la fortaleza sin mantenimientos, para que por fuerza le siguieran. Muy de otra suerte le sucedió á Agustin Delgado de lo que sucediera si se hallara en la Trinidad á la sazon que llegó allí el Alonso

de Aguilar, y sucedió lo que hemos dicho, pues si él se hallara presente, nunca el Herrera se soltara, ni Sedeño dejara no prender al Aguilar, ni de vengarse de ambos á su voluntad, con que los negocios quedaran más encancerados de lo que quedaron.

Habiendo vuelto del bergantin el Alcalde mayor de Sedeño, y díchole las razones del Alonso de Herrera, quedó tan indignado y aun temeroso de algun concierto entre el Herrera y los soldados sus amigos que habian quedado en la Trinidad, que serian más de treinta, que luego los hizo prender á todos y que se armara una fragua en medio de la plaza de la ranchería, para hacer en ella con el trabajo de los propios soldados, copia de prisiones que echarles y en que tenerlos afligidos, los cuales, viéndose tan injustamente presos y que no les bastaban las necesidades, hambres, enfermedades y otros trabajos que habian pasado y padecian, sino que de nuevo los querian molestar con prisiones hechas con su propio sudor y trabajo, por más afrenta, rogaron á un Moran, persona principal y amiga del Sedeño, le dijese que les bastaba la prision que tenian en no poder salir de aquella isla donde habian padecido las calamidades que todos sabian, sin que de nuevo los aprisionase sin causa, en que daba á entender que pretendia su total perdicion y muerte.

El Moran se juntó con otro hidalgo, hombre grave, llamado Villégas, que estaba por Tesorero, y llegando al Gobernador, le dijeron: la amistad y voluntad que os tenemos nos constriñe á decir lo que sentimos, de lo que al presente se hace y se pretende hacer con los soldados que están presos, lo cual no sólo los hombres asesados y de buen talento conocerán ser fuera de toda la modestia que debe tener el que gobierna, pero aun esto lo advertirá un bárbaro, que con algun velo de pasion no tuviera cerrados los ojos del entendimiento, pues no sólo no se debe intentar hacer lo que se pretende con hombres de su nacion, y que han servido y obedecen á su Capitan; pero aun con hombres bárbaros y rebeldes, por ser inhumanidad que despues de tantos trabajos como estos miserables hombres han padecido, poniendo sus vidas á riesgo de perderlas, por ayudar á sustentar á su Gobernador y sus soldados y gente, en pago de esto sean puestos en tan ásperas prisiones, de donde se podria seguir entre los demás algun grande inconveniente, que ofreciéndose alguna repentina guazabara de estos indios, de quien no estamos una hora seguros, sean muertos cruelmente los presos y nosotros con ellos, por ser todos tan pocos é insuficientes para la defensa, y así lo tenemos por más acordado que suelten con halagos y blandas palabras, para obligarlos con esto á que cuando fuere menester pongan las vidas por su Gobernador. El cual recibió tan mal estos consejos, que sin ablandarse un punto de su terquedad, respondió con ánimo severo y obstinado á estas y otras razones que se dijeron: á los que siempre me han sido amigos y lo son, yo los he tratado y trato como á hermanos, pero á los demás que tienen más de enemigos que amigos, los tengo de tratar ásperamente y mandar á coces y puntillazos, como lo haré con estos de la prision, sin sacarlos de ella si no es para las obras civiles que se ofrecieren, y tendré tanto cuidado en ponerles prisiones y á recado, que aunque quieran no se suelten. Enfadados de la respuesta los intercesores y de la terquedad que tenia el Gobernador en su crueldad, dieron de mano á la intercesion, viendo que era gastar palabras al aire, y se fueron á sus posadas, harto desabridos en ver que no habian sido posibles las que habian hablado y sus honrados términos para acabar con el Gobernador una cosa tan justa, caritativa y cristiana y que tanto le convenia, como lo que le habian pedido.

CAPITULO XXX.

I. Suéltanse los presos de Sedeño, y apellidando libertad, lo prenden á él.—II. Llega al punto la carabela que habia ido á buscar comidas, y embárcanse todos en ella.—III. Llegan á la fortaleza sin saber por quién estaba, y prende Herrera á Antonio Sedeño.—IV. Suéltansele despues en secreto unos soldados, y vase á Puerto Rico, quedando Herrera en la fortaleza.

NO eran menores que los que vamos diciendo tenia Antonio Sedeño en su ranchería, los trabajos que padecia de los naturales de las contínuas guazabaras con que noche y dia lo inquietaban, ni tan á poca costa que no le habian ya muerto en diferentes ocasiones más de veinte españoles y atemorizado á los demás por estar alzada toda la tierra y ser de tan innumerable cantidad de indios, con que no les era posible salir por la comarca á buscar comidas en que padecian tanto que les era forzoso intentar por mil caminos dejar la isla por salvar las vidas. Lo que debiera advertir Antonio Sedeño, para no afligir por

su persona y desabrimientos más á sus soldados, pues no es buena prudencia ni razon de estado, al afligido darle mayor afliccion; pero al fin, no dejándole su pasion proceder de otra manera de lo que hemos dicho con los presos, les puso en ocasion para que sucediera lo que diremos; pues luego que vieron que Moran y su compañero no les volvian con la respuesta del Gobernador, entendieron haber sido mala y no tener ya remedio de ser sueltos de la cárcel y prisiones si no lo hacian por sus manos, y así determinaron valerse de ellas; y habiendo comunicado estos intentos con algunos otros soldados, sus amigos, que andaban sueltos, para que les ayudasen á soltarse, si el Gobernador se determinase no hacerlo; sabido que ya estaba determinado á eso, pusieron ellos en ejecucion su soltura al punto de medio dia, cuando los de la ranchería estaban comiendo ó reposando, y ayudándose los unos á los otros á quitar las prisiones; libres ya de ellas, y tomando algunas armas de las que tenia el Gobernador recogidas en depósito en un aposento cerca de la cárcel, salieron por las calles de la ranchería dando voces y diciendo, viva el Rey, que nos ha dado la libertad y el Gobernador nos la quiere quitar y hacernos esclavos.

Juntáronseles luego á éstos otros, sus grandes amigos y camaradas, viendo la ocasion en la mano para cumplir los deseos que tenian de salirse de la isla y redimir sus bejaciones é intolerables trabajos que pasaban en ella; y así, los principales alterados, y los que en el camino se les allegaron, se fueron derecho á la posada del Gobernador Antonio Sedeño, y hallándolo descuidado del hecho, lo prendieron, y sin hacerle más daño que despojarle de sus armas, le mandaron (con la violenta autoridad que ellos se habian tomado) que tuviese aquella su posada por cárcel, so pena de la vida, sin haber entre esta gente cabeza que se señalase, sino que todos de una conformidad lo mandaban, por no poder ya sufrir las crueldades de Sedeño, el cual se holgara en esta ocasion haber tenido otra condicion, para adquirir amigos, pues no halló en tan riguroso trance alguno que quisiese volver por él ni hablar una palabra en su defensa.

Y así determinaron los alterados, que en viniendo el navío que habia ido á Tierrafirme á buscar comidas, se embarcasen en él y fuesen todos la vuelta de Paria, Cubagua, ó donde les pareciese. A tres dias de este suceso pareció á la vista la carabela que traia alguna comida; y viendo el Gobernador que ya estaba donde le podian entender los marineros por señas, se acercó á tierra y comenzó desde cierta parte, donde lo pudiese ver bien, á hacerlas con un paño para que no llegase sino que se volviese á Tierrafirme. Procuraban los soldados apartar de esto á Sedeño, diciéndole no era bien pasase tan adelante su cólera y enojo, que fuese ocasion de perecer todos allí con guerras civiles y de los indios, sino llegase la carabela para dejar el sitio; pero remedióse todo con no haber entendido la seña los de la carabela, y continuando su viaje irse acercando á tierra, á donde ya que la vieron surta los soldados, y al maestre (que luego salió de ella) en tierra, luego se entraron dentro y apoderaron todos de ella, rogando al Gobernador que si se quisiese ir con ellos lo llevarian.

No le dejaba su cólera asentir á esto, ni á ninguna otra cosa de su bienestar; y así, menospreciando lo que los soldados le ofrecian, dijo que se fuesen con Dios, que él con los que le quisiesen acompañar y mostrar en aquella ocasion y trance riguroso ser sus amigos, se quedaria allí, teniendo por menor mal vivir entre aquellos bárbaros, que tener libertad entre tan mala gente, como se habian mostrado los soldados; solo seis de los que ántes le habian hecho alguna mayor amistad, se ofrecieron á hacerla tambien en esta ocasion, determinando quedarse con él si habia copia de soldados que ayudasen á defenderse de los naturales, porque quedarse solos más era temeridad que valentía de ánimo, pues era entregarse con evidencia á las carniceras manos de aquellos bárbaros, para ser sacrificados á sus vientres neciamente. Agradeció Sedeño á los seis soldados el ofrecimiento, determinando temerariamente quedarse con ellos, cuando otros no le quisiesen acompañar; pero viendo la locura que era esto, le persuadieron todos que dejando este temerario parecer se entrase en su navío y fuese con los demás donde tuviesen las vidas seguras, ya que allí no se hacia nada, por no estar ellos ni la tierra en disposicion de hacer ningun buen efecto.

No acababa Sedeño de resolverse en su determinacion, y así casi por fuerza le arrebataron sus amigos y criados y metieron en el navío, dando muestras de ir harto contra su voluntad, por ir entre sus enemigos; pero viendo que ya era lance forzoso haber de seguir aquel viaje, y que le dejaban allí tres caballos que tenia de mucha estima, por no ser posible llevarlos, envió á rogar á Chacomar, el Cacique su amigo (que siempre lo fué desde las primeras amistades que trabaron), llevase los caballos á su pueblo, donde los guardase

y regalase: lo cual dispuesto así, se dieron á la vela y dejando del todo desamparada la isla Trinidad, tomaron la vuelta de la fortaleza de Paria, donde saltaron en tierra sin saber que estaba en ella y la tenia por suya Herrera, el cual, habiendo venido la ocasion á las manos para el retorno de la prision que á él le hicieron en el mismo sitio, las puso en prender al Antonio Sedeño y á sus amigos y criados, poniéndoles en prisiones y buen recado dentro de la fortaleza, quedando los demás libres y con grandes demostraciones de alegría y entretenimientos unos con otros, por verse libres de la jurisdiccion y dominio de Sedeño.

Detúvose en la fortaleza algun tiempo el Alonso de Herrera (no sin cuidado en la prision de Sedeño y los demás), aguardando si habia alguna innovacion de España ó de la Audiencia de Santo Domingo acerca de aquel gobierno que tenia á su cargo, para segun los sucesos, disponer él en esto de los presos, á voluntad del que viniese, y aun pedir ante él contra ellos lo que más les conviniese.

En este tiempo envió el Herrera una tropa de soldados con intentos de buscar algunas comidas á una poblacion de indios Caribes que estaban no léjos de la fortaleza, los cuales, por su industria ó por descuido que tuvieron los soldados, mataron á algunos de los de la tropa é hicieron volver casi huyendo á los demás, de lo cual, quedando algo corridos y temiendo el cordelejo y vaya que los del fuerte les habian de dar, ántes que llegaran se concertaron de soltar al Sedeño y á sus amigos en llegando, é irse con los que le quisiesen seguir secretamente á Cubagua en unas piraguas que habian tomado en aquella salida á los Caribes. Llegados á la fortaleza, se fueron luego juntos á hablar á Sedeño, dándole cuenta de sus intentos; pero por atajar inconvenientes, y que despues de sueltos los presos con favor de algunos sus allegados y amigos, no quisiesen revolver nuevas turbaciones y molestar al Alonso de Herrera y sus amigos, le hicieron jurar al Sedeño, ántes que lo soltaran, de que viéndose libre no daria ningun desabrimiento á Alonso de Herrera y sus parciales, sino que él, con los que lo quisiesen seguir, se iria á la isla de Cubagua ó Puerto Rico.

Hecho esto así, tuvieron traza como soltarle una noche de secreto, juntamente con Agustin Delgado y los demás sus amigos, y habiendo hablado con el mismo secreto á los que conocian tener buena voluntad de seguirlos, se embarcaron en las piraguas que habian traido los soldados y tenian aparejadas; y así tomando la vuelta de Cubagua, se quedaron allí algunos, y Sedeño con otros se pasó á la ciudad de Puerto Rico. No fué aquesta salida de los presos tan en secreto que no lo viniese á entender Alonso de Herrera; pero haciéndose muy del desentendido (y como dicen, al enemigo se le ha de hacer la puente de plata), viendo que por allí se ahorraba de algunas pesadumbres en no tener en su compañía quien no le era bien afecto y de ocasion, y revueltas de enfados, y no teniendo voluntad de dárselos á Sedeño y los demás, disimuló con todo y dejólos ir, quedándose él con los demás en la fortaleza, esperando si acaso venia nuevo Gobernador ó socorro, para poder efectuar lo que tanto tiempo y con tan grandes veras habia pretendido, que era seguir las noticias que les habian dado en la jornada de Ordas, en que tantos estorbos se habian puesto hasta allí (como hemos visto). Otros dicen que para dar libertad á Sedeño llegaron algunos soldados suyos que venian de una salida á la puerta de la fortaleza, donde habia quedado con solos dos ó tres soldados Herrera, y queriéndolo matar para soltar al Sedeño, él les dijo que hacian como buenos soldados en querer libertar á su capitan: y así fué al Sedeño y le dijo que aunque lo podia matar, no queria sino que se fuese, haciéndole juramento de no detenerse en Paria; hízolo Sedeño, y con esto lo soltó y se fué. Esto era el año de mil y quinientos y treinta y tres.

CAPÍTULO XXXI.

I. Hubo quien dijese que dejó Sedeño rebelados por su dicho contra los españoles á los indios de la isla de la Trinidad y Paria—II. Vienen los indios isleños y de Tierrafirme á inquietar los del fuerte, á quien dan favor dos indios cristianos amigos—III. Vienen los isleños de mano armada contra el fuerte, estando los soldados fuera de él, pero matáronlos á todos—IV. Intentan los indios Caribes de la sierra matar á los españoles, que estaban divididos por la tierra.

NO ha faltado quien pareciéndole por ventura no bastarle al dia su malicia, se la ha querido acrecentar (como dicen), diciendo que cuando Sedeño se vió tan afligido en la isla de la Trinidad y forzado á salir de ella (como hemos dicho), dejó avisados á algunos de los indios más principales, que eran algo familiares amigos suyos, no hiciesen amistad á

los españoles que llegasen por allí ó quedasen en la fortaleza de Paria, sospechando por ventura no pasarian de ella los soldados españoles que se le habian rebelado y sacaban de la isla : lo cual admitieron de buena gana los indios, por la contradiccion natural que tenian á los soldados españoles, en especial dándoles atrevimiento los mismos españoles : y añade que cuando se iba á embarcar, despues de suelto de la cárcel en la fortaleza de Paria, dijo lo mismo á algunos indios de aquella provincia, que por ser sus conocidos le habian venido á ver, indignándolos más con decirles que allí quedaba Alonso de Herrera con unos pocos cristianos, solo para robarlos, y hacerles los daños que pudiesen, y que mirasen por sus personas y si acaso tuviesen ocasion los matasen, que él se holgaria mucho, porque eran sus enemigos.

Hubiese esta traza ó no salido del Sedeño, apénas hubo bien vuelto las espaldas, cuando se conoció el rebelion de los indios de ambas partes, isla y Tierrafirme, convocándose los unos á los otros y dando tan grande prisa á todas horas á los soldados del fuerte (que eran pocos, más de treinta), que los ponian en muy grande confusion, sin dejarles salir del amparo de las paredes, y fueran muy mayores los daños si no los atajaran con algunas comidas, avisos y ayuda que les daban por sus personas y vasallos dos indios cristianos y muy principales, convecinos á la fortaleza, que el uno es llamado Yuamá y el otro Pedro Sánchez, los cuales se habian cristianado y héchose grandes amigos de los cristianos. Con esta ocasion, que en tiempos ántes de éstos habian llegado por las costas de aquellas provincias dos navíos de españoles á hacer esclavos, y entre los demás sacaron estos dos indios y los llevaron á la isla y ciudad de Santo Domingo, donde despues de haberse bautizado y estando algunos años, mandó la Audiencia Real poner en su libertad y que fuesen restituidos á su tierra, como lo fueron, quedándole siempre aquella amistad y cariño á los españoles, de quien habian recibido la fe católica de que tanto se preciaban.

Acudian con tantas demostraciones de amistad, en especial al Herrera, tan de ordinario al fuerte á entretenerse con él y sus compañeros, que no solo se contentaban con estas frecuentes conversaciones, sino que se llevaban muchas veces á los soldados á sus pueblos para entretenerlos y regalarlos. En esto estaban pasando tiempo en una, entre las demás veces, cuando supieron que habia pasado cantidad de indios de la isla Trinidad en sus piraguas y canoas, con intentos de pelear con los del fuerte y aun de acabar con ellos, cebados en haber muerto á otros españoles en algunas ocasiones pasadas, y fiados en la grande muchedumbre que venia. Dieron luégo aviso de esto los indios amigos al Herrera y á los demás soldados en los pueblos donde estaban, que no les dió poco cuidado por verse fuera del fuerte y no tan prevenidos como quisieran, y entre gente de quien no tenia muy fundada su satisfaccion de amistad, por ser tan variables y que podria suceder entregarlos con traicion en manos de los Caribes isleños.

Vinieron á entender estos temores los dos Caciques amigos, y asegurando los de ellos, les dijeron que si tenian ánimo los soldados para matar á todos los isleños que venian, que ellos se los darian en sus manos á todos, embriagados en una fiesta que les harian, y se saldrian del pueblo con sus hijos y mujeres y los dejarian solos, donde podrian llegar los españoles y hacer de ellos lo que les pareciese convenir, ántes que fuesen sentidos de los embriagados y de otros Caribes que habian de bajar de la sierra, como lo tenian concertado, para que juntándose todos dieran á una sobre la casa fuerte y mataran á todos los españoles. Este concierto se efectuó como lo trataron contra los indios de la isla Trinidad, porque se pudo hacer con facilidad la fiesta y embriaguez, por haber entrado todos los isleños en un pueblo de uno de estos dos Caciques, algo apartado de la mar, para entretenerse allí algunos dias, por ser todos conocidos y que se trataban los unos con los otros, miéntras bajaban los indios de la sierra para lo dicho.

Al tiempo que convino, que era el en que ellos estaban ya fuera de su juicio con el mucho vino, veia los dos Caciques amigos con toda su chusma fuera del pueblo, fueron avisados los españoles, y entrando en las casas de las borracheras, despacharon de esta vida á todos los isleños, con que se aseguraron por entónces de ellos, y volvieron á la fortaleza con el despojo de canoas y piraguas y otras baratijas de poca consideracion que habian traido en ellas. No pasaron muchos dias despues de este suceso, cuando el hambre obligó á los de la fortaleza á salir de ella para buscar el reparo y su sustento entre los pueblos de los dos indios amigos, porque ni tenian con qué comprarlo ni bastante número de soldados para entrar á tomarlo por fuerza entre los Caribes. No se les escondió esta faccion á los de las sierras comarcanas, y el venir á entender cómo andaban los españoles fnera de la casa fuer-

te y divididos cada uno por su parte para sustentarse, con que determinaron de no perder la ocasion de venir sobre ellos y matarlos. No fué esta determinacion tan secreta que no la vinieran á entender los dos indios cristianos amigos, de que luego dieron aviso al Herrera por sus mismas personas; el cual, con algunas cosillas que les dió y palabras amigables, les persuadió á que le juntasen sus compañeros de todas las partes donde estaban y se los llevasen al fuerte con la brevedad posible.

Hiciéronlo así los indios, y fué con tanta presteza, que aunque con mucha se desgalgaron de la sierra los Caribes, al efecto se hallaron ya burlados y tan airados y briosos contra los dos indios principales y toda su gente, por haber entendido habian sido ellos la causa de la burla, que convirtiendo contra ellos su enojo, tomaron las armas contra ellos y contra todos sus vasallos y pueblos, y lo pasaran y sucediera peor que les sucedió, si con la brevedad que el caso requeria, considerando que los españoles, por ser pocos, no les podian ayudar á la resistencia, ni ellos eran parte para defenderse de los serranos, no tomaran sus hijos y mujeres, y dejando sus tierras se pasaran en canoas á vivir á las de Ruaco, con que se libraron los más de la endiablada furia de estas salvajes; si bien vino á descargar sobre sus pueblos y sementeras, abrasándolas y talándolas todas, con que quedaron nuestros españoles totalmente destruidos de favor y socorros de comidas, en ocasion que tan necesitados estaban de ellas.

Pero considerando que morir de hambre en el fuerte, ó á manos de los enemigos buscando de comer, todo era morir, les hacia determinar el hambre á salir á buscar su reparo á unos pueblezuelos de indios que estaban más apartados, donde por no poder pelear de flaqueza ni defenderse de los muchos que sobre ellos venian, mataron en ocasiones diez españoles, con que quedaron los veinte escasos tan atemorizados, que sin dar salida á lo que vacilaban, sobre el disponer de sus personas y reparo en sus necesidades, solo ponian el remedio en la muerte, que sin duda les sucediera, á no venirles ántes que ella de la madre de Dios el reparo, con el modo que despues diremos.

La antigüedad de los tiempos (como ya tengo advertido) ha consumido lo más delicado de la historia, que es la puntualidad de los años en que sucedió cada cosa; y así solo me he contentado poder sacar en limpio, haber sucedido todas éstas que he tratado desde que comenzó en su gobierno Antonio Sedeño hasta el año de mil y quinientos y treinta y cuatro, que fué el en que sucedió lo que acabamos de decir. Lo cual supuesto, nos pide la historia volvamos á tratar desde un año atrás, que es el de treinta y tres, lo que sucedió con los alemanes en la Provincia y Gobernacion de Venezuela, hasta que llegue á entrar á su tiempo lo que resta de la de Paria en el sucesor de don Diego de Ordas.

TERCERA NOTICIA HISTORIAL

DE LAS

CONQUISTAS DE TIERRAFIRME.

CAPÍTULO I.

I. Va á España desde Coro Nicolas de Fedreman á pretender el gobierno de Venezuela, y dánsele—II. Por malos terceros quítansele y dánselo á Jorge de Espira y á Fedreman por su Teniente—III. Hácense á la vela y vuelven á arribar dos veces, la una á la vista de las islas de Canaria—IV. Húyense doscientos soldados y queman á tres por el pecado nefando en la ciudad de Cádiz—V. Vuélvense á embarcar en Cádiz y vienen hasta Canaria, donde refuerzan la gente y vienen con buen tiempo hasta llegar á la ciudad de Coro.

Cuando llegó á la ciudad de Coro la desgraciada nueva de la muerte y ruines sucesos del Gobernador Ambrosio de Alfinger, estaba en ella Nicolas de Fedreman, hombre de valor y lleno ya del conocimiento de las conquistas y costumbres de los indios de aquellas provincias. Esto y la amistad que tenia con los Belzares y ser de una misma nacion, le levantó los pensamientos á pretender la sucesion en el gobierno de Ambrosio de Alfinger. Y así solicitado de este cuidado, diligenciando no perder la ocasion en la primera que hubo de pasaje en España, se embarcó y llegó á la Corte, y proveida la bolsa de oro en barras y buenas joyas, de que fué socorrido para el intento de sus amigos, que no hicieron poco acrecentamiento sobre el caudal que él no se habia descuidado de allegar miéntras estuvo en la Provincia de Venezuela, procuró con esto y agradables palabras ganar las voluntades de los agentes de los Belzares, á cuyo cargo estaba el proveer de Gobernador para la Provincia; súpose dar tan buena maña en la negociacion y disponia delante los agentes tan á lo vaqueano los negocios del gobierno de aquella tierra y los provechos que de tenerla él á su cargo se les seguirian á todos, que resolvieron en hacerlo Gobernador de ella, librándole provisiones cumplidas con particulares instrucciones de lo que habia de hacer, dirigidas las más á sus comodidades.

Salió luego la voz de esta provision por toda la Corte y Castilla, por comenzar luego Nicolas de Fedreman á levantar gente en todas partes, hasta la que le señalaron podia pasar á su gobierno para los nuevos descubrimientos y conquistas que tenia intentos hacer en él. En compañía de Fedreman habian ido algunos soldados, tambien vaqueanos, de la misma Gobernacion, que no estaban con él tan corrientes que les pareciese á su propósito la provision; y así juntándose luego que se divulgó con algunos que pretendian el mismo cargo de la misma nacion tudesca, y platicando entre ellos sobre el caso, llegaron á los agentes que habian dado la provision, y terciando de mala contra el Fedreman, procuraron se revocara lo proveido, diciendo no ser á propósito la persona para aquel gobierno, por ser de ánimo bullicioso, soberbio y arrogante, de palabras tan pesadas é insufribles con que maltrataba á los soldados honrados, por ocasiones leves, que seria sin duda el suceder alteraciones cada hora con la gente que tuviese á su cargo, de donde se seguiria no solo no acrecentar lo conquistado sino ántes perderlo.

Fueron tan poderosas estas palabras y otras que decian los pretendientes para llenar

de temores á los Belzares, que si aquello fuese así, podrian venir á perder la Gobernacion y derecho que tenian á ella y tantos provechos como se le seguian, que con facilidad le revocaron las provisiones del gobierno y las dieron á Jorge de Espira, caballero, tambien de su propia nacion, nombrándole por su Teniente general al Nicolas de Fedreman, porque no quedase del todo descontento y defraudado de los valientes intentos que tenia de acrecentar el gobierno con nuevos descubrimientos. Confederaron á ambos de manera que entre ellos nunca hubiese disensiones, y que pues la tierra de Venezuela era larga, bien podian ambos efectuar sus deseos, tomando varias derrotas en los descubrimientos, con que todos se podian aprovechar y acrecentar el gobierno; pero siempre el Jorge de Espira con superintendencia en todo, prometieron ambos guardar estos conciertos y otros en que los Belzares los instruyeron, y los guardaron con tanta firmeza, que no se conoció entre los dos (miéntras les duró el gobierno) discordia de consideracion, por no haberse dado vista el uno al otro desde que se dividieron la primera vez.

Hechos los despachos, tratóse luego de levantar gente con cuidado, para la jornada, en algunas partes de España, y principalmente en el Andalucía y Reino de Murcia. Juntos, de todas partes, cuatrocientos hombres, gente toda lucida en ánimos y bizarría de galas, en cinco navíos que se fletaron para esto en el rio de Sevilla, se embarcaron el año de mil y quinientos y treinta y tres. Diéronse á la vela en demanda de las islas de Canaria, donde habian de tocar para reforzar matalotajes; pero ántes que les dieran vista en el golfo que llaman de las Yeguas, donde son ordinarias las tormentas, les dió una tan deshecha, que en un dia los volvió atrás lo que habian caminado en cinco, hasta arribar á Sanlucar, donde estuvieron hasta que abonó el mar, en que volvieron á proseguir su viaje, hasta ponerse á vista de las islas de Canaria, donde les volvió á dar otra tan terrible tormenta, que con ella aportó aquella noche la Capitana á Nuestra Señora de Regla; y otra casi en el mismo tiempo á la bahía de Cádiz, que parece increible si las tormentas fuertes que suelen levantarse por allí no hubieran hecho lo mismo otras muchas veces. Los demás navíos, corriendo varias fortunas, arribaron á diversas partes, aunque dentro de pocos dias se juntaron todas en Cádiz, donde muchos de los soldados, considerando la ventura que habian tenido en escapar con vida en tormentas tan ocasionadas á perderla y tragar la muerte, que se les puso tan á los ojos, se determinaron no seguir aquella jornada, y éstos no fueron tan pocos que no llegasen á doscientos hombres los que se quedaron; si bien todos perdieron los matalotajes y haciendas particulares que habian metido en los navíos, por haber sido furtiva su quedada, y sospechándola los Capitanes desde que arribaron, haber puesto vigilancia en que no se desembarcara ropa ni gente, aunque de ésta no se pudo tener tanta que estorbara el no desembarcarse el número dicho. A pocos dias de como arribaron, entre los demás soldados que saltaron en tierra, con seguro de que no faltarian en volver á las naves, fué uno inficionado en el abominable vicio de sodomía, y volviéndose á su pecado con otros dos inficionados de lo mismo, que ya él se los conocia por del mismo pelaje, en cierta diferencia que tuvieron quedó muerto el uno, y los dos presos, con que se vino á saber la maldad; pues confesaron claramente los dos habia sido la discordia acerca de ejercitar la misma abominacion y pecado nefando, con que fueron quemados todos tres, y salió voz por todos los de la armada haber sido por los pecados de aquel sodomita las tormentas y trabajos que habian padecido todos; y no hay que espantarse originaran estas sospechas, pues la atrocidad del pecado ocasiona á esos y mayores castigos.

Con el que se hizo á éste, perdieron los demás el miedo al embarcarse y cobraron esperanzas de buenos sucesos en el viaje; y así volviéndose á embarcar el resto de los que se habian huido, que seria la mitad, lo prosiguieron con buen tiempo y sucesos hasta llegar á las islas de Canaria ocho dias ántes de la Pascua de Navidad. Trataron los Gobernadores de rehacer su gente con la de aquellas islas, y así enviando algunos Capitanes al efecto por algunas de ellas, juntaron hasta doscientos hombres, los más gente comun y grosera, con que se reparó la falta de los doscientos hombres que habian hecho fuga en Cádiz. Gastóse en esto y reforzar las naves de matalotajes y otras necesidades, hasta algunos dias pasada la Pascua, despues de los cuales se dieron á la vela y con buen viento y viaje, en pocos reconocieron la isla de Puerto Rico por el promontorio ó cabo de San German, de donde tomaron á popa la vuelta de Coro. Cayó en la mar por su descuido un pajecillo ó grumete de una nave, que yendo con la velocidad de todo trapo y viento en popa, por presto que advirtieron en la caida del muchacho, se hallaron muy lejos de él. Arriaron de gavia y cogieron con la brevedad posible las demás velas, y echándose de mar en traves, y

la chalupa al agua, volvieron algunos marineros atrás á tentar si podian recobrarlo (como lo hicieron) por haberlo hallado sobre el agua sin haberse hundido, como el muchacho decia, á quien preguntando cómo habia podido sustentarse encima del agua sin saber nadar, respondió que tenia por devota á la Vírgen Santísima, á quien se encomendó cuando caia, y no entendia ser otra cosa la que le habia librado de la muerte, sino sus poderosas manos. Alzaron las suyas al Cielo dándole gracias por el suceso los marineros, y tomando la vuelta del navío, volvieron a entrar en él, cuya gente dió mil gracias á Dios por el milagroso caso, de que tomaron buena señal y esperanzas de buenos sucesos en lo restante del viaje, que fué de dos dias, hasta que surgieron en el puerto de la ciudad de Coro el año de 1534, á los primeros de febrero, y desembarcó la gente toda sana y con buen brio, para poner luégo en ejecucion los intentos que traian de las conquistas.

CAPÍTULO II.

I. Fiereza de los indios Giraharas, á donde se envía escolta para coger algunos. Conciértase el modo que se ha de tener en las entradas la tierra adentro, y salen efectivos tres Capitanes.—II. Sale Jorge de Espira la vuelta de la Burburata con caballos y gente.—III. La que salió con los Capitanes entra en los llanos de Carora.—IV. Hácenlos retirar los indios, y en el desembocadero de Barequisimeto júntanse con Jorge de Espira.

NO halló Jorge de Espira el pueblo de Coro con la abundancia de comidas que era menester para la gente que traia, pues tasadamente la habia para la que estaba en él, y así le fué necesario disponer luégo cómo saliesen tropas de soldados la tierra adentro, sustentándose entre tanto de los matalotajes que habian sobrado. La primera que salió luégo á pocos dias de la llegada, fué á la Provincia de los indios llamados Giraharas, gente tan belicosa é indómita por la fiereza de sus condiciones, que hoy se están sin conquistar los pocos que han quedado, y con la bravosidad que al principio para con españoles, de que puedo ser testigo, por haber sido necesario en cierta ocasion que atravesé su Provincia por el picacho de Nirua, pasar vestido de un sayo de armas con escolta de españoles, arcabuceros y demás veinte indios flecheros amigos, porque sin este resguardo nadie ha pasado ni pasa hoy sin peligro de muerte, como lo dicen las muchas que suceden cada dia con ellos en los que no van por sus tierras con este cuidado.

A éstas, pues, de estos Caribes, entró una buena tropa de soldados chapetones y vaqueanos, donde hubieron á las manos algunos de estos indios que por su fiereza y muertes que habian hecho de españoles, estaban dados por esclavos, como hoy tambien dura, por durar ellos en su malicia ; tomaron con ellos la vuelta de la ciudad de Coro, donde los señaló por esclavos el Jorge de Espira, y entregó al dueño de los navíos, que se llamaba Pedro Márquez, flamenco, vecino de Sanlucar, con que le despachó, habiéndole pagado parte del flete con algunos de estos indios esclavos. Trataron luégo de dividir la gente para las entradas á nuevos descubrimientos, y de parecer de algunos Capitanes y soldados vaqueanos y prácticos en la tierra, diestros en la guerra de los indios, se determinó que con doscientos hombres tomase Jorge de Espira (dispuesto ya á salir él en persona) la vuelta de los llanos que llaman de Carora, que demoran desde la ciudad de Coro á la parte del Este, y así se puso luégo por obra, señalando los doscientos que habian de ir por aquella parte con tres Capitanes llamados Juan de Cárdenas, Martin González y un Micer Andrea, tudesco, á quien despachó que fuesen por las sierras que están ántes de estos llanos, que tambien las llaman de Carora, con órden que le esperasen en pasando las sierras, porque él se quedaba en Coro dando órden á la salida de su Teniente Nicolas de Fedreman, con quien concertó fuese desde allí á la isla de Santo Domingo, y tomase de los fatores de los Belzares que tenian en aquella ciudad, lo que hubiesen menester de caballos, yeguas, armas y otros avíos de que se veian faltos en Coro, y haciendo la más gente que pudiese en la isla, volviese allí, y con ella y los Capitanes y los soldados que allí le quedaban, siguiese su jornada por la otra parte de la cordillera y serranía de Carora, que es la del Oeste ó llanos de Venezuela y laguna de Maracaibo, para que yendo unos por una parte y otros por otra de la cordillera, la desvolviesen mejor y supiesen los secretos de ella y la gente que tenia, aunque intentaban en esto un imposible, como luégo lo dijo la experiencia por la suma anchura que tenia la cordillera que ellos imaginaban ser angosta y poderla tomar en medio, por no estar aún experimentada su grandeza.

Dado asiento entre el Gobernador y su Teniente á todo esto, partió de Coro Jorge de Espira con el resto de la gente que estaba señalada para su entrada y ochenta caballos, y tomando la vuelta del puerto que llaman la Burburata, por la costa del mar, para salir por camino llano á encontrarse con los demás que habia enviado por las sierras, todos á pié, por parecerles que su aspereza no daba camino á caballos, y aun por sus pocas poblaciones, sustentó á muchos, que fué la razon por qué no envió por allí más de los ciento y veinte, quedando los demás para ir con él hasta encontrarse con los de la serranía, los cuales, como los más eran recien venidos de España, chapetones y no hechos á aquellos intolerables trabajos, el tiempo invernizo y de continuas aguas, tenian por intolerable aquella manera de vivir y granjear la vida.

Acrecentaban estos desabrimientos las ordinarias guazabaras que les daban los indios por donde iban descubriendo, procurando estorbarles el paso por sus tierras. Si bien esto les salia en vano, por el valor de los soldados, que atropellando todos estos encuentros, sin retardar el paso más de lo que querian, atravesaron toda la serranía, que seria de sesenta leguas, y fueron á dar vista á una Provincia llamada Buraure, que está al principio de los llanos, á la parte del Leste, y á las espaldas de donde despues se pobló, y ahora lo está la ciudad del Tocuyo, cuyos naturales eran innumerables, belicosos y diestros en sus modos de guerras, por ser continuas las que tenian unos con otros. Fueron tales las veras con que tomaron estos indios el hoxecir á los nuestros de sus tierras, que desde que pusieron el primer pié en ellas, les anduvieron picando noche y dia con acometimientos continuos de flechas venenosas y otras sus ordinarias armas, y como para las de los nuestros, que eran arcabuces casi todas, no ayudaba el tiempo, por ser de tantas aguas, tampoco les ayudaban mucho á su defensa. Lo cual no dejaron de conocer los indios, advirtiendo que pues eran armas de fuego, les habia de ser su enemiga el agua; y así, pocas veces ó nunca acometian á los soldados cuando no llovia, sino en la mayor fuerza de los aguaceros, con que de ordinario salian con lo mejor.

Por esto, y por hallarse con hambre y sin comidas, por tener los indios puestas en cobro las pocas que por aquellas tierras se siembran, pues el más ordinario sustento de los indios son frutas de árboles y raices silvestres, acordaron los soldados tomar la vuelta de Coro, por la parte que les parecia, segun su demarcacion, habia de venir el Gobernador Jorge de Espira á encontrarse con ellos, y tomando en esta resolucion por amparo la oscuridad de la noche, que para solo esto les era favorable, se retiraron del sitio donde estaban con el órden militar y cuidado que pedia el peligro en que se hallaban de tantos y tan diestros indios en pelea, y que cada ora iban tomando mayor atrevimiento y osadía, por los buenos sucesos con que quedaban de ordinario rancheados en un puesto más seguro, por estar más léjos de la fuerza de los indios. Hubo varios pareceres entre los soldados acerca del pasar de allí, y aunque fueron más los que determinaban seria mejor no detenerse hasta encontrarse con el Gobernador, los muchos enfermos y heridos que venian entre ellos no dieron lugar á tan largo viaje, pues solo pudieron llegar poco más delante, hasta el desembocadero que llaman de Bariquisimeto, donde asentaron ranchos y esperaron á Jorge de Espira y sus compañeros, que venian por la costa del mar, tierra más apacible y de ménos aguaceros, con que eran menores los inconvenientes y trabajos, de que tambien los aliviaban los caballos. Ya lo estaban algo de los suyos los alojados en el desembocadero, cuando vieron asomar por un alto al Gobernador, con que se alegraron y tomaron aliento los heridos y enfermos, y más con el refresco que tuvieron de comidas y regalos que traia, que los consoló de palabra y se alegró con la relacion que le daban de la tierra, si bien le pesó de los trabajos que habian padecido en ella, que procuraba aliviar contando él tambien los que habia tenido con sus compañeros, teniendo cada cual por mayores los suyos.

CAPÍTULO III.

I. Determina Jorge de Espira proseguir su viaje á la parte del Sur.—II. Alójanse los españoles en un pueblo de indios, donde sucedió una gran desgracia con un soldado que salió á caza.—III. Levanta el Real en seguimiento de otras noticias.

JUNTÓ Jorge de Espira los más vaqueanos de sus Capitanes y soldados á consejo de guerra para determinarse en la derrota que habian de tomar, y pareciéndoles ser la mejor seguir los llanos, puesta la proa al Sur, llevando por guia y siempre á la vista la

cordillera, que les demoraba á la mano derecha, alzaron el campo y comenzaron á caminar la vuelta de la Provincía y poblaciones de Buraure, de donde les habian hecho retirar. Bien imaginaban los indios de esta Provincia no se habian alargado mucho los españoles, ántes sospechando habian de volver con brevedad sobre ellos, no soltaron las armas de las manos, y velándose con centinelas puestas, sobre altos árboles, estaban aguardando por horas su vuelta, y aun deseando la pala de á dos, con las victorias pasadas, y llenos de esperanzas de conseguir las mayores y de más provecho con los despojos que hubiesen á las manos, vencidos los nuestros. Estos brios se encendieron más en sus ánimos, cuando sus desveladas centinelas dieron aviso que se les iban acercando los nuestros, con que todos ellos se juntaron en gran número con brevedad y regocijo, levantando mil algazaras en confusas voces, con señales de rompimiento y victoria, á su costumbre. Salieron de esta suerte (aunque en desconcertadas tropas) de su pueblo á encontrarse con los nuestros, que ya iban llegando; y no advirtiendo en la gente que se habia acrecentado de nuevo, ni en los caballos, que hasta allí no habian visto jamás, ni sus efectos, embistieron con buen ánimo á los españoles, que viniendo sin descuido, prevenidos á todo suceso, les resistieron tan á lo español, que sin recibir algun daño de consideracion, comenzaron á atropellar y á herir los de á caballo y los peones, siguiendo los que en breve tiempo los desbarataron, quedando gran suma de muertos, y necesitados los vivos á escaparse por sus piés, cada uno por donde mejor pudo, sin haber hecho otro daño en los nuestros que herido algunos y mal tratado, que no tuvieron riesgo ni peligro, y muerto dos caballos.

No les pareció á los indios quedaban con seguro en su pueblo, y así pasaron adelante con la hacienda y chusma que les dió lugar á recoger la presa, dejando lo demás en las casas al albedrío de los españoles, que se alojaron en ellas por quince dias que les forzaron á hacer asiento allí las demasiadas aguas que iban cargando. Hallaron poco socorro de comidas por la razon dicha, y así les obligaba la necesidad, más que el entretenimiento, á salir á caza de venados, de que eran abundantísimas aquellas cabañas, y con los grandes pajonales que en ellas se crian estorbaban el correr á los venados, de manera que con facilidad los alcanzaban y alanceaban los de á caballo. Tambien les obligaba á esto el buscar algun regalo con que alentar los enfermos y heridos, y no se podia por entónces hallar otro mejor que darles de esta carne fresca. Entre los soldados que en veces salieron á esta caza, fué uno llamado Orejon, que apartándose de los compañeros siguiendo un venado, se alejó tanto de ellos y del alojamiento, que despues de haberlo alcanzado y muerto ya sobre tarde, no pudo atinar á salir por donde habia entrado. Los demás sus compañeros, por ser la tierra pantanosa y venir cerrando la noche sin poder haber caza á las manos, tomaron la vuelta del Real, donde echando ménos al compañero Orejon, hizo el Gobernador disparar algunos arcabuces, para que á la respuesta pudiese atinar, si la oia, á salir de donde estaba, que fué todo bien sin provecho; pues estando tan léjos de ellos, que no los pudo oir, andaba tan desatinado y confuso de una vuelta y otra á vista de algunos indios y naturales que lo estaban espiando, hasta que lo cubrió la noche con su tenebrosidad; los cuales (muy alegres y conformes), viendo que tenian segura la presa del que habian visto quedar solo, se convocaron y juntaron en gran cantidad, y llegando con secreto á donde estaba durmiendo, con descuido de que le hubiesen visto, lo cogieron á manos y con su propia espada le cortaron la cabeza, de que dió la nueva en el Real su caballo, que tuvo mejor tino que él para venir, espantado del tropel y bullicio de los indios, en que conjeturaron luego los españoles el mal suceso de su amo; y así el Gobernador despachó luego por la mañana, con buenos soldados, un Capitan á rastrear el suceso de éste. Llegaron á pocos pasos á un pueblezuelo de indios, donde habia algunos fortificados en sus casas con cercas de gruesos maderos que con facilidad los rompieron, y desbarataron á sus moradores. Rancheando los soldados las casas, hallaron la espada del muerto y parte de la cabeza cocida para comer y aderezado el casco para beber en él (costumbre asentada entre aquellos bárbaros hacer esto en venganza de sus enemigos). Por ser estos indicios tan bastantes de su muerte, no les dió cuidado buscar otros sino prender alguna gente de aquélla, en que hicieron el castigo qne merecian, despachando de esta vida culpados y no culpados, á los unos por lo que hicieron y á los otros porque adelante no se ocupasen en otro tanto.

Tomaron con esto los soldados la vuelta del Real, donde despues del tiempo dicho se dieron noticias de otra Provincia más delante, llamada Haricagua, de sitios más altos, por ser más pegada á las sierras, airosa y abundante de comidas. Salieron en su demanda y hallándola en dos dias que caminaron, se alejó el ejército en la parte y pueblo más acomo-

dado de ella, donde se detuvieron tres meses, que duró el resto de invierno, en que se murieron algunos de los españoles enfermos y heridos y perecieron otros, que forzados del hambre se apartaban del Real, sin órden, á buscar que comer ó á pescar á algunos rios ó quebradas donde los indios siempre andaban á la mira, contándoles los pasos, los despachaban de esta vida con miserables muertes; ó los tigres los habian á las uñas, de que hay abundancia en todos estos llanos, que no han sido poco estrago de españoles y de indios, tal que se hallaban pueblos destruidos totalmente de ellos.

CAPÍTULO IV.

I. Muda Nicolas de Fedreman el órden de su jornada, que habian tratado él y Jorge de Espira—II. Pasa Chávez la laguna con la gente de Fedreman—III. Repártese para sustentarse en tres tropas la gente de Fedreman por diversas partes—IV. Prende el Capitan Chávez al Capitan Rivera y su gente.

LUEGO que Jorge de Espira partió de la ciudad de Coro en prosecucion de esta su jornada, determinó la suya Nicolas de Fedreman por bien diferente rumbo, que lo habian dispuesto ambos, á causa de ser diferentes sus intentos de los de su Gobernador; y así no reparando en lo que se le tenia ordenado, con los soldados que pudo acariciar en la ciudad de Coro, haciendo su Alcalde mayor ó Teniente á Antonio de Chávez, los envió con él la vuelta de la laguna de Maracaibo, con órden de que pasándola marchasen la vuelta del cabo de la Vela, donde le esperaban hasta que volviese de la isla Española, para donde se embarcó en el mismo tiempo que salió Antonio de Chávez con su gente, que prosiguió su viaje por el rumbo dicho, hasta que llegó á la costa de la laguna, donde halló al Capitan Alonso Martin con los bergantines y canoa grande, que dijimos habia hecho Ambrosio de Alfinger para bojar la laguna la primera vez que entró en ella; desde cuyo tiempo habia andado este Capitan con sesenta soldados en estos barcos, costeando esta laguna y sacando algun oro y comidas de las poblaciones que estaban á la márgen de ella, sustentaba la ranchería ó pueblo (que por tal se estimaba ya) que habia fundado Ambrosio de Alfinger. Tomaba á vueltas algunas piezas de indios é indias, que haciéndolos esclavos los vendian á mercaderes que llegaban con este trato á la costa donde estaba este Capitan cuando llegaron de España Jorge de Espira y Nicolas de Fedreman, el cual le descubrió sus intentos y ser otros de los que pretendia Jorge de Espira; y que así le importaba que guardándole el secreto se volviera á la laguna desde la ciudad de Coro, donde esto se trató, y le tuviese comida en el pueblo de Maracaibo para cuando llegase su gente y él estuviese á pique con sus barcos y canoas para pasar á la otra banda toda la gente que enviase.

Esta fué la razon por qué el Alcalde mayor Chávez, cuando llegó con la que llevaba á la laguna, halló pasaje tan á punto, que en pocos dias se hallaron todos á la otra banda en el pueblo de Maracaibo, donde tomaron el alojarse despacio, considerando la forzosa tardanza que el Teniente Fedreman habia de hacer hasta la vuelta de la isla Española. A pocos dias de como se alojaron picó el hambre, sin remedio de hallársele, porque el que habia dado hasta allí algunos años habia el Alonso Martin, sacándolo con sus barcos de los pueblos de la laguna (como hemos dicho), ya faltaba á lo ménos con la abundancia que era menester para tanta gente, como cargó de nuevo con la de Chávez. Todo esto fué causa de muchas enfermedades y muertes, á que no ayudaban poco por otra parte los tigres, por ser muchos y muy cebados en los indios de aquella tierra; y así hacian terribles estragos en los que llevaban de su servicio los españoles y aun en ellos mismos, apartándose con descuido por la fuerza del hambre á buscar comidas cada cual por donde podia.

Llegó la necesidad á tanto, que viéndose ya sin remedio para la gente, determinó el Alcalde mayor Chávez se dividiesen en tres partes, yendo cada cual á buscar mejor suerte (más para mantenerse que otras facciones), con órden de que para cierto tiempo todos se hallasen juntos en el cabo de la Vela, á la llegada de Nicolas de Fedreman, que se entendia seria allí de vuelta de Santo Domingo, para el tiempo que señalaron. En este mismo, siendo Gobernador en Santa Marta (por muerte de García de Lerma) el doctor Infante, con órden de la Real Audiencia de Santo Domingo, y Oidor en ella, salieron de Santa Marta por su órden el capitan Rivera y el capitan Méndez, con cincuenta hombres de á pié y á caballo á la Provincia de la Ramada (de quien despues hablaremos largo), para prender los indios que pudieran y hacerlos esclavos. Vino toda esta gente (fuera de la

que traia los caballos) en un navío, hasta llegar al paraje de la Ramada, donde saltaron en tierra, y tomando algunos indios y haciéndolos esclavos, y embarcándolos en el navío para Santo Domingo, ellos se quedaron en aquella Provincia como gente aventurera y que solo ponia su felicidad en sacar oro de aquellos naturales, por grado ó por fuerza.

Murió á poco de como quedaron allí el capitan Méndez, quedando toda la gente al gobierno de Rivera, que intentando tomar la vuelta de Santa Marta se lo estorbaron los pasos de los rios, que por tiempo de invierno venian crecidos, en especial uno llamado Macomite, á cuya márgen se rancheó con su gente, aguardando aplacara su fuerza para pasarle; pero viendo despues de algunos dias que habia esperado iba creciendo más y el imposible de vadearlo, envió una tropa de hasta veinte hombres á buscar comidas (porque les apretaba demasiado el hambre) á la parte de la laguna de Maracaibo, por donde una de las tropas que habia despachado el capitan Chávez iba marchando con el capitan Murcia la vuelta del mismo rio de Macomite, tambien en demanda de comidas. La trocha por donde iban caminando ambas tropas, la una contra la otra, iba rompiendo por entre la maleza de una montaña baja, que era causa de que no se pudiesen ver de léjos la una á la otra, aunque la tierra era llana : pero yéndose acercando de manera que se podian oir las palabras de unos á otros, los de la tropa del capitan Murcia oyeron algunas en castellano, y por lo que podia suceder apartáronse á un lado de la trocha y se escondieron entre la maleza del arcabuco, donde estuvieron bien poco. Antes que llegaran junto á ellos dos ó tres soldados de los de Rivera, á quien sobresaltaron los emboscados, y desarmándolos los metió el capitan Murcia sin ruido entre los suyos, y se volvieron á esconder en el mismo sitio, aguardando que fueran pasando los demás que venian desordenados unos delante de otros en razonables distancias ; y así como iban llegando, de dos en dos, ó tres en tres, los iba recogiendo y desarmando pacíficamente y sin ruido, hasta que los recogió á todos, con quien tomó la vuelta para donde habia quedado su capitan Antonio de Chávez, el cual informado de que andaba por allí gente de Santa Marta, le pareció andar fuera de su jurisdiccion y gobierno y dentro del de los Belzares ; porque como aun no estaba hecha puntual division entre aquellos dos gobiernos de Venezuela y Santa Marta, cada cual pretendia alargar su jurisdiccion hasta donde podia y aun hasta donde no podia. Y así el Capitan Rivera entendia estaba y enviaba sus soldados dentro de la jurisdiccion de su gobierno de Santa Marta, y lo mismo entendia el capitan Chávez, el cual con esta inteligencia y pareciéndole hacia una gran fineza en favor de su Gobernador en defender aquel partido por de su gobierno contra la gente de Santa Marta, hizo llamar toda la suya, que fueron las otras dos tropas que habian tomado otros rumbos, para con más fuerza de gente dar sobre el Rivera, en la ribera de Macomite.

Hízose así aquel dia, y juntas las tres tropas se trató luego de marchar hasta verse con el Rivera, y por grado ó por fuerza procurar atraerlo con toda su gente á su compañía. Llegaron con estos intentos donde estaba rancheado, y con hartas necesidades de salud y comida, á quien socorrieron en algo y trataron de sus intentos : que aunque él los tenia bien diferentes, hubo de dar tiempo á tiempo, y conceder con aquellos violentos ruegos que supo hacerle el Antonio de Chávez y los demás capitanes de Fedreman : teniendo esperanzas de que ya la necesidad le habia traido á aquel punto, se mejorarian tiempos y con facilidad le darian lugar á volverse á Santa Marta, aunque el Chávez y sus capitanes estaban con bien diferentes intentos, pues eran de tenerlo consigo, y toda su gente sin darle larga, hasta que Nicolas de Fedreman volviese de Santo Domingo y ordenase de ellos lo que le pareciese.

CAPÍTULO V.

I. Caminan los capitanes Rivera y Chávez juntos la vuelta del cabo de la Vela—II. Encuentran en la costa dos navíos que habian dado á ella, y la gente de ellos muerta—III. Vuelven por los enfermos que habian dejado en la ranchería de donde se salieron—IV. Hallan pocos vivos, porque la enfermedad habia agravado—V. Llegan los dos capitanes Rivera y Chávez al cabo de la Vela, donde hallan á Fedreman—VI. Da principio Fedreman á la pesquería de las perlas.

CON este acuerdo sentaron tambien ranchos los de Chávez sobre la márgen del mismo rio, donde pasaron juntos la mayor fuerza del invierno, con hartos trabajos de enfermedades y hambres, hasta que dando ya lugar las aguas, tomaron todos los sanos la vuelta del cabo de Vela, dejando en el mismo sitio toda la gente enferma, con intentos de que

mejorando del todo el tiempo, volverian por ellos con caballos. Prosiguiendo su viaje, comenzaron á pocas leguas á entrarse entre los indios Goajiros, gente desnuda del todo, hasta las partes de la honestidad, que tambien traian descubiertas hombres y mujeres, salteadores, bagamundos y sin poblaciones ni lugares conocidos, pues siempre andan (como dicen) á noche y meson, estando cuatro dias debajo de un árbol y dos á la sombra de otro, y de esta suerte pasan su vida tan holgazanes, que no cultivan las tierras ni les siembran cosa alguna, por bastarles para su sustento las frutas de los árboles, que son muchas, con mucha diferencia, carnes de venados, de que tienen abundancia, como de pescado y cierta semilla menuda como mostaza, que cogen de unas yerbas crecidas que de suyo produce la tierra, de que hacen mazamorras para su sustento.

Estos indios (aunque entre sí vivian con estas divisiones), se juntaban en crecidas cuadrillas, por ser ellos innumerables, y salian en muchas partes á atajarles el paso á los nuestros, acometiéndoles con muy buen brio y como gente suelta y diestra en su modo de guerras, por las ordinarias que traian con indios sus convecinos, les hacian los nuestros poco daño y aun ganaron con ellos poca honra, pues en un encuentro que tuvieron entre los demás, cogieron los indios á manos al capitan Guzman de Avellaneda con otros seis soldados, sin tener remedio los demás de socorrerlos, por verse ellos tan necesitados de socorro, que estuvieron á pique de perderse todos: y así tuvieron por consejo más sano pasar adelante que prometer por entónces sujetar gente tanta y tan belicosa que lo ha sido siempre: de manera que hoy se están libres, sin que haya habido quien les haya puesto coyundas de sujecion ni tributos, aunque la causa de esto pienso ha sido ser la tierra pobre de oro y otras riquezas, que á tenerlas hubieran sido ellas sus mayores enemigos y las que los hubieran sujetado.

Caminando los soldados por la costa del mar, hallaron cuatro navíos de españoles hechos pedazos, por haber dado á la costa, y la gente de ellos tendida en los arenales de la playa, todos muertos, que al parecer habia sido de hambre ó sed, por ser aquella tierra tan falta de agua, que desde el cabo de la Vela al rio de la Hacha, que son casi treinta leguas, no hay una gota sino la que llueve. Y tambien imaginaron ser esto así, por no haber hallado en los cuerpos muertos heridas ni señales de haber quedado así por manos enemigas; no se pudo atinar qué gente fuese, por estar todos desfigurados, aunque se entendió haber pasado pocos dias despues de la desgracia.

Entraron los soldados, desde estos indios salteadores, en la Provincia de otros más domésticos que les hicieron pacífica amistad, desde donde determinaron enviar por la gente enferma que habian dejado en los ranchos del rio Macomite, por haber ya abierto el tiempo y poder venir sin estorbo de aguas; temeridad fué, pero al fin se determinaron á salir tres soldados de buenos brios, que fueron Alonso de Olalla y Alonso Martin de Quesada y Diego Agudo, por sobresalientes, para dar aviso á la gente enferma que estuviese á punto para partirse luégo que llegasen los caballos, que iban por ellos. Pasaron estos tres españoles con solas sus personas, espadas y rodelas, con bien poca comida, atropellando mil dificultades que se les ponian delante á cada paso entre los indios dichos y otros de otras Provincias, hasta que sin ningun daño llegaron á los ranchos de los enfermos, que hallaron ya muy pocos vivos por la fuerza de las enfermedades y hambres tan sin socorro como habian padecido. Estaban muertos en sus propios lechos y hamacas, donde los habia cogido su última hora, sin que los vivos (que eran bien pocos) los hubiesen podido enterrar, ni aun usar con ellos á las últimas boqueadas de alguna piadosa diligencia, por no tener fuerzas para levantarse á eso de las camas ó hamacas.

Pasó á los tres soldados en lastimosa admiracion el doloroso espectáculo de tanta mortandad y tan sin remedio. Los que estaban vivos sintieron tan grandísimo placer con su llegada, que olvidados de sus enfermedades, saltaban de las camas y aun se echaban á rodar de ellas á congratularse con ellos, dando muestras de su alegría, más con lágrimas que con palabras. Trataron de celebrarla con mayores demostraciones, juntándose á un convite en que fué la vaca de la boda un burro pequeñuelo que remaneció en la ranchería, con dos pares de bollos de maíz amohecidos que les habian sobrado á los soldados de su matalotaje. Con éstos y carne á medio asar por no darles la hambre paciencia á que se quemara en el asador, celebraron su cena con más apetito que el que se tuvo (por ventura) en la celebrada de Cleopatra con su Marco Antonio.

No se acabó de una asentada la carne de este jumento, pues la cabeza, pellejo y tripas, con algunas presas de lo macizo é hígados, quedaron para dar algunos dias á los

enfermos más necesitados, con que fueron cobrando algun esfuerzo, y mejorándose con algunos bledos que les cogian los sanos y les daban cocidos sin sal. Así pasaron hasta que llegaron los caballos, con que luégo tomaron la vuelta para donde estaba la demás gente. La mucha flaqueza de los enfermos y penuria de regalos que se les hacian en el camino, les fué tan pesado y de tanta afliccion, que no bastaba el venir á caballo para que no se fuesen muriendo tras cada paso, hasta que se juntaron con los españoles, donde los pocos que llegaron vivos, se reformaron con la cura y con el mejor tratamiento que se les hizo.

A pocos dias de como llegaron los enfermos, se partieron todos en seguimiento de su derrota, y caminando algunos con no pequeños trabajos, y así llegaron al cabo de la Vela, donde hallaron al Teniente Nicolas de Fedreman recien llegado de Santo Domingo con ochenta hombres y buena cantidad de caballos y comidas, de las que habia traido por mar y recogido en la tierra despues que llegó. Fué crecido el gusto alternativo que tuvieron todos cuando se vieron, aunque mayor podemos juzgar el de los soldados de tierra, por haber hallado socorro á medida de sus necesidades, que eran de comida y ropa para vestir. Destempló á Fedreman la alegría que le dió de ver su gente la pena que sintió, en ver la mucha que la muerte le habia quitado.

Diole luégo noticia su Alcalde mayor, Antonio de Chávez, de lo que habia pasado con el Capitan Rivera, y que allí estaba con sus soldados, para que determinara lo que se habia de hacer en el caso. Mandó luégo parecer ante sí al Capitan Rivera, y hablándole con afabilidad amigable, templó las palabras de manera que dándole á entender lo mal que habia hecho en entrarse en los términos de su gobierno, tambien le procuró inducir á que de su voluntad y con gusto le siguiese con todos sus soldados, y concluyendo la plática, dijo : que él tenia por su señor y padre al doctor Infante, que lo habia enviado, y así no pretendiendo disgustarle en nada, lo de hasta allí pasase, en haberse entrado en su gobierno, con condicion de que no lo volviesen á hacer otra vez, y que si alguno de los presentes, de su voluntad quisiese quedarse con él, le estimaria, teniendo particular cuidado de su persona y servicios, pero que si todos quisiesen volverse á la gobernacion de Santa Marta con su Capitan, fuese en hora buena, que él les ofrecia desde luégo ayuda de costa para el camino.

Agradeció con muchas cortesías y sumisiones el Capitan Rivera las agradables palabras y ofrecimientos de Fedreman con que le habia obligado á quedarse con todos sus soldados en su compañía, si las honradas obligaciones con que se hallaba, de volver á dar cuenta á su Gobernador de Santa Marta, el doctor Infante, de él y de sus soldados y sucesos, no lo estorbaran ; y así tomando comida de la que Fedreman les ofreció para el camino y su licencia, lo comenzaron la vuelta de Santa Marta todos, fuera de tres soldados que cogieron quedarse con Fedreman, el cual se detuvo en este sitio del cabo de la Vela algunos dias, con los mismos intentos que le habia hecho mudar los rumbos de él y de su gente á aquel paraje, y no seguir los que habian trazado en Coro él y su Gobernador Jorge de Espira ; porque segun pareció, ántes que Fedreman tomara desde Coro la vuelta de España á la pretension de este gobierno, ya tenia noticias, aunque las habia bien callado, de los playales de hostiales de perlas que habia en el cabo de la Vela, ora las hubiese tenido por algunos de los naturales, andándolas él inquiriendo, por verlos á todos cargados de perlas, ora las tuviese (como otros dicen) por el descubrimiento que hizo de ellas un navío que, montando el cabo de la Vela y anclándose al abrigo de las brisas á la parte del Poniente, salieron pegadas á las anclas algunas hostias en que hallaron perlas, de donde salieron estas noticias.

Al fin con éstas vinieron por uno ú otro camino, tuvo siempre intento Fedreman de tomar éste y probar ventura en esta pesquería : y así con estos intentos, los principales que tuvo para trazar la ida á la ciudad de Santo Domingo, fueron para disponer algunos instrumentos para cierta traza que él tenia dada para pescar las perlas y buscar allí alguna gente práctica si la hallaba, que se les entendiese de esta pesquería, por haberla entendido en la isla de Cubagua. Trazó algo de todo esto para esta faccion, cuando partió de Santo Domingo, y procurando ventura con cierto modo de rastros que arrojaba en los placeles de las perlas, se entretuvo algun tiempo con su gente sin ningun buen efecto, trabajando todos en vano, como les sucedió despues á otros muchos, intentando pescarlas con el mismo modo, hasta que despues se dispuso el sacarlas, bujando indios y negros, con que se ha sacado hasta muy gran suma en toda aquella costa, cuyo principio se le dió el Fedreman, y edificó los primeros bohíos de la primera ranchería para el efecto, con el modo y en la ocasion dicha.

CAPÍTULO VI.

I. Pasado el invierno prosigue su jornada Jorge de Espira—II. Habiendo tenido algunos encuentros con los indios Coyones, pasan á los provincias de Barinas—III. Envía gente el Gobernador á que busquen comidas, de que tenian muy grande necesidad—IV. Por ciertas palabras que dijo el Capitan Velasco, lo envió el Gobernador á Coro, y él prosiguió su viaje.

DESPUES de tres meses que estuvo rancheado el Gobernador Jorge de Espira, reparando las muchas aguas del invierno con hartas necesidades que padeció de hambre, al apuntar el verano dejó el sitio de Acaricagua, forzado de ésta y del deseo que tenia de pasar adelante ; y llegando á la de Amorodore, se rancheó en lo mejor que halló de ella, para reformar el campo del hambre que traia atrasada, con las muchas comidas que halló en esta Provincia, á causa de ser más fértil y no tenerlas escondidas los indios ó por no haber dado con ello ó por no entender llegarian allí tan presto los españoles, si es que ya habia llegado á sus orejas la noticia de ellos. En un mes que se detuvo aquí, hubo lugar de que las aguas fuesen desecándose, que todo fué menester, por ser la tierra llana y haberla empantanado, y aun de que se acedasen los indios con los huéspedes, por verlos hechos polilla de su comida, para que convocándose y juntándose en innumerable cantidad, todos armados intentasen ojearlos de sus tierras. Procuraron esto dos veces, aunque en vano, pues en ambas quedaron con facilidad desbaratados y amedrentados, de manera que no osaron más tomar las armas para contra los nuestros, ántes retirándose á lugares desiertos les dejaron los suyos, y gozar sin contradiccion de sus haciendas, comidas y pueblos, tomando en parte de paga de esto el haberles herido algunos soldados y muerto dos caballos.

Al fin de este mes prosiguió el Gobernador con toda su gente por las faldas de su cordillera, que lleva siempre á la mano derecha, hasta llegar á la Provincia de los Coyones, de diferente lengua que las de hasta allí ; bien poblada, gente belicosa y guerrera, donde se ranchearon á pesar de los naturales, que teniéndose por más valientes que los otros (como en realidad de verdad lo son, segun lo entendí cuando pasé el año de seiscientos y trece por estas provincias), y ganar más honra que ellos con los nuestros, les salieron de mano armada al encuentro y acometieron con razonable órden militar : pero aunque mostraron medianos bríos á los principios y los sustentaron con buen coraje por algun tiempo, no les fué á los soldados dificultoso desbaratarlos con muertes de algunos, si bien de los nuestros no faltaron heridos, y al Capitan Montalvo con mucha destreza le quitaron la lanza y derribándolo del caballo se lo llevaron vivo, como comenzaban á huir con él, si el socorro de algunos soldados, con muerte de algunos indios, no se lo quitaran de las manos. Otras dos veces acometieron á tentar ventura con los nuestros, pero con sucesos contrarios de los que presumian, fueron desbaratados con harto estrago de sus personas y comidas, de que tomaron los soldados las que hubieron menester para pasar adelante, como lo hicieron luego, viendo que aquellas provincias no eran de tanta consideracion ; y caminando por tierras asperísimas llegaron á las de Barinas y sus grandes rios que están á las espaldas, por la parte del Leste de las sierras nevadas, que llaman de Mérida, por la ciudad de este nombre que está fundada á las faldas de ellas, por la parte del Oeste en este nuevo Reino de Granada. Alojóse aquí el Gobernador en el más acomodado sitio que halló, que no bastó ser bueno para librarse de mil trabajos que tuvo en él con la falta de comidas y salud en toda su gente, que muchos dias se sustentaba con palmitos, viaos, yerbas y raices no conocidas, que todo era fomento de mayores enfermedades y estorbo para caminar, pues en muchos dias no pudieron pasar bien pocas leguas que tenian unos pequeños valles por donde entraron. Socorrióles Dios en esta tan extrema necesidad con unas noticias que tuvieron, de que á la parte de la serranía, en unos valles, habia poblaciones y en ellas abundancia de comidas, por ser más fértiles que aquellas en que estaba.

Despachó luego el Gobernador, en rastro de estas noticias, á su teniente Francisco de Velasco con doscientos hombres y algunos caballos, y órden de que llegando con éstos hasta el pié y fragosidad de la sierra, donde habia algunas aldeas de indios con poca gente, se quedase él allí con alguna y enviase los demás á dar vista á los valles más altos, donde decian estaban las comidas, y que de ellas le enviase cuantas pudiese de todo género de grano y raices, y si hallase alguna sal, que no era lo ménos que habia menester, por no te-

ner ninguna. Partió el Francisco de Velasco con la gente dicha, y llegando al pié de la cordillera, quedóse allí con los cincuenta hombres y caballos como lo llevaba ordenado, enviando con el caudillo Nicolas de Palencia los demás, que caminando y aun por algunas partes gateando, por la maleza de los reventones que se les iban poniendo delante, dieron en una gran casa secreta en la espesura de una montaña, en que tenian los indios escondidas más de mil y quinientas fanegas de maiz, con que podemos creer seria grande el contento que recibirian habiendo hallado con que volver el alma al cuerpo, como dicen, pues muchos las tenian ya entre los dientes de hambre. Pararon allí con todo el servicio de indios é indias que llevaban desde donde salian á correr la tierra y todos los pueblezuelos de la redonda, donde prendieron alguna gente, rancheándoles la miserable hacienda que les hallaban, en que hubieron tambien á las manos alguna sal. Con ésta y con el maiz que pudieron llevar una razonable tropa de indios, los despacharon con escolta á donde habia quedado el Francisco de Velasco, quedándose los demás en guarda del bohío ; pues en volviendo las espaldas tenian por cierto habian de esconder el maiz los naturales en otra parte, donde por ventura no pudiesen dar con ello.

Fué mucho el gusto que el teniente Velasco recibió con el recado y comida, y queriéndosele tambien dar al Gobernador, ordenó que le bajasen allí dos ó tres caminos de ella, y luego se las despachó con indios cargueros y tropa de soldados con su caudillo, á quien encargó advirtiese las palabras, modo y gracia con que recibia el Jorge de Espira el socorro ; y habiendo sabido no fué con la que él quisiera, ántes habia dado muestras de enfado por la tardanza y poca cantidad con que llegaron, túvolo muy grande el Velasco, y dijo : Oh cuerpo de tal con el Gobernador, por qué no ha de agradecer lo que trabajan por él sus soldados ? pues voto á tal, que si él tiene allá ciento de capa blanca, que yo tengo acá doscientos de capas negras ! Recogió con esto la gente, y con el maiz que pudieron cargar los indios tomó la vuelta para donde estaba el Jorge de Espira, á quien luego algunos mal afectos al Velasco y amigos del Gobernador, que les parecieron mal las palabras dichas, se las pusieron en pico, con que lo indignaron contra su teniente, de suerte que luégo lo prendió y puso con prisiones, procediendo á la informacion de las palabras, pareciéndole haber sido muestras de motin, y hallando haberlas dicho así, consultó el negocio con los capitanes y soldados más principales del campo, pidiéndoles parecer en la determinacion del caso : húbolos diferentes ántes de revolverse, y siguiendo á los más, que por echar de sí tantos superiores como tenian, juzgaban convenir que echasen al Velasco del campo, determinó el Gobernador hacerlo así y enviarlo á Coro con toda la gente enferma con que se hallaba, y algunos de los sanos para su resguardo y defensa, en especial hasta pasar las provincias de los indios belicosos que hemos dicho, desde el fin de los cuales se volvió una compañía que envió con el Velasco al efecto.

Luégo que éstos llegaron de tornavuelta al Real, se levantó el Gobernador y comenzó á seguir su derrota de los llanos con más prisa que hasta allí, por haber ahorrado de estorbos de enfermos y favorecerlo el verano, con que no le impedian los rios ni aun detenian en ningun paso. El que hacian por diferentes provincias de diferentes naciones y lenguas, tampoco era penoso, si bien en casi todas no les faltaban guazabaras. Llegaron á los famosos y valientes rios de Apura y Zazare, que tampoco hubo dificultad de pasarlos por venir menguados y por tierra llana por donde corren y se extienden con mansedumbre y sosiego. Encontráronse tambien con otros muchos de mediana grandeza en su sana paz, aunque valientes y de dificultosos vados en tiempos de invierno, como son Casanare, y ser poco ménos de igual grandeza de los dos nombrados, Paujoto Cosubana, Temerú, Guanaguanare, Opia, Haya, Graubiare y Papaneme, nombres todos que les tienen puesto los indios de las Provincias que bañan, y se originan de la cordillera, que siempre llevaban á la mano derecha.

CAPÍTULO VII.

I. Ránchase el Gobernador sobre las barrancas del rio Opia, para pasar el invierno con hartas hambres y desgracias—II. Hicieron una balsa para pasar el rio á buscar comidas, aunque en vano—III. Cogen los indios un español en el agua, con que se libraron los demás—IV. Pasado el invierno pasaron tambien los soldados adelante el paso que les concedió el rio.

YA iban apuntando las aguas de invierno, cuando se vieron sobre las barrancas del rio Opia, en cuya Provincia habia algunas poblaciones con razonable copia de comidas, y así les pareció tierra acomodada para pasar el invierno con mediano sustento, haciendo que partieran con ellos del que tenian los naturales, aunque tan tasado, que ni hubo para unos ni otros. Con este acuerdo hicieron ranchos en el más alto sitio y libre de anegadizos que les pareció, en un pueblo cerca de montaña, á la márgen del rio, el cual fué luego cargando de tantas aguas, que parecia un mar toda la redonda del pueblo, con que puso en tan gran aprieto á los españoles de hambre, por no poder con alguna comodidad ir á buscar comida á los pueblos convecinos, que de ella y enfermedades que originó, murieron algunos españoles. Y la misma ocasion lo fué de que los tigres les minorasen los indios que llevaban de servicio ; porque como eran tantas las aguas, huyendo de ellas se iban estas fieras bestias recogiendo en mucha cantidad á la tierra alta y segura donde estaba el Real de los españoles, de cuyos indios amigos é indios de servicio, les llevaban de delante los ojos y aun de entre las manos mucha cantidad, y á vueltas algunos españoles, porque su hambre y fiereza les daba atrevimiento á todo, como se vió en la desgracia que le sucedió á un portugués, Manuel de Cerpa, que habiéndose desviado del Real, no mucho, con otros compañeros á coger una frutilla que llamaban hobos, que no era el ménos principal sustento para el campo, estando el mozo con descuido, llegó con cuidado y hambre la fiera bestia, y delante los compañeros saltó y le dió una manotada en la cabeza y se la hizo pedazos con tanta facilidad como si fuera de manteca ; y sin atreverse ninguno de los que lo estaban viendo, ni todos juntos á quitarle la presa, pasó con ella como un gato cuando lleva un raton, erizado ó armado, de manera que temblando todos de él le dejaron pasar en paz.

Estaba con esto toda la gente del Real tan amedrentada, que hasta los caballos temiendo su fiereza no osaban salir de entre los ranchos á pacer, en especial los que estaban escarmentados de algunas manotadas que les habian dado. Las espias que, para guardar buen órden militar, les era necesario estar en los caminos y entradas más ordinarias de los enemigos, no se atrevian por el temor de los tigres, que no daban lugar á esto ni á guardar otras militares trazas, porque las centinelas era menester se pusiesen en los árboles altos, procurando côn esto guardarse más de estas fieras que de los indios, pues aun allí no les parecia estar seguros, por las peregrinas trazas que les suele dar la hambre, que algunas veces son tales, que se suben un árbol arriba siguiendo la presa, como yo ví yendo á la ciudad de los Remedios en este Reino, un árbol todo arañado de un tigre que habia subido por él á hacer presa en un negro que habia subídose arriba huyendo de sus garras en vano, pues llegando las del tigre lo mató arriba y bajándolo se lo comió.

Estas aflicciones traian tan desvelado al Gobernador y á los demás, que como hombres pobres de salud y comidas, todo era trazas con que remediarse; entre las demás se resolvieron en una, de hacer una balsa para atravesar el rio á un lugarejo que se descubria á la otra banda á proveerse de comidas. Púsose luégo en efecto la determinacion, y en quince dias la acabaron, tan grande y buena á su parecer, que se podia asegurar toda la gente del Real á pasar de una vez con ella. Entráronla en el agua y en ella los soldados que cupieron, y con cierta manera de remos gobernalles, y otros soldados buenos nadadores, que yendo nadando la ayudaban á navegar tirando con sogas, comenzaron la navegacion bien, hasta el raudal y mayor corriente y fuga del agua que llevaba en medio, que era tanta, que con facilidad desbarató toda la traza del gobierno, y venciendo los gobernalles, marineros y pilotos, de que todos sabian bien poco, comenzó á llevársela la corriente y poner á todos los que iban en ella en peligro de ser muertos de los indios de la otra banda, porque estando á la mira, y viendo que el industrioso navío de los nuestros no habia sido tal que bastase á cortar por las corrientes del agua y atravesar el rio, ántes los habia arrebatado, y sojuzgándolos los llevaba por donde queria, sin poder sus fuerzas hacer resistencia á las del agua, saltaron con presteza en sus canoas, y no olvidándose de sus armas

á bogada arrancada, partieron la vuelta de la Vela con esperanzas que les daba su buen ánimo, de ganar una acrecentada victoria, habiendo á las manos toda la gente que iba en la balsa.

No les fuera esto dificultoso si no se entretuvieran ántes de llegar á ella en un español, que se llamaba Francisco de Cáceres, de los que habian ido nadando delante la balsa, que topándolo en el camino, que iba nadando, se cebaron en él con intentos de darle la muerte, el cual huyendo de ella con la destreza que tenia en nadar, se sumergía muchas veces debajo del agua, con que los entretuvo tanto tiempo, que lo tuvo la balsa con los españoles para ir combatida del oleaje del rio, retirándose á su márgen, para la parte donde habia salido; quiso su buena suerte, ó por mejor decir el favor divino, que llegase tan cerca de tierra que pudiesen los que iban dentro saltar en ella, como lo hicieron, metiéndose cada cual en la montaña, por donde mejor pudo, con tanto miedo de las aguas é indios, que aun por allí les parecia les habian de ir con sus canoas dando alcance, como lo dieron á la vida del Francisco de Cáceres, por ser las canoas que estaban sobre él muchas y tanto el oleaje de las aguas, que le vino á faltar el ánimo, si bien era uno de los que lo tenian mejor de todo el ejército, y más industrioso y de buenas trazas en toda ocasion de paz y guerra.

Guiaron luégo con sus canoas á la parte donde hallándola en medio de la breza habian advertido se les habia desaparecido la balsa, y sin gente, entraron algunos en ella, y bojándola con destreza, se andaban entreteniendo con regocijos en ella á vista del Real por todo el rio dando muestras de alegría, con muchas voces, estimando aquello con la muerte del español por una gran victoria, y pudiera ser muy mayor si alcanzara su bárbaro discurso á aprovecharse de tan buena ocasion como tuvieron para haber á las manos ó matarlos á todos, con que quedaba destroncada la jornada é intentos de ella, por ser ellos lo más granado del ejército en salud y fuerzas, pues los demás, á lo ménos por entónces, careciendo de ambas cosas, eran inútiles, no sólo á su defensa si vinieran cuatro sobre todos ellos, pero ni aun para pasar adelante ni volver atrás en el camino.

Con que vinieron todos á conocer con evidencia ser la poderosa mano de Dios quien los libró de los indios y fuerzas de las aguas, pues si no.es con ésta, las suyas eran pequeñas, en especial de los nadadores, para tomar la orilla del rio y salir á tierra por donde vinieron todos, cada cual por diferentes partes, á hallarse en el Real, necesitados de mayor socorro que se les pudo dar. Pues no corrian ménos desgraciada fortuna de trabajos los que estaban en él que los que llegaron de nuevo, que sin duda eran tales y tantos que no se atreve á contarlos la pluma por no dejar su credulidad á la cortesía de quien no sabiendo qué cosas son, los tenga por increibles. Fué aflojando el invierno y con esto las aguas del rio, con que abrió paso por un vado apacible á la parte de arriba de los ranchos; y así dejándolos y pasando por allí, comenzaron á marchar por entre Provincias de gente tan de diferentes naciones y lenguas, que por no llevar en el ejército algunas que les pudiesen servir de intérprete, no pudieron apercibir los nombres, aunque pienso despues los entendieron muchos por haberse hecho por allí paso comun, desde la gobernacion de Venezuela para este Nuevo Reino, en especial para pasar ganados, porque este era el paraje de los indios Chiscas Olaches, llamados Chitas y el Cocui.

CAPÍTULO VIII.

I. Dáles noticias un indio de estas Provincias del Reino, pero no las siguieron—II. Pasan adelante por varias provincias de indios, con las esperanzas de riquezas que todos les daban—III. Encontráronse con una provincia de mal país, y saliendo á dar vista á la tierra, encontraron con un pueblo que por su fortaleza le llamaron Salsillas.

EN una de estas provincias hubieron á las manos un indio que aunque mal, todavía le entendia otro que traian en el Real, que le daba noticias de unas tierras que habia á las partes del Poniente, pobladas de mucha y rica gente, grandes señores, todos tratantes y mercaderes de sal y mantas, pues cuanto de esto tenian por allí, y más delante en todos aquellos llanos, habia venido en rescates de aquellas provincias, que, segun el paraje donde ya estaban los soldados, cuando tuvieron estas noticias, eran de la tierra de este Nuevo Reino de Granada: pero advirtióles ser poca la gente que venia para sujetar la mucha que habia en ellas; aunque si todavía quisiesen entrar á darles vista, él se preferia á me-

terlos en ellas. No debieron de hacer mucho caudal de esto, pues no tuvieron el indio tan á recado que no se les escapara una noche, con tanto riesgo, que le costó la vida al miserable : pues por evadirse de sus manos se arrojó por una barranca muy alta á un rio, donde se lo comieron los peces, como se echó de ver, pues yendo otro dia á pescar un soldado y cogiendo un pez bien crecido, le hallaron en el buche el miembro genital y los testículos juntos del pobre indio. Como no supieron asir del copete á la ocasion, ya que se les hubo escapado y quedado sin guia, se le alentaron los deseos al Gobernador de ver las Provincias de que se les habia dado la noticia, para cuyo efecto señaló por caudillo de una compañía á un Juan de Villégas (que despues gobernó aquella Provincia de Venezuela), que conociendo flojedad en quien le enviaba, tambien él la tuvo y sus soldados ; y así la subida que hallaron de la serranía, aunque ménos dificultosa de lo que podia ser para atropellarla y salir con una cosa tan grandiosa como era hallar estas tierras del Reino, les hizo volveatrás desde ciertos pueblos que hallaron á poco de como la comenzaron á subir, poniendo por achaque la dificultad de las breñas para los caballos ; y así, solo con alguna cantidad de mantas y panes de sal que ranchearon en aquellas aldeas con demasiada flojedad, tomaron la vuelta del Real y dieron de mano á este descubrimiento tan grandioso, en ocasion que lo habian de buscar con mayores brios, pues las noticias claras de las mantas y sal habian hecho verdaderas las oscuras del indio.

Y así, le sucedió á Jorge de Espira y sus compañeros en esta ocasion de poder descubrir estas tierras del Reino, por no pasar adelante, lo que dijimos habia sucedido á Ambrosio de Alfinger cuando llegó á los páramos de Ciribita con los suyos, por no haber guiado su derrota á la banda del Sur, pues se vió por allí solas diez leguas de ellas : pero como no hay prudencia, sabiduría ni ciencia contra la de Dios, él atajó á estos dos el paso en estas dos ocasiones, y los alentó al licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, tres años despues de esta jornada de Jorge de Espira, para que él los descubriese, como diremos en otra segunda parte. No llegó á ésta que estaba Jorge de Espira, tan sin pagar escote de lo que tomaba en las provincias por donde pasaba, que no le matasen algunos soldados y gente de servicio, y le hubiesen descalabrado otros tan mal, que le fuese forzoso detenerse á curarlos, y los demás enfermos, hasta que algo convalecidos, aunque trabajosamente estuvieron para caminar, como lo hicieron todos en prosecucion de su largo y trabajoso descubrimiento, con mayor sobra de esperanzas que fundamento para ellas ; pues solo las tenian de algunos indios que se habian tomado á manos por las Provincias atrasadas, los cuales con astutas palabras, salidas de los deseos que tenian de echar los españoles de sus tierras, habiéndoles calado (aunque bárbaros) los deseos que llevaban los nuestros de oro y plata, les aseguraban haber de esto mucho en las provincias de más delante. Para más asegurar si esto era así, les mostraba el Gobernador algunas piezas de estos metales en todas las partes por donde iba pasando, con que ora fuese por avisos que les daba de esto el demonio, con quien era su ordinario hablar, ora que por discurso natural, pues era bastante alcanzasen esta hambre y deseos de los españoles todos á una boca, en cuantas partes llegaban les libraban el lleno de sus esperanzas en las tierras de adelante, por la derrota que llevaban, donde decian hallarian tanto que podian cargar muchos caballos en llegando.

Sabian sobre esto añadir calidades á las tierras y sus habitantes, diciendo que era gente grave y de majestad, abundante de toda suerte de frutos para la vida humana, con que (y otros falsos colores que añadian en sus Provincias) llenaban los ánimos de los codiciosos soldados de una tan vana esperanza, que imaginándose ya grandes y poderosos señores, atropellaban montes de imposibles, estimando por muy menores de lo que eran los trabajos que se les ofrecian, con ser muchos de muerte, que andaba entre ellos matando á unos de hambre, á otros con cansancios y trabajos, á otros entre las garras de tigres y á los más de diversas enfermedades, en que no reparaban los invencibles ánimos de los demás, ni se les sosegaba el pio de pasar adelante en su descubrimiento.

Donde de repente dieron en la Provincia de mal país, tierra ampollada y llena de ramblas y quebradas secas y de agua, parte montañosa y parte rasa, estéril de frutos y por la misma razon de gente, hubieron de la que habia alguna á las manos, que á las preguntas que les hacian de cosas diversas, por cuatro ó seis intérpretes que iban preguntándose unos á otros, dieron noticia que cerca de allí, á la mano izquierda, que era la del Leste, estaba un gran pueblo bien proveido de comidas y de los metales que buscaban. Alegróse el Gobernador con todo el campo, entendiendo habian ya hallado los principios de aquellas grandes noticias que dejaban atrás. Acordaron con esto de asentar su campo en la parte más

alta y acomodada que les parció, para desde allí enviar por todas partes á trastornar y reconocer la tierra: pero á la que enviaron una compañía de los soldados más dispuestos y de mejores bríos con algunos naturales que los guiase, fué á aquella donde señalaban estaba la poblacion. Salieron en su demanda y á pocas jornadas llegaron á un gran cerro, algo empinado y vestido de espesa montaña de árboles altísimos y extendidos. La cumbre hacia un anchuroso espacio raso y llano, no saben si por mano ó naturaleza, donde estaba un lugarejo de hasta cien casas grandes, que en cada una vivia toda una parentela.

Demás de la natural fortaleza que tenia el pueblo en su asiento, estaba cercado de una empalizada no muy alta pero de maderos gruesos, troncos espinosos de palmas, tan juntos y apretados unos con otros, que apénas se podian ver por entre medias los de dentro; estaban á trechos sus troneras por donde disparar flechas. Rodeaba esta cerca otra de una honda cava, dentro de la cual estaban espesas varas hincadas en el suelo con las puntas para arriba, tostadas y agudas, cubierto todo el barranco por encima de unas pequeñas varas que sustentaban un delgado tez de tierra, sobre la cual estaba sembrada alguna yerba en partes, con que se disimulaba de tal manera la trampa, que quien no la sabia no diera en que estaba allí, si no es á su costa, despues de haber caido. Que aunque estos naturales eran bárbaros en otras cosas, en su comodidad y su defensa no habia raposas más arteras que ellos.

Llegó la compañía á vista del pueblo, y determinándose acometerle y asaltarlo por no ser alta la cerca, llegáronse allá con esta determinacion, y adelantándose de los otros un Miguel Lorenzo, codicioso de aventajarse á los demás y ser el primero en el asalto, lo fué en el caer en la trampa, pues sin tener remedio de favor, en pisándola se derrumbó abajo, aunque con harta ventura, pues la tuvo cayendo entre las puntas y lo peinado de la cava, con que no haciéndose ningun daño, reparó el que podian tener sus compañeros que le seguian, porque en viéndole á él caido repararon y fueron llegando atentadamente, descubriendo primero que pusieran el pié, el peligro con los cuentos de las lanzas hasta llegar donde habia caido el Lorenzo, que viéndoles estar sin peligro, se les quitó la pena que habian recibido en verle caer, y alargándole las puntas de unas varas largas en que se asiera, y ayudándole, salió con la presteza que era menester, ántes que los indios advirtieran en su caida, pues si la echaran de ver por ventura acudieran á estorbarle la salida con tantas flechas y dardos como acudieron luégo que estuvo fuera del hoyo, con tantas y tan espesas rociadas, entremetiendo á vueltas algunas lanzas de tostadas puntas, que les hicieron retirar á los soldados, con heridas de algunos desde lo alto del palenque, sin recibir ellos ningun daño, con que quedó por suya la victoria, de la manera que tambien la tuvieron en otras veces que procuraron los soldados acometerles aquel mismo dia y otros, sin que en ninguna ocasion pudiesen salir con buen efecto, ni aun dejarlos con retorno de los soldados que les hirieron.

Advirtiendo esto y que aunque se ganara el pueblo (como sin duda sucediera á perseverar sobre él algunos dias), era de poca ó ninguna importancia, y para los soldados podia ser de mucha pérdida, acordaron tomar otra vez la vuelta del Real y dejar con su victoria la gente y pueblo, á quien por verlo tan fortalecido del sitio natural y el artificio, le pusieron por nombre Salsillas, en memoria de la inexpugnable fortaleza de Salsas, que está en los extremos del Cataluña, frontera de Francia, en España.

CAPÍTULO IX.

I. Una india que prendieron en Salsillas da noticia de la tierra—II. Dícese cómo un rio que encontraron no es el rio Marañon, contra la opinion de algunos—III. Entre las noticias de la india fueron unas (aunque sin fundamento) de que habia por allí un pueblo de españoles.

SOLO pudieron haber á las manos de este pueblo una india y un hijo suyo, de hasta siete ú ocho años, con solo la cual, sin otro socorro de comidas, entraron de vuelta en el Real, donde la necesidad les hacia estar con esperanza de que les habian de traer muchas: y así, se les convirtió en desconsuelo la llegada que aguardaban fuese de gusto. Túvole el Gobernador, ya que lo demás faltaba, en que trajesen la india, de quien esperaba informarse de todo el estado de la Provincia, en especial de la parte donde podia traer algunas comidas. Comenzaron luego á hacerle preguntas en órden á esto, y ella á respon-

der que camino de algunos soles (que entre ellos es decir de algunos dias, pues el dia lo señalan por la presencia del sol comunmente en todas estas tierras), se hallaria abundancia de maiz y otras raices para comer, pero que habia de ir por unas ciénagas de espesos manglares y algunos pantanos, por donde se salia á un caudaloso rio, por el cual habian de ir en canoas hasta llegar á donde estaba la comida.

La necesidad que tenian de ella les hacia representárseles tán grandes las dificultades del camino como las representaba la india; y así no reparando en las que fuesen, señaló una tropa de los soldados de más salud que habia en todos, y dándoles su Capitan y á la india por guía, les mandó saliesen á buscar comidas por donde ella ordenase, y que la llevasen atada y á buen recado, porque si se les escapaba seria en vano su trabajo y cierto el riesgo de muerte que correria toda la gente, pereciendo de hambre.

Este rio, de quien daba noticias la india, quisieron afirmar algunos de aquel tiempo y compañía, que era el Marañon, de lo que no hay que admirar, pues lo juzgaban entónces por noticias confusas y demarcaciones ciegas, por no haber la claridad que hay ahora de él y de otros muchos rios caudalosos sus vecinos, por las entradas que se han hecho por muchas partes en aquellas tierras despues; pero lo cierto es que no era aquel el Marañon por donde bajó Orellana del Perú y despues la gente de Aguirre: porque desde este paraje donde ahora se halla Jorge de Espira hasta las provincias de donde se volvió perdido á la de Venezuela hay inmensa distancia de leguas, por donde pasan muchos rios, que aunque todos son caudalosos, no llegarian si se juntasen á hacer la mitad del rio del Marañon, tanta es su grandeza; demás que en todo lo que este Gobernador Espira fué alargándose siempre á la falda de la cordillera por la parte del Leste, nunca encontró rio que por su grandeza le impidiera el pasaje, lo cual fuera sin duda si se encontrara con el Marañon; ni tampoco pudiera habérseles escondido esta noticia á otros muchos que caminaron despues casi por el mismo rumbo con buen número de gente, como fueron Fernan Pérez de Quesada, hermano del Adelantado del Nuevo Reino, Gonzalo Jiménez de Quesada, que salió de la ciudad de Tunja en este Nuevo Reino, y fué prolongando la misma cordillera por estos mismos pasos, á salir á los indios Pastos, Gobernacion de Popayan; y despues de él anduvo Felipe Dutre las mismas provincias, tomando su principio desde la de Venezuela, ó despues saliendo de este mismo Reino don Pedro de Silva pisó gran parte de las mismas tierras y todas las de mucho más adelante de las que vió Jorge de Espira, pero ninguno afirmó haber encontrado en ellas con el rio Marañon, por ser sus corrientes mucho más al Leste la tierra adentro; cuando mucho decian haber divisado desde léjos unas grandes aguas que presumian ser del Marañon. Háme ocasionado á decir esto el desear satistisfacer á una falsa opinion que se levantó entre los primeros conquistadores, de que los alemanes, primeros Gobernadores de Venezuela en estos descubrimientos, los hicieron tambien del rio del Marañon, y por el imposible que tenga lo que despues dijo esta india que prendieron en Salsillas, que ha dado no poco en que entender á muchos, como luego diremos.

El caudillo que señaló el Gobernador para buscar la tierra y comidas que daba noticia la india, desde luego puso cuidado en asegurarla, viendo que toda la importancia del buen suceso pendia de esto; y así usó con ella de la ordinaria diligencia que usan los soldados con los indios en estos descubrimientos, que para que ellos no se encubran y les lleven con más seguro sus mochilas, los meten en una collera ó corriente, con que demás del trabajo de la carga y sacarlos de sus tierras naturales van con las aflicciones que trae el ir amarrados unos con otros. Viéndose pues esta pobre india enlazada por el pescuezo, comenzó á clamar y lamentarse con quejas que las ponia en el cielo, por la crueldad y tiranía que usaron con ella, diciendo no lo habian usado así otros españoles que habia tenido por sus amos, pues solo les servia de guisarle de comer y lavarles, sin usar con ella de crueldades, volviéndola con esto despues de algunos dias á enviar contenta á su casa. Admiráronse todos de esto que les decia la lengua hablaba la india, por tener entendido que hasta entónces nunca por aquellas tierras se tuviese noticia hubiesen salido españoles á descubrimientos y que se tenian ellos por los primeros que las habian pisado.

Metióle esto tan en cuidado al Gobernador, que haciendo llamar delante de sí á la india, le hizo repreguntar en esta razon muchas cosas á que respondia que ciertos hombres de la misma traza de ellos habian subido los tiempos atrás por el rio arriba que ella los queria llevar, y desembarcándose de las canoas habian llegado á aquel pueblo del Palenque (á quien dijimos llamaron Salsillas), desde donde se volvieron llevando de él algunos indios é indias, hasta volverse á embarcar en el rio desde donde la volvieron á soltar libre con los

demás que llevaron, solo hasta allí y que por los temores con que quedaron aquellos indios de la cumbre, se fortificaron ellos y su pueblo de la manera que estaban, por si acaso les daba gana de volver, pues no estaban de allí más que diez dias de camino el rio abajo, poblados en una Provincia de muchos pueblos de indios y que tenian los cristianos el suyo cercado con otro fuerte palenque, con que estaban fortificados contra la fuerza de los naturales sus vecinos y que ya eran viejos y tenian muchos y grandes hijos en indias que les servian. Que no tenian para defensa de sus armas más que solas dos espadas, y así los más usaban de armas de la tierra, que eran flechas; tampoco decia que tenian caballos como ellos, que en su lengua llamaba ella guabiar, que quiere decir venado grande, pero que tenian perros á quienes llamaban aures.

Cuanto más la india se alargaba en estas relaciones, tanto más se alargaban los deseós y encendian los ánimos de los españoles para ir á buscar éstos, tomándolo tan de veras que le fué necesario al Gobernador con muchas disuadirlos de ello, diciendo ser desacuerdo dejar noticias tan ciertas como llevaban de una tierra tan grandiosa como pretendian descubrir, por las ciegas que daba aquella mujer bárbara, instigada por ventura del demonio para que se destroncara una tan lucida faccion como iban á hacer ó por ventura con intentos de echarlos de sus tierras y hacer que entrasen en otras tan llenas de dificultades que pereciesen todos.

No faltó entre ellos quien tuviese por ciertas aquellas nuevas de la India, por las que se dieron los años de ántes, de que alguna gente de la que se perdió en el rio Marañon, que llevaba el Comendador Diego de Ordas á la conquista de aquellas tierras, habia quedado alguna en ellas, en especial de la que iba en la nao de su Teniente general Juan Cortejo, que han querido decir muchos se habian salvado algunos en la barra, y aportado á aquellas provincias, donde se habian conservado entre los indios, como lo dice Herrera: por todo esto se quedó en opiniones, y la más acertada es de que ningunos se conservaron entre los indios, pues era imposible haber dejado de haberse hallado la verdad de esto, si la tuviera, por los muchos que han llegado despues cerca de aquellas tierras, y en especial por la diligencia que se hizo por parte de esta Real Audiencia de Santafé, en virtud de una cédula del Rey, despachada el año de mil y quinientos y cincuenta y nueve, en que se lo mandaba por haber venido á su noticia ésta que se tenia por comun entónces; pero dejóse caer, porque ningunas diligencias fueron bastantes á descubrir nada. Y las noticias que daba esta india siempre se tuvieron por cosa de burla, en especial por lo que decia que estaban ya muy viejos y tenian hijos muy grandes, pues si al caso ello fuese así, era esto imposible, por haber entónces sólos tres años, pues fué el de treinta y uno cuando se perdió esta gente de Ordas, de quien dejamos ya tratado y asentado que todos se perdieron. Dejando ahora á Jorge de Espira que siga su jornada, pues no dió crédito á la india, y nos está llamando Nicolas de Fedreman desde el cabo de la Vela.

CAPÍTULO X.

I. No le sale bien á Fedreman la pesquería de las perlas, por lo cual determina hacer jornada la tierra adentro.—II. Toma para esto la vuelta del valle de Upar, siguiendo las pisadas de Ambrosio de Alfinger, donde perdió muchos soldados.—III. Encuentra otra vez al Capitan Rivera con sus soldados, y llévaselos consigo Fedreman.—IV. Sucede por esto cierta alteracion entre los soldados, que se aplacó con ahorcar á dos.

CANSADO ya Nicolas de Fedreman de echar lances (que para él y los suyos más eran lanzadas, por gastar en aquello el tiempo en balde) con aquella su invencion de rastro para pescar perlas en el cabo de la Vela, y viendo cuán poco se acrecentaba su caudal en tan crecidos trabajos, determinó emplearlos en seguir descubrimientos, por si en aquello hallara más provecho que en la pesquería, por el rumbo que habia de tomar en esta determinacion. Tomó parecer de sus Capitanes y más vaqueanos en la tierra, pues tenia algunos entre los chapetones de los soldados viejos que habian entrado con Ambrosio de Alfinger á la primera de Tamalameque; y salió resolucion de la junta, que se siguieran las mismas pisadas de Alfinger pasando adelante de donde él llegó, cuando desde las márgenes del rio Grande, dejándolo tomó la parte del Leste, porque segun decian algunos de los vaqueanos de esta jornada, las tierras que iban subiendo el rio arriba les habian dado esperanzas de algunas grandes y ricas provincias, de que tenian por cierto se privó Am-

brosio Alfinger, en haber tomado la vuelta que tomó, y no haber seguido esta derrota el pico al Sur. No eran de este parecer todos los vaqueanos de la jornada de Ambrosio, pues algunos (teniendo vivos los trabajos que en ella habian pasado) estaban desganados de volver otra vez á entrarse en ellos, como si por donde quiera que se determinara el rumbo hubieran de faltar otros tan grandes y mayores.

No se hizo cuenta de las desganas de éstos, por tenerse por mejor el parecer de los otros, y así se determinó Fedreman con toda su gente, dejando la ranchería del cabo de la Vela del todo desamparada, tomar la vuelta del valle de Upar, para de allí ponerse en el ánimo que tenian determinado. Por no tener Antonio de Herrera pisadas estas tierras como yo, se engañó en esta jornada de Fedreman, diciendo que para ir desde aquí en demanda del rio Grande, pasó la laguna de Maracaibo, y entró en el valle del Tocuyo, que es como si uno quisiese yendo en demanda de la ciudad de Lisboa desde Madrid, ir por la de Murcia, porque el rio Grande demora al Oeste de donde él se hallaba, y la laguna y el Tocuyo al Este, declinando un poco al Sudeste; si bien es verdad que despues mudó rumbo y volvió al Tocuyo, como diremos. Fuéronse con esto apartando de la costa y entrando la tierra adentro, donde aunque no tuvieron inconvenientes de naturales, tuviéronlos harto graves de enfermedades que les comenzaron luégo á picar en apartándose del mar y del fresco que de ordinario tienen aquellas costas por las ordinarias brisas que corren en ellas; porque yéndose metiendo luégo en valles calidísimos sin hallar en ellos un soplo de viento fresco, comidas ni aguas, se atormentaban tanto, en especial los chapetones, que no estaban enseñados á los trabajos de jornadas, que fácilmente enfermaban, con tanta gravedad, que pocos escapaban de las manos de la muerte; y así iba el Teniente por la posta perdiendo por el camino gente, sin poderlo remediar, porque en viéndose los soldados afligidos de sed se apartaban de los demás á buscar agua con que repararla, y engolfados la tierra adentro por aquellas llanadas (que las hay á perder de vista, con espesos y altos pajonales) fácilmente desatinados, perdian la trocha por donde habian salido, sin poder acertar á tomarla para seguir el ejército; y así como locos se andaban de una parte á otra, hasta que vencidas las fuerzas por mucha flaqueza, se dejaban caer y mirlados quedaban muertos.

No podia Fedreman poner remedio en esto, aunque iba echando de ver la falta, porque si se detenia á buscar los soldados que de esta suerte se le perdian, era ponerse en condicion de perder de todo punto el resto de los demás, pues miéntras más se detuviese por estas tierras calientes y secas más habia de cargar la sed y enfermedades en todos; y así, aunque por horas le daban nuevas que se le quedaba gente perdida, disimulaba y pasaba de largo, viendo no convenir hacer otra cosa por no perderlo todo.

Al Capitan Rivera, que, como dijimos, habia salido del cabo de la Vela con sus cincuenta soldados, la vuelta de Santa Marta, no le habia sido posible llegar á la ciudad, porque siguiendo su viaje por la costa, al pasar por los indios y pueblo de Chimila, que está sentado cerca de las aguas del mar y no léjos de la ciudad de Santa Marta, le hirieron algunos soldados en una guazabara que les dieron, con que le fué forzoso retirarse atrás de noche y determinarse el Capitan de volverse á ver otra vez con Fedreman con intentos de rogarle que si tenia algun navío en la costa se le vendiese para ir por el mar á Santa Marta, pues por tierra hallaba tantos estorbos y su gente iba tan vencida de hambres y enfermedades. No eran de este parecer algunos soldados del Rivera, y así pretendieron estorbarle el viaje imaginando lo que sucedió, diciéndole que si se tornaba á ver con Fedreman podria ser constreñirles á que le siguiesen. Tenia el Rivera algo de cabezudo, y diciendo que no seria parte Fedreman para estorbarle el hacer él lo que quisiese, se determinó á seguir sus intentos y el camino que guiaba á donde tenia noticias iba Fedreman. Topóse con él á pocas jornadas, á tiempo que ya le habian faltado buena parte de sus soldados y que tenia necesidad y deseos de rehacer su gente.

A pocas conversaciones que tuvieron los dos Capitanes, con facilidad se concertaron en seguir juntos la jornada, porque Fedreman supo decirle al Rivera tantas y tan buenas y amigables palabras con largos ofrecimientos, que lo vino con facilidad á persuadir de esto; si bien el Rivera vino con la misma en ella haciendo de la fuerza virtud, considerando que si con ésta y de su voluntad no lo hacia, lo habia de hacer con aquélla y alguna violencia; y así acordó condescender con su ruego y voluntad y darle palabra de no apartarse de su gusto. No tenian mucho de esto algunos soldados de los del Capitan Rivera, y sospechando lo que pasaba por la tardanza que hacian con el Fedreman, y que no acababan de tomar la vuelta de su camino para Santa Marta, á donde deseaban volver, se determinaron llegar á

preguntarle á Fedreman lo que estaba determinado, y si los habia de dejar volver á la ciudad.

Remitiólos por la respuesta á su Capitan Rivera, de quien supieron la determinacion y concierto que habia ya entre los dos Capitanes; y como el Rivera, para fijar más la compañía que tenian hecha y que no se dijese habia desamparado al doctor Infante, su Gobernador, sin ninguna ocasion y excusarse con esto á él y á Fedreman de culpa si alguna habia, hizo cierta escritura al Fedreman diciendo que él de su voluntad se metia debajo de su bandera, por estar en tierras de indios belicosos, de quienes podria ser maltratado por llevar tan poca gente, y ésta enferma, herida, desaviada y falta de armas. Fué tal el desabrimiento que causó esto en los soldados de Rivera, que habian tenido siempre la opinion contraria, que luego intentaron novedades entre los soldados y comenzaron á mover los ánimos de muchos, no solo de sus compañeros, sino de los de Fedreman, para que desamparándolo tomasen la vuelta de Santa Marta. Descubriéronse estas trazas y por ellas se les dió á algunos ejemplar castigo; pues el Alcalde mayor de Fedreman, Antonio de Chávez, por mandado de su Capitan, ahorcó á dos soldados de los del motin, que pareció ser de ánimos más inquietos y los motores de la alteracion.

CAPÍTULO XI.

I. Húyense seis soldados de los de Rivera y vánse á Santa Marta—II. Vuélvese desde el camino que llevaba Fedreman á la laguna de Maracaibo—III. Divide su gente Fedreman y un Capitan da con unas minas ricas de oro—IV. Pasa Fedreman la laguna y ranchéase en su márgen á la banda de Coro.

NO fueron bastantes el castigo y vigilancia que tenian los Capitanes de Fedreman en la mira y guarda de los soldados que habian venido con el Capitan Rivera, no hiciesen fuga, pues una noche seis de ellos la hicieron con sus armas y caballos. Súpose luego por la mañana y con priesa despachó el General Fedreman una tropa de los suyos en su alcance, haciéndoles gracia para ponerles más codicia en haberlos á las manos, de los caballos, ropas, armas y presas y de todo lo demás que llevaban los fugitivos. Partieron con buen brío y deseo de darles alcance, poniéndoles alas en los piés el interés prometido, si bien todo le salió en vano, pues habiendo caminado en su demanda por el rastro algunos dias, lo perdieron de manera que quedando deslumbrados totalmente de él sin poder atinar la derrota que llevaban, les fué forzoso volverse al Real como habian salido, despues de bien cansados por el mucho camino que habia hasta el rio, que llamaban Llano, donde llegaron siguiendo las huellas; porque allí los fugitivos, teniendo por cierto que habia de salir gente en su alcance, en pasando el rio hicieron de la otra banda rastros como que pasaban adelante, hasta meterse en un arcabuco desde donde se volvieron á entrar en el rio por donde caminaron gran rato y se volvieron á emboscar otra vez hasta que les pareció habrian ya los que les iban siguiendo, deslumbrados de los rastros, tomado la vuelta del ejército; y así al tiempo que les pareció, tomaron ellos la de Santa Marta pasando por muchas provincias y poblaciones de indios belicosos, llegaron sin peligro á la ciudad, donde hallaron al Adelantado de Canaria, don Pedro Fernández de Lugo, recien llegado de España por Gobernador, que fué ya los últimos dias del año de mil quinientos y treinta y cinco, y cuando estos soldados llegaron á los primeros del de treinta y seis.

Por la nueva que dieron á don Pedro de Lugo estos seis soldados, del sitio donde estaba Fedreman y los intentos que llevaba de seguir su descubrimiento al Sur por las costas del rio Grande, le escribió una comedida carta en que le rogaba le hiciese buena vecindad y le dejase lo que tenia ocupado de su Gobierno, pues no traia intentos de hacer con él otra cosa. Fué esta carta de mano en mano por los indios de las provincias que habia entre medias, hasta llegar á las de Fedreman, que sabiendo por ella y otras que llegaron juntas, por algunos soldados y Capitanes suyos, la llegada del don Pedro y la fuerza de gente que habia traido de España (no teniéndolas todas) se intentaba hacerle resistencia en algo, procuró hacerse á lo largo, y así volvió luego sin detenerse la vuelta del valle de Upar, desde donde iba siguiendo las huellas de Ambrosio de Alfinger, en prosecucion de los intentos que llevaba: pero parece se los iba Dios atajando á todos estos Gobernadores alemanes, para que no dieran vista á estas tierras del Nuevo Reino, por andar siempre con tan codiciosos deseos más de hacienda, y hallar oro entre los naturales, que de su conversion;

y así, guiado no sé de qué espíritu, en llegando con su gente al valle de Upar, mudo de intentos, sujetando la codicia á la ambicion y sed que tenia de ser Gobernador de Venezuela, porque, segun se dijo cuando salió de España, los agentes de los Belzares (á quienes obligó andando en sus pretensiones), le dieron buenas esperanzas de que tras él enviarian provisiones para que quedase en el gobierno de la tierra. Este deseo, pues, le hizo imaginar estarian ya en este tiempo los recados en Coro; y así, dando de mano á la derrota que llevaba (que si la siguiera no interesara ménos que entrar mucho tiempo ántes que el Licenciado Quesada en las Provincias de este Reino), tomó la vuelta sobre la mano izquierda la derrota de la laguna de Maracaibo á la ranchería y puerto donde habia venido su gente, cuando la envió de Coro á su partida para Santo Domingo.

Dividióla ahora en partes, para que así pudiese sustentarse mejor, yendo ménos por cada una, y aun con todo esto por ser la tierra por allí tan mal poblada como la que ántes habia pasado, no sintieron menores trabajos de hambres y necesidades de agua en esta tornavuelta que ántes habian tenido, pues fueron tambien causa de muerte á muchos españoles y gente del servicio. Un Capitan llamado Pedro de Limpias, entre los demás que se dividieron con la gente, acertó á caminar con la que le cupo por la cordillera y serranía que cae sobre la laguna de Maracaibo, por donde fué á dar á ciertas poblaciones de naturales, fundadas sobre la costa de la misma laguna, en ciertos brazos y entradas que hace por allí el agua, que llamaron los brazos de Herina, por llamarse así la tierra donde hubo á las manos buena cantidad de oro fundido en hoyas y alguno en polvo, por haberlo en aquella tierra de aventureros; y oro corrido que traen las quebradas que entran por allí en la laguna, de donde quedó la famosa noticia que ahora dicen de los brazos de Herina, que solo han sido despues acá noticias: pues aunque en muchas ocasiones han salido á buscarlos muchos Capitanes con gente de aquella gobernacion, no han podido dar con este oro que todos tienen por muy asentado es con abundancia, aunque nunca la tierra la tuvo de indios.

Cuando dividió su gente Nicolas de Fedreman, ordenó á los Capitanes se fuesen juntando todos á la ranchería de la laguna, á que habia dado principio Ambrosio de Alfinger y donde habia estado aquella misma gente (como dijimos) cuando iba con el Capitan Chávez. Llegaron allá habiendo padecido hartos trabajos cada cual por su camino, y halláronla sin socorro para poderlos remediar, ni aun aderezo para poder desde allí pasar la laguna para la banda de Coro, por haber quemado los bergantines y canoas en que pasaron cuando venian, entendiendo no haber de tener más necesidad de ellos, y que si los dejaban sanos se habian de aprovechar de ellos los indios, para hacerles guerra en la ocasion que se les ofreciera.

Viéndose atajados en esta necesidad, ella les dió traza para remediarla, sacando del agua las obras muertas de una naveta que habian tenido allí ántes para la conquista y pasaje, que no habiéndose quemado cuando le pegaron fuego más que hasta la tez del agua, lo que quedó aderezándose lo mejor que se pudo, les sirvió para pasar todos de la otra banda, donde se ranchearon sin querer llegar Fedreman á Coro hasta saber si le habian venido los recados que deseaba, y si no determinarse desde allí por dónde habia de seguir su derrota en los descubrimientos que siempre traia en intentos.

CAPÍTULO XII.

I. Procura Jorge de Espira deslumbrar á sus soldados de las noticias que habia dado la india de Salsillas—II. Júntase toda la tierra y viene sobre los españoles—III. Que quedaron con victoria por una emboscada que echaron á los indios—IV. Prosigue Jorge de Espira su viaje y halla un templo de doncellas recogidas en él y ofrecidas en él á su Dios.

POR el alboroto con que habian quedado los soldados con la relacion de la india y deseos de descubrir aquellas tierras y españoles, que decia no se atrevió Jorge de Espira á despachar el Capitan y soldados que habia nombrado para traer comidas de donde la india habia de guiar, pareciéndole menor daño pasar aquella necesidad con ménos abundancia que poner en ocasion á los soldados que se perdiesen, cebados de los deseos que tenian de ir á buscar aquellas noticias: y así, más que de esto, trató de aplacar los ánimos de todos y disponerlos á pasar adelante en prosecucion de su descubrimiento á las faldas de la cordillera, que parece habia puesto su felicidad en no apartarse de ella, que no fué poca oca-

sion para que todo le sucediera al reves de sus deseos, pues toda la tierra que está arrimada á ella es estéril y de malos países. Lo que pudiera muy bien Jorge de Espira haber echado de ver hasta allí, cuando no era en otra cosa, en la poca gente que producia.

Con todo eso, la que habia en aquella Provincia, viendo la mala vecindad que les hacian los peregrinos en consumirles las comidas, se juntó con determinacion de echarlos de ella, ó consumirlos, ó hacerles en venganza el daño que pudiesen. Juntos ya para el efecto, vinieron con determinacion una mañana al quebrar del alba (que es la hora en que comunmente los indios suelen dar sobre los españoles), y llegando cerca de las centinelas que estaban con poco cuidado, casi dormidas, arrojó á una un indio una tan valiente y diestra lanza, que le pasó la rodela y despues el cuerpo, con una herida tal, que de ella á poco murió. Dieron con esto arma á las demás centinelas, con que luego se apercibieron todos los soldados á la resistencia de los indios, que no venian mal pertrechados á su modo, pues traian crecidas lanzas hechas con fuego las puntas, rodelas de cuero de dantas, de que cria muchas la serranía, mucha cantidad de arcos y flechas, y muchas ondas que tiraban con destreza á un blanco. Traian, así mismo, muy grandes ollas y gruesas sogas para atar los españoles y despues de muertos guisarlos en las ollas y celebrar con sus carnes fiestas de la victoria, para cuyo ministerio traian consigo sus mujeres con todo aderezo de cocina y lumbre ya encendida, porque traian determinado celebrar la fiesta en los mismos ranchos de los españoles.

Los cuales, ya á las primeras luces, se encontraron con estos fieros bárbaros y se comenzó la pelea con tan buenos bríos de ambas partes, que de ninguna (por buen espacio de tiempo) se reconoció ventaja, porque demás de que los indios eran muchos y briosos, y usaban bien de todas sus armas, hacian tanto daño con las piedras de las ondas (en que, como dije, eran diestrísimos) que al caballo que una vez acertaban con alguna piedra, no era posible hacerle otra vez arrancar contra los indios ; y como en estas guerras la principal fuerza sean los caballos, y en ésta los más rehusaban el embestir por el temor de las piedras, tomaban mayores bríos los indios y esperanzas de victoria, cuya mayor parte la fundaban en la destreza y fortaleza con que arrojaban las piedras, pues sucedia muchas veces con una hacer pedazos una rodela hecha de macanas, que no es de pequeña fortaleza.

Viendo los nuestros que no faltaban en la suya un punto los indios y cuán en balanzas estaba la victoria, envió el Gobernador cincuenta soldados de á pié y quince de á caballo, que rodeando por ciertas trochas que habia detrás de un pequeño monte que tenian á un lado, en la refriega diesen inopinadamente por las espaldas sobre los contrarios, con que los ahuyentasen. Hízose así con la brevedad que la necesidad pedia, y cogiéndolos descuidados por las espaldas, cargaron con tanta fuerza los soldados sobre ellos, hiriendo y matando á muchos, que no pudiendo sustentar el ser heridos por ambas partes, dando larga á las armas, se dieron ellos á huir cada cual por donde pudo, con tan suelta ligereza que admiraba á todos. Quedó la victoria por los nuestros, aunque con bien pocos despojos y algunas heridas, con que quedaron algunos soldados particulares y muchos indios yanaconas del servicio de los españoles, que tambien quisieron hallarse en la pelea.

Forzóles la necesidad de curar los heridos, por estar algunos de riesgo, á detenerse en el alojamiento otros quince dias, al fin de los cuales se prosiguió el viaje por el mismo rumbo de la cordillera, y fueron lo primero á dar con un pueblo que llamaron de Nuestra Señora, por haber estado en el dia de su santísima Asuncion, que es á quince de Agosto en el año de mil y quinientos y treinta y seis. Aquel dia les hizo el Gobernador un convite á todos los soldados en alegría y celebracion de la fiesta y en regocijo de las buenas nuevas que los indios del pueblo les habian dado de unas ricas, fértiles y abundantes tierras, llenas de oro y moradores que estaban más delante, todo á fin de echar los huéspedes de las suyas. Hicieron aquí los soldados cierto voto á Nuestra Señora porque les encaminase lo que deseaban. No está léjos este pueblo del que despues pobló y al presente está el Capitan Juan de Avellaneda, llamado San Juan de los Llanos, en la parte por donde despues entró el teniente Nicolas de Fedreman en este Nuevo Reino, como luégo diremos.

Hallaron aquí los españoles una valiente casa de más de doscientos pasos de largo, y ancha en buena proporcion, en cuyos dos frentes tenia dos grandes huertas, y segun se supo era su templo donde aquellos bárbaros hacian sacrificios al sol, que adoraban por su dios : servia tambien de monasterio donde estaban muchas doncellas recogidas sin salir de él, ofrecidas allí de sus padres como en sacrificio para el servicio del templo y altares. Estaba con ellos un indio viejo que era el sacerdote ó mohan que administraba en los sacri-

ficios, y predicaba y enseñaba á aquellas mujeres lo que segun sus ritos habian de guardar. Tenian en ciertos repartimientos del bohío mucha cantidad de todas suertes de mantenimiento para el de aquellas encerradas doncellas.

CAPÍTULO XIII.

I. Salen los indios á dar una guazabara á los soldados, pero no ganaron nada en la salida, con que cobraron temores para lo de adelante—II. Pasan adelante hasta el rio Ariare, donde hallan algunos indios que les traen comidas y los pretenden espantar haciendo grandes fuegos—III. Pasaron más adelante los soldados, encontrándose con varias naciones de indios, que algunos les pretendian hacer resistencia—IV. Llegaron al rio Papaneme y allí se ranchearon.

PASADAS las fiestas, que no debieron de ser con poco regocijo y gusto, por el mucho que les habian dado las noticias con que se iban sustentando entre tantas penalidades, salieron de este pueblo de nuestra Señora, y á pocos pasos como iban marchando, les salió de repente gran cantidad de indios, y embistió con sus ordinarias armas, que venian á dar sobre los soldados á traicion y á acabar con ellos dentro de los ranchos, pareciéndoles mal se retardasen tanto por sus tierras. No les fué bien, pues con el cuidado que iban todos, al fin como en tierra de enemigos, y que no tenian que prometer un punto de seguro, embistieron los de á caballo con ellos, y alanceando muchos de los que iban en la vanguardia, fueron fácilmente desbaratados, huyendo con tanto miedo, que no les dejó tomar otra vez las armas ni desasosegar los soldados.

Antes, habiendo llegado los nuestros aquel propio dia, por no haberles estorbado la guazabara, á un pueblezuelo dos leguas más adelante, cuyos moradores se habian tambien hallado en la refriega y se habian retardado en otra parte sin llegar al pueblo tan presto como los españoles, cuando acudieron á sus casas otro dia y encontraron ántes de ellas los caballos de los soldados que andaban sueltos paciendo, fué tanto el temor que de solo verlos les sobrevino al que habian cobrado en la guazabara, que los cortó de manera que sin poder volver atrás ni pasar adelante se dejaban caer en el suelo boca abajo por no verlos, y cuando mucho tomaban por amparo en su defensa meter la cabeza entre el pajonal de la cabaña, dejando de fuera todo el cuerpo, como lo suele hacer la perdiz seguida del cazador.

De este pueblo pasó nuestra gente adelante hasta llegar á un rio llamado Ariare, uguape, cerca de donde se juntan ambos, cerca de cuyas márgenes habia poblados algunos indios de lengua Guati. Alojóse el Gobernador con su gente á esta ribera, por no ir el rio para poderse vadear ; los indios que estaban á la otra parte venian á contratar con los soldados, aunque no con llaneza, por no parecerles podian asegurarse mucho de ellos ; y así pasaban en canoas el rio con algunas comidas, y diciendo á los españoles se apartasen ántes de llegar á la barranca si querian que les dejasen comidas ; haciendo así, y con este seguro llegaban los indios, y poniendo en tierra lo que traian, tomaban en rescate ó trueque lo que allí les habian dejado los españoles, como eran algunas cosillas de Castilla, en especial cascabeles, de que gustaban mucho, con que se volvian á retirar al agua sin querer más amistad ni conversacion con ellos ; y me parece lo acertaban en vivir con esta astucia, pues sin ella correrian igual fortuna que los demás, por donde habian pasado los soldados en consumirles sus mantenimientos á precio de cuatro coces y bofetadas con que les pagaban.

Trazaron con su bárbaro discurso un donoso espantajo para los españoles, haciendo todas las noches á su vista dentro de los pueblezuelos que estaban á la otra banda y márgen de este rio Ariare muy grandes fuegos, pensando seria esto bastante para que los temiesen los soldados y les dejasen sus tierras. Una noche, entre las demás que hacian esto, oyeron los del Real que á deshora habian levantado los indios una desaforada grita y vocería confusa, que fué causa de que ellos lo quedasen, no sabiendo la causa, pretender si habia alguna novedad de haberse por ventura juntado la tierra para venir sobre ellos. Procuraron á la mañana saber la ocasion del alboroto, y hallaron que en aquella sazon se habia eclipsado la luna (como era así, pues ellos tambien la habian visto) y como ya tenian experiencia que tras estos eclipses se les seguian de ordinario hambres ó enfermedades (como naturalmente sucede en todas partes) en venganza de la luna (como si ella tuviera la culpa) se mostraban airados y enojados contra ella, dando aquellos gritos y arrojándole mu-

chos tizones, palos, piedras, barro y todo lo que podian haber á las manos, desde el mayor hasta el menor, hasta el más pequeño, con ímpetu sonlocado.

Los señores y principales, siguiendo la misma furia, y mayor supersticion que sus vasallos, tomaban furiosos las macanas, y como fuera de sí daban valientes golpes en los árboles que topaban, mostrando en esto sus deseos de querer hacer lo mismo con la luna, si no estuviera tan léjos. Volvíanse despues de esto á sus vasallos, y consolándolos les procuraban sacar de temores, ofreciéndose á reparar las calamidades y trabajos con que amenazaban los prodigios de la luna, y que ellos tomaban á su cargo remediar las hambres con grandes sementeras que harian y tenian reservadas para el sustento de todos, en el artículo de la necesidad si llegase, con que todos quedaban contentos y cesaba la algazara y cóleras contra la luna. Conquistáronse despues estos indios por los españoles de este Reino, y hoy están encomendados algunos de los que han quedado, que siempre han sido de mala paz, de que son testigos las desgracias que han sucedido con muertes de españoles.

Estos buscaron vado por donde pasaron el rio muy arriba de las poblaciones, y siguiendo su cordillera y descubrimiento, fueron á dar á una Provincia que tenia un famoso rio, llamado por los naturales Canicamare ó Guayare. Los indios, por la noticia que ya habia llegado á sus orejas del viaje de los nuestros, les salieron al encuentro, pretendiendo defenderles el pisar sus tierras, que les salió al contrario; si bien no se detuvieron en ellos, despues de haberlos desbaratado, pasando á las de otros indios, llamados Guayupes, que ya estaban esperando á los nuestros con las armas en las manos, desnudos del todo ; y para representar su braveza con mayor ferocidad, tenian entintado todo el cuerpo de jagua, que es el sumo de ciertas macanas, con que acostumbran comunmente en todas estas tierras teñirse el cuerpo cuando salen á la guerra, para representar más su braveza, á que suelen añadir el ir medio embriagados, ó como dicen asomados (como éstos lo estaban), con que dicen se hacen más valientes. Y es que no teniendo con esto libre del todo el discurso de la razon, están incapaces para conocer el peligro, y así sin reparar en él, se meten ellos mismos por las espadas y lanzas. Esta embriaguez se causa de la fortaleza de los vinos ó brebajes que beben, hechos del maíz ó raíces de yuca.

Aprovecháronles de poco todas estas invenciones y estratagemas, pues aunque se defendieron bien en el primer acometimiento que hicieron en ellos nuestros peones, que iban algo más delante que los caballos, cuando éstos llegaron los desbarataron con facilidad y forzaron, que huyendo cada uno por donde mejor pudo, les dejaron á los soldados sus casas, que supieron bien ranchearles lo que tenian y despues ranchearse ellos por aquel dia hasta el siguiente; partieron de allí y en pocos llegaron á aquel gran riacho, llamado Papaneme, que en lengua de la Provincia por donde le dieron vista quiere decir Rio de Plata, á cuya márgen se ranchearon despacio para descansar y procurar haber á las manos algunos indios de la Provincia que les sirviesen de guias para lo de adelante.

CAPÍTULO XIV.

I. No hallan muy ásperos los indios de estas Provincias de Papaneme—II. Y así les traen las comidas que han menester por sus rescates—III. Diéronles noticias de tierras ricas con que pasaron luego adelante los soldados—IV. Alojáronse en cierta Provincia donde usaron con ellos en llegando una salutacion ridícula.

A LAS primeras vistas que dieron á los nuestros los naturales de la tierra, les pareció todo cuanto advertian en ellos una peregrina novedad, así en ver los caballos como los hombres con barbas y vestidos, como en los tratos y lenguas tan diferentes de los suyos; pero nada de esto les metió miedo por no haberlos hostigado en nada, ni estorbó que no se fuesen allegando á los nuestros, aunque con recato, para mejor verlos y reconocerlos de cerca. Esto dijo á los nuestros que los comenzaran á llamar y hacer señas que se acercaran más y declararles con palabras (que aunque mal todavía las entendian por los intérpretes que llevaban) lo mucho que deseaban su amistad. Entendiendo los indios algo de esto, mejor por las señas que por las palabras, no pareciéndoles ser tan seguro allegarse á gente tan nueva y que no conocian por tierra como por agua, volvieron á entrarse en las canoas con que habian venido de la otra banda y con otros que de nuevo vinieron en otras, se fueron acercando á la ribera sobre que estaban alojados los nuestros, no sin el recato militar que era menester entre gente tan bárbara, que tiene el mismo fundamento en el sí que en el no,

en especial habiendo conocido ya la astucia de los indios el no haberse querido llegar á ellos por tierra ni aun por el agua ménos número que más de trescientas canoas, en que vendrian á lo ménos dos mil indios.

De estas vistas y buenas palabras que de parte del Gobernador Jorge de Espira se les dijeron, comenzaron á tratarse y comunicarse más sin miedo los unos con los otros por el camino de trueques y rescates, trayendo los indios al Real mucha cantidad de pescado, de que abundan aquellos rios, asado en barbacoa, y otros géneros de comidas que ellos usan, pidiendo á trueque de esto de las cosas que llevaban los españoles, en especial cascaveles, luego que los vieron, por ser lo que más les agradaba, entretenia y hacia raya; y así á trueque de que les dieran de éstos y de llevar unos más que otros, daban por ellos á porfía más comidas que por otro género de rescates que de los que les daban los soldados. Poco á poco con este modo de contrato alternativo, fueron perdiendo el miedo los indios tan del todo que ya vinieron á atreverse á saltar en tierra y entrar en los ranchos de los españoles, que ya como podian con más afabilidad hablarles, procuraron informarse y tomar noticias de las provincias y gente de adelante; y si en ellas se hallaria oro ó plata, de que les mostraban el Gobernador y soldados algunas piezas para que los entendiesen.

A todo respondian los indios tan al deseo y corazon de los nuestros, como si por las palabras con que les preguntaban se les estuviera leyendo; y así les pintaban la tierra que iban á buscar y daban muestras que deseaban los soldados de la misma suerte que ellos las pudieran pintar, diciendo que en tiempos pasados habian ido sus mayores á guerrear con ciertas gentes que estaban en las tierras de adelante, y habiéndolos vencido se volvieron cargados de aquel metal que les enseñaban. Llenóles el ojo esta nueva á los soldados, de manera que ya les parecia tenian metidas las manos hasta los codos en las inextimables riquezas que entendian hallar donde les decian; y así, pareciéndoles estar el peligro en la tardanza, sin dudar en las nuevas, tomaron por guias cuatro ó cinco indios de los que las habian dado; levantando ranchos pasaron en canoas el Papaneme y los caballos nadando, prosiguieron el camino, y por donde los llevaban las guias fueron á dar á unas provincias de indios llamados Choques, tierra doblada, húmeda y montañosa, aunque bien poblada de indios belicosos, fragosos como la tierra que los criaba, de mala digestion, desabridos y de condicion intratable, diestra y animosa en la guerra, donde usaban de largas lanzas de madera de palma, puestos á las juntas pedazos de huesos de canilla de hombre, agudos y afilados, engeridos con fuertes hebras de cabuya, que para gente desnuda no eran poco penetrantes armas. Usaban de rodelas para su defensa, de maderas fuertes, y tijeras en cuyas manijas traian siempre puesto un pedazo de cierto género de fortísimas cañas que hay en esta tierra, hecho en forma de cuchillo tajante, como los nuestros, para en hiriendo y cayendo el indio en la guerra cortarle con brevedad (como lo hacian) la cabeza.

Es toda esta gente en comun gran carnicera de cuerpos humanos, tanto que por solo esto suelen irritarse á guerras unos con otros entre sí, padres é hijos, maridos y mujeres; de suerte que ningunos tienen satisfaccion segura del otro: están muy juntos los pueblos unos de otros, por ser solo los altos donde los pueden poblar, y éstos no ser muchos los acomodados y enjutos para poblaciones. Están todos los pueblos cercados con fortalezas de maderos gruesos, y por la poca satisfaccion que unos tienen de otros salen con sus armas á hacer sus sementeras, y cavando con la una mano tienen en la otra la rodela y lanza por no asegurarse un punto en ninguna parte de las continuas rencillas en que viven. Es mal sana, en especial para los españoles, por los aires tan gruesos y mal templados que causan las muchas humedades.

Alojóse el ejército en esta Provincia donde les pareció más sano, limpio y descubierto sitio. Apénas habian acabado de plantar las tiendas, cuando llegaron ciertas mujeres naturales de los más cercanos pueblos del Real, que traian cada una en una mano una vasija ancha á modo de lebrillo con agua y en la otra una á manera de hisopo, hecho de cabuya al modo de los que nosotros usamos, y en llegando á meterse entre los soldados mojaban los hisopos en el agua que traian, iban rociando á cada uno de por sí, unas á unos y otras á otros, como les cabia la suerte de encontrarse; y habiendo discurrido por todos con este su modo de salutacion, hicieron luego demostracion que les querian lavar los piés. Dejábanselos lavar algunos soldados para que no se defraudase su devocion y ver en lo que habian de venir á parar aquellas ceremonias, que fué una cosa bien sucia, pues se comian todos los callos y carnosidades que les podian sacar de los piés con sus largas uñas, que no las tenian muy cortadas, á los que iban lavando. Hecho esto, comenzaron todas juntas á hablar muchas

cosas con grande afecto y brío, que como nadie sabia su lengua por haberse huido por negligencia de las guardas á quien los entregaron los indios del Papaneme, nadie entendió lo que decian, tomaron con esto la vuelta y camino de sus pueblos por donde habian venido y nunca más volvieron.

No fué la discordia y ordinarias guerras que entre sí tenian estos indios causa para que no se convocasen todos á dar sobre los nuestros, como lo hicieron una alborada, con ciertas confianzas de conseguir victoria por la satisfaccion que tenian de sus manos en casos de guerra; pero halláronse defraudados de sus intentos, pues á la primera embestida que hicieron los nuestros los desbarataron é hicieron huir por donde cada uno pudo, si bien esto no fué bastante para que no volvieran cada dia á desasosegar los ranchos, haciendo muestra con gritos y algazaras de quererles acometer, y cuando más no podian, puestos en emboscada por las partes que los indios del servicio de los soldados salian á buscar agua, leña y otras cosas necesarias al Real, habian algunos á las manos en que cebaban sus caninos dientes.

CAPÍTULO XV.

I. Despues de haber hecho una tropa desde el Real una salida en balde, ordena el General á los mismos que hagan otra—II. Salen á ella y encuentran dificultosos caminos—III. Encuentran con un pequeño pueblo donde tuvieron bien reñidos encuentros.

DÁBALE cuidado al Gobernador el descubrir qué tierra era aquella y las poblaciones y número de indios que tenia; y así ordenó á su Maese de campo, llamado Estévan Martin, que con cincuenta peones y quince de á caballo saliese á darle vista, trastornar y reconocer lo más que pudiese de ella en el número de dias que le señaló hasta volver. Salió en demanda de esto y á pocas leguas del alojamiento fueron tantos los manglares, por tantos tremedales, que era imposible vencerlos los peones y mucho ménos los de á caballo, pues se sumian en los atolladeros hasta arriba de las cinchas, entre espesas raices de los mangles, que lo estaban tanto que fué ventura no mancarse todos en los pocos pasos que entraron á probar si le hallaban posible á la salida, y viendo que no lo era (á lo ménos para los caballos), tomaron todos la vuelta del alojamiento, donde dieron cuenta de la maleza é imposibles del camino para poderlo seguir y hacer lo que le habia ordenado el Gobernador.

No fué esto bastante para que no volviese á ordenar el mismo Capitan hiciese la entrada por otra parte con solos los cincuenta peones, dejando los caballos, pues los caminos por todas partes les tenian cerrados los pasos. Era el Estévan Martin de los que escaparon vivos en la jornada de Ambrosio de Alfinger, hombre de gallardos bríos, vaqueano y bien entendido en las guerras de estos indios; pero cargando el pensamiento sobre la disposicion de aquella tierra, desvergüenza y atrevimientos de los naturales de ella, le pesó de que el Gobernador le tornase á encomendar fuese con sola gente de á pié á aquella faccion; mas por no mostrar flaqueza y que el Gobernador entendiera lo hacia con disgusto, no se atrevió á contradecir lo que le mandaba ni darle á entender no convenia hacer la salida con tanta flaqueza de gente, solo le dijo: Vuestra Señoría está en que entremos á dar vista á esta gente con tan poca como tiene señalada de los soldados; los indios son diestros en las armas, como sabemos, cebados en comer carne humana, las tierras penosas y que se ha de ir por todas partes rompiendo camino y sin ayuda de caballos; sírvase Dios de que quede alguno de nosotros que vuelva á dar la nueva, pues á lo que hallo por mi cuenta, por ir entre gente de la más belicosa que he encontrado en las Indias, es cierto habremos todos bien menester las manos.

No fueron bastantes estas razones para que no tornase á mandar Jorge de Espira que saliesen los que tenia señalados, y que si no querian detenerse á descubrir lo que habia en aquella provincia de los Choques, se apartasen por un lado y descubriesen lo que habia delante, con que se despidió el Maese de campo Estévan Martin con sus compañeros, y pasando adelante por las poblaciones que estaban cerca del alojamiento, encontraron con una montaña cerrada y sin caminos, pantanosa y llena de ramblas, que tras cada paso les atajaban la derrota, sobreviniendo á esto noches y dias, ordinarios aguaceros, que todo era causa de tan notable afliccion para los soldados y gente de servicio, que á cuatro ó cinco dias de como salieron ya estaban determinados de tomar la vuelta del Real, por parecerles sin provecho lo que iban haciendo, y ya ponian en ejecucion esta determinacion, cuando su des-

graciada suerte les ofreció una mal seguida trocha por donde les pareció habian de llegar á alguna poblacion si la seguian. Hiciéronlo así, y al dia tercero que fueron caminando sin salir de ella, sobre tarde dieron en unas sementeras de maiz que estaban entre unas tierras dobladas, tambien pantanosas y de muchas ramblas y quebradas de agua, y razonablemente poblada por los altos.

Encontráronse (que salia de estas labranzas) un camino ancho y bien seguido por donde caminaron toda aquella noche bajando y subiendo quebradas hondas y dificultosas por donde fueron á parar (ya al postrer cuarto del alba) junto á un pueblezuelo de hasta treinta casas, que estaba en lo alto de un cerro, plantado de suerte que con las casas se cercaba una plaza de mediana grandeza, de manera que no se podia entrar en ella si no era por ellas. Estas eran solo á modo de ramadas, sin cubiertas que las defendiese del agua, donde estaba hecho un mal aposentillo que servia de dormitorio á los moradores. En el resto del bohío habia muchos y muy grandes tambores y otros tantos toscos instrumentos de música.

Reparó el Capitan ántes de entrar en el pueblo, poniendo en concierto su gente y aguardando á los indios de servicio que traian las mochilas, que por haber caminado toda la noche venian cansados y algunos muy atrás, que le no daba poco cuidado al Maese de campo su tardanza, por ver que se iba pasando del todo la noche, en que le parecia ser más acertado dar sobre las casas ántes que llegara el alba y se levantaran de dormir los indios; y así haciéndosele los instantes horas y que se les iba del todo pasando la ocasion á sus deseos, ordenó á Nicolas de Palencia (que despues fué vecino de la ciudad de Pamplona en este Reino) que se quedara á recoger y amparar los indios cargueros como fuesen llegados, porque él ántes que se acabara la noche determinaba con los demás embestir las casas, como lo hizo, dando Santiago en las primeras y alboroto en las demás, que como eran pocas, á las primeras voces que se oyeron en las unas despertaron los de todas y acudieron con furia de leones á las armas y con ellas á donde sonaba la grita de los primeros, que con desaforadas voces llamaban á los demás, significando el aprieto en que los tenia una gente extraña y nunca vista en sus tierras.

Con la llegada de los que se juntaron de nuevo, que peleaban con valeroso brío, les fué forzoso á los nuestros (que andaba cada cual por su parte) recogerse á un cuerpo y escuadron con que se hicieron más fuertes haciéndose espaldas unos á otros, que lo hubieron menester, pues en buen espacio de tiempo de ninguna parte se reconoció ventaja ni el daño que se hacia en los indios por la oscuridad de la noche y un poderoso aguacero que los estaba remojando y descomponiendo á todos. Reconociendo los nuestros las ventajas con que peleaban los indios por tener conocimiento del sitio para resguardarse, como lo habian menester, y por ser mucho mayor el número de guerreadores, tomaron por buen consejo irse retirando del pueblo, despues de haber peleado en él gran rato, como lo hicieron; llegando á cierto sitio que les guardaba las espaldas, donde se fortificaron y estuvieron hasta que les llegó la gente que habia quedado atrás. No quedaron tan libres los nuestros de este primer encuentro, que no saliesen mal heridos algunos soldados y muertos algunos indios ladinos del servicio que les hicieron con ellos, y á vuelta de la guazabara y oscuridad de la noche se dividieron por el pueblo á ranchear ó hurtar lo que pudiesen, como siempre lo tienen de costumbre (no sé si aprendido de sus amos). Pero en esta ocasion bien les hicieron pagar á muchos de contado lo que hurtaban, no con ménos monedas que la vida, que con facilidad les quitaban, atravesándolos con las lanzas y otros con penetrantes heridas de que despues morian.

Ya que estuvieron todos juntos por haber llegado los atrasados, recobrando su primer ánimo volvieron con buen brío sobre los indios, que no los tenian menores en resistirles, aunque no fueron bastantes para que no les hicieran retirar y salir del pueblo; si bien fué esto con harto trabajo y riesgo, porque como sus armas eran picas muy largas y rodelas y peleaban á pié quedo con buen compás, con dificultad les podian entrar los soldados; pero al fin atropellando su valor todas estas dificultades, no hubo demasiada en tornar á recobrar el sitio del pueblo, de donde primero se habian retirado, ni en quitar á los indios las esperanzas de la victoria, como se echaba de ver en la mano floja con que ya peleaban, que conociéndola los nuestros y aprovechándose de la ocasion sin perder punto, fueron siguiendo la victoria, hasta que de todo punto les hicieron salir del pueblo. Aunque no se apartaron mucho ni á los nuestros les dió cuidado el irlos siguiendo muchos pasos, y así los bárbaros, poniéndose las rodelas sobre las cabezas para reparar el agua, que no habia cesado ni apla-

cado su fuerza, desde el primer encuentro estuvieron á pié quedo esperando el dia para reconocer qué gente era la que con tanta braveza los habia echado de sus casas y pueblo. Los nuestros, entre tanto, para turbar más los indios y llenarlos de temor y poderse ellos mejor señorear del sitio, pusieron fuego á las casas, que se abrasaron del todo, sin reservar más que solas tres que estaban algo apartadas de las demás, para alojarse en ellas el tiempo que estuviesen allí. Llegó el dia y los españoles á reconocer las salidas por donde habian hecho retirar á los indios, á los cuales hallaron á pocos pasos del pueblo, en la postura que hemos dicho, en pié, afirmados sobre sus lanzas y en la cabeza las rodelas; y admirados de ver la traza de los españoles y que tan poca gente hubiese hecho en ellos tanto estrago de muertes y heridas, que no habian sido pocas las unas y las otras.

CAPÍTULO XVI.

I. Prosiguen las contiendas con los indios del pueblezuelo—II. Resisten valerosamente á los españoles—III. Retíranse de este pueblo los soldados y llegan á otro, donde les dan una bien reñida y peligrosa guazabara, hiriendo á muchos—IV. Tratan luégo de salirse de este pueblo, en que se les ofrecen mil dificultades.

NO les pareció bien á los soldados que llegase la osadía de estos bárbaros, aunque desbaratados, á haberse quedado sin temores tan cerca del pueblo y no haberlos tomado en ver heridos sus cuerpos y abrasadas sus casas : y así, hablándoles con un chontal intérprete que á tiento les entendia ambas lenguas, le dijeron que si allí se detenian mucho verian con brevedad el fin de sus dias, pues demás de ser gente que á otras innumerables y bravas naciones habian sujetado y destruido, habian enviado á llamar otro gran número de compañeros que habian dejado atrás, con que pensaban en llegando destruir no solo á ellos, pero á todos los que habia en aquellas provincias. No causó esto á los indios mucho temor, pues con arrogancia respondieron que ellos ni los demás que estaban en aquellas provincias temian á ninguna gente del mundo, por tener el corazon tan valiente y los brazos tan hechos á las armas en las contínuas guerras que tenian entre sí, si bien las discordias que las causaban no habian de ser parte para que no se juntasen todos contra ellos ; y que si entónces quedasen vencidos, creerian habian hecho lo mismo en otras naciones, como decian, y que merecian ser sus señores, pero ántes no.

Pareció la respuesta de estos bárbaros á la que dió un Capitan de los Misios, en tiempo del Emperador Octaviano, á Conidio, su Capitan, que entrando un grueso ejército de romanos á quien éste gobernaba, á sujetar la Provincia y gente de los Misios, que se les habian rebelado, se pusieron los ejércitos contrarios á vista y punto de darse la batalla, y estando en ésta el Capitan general Misio haciendo señal con la mano de que le diesen silencio los de su ejército, en alta voz preguntó al romano: Quiénes sois vosotros ? y respondiéndole: Somos los romanos, señores de todas las gentes ; así será, replicó el Capitan de los Misios, si á nosotros venciéreis.

Era la destreza en pelear de estos indios tal, que hacian con buen discurso distincion de ocasiones en la guerra, y viendo que aquélla lo era de no dividirse unos de otros, por haber conocido la fortaleza de los españoles, aunque les incitaban á pelear no se querian mover del lugar en que estaban ni hacer caso de lo que les decian, con que irritados los nuestros intentaron acometerles para echarlos del lugar que tenian, aunque fué en vano, pues los esperaban con las puntas de las lanzas, sin hacer más movimiento de su sitio que un paso á la redonda, con que resistian la braveza española bien á su salvo y en daño de los nuestros, pues hirieron algunos con sus largas y agudas lanzas al tiempo de los acometimientos que les hacian, que fueron pocos aquel dia, ni posibles en ninguno de ellos de hacerles volver pié atrás.

Viendo esto el caudillo, y pareciéndole que si muchos naturales de aquella nacion y brios se juntaban, no les podia suceder nada con buena suerte, ántes tenian á todas horas á la vista el riesgo de su vida, por ser tan pocos y poder ser los indios muchos, y cercarlos por todas partes, sin darles salidas á una ni á otra parte. Acordó (con parecer de los demás, retirarse de noche para poder con más seguro huir los peligros y riesgos de la vida, tan evidentes como tenian. Pusiéronlo en efecto aquella misma noche, al primer cuarto, retirándose por el mismo camino que los habia traido, por donde fueron á dar (al quebrar del alba) en otra aldea de hasta treinta casas que habian dejado atrás, cuyos moradores

(por aviso que habian tenido de los del pueblo de la pelea) estaban puestos á ella con las armas en las manos, habiendo convocado en su ayuda los pueblos convecinos. Salieron con esta determinacion á poco trecho del pueblo y acometieron con buen brio á los soldados que iban llegando harto desalentados de la pelea del dia y trabajo de la noche. Iban divididos en tres partes unos tras de otros: la primera que iba llegándose hubo tan valerosamente con los indios que se le pusieron delante, matando algunos é hiriendo otros, que los hicieran desamparar el paso y pueblo y retirarse bien á lo largo, más que de paso. Los restantes cargaron con tanta furia sobre las otras dos partes de los españoles, que los pusieron en necesidad de que los primeros que estaban ya en el pueblo volvieran á darles socorro, sin el cual fuera imposible escapar la vida con fuerzas humanas, por ser tantos, tan alentados y diestros, de que dieron muestras siete bien peligrosas lanzadas con que salió de la refriega el Capitan y caudillo Estévan Martin, que las disimuló con el valor de sus fuerzas, sin que ninguno de los soldados las echasen de ver, porque no desmayasen, hasta que fueron del todo desbaratados los indios y se vinieron á saber aquellas heridas y otras, con que quedaron maltratados muchos de los soldados y de los indios amigos, de que hacian demostracion todos, ya que estuvieron señores de las casas y pueblo.

No pararon en esto los trabajos, pues los acrecentó no poco el haberles ya tomado los indios, ántes que se comenzara la pelea, toda la comida, servicio y ropa que llevaban los cargueros, y muerto á todos los que no habian podido escapar de sus manos, y ya que se les habia escapado la victoria por no haber sabido aprovecharse del tiempo y buena ocasion que tuvieron para conseguirla, venian rabiosos, y poniéndose á vista de los españoles que estaban en los bohíos, hacian menudos pedazos toda la ropa que habian tomado, como quien no tenia necesidad de ella, por ser su vestido de telas encarnadas á lo natural. Ponian los pedazos á las puntas de las lanzas, y dando poderosas voces, los arrojaban, hasta que de esta suerte los sembraron todos, sin quedarse con nada, dijese que llegando un soldado llamado Valdespina, mal herido, al pueblo donde estaban, de los penúltimos que fueron llegando de la retaguardia, les dijo á los que halló de la vanguardia en el pueblo, que su Capitan quedaba ya en poder de los indios muy mal herido, y que en aquella sazon seria ya muerto. Puso esto tan gran temor á algunos, que se dieron ya tambien ellos por tales, pues con palabras flacas y casi mortales, y sin ánimo, decian que pues al Capitan habian muerto los indios, tambien los matarian á ellos.

No quedó sin reprension esta flaqueza y pusilanimidad, pues Nicolas de Palencia (delante de quien le dijeron), con palabras ásperas respondió que cuando el Capitan fuese muerto, solo les faltaba uno, pues por solo uno peleaba, y no por faltar un hombre habia de faltar el ánimo á tantos, pues todos lo eran para defenderse y ofender á los enemigos, cuanto y más que aun no se sabia la verdad que tuviese el dicho de Valdespina. Apénas habia acabado el Palencia estas razones, cuando llegó el caudillo Estévan Martin disimulando sus heridas y sabiendo la flaqueza que habian mostrado algunos con la nueva de su muerte, les volvió á dar otra reprension sobre la de Nicolas de Palencia: pero la verdad que los indios lo tuvieron ya en su poder cogido á manos, y sin duda se lo llevaran si no lo sacara de entre ellos el socorro de otros soldados. El poco que tenian allí todos para curarse los heridos y librar todos sus vidas, les hacia buscar trazas como retirarse al Real, aunque no la podian hallar, pues no hallaban ninguno que se atreviese á guiar por el camino que habian traido, en especial habiendo de ser de noche la retirada para poder salir libres tan pocos de entre tantos y tan valientes enemigos.

Fué el Señor servido sacarlos de estas angustias y darles esperanzas sus vidas, dándole atrevimiento y brios á un indio ladino de los que llevaban de servicio, para que dijese se atrevia á guiarlos de noche á la ranchería del Gobernador por el mismo camino que habian traido. Volviéseles el alma al cuerpo (como dicen) á las palabras del indio, por parecerles seria así, pues él se ofrecia á ello aunque sobrevino luego otra tan grande dificultad, bastante á destemplar el gusto que se habia recibido con allanarse la otra, que fué el ver tantos heridos y los más de riesgo, y tan imposibilitados de andar por su pié, que era forzoso ó dejarlos allí ó haberlos de cargar en hamacas sobre sus hombros, que habia de ser ocasion de causárseles la muerte á los sanos; pues aun los que lo estaban tenian harto que llevarse á sí de noche por tierras tan ásperas y pantanosas, y estar tan metido en agua el tiempo, que noches y dias no cesaba, como ni los indios de tener cuidado de irles á la mira y picando por donde quiera que fuesen, en especial que en todo el camino no ha-

bian de salir de su provincia y tierra, y pues eran Choques de la misma nacion de aquellos donde estaba Jorge de Espira.

CAPÍTULO XVII.

I. Determinan su retirada y ponerla en ejecucion, cargando en hamacas cuatro soldados—II. Déjanse los dos enfermos para aliviar los trabajos—III. Despachan un soldado á dar aviso al Real—IV. Envíanles socorro del Real, con que pudieron llegar—V. Detiénese un año sin poder salir el General de los Choques, donde le sucedieron muchas desgracias.

SOBRE los trabajos y calamidades en que los habia puesto la guerra, no afligia ménos á los soldados ver ya por experiencia lo que barruntaban ántes que salieran á la jornada, en especial el caudillo: pues á remediar estos inconvenientes atinaban las razones que le dijo ántes que salieran al Gobernador, de quien ahora blasfemaban y decian mil oprobios, por la terquedad que tuvo en que habian de salir á una cosa tan sin provecho y con tanto peligro, como se habia echado de ver desde luégo que entraron en aquella Provincia, por los atrevimientos que habian tenido de llegar á inquietarlos tan cerca del alojamiento.

Pero al fin, viendo que esto nada les reparaba sus trabajos, y que era azotar al aire y aumentar la pena el acordarse de ello, trataron de disponer la retirada para en llegando la noche, aderezando cuatro hamacas en cuatro palos largos, en que fuesen cuatro de los soldados que estaban tan mal heridos, que de ninguna suerte, si no era llevándolos cargados, podian salir del rancho. Llegóse (disponiendo esto) la noche, y á la primera de ella y con la oscuridad que le causaban los nublados, con algunos más que rocíos de agua y sus cuatro enfermos, que eran el caudillo Valdespina y otros dos á los hombros de ocho, comenzaron á caminar con el mayor silencio que se pudo, y aun para más desmentir las espías que les tenian puestas los indios, dejaron atado un perro solo que llevaban en un bohío, para que ladrando por la ausencia de sus amos, entendiesen los indios no se habian ausentado, como sucedió, pues oyéndole ladrar, gruñir y ahullar toda la noche, no osaron llegar al pueblo miéntras duró, pero ni aun muchas horas despues del dia.

Caminaron toda la noche con sus enfermos y crecidas aguas, que tras cada hora se iban aumentando y doblando aflicciones, por una tierra doblada y llena de derrumbaderos; los arroyos tan crecidos que casi pasaban á nado. Todo lo cual les era de tanto estorbo, que despues de haber andado sin cesar toda la noche, se hallaron á la mañana á sola média legua de donde habian salido. Era ya el trabajo y afliccion tan grandes, de enfermos y sanos, que deseaban ya todos acabar la vida, juzgando esto por mejor mal que sufrir tantas calamidades. Tomaron para alivio de ellas una resolucion tan cruel como necesaria á su salud, y fué que llevando consigo cargados sólo al caudillo y al Valdespina, se dejasen allí los otros dos que iban más heridos y ya desahuciados y sin esperanzas de su salud y vida, por haberles pasmado las aguas las heridas.

Y poniendo en ejecucion esta determinacion, apartaron á los dos buen trecho del camino porque no encontrasen con ellos los indios, que les venian siguiendo, y diciéndoles que los dejaban allí hasta volver por ellos en pasando un rio que estaba cerca, los procuraban consolar; aunque bien entendieron los enfermos eran palabras de cumplimiento y que no tenian que aguardarlos, y así les respondieron que bien veian estaban á los últimos pasos de la vida y que ya ellos no se la podian socorrer, y así les rogaban les socorriesen el alma, encomendándosela á quien la crió, que sólo les pesaba morir sin que se hallasen cristianos á su cabecera en tan riguroso trance y necesidad de socorro. Al fin sin darles otros que lágrimas, se los dejaron; y prosiguiendo su camino, cargando los otros dos, llegaron á la orilla de un caudaloso rio que pasaron por unos bien peligrosos puentes de bejucos.

Rancheáronse sobre sus barrancas para alentarse algo del trabajo viéndose en lugar algo seguro á causa de que dejaban ya atrás, y el rio en medio, las más crecidas poblaciones de quien se podian temer. Añadieron á este seguro, el que podian dar las postas que pusieron en la puente, con que estuvieron aguardando diesen lugar las aguas para poder hacer lumbre con que calentarse y alegrarse un poco (si bien no era necesaria para guisar la comida, pues no llevaban cosa que pudiera llegar á fuego). Un brioso soldado llamado Pedro de la Torre, queriendo que correspondiese su fortaleza á su nombre, viendo el trabajo con que todos iban y el peligro en que estaban de perecer, dijo que aunque estaban

casi veinte leguas del Real, si se le concedia licencia se atrevia á llegar á él (con el favor divino) aquel dia, y dar aviso para que les enviasen socorro de comida y cargueros para los enfermos. Parece que despertaron los afligidos del sueño de la muerte al ofrecimiento que hizo este soldado, y dándole la licencia con agradecimiento, fué tan buena la diligencia que puso en caminar, que cumpliendo su palabra, llegó aquel dia á dar la nueva al Gobernador Jorge de Espira, el cual, apesarado de haberlos enviado por los malos sucesos, en especial de su Maese de Campo, señaló luégo algunos soldados para que saliesen otro dia á encontrarse con ellos, con algun socorro de comidas y quien ayudase á cargar las hamacas de los enfermos. Descansaron los caminantes aquel dia á las riberas del rio, sustentándose con aflicciones y unas frutillas de ciertas palmas silvestres, que asándolas les sacaban una medulilla, poca y no muy sabrosa, que tenian dentro los huesos. Prosiguieron otro dia su camino, en que pasaron solas dos leguas y al cabo de la jornada concluyó con la suya, de esta vida, el Valdespina, con que se vieron algo más aliviados del trabajo. Fueron su poco á poco prosiguiendo el viaje, con mil trabajos que á cada paso se les ofrecian de nuevo, hasta que se encontraron con los soldados y socorro que les enviaba el Gobernador, á cuya vista y con el aliento que tomaron de las comidas, llegaron al campo en pocos dias, donde los recibieron lastimándose todos de los desgraciados sucesos que habian tenido, en especial con las muchas heridas del Capitan Estévan Martin, en cuya salud se puso el cuidado posible, aunque ya en ocasion imposible de alcanzarla, por ser penetrantes y ya pasmadas con las aguas y destemplanzas del tiempo, y así murió á pocos dias, con sentimiento notable de todos los del Campo, de quien era generalmente amado, por ser hombre de lúcido ingenio, de mucha vaquía y experiencia en las cosas de las Indias.

Detúvose en esta Provincia de los Choques el Gobernador Jorge de Espira más de un año sin poder hallar salida de ella en todo este tiempo, á causa de las grandes aguas y que caen tan sin cesar siempre, que casi no se conoce en esta tierra cuándo es verano. Murióselc y enfermó en este tiempo la mayor parte de su gente española y de servicio, con los más de los caballos que con los pastos no usados y de mala sazon con que se sustentaban, se les criaba en el vientre gran cantidad de lombrices que los mataban, cuya falta no era la menor que se sentia en el ejército.

CAPÍTULO XVIII.

I. Envía Fedreman al Capitan Diego Martínez para que comience la jornada que pretende, y se va á Coro.—II. Sucede un caso peregrino con un soldado que murió.—III. Llegan á la Provincia de los Giraharas, donde les hacen resistencia á la entrada.—IV. Desbaratan los españoles, ranchéanse en su pueblo y véncenlos segunda vez que vienen sobre ellos.

ESTANDO ya el Teniente general Nicolas de Fedreman de la otra parte de la laguna, á la de Coro con toda su gente, ordenó que fuese la más de ella con el Capitan Diego Martínez, natural de Valladolid, á quien señaló por caudillo, la vuelta de la serranía, de las provincias de Carora, á dar al valle, que dicen de Tocarigua, con órden que lo esperasen allí, donde se juntaría con ellos para que todos entrasen la tierra adentro en demanda de las noticias del rio Meta, cuyo primer principio tiene en este Nuevo Reino de Granada, á las espaldas de la ciudad de Tunja, á la parte del Oeste, cerca de un pueblo de los indios llamado Boyacá, como ya dejamos dicho, porque consideraba Fedreman que aunque su Gobernador Jorge de Espira habia llevado la misma derrota, la tierra era ancha y larga, capaz para ellos y muchos más, y que en hallando los rastros por donde iba, tomaria él su camino por otra derrota. Despidió con esta instruccion todo el golpe de su gente, quedándose sólo con algunos Capitanes de su mayor devocion y amistad, con quienes tomó la vuelta de Coro, siempre con aquel pio de que ya habrian llegado las provisiones de su gobierno, de que le habian dado esperanza los Belzares, y partirse luégo de la ciudad con algunos soldados, caballos y otros pertrechos de guerra, y por el mar irse hasta el pueblo de la Burburata ú otros ántes, y de allí juntarse con su gente.

Proseguia con ella el Capitan Martínez su derrota, con el órden que llevaba, caminando por lo alto de la serranía, con más falta que abundancia de comidas, con que desde luégo fueron experimentando mil aflicciones. A pocas leguas de como entraron en esta tierra doblada, sucedió un notable caso, y digno de que no se nos quede en el tintero. Entre los soldados que seguian al Capitan Martínez, era uno llamado Martin Tinajero, na-

tural de la ciudad de Ecija, en el Andalucía, hombre que al parecer de todos vivia muy á lo cristiano, sin ofensa de nadie, y por consiguiente amigo de todos ; fué necesario que un caudillo, llamado Hernando Montero, se apartase á buscar comidas, por la necesidad que llevaban, con hasta veinte compañeros, entre quienes iba este Martin Tinajero, al cual (en esta misma salida) aquejó tanto cierta enfermedad que tenia, á que ayudaban tambien las necesidades comunes á todos sus compañeros, que al fin lo tuvieron sus dias. Enterráronlo sus compañeros en un hoyo que parecia haber hecho el agua de una rambla en tiempo de invierno, que por aquella tierra no hay otra más que la que se detiene en estos hoyos. A este tiempo (de que puedo ser testigo, pues en más de cuarenta leguas caminando por aquel país no la pude hallar más que en dos partes) dejaron en ésta que he dicho, enterrado el cuerpo, y con la comida que pudieron recoger, tomaron la vuelta del campo, que como caminaba poco por ir esperando á Nicolas de Fedreman, se detuvo algunos dias en aquella comarca. Sucedió que despues de algunos que habian enterrado el cuerpo de este hombre, se ofreció volver otra tropa y en ella algunos soldados de los que lo habian enterrado por aquel mismo paraje, y queriendo por curiosidad y por ver si los indios habian dado con él y lo habian desenterrado, llegar al sitio donde lo habian dejado ; más de cincuenta pasos ántes que llegaran á él, les vino un olor tan peregrino, suave, agradable y vivo, que quedaron como fuera de sí, admirados, mirándose unos á otros, y preguntándose qué seria aquello, alargaron los ojos á la parte de la sepultura, y vieron que estaba el cuerpo de Tinajero algo descubierto, y que de él salia aquella suavidad de olor. No osaron llegar más que hasta donde lo pudieron ver y enterarse que era él, porque estaba cubierto de un enjambre de abejas, de que hay muchas en aquella tierra, que hacen su miel en los huecos de los troncos.

Volvieron con estas nuevas al Real, con que todos juzgaron (refrescando las memorias de las costumbres y vida que habian conocido en él, en toda la suya) que habia sido un gran siervo de Dios. Pero como los soldados y caudillos llevaban más puesta la mira en las riquezas que deseaban haber á las manos, que en detenerse á examinar cosas prodigiosas, no cargaron mucho el juicio en esto, siquiera para darle á aquel cuerpo eclesiástica sepultura, y así prosiguiendo su viaje, llegaron á la Provincia de los Giraharas, que es tan dilatada por muchas tierras, como ellos Caribes, y que causan hoy muchos daños en los pueblos de españoles de aquella gobernacion de Venezuela, de que puede ser testigo el de Bariquisimeto, cuando estos indios, que ya por estar con cuidado en especial, ojearon á nuestros españoles, y ántes que entraran en sus provincias, advirtieron que iban poniendo la proa hácia ellas y sus pueblos, se convocaron, y tomando sus armas (que solo eran arcos y flechas) salieron á recibir á los nuestros al camino, acometiendo sin dilaciones cara á cara y sin emboscadas, con extremados brios á los de la vanguardia, que los apretaron de manera que los desbarataran sin duda con muerte de muchos, si los demás soldados que venian tras ellos no los socorrieran con brevedad ; pero con su llegada fueron desbaratados y ahuyentados con facilidad, quedando muchos muertos y mal heridos, como tambien lo quedaron algunos de los soldados, aunque no de peligro, ninguno murió por la diligente cura.

Entre otros soldados que hirieron, fué uno llamado García Calvete, hombre valiente y de gallardos brios, á quien le dieron un prodigioso flechazo, pues entrándole la flecha por el lagrimal del ojo, parte tan delicada y peligrosa, y saliéndole por el colodrillo, no solo no murió, pero ni aun quedó con ninguna lesion en él, sino con la vista tan clara y fuerte como ántes la tenia, de que fueron buenos testigos todos los que le conocieron muchos tiempos despues, vecino y encomendero de la ciudad de Vélez, en este Nuevo Reino de Granada, donde dejó sucesion de quien hoy vive Pedro Calvete, su hijo.

Desbaratados los indios, rancheáronse los soldados en su pueblo, hallando en el rancheo de las casas razonable provision de comidas de que jamás dejaron de ir faltos en el camino. Quedaron del suceso los indios corridos y con intentos de venganza, para la cual y echar de su tierra, si podian, sus enemigos, hicieron junta de todos los moradores comarcanos, solicitando á unos con ruegos y dádivas, con amenazas á otros, sobre quien conocian alguna superioridad, para que viniesen en su ayuda contra los nuestros, y para mejor salir con sus intentos, trazaron de que los vecinos del pueblo saliesen de fingida paz, quedando los demás emboscados en parte cerca, acomodada y á la mira para salir de improviso y dar sobre los españoles cuando oyesen la grita que los indios de paz traian con ellos, porque pretendian debajo de esto, en ofreciéndose ocasion, embestirlos.

Llegó con este concierto al Real una banda de los que habian sido desbaratados,

de hasta cuatrocientos Gandules, so color de que traian alguna comida en sus mochilas, metidas en unos hacecillos de paja larga, entre la cual traian unos pequeños arcos y flechas. Recibiólos el Capitan Martínez con amigables señas, abrazando á los más principales y con blandas palabras prometiéndoles toda amistad, sin acordarse de la resistencia que habian hecho. Allegábanse á los recien venidos con más familiaridad que los españoles, al fin como todos de un pelaje. Los indios ladinos que traian los soldados y en achaque de ver la fruta que traian entre la paja, vieron tambien las ocultas armas, de que dieron noticia luego al caudillo, que mandó á los soldados tomasen las suyas y diesen sobre ellos en secreto; hízose con tanto esta diligencia y les embistieron tan inopinadamente, que quedando muchos de ellos muertos y presos hasta ochenta de los más principales, los demás tomaron por partido la huida á pasos más que medianos. La grita que en esto se levantó, pensaron los emboscados que tenian más de mil, era como la habian trazado, y saliendo al tiempo que les pareció á propósito, se hallaron turbados viendo muertos á tantos y desbaratados á todos.

Y aunque volviendo en sí acometieron, fué de ningun efecto, por estar los nuestros sobre aviso, en órden de guerra y sin ningun temor, ántes amenazándolos con que darian crueles muertes en su presencia á los presos, si dejando las armas no se retiraban; hiciéronlo así viendo no eran suficientes contra las españolas, y tomando la vuelta de sus pueblos trataron luego del rescate y libertad de sus principales y compañeros, que se hizo con facilidad y poco precio de oro y comidas, con que les dieron larga para que se volviesen á sus casas, habiéndoles prometido primero guardarles la paz miéntras estuvieren en sus tierras.

CAPÍTULO XIX.

I. Sobresale del ejército el Capitan y llega á la Provincia de Carora, dónde le acometen los indios—II. Hacen paces con los indios por la necesidad en que se ven, y debajo de ellas les dan un cruel castigo—III. Pasaron de esta Provincia de Carora y llegaron á las del Tocuyo, donde se ranchearon algunos dias.

SALIÓ de ellas á pocos dias con su gente el Capitan Martínez, y adelantándose él con veinte compañeros una jornada del resto del ejército, llegó á una Provincia que confinaa con los Caroras, de gente belicosísima y bien versada en todo trance de encuentros, por er continuos los que traian unas naciones con otras, que como gente infiel y sin conocimiento le verdadero Dios y engañada del padre de las inquietudes, no encontraban provincia que no las tuviera con sus convecinas ó civiles en ella misma. Estos que encontró el Capitan, sintiendo la poca gente que le acompañaba, se juntaron pocos ménos que todos, y con macanas y flechas vinieron contra él á un pueblezuelo donde estaba rancheado. Aprovechóles el estar todos armados y á la mira para salir al encuentro á estos bárbaros, que serian más de cuatrocientos; luego que comenzaron á despuntar por una loma no muy alta, y aunque á los principios luego que se encontraron les sustentó los bríos por un rato el deseo que tenian de ver el fin de aquellos pocos españoles, presto vieron las ventajas que les hacian sus armas á las que ellos traian.

Y lo conocieran más si cuando andaban en lo fuerte de la pelea no les viniera á los indios socorro de otros muchos y tan briosos, que aunque lo estaban los nuestros, les fué forzoso retirarse y que les guardase las espaldas un gran bohío que estaba cerca, donde (demás del amparo que les hacia) hubieron menester el valor de sus manos los nuestros para contra aquellos bárbaros que procuraban y aun tenian por cierto haber vivos á las suyas á todos veinte por las ventajas que les tenian en número de hombres y muchedumbre de armas. Viendo los soldados que los tenia metidos la ocasion entre el arco y la pared, como dicen, y cercados de mil imposibles para escapar la vida de entre tanta muchedumbre como les picaba por todas partes, trataron de hacer paces con ellos para debajo de ellas algun ejemplar castigo con que echasen de sobre sí á los presentes y espantasen á los demás.

Tratadas las paces por los indios lenguas amigos, se trató tambien que los más principales viniesen á visitar al Capitan, que estaba dentro del bohio él y seis compañeros bien armados. Hiciéronlo así sin sospecha del suceso, aunque siempre sin dejar sus armas; tenian tambien las suyas prevenidas el resto de los soldados á la puerta de la casa. Serian hasta doscientos Gandules los que entraron dentro á hacer la visita, y en lugar del agradecimiento que esperaban los indios y buenos principios de paces, embistieron los seis soldados con ellos y en breve rato los despacharon de esta vida dentro del bohío, sin que ninguno se les

escapase, con que los de fuera cobraron tantos temores, que levantando el cerco que tenian puesto por todas partes á los veinte, y en hartas congojas de muerte, se fué cada cual á su casa dejando en aquélla libres á los españoles, sin osar más tomar las armas contra ellos.

Al otro dia de la refriega llegó el resto del ejército á juntarse con ellos, desde donde partieron juntos otro dia y caminaron hasta entrar en las provincias de Carora, donde despues se fundó (y hoy lo está) una ciudad del mismo nombre por un Capitan Salamanca, donde hallaron muchos naturales, ricos, afables y de buena condicion para los soldados, lo que fué causa de detenerse entre ellos algunos dias, reformándose del hambre y cansancio que traian represados, pues desde que salieron de la laguna de Maracaibo hasta allí habia ido creciendo en todos lo uno y lo otro. No fué el asiento que hicieron en esta tierra menor que de dos meses, viendo ser necesarios á la necesidad que traian y la tierra tan llena que los pudo sufrir todo este tiempo. Partieron despues de esto y llevando siempre la derrota al Sur despues de haber pasado algunas provincias y en ellas haber atropellado algunos alborotos y refriegas, no de tanta importancia, que se ofrecieron en el camino, vinieron á parar á unas provincias llamadas del Tocuyo, donde despues se pobló, y ahora lo está, una ciudad llamada de este nombre dentro de la Provincia y jurisdiccion del Gobernador de Venezuela, que por otro nombre se llama Gobernador de Carácas, de quien esta Historia presto hablará largo, tierra fértil y abundante de comidas y de naturales.

Aquí se rancheó la gente en el sitio de un pueblo que ántes pocos dias habian quemado los indios Coyones (de quien ya tratamos algo), que teniendo entre ellos y esta gente del Tocuyo antiguas y sangrientas guerras, llegaron de repente, bajando de las tierras gran número de Coyones á este pueblo y embistiéndole á deshoras, hicieron en él tal estrago, que llevando presos muchos Gandules y casi toda la chusma, lo atravesaron del todo sin quedar de él más que las señales del fuego. Convidóles el pais con su abundancia á que asentaran en el sitio por algunos dias, hasta que sucedió lo que despues diremos.

CAPÍTULO XX.

I. Pide Gerónimo Ortal la sucesion en el Gobierno de Ordas, y concédesele—II. Dáse á la vela y llega á la fortaleza de Paria—III. Consulta allí su jornada y determínase por el rumbo que llevó Ordas—IV. Dispónela haciendo bergantines.

YA dejamos dicho cómo don Diego de Ordas tuvo en todas sus jornadas y peregrinaciones por su Tesorero de la Hacienda Real á Gerónimo Ortal, y que no le quiso dejar en el viaje, que le llevaron preso desde Cubagua á la isla de Santo Domingo, ni en el que desde allí comenzó á hacer la vuelta de España, en cuyo camino murió de la muerte que dijimos. Pasando adelante con los demás el Gerónimo Ortal, natural que era de la ciudad de Zaragoza, en España, hombre noble y de muy buenas partes en su persona y bien hacendado, llegó á la Corte con intentos de suceder en la Gobernacion á don Diego de Ordas y proseguir las noticias que habian llevado por el rio Uriaparia y Oreñoco, de que habia sido buen testigo por no haber dejado un paso á su Gobernador en la jornada, y tenia bien en la memoria las dificultades de ella, y trazaba cómo se podrian desechar y facilitar con otro modo del que llevaron, con que se prometia conseguir con poco trabajo el sacar á luz aquellas oscuras noticias que con mucho no habia podido su Gobernador.

Con este presupuesto y la buena relacion que daba de todo (como vaqueano en el consejo y favores que no le faltaron del Comendador mayor de Leon) con facilidad alcanzó del Rey la Gobernacion, como lo pretendia; no obstante que era natural de Zaragoza, por la ordenanza que prohibe que no puedan pasar á las Indias sino los naturales de la Corona de Castilla y de Leon, con las condiciones que suelen asentarse en tales provisiones. Despachadas las cédulas y recaudos de esta merced, comenzó por toda España á volar la fama tan apriesa de las innumerables poblaciones y riquezas de aquella tierra, de apacibles temples, agradables aires, abundantes de comidas, dispuesta para toda sementera y granos de España, toda ella un paraiso terrenal, y finalmente pintándola á todos y á cada uno como la imaginaba que queria, vino á causar tal alboroto en todas las Provincias de España, que muchos de ella no reparaban en vender sus haciendas y desnaturalizarse de sus patrias y ciudades, y mudándose con todas sus casas, hijos y mujeres, tomar por patria ésta que así le pintaban (al fin pintada), engaño que otros han hecho con innumerables gentes, de donde se ha

seguido el perderse tantas de todas suertes, como se echó de ver en la jornada pasada de Ordas y en ésta y otras muchas que contaremos.

Al fin el Gerónimo Ortal, teniendo ya su título de Gobernador y los demás despachos, suelta al vuelo esta fama y con algunas demostraciones que usaba de larguezas, para dar á entender la mucha que se prometia de aquellas tierras, juntó en breves dias en el Andalucía (que es la tierra que con más facilidad se ha movido á poblar éstas de las Indias, por estar más á la puerta de ellas) ciento y sesenta hombres, con los cuales se embarcó en Sevilla á los fines del año de mil y quinientos y treinta y cuatro, en dos navíos, dejando allí un Capitan suyo llamado Alderete, para que con la gente que pudiese levantar lo siguiese; y dándose á la vela, tocando en las islas de Canaria (como todos lo hacen) sin sucederle en la navegacion cosa notable, llegó y embocó por las bocas del Drago, á los primeros del año de mil y quinientos y treinta y cinco, y habiendo tocado y dado vista á la isla y gente de la Trinidad, pasó sin detenerse al puerto y fortaleza de Paria, donde halló á Alonso de Herrera con sus veinte soldados en las tribulaciones y cuidadosas aflicciones que hemos dicho, destituidos de todo humano favor, faltos de comidas, sin amparo de sus amigos, los dos indios cristianos que dijimos, por haber desamparado sus tierras por la ocasion dicha. Los principales soldados que sacó Ortal de Castilla fueron Luis Lanchero, Juan de Villanueva, Miguel Holguin, Juan de Castro Moran, Pedro de Cea, Pedro de Pórras, Gaspar de Santafé, Cristóbal de Angulo, Alderete, Antonio García, Antonio de Gante y otros que despues se poblaron en este Nuevo Reino en varias entradas y ocasiones.

En ésta que llegó Gerónimo Ortal se puede considerar el contento que recibirian los de la fortaleza, pues vieron la libertad de su cautiverio, que podemos decir tenian entre aquellos bárbaros, y la resurreccion de la muerte que tan á los ojos veian por momentos. No fué menor el contento que recibió Gerónimo Ortal en hallarlos allí, por ser el Herrera su grande amigo y los demás sus conocidos antiguos, y por tomar de ellos más claridad de las cosas de la tierra, pues aunque él la tenia, por haberse hallado en toda ella, parecíale se la darian mayor por haber tenido lugar, estando allí, de informarse mejor. Dió muestras el Gerónimo Ortal de haber deseado hallarse presente en las diferencias que le contaban habia habido entre el Alonso de Herrera y el Gobernador Sedeño, para compelerles, ó cuando no pudiera, arrimarse á la parte del Herrera y sus compañeros, no permitiendo se les hicieran los agravios que Sedeño les hizo.

Trató luego, para no perder tiempo, con el Alonso de Herrera (á quien luego hizo su Teniente general, por ser hombre capaz y de mucho más) el órden que debian tener en hacer la jornada, y habiendo conferido ellos con los demás vaqueanos que habia de la tierra, acordaron se comenzase á hacer por el mismo rio de Paria hasta el paraje que dijimos de la singla, por donde entra en él el de Meta, siguiendo éste y dejando aquél, por parecerles, segun se acordaban, venian por entre las mayores y más gruesas riquezas de aquellas tierras, que eran (como pocos años despues se vió) cuando se descubrieron las de este Nuevo Reino de Granada, que bajando por este rio de Meta, que nace en él, como hemos dicho, á las espaldas de la ciudad de Tunja en un pueblo de indios llamado Boyacá. Volaba la fama de su mucha grosedad, por la mucha sal en panes, finas telas de algodon, esmeraldas y oro que tenian todas aquellas Provincias trasegadas de ésta del Reino de que se dieron evidentes muestras cuando se descubrió este Reino, por el rio de la Magdalena, por la gente del Adelantado de Canaria y Santa Marta, don Pedro Fernández de Lugo (como diremos en la segunda parte), y así, aunque la fama de estas riquezas era de este rio de Meta por donde más se extendia, sus principios eran de donde hemos dicho, á cuyo ruido tambien caminaban los alemanes Fedreman y Jorge de Espira, desde Coro, como hemos visto, y no le salió mal á Fedreman, pues vino á dar con ellos, aunque más tarde que Gonzalo Jiménez de Quesada, que las tenia ya año y medio ántes descubiertas.

Determinados en seguir la jornada por esta derrota, dispusieron luego el hacer bergantines para la navegacion, encomendando Gerónimo Ortal el correr por su cuenta la brevedad de la fábrica á Alonso de Herrera, para con ella despacharse y comenzar el viaje, porque además de ser el Herrera tan experimentado en las cosas de las guerras de Indias, tenia nobleza de sangre y condicion, y una afabilidad con que acariciaba á todos, de manera que le respetaban con amor en cuanto él ordenaba en el ejército, sin reparar en ninguna dificultad, con que en pocos dias acudiendo todos á todo, se concluyó la fábrica de los bergantines.

CAPÍTULO XXI.

I. Tiene noticia el Gobernador Ortal de los caballos que habia dejado Sedeño en la Trinidad, y envía por ellos.—II. Llégale nuevas á Ortal de cómo habia llegado el Capitan Alderete á Cubagua, y, ordenando que Herrera comience la jornada, él se parte para Cubagua.—III. Habiendo comenzado la jornada Herrera, llega al pueblo de Uriaparia y hállalo despoblado y sin comidas.—IV. Pásase á invernar á la otra banda del rio al pueblo de Carora.

TUVO noticia, entre las demás cosas, allí en la fortaleza, Gerónimo Ortal de los tres caballos y otros que habia dejado Antonio Sedeño en guarda al Cacique Chacomar en la isla Trinidad, y codicioso de ellos, ó más por ventura necesitado, aunque en duda si todavía estarian vivos, envió ciertos soldados, y entre ellos uno llamado Nieto, que entendia bien la lengua de aquellos paises, para que se los trajesen en un navío que llevaban para esto, que era uno de los dos con que habia llegado allí el Ortal. Llegaron á la isla, y á poder hablar el intérprete con el Cacique, que ya se conocian, y pareciéndole no saldrian con sacarle al Cacique lo que le pedian, por el amor y fidelidad que siempre le habia guardado á Sedeño, si no era fingiendo que era hermano suyo el que habia llegado á la fortaleza, y enviaba por los caballos y lo demás; hiciéronlo así, si bien el Cacique no creyéndole de ligero, estuvo perplejo muy gran rato ántes que se determinara á dar á quien no se le habia entregado lo que tenia en depósito; pero fueron tantos los importunos ruegos del intérprete y los demás, que le hicieron se determinara á entregarlos, diciéndole primero al Nieto: no querria que me mintieses, y que ese Gobernador que dices te envía por los caballos, no fuese hermano de Sedeño, más al fin vosotros sois cristianos y no me engañareis.

Metiéronlos con esto en el navío con los demás, y volviendo á la fortaleza, se alegró mucho de verlos el Gerónimo Ortal, porque venian gordos y muy mejores que los que él tenia, y de haberle enviado el Cacique Chacomar, de presente con los caballos, algunas comidas, de que no debieran de andar muy de sobra en la fortaleza, por ser mucha la gente y andar ausente la más de la de los pueblos comarcanos, y la otra haber hecho más de lo que podia, acudiendo al sustento de los soldados en el tiempo que habia desde que estaba allí el Herrera. Miéntras pasaba esto, y ya los bergantines estaban á pique á la navegacion, le llegaron nuevas á Gerónimo Ortal cómo su Capitan Alderete habia surgido en la isla de Cubagua, con ciento cincuenta hombres, municiones y otros pertrechos para la jornada, de que recibió crecido gusto con todos sus soldados, con que determinó luego que Alonso de Herrera diese principio á la jornada con los que se hallaban allí, y tomar él la vuelta de Cubagua, para verse con el Alderete, y recogiendo los soldados que traia con los demás que pudiese en la isla, volver en seguimiento del Herrera, con quien pensaba juntarse dentro de seis meses, por haberse de ir despacio, y entreteniendo el rio arriba.

Dados para esto (y para todo el gobierno y lo demás que se ofreciera para la jornada) nuevos y largos poderes (sobre los que tenia de Teniente general, y nombrado por su Alguacil mayor á Alvaro de Ordas, sobrino, como dijimos, de don Diego de Ordas) se partió el Ortal la vuelta de Cubagua, llevando preso en su bergantin á Luis Lanchero, á quien habia tenido de esta suerte juntamente con Juan de Castro, en la casa fuerte de Paria, por muchas libertades que dijeron, sentidos de que hubiese hecho su Teniente general á Alonso de Herrera, y no atreviéndose á dejarlos allí presos, por tenerlos por mozos belicosos y que pudieran causar alguna revuelta con sus amigos, le pareció más cordura llevárselos consigo, y sucedió que llevando el Lanchero puestas unas esposas que le hacian mal, dijo que se las quitaran para ver por qué parte le herian, y en quitándoselas las arrojó al mar, de que quedó tan sentido el Gerónimo Ortal, que mandó le atasen, en que hizo tanta resistencia el Lanchero, que estaba todo el barco alborotado y viniera á mayores daños si Rodrigo de Niebla no tomara sobre su palabra el fiarlo de la haz y presentarlo en la cárcel de Cubagua, como lo hizo, aunque á poco de como los metieron en ella á los dos, quebrantando las prisiones se soltaron y metieron en nuestro convento de San Francisco, de donde (aunque los cercaron, despues de haber hecho en su defensa cosas valientísimas), se escaparon y fueron á parar á Santa Marta y de allí despues á la conquista del Nuevo Reino.

El Herrera, dejando en la fortaleza para su guarda veinte y tres hombres de los que no se hallaban tan fuertes para seguir la jornada, haciendo embarcar todos los demás con

los nuevos bergantines y uno de los navíos que habia traido Ortal, comenzó á entrarse por el rio, dando principio al viaje, en que no fué desde luégo de menor trabajo el subir la nave que lo habia sido las dos que hemos dicho habia porfiado á llevar Ordas : pues ni con los barcos remolcándola á fuerza de remos, ni con las velas, la podian hacer ganar camino, por venir el rio algo más bravo que la otra vez que subieron ; y así, tomaron por último remedio de poner en un bergantin una ancla que llevaba, y arrojándola á la parte de arriba todo lo que alcanzaba el cable, virando el cabestrante, la llegaban hasta el sitio del ancla, y mudándola de esta suerte con intolerable flema y trabajo, la pudieron llegar hasta el pueblo de Uriaparia, despues de haber consumido en esta distancia más tiempo y mantenimientos que quisieran (pues les faltaron muy ántes) que llegaran al pueblo, con que se refrescaban las memorias de los trabajos que habian padecido en la jornada de Ordas, á que se acrecentaban el no poder encender lumbre en muchos dias, por faltarles leña para aderezar eso poco que llevaban de comidas, por estar toda la tierra anegada á causa de estar el tiempo ya muy metido en aguas y tan crecidas las del rio, que anegaban mucha distancia de ambas márgenes. Alguna vez se socorrian en esta necesidad, llegando los bergantines á algunos troncos viejos que estaban eminentes del agua, de donde sacaban algunas rajas de leña y aun solian hacer lumbre sobre algunos y aderezar la comida.

Bien pensaban (conforme á sus deseos y necesidad) hallar alguna en este pueblo, pero salióles en vano, por haberle hallado sin ninguna comida y despoblado de poco tiempo habia, á causa de que ciertos indios Caribes salteadores (que viven de esto vagabundos por aquella tierra), habian dado sobre la gente del pueblo, y habiendo preso, muerto y comido muchos de ellos, los que se pudieron escapar (desamparando su pueblo y tierras) se fueron á vivir á otras. Llevaba intentos Herrera de invernar en aquel pueblo y aguardar allí á su Gobernador si lo hallara con la abundancia que lo habian hallado en la primera subida. Pero viéndose defraudado de éstos, cortando por el rio pasóse á la otra banda á la Provincia de Carora, donde ya dijimos habia estado Ordas con su ejército : saltando en tierra y dejando un Capitan con algunos soldados en guarda de los bergantines, él con el resto de los demás se entró dos leguas la tierra adentro en demanda de la poblacion de Carao, que hallaron sin gente, por haberse puesto en cobro los naturales, atemorizados de la buena obra que les habia hecho el Ordas al tiempo de su partida, quemando á muchos dentro de un bohío (como dijimos), en pago del hospedaje que le habian hecho : pero no habiendo podido poner en cobro con sus personas las labranzas que tenian de yuca, aunque poco maiz, por darse los naturales más á aquélla que á éste, hallaron los soldados la abundancia que habian menester, con que determinaron hacer allí asiento miéntras pasaban las muchas aguas.

No eran capaces los bergantines que llevaba para la comodidad que habia menester toda la gente y caballos, y así acordaron luégo á los primeros dias que tomaron allí de asiento, de que se fabricase una barca grande llana, á la traza de las Cordovezas que andan por el rio de Guadalquivir, para que se comenzó á cortar y aserrar madera, y poner manos á la obra, con que fué necesario dividirse la gente, estando una parte en el rio ocupada en esto y otra en el pueblo de Carao con el Teniente Herrera, recogiendo y guardando la comida (si bien cada dia iban los unos donde estaban los otros), enviándose los del pueblo á los del rio del cazabe que hacian, y los del rio á los otros del pescado, tortugas y otros mariscos que sacaban del rio : pero por ser el camino por donde se trataban algo largo, por hacerse en él un rodeo desechando una sierra, hizo el Capitan abrir otro por una montaña, que sirviese de atajo, aunque más áspero para que se verificara, que no hay atajo sin trabajo.

CAPÍTULO XXII.

I. Vienen tres Caciques á dar fingida paz á los españoles—II. Ayúdanle los indios á hacer cazabe para el matalotaje—III. Urden una traicion los indios contra los soldados—IV. Por la cual aprehenden á muchos para castigarlos.

AUNQUE estuvieron ahuyentados y sin parecer algunos de los naturales de aquel pueblo por algunos dias, al cabo de ellos dos ó tres de los Caciques principales de aquella Provincia salieron, como dicen, de fingida paz, para cubrir con ella los intentos que traian de conocer y contar la gente española, que veian haber tomado de asiento atrevidamente y

contra su voluntad el estar en sus tierras; y si fuese tal y tan poco que pudiesen echarla de ellas, ponerlo luego por obra. No dejó de serle sospechosa al Herrera la venida de éstos, que le sirvió de andar con más cuidado él y sus soldados; los recibió amigablemente y dió á entender que su venida y estada en aquella tierra no era para hacerles agravio ni perseverar en ella más tiempo del que gastase en pasar el gobierno y proveerse de algunos matalotajes para su viaje. Tambien hicieron demostraciones, haciendo, como dicen, de los ladrones fieles, de alegrarse los indios con la compañía de los cristianos (si bien lo interior era muy otro, como despues se echó de ver), por verlos hechos tan señores de sus tierras y casas, y polilla de sus comidas y labranzas. Y así, dando tiempo á tiempo, se ofrecieron los Caciques (aunque fingidamente) de guardarles la paz y amistad que pedian, en que Herrera hizo los mismos ofrecimientos; y para que más entendieran los indios era verdad lo que les habia dicho, les volvió á decir que para que con más brevedad él y sus compañeros les dejasen desocupadas sus casas y tierra, que se sirviesen de enviar á sus vasallos que les ayudasen á hacer cazabe y el demás matalotaje, porque en teniendo lo que hubiesen menester, aunque no fuese bien salido del todo el invierno, proseguirian con su viaje.

No les pareció esto mal á los Caciques, y así concediéndolo, pareciendo consistir en ello la mayor parte de su quietud, se despidieron con intentos de traer otro dia su gente en aquel órden: luégo el Capitan Herrera, mandando con graves penas que ningun soldado se atreviese á hacer daño á los Caciques ni á su gente, para que más se asegurasen con esto y les ayudasen en cosa que tanto les importaba, y para que más á recado y seguro estuviese la comida que iban recogiendo, hizo desocupar una de las mejores casas del pueblo, cerca de su posada, donde iban juntando todo el cazabe que los soldados con sus propias manos hacian y el que los indios iban trayendo, no descuidándose un punto en el soltar las armas y vivir con más recato que hasta allí, por si sucedia debajo de la fingida paz que le habian dado, no les hiciesen alguna traicion donde pereciesen todos, con la priesa que se daban en hacer y juntar cazabe de lo que hacian los indios y soldados. Se iba en cuanto á esto abreviando la partida, y para que no los retardara la fábrica de la barca, pusieron más priesa que hasta allí en acabarla, armando fragua y haciendo la clavazon miéntras se cortaba, aserraba y desecaba algo la madera, en que andaban ocupados todos sin holgar un punto, porque unos la cortaban y traian á cuestas al astillero, otros la labraban, otros hacian el carbon para la fragua, otros se ocupaban en la labor de ella, otros iban por la yuca á las labranzas, la arrancaban y traian á cuestas al pueblo; por sus manos la rallaban en los brutescos de las piedras, la esprimian y cocian en los bihiares ó cazuelas, hasta que quedaban hechas las tortas del cazabe, acudiendo otros no con menor trabajo á traer el agua desde el rio al pueblo, que estaba la distancia que hemos dicho.

Pero ni estas ocupaciones, ni el bando que habia echado el Capitan eran bastantes para no hacerles tales obras los soldados á los indios con quienes encontraban y les servian, que sobre la mala paz que le tenian dada no cayese nueva irritacion y deseos de echarlos de sus tierras por fuerza, no de armas (porque bien habian conocido no ser las suyas bastantes á esto para con las de los españoles), sino por maña, desacomodándolos, de manera que de aburridos se saliesen de la tierra. Para conseguir esto, no hallaron mejor traza que enviar al descuido (como enviaron algunas noches) un indio de los más valientes y osados que se ofreció á esto, para que con una flecha encendida, tirada de léjos con su arco sobre la cubierta del bohío donde iban recogiendo los españoles el cazabe, se encendiese y quemase todo el matalotaje con las demás casas que estaban cerca: y si esta traza saliese como ellos deseaban, alborotándose en confuso los españoles, saldrian los demás indios con sus armas, á tiempo que dando sobre ellos los acabasen, y cuando no, el daño de quemarles las comidas bastaria para con desesperacion dejar las tierras.

No lo hizo el indio (á quien se cometió este ardid) con tanto secreto que no lo viesen las centinelas que guardaban el pueblo y bohíos, pues al tiempo que disparaba la flecha encendida, la vieron ir echando centellas y caer sobre el bohío del matalotaje, aunque no lo encendió ni sirvió más que de dar luz con el fuego, para conocer la traicion que intentaban, de que se enfadó tanto el Capitan Herrera, que determinó hacer en ellos un ejemplar castigo; y poniéndolo por obra, envió los más de los soldados que tenia en el pueblo á los de los indios que estaban descuidados, por entender no habria sido sentida su traza; diósela el Herrera para que so color de ir á coger yuca para hacer cazabe, como lo habian acostumbrado hasta allí, prendiesen á todos los que hallasen, y para más descuidarlos y hacer esto más á su salvo, les mandó á los soldados (bien de poco soldado ni vaqueano en estas tierras)

que no llevasen ningunas armas con que pudieran sucederles mayores daños que á los indios si ellos fueran un poco redomados, pues todos tenian las suyas. Fueron á los pueblos como se les ordenó, donde prendieron cuanta gente hallaron, hombres y mujeres, con que tomaron la vuelta de los ranchos del Herrera, el cual puso en prisiones de hierro (de suerte que no se les podian huir) á los Gandules y gente de guerra, y de quien se podia entender que si se soltaban la podian hacer con más eficacia á los demás en colleras, con sogas al pescuezo, como se acostumbra sin piedad en casos semejantes con estos indios.

Por todos los que se prendieron serian hasta trescientos ó más, y entre ellos habia un indio forastero, natural de Aruaco, casado allí, por amistad que habia tomado con aquella gente, de gentil presencia, era de cuerpo y fuerzas de gigante, como se echó de ver al tiempo que los prendieron, pues cabiéndole en suerte, para haberlo de amarrar, á un soldado Valenciano no de menor disposicion y fuerza que él, el indio se aprovechaba en su defensa tan valientemente de las suyas, que aunque despues llegaron al mismo efecto por no poder salir con el Valenciano solo, otros españoles no lo pudieron sujetar, hasta que uno de ellos que llevaba un machete le dió con él dos ó tres golpes en la cabeza, con que le aturdió y dejó casi sin sentido, con que pudieron aprisionarle; tragéronle al Real descalabrado; viéndole así el Capitan Herrera, despues de haber reprendido ásperamente á los que habian hecho aquello, le hizo soltar y que se fuese libre donde quisiese, habiéndole intentado primero curar las heridas, lo que no consintió el indio, ni quiso fiar su cura de quien le habia descalabrado, ántes estándose allí algunos dias sin curar (que no debian de ser las heridas de riesgo), despues sanó en pocos, curándose en su pueblo, desde donde venia todos los dias á ver á sus compañeros y amigos los presos, y trayéndoles algunas comidas y regalos en este tiempo, y libertad con que entraba á todas horas á ver los presos, lo tuvo de advertir en el modo que tenian los españoles en velarse y el cuidado con que vivian y el órden con que se comunicaban de una ranchería á otra; y habiendo bien comprendido todo, se determinó á juntar gente y dar traza cómo librar á sus compañeros y parientes, estimulándole á esto más que todo el resto de los presos, el deseo de ver libre á su mujer, que estaba presa entre los demás, pareciéndole no tener él perfecta libertad hasta que ella la tuviese, y así se determinó á lo que diremos. Esta nacion Aruaca es de las más extendidas que hay en aquellas provincias, porque estando pobladas por la costa del mar, cogen casi todas las siete bocas de este rio Orinoco, con que entra en el mar. Está apartada esta nacion de la ciudad, que ahora está poblada, de Santo Tome, á la márgen de este rio, desde cincuenta hasta cien leguas, en cuyos vecinos están hoy encomendados casi tres mil indios, que son todos valientes, de buena masa y que nunca han tenido guerra con los españoles, aunque la han tenido siempre con los Caribes, por tener entre ellos sangrientas enemistades, y así salen á la mar de ordinario con piraguas, á buscarlos y pelear con ellos.

CAPÍTULO XXIII.

I. Viene el Aruaco contra los españoles con dos mil indios Guayanos.—II. Son sentidos con tiempo de los soldados, y consiguen los nuestros la victoria.—III. Determina el Capitan disponer la prosecucion de su viaje y enviar á Cubagua algun oro y esclavos.—IV. Tiene noticia que se cometia el pecado nefando por algunos, á quienes, averiguado el caso, quemó.

HABIENDO comunicado el Aruaco sus intentos con algunos de los principales presos y libres, y la traza que para libertarlos tenia dada, de irse á pedir favor á los indios de la Provincia de Guayana, que es donde despues se pobló, y hoy lo está por el Gobernador Antonio de Berrío, la ciudad de Santo Tome, dijo que para esto habia menester juntar algunas piezas de oro, en chagualas y otras joyas, para con esto comprar el favor que pretendia de los Guayanos. No fueron perezosos trocar las joyas y oro que tenian por su libertad los presos, y los libres por la de sus parientes; y así entre los unos y los otros con brevedad juntó el Gandul Aruaco un cestillo de oro, que en su lengua llaman habaque; cabrian hasta mil castellanos en toda suerte de chagualas y otras joyas con que se fué de secreto á los Guayanos, con quienes tenia contratos y amistad á las veces, y hablando con el principal de ellos, y dándole cuenta de la prision de sus compañeros y los intentos que tenia de darles libertad si les quisiese dar favor con su gente, le presentó para que acudiese con mejor gana el canastillo de oro, diciendo que perdonase la poquedad, que saliendo con lo

que se intentaba se satisfaria el trabajo más en lleno con los despojos que se tomarian de los cristianos,pues por haberles ellos tomado lo demás, le ofrecian ahora tan poco, si bien esperaba en la valentía de sus vasallos, lo habian de recobrar todo junto.

No se hizo mucho de rogar el Cacique para recibir el presente, y alentado con él, hizo llamar luégo á su gente de guerra, que serian hasta dos mil Gandules, y mandóles tomar las armas, les declaró los intentos para que los habia llamado en presencia del Aruaco, haciéndoles que allí en la de ambos se ensayasen en los acometimientos (usanza suya) que habian de hacer con las macanas, lanzas y flechas, cuando se viesen con el enemigo, y el órden con que habian de pelear. Hiciéronlo así con mucha grita y regocijo, prometiéndose de haber salido con victoria en aquellos ensayos que hacian con sus propias sombras, que la habian de tener tambien con los españoles. Hecha esta representacion, se juntaron cada cual en su parcialidad; bebieron largo de sus vinos, bailaron y cantaron á su usanza, que, como hemos dicho, lo es de hacer esto y embriagarse los dias ántes que hayan de emprender batallas. Pasados los que gastaron en esto, los volvió á juntar el Cacique, y diciéndoles fuesen con el Aruaco y le obedeciesen como á su misma persona, pues lo hacia su Capitan general, se partieron juntos de la Provincia y vinieron con el secreto posible, y embocaron una noche entre sus tinieblas, en la montaña que dijimos habian rompido los españoles para abreviar el camino desde el rio y bergantines al pueblo.

Dispusiéronse los dos mil y partes acomodadas en este sitio junto al camino, para que cuando á la mañana (que era la hora á propósito que conocia el Aruaco) pasasen por allí los soldados con los indios presos cargados de la comida desde el pueblo para los bergantines, dar de repente sobre ellos y matando á los españoles que fuesen en su guarda, soltar los indios presos, y siguiendo la victoria pasar al pueblo y acabar con los demás cristianos, cogiéndolos de sobresalto. No llevaban mal dispuesta su traza, ni aun se puede entender dejaran de salir con sus intentos, ya que no en todo en mucha parte, si la mano poderosa de Dios no dispusiera que fueran descubiertos por una de las centinelas de á caballo que habia velado el cuarto del alba, porque al rendirlo (por órden que el Capitan tenia dado y se guardaba en todo su campo todos los dias) estaba obligada la centinela á descubrir dos tiros de arcabuz á la redonda del sitio donde habia hecho la posta; y habiéndole cabido en esta ocasion el hacerla á un soldado llamado Moran (no sé si aquel que dijimos habia procurado componer en la isla de la Trinidad á Antonio Sedeño con sus soldados) rodeando el sitio por la mañana unos perros que tenia consigo, sintiendo el olor de los indios de la emboscada, acometieron hácia aquella parte ladrando, si bien no atreviéndose á entrar dentro, como haciendo señas comenzaron á regruñir, con que lo fueron para que el Moran fuese llegando para informarse de lo que señalaban, y notándolos entraron en el arcabuco y descubrieron la emboscada.

Los indios, viendo que ya eran sentidos, salieron tras el soldado y lloviendo sobre él innumerables flechas, le obligaron á irse retirando á uña de caballo, y dando arma hácia el pueblo donde estaba el Capitan con sus compañeros, disponiendo el partirse con todos los indios presos cargados de cazabe para llevarlo al rio, que sin duda se hubieran partido ántes si el Capitan, como bien advertido, no los hubiera hecho retardar por haber oido ladrar los perros que descubrieron la emboscada; porque aunque no pudo saber con distincion la ocasion de esto, pudo luego imaginar alguna novedad por solo el ladrar los perros á aquellas horas, qne los tienen enseñados en estas jornadas á que no lo hagan por los inconvenientes que de ladrar se suelen seguir; y así hasta ver si habia algunos en aquel ladrar extraordinario, no consintió el Capitan saliesen de los ranchos los soldados y cargueros hasta que la posta fuese de vuelta, la cual no tardando mucho desde que ladraron los perros hasta que llegó dando arma, se pusieron todos en ella los de á pié y de á caballo, y aguardando se les fuesen acercando más los indios, al tiempo que convino dieron sobre ellos y alanceando y matando á muchos, los demás escaparon por donde pudieron, no sin heridas de muchos en el alcance, no quedando con algunas más que solos dos de los españoles, y el uno fué el Capitan Herrera, que habiendo dado á un indio una lanzada por una tetilla que lo pasó de parte á parte, así pasado como estaba de la lanza disparó su flecha y pasándole el sayo de armas, le hizo una herida no de mucha consideracion, pues ni él ni el otro peligraron; si bien les causaban las heridas graves dolores en todo el cuerpo, por estar las flechas untadas con ají Caribe.

Conseguida esta victoria, determinó el Capitan á detenerse allí más tiempo, y haciendo llevar de una toda la comida que restaba (que ya era poca) á los bergantines, él tambien

con toda la gente y presos se recogió á ellos y en pago del hospedaje que le habian hecho ordenó metiesen en el navío todos los presos, para con alguna cantidad de oro que habian recogido en aquellos pueblos, despacharlo á Cubagua á su Gobernador Gerónimo Ortal, con que se ayudara á rehacerse de más gente. A la presa quitaron las prisiones y colleras, por parecerles estaban ya seguros en el navío; los cuales, sabiendo los querian sacar de sus tierras trasegando las otras, acordaron de probar fortuna, intentando escaparse, como lo hicieron una noche á la mitad de ella, alzando la puerta del escotillon donde los metian por más seguro, y con el silencio posible se iban saliendo uno á uno y echando desde el navío al agua, y nadando con silencio cobraban la tierra y se iban poniendo en salvo: ayudóles á esto el haberse dormido en esta ocasion la posta que guardaba el navío, tan á sueño suelto, que cuando despertó y advirtió que se le iban escapando los indios, y halló que le faltaba la mayor parte, y clavando de nuevo la boca del escotillon, dió aviso de lo que pasaba á sus compañeros, y ellos al Capitan Herrera, de que no recibió poco enojo; pero acudiendo luego al reparo de que no se huyeran los que restaban, hizo se partiese luego el navío con cinco ó seis españoles de guarda y algunos otros que los mareasen, siendo necesario mandarles esto á todos con graves penas por las desganas con que lo hacian, causadas de las esperanzas de que estaban todos llenos de los buenos sucesos de la jornada en que se querian hallar hasta el fin de ella y entrada en las ricas tierras y gozar de las riquezas que todos se tenian prometidas.

Ya estaban á pique con la carabela, cuando el piloto de ella dió noticia al Capitan de que entre ciertos Levantiscos que andaban en el campo se cometia el pecado nefando, de que no recibió poca turbacion el Capitan, y habiéndole tomado sobre ello su declaracion al piloto, con que despachó el navío, procuró examinar en el caso los testigos citados. Y habiendo averiguado, eran cinco entre quienes se cometia el pecado; tomándoles sus confesiones las hicieron de plano de que era así como se les preguntaba, y que eran todos italianos, entre los cuales era uno llamado Juan María, natural de Florencia; éste prometió dar al Capitan gran suma de dinero porque no lo quemase y lo soltase libre, y los demás sus compañeros afirmaban que podia dar lo que prometia y mucho más, por ser el sucesor y heredero forzoso de una gruesa hacienda de un tio suyo; de que el Capitan no hizo mucho caso, estimando todo esto en ménos que la importancia que tenia el castigar el delito con la pena que merecia, y que no sonaria bien á nadie que él por intereses consintiese llevar gente de aquella raza en su ejército, quedándose en pié la ocasion de inficionar á otros, pues de la abominacion del pecado todo se puede temer, y así les hizo dar garrote y quemar á todos los comprendidos, con aplauso de los demás, que siempre estuvieron en que se hiciese así.

CAPÍTULO XXIV.

I. Sale del puerto de Carao Herrera en prosecucion de su viaje—II. Encuentran con una tropa de Caribes que estaban asando cuartos de carne humana—III. Pelean con ellos y mátanlos á todos—IV. Dan libertad á un indio cautivo hijo de un Cacique principal.

MEDIADO habia ya el año de mil y quinientos y treinta y cinco cuando el Capitan Alonso de Herrera (habiendo ya acabado de disponer las cosas para la prosecucion de su viaje en este puerto de Carao) lo comenzó á seguir navegando en prosecucion de las noticias de Meta ; y apénas hubo dádose á la vela cuando se comenzó una tormentilla con unas brisas vivas que subian de la parte del mar, con que alteró las aguas y oleajes del rio, de manera que los puso en riesgo de perderse, pues las olas y embates de ellas afligian los barcos, por tener tan bajos los bordos, entrándoles tanta agua que con dificultad y gran trabajo la agotaban. Algunos hubo en la compañía que (si bien lo dejaban todo á la Divina Providencia) no tuvieron por tan buen pronóstico en el suceso de la jornada esta tormenta, que no se descuajasen algo sus ánimos de las buenas esperanzas que llevaban, juntando este suceso con otro que tuvieron semejante, con que pensaron perecer al salir de la fortaleza en el golfo de Paria; pero al fin abonanzando este tiempo y sosegándose el oleaje y bríos del rio, sin pérdida de consideracion prosiguieron con él arriba, por haber sucedido á mar bonanza, como dicen, y viento en popa, que con unas brisas galernas, con solas las velas y sin necesidad de remos, caminaron con descanso buen pedazo de tiempo.

En el segundo dia de como salieron del sitio dicho encontraron dos piraguas de Ca-

ribes que bajaban de saltear los pueblos comarcanos. Tenian estos indios su provincia algunas leguas más abajo, que confinaba con la del Cacique Uriaparia, y corria desde aquel rio arriba, por medio de la cual entra el rio de Aquil en el Orinoco, veinte leguas abajo de Denile, ahora está poblada la ciudad de Santo Tome. A éstos fueron procurando dar caza ciertos soldados en una canoa de perlas, de cuyas manos se escaparon los indios, desamparando las piraguas cuando los vieron cerca y arrojándose á las aguas, por donde iban nadando y zambulléndose á ratos con la ligereza de ranas, llegaron la canoa á las piraguas, que hallaron médias de cuartos de indios, de ellos frescos y de ellos asados en barbacoa, que llevaban para comer de los que habian preso en los pueblos de arriba, que dejaban arruinados. Causó á todos los soldados horror esta abominacion, y tomando el Capitan algunas cosillas (que podian aprovechar) de las piraguas, echaron la carne en el rio y á ellas á pique, todas cascadas y sin dejarlas de provecho, iban prosiguiendo su viaje en el resto del dia, y cuando ya lo iban cubriendo las sombras, se aparecieron á una vista muchos fuegos el rio arriba en su márgen, que parecian de indios que estaban rancheados en el campo. No dudaba la codicia de algunos soldados de ponerse en camino entre dos luces para certificarse de lo que aquello podria ser y probar si de los ranchos podian haber á las manos algun rancheo. Estorbóles el Capitan estos intentos, á quien los manifestaron, diciéndole ser aquello de más peligro que importancia, pues eran fuegos de los Caribes compañeros de los que acababan de encontrar, de quienes solo se podia aventurar quedar con algunas heridas, pues sus caudales no podrian ser otros que los de sus compañeros, de que habian salido con tan poca medra.

No acababan los soldados de quietarse aún con estas razones de su Capitan, ántes con más veras le persuadian el ir á dar vista á lo que habia en los fuegos, por donde hubo el Capitan (despues de rancheados a la parte donde parecian) de ir él mismo ya pasadas dos ó tres horas de la noche con veinte hombres con sus espadas y rodelas á informarse por su persona de lo que habia, y llegando con el silencio y secreto necesario, pudieron conocer que eran tambien indios Caribes, de los cuales algunos dormian y otros andaban asando cuartos de los indios que habian tomado, y otros hacian barbacoas poniendo fuego debajo para lo mismo. Habiendo dado los soldados vista á todo esto, tomaron (sin ser sentidos) la vuelta de los bergantines; pero por acudir á la voluntad y bríos con que algunos soldados estaban todavía de venir á las manos con aquellos salvajes é inhumanos indios, para castigar su crueldad y fiereza, dió licencia para que treinta con dos de á caballo fuesen y ántes que quebrase el alba tuviesen tomadas las espaldas por la parte de tierra á los indios, para que llegándose el resto de los demás soldados en los bergantines por la del rio, los cogiesen en medio y diesen á su salvo con ellos. Apénas hubo despuntado el dia cuando partió el Capitan el rio arriba en sus bergantines á lo concertado: pero siendo más la flema de la navegacion que la ocasion pedia, mucho ántes que llegaran al paraje de los indios ya ellos habian sentido á los que habian ido por tierra á tomarles las espaldas, con quienes comenzaron (tan sin cobardía) á menear sus arcos, flechas y macanas, que se trabó entre ellos una bien reñida y sangrienta guazabara, mostrándose los indios tan diestros en su modo de pelear y de tan buen ánimo, que sustentaron por punto de honra el no volver las espaldas á sus contrarios, con que estuvo neutra la victoria de ambas partes, hasta que por la del rio llegó la gente de los bergantines, que saltando en tierra y poniéndose en buenas todos con sus armas y haciéndose un cuerpo todos con su Capitan, les embistieron no con mano floja sino como el rigor de la guerra lo pedia; pues tomando mayores bríos los indios, viendo acrecentado el número de sus contrarios y mostraban ser más valientes de lo que ellos pensaban, peleaban como desesperados, teniendo ya por cierto que si no era venciendo y matando los cristianos, no tenian otro remedio de escapar las vidas.

Sucedió que en el conflicto de esta guazabara dieron á un soldado llamado Juan Fuerte (que despues entró con Nicolas de Fedreman en este Nuevo Reino de Granada y ciudad de Santafé, donde fué vecino muchos años hasta su muerte y dejó larga posteridad) cinco flechazos, y pareciendo á los indios que con tantas heridas ya le tenian seguro á sus manos, arremetieron á él con bríos de leones para llevársele vivo más de quince ó diez y siete, de los cuales el valeroso brío del español se escapó, porque sus fuerzas eran para esto, y otros tan valerosos hechos como los hizo en estas y otras jornadas. Al fin el que tuvo esta guazabara fué el ver suyos todos los indios sin escapar con vida más que solos dos; el uno que reservaron con cuidado los soldados para que les fuese guia en las poblaciones del rio, y el otro, que aunque se escapó de la muerte que le andaba tan cerca en la guazabara, no

se le dilató mucho, pues escapando con algunas heridas, á vista de todo el ejército, se arrojó al rio, donde le recogió un caiman al golpe y metió debajo el agua, que nunca más pareció. De los soldados quedaron heridos seis y un caballo, de los cuales murieron los tres.

Para alentarse del trabajo de la guerra y entretenerse, se fueron los soldados de dos en dos y de tres en tres por el campo entre los cuerpos muertos de aquellos salvajes, y para buscar tambien si hallaba la ventura de alguno algun rancheo entre los trastes y miserables mochilas de los muertos, de que fué bien poca la medra, como veremos; pero á vuelta de buscar esto (en ciertos árboles que estaban en el mismo sitio de la guazabara, debajo donde estaban rancheados los indios), vieron estar entre las ramas cinco ó seis aun vivos de los mismos que habian traido los Caribes y los tenian atados en lo alto para hacer de ellos lo mismo que de los otros cuartos que estaban asando, cuando ya tuviesen despachados éstos. Creyendo los primeros soldados que los vieron que estaban sueltos, comenzaron á llamarlos y hacerles señas que bajasen; pero viendo que ni bajaban ni aun se meneaban, subieron arriba y halláronlos de la forma dicha, y habiéndolos suelto y llevado á su Capitan con los malos intérpretes que llevaban, vinieron á entender que el uno de ellos era hijo de un principal Cacique de cierto pueblo que estaba el rio arriba cerca del paso que llamaban de Cabritu. Era este indio de buena disposicion, y más hoy, comenzando luego á reconocer el bien que le habian hecho los españoles, se les fué mostrando amigable y contaba el modo que habian tenido los Caribes en haberlo á las manos á él y á otros muchos indios é indias de su pueblo estando ausente su padre, á cuyos ojos (si le llevaban) les prometia hacer mucha cortesía y proveer de lo necesario al viaje, por lo mucho que estaria lastimado del suceso. Fuéles necesario detenerse en este sitio cuatro dias para aderezar el timon de la barca grande que habian hecho en Carao, que con los embates del oleaje de la tormentilla venia desgobernado, de manera que no podia gobernar. No dejó de ser algo el rancheo que tomaron de estos Caribes, pues demás de alguna harina que traian de maiz y pescado seco y algunos bollos que no desecharon los nuestros, venian bien proveidos de hamacas finas, gran cantidad de flechas de muchas suertes, unas para guerra, que traian con mucho cuidado guardadas de suerte que no se les mojasen para que nó se fuese desliendo el veneno, otras traian de caza y de pesquería, otras diferentes las unas de las otras.

CAPÍTULO XXV.

I. Pasan adelante los soldados y llegan al pueblo de Cabritu—II. Salen á buscar guias y encuentran con la gente del pueblo—III. Pasan adelante con su jornada hasta llegar al paraje del pueblo del Cacique cuyo hijo llevaban—IV. No hallan en él al Cacique, aunque vino dentro de cuatro dias que estuvieron allí.

AL quinto dia de como estuvieron en este sitio se dieron á la vela, porque el favor de la buena brisa les iba siguiendo, con que les excusaba de remar, que no les era de poco gusto, juntamente con hacer tiempo enjuto é ir el rio minorando aprisa á las playas largas, extendidas y secas, que es el tiempo que esperan las tortugas para poner sus huevos en sus arenas, de que hallaban ya gran copia los soldados, con que, y con haber á las manos algunas de ellas é hicoteas, y algunos buenos y crecidos pescados, se suplia la escasez de la racion que se les daba de lo demás ; pues era tanta, que habia algunos que la que les cabia para una semana, despachaban en la primera asentada. Navegaron algunos dias con estas ayudas de costa de comidas y viento, hasta que llegando cerca del pueblo de Cabritu, todo les mancó de golpe, y aun la esperanza que llevaban de poder reparar esta necesidad en el pueblo, por haberlo hallado solo y los naturales huidos, habiéndolos sentido venir y acordádose de lo que les habia pasado en el pasaje de Ordas, teniendo por ménos mal dejarles el pueblo franco, que ponerse en riesgo de ser muertos ó presos en su defensa.

Solo hallaron en las casas abundancia de dos cosas, que fueron crisoles, que era el trato de los indios de este pueblo, por los buenos barreros que hallaban para esto, con que trataban con los pueblos convecinos para las fundiciones que hacian de oro, como despues se entendió de algunos indios que hubieron á las manos : lo otro de que abundaban era morciélagos, en tan gran número, que no les dejaban dormir ni reposar á los soldados ; y dieron en perseguir tanto á una mulata que iba en servicio de uno de ellos, que de los muchos bocados que le dieron y sangre que le sacaron, se vió á las puertas de la muerte, donde entrara, si la diligente cura y el sacarla del pueblo y ponerla en los bergantines, no la

escapara de este trance. Siéndoles necesario haber á las manos algun indio de quien informarse de lo que convenia, tomando consigo el Capitan hasta ochenta hombres, los cinco de á caballo, fué siguiendo los rastros frescos por haber poco que se habia la gente ausentado del pueblo por unos anegadizos que con el verano ya daban pasaje, y al cabo de dos dias dió en unos ranchuelos de hasta doce ó trece casas, en que halló solo las mujeres y chusma, porque los demás del pueblo habian ido á pescar.

Hizo recogerlos á todos, y la comida que hallaron, que era algun maiz y cierto pan hecho de harina de corazones de palmas, principal manjar de todos los de estos pueblos, pero todo ello muy ménos de lo que habia menester el hambre de los soldados. Tuvieron aviso los pescadores donde estaban de cómo estaban presos sus hijos, mujeres y parientes, que fué causa de atreverse á tomar las armas y probar las fuerzas con las de los españoles, y ver si bastaban para recobrar la presa. Con estos intentos vinieron en órden de guerra á querer acometer á los soldados, que habiéndolos sentido á tiempo que pudieron estar prevenidos, les salieron al encuentro y con facilidad los desbarataron y ahuyentaron, con muertes de algunos indios. Tomaron (conseguida la victoria) la vuelta del pueblo, y hallando en el camino un español á caballo que andaba dando vueltas, corriendo á la redonda de un matorral donde se le habia escondido cierta tropilla de indios, entendió el Capitan que no se atrevia el soldado á embestir con ellos y hacerles salir fuera ; comenzó á darle á voces la vaya, con que aunque se excusaba al principio, diciendo que pretendia haberlos vivos á las manos, con las voces que le dieron, medio corrido, embistió al matorral é indios, é hiriendo algunos hizo á los demás dejar las armas y tenderse rendidos en el suelo, de donde los hizo levantar, trayéndolos á todos recogidos delante, hasta juntarlos con los que traian los demás al pueblo.

Durmieron en él aquella noche, y llevando con los presos á la mañana las comidas que habian recogido á los bergantines, se embarcaron y prosiguieron su derrota llevando algunos de los soldados algunas calzas enteras de red con muy gruesos nudos, que se hallaron entre el demás pillaje de aquella gente, que usaban de ellas en aquella Provincia para entrar á pescar en las ciénagas, con que se defendian de unos peces que los españoles llamaron Caribes, por ser tan fieros y atrevidos que hacen presa en todo lo que topan dentro del agua : y asiendo de estos nudos cuando entraban los indios á pescar, quedaba libre la carne de sus bocas. Pocas noticias pudieron sacar de este pueblo, porque á nada de lo que se les preguntaba sabian responder á propósito. Salieron de aquí en demanda del pueblo del Cacique cuyo hijo llevaban, á donde ya que iban llegando reconoció el mozo la tierra y les iba dando esperanzas de no estar léjos y de que cumpliria su padre lo que él les habia prometido.

Llegaron al fin un dia temprano al paraje del pueblo, para donde se partió luégo la más de la gente, que por estar casi dos leguas apartado del rio, le dieron vista tarde, donde no habia más que las mujeres y chusma, por haber ido el Cacique y los demás vecinos de él á los pueblos convecinos, donde se celebraban á la sazon ferias y mercados. No fué poco el temor que tuvieron las mujeres y algunos pocos hombres que tambien habia, de ver otros en su tierra (nunca hasta entónces vistos), acrecentando esta admiracion el ver los caballos y su ferocidad, porque los llevaban tan bien armados, con prevencion para lo que les pudiera suceder. Aplacó algo de este alboroto el hijo del Cacique que llevaban en su compañía, dándoles cuenta de lo que le habia sucedido y el bien que se le habia seguido por mano de aquellos hombres, sacándolo con vida de la de aquellos sangrientos y bárbaros Caribes. Fué esto causa de ir perdiendo temores y de que las indias trajesen al Capitan de la poca comida que tenian, excusando el no traerles toda la que habian menester, por estar ausente su Cacique y maridos. Hiciéronles traer agua para los caballos, que no deberia de correr ninguna por el pueblo, y como la traian á cuestas y de léjos, se admiraban de lo mucho que bebian, como lo estaban ya de lo que comian los caballos, y decian que si siempre comian y bebian de aquella manera, no tenian comidas en sus casas para dar ocho dias á solo uno de ellos, y que si los hombres comian y bebian de la misma suerte, no era bastante toda la Provincia y el rio á sustentarlos de lo uno y lo otro.

A otro dia despues de haber descansado aquella noche, salieron los soldados á dar vista á la tierra, alargándose á la redonda del pueblo, con intento de ver en la disposicion que estaban las labranzas y de buscar si hallaban guardadas en alguna parte comidas, no sabiendo la brevedad con que vendria el Cacique y la cortesía que les haria despues de haber llegado. Trastornando con estos intentos la tierra, algunos de los soldados vinieron á hallar

en unas cuevas ó filos que tenian hechos en unos cerrillos algo encumbrados, buena cantidad de maiz, que debieran de tenerlo allí para librarlo de las inundaciones del rio, el cual hizo recoger el Capitan por la necesidad que tenian: lo cual halló ya hecho el Cacique despues de cuatro dias que habia estaban allí, porque al quinto le vieron á deshoras bajar con hasta cien indios por una pequeña loma que habia sobre el pueblo, desde donde luego que conoció haber en él gente peregrina, todo alborotado y con desentonadas voces mandaba á los que vinieron con él y avisaba á los del pueblo tomasen las armas para contra ellos, haciendo caso de honra, y que se habia menospreciado su persona, el haber entrado en su pueblo estando él ausente, y mayor sentimiento de que viéndole llegar no se saliesen de él, con temores de las muertes que podian esperar de sus manos.

Fuése llegando al pueblo, porque no se detenia con estas arrogantes, bárbaras y destempladas palabras á que dió fin. Estando cerca de los soldados diciendo que se saliesen con brevedad de él para que no lo enojasen más de lo que estaba, á quien el Capitan con uno de los indios intérpretes que tenia lo procuró aplacar, aunque sin provecho, dándole á entender la causa de su venida, y que no le pretendia hacer ningun agravio, ántes le habia procurado servir, trayéndole allí á su hijo libre de las manos de sus enemigos. No se aplacó el bárbaro con esto nada, pues si bien dijo que se holgaba con el servicio que le habian hecho de traerle á su hijo, pasó adelante con las demostraciones de disgusto que tenia en hallarlos en su pueblo, y que si no querian los echase de él á fuerza de armas, se saliesen luégo.

CAPÍTULO XXVI.

I. Prenden al Cacique, con que se sosegaron las inquietudes que se iban aumentando—II. Prosiguen su viaje, y sucédenles pescando algunos casos de consideracion—III. Llegan á la singla que atraviesa el rio, y habiéndola pasado, al de Meta—IV. Comienzan á caminar por él, no sin menores trabajos que hasta allí.

ERA tanto el desasosiego en el bárbaro é ingrato Cacique contra los españoles, sin poderle sosegar, que tuvo por el mejor medio el Capitan, para que se aquietara, el prenderlo, como lo hizo, diciéndole que si no queria que le quitasen la vida á él y á sus vasallos, les mandase dejar las armas y que les socorriesen con algunas comidas de que tenia necesidad y ellos abundancia. Viéndose preso el Cacique y que eran los españoles más valientes y atrevidos de lo que él pensaba, y que le podian quitar y dejar con la vida, y que los indios comenzaban ya á alborotarse tumultuosamente para tomar las armas contra los cristianos con gravedad del señor, les habló é hizo desistir de sus intentos, y que dejando las armas les trajesen las comidas que podian y pedian. Aplacóse todo con esto, y más cuando el hijo que traian los españoles habló á su padre (que casi no habia podido hacerlo hasta entónces por el alboroto), y le dijo la merced que habia recibido de ellos, y que no venian á hacerle daño, porque sus intentos eran de pasar adelante, sin hacer asiento en sus tierras.

Quedó con esto el Cacique muy de amistad con los soldados, hablándoles mansa y amigablemente y ofreciéndose servir al Capitan en todo lo que le ordenase, con que le dieron larga de la prision y él á ellos razonable copia de comidas é indios que se la cargasen hasta los bergantines, yéndose con ellos en su compañía al rio, donde se hicieron grandes ofrecimientos los unos á los otros, para si acaso volviesen allí, con que se despidieron, tomando el Cacique la vuelta de su pueblo y los soldados la prosecucion de su viaje en demanda de su rio Meta, comenzando luégo á sentir mil calamidades y aflicciones nuevas, porque sobre el trabajo que padecian en llevar los bergantines remando, se les acrecentaba el ordinario del hambre, por haber sido poca la comida que habian sacado del pueblo para tanta gente, y no haber podido topar en algunos dias otro donde socorrerse, con que les era necesario para no perder la vida, ocuparse muchos de propósito en la pesquería con anzuelos y con otros instrumentos, en que tambien le sobrevinieron algunas desgracias, como fué la que le vino á un soldado extranjero, llamado Manida, buen oficial y curioso de labrar hierro, el cual arrojando un fuerte anzuelo al rio con un grueso cordel, para si podia sacar con él algun gran pescado, atóse el cabo de la cuerda al brazo que no debiera, para que no se la sacase la presa de la mano; picó luégo un valiente pescado ó demonio en el anzuelo, y tiró de repente con tanto ímpetu, que se llevó tras sí al pobre pescador donde

nunca más lo pudieron ver, y así, pretendiendo pescar, quedó pescado el miserable con el mismo anzuelo.

Lo mismo le sucediera á otro soldado, llamado Juan de Avellaneda (que despues entró con Fedreman en este Nuevo Reino y ciudad de Santafé, desde donde algunos años despues pobló á San Juan de los Llanos), si no tuviera advertencia (sacada por ventura del suceso del extranjero) de no amarrarse la cabuya al brazo, porque arrojando el anzuelo, cebado como el otro, lo hizo al instante ; picó otro pez semejante, pues comenzó á tirar con la misma furia, de manera que no pudiendo sujetarlo el Avellaneda por sí, llamó á otros cinco compañeros que le ayudasen á tirar del cordel, si bien todos hicieron esto en vano, pues con ser mozos de buenas fuerzas, no fueron bastantes á sacarlo, ántes viendo que llevándolos tras sí á todos los ponia en peligro de que les sucediera lo que al otro, soltaron de todo punto el cordel de las manos, quedándoles tan lastimadas de la fuerza que hicieron, que por muchos dias no se les quitaron las señales. No se pudo conocer qué especie de pescado fuese aquél, en todo el tiempo que anduvieron en el rio. Sacaron otros soldados otra suerte de pescado peregrino, por no haberse visto hasta entónces, si bien despues acá se ha hallado mucho de ello en los rios de estos llanos y los de Venezuela. Consiste su extrañeza en que en picando en el anzuelo comienza á temblar de tal manera el brazo y cuerpo del pescador, que viene á perder tan del todo las fuerzas, que aun no puede tener la caña en la mano, y si llegan muchos á tener la caña, les sucede lo mismo, y si el pescador está á caballo, tambien la cabalgadura, si bien en soltando la caña luego se vuelve á sosegar todo sin ningun peligro, como tampoco se halla en el comerlo, pues ántes es de muy buen gusto. En muriendo lo pueden tratar como á los demás pescados, por haber perdido aquella virtud de hacer temblar. Es pescado desnudo y sin escama, de hechura de anguila, no tan largo, y la cabeza y cuerpo algo más grueso.

Con estos y otros sucesos y muertes de algunos soldados, llegaron á dar vista á la singla ó cordillera que dijimos en la navegacion de Ordas atravesaba el rio por debajo las aguas y las hacia encrespar, y dificultoso su paso para los bergantines, que ahora llaman el raudal de Carichana, como ahora tambien lo fué para intentar pasarlos, en especial la barca, por ser mayor y más pesada, por su atascada hechura. Púsoles todo esto en tan gran confusion cuando ya se vieron á los principios de este oleaje, que no hallaban remedio para atravesarlo. Pero rendidos ya de la boga, y desesperados de tenerlo, les socorrió el cielo con refrescar la brisa aquel tiempo con tanto ímpetu, que lo que ántes tenian por imposible, vieron en un momento facilitado, y los bergantines y barca pasados de la dificultad, con que los desabrimientos de todos se convirtieron en alegría y echar pronósticos de buenos sucesos en la jornada y descubrimientos que iban buscando, pues tan buenos los habian tenido en atropellarse aquel imposible con la facilidad que vimos.

Acrecentó este gusto el reconocer, puestos de la otra banda, estar cerca las juntas del rio de Meta, con el que iban navegando, que allí ya se llamaba Orinoco, como dijimos en la jornada de Ordas. Este contento hizo disimular y sufrir con él la hambre que llevaban, hasta que ya llegaron efectivamente á las juntas, donde con mucha alegría de todos se dijo misa y dieron públicas gracias á Dios por haberlos llegado á aquel puesto y rio, por quien tanto iban piando. Advirtieron de escribir ciertas cartas ó relaciones de lo que hasta allí habian pasado, y el rumbo que llevaban, y metiéndolas en un calabazo, tapada la boca con cera, porque no se mojase, pusieron en un brazo de una cruz muy alta, que fijaron en unas grandes peñas que estaban á la márgen del rio, en las mismas juntas, para que cuando llegase por allí el Gobernador Gerónimo Ortal, supiese por ellas los sucesos de la jornada y derrota que llevaban. Y comenzando (hecho esto) á proseguirla ya por el rio de Meta, les fueron tambien siguiendo los trabajos doblados, cuando se prometian mayores descansos, con que se les tornó á convertir el placer en disgusto (tal es como esto la miseria humana, que no es posible permanezca siempre en un punto fijo), porque ya el tiempo del verano habia minorado las aguas de manera que siéndoles forzoso navegar á los lados del rio, por huir de los raudales, por haberles (como hemos dicho) mancado totalmente el viento con que pudieran navegar por ellos, les fué forzoso aprovecharse de los remos é ir por partes donde tras cada paso encallaban. La hambre no se descuidaba de irles picando la tierra de peor constelacion que la de hasta allí, con que comenzaron luego á enfermar muchos soldados y morir algunos.

CAPÍTULO XXVII.

I. Prosiguen su viaje con grandes trabajos por las inundaciones del rio—II. Ranchéanse en un lugar acomodado para invernar, desde donde salen á buscar comidas—III. Habiéndolos traido engañados la guia, pasaron á la otra banda del rio á buscarlas—IV. Tratan los de la guarda de los bergantines de volverse con ellos el rio abajo y ahorcar el indio que los engañó.

CAUSABAN las calamidades y trabajos tanta desesperacion en algunos, que impacientes pedian á Dios los sacase de ellos, aunque fuese poniéndolos cautivos entre moros ú otros infieles, pareciéndoles serian así menores sus males que los que tenian presentes, si bien habian sido tomados por sus manos, en especial los que sentian en el andar tras cada punto en el agua desencallando los bergantines. Las cuales impaciencias y palabras sobradas, parece quiso Dios castigarles luego, enviándoles tantas crecientes de aguas en el rio, que al paso de ellas fueron creciendo sus trabajos, pues por las pocas que habia en el rio, ya que los tenian en lo dicho, se toleraban con hallar las playas secas y extendidas, de donde sacaban algun marisco de almejas, huevos de tortuga é hicoteas, con que entretenian su hambre, lo cual todo cesó, cubriendo las inundaciones las playas, y no el trabajo de llevar los bergantines, pues dejándose la barca, por ser tan pesada, á la márgen de una isla del rio, metiendo los caballos que iban en ella en los bergantines por ir tan cargados con esto, les era imposible, aunque iban reventando y acortando al remo con ellos las raudales de las avenidas, ni por los remansos de cerca de las márgenes los podian llevar, por los estorbos de los mangles y otros árboles que iba cogiendo dentro de sí la extension de las aguas, con que les era forzoso irlos llevando á la sirga, amarrando á lo largo en un árbol, á la parte de arriba, una soga, y yendo tirando de ella la iban haciendo subir al bergantin, y ganar camino á dedos, que era uno de lo enfadosos é intolerables trabajos que les habian sobrevenido hasta allí.

Y tal vez sucedia que quebrándose la sirga ó soltándose de las manos de los que lo iban alando, volvia el barco en una hora lo que en algunos dias le habian hecho subir con estos trabajos, que no los acreditaban poco los ordinarios aguaceros, que por el calor de la tierra y destemplanza del país, si se estaban tres horas sin secar la ropa que se mojaba, se podria y llenaba de gusanos. La perseverancia que el Capitan Herrera tenia en seguir esta jornada, era al paso de los trabajos, en especial el de la hambre, para cuyo reparo se pararon á invernar, porque ya del todo habian entrado las aguas en una tierra alta y algo acomodada, pretendiendo desde allí salir á buscar comidas, aunque no sufriendo ya esta necesidad dilaciones, fué forzoso, para que no desesperasen del todo los soldados, que el Capitan mandase matar unas puercas que llevaban para criar en las Provincias donde sentasen, con que repartidas entre todos, si bien les cupo á cada uno bien poco, se animaron algo, ayudados de las esperanzas que tenian de hallar algunas comidas, saliéndolas á buscar desde aquel puesto, como se hizo luégo, tomando el mismo Capitan Herrera algunos caballos, y de los más sanos soldados y de mejores brios, los que le pareció, y partiendo con ellos en busca de alguna poblacion donde poder hallar con que socorrer aquella necesidad, que era á lo que por entónces se atendia. Caminando en demanda de esto, dieron de repente con una tropa de indios salteadores (de que hoy hay algunas naciones por aquellas tierras que viven de esto) que iban atravesando por aquel mismo paraje. Los bárbaros, viendo la extrañeza de la gente española y ferocidad de los caballos, y no estimándose ellos por ménos valientes, intentaron luégo probar ventura, tomando sus armas y embistiendo á los soldados, con que les incitaron á que tampoco ellos fuesen perezosos en embestirles, como lo hicieron, matando en los encuentros á unos, alanceando á otros y ahuyentando á los demás, y forzando á todos á que dejasen la presa que llevaban, quedándose con dos para guías de aquella tierra, uno de los cuales, habiéndole preguntado por señas dónde habia poblaciones, y habiendo dicho que él los llevaria á una, los trajo á todos engañados de una parte á otra ocho dias, sin encontrar pueblo, labranza ni otro recurso de lo que á iban buscar, ántes se les doblaba el trabajo, andando, trastornando tantas dificultades de caminos como pasaban, sin tener ningun género de comidas de importancia con que alentarse.

Fuéles necesario, viendo la malicia del indio, y que los traia cansados sin provecho, castigarlo para que por la pena y amenazas que le hicieron de otra mayor, con fidelidad los guiara á lo que pretendian. Mudóles con esto el indio la derrota, diciéndoles que pasasen

á la otra banda del rio, donde hallarian lo que buscaban. Entendió el Capitan ser así y que no habia de ser todo burla, tomó la vuelta de los bergantines, y pasándose en ellos con toda la gente á la otra banda del rio, que fué á la derecha, dejando en su guarda alguna gente con el resto de los demás, se metió por dondo los guiaba el indio, que fué unos dificultosos anegadizos, despues de haberlos pasado con hartos trabajos y padecídolos no menores en la mala y dificultosa tierra que hallaban despues de haber andado algunos dias con mucho cansancio de una vuelta y otra, trastornando serros, barrancas, montes, quebradas y otras malezas, hallaron solo un bohío despoblado, sin rastro de gente ni comida.

Los que habian quedado en guarda de los bergantines, pareciéndoles que su Capitan, con determinacion indiscreta, ántes procuraba acabar de matar que remediarlos, pues era devaneo en cuanto se ocupaba, tomaron resolucion de volverse con los barcos el rio abajo, la cual habian dado á entender ántes que saliera de ellos el Capitan á algunos soldados de los que llevaba, diciéndoles que si se tardaba algunos dias, pudiera ser que no los hallara de vuelta allí, pues les habia de ser forzoso buscar comidas, por no haberles dejado algunas. Un soldado de los que alcanzaron á saber esto, al tiempo que dejaron los bergantines, viendo cuán sin provecho se andaba el Capitan Herrera gastantando con su guía el tiempo en balde, le dijo los intentos con que habia olido quedaban los de los bergantines, para obligarle con esto á que dejando aquellos impertinentes trabajos y sin provecho, tomase la vuelta de los barcos, como lo hizo luégo que lo supo, con la presteza que pudo y fué menester, pues del todo estaba ya resuelta la gente de ellos de partirse el rio abajo. Otro dia de su llegada cesó y se sosegaron todos, disimulando el Capitan Herrera no haber entendido sus intentos, con lo cual se pasaron á la otra banda del rio, donde determinó castigar al indio que los habia traido burlados tantos dias, mandándolo ahorcar, si bien ántes que lo colgaran lo catequizaron, dándole á entender como se pudo la dichosa suerte que era recibir el santo Sacramento del Bautismo y la salvacion del alma que se conseguia con él, y que si lo queria recibir no habia de ser por interes y pretension de salvarse de la muerte por aquel camino, pues esto no lo habia de conseguir, sino por el bien que se le seguia á su alma, que era lo que debia estimar. Entendió de esto el indio lo que le pareció bastar para poderlo bautizar, habiéndolo pedido él así, como se hizo, y luego lo ahorcaron.

Estándolo ahorcando, ántes que muriera, un soldado, con bárbara crueldad, inconsiderada locura, le tiró con una ballesta una jara con que le pasó un muslo, y pasando adelante con su inhumanidad, se llegó luégo á él y diciendo, perro, daca mi jara, se la sacó otra vez del muslo, causándole tanto tormento en ésta como en la primera accion ; pero no quedó muchos dias esto sin castigo, pues de allí á poco en la primera refriega que se les ofreció, le dieron al soldado un flechazo por el mismo lugar, de que murió rabiando y desesperado.

CAPÍTULO XXVIII.

I. Sale el Capitan Herrera con algunos soldados á buscar comidas, y dánle una guazabara, donde murió.—II. Deja Herrera por su Teniente á Alvaro de Ordas.—III. Háceles una plática en que trata de tomar la vuelta del rio abajo.—IV. Recogen comidas, y comienzan su viaje.

APRETÁBALES tanto la necesidad de buscar comidas, que no dejaba el Capitan sosegar un punto, tratando de esto, y así se determinó (con sus más amigos y confidentes dejando los demás en los barcos, que se sustentaban con algun pescado) meterse la tierra adentro, sin guía, á sus aventuras, y despues de haber caminado algunos dias á caza de pueblos, por donde su suerte les guiaba, se les puso por delante un quebradon bien crecido, que por sus altas barrancas no se podia pasar sin puente, y viendo los soldados el trabajo que se les recrecia en hacerla, se medio amotinaron, concertándose en secreto la vuelta de los bergantines y dejar solo al Capitan si no queria acudir á los ruegos que le hacian de volverse desde allí. No se le ocultaron al Herrera estos intentos de sus compañeros, pero disimulándolos con la prudencia que alcanzaba (que el hombre que no disimula en ocasiones forzosas, esto le falta de hombre) puso él el primero las manos en la obra de la puente, cortando y tejiendo los bejucos, á quien comenzando luégo á ayudar sus más amigos y luégo todos con brevedad, la acabaron, si bien quedó harto flaca, pero bastante para pasar todos á la otra banda, donde en viéndolos el Herrera, y que los tenia como en cárcel, porque luégo se cayó la puente, echó un bando con pena de la vida, que ninguno tratase de volver las espaldas, con que cesó entónces la plática que traian de esto.

Pasaron adelante, y á dos ó tres dias hallaron cierta poblacion bien proveida de comidas, con que se detuvieron dos meses en este pueblo, de donde tambien proveian á los de los barcos, al cabo de los cuales fué forzoso dividirse para ir á buscar donde estar el resto del invierno, saliendo á esto un caudillo con parte de los soldados. Los indios del pueblo, que para su comodidad no eran nada bárbaros, advirtiendo en la ocasion que su buena suerte les habia traido á las manos, se determinaron probar las de los españoles para echarlos de sus tierras, y así juntándose hasta ciento bien armados, dieron á deshora sobre el Capitan Herrera y sus soldados, con que les forzaron á tomar las armas y aprovecharse de sus brios por algunas horas que duró la refriega, en la cual hirieron al Herrera de cuatro ó cinco flechazos y otros cinco ó seis soldados; si bien los indios quedaron desbaratados y muertos la mayor parte y los restantes huidos, tras quienes salió en su alcance Alvaro de Ordas en su caballo, y sin volver á los compañeros, siguió los rastros del caudillo que habia salido aquel propio dia de madrugada, y alcanzándolo y dándole cuenta del suceso de la guazabara, callando el de las heridas del Capitan y soldados, le hizo volver á él y á los suyos al mismo pueblo, donde todos juntos reconocieron su total perdicion, viendo tan peligrosas y de muerte las heridas de su Capitan, que lo sacaron de esta vida á seis ó siete dias de como se las dieron, habiendo recibido primero los santos Sacramentos, á quien acompañaron tambien en la muerte, como lo habian hecho en la vida, los demás que escaparon flechazos de la guazabara, fuera de Alvaro de Ordas, que no debieron de ser sus heridas con flechas de yerba.

Dejó el Capitan encomendado á sus soldados á Alvaro de Ordas, y á todos lastimadísimos con su muerte, por tenerlos obligados á esto la mucha amistad que les hacia su trato afable y comedido que tenia con todos en todas ocasiones. En ésta del nombramiento que hizo de su Teniente Alvaro de Ordas, ninguno replicó, ya por el amor y amistad que muchos de los del ejército habian tenido á su tio el Gobernador don Diego de Ordas, y ya porque veian era aquello lo que les convenia en aquella ocasion, por tener ya conocido al mozo, y que de más de la nobleza de sangre, la tenia de condicion muy afable, acompañada de prudencia, buen ingenio y muy bien entendido, partes que le hacian bien quisto á todos. Recibió el cargo por acudir al gusto que en ello daban á entender tenian todos los soldados, si bien él no dejó tambien de cebarse más en el mandar que á ser mandado, y pareciéndole ser vanos intentos pretender pasar adelante con la jornada, así por la poca gente que ya habia quedado, pues no eran más que ochenta ó noventa escasos, habiendo consumido á los demás el rio y sus trabajos, como por haber conocido los intentos de todos y que aunque él quisiera perseverar en la subida, se lo habian de estorbar por lo que habia entendido de ellos ántes que muriera el Herrera, acordó ganarles por la mano, ó para con esto acudiendo á ellas, ganarles mejor las voluntades, y declararles ser la suya de los mismos intentos que ellos tenian en tomar la vuelta del rio abajo y volverse á Paria, sobre lo cual á todos juntos les hizo una discreta plática, en que les dijo:

Muchas veces suele suceder (caballeros y amigos mios) á grandes príncipes y señores no salirles los intentos de sus empresas con los colmos que se prometen cuando las emprenden; porque como los casos de la fortuna son varios y nadie le puede poner clavo ni hacer que esté una cosa fija, por varios accidentes suelen variarse los fines y tenerlos ántes de tiempo y de conseguirse cosas memorables; claros y ordinarios ejemplos tenemos de esto en gruesos ejércitos, en quien ha sucedido lo que digo, sin que de ello se les haya seguido afrentoso desistir de sus intentos, por no ser de mayor consistencia que ésta las cosas de esta vida; y así tampoco lo será si nosotros mudáremos los que llevamos, viendo los imposibles que se nos ponen delante y siendo propio de gente cuerda y discreta mudar consejo cuando lo pide la ocasion y tiempo, porque lo demás seria temeridad aborrecible en todos; me parece la hariamos nosotros si considerando la fortuna que nos ha venido siguiendo y desmantelando nuestros bríos y fuerzas, no advirtiésemos ser lo más acertado dando de mano al pasar adelante, pues es buscar el remate y perdicion de todos volvernos el rio abajo, donde pudiésemos buscar nuestras comodidades y aun la de esta entrada por otros caminos, no tan dificultosos en mejores ocasiones, y remató diciendo que aquél era su parecer ántes que pereciesen del todo, y que si alguno hubiese que lo tuviese contrario, lo dijese, dando para ello las causas en que lo fundaba, porque no obstante lo que tenia dicho, seguiria los más y más acertados votos, y que fuese aquello con brevedad, porque con ella se dispusiesen para lo uno y lo otro.

Con estas razones habló al corazon y gusto de los soldados que lo tenian dias habia

por evadirse de tanta penalidad, de hacer lo mismo que significó por ellas: y así sin que ninguno replicase en contra, quedó determinada de comun pláceme la vuelta del rio abajo, y que para ella se comenzase á juntar luego el matalotaje posible de unas labranzas que sabian ya estaban casi sazonadas, algunas jornadas de allí, para donde partieron luego algunos soldados con dos caballos solos que les habian quedado, de los cuales hirieron á uno tan mal, que á poco murió rabiando. Los indios dueños de las labranzas, queriendo defenderlas, aunque en vano, pues los soldados, flacos y enfermos como estaban á pesar de los que las habian sembrado, las cogieron y trajeron á los bergantines, que con otra poca cantidad de maiz que de otra parte les habian traido, supliendo lo demás las ganas que tenian de dar la vuelta, se embarcaron y comenzaron á navegar agua abajo.

CAPÍTULO XXIX.

I. Caminan el rio abajo, donde se ahogó un soldado de cuidadoso—II. Llegan á la isla Perataure donde aderezaron los barcos—III. Comienzan á navegar la vuelta de Cubagua, y con una tormenta piérdese un bergantin, aunque no la gente de él—IV. Envía Ordas desde Perataure en busca de la gente perdida del bergantin.

ENTRE las demás desgracias que habian tenido hasta allí no sentian por la menor el habérseles muerto los caballos, sin haberles quedado más que uno que bajaban en un bergantin, á quien los soldados de otro, por dar pena á los que lo llevaban, lo mataron una noche de conformidad, haciéndole creer al Capitan (que les echaba la culpa á los del bergantin en que iba) que él se habia muerto, de que recibió notable pena é hizo apretadas diligencias en la averiguacion de la muerte, aunque no pudiendo sacar en limpio quién lo hubiese hecho, la repartió entre todos, que no les fué de pequeña fiesta, junto con la que llevaban, por ir ya el rio abajo caminando tan aprisa que en un dia poco más bajaron lo que en treinta habian subido por el rio de Meta. Llegaron á las juntas donde entra en el Orinoco y hallaron las crecientes inundaciones tan grandes por los embates de ambos rios, que las peñas altas donde habian dejado la Cruz y cartas de aviso, ya no se veian ni aun á penas acababan de reconocer la tierra. Entráronse sin peligro del agua de la singla en el de Uriaparia, por donde fueron caminando sin tener estorbo ni mal suceso en el camino, sino fué para un soldado que por su descuido ó mucho cuidado se ahogó, porque yendo sentado en la proa de uno de los bergantines que habia de pasar por junto á unas peñas que tenia descubiertas el rio, le pareció al soldado que la furia con que el bergantin navegaba y el ir derecho á dar en las peñas, habia de ser causa infalible de hacerse pedazos. Lo cual comprendido en su imaginacion, con deseo de salvar la vida se arrojó del bergantin á la primera peña con quien emparejó; pero como estaba húmeda y resbalosa por la lama que tenia, apénas hubo puesto sobre ella los piés cuando resbalando dió consigo, sin remedio, en el rio, sin que más pareciese.

El que gobernaba el bergantin lo hizo tan bien, que sin el peligro que habia imaginado para su mal el soldado, ni otro ningun daño, pasó el paraje de los escollos, y prosiguiendo todos el de adelante, en quince dias llegaron á la isla de Perataure ó de Gaspar de Silva, por haberse él allí enterrado, como dijimos, que está á la boca del rio Uriaparia, habiendo desandado en quince dias lo que habian andado en cinco meses, sin otros trece meses que en todo el discurso de la jornada gastaron en invernar y descansar desde que salieron de la fortaleza de Paria, que por todos fueron diez y ocho meses de tan intolerables trabajos, que á poderse contar ó poner en escrito, no fueran muchos. Descansaron algunos dias en esta isla, donde les fué forzoso aderezar los bergantines, que estaban algo comidos de broma, aunque de aguas dulces, advirtiendo que los embates de las saladas, á cuyos umbrales ya estaban y donde por fuerza habian de entrar, eran más fuertes y necesaria para su resistencia mayor fortaleza de la que traian los barcos. Los cuales ya dispuestos á la navegacion, dieron en pensar todos si Gerónimo Ortal estaria en la fortaleza de Paria con intentos de seguir su jornada por la navegacion que ellos habian hecho; y temiéndose no fuese esto así, y que si los cogia debajo de su gobierno les habia de querer hacer volver con él, determinaron de reparar estos inconvenientes (que eran muy posibles) no llegando á la fortaleza.

Y con esta determinacion se partieron la costa en la mano que les demoraba á la izquierda, en demanda de la isla de Cubagua; pero apénas habian llegado á las aguas

saladas, cuando les vino una tan gran tormenta, que uno de los bergantines (cuyo arraez era aquel andino que dijimos habian librado de la horca el Capitan Alonso de Herrera y Alonso de Aguilar en Paria, cuando le queria colgar Agustin Delgado, por órden de Sedeño) arrojó en tierra, donde se hizo pedazos, sin que peligrase persona de los que iban en él, pasando los demás adelante en su viaje, sustentándose lo mejor que pudieron contra el viento. Uno de los soldados del bergantin, que dió á la costa, llamado Perdomo, buen peon y nadador, lo más pronto que pudo sacándose de los estorbos de la tormenta, se fué la costa abajo y comenzó á dar voces á los otros bergantines que iban navegando; oyéronlo de uno, y reparando á reconocer quién los llamaba, se arrojó el soldado al agua, y nadando llegó al barco que lo esperaba de mar en traves, donde lo recogieron y tuvieron noticia del suceso de sus compañeros, pero no pudieron dar alcance (aunque lo procuraron) al bergantin, donde iba Alvaro de Ordas, para que tambien lo supiera y diera el órden que se habia de tener en recoger los de la costa, por lo cual, sin duda, por entónces se quedaran en ella, si no les volviera el tiempo tan contrario á los bergantines, que los hizo arribar otra vez á todos á la isla Perataure, donde supo el Ordas de la pérdida del bergantin.

Determinó el Teniente Ordas, sabida esta nueva, que uno de los bergantines fuese á recoger á aquella gente y traerlos á donde él los quedaba aguardando en la misma isla; entre tanto, considerándose ya los de la costa sin remedio, se dividieron algunos por diversas partes de ella á buscar algun marisco para comer, por no tener otra cosa; otros hicieron unos ranchuelos en que estar, en el mismo puesto donde habian salido, y determinaron de trazar algun pequeño barco de la madera del bergantin quebrado, para salir de allí con él á donde les guiase su ventura. En esto andaban ya ocupados cuando descubrieron cinco piraguas de indios Caribes, puestas las proas para donde ellos estaban, que no les causó poco temor y alboroto, por no tener armas con qué defenderse, porque las que traian en el bergantin, habiéndose descuidado en dejarlas á la lengua del agua, la resaca y crecientes del mar las habia cubierto de arena, y así acordaron (pareciéndoles no tenian otro remedio) de buscarlo, escondiéndose en una montaña espesa que tenian á las espaldas, con que cuando llegaron los indios al puerto con sus piraguas, viendo que no habia quien les hiciese resistencia, tomando lo que quisieron de lo poco que habia en los ranchuelos, tomaron la vuelta de su viaje.

Apénas éstos se habian apartado del puesto de sus piraguas, cuando llegó el bergantin que iba á recoger los perdidos, y llegando y no hallando en él á nadie, porque aún no habian salido del arcabuco los amedrentados, navegó la costa abajo, donde hallando á buena distancia á algunos de los que andaban mariscando sus comidas, los recogió, y sin más aguardar ni procurar informarse de lo que habia sido de los que quedaron junto al bergantin quebrado, entendiendo no habia ya camino de recobrarlos, por parecerles se los habrian llevado los caribes de las piraguas, tomó la vuelta de Perataure, donde llegó y dió noticia de lo que pasaba, certificando se habian llevado á los demás los indios, de que recibió tan notable pena el Ordas, que no sufriéndole el corazon no hacer mayores diligencias para recobrar sus soldados, determinó de salir á buscar las piraguas el rio arriba, para tomarlas si pasaban por allí, porque llevaban aquella derrota, por ser aquel el paraje de sus Provincias, porque aunque hay uno de ellos muy más arriba, poblado á las márgenes del mismo rio, y á las del de Caura, apartados de la ciudad de Santo Tome, á diez, á quince y á treinta leguas, en cuyos vecinos están encomendados más de los dos mil, por haberlos conquistado y reducido á paz. La mayor fuerza de ellas y más extendidas poblaciones y Provincias, están á las riberas de los rios Barima y Macuro que salen á la mar, á la parte de Maracapana, que es la del Oeste, á una legua de la misma boca de Orinoco, y en otro que llaman Arature, que tambien entra en el mar, y en otros llamados Barama, Maceruni y otro Maracata, donde ha algunos años que se poblaron ingleses enemigos, y lo estuvieron hasta el año de mil y seiscientos y catorce, que los hicieron despoblar y dejar la tierra, siendo Gobernador de ella y Juez de residencia Sancho de Arquiza.

Serán hoy todos los indios caribes de estas Provincias, de ocho á nueve mil todos, valientes flecheros, gente de la mar y que siempre andan en corso con cantidad de piraguas y valientes canoas con que infestan todas aquellas costas de islas, como son la de la Trinidad, Puerto Rico y Margarita, y de Tierrafirme, desde Cumaná hasta la ensenada y puerto de la Burburata, por toda aquella costa de Carácas, en especial si se juntan con los caribes de la isla Dominica y las otras que llaman de Barlovento, con quien tienen hecha alianza y estrechas amistades para hacer innumerables daños, como los hacen en indios y españoles.

Estando así emboscados los bergantines de Ordas, pasaron de noche los caribes, á tiempo que los soldados que estaban de posta, ó por estar dormidos ó descuidados no los sintieron hasta que los hizo despertar ó advertir el ruido que iban haciendo con la boga de los canaletes, ya que habian pasado buen trecho. Fuéronlas siguiendo, pero como iban ya á lo largo, y era de noche, no les pudieron dar alcance, y así se fueron con su honra, fuera de una que porque debiera de ser zorrera se quedaba atrás, la cual sintiendo los bergantines, y huyendo de que la hubiesen á las manos, se entró orilla el rio entre unos manglares con el secreto que pudo, aunque no con tanto que no la sintiesen los soldados y la fuesen siguiendo hasta darle alcance y tenerla cercada de manera que no se les pudiese escapar hasta la mañana, que ya no hallaron en ella á los indios, por haber saltado en tierra y escapádose por la montaña. Tomáronla por agua, y no hallando en ella rastro de cristianos (que sin duda lo hubiera si hubieran habido á las manos los de la costa), quedaron sin sospecha de haberlos cautivado y muerto aquellos indios, que fuera cierto si hubieran hecho lo primero, no se hubieran escapado de lo segundo.

CAPÍTULO XXX.

I. Vuelve á enviar Ordas otra vez por los soldados que dieron á la costa—II. Siguiendo Ordas su viaje para Cubagua, encuentra unos barcos que vienen á la isla Trinidad, donde estaba Gerónimo Ortal—III. Júntanse todos en la isla de Cubagua á tiempo que estaba bien hambrienta—IV. Sabido por Gerónimo Ortal que habia salido su gente desbaratada, dejó la isla y se partió á Tierrafirme.

COBRANDO con esto esperanzas de que aun estaban vivos los soldados, le pareció á Ordas no habia acabado de cumplir con sus obligaciones si no enviaba otra vez á buscarlos, como lo hizo, despachando otro bergantin que los halló y recogió con alegría de los unos y los otros; y tomando la vuelta otra vez del viaje para donde estaba el Gobernador, llegó á la isla de Sylua, desde donde todos juntos prosiguieron el suyo para Cubagua: y porque al tiempo de la tormenta que dijimos habia dado á todos los bergantines, se derrotó uno de ellos tan á lo largo, que hasta entónces no habian tenido rastro ni nuevas de él, acordó el Alvaro de Ordas de mudar los intentos que tenia de no llegar á la fortaleza de Paria, tomando la vuelta de ella por saber si habia llegado por allí el bergantin ó podian tomar rastro de él; y tambien por si podian hallar algun socorro de comida, de que ya iban harto necesitados, llegaron á la casa fuerte, y no hallando en ella á nadie, les salieron en vano ambos intentos, aunque el de remediar el hambre que llevaban repararon algo, satisfaciéndola con algunos cueros de Manati que hallaron á medio podrir en un muladar cerca de la fortaleza, los cuales cociendo sin sal con muchos bledos que habia en el mismo sitio, comieron tan á sabor que les supo á tostadas. Cogieron de estos bledos la cantidad que pudieron, aunque no la que quisieron, para el matalotaje del resto de la navegacion, que al fin los sustentó, aunque no á satisfaccion del hambre que siempre les iba picando, con otros intolerables trabajos, por ir metidos en un golfo tan inquieto y siempre á pique de perder las vidas.

Llegábanse á las veces á tierra, y mariscando lo que podian hallar iban sobrellevando los bledos, que tenian por el principal matalotaje. En esto estaban ocupados todos una tarde (surtos en un puerto los bergantines), cuando llegaron dos barcos que iban á la isla de la Trinidad, cargados de matalotajes para la jornada de Gerónimo Ortal, que estaba allí disponiéndola y haciéndose de gente, para comenzarla en busca de la suya, que habia enviado con el Alonso de Herrera el rio de Orinoco, como ya dijimos, habiéndole obligado á recogerse á aquella isla para esto. Los indios de Paria, que rebelado se habian, flechado ciertos soldados con mala yerba y puéstolos en peligro de muerte, diéronles los de los barcos algo del matalotaje que llevaban, y los de los bergantines en pago á ellos la nueva de todo el suceso de la jornada, con que se apartaron los unos de los otros, porque aunque los de Ordas tuvieron estas nuevas de Gerónimo Ortal, estándose todavía con las mismas sospechas de que si los cogia debajo de su jurisdiccion les habia de obligar á tomar otra vez la vuelta del rio, no quisieron tomar la de la isla Trinidad sino seguir su derrota para la de Cubagua, á donde el Ordas fué á parar con su bergantin en compañía de otro; y el otro bergantin con una piragua en que iban ocho soldados, aportó con un tiempo que les dió

cuatro ó seis leguas adelante á la isla Margarita, donde los recibieron con buen agasajo y repararon la mayor necesidad que llevaban, que era de comidas.

Desde donde á pocos dias se tornaron á embarcar y tomar la vuelta de Cubagua, que la hallaron tan falta de sustento que aun para sí no lo tenian los vecinos, con que la gente de los primeros bergantines, si no fueron algunos que tenian amigos que los hospedaron en sus casas, los demás se fueron á posar á unos aposentos de la iglesia, y los del otro (que despues llegó de la Margarita) se aposentaron en el hospital, de donde salian de noche á pedir limosna para sustentarse, que les era mayor género de calamidad y trabajo á los más, que todos juntos los que habian pasado en la jornada. Socorriólos Dios en este tiempo, disponiendo que se les diese de comer por tres dias sin pedirlo, porque habiendo expedido la Santidad de Clemente VII el octavo jubileo general plenísimo, concediéndolo á los que hiciesen ciertas diligencias y obras pias entre ellos, ordenó que diesen de comer tres dias á tres pobres, y como éstos lo eran tanto, que ninguno más en aquella ciudad se ejercitó en ellos esta obra de caridad, siendo convidados del Pontífice, con que sacaron refeccion del jubileo para los cuerpos y las almas.

Llegados los barcos del matalotaje á la isla de la Trinidad, y dádole aviso á Gerónimo Ortal de la vuelta y pérdida de su gente, sintiólos por extremo por ver atados los pasos á los intentos de su jornada, porque aunque tenia poca gente consigo en la isla, por ser algunos de ellos soldados viejos y experimentados en jornadas y trabajos, entre los cuales estaba Agustin Delgado, con quien habia tenido traza para allegarlo á la suya, de sacarlo de la devocion de Antonio Sedeño cuando estuvo en la isla de Cubagua. Con todo eso tenia bríos para emprender la jornada y subir el rio siguiendo á los demás, pues juntándose con ellos se haria cuerpo de gente (caso que tuviese por cierto que algunos de los primeros hubiesen faltado) para conseguir los buenos fines que se prometia. Pero viendo que se habia quedado solo con aquellos pocos, que no eran bastantes para lo dicho y ménos para sustentarse en aquella isla, y por no ser tampoco de su gobierno, salióse de ella con toda su gente, y llegando á Tierrafirme surgió en un puerto llamado Neberi, dos leguas abajo del de Maracapana, con intentos de verse con sus soldados desbaratados del Orinoco, en la isla de Cubagua, y diligenciar con ellos si podia alcanzar de algunos volviesen con él en demanda de sus noticias de Meta, que fué lo que los soldados siempre anduvieron recelando, como vimos cuando no quisieron llegar de camino á verse con él, como ni tampoco ahora fué posible inclinarlos á tornar á emprender lo que tan mal les habia salido, despues de tan inmensos trabajos que tenian tan presentes ; y así, solo Alvaro de Ordas, con quien profesaba estrecha amistad por amor de su tio don Diego de Ordas, y otros dos ó tres soldados que tambien por amistad que le tenian y por no andar limosneando en Cubagua, se volvieron con él al puerto de Neberi, donde habia dejado con Agustin Delgado la demás de su gente. Ya en este tiempo se habia llegado el mes de Abril del año de mil y quinientos y treinta y seis.

CUARTA NOTICIA HISTORIAL

DE LAS

CONQUISTAS DE TIERRAFIRME.

CAPÍTULO I.

I. Daños que se siguieron en hacer á los indios esclavos por abusar de las licencias que para ello se les daban—II. Modo con que abusaban de ellas, y que despues se prohibió esta esclavitud—III. Trata el Gobernador Gerónimo Ortal de darse á esta granjería—IV. Da principio á ella enviando á eso una tropa de soldados.

FUERON increibles los daños que en estos tiempos y los de ántes, despues que se descubrieron estas tierras, se siguieron (como ya dejamos tocado en otras partes) de haberse dado licencia para que se tuviesen por esclavos los indios, la cual tormenta y trabajos corrió más suerte que en otra parte de las Indias, en la de esta Tierrafirme, que hay desde Maracapana hasta el cabo de la Vela, por haber sido la primera que se descubrió y donde primero se comenzó este abuso ; llamóle así, porque lo fué, pues usaban mal por la mayor parte de la licencia que el Rey daba para esto, interpretándola segun las leyes de avaricia y codicia, que son los dos fundamentos de todos los pecados del mundo, como dijo San Juan, porque el ordinario temor de las licencias era : tendreis por esclavos á aquellos que los señores naturales de la tierra tienen por tales y os vendieron. Que es la misma justificacion con que se pueden tener y tienen por esclavos los negros que se traen de Guinea ; porque habiéndolos y comprándolos de otros que los tienen por esclavos, por haberlos habido en buena guerra, lo cual es lícito por derecho de las gentes en todas las naciones del mundo, tambien lo es de que los tengan los cristianos habiéndolos comprado, de quien por derecho natural son señores y los tienen lícitamente por tales esclavos, sin que tengan obligacion los cristianos á escudriñar si las guerras donde los han habido hayan sido entre ellos justas ó no, si no es que les conste con evidencia no haber tenido justificacion ni tenerla la esclavitud de los que compran, porque en tal caso tampoco seria lícito el comprarlos ni tenerlos por esclavos, pues los habian habido de quien no se los habia podido vender.

Y porque no salgamos del intento de la Historia, reduciéndola á materias políticas, de que otros muchos han tratado con cuidado, dejo de tratar aquí si hay otros caminos de más del que hemos dicho, por donde sea lícito tener por esclavos los indios en comun ó algunas naciones de ellos, como son por comer carne humana ó por hacer resistencia á los españoles defendiendo sus tierras que naturalmente poseen. Y así solo me vuelvo á tratar del modo tan abusivo que tenian de entender las licencias que se les daban y en hacer esclavos á los pobres indios. Pues juntándose algunos de estos licenciados con la gente que llevaban para el efecto, y habiendo tratado del modo más conveniente á su codicia, para esto daban un albazo, inopinada y secretamente, sobre un pueblo de indios, procurando prender al Cacique lo primero y con él á los más que podian de sus vasallos; y despues de conocido al principal, decian que si queria verse libre les vendiese aquellos indios que habian preso en su pueblo, por tal ó tal cosa que le darian de las de Castilla. Por verse libre el Cacique les hacia generosa larga graciosamente de todos, sin querer por ellos alguna cosa; pero queriendo los agresores, á su parecer, dar color á la justificacion del hecho, amenazando al Cacique, lo hacian parecer ante el Juez y Veedor, que por parte del Rey estaban puestos

para que se registrasen ante ellos los esclavos y se justificase la esclavitud, viendo si habia fraude en el hecho ó no. Pero como muchas veces, llevados de la codicia estos mismos oficiales, eran parciales é iban todos á la parte de las ganancias, forzando los de este trato á que dijera el Cacique que habia vendido aquella gente á los cristianos, daba el Veedor por justificada la venta y el ser lícito tenerlos por esclavos, en cuyo precio daban al Cacique cuatro niñerías que en Castilla valdrian diez maravedís, y cuando sobre esto le querian hacer mucha cortesía, le entregaban algunas de sus mujeres, cargando estos avarientos mercaderes con depravadas conciencias con toda la demás gente, chusma y Gandules, con que se vinieron á estragar tanto estas provincias y robarse infinidad de haciendas; los cuales hechos (bien á la vista del mundo) quiso Dios no quedasen sin castigo, pues habiéndose tenido advertencia en los fines que tuvieron los más de los desalmados hombres que andaban en este trato, se vió haber sido miserabilísimos con muertes trabajosas y escandalosas, porque pecados de agravio y escándalo á voces piden estos fines; si bien en estas provincias y en todas las demás de estas Indias se prohibió luego á pocos años esto, por no parecer tan justificado, aunque tales causas suelen suceder en tales ó tales indios, que lo es el tenerlos por esclavos á lo ménos por algun tiempo.

En el que se hallaba Gerónimo Ortal viéndose anegado y desamparado de los suyos y los que le habian querido seguir, por ser tan pocos que no bastaban para emprender la jornada que pretendia ni ninguna otra de consideracion que fuese á lo largo, y de propósito le obligó á reparar la pobreza en que se hallaba, por el camino que llevaban los más en aquel tiempo, con que remediaban sus necesidades, que era el de hacer esclavos; para lo cual tenia cédula del Rey, que en aquellos tiempos era más dificultoso de alcanzar que de guardarla, pues siempre se daba con la justificacion que hemos dicho y se guardaba con el abuso que declaramos; aunque no todos los que trataban de esto eran de iguales y desalmadas conciencias, pues no faltaba entre ellos quien justificase el hecho ajustándolo al tenor de las licencias que para ello se le daban, de los cuales sabemos fué uno el Gerónimo Ortal, que por procurar ser tan ajustado en este trato y en no querer que su gente hiciese algun agravio á los indios, así en esto como en robarles sus haciendas, daban mil trazas sus Capitanes y soldados, que eran de más anchas conciencias, para que no fuese con ellos en las entradas que hacian la tierra adentro á hacer esclavos.

Como se echó de ver en una que intentó hacer por haber dado noticia los indios ladinos que vivian cerca del puerto de Maracapana y donde él estaba, que habian siempre procurado conservarse en paz con los españoles, diciéndoles que á pocas jornadas de aquel puerto, la tierra adentro, vivian en una gran poblacion un Senci principal, llamado Guaramental, poderoso en riquezas y número de vasallos, para donde se encendieron luego los ánimos de los soldados, deseando haber á las manos lo uno y lo otro; y no atreviéndose el Gobernador Ortal á fiar la entrada de otro que de su persona, por las razones dichas, fueron tantas las persuasiones con que los soldados procuraron disuadirle de eso, pareciéndoles que habia de enfrenar su larga mano y demasías, que al fin lo hubieron de convencer que se quedara en el puerto y enviara con cincuenta hombres al Capitan Agustin Delgado, que, como dijimos, habia traido en su compañía desde Cubagua, hombre muy de hecho, experimentado en negocios de guerra y entradas, por haberse hallado en algunas de las que se hacian á la tierra de Berberia desde las islas de Canaria, su tierra, y en las de aquellas provincias de Maracapana, como ya hemos tocado en algunas partes. No tenia poca experiencia en guazabaras de indios, donde sus valerosos hechos se habian señalado siempre entre los demás, por donde era estimado de todos los soldados, y así, á su peticion lo señaló el Gobernador por cabo de los cincuenta y envió á aquella entrada con instruccion de lo que habian de hacer para no agraviar á nadie.

CAPÍTULO II.

I. Sabe el Cacique Guaramental de la ida de los españoles á su casa, y sáleles de paz.—II. Aposéntanse en ella por algunos dias, donde fueron bien regalados.—III. Buscando trazas para sus intentos, ofrecen al Cacique desagraviarlo de sus enemigos.—IV. Dispónese todo para salir á una jornada contra el enemigo de Guaramental.

NO estaba tan descuidado el Cacique Guaramental, desde luégo que supo tenia españoles por convecinos, que no tuviera noticias con tiempo de la entrada que estos cin-

cuenta intentaban para dar sobre él y su gente, y habiendo escarmentado en cabeza ajena, por lo que les habia sucedido con soldados á otros caciques sus convecinos, por haberles querido hacer resistencia, y de algunos que con dádivas compraban y conservaban su amistad, acordó de ganar con la mano á estos soldados y ofrecérsela, enviando para el efecto algunos de sus principales vasallos con algunos presentes de oro y comidas, y que dijesen de su parte al Capitan se sirviese de recibirle en su amistad que él prometia guardar, y servir todo el tiempo que por allí anduviese, en cuya demostracion le ofrecia su pueblo y casas, donde le daria posada y serviria de todo lo necesario á él y á todos sus soldados y gente de servicio. Los cuales tuvieron ménos gusto de la embajada, que si fuera de hacerles resistencia y querer tomar las armas para contra ellos, porque con esta paz les ataba las manos para que sus codiciosos deseos no las metieran en las riquezas y bienes del Cacique y sus vasallos, que eran lo que más pretendian,

Pero al fin el Capitan Agustin Delgado no pudo huir el cuerpo en admitir lo que el Cacique le ofrecia, y así recibió amigablemente la embajada y los embajadores y el presente que le traian, ofreciéndole las mismas correspondencias á Guaramental, con que despidió á los mensajeros, marchando tras ellos sin detenerse hasta llegar al pueblo, donde los salió á recibir el Cacique acompañado de sus caballeros, con grandes demostraciones de alegría, y aposentó al Capitan y á todos los que iban con él, con su servicio y jumentos, en una muy bien fabricada ramada que mandó hacer de nuevo para el intento, dentro de su cercado, en que cupieron todos con mucha comodidad. Este cercado donde tenia sus casas el Cacique y se aposentaron los españoles, era de más de trescientos pasos en cuadro, cercado todo de gruesos troncos de espinosas ceibas y otros palos, entretejidos todos de largas y crecidas puntas naturales, con que la cerca no solo se defendia para que no se le arrimasen, pero tambien defendia los de dentro, en especial si era gente desnuda, como lo eran aquellos indios, para que no pudiesen subir por ella, demás de ser los troncos muy altos con que tenian el sitio por inexpugnable.

Las casas del Cacique, aunque de paja y á su modo, estaban bien y curiosamente labradas, demás de las cuales, con buena distincion y traza, tenia otros muchos cuartos divididos en aposentos para sus mujeres y gente de servicio, almacenes en que estaba toda suerte de armas que usaban en sus guerras, y otros pertrechos ; grandes galas de plumería, encrespados penachos, muchos bastimentos de carne de monte seca, maíz, cazabe y otras comidas, con muchas múcuras llenas de su vino hecho del maíz y yucas, que es su principal sustento. De todo lo cual hizo demostracion en razon de estado y grandeza el Cacique Guaramental, mandando proveer con abundancia á toda la compañía, y para que no faltase, que fuesen trayendo los vecinos del pueblo y de otros, sin cesar á todas horas, como ya él lo tenia repartido, porque era hombre de buen gobierno y á quien temian y respetaban sus vasallos, por lo cual no osaban hacer otra cosa, y porque conocian el semblante de los soldados, y aun en las muestras que entre todos estos regalos daban de su codicia, que si se les daba ocasion faltándoles en algo para saquearles el pueblo y hacerles otros daños, no habian de ser parte para atajarlos el cuidado con que en todo les acudian.

Los dias que se detuvieron en este pueblo, fué bien de los cabellos, porque si bien no les faltaba nada de lo necesario para su sustento y regalo, como todo venia á parar en esto, y veian atajados todos los caminos de los deseos que los habian sacado de su ranchería y puerto, porque, conforme á buena disciplina, no hallaban camino para hacer mal á quien les hacia tanto bien, gastando sus haciendas en sustentar los estomagados. Ya de esto imaginaban caminos por donde sacar á luz, con efecto, los deseos de hacienda que los traian inquietos. Entre los demás pensamientos que echaban á volar en busca de estas trazas les cuadró uno, de hablar al Cacique y preguntarle si entre sus convecinos tenia algun enemigo de quien hubiese recibido algunos agravios, porque ellos (estándole tan obligados con el buen tratamiento) se ofrecian á desagraviarlo, con intentos de, vueltos de esto, hacer algun pillaje, con que comenzasen á paladear su hambre. No fué poco el gusto que recibió de este ofrecimiento el Cacique, ni le pareció haber sido mal empleada la costa que le habian hecho, si ellos estaban fijos en lo que le prometian, porque se hallaba agraviado de cierto principal convecino suyo, llamado Arcupon, con quien de muy atrasados tiempos habia tenido crueles enemistades y guerras, en las cuales le habia despojado al Guaramental de la posesion de una laguna de pesquería, que él y sus pasados habian siempre poseido para sus pescas y recreaciones.

Y así agradeciéndoles el ofrecimiento que le hacian, respondió que tenia aquel Ca-

cique por su enemigo, y que si le querian cumplir la palabra, él les daria guías y gente de guerra que les ayudasen á pelear. Los soldados no deseaban otra cosa, aceptando la empresa con facilidad, y con esta misma rogaron al Capitan no la desechase, poniéndole por delante la pobreza de todos y el remedio que podria tener en la faccion ; á que el Capitan no fué tan poco dificultoso corresponder, y así concertó que no se dilatase la salida más que hasta otro dia á la del sol, por el peligro que podia haber en que avisasen del trato al enemigo de Guaramental, el cual con esta resolucion juntó hasta novecientos indios de guerra aquella noche, de los que tenia más á mano, y abriendo los almacenes y atarazanas donde tenia las comidas y armas para tales ocasiones, fué repartiendo por su propia mano á cada uno como le pareció. Y habiéndoles exhortado el órden que habian de guardar, con un largo parlamento y hecho ciertas ceremonias que entre ellos se usaban en estas ocasiones, y habiéndoles nombrado un Capitan á quien habian de obedecer, y que por la mañana á las primeras luces estuvieran todos en la plaza, donde los aguardarian los españoles, con quienes habian de ir, los despidió á sus casas á prima noche (que ya en disponer estas cosas se habia llegado) para que bebiesen todo lo que restaba de ella é hiciesen sus bailes y danzas, pues sin haber precedido esto, segun lo usaban, de ninguna manera saliera ninguno del pueblo para la guerra.

CAPÍTULO III.

I. Sale Agustin Delgado con los soldados y otros indios amigos, y dan sobre el pueblo de Arcupon.—II. Entre los demás que sacaron de este pueblo fueron cuatro mujeres muy hermosas.—III. Tienen noticia de otro Cacique rico, y pártense en su demanda.—IV. Túvola el Cacique de su ida, y sáleles de paz, con que luégo tomaron la vuelta del puerto de Neberi.

APÉNAS habia despuntado otro dia las primeras luces, cuando hallándose juntos los novecientos indios con los españoles, comenzaron á seguir la vuelta del pueblo de Arcupon, que estaba de allí dos jornadas pequeñas, y habiendo caminado la una de dia por trochas excusadas de entre árboles, por no ser sentidos, y descansado el primer cuarto de la noche caminando el resto de ella, llegaron al quebrar del alba á vista del pueblo, que estaba sentado á la márgen de un pequeño rio, llamado Dunare, de ameuísimas riberas, pobladas de toda suerte de árboles frutales y silvestres, fresco, de apacible y agradable temple, bien proveido de todo género de caza y pesca, valientes y dispuestos indios y de indias de muy buen parecer, bien trazada toda la poblacion de las casas, sobre quien dieron entre dos luces, comenzando á ranchear cuanto topaban, con que se hizo no pequeño estrago, así de esto como de muertes de muchos indios, no por manos de los españoles, porque aunque prendieron no mataron á ninguno, sino de los indios de Guaramental, que tomando brios al abrigo de los soldados, los empleaban con tan cruel fiereza en sus contrarios, que con cruelísimas muertes, como siempre ellos lo tienen de costumbre en estas enemigas, no dejaban persona á vida de cuantas podian haber á las manos, sino eran algunas pequeñuelas criaturas que ellos podian criar y hacer á sus costumbres, teniéndolos siempre por esclavos ; y quiero decir esta palabra, que si alguna vez entre estos sacos y estragos que hacen los unos indios en pueblos de los otros, hallan á vueltas de las demás personas algunas criaturas que sean hijas de español é india, que acá se llaman mestizos, en ninguno ensangrientan primero sus manos, ni con más gusto, que en ellos, con temores que en creciendo los han de sujetar como lo hicieron sus padres, y así de ordinario aborrecen más los indios á los mestizos que á los españoles, y les temen más, porque los hallan más crueles para con ellos, y por la razon dicha.

Entre el saco que sacaron de este pueblo, no con poco estrago de haciendas y vidas, pues entre los demás perdió la suya peleando el Cacique Arcupon, se hallaron cuatro chinas, que son indias de poca edad hasta que se casan, tan blancas, rubias y hermosas, como si se hubieran criado en Flandes, de que tambien se han hallado algunas en estos llanos, la tierra más dentro, y yo he visto una que se ha criado en esta ciudad de Santafé desde niña, tan blanca y rubia como hemos dicho. Preguntando los españoles si aquellas cuatro mujeres eran de otra nacion circunvecina á este pueblo que fuesen todas de aquel color, les respondieron ser nacidas y criadas en aquel pueblo, y que aquella blancura les venia de haber estado desde que nacieron tan encerradas que jamás les habia cubierto el sol, como se echaba de ver, pues al modo de aves nocturnas, en sacándolas á él se cubrian los ojos, por lo mucho que les ofendia la luz.

Ya iban acabando los soldados é indios de hacer el rancheo y estrago del pueblo cuando llegaron otros ochocientos de socorro que en favor de los cristianos enviaba el Guaramental, los cuales entregándose de nuevo en las reliquias que habian quedado del primer saco, acabaron de asolarlo totalmente, á quien el Capitan Delgado con los primeros novecientos que los habian acompañado, pareciéndole ya no tenia necesidad de los unos ni los otros, volvió á enviar á su pueblo, y él con sus soldados, viendo que era poco el rancheo que habian habido á las manos en aquél, por haber sido tantos los indios que se habian hallado en el pillaje, se procuró informar de otras poblaciones donde pudiesen hacer lo mismo, con deseos de mayores provechos. Diéronle noticias, entre estas diligencias, de otro pueblo que estaba dos leguas de aquél, cuyo Cacique se llamaba Guere, de crecidas riquezas que poseia, y gran número de vasallos que se las tributaban, en cuya demanda se partieron luégo.

El Cacique Guere, habiéndole llegado mucho ántes que los españoles la noticia de que iban á sus tierras ó por haber sabido lo bien que le habia sucedido á Guaramental haciendo paces con ellos, ó por entender en comun cuántos bienes traiga y males excuse la paz (que hasta conocer esto no hay luz tan nebulosa de bárbaro que entre sus tinieblas no se manifieste), envió al camino tres ó cuatro Capitanes de los más principales de los suyos, ofreciéndosela y muy segura amistad, como lo verian con obras si se sirviesen de admitirlo por amigo é irse á aposentar á su pueblo y casas. No pudo el Capitan Delgado huir el cuerpo á admitir lo que se le ofrecia, como lo hizo, bien contra la voluntad de los soldados, que pretendian más el cumplimiento de sus deseos de haber á las manos riquezas, que asentar paces, por el estádo de pobreza en que se hallaban. Llegaron al pueblo, donde le salió á recibir Guere con el resto de sus principales, y aposentó en sus casas, dando por todos los caminos que fueron menester muestras de amistad sin faltar en su servicio con todo lo que pudieron y tuvieron los indios, á que correspondió con honrados términos y palabras el Capitan, los dias que estuvo allí descansando, despues de los cuales, sin haberles hecho otro daño particular más que haberles gastado buena parte de sus comidas, tomando todos los españoles la vuelta del pueblo del otro su amigo Guaramental, donde hallaron el mismo alojamiento y gusto para recibirlos que ántes; y recogida tanta abundancia de vituallas, que habia largamente para sustentarse quinientos españoles con su carruaje hartos dias, aunque á pocos (viendo no medraban en otra cosa que en comer) se salieron de este pueblo y tomaron la vuelta del puerto de Neberi, donde habia quedado su Gobernador Gerónimo Ortal, llevando las piezas de indios é indias que habian podido haber en el pueblo de Arcupon, que se vendieron por esclavos, con cuyo precio y el poco oro que tambien habian podido coger en el pillaje, fué razonable el número que se juntó.

CAPÍTULO IV.

I. Anda con cuidado Sedeño buscando gente para volverse otra vez á la isla de la Trinidad—II. Tiene nuevas noticias de las riquezas de Meta—III. Estas noticias pusieron deseos en algunos soldados para seguir á Sedeño, con que fué á la isla de Santo Domingo á pedir licencia para la jornada—IV. Llega el Capitan Baptista con gente, enviado por Sedeño, al puerto de Maracapana, y Ortal entra con la suya la tierra adentro.

NO se le acababa á Antonio Sedeño el pio con que siempre andaba, desde que volvió á la isla y ciudad de Puerto Rico, del de la Trinidad, como dijimos, de volverse á ésta con deseos de no perder el gobierno y adelantamiento que el Rey le habia dado en ella; y así en tanto que pasaban las cosas que hemos contado en la jornada del rio de Paria ú Orinoco y en la costa de Tierrafirme, andaba cuidadoso en la isla de Puerto Rico solicitando los ánimos de los soldados y gente que hallaba desocupada á que quisiesen seguirle en esta jornada. Pero esto le era más que dificultoso, por tenerla infamada tres cosas, que bastara la una para hallar á todos desganados de emprenderla: lo primero por las pocas esperanzas de provecho que todos se podian prometer en aquella tierra, por no haber hallado hasta entónces en ella rastros de oro ni plata, que son los que allanan imposibles de dificultades; pues á haber esto, las otras dos no lo fueran, que eran la bravosidad de los indios y fuerte yerba con que peleaban, y la fragosidad de la tierra, toda montañosa y desacomodada para crias y labranzas, á lo ménos de las cosas de Castilla.

Esta fama que habia volado por todas aquellas islas y puertos de Tierrafirme, tenia

á los españoles del parecer dicho y al Gobernador Sedeño echando perpetuos balances sobre lo que haria en razon de conseguir sus intentos, sin hallar sus pensamientos salida que le cuadrase, hasta que se la dió el dicho de una india que tenia en su casa esclava, entre otros que habia traido de Tierrafirme. La cual sobre las noticias que comunmente andaban de las riquezas del rio de Meta, que habian sido las que habian hecho emprender las dos jornadas de Ordas y Ortal, las engrandeció tanto levantando tan de punto las riquezas que por allí bajaban de otras tierras, que, como hemos dicho, eran estas del Nuevo Reino de Granada, de esmeraldas, oro, sal y telas de algodon, que prometiendo entregarle en ellas, si fuese con la gente que bastase á resistir tantos y tan valientes indios como habia por el camino, se consideraba ya Sedeño uno de los más principales príncipes del mundo en prosperidades de esto y señorío de vasallos.

Comenzáronse á derramar y realzar de nuevo estas noticias que habia refrescado la india, por parte del Sedeño y de algunos pocos de sus amigos, que al cebo de ellas se le allegaron, que viendo que ya el intento de la jornada no era para la isla de la Trinidad, que tanto se aborrecia, sino para la Tierrafirme y provincias tan gruesas y prósperas, donde decia la india, se comenzaron á levantar los ánimos y bríos de algunos soldados vagabundos, y que no tenian en qué entretenerse, que ya ellos solicitaban el de Antonio Sedeño para que emprendiera esta jornada. El cual aprovechándose de la ocasion para conseguir sus primeros intentos de no perder su Gobernacion y adelantamiento, que era á lo que principalmente tenia la mira, por ser lo que más le importaba, condescendió con el parecer de los que le persuadian esto, teniendo intentos de so color de las noticias de Meta juntar la gente que pudiese y puesta en Tierrafirme, le seria fácil de buscar modo de dar la vuelta con todos á la isla de la Trinidad.

Estos intentos solicitaron á Sedeño á tomar la vuelta de la isla y ciudad de Santo Domingo, donde proponiendo las más claras y grandiosas noticias que; sobre todas las que hasta allí habia habido, tenia de ellas grandes riquezas de las Provincias de Meta. Pidió licencia á la Real Audiencia para hacer entradas en la Tierrafirme (caso que no pudiese salir con lo capitulado de la isla de la Trinidad) y poder poblar en las Provincias que descubriese, concediéndosele con facilidad esta licencia como la pidió, por los buenos efectos que de lo que prometia se podian seguir. Con la cual y la fama dicha, que cada hora habia ido tomando mayores fuerzas, volviendo á la isla de Puerto Rico con mucha brevedad, por estar los ánimos tan bien inclinados, juntó hasta ciento y cuarenta hombres y con cuarenta caballos los envió en dos carabelas con un Capitan llamado Baptista, á Tierrafirme, quedándose él en la isla juntando más gente y otros pertrechos necesarios á la jornada. El Baptista, con los que llevaba, llegando en pocos dias y buen tiempo á Tierrafirme, desembarcó en el puerto de Maracapana, tierra por entónces famosa por sus muchos y ricos naturales.

No tardó mucho despues de haber desembarcado Baptista, que no lo supiese Gerónimo Ortal, por estar, como hemos dicho, este puerto del de Neberi, donde estaba rancheado, solas dos leguas. No se alborotó de esta llegada de Baptista Gerónimo Ortal, si bien habia surgido tan cerca de su puerto, donde él tenia tomada posesion de su Gobierno, ántes se comunicaron amigablemente el uno con el otro, pareciendo á ambos que en tierra tan larga y tan poblada que era capaz de dar en qué entender á todas las provincias de España, no habia para qué mover disensiones, pues para todos habia (sin estorbarse unos á otros) largas tierras que pisar y conquistar. Dias habia cuando llegó Baptista, que Gerónimo Ortal andaba disponiendo entrarse la tierra adentro con toda su gente, á que les iba forzando la falta que tenian de comidas, y el deseo de hacer algun efecto allanando Provincias. Puso esto en ejecucion comenzando á caminar con hasta setenta soldados con quienes á pocos dias topó con unas grandes y bien pobladas ciudades de moradores de tan buena masa y condicion, que deseando más la paz y amistad, pareciéndoles ser de más estima que cuanto podian gastar con los españoles, les salian á recibir al camino prometiéndosela, con que no les sucedia á los soldados lo que pretendian, por tener puestos los ojos más en el provecho de las riquezas que les podian venir á las manos en la dudosa guerra, que en la segura paz, pues de esto no podian háber á ellas los esclavos y acrecentados caudales que en la otra fueran posibles.

Pero el Gobernador, viendo ser obligacion precisa, sin poder hacer otra cosa en conciencia, los admitia de paz y prohibia con graves penas á los soldados les hiciesen algun daño, aun en cosas muy menudas, lo cual hacian por miedo de la pena, pero no de

la culpa. Viéndose tan enfrenados en sus deseos por la rectitud del Gerónimo Ortal, hicieron junta todos, despues de haber descansado ciertos dias en uno de aquellos pueblos donde lo regalaron con todo lo que los indios tenian; y volviendo otra vez (como en la ocasion pasada) á persuadirle se volviese al puerto, donde quedó algun resto de la gente con el carruaje, pues ellos bastaban á hacer aquellas entradas, sin poner su persona en riesgo, fueron tan importunos en estas persuasiones, que ya casi llegaban á quererle forzar á ello. Por lo cual, advirtiendo el Gobernador que podrian suceder mayores inconvenientes de motines ú otra cosa, en la perseverancia de estar con ellos que en volverse al puerto, como se le pedia, escogió esto por ménos malo. Y dejándoles por cabeza y cabo al Capitan Agustin Delgado, que era á quien ellos pedian los gobernase, que debiera de ser de tan ancha conciencia como ellos, tomó hasta ocho compañeros, y con ellos la vuelta del puerto, dejando encargado al Agustin Delgado las obligaciones que tenia de no hacer agravios en ningunos de los pueblos ni indios con quienes se encontrase.

CAPÍTULO V.

I. Vuélvese Gerónimo Ortal al puerto, y los soldados prosiguen la entrada.—II. Hacen esclavos los soldados de Ortal á más de quinientos indios, y véndenlos.—III. Entrase Baptista á invernar la tierra adentro, al pueblo de una Cacica.—IV. Envía Gerónimo Ortal al Capitan Nieto al pueblo de Guaramental, donde le prendió el Capitan Baptista.

CON la partida de Gerónimo Ortal parece que se hallaron sus soldados con el desahogo que deseaban, y sin estorbo para sus intentos, y así, poniéndolos en ejecucion, comenzaron luego á desmandarse, entrando en las poblaciones circunvecinas á donde estaban, donde por fas ó por nefas que estuviesen de paz y de guerra les robaban lo que tenian, y tomaban por esclavos los que les parecian más á propósito para tener de ellos salida. Ibanse con esto avispando los pueblos, con ser, como hemos dicho, todos de tan buena masa, que tomando las armas en su defensa, la hacian de sus personas y hacienda, como en especial sucedió en un pueblo llamado Menequí, donde sabiendo sus moradores iban los españoles á hacer lo mismo que en otros pueblos habian hecho, los estuvieron aguardando con buen órden de guerra, é hicieron rostro y resistencia á su entrada, con buenos principios de brios, si bien fueron bien pocos con los de los españoles, por la flaqueza de sus armas, que al fin son todas de palo. Pero sirvióles la demostracion de resistencia para que entrándoles el pueblo los soldados se abstuviesen de cautivar alguna gente, con temor de que podia suceder que embarazados con los cautivos, si los demás revolviesen sobre ellos, no se hallasen tan libres á la defensa, y así se contentaron sin llevar ninguna gente, sacar algo de las demás cosas que pudieron haber á las manos, habiendo tomado en precio de ellas los indios, el enviar heridos algunos de los soldados.

Con lo cual (que fué el último suceso de aquella entrada) y por haber ya hecho sus mangas en los pueblos de ántes, de algun oro y más de quinientas piezas de cautivos, dieron la vuelta al puerto de Neberi, donde les estaba aguardando su Gobernador, que recibiéndolos con alegría no puso mucho cuidado en informarse del modo que habian tenido en hacer los esclavos, por entender serviria de poco esta diligencia, por no ser parte, aunque quisiera, para remediarlo; y así se dió luego órden cómo se herrasen todos por esclavos, ante los oficiales reales que cobraban los quintos. Y tratando luego de la venta con ciertos mercaderes de este trato que habian llegado allí poco habia con unas naves de las islas de Santo Domingo, Puerto Rico, Margarita y otras (porque de éstos nunca faltaban, por saber que siempre habia de asiento algunos soldados en aquella costa, que se ocupaban en hacer estos esclavos teniéndolo por trato) los vendieron á todos, rescatando con unos mercaderías de España, y otros por precio de oro cada uno, chico con grande, á razon de á diez pesos, que como les habian costado poco no reparaban en darlos por moderados precios para no espantar los mercaderes, sino que ántes, engolosinados con lo poco que por ellos les pedian, acudiesen con más frecuencia y no les faltase á quien venderlos, no mirando esta gente (como aquellas culpas daban el golpe en las almas y no lo sentian) que algun tiempo lo habian de sentir en almas y cuerpos, si los cogía la muerte sin hacer penitencia y satisfaccion de ellas.

Ya en este tiempo (que eran los últimos dias del año de mil y quinientos y treinta

y seis) iban apuntando las aguas del invierno (que en todas estas tierras comienza por entonces al contrario de otras, como son éstas del Nuevo Reino, que entonces se acaba) y la hambre por la falta de comidas en la gente del Capitan Baptista, en el puerto de Maracapana, por lo cual acordó entrarse á invernar la tierra adentro, donde pudiera reparar esta necesidad y esperar á su Gobernador Sedeño que aguardaba por horas, dejando dispuesto en el puerto cómo pudiera entender cuando llegase, la derrota que llevaba. Hízolo así tomándola para el pueblo del Cacique Guaramental, por donde pasó despues de haber tomado algun refresco, sin detenerse hasta dos jornadas más adelante, donde se alojó en el pueblo de una gran señora Cacica, llamada Orocomay, donde procuraba sustentarse con el menor perjuicio que podia. así de los indios del pueblo como de los españoles de Gerónimo Ortal, que andaban divididos para sustentarse entre los pueblos de los indios amigos, si bien ya le habian quedado al Gerónimo Ortal solos treinta hombres, por haberse huido los demás, cada cual por donde podia, y éstos hubieran hecho lo mismo si hallaran la comodidad de los otros con quien asentar, para hacer alguna jornada, porque aunque se le habian ofrecido algunos al Baptista, diciendo que si los queria admitir en su compañía le servirian, no habia querido acudir á esto, pareciéndole no era esto acudir á los honrados respectos y amistades que habia comenzado con Gerónimo Ortal, fineza que habia sido de estima entre los soldados del uno y del otro, con que habia cobrado nombre el Baptista de hombre de buenos é hidalgos respectos, y lo conservara mucho más, si no lo deslustrara despues con lo que hizo con el Capitan Nieto de los de Gerónimo Ortal, como luego diremos.

Una de las más principales razones, sobre la que hemos dicho de que el Gerónimo Ortal les iba á la mano para no desenfrenarse en insolencias, porque se le iban deslizando por una parte y otra, hasta quedar con tan pocos como hemos dicho, era el saber que el tiempo de las cédulas de su gobierno se iba cumpliendo del todo, ó lo estaba ya, el cual inconveniente procuraba reparar el Gerónimo Ortal diciendo que esperaba por horas nuevos recaudos de España en confirmacion de él, con que pensaba emprender nuevas jornadas, para las cuales, en dándose la voz, se llegaria más gente de la que hubiese menester; y así, que los que quisiesen perseverar con él (decia á sus soldados) saldrian con grandes mejoras de su mano, que todos los demás con que entretenia á aquellos con que se hallaba, á quien (como no tenia bastante sustento) enviaba (como dijimos) entre los pueblos de los indios amigos, donde se entretenian mientras llegaban los recaudos que decia, y rescataban comidas y esclavos con las cosas de Castilla que habian comprado de los navíos á trueque de los otros que les vendieron.

Para que estos soldados, que andaban divididos, tuvieran más seguro de lo que se les podia ofrecer, así entre indios, de quienes en la mejor paz no se puede tener ninguno, como de los soldados de Baptista, si acaso algunos no quisiesen guardar la amistad que entre las dos cabezas se habian prometido, ordenó el Gerónimo Ortal que el Capitan Nieto (uno de los que tenia entre sus soldados, con cinco ó seis de ellos) fuese al pueblo del amigo Guaramental, que era casi á la mitad de la Provincia donde andaban divididos los compañeros, y les hiciese escolta desde allí para todo acaecimiento. Súpolo el Capitan Baptista, y olvidado de las cortesías y demostraciones de amistad que habia tenido en los puertos con el Gerónimo Ortal, mudó de intentos, teniéndolos ya de destruirlo con toda su gente.

Lo cual, segun entendieron algunos soldados, habia hecho entonces por haberse hecho ya á las mañas y usanza de aquellas jornadas en que no estaba experimentado, por ser chapeton en la tierra cuando tuvo aquellos cumplimientos y cortesías, y tambien porque le pareció era contra su presuncion y punto de honra, y en su vituperio y menosprecio el haberle puesto Gerónimo Ortal, tan cerca de donde él estaba, al Capitan Nieto con soldados. Y así, enviando cuarenta de los suyos, les mandó que diesen una trasnochada sobre el Capitan Nieto y sus compañeros y los desarmasen y quitasen un solo caballo que tenian, añadiendo por fin de las causas dichas, de que por aquel camino se amedrentaria el Gerónimo Ortal y sus soldados, de manera que por temores de que él no los acabase de destruir, siendo tan pocos, y él de tan conocidas ventajas de gente, se saliesen de la tierra y quedase él solo en ella. Fueron puntuales los cuarenta soldados de Baptista en lo que les mandó, y dando un albazo sobre el Capitan Nieto y los demás, con que los cogieron desapercibidos y casi durmiendo, los despojaron de las pocas armas y el caballo que tenian, y dejándolos casi sin vestidos se volvieron con el flaco despojo á su Capitan, que lo estimó en más que si fueran los tesoros del Craso y Creso.



CAPÍTULO VI.

I. No le parece al Capitan Baptista que Gerónimo Ortal puede tomar satisfaccion de la injuria que hizo al Capitan Nieto—II. Prende Gerónimo Ortal la gente que de nuevo llegó, enviada por Sedeño al puerto de Maracapana—III. Envía Ortal á tomar los pasos de los caminos para que no se dé aviso á Baptista—IV. Sale Gerónimo Ortal en demanda del Capitan Baptista.

NO les pareció tan bien este hecho del Capitan Baptista á todos sus soldados, que no lo comenzasen luego á murmurar, y no tan en secreto que no viniese á su noticia, y que tambien decian que no tenian que prometerse ningun seguro, pues estaba claro que el Gerónimo Ortal habia de procurar satisfacerse del agravio, y que por donde se podia asegurar algo, era procurando haberle tambien á las manos y á sus amigos, poniéndolos en parte segura, donde aunque quisiesen no pudiesen tomar las armas para la venganza; porque, como dice el adagio español, la pendencia ó no comenzarla ó acabarla. No solo no atendió mucho á estas pláticas, ó por mejor decir avisos, el Baptista, ni algunos de sus amigos, pero ántes se reian diciendo donaires, con el seguro que tenian de lo poco que les parecia podia hacer Gerónimo Ortal con tan pocos soldados como tenia, y esos tan desavenidos como él sabia. El Capitan Nieto no se durmió en dar aviso á su Gobernador de la injuria que á él y á sus soldados se les habia hecho, debajo del seguro de amistad que se habia trabado entre todos, la cual injuria no solo el Gerónimo Ortal, sino aun tambien cada soldado de los suyos, tomó por propia y propuso vengarla por entero cada uno, como si en particular la hubieran recibido: en especial quedaron irritados á esto, habiendo alcanzado á saber algunas palabras que habia dicho el Baptista y su gente en menosprecio y poca estimacion de la de Ortal, que fué ponerle espuelas á lo dicho.

En este tiempo llegó al puerto de Maracapana otra carabela con ciento y cincuenta hombres y treinta caballos, y por Capitan de ella un Vega, que lo enviaba el Gobernador Antonio Sedeño desde Puerto Rico donde él, aunque se quedaba para traer más gente y estuvo hasta cuando diremos. Esta carabela, al entrar en el puerto, dió al traves y se hizo pedazos, dando lugar primero que se fuera á pique á que se sacase sin peligro cuanto venia en ella, que solo en perderse ella se resolvió todo el daño del naufragio, por haber sido tan á la lengua del agua. No pasó mucho tiempo, por estar, como hemos dicho, los dos puertos tan cerca, que no supiese Gerónimo Ortal de la llegada y suceso de la carabela, y pareciéndole juntamente con los Capitanes Agustin Delgado, Nieto y otros sus amigos, que les habia (como dicen) caido la sopa en la miel, trayéndoles la ocasion á las manos para comenzar á satisfacerse de la injuria del Capitan Baptista, siendo todos unos, por ser de un Gobernador los que habian llegado al puerto, y los otros de Baptista, y que seria acertado embestir á los del naufragio á tiempo que estuviesen descuidados, determinaron (de parecer de todos) hacerlo así, y pareciéndoles habia peligro en la tardanza, sin detenerse un punto, con la poca gente y armas que se hallaron en el puerto, marcharon aquella misma noche que se siguió al dia que habian desembarcado, y llegando al cuarto del alba á donde estaban alojados, y sin postas de guarda, dieron sobre ellos que estaban casi dormidos, y almadeados, sin que hubiese entre toda la gente hombre de bríos que tomase las armas, sino fué un clérigo que venia en la compañía, que los tuvo tan buenos, que procuró defenderse lo que pudo y hacer rostro á todos los contrarios; pero al fin como sólo se cansó presto y rindió las armas, como los demás tambien lo hicieron, no solo por lo dicho sino por entender por el ruido que hacian los que los iban prendiendo y ser de noche, que era mucha más fuerza de gente y que podia suceder los matasen á todos si se ponian en resistencia, y de estos dos males escogieron el menor, que fué dejarse prender y despojar de todo cuanto traian.

Lo cual hicieron tan del todo los soldados de Gerónimo Ortal, que ni aun cuchillo de escribanías con que pudiesen cortar la comida les dejaron, ni otra cosa que les fuese de provecho, fuera de alguno del matalotaje que traian, con que sin hacerles otro daño de herida ni mal tratamiento tomaron la vuelta aquel mismo dia de su alojamiento y puerto de Neberi, donde comenzaron luego á dar órden en cómo habian de seguir la venganza contra Baptista, por verse ya con tan acrecentadas fuerzas de armas y treinta caballos, porque no les dejaron uno; pero entre tanto que acababan de dar asiento al acertado modo que habian de tener para haber á las manos al Baptista y su gente, ó á lo ménos desbaratarlo

para atajar que no tuviese aviso el Baptista de lo sucedido con el Capitan Vega y su gente, ni de la del Baptista supiese comunicar con la del Vega, les pareció acertado se pusiesen centinelas en los pasos forzosos de los caminos por donde habian de ir estas nuevas, y que se guardasen de manera que nadie pasase que no fuese preso. Buscaron para esto soldados tan á propósito que puestos en los pasos tuvieron tanta vigilancia que dentro de pocos dias prendieron en ellos casi treinta hombres que de los del Capitan Vega iban á dar aviso al Baptista. Lo cual pudieron hacer con facilidad por ser chapetones en aquellas tierras y no saber desechar aquellos pasos forzosos, y por ir desarmados.

No se descuidó con esto el Gerónimo Ortal en dar prisa á su partida, pues con la brevedad posible, habiendo repartido entre sus soldados las armas y caballos del pillaje, y dado comision de su Teniente general á Agustin Delgado, se partió para la Provincia de la Cacica Orocomay, donde aun se estaba el Capitan Baptista, y llegando á los puestos de las centinelas que habia enviado, halló que tenian presos los soldados dichos, á los cuales procuró, con persuasiones, reducir á su compañía y que le siguiesen en aquella jornada, prometiéndoles gratificárselo, y que el que no quisiese hacerlo así, con mucho gusto, se volviese desde allí á la costa. Viendo los presos cuán favorable le mostraba el rostro la fortuna al Gerónimo Ortal, los más se determinaron á seguirle, con los cuales, y con algunos otros que recogió de los que dijimos andaban esparcidos por los pueblos de los indios amigos, juntó más de cincuenta hombres, con que fué marchando á paso largo y jornadas dobladas, hasta que llegó al alojamiento del Capitan Baptista, sobre quien dió una noche, sin que ninguno hubiese tenido rastro de su venida, pero hallólo casi despoblado, pues no habia más que veinte hombres en él, por haber ido los demás con su Capitan la tierra adentro á buscar comidas.

Prendieron á éstos sin resistencia, por ser tan pocos, y saquearon todo lo que hallaron en los ranchos, y tomando noticia de la derrota que el Baptista y su compañero habian llevado, apénas hubieron despuntado las primeras luces cuando se partieron siguiéndola con el mismo cuidado y paso largo que habian traido hasta allí, porque al tiempo que dieron sobre el alojamiento se habia escapado un negro esclavo del Baptista é iba á toda prisa delante de ellos á darle aviso de lo que pasaba, y procurando darle alcance ántes que llegase á su amo y tuviese lugar de recoger su gente, si la traia esparcida, y prevenirse ántes que ellos llegaran, caminaban todo lo posible viendo el peligro que habia en la tardanza; y así llegaron con brevedad á un pueblo de un indio principal, cristiano y ladino, llamado Diego, donde entendieron estaba el Capitan Baptista, pero no hallaron más que dos soldados que habian quedado en guarda de algunas comidas de las que iban allegando allí y al negro que habia salido á dar el aviso, á los cuales prendieron, con que se aseguraron del miedo que llevaban no lo tuviese el Baptista, de cuya derrota, habiéndose informado, supieron que estaba con su gente tres jornadas de allí, y que con brevedad lo esperaban.

En esto estaban ocupados Ortal y sus soldados, cuando llegó á la aldea su Cacique don Diego, de donde estaba el Capitan Baptista, que venia á ver á su mujer, por haberlo enviado á llamar, que estaba enferma. De éste supieron cómo el Baptista quedaba donde habian dicho los dos soldados, y que en volviendo él se vendrian todos, que no quedaban aguardando otra cosa sino su vuelta. Sabiendo el don Diego los intentos del Ortal, por habérselos dicho él mismo en secreto, nada le pesó de ellos, por haber recibido algunos agravios del Baptista y sus soldados, con que el Gerónimo Ortal halló disposicion en el indio para que le ayudara á salir con la faccion que pretendía; y así, le instituyó en lo que habia de hacer cuando volviese á donde estaba el Baptista, asegurándole de que no habia en su pueblo, ni en otra parte de la comarca, quien le contradijese en nada, ni habia tenido rastros ni noticias del Gerónimo Ortal; protestándole al indio que si lo hacía así, se lo gratificaria bien, y si al contrario, lo destruiria á él y á toda su gente y vasallos.

CAPÍTULO VII.

I. Tiene Gerónimo Ortal noticias dónde está el Capitan Baptista y cuándo ha de volver, y pónele espías—II. Avisa al Baptista un clérigo del despojo que habia hecho Ortal al Capitan Vega en el puerto—III. Pónense en emboscada en el pueblo los soldados de Gerónimo Ortal, para ir prendiendo á los de Baptista como fuesen entrando—IV. Fué preso el Baptista con casi todos sus soldados.

COMO el indio halló lo que deseaba en los intentos del Ortal, propuso de hacer lo que le habia industriado mejor que se lo dijo, como lo hizo, y partiéndose de su pueblo dentro de dos dias, en otros dos llegó á verse con el Capitan Baptista y su gente, dejando dicho que á otros dos de como llegase, estarian allí de vuelta todos, con que el Gerónimo Ortal, sin descuidarse un punto al tiempo que convino, mandó poner atalayas en partes bien dispuestas, de donde se pudiese ver de mucha distancia el camino que habian de traer, las cuales, estando con el cuidado que convenia al tiempo que dijo el indio que vendrian, dieron aviso como parecia descolgarse gente por la cuesta de una pequeña sierra que estaba poco ántes del pueblo. El Capitan Alderete, que era uno de los de mayor satisfaccion que estaba entre los de Gerónimo Ortal, por la experiencia que tenia en el arte militar y costumbres de los españoles en estas jornadas, dijo en dando las atalayas el aviso que en el caminar de los soldados y órden ó desórden que trajesen, echaria de ver si estaban avisados ó no, porque si lo estaban sería cosa cierta vendrian en orden, y si no á la deshilada cada uno por su parte. Para certificarse de esto se subió á la cumbre de un bohío, y vió que en bajando la gente á lo llano, por donde decian las centinelas, se juntaba y hacia muela, que lo tuvo por señal de querer allí ordenarse en escuadron; y no fué eso sino que al pié de la cuesta hallaron al clérigo que dijimos habia venido con el Capitan Vega, que les iba á dar aviso.

El cual, como debiera de ser vaqueano en la tierra, y hombre de hecho, habia desmentido las centinelas que habia puesto en el camino el Gerónimo Ortal, y por otro diferente de trochas que él sabia, ó por ventura habiéndolo guiado algun indio amigo, se habia escapado de caer en sus manos, y llegado al sitio donde ahora estaba con los soldados de Baptista, sin haber encontrado en el camino ningun español, y así no supo dar razon cierta dónde estaria el Gerónimo Ortal, ántes despues de haberle dicho lo que habia sucedido en el puerto, de que recibió notable pena, aseguró al Capitan Baptista (que no le fué de poco inconveniente) diciendo quedaba el Ortal tan atrás, que por mucha prisa que se diese no se podian dar vista los unos á los otros en tres ó cuatro dias; aunque el sentimiento del Baptista por el despojo de sus compañeros y victoria que habia tenido el Ortal, no era pequeño, haciendo, como dicen, de tripas corazon, comenzaron luego á blasonar de sus fuerzas y bríos y hacer demostraciones de tener en poco las de su contrario, alargándose á decir contra él palabras de vituperio, ó por parecerles estaban séguros de no verse con él, á lo ménos tan presto, ó que cuando se viesen eran muy menores las fuerzas que traia para con las de sus brazos, y que sin armas, con solos papirotes, los rendirian. Y así fiados con vanidad en estas vanas presunciones, con el desórden que habian traido hasta allí, comenzaron á caminar lo que faltaba hasta el pueblo, donde estaba el Gerónimo Ortal con su gente en emboscada para dar á tiempo sobre ellos.

Reconoció todo esto el Capitan Alderete, y en el desórden que traian, que serian fáciles de haber á las manos, y así dijo: que gente tan desbaratada como aquella que venia, sin sangre se habia de vencer. Estaba entre el pueblo y la parte por donde venian los soldados del Baptista una pequeña ceja de robles que tapaban el pueblo, de manera que los que venian por aquella parte caminando no le podian dar vista hasta estar en él, con que no pudieron ver ni rastrear desde léjos los soldados del Ortal, ni sus caballos, cayendo sobre esto el seguro que les habia dado el clérigo; y así dos peones ballesteros, que acaso venian delante de los demás, entraron primero en el pueblo con sus ballestas debajo el brazo y sendas jaras en las manos, y puestos en la plaza del lugarejo, como no vieron alguna gente de los naturales del pueblo, porque les habia hecho el Ortal se escondiesen todos, ni á los dos compañeros que habian dejado en guarda del maiz, comenzaron á tañer con las jaras en las ballestas, y decir casi por donaire: coque, coque, que en lengua de los naturales de aquella tierra, era como decir, aquí no puede haber sino venados. Pero estando con este

descuido, volviendo el rostro á una parte, conocieron rastros de caballos, de que quedaron admirados, y al punto, sin poder huir, sobresaltados, presos y desarmados y puestos á recado de ocho ó diez soldados, que hicieron esta diligencia.

No con poca, ni con menores brios, entró luego el clérigo por el pueblo, en un caballo con una lanza y adarga, contra quien salió luego el Agustin Delgado, y sin hacerle otro mal que darle un vote con el recaton de la lanza, lo derribó del caballo y desarmó, dando el caballo y las armas á uno de sus soldados. Y pareciéndoles ser ya sentidos, salieron todos de la emboscada y comenzaron á prender los desordenados y descuidados soldados del Baptista, el cual, sintiendo el alboroto (por no venir ya muy atrás), pegando las espuelas al caballo aceleró el paso por ver lo que pasaba, y al primer soldado á quien dió vista fué al Capitan Nieto, que era (como dijimos) á quien habia desarmado y por quien se habian movido todas estas polvaredas; y enderezando contra él sus palabras, dijo á voces á Nieto: soldados, matádmele. A esta coyuntura llegó el Capitan Agustin Delgado, que habia salido del robledal por otra parte con ciertos compañeros, y yéndose para el Baptista, que con buen semblante y brío le esperó para combatirse con él, le dió una tan valiente lanzada en un brazo, que se lo pasó y derribó del caballo y lo prendió, con que sus soldados, viendo caido y preso á su Capitan, y aun teniéndolo por muerto, por haber visto la cruel lanzada, dieron la vuelta retirándose hácia los que venian atrás y dándoles aviso del suceso de su Capitan, comenzaron todos á esparcirse más de lo que venian, escapándose cada cual por donde podia, metiéndose entre los árboles, arroyos, barrancas y matas.

Pero á la diligencia de los soldados de Gerónimo Ortal no se les escondieron tambien, que yendo en su seguimiento no hubiesen muchos á las manos y los desarmasen y pusiesen presos. Entre estos soldados de Baptista habia uno llamado Madroñal, que habia toda su vida sido vaquero, y siendo de su natural robusto y de buenas fuerzas, habiéndolas ejercitado en este oficio, era estimado de todos por valiente y muy diestro en un caballo; pero yendo ahora huyendo entre los demás con el suyo y una lanza y adarga, le fué siguiendo solo el Capitan Agustin Delgado, á quien el vaquero, como lo viese solo que iba tras él, volviendo las riendas á su caballo le dijo: mucho he deseado dias há verme á solas con vos, por experimentar hasta dónde llegan vuestras fuerzas, á quien respondió el Delgado: bien á propósito es la ocasion y lugar para eso, y así templad bien las vuestras, que tambien las quiero yo probar; y haciendo y diciendo comenzaron la escaramuza con sus armas y caballos, y á pocas vueltas de ella le dió el Delgado tal golpe con el cuento de la lanza, por no matarlo, al vaquero, que lo echó á rodar, desarmó y dió su caballo y armas á uno de sus soldados que le venia á las espuelas.

Fueron tan buenas las diligencias que hicieron los soldados de Ortal en seguir el alcance, que prendiendo á unos y rindiéndose otros, viendo no les era partido hacer otra cosa, solo se escaparon hasta veinte hombres huyendo en sus caballos la vuelta de la costa, á donde estaba la gente del Capitan Vega, y á donde llegaron sin haberles podido dar alcance algunos soldados de Gerónimo Ortal que envió tras ellos, deseando tener con esto del todo cumplida la victoria, y porque no quedase quien pudiese rehacerse y juntar gente contra él. Quedó desbaratada toda la gente del Baptista, y él preso en pago de su atrevida y loca demasía que habia tenido con el Capitan Nieto, quebrantando las leyes de amistad y las inconsideradas palabras que él y sus soldados habian hablado contra los de Gerónimo Ortal. De estos desgraciados sucesos, y de los que desde el principio de su gobierno habia tenido Sedeño, como hemos visto, vino á quedar en proverbio por toda aquella tierra, que cuando á uno le sucedian desgracias, decian que parecia soldado de las jornadas de Sedeño.

CAPÍTULO VIII.

I. Descansan una noche despues de la victoria, en que vinieron algunos de los soldados ahuyentados. —II. Admitió á los soldados de Baptista que lo quisiesen seguir, despidiéndolo á él y á los demás, que se volvieron á la costa.—III. Determina Gerónimo Ortal proseguir su jornada en demanda de las noticias de Meta.—IV. Muere de un flechazo el Capitan Agustin Delgado.—V. Comienzan á moverse sediciones contra Gerónimo Ortal.

APRISA iba ya cerrando el dia, cuando se acabaron todas estas facciones, y así puestos en recado los presos y pillaje que habian habido de ellos, descansaron aquella noche celebrando la victoria y satisfaccion que ya tenian de la injuria que les habia hecho

el Baptista (todo muy ménos á lo cristiano que debieran) encubriéndose las luces del todo, comenzaron á ir viniendo algunos de las reliquias de los soldados de Baptista que en el conflicto de la batalla y prisiones habian estado escondidos entre los arcabucos y quebradas, teniendo por mejor gozar de clemencia y misericordia, viniéndose de su voluntad á presentar ante el Gobernador Gerónimo Ortal, que ponerse á peligro de lo que quiesen hacer de ellos sus soldados como victoriosos, ó quedarse solos y con mayor riesgo entre aquellos bárbaros, á quienes recibia el Ortal con palabras amigables, bien hechas de su condicion.

Luégo que amaneció otro dia, hizo se juntasen todos los presos de Baptista, y hablándoles con palabras afables, les dijo que á todos los que le quisiesen seguir, volveria sus armas, caballos y todo lo demás que se les habia tomado, sin faltar nada, y gratificaria sus trabajos en las tierras que se fuesen descubriendo y poblando, como á los demás que siempre le habian seguido, pero que no queria violentar la voluntad de nadie, ni hacer fuerza á los que no gustasen de esto sino de volverse á la costa, porque tambien daria para esto libre licencia á los que la quisiesen, para que fuesen con solas sus personas, pues lo demás de justicia se debia á sus soldados. Muchos de los de Baptista con esta plática se ofrecieron ir con el Gerónimo Ortal, y servirle, á los cuales admitió con demostraciones de amistad, y volvió como habia dicho todo cuanto reconocieron que les habian tomado en el pillaje, despidiendo al Capitan Baptista y á los demás que le quisieron acompañar así desnudos y despojados de todo lo demás, con sola una vara que cada uno llevaba en las manos á guisa de vencidos.

Hallándose Gerónimo Ortal despues de esto con ciento y cincuenta hombres de su devocion, les declaró luégo sus intentos, que eran de proseguir su jornada en demanda de las noticias de Meta, pues Dios se habia servido de reforzarle su ejército con tan buen aparejo de tanta y tan buena gente, armas y caballos, con que podia asegurarse de buenos sucesos. Vinieron tan en ello todos los Capitanes y soldados, que ya se les hacia cada hora de dilacion ciento, con que en poco espacio todo estuvo á pique para comenzar á caminar, como lo hicieron, marchando siempre al Surueste, algo inclinados al Oeste, y habiendo caminado algunos dias sin sucederles cosa notable, cuando llegaron á una gran poblacion de indios, llana y extendida, por estar unas de otras bien apartadas las casas, pero sin moradores, por no haberse atrevido á esperarlos sabiendo que iban. Entregáronse en el pueblo los soldados, y trastornándolo en busca de pillaje, no hallaron más que comidas enterradas en algunas vasijas, que aunque no fué lo que por entónces más deseaban, por no llevar aún falta de esto, se alojaron en las mejores casas que les pareció, donde descansaron por algunos dias. En uno de ellos vieron á deshoras bajar de lo alto de una cuchilla un indio que venia hácia el Real con su arco y flechas en la mano, y hallándose más á punto de poder salir á tomar aquel indio el Capitan Agustin Delgado, por tener ensillado su caballo (que lo tenia siempre de costumbre andando en tierras de peligro, como hombre bien apercibido) subió en él y salióle al encuentro, y viendo que el indio no hacia ninguna resistencia en su defensa, echóle delante del caballo sin quitarle arco ni flechas, por verlo con tanta mansedumbre.

A pocos pasos que habian dado, volviendo de esta suerte al Real, asomó por la misma loma y trocha que habia bajado el indio, otro que pareció ser del mismo pueblo, dando muy grandes voces en su lengua, hablando con el indio que traia Delgado ántes cojido, y diciéndole por oprobio, que dónde se sufria que un hombre se dejase prender de solo otro y llevar cautivo á miserable servidumbre, que harto mejor le fuera morir defendiéndose que con tanta cobardía dejarse cautivar del que lo llevaba, y que estuviese cierto que si escapaba de la prision en que iba, y volvia otra vez á la presencia de sus parientes y naturales, todos habian de ser en dar la más cruel muerte que pudiesen inventar. Indignóse con estas razones el indio preso, de tal suerte, que poniendo una de las flechas que llevaba en el arco, se volvió contra el Agustin Delgado para dispararla en él, que estaba á distancia acomodada para hacer buen tiro. Advirtiéndolo el Delgado, puso las piernas al caballo, el cual, cuando llegó cerca del indio, reparó por estar amaestrado en esto, por ser usanza de los que andaban haciendo esclavos, en yendo en alcance de algun indio, en llegando cerca repararse el caballo, para tomar al indio por los cabellos y llevarlo sin hacerle otro mal. Esta maestría redundó entónces en daño del Agustin Delgado, pues como reparó el caballo, tuvo el indio lugar de embeber en el arco la flecha y apuntar al rostro del ginete, el cual se cubrió con la rodela, y viéndolo así reparado, el indio acometió á disparar la flecha al pecho del caballo, lo que tambien quiso reparar el Capitan, pero como no lo pudo hacer sin quedar él descubierto, subió en un instante el indio la puntería del arco, y disparán-

dolo con gran presteza, le clavó la flecha al Capitan entre los ojos y cejas, que le llegó hasta la tela de los sesos con una herida mortal, como se echó de ver, pues despues de haberse confesado y comulgado pasó de esta vida aquél mismo dia á la noche.

Pusieron cuidado los soldados, y hubieron á las manos al indio que lo hirió y al que se lo aconsejó, é hicieron pagar la muerte del Capitan con las suyas, dándoselas al modo que merecian. Fué crecido el sentimiento que el Gerónimo Ortal y sus amigos tuvieron de la muerte de este Capitan, porque demás de ser soldado tan de hecho, como hemos visto, y bien quisto y amado de todos, era el resguardo del Gobernador en toda ocasion, y gran parte para que todos le guardasen el respeto y obediencia que se le debia como á cabeza, sin dejar por esto de ser amparo de los soldados, y mucha causa para que el Gerónimo Ortal lo tratase tan amigablemente, como hemos visto. Pero como la sustancia de las cosas de este mundo sea no tener consistencia en un estado, con la muerte de este Capitan comenzaron á bajar luego el próspero que habian tenido por algunos dias las cosas de Gerónimo Ortal, dando luego los soldados y Capitanes en no tenerle el respeto que hasta allí, con que fueron sucediendo unos inconvenientes tras otros, como diremos.

Con la tristeza y sentimiento, que no podré significar, por la falta que comenzó luego á sentir el Gobernador de este Capitan, dejando el pueblo, comenzó á seguir su jornada en demanda de sus noticias, y caminando algunos dias, sin detenerse en ninguna parte, porque se le iba acercando el invierno, iba buscando si encontraba con alguna Provincia bien dispuesta y proveida de comidas para invernar en ella. Entre la demás gente que llevaba en su compañía el Gobernador era un Escalante, que tenia título de Veedor del Rey, y á su cargo el guardar los quintos que le venian; hombre indigesto, fragoso, facineroso, envidioso é inclinado á sembrar disensiones, el cual, por haber tenido algunos encuentros con el Gobernador, no solo no le trataba, pero aun procuraba desacreditarle entre los soldados y Capitanes, intentando con esto derribarle del señorío que tenia de Gobernador, y para dar color á las disensiones, arrojaba de intento á las veces algunas razones en corro entre los Capitanes y personas más principales del campo, en que daba á entender, y aun lo decia claro, que no obstante que Gerónimo Ortal gobernaba tiránicamente sin poder ser cabeza de aquellos soldados, por no tener suficientes poderes para ello, ó porque (como dijimos) ya se le habia acabado el tiempo de su gobierno, pero que tambien usurpaba los reales quintos y otras cosas que pertenecian al Rey, lo cual no solo á él como Veedor, pero aun á todos los del campo corrian obligaciones de pedirle cuenta de todo esto, demás que bien conocian todos lo mucho que molestaba los naturales por donde pasaban, robándoles en secreto cuanto oro tenian, dando trazas como poderlo haber á las manos, sin que saliera en público, de lo cual no solo usurpaba los reales quintos, como habia dicho, sino tambien lo que á los Capitanes y soldados pertenecia, pues todos lo trazaban, y que seria acertado, para atajar estas maldades tan en perjuicio de todos, se le pusiese un acompañado al Gerónimo Ortal, para que tuviese quien le mirase á las manos en todas materias de intereses que se ofreciesen, tocantes al Rey y ejército.

CAPÍTULO IX.

I. Pone una ley el Gobernador Ortal para el buen gobierno de su campo.—II. Por la ejecucion de ella se comienzan á encender las disensiones.—III. Van creciendo las alteraciones y motin en el campo hasta que llegan á privar de su gobierno al Gerónimo Ortal.—IV. Determinan los que señalaron para regir el campo, que despojado Gerónimo Ortal de su gobierno, se vuelva á la costa con su Maese de campo Ordas.

A ESTAS sediciones que procuraba sembrar Escalante contra el crédito de Gerónimo Ortal, se llegó para que sucedieran los efectos que diremos, el haber mandado publicar por todo el ejército una ley (que fué la principal piedra de escándalo para todo) en que mandaba que atento á que siempre se rancheaban en poblaciones de enemigos, los cuales suelen en tiempos más seguros é inopinados tomar con traicion las armas y dar sobre los españoles, y habia algunos soldados tan descuidados, que en alojándose soltaban las armas y caballos con que habian de pelear, descuidándose tan del todo de ellos, como si nunca las hubieran de haber menester, de donde sucedia que cuando en la repentina necesidad les era forzoso estar prevenidos, no fácilmente lo podian hacer, por lo cual mandaba que cualquiera soldado que por tres veces le fuese hallado el caballo suelto, se lo quitasen y

diesen á otro. No pareció mal esto á los principios de su determinacion hasta que se llegaron algunas ocasiones en que se pretendió ejecutar (propia naturaleza de las leyes, que ni son malas ni buenas hasta que se ejecutan). Iban ya de todo punto entrando las aguas del invierno, con que les fué forzoso, para pasarlo, alojarse en un pueblo llamado Temebiron, donde despues de alojados iba creciendo por horas la sedicion y malicia del Escalante contra el Gobernador, no perdiendo ocasion (y aun procurando traerla para su propósito) en que no pusiese mayores veras entre los Capitanes y gente más granada del ejército, para salir con lo que intentaba.

Los Capitanes Alderete y Nieto (que eran los principales á quien él procuraba inclinar á su pretension), si bien eran muy grandes amigos del Gobernador y se presumia que ántes serian en su favor en todo trance que contra él, pretendiendo cada uno de ellos ser el acompañado que solicitaba Escalante se le diese. Despedíanlo dándole buenas esperanzas de que podria ser que aquello tuviese efecto. Estas sediciones se iban cada dia encendiendo más con la ocasion de estarse ociosos en el pueblo, por la que daban las aguas á no poder salir, cuando un Alguacil del campo, habiéndole quitado su caballo por haberse ejecutado en él el primero el decreto que el Gobernador habia mandado publicar, habiéndolo quebrantado, quiso que tambien se ejecutara en otro que habia contravenido tambien á lo mismo. Este era un soldado favorecido de particulares amigos que tenia, á quien este Alguacil quiso quitar su caballo, por ser ya la tercera vez que lo habian hallado suelto. El dueño del caballo (habiéndole avisado que se le traian por lo dicho) salió al camino rogando al Alguacil se lo dejase; á lo que no quiso acudir por ningun ruego (por no degenerar de ser Alguacil), pretendiendo con esto recuperar el que á él le habian quitado. Altercando estaban sobre esto el Alguacil y el soldado, cuando se llegó un amigo de éste, llamado Machin Doñate, vizcaino (que despues lo mataron los indios de Muzo en este Nuevo Reino andando conquistando), y viendo que no aprovechaban ruegos con el Alguacil, arrebató el caballo del cabestro, y casi por fuerza se lo quitó de las manos, vituperándolo con palabras, en que le dió á entender que aquello más era robo que otra cosa. Íbase ya con esto armando pendencia con las alteraciones y voces que todos tres daban, á las cuales salió de su posada el Maese de campo Alvaro de Ordas, diciendo que aquello era más que descomedimiento, pues lo tenian á los Alguaciles del Rey, á quien se les debe respeto por lo que representan. Sintióse el Machin Doñate, de manera que sin reparar en el que debia tener al Maese de campo (que todo se originaba ya del secreto motin que tenian concertado por órden del Escalante, como luego se vió), le respondió no se descomidiese, porque le pesaria. Fuése el Ordas allegando á él, apellidando la voz del Rey para prenderle, pero el Machin Doñate, poniéndose ya á su defensa, sacó la espada y tiróle con tan buen brío una estocada, que á no repararla un jubon estofado, queñudillo, que llamaban de los de Nicaragua, que llevaba vestido el Ordas, fuera de peligro, pero esto lo reparó que no fuese de ninguno.

Comenzó con esto á crecer el alboroto entre los que hemos dicho, pero ninguno de los demás, aunque lo oian y veian, salió de sus ranchos en favor de la justicia, sino fué el Gobernador, que con la espada desenvainada y palabras ásperas se vino contra el Doñate y le tiró una cuchillada, á quien respondió el soldado que no tirase otra porque le responderia al mismo modo. No sintió bien el Gobernador del atrevimiento de éste soldado y peor de que nadie hubiese salido á favorecer la justicia, y así, reportándose, ya con sospechas de lo que podia ser, por tener dias habia entendidas las traiciones y disturbios en que andaba el Escalante (soldado desgarrado desde las conquistas de Nueva España, donde fué Alguacil mayor), se volvió á su posada; pero apénas hubo entrado en ella, cuando salió de la suya el Escalante con ciertos amigos suyos, diciendo á voces viva el Rey, que no han de ser sus soldados tan mal tratados como lo son de Gerónimo Ortal, sin tener poder para ello. Tras él salieron luego á las primeras voces los demás conspirados con sus armas, favoreciendo su partido y palabras con otras semejantes, y los postreros se juntaron con éstos y los Capitanes Alderete y Nieto, y haciendo entre todos luego allí un conciliábulo, privaron al Gobernador Gerónimo Ortal de su oficio y dieron el cargo de gobernar y regir la gente del ejército á cinco principales que lo habian pretendido, y entre ellos el Alderete y Nieto; los cuales mandaron luego al Gerónimo Ortal y á su Maese de campo Ordas se saliesen de las posadas que tenian en la plaza y se fuesen á otras que estaban un tiro de arcabuz apartadas del alojamiento principal, mandándoles no se atreviesen á salir de ellas hasta que ellos determinasen otra cosa y lo que sobre todo se debia de hacer. Hiciéronlo así los dos, por la fuerza que les hacian, á quienes tres ó cuatro amigos suyos, principales personas de los que

no habian sido en el motin, ántes lo habian abominado como cosa contra la honra de los que habian sido en él.

Dividiéronse luego en pareceres (sucesos propios de la tiranía) acerca de determinar lo que se haria del Gerónimo Ortal y los que le siguiesen, porque algunos eran de parecer que los matasen, diciendo que de los enemigos los ménos; otros que no se llevase con esos rigores, sino que los enviasen á la costa, pues esto bastaba para conseguir los intentos que se tenian de que no gobernase. Miéntras estaban estas determinaciones indecisas, no faltaron algunos amigos del Gerónimo Ortal y del Alvaro de Ordas, que serian hasta treinta hombres, todos de hecho, que les enviasen á decir en secreto que saliesen de sus posadas con sus varas de justicia y que ellos se mostrarian en su favor y harian cuanto pudiesen para que los volviesen todos á favorecer; lo cual podia tener efecto y asegurarse del todo las revueltas, con quitar la cabeza á tres ó cuatro. No se atrevió á esto el Gerónimo Ortal, pareciéndole no se habia de poder salir con ello por las muchas guardas que estaban puestas de parte de los conspirados entre su posada y el alojamiento de ellos. No sé si por haber olido algo de este ofrecimiento que le hacian sus amigos al Gerónimo Ortal, ó temiéndose de él y de lo que podria suceder en dilatar la determinacion de lo que habian de hacer de ellos, abreviaron con ella; y saliendo de la junta los diputados en el gobierno (de los cuales no se tenia por ménos principal el Escalante), hicieron juntar toda la gente del campo, á quien hizo una larga plática, informando de nuevo en ella al Gerónimo Ortal, por usurpador de los Reales quintos y del sudor de los soldados; concluyendo que seria mayor servicio de Dios y del Rey la administracion de justicia que ellos pondrian de su mano, que no la violenta y tiránica con que el Gerónimo Ortal gobernaba. Y que los que fuesen de parecer de que el Ortal fuese despojado de la vara de gobierno y enviado á la costa con su Maese de campo, lo dijesen luego allí ante un Escribano que tenia para eso, pretendiendo con esto sacar firmas de todos los que habian convenido con él en el motin, para resguardo de lo que le podia suceder por ello en algun tiempo.

En el que concluyó esta plática el Escalante, un soldado, llamado Francisco Martin, que estaba puesto por atalaya sobre un crecido árbol, para descubrir si venian algunos indios de guerra, habiendo oido toda la plática, dijo desde el árbol á voces, le diesen por testimonio, cómo él no consentia en que le quitasen el cargo al Gobernador y le enviasen á la costa. Oyendo el Escalante las voces, y teniendo por atrevimiento el del soldado (que podia suceder que con aquello se irritasen y atreviesen otros á decir lo mismo) mandó que le tirasen una jara y lo matasen, lo cual, aunque no se hizo, puso tanto temor en otros que eran de la misma opinion que el soldado y tenian intentos de declararse por el Gobernador, que no se atrevieron á manifestar sus deseos; y así pasaron todos por lo que el Escalante decia, y dándole al Gobernador y á su Maese de campo Ordas tres caballos y dos machos en que llevasen la comida, despojándolos de todo lo demás y del gobierno, los enviaron á la costa con ocho ó diez compañeros de los de su mayor devocion.

CAPÍTULO X.

I. Camina Gerónimo Ortal sin peligro, entre enemigos, hasta la costa, donde se embarcó—II. Caso notable que le sucedió á un indio con un caiman—III. Reducen el gobierno de los cinco, á solos dos Capitanes, Alderete y Nieto—IV. Tiene Escalante una muerte escandalosa, y corta un pié á un soldado porque levantó un motin—V. Vuélvense veinte soldados á la costa y azotan á otro que quiso hacer lo mismo.

COMENZÓ luego su viaje Gerónimo Ortal con su Maese de campo Ordas y la poca escolta que le dieron, y comenzando luego á entrar en Provincias de indios de guerra, entró en mayores peligros que jamás en las jornadas habia tenido, por ir tan pocos y con tan pocas armas; pero fué Dios servido de librarlo y favorecer la industria que en esto tuvo, caminando siempre á paso largo, en especial cerca de las poblaciones de los indios, con que ellos no se avispaban por verle ir tan de paso, ni tenian lugar de hacer consultas de guerra para salir contra ellos, porque jamás lo hacen estos indios á nadie sin que hayan precedido éstas y embriagueces de sus vinos. Desechaban tambien los más peligrosos pasos, y de gente más belicosa, pasándolos de noche por otras trochas que ya se sabian, como vaqueanos en las Provincias. Con estos peligros se fueron acercando á las que estaban más convecinas al mar, donde andaba la gente de los Capitanes Baptista y Vega, á los cuales no

tardaron en llegar las noticias de la vuelta de Gerónimo Ortal, por las que les dieron los indios amigos que los habian visto, con que luego se alborotaron todos, y refrescando los agravios que les habia hecho, hicieron mil diligencias para haberlo á las manos, poniendo espías en todas partes y pasos forzosos por donde congeturaban habia de pasar; si bien todas salieron en vano, por lo dicho é ir siempre con sospechas de lo que habian de hacer los dos Capitanes, sus contrarios, en sabiéndoles su viaje, que no le fué de poca importancia para escaparse por caminos secretos, y al fin de las manos de todos, hasta llegar al mar, donde se metió, al punto que llegó, en una canoa que parece se la tenia aparejada su buena suerte, porque apénas se habia embarcado cuando llegaron á la costa tras él algunos soldados de los dos Capitanes que le habian venido á los alcances, que viéndole ya hecho á lo largo de tierra con la canoa, fué tan grande el corrimiento que tuvieron de que se les hubiese escapado de las manos, como el deseo que traian de haberle á ellas, por no poderse vengar de las injurias que les habia hecho.

Estos mismos deseos movieron al Capitan Reinoso, que andaba por otra parte de aquellas Povincias, á enviar aviso á los mismos Capitanes de la pasada del Gerónimo Ortal; luego que tuvo nueva de ella, en un pueblo llamado Ivaurare, desde donde despachó por la posta con este aviso un soldado portugués, llamado Pinto, entendiendo que los Capitanes no lo sabian. Salió el soldado de este pueblo que lo despacharon, y llegando á pocas leguas á otro, llamado Cumanagoto (donde despues se pobló y hoy lo está un pueblo de españoles, aunque todavía los naturales de mala paz), tomando para su compañía y guia un hijo de un principal de aquella tierra, llamado Rimarima; pasando adelante encontraron con un caudaloso rio, llamado Neberi, que no se podia pasar vadeando, ni á nado, por las muchas y fuertes corrientes con que bajaba de la serranía, y no hallando á la banda que llegaron canoa por donde pasarlo, le mandó el soldado á su compañero (que era buen nadador) pasase á nado á la otra banda, y que en cierto pueblo de indios amigos, que estaba cerca, hubiese canoa para pasar. No rehusó el indio el arrojarse luego al rio por sus corrientes, pues la destreza que tenia en nadar las venciera todas; pero hacíale retardar el hecho, verle estar hirviendo de caimanes y el peligro tan conocido.

Pero como el portugués le apretase en eso, por la priesa con que iba para dar el aviso á tiempo, tomando el indio un machete que llevaba y poniéndoselo en la cinta en un cordel con que estaba ceñido á manera de pretina, y su manta de algodon arrollada en la cabeza, se arrojó al agua y fué nadando hasta que hizo pié á la otra banda, donde, en afirmándose en los piés para salir, llegó un caiman con la ligereza que suelen (que es mucha) para haberle de hacer presa: pero el indio, sin turbarse, ántes con maravilloso brio, se revolvió de presto la manta al brazo izquierdo y lo alargó para que el lagarto hiciese presa en él, como lo hizo, aunque tomando con la misma ligereza el indio el machete con la derecha, le dió un tan recio golpe en la cabeza que le hizo soltar la presa y derramar sangre por la herida que le dió, á cuyo olor y vista del agua ensangrentada acudió luego otro caiman, tan valiente como él, y asiéndose con el herido, comenzaron á pelear en el agua, tenaceándose el uno al otro, con que tuvo lugar el indio de salir del rio libre y sin lesion en el brazo, que no fué poco venturoso en esto y en haberlo soltado de la boca, cosa que pocas veces sucede, habiendo hecho una vez presa.

Pasó con esto el indio al pueblo donde iba, y habiéndole traido canoa al soldado, siguieron ámbos su viaje hasta la costa, donde hallaron que habia sucedido lo que dijimos con Gerónimo Ortal y su Maese de campo Ordas, y que desde allí habia tomado la vuelta de Cubagua, desde donde fué á la isla y ciudad de Santo Domingo, y callando los agravios que él habia hecho á la gente de Sedeño (porque no iba á eso) se quejó en aquella Real cancillería, cómo le habian usurpado su gobierno y quedaban enseñoreados de él, á cuyo remedio acudió la Audiencia, proveyendo un Juez sobre ello, que fué su mismo fiscal, llamado el Licenciado Frias, de cuyos sucesos diremos despues, porque ahora nos llaman los que hubo con los soldados y sus regentes.

Los cuales, á otro dia de como se partió de ellos Ortal, advirtiendo no ser posible ser acertado el gobierno de tan pocos hombres como habia en el ejército puesto en cinco cabezas, pues todo habia de ser confusion y nunca acabar de resolver cosa de importancia, por pretender cada uno sustentar su parecer y opinion, acordaron que la jurisdiccion que se habia dado á los cinco se redujese á dos que la tuviesen igual, eligiendo para esto á los Capitanes Alderete y Nieto, dándoles de comun consentimiento largos poderes para gobernar, regir y castigar en todos los casos que se ofreciesen.

Era tan infestado aquel sitio de Temebiron de tigres, y tan cebados en los indios, con que cada noche, y aun de dia, les hacian ménos muchos de los que llevaban de servicio, que les fué forzoso, teniendo por mayor este inconveniente que las aguas, ántes que ellas dieran lugar, dejar este alojamiento y pasar á buscar otro de ménos inconvenientes donde pasar el resto del invierno, que no se pudo hacer sin muchos trabajos y peligros, por ser tales las inundaciones de las aguas que todo lo tenian anegado, y las pequeñas quebradas hechas crecidos é impetuosos rios, con que á cada paso se veian con ellas á riesgo de perder la vida; pero la necesidad dicha les obligaba á todo. Y atropellando con estas y otras incomodidades, llegaron á otro pueblo en pocos dias, por estar cerca, donde hallaron crecidas labranzas, aunque sin última sazon, con que les fué forzoso poner en ellas gente de guarda para su defensa cuando quisiesen sus dueños, ya que la tuviesen, cogerlas.

A poco de como se ranchearon en este pueblo, le dió una enfermedad al Escalante, tan apretada y no conocida de los malos médicos que llevaban, que lo puso luego á lo último, y necesitado de que le aconsejasen se confesase y ordenase su alma, aunque todo esto fué en vano, pues parece quiso que correspondiese su muerte á su vida (como de ordinario suele suceder), porque así como ésta fué obstinada en hacer mal, así lo estuvo en la muerte, sin mostrar arrepentimiento de sus culpas ni querer confesarse, por muchas persuasiones que para esto tuvo, dejándose morir sin muestras de cristiano, con harto escándalo de todos. No á todos pareció bien (como hemos dicho) el hecho contra Gerónimo Ortal, ni el modo que tenian en gobernar los dos nuevos Diputados, con que algunos de los de este parecer trataron de juntarse, y en secreto tomar la vuelta de la costa, trasluciéndoseles ya que no solo no habia de tener efecto aquella jornada, pero de que habia de parar en mal. No fué este trato tan en secreto que no se viniese á descubrir, y hechas las averiguaciones por los Gobernadores, de quién habia sido el principal motin del concierto, pareciéndoles merecia justamente la muerte, la moderaron en hacerle cortar un pié, pretendiendo con esto ganar nombre de piadosos ántes que de crueles y severos, que suele ser el título que sigue de ordinario á los tiranos.

El invierno se acabó, y en todos ellos comenzaron nuevos brios en proseguir su viaje en la misma demanda de Meta; y despues de algunos dias que caminaron sin estropezar con algun suceso, encontraron con una abra que cortando la cordillera daba paso á un pequeño rio, por donde se fueron siguiendo agua arriba entre las poblaciones que tenia á sus márgenes, por donde iban los soldados rancheando lo que hallaban, y sucedió que entre las demás cosas que hubieron á las manos en los bohíos, fueron algunas de españoles, y entre ellos algunos clavos de herrar, que no les puso poca admiracion, pareciéndoles no ser posible haber llegado por allí gente de España, ni estar tan cerca que pudieran los indios haber habido de ellos aquellas cosas; pasando adelante, y toda la abra hasta llegar á los principios del rio, dieron con un valle agradable, aunque pequeño, donde entre ciertos soldados se levantó una pendencia tal, que fué ocasion para que uno de ellos, hombre de respeto, llamado Perdomo, con otros veinte compañeros, pidiese licencia para volverse á la costa, pareciéndole no podia de otra suerte atajarse, ni otras muchas que iba sospechando se habian de encender á cada paso; ésta se les dió á éstos, y porque no se les antojase á otros hacer lo mismo sin ella, se prohibió con pena de cien azotes á quien lo intentara, como se ejecutó en un pobrete soldado que se le antojó salirse sólo del Real é irse tras el Perdomo y sus compañeros, á poco de como habian salido, porque echándolo ménos, y enviando tras él y trayéndolo, se los hicieron dar por mano de un esclavo, y luego se la dieron para que se fuera, con que los demás quedaron escarmentados.

CAPÍTULO XI.

I. Pasando adelante los soldados, encontraron con una casa de mujeres públicas—II. Prosiguiendo en él encontraron rastros del Capitan Juan Martínez y la gente de Fedreman—III. Llegan al alojamiento de éstos, sin que sucediesen alteraciones á las primeras vistas—IV. Salen todos á una guazabara contra los indios Coyones y desbarátanlos—V. Envía el Capitan Martínez á Coro á los Capitanes Alderete y Nieto, y quédase él con su gente.

DEL valle dicho pasaron á otro más espacioso, llano y agradable, que lo regaban dos razonables rios, claro el uno y el otro de aguas turbias, entre los cuales se ranchearon, por ser acomodado sitio para algunos dias, de donde salian tropas á hacer correrías por to-

das partes y ranchear lo que podian y aun lo que no podian. Hácia una que salió una de estas tropas, dió con un gran bohío solitario, por estar bien léjos de los demás, y entrando dentro halláronlo lleno de mujeres, todas de buen parecer, cada cual en su aposento acomodado para el ejercicio en que se ocupaban, que era de vender sus amores á los que allí las iban á buscar, con que ganaban su comida que les llevaban los galanes en precio de su entretenimiento, con algun oro, de que hallaron los soldados buen pillaje, que era la dote con que despues se casaban; al modo de lo que admitió la antigüedad en la isla de Candia ó Chipre, que teniendo hecha una casa de placer á orillas del mar, entraban allí las doncellas cuando llegaba el tiempo de casarse, y no negando su cuerpo á nadie, ganaban la dote de sus casamientos.

De más del pillaje de oro que hallaron en esta casa los soldados, acrecentaban con las joyuelas y chagualas que por otra parte tambien hallaban, tomándoles á los indios hasta unos calabazuelos de oro fino que traian puestos para honestar las partes de la puridad. Levantando ranchos de este valle á algunos dias que caminaron, dieron en otro muy más llano, apacible y poblado, desde donde despues de rancheados, saliendo un caudillo con algunos soldados á buscar que ranchear, halló á poco trecho del alojamiento rastros frescos de caballo, y volviendo á dar aviso á los Capitanes Regentes, hicieron levantar el Real y puestos todos en buen órden caminaron hácia donde se habian hallado los rastros, y yendo delante el que los descubrió, reconoció rancherías de españoles, que era la gente de Fedreman, que ya dejamos dicho, que estaban rancheados con el Capitan Martínez en el pueblo quemado del Tocuyo. Volvió luego á dar aviso de esto á los caudillos, que les causó tanta turbacion, que la multitud de pensamientos no daba lugar á tomar resolucion acerca de lo que se haria; porque unos se temian no fuese Sedeño, otros si por ventura fuese algun Juez que se hubiese dado contra ellos en Santo Domingo por parte de Gerónimo Ortal.

Entre estas neblinas de determinaciones salieron con una de entrar de mano armada y dar sobre ellos inopinadamente, y si no fuesen los que pensaban, dejarlos y pasar adelante. Con esto lo hicieron en su determinacion, y guardando el órden en que los pusieron los caudillos, se entraron por los ranchos del Capitan Martínez, casi sin ser sentidos, hasta que ya estaban entre ellos, y reconociendo ser gente de Venezuela, con quien ellos hasta ahora no habian tenido encuentros, no los hubo de una parte ni de otra; y si algunos por la novedad que á los ojos de los unos y los otros se ofreció no fueron de importancia, pues luego se mitigó todo; si bien fueron á ranchearse los recien entrados en unos bohíos que estaban apartados del alojamiento de los primeros y no sin recelo los unos de los otros, cada cual puso cuidadosas velas á su campo, por no faltar razones á ambos de sospechas que les obligaban á eso. Nacian las de Alderete y Nieto de verse con ménos fuerzas que el Capitan Martínez, y éste las tenia, juzgando por imposible haber atravesado los dos Capitanes con tan poca gente como allí representaban, tantas provincias como habia desde allí á la costa de Maracapana, de donde habian salido, y tan pobladas como las que ellos habian dejado atrás, con que le parecia que haber llegado de aquella suerte á sus ranchos los dos Capitanes con tan poca gente, como era hasta sesenta hombres, que no traian más, era estratagema, y que solo venian por espías, dejando atrás lo grueso del ejército con su Gobernador Gerónimo Ortal, de quien él ya tenia largas noticias. El cual discurso le hizo luego al Capitan Martínez avisar las tropas que andaban divididas por la comarca para que se juntaran.

De donde salió el acrecentar sus sospechas á los dos Capitanes y tener por cierto que el juntar estas tropas era para dar sobre ellos ó desarmarlos ó hacerles otro agravio de la calidad que los que ellos habian hecho, como queda dicho, porque quien á las hechas, á las sospechas. En éstas estaban los unos y los otros, sin acabar de declararse, cuando se les ofreció una ocasion repentina á todos de tomar las armas, que lo fué tambien salir de temores, y fué que, como dejamos dicho en el mismo capítulo, el sitio donde estaba el Capitan Martínez con sus soldados era de un pueblo que estaba recien abrasado por unos indios serranos, llamados Coyones, grandes enemigos de estos del Tocuyo; de los cuales, aunque de entre las llamas del pueblo se escaparon algunos, habian muerto y cautivado muchos, subiéndose otra vez con los cautivos á las sierras y advirtiendo ahora desde lo alto de ellas que habia otra vez gente en el sitio del pueblo que ellos habian destruido, sin poder distinguir desde léjos la diferencia de la gente que era; creyendo que serian las reliquias de los moradores que se habian escapado y que querian ahora volver á reedificar su pueblo en menosprecio suyo y contra su presuncion, que era de que no se volvieran á reedi-

ficar los pueblos que ellos una vez habian destruido, se determinaron á tomar otra vez las armas para volver sobre los reedificadores y de todo punto acabarlos.

Para la cual faccion, por salir más á su salvo con ellas, desmintiendo los ordinarios caminos de sus tierras á éstas, abrieron otros diferentes por una espesa y asperísima montaña, ajena de sospechas, que por allí podia pasar gente, por donde se descolgó gran número de ella sin ser sentidos, hasta llegar cerca del sitio de los españoles, á quienes acometieron con tan gallardos bríos que fueron menester los de los soldados de ambas compañías para resistirles, como lo hicieron, saliendo á ello todos tan conformes como si fueran de sola una; lo que fué causa que aunque los indios Coyones eran más de tres ó cuatro mil y sus armas harto perjudiciales, con facilidad fueron desbaratados, quedando muchos muertos y heridos, valiéndose los demás de las de sus piés, viendo que las que traian en las manos les defendian poco. Volvieron de esta victoria á sus rancheos los soldados juntos, y en mucha conformidad, acabadas ya todas sospechas de los unos para con los otros, declarándose sin doblez y muy en particular de todo lo sucedido en sus jornadas; si bien el Capitan Martínez sabido por entero del modo con que los Capitanes Nieto y Alderete se habian apoderado de la gente que traian y que habia sido gobierno y jurisdiccion intrusa despojando al Gerónimo Ortal de la suya, puso en prisiones á los dos Capitanes y á los soldados que supo eran más fragosos y aparejados para sediciones, tomando en sí y juntando en su compañía los demás que con su voluntad y ánimo quieto se ofrecieron á seguir en su jornada, y habiendo tambien habido á las manos el oro y otras riquezas que traian los presos de los rancheos de su viaje, con un Capitan llamado Beteta y algunos soldados sus más amigos y confidentes, los envió á la ciudad de Coro, donde aun se estaba su General Fedreman, que avisándole de lo que habia pasado y causas de su prision, envió á los dos Capitanes Nieto y Alderete con otros de los presos más culpados á la ciudad de Santo Domingo, dejando en aquélla los que no lo eran tanto. Llegaron á la ciudad de Santo Domingo los presos con buen viaje, desde donde del Capitan Nieto no he sabido la fortuna y fin que tuvo; pero al Alderete le corrió tan próspera y deshecha, que vino á ser despues Adelantado de las Provincias de Chile.

No falta quien dé cuenta de este suceso con alguna variacion de la que hemos dicho, diciendo que aunque el Capitan Martínez tenia mucha más fuerza de gente que los otros dos, con que pudo muy bien hacer lo que hemos dicho, no se atrevió ó no quiso hacerlo por sí, sino que dió luego aviso de la llegada de aquella gente con sus dos Capitanes, y de los sucesos y caminos por donde habian llegado allí, á su General Fedreman, que estaba en la ciudad de Coro; el cual como lo supo y á tiempo que ya estaba de partida en rastro de su gente (enfadado ya de gastar deseos y esperanzas de aquellos recados que le prometieron en la Corte cuando salió de ella para aquel gobierno, como ya dijimos) abrevió su viaje y salida de Coro, y á paso largo, caminando las setenta leguas que hay de aquella ciudad á donde estaba su Capitan Delgado, donde se juntó con él en pocos dias, donde sabiendo más por extenso (que se le habia dado en relacion) las cosas de los Capitanes Alderete y Nieto, les rogó se sirviesen de seguirle en su jornada, prometiendo gratificarles sus servicios á ellos y á sus soldados, segun la calidad de cada uno. Al cual comedimiento y buen término, acudiendo los dos Capitanes, usando tambien del de su voluntad, le dejaron toda su gente, determinados de volverse á ellos á la costa y Corte y seguir mayores pretensiones, viendo que por aquel camino todo le sucedia muy contra ellas, y que con este modo quedaron con los de Fedreman los soldados de Cubagua, y estos dos Capitanes con el Beteta y buena escolta que les dió. Tomaron la vuelta de Coro y de allí á Santo Domingo; pero sea lo uno ó sea lo otro, ésta fué la ocasion para abreviar Fedreman su viaje desde Coro y venir al Tocuyo, donde halló su gente y la de Cubagua y Maracapana, ya mediado el año de mil y quinientos y treinta y siete.

CAPÍTULO XII.

I. Alégrase Fedreman en ver más copioso su ejército y da órden que le traigan de Coro algunas cosas de que se ve falto—II. Sale en prosecucion de su viaje del Tocuyo, y pasando por Bariquisimeto da vista á los llanos—III. Rancheánse para invernar en la sierra, donde tienen noticia de los enfermos de Jorge de Espira, y los envía á buscar, aunque en vano—IV. Llegan á un pueblo de naturales, que le llamaron el de la Pocavergüenza.

NO fué poco el contento con que quedó Fedreman en ver tan engrosado su ejército, con que se prometia dichosos sucesos en las pretensiones de su jornada, pues sus dificultades y trabajos se podian mejor atropellar, habiendo tantos en que se repartiera; en especial quedó con más alientos, por haber hallado que los que se le habian juntado de Cubagua estaban algo riquillos del oro de los rancheos que habian tenido hasta allí. Y así viéndose falto de esto y de muchas cosas necesarias al viaje para él y los soldados, y que ellos habian de ir con cuidado de guardar aquel oro por tierras donde no lo podian emplear en nada, platicó entre ellos se sirviesen de prestarle alguno á buena cuenta para enviar á la ciudad de Coro á proveerse de las cosas más importantes de que se hallaba necesitado, y que de lo que ellos tambien se hallasen dieran memoria para que todo se les trajese del oro que le emprestasen. No repararon los soldados en acudir al ruego del Capitan, por las razones que les dijo y esperanzas con que todos estaban de hallar mayores grosedades adelante, y así dándole el oro y memorias cada uno de lo que más habia menester, lo despachó Fedreman á Coro con persona de recado, que en pocos dias volvió con lo que le habian encargado.

Por no perder el poco tiempo que ya quedaba del verano, y sacar de ociosidad su ejército, que habia dias se ocupaba en ella, dejando Fedreman el sitio quemado del Tocuyo, atravesando por sus provincias, bien pobladas de gente, aunque cobarde y de viles ánimos, pasando el de Quibor, llegó al valle de Bariquisimeto, donde despues tambien se pobló, y hoy lo está una ciudad de españoles, llamada Segovia, y los años despues prendieron y mataron al tirano Lope de Aguirre, como en su lugar diremos en este primer tomo. Aquí, por ser tierra airosa, y aunque calidísima algo más sana que la que dejaban, y abundante de mantenimientos, sentó ranchos el General por más dias que era menester para proseguir con buen tiempo la jornada, pues en ellos (ántes que volviera á caminar) gastó lo poco que le quedaba del verano, haciendo tiempo miéntras le venia lo que habia enviado á comprar á Coro (por haber avisado lo esperaria allí) y si acaso le traian los recados de su gobierno, de que no se le acababa de quitar el hipo. Gastados ya en esto los dias enjutos y tiempo alegre sin ningun buen efecto, ántes con pura ociosidad de que ya estaba enfadada la gente, á persuasion suya, comenzó á marchar la vuelta de los llanos, entrándose en ellos por el boqueron que llaman de Bariquisimeto, que es la parte del Sueste por donde se entra y da vista á ellos. Entrando por aquí juntos él y las aguas del invierno, que caminaban más aprisa que él, dividió en dos partes la gente para que mejor se pudiera sustentar, con órden de que en cierta parte de los llanos se juntasen para el dia que señalaron.

El Capitan Martínez llevando la una á su cargo entró por unas provincias llamadas de los indios Gueros, guiando Fedreman con el resto del ejército por el boqueron ó desembocadero que hemos dicho. Y habiendo caminado los dias que habia, hasta el que señalaron, en que se habian de juntar con hartos trabajos, se vieron juntos en él, donde dispusieron (experimentando la prisa con que el invierno los iba metiendo en ellos) dejar los llanos y retirarse á la sierra que les demoraba al Poniente, para invernar allí, como lo hicieron, despues de haber pasado mil dificultades que á cada paso se les atravesaban con las fuertes crecientes é inundaciones de los rios y arroyos que se descolgaban de la sierra, á donde al fin llegaron, y se alojaron en una parte de la Provincia de los indios Coyones, de quien ya hemos hablado. Estando aquí ya rancheados para pasar el invierno tan fuerte que apénas dejaba salir á buscar comidas, Fedreman con el cuidado con que siempre andaba de los recados de su gobierno, dejando á los demás, volvió otra vez con algunos soldados al valle de Bariquisimeto, y de él otro más adelante al Leste, que llamaron (pienso que entónces y hoy se llama) el de las Damas, por haber hallado en él indios de muy buen parecer en rostros y disposicion de cuerpos. Habiéndose entretenido aquí algunos dias sin hacer nada, viendo nunca acababa de llegar lo que esperaba, tomó otra vez la vuelta del Real,

donde halló que habian dado noticia estar cerca de allí el Capitan Francisco Velázquez con la gente enferma que (como ya dijimos) habia enviado el Gobernador Jorge de Espira desde su campo que volviesen á Coro. Certificándose de esto, sin reparar en los estorbos de las muchas aguas é inconvenientes del camino, despachó con cincuenta hombres al Capitan Pedro de Limpias que los fuese á buscar, el cual, partiéndose del alojamiento al efecto, dejando inconsideradamente la serranía, se entró por los llanos que estaban á la sazon, más para navegar que caminar por ellos ; con lo cual y por no hallar poblaciones donde pudieran tener socorro de comidas, fué la faccion de más intolerables trabajos y riesgo de la vida, demás de haber sido sin provecho de cuantas se hicieron en aquella jornada, pues demás de habérseles acabado casi totalmente el matalotaje que sacaron y verse sin ningun recurso á otro ; cuando esta necesidad les obligó á tomar la vuelta del Real, hallaron muy mayores montes de dificultades en las inundaciones, por haber siempre ido creciendo al paso largo de las aguas que no cesaban noches y dias, y así volvian retirándose á la sierra con prolijo camino, pues para buscar deshechos de las quebradas é inundaciones iban revolviendo por mil partes.

Un galgo que llevaban fué su principal despensero y socorro de la vida de muchos en el tiempo que ocuparon en esta vuelta, pues de los venados que cazaba comian todos, que se hacia esto con mucha facilidad, hallándolos á manadas, por haberse recogido huyendo de las aguas á los altos los innumerables que se crian en aquellos llanos. Llegaron al fin despues de muchos dias (respecto del poco camino que habia por lo derecho) bien cansados de sufrir trabajos, al campo donde ya hallaron nueva cierta que los enfermos de Jorge Espira, en cuyo rastro habian salido, habian pasado la vuelta de Coro á pocos dias despues que de la suya hubieron llegado éstos al Real, abriendo ya el tiempo y minorándose los aguaceros, levantando ranchos, comenzaron marcha todos la vuelta de una Provincia de naturales, donde los de atrás dieron noticia que habian estado españoles, á donde llegando en pocos dias hallaron ser así, viendo los rastros frescos de la gente enferma de Jorge Espira ; pasó sin detenerse allí y mucha tierra más delante, sin sucederle cosa al Fedreman, que nos retan de la pluma, porque demás de ser las poblaciones raras, habiendo quedado amedrentados los naturales de ella de la gente del Gobernador Espira, no osaban tomar las armas en su defensa contra la de Fedreman, ni aguardar en ellas. Entre estas pocas y pequeñas poblaciones que iban descubriendo, llegaron á una á quien llamaron el pueblo de la Pocavergüenza, por la causa que luégo diremos, que fué bien leve y aun ridícula.

Los moradores de aquí no desampararon su pueblo como otros á la entrada de los soldados, con que el Capitan Fedreman, viendo la novedad, les ordenó que ninguno se atreviese á saquear las casas ni levantar las armas contra ellos, si ellos no les diesen ocasion; pero que si se retirasen los indios huyendo, los siguiesen y prendiesen los que pudiesen haber á las manos, sin detenerse en desvolver las casas hasta que esta faccion se hubiese hecho á los indios, que aunque á la entrada de los soldados debieran de tener intentos de aguardarlos, les pareció mudarlos luego y ponerse en huida, y que iban entrando del todo los españoles que los fueron siguiendo, como se lo tenia ordenado el General, si bien de ellos no faltaron algunos cuidadosos que haciendo más caso de lo que se les habia mandado, de buscar algun pillaje en los bohíos, se detuvieron en eso, pareciéndoles ser suficientes para dar alcance á los indios los que habian salido tras ellos, con que obligaron al Fedreman, que volviéndose á éstos con cólera les dijese: oh qué poca vergüenza de soldados; la cual palabra fué tan notada de todos, por no habérsela oido hasta allí, ni otra semejante de descomedimiento ni mala crianza, ántes bien, siempre los trataba con generosa y amigable afabilidad, que le pusieron al pueblo este nombre de la Pocavergüenza.

Vueltos los soldados del alcance con algunas piezas que prendieron, hombres, mujeres y chusma, no dejaron en los bohíos cosa que no trastornasen, donde hallaron algunas mantas ó telas de algodon bien hechas, y cantidad de fajas de lo mismo, de seis y ocho dedos de ancho (que en aquella lengua llamaban bayoques), con que las mujeres honestan las partes de la puridad, y muchos ovillos de hilo de algodon, tan grandes que tenia harto que cargar un hombre, y lo que más de todo les importó fué la abundancia de comida que tenian en todas las casas, con que se determinó el General alojarse en ellas por algunos dias, y descansar del trabajo con que iban, por haber sido muchos los que habian pasado sin descansar.

CAPÍTULO XIII.

I. Toma Jorge de Espira desde los Choques la vuelta de Coro con su gente.—II. Sucédenles mil trabajos, en especial en la falta de comida que les faltó y obligó á unos soldados á matar y comerse un niño.—III. Descúbrese la muerte del niño y castígala el Gobernador, aunque no como merecian.—IV. Acércase Fedreman por sus jornadas al rio de Apure, donde tuvo noticias de la vuelta de su Gobernador Jorge de Espira.—V. Enterado de ellas Fedreman, torció el camino á los llanos por no encontrarse con él.

AUNQUE ha rato que no han tenido lugar de volver á la Historia los sucesos del Gobernador Jorge de Espira, por haberlo estorbado los que hemos visto hasta ahora, no se me ha olvidado que lo dejamos envuelto en mil desgraciados sucesos en la Provincia de los Choques, donde viendo por ellos tan á los ojos su perdicion cierta, por ir descargando sobre él cada hora mayores aguaceros de desgracias, determinó salir de la Provincia, que aun esto ya no podia hacer sino con intolerables trabajos, por ser tan poca la gente que le habia quedado, y de ella más los enfermos que los sanos, y sin socorro á las grandes hambres; pero como de haber sufrido tantos trabajos se hallaban fuertes para sufrir más, y alentados con las esperanzas que tenian, que les habian de hallar remedio, con la vuelta á la ciudad de Coro lo tomaron, dejando aquella tierra que habia sido sepulcro de tantos, y caminando algunos dias por los mismos pasos que habian llegado á ella, hallaron quitados todos los estorbos que lo podian ser á la prosecucion de su viaje, porque como la tierra es tan larga y ancha, los naturales que hallaban poblados en el camino, cuando iban ya á la vuelta los hallaron sin gente, porque amedrentados de los daños que habian recibido, no pareciéndoles que estaban para recibir otros, habian dejado sus poblaciones desiertas, y remontándose bien á lo largo del camino, sospechándose y temiendo que habian de volver á hacerlo por allí los mismos.

No fué éste el menor inconveniente, entre otros muchos, que cada hora se les ofrecian de los que hallaron en esta tornavuelta, pues era causa de no hallar ninguna suerte de mantenimientos, sino era acaso y de tarde en tarde, con que eran intolerables las hambres que padecian, que por ellas iban cada dia muriendo de los enfermos y enfermando de los sanos. En la suerte de aquellos entraron algunos Capitanes que lo eran de mucha, como fueron Mulga, Zaballos, Cárdenas y otro llamado Murcia de Rondon, que fué Secretario del Rey Francisco de Francia el tiempo que estuvo preso en España, de quien se dice que fué el que descubrió al Emperador el concierto que el Rey de Francia tenia hecho para salirse de la prision y huirse de España á Francia; se murieron tambien otros muchos caballeros y personas principales en esta vuelta, sin otra mucha gente comun de la soldadesca y servicio. Con estas calamidades llegaron á una aldea de pocos moradores, que por no haberlos sentido llegar con tiempo, los hallaron en sus casas, si bien casi todos, ya que los nuestros iban entrando, cada cual por donde pudo, huyeron de ellas y las dejaron á los nuestros, que por ir tan flacos, cansados y enfermos no solo no llevaban alientos para seguir á los indios ni ofenderlos, pero ni aun para defenderse de unas medianas fuerzas si les acometieran.

Para recobrar algunas con alguna cantidad de batatas y yucas que hallaron aquí, se ranchearon por algunos dias y descansaron, en uno de los cuales sucedió que andando cuatro soldados de camarada trastornando bohíos en busca de lo que solian, oro ó comidas, ó lo que les viniese á las manos, hubieron á ellas una criatura de hasta un año, que debiera su madre de haberla dejado olvidada, ó con cuidado para poderse mejor escapar, y sin estorbo de los españoles, huyendo más sin embarazo. No fué poco el contento que estos caníbales ó caribes tuvieron con la presa, pues se determinaron luego reparar con ella la hambre canina con que andaban, y poniéndolo en efecto, la mataron con el mayor secreto que pudieron, y sin darles lugar su hambre á mayores dilaciones, miéntras se guisaba la carne echaron el asadura en las brasas, y á medio asar la despacharon, poniendo á cocer luego en una olla la cabeza, piés y manos y un cuarto, que como estaba tan tierno, todo (al fin como carnes de leche) se coció con la brevedad que deseaban y pedia el hambre de todos cuatro, y así, lo primero, despues de la asadura, con que la comenzaron á matar, fué con el caldo de la olla, que saboreado con ají y algunos pedacillos de yuca, que tambien echaron á cocer, dió principio á su comida.

En éste estaban, cuando acaso entró en la posada una india cristiana y ladina, que iba entre las demás del servicio, y dándole el olor de la carne cocida, que aun se estaba en la olla, llegó á mirarla, sin podérselo prohibir ninguno de los cuatro, ni que ella dejase de conocer luego ser cabeza de persona lo que estaba dentro. Salióse con esto la india al disimulo, aunque entendieron los soldados lo que ella habia entendido, y diciéndoselo al amo que servia, vino á divulgarse la maldad hasta que llegó á oidos del Gobernador Jorge de Espira, que mandando hacer diligencia sobre el caso, y hallando ser así, y cierta la muerte del niño, quiso castigarla, y que se pagara con la de todos cuatro, como sin duda lo hiciera, si los ruegos de muchos y la necesidad que llevaba de gente no le hicieran mudar de parecer y castigarlos de otra suerte harto menor de lo que merecia su culpa, la cual confesó públicamente uno de ellos, yendo ya caminando de allí á pocos dias, pues dándole una tan grave enfermedad que le puso á las puertas de la muerte, en este paso estuvo vasqueando y como dicen, penando tres dias, muriendo, sin acabar de morir hasta que públicamente confesó á voces, con lágrimas y señales exteriores del arrepentimiento, al parecer que tenia interior el delito. Lo cual acabado de hacer, pasó de esta vida, dejando ejemplo á los que han gastado gran parte de la suya en semejantes delitos, bañando sus espadas y manos en sangre inocente de indios, con que han dado materia de ocupar tantos y tan graves autores, tantas hojas de sus libros, por haber habido tanta de esta sangre, con que las pueden excluir sin haberse olvidado de hacer memoria de los fines que han tenido estos tales, porque aunque Dios disimula tanto, tambien pone castigos evidentes á los ojos de los que tienen por oficio tales crueldades, para que no tengan excusa en la cuenta que se les ha de pedir, pues se les han dado avisos interiores de tantas inspiraciones que á nadie le faltan, y exteriores á veces en cabeza ajena, y á veces en la propia, y aun ojalá con esto tome algun escarmiento.

Habiendo salido (como hemos dicho) Jorge de Espira de este pueblo, del suceso del niño, se acercó por sus jornadas á los dos caudalosos rios de Apure y Zarare, á los cuales tambien en el mismo tiempo se iba acercando su Teniente Nicolas de Fedreman, porque habiendo partido (despues de haber descansado en él algunos dias) del pueblo de la Pocavergüenza con toda su gente, al fin de algunas jornadas se halló sobre las barrancas de Apure, cuyos nacimientos salen de las Provincias de la ciudad de Mérida, dándole principios las quebradas que llaman de Bravo, ó por otro nombre Aricagua, donde el nombre propio de este rio, por los naturales, es Capuri, que corrompido el vocablo por los trasiegos de unas á otras lenguas, todas tan varias como hay en sus márgenes, en la parte que de ellas se hallaba Fedreman le llamaban Apure, donde tuvo nuevas, por relaciones de los indios, de cómo su Gobernador venia á la vuelta de Coro, y no estar léjos de allí. A donde así mismo, en esta sazon, poco despues de él llegó un Capitan llamado Juan Gutiérrez de Aguillon, con quince soldados, que venia en su demanda por sus rastros, desde la ciudad de Coro, con solos intentos de acompañarle en la jornada, de cuya llegada fué notable el gusto que tuvo Fedreman, por verse con más gente y saber los sucesos de Coro y la costa, si bien este gusto no dejó de tener su Alguacil en no haberle traido ni darle nuevas de las provisiones que aun esperaba del Gobierno.

Habiéndose asegurado Fedreman ser ciertas las nuevas de la vuelta de su Gobernador Jorge de Espira, y que no estaba rancheado léjos, pues era en las márgenes del rio de Zarare, poco más arriba del paraje donde él se hallaba en las de Apure. Como esto del reinar no quiera par, cuanto más mayoría, imaginando la habia de querer, al fin como su Gobernador Jorge de Espira, si se veian juntos, y que podria suceder quererle quitar la gente que llevaba, y agregándola á sí, determínase á tomar otra vez la vuelta en busca de las noticias de donde salia, por verse con fuerzas de gente para ello, con que quedarian frustrados los intentos que él y sus Capitanes llevaban, determinó torcer su derrota á la mano izquierda, cargándose á los llanos para no encontrarse con su Gobernador, que venia más á las cabeceras de la sierra. Y así, poniendo en ejecucion este intento pasó el rio de Apure, y llegando á un pueblo que estaba entre él y el de más delante, Zarare, de nacion caquetios, que al pasar habia dejado de amistad Jorge de Espira, se rancheó en él, y como la necesidad de comidas que llevaba era mucha, como tambien lo era su gente, á quien no pudo refrenar el ímpetu de soldados, y tan necesitados como iban, hicieron tal tratamiento á los naturales, que despues de haberles quitado cuanto pudieron haber á las manos, los avisparon de manera que desamparando sus casas, huyeron al monte, que no le fué de poco inconveniente al Jorge de Espira, como luego diremos. Partió de aquí Fedreman, y pasando

otro rio de Zarare, donde perdió un Secretario suyo, por haberlo ahogado el ímpetu del agua, se fué metiendo en los llanos, con que le dió lado á su Gobernador, sin encontrarse ni tener noticia del Espira, hasta que ya estaban bien apartados.

CAPÍTULO XIV.

I. Pasa Jorge de Espira los rios Apure y Zarare y halla los rastros de Fedreman—II. Despues de haber dudado Espira en lo que haria acerca de haberle hurtado el cuerpo Fedreman, se resolvió á enviar gente tras él—III. Envíala efectivamente, dándoles nuevos poderes y algunos avisos; pero nada tuvo efecto—IV. Vuélvense los que iban tras Fedreman, y hallan á Jorge de Espira rancheado en las sierras de Coro—V. Desde allí llegó á la ciudad, donde halló que ya gobernaba en su lugar el doctor Navarro.

CON los trabajos dichos, y los que no se han podido contar por ser tantos, llegando Espira á las barrancas de Zarare, y habiéndolo pasado con harta dificultad, por la que hubo en hallar canoas y haber de pasar los más á nado, con buenas esperanzas de reparar algo de estos trabajos, fueron caminando al pueblo de los caquetios, que, como dijimos, habian dejado entre los dos rios, y de su devocion y amistad cuando pasaron, donde entendian hallar el socorro que habian menester, que les salió en vano por lo que hemos dicho habia sucedido á los naturales con los soldados de Fedreman, que no fué de poco disgusto é inconveniente al Espira, ya por no hallar comidas para reparar su hambre, ni los indios que él habia procurado reducir á la amistad de los españoles. Procuró haber algunos de los fugitivos, y preguntándoles la causa de su inquietud y desamparo de su pueblo, se la dijeron, de que quedó Jorge de Espira admirado, no pudiendo dar en que españoles hubiesen sido los que decian habian sido causa de lo dicho. Pasando adelante, y el rio Apure de la otra banda, halló la ranchería donde habian estado los de Fedreman, y sus rastros tan frescos, que al parecer no eran más que de quince dias, sin poder hallar otros para saber con distincion qué gente fuese.

El cuidado de saberlo le hacia caminar con él, y deseos de encontrar quien le pudiera dar claras noticias de ello, que no las pudo rastrear, hasta que llegando, algunas leguas más delante, á un rio llamado Aure, á cuyas riberas se alojó, despachando luego desde allí algunos soldados á buscar comidas, por la mucha falta que llevaban de ellas. Una tropa de éstos, llegando á una poblacion de indios caquetios, que no estaba léjos del alojamiento, hubo algunos á las manos, para tomar lengua, y entre ellos una india ladina que habia venido en compañía de Fedreman, y por haber caido enferma la dejaron entre aquellos indios que habia dejado en su amistad, la cual como viniese á la presencia del Gobernador, por haber entendido los que la trajeron ser ladina, le dió clara y entera relacion de Fedreman y la más de su gente y Capitanes, nombrándolos por sus nombres, como eran los Capitanes Limpias, Pinilla, Rivera y un Padre que se llamaba Fray Vicente Requejada, de la Orden de San Agustin, que entró con ellos en este Reino, de quien trataremos en la segunda parte, y que iban diciendo ir en busca del Gobernador Jorge de Espira: si bien aunque iba publicando estos intentos, eran otros, como hemos visto.

Habiendo esta relacion de la india y los rastros que habian topado hecho evidencia de haber pasado adelante Fedreman, quedó perplejo el Gobernador Espira en revolverse para lo que haria, y más le enfrascaban el pensamiento los pareceres en que se dividieron sus soldados; pues entre los demás, unos estándose aún con gallardía de brios, le aconsejaron volviese tras de Fedreman, y tomándole la gente, intentase otro nuevo descubrimiento, que eran las sospechas (como dijimos) que le hicieron á Fedreman hacer lo que hizo. No se atrevió Espira á seguir este parecer, por la poca gente, enferma y mal armada, con que se hallaba, y la de Fedreman ser mucha, sana y de buenos pertrechos, y que seria entregarse á sus manos y cortesía, para poder hacer de él lo que quisiese, pues no obstante que era su Gobernador, podia librar, si quisiese, el derecho en las armas, y teniéndolas mejores, pudiera Fedreman intentar el quedarse con todo, y con facilidad salir con ello; y así, no era bien ponerse en estos peligros.

Despues de algunos dias que estuvo rancheado sobre las riberas de este rio, y en ellos á la continua, vacilando y comunicando con sus Capitanes sobre la acertada resolución que deseaba tomar en el caso conveniente á él y á sus soldados, la tuvo de despachar alguna gente á los alcances de Fedreman, enviándole nuevos poderes, para con esto granjearle de

nuevo la voluntad por maña, ya que no se atrevia, ni podia, por fuerza; y que le avisasen no siguiesen del todo los rastros y derrota que él habia llevado, porque les sucederia lo que á él, sino que en llegando al pueblo que él dejaba puesto por nombre Nuestra Señora, torciese el viaje al Oeste, y sin reparar en la aspereza de la serranía atravesase la cordillera, porque allí le habian dado noticias ciertas los naturales de haber otros muchos de la otra banda de las sierras, ricos de oro, esmeraldas y telas de algodon, lo que entendia ser cierto por claras muestras que de ello habia tenido, y que si las hubiera seguido, no le hubieran sucedido las desgracias que habia pasado y llevaba. Estas noticias eran de este nuevo Reino de Granada, que en la misma sazon lo estaba descubriendo y conquistando el Licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, como lo halló Fedreman atravesando la cordillera; no por este aviso que le daba su Gobernador (aunque se lo escribió) por no haber llegado á sus manos la carta, como luego diremos, sino por su buena suerte, que le guió por aquel paraje.

Por no haber en el que se hallaba el Gobernador Espira el aparejo que era menester de comidas para despachar á los que habian de volver con estos recados á Fedreman, pasó adelante hasta unas Provincias de Giraharas abundantes de ellas, pobladas á la mitad de las vertientes de las mismas cordilleras, que estos soldados traian ya á la mano izquierda y parte del Poniente. Ya tratamos en la segunda noticia de esta primera parte algo de las costumbres y valentía de estos indios, que es tanta, y su destreza en disparar una flecha con unos valientes arcos anchos y una vara, más altos que ellos, que con mucha facilidad pasan con ella á un hombre de parte á parte, y aun un caballo; y usan en ellas de un ardid bien nocivo y peligroso á sus enemigos, porque poniendo en las puntas por casquillo unos agudos pedernales, los atan al carrizo ó macana de la flecha con nervios de venados ú hombres, los cuales estando fuertes, cuando están secos para tener el pedernal, en quedándose la punta de la flecha dentro del cuerpo, como con la humedad se afloja el nervio, despidiéndose el pedernal de la flecha, aunque á ella la saquen se queda él dentro, causando muerte cierta al herido.

Despues de haber hecho matalotaje en esta Provincia, con que pudieron volver en seguimiento de Fedreman, señaló treinta para el efecto, entre ellos doce de á caballo, y por su caudillo á Felipe de Utre, caballero aleman y de la propia casa de los Belzares, y Capitan de la guardia del Jorge de Espira. Salieron estos treinta del Real, razonablemente prevenidos y tomando la vuelta de los rastros, sin detenerse en ninguna parte más de lo que era menester para reformar algo de las comidas y caballos, llegaron hasta las márgenes del rio Apure, ó por mejor decir, desde léjos de ellas le dieron vista, porque como hubiesen ya comenzado otra vez á entrar las aguas del invierno, venia tan grande aquel poderoso rio, que saliendo de madre anegaba por cada parte de ella más de legua y média que tiene de tierra llana, con que les fué imposible el pasaje, aun despues de haber estado aguardando ocasion de poderlo hacer más de treinta dias, porque en ellos fueron creciendo cada dia más las inundaciones, al paso que crecian las aguas del invierno. Y así, viendo que se le acrecentaban los imposibles del pasaje y las necesidades de comidas, tomó otra vez la vuelta y camino de Coro en seguimiento de su Gobernador, que halló alojado descansando en la serranía que llaman de Coro, para donde se habia partido, juntamente cuando el Felipe de Utre, en seguimiento de Fedreman.

No dejó de alterarse el Gobernador á la primera vista que dió al Felipe de Utre, ántes de saber la causa de su abreviada vuelta, porque luego echó de ver era imposible haber sido su ida de efecto, y poder haber vuelto con tanta brevedad; pero cuando supo haber sido el pasaje de Apure, moderó la alteracion, aunque no el cuidado que todavía le daba el viaje de Fedreman. No fué muy bueno el hospedaje que los indios de esta Provincia de Coro hicieron á Espira el tiempo que estuvo en ella alojado, pues jamás dejaron de inquietarlo, poniéndose en los altos del valle donde estaba rancheado, desde donde lo flechaban sin recibir ningun daño de los nuestros, no dejando ellos de hacer alguno, en especial en los que vivian descuidados, lo cual se procuró reparar, enviando una noche cierta cantidad de soldados que se emboscasen en una montaña y puesto acomodado para dar sobre los indios cuando volviesen a flechar, como solian, desde los mismos puestos. Que no salió mal la traza, pues viniendo otro dia luego al amanecer los del Real, los estuvieron entreteniendo en pláticas hasta que, asegurados con esto, dieron sobre ellos los de la emboscada con tan buen brio, que quedando muertos muchos y desbaratados los demás, hubieron á las manos más de treinta, de los cuales empaló el Gobernador diez, poniéndolos en aquellos cerros,

para atemorizar la tierra; castigo bien excusado, pues por defender la suya, que por derecho de las gentes, natural y divino, les era lícito, no lo era les dieran aquella muerte tan atroz é inhumana, pero al fin quedó con ella tan amedrentada toda la tierra en aquella Provincia y en todas sus circunvecinas, que no se atrevieron á levantar más las armas contra ellos.

Y así, con el seguro que se prometian del camino que restaba hasta Coro, ya que ellos y los caballos estaban algo reformados, lo comenzaron y prosiguieron, sin que se le ofreciera en todo el estropiezo de guazabaras que les obligara á detenerse, con que llegaron á la ciudad á los fines del año de mil y quinientos y treinta y siete ó principios del de treinta y ocho, hallando ya el Jorge de Espira, por haber espirado el que se le habia dado para su gobierno, que estaba en él gobernando por la Real Audiencia de Santo Domingo el doctor Navarro. Entró en esta ciudad el Jorge de Espira con solos noventa hombres, pobres, flacos, casi todos enfermos y muy maltratados, despues de cuatro años perdidos que salió de ella, como dijimos, á la mitad del de mil y quinientos y treinta y tres, con cuatrocientos soldados bien aderezados y muchos caballos, pocos que no fuesen españoles, de manera que todo el resto pereció, por las ocasiones que hemos dicho, sin que fuese de ningun provecho toda la jornada, y tuviéramos por partido que no hubieran sido de mayores daños que los que hemos contado. Quedóse en la ciudad de Coro como persona privada, poco amada de los soldados que trajo, porque en esto corrió igual fortuna con la comun de los que gobiernan, que teniendo suaves principios y de aplauso, los fines suelen ser amargos y aborrecidos de los que han gobernado, y aun con mayores ventajas sucedió esto con Espira, por haber sido todos sus soldados españoles, que sufren mal (y con razon) ser gobernados por gente que no sea de su nacion y mamado la leche de España. Murió en esta ciudad este Gobernador en el tiempo que despues diremos.

CAPÍTULO XV.

I. Prosigue Fedreman su viaje y en él topa unas dificultosas ciénagas—II. Pasando de ellas más delante encontraron en otras un monstruoso animal—III. Vuélvese Fedreman á entrar en la cordillera, donde invernó—IV. Sale de allí, y por varios sucesos llega á las márgenes del rio Meta.

A POCOS dias que Nicolas de Fedreman, pasados los dos rios, se cargó á la parte del Leste y llanos, y huyendo de su Gobernador, dió en dos muy largas y extendidas ciénagas, llamadas Arechona y Caocao, que aunque de poca agua eran dificultosas de pasar, por ser tan lamosas y llenas de cieno, que pusieron en notable trabajo á los soldados de pasarlas y mucha mayor á los caballos, que se entraban en muchas partes hasta las cinchas. No eran pocas las poblaciones de naturales que estaban en sus márgenes, de cuyo pescado era su principal sustento, que aunque fuese mucho lo que pescaban, no pudo ser el que habian menester los soldados para sustentarse; y así, no pudiendo reparar la necesidad que llevaban de esto, las pasaban tan grandes, que no dejaban rincon en la tierra que no trastornasen, buscando con qué remediarlas; y sucedia á veces que andando en esto entre los manglares, espadañas y otras yerbas de las márgenes de las lagunas, encontraban con alguna ropa de mantas de algodon razonable, y cantidad de hilo de lo mismo, de muchos colores, en ovillos y madejas, que tenian escondido los indios, por librarlo de las manos de los españoles, ya que no podian lo demás, que no pudieron sacar de sus casas; pero tampoco libraron esto, porque nada de lo que topaban dejaban en su lugar, pareciéndoles que de todo tenian necesidad.

Pasadas estas lagunas entraron en tierra más enjuta, yendo siempre retirándose de la cordillera con las mismas sospechas que les habia hecho dejarla; y así en pocos dias la perdieron del todo de vista, y aun la de los ojos perdian muchos de hambre, por no hallar poblaciones en aquel pais donde la pudiesen reparar con grano ni otras comidas, y así suplieron éstas los caballos, de que se sustentaron algunos dias, porque se les iban muriendo de cierta enfermedad que nunca acabaron de entendérsela para curarlos, hasta que se les quitó despues de haberse muerto y comido no pocos, pasando de aquel estalaje y provincia á otra ménos enferma, que la atravesaba un rio algo angosto, pero muy fondeable, en cuyas riberas habia señales de haber habido otros tiempos grandes poblaciones; fuéles forzoso alojarse en ellas y despachar desde allí gente á buscar comida por lo circunvecino del alojamiento y rio. Habiéndose algunos soldados alargado no mucho en estas salidas, encontra-

ron con algunas aldeas donde hallaron alguna gente y mantenimientos, y tomando de lo uno y lo otro volvieron con brevedad al Real, donde queriéndose Fedreman informar de la causa de las ruinas de aquellos pueblezuelos, la preguntó á los indios que habian traido, que dijeron haber sido un fiero animal de diversas cabezas, criado en aquel rio, tan bravo y valiente, que iba poco á poco destruyendo la gente de los pueblos, con que fué ocasion que los dejasen y retirasen cerca de aquellas aguas, que él tenia por su ordinaria habitacion, y se fuesen ellos á hacerla donde habian visto la tenian, y otros á otras partes.

No fué dificultoso á los soldados creer esto, pues algunos, demás de haber oido todos los del campo los valientes y temerarios bramidos de este animal dentro en los mismos ranchos, afirmaban otros haberlo visto por sus ojos, certificando ser una espantable y fiera bestia, que juzgaron tener varias cabezas, si bien unos decian ser culebra y otros sierpe. Ya aquí á Fedreman le pareció que su Gobernador habria pasado adelante y no habria peligro de encontrarse, con que determinó volverse á llegar á la sierra, ya para los principales intentos que tenia de atravesar la cordillera, y ya para huir de los llanos y buscar tierra alta donde pasar el invierno, que ya iba despuntando aprisa. Y así con ésta y una buena tropa de soldados envió adelante al Capitan Pedro de Limpias, que fuese descubriendo la tierra y buscando en ella algun buen sitio acomodado en suelo y de comidas, donde poder con alguna comodidad invernar todos; tras quien partió luego Fedreman con el resto de la gente, con la cual llevaba Limpias camino á paso largo, hasta llegar á las márgenes del rio Pauto (despues bien conocido de la gente de este Nuevo Reino, como en su lugar diremos), donde halló cantidad de pueblos con abundancia de comidas y sitios como deseaban para pasar el invierno; desde donde despachó ocho de los soldados de á caballo que llevaba, dando aviso y buenas nuevas de todo á Fedreman, que no venia poco atrás, por ser poco lo que caminaba cada dia, por algunos enfermos que venian en el campo.

Estos ocho soldados (dejándose llevar de su codicia y deseos de algun pillaje) se apartaron del camino que habian de llevar á un pueblezuelo de pocos moradores, y asaltándolos y haciéndoles ponerse en huida, ellos tomaron lo que pudieron hallar en el pueblo, que fué algun oro, mantas y otros rescates, con algunos indios para servirse de ellos; y pareciéndoles que los indios que habian ahuyentado darian aviso á otros más delante del suceso, por donde lo podian tener ellos peligroso en sus personas y perder la presa que habian habido á las manos, acordaron volverse desde allí vergonzosamente, fingiendo algun leve achaque para ello, como lo hicieron, entendiendo deslumbrar de la verdad que el caso habia tenido al Pedro de Limpias; el cual con prudencia, por parecerle convenir así, disimuló con ellos por entónces y despachó otros ocho á lo mismo, que llegando á encontrarse con Fedreman le dieron las buenas nuevas que llevaban y se volvieron con ellas pocas jornadas que ya restaban para llegar donde les aguardaba Limpias, que los salió á recibir al camino en un pueblezuelo de indios que se llamaba Bacoa, donde luego supo la cobardía de los ocho soldados, á quienes hizo un castigo ejemplar, aunque menor de lo que merecia la vileza del hecho, y fué que quitándoles todo lo que habian robado á los indios, lo dió á los otros ocho soldados que en su lugar habian ido con el recado, y sobre esto les añadió por pena que cada uno de ellos llevase en su caballo treinta jornadas un enfermo de los que iban en el campo sin ellos.

Alojáronse todos en el sitio que Limpias tenia ya dispuesto, tomándolo de propósito para miéntras durara el tiempo del invierno, en el cual despachó una tropa de soldados de buen brío que descubriesen si se podia atravesar la cordillera por alguna parte acomodada, para que pasase todo el ejército. Algunos dias gastaron buscando por muchas partes estos soldados lo que les habian encargado, y sin poder hallar entrada, por ser las sierras por allí tan encrespadas é inaccesibles que era imposible pasar los caballos, dieron la vuelta al Real y el recado á Fedreman de lo que habian hallado. No se hizo en este invierno y alojamiento otra faccion miéntras duró ni les sucedió cosa próspera ni adversa en el sitio, de donde ya deseaban salir, como se echó de ver, pues apénas habia comenzado á alegrar la gente el espejado tiempo y serenidad del verano, cuando comenzaron á seguir su viaje casi por las propias pisadas que habia llevado el Gobernador Jorge de Espira, por guia siempre la serranía á la mano derecha, pisando lo último de sus faldas. Por aquí iban marchando, y en un pedazo de sabana rasa salió de repente un tigre tan bravo, valiente y atrevido con la fuerza de la hambre, que metiéndose en cuatro saltos entre la gente del batallon, sin que nadie se atreviera á resistirle (porque harto hacia cada uno en huir) con la presteza que no se puede significar, hizo una lastimosa y triste carnicería, despedazando un español y

tres indios cristianos ladinos, y aunque al alboroto acudieron los demás soldados de á pié y á caballo, de la vanguardia y retaguardia, no le fueron estorbo á la bestia fiera para que aunque dejaba aquel estrago sin ningun alboroto, ántes con mucha mansedumbre se saliera como si tal no hubiera hecho, porque ninguno se atrevió á irritarla de nuevo, porque no sucedieran otros mayores daños sobre el sucedido.

Alojáronse en aquel sitio aquella noche por dar sepultura á los cuerpos muertos, á donde por estar cebado el tigre volvió á buscar la presa que dejaba muerta, con que los puso en tanto cuidado á todos, que ninguno se atrevió á cuajar sueño en toda ella, procurando cada cual defender su persona, porque su atrevimiento era tal que acometia á entrárseles otra vez entre todos, que á no darse buena traza en defenderlo los de á caballo á lanzadas, sucedieran otras tales ó mayores desgracias; y así amedrentados y casi huyendo del lugar, apénas habia despuntado el dia cuando levantaron ranchos y caminaron sin detenerse por algunos dias, hasta que llegaron al famoso rio de Meta (de quien hemos hecho tanta y tantas veces mencion), á cuyas riberas se alojaron por algun tiempo, por estar tan pobladas de naturales, muchos de ellos gente de buena masa, como se ha echado de ver en las conquistas que se han hecho de este Nuevo Reino en aquellas provincias. En este paraje del rio y más arriba se han hallado aquellos grandes y valientes pescados, dichos buseos, que se crian en el mar y suben por el rio Orinoco, y desde él por éste, porque, como dejamos dicho, la grandeza de ambos es tal que pueden subir estos peces y otros muy mayores si hubiera.

CAPÍTULO XVI.

I. Hay en estas provincias una de indios que viven de saltear—II. Dánle noticias á Fedreman en el pueblo de Nuestra Señora de estas Provincias del Reino—III. Infórmase del todo Fedreman de los indios de Salsillas—IV. Salen del alojamiento tres tropas á buscar cargueros.

ENTRE las demás naciones de indios de estas Provincias, una se llama Guaigua, gente que vive de saltear andando de un pueblo en otro, sin vivir en ninguno ni conocer tierra señalada; recógense de noche debajo de unas tendezuelas que traen de telas gruesas de algodon; no labran la tierra ni se ocupan en esto para sus comidas, porque las toman donde las hallan. Entre las demás naciones son al modo de los Aidones, salteadores famosos que bajan robando por los bosques de Esclavonia, corriendo las tierras de aquellas provincias hasta los confines de Hungría, con grandes daños y ofensas de los pueblos, teniendo esto por oficio, de que se sustentan y visten. Estos Guaiguas es gente tan ligera y suelta que con poca ventaja que cojan á un caballo con dificultad les alcanzan á ensartar muchos caracoles y con unas hebrillas un poco largas, juntándolos en hilera, á modo de pretal de cascaveles, se lo ponen al cuello para entrar sonando y avisando á los pueblos donde entran á robar. No falta quien diga ser éstos de nacion Giraharas, que en sus provincias naturales viven algunos al modo de éstos.

Sobre las riberas de este rio Meta se detuvo descansando algunos dias Fedreman, desde donde, marchando por las faldas de la sierra, llegó á la Provincia de Maruachare, que es donde está el pueblo que Jorge de Espira le puso el de Nuestra Señora, y despues se fundó por el Capitan Juan de Avellaneda, y hoy lo está la ciudad San Juan de los Llanos, cuarenta leguas al Sueste de esta de Santafé, porque como este Capitan era uno de los que venian con estos soldados de Fedreman, advirtiendo ahora, aunque de paso, en este país, y que no era mala tierra, ni falta de oro. Despues que hubo llegado á este Nuevo Reino y las cosas de él tuvieron asiento, pidió las conquistas de estas Provincias en esta ciudad el año de mil y quinientos y cincuenta y cuatro, y fundó esta otra de San Juan de los Llanos. Rancheóse aquí y trató luégo de informarse de propósito de la disposicion de las Provincias que demoraban á la otra parte de la cordillera, que eran las de este Nuevo Reino, por donde ya casi estaba determinado tomar su derrota, advirtiendo que pues su Gobernador Jorge de Espira, siguiendo lo largo de la cordillera al Sur, habia tenido tan ruines sucesos, que sin hacer cosa de importancia y con pérdida de tanta gente le obligaron a dejarla y volverse á Coro, que no le sucederia á él ménos, y así le parecia acierto mudar rumbo y á probar ventura por otra parte, como se lo aconsejaban los mismos naturales (que en comun era gente buena y de apacibles ánimos), dándole noticia de estas Provincias del Reino, de gente rica, vestida y amigable, con que Fedreman se determinó del todo, por ver

tambien inclinados sus soldados y Capitanes, á seguir esta derrota, porque veian la fragosidad de la tierra, y que sin duda se les habian de ofrecer mil dificultosos pasos, donde habian de ser necesarios instrumentos de hierro para aderezarlos. Hizo armar allí una fragua que traian para reparar algunos que venian gastados y hacer otros de nuevo con que pudiesen gastar en los dificultosos pasos que se les ofreciesen. Por esta fragua que armaron pusieron á este pueblo nuevo nombre sobre el que él tenia de Nuestra Señora, llamándole el pueblo de la Fragua.

En tanto que algunos se ocupaban en esto, tomó Fedreman otros de sus soldados con algunos Capitanes, y saliendo en rastro de otros pueblos para informarse mejor de las noticias que le habian dado los de la Fragua, despues de tres dias de camino, dió en una Provincia de otros llamados Operiguas, á cuyos primeros términos encontraron con un pequeño pueblo cercado de un grueso y alto palenque, cuyos moradores, en sintiendo los soldados, se pusieron en armas y defensa de sus casas, flechándolos por las troneras que tenian hechas para el intento, y por entre los palos de la cerca, la cual no les fué posible á los nuestros asaltar, por el brio con que los de dentro la defendian, y así allegándose á ella mañosamente, defendiendo los unos á los que con las hachas y machetes cortaban los maderos, hicieron puerta por donde entraron sin recibir más daño que quedar á la entrada flechado un soldado. Llamáronle á este pueblezuelo Salsillas, por la defensa con que estaba, así como dijimos habian llamado á otro por lo mismo los soldados de Jorge Espira, pero bien distintos. Rancheáronse aquí y hubieron á las manos algunos indios, de los que no se pudieron escapar, porque todos procuraron esto cuando vieron que los españoles les iban entrando su pueblo. Aquí se acabaron de informar y confirmar del todo en sus intentos, por haberles dado las mismas nuevas estos indios que los de atrás, si bien añadian que era poca la gente que venia para la mucha que hallarian en estas provincias del Reino, y que así seria acertado volver por más para asegurar la entrada y vivir entre ellas, que ellos se ofrecian á guiarlos hasta meterlos en la tierra.

Con estas buenas nuevas, que no fueron de poco gusto para todos, tomaron la vuelta del alojamiento, ya con final resolucion de seguir aquellas noticias y dar luégo órden en partirse, comenzando la travesía de la cordillera, como lo hicieran al punto que llegó á los ranchos, si no hallara en ellos falta de cargueros, por habérseles huido miéntras él hizo esta faccion muchos de los indios que para esto habian traido hasta allí, y así siendo forzoso buscar otros que supliesen esta falta, despachó Fedreman tres Capitanes con sus tropas, por diversas partes, para que trajesen algunos de los primeros que topasen ; sucedióles bien á los dos, pues á los dos dias que salieron fueron de vuelta sin ningun inconveniente, con buena copia de ellos ; lo que no le sucedió á Pedro Limpias, que fué el otro de los tres, pues tomando su derrota por las márgenes abajo del rio Ariare, dió en un pueblo llamado Miregua, donde halló solas las mujeres y chusma, porque los hombres estaban á la sazon más abajo pescando, y así sin estorbo ni contradiccion (por no haber quien pudiera tomar armas para hacerla) comenzaron luégo á ensartar en colleras á algunas de las mujeres y no pocos de los zagales muchachones. Ya que les parecia á los soldados podrian llevar una razonable mochila con éstos, comenzaron á tomar la vuelta del alojamiento, pero no pudiendo caminar tan aprisa, como tuvieron la nueva del caso los pescadores y tomaron sus armas, viniendo siguiendo la presa de sus hijos y mujeres, les dieron alcance á tiempo que por la dificultad de un paso por donde los caballos no podian pasar, dejaron solos á los soldados de a pié que fuesen con los presos, yendo ellos por otros rodeos á buscarles paso, y embistiendo con muy buenos brios los Gandules á los que llevaban la presa, les hicieron soltar la mayor parte de ella, ó por mejor decir, se huyó, cuando vieron á los soldados envueltos en la guazabara, en que hirieron de una lanzada (porque usaban de la lanza y flechas) tan mal á un soldado, que á pocos dias murió de ella, y sin duda se huyeran todos los presos si los de á caballo, que no estaban tan léjos que no oyesen la grita de la pelea, no acudieran con brevedad al socorro, con que forzaron á los indios, quedando algunos muertos, retirarse al rio, por donde se escaparon nadando, quedando allí parte de la presa, por no haberlo podido hacer como la otra parte lo hizo, con la cual llegaron al alojamiento tres o cuatro dias despues de los que habian salido juntos con ellos.

CAPÍTULO XVII.

I. Comienza el Capitan Limpias sobresaliente á pasar la cordillera—II. Sube un alto y dificultoso peñol, donde estuvo en riesgo de abrazarse él y toda su gente—III. Llega Limpias al valle de Fosca, á donde tiene noticia de los españoles del Nuevo Reino—IV. Pasa desde allí á Pasca, desde donde con Fedreman entra en esta ciudad de Santafé.

NO les hizo este pais tan buen hospedaje por entónces, que no les sobreviniese á todos una tan fuerte enfermedad de esquilencia ya á los postreros dias que se habian detenido, que no sacase de esta vida á algunos soldados é indios ladinos, y dejase en peligro de lo mismo á otros, con que les fué forzoso abreviar la partida, con esperanzas de que mudando tierra mejorarian la salud; y así, ordenando el General Fedreman á Pedro de Limpias, que con las guias que habian traido de Salsillas y otras del mismo pueblo y una tropa de soldados con algunos caballos, fuese delante descubriendo tierra por donde le guiasen, señalando los mejores pasos, de que habia bien pocos por donde pudiese caminar el resto del ejército, que ya quedaba casi del todo dispuesto para irle siguiendo. Caminando Limpias por donde le iban guiando, la primera jornada de como se partió de los ranchos dió en un rio llamado Tegua, á cuyas riberas hallaron una aldea de hasta diez ó doce casas, que al parecer el dia ántes sus moradores habian quemado porque no les fuesen de provecho á los españoles, de quienes ya tenian certidumbre habian de pasar por allí; disolviendo los indios cargueros las cenizas del incendio, hallaron algunos pedazos de panes de sal, que no les causó poco gusto, porque ya no la tenian en las comidas, por haberles faltado. Siguiendo su viaje el rio arriba, fueron á hacer noche en otro lugarejo donde estando durmiendo los soldados con buena vigilancia de las postas, entró tan de secreto un tigre, que sin sentirlo arrebató una india debajo de la hamaca de un soldado, á donde estaba acostada por miedo de esto; y sin ser poderosos todos los que estaban allí, ya que habian despertado á las voces de la india, para quitársela, se la llevó arrastrando, con la facilidad que un gato á un raton.

Prosiguiendo Limpias su descubrimiento, atravesando por muchos y frigidísimos páramos, sierras inaccesibles y montuosas, faltas de poblaciones y comidas, con que padeció de los mayores trabajos que hasta allí, que fueron causa de perder algunos soldados. Erale forzoso en muchas partes no poder dar paso sin ir primero abriendo la espesura de los arcabucos, cortando gruesos árboles que el tiempo habia derribado y hallaban atravesados en los pasos, que no podian desechar ni pasar sin hacer esto, á que se añadian los trabajos de ir gastando peñas con barras y picos para hacer paso á los caballos; y aun siendo sin provecho estas diligencias en muchas partes, por no poder con ellas vencer las dificultades de las breñas, les era forzoso, aprovechándose de fuerzas é industria, amarrar los caballos con sogas, y guindarlos hasta donde pudiesen asegurar los piés y pasar adelante. Con estos trabajos y otros (que no me atrevo á contar por no dejar su credulidad á la cortesía de los lectores) llegó el Capitan Limpias á una loma, que despues de haber pasado la gran dificultad que tenia, por sola una angosta trocha para subirla hácia un razonable llano arriba, lleno de una larga, espesa y seca paja, cercada por todas las demás partes de peña tajada y altísimos derrumbaderos, halló aquí retirados algunos indios, ó huyendo de sus casas, temiendo á los españoles, ó que tenian arriba sus ordinarias viviendas, los cuales, viendo que aun allí no se podian librar de los soldados, apénas los hubieron visto tomar tierra en el peñol, cuando pegaron fuego á la paja, y acertó á ser en tiempo que soplaba el viento de la parte por donde lo pegaron, hácia la que estaban los españoles, con que tomando fuerzas crecidas, fuego y humo, se iban acercando aprisa á los nuestros, y poniéndolos en tales angustias, que ya se daban todos por consumidos, por ser la senda por donde habian subido tan angosta y dificultosa de bajar, como lo habia sido de subir, que no habia dado lugar mayor del que podia llevar una persona, y eso con grande riesgo. Y así, visto el Limpias en el que estaban, de no poder escapar ellos, ni los caballos ni cargas, con la presteza que pudo echó un contrafuego, con que (por ser tanta la que traia el fuego) solo pudo reparar el daño de los caballos, que habia de ser quemarse ó despeñarse huyendo de él, porque muchos indios de los cargueros con sus cargas y ropa que llevaban, y un español enfermo que iba cargado en una hamaca (á quien soltaron los que lo llevaban por guarecer sus vidas) acabaron las suyas entre aquellas llamas.

Tambien huyendo de ellas otro que se llamaba Bivanco, escarmentado de otra ocasion semejante en que se habia hallado, huyendo el miserable de ésta, le pareció ménos mal que morir entre las llamas acabar la vida despeñado como lo hizo, arrojándose temerariamente del peñol, por la parte donde se halló, llegando abajo hecho pedazos. Los demás soldados, aunque no murieron, no escaparon de quedar señalados del fuego de por vida, en diversas partes del cuerpo. No fué esta ocasion bastante para que no pasasen adelante todos (apeados ya del peñol) con el camino y trabajos tan crecidos como hasta allí, con que fueron á dar en pocos dias al valle que llaman de Fosca, tierra de páramos, donde halló algunos indios, poblados ya de las Provincias de los Moscas, sujetos al Bogotá, que era el señor de todo este valle y la mayor parte de este Nuevo Reino. Halló tambien entre ellos algunas comidas, que era la mayor necesidad con que llegaron, aunque no era poca la que traian de descansar, por haber sido el que hemos dicho el camino, y así, se determinaron hacer alto allí por algunos dias, en que tuvieron algunos rastros de los españoles del Licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, por haber ya casi dos años que estaba conquistado, y pacificando las tierras de este Reino, en que habia habido tiempo harto para poder llegar sus noticias á este pueblo de Fosca, en especial habiendo pasado por el de Pasca, que es no léjos de éste, dos ó tres veces españoles, cuando desde la Provincia de Tunja fueron al valle de Neiva en demanda de la casa del Sol, como diremos en la segunda parte.

En los dias que se detuvo en ésta el Capitan Pedro de Limpias, se le fué acercando Fedreman con el resto del ejército, por sus propios pasos, gozando de las mismas hambres y necesidades que él, aunque algo apeadas las dificultades del camino con el aderezo que los sobresalientes habian hecho. Con estas nuevas que le dieron á Limpias de los españoles del Reino no se pudo persuadir á detenerse en Fosca hasta la llegada de Fedreman, sin pasar adelante á descubrir la verdad que tenian; y llegando al pueblo de Pasca, dos ó tres jornadas de esta ciudad de Santafé, halló en él al Capitan Lázaro Fonte, que lo tenia el Licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada desterrado allí por ciertas pesadumbres que habian tenido con él. Fué notable el contento que todos tuvieron de verse juntos, y deteniéndose Limpias allí hasta la llegada de Fedreman con todo el ejército, descansaron en el pueblo juntos por algunos dias, en los cuales, habiendo dado aviso desde el primero de su llegada de Limpias, Lázaro Fonte al General Quesada, llegaron algunos Capitanes, despachados de su mano desde Bogotá, para que supieran quién era la gente que entraba y le avisaran de ello. No fué menor que el de los primeros el gusto que tuvieron los segundos cuando se vieron unos con otros en Pasca; y así, despues de haber descansado un dia, al otro se partieron juntos, los que habian ido de Quesada y Fedreman con todo su ejército, y entraron á dos ó tres dias en las rancherías de esta ciudad de Santafé (que á la sazon no era otra cosa que unos doce ranchos, donde vivian todos los españoles) á los primeros del año de mil y quinientos y treinta y nueve, habiéndole quedado á Fedreman solo cien hombres, despues de haber pasado cinco años que salió de la vuelta de la laguna de Maracaibo, como dejamos dicho, con cuatrocientos bien armados y pertrechados de todo lo necesario á la jornada; de manera que aunque con habérsele juntado en el camino todos los que hemos dicho de Cubagua, y el Capitan Juan Gutiérrez de Aguilon con los quince que tambien dijimos, á todos los demás consumieron los trabajos y enfermedades, fuera de estos ciento, de quienes, y de esta entrada de Fedreman en el Reino, y de cómo acabó sus dias pretendiendo en la Corte, trataremos en la segunda parte, por ser allí su lugar propio.

CAPÍTULO XVIII.

I. Por el desabrimiento con que estaban los españoles con Jorge de Espira, intentan desbaratarle una salida á hacer cierto castigo—II. Sale de Coro una tropa de soldados al castigo de los Yaparas, y una buena parte de ellos se amotinan y no quieren volver á la ciudad—III. Échanle la culpa el Obispo y Jorge de Espira, de la fuga de éstos, al doctor Navarro—IV. Determínase, por esta ocasion, á ir en persona á su alcance.

YA dijimos cómo cuando llegó Jorge de Espira de vuelta de su desgraciada jornada á la ciudad de Coro, por habérsele acabado el tiempo de su provision en el gobierno, estaba por parte de la Audiencia gobernando, y por Juez de residencia, el doctor Navarro, vecino de la misma ciudad de Santo Domingo. Tambien habia venido por primer Obispo de la de Coro don Rodrigo de Bastidas, clérigo que tambien estaba á la sazon en la misma

ciudad, donde en llegando comenzaron á respirar y alentarse los pocos españoles que habian vuelto con Jorge de Espira, como quien habia dejado una pesadísima carga, que lo era para ellos los gobernase un extraño de su nacion; y así, por esto, como por encuentros particulares (que no habian faltado en el viaje), no acababan de digerir las acedias que traian contra él, de que hacian demostracion á cada paso, como le veian despojado de su trono, y sobre el Juez de residencia. Ya que la habia dado (que no fué dificultoso, ni de quedar absuelto, y dado por buen Juez, por haber sido poco lo que habia estado gobernando en la ciudad), se ofreció necesidad de enviar una escuadra de soldados al castigo de los indios Yaparas, que intentaban la barra de la laguna de Maracaibo, junto á la cual vivian y vivieron muchos años, haciendo hartos daños á los que entraban y salian de la laguna, hasta que el año que diremos acabó con todos el Capitan Juan Pacheco Maldonado, criollo de la ciudad de Trujillo (de quien despues hablaremos largo) y á la sazon habian muerto en la misma entrada ciertos españoles. Esta faccion negociaba Espira, se la encargasen con los que habian venido con él y otros españoles que habia en la ciudad, lo cual, tomando desabridamente los unos y los otros, por lo dicho, pareciéndoles seria fuerte remedio para contrastarle esta pretension el Obispo, por saber tenia mucha mano con el Juez de residencia, de quien aquella faccion dimanaba, se fueron á él los que se habian hecho cabezas de esto, y dándole razones por donde no convenia se le cometiese aquella salida á Jorge de Espira, le suplicaron fuese parte con el doctor Navarro para que no se le diese.

Alcanzó el Espira esta negociacion y para salir con su intento contra los que la hacian, buscó modos para hacerla él más fuerte con el mismo Obispo, interponiendo intereses, que como son los que apean todas las dificultades, no la tuvo en hacer al Obispo mudar del parecer con que habia quedado cuando le informaron los españoles de estar de su opinion, mudándose de la contraria y en favor del Espira; y esto con tantas demostraciones, que aun en el púlpito predicando las hacia, diciendo que era grande la maldad de la gente y soldadesca, que teniendo Rey buscaban Rey, y teniendo Gobernador buscaban Gobernador, con otras palabras al modo de éstas, que con evidencia daban á entender sus intentos; si bien todas no fueron bastantes á torcer los soldados del primero que tuvieron, ni de reducirles las voluntades á buen afecto para ir con el Espira; y como si el salir á estas jornadas no es con voluntad y aficion de todos los que la hacen, teniéndosela al que los gobierna, ántes suceden mayores daños que provechos. Vista la obstinacion de los españoles, se determinó el doctor Navarro (no obstante la fuerte negociacion del Obispo) á enviar á lo dicho más de cien españoles, con que se halló que eran aptos para eso, con un Capitan de su nacion, llamado Alonso de las Navas, con quien saliendo de la ciudad con mucho gusto, tomaron la vuelta de la Provincia de los indios culpados, y habiendo castigado á algunos y preso á los que lo eran más, enviaron á éstos con una tropa de los soldados á la ciudad, determinando los demás no volver á ella, pareciéndoles no podia salir de otra suerte del gobierno de los alemanes que tanto aborrecian y tan sin provecho militaban debajo sus banderas, como se habia visto en la penosísima y desgraciada jornada que habian acabado de hacer y en la de Ambrosio de Alfinger.

Con esta resolucion trataron de tomar la vuelta de la isla de Cubagua y Cumaná, que á esta sazon, como dejamos dicho, por sacarse en ella tanta guilla de perlas, era á donde habia la mayor fuerza de gente que tenia toda aquella costa. Y poniendo esta resolucion en efecto, otro dia de como despacharon los presos á Coro se despacharon tambien ellos, apartándose de la ciudad al Sur y metiéndose por la serranía para irla cortando y salir á las provincias del Tocuyo y Bariquisimeto, y desde allí atravesar por el desembocadero, tomando la vuelta de Cubagua, aunque á los principios de esta jornada dieron todos muestras de seguirla, y que la determinacion era como deseaban. Luego que se puso en ejecucion, comenzaron á flaquear los ánimos y fuerzas de algunos, pareciéndoles ser dificultoso y hurtando el cuerpo en secreto á sus compañeros, tomaron la vuelta de la ciudad, á donde entraron y dieron nueva de lo que pasaba, de que tomaron ocasion el Obispo y Jorge de Espira á decir palabras mayores contra el doctor Navarro, por haberse determinado contra la opinion de los dos á enviar aquella gente que habia dado ántes tantas muestras de alborotadiza, con que pudiera haber sospechado lo que habian hecho y atajádolo como ellos lo aconsejaban, cargándole en todo la culpa y que corrian por su cuenta los inconvenientes que de aquello se seguirian, en especial quedando aquel puesto tan sin gente con la falta de aquellos soldados.

Tanta fué la prisa y voces que al doctor Navarro daban en esto el Obispo y las que-

jas de Jorge de Espira y los demás factores y aliados de los Belzares (de que no habia pocos á la sazon en la ciudad), que enfadado y por excusar inconvenientes que de ello podian suceder, determinó (juntando la gente que pudo) ir en alcance de aquellos soldados, y tomando su camino por la costa del mar hasta llegar al puerto de la Burburata, salió por allí al valle de Bariquisimeto ántes que ellos; porque yendo los soldados poco á poco á pié, por no llevar caballos por las sierras con grandes trabajos y peligros de ser tomados á manos por los indios, cuando llegaron al valle dicho y hallaron rastros de que habia llegado á él el doctor Navarro y pasado á una poblacion de indios llamados los Ajaguas, donde estuvo algunos dias aguardando noticias de los fugitivos. En los cuales ellos pasaron algo apartados de este pueblo, caminando sin detenerse hasta entrar por el desembocadero de Buraure (de quien otras veces hemos tratado), desde donde demarcando la tierra y rumbo, así con grueso modo, lo mejor que pudieron, para la costa de Cumaná y Cubagua, fueron caminando hasta llegar á un rio llamado el Pao, en cuyas márgenes se alojaron con intentos de salir á buscar comidas, de que iban faltos. El doctor Navarro, habiendo tenido aviso en los Ajaguas de que ya habian pasado delante, comenzó á caminar en sus alcances y con buenas lenguas que llevaba, á cada paso sabia de los natúrales por donde iban; de manera que yendo á paso largo por los mismos que ellos llevaban, los alcanzó en la ribera del rio, donde se habian rancheado.

CAPÍTULO XIX.

I. Llegando el doctor Navarro á dar alcance á los fugitivos, les reprende con aspereza el hecho—II. Los fugitivos dan una noche sobre el doctor Navarro y los suyos, y quítanles las armas y caballos—III. Determínase el doctor Navarro á irse á Cubagua con los soldados tras quien iba—IV. Llegan con muchos trabajos á Cubagua, y desde allí vuelve el doctor Navarro á Coro.

SESENTA hombres eran los que iban en compañía del doctor Navarro, todos con buenas armas y caballos, cuando llegaron al alojamiento de los fugitivos del rio Pao, donde á la sazon no hallaron más que los enfermos, porque los otros estaban esparcidos por una y otra parte buscando comidas; de donde volviendo todos sobre tarde, se juntaron en su alojamiento, admirados de que hubiese tomado el doctor Navarro por su persona aquel cuidado, á que él respondió con graves y ásperas palabras, reprendiéndoles el hecho, pues con él habian sido causa de que lo hubiese tomado y le hubiese querido cargarle la culpa de su fuga y motin el Obispo y Jorge de Espira. A que respondieron los fugitivos satisfaciéndole que no eran sus intentos salir de la Gobernacion por no trabajar ni servir al Rey, sino por huir de estar debajo el gobierno de los Belzares y sus agentes, pues si gobernaran la tierra castellanos como ellos lo eran, no rehusaran quedarse en ella y servirle como leales vasallos en todo lo que alcanzaran sus fuerzas; pero teniendo las cosas del gobierno el estado que tenian, tuviese por cierto haber sido en vano su venida á buscarlos y pretender hacerlos volver á Coro; y que si como fué él el que se determinó á venir en su seguimiento hubiera sido el Jorge de Espira, que fuera sin duda el hacerle espirar entre sus manos, pagándole con esto como merecia su atrevimiento.

Viendo el doctor Navarro el de estos soldados y resolucion con que estaban, díjoles que se reportasen y dispusiesen, porque aunque no quisiesen habian de volver con él á Coro. Reportáronse con esto los fugitivos, y callando cogieron, como dicen, piedras, guardando su determinacion para mejor ocasion, y fué (aunque no eran sino pocos más de treinta, porque los demás que dieron para el castigo se volvieron á Coro) que comunicándose todos con el Capitan que entre ellos habian nombrado, que se llamaba Pancorbo, aquella noche estando descuidados los del doctor Navarro, diesen sobre ellos, quitándoles las armas y caballos, como lo hicieron, dejándolos desarmados y perdidos los brios, tomándolos ellos viéndose ya con caballos y armas, y sin esto á los otros, con que quedaron sujetos los Navarros con su Capitan á lo que quisiesen hacer de ellos los fugitivos. Vuelto de esta suerte á éstos el favorable viento de la fortuna contra aquéllos, se vió obligado el doctor Navarro á sujetárseles, y pidiéndoles misericordia, rogarles con encarecimiento se sirviesen de no infamarle de aquella suerte y de volverle sus armas y caballos, y volverse con él amigablemente á Coro, donde les prometia muy grandes acrecentamientos en toda ocasion que se ofreciese, y ellos le quisiesen emplear.

No hicieron mucho caso los fugitivos de estas sumisiones y ofertas, ántes aprove-

chándose de la ocasion que su buena suerte les habia traido á las manos, lo despidieron diciendo que le darian algunos caballos para que él y su gente pudiesen pasar de vuelta entre los indios, y que la tomasen luego, por ser tiempo excusado el que se gastase en querer persuadirles que no pasasen ellos adelante con su derrota; ántes seria esto irritar los ánimos de algunos soldados agraviados de él y de otros sus compañeros, para que allí se intentase tomar satisfaccion de ellos. Vista por el doctor Navarro esta resolucion, y que no le convenia á su honra volver sin los soldados á Coro, porque seria sin duda dar nueva ocasion al Obispo, Jorge de Espira y otros sus contrarios, para que de nuevo se le atreviesen, por no haber tenido efecto su salida, ántes haber sido tan ignominiosamente despojado de su gente, caballos y armas, determinó no volver más á la ciudad de Coro, sino tomar con los fugitivos la vuelta de Cubagua, que no lo estimaron en poco, en tener ya por compañero y de una misma pension á su Gobernador, lo que tambien quisieran hacer todos los demás que trajo consigo, por la misma razon y aun por la que daban los fugitivos para haber hecho la fuga, porque todos corrian igual fortuna y los mismos desabrimientos en el gobierno de los extranjeros; pero el que pensaban llevar estos de Cubagua en su camino, no admitia la compañía de tantos, porque no sucedieran entre ellos algunas discordias que fueran causa de atajar sus pasos é intentos, y así solo admitieron á cuatro que eran más de la devocion y amistad del doctor Navarro, despachando los demás desde el mismo rio para Coro, con solos dos ó tres caballos que les dieron con que poderse defender, si se les ofrecia algun encuentro en el camino, que tomaron luego por los mismos pasos que habian traido, y sin estorbárselos nadie llegaron á Coro, y dieron nueva de lo que pasaba.

Los demás con el doctor Navarro se partieron el mismo dia del rio; yendo prosiguiendo su viaje, se fueron entrando por tierras no conocidas ni pisadas de españoles hasta entónces, donde pasaron hartos intolerables trabajos de hambres y otras necesidades, con riesgos ordinarios de ser tomados á las manos y muertos de belicosos indios caribes, que á cada paso topaban, á que se allegaban otros, no menores, de ser despedazados de tigres todos, como lo fueron algunos á quienes no les fué posible evitarlos, como ni á todos el pasar crecidos rios, donde no eran menores los peligros y riesgos con otras mil calamidades que es imposible evitar en estas jornadas, en especial de tan poca gente como ésta. Despues de haber pasado en esto y el camino algunos meses, no tuvieron por pequeña suerte llegar á la Provincia de Cumaná, y de allí á la isla de Cubagua, donde se repararon de tantas necesidades como llevaban, en especial de salud, hambres y vestidos, en que hubieron menester algunos dias, en los cuales vino nueva al doctor Navarro cómo era ya muerto en Coro (aunque otros dicen que en la ciudad de Santo Domingo) el Jorge de Espira, de achaque del quebrantamiento de los trabajos que habia padecido en la jornada, si bien algunos quieren que haya sido del sentimiento que tuvo en verse ya sin gobierno y desestimado de sus mismos soldados.

Sea lo uno ó lo otro, ó ambas cosas (pues cada una de por sí bastaba para ello) al fin murió en este tiempo que tardó el doctor Navarro en este viaje, con que mudando la determinacion que tuvieron en el rio Pao, cuando la tuvo de ir á Cubagua, tomó desde allí la vuelta de Coro, donde estuvo muy pocos dias, por no ser más los que le faltaban del tiempo limitado que le dieron para que la gobernase, y así se embarcó para Santo Domingo, de donde, como dijimos, era vecino, tenia casa y buena hacienda, con que vivió muchos dias, hasta que vió el fin de ellos en la misma ciudad. La de Coro gobernaron los Alcaldes Ordinarios, por su ausencia, hasta que la Real Audiencia de Santo Domingo proveyó lo que luego diremos; ya en este tiempo habia llegado el de los años de mil y quinientos y cuarenta.

CAPÍTULO XX.

I. Júntanse todos los soldados de Sedeño en una compañía, y llega el Sedeño en esta ocasion de Puerto Rico al de Maracapana con gente—II. Las insolencias de los soldados de Sedeño eran muchas, sin que él las defendiera por sus fines particulares, si bien no pudo salir con ellos, y así los mudó en seguir las noticias de Meta—III. Despacha la Real Audiencia de Santo Domingo al Licenciado Frias, su Fiscal, contra Sedeño, y llegado á Tierrafirme, va en sus alcances—IV. Prende Sedeño al Fiscal Frias, y despójalo de cuanto llevaba él y su gente.

MIÉNTRAS pasaron las cosas dichas y acabó Nicolas de Fedreman el resto de su camino desde el Tocuyo hasta el Nuevo Reino de Granada con sus soldados y los que se le quisieron allegar de los de Gerónimo Ortal, los demás que andaban descarriados por aquellas provincias de Maracapana, de los de Antonio Sedeño, se juntaron é hicieron un cuerpo, con consideracion de que ya no tenian armas con qué defenderse ni ofender, por el despojo de ellas que les habia hecho con la apariencia de ser muchos y juntos, pudieran á lo ménos sustentarse y pasar una miserable vida hasta que viniera su Gobernador Sedeño, que por horas aguardaba, el cual no tardó muchos dias despues de esto que no llegase desde la ciudad de Puerto Rico al de Maracapana, con cantidad de soldados, caballos, esclavos, municiones, matalotajes y otros pertrechos necesarios á la jornada que pretendia. Y disimulando con buen ánimo la ofensa que Gerónimo Ortal le habia hecho en sus soldados, habiéndolos con tanta ignominia despojado de todo, pretendiendo dejar la venganza de aquello para buena ocasion, pues por entónces no la habia, comenzó desde el puerto (habiendo repartido ya armas á los soldados) á enviar la tierra adentro algunas tropas de ellos y á tomar por esclavos á los indios que pudieran haber á las manos, como los hacian y vendian á mercaderes de este trato que jamás faltaban por aquella costa.

Tomaba esto por entretenimiento el Sedeño, haciendo tambien entradas él por su persona en especial en las provincias y poblaciones de Mabiare, cuyo principal y señor de muchas se decia Albergoto, en cuyas personas y haciendas hacian los soldados cuantos géneros de insolencias les parecia, robando, forzando, cautivando, con todo lo cual disimulaba sin hacerles en nada resistencia el Antonio Sedeño á fin de no disgustar á los soldados, por el que tenia de irlos disponiendo para cuando le pareciese ya lo estaban pasarlos á la isla de la Trinidad, que era el pio que le hacia trastornar mares y tierras para no perder aquel gobierno, é intentar, si pudiera, llegarlo á adelantamiento. Parecíale que con dar esta larga á los soldados, sin sofrenada en ninguna de las maldades que quisiesen cometer, habian de avisparse los indios contra quien se hacian, de manera que juntándose toda la tierra los procurasen echar de ella, y que esta fuerza seria ocasion para embarcarse todos, y embarcarse y pasarse á su gobierno; pero si fundaba con este discurso y se prometia buenos fines con estos tan ruines medios, mal entendia aquella tan limpia doctrina de San Agustin, que dice: no ser lícito jamás hacerse males con intentos de que de allí salgan bienes. Y es cosa cierta que así como la buena obra se defienda así y á quien la hizo, de la misma suerte la mala se destruye ella misma y á quien la cometió, como lo fué experimentado el Sedeño por haber dado larga á que hiciesen tantas sus soldados, pues de ellas no solo no pudo conseguir el fin de sus deseos, pero aun se fueron siguiendo mil inconvenientes, como veremos.

Porque los soldados que luégo fueron atinando sus fines, en el mismo modo que tenia con ellos de dejarles pasar con todo, de más de dárselos á entender en ocasiones, no solo no daban muestras de tener voluntad de acudir á ellos, pero dábanla de tener aversion, con demostraciones tales, que totalmente vino á quedar sin esperanzas de conseguirlos. Y así despedidos de éstas, puso la mira en las otras que tenia de ir siguiendo las noticias que de los nacimientos del rio Meta dijimos le habia dado en Puerto Rico la india esclava, para lo cual con la mejor traza que pudo mañosamente, á título de la ocupacion en que andaban, metió su gente más de sesenta leguas la tierra adentro por la parte de la derrota que pretendia tomar para esto, y habiéndose rancheado en cierta poblacion les declaró sus deseos.

Los que tenia Gerónimo Ortal en la ciudad de Santo Domingo, de que fuera castigado Antonio Sedeño por habérsele entrado en su gobierno, como hemos dicho, le solicitaban á dar quejas de esto en la Real Audiencia de aquella ciudad, de manera que no se descuidaba un punto, con lo cual se le dieron comisiones de esto al Licenciado Frias, Fiscal

que á la sazon era de aquella Audiencia, para que yendo á estas provincias de los gobiernos de ambos, averiguase los agravios del Gerónimo Ortal, y en todo proveyese de justicia. Partió con estos despachos de la ciudad de Santo Domingo, quedándose en ella Gerónimo Ortal, y llegando á la isla de Cubagua tuvo noticia de que Antonio Sedeño se habia metido la tierra adentro, con los intentos y deseos que hemos dicho : túvolos luégo el Fiscal de ir en sus alcances para prenderle, y pareciéndole no seria acertado ni podria salir con ello si no llevaba gente de fuerza y tambien para el seguro de su persona, habiendo de pasar por provincias de guerra, juntó ochenta hombres, y pasando con ellos á la costa de Tierrafirme y Provincia de Cumaná, nombró por su Capitan y Teniente á un caballero que entre los demás se habia ofrecido á seguirle, llamado don Diego de Sandoval. Comenzó con estas y las demás prevenciones importantes á la jornada á seguirla, tomando la misma derrota y pasos que habia llevado Antonio Sedeño. Llegando á la Provincia de Cumanagoto y á un pueblo de uno de los señores más principales de ella que estaba de paz, habiéndose ya rancheado se allegó al Licenciado Frias el Cacique, y con deseos curiosos de saber el viaje é intentos que llevaba, le preguntó al mismo Fiscal que á dónde iba con aquella gente, á quien respondió (despues de haberle dado á entender la jornada) que iba á aprehender á Sedeño y traerlo en ciertas cadenas que le mostró, á que replicó el bárbaro diciendo: pues con qué lo has de prender, pues él tiene allá tanta gente y armas y tú llevas tan poco de todo. El Juez, mostrándole la vara de justicia, le respondió que aquella era la que lo habia de aprehender y meter en la cadena que le habia mostrado, de que rió mucho el Cacique, y como haciendo burla de aquello, dijo : mal conoces los brios y pensamientos de Sedeño y su gente, que tienen las lanzas muy largas y grandes los corazones, hombres muy valientes y de grandes ánimos, y así entiendo que te han de descalabrar.

Rióse tambien el Fiscal de las palabras del bárbaro, no considerando que la ambicion de mandar suele hacer perder la lealtad y respeto, no solo á las varas de ordinarias justicias, pero aun á las personas de los mismos Reyes, y así pareciéndole que á la vara y voz del Rey (como fuera razon) no habia de haber lanza enhiesta, con esta confianza y más descuido del que era razon, yendo contra gente libre y acostumbrada á hacer agravios, por haber tomado esto por oficio, pasó adelante en busca de Sedeño, á quien halló rancheado á la otra banda de un valiente rio, que pasaba por entre un pueblo llamado Cejo, y otro Canima.

No pudo aquel dia que se dieron vista (por ser tarde y venir el rio crecido) pasar el Fiscal de la otra banda de Sedeño, y así se rancheó en ésta, quedando unos á la vista de otros. Alteráronse los de Sedeño á la de los del Fiscal, aun ántes que lo conocieran, y haciendo congeturas á lo que podia venir, se informaron de algunos indios de los que venian con él, que á nado pasaron el rio, para verse con otros sus parientes que estaban con los de Sedeño, el cual habiendo conocido el intento que traia el Juez, y viéndose bien quisto con sus soldados y que todos le eran bien afectos, no fueron menester muchas persuasiones para persuadirlos á que no obedeciesen á ningun Juez (fuese el que quisiese, que viniese sobre ellos) pues era cosa cierta que ninguno vendria á hacerles ningun bien, sino á despojarlos de lo que tenian ganado con tantos trabajos, y hacerles otras molestias y malos tratamientos en sus personas.

Mostráronse todos de los mismos intentos, y acrecentando brios, se le ofrecieron á seguir su determinacion, y el órden que en todo pusiesen; y así lo dió luégo, de que pues todos eran vaqueanos de aquella tierra y rio cuyos vados tenian bien tentados por muchas partes, por haber tenido tiempo para esto en alguno que habia que estaban allí alojados, que pasase la mayor parte de los soldados aquella noche en el mayor silencio de ella, por los vados más acomodados, y diesen sobre el Juez y los suyos ; aprobando todos la determinacion, la tuvieron de pasar á hora acomodada, casi los más á nado, ó por la mucha creciente ó por no alargarse á buscarles vados ; y viéndose ya todos á la banda donde estaba alojado y descuidado el Licenciado Frias y su compañía, dieron tan de repente Santiago sobre ellos, que ántes que se pudieran desenvolver, ni aun saber lo que les habia sucedido, se hallaron todos despojados de sus armas y de cuanto llevaban, y presos el Fiscal y su Teniente Sandoval, su Alguacil y Escribano, otros cuatro ó cinco hombres de los más principales, con quienes usaron todos los géneros de descortesías y descomedimientos que pudieron, afrentando y maltratando de manera sus personas, de palabra y obra, que no les hicieron otra cortesía más que dejarlos con la vida, que tuvieran los más de ellos por mejor perderla, que lo que padecieron por mano de estos atrevidos soldados. A todos los demás, fuera

de éstos que prendieron, los despojaron tan del todo de sus vestidos, que solo les quedó el de la naturaleza; y así desnudos en carnes, y aun descubiertas tambien las partes de la honestidad (para que fueran al modo que traen por allí todos los indios) con bordones en las manos, los volvieron á enviar á la costa por el camino que habian venido; crueldad y afrenta más que de tiranos, pues ninguno parece lo fuera tanto, que con los de su propia nacion usara de tan rigurosas ignominias, que sin duda para algunos fueron mayores que si los sacaran de esta vida.

CAPÍTULO XXI.

I. Intenta Sedeño meterse la tierra adentro, huyendo el castigo que temia.—II. Procuraba Sedeño acariciar sus soldados, temiendo no se le rebelasen.—III. Muere Sedeño de veneno, con suma pobreza.—IV. Eligieron en su lugar por Capitan á un Pedro de Reinoso.

NO solo parece que intentó Sedeño en enviar de esta suerte á la costa estos soldados del Licenciado Frias, el despojarlos y enviarlos con tanta afrenta, sino que no teniendo armas con qué defenderse, perecieran en el camino á manos de los bárbaros (que lo tenia él por sin duda) con que le parecia quedaba en algo vengado de los agravios que habia recibido de Gerónimo Ortal; pero tambien le parecia cortar por aquel camino los pasos á las nuevas que podian ir del hecho á la costa de Cumaná é isla de Cubagua; pero este intento tuvo el fin muy otro del que él deseaba, pues amparándolos el cielo (que da por consejo que al afligido no se le ha de añadir afliccion), no solo no les quitaron los bárbaros por donde pasaban las vidas, pero aun les acudian con lo necesario á la comida (no al vestido por no tener con qué y andar ellos de la misma librea, que por ventura fué esto causa de tratarlos bien, porque, como dijo el filósofo, la semejanza es causa de amor) con que llegaron buenos y sanos todos á la costa de Cumaná é isla de Cubagua, dando noticias claras, cuando no con otra cosa con su librea y gala, del hecho de Sedeño. El cual con la brevedad que pudo, temiéndose tambien de lo que sucedió en llegar estos despojados á donde se pudiera saber su diabólico hecho y de lo que de ahí le pudiera suceder, comenzó á caminar la tierra adentro, procurando entrarse donde, aunque lo fuesen siguiendo, no le pudiesen fácilmente hallar, porque si bien tenia tal confianza en sus capitanes y soldados, que moririan todos en su defensa en todo trance de necesidad, quiso de su parte ayudar á estos buenos afectos y voluntad que fiaba de ellos, por la vuelta que pudiera ser dar la fortuna en un punto y volvérsele su viento al rostro, trocando los ánimos de todos, si se viesen en ocasion de tener á la vista mayores fuerzas y poder que el suyo y suceder que lo desamparasen pasándose á contrarias banderas, aunque no fuese más que por zurcir la infamia que se les habia seguido de desleales contra el Juez del Rey, y tan calificado como era un Fiscal de su Real Audiencia.

Estas consideraciones le hacian al Sedeño, sobre su natural generosidad y largueza de ánimo, que decian algunos tenia para con todos, acrecentarla en toda ocasion, ahora para con sus soldados, con que los iba aficionando de manera á su amistad que no habia ninguno que no blasonase de ella y no lo tuviesen, como dicen, en las entrañas, y le pareciese ser poco dejárselas sacar en defensa de su Capitan; porque le aconteció quitarse de encima los hombros una sola capa que tenia, con que andaba cubierto, y darla á un soldado que con necesidad le pedia una camisa ó ropa vieja para cubrir y abrigar sus carnes. Y no pienso parecerá á nadie vana esta consideracion y prevencion de Sedeño, que la pudo alcanzar, no solo naturalmente, por conocer la naturaleza de los hombres, sino aun por la experiencia de casos que en el mundo han sucedido, y los vemos cada dia de la misma laya en los hombres que hacen su condicion (que no son pocos) á viva quien vence, en especial si hallan alguna mejora y camino para librarse de alguna infamia, como sin salirnos de estas provincias de Tierrafirme tenemos claros ejemplos á los ojos en los casos de los tiranos que ha habido en ella; pues de los Capitanes y soldados del Gonzalo Pizarro, cuando se vieron á la vista del ejército del Emperador, que gobernaba el de la Gasca, desamparándolo se pasaron á las banderas de su Rey, no obstante la mucha amistad que le habian prometido y lo mucho que los tenia obligados con dádivas y honradas correspondencias. Lo mismo le sucedió al tirano Francisco Hernández Giron en las provincias del Cuzco, pues no le valieron las sagacidades, franquezas y cortesías que usaba con los soldados que se le allegaron, para que en viendo la suya y franqueza de vidas que les hacia el Rey, no le desampararan

al tiempo que más en su pujanza y gallardía le parecia que estaba su tiranía, se pasaran al ejército Real; y la misma fortuna corrió el tirano Lope de Aguirre, como largamente diremos despues.

Todas estas consideraciones que como hombre de buen talento miraba á lo largo Sedeño, no le dejaban, como dicen, poner los piés en la tierra, dando prisa á jornadas largas en meterse en ella; porque como dijo el Espíritu Santo, huye el malo sin que nadie lo persiga, porque él mismo se lleva consigo los alguaciles; y tambien por no ver rostro á rostro ministros del Rey, porque, como él decia, podrá ser no suceda tan dichosamente la suerte en el descubrimiento de estas Provincias de Meta, que no os perdone el Rey, no solo los delitos cometidos, sino aun otros muchos que tuviéramos. Con estas locas esperanzas, nacidas más de los miedos con que lo traia su pecado, iba prosiguiendo el viaje por donde las guias (que le habian dado las noticias) lo llevaban, cuando le atajó los pasos una miserable muerte que le dió una esclava suya, con un infame veneno de ciertas yerbas que le echó en la comida, con que se hinchó y quedó tan abominable á la hora de la muerte, que espantaba á cuantos ojos lo miraban; en tiempo que estaba en tal extremo de pobreza (con haber sido hombre de grandes riquezas, en especial cuando pretendió las conquistas y gobernacion de la isla de la Trinidad) que aun no se halló en su recámara una sábana con que poderlo enterrar; que aunque algunos (debieran de ser los que por más bien afectos querian cubrir sus faltas) lo atribuyeron á virtud, por haberles parecido haber provenido esto de la que tenia de generosidad; otros que con alguna más cristiandad cargaban el pensamiento en el modo que habia tenido de proceder, desde que se metió en conquistas y principalmente en aquella en que lo habia cogido la muerte, hallaban que aquella suma pobreza habia dimanado del vicio de la prodigalidad y ambicion y codicia de mandar; pues para sustentar estas dos sujetaba á aquella largueza desordenada, sin considerar que para dar y retener, discrecion es menester; y como intentaba por aquel camino acariciar los soldados hasta meterlos en tierras tan remotas que ningun otro dominio que el suyo pudiese llegar por todo el tiempo que le durase la vida, no reparaba en derramar cuantas riquezas le venian á las manos con que comprar el fin de sus deseos. Traian consecuencia y confirmacion de esta su opinion, el haber dado muestras de este su arrogante natural, el poco tiempo que estuvo en la isla de la Trinidad, donde por ver no se le podian escapar los soldados que tenia, se hubo tan áspera y rigurosamente con algunos, que les obligó una vez á que se amotinaran contra él, como lo hicieron, y otra á que se saliesen de la isla por verse fuera de su gobierno.

Murió y lo enterraron en un espacioso valle de la Provincia, que llamaron los españoles de los indios Tiznados, á causa de que todos los de ella traian los rostros muy pintados de negro, con cierto modo de sajaduras que se hacian en ellos sacándose sangre, sobre la cual ponian tizne ó carbon molido y zumo de yerbamora, con que quedaba el color y pintura para siempre, pareciéndoles con esto quedaban muy de gala y vistosos; como tambien hemos visto usan de lo mismo los Moros de la costa de Berbería, y aun en algunas Provincias la tierra adentro. Muerto Sedeño, trataron luégo los Capitanes y soldados de elegir cabeza que los gobernase, para que hicieron algunas juntas. Venian entre los demás soldados dos caballeros conocidos por tales, el uno llamado Pedro Reinoso, hijo del señor de Autillo, en Castilla la Vieja, y el otro Diego de Lozada, hijo del señor de Rionegro, en Galicia; que aunque ambos de poca edad, se conocia bien en sus nobles acciones ser hijos de sus padres, á que acompañaban conocidas virtudes, con que se vieron obligados todos los que se hallaban en las juntas á nombrar por su principal cabeza y Capitan general, por ser de algunos más años, al Pedro de Reinoso, y á Lozada por su Maese de Campo. Aceptaron los nuevamente electos, por haber sido la eleccion de comun consentimiento, y sin contradiccion de uno, con que comenzaron luégo en gracia y amistad de todos á gobernar, con la prudencia que todos se habian prometido en la eleccion. Y despues de haberles detenido pocos dias en el sitio del sepulcro de Sedeño, prosiguieron con tan buena determinacion y propósito su viaje en las noticias que llevaban, que prometian seguirlas hasta el fin, aunque lo hicieran de sus vidas en la demanda.

CAPÍTULO XXII.

I. Dase noticia á la Real Audiencia de Santo Domingo del hecho de Sedeño, y despáchase otro Juez á su averiguacion y castigo.—II. El Juez que vino contra Sedeño despacha un Capitan en su alcance.—III. Reciben de paz al Capitan que envió el Juez, y determinan de darle al Licenciado Frias, y que se vuelvan á la costa.—IV. Llegando Frias á la costa, dispone Castañeda seguir á Reinoso, y envía preso á Ortal á Santo Domingo.—V. Halla la gente de Reinoso los rastros de la de Fedreman en el valle de Tocuyo, y apartándose de ellos, entran en los llanos.

HABIENDO llegado á Cubagua los desnudos de Frias, como dijimos, se alborotó de manera la tierra, por el insolente hecho de Sedeño, que la justicia que gobernaba aquella ciudad de la isla, pareciéndole ser aquellos bastantes principios para temer alguna tiranía y rebelion contra la Real Corona, les pareció lo tenian ya sobre ellos con toda su gente, por ser la primera ciudad y de las más ricas de las que habia en aquella costa é islas. Con estos temores de conspiracion, viniendo con cuidadoso auxilio, enviaron á darlo con la brevedad posible del hecho á la Real Audiencia de Santo Domingo, que habiéndole dado la nueva, despues de cinco dias que gastaron en la navegacion desde Cubagua, lo sintieron Presidente y Oidores, como era razon, por ser agravio hecho á su Juez y Fiscal, y lo que más es, al Rey ; y así con la presteza que el caso pedia, nombraron otro Juez que fuese contra el Antonio Sedeño, llamado el Licenciado Castañeda, á quien entre las demás instrucciones que le dieron, le ordenaron que con solo un Escribano y un Alguacil fuesen á la parte que supiese estaba Sedeño, y prendiéndolo y haciendo justicia de los más culpados, los remitiesen á aquella Real Audiencia, porque consideraban que pudiese ser la razon de la prision del Licenciado Frias el haberlo visto con tanta copia de gente, de donde pudieron salir temores de quererle quitar la entrada é intentos que llevaba Sedeño, y que ahora asegurándolo de esto, por llegar á él con tan poca gente, obedeceria á lo que se le mandaba por la Audiencia ; y que si con esta prevencion aun no queria obedecer las reales provisiones, se podia tener sospecha de que andaba con sus soldados fuera del servicio del Rey, con lo cual (si se venia á entender y certificar de esto) lo remitiese á las armas y castigase á todos como rebeldes.

Para que más se justificasen los efectos de estas provisiones é instrucciones, y el Licenciado Castañeda partiese, mandaron al mismo Gerónimo Ortal acompañar al Licenciado Castañeda, y estuviera á lo que le ordenara, y como vaqueano guiara las cosas á buenos efectos, pues era en ello el más interesado para poder ver los de sus agravios. Embarcáronse con estos recados ambos en Santo Domingo, y habiendo llegado con buen tiempo á la isla de Cubagua, é informado allí de la derrota que llevaba Sedeño, y como estaba ya muy dentro de la tierra, no le pareció seguirle por su persona, ya por no ponerse en el riesgo que el Licenciado Frias, y ya por no tener él ni hallar en la isla la copia de gente que le parecia necesaria para si fuese menester, segun la instruccion que traia, resistir y prender al Sedeño. Y así pasando al puerto de Maracapana con algunos pocos soldados que pudo juntar en la ciudad de la isla, determinó enviar desde allí, con hasta veinte compañeros, al Capitan Juan de Yucar en seguimiento y alcances de Sedeño, que le notificaran las provisiones de la Real Audiencia y tentaran los ánimos que todos tenian en obedecerlas. Siguió el Yucar con sus compañeros el rastro de Sedeño sin detenerse, por no ofrecérseles ocasion para ello, hasta dar con el campo de Sedeño, que ya era muerto, que estaba rancheado sobre las barrancas del rio de Nirva (donde yo tambien lo estuve una noche) que corre en la gobernacion de Venezuela, entre la ciudad de Bariquisimeto y la de Valencia, sobre cuyas márgenes despues se fundó un pueblo de españoles que llamaron la Villa Rica, por haber hallado en este rio y sus contornos ricas minas de finísimo oro, que hoy duran, si bien no las deja seguir la infestacion que hacen á toda aquella tierra los indios Giraharas, que fué tambien causa de haberse despoblado esta Villa, como hoy lo está.

Recibió el Capitan Reinoso y todo su campo al Juan de Yucar, luego que llegaron á darse las primeras vistas, con más quietud y sin alboroto, que se entiende lo recibiera Sedeño, de que quedó admirado el Yucar ántes que supiera de su muerte, por parecerle no tenian las cosas el estado de tanta pacificacion como le mostraban en recibirlo, por donde pudo engendrar á prima facie alguna sospecha de engaño, cogiéndola con aquella paz

sobre seguro, si bien luego lo quedó, sabida la muerte del Sedeño. Ayudaron á esta paz mucho dos cosas: la una el estar los soldados á la sazon en buena amistad con el Reinoso, que como hombre bien intencionado y que procuraba el acierto en sus acciones, procurando atajar en aquélla alborotos, les quietó los ánimos, si algunos se habian alterado con palabras á propósito; la otra por tenerlo todos los soldados de pasar adelante (que era como ir huyendo, segun dijimos, de los intentos que llevaba Sedeño) de que el Juez que enviaba la Audiencia los hubiese á las manos y castigase; porque si algunos soldados estuvieran en opinion de no pasar adelante con la jornada, pudiera ser no fuera tan pacífico el recibimiento que hicieron al Juan de Yucar; pero al fin haya dimanado de lo uno ó lo otro, ello pasó así, y tan adelante la benevolencia del Reinoso para con el Juan de Yucar, que vinieron á concertarse en que pues ya Sedeño era muerto, contra quien era toda la tempestad, y todos los soldados iban con intentos de servir al Rey en aquel descubrimiento que llevaban entre manos, sin dar causa de alborotos á unos ni otros, se volviese el Juan de Yucar con sus soldados y el Licenciado Frias y los demás presos á la costa, sin dar ni tomar más sobre el caso en aquel puesto.

Donde se quedó á invernar con todo su campo el Reinoso, y saliendo el Juan de Yucar con el Licenciado Frias y los demás, tomó la vuelta de Maracapana, á donde llegaron todos y los recibió el Licenciado Castañeda á las primeras vistas con mucho gusto; si bien éste se le destempló luego que supo cómo era muerto Sedeño y llevaba su gente el Capitan Reinoso, tan pacífica y sin pensamientos de hacer cosa que oliese contra el servicio del Rey, y aun apesarados de lo que habian hecho en la prision del Licenciado Frias: porque todas estas nuevas le fueron causa al Licenciado Castañeda de hallarse arrepentido por no haber ido él en persona al negocio con alguna gente, pues como Juez, topándose con la del Reinoso, tan pacífica como le decian, podrian tomarla toda en sí y haciéndose Gobernador de ella y de la que él llevaba, proseguir el principal intento de la jornada. No quiso se quedase éste en solo devaneo, y sin intentar ponerlo en efecto; y así, deseoso de que lo tuviera, tomó la vuelta de Cubagua, donde trató de buscar más gente para dar con brevedad la vuelta al campo del Reinoso; pero viendo que le era total estorbo á estos intentos el Gerónimo Ortal (que como dijimos habia venido con él de Santo Domingo) procediendo contra él diciendo que habia engañado á la Real Audiencia, porque él era el que habia sido el culpado, asaltando y robando los Capitanes del Sedeño, lo prendió y envió preso á Santo Domingo en un navío en que tambien iba el Licenciado Frias. Llegados allá, hizo relacion el Gerónimo Ortal en la Real Audiencia de los intentos del Castañeda, que tomándolos mal, despacharon en el mismo navío (que luego tomó la vuelta de Cubagua) provision para que pareciera en la Real Audiencia á dar cuenta de su persona, como lo hizo, con que se desvanecieron sus pensamientos.

Los que llevaba Reinoso y sus Capitanes de proseguir su jornada, iban en tanto crecimiento cada dia, que á los primeros que despuntó el verano (despues de haber invernado en el sitio que los dejó Yucar) salieron de él y fueron marchando por sus moderadas jornadas, y á pocas que hicieron caminando, un Pedro de Cáceres, yendo por cabo de una escuadra, descubriendo camino algunas dos ó tres leguas adelante, encontró con los rastros de la gente de Fedreman, de cuando habia estado (como dejamos dicho) en la Provincia del Tocuyo; si bien por entónces no pudieron conocer con claridad más de que eran de españoles, y sin dar parte á nadie de los soldados, por haber sido solo el que los habia visto el Cáceres, solo se la dió al Reinoso aconsejándole (porque era hombre astuto) se apartase de aquellos rastros y trochas de la sierra por donde iban, y dando guiñada con todo el ejército, se metiese por los llanos, porque pudiera ser que no llevando el Reinoso, como no llevaba, poderes del Rey para gobernar aquella gente, ni la gobernaba con más jurisdiccion que la eleccion que los soldados habian hecho en él, que si encontraban con la de aquellos rastros, sucediese que librando el derecho en las armas, le quitasen la gente y él quedase despojado del gobierno que traia sobre ella. Era este Pedro de Cáceres hombre muy bien entendido, de lúcido ingenio, en especial para consejo; y éste fué aquel viejo tullido y enfermo á quien el tirano Lope de Aguirre, viendo que las enfermedades y trabajos (á veces) con que estaba no bastaban á consumir sus dias, hizo con las tiránicas intenciones con que otras muchas cosas, que sus ministros se la quitasen.

No le pareció mal el consejo al Reinoso, y así tomándolo, ordenó á su Maese de campo Lozada, que apartándose de la sierra guiase el campo para la entrada de los llanos (como lo hizo), yendo caminando por ellos con inmensos trabajos que á cada paso les iban sobrevi-

niendo, ya por los intolerables calores que hacen en aquellos paises, por ser tierras bajas y ahogadas, y ya por las raras poblaciones que hay en ellas, por los mismas causas, que todo lo era de estos trabajos, sobre que se recargaban los de la hambre, que les duró no pocos dias que tardaron en llegar á un caudaloso rio que va á entrar al mar, cerca de las bocas del Orinoco, que llaman Apure, aunque otros dicen que era Zarare, porque ámbos pasan por aquel país, de quienes ya hemos tratado algo en la jornada de Fedreman. Este pasaron con hartos trabajos, por ir valiente de las aguas del invierno, que aun no habian acabado de vaciar, y comenzando á caminar por las tierras que iban llevando delante, sin apartarse ni á uno ni á otro lado, encontraban con cantidad de gente, que sin tener casas, porque vivian debajo de árboles, manteniéndose solo de pescado, de que son abundantísimos todos los rios, pequeños y grandes, que corren por aquella tierra. Cogen tambien unas raicillas, que ella naturalmente cria delgadas como el dedo, y nudosas como raices de cañas, de que secas al sol y molidas hacen cierta harina, que revuelta con otra que hacen de pescado seco, hacen bollos y puches ó mazamorras, de que se sustentan sin atender á otras labranzas de tierras, sementeras ni otros regalos, con que viven sanísimos y pasan sus vidas de cien años, hasta que naturalmente se les acaba de viejos, sin enfermedad.

CAPÍTULO XXIII.

I. Desde una Provincia donde reformaron su hambre, despachó Reinoso, que hallaron noticia de mucha gente.—II. Amotínansele á Reinoso la mayor parte de los soldados, y sálense del Real una noche.—III. Dan sobre Lozada y desármanlo, y sale Reinoso en sus alcances.—IV. Desbarata Reinoso á los amotinados, en cuyo encuentro quedaron muertos treinta españoles.—V. Traen ciertas semejanzas al propósito de lo sucedido.

PASARON como pudieron (que fué con hartos trabajos) el camino, que les duró á la larga de esta tan estéril Provincia, y llegando á otras de gente que aunque era en sus costumbres tan bárbara como la de atrás, al fin tenian casas en qué vivir, y cultivaban sementeras de maíz, yuca y otras raices, que no les fué de poco alivio y reparo á la hambre que llevaban, con que determinaron ranchearse allí de asiento, por los dias que les pareció bastaban para reformar sus personas y jumentos del cansancio y estrago de los estómagos con que habian llegado los soldados, desde donde á pocos dias de como sentaron ranchos, envió el Capitan á descubrir, por la derrota que llevaban, una escuadra de hasta veinte hombres, para que diesen vista al camino, y de la disposicion de él tomasen determinacion de seguirle por allí y otra parte. Despues de haber caminado aquéllos (por aquella que era llana) algunos dias, con tanta falta de comidas, por no topar poblaciones, que solo se sustentaban de alguna carne asada sin sal, de venados que cazaban, llegaron á un caudaloso rio, de quien no hallaron les dijera el nombre, y así sin saberlo (si bien debió de ser alguno de los muchos que dejamos nombrado atrás, que entran en el rio Orinoco ó en el mar, cerca de sus bocas, por las provincias de los Caribes) repararon á la márgen de él, donde hacia una espaciosa playa, y estaba un indio viejo en guarda de una muy grande y bien labrada canoa, el cual, habiéndole preguntado por señas (que las entendió bien) si por aquellas tierras habia mucha gente, y por las mismas dió á entender, señalando con la mano, que el rio abajo, en una baja serranía, por donde pasaba, habia mucha. Con lo cual, y sin haber habido á las manos alguna comida que pudieran llevar de socorro, tomaron todos la vuelta del Real, por los pasos que habian traido, y dando noticia al Capitan Reinoso de lo que habian hallado, mandó luego apercibir el campo, para salir de allí en demanda de las sierras de que traian noticia, haciendo que se despachara por sobresaliente, primero que el resto del ejército, con hasta treinta compañeros, como era ordinaria costumbre en todos estos descubrimientos, el Capitan Lozada.

Hízose uno luego con estas nuevas de los ánimos de algunos, con cierta sedicion y tumulto que se levantó en el Real entre los Capitanes y personas más principales de él, que encendidos de una recocida envidia de ver que los mandasen aquellos dos mozos, Capitan y Maese de Campo, procuraban en público divertirlos de los intentos que llevaban, disuadiéndoles de aquellas noticias, diciendo que entre la serranía que les decian todos eran anegadizos, y que llevarlos á ella era meterlos en la carnicería; inconvenientes ciertos con otros innumerables que se habian de seguir en ser gobernados por gente tan moza y falta de experiencia, y aun no seria poca suerte si quedase alguno de todos que no pereciese. Los

fines que llevaba el sembrar estas discordias, eran, como hemos dicho, originados de las noticias de mucha gente que habia traido el caudillo, porque pareciéndoles á los principales promotores de las alteraciones que si venian á dar en alguna Provincia rica y opulenta de gente, oro y otros metales, les era á ellos cosa afrentosa recibir mercedes, y que corriesen los repartimientos y hacienda que les cupiese, por mano de dos mozos, que aunque caballeros, al fin la falta de edad y experiencia habia de hacer falta en la igualdad de la justicia distributiva. Fué esta alteracion tan en secreto, que lo estuvo sin podérsele traslucir al Reinoso todo el tiempo que fué menester, para no poder reparar á tiempo los daños que de ella luego se siguieron, porque solo intentaron los Capitanes que se mostraron cabezas del disturbio (que fueron Pedro Copete, García de Montalvo, Aduca y Alonso Alvarez Guerrero), con otros, alterar los ánimos de los soldados con desvanecidas esperanzas que les daban para traerlos á su devocion. Y viendo que no hallaron pocos de ella, y que en la tardanza de su ejecucion estaba el peligro (porque de ordinario lo tiene el secreto entre tantos), la noche ántes que el Capitan Reinoso se habia de partir, avisaron los dichos á todos sus amigos y alterados y sin hacer alboroto en el Real, ni algun daño á su Capitan ni á otra persona, tomando todos los caballos que hubieron menester, sin reparar en cuyos eran, salieron determinados á dar sobre el Maese de Campo Lozada, que estaria hasta tres leguas de allí.

Halláronlo bien descuidado, aunque con velas, y ajeno aún de imaginar en los soldados (en especial en las cabezas que lo habian sido del caso) tan ruines pensamientos; pero al fin ejecutando los que llevaban, dieron sobre él y sus soldados tan de repente, que sin poder socorrerse de armas ni caballos, les quitaron lo uno y lo otro, y prendieron á todos los que no hallaron de su devocion, porque hallaron algunos para á la mañana hacer lo que les pareciese de todos, ántes que ésta llegase, pues fué á poco de como salieron del Real los amotinados. Vino el caso á noticia de Reinoso, y con la diligencia que pedia y su brioso ánimo juntó los amigos con que se halló en el campo, para tomar acuerdo en lo que debian hacer, que todos fueron de parecer saliesen con la brevedad posible en su seguimiento, procurando alcanzarlos ántes que hubiesen dado sobre el Lozada y desbaratádolo, y que si hallasen esto ya hecho, harian con los fugitivos lo que la ocasion les mostrase. Partióse luego el Reinoso resuelto en esto, con hasta cincuenta hombres escasos, los trece de á caballo, en los peores que llevaban en el ejército, porque los mejores, más sanos y gordos, habian cogido los amotinados. Y caminando á todo andar, llegaron al alojamiento del Lozada, donde ya los Capitanes lo habian desarmado, y estaban con cuidado puestos en arma por el aviso que les habian dado las centinelas de la ida del Reinoso, que sospechándola se habian prevenido de ponerlas, y no descuidarse en nada de lo demás.

Llegó Reinoso á dar vista á éstos al cuarto del alba (y aun cuando ya iba despuntando la luz) y sin dar lugar con demandas y respuestas á dilaciones, llevando ya su gente puesta en órden con gallardos brios (como los habia menester por ser solos los cincuenta que hemos dicho y los contrarios casi doscientos hombres) les embistió, y sucediendo que á los primeros encuentros los amotinados derribasen de su caballo á un soldado labrador, que en él y las armas se parecia mucho al Reinoso (con que se engañaron por no ser aun bien de dia), comenzaron á cantar victoria, sembrando voces que el Reinoso era muerto; pero luego á las que el Reinoso daba animando su gente, conocieron sus soldados ser falsas las que daban sus enemigos, y tomando con esto nuevos brios contra ellos, se les echó de ver despues de buen espacio de tiempo que duró la batalla, pues los cincuenta solos apretaron de manera á los demás, que les fué forzoso (visto que no bastaban los brios de sus manos) aprovecharse de sus piés y librarse de huida, á que no ayudó poco el verse mal seguros de algunos soldados que habia con el Lozada de su devocion y de la del Reinoso, de los cuales tenian no poco temor, aunque estaban desarmados, por ver que los cercaban por una parte, como los del Reinoso por otra. Estos siguieron la victoria, yendo dando alcance á los que huian, en el cual fueron presos los tres de los Capitanes y cabezas del motin, que fueron Guerrero, Copete y Montalvo; y á los dos primeros les hizo luego cortar la cabeza el Reinoso, y sin duda hiciera lo mismo al Montalvo, si el Lozada no intercediera por él, descargándole algo de la culpa de los otros, que por ventura tampoco murieron, segun era de benévolo y piadoso el Reinoso, si tan de repetente no se hiciera de ellos justicia, como no se hizo (que no debiera) de ninguno de los demás soldados y Capitanes, pues no llevaron otro castigo más del que sacaron del conflicto de la guerra, que fueron algunas heridas y muertes de más de treinta españoles, y sobre todo esto la infamia del motin, de que no se

pudieron escapar, pues la eleccion en el Reinoso de Capitan y cabeza habia sido por voluntad de todos, sin que fuese intrusa ni violenta de su parte, y así tenian obligacion á guardar y obedecer aquella cabeza, que voluntariamente y sin ninguna violencia habian escogido.

Ocasion fué ésta en que todos conocieron las ventajas que tienen las armas de la razon y justicia contra los que no las tienen de lo uno ni lo otro; pues el que pelea con éstas, se conoce tener brios de leon, y el que sin ellas, de cobarde y temeroso ciervo, el cual animal ha sido siempre en todas letras símbolo del temor. Y así aquel decir del valeroso Hércules (por ser cosa que merecia ser puesta entre sus hazañas) que mató un ciervo de Claro Eráclito, que quisieron decir en este enigma, que el hombre virtuoso y fiel debe en sí mismo sujetar el afecto del temor, si para cosas grandes y valientes le desbarata y envilece el ánimo, y de los esclavos que se huyen de sus amos (de cuyos hechos y estado es tan propio un corazon vil y temeroso), dice Festo Pompeyo, que solo mudando la S en C, de siervos se llaman ciervos, significando con esto aquel cobarde volver de cabeza, cuando van huyendo con vileza de ánimo para ver quién va tras ellos; y decir Homero en persona de Aquiles, que Agamenon tenia el corazon de siervo, no fué otra cosa que motejarle de cobarde. Y á este propósito ha sido siempre en las humanas letras, celebrando aquel dicho del Capitan Cabrias, ateniense (que muy de ordinario repetia, como dicho digno de memoria, Philipo Rey de Macedonia) que era más tener un ejército de siervos que tuviesen por Capitan un leon, que uno de leones que tuviese por Capitan un siervo; que fué decir, que era más fuerte un ejército de soldados viles y cobardes con un Capitan valeroso, que el de soldados valerosos y valientes con un Capitan cobarde. No sé si corre en todo la semejanza acerca del suceso de estos españoles, pero en muchas partes fácil es la aplicacion, viendo que el valor de Reinoso, con cuatro soldados mal armados, por haber sido, como hemos dicho, despojados de las mejores armas y caballos, venció y puso en huida á doscientos españoles como ellos, y de las mismas obligaciones en ánimo, valor y brios; pero habiéndoles faltado éstos, por haberse hecho ellos mismos fugitivos, merecieron les cayera la segunda infamia sobre la primera.

CAPÍTULO XXIV.

I. Vuélvense á levantar entre los soldados nuevas alteraciones—II. Da licencia el Capitan Reinoso para que se vuelvan los amotinados á la costa—III. Determina Reinoso dar de mano á la prosecucion de la jornada y volver á desandar el camino—IV. Dividióse la gente del Reinoso para invernar, y él fué á parar á Bariquisimeto, y de allí preso á Santo Domingo por Montalvo de Lugo, Lozada, á Maracapana, donde se acabó de desbaratar la jornada.

BIEN se echó de ver en esta ocasion la necesidad que tengan de castigo las culpas, cuando no sea sino para que por él conozcan los que las cometen la gravedad de ellas, pues sucede muchas veces no entender ésta hasta que conocen el rigor de aquél; y así (aunque á las veces es convenientísimo un general perdon, por donde ser este menor inconveniente segun la ocasion y tiempos) no es lo cierto en todas, pues la pena del castigo es la que suele reprimir los ánimos para no cometer otras culpas, principalmente en sujetos que más que á ellas temen la pena. Algo de esto le sucedió al Capitan Reinoso en la ocasion que hemos dicho: pues siendo remiso en castigar los demás, dando color de piedad por ventura á su remision, no quedaron tan asentados y quietos los ánimos de los alterados, que no comenzasen luego nuevos bullicios é inquietudes, de que dieron muestras luego que el Pedro de Reinoso determinó la prosecucion de la jornada, en especial á dar vista á las noticias de la serranía, que habian sido el principio y piedra del escándalo, como dejamos dicho, porque algunos deudos, hermanos y amigos de los muertos en la guerra y el castigo, daban á entender en sus acciones y alteraciones de rostros no traer los ánimos quietos, sino andar maquinando trazas y ocasiones para pasar adelante la alteracion comenzada, á que ya se habian añadido nuevas razones con las muertes de sus amigos.

Conocido esto con tanta evidencia (por ser las muestras tan claras), el Reinoso, que le traia perplejo en la traza que se podia tomar para su reparo, porque pareciéndole por una parte que quitar las vidas á quien habia perdonado, y comenzar de nuevo el castigo que merecian, para quedar con esto seguro y libre de sospechas, no era cosa conveniente á su honra (por parecer demasiada severidad, de que él andaba con cuidados) por no adqui-

rir tan desaficionado nombre. Temíase, por otra parte, que si con la demás gente que llevaba pacífica, y amigos, iban los alterados, seria disponer evidentes ocasiones de rebeliones y peligros de la vida suya y de todos sus amigos. Entre este tropel de pensamientos (que no lo traian poco afligido) se determinó á tomar un medio entre estos dos extremos, que fué juntar todos aquellos de quienes tenia sospecha, y diciéndosela claramente, y que no se prometia ningun seguro de paz llevándolos en su compañía, se sirviesen de tomar todas sus haciendas y lo que más hubiesen menester para el camino y la vuelta á la costa, porque queria más quedar con quietud y sosiego, sin sospechas de ninguno de los pocos soldados que le quedasen, que teniendo mucha copia de ellos, no estar un punto sin ellas. Ya que estaba hecho el desacierto de haber dejado sin castigar el que ellos hicieron, el aborrecimiento que ya traian al gobierno del Reinoso (por ventura viéndose todavía sin haber purgado sus delitos) les hizo admitir con sobradas ganas este ofrecimiento que les hacia, y por las pocas que ya tenian de seguir aquella jornada en su compañía; y así se dispusieron luego á poner en efecto la licencia que se les daba, y tomando la vuelta de la costa los más de ellos, le pareció al Reinoso que ya quedaba limpio su ejército de gente sospechosa, y así lo mandó apercibir para proseguir el viaje.

A pique estaban ya de esto, cuando una noche ó dos ántes de la partida, un soldado llamado Ontiveros, volvió á alterar á ciertos amigos suyos, reliquias de los que ántes lo habian estado, para tomar tambien la vuelta y pasos de la costa tras los primeros, y no fueron tan pocos los que vinieron en esto, que no se juntaron treinta, que envueltos con la capa de la noche en su mayor silencio, y con el mayor que pudieron, dejaron los ranchos del Reinoso y tomaron el rumbo de los que ya habia cuatro ó seis dias que habian salido como desterrados á Maracapana. A las primeras luces que se siguieron los echó ménos el Capitan, con que le sobresaltaron algunos temores, no hubiese sido concierto de los unos y los otros para juntarse y dar sobre él, y así se puso en arma él y toda su gente, sin descuidarse un punto, hasta que supo por entero la derrota é intentos que llevaban. Estas alteraciones, que en tan poco tiempo del gobierno de los dos habian sucedido, fueron bastantes á resfriar los brios que hasta allí habian tenido los demás de seguir la jornada, y desganados de pasarla adelante, por verse tambien ya en tan pequeño número, persuadian á su Capitan Reinoso le diesen de mano y la vuelta atrás por donde habian venido. No fué poco lo que le pesó á Reinoso de esta determinacion y persuasion de sus soldados, por estarlo él á lo contrario, y de seguirla como á los principios se habia propuesto, hasta acabar la vida con ella; pero advirtiendo eran aquellas persuasiones y desganas que conocia en sus soldados grandes principios de inconvenientes si pasaban adelante, pues podria sucederle hiciesen por fuerza volver atrás, si sus soldados se determinasen á eso, determinóse á hacer de grado lo que gustaban (si bien contra su gusto) ántes que llegara la fuerza, y por ventura con daño de su persona; y así, dando á entender lo hacia más conformándose con sus voluntades que con la suya, tomaron la vuelta y comenzaron á desandar lo andado, distancia de más de ciento y cincuenta leguas, con los mismos trabajos de hambres, necesidades, enfermedades y muertes de españoles y gente de servicio, que habian llevado á la ida, solo hallaron de mayor alivio haber desandado el camino en ménos tiempo que lo anduvieron.

Entraron al fin en las sierras y cordillera á una con el invierno, que los necesitó á ranchearse de propósito, sin poder caminar, por la fuerza con que iba entrando; si bien les fué forzoso ántes de tomar asiento buscar parte acomodada de sitio y comidas, para poderse sustentar por no serlo aquella de la cordillera de lo uno ni lo otro, que primero habian encontrado despues de haber salido de los llanos; y para que mejor pudieran sustentarse todos, viendo las pocas comidas que hallaban, acordaron se dividiera la gente en dos partes, llevando la una el Pedro de Reinoso por la derrota que mejor le pareciese, y sentase ranchos por todo el invierno en lo más acomodado que hallase, y que el Maese de campo Diego de Lozada se encargase de la otra parte é hiciese lo mismo. Comenzaron luego (divididos) á caminar cada cual por la suya, y yendo Reinoso cuidadoso de hallar disposicion de lugar á propósito, por apretarle el invierno, no lo halló hasta llegar á la Provincia de Bariquisimeto, y en ella una población donde estaba rancheado descansando un Capitan, llamado Lope Montalvo de Lugo, con una compañía que iba en seguimiento y rastros del Capitan Fedreman y de otros que habian salido la vuelta de los llanos, arrimados á la cordillera, todos en demanda de estas noticias de Meta. Recibió Montalvo de Lugo amigablemente al Reinoso y su gente, pero luego que supo la llevaba sin órden del Rey, y de los balances que á todos les habia sucedido, y muerte de Sedeño, prendió al Capitan

Reinoso, y enviándolo preso á Coro con algunos soldados, juntó los demás con los que él llevaba. Llegó (con los que le dieron) Reinoso preso á Coro y á Santo Domingo, y como era noble en sangre y condicion, como hemos dicho, ayudóle el favor y abrigo que halló en muchos de la ciudad, á quedar limpio con brevedad de algunas calumnias que le pusieron, despues de lo cual se casó en ella honradamente, donde vivió mucho tiempo, hasta que vió el fin de sus dias.

El Montalvo de Lugo, prosiguiendo su viaje con su gente y la del Reinoso por los pasos de Fedreman, llegó con ella despues de algunos meses á este Nuevo Reino de Granada, que fué á los postreros del año de mil y quinientos y treinta y nueve, ó á los principios del de cuarenta, de quien tratará largo la historia en la segunda parte, en las cosas de este Nuevo Reino, donde gobernó por algun tiempo. El Capitan Lozada, por el rumbo que tomó, fué á invernar á una Provincia de naturales, abundante de comidas, llamada Curbaquiba, desde donde despues de pasado el invierno y sabido el suceso de Reinoso, tomó la vuelta de Maracapana, por donde habia entrado la tierra adentro, donde se desbarató y deshizo del todo su compañía, desperdigándose cada cual por su parte, viniendo él á parar á la ciudad de Coro, desde donde hizo muchas entradas y señaladas facciones en servicio del Rey, por todo el tiempo que le duró la vida, como adelante se verá.

CAPÍTULO XXV.

I. Habia innumerables indios en estas Provincias de Cumaná, y hoy se hallan muy pocos; dáse alguna razon de esto—II. Comian carne humana y tenian médicos á quienes llamaban Piaches—III. Modo y ceremonias con que invocaban al demonio—IV. El modo que tienen los Piaches en curar, y variedad de animales peregrinos de esta tierra.

ANTES que del todo nos salgamos de estas dos ó tres principales Provincias, Maracapana y Cumaná (que se diferencian en poco, y así las reputamos por una) y esta otra de los Llanos, en que nos hemos ocupado con nuestros soldados tanto tiempo, será á propósito tratar algo de los naturales y naturaleza de ellas, aunque con más cortedad de la que quisiera, por haberla tenido en aquellos tiempos los que las pisaban, en curiosidad de saberlas, por no entrar con principales intentos á eso, sino á sus miserables granjerías, que les lucieron tan poco, como nos han dicho los fines en que vinieron á parar todos; pero habiendo venido á entender algunas cosas, aunque tan de paso, como caminaban por ellas diremos algo, excusándonos de lo demás la razón dicha y lo que han escrito otros autores. Estas Provincias de Maracapana y Cumaná encierran en sí otras muchas de diferentes nombres (dejo aparte á Cubagua, porque esa, como hemos dicho, es una sola y pequeña isla que, aunque cerca de Tierrafirme, al fin está apartada, y tomó ese nombre del Cacique principal de sus moradores), como son Cariaco, Cumanagoto, Chacopata, Piritu, Paragoto, Chaigoto, Cherigoto y otras innumerables, que fuera nunca acabar querer nombrarlas todas, que toman tambien sus nombres del principal señor que las gobierna, en las cuales era tan crecido el número de los naturales y poblaciones en los principios que se descubrieron, que afirman los que primero le dieron vista, que hervia la tierra de ellos, y parecia que los árboles, matas, piedras, rios y quebradas brotaban indios; en que se puede ver el consumo que han tenido, pues hoy casi no hay de todos éstos quien haga una labranza para los pueblos de españoles. Las causas de esto, aunque algunas se les puede dar alcance por ser evidentes y consistir en los tratamientos que les han hecho los españoles, y en dejarse ellos por esta causa morir, y el haberles quitado el poder tener tantas mujeres como tenian, y por consiguiente no poder acrecentarse tanto; otras se han de remitir al supremo gobierno de la suprema causa, que como lo es de todas, las dispone á sus tiempos, para la conservacion de los fines á que están ordenadas; y así, ó por estar ya cansado (hablando á nuestro modo) de sufrir tantas idolatrías y abominables pecados como estos indios cometian y habian cometido por tantos siglos, ó por otras razones secretas que no las podemos alcanzar, permite se vayan consumiendo.

De las Provincias referidas, algunas habia que comian carne humana por venganza ó rito, ó grandeza de alguna victoria que habian conseguido, y ésta no la comian de cualquier indio, sino del principal señor ó algun Capitan que por su desgracia quedaba preso en la guazabara. Vieron esto los soldados de Gerónimo Ortal, cuando habiendo ido con ciertos indios del señor Guaramental, como dejamos dicho, á saquear un pueblo vecino y

enemigo suyo, porque se les habian alzado con una laguna de su pesca. Entre los demás del saco, hubieron á las manos un principal, y no haciendo caso de los otros, lo trajeron delante su Cacique Guaramental, y despues de haber dicho al preso cierto razonamiento en su lengua, con ciertas ceremonias que acostumbraban hacer, los indios más principales se llegaban á él, y vivo como estaba, y amarrado, le iban cortando sus miembros, dedos, manos, brazos y otros pedazos de la parte que más cada uno gustaba de su cuerpo, hasta que con aquel cruel tormento moria, y sacándole el asadura, aun palpitando, por una abertura que le hacian en el pecho con un pedernal, teniendo embijadas las bocas, por mayor grandeza, la repartieron y comieron entre todos. En solo este suceso de victoria suelen comer con esta ceremonia los indios de esta Provincia esta parte del cuerpo humano, y no otra, ni en ninguna otra ocasion. En las Provincias del Cherigoto, Paragoto y Pitagoto, la comen más por vicio que necesidad, por ser tierras fértiles, y ella gente trabajadora y bien proveida de toda suerte de comidas, granos, carnes de monte, pesquerías, toda suerte de aves, raices, frutas y otros mantenimientos, hacian grandes convites de carnes de sus enemigos, cuando los podian haber á las manos (que los españoles llaman borracheras), donde se hacian suntuosos gastos, así en estas comidas como en presentes que se daban unos á otros, cada cual segun su posible. Usaban de médicos para sus enfermedades, á quienes llamaban Piaches, que es lo mismo que en otras partes Mohanes, y en éstas del Reino, Jeques; el médico habia de dar sano al enfermo que tomaba entre manos, á quien le pagaban muy bien su trabajo; pero si el enfermo moria, pagaba el médico con la vida; costumbre que si hoy se usara entre nosotros, pienso no hubiera tantos que se atrevieran á serlo, en especial en estas tierras de las Indias, donde por haber pocos que lo sean con fundamento, sin tener ninguno, no hay pueblo que no esté lleno de ellos, tomando á porfía el matar más el que más puede y ménos sabe.

En estos Piaches no tenian más de médicos que de hechiceros y nigrománticos, á quienes hablaba el demonio tan de ordinario, como ellos unos con otros. Contaba un español, Juan Martin de Albujar (de quien despues hablaremos largo), que por haberse perdido en la segunda jornada de don Pedro de Silva, estuvo muchos años entre los indios, que estando él en cierta ocasion escondido en el bohío ó santuario donde el Piache entraba á consultar el demonio (á quien tambien llamaban los indios Piache), les oyó hablar al uno con el otro en lengua de indios y de pájaros, y en otros idiomas que él no pudo entender ni tampoco ver al que hablaba con el médico: si bien á éste lo estaba mirando y veia por entre unas amortiguadas luces que habia en el bohío. Lo mismo han certificado otros españoles que por curiosidad han procurado ocasion de ver esto. Otras veces entraba en una oscura cueva en compañía de algunos valientes mancebos que llevaba consigo, y sentándose en un duro, y ellos en pié, tañian caracoles, sonajas, rezaban confusos versos, llamaban á voces, y decia el Piache muchas veces en tono lloroso: Prororve, Prororve, que era como llamarlo con palabras de ruego; y si el demonio no venia á esta primera vez que cantaban así, rogándole volvia la hoja el canto, y con palabras y gesto de amenazas y enojos, hacia y decia el Piache grandes fieros, con meneos curiosos; pero cuando conocia por las señas que ya venia (porque las hacia el demonio para dar á entender su venida) tañia muy aprisa y recio, y dejábase caer en el suelo, y segun las vueltas que daba y visajes que hacia, daba á entender que estaba preso á el demonio, y entónces uno de aquellos mancebos (que los escogen para esto los más valientes y sin temor) le preguntaba lo que querian saber, como si ha de venir bueno el año, si ha de haber guerras, si ha de morir el Cacique y otro principal, si ha de sanar el enfermo, y aun á las veces le preguntaban, ya que habian llegado españoles á esta tierra, cuándo habian de venir más y á qué tiempo y cuántos, á todo lo cual respondia el demonio unas veces mentira y otras verdad.

Allí le consultan el modo que ha de tener el Piache en curar, le da conocimiento de las yerbas, palos y piedras con que cura; y así, en saliendo de allí va á visitar sus enfermos, y por su órden los va curando, á unos con yerbas, á otros con raices crudas y cocidas, molidas y enteras. Cura tambien dando á beber polvos de palo, como de guayacan y otros que no conoce el vulgo, con unto de animales, aves y peces; dicen palabras de encantamiento, oscuras y confusas, sobre el enfermo; lamen y chupan la parte donde está el dolor, y algunas coyunturas, y se van á escupir lo que chupan fuera de donde está el enfermo, porque no se le vuelva el mal que le han sacado al cuerpo. Por todas estas cosas (como dijimos) le pagan muy bien, con que están muy ricos; pero si no sana el enfermo todo lo pierden con la vida, y no reparan mucho en matarlo, por estar siempre prevenidos

muchos para el oficio, que se van enseñando desde niños. Es toda gente de buena disposicion, valientes y diestros en tirar flecha, tanto ellas como ellos, porque de una misma edad, que es desde que comienzan á tener fuerzas, lo comienzan á aprender todos. Tienen por gala traer los dientes negros, y los ponen así con ciertas yerbas que traen en la boca por muchos dias, con que se empapan los dientes en aquel zumo negro, de manera que en toda la vida no se les quita; al que los trae blancos le dicen que es mujer, y al que cria barba, como español, le llaman mono, porque los monos grandes de aquella tierra la traen muy larga. Para ir á la guerra se empluman de varios colores de plumería, porque demás de los valientes penachos que se ponen, siembran de ellas todo el cuerpo sobre un baño de trementina ó aceite de canime que se dan primero, con que se ponen de graciosa vista, si bien en el rostro y cabeza son feos, porque desde niños con unas tablillas ponen la cabeza muy ancha por detras y por delante, aunque á ellos les parece esto muy hermoso. De este vestido de varias plumas, y la destreza en pelear con sus flechas, vino á salir en proverbio entre las primeros soldados que conquistaron aquellas tierras, que cuando echaban maldiciones en alguna ocasion, por modo de entretenimiento, decian: válgante los ángeles de Cariaco, por ser más señalados en esto de flecha y plumas los que habitaban en aquella Provincia á la costa del mar en el golfo de Cariaco.

Críanse en estas Provincias todas suertes de animales que en las demás tierras calientes de estas Indias y algunos peregrinos, y que no se hallan en otras, como es uno que suele salir á prima noche y no á otra hora, y viene á las poblaciones, donde llora muy recio como un niño, para engañar la gente, porque si alguno sale á ver quién llora, y lo puede haber á las manos, se lo come ; es del tamaño y hechura de un crecido galgo. Por miedo de éste, cuando salen de noche de sus casas, llevan tizones encendidos. Críase otro, casi del mismo tamaño, pero de muy fea cabeza y catadura, que lo más que se ensucia son culebrillas, que luégo guían á meterse en el arcabuco, pero mueren ántes. Hay otro género de monos, que llaman Aranata, que tambien son del tamaño de galgos, piés, manos y boca de hombre, andan á manadas, aullan mucho, suben como gatos á los árboles á coger la fruta, de que se sustentan, porque no comen carne ; toman la flecha que les tiran y la vuelven á arrojar con buen donaire á quien les tiró. Críanse valientes tigres, osos hormigueros, dantas, á quienes ellos llaman capa, armadillos, y otros infinitos, de que dieron largas relaciones muchos frailes curiosos de nuestra religion y de la de Santo Domingo, por la curiosidad que tuvieron en esto y en saber sus costumbres, el tiempo que estuvieron en los conventos que tenian en la ciudad de Santafé de Chirivichi, que estuvo poblada algunos años, de que ha muchos no hay rastro, y en la de Cumaná. De todos estos animales sacan los indios con lazos, flechas, hoyos y otros modos, y los comen con muchas suertes de gusanos sucios y otras porquerías, más por vicio é ilusion del demonio, que por necesidad, pues es la tierra abundantísima de toda suerte de comidas.

CAPÍTULO XXVI.

I. Los Caciques tenian grandes cercados, muchas mujeres, bosques de caza y lagunas de pesquería.—II. Hacian sus fiestas y danzas, en que cantaban las hazañas de sus mayores.—III. El modo de casamientos y entierros, especialmente de los Señores.—IV. Modo que tenian en secarlos y guardar su carne y huesos.

LOS edificios de los Caciques eran grandes y suntuosos, bien edificados á su modo ; las cercas muy anchas y extendidas en cuadra, hechas de altos y gruesos troncos de árboles, con cuatro puertas, una en cada cuadra, de la forma que dijimos era el cercado de Guaramental ; dentro de ellas las despensas y almacenes, donde como en alhoríes guardaban gran suma de comidas, que se cogian de labranzas hechas de comunidad para reparo de la necesidad del año, si venia estéril, y para las guerras, renovándolas cada año porque no se pudrieran. Tambien habia atarazanas llenas de arcos, flechas, macanas, espadas, penachos y otros instrumentos de guerra, para el comun. Para la guarda de estos cercados y persona del Cacique, estaban señalados continuos y sin que faltase uno, seiscientos indios guerreros, que dispuestos en los cuatro lienzos del cercado, los trescientos velaban la mitad de la noche, y la otra los demás, y todo el dia todos ; en esto pusieron mayores cuidados desde los primeros españoles que pisaron sus tierras. El Capitan de la guardia (que habia muchos) á quien le tocaba, si hacia falta pagaba con la vida, y sus mujeres é hijos queda-

ban por esclavos del Cacique; y á los indios á quienes tocaba la guardia, no se les castigaba en nada, porque decian ser toda la culpa del Capitan, á quien tenian todas sus mujeres, que eran en número las que querian tener y los demás las que podian sustentar, si bien una era la más principal, á quien obedecian las demás, cuyos hijos heredaban el estado, y no los de ninguna otra, sino era de la que entraba en lugar de ésta despues de muerta. La costumbre en la herencia del estado era bien diferente de cuantas naciones sabemos en estas Indias; porque el menor de todos los hijos era el sucesor, y si moria ántes de heredar, entraba el que nació ántes que él, y así de los demás. Tenian los señores (no solo los Caciques, sino aun otros principales) sus sotos, cotos y dehesas de caza, lagunas y rios de pesquería, con pena de la vida y sus bienes confiscados, y mujeres é hijos esclavos del Cacique, de quien cazase ó pescase en ellos.

Eran respetadísimos los Caciques, y si alguna vez salian personalmente á la guerra, peleaban por sí mismos, teniendo por escudo y amparo siempre delante cuatro indios, por entre los cuales disparaban sus flechas, sin que éstos desampararan los puestos, aunque cayeran sobre ellos nubes de ellas, y si alguno caia, al punto ocupaban su lugar otros para que no faltase. Dentro de sus cercados hacian en dias señalados para esto señaladas fiestas á que todos los indios de estas Provincias, y aun de todas estas Indias, tienen particularísima inclinacion, porque dejando aparte los corros y danzas ordinarias, que lo son mucho entre ellos, en las coronaciones de sus Reyes y en otras singulares fiestas, hacian (como dijimos) grandes gastos; iban á éstas todos muy de gala, unos con encumbrados penachos de varias plumas, otros con coronas de diferentes hechuras, chagualas de oro al pecho, en las piernas para que sonasen como cascaveles, muchas sartas de caracoles y conchas; pintábanse otros todo el cuerpo de varios colores y figuras, y les parecia mejor el que más feo entraba; asíanse de las manos en corro, entremezclados hombres con mujeres; hacian figura de arco unas veces, otras de muela, otras á la larga pisando de esta manera, hácia atrás y hácia adelante, siempre asidos á las manos, y si alguno se soltaba de la rueda, era para saltar y voltear con gran ligereza; callaban unos á veces, cantando los otros, gritando todos, no faltaban un punto en el tono ni compas, con el cual conformaban los movimientos del cuerpo, aunque eran muchos; en las canciones graves y de cosas de mucho peso que cantaban gobernaban la voz y cuerpo á compas, mayor en las juglares, alegres y de más contento, iban á compasete y gallofado ó volado. Lo que de ordinario cantaban eran alabanzas de sus pasados y Caciques; comenzaban en tono muy bajo, iban subiendo poco á poco la voz hasta ponerla en grito; repetian muchas veces trastrocando las palabras, la alabanza, diciendo: tenemos buen señor, señor tenemos bueno.

Cuando querian hacerle una grande fiesta al Cacique, armaban una danza entre muchos mancebos, y habiendo limpiado una carrera de média legua ántes de llegar á su cercado, sin que en ella quedase una sola paja, cada cual con la mejor librea que podia, de las dichas, comenzaba á bailar desde el principio de la carrera ó camino, que era ancho de dos carretas, y cuando ya llegaban cerca de la puerta principal, iba caminando de espaldas hasta llegar á ella el que guiaba la danza, y entrando él el primero, le seguian todos haciendo cien mil monerías y visajes, ya á vista del Cacique y sus mujeres con todos los principales que los estaban mirando, porque cuál hacia como que pescaba, otro que nadaba, otro hacia del ciego, otro del cojo, otro reia, otro lloraba, bramaba otro como tigre, otro gruñía, otros remedaban á las aves, y así de los demás, hasta que habian gastado un buen rato en esto, porque despues uno de ellos, poniéndose en parte donde todos le vean, con mucho sosiego hacia una oracion en que referia las grandezas del Cacique que hacia la fiesta y de sus antepasados; estando todos entre tanto con atencion, sentados en el suelo sobre un poco de paja, de que estaba cubierto, viene tras esto la comida, sin levantarse de allí, que son grandes tortas de cazabe, carne de venado, bollos, y otros de sus comestrajes. Si acaso en esta ocasion entraban algunos españoles, les hacian presentes de oro y esclavos; y si acaso el español no queria recibir el presente, se enojaban tan de véras con él, que le decian se declarase por su enemigo, aunque los españoles se quitaban de aguardar la ocasion de estos enojos, deseando aun más de lo que se les daba.

Las doncellas andaban totalmente desnudas, solo traian por cenogiles unas hebras de algodon, muy apretadas, por bajo y encima de las rodillas, para que las pantorrillas y muslos engordasen mucho, que lo tenian por hermosura; las casadas se ponian zaragüelles, ó unos pequeños delantales. Dos años ántes que se casase la doncella habia de estar encerrada sin salir de un aposento; la dote del casamiento era presentar, el que la pretendia, el pan

de cazabe y carne que era menester para las bodas, y la madera para hacer la casa; y el padre de la novia estaba obligado á hacerla donde morasen los novios despues del casamiento, que se celebraba como las demás sus fiestas, juntándose á hacer borracheras, en las cuales bailaban los hombres al novio y las mujeres á la novia dos ó tres dias ántes que se la entregasen, y éstos acabados, se la daban al Piache para que se entretuviese á solas con ella, y él la entregaba al novio, con que quedaba hecho el casamiento; y si cometian adulterio, castigaban al adúltero, y á ella, repudiándola, la enviaban á casa de su padre. Cuando estaban tan enfermos, que ya despues de todas sus diligencias los deshauciaba el Piache, los sacaban fuera del pueblo, y poniéndolos al tronco de un árbol, los dejaban solos con un puño de maiz ó un pedazo de cazabe; si no moria en dos ó tres dias, lo volvian al pueblo con grandes fiestas, y si moria, lo quemaban y guardaban la carne y huesos en cataunes colgados en las cumbres de los bohíos. Esto se hacia con más solemnidad en la muerte de los Reyes ó Caciques, que eran muy amados de sus vasallos, porque, en muriendo, adornaban al cuerpo de todas las joyas de oro con que se hallaba en la muerte y habia usado en la vida, y habiéndolo embijado primero, lo tendian en una barbacoa que hacian de nuevo para esto, y con fuego manso debajo lo iban secando por espacio de ocho dias, en los cuales venian á dar el pésame sus vasallos á la mujer é hijos ó parientes del difunto; y una venerable anciana, cada dia de aquéllos, compuesta de muchas sartas de caracoles, en cuello, brazos y piernas, salia á la plaza, y enfrente de la casa donde se estaba tostando el cuerpo, con triste canto decia las proezas y valentías de la vida del difunto, y sacaba en ciertos pasos, de como las iba cantando á vista de todos, unas veces el arco con que peleaba, otras las flechas, otras la macana y otras la lanza; y así iba discurriendo por todo lo que habia que sacar, sin callar á vueltas de esto las fiestas, convites, regocijos que habia hecho y lo demás que á ella le parecia podria engrandecer á la persona de su señor.

Hecho esto, y el cuerpo ya tostado, raian la carne pegada á los huesos, y dejándolos mondos, y cada uno de por sí, los metian en un catavre ó cestillo, y la carne en otra, y ponian en los más alto del bohío para este dia que era la última ceremonia. Estaba ya dispuesto por los parientes del difunto todo lo necesario de bebidas y comidas para un largo convite que hacian á todo el pueblo, que se juntaba en la misma plaza, delante de sus casas, y sentados en el suelo tendian gran cantidad de tortas de cazabe, y sobre ellas (que no habia otros platos) las presas de carne de venado y otros animales asados en barbacoa, con mazamorras de harinas de pescado mezcladas con conejos y curíes; comian y bebian de sus fuertes vinos hechos de maíz y raices de yuca, hasta que todos escapaban embriagados; pero ántes de esto, entre la comida, levantaban á una grandes llantos que se venian á concluir cuando se acababa la comida. Sucedió algunas veces que estándose tostando el cuerpo del difunto, entrabá algun español, y sin que se lo contradijesen le quitaba las piezas de oro que le parecia del cuerpo, y no hablándole nadie entónces palabra, aunque lo veian, despues por grandes ruegos se las tornaban á comprar (como si no fueran suyas) dándole más de lo que valian, pareciéndoles que sin ellas no iria ni estaria con gusto el difunto en la otra vida: que éstos indios siempre contestaban la habia, y que no morian las almas, aunque con error de que en aquella comian de la suerte que en ésta; estropiezo comun que ha sido en todas estas Indias occidentales.

CAPÍTULO XXVII.

I. Suben los Caribes de la isla Trinidad y Orinoco por los rios de Zarare y Apure á asaltar los naturales de los Llanos—II. Modo que tienen en comerse los Caribes á los que vencen en los pueblos—III. Muchas castas que hay de abejas, y modos que tienen de hacer su miel—IV. La abundancia de animales y pescado que hay en esta tierra.

MÁS corta relación que de las pasadas nos ha de ser forzoso dar de las cosas de estas Provincias de los Llanos, que hemos dicho pisaron nuestros españoles, por no haber hecho ningunos hasta hoy asiento en ellas, y, por consiguiente, no haber tomado de propósito el saber por menudo sus cosas, si bien tienen en sus sabanas las crias de sus ganados mayores y algunos otros aprovechamientos, por cercano á las ciudades de San Sebastian, la Valencia, Bariquisimeto, Tocuyo, Guana-Guanare y Barinas, por lo más cercano de ellas pasan los dos famosos rios (fuera de otros que no lo son tanto) Apure y Zarare, que tantas veces hemos tocado, ámbos caudalosos y que en los inviernos inundan grandes pedazos de

sus tierras convecinas, y segun dicen, entran juntos en el rio Orinoco, cerca de sus bocas. Por éstos suben desde ellas los Caribes que dijimos poblaban aquellas Provincias y otros de la isla Trinidad, en sus piraguas y canoas hasta llegar á estos Llanos, y dejándolas escondidas salen del rio y los pasean en grandes tropas, asaltando los pueblos que, de miedo de esto, los tienen todos cercados con tres órdenes de cercas de maderos de palma en cuadro, y tan largas, que por cada lienzo corren arriba de trescientos pasos hasta quinientos y seiscientos, y no son pocos los pueblos que hay de esta suerte en algunas partes.

El modo que tienen en hacer estos palenques (que es lo que nos podia poner en alguna dificultad, por ser todos de palmas reales, algunas tan gruesas como dos y tres hombres, y altas de cinco y seis estados y algunas de ocho, y no tener herramienta ninguna de hacha, machete ni cuchillo, ni otro instrumento de metal, por no conocer ninguno de éstos en aquellas tierras, ó porque no los hay, ó no los han hallado) es, que poniendo fuego al pié de la palma, lo queman hasta que cae, y luego con unas piedras fuertes y agudas como pedernales, encajadas en unos palos largos como cabo de hachas, les sirven de eso, y poco á poco cortan las ramas y cogollo, y dejándolas hechas tronco, las amarran con muchos bejucos y arrastran hasta llevarlas al palenque, donde tampoco les falta modo para empañarlas, sin gruas ni poleas, y con ponerlas de la suerte que hemos dicho en tres órdenes para mayor fortaleza. Aquí se meten con toda su chusma y mantenimientos en tiempo de verano, que es en el que vienen los Caribes, y puestas á largos trechos centinelas, tienen de aviso de dia con humadas y de noche con hachos encendidos, de la venida de los Caribes, con que se ponen en arma, si bien nunca se descuidan, por si acaso lo estuvieren las centinelas, si por fuerza de armas los rinden y se apoderan de los pueblos los Caribes. No tienen otras granjerías más que comérselos, y así hacen asiento en ellos por los dias que les parece son menester para comer los muertos y heridos, que por esta razon pelean con flechas sin yerba, porque no quede inficionada la carne.

Comen la que pueden fresca, ántes que se vaya corrompiendo, que puede ser poca, por ser la tierra muy caliente, y la demás van secando y tostando en barbacoas, de que tambien llevan lo que sobra á las canoas. Un dia ó dos despues de hecha la presa en celebracion de la victoria, arman su borrachera, que es bailar toda la noche al son de los instrumentos de flautas, fotutos y otros que tañen los maestros que saben de esto, habiendo recogido primero todo el vino, mazato y bollos que han hallado en el saco (porque de esto poco pueden llevar ellos, en especial si los pueblos están léjos de sus canoas) y habiendo puesto á cocer grandes ollas de aquellos cuartos de carne humana, y hecho mazamorras del maíz con la que tienen asada ó tostada en la barbacoa. Hincan un palo (ó muchas veces sirve el que está hincado enmedio del bohío para su fábrica) y en éste cruzan otro de manera que queda hecha una cruz de la estatura de un hombre, donde amarran de piés y manos (extendido en la cruz) al indio más principal ó más valiente, y andando en corro bailando á la redonda de él, comiendo de aquella carne cocida y bebiendo cada uno por su órden, le va cortando al vivo un pedacito de carne de donde le parece y se la come así cruda: otros le dan una cuchillada con unos cuchillos de hoja de caña brava, ó piedras, que tienen para esto, y de dientes de animales bravos ó pescados, en especial de uno que llaman caribe, en un brazo ó pierna, y á la sangre que sale de la vena arriman la boca y beben con tanto gusto como lo hicieran en tiempo de caniculares en un caño de agua fria.

De esta suerte, se comen tres ó cuatro cada noche de los que en el saco reservan para el efecto. El paciente en este tormento jamás da voces, ni se le oye una palabra, porque su modo de quejarse y dar muestras de sentimiento, solo es torcer el cuerpo lo que le dan lugar las ataduras, y llenando los carrillos de aire soplar fuertemente. Este género de muerte dan tambien á los cristianos, cuando los han á las manos, por ser gente valiente y principal. Cuando no tienen hartos indios de estas calidades con quienes hacer esto, usan con los demás de otro modo de muerte, que lo tienen por más vil, diciendo que no merecen que se les dé aquélla, y es, que oradándoles la barba por debajo la lengua, les meten un bejuco ó cabuya, y trayéndolos así, como del cabestro, bailando, hasta que caen de cansados, los hacen luego pedazos, y los comen como á los demás. Conclusa esta fiesta, á los que les ha parecido dejan vivos llevan á sus canoas y piraguas, donde los amarran fuertemente, y se los van comiendo, hasta llegar de vuelta á sus tierras. No se van siempre riendo estos Caribes de los asaltos, pues los de los Llanos son tan valientes como ellos, tan corpulentos y dispuestos, aunque no tan doblados; pelean tambien con arcos y flechas, y con pabeses de un palo liviano y muy trabado, á modo de una tabla larga con su manija, que les cubre

desde la cabeza á la rodilla, pero de modo que no les estorba al enarcar y disparar la flecha, que es de macana; y como los unos y los otros están desnudos, no dejan muchas veces de pagar el escote de la fiesta. Usan de yerba en las flechas los unos y los otros cuando no tienen intentos de comer la carne, ó se ven en mayores conflictos de la guerra; con todo eso temen los indios de estos Llanos á los Caribes, por el modo con que los matan en las borracheras.

Poco ó nada he podido saber de las costumbres, ritos é idolatrías de estos indios, y así paso á decir algunas cosas de la tierra y animales que cria. Hay en ella mucha miel de abejas, de cuatro ó cinco castas, que crian la miel con diferentes modos, unas en huecos de árboles y no hacen panales como en Europa, sino que van formando una corteza de cera, tan grande y gruesa como un huevo, y dentro todo lleno de miel líquida y muy sabrosa, y de éstos juntan muchos de unos á otros, de suerte que se hallan racimos de veinte y treinta huevos, y más, pegados todos, llenos de muy linda y clara miel, y la cera es harto buena. Córtase el palo, que suele estar muchas veces lleno de estos huevos, y así la sacan, y se sirven de todo, en especial de la miel, gastándola en sus mazatos y brebajes que hacen, echándola tambien en la chicha, que ayuda á acedarse y darle buen gusto. Otras abejas hay que hacen estos huevos más pequeños; otras que no los hacen mayores que avellanas, y algunas menores; y todas éstas de ordinario son pequeñas de cuerpo y mansas. Otras crian debajo la tierra, más ó ménos hondo, segun hallan la comodidad, porque unas están á una cuarta de hondo, otras á una vara, y á dos, y á tres, y de éstas, unas crian la miel en cañutillos largos de cera, otras en redondos mal formados; de éstas, unas son mansas, y que no pican; otras que llaman abejones grandes, que son bravas y defienden bien sus trabajos, como lo hacen tambien otras que van formando un panal redondo, como una naranja, con los cañutillos á la redonda llenos de miel, al modo de nuestros panales, colgado á la rama de un árbol, y van ensartando uno encima de otro; á éstas llaman los indios mateecas; suelen algunas tener tan grandes racimos, como bulto de un cántaro, colgados de ramas gruesas; las que son pequeñas, cuelgan de ramas delgadas; á éstas llegan los monos y se las comen, aunque bien á su costa á las veces, porque salen bien picados, para cuya defensa dicen que les han visto que otros monos de los que se juntan para esto, visten á uno de paja, y la fijan en él como pueden, y este va, y de prisa corta la rama, donde está la mateeca, y la trae arrastrando, hasta que del todo la desamparan las abejas, y entónces al seguro se comen entre todos la miel; pero de otra suerte paga bien el que llega á quitarles ó junto á sus trabajos, aunque sea caballo, mula, tigre ú oso; y es su picadura tan fuerte y de tanto dolor, como de mordedura de culebra, por veinte y cuatro horas, salvo que no matan; pero aprovéchanse de esta miel poniéndoles humo debajo, de que huyen y la desamparan.

Hay muchas de las culebras que hemos dicho otras veces, que llaman bobas, tan largas y gruesas que se chupan un venado entero, habiéndolo atraido, estando en asecho por las sendas que ellos pasan, con solo el aliento; pero suele (por tener el venado cuernos) quedarse de fuera la cabeza, habiéndose chupado el cuerpo, la cual corrompiéndose y dando hormigas en ella se le entraba la culebra por la boca y narices, y la matan. Hay otras muchas fuertes de ellas venenosísimas, y que parece cosa imposible, segun son delgadas, tragarse un conejo entero ó un curí, como se les ha hallado en el cuerpo. Hay valientísimos tigres, osos hormigueros y otros animales que llaman pecuris, que son del color de una liebre, y por lo raso corren tanto, del tamaño de un venadillo, cuando sale de pintas, los piés tamaños y del color de un conejo, y de buen sabor todo el cuerpo; no sé si son de éstos los que en otras partes de estas mismas Provincias llaman mayas. los indios, y los españoles perrillos pequeños, que ahullan y no ladran, y tienen muy buen gusto, como lo dicen los españoles que los han comido; no se desuellan para comer, sino solo los pelan como lechones. Hay muchos armadillos y otros innumerables animales, muy diferentes de los nuestros. Es muy de ver la cacería que hacen de todos estos y de venados, cercando con fuego un pedazo de pajonal de la sabana, que huyendo de él se va recogiendo la caza en medio, de donde viéndose al fin apretada, rompe por las llamas, y medio chamuscada sale á lo quemado, donde con facilidad la cogen. Críanse unas arañas, tan grandes como medianas naranjas, no muy largas de zancas, con grandes y agudos dientes, que tejen una tela tan fuerte y bien hecha, que parece una toca de espumilla, con su orilla más tupida; de manera que se diferencia de la tela. Yo tuve una de éstas los años pasados, de poco más de una tercia de ancho y tres de largo, que la enjabonaban y quedaba tan blanca y vistosa

como una toca de las que hemos dicho, y la dí por cosa peregrina á don Juan de Borja, Presidente de la Audiencia. Es comun esta tierra calidísima, si bien en algunas partes que se hallan altas es fria. Los rios y quebradas son tan abundantes de pescado de todas suertes como hemos dicho.

Y en las ciénagas ó lagunas, que llenándose el invierno se secan en el verano, cavan los indios en este tiempo y á medio estado y más hondo, tornan á hallar en ellas agua y muchas suertes de pescado, que se conservan en aquella amaza húmeda, como son unos que llaman armadillos (que yo los he comido algunas veces, y son de harto buen gusto) muy gruesas anguilas y otros; y aun las anguilas se hallan en otros muchos rios, bien apartadas del agua, metidas entre la arena, como en especial la hemos visto en el rio del Zenú, cerca de la ciudad de Cartagena. No alcanzan estos indios sal, por estar léjos del mar, ni tener en toda su tierra salinas; y así usan de quemar cogollos de palma, y haciendo legías de aquella ceniza, las cuajan con fuego y se hace un modo de salitre blanco en panes de la forma de la vasija en que las cuajan, y les sirve de mala sal, porque es amarga y desabrida. Los inviernos procuran recogerse á lugares altos con la harina de raíces y pescado que ha hecho el verano.

QUINTA NOTICIA HISTORIAL

DE LAS

CONQUISTAS DE TIERRAFIRME

CAPÍTULO I.

I. Por haberse ido el doctor Infante acabados los dias de su gobierno á la Audiencia de Santo Domingo, hicieron Gobernador los de la Real Audiencia al Obispo Bastidas.—II. Dase alguna noticia de este nombre Dorado.—III. Envía el Obispo al Capitan Pedro de Limpias para pagar el flete de ciertos navíos, á que haga indios esclavos.—IV. Dispónese Felipe de Utre á emprender otra vez la jornada que habia hecho su Gobernador Jorge de Espira.

HABIENDO llegado el doctor Infante desde la ciudad de Coro á la de Santo Domingo, por habérsele acabado el tasado tiempo que trajo para tomar residencia y gobernar la tierra de Venezuela, dejando aquello sin otro gobierno que el ordinario de los alcaldes, proveyó luégo la Audiencia (entre tanto que los Belzares proveian de otro, segun el asiento hecho con ellos) por Gobernador de aquella ciudad de Coro y toda la Provincia al Obispo D. Rodrigo de Bastidas, y por su Capitan y Teniente general, para los negocios criminales, cosas de la guerra y nuevos descubrimientos, á Felipe de Utre, caballero aleman, y como dijimos, de la casa y sangre de los Belzares, mancebo de poca edad pero de temprana y sazonada prudencia, buenos brios y disposicion en cosas de la guerra y jornadas, como se conoció en la que se hizo á los llanos con el Gobernador Jorge de Espira, como queda dicho. Llegados los recados de esto á la ciudad de Coro desde Santo Domingo, que fué en breves dias, luégo el Obispo Bastidas comenzó á disponer las cosas á su modo, ya no solo como Obispo sino tambien como Gobernador, aunque con acciones más de esto que de lo primero, como luégo diremos.

Porque ántes de ello nos es forzoso (por ser de importancia) decir aquí una palabra, para que vamos desde luego con más fundamento, acerca de este nombre Dorado (tan celebrado en el mundo), para que se vaya desde luego con alguna luz, de lo que más de propósito diremos en la segunda parte, y es, que hasta los años de treinta y seis no se supo, ni se habia inventado, este nombre del Dorado, porque este año lo impuso el Teniente general Sebastian de Belalcázar y sus soldados en la Provincia y ciudad de Quito por esta ocasion; andando el Belalcázar en la ciudad dicha, recien poblada, para saber de tierras nuevas, preguntando á todos los indios que parecian forasteros, por las suyas, se encontró con uno que dijo era de Bogotá, que es este valle de Bogotá ó Santafé, y preguntándole por las cosas de su tierra, dijo: que un señor de ella entraba en una laguna, que estaba entre unas sierras, con unas balsas y el cuerpo todo desnudo (que se desnudaba para esto) y untado con trementina, y sobre ella, por todo el cuerpo cuajado de polvos de oro, con que relumbraba mucho. A esta Provincia no supieron Belalcázar y sus soldados ponerle otro nombre, para entenderse, que la Provincia del Dorado, esto es, del hombre que entra cubierto de oro á sacrificar la laguna, de lo cual (donde nos hemos citado) diremos largamente. Codicioso Belalcázar de hallar la Provincia, á quien por noticias le habia puesto este nombre de Dorado, viniendo marchando de aquellas del Quito y Popayan con sus soldados de las partes del Oeste al Leste, encontró con estas del Reino (que tenia ya descubiertas y conquistadas Gonzalo Jiménez de Quesada) en el mismo mes y año que dejamos dicho, entró en esta ciudad de Santafé Nicolas de Fedreman con Pedro de Limpias. Estando ya de asiento los tres Tenientes generales, Gonzalo Jiménez de Quesada, Fedreman y Belalcázar en la ciudad de Santafé, trató que entre las demás cosas que lo habian ocasionado á llegar á esta Provincia el Belalcázar, fueron las noticias que traia de ella, entendiendo siempre que era (como lo es) la que el indio le habia dicho y él puesto la Provincia del Dorado, con que se extendió este nombre (por ser así campanudo, y que parece alegra el corazon, por ser de cosa de oro) entre los soldados, comenzó desde allí á volar por todo el mundo, de unos en otros, en especial en las partes donde llegaron algunos de estos soldados, fingiéndolo cada cual donde le parece, en especial á las partes del Oriente, respecto del Nuevo Reino de Granada, por haber dicho el indio era por aquella parte, desde las tierras del Quito y Popayan, de donde sacamos que las jornadas que hemos contado hizo el Capitan don Diego de Ordas por el Marañon, ni la que despues prosiguió Gerónimo Ortal y pretendió seguir Sedeño por las noticias de Meta, que dijimos le habia dado su india esclava en Puerto Rico, ni la que hizo Jorge de Espira siguiendo tanto la serranía ni la de Nicolas de Fedreman, fueron á título de buscar el Dorado, pues este nombre aun no se habia inventado en el mundo.

Y así, el primero que lo llevó á la Provincia de Venezuela y ciudad de Coro fué aquel Capitan Pedro de Limpias, que dijimos habia entrado en Santafé con Nicolas de Fedreman y se habia hallado entre los demás soldados de Belalcázar y Quesada cuando se trataba de este nuevo nombre y su fundamento; el cual Limpias, ó por tener ya su comodidad en la ciudad de Coro y Provincias de Venezuela, de donde era soldado viejo, ó porque no le pareció á propósito para él esta tierra del Reino, hizo tan pocos dias asiento en ella, que no fueron más de los que se tardó Fedreman con los demás Tenientes en bajar á Cartagena, con quien tambien bajó este Capitan Limpias, desde donde tomó la vuelta para la ciudad de Coro con harta brevedad, pues habiendo entrado en el Nuevo Reino el año de treinta y nueve, y á éste de cuarenta, lo hallamos en Coro, y que ha divulgado este nombre del Dorado, cosa que fué desde luego bien aprendida de todos, con harto daño de muchos, como diremos adelante en esta primera parte.

Entre las otras diligencias que nuestro Gobernador Obispo puso para el buen gobierno del que le habian cometido, fué despachar á la isla de Santo Domingo dineros para que le trajeran gente y caballos, de que estaba necesitada la gobernacion. Enviósele buen recaudo de ésto con brevedad, en dos ó tres navíos, para cuyos fletes, por verse necesitado de oro, determinó que este Capitan Pedro de Limpias (como hombre que ya estaba experto en el oficio) fuese con una buena escuadra de soldados á la laguna de Maracaibo, que por entónces, como dejamos dicho, eran las Provincias más pobladas de naturales, y rancheando en ellas todo el oro y esclavos que pudiesen haber á las manos (determinacion más de mercenario que de Obispo) diesen la vuelta á Coro con la brevedad posible, porque solo eso quedaban aguardando los navíos para que se les pagasen sus fletes. Salió, luego que le juntaron la gente, el Limpias á hacer lo que le ordenaban, y entrándose con el modo y á las

horas que él ya se sabia, en los pueblos de los indios, en poco tiempo aprisionó más de quinientas personas, hombres y mujeres de aquellos miserables, como si debieran algo; y dando con ellos la vuelta á Coro, los entregó al Obispo, y él sin piedad ninguna, ni acordarse de sus obligaciones, á la marca y hierro de esclavos, y como tales los hizo embarcar en los navíos, con que les pagó su flete y granjeó buena suma sobre lo que montaba, á costa de la libertad de aquellos desdichados inocentes que todos perecieron, con otros innumerables que cada dia llevaban á miserable esclavitud, en la isla de Santo Domingo.

Despachado esto, y dado asiento entre el Obispo y su Teniente á otras cosas importantes al bienestar de la tierra; viendo el Felipe de Utre que habia en ella buena copia de soldados, con los que habian traido de Santo Domingo, trató luego de poner en ejecucion los deseos con que andaba desde que entraron en la ciudad de vuelta de la jornada con Jorge de Espira, de volverla él á hacer por su persona por la misma parte, pareciéndole siempre que por el mal gobierno del Jorge se habia quedado por descubrir una tierra riquísima y que pudiera hacer dichosos, no solo á los que iban, pero á otros innumerables. Favorecian estos pensamientos de Felipe de Utre las varias opiniones con que andaban los soldados que habian tambien salido con él de la misma jornada (cosa que he visto muy de ordinario en estos tales), atribuyendo unos á una ocasion y otros á otra, el uno haber tenido buen efecto sus trabajos, diciendo los unos (con razones imaginadas) que si por tal ó tal parte se tomara la derrota, hubieran salido con sus intentos; otros, que no eran aquellos rumbos los que les habian de traer á las manos lo que buscaban, sino los otros por donde los guiaban tales ó tales indios, porque si á estos (decian) creyéramos y fuéramos, no nos perdiéramos, ni hubieran sido en balde nuestros trabajos. Y á este modo otros muchos se dividian en diferentes pareceres, consolando con ellos sus desastrados sucesos y quebrantamientos de trabajos en balde.

Con estas cosas y las que revolvia con varias consideraciones en su pensamiento el Felipe de Utre, pareciéndole por lo sucedido en la jornada habian sido todos borrones los que se habian hecho, y que con la experiencia que habia sacado de ella tendria bastante disposicion para encomendarla y gobernar la gente aunque fuese en mucho número, de manera que pudiese ver el fin de sus intentos, juntó los soldados que pudo y comenzó con veras á disponer lo necesario á la jornada, á que no le ayudó poco el Pedro de Limpias con su persona y consejo, por ser hombre ya antiguo en años y jornadas, no solo de las de aquella Provincia sino de la de Fedreman, en que tambien, como vimos, tuvieron algunas noticias de la gente de los Llanos, que demoraban á la parte del Sur, á quien ya el Pedro de Limpias le comenzaba á llamar el Dorado, y algunos otros, entre quien él habia sembrado este nombre, con el fundamento que hemos dicho, dábale con el poco que él tenia al Felipe de Utre esperanzas de meterle en aquella rica tierra que todos se prometian, con que le acrecentaba á leguas los deseos con que andaba y aun los del Obispo, que se conformaba con ellos, por tenerlos tambien, de que durante el tiempo de su gobierno se hiciese algun descubrimiento memorable y de provecho para todos. Y así poniendo todos diligencia en el despacho de la jornada, en pocos dias de como la intentaron, tuvieron aparejadas todas las armas y caballos y los demás pertrechos necesarios para ciento y veinte hombres que se dispusieron á seguirla, entre los cuales era el uno el Pedro de Limpias y otro caballero mozo Bartolomé Versa, aleman, hijo de Antonio Versa, con otros muchos caballeros é hijosdalgo, que con las mismas esperanzas que los demás, levantaron sus pensamientos á acrecentar por este camino sus caudales de honra y provecho.

CAPÍTULO II.

I. Sale Felipe de Utre de Coro á su jornada, y éntrase en los llanos.—II. Llega Felipe de Utre al pueblo de Nuestra Señora, donde halla rastros de Fernan Pérez de Quesada.—III. Púsolo en confusion á Felipe de Utre el saber habia pasado delante Quesada acerca de él.—IV. Determínase seguir á Fernan Pérez.—V. Encuéntrase con un indio en el Papaneme, que le aconseja no siga aquel rumbo.

YA habia llegado casi la mitad del año de mil y quinientos y cuarenta y uno, cuando dispuesto todo á la jornada, comenzó á hacerla Felipe de Utre tomando la derrota por la costa del mar, por ser más breve y salir al puerto de la Burburata, hasta donde hay desde la ciudad de Coro (segun me pareció cuando las anduve) cincuenta leguas escasas;

llegó á este puerto y desde él entrándose la tierra adentro por un valle llano y apacible, derecho al desembocadero que hemos dicho de Bariquisimeto, salió á los llanos por donde dijimos habia tambien salido en su jornada Nicolas de Fedreman y, arrimándose á la serranía que le demoraba al Poniente, fué caminando con buen tiempo el pico al Sur, por los mismos pasos que el Fedreman. Y habiendo pasado algo de estos llanos, se encontró con el rastro de Jorge de Espira, y fué siguiendo los de ambos, por haber sido casi unos, como dejamos dicho, ofreciéndosele y sufriendo las mismas dificultades, en especial de hambre, por no hallar aun las pocas poblaciones que hallaban los dos y otros que le habian precedido, porque hostigados de ellos los naturales y del mal hospedaje que les habian hecho, quitándoles sus comidas y lo demás que podian, ó por decir mejor, lo que no podian, se habian retirado de los sitios antiguos de sus pueblos, fundándolos de nuevo en lo más escondido de las montañas, no teniéndose aun allí por seguros de los miedos con que estaban si volviesen por sus tierras los españoles. A esta causa, pues no hallaban los soldados comidas, que les era de más afliccion que les fuera la guerra de los indios, pues de entre las manos de ella sacaran las suyas llenas, á lo ménos para llenar los estómagos, que aunque á vueltas de esto podia suceder salir descalabrados, lo tenian por ménos mal que el de la hambre, considerando que todos los duelos con pan son ménos, y así sin éste se le acrecentaban aquéllos, pues solo reparaban esta necesidad con algunas raíces y cogollos de vihao, otras yerbas y frutillas, á que se añadian los inconvenientes que á todos, de tigres, culebras, mosquitos, rios, ciénagas, tremedales que en partes los topaban tales, que en poniendo el pié en uno de ellos se meneaba la lamaza y masa del barro más de diez y doce pasos adelante.

Iban con todo eso prosiguiendo con los suyos, atropellando éstas y otras dificultades que no contamos, sin detenerse en el camino mas de lo que les era forzoso en los rigores de los inviernos, en que necesariamente hacian alto por algun par de meses en lugares altos, arrimados á la sierra, con que se detuvo Felipe de Utre casi el mismo tiempo, porque sus antecesores hasta llegar á la misma Provincia y pueblo que Jorge de Espira le habian llamado de Nuestra Señora, y despues Fedreman el de la Fragua, donde el Felipe tomó de asiento el alojarse, para invernar y tomar más clara luz de la Provincia que llevaban fingida en su pensamiento del Dorado, informándose de esto allí al modo que él se podia dar á entender, preguntando en comun por Provincias ricas de oro, porque preguntar á los naturales con este nombre de Dorado fuera hablarles algarabía de aliende, como dicen. Por lo que dejamos dicho halló rastros y noticias de haber ya pasado por aquel puesto Fernan Pérez de Quesada, hermano del Licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, que habiéndolo dejado por su Teniente, despues de haber descubierto y pacificado este Reino, cuando tomó la vuelta de España con Fedreman y Belalcázar (como dejamos tocado, y largamente diremos en la segunda parte), trató luego, que fué á la mitad del año de mil y quinientos y cuarenta y uno, salir de este Nuevo Reino, como lo hizo, en demanda de las mismas noticias de tierras ricas, con doscientos hombres, entre los cuales iba el Capitan Lope Montalvo de Lugo y otros muy diestros Capitanes, con gran carruaje de indios de servicio, armas y caballos, con otros animales para poblar la tierra que podian hallar.

Llenaron estas noticias al Felipe de Utre de tan confusos pensamientos, que no acababa entre ellos de dar salida á la mejor determinacion que hubiese de tomar para proseguir su viaje, porque por una parte le retardaba el seguir los pasos de Hernan Pérez de Quesada, el ver que iba delante con tanta gente, y que la mayor medra habian de tener los delanteros si hallaban alguna tierra de donde se les pudiese seguir; pero por otra advertia, que pues salia aquel Capitan de la tierra del Reino, donde habia echado á volar la fama tan gran número de riquezas de oro y esmeraldas, y que hervia de indios naturales, que no podia ser sin gran fundamento y evidentes noticias de más grandiosas tierras que las que dejaba, porque lo demás fuera conocida ignorancia (como en efecto) y que hallando estas tierras, no habian de ser tan angostas, ni sus riquezas tan cortas, que no cupiese tambien él con sus soldados, pues no eran tantos, ni los que llevaba el Hernan Pérez, que por pequeñas que fuesen las provincias no se acomodasen todos. Añadia á éste otro devaneo el Felipe de Utre, diciendo que no era posible que aquellos á quienes su buena suerte habia metido por tan diversos caminos y trabajos en las felices riquezas y prosperidad del Nuevo Reino, se les habia de cortar tan en breve, sino que su dicha habia de pasar adelante, hasta entregarles otras nuevas Provincias aventajadas y más prósperas que las que dejaban por popa. Fueron todos estos pensamientos de Felipe de Utre azotar el aire, pues vino á parar solo en

eso y muertes de casi todos cuantos sacaron del Reino, la jornada, volviéndoles, como ellos decian, las espaldas la fortuna, dejándoles ir en pena de su codicia, sin haber quien los reprimiera, quebrándose los ojos por tierras dobladas, asperísimas, vestidas de altos, espesos é impenetrables arcabucos de sierras de naturales, por no ser los paises para que viviese aun esta gente tan rústica, donde hallaron en lugar de la prosperidad que llevaban en intentos, seis doblada adversidad y desgracia, mayor que la prosperidad que les habia dado en el Reino, pues con tan inmensos trabajos como se pueden imaginar, mejor que escribir, padecerian en tierras tan dificultosas, con que no quedaran con vida sino muy pocos. Miserablemente fueron éstos á salir á las espaldas de Pasto, en la gobernacion de Popayan, tan necesitados de salud, vestidos, comidas, que fué menester, para repararse de esto, detenerse muchos dias gozando del regalo que la socorrida gente de aquel pueblo les hacia.

Al fin, lisonjeando Felipe de Utre con estos sus últimos pensamientos y las palabras de otros sus Capitanes, que por conformarse con él, aunque sintiesen lo contrario (enfermedad que tiene atosigado al mundo) le decian lo mismo, se determinó á seguir el mismo rumbo y pisadas del Fernan Pérez; y así, sin detenerse aun á dejar pasar del todo el invierno, apénas comenzaron á minorarse las aguas, cuando hizo levantar ranchos y proseguir el viaje, pareciéndole ya haber peligro en la tardanza, pues pudiera suceder que habiendo llegado el Fernan Pérez algun tiempo ántes que él á las ricas Provincias que llevaba en su pensamiento, si él se retardaba mucho en llegar, hallarlas ya desnatadas, por haberse entregado en su grosedad los primeros. Esta consideracion le hacia caminar con más prisa de la que pedia la flaqueza de mucha de la gente que llevaba, que no le fué de poco inconveniente; pero atropellando éste y otros muchos, que por instantes se les ponian delante, llegó á la Provincia del Papaneme, donde se alojó en un pueblezuelo que tenia alguna comida, para descansar é informarse mejor de la derrota que llevaba el Fernan Pérez, si bien hasta allí no habia perdido un punto de sus rastros. Esta Provincia del Papaneme (que despues se le dió por términos de su gobernacion, por la parte del Leste, al Adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada, como diremos en la segunda parte), segun la más acertada relacion, comienza á las espaldas de la villa de Timaná, por tener allí á la parte del Leste sus primeras corrientes el gran rio de Papaneme, como á las del Oeste el grande de la Magdalena.

En este pueblo le vino, entre otros, á las manos á Felipe de Utre un indio principal, natural de aquella provincia, que parecia ser señor de algunos pueblos, como lo mostraba la gravedad de su persona, sosiego de sus palabras, madureza de sus acciones; con que todos se prometieron de él buenas y verdaderas noticias de lo que pretendian, y así procuró el Felipe de Utre informarse de él y aun pedirle consejo preguntándole por los intérpretes que llevaban, si eran ciertas las noticias con que iba Fernan Pérez de Quesada, y si con seguridad las podia seguir ó volverse por otros caminos. Hiciéronselo sobre esto muy particulares preguntas, á que el indio (habiéndose bien enterado de lo que le preguntaban) respondió no convenirles seguir aquella derrota del Fernan Pérez, por ser todos aquellos paises despoblados totalmente de gente, tierra que no se podia habitar por su mucha aspereza, humedad, montañas y pantanos, y sin rastro que jamás se hubiese hallado en ella oro, y que tenia por cierto que los cristianos que habian pasado por allí, algunos soles habia, se iban muriendo por falta de comidas y abundancia de enfermedades que les sobrevenian de las destemplanzas de la tierra; y que esto les perseguia de manera que, segun sabia de algunos indios sus vecinos, serian ya todos ó los más de ellos muertos, como tambien le sucediera á él y á su gente si seguia los mismos pasos; pero que si queria volverlos atrás, hallaria como las deseaba las tierras que buscaba, llenas de gente, plata y oro, y que si se determinaba á volver, él seria su guia hasta meterlos en ellas; y para confirmacion de lo que decia sacó ciertos nísperos de oro y plata, diciendo haber traido aquellos de las provincias que decia un hermano suyo que habia venido de ella pocos dias ántes; y que para ir allá por caminos más derechos desde aquel puesto, habian de caminar en demanda de un pueblo llamado Macatoa, poblado á las márgenes de la otra banda del rio Guaivare, para donde se iba siempre caminando la frente al salir el sol, algo ladeados sobre el hombro izquierdo, que era lo mismo que decir al Sueste.

CAPÍTULO III.

I. Salió Felipe de Utre del pueblo, y va siguiendo los rastros de Fernan Pérez—II. Pasan tan innumerables trabajos, que viéndose forzados de dejar aquella derrota, toman otra—III. Encuentran con unos indios muy bárbaros, entre quienes los forzó la necesidad á invernar—IV. De donde salieron pasado el invierno y llegaron otra vez al pueblo de Nuestra Señora.

NO fueron bastantes las preguntas y repreguntas varias que le hicieron por muchos modos á este indio para hallarle vario en su respuesta; pero tampoco lo fué en estarlo el Felipe de Utre en los intentos que llevaba de seguir al Quesada, que parece habia jurado en sus mismos pasos y noticias; y así no se pudo persuadir á dar crédito en lo que le decia el indio, entendiendo lo hacia solo por deslumbrarlo de los propósitos que llevaba en seguir al Fernan Pérez, por haber en las tierras por donde iba delante alguna rica provincia ó poblaciones de indios sus amigos, y por atajar los daños que les podian venir con la entrada de tantos españoles, le persuadia con aquellas falsas noticias á que volviera atrás sus pasos. Y así, sin hacer caso de esto, ni de algunos pareceres de soldados, que los tenian de que se siguiese el del indio, hizo marchar por los rastros del Fernan Pérez, llevando consigo al indio principal, prometiendo que dentro de pocos dias de como hubiese dado vista á las provincias de adelante, tomaria la vuelta con él para aquellas donde le decia. Hizo con gusto el indio lo que le ordenaron, hasta haberlos acompañado ocho dias, en que padecieron innumerables trabajos de montañas, tierras quebradas, sierras y manglares, en que les iba diciendo el indio advirtiesen ser verdad lo que les habia dicho. Pero viendo la obstinacion que llevaba el Capitan en seguir aquel tan mal pais y que los llevaba al matadero á todos, dióles cantonada una noche y volvióse á su casa.

Con la fuga del indio y el advertir tan á su costa la verdad que les decia, ántes de entrar en aquellas dificultades, advirtieron todos el desacierto que habian hecho en dejar las que les aconsejaba el indio, y tomar aquella derrota donde ya en solos los ocho dias iban enfermando todos por la destemplanza de los aires y faltas de comida. No eran estos desabrimientos y palabras que con ellos se decian, tan en secreto, que no llegasen á los oidos del Felipe de Utre, aunque en vano, por ser tal el teson en que habia dado de seguir al Fernan Pérez, que daba á entender (no reparando en tantos y tan grandes inconvenientes) buscaba de propósito los fines que habian tenido sus antecesores, hasta que ya los demasiados trabajos, muertes y enfermedades que iban sobreviniendo, sin hallar para ningunas reparo, y las voces que unos y otros, en especial la gente más cuerda, le daban, en que dejara aquella derrota. Hubo de torcer el camino, teniéndose á la mano izquierda, dando de mano al de Fernan Pérez, que iba declinando á la derecha. Pocas jornadas habian caminado por aquí (que era derecho al Sueste), cuando descubrieron una punta de sierra alta, ramo de la cordillera que se entraba gran trecho en los Llanos, á quien llamaron la punta de los Perdaos. Entendieron á las primeras vistas que le dieron (por estar tan léjos de la otra cordillera), que era distinta de ella, con que entraron más en codicia del camino en su demanda, porque segun siempre le habian dado las noticias, la provincia del fingido Dorado ó aquella rica que iban á buscar, estaba en otra cordillera distinta de aquella que todos habian seguido derecha al Sur. Llegaron con estas buenas esperanzas cerca de ella, y reconociendo era ramo de la misma que habian traido desde el desembocadero de Bariquisimeto, y que revolvia continuada sobre la mano derecha, volvió á cubrirlos la misma melancolía que poco ántes traian, en especial viéndose, cuando llegaron á la punta, metidos dentro de las aguas del invierno, y atajados los pasos para volver atrás, con que les fué forzoso subirlo á tener á las faldas de aquella punta de los Perdaos; aunque era tierra estéril, enferma y de muy pocos naturales, en todas sus circunferencias, y éstos de viviendas tan á lo bruto que parecian en sus acciones faltar en ellos lo que es imposible falte en todos los hombres, que es la luz de la razon, pues la tenian tan ofuscada, que demás de andar desnudos como otros muchos, no tenian pueblos ni mujeres conocidas, sino que cada cual se juntaba con la primera que se topaba, al modo de brutos, comian carne humana, culebras, hormigas y cuantos sucios y viles animales producia la tierra, que no eran pocos.

Tomaban un bollo de maíz tierno y jugoso, y poniéndolo, al modo de osos, encima del hormiguero, y haciendo ruido si no estaban fuera, para que salieran las hormigas, salian y se pegaban en el bollo, al cual tomaban luego y lo iban amasando con las mismas hormigas,

y lo volvian á poner otra vez, y otra, hasta que ya estaba tan cuajado de ellas, que era más hormigas que masa, y entónces lo comian, y era su más ordinario sustento, cosa que no hemos oido de ninguna otra nacion, si bien sabemos que hallaron una los primeros conquistadores del Reino, al principio de estos Llanos y espaldas de la ciudad de Tunja, que las comian tostadas y cuajadas con las tortas de cazabe, como diremos en la segunda parte. En ésta pasaron, como hemos dicho, su recio invierno, que lo fué tanto para ellos, que enfermó casi toda la gente de enfermedades peregrinas, como lo eran los aires, poniéndose unos hinchados é hipatos; perdian su color en todo el cuerpo, y se les ponia naranjado, pelábaseles el cuello, barba y cejas, y en su lugar salian unas postillas á unos, y á otros una pestífera sarna, de que morian, acrecentando estos duelos la hambre, por ser las comidas de los naturales las que hemos dicho. Igual fortuna corrian los caballos, pues hinchándose, que parecia no cabian en el pellejo, y cayéndoseles el pelo, y cubriéndose de sarnas, caian muertos, y con el gran deseo que traian de comer sal, por no haber descubierto en todos aquellos paises lamederos, en viendo cualquiera ropa puesta á secar, arremetian con tan bestial ferocidad á morderla, que por presto que sus dueños acudian á quitársela, les habia de quedar algo en la boca.

Con estas adversidades (y las que si pudiéramos contar no fueran muchas) pasaron tan desgraciado invierno en aquella sierra de los Pardaos, que apénas habia comenzado á despuntar el verano, cuando por otro camino del que habian llevado, con pérdida de algunos soldados que se habian muerto, y con trabajo de los muchos que traian enfermos, tomaron otra vez la vuelta del pueblo de Nuestra Señora, para dejarlos allí, por no estar muchos de ellos para poder caminar por sí, y serles de tanto estorbo para cualquier derrota y faccion que hubiesen de tomar, que ya tenian aquel pueblo como por sala de armas, por ser tierra ménos enferma que sus circunvecinas, á causa de estar más limpia y descubierta de arcabucos, y por consiguiente de aires de ménos infectos, con intentos de dar desde allí la vuelta sobre las noticias que habia dado el indio principal del Papaneme, con la gente que estuviese para ello. Ninguna cosa hallaron mejorado el camino en esta vuelta, que el que habian llevado; y así, con no menores trabajos, llegaron con favor suyo al pueblo de Nuestra Señora, despues de haber gastado en ellos (sin una hora de gusto) casi un año, desde que salieron de él en seguimiento de los rastros del Fernan Pérez de Quesada.

Tomaron con algun espacio de dias el ranchearse allí, por haberlos menester para reformarse todos, y dar con la brevedad que pudiesen la vuelta, en seguimiento de lo dicho, para lo cual se trató luego, como estaban de espacio, más de propósito de las noticias del indio del Papaneme, inquiriendo si habia algunos otros en el pueblo ó los convecinos, que pudiesen de nuevo informar de lo mismo ; y si las informaciones de otros concordaban con aquélla, porque los brios del animoso mancebo Felipe de Utre no se habian agotado con los trabajos que hasta allí, aunque eran los que hemos dicho, sino que tenian entereza para mayores cosas, á ejemplo de la que veia en sus Capitanes y soldados españoles.

CAPÍTULO IV.

I. Suceden en Coro nuevas mudanzas de gobierno miéntras Felipe de Utre andaba en su jornada.—II. Despacha el Gobernador Enrique al Capitan Lozada y á Villégas, desde Coro á Cubagua, para que le traigan algunos soldados.—III. Provee la Audiencia á su Fiscal Frias por Gobernador del Coro, y por su Teniente á Francisco de Caravajal, su Relator, y parte el uno para Cubagua y el otro para Coro.—IV. Falsea las provisiones Caravajal, que traia de Teniente, haciéndolas de Gobernador, con que hizo gente y se entró á la tierra del Tocuyo.

A POCOS meses que salió de Coro el Felipe de Utre á esta su jornada, no faltaron en la ciudad nuevos sucesos, porque habiendo ya entrado algunos meses del año de cuarenta y dos, llegó cédula de su Majestad al Obispo don Rodrigo de Bastidas, en que le promovia al Obispado de San Juan de Puerto Rico, con que le fué forzoso, habiendo de ir allá (como se dispuso luego para eso) dejar juntamente con el Obispado el gobierno que tenía de la Provincia de Venezuela, y así abreviando su partida, ántes que viniera persona ó nombramiento de Gobernador de la Real Audiencia de Santo Domingo, nombró por su Teniente (hasta que el Rey otra cosa ordenase) á un Diego de Boiza, Castellano, Comendador del hábito de Cristo, persona de buena suerte, y capaz de muy mayores cargos, como se echó de ver, pues pasado un año escaso que gobernó aquí, habiéndole confirmado la Audien-

cia el nombramiento que hizo en él el Obispo cuando se fué á Puerto Rico, le enviaron provisiones para otra cosa de más importancia, por donde hubo de dejar aquello; aunque Herrera dice, Deca. 7, lib. 10, & 16, que se fué huyendo por delitos á Honduras, y en su lugar á su Alcalde mayor, que era un Enrique Rembol fator de los Belzares, que estaba allí entendiendo en las causas de sus haciendas. No sucedió cosa que nos pueda detener en el tiempo del Boiza, por haber sido tan corto, aunque más debió ser por la poca gente que á la sazon habia en la Gobernacion.

Con que le fué forzoso al Enrique á los primeros dias de su gobierno, que fueron ya los postreros del año de mil y quinientos y cuarenta y tres, acudir al reparo de esta necesidad de gente, como lo hizo, señalando dos capitanes, que el uno se llamaba Villégas y el otro era Diego do Lozada, que ya iba aportado á aquella ciudad de Coro desde Maracapana, á donde volvió cuando les quitó la gente en el Tocuyo Lope Montalvo de Lugo á él y su Capitan Reinoso, como queda dicho. A estos dos (habiéndole dado el Enrique igual facultad de las facciones que se ofreciesen) despachó con hasta veinte compañeros por tierra la vuelta de Cubagua y Cumaná que le trajesen los soldados que pudiesen, de los muchos que por allí á sazon andaban perdidos ya y ociosos, habiéndose cesado la ocupacion en que andaban de hacer indios esclavos, porque ya á esta sazon el Catolisísimo Rey, habiéndole advertido los notables inconvenientes que se seguian y agravio á los naturales en hacerlos esclavos, mandó por las nuevas leyes hechas este año, ley 20 y ley 22, no solo que cesase esto, sino tambien que á todos los que se hallasen esclavos por entónces en cualesquiera tierras se les diese libertad; con que los que andaban en estas injustas ocupaciones (que eran innumerables) quedaron sin tener en qué ocuparse ni aun qué comer en la tierra, por ser tantos y no poderlos sustentar. Llegaron estos dos Capitanes con sus veinte soldados (despues de haber padecido hartos trabajos por ser largo y dificultoso el camino) á estas Provincias de Cubagua y Cumaná, donde con facilidad, por las razones dichas y las que ellos les supieron decir, prometiéndoles grandes descubrimientos (que era lo que tambien pretendia el Enrique en traer gente á su gobierno), dichosas suertes, enriquecer con brevedad y otras promesas con que de ordinario ceban á los tales. Hicieron de su devocion y compañía más de noventa hombres, con los cuales tomaron todos la vuelta de Coro, no faltando en el camino algunas cosquillas entre los dos Capitanes acerca de la disposicion de cosas, porque como el reinar no quiera par, lo que al uno le parecia acertado el otro tenia por disparate; ocasiones que aunque á sus principios eran de pocas fuerzas, despues las vinieron á tomar tan grandes, que pararon en bien pesadas discordias.

No fué tan poco el tiempo que gastaron en esto estos dos Capitanes hasta entrar en la ciudad de Coro, que no hubiesen ya llegado los postreros dias del año de cuarenta y cuatro y los de la vida de Enrique, hallando ya el gobierno por su fin y muerte en el ordinario de los Alcaldes, que se llamaban Bernardino Marcio y Juan de Bonilla, que despues se huyeron por la mala administracion de justicia que habian hecho; si bien á pocos dias, por haberlo sabido la Audiencia de Santo Domingo y no haber noticia de Felipe de Utre, por haber muchos que andaban en su descubrimiento, nombró por Gobernador de toda aquella Provincia de Venezuela y Juez de residencia de la ciudad é isla de Cubagua, al Licenciado Frias, su Fiscal, que aun no habia escarmentado de la burla que dijimos le habia hecho Sedeño cuando le prendió y desbarató, volvió á admitir esta vuelta de Cubagua, llevando por su Teniente general, nombrado por la misma Audiencia, para lo del gobierno de Venezuela, á un Francisco de Caravajal, que á la sazon era Relator en la misma Audiencia. Dades los despachos de esto á ámbos, se hicieron á la vela en el puerto de Santo Domingo en dos navíos, y tomando con el suyo el Frias el rumbo de Cubagua para desocuparse, lo primero, de la residencia de aquella ciudad y averiguacion de ciertos casos contra algunos españoles que, contraviniendo á las nuevas cédulas de no hacer esclavos á los indios, porfiaban todavía en sacar algunos y venderlos. El Francisco de Caravajal con algunos soldados, caballos y otros pertrechos de guerra para los descubrimientos que llevaba en intentos hacer, tomó la vuelta de Coro, si bien no pudo tomar su puerto por los vientos que sobrevinieron de travesía que lo arrojaron á otro que llamaban Paraguana, cuarenta leguas de esta ciudad.

De donde llegando la nueva de haber surgido en este puerto el Caravajal, partió luégo el Villégas á recibirle con intentos de tenerle propicio para lo que se le ofreciese contra el Lozada, por tener ya ámbos quitadas las máscaras y muy descubierto ir encendiendo cada hora sus enemistades y las que tambien procuró engendrar el Villégas entre el Cara-

vajal y el Lozada, diciendo el mal que podia de él, pretendiendo con esto dejar destituido al Lozada de todo favor, como en efecto sucedió, pues luégo que el Caravajal entró en Coro, por venir informado ya de Villégas, dió traza cómo, debajo de buen color, saliese de la tierra el Lozada, para que ni á él le estorbase lo que pretendia hacer, ni estuviese en ocasion donde se la diese al Villégas de algunos disturbios que pudiesen suceder, porque como el Diego de Lozada era caballero de condicion cortesana, reportado en sus acciones, bien hablado y afable, era con todos bien quisto. Temióse el Caravajal (por haberle industriado en ello el Villégas) que en los bullicios y facciones que le intentaba hacer no le fuese estorbo, tomándole por cabeza la gente de la ciudad contra él, por tenerlos á todos tan acariciados. Salió Lozada de Coro, trató luégo el Caravajal, viéndose ya á su parecer sin estorbo, de poner en ejecucion sus intentos, pretendiendo juntar á su devocion algunos soldados para hacer nuevos descubrimientos y poblaciones la tierra adentro, á los cuales, como hallase desganados de entrar en su compañía al efecto, porque decian no ser cosa segura el ir con él, por no ser el Gobernador sino un Teniente de jurisdiccion limitada, procuró aplacar intentando una solemne maldad, con que introducirse por Gobernador absoluto de la tierra ; y fué que tomando las provisiones que traia de Teniente, las falseó, mudando las palabras de Teniente en Gobernador. Hizo demostracion de ellas así falseadas á algunos de sus amigos para que divulgasen cómo era Gobernador y no Teniente, y que si habia ocultado hasta allí los recados que traia de esto, habia sido por razones que importaban al buen gobierno, pero que habiendo ya cesado aquéllas, hacia demostracion de las provisiones que traia de Gobernador sin dependencia.

No fueron pequeñas las inquietudes que se siguieron de esto en la ciudad, porque si bien sus amigos ponian fuerza en que fuese admitido el Caravajal de todos por Gobernador, como lo decian las provisiones falsas que traia, no dejaban otros de conocer que lo eran, y que no podia con ellas usar de oficio de Gobernador, lo cual, no obstante (por no haber otra cabeza á quien recurrir, y ser ménos los que lo contradecian que los que lo aprobaban), usó el oficio de allí adelante de Gobernador, nombrando por su Teniente al Juan de Villégas, que, como dijimos, habia sido el promotor principal de todo. Daba cada dia el Caravajal más prisa á disponer su jornada, haciendo, ó por grado ó por fuerza, se fuera juntando y disponiendo la gente; pero como ya iba acerca de los de contraria opinion con tanta violencia, y aun les olia á todos su gobierno más á tiranía que modo seguro, procuraban hacer fuga á los montes y entrarse como desesperados la tierra adentro, de donde fueron traidos algunos por las apretadas diligencias que hacia en buscarlos el Caravajal, y despojados de sus armas y caballos, desterrados, en castigo, de toda aquella gobernacion. Con estas violencias y amenazas, juntó Caravajal, con algunos de los que iban con gusto, hasta doscientos hombres razonablemente aderezados; y porque cuando el Licenciado Frias viniese de Cubagua á Coro, conociendo su maldad, no hallase armas ni gente con qué seguirle, procuró quedase aquel pueblo tan desprovisto de todo, cuando él saliese, como si lo hubieran saqueado enemigos, y metiéndose la tierra adentro con su gente, fué á parar á las Provincias del Tocuyo, donde se rancheó muy de propósito, con intentos de pacificar aquella tierra y poblar en ella las ciudades que le pareciese convenir.

CAPÍTULO V.

I. Sale Felipe de Utre del pueblo de Nuestra Señora en demanda del de Macatoa—II. Van caminando, guiándolos los naturales, hasta llegar al rio Guaivare—III. Envía Felipe de Utre, con un indio que hubieron á las manos en el rio, á ofrecer amistad al Cacique de Macatoa—IV. Envíale el Cacique á su hijo, aceptando la paz que le ofrece, para lo cual le hace el bárbaro una larga arenga.

LOS dias que le pareció bastaban para reformar su ejército, convalecer los mal sanos y engordar sus jumentos, se detuvo Felipe de Utre en el pueblo de Nuestra Señora, en los cuales tuvo tiempo de haber á las manos algunos indios de las Provincias convecinas, de quienes pudo informarse y tener noticias que correspondian en todo á las que el indio principal de Papaneme le daba de aquella rica Provincia, que ellos llevaban fingida del Dorado, que los de aquel pueblo y Provincias llamaban Ditagua y los del Papaneme Omeguas, que casi corresponde con las noticias que Pedro de Ursua tuvo en el Marañon, llamada Omagua (como en su lugar diremos en este primer tomo, que pienso era la misma),

certificado de esto Felipe de Utre, y que á una boca todos afirmaban la prosperidad de aquella tierra, dándole ya ocasion el despejado tiempo del verano, y dejando en buena parte sus enfermos con algunos sanos que acudieran á sus necesidades, tomó la vuelta otra vez de la punta de los Pardaos, que ántes habian dejado, como vimos, por enferma, y llevando consigo solos cuarenta hombres, y entre ellos al Capitan Pedro de Limpias, que de más de ser venturoso, mañoso y de buen conocimento en cosas de los indios, aprendia con facilidad, por tener buena memoria, las lenguas de las Provincias por donde pasaban, si se detenia en ellas algun tiempo ó llevaba indios que las enseñasen. Comenzó á seguir la derrota que el indio principal en las primeras noticias le habia dicho, y los demás le iban guiando, y aunque pasaban por tierras de rarísimas poblaciones, por no ser á propósito para la vivienda humana. El cuidado con que llevaban puesta la frente á las riquezas de su Provincia, les hacia haber indios á las manos, de quienes poderse informar del pueblo llamado Macatoa, poblado á las márgenes del gran rio Guaivare, como le habia dicho el primer indio.

No encontraban con indio de quien procurasen tomar esta relacion, que se la diese al contrario de lo que ellos deseaban, por desear tambien aquello los indios, que aunque bárbaros, para esta su comodidad no les faltaba discurso, haciéndolo en que lo era suya, y muy grande, que aquellos soldados pasasen delante á la tierra de los Omeguas que iban buscando, de donde tenian por cierto nunca más saldrian, por saber todos la valentía de aquellos indios y que tomarian suficiente venganza de los agravios que sus comarcanos y vecinos habian recibido de los españoles; que ya este ruido que todas las tropas que pasaban de los Capitanes por aquellas tierras se habia extendido por muchas leguas de ellas, con que ya tenian noticia de sus buenos hechos y miedo de los por hacer; y así les iban guiando por el camino y rumbo más derecho que habia, para que con más brevedad saliesen de sus tierras y llegasen á la que iban preguntando, que no fué poca comodidad para los nuestros, pues por salir los naturales con estos intentos, los iban guiando por caminos llanos, altos, enjutos, que en pocas partes de cuantas han andado soldados por aquellos llanos, se han hallado á lo ménos, tan á la continua, y así, sin sucederles contraste de consideracion, de los muchos que por otros caminos habian tenido. Despues de algunos dias que prosiguieron éste, encontraron con el caudaloso rio Guaivare, que lo era tanto, tan furioso y sondable, que si no era con canoas, ó nadando, y esto con dificultad, no daba lugar al pasaje que tenian necesidad de hacer para llegar á la otra banda donde estaba el pueblo Macatoa, por la noticia que llevaban.

Rancheáronse sobre sus barrancas, yendo algunos soldados rio arriba y otros rio abajo, buscando si le hallaban vao ó indios de quienes pudieran tomar lengua y canoas para poderle pasar. Para lo primero les fué en vano el viaje, pues sus muchas aguas y acanaladas, se defendian que las pudiesen vadear. El segundo intento parece se les cumplió con un indio que hubieron á las manos sobresaltado en una playa del rio, donde andaba mariscando solo, al cual (despues de haberle preso y sosegado con buenas palabras, que no fué poco, segun se encendió en cólera, ira y coraje, de verse en poder de gentes tan peregrinas y espantables) le dieron á entender que no venian á hacerle daño, ántes provecho, y que solo pretendian saber á qué parte de los otras de aquel rio estaba el pueblo llamado Macatoa. Era el indio de un pueblo cerca de éste, y así, con facilidad y aun benevolencia (por estar ya aplacado con buenas palabras que le dijeron y cosillas que le dieron) les señaló á la parte que caia el pueblo de Macatoa, y dijo estar poca distancia de allí aguas arriba del rio, pero que lo habian de pasar y no habia allí con qué. Aprovechó el Felipe de Utre del sosiego con que quedó el indio, y concertadas palabras con que hablaba; y fiándose de él, y de lo que la fortuna (como dicen) quisiese disponer, dióle algunos regalillos ó rescates, y persuadióle con palabras fuese al pueblo de Macatoa, y que de su parte diese un grande recado al señor de él, y le dijese que con aquellos soldados que allí tenia iba adelante en demanda de ciertas Provincias de mucha y rica gente, que él sabia conocia y trataba, y que para pasar á verse con ellos tuviese por bien de recibir su amistad, que se la guardaria perpetuamente como fiel amigo, y que no consentiria que en sus tierras, ni de sus vasallos, se hiciesen ningunos daños, y que estuviese de sí tan seguro y sin temores, como de su propio padre, porque venian á serlo, y amparo de todos; y así, que no tenian que ausentarse de sus casas ningunos, pues pretendian en ellas conservarles sus personas y haciendas; que con todo este resguardo era menester entrar á pedirle amistad al indio de Macatoa, por

tener ya evidencia los españoles de la que tenian aun en aquellas tierras los indios, de los robos que les hacian y malos tratamientos, con que los hallaban avispados y temerosos.

Dando muestras el indio de llevar con gusto la embajada, entrándose en una mala barqueta, donde apénas cabia, tomó la lengua del agua el rio arriba y vuelta del pueblo de Macatoa, á donde llegó, y debió de saber dar, segun pareció, la embajada tan cumplida, y saber decir tantos bienes de los españoles, por los que habia recibido de ellos, en palabras y obras, que luego al dia siguiente descubrieron bien de mañana los nuestros cuatro ó cinco canoas que bajaban el rio abajo, en que venian noventa indios, y entre ellos un hijo del Cacique de Macatoa, á quien su padre enviaba con todo aquel acompañamiento con la respuesta de la cumplida embajada que el indio le habia dado. Los españoles, advirtiendo no fuese aquella gente de guerra, que viniese á intentar impedirles el paso ó probar sus fuerzas con ellos, se pusieron todos á punto de guerra, como los hallaron las canoas cuando llegaron á la barranca de los ranchos, donde saltando en tierra sin ningun alboroto, ántes con demostraciones pacíficas, el hijo del Cacique, acompañado de los más principales que venian en las canoas, preguntó luego por el que lo era de los españoles. Lo cual sabido por el Felipe de Utre (que se habia vuelto á su rancho viendo que no era la venida de guerra) les salió luego al encuentro acompañado de algunos soldados y del Capitan Limpias, que sabia aquella lengua medio cuchara, por ser muy dilatada y haber tenido lugar de poderla aprender en las provincias por donde habia andado; y habiéndole abrazado el Capitan y hecho otras demostraciones en que pudo conocer los deseos que tenian de hacerle amistad y que él era la cabeza de todos los que estaban allí, con buen sosiego y reportadas palabras le habló de esta manera.

Ayer enviaste con uno de los moradores de las riberas de este rio, que aquí hallaste acaso, á saludar á mi padre, que es el señor del pueblo de Macatoa, haciéndole saber vuestra venida y entrada á estas tierras, convidándole con vuestra amistad y ofreciéndole pacífico tratamiento sin daño suyo ni de sus vasallos, dándole á entender no ser vuestros intentos otros que informaros de él qué gente sea la que habita sus tierras comarcanas á la parte de cierta serranía que está apartada de aquí el rio abajo, en cuya demanda venís de vuestras tierras larguísimo camino, y que porque os encaminase á ellos les seriais agradecidos y hariais todo el beneficio que pudiéseis; por todo lo cual se halla mi padre más deudo vuestro, que yo sabré significaros, por haber conocido en lo que le habeis enviado á decir muy diferentes obras y palabras en vosotros de las que algunos de nuestros convecinos le habian significado, diciendo que érais unos hombres terribles, feroces, crueles y enemigos de toda paz y amistad, sembradores de guerras, derramadores de humana sangre, y finalmente que toda una felicidad era desasogar con mil géneros de crueldades las miserables gentes por donde pasábais, pagándoles en esto el hospedaje que os hacian, comidas y oro que os daban. Envíame á vosotros á daros de su parte la bienvenida y llegada á estas tierras, y que tiene mucho gusto de aceptar vuestra amistad y hacer no solo lo que le enviásteis á decir, que queriais informaros de él, pero tambien serviros con todo lo que fuere necesario á vuestro viaje y daros seguras guias, que os lleven en buen tiempo por los mejores caminos que hay hasta allá. Ruégaos tambien que os paseis á aposentar á su pueblo y casas, donde mejor os pueda servir y gozar de vuestra amistad; para cuyo efecto vienen aquí estos nuestros vasallos y canoas que os pasarán á la otra parte de este rio, á cuyas barrancas, cerca de aquí, tenemos nuestras viviendas.

CAPÍTULO VI.

I. Despues de haber consultado el Capitan sobre las razones del indio, les pareció á todos no pasar aquella tarde el rio—II. Con todo eso lo pasaron por haber traido más canoas y que no entendieran se dejaba por flaqueza de ánimo—III. Llegan los soldados al pueblo de Macatoa, donde fueron bien recibidos—IV. Salen del pueblo de Macatoa y llegan á otro amigo del mismo Cacique.

A LAS buenas y concertadas razones que habia dicho el bárbaro (en respuesta de la embajada y nuevo ofrecimiento de amistad de parte de su padre) respondió el Felipe de Utre con el mejor intérprete que traian (ayudándole el Pedro de Limpias) que agradecia lo que su padre le enviaba á decir, y que en todo se remitia á las obras, que habian de manifestar sus buenos deseos, que los tenia muy grandes de verse con él. Dejó con esto al indio con algunos soldados el General, y apartándose con los demás se comenzó entre todos

á conferir sobre las razones del indio y el recato que era menester para poner en ejecucion y admitir los ofrecimientos que el Cacique les enviaba á hacer; pues se pudiera sospechar no venir aquella embajada con la llaneza que significaban las palabras, sino que debajo de ellas se pudiera temer alguna traicion, por ser ordinario modo entre aquellas naciones. Y así no les pareció de comun consentimiento se pasase el rio aquella tarde, porque lo era ya mucho y las canoas pocas para que de una vez pudiesen pasar todos; y que si pasaban divididos era ponerse en ocasion de conocido riesgo y dársela á los indios si tenian urdida alguna traicion, para que mejor se ejecutase viéndolos divididos; y que cuando algo hubiese de esto, mejor podrian valerse y defender sus personas hallándose juntos en todo trance de agua y tierra. Con esta determinacion fueron todos los de la junta á donde estaba el indio, y dándole por excusa el Felipe de Utre del pasaje de aquella tarde las pocas canoas que habia, le dijo se volviese él con ellas y toda la gente que le acompañaba y diese de su parte á su padre unos largos recados y agradecimientos de la amistad que le ofrecia, y que otro dia podrian estar allí con las canoas que bastasen, en que pasarian á verse con él y aposentarse en su pueblo y casas, como lo ordenaba y él lo deseaba.

No vino en esto la liberalidad del mancebo (que era gallardo, bien dispuesto), pues dijo luego que entendió la respuesta, que si no reparaban en más que falta de pasaje, que en eso no la habria, pues él haria venir luego allí más canoas, como lo hizo poner por obra, despachando en una barqueta á un indio, con que hizo con brevedad estar allí otras tantas, y más que las que habia. Lo cual visto por los españoles, saliendo ya de algunas sospechas, por la liberalidad del indio y porque él no las tuviera de que dejaban por temores de pasar á la otra banda, se embarcaron todos y llevando nadando de los cabestros los caballos (como se usa comunmente en estas tierras para pasar los rios caudalosos) al bordo de las canoas pasaron todos juntos aquella tarde el rio, y por parecerles no era hora de caminar, por no haberla para llegar al pueblo de Macatoa, se ranchearon sobre sus barrancas, despidiendo desde allí al hijo del Cacique, harto apesarado de que no quisiesen los españoles pasar de aquel puesto aquella noche, á donde los estaba aguardando con buen hospedaje su padre; pero viendo su determinacion, la tomó en proseguir el rio arriba con sus canoas, habiéndoles primero avisado no fuesen el rio abajo donde pudieran ser sucederles algunas desgracias con gentes belicosas y desabridas que tenian en sus márgenes sus pueblos. Partióse con esto el mozo, y llegó al suyo y dió aviso á su padre de lo que le habia sucedido con los nuestros, de que recibió no poco gusto, como se echó de ver en la demostracion que del otro dia muy de mañana hizo enviándoles á los soldados cincuenta indios cargados de maiz, pescado, carnes de venado y cazabe, y á rogar que abreviasen su partida de aquel puesto y fuesen á descansar á su pueblo y casas, donde les estaba aguardando con grandes deseos de verlos.

Como no los tuviesen menores General y soldados de verlo á él, alzaron luego ranchos y todos juntos marcharon hasta entrar en el pueblo de Macatoa, que lo hallaron desocupado de sus moradores, que para que mejor y más anchurosamente se alojasen los españoles, se habia pasado toda la gente del pueblo (que serian cuatrocientos vecinos) un tiro de arcabuz del sitio, allí á la vista, á las márgenes del mismo rio arriba, dejando el pueblo, no solo como hemos dicho, desocupado, sino muy limpio en todas las casas, calles y plazas, pues no solo no se hallaba una yerbecita en todas ellas, pero ni aun una pequeña piedra que les ofendiese, con que hacian agradable vista, juntamente con el buen órden de la poblacion. Teníanla bien provista de todas suertes de sus comidas, maiz, cazabe, yucas y otras raices, con mucha carne de venado, en tasajos y seca, en barbacoa, que todo causó tanta admiracion en los españoles, por ser muy otras estas cortesías y urbanidades de las que en comun suelen tener estos naturales, que les obligó á preguntar al Cacique la causa de ello, en especial del rito que habian hecho los indios, pues podian todos caber muy bien en el pueblo, dejándoles cuatro ó seis casas desocupadas; á que respondiendo el Cacique dijo, que conociendo la gran ventaja que les hacian los españoles en valentía, personas, tratos, palabras, modo de vivir y tratar y en todo lo demás que hacian, hallaban que no solo merecian que ellos les diesen sus casas en que se aposentasen, por tenerlo esto á buena suerte, sino que se hallaban tambien obligados á servirles siempre, como se echó de ver en el cuidado con que hacian esto, sin faltar un punto en toda ocasion.

Era este Cacique un hombre de muy buena persona, de mediano cuerpo, alegre, amigable y noble de condicion, de rostro liso y algo aguileño, bien proporcionado su cuerpo y al parecer de solos cuarenta años escasos. Sus vasallos eran gente más crecida, en comun, y aunque desnuda del todo, fuera de las partes de la honestidad, que traian mal tapadas, lim-

pios y lucidos, compuestos los cabellos y de acciones compuestas y palabras sosegadas. Llámase esta nacion Guaipes, que habiendo viciado el vocablo, otros les llaman Guayupes. A detenerse más dias de los que sosegaron en este pueblo les convidaba el buen hospedaje y comodidad que hallaban en él; pero como sus intentos no les dejaban hacer asiento tan de propósito hasta que les hubiesen visto el fin, su estada en aquel puesto lo tuvo despues de cuatro ó cinco dias, que les pareció bastar para reformar sus necesidades é informarse muy de propósito de las provincias ricas que iban rastreando y que les parecian ser aquellas del hombre Dorado que les habian dado las noticias; todo pura ficcion en cuanto toca al nombre, si bien en la sustancia de buscar tierras donde hubiese riquezas no iban tan deslumbrados. No fueron pocos los varios modos que usaron de repreguntas en estos pocos dias con el Cacique, intentando con esto fijar más sus esperanzas, si veian que no variaba en las respuestas, como sucedió, pues siempre eran unas las que daba, diciendo que junto á cierta cordillera de sierras, que se divisaban desde aquel puesto, en tiempo claro y despejado, habia grandísimas poblaciones de gentes muy ricas, por serlo la tierra de minas de oro, pero que no era de parecer entrasen en aquellas provincias donde iban, pues aunque fuesen tan valientes como la fama publicaba de ellos, la muchedumbre de los naturales de ella los acabaria con facilidad en pocos dias.

No nos hace temer eso (respondió el Felipe de Utre, determinado ya á no volver paso atrás sin haber dado vista á esta tierra), ántes se han alentado nuestros bríos con las claras noticias que nos has dado de esas grandes provincias, y así entre los demás servicios que nos has hecho, lo recibiremos por muy cumplido que con la brevedad posible nos des guias que nos lleven á los términos de esas provincias, porque con ellas deseamos vernos á sus umbrales. Hízolo el Cacique cumplidísimamente dándoles no solo indios de satisfaccion que los guiasen las jornadas que habia hasta otro pueblo de un grande amigo suyo, por donde habian de pasar, sino tambien otros muchos indios cargados de las comidas que habian menester con abundancia para nueve ó diez dias que habia de camino hasta aquel pueblo de su amigo, á quien tambien los envió á recomendar para que les hiciese buen hospedaje y diese nuevas guias hasta las provincias ricas. Partiéronse con este buen avío los españoles del pueblo de Macatoa, y habiendo caminado el tiempo de los nueve dias por cabañas rasas y sin camino, por trochas excusadas por donde los llevaban las guias de industria, á fin de apartarlos de ciertos pueblos del rio, enemigos del Cacique su señor, donde podrian suceder inconvenientes que les retardase el camino, se pusieron á vista de aquel primer pueblo donde iban, á distancia de dos tiros de arcabuz. Sus moradores, por no estar avisados aún de los peregrinos que les iban, comenzaron luego á la primera vista á alborotarse, de manera que todos acudieron con brevedad á las armas para defenderles la entrada, como se pusieran á ello si las guias (viendo el tumulto y vocería que se levantaba en el pueblo, dejando á los nuestros hecho alto en aquel sitio) no se adelantaran á dar el recado que llevaban del Cacique Macatoa y sosegar el alboroto, que ya era tal, que cuando llegaron no habia indio en el pueblo que no saliese de guerra á la resistencia de los peregrinos; si bien todo el alboroto cesó luego que las guias se vieron con ellos y les dijeron los intentos de los españoles, que eran de no hacerles ningun mal á sus personas y haciendas, pues solo pretendian les diesen guias para pasar adelante hasta llegar á la tierra de los Omeguas.

CAPÍTULO VII.

I. Sálelos á recibir de amistad el amigo del Cacique Macatoa, é intenta disuadirles la entrada en los Omeguas—II. Salen del pueblo de este Cacique, guiándolos él mismo, y llegan á dar vista á las poblaciones de los Omeguas—III. Alcanzan á ver los españoles una poblacion de innumerables casas de los Omeguas—IV. Quieren coger los españoles algunos de los indios Omeguas y salen heridos Felipe de Utre y otro Capitan—V. Oyen los españoles el ruido de los indios del pueblo que salen contra ellos, y retíranse por entónces al del Cacique, donde curaron los dos heridos.

SOSEGADO ya el pueblo (y aun aficionado el Cacique á los españoles, por las razones que en alabanza de ellos les supieron decir las guias) se volvieron donde los habian dejado, y diciéndole al Felipe de Utre la seguridad en que dejaban el pueblo, y la amistad que les haria el Cacique en darles buen hospedaje y guias hasta llegar á las Provincias de los Omeguas, le pidieron licencia para desde allí con los cargueros tomar la vuelta de su pueblo de Macatoa, pues ya no tenian ellos más que hacer en aquél. Agradeciólos el Capitan

lo hecho y bien que los habian guiado, y habiéndoles dado la licencia que pedian, con buenas y amorosas palabras y otras demostraciones de amistad, tomaron luego la vuelta de su pueblo. El Cacique de aquella á cuyos umbrales estaban, él mismo les vino á visitar, acompañado de algunos indios principales y de otros cargados de comidas, con intentos de saber más de fundamento los que traian los soldados, que se los declararon muy por menudo, con que el indio quedó muy del todo sin sospechas de ellos, y aficionadísimo, si bien no dejaba de admirarse de ver aquel nuevo modo de gente, vestida y barbada y que iban caminando sobre los caballos, de cuya terrible y feroz vista, no quedaba ménos maravillado. Esta aficion con que les quedó este Cacique á los españoles, le hacia temer los males que él tenia por cierto le habian de suceder, si todavía porfiaban en pasar adelante y entrar en aquella Provincia de los Omeguas, por saber la muchedumbre que tenia de gente belicosa, arriscada y brava, criada toda su vida con las armas en las manos, y en militares encuentros, no solo con sus convecinos, sino aun entre ellos, con ordinarias guerras civiles, con que le parecia ser imposible que si una vez entraban los españoles poderse retirar, aunque quisiesen. Hacíale tambien la amistad que les habia cobrado, procurar disuadirles de esto, poniéndoles delante por inconvenientes, ser la gente innumerable y vestida del todo, como ellos venian, de donde se seguiria que no les tendrian temor como otras naciones desnudas, y que criaban en sus tierras ciertos animales, que segun se figuraban eran como los carneros y ovejas que tienen los indios del Perú, naturales de la tierra ; y que podia ser que viendo los indios á los españoles en sus caballos, subiesen ellos tambien en estos animales y les hiciesen con ellos resistencia á los caballos.

Pero con esto añadia el indio, que tenian grandes riquezas de oro y plata, muchos géneros de aves, de que comian, como eran pavos y unas gallinas que tenian las papadas coloradas ; y aun algunos soldados quisieron decir que les habian dado por noticia, tenian otros animales crecidos, que afirmaban ser camellos, aunque esto siempre se ha tenido por cosa sin fundamento, y hablilla arrojada sin él y ninguna verdad al viento. De todos estos inconvenientes que les ponia el indio, se reian mucho los españoles, en especial con las buenas nuevas que les daban de mucho oro y grandes poblaciones, y así persuadieron al indio (ya que estaban dentro de su pueblo, á donde los llevó) les diese guias de confianza que los metiese en aquella tierra ; á lo que respondió el Cacique, que pues estaban tan determinados á proseguir adelante, no reparando en lo que les habia dicho él en persona, les queria ser guia y llevarlos hasta el principio de estas ricas Provincias, por lo mucho que gustaba de su buena compañía, que no se hallaba un punto sin estar con ellos, y de verles jinetear y hacer mal á los caballos. Determinados todos en esto, despues de solos tres dias que se detuvieron con el Cacique reformando sus personas y caballos, fueron prosiguiendo adelante en su derrota, llevando por guia al Cacique su amigo y hasta cien indios, que él llevaba cargados de comida y el hatillo (que pesaba bien poco) de los españoles, con que caminaron cinco dias por muy anchos y seguidos caminos, si bien por allí parecia la tierra inhabitable, hasta que al último, bien temprano, dieron en una aldea de hasta cincuenta bohíos, con gente, y preguntando el Cacique si era aquel pueblo, ó qué gente eran sus moradores, respondió que allí solo se recogian los indios que tenian á cargo guardar las sementeras de los pueblos de adelante. En sintiendo estas guardas la gente nueva que entraba por sus tierras, tomaron la huida para las casas, no pareciéndoles tenian seguro fuera de ellas.

Desde este lugar que espantaron los indios, donde hicieron alto por un buen espacio de tiempo, divisaron todos los soldados (á distancia de una media vista) un pueblo de tan extendida grandeza, que aunque estaban bien cerca, nunca pudieron ver el extremo de la otra parte, bien poblado, las calles derechas y las casas juntas, que todo lo alcanzaban á ver con distincion, y con mucha más una que estaba en medio de todas, que las sobrepujaba con mucho exceso; preguntándole al Cacique, guia, qué casa tan eminente y señalada era aquélla, respondió ser la del Cacique de aquel pueblo, que se llamaba Quarica, la cual, aunque era de aquella grandeza que veian, porque le servia de morada y templo, donde tenia algunos ídolos y dioses macizos de oro, de grandor de muchachos de cuatro y de cinco años, y una mujer, que era su diosa, de estatura natural, tambien del mismo metal, y otras grandes riquezas puestas allí, como en depósito, suyas y de sus vasallos, que eran innumerables. Más adelante, á poco trecho de aquel pueblo, habia otros más principales y grandes señores, que excedian á éste, sin comparacion, en vasallos, riquezas y ganados, y así, unos tras otros se iban acrecentando los pueblos, en número y grandeza de vasallos y oro. Por

lo cual no hay necesidad de que yo os guie de aquí para adelante, porque si entrando una vez en estos pueblos sabreis defender vuestras vidas, podreis caminar por estas poblaciones de una en otra, por la parte que os pareciere, pero para que mejor quedeis informados de todas y de sus riquezas, desde luego tendré por acertado procureis haber á las manos uno de aquellos indios, que se han metido en aquellas casas, y que á él le diesen licencia, sin pasar de allí para volverse á su casa.

Halláronse á caballo á esta sazon el General Felipe de Utre y todos los demás que los tenian, y arrimándoles las espuelas corrieron tras los indios de las casas con este intento, si bien les salió en vano, pues á ninguno pudieron haber á las manos ni aun darle pique, fuera del Felipe de Utre y un Capitan Artiaga, que acertaron salir juntos, y por llevar mejores caballos dieron alcance á dos indios que iban como venados, con sendas lanzas en las manos, los cuales viendo que ya los de á caballo les iban á los alcances, volviendo contra ellos á hacerles rostro, despidieron con tanta destreza sus lanzas, que pasándoles á ambos á dos Capitanes los esculpiles á una y en un mismo lugar entre las costillas debajo el brazo derecho, les dieron unas muy malas heridas, y quedando con éstos victoriosos, sin recibir ellos ningun daño, tomaron de una carrera la vuelta de su pueblo, donde entraron alborotándolo á voces. Juntáronse luégo el Felipe de Utre y Artiaga, volviendo las riendas á los caballos, con los demás soldados, que viendo el desgraciado suceso, quedaron cortados y perplejos en la determinacion que tomarian, si de embestir al pueblo ó retirarse por entónces. No hacia el Cacique, guía, menores demostraciones de temores, viendo los malos principios que eran aquéllos para entrar á conquistar gentes tan belicosas, las cuales no dudaba estarian ya puestas en armas para venir contra ellos, por la cólera y brios en que los habrian metido los indios que entraron huyendo en el pueblo, con que tenia por imposible dejar de morir él y todos los españoles, castigo bien merecido por haber menospreciado su consejo y parecer, que siempre fué de que no se metiesen en aquellos dificultosos trabajos.

En esto estaban los españoles y el indio, cuando en confirmacion do lo que éste decia, comenzaron á oirse ruidos y estruendos de grandísimos tambores (que los tenian, segun decia el indio, de cinco y seis varas de largo), grandes fotutos, voces de caracoles y alaridos de toda suerte de gente, que parecia haberse alterado el mundo para venir sobre los nuestros, como sucediera si en esto no llegara la noche, que puso estorbo al paso de los indios, y lo que topara, que cargando en hamacas los indios amigos (vasallos del Cacique) á los dos Capitanes heridos, pudieran dar la vuelta, como lo hicieron, caminando á paso largo toda la noche y el dia siguiente, sin detenerse en nada, hasta llegar al pueblo del Cacique amigo, de donde habian salido, donde luégo dieron órden de curar á los heridos, por no haber dejado hacerlo hasta entónces la ocasiones dichas. Tomó esto á su cuenta un soldado llamado Diego de Móntes, natural de la Corte y Villa de Madrid, en España, no porque supiese mucho de cirugía, sino por no haber otro que supiese tanto, y así usó, para conocer lo penetrante de las heridas, de un modo peregrino, que por serlo me determino á decirlo.

CAPÍTULO VIII.

I. Modo con que curó el soldado las heridas.—II. Van los Omeguas en seguimiento de los nuestros hasta cerca del pueblo del Cacique, donde les dieron una guazabara.—III. Toman desde el pueblo de este Cacique la vuelta del de Macatoa, y de allí al de Nuestra Señora.—IV. Pónese un desengaño acerca de las conquistas que se hacen con nombre del Dorado.

COMO las heridas estaban entre las costillas, y el soldado se hallase, despues de su poca experiencia, sin tientas para experimentar si caian más altas ó más bajas de las telas que conmumente llaman entrañas los que no son cirujanos, tomó un indio viejo, harto ya (al parecer) de vivir, que le dieron en el pueblo y debia de ser esclavo, y poniéndolo encima de un caballo, vestido el mismo sayo de armas que tenia el General cuando lo hirieron, hizo que otro indio con una lanza de indios, hecha al mismo modo de aquella con que le hirieron, le hiriese con el mismo acometimiento que habian herido al General, metiéndole la lanza por el mismo agujero del sayo, con que quedó herido el pobre indio en el mismo lugar que lo estaba el Felipe de Utre, y apeándole luégo del caballo, le fué abriendo el Diego de Móntes la herida, haciendo de ella anatomía, y halló que caia sobre las telas dichas, quedando de la burla el indio sin vida ; tomó luégo sus dos enfermos, y rasgán-

doles las heridas por lo largo de las costillas, les hizo cierto labatorio con que meciéndolos de una parte á otra, como suelen lavar los odres, quedaron limpios de mucha maleza de sangre cuajada que tenian en el cuerpo y con brevedad sanos. El Cacique y muchos de sus indios que se hallaron presentes á esta cura, viendo el sufrimiento que tenian los heridos en la cruel carnicería que hicieron en ellos para conseguir salud, decian que si muchos hombres traian como aquellos de tan valiente ánimo, que seguros podian entrar en las tierras de los Omeguas, y confiando en sus armas, vencerlos y hacerlos sus vasallos, no solo aquellas primeras poblaciones, sino las muchas que estaban más adelante.

Aunque supieron los Omeguas la retirada de los nuestros con la oscuridad de la noche, no por eso quitaron sus ánimos del todo para no salir tras ellos, como lo hicieron despues de haber retardado algun espacio de tiempo el acelerado paso con que les embistieran, si no se los atajara la noche, y así al primer cuarto de ella, habiendo servido esta tardanza de que se juntara mayor cantidad de indios, hasta quince mil, ántes más que ménos, como despues les pareció á los nuestros, fueron en su alcance sin que ninguno de los soldados ni indios amigos lo supieran, hasta que ya estaban á dos escasas leguas del pueblo del Cacique, que tuvo nueva de algunos de sus vasallos labradores que andaban por aquella parte en sus labranzas y arcabucos. Dióla el Cacique al General Felipe de Utre (ó Uten, como algunos quieren que se llamase), el cual, como no estuviese con la herida para salir á hacerles frente, dióle el cargo de ello á su Maese de Campo Pedro de Limpias, hombre bien afortunado y experimentado en estas guazabaras ; el cual, ordenando su gente con el concierto y brevedad que el caso pedia, salió al encuentro á los Omeguas, que ya venian acercándose á prisa, divididos en escuadrones por una ancha sabana, vestidos todos, como siempre lo andaban, con levantados penachos, largas lanzas de tostadas puntas, y rodelas, que eran sus armas. Los nuestros, bien aprestados con las pocas que tenian y ánimo español, les embistieron, y con el favor divino (que sin él era imposible siendo tan pocos, pues escasamente llegaban á cuarenta, y de éstos pocos á caballo, quedar alguno con vida entre más de quince mil combatientes que venian en ellos), aunque al primer ímpetu hicieron los indios resistencia y se defendian razonablemente, revolviendo con más brios el Limpias con sus treinta y ocho compañeros sobre la multitud de bárbaros, que se prometian, por ser por tantos, tener ya en las manos la victoria, los comenzaron á desbaratar, atropellando con los caballos, alanceando, hiriendo con las espadas de una parte á otra, con tantos brios como los habia menester la necesidad, con que la tuvieron los indios. Perdido el ánimo y brios con que allí habian llegado de irse retirando sin concierto, aunque no huyendo, porque eran tan diestros guerreros como esto, á lo cual les obligaba el temor que les ponia la ferocidad de los caballos más que la de los jinetes, si bien éstos no dejaban de atemorizarlos mucho.

Y para que lo quedasen más fueron siguiendo la victoria, hasta que ya no retirándose los Omeguas sino huyendo desbaratados del todo, les forzaron á tomar la vuelta de su pueblo con pérdida de mucha gente que quedó muerta y mal herida en la guazabara y alcance, sin quedar ninguno de los nuestros aun con herida de consideracion, si bien algunos dicen que en esta ocasion fué donde hirieron al Capitan Artiaga, y no cuando á Felipe de Utre : pero que sea en la una ó en la otra parte, en todas estas vistas y encuentros con los Omeguas, solo quedaron heridos el Artiaga y Utre. A quien el Cacique amigo con los vasallos de su pueblo armados y en escuadrones, estuvieron haciendo cuerpo de guardia, entre tanto que los demás españoles se las habian con los Omeguas. Con esta victoria que alcanzaron los nuestros, se confirmó el Cacique y los suyos en el espanto con que estaban de la valentía de los españoles y la opinion que tenian, de que si con algun razonable número embistiesen á los Omeguas, sin duda se harian señores de ellos y de sus grandes riquezas, por haber visto la fortaleza y buen modo de guerra con que tan pocos habian muerto y desbaratado á tantos.

Comenzando ya Felipe de Utre á mejorar de su herida en los pocos dias que se detuvieron despues de la victoria en aquel pueblo, determinó que tomaran todos la vuelta del de Macatoa, y desde él al de Nuestra Señora, donde se determinaria lo que más importase disponer para tomar de propósito la vuelta y conquista de los Omeguas, que no les parecia cordura tomarla por entónces con tan poca gente como se hallaba. No les pareció mal la determinacion á los demás capitanes y soldados, y así se dispusieron á la partida, de que no le pesó poco al Cacique amigo, por estar bien confirmado en su amistad y mostrar gusto de que estuviesen allí por mucho tiempo, porque tenia intentos de ir aprendiendo de los nues-

tros sus ardides de guerra, modo de vivir político, de que grandemente se habia aficionad pero cuando conoció la determinacion en que estaban de proseguir su viaje, dióles para la comida necesaria é indios que la llevasen y guiasen hasta el pueblo de Macatoa, par. donde dispuesto ya todo cumplidamente al viaje, lo comenzaron á proseguir por los despoblados y trochas que habian venido, por donde tambien les pareció llevarlos á las guias, por excusar los mismos inconvenientes de los indios Caribes del rio abajo: pero sucedióles que á la mitad del camino se vieron sin guias, por habérseles huido, con que les fué forzoso caminar solo al tino y confianza de que no podian dejar de encontrarse con el rio Guayaure, y desde él serles fácil, ya que no fuesen de una á dar con el pueblo de Macatoa, hallarlo el rio arriba ó abajo segun donde fuesen á encontrar sus aguas, como les sucedió, pues dieron con ellas bien arriba de donde estaba el pueblo de Macatoa; pero reconociendo la tierra y paraje donde se hallaban, echaron de ver luégo quedaba el pueblo atrás, á donde envió Felipe de Utre al Capitan Limpias con una escuadra, para que hiciesen subir canoas en que pasasen de la otra banda con algun matalotaje é indios que lo cargasen para el resto del camino. Partióse Limpias y llegando al pueblo de Macatoa aquel dia, volvió otro el rio arriba con canoas y abundancia de comidas, y habiendo pasado el rio prosiguieron su viaje sin sucederles cosa adversa hasta llegar al pueblo de Nuestra Señora, donde habia dejado sus enfermos despues de tres meses que habia salido de él en demanda del Dorado.

No fué así el contento con que quedaron el Felipe de Utre y sus soldados en haber dado vista á estas provincias de los Omeguas, pareciéndoles con eso haberla dado á las del Dorado, en cuya demanda habian salido. Y si les preguntáramos cómo sabian que era aquella la Provincia del Dorado, fuera sin duda el hallarse atajados y confusos, sin saber sacar á luz una razon que convenciera á lo que decia, en especial habiendo sido de tan poca advertencia, que no la tuvieron de haber algunos indios á las manos, pues pudieran de aquellos Omeguas, de quienes se informaran más por extenso, que lo estaban de sus vecinos, de las calidades de la tierra, sus riquezas y minerales, sus animales y aves, temple y disposicion del país, sus tratos y otras cosas comunes al modo de vivir de los hombres; y en especial si habia algun señor que desnudo y dorado el cuerpo entrase en alguna laguna á hacer sacrificio, que fué el fundamento (como dejamos dicho) por donde se puso este nombre del Dorado; sino que contentándose solo con haber saludado desde los umbrales aquellas provincias con las lanzas y muertes que pudieron dar á sus naturales en la guazabara, quedaron contentos, sin informarse de otra cosa, pareciéndoles habian salido con una que ningunos otros habian podido aunque lo habian intentado.

De donde se ve cuánta vanidad es salir á estas conquistas á buscar provincias con título y nombre del Dorado; pues así como estos soldados decian que la habian hallado, habiendo hallado ésta de los Omeguas. Lo mismo dijera Jiménez de Quesada si cuando salió del Reino á buscar otras nuevas tierras, las hubiera hallado ricas, diciendo que aquél era el Dorado; y lo mismo su hermano el Adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada cuando salió de esta ciudad de Santafé á descubrimientos con ese mismo título, que ambos por no haber hallado cosa de provecho, volvieron diciendo no haber encontrado con la Provincia del hombre Dorado. Lo mismo podremos decir de las jornadas de don Pedro de Silva, de Diego Hernández de Serpa, de Domingo de Vera y otros que han salido de este Nuevo Reino con el mismo título; que si cada cual hubiera hallado provincias ricas en su descubrimiento, aunque lo hacian en diferentísimas partes, cada uno dijera que él habia hallado el Dorado, sin reparar en si aquella con quien habia encontrado entraba algun hombre á sacrificar en alguna laguna desnudo y todo el cuerpo dorado. Donde se echa de ver ser cosa sin fundamento la de aquellos que pretenden conquistas á título de ir á buscar el Dorado, pues á ninguna parte que vayan se le puede dar otro nombre sino que van á hacer nuevas conquistas, en que deben estar advertidos los que dan licencias para esto, si no quieren verse engañados á tiempo que ya no se puede remediar, estando ya gastada la hacienda Real, como sucedió en la jornada de Domingo de Vera, que le costó tanto aquélla sola, como le ha costado todo el resto de las Indias, y todo fué sin provecho, como diremos.

CAPÍTULO IX.

I. En el pueblo de Nuestra Señora se vieron todos con grandes alientos, enfermos y sanos, por las noticias que sacaron de la tierra de los Omeguas—II. Pónese en práctica si será bien ó no volver desde el pueblo de Nuestra Señora sobre la Provincia de los Omeguas—III. Determínase que Pedro de Limpias vaya con algunos compañeros por más gente y caballos á Coro—IV. Encuéntrase con Francisco de Caravajal en el Tocuyo y dále cuenta de la jornada—V. Salen los Alemanes con toda la gente que tenian en seguimiento de Pedro de Limpias, y llegan á Bariquisimeto.

EL contento con que quedaron los enfermos cuando llegó la gente al pueblo de Nuestra Señora, participado del mucho con que todos entraron en él, fué de manera que les bastó para alentarse y á algunos para sanar del todo, siendo en ellos verdadero el comun decir, que el esforzarse el enfermo es la mejor y mayor parte de la medicina; porque como todos se juzgaban ya metidas hasta los codos las manos en las riquezas que les habian dicho de los Omeguas y grandes señores de vasallos en aquellas prósperas y abundantes tierras, doblábales el ánimo las fuerzas para ponerse en camino y gozar de ellas, en especial realzándolas tanto como lo hacian los soldados, que por acrecentar la fama de su descubrimiento y estimacion de sus trabajos, armaban quimeras de cosas que vieron, oyeron y les sucedieron, dorándolas con tan rodeadas y retóricas palabras, que pareciendo ser el negocio como lo pintaban, fácilmente aficionaban y levantaban los ánimos de los que los oian, para hacérseles tarde el llegar á pisar aquella tierra, por parecerles consistia su felicidad en eso, si bien les sucedió muy de otra suerte á los capitanes y soldados de esta jornada, pues la misma codicia que les hizo salir sin saberse aprovechar de lo que tenian entre manos á buscar más compañía para volver con más seguro y ciertos á poseer y poblar aquella tierra de su Dorado, les hizo tener por fin miserables tragedias, por las discordias que nacieron entre ellos, con que se deshizo la compañía ; mataron al General, y con otros varios sucesos hasta hoy no se ha podido volver á rastrear aquellas provincias de los Omeguas.

Gran parte de los principios de estas discordias fueron las ordinarias que traian entre sí el Maese de Campo Pedro de Limpias y Bartolomé Belzar, á quien habia hecho tambien Capitan el Felipe de Utre y pienso que su Teniente, porque como estos dos se fuesen estropiezo el uno al otro acerca del mandar y disponer las facciones del campo, y el uno fuese montañez y el otro aleman, que hacian la junta que hacen dos gorriones en una espiga, andaban siempre con tan grandes acedias de ambicion el uno contra el otro, por querer el uno lo mismo que el otro, que era mandar, que no podian tragarse ; ántes tras cada paso se ponian en ocasion de venir á las manos, sin que el buen terciar del Felipe de Utre y otros, á veces le pudiesen reparar ; si bien la razon principal con que el Bartolomé Belzar cobraba brios para competir con Pedro de Limpias, eran los favores que le daba el Felipe de Utre, por ser el mozo deudo cercano de los Belzares. Luégo que llegaron al pueblo de Nuestra Señora, puso en práctica Felipe de Utre, para la determinacion más acertada que tomarian en lo que se debia hacer acerca de la vuelta á la tierra de los Omeguas, en que á unos les parecia seria acertado sin dejar resfriar la ocasion, pues estaban ya alentados algunos de los enfermos, con que habia más número de soldados, volver luégo sobre ella. Pero Felipe de Utre con los demás tuvo por más acierto no hacer la entrada hasta verse con más fuerza de gente, y no pudiendo juntarse ésta sin volver á la Provincia de Venezuela y ciudad de Coro á conducirla, no era posible dejar de dilatarse por muchos dias.

Con esto la tuvo el Capitan Pedro de Limpias para poner en ejecucion la traza que dias habia andaba dando para salirse de la compañía de Felipe de Utre y aun tomar venganza de los desabrimientos que él y el Bartolomé Belzar le habian dado, para lo cual trató cautelosamente (fundado sobre lo que determinaba el Felipe de Utre) de engrosar su ejército para la entrada, que le diese algunos compañeros con que salir á Coro, donde se preferia juntar una buena compañía de gente, armas y caballos y volver con la presteza posible á socorrerle, para que con las fuerzas necesarias se pudiese entrar de propósito en los Omeguas, con que se excusarian los trabajos que por fuerza habian de padecer los enfermos que tenian, y podrian en el ínterin que él iba y volvia el reformarse y descansar todos. No pareció mal á las primeras vistas este consejo de Limpias á Felipe de Utre y al Bartolomé Belzar y á otros muchos; con que le fué dada la licencia que pedia y veinte soldados que le acompañasen, y con la instruccion que se le dió, quedándose los demás en el pueblo de

Nuestra Señora, partió de él y paso largo (sospechando lo que luego sucedió, de que habia de arrepentirse de haberle dado la licencia) caminó sin detenerse por los mismos pasos que habian llevado á la ida, hasta que llegó á las provincias del Tocuyo y Bariquisimeto, donde halló alojado de propósito al nuevo Gobernador (aunque con falso título, como dijimos) Francisco de Caravajal, que habia poco habia entrado en ellas de la ciudad de Coro, de donde (como dejamos dicho) sacó todo cuanto pudo y no pudo, en especial todo el ganado mayor que tenia ya de asiento poblado en las sabanas del Tocuyo y Bariquisimeto, tierra bien á propósito para él, como se ha echado de ver en el crecimiento grande que ha tenido.

Procuró lo primero el Pedro de Limpias (para el fin de sus intentos) ganar la gracia y voluntad del Caravajal, á que le ayudó mucho el Juan de Villégas, que habia ido desde Coro con él sin apartársele del lado desde que lo fué á recurrir al puerto de Paraguona; y habiendo con facilidad entrado en su gracia, le relataron él y sus soldados, lo primero lo sucedido, y que podia desdorar al Felipe de Utre diciendo que por haber llevado con pertinacia el camino de Fernan Pérez de Quesada se habian perdido, pues en una sierra donde anduvieron con intolerables trabajos algunos dias, perdieron todos los caballos, sin escapar más que ocho. Despues contaron el haberles vuelto el rostro alegre la fortuna, habiendo descubierto la tierra rica de los Omeguas, á donde entendian entrar otra vez; para lo cual venia á buscar copia de soldados y caballos y volver con ellos al pueblo de Nuestra Señora, donde le quedaba aguardando con la demás gente el Felipe de Utre, para desde allí partir todos á lo dicho; junto con esto incitaba el Limpias al Caravajal, que pues tenia suficiente ejército, tomase á su cargo aquella empresa tan próspera y dichosa como se habia descubierto, donde podria (demás de las muchas riquezas que se interesaban) ganar honra y fama eterna, y que si Felipe de Utre intentaba oponérsele pretendiéndolo como Gobernador de la Provincia de Venezuela, y que él le habia dado las primeras vistas á aquella tierra, con enviarle preso á Coro á él y á sus compañeros, librando el derecho en las armas y más poder, fácilmente se le podrian frustrar sus intentos, pues á todo esto se podria atrever con la fuerza de gente con que se hallaba. Vínole á Caravajal este consejo de Limpias bien á propósito de su ambicion y condicion bulliciosa; y así sin más reparar en inconvenientes (enseñado ya á esto desde que entró en Coro) se determinó á tomar el consejo y poner todos los medios necesarios á que no se le defraudasen los fines de esta jornada.

A pocos dias de como partió para la suya de tornavuelta el Pedro de Limpias del pueblo de Nuestra Señora, arrepentidos los alemanes Felipe de Utre y Belzar de haberle dado licencia, y sospechosos del mal tercio que les habia de hacer por los encuentros que habia entre ellos, tan sangrientos en Coro y en las demás partes que se ofrecieran y que podrian ser tales los daños que se les siguiesen de un enemigo tan fuerte, que fuesen dificultosos de reparar, con la mayor presteza que pudieron (y á su parecer el caso requeria) levantaron ranchos del pueblo de Nuestra Señora, y caminando todos á paso largo y las mayores jornadas que pudieron, iban en los alcances del Pedro de Limpias, el cual hizo fuesen en vano las diligencias de los alemanes, pues adivinando lo que sucedió, caminaba más á la ligera que ellos, por no traer enfermos que le retardasen ni habérseles ofrecido en qué detenerse en todo el viaje. Llegó al fin con el suyo el Felipe de Utre y toda su gente al desembocadero de Bariquisimeto, donde los naturales (que ya tenian algunos conocidos desde que pasó) le dieron noticia de cómo en la provincia del Tocuyo estaba un Capitan que llamaban Caravajal, con otros muchos españoles; con lo cual, como hombre recatado, usando de los avisos que ha menester la guerra, no queriendo meterse de rondon é inconsideradamente entre gente que aun no sabia si fuesen sus amigos ó enemigos, se rancheó en el valle de Bariquisimeto para desde allí reconocer qué gente era la que estaba en el Tocuyo, y disponer sus cosas como conviniese. No estuvo allí muchos dias sin que se viniesen á tratar los del un Gobernador con los del otro y ofrecerse ocasiones en que no fiándose los unos de los otros, cada cual puso seguras guardas y centinelas en su alojamiento y gente.

CAPÍTULO X.

I. Hace demostraciones Pedro de Limpias de su enojo contra los alemanes—II. Avísanle á Felipe de Utre sus amigos de los intentos que tiene de prenderlo Caravajal—III. Pásase Felipe de Utre desde Bariquisimeto y júntase con Caravajal—IV. Convida á comer Caravajal á Felipe de Utre, con intentos de prenderlo—V. Levántase un alboroto de la una y otra parte, por palabras que tuvieron los dos Gobernadores y queda con lo mejor el aleman.

NO dejaba el Limpias perder ocasion en que hiciese demostraciones de la indignacion que traia contra los alemanes, atizando el fuego por mil modos para encender la de Caravajal tambien contra ellos, irritándole á que los prendiese, pues podia con facilidad, por las conocidas ventajas que les tenia en copia de gente, bien descansada y hechas pagas adelantadas de libertad de conciencia que tenia dada á todos para todos los modos de insolencias que quisiesen hacer, sin que por ello estuviesen temerosos de ninguna pena, pues de nada la tomaba el Caravajal, á trueco de tenerlos seguros; pero aunque conocia esto, por otra parte, como hombre mañoso y de ingenio agudo, y algo azogado, no le parecia cordura librar el negocio en las armas donde la victoria no está tan segura, y en las manos de aquellos que se la prometen, fiados en conocidas ventajas que no suele suceder muy de otra suerte y revolverse favorable y victorioso tiempo, para quien no se pensaba; y así pretendia más con sagaces disimulos que con armas atraer á sus ranchos al Felipe de Utre, para allí con más seguro hacerse señor de él y lo que le pareciese.

No eran tan en secreto estas trazas del Caravajal que no se las escribiesen luego al Felipe de Utre algunos de sus soldados, que demás de ser sus amigos desde Coro, estaban desabridísimos en la compañía del Caravajal, por la violencia con que los sacó de su casa y ciudad, forzándolos á seguirlo el haberles despojado de todas sus haciendas y ganados, á título de que los habia de meter en el Nuevo Reino de Granada, donde á subidos precios los venderian, y con grande copia de oro volverian á la quietud de sus casas; si bien todo fué engaño, como hemos visto y veremos. Por esto avisaba al Felipe de Utre todo cuanto el Caravajal disponia, y que no se deshiciese de su gobierno y el título que tenia de Capitan general, pues él lo era legítimo y el Caravajal lo habia usurpado muy á lo tirano (que este título le da Herrera), porque si la Audiencia de Santo Domingo habia hecho algun nombramiento de Gobernador y oficiales de justicia, por haber entendido que él era muerto ó perdido, por haber tantos dias que habia salido á la jornada; pero que nunca habia sido su intento derogar las provisiones que le tenia dadas la Audiencia, conforme al asiento hecho con los Belzares; prometiéndole en secreto sobre todo esto los que le avisaban, que los hallaria para todo lo que se quisiese servir de ellos. No ponia pocos bríos esto al Felipe de Utre para tener por suyo aquel gobierno y título de Capitan general, con que pretendia disponer y gobernar la tierra; pero como sobre estos títulos (en gente que tiene vueltas las espaldas á Dios y al servicio de su Rey) suelen ser las fuerzas del ejército, el que lo tiene mayor por punta de lanza suele adquirir mayor (aunque violenta) fuerza y demás antigua jurisdiccion que provisiones y poderes reales.

Entre estas mañosas demandas y respuestas de ambas partes, lo fué tanto el Caravajal en seguir sus ardides y trazas (que las tenia agudísimas como hombre vaqueano de estas Indias, donde todo es menester á las veces) que dándole á entender al Felipe de Utre con prendas ciertas de seguro, que no se haria en su campo, ni en toda la tierra, otra cosa de lo que él quisiese ordenar, lo fué sazonando de manera que de conformidad se trató (trazándolo así el Caravajal) se nombrasen personas de ambas partes bien intencionadas, que viesen las provisiones de ambos y estuviesen á lo que estos árbitros sentenciasen, ó que ya que no gustase de esto el Felipe de Utre, ambos de conformidad gobernasen la tierra y gente de guerra, y juntos fuesen á poblar y conquistar lo que traian descubierto del Dorado. Era de tan buena masa el Felipe de Utre, que creyendo habia de ser así todo esto, dejando su primera determinacion, que era de no sujetarse á su gobierno ni querer parejas con él, levantó ranchos de donde estaba en Bariquisimeto, y se fué con toda su gente de servicio y soldados á la ranchería del Caravajal en el Tocuyo, con que se acabó de destruir, como se lo anunciaron sus amigos, que conocian bien al Caravajal; el cual recibió al Felipe de Utre y sus soldados con demostraciones falsas de alegría, y lo hizo alojar en lo mejor de los ran-

chos, pretendiendo en todo paliar los intentos que traia de quedarse solo con el gobierno, á que no ayudaban poco los malos terceros que tenia en contra el Felipe de Utre; si bien tampoco á él no le faltaba quien le incitase contra el Caravajal; de suerte que luego que estuvieron juntos se comenzaron á convertir en grandes llamas de enemistad las que hasta allí solas eran centellas. Con éste y tener tan fijo el pasar adelante con sus deseos el Caravajal, comenzó luego á dar muestras de ellos, y que habia sido fingido cuanto le habia prometido al Felipe de Utre en razon de la igualdad de gobierno; si bien iba disimulando en cosas, aguardando ocasion y á veces ofreciéndola para poderlo prender sin ruidos; porque, aunque se veia con más fuerza de gente que el Felipe de Utre, no estaba tan satisfecho de todos que no tuviese más sospechas que seguro de la mayor parte de ella, y que si se ofreciese ocasion, ántes le ofenderian que defenderian.

No dejó de alcanzar todos estos lances el aleman (confuso ya de lo que habia hecho en juntarse con el Caravajal, con que andaba muy sobre aviso, acompañado siempre de sus familiares y excusando toda ocasion en que la pudiese tener el Caravajal para efectuar sus intentos. Lo cual entendido tambien por el mismo Caravajal, dispuso una (en que se conocieron bien á lo claro, en especial por el Felipe de Utre y los suyos, que andaban como sobre brasas), y fué convidar á comer al Felipe de Utre á su posada para ejecutar la prision, si en esta accion se podia hallar ocasion de ello. No rehusó aceptar el convite el Felipe de Utre, porque no entendiera, de lo contrario, era falta de ánimo, si bien con evidencia, como hemos dicho, conoció el que tenia el Caravajal en el convite. Pero dispuso primero el aleman al Bartolomé Belzar y á sus amigos, que estuviesen sobre aviso y con las armas en las manos, para que en oyendo algun bullicio en la casa del convite, acudieran á defenderle. Con lo cual, yendo él bien apercibido de todas sus armas secretas, y las públicas comunes á los Capitanes, y con el recato que era menester para entrar á comer en casa de su enemigo. Llegada la hora, se sentaron á comer, y se acabó la comida con quietud, sin que se intentase cosa alguna, por haber entendido el Caravajal, de avisos que le habian dado, la gente que dejaba prevenida el Felipe de Utre, el cual, levantándose de la mesa, visto que todo estaba sosegado y que no se habia intentado nada hasta allí de lo que él sospechaba, tomó la mano y comenzó á decirle al Caravajal, que pues nada de lo que habia prometido cumplia, ni parecia tener intentos de cumplirlo adelante, ántes con violencia, fundada más en la fuerza de su gente que en el derecho de su justicia, queria detenerlo allí; él trataba de irse con sus soldados á Coro, para de allí tomar la vuelta de Santo Domingo á dar cuenta del suceso de su jornada á la Real Audiencia que lo habia enviado á hacerla.

El Caravajal, con ánimo ya medio alborotado, le respondió que licencia tenia para irse, donde y cuando quisiese, pero que no habia de llevar consigo la gente, ni tuviese atrevimiento de allí adelante á llamarse General, ni Gobernador, ni aun Teniente, pues ya sus provisiones habian espirado y estaban derogadas, y que en aquella Gobernacion no tenia otro jurisdiccion sino él, á quien la Audiencia habia enviado por Gobernador. No le faltaron palabras al Felipe de Utre con qué replicar y contradecir á éstas, con que comenzaron luego, por las del uno y del otro, á mostrarse los fuegos de enemistad que ardian en los pechos de ambos, apellidando cada cual el favor del Rey, incitando á sus soldados á que tomando las armas se diese fin á aquellas disensiones y arraigadas enemistades, apagando estas llamas con la sangre del que ménos pudiese. A las primeras voces que oyó de esto el Bartolomé Belzar (como bien prevenido y de gallardos brios, y que deseaba emplearlos en la defensa del Felipe de Utre), salió de donde estaba, siguiéndole los de su devocion, y con furia de aleman (que en el primer ímpetu suele ser sobrada y ciega) se fué derecho al Caravajal, con el estoque desnudo y con intentos de acabarle la vida, como lo hiciera, si algunos de los soldados neutrales, que luego se hallaron presentes, no se metieran por medio, reprimiendo la furia de este mancebo. Fuéronse allegando en un punto á la revuelta cada cual de los soldados á la parte de la devocion que tenian intentos de seguir, si bien algunos estuvieron neutrales, sin acudir á la una ni á la otra, con que la del Felipe de Utre quedó más valida, y por haberse pasado á ella muchos de los desabridos con Caravajal, á quien pudiera entónces con gran facilidad el aleman quitar la vida, pues eran muy pocos los que le habian quedado de su parte al Caravajal, respecto de los muchos con que el Utre se hallaba; pero no quiso concluir por este modo las diferencias, huyendo de cobrar fama de tirano y macular su persona y linaje, y así dejando vivo al Caravajal, subió en su caballo, y haciendo lo mismo todos sus amigos, tomaron del alojamiento del Caravajal las demás armas y caballos que les pareció, al fin como del vencido, y que lo tenian todo á su

mano, y apartándose hasta cuatro leguas, se alojaron en el valle de Quibor, con intentos de causar desde allí (estando plantado tan cerca, y casi á la vista) mayor tormento al Caravajal y á los suyos; pero vióse en el desgraciado Capitan cumplido el adajio español, que quien á su enemigo popa, á sus manos muere, como veremos.

CAPÍTULO XI.

I. Vuélvense otra vez á hacer conciertos de amistad entre los alemanes y Caravajal.—II. Trata Caravajal de irse con su gente en los alcances de Felipe de Utre, la vuelta de Coro.—III. Dan alcance á los alemanes, y degüéllalos el Caravajal y su gente.

NO perdió el Caravajal el tirano brio con lo que le sucedió, ántes conociendo la bondad del Felipe de Utre, se aprovechó de ella para pasar adelante con sus cautelosos intentos, atribuyendo la desgracia que le habia sucedido á la fortuna, que no tiene siempre en un punto su rueda, que tambien le era causa de esforzarse, con esperanza de que si en aquella ocasion le habia sucedido mal, en otra le iria bien, y así dando cautelosas trazas como poder recobrar de Felipe de Utre las armas y caballos que le habian llevado, envió á su Maese de Campo Juan de Villégas y á un clérigo y á un Melchor Grusel con un Escribano, todos amigos suyos, para que le agravasen el delito que habia cometido en haber tomado las armas contra un Gobernador del Rey y haberlo querido desbaratar y quitarle las armas y caballos efectivamente, que tenia para defender la tierra, por donde sin duda habia grandemente de ser castigado por la Real Audiencia si lo sabia, y así que seria mejor volverse ambos á confederar y tornar á Caravajal sus armas y caballos y lo demás que le habia tomado, y rogarle, como á Gobernador que era de aquella tierra, que lo perdonase á él y á todos los demás. No estuvo á los principios muy en esto el Felipe de Utre y Belzar; pero tratóse con tanta eficacia por los mensajeros el negocio, que sacaron á los alemanes á que viniesen en ello, con condicion que se les diese á su gente todo lo que de sus haciendas se les habia tomado en el Tocuyo, que no dejaba de ser buena cantidad, sacando tambien algunas condiciones de parte de los agentes del Caravajal, como fueron, que se restituyese tambien (demás de las armas y caballos) lo que los soldados de Felipe de Utre habian tomado á los del Tocuyo, y que los soldados de Caravajal, que se habian salido con el Felipe de Utre, pudiesen, si quisiesen, volverse libremente al Tocuyo, y se pudiesen quedar de los mismos de Felipe de Utre con Caravajal los que tuviesen gusto.

Este concierto se hizo por ante el Escribano que vino del Tocuyo, y lo firmó el Juan de Villégas en nombre del Caravajal, que despues tambien lo firmó, con que se le volvieron las armas y caballos que se le habian tomado, no embargante que á todo esto eran de contrario parecer los amigos del aleman, avisándole que no se prometiese ningun seguro en los conciertos del Caravajal, por ser hombre cauteloso y haber tomado aquel modo de vivir tiránico, de quien es propio andar siempre con tratos dobles. Al fin confirmadas las paces y amistad con esta escritura, tomó Felipe de Utre luego la vuelta de Coro con los que le quisieron seguir, que fueron bien pocos, y á pequeñas jornadas y con ménos órden y recato que debiera tener, por entender dejaba las espaldas seguras con lo hecho. A los ocho dias de camino entró en la serranía de Coro, en los cuales viéndose Caravajal ya con sus armas y caballos y reforzada su gente, tuvo lugar para disponer el salirle en los alcances; y para que con más voluntad acudiesen sus soldados á la que tenia, de dar fin á las enemistades, poniéndolo á la vida del Felipe de Utre, los juntó é hizo una plática diciéndoles que si eran hijos de españoles y en ellos se enseñoreaba el valor de la sangre de sus antepasados, no era posible dejasen de haber sentido cada uno por sí la afrentosa injuria que á todos habian hecho aquellos mancebos extranjeros favorecidos de algunos españoles, que no mirando las obligaciones de ser hijos de España, se habian atrevido á darles favor para despojarlos de sus haciendas, fiados en no sé qué título mohoso que decia tener de Gobernador y Capitan general, al que lo es legítimamente de toda la Provincia de Venezuela; y que no era de sentir ménos el haberles vuelto sus armas y caballos á los que estaban presentes, pues esto habia sido con un afrentoso concierto, y casi dando á entender les hacian merced de ellas y aun de las vidas, que todo cede en descomedimiento de nuestro Rey y Señor, cuya persona yo aquí represento; y no es menor el sentimiento de las cosas que he dicho que el que tengo, de que sin duda se irian gloriando de lo hecho, divulgándolo por todos los de su nacion á boca y con cartas, cosa abominable y de perpetua afrenta á la nuestra.

Irritábales con esto los ánimos á que todos lo tuviesen en defensa de su propia honra y de la de su patria, no dudando de tomar las armas y seguirle para la prision que pretendia hacer de los dos alemanes y los que le seguian, amenazando (á vueltas de esto) á los que con mano floja y ánimo desganado acudiesen á una cosa que decian ser tan del servicio de Dios y del Rey; y que al que no quisiese acudir á darle favor en cosa tan justa, algun dia le lloveria á cuestas el justo castigo de su ánimo rebelde; y para que nadie lo estuviese fundado en escrúpulos si él era ó no Gobernador de aquellas Provincias, sacó delante de todos los títulos que tenia de eso, y haciéndolos leer públicamente, se los fueron mostrando á cada uno en particular para que viesen estar sellados con el real sello; con lo cual y haber visto claramente que era nombrado en ellos Gobernador (si bien era todo falso, porque tenia habilidad el Caravajal para estas y otras muy mayores maldades) y por las amenazas que les habia hecho, hicieron demostracion algunos (en especial los que tenian alguna enemistad con los alemanes) de irlos siguiendo en su compañía. Lo que se dispuso con brevedad por parte del Caravajal, no dando lugar á que se mudasen los ánimos que habian dado color á esto con la dilacion del tiempo; y así gastando solo el que fué menester necesariamente para disponer el viaje, lo comenzaron y prosiguieron á largas jornadas, por ir los más á caballo, y en pocas se pusieron con los alemanes y su gente, que, como dijimos, caminaban despacio y con ménos órden y cuidado que tenian necesidad, y estaban rancheados á las barrancas de una quebrada honda.

No se alborotó el Felipe de Utre ni su gente á la llegada del Caravajal, por haber sido con mansedumbre y dando muestras de estar todavía en la amistad que habian dejado concertada; y así sin alborotos, apeados de sus caballos, por llevar mucha más fuerza de gente el Caravajal que el Felipe de Utre, le hizo luego prender y al Bartolomé Belzar, y á un Palencia, y á un Romero y á otros sus más familiares, procurando el Caravajal sosegar con buenas palabras á los demás, que se hizo con poca dificultad, por no haberse atrévido ninguno á tomar armas, viéndose sin Gobernador por estar preso; si bien algunos tomaron las de los piés la vuelta de Coro, tras quienes envió el Caravajal gente en vano, pues no les pudieron dar pique. Luego sin más dilacion mandó el Caravajal á un negro que amarrase fuertemente las manos, como á malhechores, á los dos alemanes y á los demás presos, y que con un machete les fuese (como lo hizo) cortando las cabezas. Estaba el puñal tan voto de haber servido en otras cosas, que más á golpes que cortando con cruel tormento y agonía de los pobres pacientes, sobre la misma tierra, sin poner nada debajo, les fué cortando á todos las cabezas, sin que aquel bárbaro tirano mostrase alguna alteracion en esta villana crueldad, ántes complacencia, por verse con aquello, á su parecer, ya señor de la tierra, á que le ayudaban, como le habia incitado hasta allí, á abreviar aquel nefando hecho, algunos Capitanes, émulos de los alemanes, como eran el Pedro de Limpias y un Sebastian de Armacea y otros. Despachó, como dijimos, luego el Caravajal cincuenta hombres tras los que se habian escapado, y otros que iban delante del Felipe de Utre la vuelta de Coro, aunque no los hallaron. A este atrocísimo hecho, sin ninguna razon ni causa, le movió el Caravajal por pura crueldad y por el temor que tenia no volviese sobre él el Felipe de Utre, habiéndose reformado de gente en la ciudad de Coro; porque segun se supo de cierto, llevaba intentos de recoger la que pudiese y dar la vuelta con brevedad sobre él, y á fundar tres pueblos, uno en el valle de Bariquisimeto, otro junto á los dos rios grandes Apure y Zarare y otro en el que hemos dicho de Nuestra Señora, para que fuesen escala á la entrada de las conquistas de los Omeguas, y aun los tenia tambien de poblar en la Burburata; ya era esto á los fines del año de mil y quinientos y cuarenta y cinco, ó entradas del de mil y quinientos y cuarenta y seis.

CAPÍTULO XII.

I. Muertos los alemanes, toma Caravajal la vuelta del Tocuyo, donde fué prosiguiendo sus insolencias.—II. Por las nuevas que tuvo Frias de las insolencias de Caravajal, abrevió la vuelta de Coro.—III. Van quejas de la Gobernacion de Venezuela á España, sobre el mal gobierno de los alemanes.—IV. Quítales el Rey el gobierno por eso y no haber cumplido con las capitulaciones que hicieron, y provee por Gobernador al Licenciado Tolosa.

PARECIÉNDOLE á Caravajal habia quedado victorioso con la traicion que habia hecho, sin dejar pasar de allí á ninguno de los de Felipe de Utre la vuelta de Coro (si bien algunos dicen dejó seguir su camino á los que quisieron, sin dársele mucho que

llevasen las nuevas de su ruin hecho) tomó con la demás gente la vuelta del Tocuyo, con intentos de hacer lo mismo ó cosa semejante en llegando allá con todos los soldados de Felipe de Utre, en especial con aquellos que más se habian señalado contra él en los encuentros pasados, para lo cual los hizo poner á todos en una copia, porque no se le olvidaran los nombres, con intentos de ir ejecutando en ellos la muerte que pretendia darles á la sorda y en ocasiones que estuviesen más descuidados, para con este modo hacer su hecho sin alborotar más, ni que volase su nombre con título de tirano, como si lo hecho hasta allí no fuera bastante con la confirmacion que dieron á esto los hechos que despues fué continuando con muertes de muchos, por harto leves ocasiones. Para lo cual haciendo cortar todo el monte de árboles altos y bajos de que estaba cercada la ranchería, para que quedara más descombrado el sitio, mandó que le reservasen entera y sin cortarle una rama una valiente ceiba, cuyas ramas le servian de horca para los muchos que justiciaba, á que era tan aficionado, que si algun amigo le aconsejaba se fuese á la mano en esto, era bastante ocasion para perder su amistad y aun echarlo de su compañía, como le sucedió á un Pedro de San Martin, que tenia cargo de factor, íntimo amigo suyo, el cual viendo las ordinarias crueldades é insolencias que á cada paso hacia el Caravajal, pareciéndole estar obligado en ley de amistad y servicio de Dios á irle á la mano en ellas, lo hacia con amigables palabras, y esto tantas veces y con tantas veras, por ser tantas las ocasiones que se le ofrecian para ello, que se vino á enfadar el Caravajal, de manera que de todo punto vino á negarle su amistad y aun á buscarle causas por donde desterrarlo de su compañía, temiéndose que quien le iba á la mano en las cosas que hacia, podria juntarse con algunos otros, que tampoco sentian bien de ellas y causarle algun motin; y así se determinó (no atreviéndose á matarlo, aunque tuvo propósitos de esto, por el temor que dijimos tenia de cobrar nombre de tirano) á desterrarle á Coro, y no estando seguro aun allí de él, que lo pasasen preso á la isla de Santo Domingo. Solia él decir (despues del hecho de los alemanes) que de aquello no le venia á él ninguna infamia por haberse atrevido sin haber tenido respeto á la persona Real que representaba, y así solo se temia no se le siguiese alguna de otros hechos atroces, como si no lo fueran los más que hacia.

No fué perezosa la fama en llevar las nuevas al Licenciado Frias á Cubagua, de las insolencias que comenzó á hacer Caravajal luégo que entró en Coro, y de la mala cuenta que daba de lo que le habian encomendado, con que le fué forzoso abreviar con la residencia en que estaba y venir á Coro, pero fué ya á tiempo que habia salido de allí el Caravajal y dejado la ciudad tan robada como dijimos; con que aunque supo el Frias que estaba alzado y que iba prosiguiendo en sus desatinos en la gobernacion y ranchería del Tocuyo, y tuvo ánimo de ir contra él, no se halló con bastantes fuerzas, pues aun con trabajo las tenia de gente para la defensa de la ciudad; si bien luégo procuró traer alguna de otras partes, pero con el poco caudad de la tierra iba esto despacio, y las insolencias del Caravajal muy aprisa, hasta llegar á lo que hizo con los alemanes, con cuya nueva en llegando á Coro, que fué con brevedad, despues de las muertes, se causó harto sentimiento. porque el Felipe de Utre era amado de los soldados, y gobernaba bien y con dulzura, y el Licenciado Frias se alentó un poco más para salir al castigo del delito; pero no siendo aún bastantes las fuerzas, ó por ventura su ánimo, se quedó eso para otra ocasion (como luégo diremos) que no se dilató mucho, porque aunque Dios consiente, no para siempre, pues tarde ó temprano, nunca deja (usando de su misericordia) sin castigo á los malos, y suele á las veces la gravedad recompensar la tardanza que ha tenido.

Luégo que murió Jorge de Espira, como vimos, en la ciudad de Coro, con la nueva de su muerte fueron tambien á España á los oidos del Emperador y su Real Consejo de las Indias, graves y muy particulares quejas é inconvenientes que se seguian en toda la gobernacion de Venezuela con el gobierno de los alemanes, así de parte de los que la habian gobernado hasta allí, como de los factores de los Belzares, que siendo muchos y andando todos á más cojer, habian destruido y desolado del todo algunas Provincias de los naturales, habiéndoles hecho esclavos, contra la moderacion con que las leyes daban licencia para esto, y aun todavía pasaban adelante con ello contra las nuevas que totalmente lo prohibian, que como dijimos habian llegado ya en este tiempo, dos años habia, á esta tierra sin haber hecho ninguno de sus Gobernadores por otros caminos ningun servicio á Dios ni á la Corona Real, pues ni habian poblado en ninguna parte, como hemos visto, donde se pudiera asentar la conversion y doctrina para los indios, ni de lo que les habian robado, ni de los demás, que por otros muchos modos habian adquirido, habian pagado

los reales quintos, ni cumplido las capitulaciones y asientos que hicieron cuando se les concedió la conquista de estas tierras, como dejamos dicho. Añadíase á esto la notable opresion y fuerza que recibian de ello los españoles que vivian en la gobernacion, porque á título de haberles fiado algunas mercaderías, que de ordinario traian para esto de Castilla, los forzaban con amenazas que los habian de destruir por las deudas, á que entrasen en jornadas dificultosísimas, sin otro provecho más que para ellos.

Por todo lo cual determinó el Consejo quitar á los Belzares totalmente aquel gobierno, nombrando por Gobernador y Juez de residencia (y para que tambien la tomara en la ranchería de perlas del cabo de la Vela) al Licenciado Juan Pérez de Tolosa, el cual despachado del Consejo, se dió, con la brevedad que le ordenaron, á la vela, y con buen viaje llegó á la ciudad de Coro, al mismo tiempo que la nueva de las crueles muertes que habia dado Caravajal al Felipe de Utre y los demás, con que halló envuelto allí al Licenciado Frias en juntar gente y disponer lo necesario á la jornada que queria hacer al Tocuyo al castigo de Caravajal. Cesó esto con su llegada, tomándola ya el Tolosa á su cuenta, para lo cual procuró despacharse con brevedad de la residencia del Licenciado Frias, como lo hizo, dándolo por buen Juez, y enviándolo á Santo Domingo con la nueva de las muertes y tiranías de Caravajal y cómo intentaba hacer jornada en su alcance la vuelta del Tocuyo, para averiguar sus causas y juzgar de ellas lo que más conviniese. Fueron luégo llegando á Coro algunos soldados que se iban desgarrando del Caravajal, con temor de las amenazas que les tenia hechas, de que habian de morir á sus manos; de los cuales supo Tolosa las tiranías que iba continuando el Caravajal, que juntas estas relaciones con las que habia hallado en Coro, le irritaban por horas más el ánimo y acrecentaban los deseos de abreviar el viaje para el Tocuyo, y por sacar de peligro y riesgo de muerte en que le decian estaban otros muchos soldados de la misma compañía del Caravajal, por odio que les tenia, fundado solo en su crueldad.

CAPÍTULO XIII.

I. Sale el Licenciado Tolosa de Coro, y llegando al Tocuyo sin ser sentido, prende al Caravajal.—II. Hace una plática el Gobernador á todos los soldados, y muéstrales las provisiones que traia, á que todos obedecieron.—III. Despacha al Capitan Lozada para que las notifique al Capitan Ocampo, que andaba en ciertas conquistas.—III. Procede Tolosa á la averiguacion de las causas de Caravajal, y senténcialo á muerte.—V. Ejecútase la muerte.

CON la gente que tenia ya levantada en Coro el Licenciado Frias para la ida del Tocuyo, al castigo de las insolencias de Caravajal, y alguna que vino en su compañía, salió de la ciudad el Gobernador Tolosa, llevando buenas y ladinas lenguas para el paso de las provincias y de los indios, gran vigilancia de que no se le diese aviso de su ida al Caravajal, caminó la vuelta del Tocuyo á paso largo y grandes jornadas, y dándose en todo buena maña, sin ser sentido, amaneció un dia con su gente sobre los ranchos del Caravajal, y cercándolo con cuidado y mucha advertencia, fué preso y puesto en buen recado, con la guarda de seguros soldados que el caso requeria; y por no saber de las voluntades de todos los que el Caravajal tenia en su compañía (si eran de su devocion ó contrarias, y por ventura conjurados, como lo suelen estar los soldados de los tiranos en defensa de sus cabezas) hizo juntar luégo (con mucha modestia, y sin muestra alguna de violencia ni brios) en su posada á todos los que en aquella sazon estaban con Caravajal en los ranchos, porque la mayor parte de su gente habia ido con un Capitan llamado Juan de Ocampo, á descubrir cierta Provincia y pueblos de indios, cerca de allí, porque no habiendo querido Caravajal seguir el primer propósito que tenia, ni cumplir la palabra que habia dado á Pedro de Limpias, de ir á poblar los Omeguas, que dejaba descubierto el Felipe de Utre, por parecerle jornada muy larga y de mucho riesgo, y aun infamada de mal afortunada, por haberse perdido en ella tanta gente, como hemos visto, habia mudado de intentos y determinado entretenerse por aquellas Provincias del Tocuyo algunos dias, por ventura esperando saber lo que sucedia en Coro, despues de haber sabido las nuevas de las muertes de los alemanes, para despues hacer lo que la ocasion le ofreciese.

Juntos ya en su posada los soldados de Caravajal, sin que hubiese hasta allí movídose algun disturbio, les mostró lo primero el Tolosa las provisiones que traia del Consejo, en que conocieron haberles ya quitado del todo el gobierno de Venezuela á los Belzares, y

hablándoles con suavidad y elocuencia, les declaró el intento de su venida á aquel puesto, que no habia sido para agravar á nadie, sino para darles toda libertad y contento, pues el Rey no solo habia quitado la jurisdiccion á los Belzares (como constaba de sus provisiones) pero aun tambien habia mandado que ningun soldado fuese detenido contra su voluntad, en jornadas ni en cárceles, por ninguna deuda que les debiese, y que así comenzasen á gozar desde luego de esta libertad que su Majestad les hacia, y que ninguno se alborotase de ver que tenia presto al Caravajal, pues solo lo habia hecho por ser el camino aquél de la judicatura, y para con más quietud ser informado de lo que convenia al servicio de Dios y del Rey, y el bienestar de todos ellos, y que si hallase en él cosa indebida ó indigna de su persona y cargo, que lo enviaria á la Real Audiencia de Santo Domingo, donde fuese oido y sentenciado. Con estas y otras razones que el Tolosa supo decir á los de la junta, dió notable gusto á los que no estaban bien con las cosas del Caravajal, por parecerles habia ya llegado el tiempo de su libertad, y á sus amigos esperanzas de los buenos sucesos que le deseaban (tanto puede como esto un buen modo) y así todos de conformidad respondieron á una boca, que lo que su Majestad habia hecho en enviarle á él por Gobernador, era resolucion de un tan clemente y piadoso Emperador, como todos lo publicaban, como tambien les parecia ser gran prudencia y acciones de desapasionado Gobernador é importantísimas á la ocasion presente, las que él intentaba hacer.

Tomaron con esto las provisiones de su gobierno, que se acabaron de leer, y con las cortesías que de tiempos muy antiguos suelen usar los castellanos al recibir las provisiones y sellos de su Rey, las besaba cada cual de por sí, y ponia sobre lo alto de su cabeza, en señal de que las obedecian y pasaban por lo que se les mandaba por ellas, prometiendo al Gobernador estarles sujetos y obedientes en lo que de parte del Rey (cuya persona representaba) les ordenase. Hecho esto, con que quedaron del todo sin alguna alteracion, y sosegados los ánimos de todos, con la presteza posible ordenó el Gobernador Tolosa al Capitan Diego de Lozada, que llevaba consigo, fuese con una buena escuadra de los soldados que habia traido, la tierra adentro, en demanda del Capitan Juan de Ocampo, que con el resto de la gente de Caravajal (como dijimos) andaba en aquellas Provincias, y llevase un tanto de las provisiones y recados que habia traido, y mostrándolas al Capitan y gente que andaba con él, les hablase con afabilidad y procurase aquietar los ánimos de todos, de manera que se atajasen los pasos á todo rastro de sedicion y bullicio, que diese muestras de encenderse, dándoles á entender que su venida era, más para dar á todos sosiego y quietud de ánimos, que para inquietarlos; y finalmente, que hiciese en todo como él se prometia de un hombre de sus prendas y buenas partes, y segun la satisfaccion con que de él quedaba esperando que volviese con la brevedad posible, juntamente con el Capitan Ocampo y sus soldados.

Súpose dar tan buena maña el Lozada á todo, que no solo le obedecieron todos de conformidad, como deseaba Tolosa, pero aun con muestras de alegría se juzgaban por dichosos en haber alcanzado ya el venturoso tiempo que por horas estaban aguardando, para quedar libres de las opresiones y tiranías de Caravajal, con que tomaron todos, en amistad, la vuelta del Tocuyo, donde los recibió el Gobernador Tolosa con mucho gusto, y viendo el que todos tenian de estar á lo que él dispusiese, y con muestras deseosas de saber el castigo que las sediciones de Caravajal habia de tener, comenzó luego á proceder en sus causas, y aunque pudiera abreviar con ellas, con el rigor y presteza que contra los semejantes suele disponer el derecho se use para evitar los inconvenientes que la dilacion de causas arduas, como lo era ésta, suele traer consigo, no quiso, pareciéndole (como era así) tener segura la disposicion del caso, sino irse muy al paso de los términos judiciales ordinarios del derecho, criando Fiscal, que de parte de la justicia acusase al Caravajal de los delitos atroces que con tiranía habia cometido, y concluyendo la causa sin faltar un punto de los ápices del derecho, habiendo dado cargos y recibido descargos, le condenó á que fuese arrastrado por los lugares más públicos de la ranchería, y ahorcado en la misma ceiba que él habia reservado para ahorcar los demás, y con quien de ordinario amenazaba á los que tenia particulares odios, y que despues fuese hecho cuartos y puesto en cuatro caminos, en manifestacion y castigo de sus graves delitos.

Sucedióle al Caravajal con esta ceiba, lo que á Aman, privado del Rey Azuero, con la horca que levantó para colgar en ella á Mardoqueo, tio de la Reina Esther, pues se revolvió el tiempo y cosas de manera que en la misma horca fué colgado el desastrado Aman, quedando libre Mardoqueo, por estarlo de la culpa porque queria Aman fuese

colgado. Apeló Caravajal de esta sentencia para ante el Rey, alegando que por leyes del reino estaba mandado que ningun Gobernador fuese condenado á muerte, sino por el supremo y Real Consejo de las Indias. Tomaron tambien la mano los principales Capitanes y soldados, que estaban con el Gobernador Tolosa, rogándole le admitiese la apelacion, que todo fué perder tiempo, porque constándole con evidencia al Gobernador los graves y atroces delitos del Caravajal, y considerando que si dilataba su muerte, segun era de mañoso, cautelosamente podria atraer á sí algunos amigos que lo soltasen, con que se volviesen á innovar otros bullicios y tiranías de mayor daño que los pasados, ántes pareció convenir (como lo hizo) se abreviase con la ejecucion de la justicia. Y así, hallándose él mismo presente, por lo que pudiera suceder, fué sacado el Caravajal de la prision en que estaba, y habiéndolo arrastrado por donde decia la sentencia, lo ahorcaron en la ceiba, con que dieron fin sus dias y maldades, quedando él castigado, si bien no como merecia, fué como en este mundo se pueden castigar delitos tales, y muchos escarmentados, con que quedó todo el campo quieto. Y fué cosa de notar, que luego que colgaron al Caravajal, con ser el árbol de los más viciosos de estas tierras, y que más sustenta el jugo y verdor de sus hojas en tiempo de secas, comenzó á marchitarse, y por la posta irse secando y consumiendo hasta que en pocos dias no quedó memoria de él.

Volvieron otra vez los mismos que primero á rogar al Gobernador se sirviese de que no lo descuartizasen, pues ya habian cesado con aquello los inconvenientes, y podria serlo fuesen muy grandes, en que viniesen por allí á saber su muerte, y lo atroz que habia sido, los indios naturales de aquellas provincias aborreciesen á los españoles, teniéndolos por crueles, y quedasen amedrentados, diciendo que si ellos unos con otros hacian aquello, qué harian con los indios que no eran de su nacion. Vino en esto el Licenciado Tolosa con facilidad, y así lo enterraron en la iglesia, que desde los primeros ranchos que se hicieron tenian hecha. Ya en este tiempo habia entrado el del año de mil y quinientos y cuarenta y siete.

CAPÍTULO XIV.

I. Fúndase la ciudad del Tocuyo por el Gobernador Tolosa—II. Determina el Gobernador que salga su hermano con cien soldados á descubrir las Sierras Nevadas—III. Llegan á dar vista á las Sierras Nevadas—IV. Alójanse sobre las barrancas del rio Apure, donde les dan una guazabara los indios, de que salieron bien los soldados.

SOSEGADA ya con esta justicia hecha en Caravajal toda la gente que le seguia, de tal manera que no fué necesario castigar á otro más, que á él, y deseosa de hacer asiento en aquel sitio, por estar en medio de tantas y tan buenas tierras, bien dispuestas para labranzas y crianzas, como despues lo fué mostrando largamente la experiencia, y tan llenas de naturales para poder conquistar y reducir á la fe católica y obediencia del Rey, trataron todos de comun pláceme con el Gobernador Tolosa que se le diese á la ranchería título de ciudad, pues traia facultad para ello, y les señalase vecinos y á ellos solares y tierras donde pastasen sus ganados. Vino en esto el Gobernador, por tener los mismos intentos, habiéndole parecido, desde que entró en ellas, las provincias de buenos y templados paises; y así tomó posesion en nombre del Rey, para que allí mismo se fuesen prosiguiendo los edificios, con título de ciudad del Tocuyo, dejándole el mismo nombre sin ponerle otro ninguno de la provincia y rio en cuyas márgenes estaban puestos los primeros ranchos (cosa muy usada en estas Indias quedarse las ciudades con los nombres propios de las provincias donde se fundan) como le sucedió á la ciudad de Coro, llamándose así por haberse poblado en la provincia de los Corianas; y en este Nuevo Reino de Granada, á la ciudad de Tunja, Tocaima, Ibagué y Mariquita. Repartió el Gobernador solares y estancias; hizo nombramiento de Alcaldes y Regidores, dándoles jurisdiccion y autoridad de gobierno ordinario para la administracion de la justicia. No se le señalaron por entónces términos, por no haber otra ciudad con quien competir en ellos, ni tuvo límites de esto hasta que se fueron poblando las de Bariquisimeto y Carora.

No falta quien atribuya la primera fundacion de esta ciudad al Francisco de Caravajal, por haber sido el primero que se rancheó en aquel sitio y riberas del Tocuyo y haberse ido estos ranchos siempre continuando sin mudar sitio. Otros la atribuyen al Capitan Villégas, Teniente del Caravajal, como hemos dicho, por ventura por haberse él adelantado del Caravajal cuando iban de Coro y tener ya hechos allí los ranchos cuando el Caravajal

llegó con el resto de la gente. Pero sea lo uno ó lo otro, nunca tuvo forma ni nombre de ciudad sino solo de ranchería, hasta que este año de mil y quinientos y cuarenta y siete, y en esta ocasion se le dió por Tolosa, con justicia y regimiento, que es la forma y esencia de la ciudad, á que tambien se añadió el repartir el mismo Gobernador Tolosa algunos pueblos de los indios más cercanos á ella que ya tenian reducidos á média paz, los que habian estado desde sus principios en el sitio, en los mismos que habian trabajado en la reduccion con que quedaron del todo contentos y con gusto en la tierra. Pero por ser tantos los españoles, que no se podian sustentar acomodadamente en ella, por no tener aún dispuestas las labranzas ni ser la cantidad de ganado mayor la que era menester para todos, á persuasion de algunos ordenó el Gobernador que un hermano suyo llamado Alonso Pérez de Tolosa, saliese con una buena parte de soldados, que fueron hasta ciento, á descubrir las provincias de Sierras Nevadas, que son á cuyo pié está poblada la ciudad de Mérida en este Nuevo Reino. Las cuales habian visto, por su mucha eminencia, á la mano izquierda, todos los que hemos dicho habian pasado por los llanos ó faldas de la sierra en demanda del Nuevo Reino ó provincias del Dorado.

No falta quien nos ha avisado que esta salida del Alonso Pérez de Tolosa, de principal intento no se ordenaba á otra cosa que buscar caminos para pasar desde aquella ciudad del Tocuyo al Nuevo Reino; de donde si salian con ello podian seguirse ambas partes grandes provechos con las entradas de ganados que se podrian meter (habiendo por dónde) de las provincias del Tocuyo en las del Reino; el cual arbitrio fué dado de un Cristóbal Rodríguez, que ya habia estado en el Nuevo Reino y sabia la necesidad que padecia la tierra de ganado mayor y el mucho valor que tenia en las provincias de él. Y aun pienso fué éste el primero que por estos llanos que llaman de Venezuela metió en el Reino de este ganado. Al fin séase lo uno ó lo otro, el Alonzo Pérez de Tolosa se dispuso á salir de esta ciudad del Tocuyo con cien hombres por este rumbo, entre los cuales (á ruego del mismo Gobernador su hermano) iba el Capitan Diego de Lozada, más por consejero y para que le ayudara al gobierno de la gente y estuviera siempre cerca de la persona del Alonso Pérez, que por soldado; pues por ser persona noble y de larga experiencia, como hemos visto en tales jornadas, se prometia el Gobernador buenos sucesos en ésta ayudándole á su hermano en la disposicion de todo, para lo cual le dió título de su mano de Maese de campo. Iba tambien el Pedro de Limpias (á quien habia sabido acariciar el Gobernador) para que no se saliera de aquella gobernacion y acompañara tambien á su hermano en esta jornada.

Que la comenzaron el rio del Tocuyo arriba, y habiendo caminado algunos dias, dejándolo á mano izquierda y atravesando la serranía que hasta allí les iba demorando á la parte del Oeste, fueron á dar á las vertientes de los larguísimos llanos que hemos tratado otras veces, y á otro rio que llamaban los indios Zazaribacoa, por aquella parte, y más abajo Guanaguanare, por cuyas márgenes acabaron de bajar á los llanos, por donde caminaron en seguimiento de su jornada hasta llegar al paraje y vista de las Sierras Nevadas, desde donde intentaron luego los Capitanes atravesar (para con más brevedad dar en la noticia en cuya demanda iban) á las provincias circunvecinas de aquellas nevadas cumbres, cuyas grandezas de riqueza habia extendido la soberbia fama en mucho mayor crecimiento de lo que despues se halló; cuando por los años de cincuenta y ocho se pobló en ellas la ciudad de Mérida, como diremos en la 2.ª parte. No faltaron contrarias opiniones á esta travesía por aquella parte de los que pretendian y llevaban por último fin irse acercando al Nuevo Reino y descubrir camino para efectuar el meter ganado en él, como dijimos. Favorecian su opinion y deseos poniendo por delante los inconvenientes imposibles que ponia la misma sierra con su fragosidad tal que hacia imposible el pasaje, como en realidad lo era para toda suerte de ganado mayor, pues aun hoy no se ha podido apear esta dificultad para atravesar á lo llano, desde Mérida, con caballos, y el peon que á pié, sin riesgo de la vida, los atraviesa, no hace poco. Y así el que quiere entrar en estos llanos es á costa de muchas vueltas, siguiendo las de los rios y sus peligrosos pasos.

Siguióse por entónces la opinion de éstos, pasando la gente adelante sin detenerse nadie hasta llegar al rio de Apure, á cuyas márgenes se alojaron á descansar por algunos dias, en los cuales, huyendo los naturales de las poblaciones circunvecinas, la poca gente de los castellanos que iba respecto de la que otras veces habian visto pasar y que tomaban tan de propósito el hacer asiento en sus tierras, intentaron (lo que hasta allí no habian hecho) probar sus fuerzas con las de los nuestros, convocándose para esto toda la tierra; que juntos con razonable órden de guerra, una mañana al cuarto del alba llegaron á dar sobre los es-

pañoles, que hallaron bien descuidados por no haber hallado hasta allí estropiezo en el viaje ni alteracion de ninguno de los pueblos que habian encontrado; pero como casi todos eran vaqueanos y bien experimentados en tales ocasiones, sin turbarse un punto en ésta, no se conoció falta en la diligencia que fué menester para tomar con presteza las armas en las manos y resistir á la multitud de bárbaros entre quienes se hallaron; y así con facilidad desbarataron los escuadrones que traian los indios ordenados, haciendo que se aprovechasen de los piés viendo que no les valian las manos á los que quedaron vivos; y para poderlo hacer, porque no fueron pocos los muertos y mal heridos, por llevar muchos y buenos caballos los nuestros, que son los nervios y fuerzas de la guerra, donde se pueden servir de ellos en las que se tienen con estos naturales. Quedaron de los nuestros algunos mal heridos de yerba, si bien no murió ninguno por la diligente cura, fuera de un soldado que perdió la vida en el conflicto de la batalla; de la cual quedaron tan hostigados los indios, que no solo no volvieron á acometer á los nuestros, pero aun en mucha distancia de tierra (á donde pasó luego el bramo de lo sucedido con éstos) no hubo indio que se atreviese á tomar arma contra ellos, pero ni aun á dar grita desde las cumbres, cosa muy usada entre estos naturales, cuando no se determinan ó no se atreven á acometer á los españoles cuando pasan por su tierra. Descansaron en ésta lo que les pareció bastaba para esto y curar sus heridos y reformar sus caballos.

CAPÍTULO XV.

I. Dejando dispuestas las cosas de la nueva ciudad del Tocuyo el Licenciado Tolosa, tomó la vuelta del cabo de la Vela á la residencia—II. En el tiempo que se detuvo en Coro se mudó el pueblo del cabo de la Vela, á donde no llegó por haber muerto en el camino—III. Fúndase la ciudad de la Burburata—IV. Volvióse á despoblar como lo está ahora.

HABIENDO despachado el Licenciado Tolosa, como hemos visto, á su hermano á esta jornada, y dado asiento á las cosas de la nueva ciudad dejando nombrado por su Teniente á Juan de Villégas, por haberle conocido hombre de fundamento para eso, y ser el Gobernador muy conocido de sus padres y parientes del Villégas, tomó la vuelta de Coro, para desde allí pasar luégo á tomar residencia (como le era mandado), á los del pueblo del cabo de la Vela ó ranchería de las perlas, que era lo mismo ; si bien ya este pueblo no estaba en el mismo sitio, porque el año de ántes, de mil y quinientos y cuarenta y cinco ó principios de cuarenta y seis se habia mudado al sitio que hoy permanece, y treinta leguas la costa adelante, á la parte de Santa Marta, que llaman el rio de la Hacha, á que les ocasionaron muchas cosas ; lo primero, no tener agua para beber, piedra ni madera para edificar casas, ni aun leña para el servicio ; lo segundo, verse tan infestados de los indios Goagiros y Cocinas, que los perseguian de manera que las más veces que salian á traer agua para beber de unos jagueyes, que estaban la tierra adentro, apartados de la ranchería, les habia de costar muertes ó sangre ; porque se eche de ver si pagan bien las perlas que pescaban ; pero lo que últimamente les hizo determinar á esta mudanza de pueblo, fué el haber llegado en este tiempo á aquel sitio cinco navíos y un patache de corsarios franceses, y haber tomado otros cinco vasos, naos y carabelas que estaban surtas en el puerto, recien llegadas de Castilla con mercaderías, con que se hicieron (por ser ya once las que tenian juntas) señores de aquel mar. Fué esta llegada ya posesionarse de las naos del puerto, ya á boca de noche, por lo cual no se pudo hacer á aquellas horas otra diligencia que poner en cobro la hacienda Real, metiéndola la tierra adentro, con quien hubo de ir más gente en su guarda, y de la chusma y mujeres que quedó para la defensa de la ranchería ; á las primeras luces otro dia intentaron los franceses echar gente en tierra con una lancha para saquear el pueblo, como lo hicieran, si los de él no les resistieran tan valerosamente, que les forzaron á volverse á su Capitana, que era de tanto porte, que tenia cuatro gavias, desde donde sacaron una bandera de paz, con que los de la villa respondieron con otra.

Habiéndose con esto entendido, llegó un patache á tierra, y pidió rehenes para tratar de paces, á que estuvieron perplejos los de la villa á los principios; pero viendo ser tan pocos, tan mal artillados y faltos de municiones, y que los franceses, por el contrario, en todo esto estaban pujantes y señores del mar, y por importar las mercaderías recien llegadas de España más de cuarenta mil ducados, se determinaron dar en rehenes al Alcalde Pedro Carreño y al Alguacil mayor Pedro de Cáliz, con que se trató luégo de las paces, y de comprarles á

los franceses, sesenta negros que llevaban, que fueron á propósito para buzos, en que se detuvieron seis dias los franceses en el puerto, de donde despues de ellos salieron, llevándose solos cuatro navíos grandes, por haber rescatado sus dueños los demás, y tomaron la vuelta de Santa Marta, donde hubieron poco pillaje, por estar avisados los de la ciudad, y tener ya puesto en cobro la caja Real, que tenia más de cien mil pesos; si bien la diligencia de los vecinos aun no les dejó desembarcar. Por éstas y otras mil razones determinaron mudarse los de esta ranchería del cabo de la Vela al rio de la Hacha, sitio más seguro y abundante de mucha y buena agua, leña, piedra y madera, que era la que acá les faltaba. Aquí, pues, llevaba encaminado, para tomar la residencia el Gobernador Tolosa, el hilo de su camino, cuando se le cortó el de la vida, sin poder llegar á donde iba.

Por haber quedado gente en la ciudad del Tocuyo cuando se partió de ella Tolosa (la que era menester para la cortedad de la tierra y vecindad de la ciudad y otra mucha) fuera de los encomenderos, que no tenian en qué ocuparse, trató luégo el Teniente Villégas (estando bien informado por noticias y aun vista de ojos de los muchos indios de aquellas provincias circunvecinas) de hacer una salida por su persona á las del puerto de la Burburata, con intentos de conquistar aquellos naturales y poblar un pueblo de españoles en el mismo puerto, pues habia gente suficiente que lo sustentara de parte de la tierra, y gran comodidad por el mar de navegacion, abierta todo el año, que fué lo que despues hizo deshacer el pueblo. Mudó el Juan de Villégas los intentos que tenia de salir por su persona á esto, considerando estarse aún muy niña la poblacion del Tocuyo, y tener necesidad de más asiento las cosas, y así la encargó al Capitan Pedro Alvarez, que saliendo con cuarenta soldados la vuelta de Bariquisimeto, y de allí la de un gran valle, todo tierra llana, que hay hasta llegar al puerto de la Burburata, habiendo tenido grandes encuentros con los muchos naturales que encontraban de camino, llegaron al puerto, y en lo más acomodado de él tomaron posesion en nombre del Rey, y hechas todas las ceremonias que en esto se usan, fundaron una ciudad, que se quedó con el mismo título de la Provincia y puerto de la Burburata, en el mismo año de cuarenta y siete. Fué creciendo el pueblo con algunos moradores, que se fueron luégo juntando á los primeros, y aumentarse más cada dia, por las comodidades que hemos dicho de la abundancia de la tierra y fáciles entradas por el mar, si éstas no hubieran sido ocasion de que hubieran frecuentado el puerto ordinarios piratas franceses con que lo infestaban, de manera que los moradores de él no tenian hora segura de sosiego, sino que de noche y de dia, tras cada paso, les obligaba la necesidad de estos piratas á andar con su hatillo á cuestas fuera del pueblo, entre aquellas montañas y arcabucos, con que no podian gozar de sus labranzas y crianzas, pues en estando esto en buen punto para gozarlo, entraban los enemigos y se apoderaban de todo, con que les fué forzoso irse saliendo unos á unos pueblos y otros á otros, hasta que últimamente se determinaron desampararlo del todo, en tiempo que era Gobernador de aquella Provincia don Pedro Ponce de Leon, que resistió á esta determinacion, por parecerle era de importancia para guardar el resto de los demás pueblos, que aquél estuviera allí, haciendo frente á los enemigos de otras naciones que quisiesen entrar por aquel puerto la tierra adentro; pero no habiéndose dado asiento efectivo, como lo platicaba el Gobernador, á que se pusiera allí defensa para el pueblo y desembarcacion de los enemigos, al fin se vino á despoblar, como hoy lo está, no obstante que a los principios, y aun despues muchos dias se sacaba con esclavos mucho y buen oro, de á más de veinte y dos quilates, en unas minas que llamaron de la Burburata. Pero á todo esto vencieron las incomodidades y la poca salud de que allí se gozaba, por ser tierra húmeda y muy caliente y dejativa y de destemplados aires, como en comun lo son todas las tierras calientes de esta gobernacion, aunque de buenas aguas por todas partes, por bajar de las grandes serranías que allí hay. Hácese en este puerto mucha y muy buena sal de la mar, de que se sustentan los pueblos de la Valencia y Bariquisimeto, con todas sus estancias y naturales. Y aun por venir los Nirvas (gente belicosa y alzada, muchos años ha) á coger sal de este puerto, ya con este reencuentro, sangrientos con ellos, no se va de los pueblos que hemos dicho á cogerla sin escolta de gente ó en tiempos que se sabe de cierto no han de acudir los Nirvas ó Giraharas.

CAPÍTULO XVI.

I. Prosigue el Capitan Tolosa su jornada, y dánle ciertos indios una guazabara—II. Pasan el rio Apure y ranchéanse en el pueblo de los Tororos—III. Prosiguen á entrar en el valle de Santiago, á cuya boca les salen á hacer frente los indios de él—IV. Pasan á lo último del valle hasta el sitio donde hoy está edificada la ermita de Nuestra Señora de Tariva.

DESPUES de haber descansado y llegado á estado de no tener riesgo los heridos de Alonso Pérez de Tolosa en las riberas del rio Apure, donde poco há los dejamos, fué desde allí prosiguiendo su desabrimiento metiéndose en la sierra por el mismo rio arriba, y desde cierto paraje apretándolos la necesidad de comidas despachó al Capitan á buscarlas cuarenta hombres con su caudillo; que á poco de como se apartaron dieron con un pueblo razonable, cuyos moradores estaban ya puestos en arma y defensa, por haber tenido noticia de la ida de los españoles; y así llegando á los indios por la prevencion con que estaban y brios con que les hicieron rostro, les fué necesario retardarse en la entrada del pueblo, aunque no fué mucho, pues acometiendo á los indios, aunque eran en gran número, les dieron tanto en qué entender, que los necesitaron á huir, unos á lo largo por donde podian, y otros á retirarse á sus casas, donde procuraban defenderse y defenderlas, que aunque flacas para la defensa, la pudieron sustentar por buen espacio de tiempo, en que hirieron mal al Capitan Romero y otros soldados; pero al fin los apretaron de suerte que los prendieron casi á todos; ranchearon cuanto hallaron en el pueblo sin perdonar otras insolencias; y con la presa de indios, maiz, mantas y otras menudencias, tomaron la vuelta del Real hasta juntarse con la demás gente, que siempre iba marchando, aunque despacio, por las mismas márgenes de Apure, por donde fueron á dar á pocas leguas de como se juntaron todos á otro razonable pueblo de indios, llamados los Tororos, sentados á la otra márgen del mismo rio.

Trataron los españoles de pasar á él, y habiéndolo echado de ver los indios, por las balsas que iban haciendo para el paso del rio, se pusieron á sus barrancas con las armas é intentos de estorbarles el tomar tierra en la suya, aunque no pudieron salir con ellos, pues los de los caballos, habiendo sobre ellos arrojádose al agua y pasando nadando, no solo no fueron posibles los indios á estorbarles la salida, pero ni á hacerles rostro para defender sus casas. Y así procurando librar las personas, dejaron el pueblo (con la miseria de hacienda que en él tenian, sin poder escapar nada) en manos de los españoles, que despues de haberle rancheado cuanto hallaron, se ranchearon en él á descansar por tres ó cuatro dias, en los cuales dos atrevidos soldados, codiciosos de haber á las manos más de lo que les habia cabido del rancheo del pueblo, se apartaron de él á escondidas del Capitan, sin considerar lo que les podia suceder, á buscar entre el arcabuco si hallaban algo escondido de lo que suelen ocultar los indios cuando se ven en estas angustias. No fué tan poca la distancia que los apartó su codicia y deseos, que no diesen en manos de los indios, que los tenian tambien de haber algunos á ellas, como lo ejecutaron con éstos, pues cogiéndolos á ambos, el uno pagó luego allí su atrevimiento con una cruelísima muerte; lo que tambien fuera del otro si, ó por ser más valiente ó suelto, no se escapara y viniera á juntarse con los demás, donde contando el suceso y caso, lo ahorcara el Tolosa por haber salido sin su órden, y lo hiciera si todos los del campo no le importunaran á que le conmutara aquella sentencia de muerte en otras trabajosas faenas del ejército, tocantes al beneficio y servicio comun.

De este pueblo de los Tororos prosiguieron su viaje por el mismo rio Apure (que, como dejamos dicho, nace á las espaldas de Mérida y sus Sierras Nevadas) hasta que llegaron á las juntas de otro que le entra no ménos caudaloso, que baja de las provincias y valle, que despues llamaron de Santiago, donde hoy está poblada la villa de San Cristóbal entre las ciudades de Pamplona y Mérida; dejando á Apure y caminando por éste nuestros soldados, ya que iban á entrar en el valle de Santiago (que con este nombre nos iremos ya entendiendo, aunque se le puso mucho despues, como dijimos), les salió á recibir con las armas en las manos gran número de los naturales, poblados en el mismo valle, que habiendo tenido noticia de la gente peregrina que iba pisando sus tierras, con determinacion de defenderlas, hicieron junta de la tierra y salieron al efecto una jornada el rio abajo por la angostura donde pasa entre dos valientes cerros, caminando así los unos contra los otros, vinieron los naturales á descubrir á los nuestros, y á las primeras vistas que les dieron quedaron tan admirados de

ver el nuevo modo de gente, los perros y caballos que llevaban, que quedaron como helados, sin determinarse á huir, ni acometer, ni aun acertaban á moverse de una parte á otra, hasta que los españoles, por meterles desde luego miedo, les embistieron, y matando á unos é hiriendo á otros, forzaron á los demás á retirarse á sus casas, con que se aseguraron los soldados y ranchearon á la boca del valle aquella noche, y entrando en él luego por la mañana, dieron de repente sobre un pueblo que estaba luego á la entrada del valle sobre la mano derecha, cuyos moradores, aunque no entendian, habian de ser tan presto con ellos; los españoles no estaban descuidados, que en sintiéndolos no se pusiesen á tiempo con sus armas á la resistencia y defensa de su pueblo, pero como tan flacas para las que llevaban los españoles, en especial de los caballos y perros, fué poca ó ninguna la resistencia que les hicieron, y así en breve volvieron las espaldas los que pudieron, dejando en manos de los españoles sus casas, haciendas y chusma; porque no entendiendo habian de venir á tales angustias, no habian procurado poner en cobro nada.

Con que los españoles lo pusieron todo, rancheándose en el pueblo bien á su salvo, donde tuvieron noticia de algunos indios que hubieron á las manos, que más arriba en el mismo valle habia otros en una extendida poblacion, que era la que despues llamaron los que poblaron la Villa de San Cristóbal el año de mil y quinientos y cincuenta y nueve, con el Capitan Juan Maldonado, vecino de Pamplona (como diremos en la segunda parte) el pueblo de las Auyamas, por las muchas que entónces hallaron en él, y aun ahora no hallaron pocas estos soldados, que no les fueron de poco refugio. Caminó otro dia el Capitan Tolosa con toda su gente, ó por mejor decir otra noche, por no ser sentido, con las buenas guias que llevaban, hasta llegar al cuarto del alba á este pueblo de las Auyamas, sobre quien dió á aquellas horas; espantándose los indios cuando los vieron entrar por su pueblo, teniendo ya noticia de su braveza, que si alguna tenian los pobres naturales la emplearon más en huir á la montaña que en defensa de su pueblo, con que hicieron los soldados en él lo que en los demás. Desde donde atravesando un pequeño rio, que hoy llaman el de la Villa de San Cristóbal, fueron á dar á otra poblacion que estaba cerca de la otra parte, en el mismo sitio ó cerca de donde ahora está la devotísima ermita de Nuestra Señora de Tariva, que es el consuelo de todas aquellas provincias circunvecinas, por algunos milagros y socorro que les ha hecho en sus necesidades esta Santísima imágen, que es pintada en un lienzo de média vara de largo, cuadrada en proporcion; tiénenla en gran veneracion en toda aquella tierra, obligados de los beneficios dichos.

Ya los indios de este pueblo (cuando llegaron los españoles huyendo de ellos) lo habian desamparado y retirádose con su chusma y miserable menaje de casa á unos ranchuelos que tenian hechos para el intento en las cumbres de unos cerros y espesuras de un bosque, á donde tomando el rastro por las guias que traian, los fueron á hallar los soldados, á quienes resistieron con hartos buenos bríos, poniendo en las armas su defensa, por echar de ver que aun no se la podian dar aquel su retiro y fragosidad de tierra; y no fué tan mal reñida esta pendencia que no saliesen de ella mal heridos el Capitan Tolosa y algunos soldados, con seis caballos que murieron de las heridas; pero al fin aunque vengados, fueron desbaratados los indios y rancheadas sus chozuelas.

CAPÍTULO XVII.

I. Prosigue Tolosa por las lomas del Viento su jornada hasta dar en el valle de Cúcuta—II. Habiendo pasado adelante, volvió otra vez á él, y desde él á la laguna de Maracaibo—III. Determínase Tolosa á tomar la vuelta del Tocuyo, y despacha delante á Pedro de Limpias—IV. Toman otra vez la vuelta del valle de Cúcuta y entran en él.

EL deseo que traian los de esta jornada de hallar gruesas y ricas tierras no les dejaba detenerse en éstas, donde no veian muestras ni rastros de esto, por no hallar en los rancheos que hacian oro ni otras cosas de estima; y así en demanda de estos descubrimientos, saliendo de este valle de Santiago y atravesando las lomas que hoy llaman del Viento, por el pueblo de Capucho, fueron á dar á los llanos del gran valle de Cúcuta, criadero famoso de ganados mayores, en especial de mulas, que salen de allí por extremo buenas, criadas con orégano, por haber tanto, que todo el monte bajo del llano es de eso. Son posesiones y estancias hoy de la ciudad de Pamplona y Villa de San Cristóbal, donde tambien se cria grande abundancia de venados bermejos, en quienes se hallan algunas finas piedras beza-

res, por las muchas culebras que los pican y reparo que tienen de fino dictamo, que es lo principal de que se engendra la piedra bezar. Tambien se crian manadas de zahinos y otros animales de tierra caliente, porque lo es aquélla mucho. Luego que los soldados dieron vista á este valle y sus poblaciones, los indios de la primera con quienes se encontraron se fueron recogiendo con su chusma y haciendilla á un gran bohío (que tenian hecho á modo de fortaleza para su defensa en las ordinarias guerras que traian unos con otros), bien fuerte en su modo y para las armas que usaban, con sus troneras á trechos, por donde disparaban desde dentro sus flechas, como lo comenzaron á hacer á los nuestros luego que se llegaron al bohío á tiro; y esto con tanta obstinacion y fuerza, que sin poderlos rendir ni aun hacer daño en nada con no poco de los nuestros, pues murieron algunos españoles y caballos heridos de las flechas, les fué forzoso retirarse y marchar todos hasta llegar al rio que llamaron entónces de las Batatas, por haberse hallado algunas en sus márgenes, que es al que hoy llaman los de Pamplona el rio de Zulia, desde donde habiéndolo pasado á la otra banda, que es la de Poniente (contra quien vinieron caminando siempre desde que comenzaron á atravesar la serranía y valle de Santiago) fueron metiéndose por entre los indios que hoy llaman Motilones (que son los que infestan las márgenes de aquel rio y estorban el navegar por él desde la laguna de Maracaibo) en la serranía de hácia los indios Carates, que son los que están á las espaldas de la ciudad de Ocaña, á la banda del Norte.

De más de ser este rumbo que tomaron de tierra fragosa, la hallaban desierta, á cuyos trabajos del camino, por la misma razon de estar despoblado, les recargaron los de la hambre, con que les fué forzoso despues de siete ú ocho jornadas que hubieron caminado, volverse á retirar á la Provincia de Cúcuta, donde se alojaron á descansar y reformarse por algunos dias, á que les obligó la necesidad con que estaban de esto, despues de los cuales tomaron su derrota el valle abajo, la vuelta de la laguna de Maracaibo, por donde llegaron á donde llaman las juntas de tres rios, que van á desembocar junto á la misma laguna, por cuyo bojo á la parte del Leste. Fueron caminando algunos dias con varios sucesos de poca importancia que les sucedian con indios belicosos que encontraban en las poblaciones de sus márgenes, si bien en cierta Provincia se toparon con unos tan belicosos, que escaparon de sus manos algunos españoles heridos y otros muertos; no perdiendo con todo eso el ánimo, fueron prosiguiendo en su descubrimiento hasta dar en los llanos que llaman de la Laguna, donde hoy está poblado el puerto que llaman de San Pedro y se prosiguen hasta el Gibraltar. Encontraron al principio de estos llanos los indios llamados Bobures, gente más blanda, afable y ménos belicosa, pues solo peleaban con cerbatanas, en que metian unas pequeñuelas flechas tocadas en una yerba que si heria á alguno era poco, y le tumbaba de manera que le hacia caer sin sentido por dos ó tres horas, que era lo que ellos habian menester para huir, y despues de ellas se levantaban en su libre sentido, sin otro daño. Marchando por aquellos llanos, bojando siempre la laguna con intentos de volverse al Tocuyo, sin esperanzas ya de hallar lo que buscaban, pues tanto como hasta allí habian andado habia sido en balde, dieron de repente en una ciénaga ó estero que se cebaba de la laguna y atravesaba hasta la serranía, con média legua de ancho, que les detuvo por ser sondable y cenagoso, sin poder pasar de allí peones ni caballos, por mucha diligencia que se hizo, buscándole por muchas partes vado más de seis meses, aguardando si por ventura minoraban sus aguas y les daban paso para dar vista á los llanos de adelante.

Despues de los cuales, viendo el imposible que tenia esto, y el aguardar allí era de ningun efecto, y que el hambre los iba maltratando por habérseles ya acabado las comidas á los naturales convecinos de aquel sitio de donde se proveian, determinó el Capitan Tolosa, con parecer de todos, volver á dar la vuelta hasta coger sus mismos rastros y rumbo por donde habian salido del valle de Cúcuta: desde aquel puesto despachó al Capitan Pedro de Limpias con hasta veinticuatro compañeros que caminando á la ligera muy grandes jornadas, fuese á dar noticia á su hermano el Gobernador ó á sus Tenientes de lo que habia sucedido en aquélla, y cómo ya se volvian todos con necesidad de socorro de comidas, caballos, vestidos, y pues el tiempo los habia estragado y consumido de todo esto. A la tercera jornada de como se apartó Limpias de los demás, le mataron ciertos indios (con quienes se encontraron) algunos de los soldados, aunque no por eso dejó de proseguir su viaje, hasta que con intolerables trabajos y riesgos de la vida llegaron al Tocuyo.

No se detuvo el Tolosa con el resto de la gente en ir prosiguiendo tras el Pedro de Limpias, aunque más despacio, por llevar gente de toda broza y la más enferma, que no se disponia todo con más dificultad, así en el caminar como en buscar las necesarias comidas,

que siempre las llevaban ménos abundantes que de falta; y tanto fué esto creciendo, que les obligó á dejar el camino que habian traido, no hallando en él con qué repararla, por estar los indios unos avispados y otros huidos de miedo, irse cargando á la mano izquierda por tierras fragosas y nunca pisadas de españoles, por si acaso en este rumbo no hallaban la gente tan espantadiza, con que á los que iban marchando se les doblaban los trabajos.

Pretendiendo aliviarlos del hambre en una aldea que encontraron de hasta seis casas, llegando á ellas las defendieron sus moradores, aunque pocos, tan valerosamente, que no les fué á los nuestros posible entrarlas, por la mucha flaqueza con que ya venian. Viendo esta resistencia, dejaron la porfía de entrar en estos bohíos y se volvieron á otro que estaba algo apartado y bien proveido de maiz, carne de puerco asada en barbacoa y algunas raices, que debiera de ser almacen de la comunidad. Aquí fueron llegando algunos soldados, deslizándose sin órden de la pelea que traian con los indios, porque el hambre no les daba lugar á reparar en los inconvenientes y daños que se les podian seguir en estar divididos y sin concierto de guerra ; los indios que se hallaban con más brios en ver que no los habian podido desbaratar los españoles, ni entrar sus casas, viendo el desórden con que aquéllos llegaban á aquella donde tenian sus comidas, que era lo que más les importaba, desamparando el pueblo llegaron á dar sobre los soldados que hallaron encarnizados en el pillaje del bohío, con tanta furia, que al primer encuentro mataron dos é hirieron otros, y fuera mucho más el daño si temiéndolo los soldados, y de ser allí todos muertos á manos de aquellos bárbaros, no tomaran nuevos brios y animosamente hicieran resistencia, con que los pusieron en tal aprieto que hubieron de irse retirando los indios á su pueblo, que no les pudo entónces ser de amparo, pues los apretaron los soldados de manera que por escapar las vidas lo dejaron en sus manos, con cuanto en él tenian, que era harto poco, en especial de comidas, que era lo que más habian menester ; con las cuales reparados ya algo, con tantos trabajos, prosiguieron su camino que en distancia de diez leguas se les quedaron veinticuatro soldados y muchos indios de servicio muertos de pura hambre. Llegaron los demás otra vez al valle de Cúcuta, por donde habian salido de él, donde pudieron repararse de algunas comidas, por las muchas poblaciones que hallaban el valle arriba, si bien en algunas las pagaban con heridas y muertes de algunos soldados, y donde no se atrevian á ponerlos en esta ocasión de guazabara, les daban grita desde las cumbres hasta perderlos de vista.

CAPÍTULO XVIII.

I. Prosigue Tolosa desde Cúcuta su vuelta al Tocuyo, y desde el rio de Apure da licencia á treinta soldados que se vuelvan al Nuevo Reino.—II. Prosigue su viaje Tolosa, hasta llegar al Tocuyo.—III. Esta fué la última jornada larga que se hizo desde el Tocuyo, donde despues se buscaron nuevas granjerías con qué vivir.—IV. Fué en sus principios grande la necesidad y pobreza de estas Provincias.

REPARADOS en este valle de Cúcuta de la hambre y cansancio con que entraron en él, tomaron la vuelta otra vez de las lomas del Viento, y habiendo pasado sin detenerse un punto el valle de Santiago, se entraron tras el rio por su misma angostura, y siguiéndolo fueron á dar al de Apure, y habiéndolo seguido algunas jornadas, hasta meterse entre él y el de Zarare, á las márgenas de otro pequeñuelo llamado Horo, tomaron de asiento por algunos dias el alojarse para descansar aquí algunos soldados, desganados de volver al Tocuyo y gobernacion de Venezuela, pidieron licencia al Capitan Tolosa para tomar la vuelta del Nuevo Reino, que se la concedió; viéndose ya en paraje de su tornavuelta, que podia ya pasar el resto del camino sin peligros, y que los soldados que pedian esto, que eran treinta, podian atropellar con los que se le ofreciesen, hasta entrar en el Nuevo Reino, y así, habiéndoles nombrado por su caudillo á un Pedro Alonso de los Hoyos, que fué despues poblador de la ciudad de Pamplona, se partieron del Capitan Tolosa, y vinieron caminando por las faldas de la serranía, hasta encontrar con el rio de Casanare, que baja á las espaldas de los indios Laches dichos, Chitas y Cocuyes; metiéndose por este rio fueron siguiendo sus márgenes hasta que hallaron pedazos de panes de sal, y finas mantas de algodon, que bajaban de este Reino, en cuyo rastro vinieron á salir á los pueblos que hemos dicho, de Cocui y Chita, que están ya dentro del Nuevo Reino, y de los términos de Tunja, con que siguieron el fin de sus intentos, á costa de graves trabajos, en la jornada que no fué de poco provecho para el Nuevo Reino, pues en ella se descubrió camino que despues

se siguió hasta el Tocuyo y gobernacion de Venezuela, metiendo por él grande abundancia de ganados mayores y menores, de que habia en aquella sazon tanto en aquellas Provincias de Venezuela como necesidad en estas del Reino. Y no obstante que eran más de doscientas leguas las que caminaban para traerlo desde una parte á otra, fué gran suma lo que se trajo en algunos años que se continuó este trato, hasta que ya el Nuevo Reino abundó de manera (por el que tuvo por este y otros caminos) que tuvo crecimiento de él, por haber hallado las tierras á propósito para poder llenar otras muchas, como hoy lo vemos.

No fueron muchos los dias que se detuvo sobre el rio Horo el Capitan Tolosa, hasta que comenzó á proseguir su viaje el rio Apure abajo, y habiéndolo pasado ya por lo llano, con ayuda de algunos indios caquetios que le salieron de paz y proveyeron de comidas, pasó sin detenerse hasta que llegó al paraje de los rios de Barinas, que es el mismo que el de las Sierras Nevadas de Mérida, hácia cuyas Provincias, por la necesidad en que se veia de comidas para pasar adelante, despachó á buscarlas al Capitan Diego de Lozada, con cuarenta hombres, que entrándose todos juntos en la serranía, en cierto paraje, se apartaron siete soldados con su órden, á dar en un bohío grande, que vieron apartado á una vista de donde iban marchando, donde hallaron unas indias y buena copia de maíz y alguna sal, de que llevaban gran falta. Apénas habian llegado y comenzado á alegrarse los siete con la buena fortuna que les habia corrido, cuando llegaron sobre ellos y el bohío gran cantidad de indios que debieran de estar en emboscada ó guarda de la casa, que cercándola y poniéndose los más valientes á las tres puertas que tenia, para impedirles la salida á los siete, comenzaron á pegar fuego al bohío por muchas partes, que fué Dios servido que por estar la paja algo mojada, por ninguna pasase el fuego. Los cercados, viendo el evidente riesgo en que estaban, se aventuraron con valeroso ánimo á romper por las guardas que estaban á una puerta, y salir fuera, como lo hicieron sin algun peligro, como tampoco lo tuvieron ya que se vieron fuera del primero, aunque cercados de todos, porque fué tan valeroso su ánimo, que haciendo mortal risa, é hiriendo á otros, á los demás hicieron huir, con que viéndose solos y sin estorbo de quien se lo impidiera, cargando cuanto pudieron con la brevedad posible, porque no sucediese venir sobre ellos mayor número de indios que el pasado, tomaron la vuelta donde estaban sus compañeros juntos, y desde allí la del Real, donde los quedaba esperando Tolosa, que no se alegró poco de su llegada sin riesgo, y con las comidas, que les duraron con algun refuerzo que les hicieron en otras partes hasta llegar á la ciudad del Tocuyo, donde entraron, despues de dos años y medio que habian salido, pues eran ya los primeros dias del de mil y quinientos y cincuenta, cansados y afligidos de una tan larga jornada y sin provecho, sobre cuyos trabajos se añadió el de la nueva que tuvieron de la muerte de su hermano el Gobernador Tolosa, con que hallaron las cosas muy trocadas, si bien se estaba todavía por Teniente el Juan de Villégas, como ellos lo habian dejado.

Esta fué la última de las jornadas largas que se hicieron desde esta gobernacion de Venezuela por estos llanos, por haberse ya descubierto en estos tiempos algunos años habia (como hemos tocado aquí y diremos largo en la segunda parte) el Nuevo Reino de Granada, y desde él muchos caminos y cortos para poder entrar en estos llanos, como muchos desde él lo han hecho, si bien ningunos han llegado á palmar más en lleno en las provincias de los Omeguas y otras que lo hicieron los soldados de Felipe de Utre, y así se han quedado solo con las noticias que ellos dieron. A esta causa de no haberse emprendido desde esta gobernacion ninguna otra de estas jornadas, se añade el haber hallado los Gobernadores que sucedieron á los alemanes, tan estragada la tierra de naturales por la mucha saca que se hizo en su tiempo para esclavos, que tuvieron harto que hacer en ir conservando los que habian quedado, entreteniéndose en pacificar las provincias que no lo estaban hasta allí, en fundar algunas otras ciudades, como iremos diciendo; en buscar minas á que los forzaba la mucha necesidad de la tierra (pues era tanta, que por no tener con qué comprar la ropa de Castilla para vestirse los españoles que vivian en estas tierras, y con esto andar necesitados de este menester), se vieron obligados á disponer cómo hacer lienzo del algodon que se daba en la tierra, que era por extremo mucho y muy bueno, y así armaron luégo telares, y enseñándolos á hilar á los indios é hilándolo las mujeres de los españoles, tejian los hombres muchas y grandes telas con que se vestian y hacian el demás servicio de la casa, porque los indios no sabian de esto, á causa de andar ellos y ellas totalmente desnudos, que cuando mucho traian á medio tapar las partes de la honestidad, como andan hoy en dia, que es cosa vergonzosa, por ser tan deshonesta, en especial entre cristianos y espa-

ñoles, que no carecen de culpa en consentir anden así, no solo los indios de las encomiendas, sino aun las del servicio de sus casas, consintiendo que indios é indias anden entre sus hijos é hijas y aun los crien los indios é indias con todas sus carnes descubiertas, y aun casi todas las partes de la honestidad, pues era fácil hacerles traer siquiera zaragüelles y faldellines ó camisas de aquel lienzo, sino que si algunas indias se ponen unas camisas hasta los piés para ir á misa, apenas han vuelto de la iglesia, cuando echan ropa fuera y se quedan escoteras con la natural librea, y aun en los indios no hay honestidad para entrar en las iglesias.

Para capas, ropillas y gregüescos ó calzones, hacian de la lana de las ovejas de Castilla (porque las del Perú no se han conocido en estas tierras) algunas jerguetillas, con que pasaron miserablemente su vida por algunos años, contentándose con esto y la carne y esquilmos del ganado y con el maíz que les servia de pan, que les beneficiaban los indios é indias hasta ponérselo en la mesa. Este trato de beneficiar ropas de esta manera, pienso fué el primero en esta tierra que usaron españoles en todas éstas de las Indias, y de aquí se ha ido extendiendo el hacer por muchas de esta Tierrafirme, hasta entrar en las del Perú, á lo ménos en todas las de Quito, donde y en todas las demás partes le nombran á este lienzo y telas Tocuyo, por haber tenido su principio en esta ciudad del Tocuyo, y hoy se usa tanto, con entrarle por muchas partes ropa de Castilla, que es la más ordinaria moneda de aquella gobernacion (por carecer de otra) y la tratan á razon de cinco varas de esta tela á peso, y en ella pagan con esta cuenta los más de los Reales quintos ; si bien ya se ha mandado hacer moneda de cobre, que no se ha experimentado hasta ahora, si les será de mayor provecho á la tierra. Esta penuria con que vivian sus primeros moradores, la hizo tener siempre de sacerdotes, de que se vieron en ocasiones tan faltos, que habiendo salido el Capitan García de Parédes del Tocuyo, con buena copia de soldados españoles, á las provincias de los Cuiacas, á dar principio á la poblacion de Trujillo, por ir sin sacerdote y no haber de donde se acudiese á esta necesidad en toda la gobernacion, se envió con cartas del Obispo, que era entónces, rogando al cura de la ciudad de Mérida (donde tampoco habia otro sacerdote más que él) fuese á confesar una Cuaresma á los soldados é indios de servicio, como lo hizo ; y halló á éstos bien faltos de Catecismo, pues aun apénas sabian persignarse, ni la Doctrina cristiana, con ser en lo demás tan ladinos como los españoles, á quienes se les puede cargar la culpa de esto, pues su falta de cuidado hacia que sus indios la tuviesen en cosa tan importante, y la misma habia y aun mayor en los indios de las encomiendas.

Esta falta de ministros del Evangelio ha ido siempre tan adelante en aquellas provincias, que hoy dura, como lo experimenté andando por ellas visitándolas el año de seiscientos y doce, pues hallé en una doctrina que estaba á cargo de nuestra Religion, un hermano ordenado solo de Evangelio, que doctrinaba los indios en un repartimiento de la ciudad de Trujillo, sin haber quien reparara esta necesidad, pues por la misma en otra doctrina de la misma ciudad sujeta al Ordinario, hacia lo mismo un ordenante de solo grados y corona, y de esta manera supe habia otros en los valles de la Valencia y Carácas, que por la necesidad de ministros, sin estar ordenados, suplian como podian, con que se ve experimentada en estas tierras la verdad que dijo el autor de ella por San Mateo y San Lúcas, ser la mies mucha y pocos los obreros.

CAPÍTULO XIX.

I. Salen á descubrir minas de oro, y hallándolas en Nirva, se trata de seguir y se puebla Bariquisimeto—II. Mudóse la ciudad de Bariquisimeto á otras tres partes despues de la primera—III. Propiedades de los indios de estas provincias—IV. Trátase de los temples que tienen y la comodidad para crianzas de ganado.

EL crecimiento que se hizo de gente en la ciudad del Tocuyo, con la que llegó de la jornada de Francisco Ruiz de Tolosa, obligó al Juan de Villégas (á peticion de todos los vecinos) que hiciesen los más desocupados (para evitar la ociosidad) algunas entradas en demanda de minas de oro con que pudieran reparar tantas necesidades, considerando por las muestras que habian conocido los que habian dado vista á algunas provincias de las circunvecinas, no podia dejar de haber en ellas de este metal. Y así señaló para el efecto por caudillo á un Damian del Barrio con cierta gente que fuese la vuelta de las provincias de

Nirva, que son al Leste del Tocuyo, algo más delante del valle y provincias de Bariquisimeto. A donde habiendo llegado este caudillo con su gente y algunos negros é indios para el efecto, y cateado en algunas partes, en una dió con una razonable muestra de minas de oro de seguir, á las cuales puso por nombre San Pedro, rancheándose en el sitio de propósito, hasta saber lo que respondia el Teniente Juan de Villégas, á quien despachó aviso y muestras de las minas, con que se alegró tanto el Villégas (si bien ponderaron esto con el aviso más de lo que ello era) que se determinó á irlas á ver en persona con alguna gente que habia aún de sobra en la ciudad. De donde salió sin detenerse hasta dar vista á las minas, y pareciéndoles no ser bien dejarlas miéntras no se descubrieran otras de mayor grosedad, y que entre ellas y la ciudad del Tocuyo habia copia de naturales suficiente para poderse sustentar entre ellos un pueblo de españoles, acordó de poblarlo sobre las riberas del rio llamado Buria, el año de mil y quinientos y cincuenta y uno, poniéndole por nombre la Nueva Segovia, nombrando Alcaldes y Regidores y los demás oficios pertenecientes al Cabildo y Justicia ordinaria. Baña este rio la provincia y valle de Bariquisimeto, con que los vecinos de la nueva ciudad le comenzaron luego á llamar Segovia de Bariquisimeto, y andando el tiempo se olvidó el nombre de Segovia y le quedó el del sitio de la provincia, tan asentado que en todas las circunvecinas y aun en el comun nombrar no se llama sino Bariquisimeto. Señalóle términos y repartió en los vecinos los indios que caian dentro de ellos, así los que vinieron de paz como los que se habian de conquistar, que lo comenzaron á hacer luego, con que á pocos tiempos tuvieron de encomienda muchos y buenos indios.

Permaneció en este sitio el tiempo que fué menester para tomar experiencia no ser á propósito para la vivienda humana, por ser mal sano, con que les fué forzoso en tiempo del Gobernador Villacinda, que sucedió en propiedad al Licenciado Tolosa, mudarse á otro más cerca del Tocuyo, dos leguas á un sitio más limpio y de aires ménos nocivos, donde los halló el tirano Lope de Aguirre y donde le mataron. Aunque engañado Herrera en el tratado de la ciudad de Santo Domingo, dice que lo mataron en el Tocuyo, que por haber quemado alguna parte de él cuando lo entró, y no estar aún contentos los moradores del sitio, con aquella ocasion lo mudaron á otro algo más desahogado, en tiempo del Gobernador Pablo Collado, entre dos rios, el uno llamado Claro y el otro Turbio, porque iban así. Tampoco les pareció haber acertado en este sitio, por ser de mucho polvo y muy nocivo en tiempo de vientos; y así lo mudaron más á la parte del Tocuyo, en tiempo de un Gobernador llamado Manzanedo, en unas sabanas altas y limpias, de mejores aires, donde hoy permanece. Érales fácil el mudarlo en tantas partes por la facilidad con que hacian sus casas, pues eran todas de paredes de bahareque, sin tener necesidad de clavazon ni carpintero, pues todo esto lo suplian los bejucos con que ataban las maderas; aunque en este sitio (por parecerles habia de permanecer y estar ya cansados de tantas mudanzas) se comenzaron luego á hacer algunas casas de tapias y teja y la iglesia de mampostería como hoy lo está. Son abundantes estas dos ciudades, Tocuyo y Bariquisimeto (que en todo corren casi igual fortuna), de todas frutas de la tierra, y en especial el Tocuyo de las de España, como son uvas, melones, higos, granadas y toda hortaliza; mucho y muy buen trigo, en especial en los valles de Quibor, que está cinco leguas de la ciudad, se puede dar trigo, por ser tierra calidísima y haberse visto en pocas ó ningunas partes darse en tierras tan calientes. Pero á mí me pareció ser la causa de cogerse tanto y tan bueno aquí, el regarse las sementeras con una quebrada de una buena molada de agua que baja de las cumbres de una serranía, que por bajar algo fresca y regarse de noche, refresca y sazona la tierra, dándole el temple que pide el trigo, contra el que naturalmente tiene la tierra, que de suyo solo es apta para dar sus frutos naturales, como son plátanos, guayabas, mameyes y otros. Da tambien mucho y muy buen arroz; el trigo con tanta abundancia, que del de los dos valles dichos se sustentan las ciudades del Tocuyo, Bariquisimeto, Carora, la laguna de Maracaibo, Coro y embarcan buena parte de harinas de ello á las ciudades de Santo Domingo y Cartagena.

Muchas naciones de indios que están entre estos pueblos dichos (como son Cunariguas, Atariguas, Coyones, Quibores, Bariquisimetos y otros), no vivian en casas ni pueblos (ni hoy viven muchos de ellos, como yo los he visto) sino quince dias debajo de un árbol y otros quince en otro, durmiendo en chinchorros; no siembran porque su sustento es frutas de la tierra, que siempre las hay, en especial datos, caza de conejos y venados, que los asan metiéndolos enteros en un hoyo con su pellejo y pelo, habiéndoles quitado solo las tripas: calientan primero el hoyo muy bien con leña ó paja, y sacándole las brasas ó ceniza meten el venado y tapan muy bien con hojas de vihao, y dentro de dos horas lo vuelven

á sacar, aunque con su mismo pelo, muy bien sazonado, y entónces se lo quitan y comen el pellejo con la carne. En estos mismos hoyos calientes meten unos troncos verdes de unas matas de cucuiza, que es casi lo mismo que merguey, habiéndole cortado lo largo de las hojas, y despues de bien sazonado con el calor chupan aquellos troncos y les sacan el jugo, que no es poco el que tienen, con un sabor de arrope ó mala miel de cañas, que es tambien purgativo, en especial para los que no están hechos á ello. Críanse yerbas tan venenosas, aun dentro de los patios de las casas y en las calles, que en veinte y cuatro horas despachan de esta vida á quien se las dan; pero tambien hay muchas suertes de contrayerbas con que se repara esto.

El temple de los sitios de estos dos pueblos, Bariquisimeto y Tocuyo, es muy caliente, por estar en tierras bajas, aunque todas estas provincias tienen tambien tierras frias, que son la serranía: de manera que de dos á dos leguas, y de tres á tres, atravesándolas Leste Oeste, se van encontrando tierras calientes, templadas y frias, porque cuanto más las sierras (que son las mismas que corren del Sur al Norte mil y doscientas leguas largas, desde el canal de Magallanes hasta este mar del Norte, que rematan en Santa Marta, Coro y las demás partes de esta costa) se van entrando con sus levantadas cumbres á la média region del aire, son más frias, y algunas tanto, que están siempre cubiertas de nieve, como las de Mérida: de donde como se va bajando á los valles calientes, se hallan tierras templadísimas y bien dispuestas para toda suerte de granos, frutas y ganados, como aquí se crian. La ciudad del Tocuyo ha permanecido hasta hoy en el mismo sitio que tuvo sus principios, en una sabana, á las márgenes de un abundante rio de muy buena agua y fria, por bajar de lo alto de las sierras, que no es poco regalo en temple tan caliente: pero el ganado de cabras y vacas de leche, que andaba junto á la ciudad, apartándose al arcabuco, comia fruta de espinos; volviendo á la ciudad de su estiercol, se fueron sembrando y naciendo tantas malezas de ellos y tan crecidos, que ahogaban las casas, de manera que de pueblo sano que fué á sus principios, se vino á ser tan enfermizo que ni los hombres hallaban salud, ni se podian criar más que hasta uno ó dos años, con que se determinó un Gobernador llamado Alonso Suárez del Castillo, el año de mil y seiscientos y dos, pidiéndolo los vecinos, á mudarlo al valle de Quibor, cinco leguas al Leste, éstas más cerca de Bariquisimeto. Tomó para esto posesion en el sitio más acomodado, plantó rollo con final determinacion de que se hiciera la transmigracion, la cual no pudiéndose hacer aquel año, por haber sido estéril, uno de los alcaldes que no gustaba de que se hiciera, juntó doscientos indios con que hizo limpiar de aquella maleza de espinos y arcabuco média legua al rededor del pueblo, en especial por el lado que ventan las brisas, que comenzándole á bañar con esto sin estorbo, quedó el pueblo con la misma salud que ántes tenia, de suerte que no fué necesario mudarlo. Está ochenta y cinco leguas de la ciudad de Coro al Sueste, diez de la de Bariquisimeto al Poniente. Esta de Bariquisimeto ó Nueva Segovia está de la de Coro ochenta leguas al mismo rumbo; hay en ambas conventos de nuestra sagrada religion de la santa provincia de Carácas, y en el Tocuyo los hay tambien de la de Santo Domingo. La vecindad de cada uno de estos dos será de hasta ochenta casas.

CAPÍTULO XX.

I. Prosíguense las minas de Bariquisimeto con indios y negros esclavos; principios de un alzamiento. II. Viene el negro Miguel con los que le siguieron sobre las minas, y mata algunos españoles. III. Junta entre negros é indios más de ciento y ochenta personas alzadas con él; nómbrase Rey, elige Obispo y funda pueblo.

VIENDO los vecinos de la ciudad de la Nueva Segovia que no les eran de tan poco provecho las minas de San Pedro, que no se fuesen con ellas alentando sus caudales, procuraron dentro de un año escaso que se comenzaron á labrar, meter en ellas más de ochenta negros esclavos, que con algunos indios de encomienda que ya se les entendia de aquel ministerio, por haberles enseñado (porque ningunos de los naturales de aquellas provincias habian hecho estimacion de este metal ni aun conocídolo), las iban siguiendo, por irse avivando cada dia más las vetas y grosedad, de manera que ya sufrian pagar quintos algunos españoles mineros, que este es el ordinario concierto que se hace con ellos, darles la quinta parte de lo que se saca por el cuidado de hacer trabajar la gente que lava, tomarles el jornal cada noche, descubrir nuevas minas y registrarlas en nombre de su amo.

A un año escaso de como se iban labrando (que eran ya los fines del de mil y quinientos y cincuenta y dos), queriendo castigar un minero de Pedro de los Barrios, vecino de Bariquisimeto (de cuyo pueblo eran las minas, por estar en sus términos) á un negro de los de la labor, llamado Miguel, muy ladino en lengua castellana y resabido en toda suerte de maldad, viendo que lo querian amarrar para azotarlo, huyendo del castigo, arrebató una espada que se topó á mano, y procurando defenderse con ella del minero, tuvo medio en medio del alboroto que esto se causó, de coger la puerta é irse al monte, de donde (no pudiéndolo seguir por entónces) salia de noche, y hallando ocasion de hablar con los demás esclavos é indios de las minas, les procuraba persuadir hiciesen lo mismo que él, pues de aquella suerte hallarian su libertad, que tan tiránicamente (decia él) se la tenian usurpada los españoles.

Algunos de éstos, á que hablaba mejor, considerados, echaban de ver el disparate á que los queria persuadir, y no haciendo caso de él, con ánimo pacífico volvian á su labor y servicio de sus amos. Pero otros, que fueron hasta veinte, con la dulzura que les representaba de libertad, determinaron seguirle, y haciéndose á lo largo (con el Miguel) de las minas con las pocas armas que pudieron haber á las manos, revolvieron una noche sobre ellas y mataron á algunos de los mineros españoles que se pusieron á la defensa, prendieron á los demás, de los cuales mataron con cruelísimas muertes á algunos, con quienes tenian enojo por haberlos azotado; y soltando á los demás, les decian que fuesen á dar aviso á los de Bariquisimeto, que los esperasen puestos en arma, porque tenian determinado de ir sobre el pueblo y despojarles de sus haciendas y mujeres para su servicio, y á ellos darles crueles muertes, y que para esto no querian cogerlos desapercibidos, porque se echase mejor de ver su valentía. No fué poco el alboroto que causó la nueva del suceso en la ciudad cuando llegaron los españoles sueltos, por cortesía de los negros, y aunque no se podian persuadir los vecinos (si bien no dejaban de combatir los temores suficientes para estar con cuidado) á que el atrevimiento y ánimo de los esclavos habia de llegar á tener osadía de tomar las armas para venir sobre el pueblo, avisaron al del Tocuyo del caso, y que pues á todos importaba, les enviasen socorro para estar apercibidos á todo suceso. Viéndose el Miguel con su negra compañía victorioso y con algunas armas españolas, tomando más brios en su maldad, dividió su gente enviando negros á diversas partes donde andaban otros y algunos indios sacando oro, á que procurasen persuadirles á seguir su opinion en demanda de su libertad.

Hacian estas mismas diligencias con los indios ladinos, que no fueron tan en balde, que con ellas no se juntaran entre unos y otros más de ciento y ochenta personas, de quienes era tan respetado y estimado el negro Miguel, que determinó de nombrarse Rey, mandando que como á tal lo reverenciasen y sirviesen, como lo hacian, nombrándole de allí adelante el señor Rey Miguel, que fué el primero (pienso) ha habido de este nombre, y á una negra su amiga le nombraban la Reina Guiomar, y á un hijuelo que tenia de ella el Príncipe, y lo hizo jurar por tal. Dispuso su casa Real, criando todos los ministros y oficiales que él tenia en memoria habia en las casas de los Reyes, y adjudicándose tambien la potestad espiritual, nombró por Obispo á uno de sus negros compañeros que le pareció más hábil y suficiente y de mejores costumbres para ello, en cual en eligiendo (usando de su prelacía), mandó hacer lo primero iglesia, donde hacia recoger aquellas sus negras y roñosas ovejas para predicarles. El Rey Miguel ordenó luégo en un sitio fuerte y acomodado para la vivienda humana, cercado, se hiciesen casas fuertes á su modo, hombre que tenia intentos de permanecer en aquel sitio, y hacerse señor de toda la tierra. Dado asiento á esto, y á todo lo que tocaba al buen gobierno de su República, mandó aderezar armas que fueron para los indios arcos y flechas de las que siempre habian usado, y para los negros, algunas lanzas con puntas tostadas, y de los almocafres con que sacaban el oro en las minas, enderezándolos y enhastándolos, hacian gurguces, que con esto y algunas espadas que hubieron en el saco, hubo armas para todos.

CAPÍTULO XXI.

I. Háceles una plática el Rey Miguel á sus negros, animándolos á la jornada.—II. Vienen los negros á Bariquisimeto, y comienzan á encenderlo, y ahuyéntanlos los de la ciudad.—III. Sale el Capitan Lozada en demanda del pueblo de los negros, donde los halló y venció, matando á unos y prendiendo á otros, con que se desbarató la junta de los rebeldes.

MANDÓ el Rey Miguel á los indios que le seguian, se entintasen todo el cuerpo con jagua, con que pareciese mayor el número de los negros, y con eso más espantables á sus enemigos por las partes donde entrasen. Prevenido en todo esto, y dejando órden en la defensa del pueblo, que ya estaba acabado, y cómo se habia de gobernar en su ausencia, sacó de él su gente Miguel, y en un llano fuera de la empalizada con que lo dejaban cercado, les hizo una plática, diciendo que la razon que les habia movido á retirarse de los españoles, ya sabian habia sido por conseguir su libertad, que tan justamente la podian procurar, pues habiéndolos Dios criado libres como las demás gentes del mundo, y siendo ellos de mejor condicion que los indios, á quienes el Rey mandaba fuesen libres, los españoles los tenian sujetos y puestos tiránicamente en perpetua y miserable servidumbre, usando esto solo la nacion española, sin que en otra parte del mundo hubiese tal costumbre, pues en Francia, Italia, Inglaterra y en todas otras partes eran libres, y que tambien lo serian allí si peleasen con el ánimo y brio que era razon en aquella jornada que iban, donde se prometia darles la victoria en las manos, pues demás de ser poco el número de españoles que habia en Bariquisimeto, estaban descuidados, confiados en que no tendrian atrevimiento á acometerles, como lo sabian de algunos negros del pueblo, que habiendo alcanzado á saber esto, les habian avisado de cómo todos estaban desproveidos de armas.

A las palabras del Rey Miguel, hizo demostracion toda su compañía de tener mayores brios en el caso, de los que él pensaba, prometiéndose cada cual de por sí la victoria de la empresa, y mostrando deseos de venir ya á las manos con sus enemigos, con que prometiéndose felices sucesos, comenzaron á marchar la vuelta de Bariquisimeto, á donde llegaron de noche, con tanto secreto, que no fueron sentidos, hasta que divididos en dos partes fueron entrando en él y juntamente por ámbas, pegando fuego á las casas, y comenzando á ejecutar su rabia en los que iban topando; cuando los de la ciudad advirtieron (aunque tenian velas y tomaron las armas) tenian ya heridos algunos de ella, muerto á un sacerdote y quemada la iglesia y otras casas con lo que habia dentro; pero juntándose los vecinos, que serian hasta cuarenta, viendo que el negocio iba con más veras que pensaban, les acometieron con tan buen brio, que hiriendo á algunos de los negros y muchos de los indios teñidos, les hicieron huir á todos, hasta meterlos en un arcabuco que estaba cerca del pueblo, sin pasar de la boca de él, por no parecerles cordura meterse dentro á aquellas horas, en sitio donde podia ser mayor el peligro que la ganancia; y así, tomando la vuelta de la ciudad, los vecinos pusieron más vigilantes centinelas, determinando luégo seguir por la mañana el alcance, no prometiéndose ningun seguro en sus casas hasta haber acabado con aquellos rebelados, pues quedándose el Rey vivo y los demás no muy maltratados, se podia temer pasarian adelante con su atrevimiento y temeridad.

Pero pareciéndoles lo era tambien salir á esto con tan poca gente como estaba en la ciudad, siendo necesario quedar parte de ella en su defensa cuando saliese el resto en este alcance, enviaron á pedir socorro al Tocuyo (que hasta allí no lo habian enviado, pareciéndoles no ser posible llegar el negocio á lo sucedido), avisándoles del caso y del inconveniente que tambien á ellos amenazaba si no se cortaban los pasos con tiempo al alzamiento. No tomaron tan tibiamente como al principio los del Tocuyo el aviso, y escarmentando en cabeza ajena del daño que se les podia seguir como á tan vecinos, juntaron la gente que pudieron, y nombrando por Capitan á Diego de Lozada, lo despacharon á Bariquisimeto, donde tambien le confirmaron en el mismo cargo, y se le dieron con los soldados que se pudieron juntar en la ciudad, que entre todos serian cincuenta, para que siguiese al negro Rey Miguel. Salió con éstos el Capitan Lozada, y con buenas guías y la priesa que el caso pedia, con más brevedad que entendia el negro Miguel, que ya estaba recogido en su pueblo con toda su gente, dió con él de repente sin que les pudiera haber llegado aviso, hasta que vieron á los españoles á las puertas de su pueblo. Con la presteza que pudieron tomaron las armas los asaltados negros, y siguiendo á su negro Rey, salieron á hacer frente

á los nuestros, intentando resistirles con buen brio la entrada de la empalizada ; pero fué muy poco para el que llevaban los soldados, pues con facilidad les hicieron retirar dentro del pueblo, donde todavía porfiaban los negros con algun ánimo á defenderse de los españoles, que siempre les iban ganando tierra, hasta que los vinieron á arrinconar á una parte del pueblo, donde fué más porfiada la pelea, por estar más juntos y animar el Rey Miguel á los suyos con grandes voces y gritos que les daba, no siendo él el postrero ni de menores brios en el escuadron, hasta que un soldado se los quitó y la vida de una estocada, con que perdiendo los demás los que tenian, viendo ya en el suelo y sin vida á su negro Rey, comenzaron á pelear con mano más floja, que conocido por los españoles, cerraron con ellos con tanta furia, que hiriendo á unos y matando á otros, hicieron á los demás poner en huida, de los cuales prendieron casi á todos, siguiendo el alcance, con que quedó del todo deshecho aquel alzamiento, y los nuestros con victoria.

La Reina negra y el Príncipe negrito con todas sus damas (que no eran pocas) se estuvieron dentro del pueblo á la mira de la batalla, sin hacer movimiento, con mucha autoridad, por las ciertas esperanzas que tenian de la victoria que habian de alcanzar los negros, fueron allí presas y vueltas á su primer cautiverio, con que los nuestros tomaron la vuelta de Bariquisimeto, sin sucederles desgracia con los presos indios y negros que pudieron coger vivos, aunque algunos heridos. Los indios de la tierra, viendo la victoria de los españoles, y que algunos negros de los que se habian escapado andaban por sus tierras cimarrones, temiéndose de algun daño, se juntaron, y dando sobre ellos, mataron á algunos, forzando á los demás que se volviesen á casa de sus amos, donde fueron presos por las justicias y castigados conforme á sus delitos ellos y los demás que trajeron presos cuando vinieron los soldados.

CAPÍTULO XXII.

I. Álzanse los indios de Nirva ; viene por Gobernador de Venezuela el Licenciado Villacinda.—II. Salen á castigar á los indios Nirvas, y puéblase una villa en las minas, y vuélvese á despoblar.—III. Puéblanse otra vez las minas, y más delante al Leste la nueva Valencia.

NO fué sola la desgracia dicha la que cayó sobre estas minas y Bariquisimeto, pues tras ella y por ocasion suya, sucedió luégo otra harto mayor (pues dura hasta hoy con muertes de muchos españoles y pérdida de mucha hacienda), que fué el alzamiento de los Nirvas y Giraharas que poblaban aquellas Provincias. Los cuales tomaron tan de veras el impedir la labor de estas minas con tan frecuentes asaltos, que nadie se atrevia á estar de asiento en ellas, por la poca fuerza de gente que entónces se podia poner en el sitio para su defensa, como se vió en lo que iremos diciendo. En esta miseria y trabajos estaba la ciudad de Bariquisimeto, cuando á los últimos del año de mil y quinientos y cincuenta y tres llegó á este gobierno de Venezuela, despachado por el Real Consejo de Indias, el Licenciado Villacinda, y habiendo desembarcado en Coro, donde se detuvo poco, por ser ya aquello de ménos importancia en la gobernacion que lo del Tocuyo y Bariquisimeto, tomó luégo la vuelta de estas dos ciudades, y habiendo llegado á ésta y héchole relacion los vecinos de lo que les habia sucedido con los negros y el alzamiento en que estaban los indios Nirvas, con que se habia imposibilitado la labor de las minas de San Pedro, le comunicaron su determinacion hecha por todo el Cabildo y los vecinos, de más sustancia de la ciudad, que era, que para que las minas tuviesen seguro de poderse labrar, pues no tenian otra granjería y estaban léjos de la ciudad, pues era distancia de catorce ó quince leguas (con que no les era posible ampararlas en sus peligros con la brevedad que á las veces pedian) se poblase en ella una villa de españoles, á los cuales se les diesen para su sustento los indios de encomienda que habia por aquella parte, de que hacian dejacion desde luégo para el efecto.

Vino en ello el Gobernador, y señalando para esto cuarenta españoles, les dió por caudillo (por ser hombre muy á propósito) á un Diego de Montes, famoso en aquella gobernacion por aquellos tiempos, por su mucha experiencia entre indios, conocimiento de yerbas saludables con que curaba los ingestos enfermos y atosigados de las venenosas ; vecino á la sazon de la ciudad de Bariquisimeto, de donde salió con sus cuarenta (razonablemente apercibidos) la vuelta de las minas de San Pedro, haciendo de camino algunos castigos de muertes y otros en los indios alterados, á causa de haber muerto en ellas algunos españoles y por atemorizar la tierra, que no se atreviesen más á lo mismo. Habiendo ya hecho este

castigo, y tanteado la tierra buscando un sitio acomodado para poblar, parecióle eran mejor las riberas de un rio que corria por entre muchas palmas cerca de las propias minas, y así determinó poblar allí una villa, á quien le puso el nombre de Las Palmas, y habiéndole señalado justicia que le gobernara y dado asiento á lo que pudo para su conservacion, pareciéndole que ya los indios no intentarian más novedades, escarmentados del castigo, tomó la vuelta de Bariquisimeto, á quien fueron luégo siguiendo los más que habia llevado y dejado en la nueva poblacion, por ser vecinos de Bariquisimeto, con que quedaron tan pocos en la villa de Las Palmas, que por el seguro con que todavía estaban de los indios no se atrevian á salir de sus casas; que fué ocasion (habiendo sabido los indios estos temores) para que se comenzaran á juntar con intentos de volver á dar sobre el pueblo y minas. No fué esto tan secreto que no lo viniesen á entender por señas claras los de la villa, y temiendo por ser pocos venir á manos de aquellos crueles bárbaros, ántes que acabaran de hacer su junta, deshicieron los nuestros la poblacion, y dejándola del todo desamparada con las minas, se volvieron á Bariquisimeto el mismo año que se habia poblado, que fué el de mil y quinientos y cincuenta y cuatro.

No por eso perdieron el ánimo los de la ciudad, de que se volviesen á labrar, aun con todos estos inconvenientes y dificultades, por tenerlas mayores la pobreza, que no podian remediar por otro camino: y así el año siguiente de mil y quinientos y cincuenta y cinco, eligieron otro Capitan llamado Diego de Parada, natural del Almendralejo, y dándole veinticinco soldados de buen brio, volvió á entrar en la Provincia de las minas, comenzando como el pasado: lo primero á ir en demanda de los indios, procurando castigar las rebeliones que intentaron contra los primeros pobladores. Y habiendo hecho algo de esto, pareciéndole no se atreverian más á tomar las armas contra los españoles, pobló de nuevo otra vez la villa sobre el rio que llaman de Nirva, dejándole puesto el nombre del rio, de manera que le llamaron la villa de Nirva, donde se sustentaron los pobladores solo el tiempo que duró el verano, porque en entrando el invierno se comenzaron los indios á alborotar, de suerte que obligaron (con sus contínuos asaltos que daban sobre los recien poblados) á desampararla del todo otra vez y volverse á Bariquisimeto, de donde este mismo año y de la ciudad del Tocuyo y de la de Coro, juntó el Gobernador Villacinda una razonable compañía de españoles, y por las noticias que le habian dado por el puerto de la Burburata, y por las entradas y conquistas que se habian hecho en Nirva, de la muchedumbre de naturales que habia en las provincias de adelante, derecho al Leste, que llamaban del Tocuyo (diferente de este otro donde estaba la ciudad), y otras cerca de la gran laguna que llaman Tacarihua, la despachó en descubrimiento de aquellas provincias, donde comenzaron luégo que entraron en ellas á hacer valientísimos hechos los españoles, por serlo tambien los indios, y pareciéndole ser la tierra á propósito para poderse sustentar un pueblo de españoles y para acabar de conquistar aquella gente y pasar con las conquistas adelante á las de Carácas, con licencia que llevaba el Capitan para esto del Gobernador, fundó en nombre del Rey un pueblo que llamó la Nueva Valencia, sesenta leguas al Sueste de la ciudad de Coro y siete del puerto de la Burburata, al mismo rumbo, veinticinco de Santiago de Leon, en Carácas, que despues se fundó al Leste y otras tantas á Bariquisimeto, y treinta y cinco del Tocuyo al Oeste. Ya habia entrado en el tiempo que se pobló esta villa el año de mil y quinientos y cincuenta y seis, en que tambien murió el Gobernador Villacinda, quedando el Gobierno en el Ordinario de las ciudades.

La de Bariquisimeto, revolviendo todavía sobre sus minas de San Pedro, de donde sacaba el granillo de su ganancia, nombró otro caudillo llamado Diego Romero, y dándole cuarenta españoles, lo despacharon de la ciudad para que tornara otra vez á poblar la villa en defensa de las minas, habiendo primero (como los demás que habian entrado) castigado los indios alterados, como lo hizo; y habiendo llegado al sitio de las minas, dejando la gente rancheada en ellas, tomó la vuelta de la ciudad de Bariquisimeto á dar cuenta de lo que habia hecho al Cabildo que lo habia enviado, para que ordenase (supuesta la pacificacion que le parecia dejaba hecha en los Nirvas), lo que más convenia para la poblacion de la villa.

CAPÍTULO XXIII.

I. Señala el Cabildo de la ciudad del Tocuyo al Capitan Diego García de Parédes para que pueble una ciudad en los Cuicas, y sale á eso—II. Puebla la ciudad de Trujillo en el valle de Escuque, y por inconvenientes que sucedieron vuélvela á despoblar—III. Propiedades y religiones de estos indios—IV. Disposicion de esta tierra de los Cuicas, y modo y armas con que pelean.

ESTE mismo año que murió el Gobernador Villacinda, el Cabildo y ciudad del Tocuyo, teniendo noticia de unas provincias de los indios Cuicas que estaban al Poniente de su ciudad, á las cuales habia entrado el Contador Vallejo el año de mil y quinientos y cuarenta y nueve, con comision del Gobernador Tolosa, determinó enviar á descubrirlas del todo y conquistarlas, pareciéndole se podria hacer con facilidad, por saber era gente desnuda y pacífica, y que de allí podrian (de más de reducirlos á la Iglesia y sujecion de la Real Corona) haber á las manos mucho algodon, por tener tambien noticias que era mucho el que se criaba en aquella tierra, y como hemos dicho, lo habian tomado por granjería para hacer telas en esta ciudad ; la cual nombró (para el efecto) por Capitan á Diego García de Parédes, hijo natural del otro valiente Diego García de Parédes, cuyas hazañas fueron bien conocidas por el mundo, á quien imitó este su hijo en cuantas ocasiones de refriegas se le ofrecieron. Este, pues, con la más gente que pudieron juntar los de la ciudad, que serian hasta ochenta, y buena copia de indios yanaconas y caballos, tomó la vuelta de estas provincias de los Cuicas, y entrándose por ellas las atravesó siempre al Poniente, y sin sucederle alboroto con los naturales, por ser gente pacífica y de buena masa, buscando sitio acomodado para poblar una ciudad de que llevaba comision, llegó á una poblacion grande, llamada Escuque, puesta en un lugar alto á las vertientes del rio Motatan, que tiene su nacimiento al Norte, en las cumbres de los páramos de la ciudad de Mérida, que hoy llaman los páramos de Serrada, y pasando por el valle que dicen de Corpus Cristi, que es la Provincia de los Tomotes, vacía sus abundantes aguas en la laguna de Maracaibo, cerca del Puerto de las Barbacoas.

Pareciéndole á propósito al García de Parédes el sitio para poblar la ciudad que pretendia, haciendo las ceremonias que se acostumbran en esto, la pobló el mismo año de mil y quinientos y cincuenta y seis, llamándole la ciudad de Trujillo, y habiéndole nombrado Justicia y Regimiento, y repartido para encomienda á los vecinos los naturales de los pueblos circunvecinos á la nueva ciudad, y dado asiento á las demás cosas de su gobierno, tomó la vuelta del Tocuyo á dar cuenta al Cabildo de lo que dejaba hecho : avisando en esta ausencia de García de Parédes algunos mozuelos de los que quedaban en la nueva poblacion, de la pacífica condicion y trato de los indios ; no poniendo freno á sus ruines y juveniles indignaciones, comenzaron á desmandarse haciéndoles algunas fuerzas y robos, tomándoles las sartas de cuentas é hilo de algodon, que era todo su caudal, y aprovechándose de sus mujeres é hijas tan desvergonzadamente, que no se recataban de poner en ejecucion sus torpes deseos dentro de las mismas casas de sus padres y maridos, y aun á su vista, con que los irritaban de manera que no pudiendo ya sufrir tantas sinrazones y maldades, convirtiendo la mansedumbre en ira de bárbaros, tomaron las armas, y matando á todos los que les habian agraviado, se determinaron que no quedase rastro en sus tierras de la Nacion española. Convocaron para esto toda la tierra, y juntos y numerables pusieron cerco á la nueva ciudad, que estaba toda cercada de palenque: ya los de dentro en tanto aprieto, por algunos dias, que si en ellos no les llegara á tiempo de socorro el mismo García de Parédes, á quien ya habian avisado desde los principios de estas revoluciones, sin duda salieran los indios con sus intentos, sin dejar español vivo de cuantos tenian cercados. Pero el García de Parédes, por ser hombre tan valeroso, con algunos soldados que traia de refresco, desbarató los indios y los puso en huida, aunque no en temor, pues era tanto el odio que habian cobrado á los soldados, que sin reparar en los naturales que quedaban muertos cada dia, no cesaban de venir á darles ordinarias guazabaras, en que tambien quedaron muertos en veces ocho ó diez soldados con algunos indios y caballos, lo cual advirtiendo el García de Parédes, y que no eran bastantes las muchas veces que los habia desbaratado con muertes y heridas de tantos, y los muchos medios que habia tratado con ellos de paz, saliéndoles á mil partidos y prometiéndoles comodidades, para que saliesen de la cólera y brios con que estaban, tuvo por más acertado desamparar por entónces el pueblo, dejando

aquella pacificacion para cuando pudiese entrar á ella más fuerza de gente, y dando la mejor traza (que todo fué menester para salir con vida de entre ellos) que se pudo, determinaron fuese de noche y muy al secreto, dejando en el pueblo grandes lumbres encendidas, por desvelar con esto á los indios que estaban á la mira de todo lo que pasaba. Quedó con esto desamparada del todo aquella nueva ciudad de Trujillo, y mucha cantidad de ganados mayores y menores que habian llevado los españoles para su sustento y crianzas, tomando todos la vuelta de la ciudad del Tocuyo, donde entraron ya entrado el año de mil y quinientos y cincuenta y siete.

La gente de estas provincias de los Cuicas es toda bien dispuesta y de buen parecer, en especial las mujeres; andan del todo desnudos, fuera de las partes de la honestidad, que traen ellos á medio tapar, con una punta de calabaza, y ellas con un bayo, que es de algodon tejido de colores, de una mano de ancho. Tienen en bohíos particulares, dedicados solo para esto, al modo de templos, algunas figuras mal formadas de hilo de algodon, tierra cocida y palos (que comunmente llaman los españoles tunjos) á quien ofrecen ovillejos de hilo del mismo algodon, sartillas de quitero, que son cuentas de muchos colores de piedras; y huesos teñidos, en especial de piedras verdes, que dicen algunos son tan buenas para dolor de ijada, como las de Santa Marta. Tambien ofrecen algunas mantas pequeñuelas de algodon, de una tercia en cuadro, sal y granos de cacao; sacrifican venados en estos templos, quemando la carne y colgando las cabezas en las paredes, de que hallan tanta cantidad los españoles en algunas partes, que cubrian las paredes de los templos de alto á bajo. Hay muchos jeques y hechiceros que hablan con el diablo, á quienes les manda le ofrezcan quemado en braserillos de tierra las grasas del cacao; para lo cual lo muelen y cuecen (que los españoles llaman chorote) y dejándole enfriar se cuaja encima la manteca, muy blanca, la cual cogen y le ofrecen como se lo mandan, por ser la cosa mejor que tienen los indios. Enviando un dia un estanciero español, que estaba en uno de estos valles, á llamar con un indio á otro, le dió al mensajero (para que entendieran era cierto lo enviaba á llamar) un pedacito de una hoja de Misal viejo, puesta en un pedazo de caña hendida; fuése el indio aquella noche con la caña al santuario (que acertó á ser Mohan) á esperar al demonio, que estaba concertado habia de venir á hablarle, y poniendo la caña con el pedazo de la hoja metida en un agujero de la pared, á la parte de fuera del bohío, entró dentro y estuvo aguardando hasta la hora que habia de entrar el demonio, el cual comenzó á la hora señalada á hablar al Mohan desde afuera del bohío, y diciéndole el indio que por qué no entraba como solia, le respondió que estaba enojado con él porque tenia á la puerta á su enemigo; y preguntando quién era, porque él no sabia que hubiese nadie en ella, respondió el demonio que aquel papel que le habia dado el español; con que se fué y no quiso más hablar al indio; el cual haciendo á la mañana su embajada, cuando volvió al español con el mismo papel, le contó lo que habia pasado, y mirándolo con cuidado, vieron que estaba escrito en él un pedazo del Evangelio de San Juan: In principio erat Verbum &c.

Esta gran provincia en que entró García de Parédes y corre Norte Sur, desde las cumbres de los páramos de Serrada, casi treinta leguas para la ciudad de Coro, se divide en dos parcialidades: unos se llaman Timotes, que comienzan desde los páramos dichos y cogen la mitad de esta distancia; y la otra Cuicos, como hemos dicho; aquéllos son gente más belicosa, indómita, desabrida y guerrera; sirven á los vecinos de la ciudad de Mérida, por haber sido conquistada de sus vecinos, como luego diremos, y por la misma razon ponen términos por aquella parte del Norte á los de la Real Audiencia de Santafé, desde donde comienzan los de Santo Domingo por una línea recta, que corre Leste Oeste, hasta los términos de Santa Marta, por la parte del Poniente y por la del Oriente; hasta ahora no tiene términos la una ni la otra Audiencia, por estar aquello aún sin conquistar desde el rio Orinoco é isla de la Trinidad para adelante hasta el Brasil y rio de la Plata. Los Cuicos, como hemos dicho, es gente de mejor masa, más pacíficos y domésticos, pero todos en comun gente muy suelta y para mucho trabajo. Pelean generalmente con lanzas, dardos y macanas. Desde que comenzaron á pisar los españoles las tierras de los unos y los otros, trazaron para su defensa de hacer un modo de fortalezas cercadas de palenque, en las más ásperas y encrespadas cuchillas que hallaban, que por ser tierra tan doblada tenian bien en que escoger. Cortábanlas por una parte y otra, atajando el paso para las entradas, que no lo hubiera más que por una puente levadiza; peinaban los lados, si de suyo no lo estaban, haciéndolas con esto por todas partes inaccesibles; aquí se recogian en sabiendo estaban los españoles en sus tierras, que fué causa de acrecentar los trabajos á los que las conquistaron.

Viven en parcialidades, sin reconocer Rey ni superior, cuando mucho á un principalejo que los gobierna en sus guerras.

CAPÍTULO XXIV.

I. Viene al Tocuyo Gutierre de la Peña con el gobierno y señala para reedificar á Trujillo al Capitan Francisco Ruiz, que fué luego al efecto—II. Dánse vista en el valle de Bocono él y el Capitan Juan Maldonado, que bajó de las Provincias de Mérida—III. Vuélvese á reedificar la ciudad de Trujillo con nombre de Miravel, y el Capitan Maldonado á la ciudad de Mérida.

CUANDO Diego García de Parédes llegó á la ciudad del Tocuyo con su gente dejando despoblada la de Trujillo, halló recien llegado á ella (que habia venido de la de Santo Domingo) al Capitan Gutierre de la Peña con el gobierno de aquella Provincia por muerte del Licenciado Villacinda; y no estando aún digeridas unas acedias de enemistades que tenian de algunos tiempos atrás el Parédes y el Gutierre de la Peña, queriendo tratar por recien entrado en el gobierno, entre las demás cosas, que se volviera á reedificar la ciudad de Trujillo, no le pareció al Gobernador volviese á la faccion el García de Parédes, y así se la dió á un Capitan Francisco Ruiz, vecino de la misma ciudad del Tocuyo; el cual juntando hasta cincuenta soldados, algunos de ellos de los que habian sido ya vecinos en la poblacion de Trujillo, tomó la vuelta de las mismas provincias, y entrándose por ellas al principio de las de los Cuicos, al poniente de un valle, dicho de Tostos ó de Bocono (porque estos dos nombres tuvo), se rancheó con su gente para que se reformara y los caballos, y aun reforzaron sus armas é hicieron otros sayos ó escaulpiles de nuevo, por haber entendido se estaban todavía avispados los indios de la nueva poblacion, y con los mismos brios y aun mayores por la victoria que presumian haber tenido, en haber hecho despoblar la ciudad de Trujillo y que saliesen los españoles de su tierra, teniendo intentos de no dejarles volver á reedificar en ella.

En este mismo tiempo, que era ya el año de mil y quinientos y cincuenta y nueve, habiendo salido de la ciudad de Mérida (poblada en aquel mismo año, en el modo que diremos en la segunda parte) el Capitan Juan Maldonado, vecino de la ciudad de Pamplona, en este Nuevo Reino, con hasta cincuenta soldados á descubrir las mismas provincias de Timotes y Cuicas, y habiéndose rancheado en cierta parte de un valle con toda su gente, á lo último de las provincias de los Timotes, dejando en el sitio los demás, con hasta veinte soldados salió por su persona á dar vista por una parte y otra y descubrir las tierras de más delante al Norte; y andando así de unas en otras, vino á dar á este mismo valle de Bocono, á quien llamó Tostos por cierta poblacion que halló á las entradas de él con este nombre; y como inopinadamente descubriese desde léjos los ranchos y gente del Francisco Ruiz, que estaban á la otra parte del valle y encontrase luego á pocos pasos dos soldados de la compañía del Ruiz que andaban monteando, informándose qué gente era y de dónde habian salido, envió á decir con ellos á su Capitan que alzase rancho de allí y buscase otra tierra donde poblar, pues aquella él la tenia ya por de su conquista. Despedidos con esta embajada los dos soldados, no le pareció al Juan Maldonado dejar de hacer algunas prevenciones para lo que pudiera suceder, teniendo por cierto no dejaria de alterarse el Francisco Ruiz con lo que le envió á decir; y así se recogió con sus veinte compañeros en un sitio acomodado para poder resistir y defenderse si intentasen los contrarios quererle ofender. No se alteró mucho el Francisco Ruiz de la embajada, á que envió en respuesta, con otros dos soldados, lo mismo que le habia enviado á decir, con que se vinieron á picar el uno y otro Capitan, de suerte que por mensajeros vinieron á desafiarse con palabras mayores; si bien todo esto mirado con mejor acuerdo, no vino á tener efecto; pero túvolo el enviar luego el Francisco Ruiz alguna de su gente aquella noche al sitio de Escuque, donde habia estado poblada la ciudad de Trujillo, con intentos de volverla á reedificar allí (si bien hasta entónces no los habia tenido) por los repiques que habia habido entre los dos. Aquella misma noche el Capitan Maldonado, por lo que podia suceder, tomó la vuelta de su Real y se juntó con la demás gente que habia dejado rancheada de su compañía.

Dos dias se estuvo sin moverse de sus ranchos de Bocono el Capitan Francisco Ruiz, despues de los cuales siguió á sus soldados, que habia enviado al sitio de Escuque, donde los halló rancheados en algunos bohíos que se estaban todavía sanos de la ciudad de Trujillo, que no habian querido quemar los indios, por ventura para servirse de ellos, donde

comenzó luego á reedificar la ciudad, llamándola la ciudad de Mirabel, por no conformarse con la primera edificacion. Nombróle Alcaldes y Regimiento con los demás oficiales de Cabildo, y repartió los indios de la comarca con mucha diferencia de como ántes habian estado repartidos en los vecinos. Volvieron aquí (habiendo salido el Capitan Maldonado de la poblacion) á renovarse los repiques entre los dos Capitanes, que terciando de buena algunos de los más cuerdos soldados de la una y otra parte, vinieron á parar en que el Capitan Maldonado se volvió con toda su gente á la ciudad de Mérida, dejándole por términos de su conquista las tierras de los Timotes, y ya medio pacíficos, y el Francisco Ruiz se quedó en su pueblo nuevo de Mirabel, tomando por términos de él el que tenian en sus provincias los indios Cuicas. De aquí tuvo principios la division de los términos de las dos Audiencias de Santafé á la parte del Sur, y de la ciudad de Santo Domingo á la del Norte (como dejamos tocado), si bien hoy no está acabada de determinar cierta diferencia que se levantó los años pasados, acerca de la jurisdiccion por aquí de ambas Audiencias sobre cierto bosque de cacao que se halló arrimado á la laguna de Maracaibo, en el ancon de Maruma, si cae en términos comunes de las dos, ó á cuál de ellas pertenezca.

CAPÍTULO XXV.

I. Da nueva comision el Gobernador Gutierre de la Peña para que pueble otra vez en las minas de Nirva, y envía gente á las provincias de Carácas—II. Viene por Gobernador de Venezuela el Licenciado Pablo Collado—III. Sale García de Parédes con nuevos poderes del Gobernador Pablo Collado, y á reedificar la ciudad de Trujillo—IV. Múdase el pueblo de Trujillo al valle Bocono.

LO mismo que dijimos le habia sucedido al Capitan Diego García de Parédes (cuando volvió al Tocuyo de su nueva ciudad de Trujillo despoblada), le sucedió al caudillo Diego Romero cuando volvió á la de Bariquisimeto del Real de las minas de Nirva, donde dejó su gente rancheada, y tomó la vuelta de la ciudad, pues halló tambien en ella al mismo Gutierre de la Peña, recien venido de Santo Domingo con su gobierno, y habiéndole dado relacion de lo que habia hecho en la Provincia, se volvió á dar nueva comision para que volviese á poblar en la parte más acomodada que le pareciese. Tomó la vuelta con esto el Diego Romero de las minas de San Pedro, á donde llegó y halló la gente que habia dejado alojada en ellas, sin haberles sucedido desgracias, aunque las habian ocasionado los indios rebelados. Iban ya entrando aprisa, cuando llegaron á este puesto las aguas del invierno, con que se atajaron los pasos de andar caminando de una parte á otra, trastornando sierras, valles y sitios para hallar uno á propósito para la poblacion; y así la hizo en el mismo alojamiento y ranchería de las minas de San Pedro, llamándole la villa Rica, por habérselo mandado así el Gobernador y que no se saliese del sitio en todo aquel invierno, porque no sucediera á la nueva poblacion lo que en la ocasion pasada, que en este tiempo de aguas vinieran á dar sobre ellas los indios rebelados, como lo hizo con puntualidad. Este Capitan Gutierre de la Peña, en el poco tiempo que le duró su gobierno, con los soldados que pudo juntar en los pueblos de él, dió principio á las conquistas y poblaciones de las provincias de Carácas, enviando por Capitanes de la gente á dos soldados mestizos, llamados los Fajardos, hijos de una india, señora de las más principales de aquellas Provincias, y de un Juan Fajardo, vecino del Tocuyo.

Estando (como se le habia ordenado) el Capitan Romero en esta su nueva poblacion, llegó á las ciudades del Tocuyo y Bariquisimeto el Licenciado Pablo Collado, proveido por el Rey en Gobernador de Venezuela por muerte de Villacinda; el cual, informado del estado en que estaban las minas de Nirva y nueva poblacion (por algunas incomodidades que habia en el sitio), mandó al Capitan Romero la mudase á donde le pareciese y que en memoria suya (que segun parece solo por esto mandó hacer la transmigracion) le llamasen Nirva del Collado. Por no ser esto muy dificultoso y complacer al Gobernador, pasóse Romero con su villa al rio de Nirva, donde Diego de Parada la habia poblado segunda vez, aunque en un sitio más allegado al camino que pasa desde Bariquisimeto á la nueva Valencia y Provincias de Carácas. Allí estuvo tres ó cuatro años, despues de los cuales (por la pobreza y miseria de la tierra, que no tenia esclavos de minas y por la inquietud con que estaban con las rebeliones de los naturales, que no acababan de quietarse, ni hoy lo está, como hemos dicho) la tornaron á desamparar del todo; y despues, en tiempo que gobernaba la segunda vez estas provincias el Licenciado Bernardez, se volvió á reedificar por algun

tiempo, hasta que le dieron tanta prisa los mismos indios Nirvas, que la desampararon del todo como hoy lo está.

Quieto estaba en su nueva ciudad de Mirabel Francisco Ruiz, cuando llegó tambien á la ciudad del Tocuyo el nuevo Gobernador Pablo Collado, el mismo año de mil y quinientos y cincuenta y nueve, y habiéndole informado el Diego García de Parédes, que estaba en la misma ciudad del Tocuyo, del agravio que se le habia hecho en quitarle la jornada de las provincias de los Cuicas, en que él habia comenzado á trabajar y fundar, como hemos dicho, revocando el Gobernador la conducta y poderes que tenia de su antecesor el Francisco Ruiz, los dió de nuevo al Diego García para que volviese á la misma provincia, y tomando en sí los españoles que tenia el Francisco Ruiz en la ciudad de Mirabel, reedificase de nuevo donde le pareciese su nueva ciudad de Trujillo, haciendo nueva eleccion de Justicia y Regimiento y nuevas encomiendas en los vecinos de los pueblos de los naturales. Salió luego que recibió los recados al efecto el García de Parédes, por ser lo que tanto deseaba, y llegando á la nueva ciudad, y presentada la comision, que fué admitida sin ruido, puso en ejecucion toda la instruccion que llevaba, enviando á la ciudad del Tocuyo á Francisco Ruiz, y poniéndole él á la suya el nombre que le habia puesto primero de Trujillo, con no sé qué adjetivo, á contemplacion del Pablo Collado, como dijimos habia hecho en la de Nirva, si bien éste luego se perdió, y quedó con solo el nombre de Trujillo.

Permanecieron todos en este sitio con el García de Parédes el tiempo que bastó para tomar experiencia de las incomodidades que habia en él para la salud, á causa de las grandes y ordinarias aguas y humedades con muchos truenos y rayos; con que determinaron pedir licencia al Gobernador para mejorarse en sitio, como lo hicieron pasando el pueblo á la cabeza de un ancho valle de sabana limpia, en las playas del rio de Bocono y de Tostos, como dijimos, pareciéndoles ser más apacible el sitio y estar más en medio de los naturales, y con eso más acomodado para servirse de ellos; comenzaron luego desde aquí á acabar de confirmar en su paz y amistad á los que la tenian muy asentada y conquistar y pacificar á los demás, que hasta allí no habian dado muestras de ninguna. En este sitio y ocupaciones estaban cuando llegó huyendo de este Nuevo Reino (á que le amparase Diego García de Parédes) el Capitan Juan Rodríguez Suárez, vecino de la ciudad de Pamplona, en el mismo Reino, y primer poblador de la de Mérida, por causas que le acumularon, comunes á todos los descubridores y conquistadores, sino que tuvo desgracia en tener émulos que las ponderasen, más en él que en otros, como diremos en la segunda parte, tratando de la poblacion de la ciudad de Mérida.



SEXTA NOTICIA HISTORIAL

DE LAS

CONQUISTAS DE TIERRAFIRME

CAPÍTULO I.

I. Dáse cuenta en suma de las facciones que hizo Pedro de Ursua ántes de entrar en el Perú, y de cómo entró en él.—II. Dan noticia en el Perú ciertos indios brasiles de Provincias muy ricas que habia en las comarcas del rio Marañon.—III. Determina el Marqués de Cañete haga Pedro de Ursua una entrada en demanda de estas Provincias, y despáchale recados para ello.—IV. Levántanse en el Perú varias opiniones acerca de la jornada.

POR nuestros pasos contados hemos llegado ya con la Historia á los tiempos en que sucedieron las tiranías de Lope de Aguirre, y siendo tan propio de ella el contarlas, por haber tenido éstas en el rio Marañon sus principios, y en el pueblo de Bariquisimeto sus fines (todo tan dentro de los términos de la Historia, como hemos visto) no podremos excusar el dar larga relacion de todo lo que este tirano hizo, y le sucedió, que tomándolo desde sus primeros pasos, fué así.

Despues de haber entrado el Capitan Pedro de Ursua (natural del Reino de Navarra, de un pueblo llamado Ursua, cerca de la celeste ciudad de Pamplona) en la ciudad de Santafé, del Nuevo Reino de Granada, con su tio el Licenciado Miguel Díez de Armendariz, primer Juez de residencia, que entró en ella despues de descubierto el Reino, y poblada la ciudad desde donde el Pedro de Ursua bajó á poblar la de Pamplona, en el mismo Reino, y de haber entrado en las conquistas de los indios muzos, y poblado en ellos la ciudad de Tudela, y despues de haber bajado á Santa Marta y haber hecho en ellas facciones muy dignas de su hidalga sangre, y haber vuelto de allí otra vez á la de Santafé á dar cuenta de lo que hizo, bajó por el rio grande á la de Cartagena, con intento de subirse desde allí al Perú por Panamá, y poniéndolo en ejecucion hasta llegar á esta ciudad, en tiempo que estaba algo afligida con las infestaciones que cada dia recibia de unas cuadrillas de negros cimarrones que andaban en el monte, se dispusieron las cosas en ella de manera que habiendo llegado mucho ántes la fama de sus brios y buena cuenta que habia dado, de cuantas conquistas se habia encargado, que se le encargó tambien la de la pacificacion y castigo de aquellos negros alzados, y habiendo salido tan lucidamente de ella como de las demás, de que hablaremos en la segunda parte, tomó la vuelta del Perú (que no debiera) buscando más gruesa ventura y hacienda que la que hasta allí habia adquirido, á donde llegó ya a la ciudad de Lima, el año de mil y quinientos y cincuenta y ocho, siendo Virey de aquella ciudad (digno de eterna memoria) Don Andres Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete.

Corrian en estos tiempos en aquella ciudad de Lima (y comunmente en todas las Provincias del Perú) unas valientes noticias, que habian dado de unas ricas Provincias ciertos indios Brasiles, que viniendo huyendo, como ellos decian, de sus tierras, que eran las costas del Brasil, de donde salieron en conformidad más de dos mil indios, con propósito de ir á poblar otras Provincias que más les agradasen, por no caber ya en las suyas, respecto de la mucha gente, si bien algunos son de parecer que más hicieron estos indios esta jornada por hartarse de carne humana en otras partes; vinieron á dar despues de diez años que caminaron, trayendo en su compañía dos españoles portugueses, parte por el rio Marañon, y parte por tierra, atravesando diversas provincias, á la de los Motilones, en el Perú, á donde

llegaron por un famoso rio que sale de ella y entra en el Marañon. Daban las noticias, muy en especial de la Provincia de los Omeguas, que como ya dejamos tocado, piensan algunos que era la misma que halló Felipe de Utre, con nombre de Omeguas, de quien tambien la habia dado, como dejamos dicho, el Capitan Francisco de Orellana, cuando bajó por este rio Marañon, desgaritado de la jornada que hizo con Gonzalo Pizarro á las Provincias de la Canela. En éstas de quien daban estos indios las nuevas, fingió luego la fama en el Perú estaba el hombre Dorado, y si no era con esta consideracion de hombre Dorado, era con solo aquel nombre campanudo que habia volado por aquellas tierras, desde que tuvo el principio en la ciudad de Quito, que dejamos dicho, con que se alteraron los ánimos de tanta gente vagabunda, como siempre andaba en el Perú, para ir en demanda de estas noticias, de manera que ya traia al Virey con cuidadosos desvelos el buscar modo con qué aplacar aquello ó dar salida conveniente á tanta gente como lo pretendia para ir en su demanda.

Habiendo sabido (y aun experimentado) ya el talento del Pedro de Ursua, le pareció al Marqués habia hallado hombre á propósito á quien encomendar la jornada que pretendia se hiciese para este descubrimiento, con que tambien se le pagaran algunos de los servicios (porque en realidad hasta allí aun no lo estaban) que habia hecho en servicio de su Majestad, en especial en la pacificacion de los negros, y vueltas de eso se sangrarian las Provincias del Perú de tanta y tan corrompida sangre de gente ociosa, como dijimos á la sazon tenian, con que le amenazaban y se podian temer otros alzamientos, como los que hasta allí habian puesto en peligro aquel tan pingüe y famoso Reino ; cosa en que siempre debe tener puesta la mira el que lo gobierna, si quiere excusar los lastimosos sucesos que hasta aquí hemos visto. Determinando el Virey de encargar esta tan famosa jornada al Pedro de Ursua, le despachó largas Provisiones y títulos de Gobernador de las Provincias que fuera descubriendo y conquistando ; con poderes de elegir oficios y oficiales, premiar los conquistadores que le acompañasen, segun los trabajos y servicios de cada uno ; encomendándoles los indios conquistados y para poblar las villas y ciudades de españoles que le pareciese convenir para la dilatacion de la fé y Corona del Rey, en cuyo nombre le prometia, despues de haber fundado, algunos honrados títulos, como los Reyes lo han siempre acostumbrado hacer con los que han descubierto y poblado estas Provincias, que con todas estas esperanzas estaban de las que intentaban descubrir.

No fué perezosa la fama en llevar luégo la determinacion de esta jornada por todos los pueblos de las Provincias del Perú, con que se fué luégo alterando gente de toda broza para seguirla, y aun levantándose opiniones diversas, no solo entre gente de vulgo, sino aun entre lo más granado y principal, desdorando con malicias que arrojaban en corro en las conversaciones, la sana intencion con que el Marqués se movia á hacerla y el Pedro de Ursua á admitirla, pretendiendo unos con esto atajarla por sus particulares fines, y otros por sola malicia que tenian por oficio, como gente ociosa, á deslustrar buenos deseos. Decian que no era ocasion aquélla en que el Virey emprendiera una cosa tan grandiosa, y que era imposible verle los fines que deseaba (cuando fuesen muy buenos) en su tiempo, pues ya habia nueva de que estaba proveido en sucesor suyo D. Diego de Acevedo (de que segun decia estaba algo sentido el Marqués, teniendo por agravio que le hacia su Majestad, el quitarle ántes de tiempo aquella plaza) y que si esta provision era así, no podia dejar de serle de grande inconveniente en su residencia el haber sacado de la casa Real buena suma de oro para ayuda á los gastos de la jornada, con esperanzas de sacar de ella para satisfacerlo, y mucho más. A estas cosas añadian sin fundamento otras, que aunque no las unas ni las otras lo tenian, bastaron para que viniendo á oidos del Virey, se entibiara algo el calor con que habia comenzado á dar favor á la jornada y ayudas de costa al Pedro de Ursua. Duró este resfrio (con que ya tambien lo estaban los que habian tomado la jornada con algunos brios) hasta que vino nueva que don Diego de Acevedo habia muerto en Sevilla, con que tornó el Marqués á fomentar la salida, y todos los demás á alentarse y animar al Pedro de Ursua, en quien ya tambien habian entrado algunas desganas de tomar la empresa á su cargo, por los muchos inconvenientes, demás de los dichos, que no solo sus pocos aficionados, sino aun sus muy amigos, le representaban habian de seguirse de ella, que parece eran todos unos presagios del miserable fin que ella tuvo, como veremos.

CAPÍTULO II.

I. Toma á su cargo Pedro de Ursua la fábrica de los bergantines para la jornada, y hace su Teniente general á Pedro Ramiro.—II. Sale Pedro de Ursua de Lima con su gente, y llega al pueblo de Moyobamba.—III. Habiéndole prometido el Cura de este pueblo prestar dos mil pesos, dase traza cómo cobrarlos.—IV. Despacha Ursua parte de su gente desde los Motilones á otras Provincias donde se sustenten.

MIÉNTRAS se despacharon desde la ciudad de Lima (ya entrado el año de 1559) Capitanes para hacer leva de gente para la jornada en algunos pueblos Chacaras y otras partes convecinas á la ciudad, para que despues de junta no se detuviera (que suele ser de inconveniente) por falta de embarcacion para los rios por donde habian de entrar, tomó el Pedro de Ursua (como cosa de más importancia, para dar principio á todo) el disponer cómo se hiciesen los barcos, y así buscando con toda diligencia carpinteros de ribera, que son más á propósito para esto, calafates y otros oficiales de hacer navíos, que por todos se juntaron veinte y cinco con otros doce negros carpinteros que entendian tambien de esto, y habiéndose hecho toda la clavazon y herramientas y lo demás necesario á la fábrica de los barcos, tomó la vuelta de la Provincia de los Motilones, por donde, como dijimos, habian salido los Brasiles que habian dado las noticias, y se habia de dar principio á la demanda de ellas. Estaba en esta Provincia un pueblo de españoles, llamado Santa Cruz de Capocoba, recien poblado por un Capitan llamado Pedro Ramiro, que á la sazon estaba en él gobernándolo por el Rey y sustentando la poblacion. Llegó aquí Pedro de Ursua con toda su gente, oficiales de los barcos, y habiéndose informado de un sitio á propósito á las márgenes de un rio donde se pudieran hacer con comodidad de buenas maderas, salió del pueblo y caminando el rio abajo hasta veinte leguas, halló el sitio como lo deseaba, y habiendo dado órden á los oficiales, cuyo maestro mayor era un Juan Corzo, del número de los bergantines que habia de hacer y su tamaño, y nombrando por su Teniente general al Pedro Ramiro, principalmente para que tuviese cuidado de dar priesa á la fábrica de los barcos, y que fuese recogiendo la gente y soldados que fuesen llegando al pueblo de Santa Cruz, tomó la vuelta de la ciudad de Lima, para ir desde allí enviando la gente y soldados que los Capitanes hubiesen juntado.

El caudal de Pedro de Ursua era tan poco (con haber sido tantas las jornadas y ocasiones que habia tenido para que fuese bien crecido), que con haberle ayudado el Virey y con algun oro prestado de la Real caja, y haber sacado alguno de otros arbitrios que se le dieron, no fué bastante á la costa de tan gran máquina como se movia para la jornada, con que se retardó casi un año en disponerse de todo punto; y sin duda durara esto más tiempo ó no tuviera efecto, si muchos vecinos sus aficionados y otras personas que se prometian intereses de ella, no le socorrieran con dineros para proveer necesidades de soldados, repararse de pólvora, cuerda, arcabuces, caballos y otras armas y municiones; ganados, matalotajes y otras cosas que no se podian excusar. Al fin, despues de tan largo tiempo, dispuesto todo lo mejor que se pudo, y habiendo enviado Pedro de Ursua la más de la gente delante, partió de la ciudad de los Reyes como en retaguardia de todos, para reparar que no se le volviesen algunos que ya estaban desganados de seguirlo. Llegó á un pueblo de españoles llamado Moyobamba, que estaba en el camino, donde hacia oficio de Cura un clérigo que se decia Pedro de Portillo, que á costa de su estómago habia juntado hasta cinco ó seis mil pesos que tenia en oro. El cual viendo las valientes noticias que llevaba el Pedro de Ursua y la gente tan lucida que le acompañaba, codicioso de acrecentar su caudal y aun por ventura su dignidad con algun Obispado en la nueva tierra que se descubriese, trató con el General Ursua que le hiciese su Cura y Vicario de aquella jornada, y que demás de ir administrando estos oficios, en ella le prestaria hasta dos mil pesos con que se pudiese acabar de aliviar. Vió el Ursua los cielos abiertos, como dicen, con el préstamo, y no reparando en prometer él lo demás, aceptó la manda de los dos mil, en cuya virtud fué luégo empeñándose en cosas que no lo hiciera sin esta confianza.

Comenzó luego el clérigo á tener poca de la jornada, y por locura lo que queria hacer en seguirla y más en haber prometido los dos mil: y arrepentido de lo dicho y mudado propósito, comenzó á dar excusas con que salirse afuera de todo. Estas no le estaban bien al Ursua admitir, pues por la palabra que le habia dado se habia alargado á empeñar en

cosas que no podia pagar si no se la cumplia y daba los dos mil pesos, con que se veia apretado para pagar el empeño de dar trazas el Pedro de Ursua como apretar al clérigo á que cumpliese lo prometido. Hallábanse á la sazon en el mismo pueblo de Moyobamba, entre los demás soldados de la jornada, un don Juan de Várgas, que despues fué Teniente del Ursua, don Fernando de Guzman, Juan Alonso de la Bandera, Pedro Alonso Casco y Pedro de Miranda Mulato, toda gente matante y de arriscadas conciencias, con quien comunicó el Ursua la afliccion con que andaba y deseo que tenia de que se diese traza cómo el clérigo exhibiese los dos mil. No fué dificultoso, entrando en ella un poco de violencia, el trazarla entre los cinco ó seis ; y fué que fingiesen una noche que el don Juan de Várgas (que á la sazon estaba retraido en la iglesia y con dos heridas) se estaba muriendo, y yendo uno á llamar al padre Portillo con achaque de que le viniese á confesar, en saliendo de su casa le echasen mano los demás en cierto puesto é hiciesen firmar un libramiento de los dos mil pesos, que llevaria ya hecho, para un mercader que sabia le tenia guardado todo su caudal. Como lo trazaron lo efectuaron luégo, pues venido el clérigo á donde estaba el don Juan de Várgas, que era un aposento de la iglesia, le pusieron los arcabuces á los pechos é hicieron firmar el libramiento, que luégo al punto se cobró, sin aguardar á la mañana ; y sin querer soltar al clérigo desde la iglesia, lo llevaron así como estaba ó de fuerza ó de grado : viendo que ya le habian llevado sus dos mil al pueblo de Santa Cruz de Capocoba, donde estaba ya la mayor parte de la armada junta, y donde le forzaron á dar con la misma violencia los tres ó cuatro mil pesos que le quedaban, con que le hicieron al pobre clérigo dar de golpe lo que poco á poco y á costa de abstinencias en mucho tiempo habia juntado. Y no fuera tanto el mal si se concluyeran los suyos en esto, y no se le siguieran infinitas inquietudes en la jornada. Pero todo lo pagaron con crueles muertes los que le hicieron la fuerza, como diremos.

Ya estaba la mayor parte de la gente de la jornada en el pueblo de los Motilones, Santa Cruz, cuando llegó á él el Gobernador Pedro de Ursua (que ya llevaba este título sin saber aún de dónde lo era), y aunque aquella Provincia era fértil y ayudó mucho al sustento de la gente, por ser mucha, se iba ya dando fin á las comidas, con que le fué forzoso al Gobernador enviar parte de ella á una Provincia llamada de los Tubalosos, no léjos de aquélla, para que miéntras llegaba el tiempo de la embarcacion se sustentasen en ella algunos dias, señalando por caudillos de la que hubiese de ir á dos principales y amigos suyos, el uno llamado Francisco Díaz de Arles, muy su deudo y amigo muy del alma, por haber andado siempre á su lado desde que salieron de Navarra, en cuantas facciones se habia hallado el Ursua ; y el otro Diego de Frias, criado del Virey y su muy recomendado, que llevaba cargo de Tesorero de la armada. Andaban estos dos escogidos contra el Corregidor Pedro Ramiro, desde que el Ursua lo hizo su Teniente general (como dijimos), por pretender cada uno de los dos el mismo cargo, como lo dieron á entender tan á costa suya y del Ramiro en esta ocasion, que el Gobernador, aunque estaba satisfecho de los dos caudillos y soldados que enviaba para más asegurarse, y por ser vaqueano de aquellas tierras, conocido y temido de los naturales de ellas, envió tambien al Pedro Ramiro hasta que los pusiese en la Provincia donde iban, y confederase en buena amistad á los principales Caciques de aquellos pueblos con los caudillos y soldados, con lo cual tomase luégo la vuelta del pueblo de Santa Cruz.

CAPÍTULO III.

I. Fué mucho el sentimiento que tuvieron los caudillos Arles y Frias de llevar consigo al Teniente Pedro Ramiro, por lo cual determinan matarlo—II. Matan los dos caudillos al Teniente Ramiro—III. Va el Gobernador Pedro de Ursua en persona á aprehender los delincuentes—IV. Envíalos al pueblo de Santa Cruz, donde les hizo cortar las cabezas por el delito.

NO fué como quiera el sentimiento que tuvieron los dos caudillos Arles y Frias en que les hubiese nombrado por superintendente al Pedro Ramiro, por las acedias que traian con él por lo dicho; y haciendo caso de honra que él los mandase, á pocas jornadas de como salieron del pueblo, determinaron los dos volverse á él, y poniéndolo en efecto, le dieron cantonada una noche, y habiendo caminado algunas leguas, les insistió el demonio (que no debió de ser otro el autor), que seria mejor, dejando el camino que llevaban, tomar otro, de matar al Teniente Pedro Ramiro. Conferian entre sí esto, y facilitábaselo el que se lo habia inspirado, con la estrecha amistad que ambos tenian al Gobernador Ursua, en que

podian confiar que los defenderia ó disimularia con ellos cualquier maldad que cometiesen, solo andaban vacilando en el modo, por estar ya persuadidos al hecho. En esta indeterminacion estaban cuando llegaron á ellos otros dos soldados que se habian tambien desgajado de los que iban delante, tambien sus grandes amigos, que por ventura por haberlos echado ménos los volvian á buscar, el uno llamado Grijota y el otro Alonso Martin, á los cuales habiéndoles preguntado la razon por qué habian dejado al Teniente, respondieron los dos caudillos que el Ramiro los habia despedido y quedado con toda la gente con intentos de alzarse con ella y entrarse en ciertas provincias de que tenia noticias, para poblar en ellas; y que si gustaban de juntarse con ellos, harian un muy gran servicio á su Majestad y al Gobernador en aprehender al Ramiro y atajar los pasos á aquel alzamiento. No pudieron los dos soldados dar alcance á los intentos de los dos caudillos por entónces, por habérselos paliado con aquellas palabras que parece daban alguna verdad aparente. Y así, dándoles crédito y diciéndoles seguirian en todo, tomaron todos cuatro la vuelta de donde iba marchando el Ramiro, con intentos de poner en ejecucion su determinacion en la primera ocasion que se les ofreciese.

A pocas leguas que anduvieron dieron vista al Pedro Ramiro en el paso de un rio caudaloso, donde les fué forzoso (por no haber más de una pequeña canoa para pasarlo y no ser posible hallarle vado), que fuese pasando toda la gente de servicio y soldados primero que él, lo cual estando mirando en asecho los cuatro que le iban en los alcances, viéndole solo con un compañero que le habia quedado, por haber ya acabado de pasar la gente, aprovechándose de la ocasion salieron de donde estaban escondidos, y saludándolo con diferentes palabras de los intentos, habiéndolo asegurado con ellas, se abrazaron de repente todos de él y le quitaron las armas, y diciendo y haciendo mandó el Pedro de Frias á un esclavo suyo que venia con él, le diese garrote, como lo hizo luégo, y tras esto le cortó la cabeza. El mozo que acompañaba al Ramiro, teniendo modo de escaparse, volvió con brevedad al pueblo de los Motilones y dió noticia del caso al Pedro de Ursua, que lo sintió notablemente. Los cuatro, pareciéndoles quedaban victoriosos con aquella tan atroz maldad, en llegando la canoa á la barranca que venia á pasar al Pedro Ramiro, entrándose en ella, pasaron á la otra banda con la gente, á quien persuadieron haber hecho aquello con órden que tenian del Gobernador Ursua, por haber sido informado que el Capitan Ramiro se queria alzar con ellos, con que los sosegaron, y pretendiendo hacer lo mismo al Pedro, por si acaso le habia informado el mozo compañero del Ramiro de otra suerte, le despacharon los matadores un amigo suyo, con quien le enviaron á decir que el Capitan Pedro Ramiro quedaba preso por su órden, por haber querido alzarse con la gente, y ellos como servidores de su Majestad y de su Gobernador le habian hecho aprehender, hasta que su merced mandase lo que se habia de hacer en el caso, de cuya verdad, estando ya avisado el Gobernador por el mozo, no dió al segundo mensajero crédito, si bien disimuló con él, sin hacer demostracion de alterarse por el embuste que le traia. No faltó quien, echando juicios sobre este suceso, se determinase á decir que se habia efectuado por los dos caudillos para dar ocasion al Pedro de Ursua á que se alzase con la gente, viendo el mal suceso que á los primeros pasos iba teniendo su jornada, y diese la vuelta al Perú, como los dos Arles y Frias habian dado grandes muestras en muchas ocasiones de desearlo.

El gran sentimiento que tuvo el Gobernador de este suceso, y los temores y sospechas de que podian suceder otros peores, amotinándose los soldados contra los cuatro matadores del Ramiro, no sosegaba, hasta que determinó partirse solo con cuatro ó seis criados, y tomar la vuelta de donde éstos estaban, y se determinó ir sin ruido de gente y á solas, pareciéndole se negociaria mejor por aquel camino, fiado de la mucha confianza que tenia de los dos caudillos, por su mucha amistad, como dijimos, y tambien porque si le veian ir de mano armada á prenderlos (temiéndose del castigo y pena que merecia su culpa) por ventura se alborotarian, y anteponiendo sus vidas á la amistad, podrian suceder otros escándalos y mayores daños que hasta allí; y así solo con este nombre del Rey, que con tan justo título es amado de los buenos y de los malos temido, llegó á donde estaba la gente y los matadores tan inopinadamente, que no tuvieron estos cuatro lugar de alterar á los demás para contra el Gobernador, que nunca pensaron fuera á ellos en persona; y así solo procuraron los cuatro poner en cobro las suyas, escapándose como pudieron de la presencia del Gobernador, tanto (por ventura) por vergüenza de no parecer ante él con tan grave delito, como por huir de la pena. No hizo alborotos de esto el Ursua, por parecerle no era ese el camino de haberlos á las manos, ántes quedando con mucho sosiego, sin ninguna muestra de

alteracion, les envió á decir no ser justo que unos hombres de sus calidades y prendas se hiciesen culpados con la fuga en un caso como aquél, en que notoriamente se habian mostrado muy serviciales de su Majestad; y que caso que fuera otra cosa, bien sabian en las obligaciones que les estaba de servirles y favarecerles en todo, y que era mejor pareciesen, para que los librase, que caer en manos de otro Juez que los castigase.

Fueron bastantes estas y otras razones y buenos comedimientos, á poner confianza en los dos caudillos de buenos sucesos en su negocio, con la cual determinaron venir á donde estaba el Pedro de Ursua, que para más asegurarlos los despachó luégo al pueblo de Santa Cruz, donde les prometia se daria el mejor órden que se pudiese para librarlos. Partió tras ellos el Gobernador, despues de haber puesto órden y caudillo á la gente y soldados que quedaban en las Provincias. Habiendo llegado pocos dias despues de ellos al pueblo de Santa Cruz, los hizo luégo prender y asegurar con prisiones, y comenzando á hacerles la causa con el asesor que traia en el ejército, y guardándoles todos los términos del derecho, aunque el crímen habia sido tan grave y notorio, conclusa la causa, los condenó á degollar, si bien ellos, aun notificadas ya las sentencias, no acababan de creer iba aquello de veras, por las blandas palabras que les habia hablado y atraido hasta allí, y que solo habia hecho aquello por cumplir con su oficio de Juez y hacerse temer á todos los de su ejército, pero que sin duda les otorgaria la apelacion para la Real Audiencia de Lima; lo que tambien tuvieron por cierto muchos de los del pueblo y compañía, sabiendo la amistad y parentesco que habia entre ellos y el Juez: pero el Gobernador, posponiendo estas dos cosas á la justicia que debia hacer sin aceptacion de personas, aunque era su propia sangre, la quiso hacer derramar para no dar ocasion de nota de hombre remiso, y por lo mucho que importaba para el gobierno de tanta gente como llevaba á su cargo; y así, pareciéndole ser muy mayores estas obligaciones que las de amistad, mandó que pospuesta toda apelacion, les cortasen públicamente las cabezas, como se hizo.

CAPÍTULO IV.

I. Quedan con recelos en el Perú de algun alzamiento en la jornada de Pedro de Ursua; escríbele sobre ello un amigo suyo.—II. Despacha el Gobernador dos tropas de soldados á buscar comidas, y una se alarga con treinta el rio abajo, más de doscientas leguas.—III. Fortifícase García de Arce con sus soldados en la isla, donde se defendieron de los indios.—IV. Usan los españoles una terrible crueldad con los naturales, que les vienen de paz.

NO quedaron del todo seguros el Virey y Oidores ni aun toda la ciudad de Lima de la jornada de Pedro de Ursua, luégo que volvió las espaldas para comenzarla, por ver iba en ella mucha gente facinerosa é inquieta de la que se habia hallado en los alzamientos y rebeliones de Gonzalo Pizarro, Francisco Hernández Giron, don Sebastian de Castilla y de los Contréras, y que el número de gente era crecido, pues llegaba á casi trescientos hombres, con que si quisiera el Ursua revolver al Perú, no les pusiera en menores trabajos que los que tuvo con los dichos, que por no ser de los términos de esta Historia y estar en otras muchas escrito, no me estorbo en tratarlos. Acrecentándose iban estas sospechas cada dia más, fomentadas de gente holgazana y mal intencionada, y que por ventura deseaban esto, cuando los sacó de ella la nueva que les llegó de la justicia que habia hecho del Francisco de Arles y Frias, el Pedro de Ursua, con que no solo quedaron del todo quietos los ánimos del Marqués y Oidores, pero aun loando el hecho y gobierno del General, se prometieron grandes sucesos y dichosos fines de la jornada, si bien algunos supersticiosos echaban juicio fundado en las muertes que se habian dado á los dos, que pues se habia comenzado el viaje en sangre, habia de parar en eso; que aunque sucedió así, fué vanidad colegir lo uno de lo otro. De todas estas ocasiones la tomó un Pedro de Linasco, vecino de las Chachapoyas, grande amigo del Pedro de Ursua, y bien experimentado en jornadas y de gran conocimiento de muchos de los que iban en ésta, y de las ocasiones que lo suelen ser de alzamientos, para escribirle una carta en que le avisaba de las sospechas con que todos quedaban en el Perú, de muchos de los soldados que llevaba, que por ser gente facinerosa y bulliciosa le podrian ser de grandes inconvenientes, y aun por ventura causa de su muerte; y en especial se podia sospechar esto de Lorenzo de Salduendo, Lope de Aguirre, Juan Alonso de la Bandera, Cristóbal de Chávez, un don Martin y otros que tambien nombraba, diciendo que por diez ó doce hombres más ó ménos no habia de dejar de proseguir su jor-

nada, y así le rogaba los echase de su compañía ; y que si la compasion de verlos pobres y necesitados le era ocasion á no hacer esto, no reparase en ello, pues se los podia enviar á él, que por su comodidad estaba dispuesto á sustentarlos, entre tanto que descubria la tierra que iba buscando, y cuando le pareciese podria enviar por ellos y hacerles en ellas el bien que gustase.

Y que así mismo le rogaba como amigo, por lo mucho que tambien esto le importaba, no llevase consigo á doña Ines de Atienza (ésta era hija de un Blas de Atienza, vecino de la ciudad de Trujillo, viuda de Pedro de Arcos, vecino de Piruta, con quien se habia revuelto el Pedro de Ursua, dicen que á título de casarse con ella, mujer gallarda y de muy buen parecer), pues de más de ser una cosa tan fea, y de tan mal ejemplo para todos sus soldados, se le seguirian mayores daños de los que él pensaba, y que si se determinaba á dejarla, él daria órden cómo ponerla en cobro, de suerte que no entendiese la doña Ines que él habia sido el que habia mandado se quedase, ni aun sido consentidor de ello. No hizo la impresion que debiera esta carta de amigo en el Gobernador, que aunque hombre de despabilado entendimiento, de pocos años y no tanta experiencia como habia menester para una tan grande máquina como tenia á su cargo, no le tenian aún abierto camino para mirar lo de adelante ; y así no solo no puso en ejecucion lo que le avisaban más que en solo hacer volver al Perú al don Martin (uno de los encartados), pero aun no quiso responder á ella, que á hacer lo que le aconsejaba, por ventura se librara de la muerte que los que nombraba le dieron, de que no fué poca ocasion y piedra de escándalo la doña Ines.

Viéndose ya Pedro de Ursua en el pueblo de los Motilones, Santa Cruz, acabada de llegar toda su gente, despachó delante cien hombres, y por su Capitan á don Juan de Várgas, para que en llegando por tierra al rio de Cocama, subiesen por él con las más comidas que pudiesen haber juntado en las Provincias por donde habian de pasar, y teniéndolas á la boca del rio aguardasen allí, para que cuando llegase el General con el resto de la gente, las hallase juntas, y sin detenerse pasasen adelante. Tambien despachó á un García de Arce, grande amigo y confidente suyo, que cón treinta hombres se adelantase á una Provincia, veinte leguas el rio abajo del astillero de los bergantines, á quien llamaban la de los Caperuzos, por cierta manera de bonetes ó caperuzas que traian sus naturales, y que juntando tambien á la márgen del rio toda la comida que pudiesen, esperase al Capitan Juan de Várgas, y ambos le aguardasen allí para que todos juntos fuesen prosiguiendo por las corrientes del rio. Partióse á la faccion el García de Arce con sus treinta compañeros, en una balsa que se hizo para el efecto, y ciertas canoas del astillero, y por no haber querido, ó por otra ocasion é intentos que él tenia, no le pareció aguardar al don Juan de Várgas donde se le mandó, ántes habiendo cogido algunas comidas en la Provincia de los Caperuzos, que fueron bien pocas, pasó el rio abajo la boca de Cocama, y otras más adelante, hasta alargarse más de doscientas leguas el rio abajo, que pasó con hartas hambres, trabajos y riesgos de su persona y toda su gente, hasta llegar á una razonable isla que hace el rio, á quien por este respecto llamaron la isla de García. Entre los riesgos que por el camino tuvo, no le faltaron más que dos soldados españoles, que saltando en cierto paraje en tierra á buscar comidas, se entraron por un arcabuco, y debieron de alargarse tanto, que no atinando despues á salir al puesto de los compañeros, al fin se quedaron allí, sin tener más rastro de ellos, porque la necesidad de comidas no solo no les dejaba reparar mucho en sitios donde no las habia, pero aun les forzaba á comer caimanillos pequeños que mataba con su arcabuz el García de Arce, en que era muy diestro.

Llegados á esta isla (donde por haber algunos naturales, aunque belicosos) repararon su hambre, trataron luégo por lo mismo (y por si acaso se retardaba, como sucedió, el llegar allí el Pedro de Ursua con la gente) de fortificarse en un sitio acomodado, con grueso palenque, donde defenderse de las continuas guazabaras que les daban los indios, así por tierra como por el rio, que eran tantas, que si milagrosamente no los guardara el cielo, sin duda no fueran ellos poderosos á su defensa, por ser solos treinta, y ménos, como hemos dicho, mal aderezados de armas defensivas y ofensivas, pues no se hallaban más de con dos ó tres escopetas, y los indios que les acometian pasaban á veces de dos ó tres mil ; con todo eso los pocos arcabuces eran bastantes, por ver los indios el estrago que les hacian para desbaratarlos ; y tal vez sucedió que apretados de la guerra los soldados, habiéndoseles acabado la municion, metió el García de Arce en el cañon la baqueta, y disparándolo á la gente de una canoa, la principal y que más les apretaba en la guazabara, la desbarató é hizo cayese al rio casi toda su gente con la baqueta. Tanto fué el temor que tomaron los

que quedaron sanos del efecto que hizo en los heridos. En otra ocasion en que tambien se vieron apretados, con una bala enramada derribó seis indios, que como estaban desnudos, era mucho el estrago que se hacia en ellos, con que tuvieron por mejor los bárbaros (con ser tanta la multitud) volver las espaldas en esta ocasion, que fué la postrera, sin que se atrevieran á volver más á picarles con guazabaras, ántes entrando en consulta, atemorizados de lo que les habia sucedido hasta allí, determinaron entre ellos ser lo más acertado asentar amistad con los españoles, con cuyo intento, sin haber avisado primero á los soldados, vino á ellos un dia cierta cantidad de indios, y con señas de amistad y algunas comidas, en su confirmacion se las dieron, y afablemente comenzaron á tratar con los nuestros.

Los cuales, sospechosos de estas muestras de amistad, y que podia ser para paliar con ellas alguna traicion, acordaron ganarles por la mano, y encerrando en un bohío de los que tenian dentro del palenque casi cuarenta de ellos, les quitaron las vidas á estocadas y puñaladas aquellos hombres temerarios. Voló por este hecho, por todas aquellas tierras, la fama de las crueldades de los españoles, de manera que de solo oir su nombre temblaban todos los naturales, y sin defender sus casas ni lo que en ellas tenian, si sabian iban á ellas los soldados, solo procuraban poner en cobro sus personas; con que pudieron pasar estos treinta en esta isla tres meses, que se retardó el Pedro de Ursua hasta llegar á ella desde que ellos llegaron.

CAPÍTULO V.

I. Comienza don Juan de Várgas su navegacion, hasta que llega á la boca de Cocama.—II. Aguardó allí el don Juan, con algunas comidas, hasta que llegó el General Ursua.—III. Abrense los bergantines al echarlos al agua, con que se acomodó mal la embarcacion de todos.—IV Comenzó á navegar el rio abajo el General con toda la gente, y llegó á la Provincia de los Caperuzos.—V Despachó desde aquí el bergantin, que fuera á dar aviso de su ida á don Juan de Várgas.

A pocos dias de como salió García de Arce del pueblo de los Motilones, se despachó tambien el don Juan de Várgas con su gente, la vuelta del astillero, de donde tomando uno de los bergantines que tenian ya acabados, y algunas canoas, partió el rio abajo á los primeros de Julio del año de sesenta, en demanda de la Provincia de los Caperuzos, de donde pasó adelante sin detenerse, por no haberse hallado allí al García de Arce, entendiendo estaria en la boca del rio de Cocama, como se le habia ordenado, en cuya demanda fué prosiguiendo el rio abajo, hasta que llegando á la boca del Cocama, y no hallándole tampoco allí, fué siguiendo el órden que llevaba de subir por este rio á buscar comidas, ejecutando esto por su persona en canoas, por ser más fáciles para subirlo, dejando algunos soldados de los más enfermos, que ya iban algunos, y de los ménos útiles, en la boca del rio, en guarda del bergantin. Veinte y dos jornadas fueron bogando el rio arriba, sin hallar poblaciones donde poderse detener á lo que iban, hasta que despues de éstas toparon algunos pueblos razonables, con gran suma de maíz, de donde despues de haber tomado muchos indios é indias para el servicio de la jornada, y todas las canoas y maíz que pudieron cargar, tomó la vuelta el don Juan de Várgas de la boca del rio, donde halló la gente del bergantin con hartas fatigas de hambre, pues habian llegado éstas á tanto, que de ella habian muerto tres españoles y muchos indios é indias de servicio, á que tambien ayudaban los achaques que sobrevenian con la tierra nueva y destemplanza del país.

Alegráronse todos con la llegada del don Juan, por el remedio que les trajo para tan grande enemigo como era la hambre: si bien se les olvidó presto este beneficio, pues tambien ellos con el resto de los soldados, en los dos meses largos que se detuvieron en el puesto sin ninguna ocupacion, aguardando al General, pareciéndoles ésta demasiada tardanza del Gobernador, comenzaron á trazar cómo saldrian de aquel puesto y mar dulce, que ellos llamaban. Dividiéronse en dos opiniones ó modos de motin para conseguir esto: á la una, que era la mayor parte de la gente, le parecia que matasen al don Juan de Várgas, y tomasen la vuelta del Perú por el mismo rio arriba de Cocama; la otra parte determinaba ser más acertado el dejarse allí vivo al don Juan, porque no les achacasen despues algo sobre su muerte, y que excusándola de todos los demás, que la tenian á la vista, tomasen la derrota que más conviniese, pues eran ciento, y fuesen á nuevos descubrimientos ó se volviesen al Perú; con que la una ni la otra tuvo efecto; si bien ayudó á esto el tratarse con flojedad y aun tan en secreto, que hasta que muy despues lo digeron algunos, no vino á los

oidos de don Juan, con que tampoco pudieron ser castigados los del motin, que acabó del todo de desvanecerse cuando llegó allí Pedro Galeas con algunos soldados y el General Ursua despues con el resto de la gente, como luego diremos.

El cual, en el tiempo que estuvo en el pueblo de los Motilones, Santa Cruz, supo tratar con tanta afabilidad la gente de él, que pudo acabar con todos sus vecinos, que dejando sus casas y comodidades y desamparado del todo el pueblo, le siguiesen con la demás gente, prometiéndoles premiar con larga mano sus trabajos sobre todos los demás que iban en la jornada, en todo lo mejor que en ella se descubriese. Finalmente, cebados de esto y de muchas cortesías con que el Gobernador los supo disponer, le siguieron todos los vecinos sin quedar uno en la poblacion, con todos sus ganados y menaje de casa. Estando ya sin que faltase nadie de su gente, el Pedro de Ursua en el astillero y los bergantines acabados, al echarlos al agua, por no ser la madera tan recia ni de la sazon que convenia, y la tierra demasiado húmeda, con que no habia dado lugar á que se secara, se abrieron los más sin quedar de provecho más de tres chatas y un bergantin, que fué causa de detenerse más tiempo que quisieran; haciendo de nuevo canoas y balsas donde cupiese la gente, que como era tanta y ya la incomodidad del lugar y pocas comidas les daban prisa, no pudieron detenerse á hacer todas las fustas que eran menester para gente, matalotaje y ganados; con que fué forzoso se quedase la mayor parte de ellos en el astillero con otros fardajes, pertrechos de guerra y aderezos de los soldados; y esto fué con tanta pérdida, que de trescientos caballos que tenian para llevar, solo se pudieron embarcar cuarenta, y de los otros ganados mayores y menores muy poco ó ninguno, quedándose lo demás (que era una gran suma) cimarron y sin dueño por aquellas dehesas. De todo lo cual fué tanto el comun disgusto que tuvo toda la gente, que casi amotinada se determinaba á tomar la vuelta del Perú, por no perder del todo sus haciendas, como lo hicieran, si el Gobernador no se diera tan buena maña en mitigar la alteracion, prendiendo á unos, alagando á otros, disimulando con otros y haciendo pláticas generales y amonestaciones á todos, haciéndoles y poniéndoles delante la miseria que era todo aquello que se les quedaba, respecto de lo mucho que esperaban tener de bienes de fortuna y gloriosa fama en la jornada que llevaban entre manos, añadiendo á vueltas de esto palabras con que daba á entender ser mayor su sentimiento de aquella pérdida, que el que podrian tener sus propios dueños, pues como Gobernador estaba despues obligado á la satisfaccion de todo, llevándolos Dios con bien á la felicidad de la tierra que se prometian.

Quedando con esto tan quieta toda la gente, que ni aun uno se le huyó, la hizo embarcar en el bergantin, balsas, canoas y chatas que estaban para navegar, y á los veinte y seis de Septiembre del mismo año se partieron todos del astillero, y comenzaron á salir el rio abajo, con harto disgusto todos, por lo que les iba siempre escociendo la pérdida del ganado y lo demás que no pudieron embarcar, y por la poca comodidad que llevaban para sus personas y riesgo de las vidas, por las estrechas y mal seguras fustas en que iban, y ser tal la grandeza del rio, que si en medio de él se veian en algun aprieto de borrasca, se podia temer la pérdida de todo lo que iba en ellas, ántes de poder tomar sus márgenes en qué asegurar la vida. El segundo dia de su navegacion, dejando por popa todas sus tierras, las perdieron de vista, y la dieron á la tierra llana, que todo lo era de allí adelante, hasta la costa del mar del Norte al bergantin, por ir tan mal acondicionado. Al tercero dia de su navegacion, dando en un bajo, le faltó un pedazo de la quilla, con que puso á riesgo de irse á pique él y toda su carga, como fuera sin duda, si no le remediaran la rotura con mantas y lana; arrimáronlo á tierra para hacerle este reparo, si bien el Gobernador, con las demás fustas, no se detuvo en esto, pues siguiendo su viaje llegó á la Provincia de los Caperuzos, donde halló á Lorenzo Salduendo, que habia enviado adelante, dos ó tres dias, en balsas y canoas, con ciertos soldados, á que le recogiese y tuviese allí junta alguna comida, como lo habia hecho.

Dos dias se detuvo aquí el Gobernador, esperando al bergantin, que llegó en ellos con harto trabajo, por ir siempre haciendo agua, y con riesgo cada hora de dejar la carga, por no haberles sido posible aderezarlo bien; pero habiendo hecho esto en otros dos dias que se retardaron á eso, y habiéndose repartido la comida que tenia allí el Salduendo entre toda la gente, mandó el Gobernador fuese delante el bergantin con toda la que habia traido hasta allí, y por caudillo de ella Pedro Alonso Galeas, con órden de que llegase á la boca del rio de Cocama y diese noticia al don Juan de Várgas de cómo ya él iba á los alcances, para que si acaso se detuviese él algo, la gente de don Juan le aguardase con algunas

buenas esperanzas, porque imaginaba el Pedro de Ursua no dejarian de estar con algun disgusto, por haberse retardado tanto. Caminó el bergantin en esta demanda, sin detenerse, hasta dar con la boca del rio de Cocama y gente del don Juan, que halló en las inquietudes (aunque secretas) que hemos dicho. Alegró á todos la llegada del bergantin, y por saber de él seria breve la del General, que partió luego á pocos dias tras el bergantin de la Provincia de los Caperuzos, y caminando con buenos sucesos, dejándose ir el rio abajo entreteniéndose y holgando toda la gente, saltando y durmiendo todas las noches en tierra, por no atreverse á navegar en ellas, por los peligros que estaban siempre amenazando de bajos maderos, raudales y otros inconvenientes, llegaron á un rio que por el Poniente junta sus aguas con este de los Motilones, que navegaban, que se llamaba el de los Bracamoros, y tiene sus principios cerca del mismo rio de los Motilones, en una Provincia llamada Guanuco, y él se llama con este nombre Bracamoros, porque comienza á correr con algun caudal de aguas por una Provincia llamada así, habiendo descolgádose ántes, con algunas ménos, por Guanuco el viejo, y por entre Cajamalca y Chachapoyas, yendo acrecentando sus poderosas corrientes, á cada paso, por las muchas vertientes que á él acuden, con que lo hacen tan caudaloso, que cuando entra en el de los Motilones, parece dos veces mayor que él. Júntanse estos dos rios ciento y cincuenta leguas abajo del astillero, habiendo ya corrido ambos, desde su nacimiento, treinta largas.

CAPÍTULO VI.

I. Desde el rio de los Bracamoros prosigue su viaje el Gobernador, hasta el de Cocama, donde halla á don Juan de Várgas con su gente.—II. Pasan adelante con su navegacion, supliendo muchas de las necesidades de comida, las hicoteas y sus huevos.—III. Llegan á la isla, donde estaba García de Arce con sus soldados.—IV. Encuentran el rio abajo algunas islas, con pueblos sin moradores, por estar retirados.

HABIÉNDOSE detenido el Gobernador á la boca de este rio de los Bracamoros los dias que fueron bastantes para subir alguna gente, por sus aguas, á buscar comidas, si bien fué sin provecho, por haber hallado hasta muy arriba ambas sus márgenes despobladas, prosiguió su navegacion sin suceder cosa que nos retarde á contarla, hasta que despues de haber navegado cien leguas, llegaron á la boca del Cocama, donde hallaron al don Juan de Várgas con la gente que hemos dicho, y muy minorados los mantenimientos que juntaron, luego que llegaron al puesto, por haberse sustentado de ellos tanto tiempo como habian estado esperando al Gobernador. Y habiéndose alegrado unos con otros, y descansado los recien llegados ocho dias, partió del sitio toda la armada junta, con harto cuidado de no haber hallado hasta allí al García de Arce, ni rastro de él, que, como dijimos, sin detenerse, habia llegado á la isla de más abajo. A poco trecho que fueron navegando todos, desde la boca de este rio, el bergantin que habia traido el don Juan de Várgas, por estar ya podrida su mala madera, se quebró, quedando sin ser de provecho, con que fué forzoso repartir toda la gente y carga que traia en las balsas y canoas; que recargadas con esto, sobre el peligro que traian, quedaron con otro muy mayor, en especial entrados ya en un tan valiente rio, como ya iba por allí, por ir junto el de los Motilones, Bracamoros y Cocama, cuyos nacimientos (segun algunos quieren) son los rios de Aporima, Mancai, Nanca, con los rios de Vilcas, Parios y Jauja, con otros muchos que se juntan á este, si bien hay opinion de otros, que dicen ser éste un gran rio, que nace de las espaldas de Chinchacocha al Leste, en la Provincia de Guanuco, que pasa por los asientos y pueblos que llaman de Paucar, Tambo y Guacabamba, y se juntan con los rios que salen de Tarama y otros muchos que se descuelgan de los montes de aquella comarca, y con los que vió y pasó el Gobernador Gómez Arias en lo que llaman de Rupanapa. Pero sea lo uno ó lo otro, éste de Cocama, el que iba navegando, que era de todos estos juntos, es uno de los más poderosos y valientes rios que tiene el mundo y hasta hoy han descubierto los hombres por este paraje donde van nuestros conquistadores. Porque al entrar en el mar afirman, sin duda, ser con grandes ventajas el más crecido que hasta hoy se ha hallado, pues deja muy atrás el Danubio, el Nilo, el Ganjes, el de la Plata y otros muchos que celebra la antigüedad y nuestros tiempos.

Su abundancia de pescados grandes y menudos es innumerable, y entre lo demás que cria no son de ménos consideracion las aves de mil especies que se ceban del pescado

en sus márgenes, y las innumerables hicoteas y tortugas, de cuyos huevos están cuajados grandes pedazos de sus arenosas playas, donde los envuelven estos animales de ochenta en ochenta y de ciento en ciento, cubiertos con una cuarta de arena, que con los grandes soles se empollan y salen á su tiempo, y al punto guian á las aguas, naturalmente como la piedra á su centro (providencia admirable de la naturaleza), que no siendo estos animales vivíparos sino ovíparos, y teniendo aquellas tan duras conchas con que sin duda no los pudieron fomentar, ántes quebrar, dispuso que envueltos en el arena, con solo el calor del sol, se vivificasen y no se perdiese la especie ; y lo mismo decimos de los caimanes, pues tienen el mismo modo, donde quiera que los hay, para que se empollen sus huevos, los cuales (de los unos y los otros animales) eran en esta ocasion gran parte del mantenimiento de la gente, porque en saltando en la playa era innumerable suma la que cogian de ellos, que juntos con las muchas hicoteas que tambien habian á las manos, suplian hartas necesidades. A los seis dias que fueron caminando juntos el rio abajo desde la boca del de Cocama, sin sucederles cosa adversa en ellos, navegando siempre por los brazos del rio de la mano derecha, dieron en uno de repente con unos indios que estaban en una playa pescando, que en descubriendo la armada desampararon las redes y pescado y se hicieron á lo largo la tierra adentro, por entre un espeso monte tan con tiempo, que no fué posible haber ninguno á las manos, aunque los fueron siguiendo, por ir ya tarde tras ellos ; pero cogiéronles las canoas y lo que en ellas tenian, con más de cien tortugas é hicoteas y mucha cantidad de huevos, que no fué pequeño refresco para la gente, por no llevar sobradas las vituallas.

Prosiguiendo desde este puesto de los pescadores el viaje, encontraron la boca de otro rio que entraba á la mano derecha en éste, nada ménos caudaloso que el de los Motilones, que no hubo piloto en la armada ni ningun otro que supiese con certidumbre qué rio era, si bien algunos quisieron decir era el de la Canela, que nace en el Perú, en los Quijos, á las espaldas de Quito ; aunque despues se conoció con evidencia no ser él, pues el de la Canela entra más abajo, cerca de la isla de García, con que este primero que encontraron se quedó por entónces sin nombre. A los ocho dias que salieron de Cocama llegaron á la isla de García de Arce, donde lo hallaron con sus compañeros en el fuerte y casi del todo perdidas las esperanzas de la venida del Gobernador : con cuya vista y de la demás gente se alegraron por extremo, y no ménos el Gobernador y todo el campo, por ir ya tambien todos sin esperanzas de hallarlos. Aquí fué donde hallaron las primeras poblaciones de indios desde que salieron de los Caperuzos, pues en todo lo demás, que eran casi trescientas leguas, no pudieron dar vista á una poblacion, aunque lo procuraron por todas partes y ambas márgenes del rio. Rancheóse aquí toda la armada por ocho ó diez dias, tanto por descansar los soldados y remeros, cuanto por sacar á pasear y á desentumir los caballos, que nunca habian sacado á tierra desde que los embarcaron en el astillero hasta aquí ; desde donde despachó luégo tropas el Gobernador por una banda y otra del rio, en demanda de poblaciones, que no pudieron descubrir ni aun rastro de ellas.

Tambien se dió órden en este tiempo cómo suplir la falta de una de las barcas chatas, que por haber salido del astillero tan mal acondicionada de maderas (como hemos dicho) ya no llegó de provecho para pasar de aquí. Hallábase ya cansado el General Ursua de gobernar solo por su propia persona tanta máquina de gente como venia, por no haber nombrado Teniente general que le ayudase hasta allí, donde por aliviar un poco estos trabajos le pareció dar este oficio á don Juan de Várgas, y el de su Alférez general á don Fernando de Guzman, que le pagó despues esta honra que le dió con el oficio, quitándole la vida. El principal indio de esta isla se llamaba el Papa, por lengua propia de la tierra. Era toda gente bien agestada, crecida y membruda, vestidos de camisetas de algodon bien tejidas y pintadas de pincel con varios colores. No se halló entre ellos ningun oro, que no causaba poca melancolía á los navegantes ver que despues de tantas leguas de viaje aun no le habian podido hallar rastro. Su mantenimiento era el ordinario maiz de estas Indias, de que hacian mucha chicha, y de yucas en que se cebaban hasta embriagarse (plaga ordinaria de todos los naturales de estas tierras). Tenian batatas y otras raices, frisoles y otras legumbres, aunque su más comun sustento es pescado ; sus bohíos eran grandes y cuadrados ; sus armas dardos de palmas arrojadizos con puntas hechas del mismo palo, al modo de gurguces vizcainos, arrójanlos con amientos de palo, que por otro nombre llaman estólicas, de que en la mayor parte de estas Indias usan sus naturales. A poco trecho más abajo de esta isla entra el rio que llaman de Francisco de Orellana ó de la Canela, por

haber bajado este Capitan por él desde esta tierra que dijimos demora á las espaldas de Quito al Leste.

Habiéndose acrecentado en este puesto algunas canoas y balsas que suplieron la necesidad y falta que les habian hecho las fustas que se habian quebrado hasta allí, se embarcó la gente y treinta y siete caballos que habian quedado, por haberse ya muerto los tres; y comenzando á navegar todos por el postrer brazo del rio al Leste, iban encontrando muchas islas todas pobladas, aunque á la sazon sin moradores sus casas, por tenerlos retirados á las montañas el miedo que dijimos habian cobrado, por la mala vecindad que les habia hecho el García de Arce y sus compañeros los dias que estuvieron en la isla de arriba; y así solo se hallaban en los pueblos el maiz, yucas y batatas que se estaba en las labranzas, aun no bien sazonado, y algunas gallinas y gallos blancos de Castilla, papagayos y guacamayas, tambien blancas, cosa hasta entónces nunca vista en ninguna de estas partes, de que tomaban buena cantidad para suplir la necesidad de comidas, que nunca se veian sin ella.

CAPÍTULO VII.

I. Salen los indios de léjos á ver la armada, y de paz un Cacique—II. Salíanle los indios de esta Provincia de Carari con algunas comidas, que daban en trueque de rescates—III. Envía el Gobernador un caudillo á descubrir la tierra adentro—IV. Castigos que hacia Pedro de Ursua en su gente—V. La opinion que hubo acerca de esta Provincia, ó si fueron dos ó una.

NAVEGANDO iban por junto á estas islas y tomando en ellas la comida que hallaban en los pueblos sin gente, cuando despues de algunos dias de navegacion dieron de repente en uno que estaba poblado en tierra firme, á mano derecha, sobre las barrancas del rio, tambien huida la gente por lo mismo que la de los demás; llamábase Carari, por donde le vinieron á llamar de la misma suerte á la Provincia. Aquí se alojó la armada, sin que pudiesen haber despues de haberse hecho algunas diligencias indio á las manos, si bien algunos descubrian á veces en el rio, bien á lo largo, que salian en sus canoas á ver la armada de los castellanos, aunque de léjos siempre, por el temor que les tenian cobrado. No pareció tenia tanto como otros un Cacique que despues de algunos tres ó cuatro dias, acompañado de algunos indios, les vino de paz, trayendo en señal de ella pescado, maiz y otras cosas de comida, á quien recibió el Gobernador con muestras de gran afabilidad, abrazándole y dándole algunas cosillas de Castilla á él y á sus compañeros, como cuentas de vidrio, cuchillos, espejos y otras niñerías, pretendiendo con aquello hacerles perder el miedo, y que por el mismo camino diese noticias en unos en otros, con que se habian desacreditado en aquellas provincias los españoles, por lo que hemos dicho del García de Arce, volviesen á acreditarse y querérseles comunicar, para sacar por este camino más claras luces de las que llevaban de la tierra que tan en confuso iban á buscar, ó cuando ménos ir asentando la paz con todos los naturales por todo el hilo abajo del rio.

Deseoso de conseguir estos fines, despachó el Gobernador á este Cacique muy contento con los rescatillos que le habia dado, que fueron bastantes para dar la voz en los pueblos y provincias de más abajo muy diferente de la que hasta allí estaba sembrada contra los españoles, lo cual se echó de ver, pues luégo comenzaron á venir de paz muchos de ellos, trayendo de las comidas que tenian, engolosinados de las brujerías que les habia mostrado el Cacique, de que les iban tambien dando á todos en rescate de las comidas que traian (que no tenian los miserables otra cosa que vender), de manera que ninguna dejó de pagárseles, ó á lo ménos con sabiduría del Gobernador, pues para reparar las exorbitancias que soldados atrevidos suelen tener en estas ocasiones, en especial con indios chontales con que los suelen avispar y suceder grandes daños, echando un bando, con pena de la vida, que ningun soldado tratase ni rescatase con los indios si no fuese por su mano ó en su presencia, pues por este camino él haria satisfacer á los indios y repartiria entre todos los más necesitados las comidas que se les fuesen rescatando. Usaba de este modo el Gobernador, procurando con él acariciar los indios como cosa que tanto importaba, si bien algunos soldados llevaban esto por otro camino, que no dándoseles mucho del bando del Gobernador, rescataban á escondidas, pagándoles unas veces con lo que tenian las comidas que les tomaban, y otras con mojicones y coces. Con este modo navegaron algunos dias el mismo rio abajo por esta Provincia de Carari, si bien nunca los indios mostraron tanta seguridad de los

nuestros, que los esperasen en sus pueblos con toda su chusma y menaje, sino que habiendo puesto primero en cobro esto, salian por el rio en sus canoas á estos rescates.

Viendo el Gobernador cuán á la larga del rio corrian sobre sus márgenes estas poblaciones, deseando saber si se dilataban la tierra adentro, y se podia hallar algun rastro y noticias de la que iban buscando, nombró á un caudillo llamado Pedro Galeas, que con una razonable tropa entrase la tierra adentro y desvolviese lo que pudiese de ella en los dias que para esto le señaló, despues de los cuales volviese á dar noticia de la faccion. Quedó el resto de la armada en esta ocasion en una bien capaz poblacion que hallaron mayor que las demás, sobre las barrancas del rio. Partió Pedro de Galeas con su gente, y caminando la tierra adentro por las márgenes de un estero que se comunicaba con el rio allí cerca, encontró con una trocha medianamente seguida, que se iba entrando por entre una montaña espesa, la cual comenzaron á seguir, y á poco trecho dieron vista á unos indios que venian cargados de cazabe y otras comidas al parecer á la poblacion, seguros de no hallar alojada en ella la gente que estaba. Estos, cuando vieron á los españoles, extrañando su figura y traza, largando todas las cargas que traian, se pusieron en huida y cobro, entrándose por la montaña, que por ser tan espesa y haberles salido con razonable ventaja y con tan buena diligencia, no bastó la que pusieron los soldados en ir en su alcance, para haber á las manos más que una india que pareció ser de diferente nacion, por la lengua y traje de los que estaban poblados en la barranca y de la demás gente que habian venido encontrando por el rio, con que entendieron los españoles venia con los demás indios de otra Provincia á rescatar con los de ésta; y así le comenzaron luégo á preguntar por señas dónde estaba su tierra, y ella á responder por las mismas, dando á entender estaba cinco soles de allí ó cinco dias de camino. Ibanse ya acabando los que llevaba de término para la salida el caudillo, y así no atreviéndose de allí tomar la vuelta con la india para donde estaba el Gobernador, á quien hallaron afligido porque un soldado llamado Alonso de Montoya, demasiado bullicioso é inquieto, y de mal afecto contra el Ursua, habia convocado á otros de su pelaje para que juntos tomando algunas canoas de secreto y lo demás que hubiesen menester de matalotajes para el camino, lo tomasen el rio arriba de vuelta al Perú.

No faltando quien descubriese esta solapa al Ursua, que habiéndola averiguado y cayendo sobre mojado, por haber el Montoya intentado esto otra vez, que tambien lo habia sabido el Gobernador, lo hizo aprisionar en una collera, yéndose á la mano en el mayor castigo que merecia, porque naturalmente era misericordioso en esto; si bien la demasiada misericordia, por pasar los límites de la templanza, la convertia algunas veces en flojedad, que despues le vino á llover todo junto á cuestas, como veremos. Castigaba algunas veces á los que merecian pena afrentosa por sus bullicios y pecados públicos, haciéndoles que fuesen bogando algunos dias en los bergantines y canoas, de donde tomaban ocasion algunos de los soldados (que desde los principios de esta jornada comenzaron á acedarse con el Gobernador) para irritar á los que así iban bogando, ponderándoles aquella pena y que mucho menor les fuera la de la muerte que ir afrentados en la boga; pues era lo mismo que si fueran en una galera, por ser todo remar. Estas diligencias todas eran centellas de la encendida malicia que iba abrasando sus pechos, sin poderla ya disimular en toda ocasion, como se echó de ver cuando reventó del todo en la que mataron al Ursua; para la cual iban disponiendo con estas diligencias los matadores (porque ellos eran los más que las hacian) para atraer á su devocion más gente y con más seguro ver el fin de sus deseos.

No le pareció al Gobernador ser bastantes las noticias que daba la india que trajo el Pedro de Galeas, para ir siguiendo por aquel paraje las que traian de las ricas provincias de Omegua, de cuyo nombre no se hallaba por allí rastro ni aun lo entendian los naturales, con que se determinó pasar adelante, en especial por llevar tan mal acondionadas las fustas de la navegacion, que iba con temores no le faltasen del todo ántes de llegar á las tierras que iban buscando; y así fueron navegando el rio abajo hasta llegar (sin saber era aquella la última poblacion de las muchas que habian ido encontrando) á la márgen del rio, desde la isla de García hasta allí, por más de ciento y cincuenta leguas á la larga; que segun opiniones de algunos, se dividia esta tierra y poblaciones en dos provincias, una llamada Caricuri y otra Manicuri; si bien otros fueron de opinion (y ésta es la más cierta) que toda aquella distancia de ciento y cincuenta leguas era sola una provincia, por ser todos los naturales de una misma lengua y traje; y que los dos nombres que habian comprendido los soldados de Caricuri y Manicuri eran de dos pueblos y no de provincias; en las cuales opiniones se ha quedado hasta hoy esta tierra, sin haberse sabido cosa más cierta. En lo que to-

dos lo estuvieron entónces, fué de la poca gente que habia, porque los pueblos eran pequeños, apartados á cuatro y seis leguas; y así echaban tanteo que serian todos hasta diez ó doce mil indios escasos, que eran muy pocos para tanta distancia de provincia, respecto de los que suele haber en otras partes. Hallaron entre ellos algunos rastros de oro fino en algunas joyuelas que traian al cuello, orejas y narices. No pudieron informarse los nuestros, por ir tan de paso, de las costumbres y religion de estos indios, y así solo supieron decir lo que experimentaron en sus personas de este pais, que fueron muchas frutas de las naturales con todas las demás raices y granos de otras tierras, de que gozaron, y de innumerables cantidades de mosquitos que los abrasaban de muchas suertes, en especial de los vocingleros, zancudos y de los importunos jegenes.

CAPÍTULO VIII.

I. Pasa Pedro de Ursua con su navegacion por la comarca de unos desiertos, donde padecieron grandes necesidades—II. Ranchéanse en su pueblo, donde repararon con muchas comidas que habia las necesidades pasadas—III. Toma de propósito el ranchearse en este pueblo el Gobernador por las comidas y pasar en él la Pascua de Navidad é informarse de la tierra que iban buscando—IV. Salen cincuenta soldados en ayuda del Cacique de Machifaro, contra doscientos indios que vinieron á asaltarlo.

MAS de lo que pretendian se detuvo nuestra gente en este sitio, por haberse aquí acabado de ir á pique el bergantin que les habia quedado, con que fué forzoso rehacerse de balsas y canoas para la gente y carga que traia. Despues de lo cual, sin advertir si aquel era el último pueblo de los que habian ido encontrando, partieron de él sin ninguna precaucion de comidas, entendiendo hallarlas como hasta allí en las que habia más abajo ; que no les fué de poco inconveniente la inadvertencia, pues comenzó luego al segundo dia á picar una tan terrible hambre, que los afligió por nueve dias que les duró el navegar, por un paraje tan del todo despoblado, que en todos ellos no dieron vista á un indio, de suerte que por haber salido tan desapercibidos de la Provincia de Carari, no se comió en todo este tiempo sino el pescado que cada uno podia prender con anzuelos, y algunas tortugas é hicoteas, bledos y verdolagas que hallaban en las playas, todo tan poco para la mucha gente que era, por no hallarse aun esto en todas partes, que ántes era cebar con ello más la hambre que matarla, con que iba tomando cada dia tantas fuerzas y debilitando las de todos, que á durar un poco más esta miseria, trajera á todos á la de la muerte, en que cargaban todos la culpa de poco prevenido al Gobernador, pues si se hubiera informado de este largo destierro, pudieran haberse hecho prevenciones de comidas. La falta de éstas fué ocasion para que no se detuviera el Gobernador á dar vista á dos poderosos rios, que de aguas turbias por entre barrancas bermejas entraban en éste por la mano derecha, á la mitad de este desierto. Despues del cual llegaron á una poblacion que estaba á las barrancas del rio, bien descuidada su gente de la venida de los huéspedes.

Fué tan buena la diligencia que se dieron, previniendo los daños que les podian venir de los que iban entrando en su tierra, que embarcando (con la mayor prisa que pudieron en las canoas, que se hallaron á pique) toda su chusma, con los trastos de casa que pudieron arrebatar, los echaron el rio abajo, quedando los Gandules en el pueblo, juntos en escuadron, con sus armas en las manos, que eran tiraderas, con muestras de quererles defender sus casas. El Gobernador, viendo esto, juntando consigo algunos soldados de los que halló más á mano, con sus armas, yendo él delante con su arcabuz, se fueron acercando con buen órden de guerra al escuadron de los indios, haciéndoles el Gobernador señas con un paño blanco que llevaba en la mano (despues de haber dado órden á los soldados que ninguno les ofendiese), pretendiendo darles á entender con aquello no les queria hacer mal. Entendiendo esto los indios, sin deshacer el escuadron ni menearse del puesto los demás, salió de él con algunos seis ú ocho, uno que debió de ser el Cacique ó principal, y llegando á donde estaba el Gobernador, le tomó el paño con que le hacia las señas, y dándolas él tambien de amistad, entró con los que le acompañaban entre los españoles, yéndose así juntos á una anchurosa plaza que tenia el pueblo, donde estaba el escuadron de los indios, se arredraron sin deshacer el órden que tenian de guerra, á una parte de ella, donde estuvieron á la mira hasta que entró toda la demás gente de la armada, que se fué luégo desembarcando tras el Ursua, el cual con las señas que pudo pidió al Cacique ó principal que

se habia adelantado á hablarle, le señalase un barrio del pueblo con la comida que tuviesen las casas, donde se aposentase su gente, pudiendo con seguro estar ellos y sus mujeres é hijos, en lo restante del pueblo.

Acudieron á esto con voluntad los indios, y habiéndole señalado al Gobernador las principales casas y más llenas de comidas, mandó se aposentase la gente en ellas, y con pena de la vida, nadie pasase á las que tenian los indios, ni les ofendiesen en nada. Sacó luégo toda nuestra gente aquí el vientre de mal año (como dicen) con la mucha comida que hallaron de maíz, frisoles y otras raíces de la tierra, con muchas tortugas é hicoteas, que tenian los indios vivas en unas lagunillas arrimadas á sus casas, cercadas de empalizadas, que al parecer de los soldados echaron tanteo que eran las que hallaron vivas, sino otras que estaban recien muertas para comer, más de seis ó siete mil, en que metieron las manos á osadas. No tenian mucha confianza los indios viendo ser tantos los españoles, que les habian de guardar el concierto hecho, de que cada cual en su parte del pueblo, sin llegar á la comida de la otra, gozase de la que le habia cabido, y así la comenzaron á sacar y poner en cobro poco á poco, de noche, á escondidas, pero no tan en secreto que rastreándolo los soldados, sin reparar en el bando que estaba echado, temerosos de la necesidad pasada, y que seria bien prevenirse para lo de adelante, no sucediese lo mismo, se dieron á buscar las comidas que iban escondiendo los indios, y traer las que hallaban á sus ranchos, sin ser bastantes á atajar esto las nuevas amenazas que hacia por esto el Gobernador, pues viendo la desvergüenza de algunos soldados, para castigarlos y atemorizar á los demás, los hizo prender, entre los cuales fué un meztizo, criado de su Alférez general don Fernando de Guzman, que no fué pequeña piedra de escándalo para lo de adelante, pues haciéndole los amotinados caso de honra al don Fernando el haberle preso el Gobernador á su criado, le ponderaban haber sido esto por afrentarlo, ó á lo ménos perderle el respeto, pretendiendo con esto esta gavilla de alterados irlo disponiendo desde luégo para meterlo en ella, como lo hicieron.

Dos ocasiones hubo para tomar de asiento por algunos dias el estar en este pueblo, que llamaban Machifaro (cuya gente tenia mucha diferencia en traje y lengua de los de la provincia de Caricuri), la una el estar tan proveido de comidas, como hemos dicho, con que pudo bien la gente reformarse de la pasada hambre, y la otra por irse ya acercando la Pascua de Navidad de aquel año de mil y quinientos y sesenta; y tambien por informarse de la gente del pueblo y otros sus convecinos, de algun rastro de la tierra que iban buscando. Puso esto en ejecucion á dos ó tres dias de haber llegado, señalando al mismo caudillo que arriba, Pedro de Galeas, para que con alguna gente en canoas se entrasen por un estero que se comunicaba cerca del sitio con el rio, como lo hizo luego el Galeas, entrando por una pequeña boca de una agua tan negra que espantaba y parecia ser presagio de lo que despues sucedió. A poco de como fueron navegando por este caño dieron en una laguna tan grande que les puso admiracion, pues entrándose por ella á dos ó tres leguas, perdieron totalmente de vista la tierra, y temiéndose si pasaban adelante no poder despues atinar la boca que habian entrado, despues de haber andado algunos dias arrimados á tierra, por una parte de ella, sin hallar ninguna poblacion ni rastro de gente, determinaron tomar la vuelta de su entrada. Miéntras andaba este caudillo en esto, bajaron en canoas hasta doscientos indios de guerra, de la Provincia de Carari, á hacerla á éstos de Machifaro, con quienes las traian sangrientas de muy antiguo, no entendiendo estarian entre ellos los españoles, ántes que andarian con tanto alboroto con su pasaje que no les daria lugar á su defensa, con que los asaltarian y robarian más á su salvo.

Llegando con estos intentos de noche á las barrancas del rio, cerca del pueblo, y reconociendo los huéspedes que tenian, no se atrevieron á hacer el asalto, primero que viniese el dia y reconociesen bien lo que pasaba en el pueblo. Viendo á la mañana que todos los españoles estaban en él (con que sus intentos habian salido en vano), alzando á una los gritos y tocando sus fotutos, cornetas y otros instrumentos que traian, tomaron la vuelta del rio arriba. Hasta estos ruidos que hicieron no los habia sentido el pueblo de Machifaro; pero en conociéndolos acudió con prisa el Cacique al Gobernador pidiéndole se sirviese (por el hospedaje que le habia hecho) de darle ayuda para ir en seguimiento de aquellos indios, que por ser sus enemigos le habian venido á matar y destruir su pueblo y tierras. Acudió con gusto y la brevedad que el caso pedia el Gobernador á esto, mandando á su Teniente don Juan de Várgas que con cincuenta arcabuceros fuese en compañía del Cacique que se embarcó con ellos y algunos otros indios sus vasallos, y á boga arrancada, guiando

las canoas por otro brazo del rio, se dieron tan buena diligencia que pasaron delante á los doscientos y les tomaron el paso y cercaron sin poder escapárseles; con que los pusieron en tal aprieto, que aunque contra su voluntad tomaron las armas los Cararies en su defensa, creyendo no venian más que los indios de Machifaro; pero despues que reconocieron traian en su ayuda á los españoles, echando de ver eran pequeñas sus fuerzas para con las de ellos, comenzaron á hacer señas de paz, cosa aborrecible á los soldados, por parecerles se estorbaban con eso sus pillajes, y así haciéndose sordos á la que pedian estos indios, comenzaron á disparar los arcabuces y hacer en ellos tales daños, que procurando reparar los que adelante se les seguirian si no se ponian en cobro, acordaron hacerlo dejando sus canoas los doscientos y entrándose por la montaña, que era tan espesa, que aunque los siguieron los soldados é indios amigos, no pudieron haber á las manos más que cinco ó seis, y despues todas sus canoas, con que tomaron la vuelta de Machifaro; entiéndese perecerian todos éstos en aquel desierto, por no tener comidas ó por matarlos los Machifaros, por no tener canoas en que volver á sus tierras y ser mucho el camino hasta ellas por tierra; pero la verdad de esto no se pudo saber, por ser pocos los dias que despues se detuvieron allí los españoles.

CAPÍTULO IX.

I. Nombró Pedro de Ursua Provisor de su armada, pareciéndole tenia jurisdiccion para ello—II. Desmayan algunos en la prosecucion de la jornada, á quienes esfuerza el Gobernador—III. Objeciones que le ponen á Pedro de Ursua los amotinados para excusar sus delitos—IV. Tratan los amotinados de librarse del gobierno de Ursua y que en su lugar le suceda don Fernando de Guzman.

PARECIÉNDOLE á Pedro de Ursua qne ya aquella tierra seria de su distrito, pues segun la conjetura de los indios Brasiles y uno de los portugueses sus compañeros, que llevaba por guias, no estaba léjos la tierra de los Omeguas, en cuya demanda iban, y que era necesario poner órden en cosas, que habiendo estado sin habérsele puesto hasta allí, andaban descuadernadas, en especial las que tocaban á lo espiritual, y que algunos clérigos que llevaban, por falta de cabeza, iban desvanecidos y discordes, acordó de señalar por Superior Provisor, Cura y Vicario, al uno de ellos, para que en lo espiritual tuviese jurisdiccion sobre toda la armada, pareciéndole la tenia él para hacer este nombramiento, pues su Majestad, cuya persona representaba, la tenia de proveer Obispados y otras dignidades; y así nombró para esto á un clérigo llamado Alonso Henao, que lo admitió luego; y comenzando á ejercer el oficio, á pedimento del Gobernador, en lo primero que lo empleó fué en promulgar ciertas excomuniones sobre que restituyesen cualesquiera cosas que fuesen á cargo al Ursua, de toda suerte de menudencias, ganados, herramientas, armas y municiones. Alteráronse con esto de manera los émulos del Gobernador, que sin reparar mucho viniese á sus oidos, decian en público haber nombrado á éste por Provisor y Vicario solo para que promulgase estas excomuniones, y no con ningun buen celo, achacándole que no tenia jurisdiccion para nombrar Juez eclesiástico; pero sin embargo de todo usaba el clérigo su oficio. En estos disturbios andaba todo el campo, cuando llegó el Pedro Alonso Galeas con la nueva que hemos dicho, que fué nueva causa de desmayar todos en las buenas esperanzas que tenian de descubrir la tierra de los Omeguas.

A que ayudó no poco el ver que no solo los indios Brasiles y su compañero el español, que llevaban por guias, sino aun otros de los que habian bajado por allí con el Capitan Orellana, por haber ya esto mucho tiempo, y tan inmensa la grandeza del rio, ni acababan de reconocer la tierra ni atinar del todo en el paraje en que se hallaban, ántes andaban variando los unos con los otros; con que algunos de los mal intencionados y que llevaban concertado entre sí el alzamiento, comenzaron á echar fama de que todos iban engañados, pues habian caminado ya más de setecientas leguas y ni habian hallado las provincias ricas que buscaban, ni rastro de ellas, ni aún rumbo por donde las pudiesen buscar; y que así seria más acertado, ántes que acabasen de perecer todos, tomar la vuelta del propio rio y volverse al Perú, pues no tenian ya sobre qué fundar esperanzas de cosa buena. Estas razones y otras en que derramaban su veneno los amotinados entre todo el campo, viniendo á noticia del Gobernador, juntando algunos de ellos para satisfacerles, las repitió, y sobre ella les dijo la obligacion que tenian á no perder las esperanzas de ver los fines dichosos que deseaban de aquella empresa y lo mucho que importaba á la honra de todos

no dejarla de las manos, pues hasta allí (por las pocas diligencias que habian podido hacer con entradas, ni descubrimientos, la tierra adentro) no daban ocasion para eso; pero que si todos se esforzaban á sufrir trabajos (sin los cuales no se habia descubierto ni poblado ninguna provincia en las Indias), sin duda se descubriria ésta, porque la perseverancia apea todas las dificultades, y si ésta fuese necesaria tener hasta que en prosecucion de estas tierras que buscaban, los niños se hiciesen viejos, no era mucho por conseguir unas riquezas tan inmensas como divulgaba la fama habia en ellas.

Los que con buen propósito habian emprendido desde el Perú esta jornada estimaron en mucho lo que el Gobernador mostró con estas palabras; con que acrecentando sus ánimos por el que veian tenia, propusieron de nuevo seguirle y morir en la demanda; pero á los demás que salieron con diferentes intentos, como eran los que hemos llamado amotinadores, Lope de Aguirre, Montoya, Salduendo y otros sus aliados, que la habian comenzado y seguido, solo por la fama que dijimos se habia divulgado en el Perú, de que el Gobernador hacia esta gente y jornada para alzarse con la tierra. No les pareció á su propósito el intento del Ursua, por ser los suyos de alborotar al Perú y tomar venganza de las justicias que les habian castigado sus delitos, y traian á sombra de tejados, y de ordinario por los montes, gente en sus alcances. Viendo pues éstos cuán cerrados estaban los caminos para conseguir esto, buscaban otros para exasperar el ejército contra el Gobernador, diciendo que era hombre intratable y retirado, que le veian totalmente mudado de condicion y aquella suavidad con que habia comenzado á gobernar, los habia convertido en severidad y aspereza, no siendo en nada lo que solia. Intentando estos bulliciosos con esto irse desde luego curando en salud y comenzar á dar excusas de lo que pretendian hacer para con los buenos, y que tenian en buena opinion al Pedro de Ursua, porque no dijesen habia estado la falta en ellos y no en él, y no se olvidaban de añadir á esto, que era tan flaco, que lo tenia la doña Ines como hechizado, y así se gobernaba por ella el ejército, y que á los soldados condenaba por sus delitos á remar en los barcos solo porque fuesen remando en la canoa de doña Ines; y que por comunicarse con más frecuencia con ella se rancheaba siempre apartado del cuerpo del ejército, debiendo estar en medio, con que aborrecia la compañía de los soldados y que le estuviesen mirando y haciendo estado cuando comia; y que era enemigo de dar y amigo de que le diesen, que lo que prestaba tornaba á pedir con facilidad, que lo que le presentaban decia se le debia de obligacion, y al fin que en todo estaba olvidado de las cosas de la guerra y flojo en todas las del gobierno; causas bastantes para que todo el campo le tuviera aborrecido, en especial por haber dicho haber de ser la flema de aquella jornada tanta que habia de encanecer á los muchachos.

Los principales amotinadores que andaban urdiendo esta trama (con deseos de verse fuera del gobierno de Ursua, ora matándolo, ora retirándose al Perú) eran Alonso de Montoya, Lope de Aguirre, Juan Alonso de la Bandera, Lorenzo Salduendo, Miguel Serrano de Cáceres, Pedro de Miranda Mulato, Martin Pérez, Pedro Fernández, Diego de Tórres, Alonso de Villena, Cristóbal Hernández, Juan de Várgas y otros; los cuales tratando ya de veras acerca de esto, pareciéndoles era forzoso haberse de elegir otra cabeza que gobernase en lugar del Ursua, y que entre ellos no habia hombre á quien de gana obedeciese el campo, por ser todos gente de poca suerte, autoridad y baja sangre, y los que habia que no fuesen así y de alguna nobleza estaban tan de la devocion y amistad de Ursua, que si se les tratara el negocio, no solo no vinieran en él, pero ántes probar sus manos con quien les pusiera esto en pico, acordaron que se le hablase al Alférez general don Fernando de Guzman, que era tenido por de noble sangre, bien acondicionado y afable con los soldados, y entrándole por la puerta (que siempre tenia abierta) de la ambicion y deseos de honra, le ofreciesen poder meter las manos hasta los codos en ella, y que debajo de amistad y secreto se sirviese de admitir el cargo que le darian de sucesor de Pedro de Ursua. Determinado esto, los más que hemos nombrado le hablaron una noche y descubrieron sus intentos, diciéndole se fundaban en un santo celo (que no hay mayor mal que el que se hace debajo de especie de religion) y que convenia á todo el campo, y principalmente al servicio de Dios y del Rey, que aquello se hiciese así y él admitiese aquel cargo, pues su sangre y merecimientos eran dignos de otros muy mayores, y que ya le era notoria la perdicion que todos llevaban, á causa de los notables agravios é injustos que á cada paso les hacia el Pedro de Ursua; y que si le duraba mucho el gobierno, sucederian infinitos inconvenientes en gran deservicio del Rey. Apretaban estas razones diciéndole la sinrazon que habia usado con él, graviándolo en prenderle á su criado, sin respetar á su noble sangre ni al oficio que tenia

de Alférez general; y que conseguido esto y tomando él el cargo de General y toda la gente en sí, con su buen gobierno y disposicion se descubriria la tierra en cuya demanda iban, y poblándola, su Majestad se tenia por bien servido y particular cuenta con su persona; y que si pareciese á todos ser más conveniente el no matar al Gobernador sino dejarlo en aquel pueblo con algunos compañeros y amigos suyos, eso se haria, con que no se daria tanto escándalo al mundo como con darle la muerte.

CAPÍTULO X.

I. Determínanse los amotinados de matar al Gobernador Pedro de Ursua, y con eso dar la vuelta al Perú—II. Pronóstico de la muerte del Ursua, que vió y oyó un caballero de la Orden de San Juan—III. Prosiguen desde este pueblo navegando á otro más abajo del mismo nombre—IV. Sabe un esclavo de uno de los amotinados la determinacion, y procura dar aviso de ello al Gobernador—V. Matan los amotinados al Gobernador Pedro de Ursua y á su Teniente.

NO cargó mucho el don Fernando el pensamiento en lo que estos amotinados le decian ni en los graves inconvenientes que se podian seguir del caso, ni aun en la lealtad que le estaba obligado (si es que era caballero) á guardar al Ursua, por las honras que le habia dado y estimacion en que habia tenido su persona, pues pareciéndole no habia otra cosa más de la que le decian los amotinadores, llevado del abrasante viento de la ambicion, les rindió las gracias de lo que le ofrecian y aceptó de hacer lo que le rogaban, con que les pareció á los mensajeros tenian ya todo lo que habian menester para salir con sus intentos. Juntáronse con esto los amotinados y ya entre ellos el don Fernando como principal, y confiriendo sobre el caso, comenzaron luégo á dividirse en varios pareceres (hijos naturales de la tiranía y heregía) sobre el modo que se habia de tener en poner en ejecucion sus intentos: pues á unos les parecia mejor que dejando en aquel puesto al Pedro de Ursua con algunos de sus amigos, como lo habian tratado con el don Fernando, tomasen todos los barcos y canoas, y con todos los que le quisiesen seguir el rio abajo, volviesen al Perú. El don Fernando con algunos otros que eran más de su devocion, decia no haberse de hacer otra cosa que lo que le habian dicho los que le habian ido con la embajada, que era tomar la vuelta del Perú con toda la gente el rio abajo, dejándose en aquel puesto al Ursua; tomando el terciar en estas diferencias aquellas dos buenas almas Lope de Aguirre y Lorenzo Salduendo: salieron con su parecer diciendo que nada de todo aquello que practicaban convenia, sino que luégo matasen á Pedro de Ursua y á su Teniente don Juan de Várgas, y con toda la gente diesen la vuelta al Perú, donde se preferian en breve tiempo hacer señor de él al don Fernando, el cual dando riendas á la ambicion con que ya estaba paladeado y se prometia disfrutar las grandezas del Perú, y tambien porque ya importara muy poco decir otra cosa, dió á entender parecerle bien el parecer de los dos, al cual inclinándose tambien los demás, quedó confirmada desde allí por todos la sentencia de muerte contra el Pedro de Ursua y su Teniente don Juan, no tratando de allí adelante de otra cosa que de buscar oportuna ocasion para ello, y de procurar cada uno por sí atraer á su amistad los más soldados que pudiesen, para hallarlos propicios cuando fuese menester.

No faltaron presagios que pudieran servir de avisos de esta muerte del Ursua, pues demás de los que hemos dicho (que con menor fundamento la adivinaron algunos, y suceso de la jornada) aquel mismo dia ú otro siguiente que determinaron los amotinados esta muerte, pues fué cinco dias ántes de ella, uno de los de la Pascua de Navidad (que en esto la empleaban estos desalmados hombres) un Comendador de la Orden de San Juan, llamado Juan Gómez de Guevara, grande amigo del Ursua, persona anciana, de graves costumbres, de gran crédito y verdad, andándose paseando una noche á las dos ó tres horas de ella, tomando el fresco por junto á la puerta de su bohío, que era el más cercano del de el Gobernador, vió pasar por junto á éste, á las espaldas de la puerta, un bulto mediano á modo de sombra, del cual salió una voz muy recia y no conocida, por ser allá de cierto modo, que dijo: Pedro de Ursua, Gobernador de Omegua y del Dorado, Dios te perdone: y alargando el paso el Comendador hácia donde habia visto el bulto y oido la voz, se le despareció de muy cerca sin poder hallar rastro de quién fuese, ni poder persuadirse á que era hombre el que la habia dado, de que quedó con grande admiracion, todo alterado y confuso. Comunicó el caso con algunos sus amigos y del Gobernador, y confiriendo si convenia darle noticia de ello, se determinaron que respecto de estar en aquella ocasion algo

achacoso y que podria ser agravársele con la alteracion del caso la enfermedad, de manera que viese el fin de sus dias, lo dejaron por entónces de avisar, y al tiempo que descubriese lo que sospechaban del suceso.

Más descuidado estaba el Gobernador (miéntras pasaba esto entre los amotinados) que debiera, pues no faltando amigos que le avisasen (si bien ninguno entendia habia de llegar el caso á lo que llegó), que estuvo ese con cuidado en todas sus acciones, en especial en traer continuo guarda en su persona, ir ancho de soldados amigos y confidentes, pues los tenia, no hizo caso de ello, con que daba ocasion á que se dijese no querer andar con esta vigilancia y guarda por estar más á solas y sin testigos con la doña Ines. Pero al fin sea por esto ó por su descuido y demasiada confianza, nunca traia más compañía dentro y fuera de su casa que solos sus pajes, aunque los amotinados le andaban á la mira sin perder ocasion de ejecutar lo determinado, no la pudieron hallar miéntras estuvieron en este pueblo de Machifaro, de donde salió toda la armada otro dia despues de Pascua de Navidad, en el cual navegando todo el dia, al ponerse el sol llegaron á otro pueblo (distancia de seis ú ocho leguas) llamado del mismo nombre, aunque sin gente, por haberles hecho dejarlo así á sus moradores el temor que tenian á los nuestros, que se alojaron en él bien á lo ancho, por no hallar ningun impedimento. El cuidado con que ya andaba el Gobernador por parecerle (segun le decian los Brasiles) ser ya aquel paraje donde se pudieran hallar rastros de las provincias de Omegua, le hizo advertir en un camino ancho que salia del pueblo para la tierra adentro (y segun iba de bien seguido) ir á alguna gran poblacion ó Provincia que se comunicaba con aquélla, con que acordó enviar á descubrir por él las tierras por donde entraba, señalando por caudillo para la faccion á un Sancho Pizarro, con una buena tropa de soldados.

No pareció á los amotinados perder esta ocasion de tener ménos amigos á su lado el Gobernador, por los que le faltaban en los que salieron á este descubrimiento, donde forzosamente se habian de detener algunos dias, y así acordaron se le diese luégo la muerte al Gobernador. Y habiendo entrado sobre ello en consulta, dia de año nuevo por la mañana, resolvieron que aquella noche se efectuase, pues por ser el dia tan solemne, estaria el Gobernador más descuidado y de fiesta, no les seria de pequeña, pues sus fiestas por entónces eran de mayor solemnidad, el conseguir los fines de sus depravados intentos. No fueron éstos tan secretos que no los viniese á alcanzar un negro esclavo del Juan Alonso de la Bandera, llamado Juan Primero ; el cual (ó por inspiracion del cielo que le movió á esto, ó por considerar naturalmente la atrocidad del hecho, ó pretendiendo por ventura por este camino quedar libre), procuró al disimulo ir al rancho del Gobernador y darle cuenta de lo que pasaba y determinacion que se tenia contra él. No ayudó á este aviso la desgraciada suerte del Ursua, pues por estar con la doña Ines en la ocasion que fué el esclavo á dar este aviso, no se le pudo dar ni detenerse á aguardarle en su posada, por no ser sentido, si bien hizo el esclavo lo que pudo, pues fiando de otro de su mismo color, esclavo del Pedro de Ursua, el aviso, le dijo dijese á su amo lo que él le venia á decir ; con que tomó la vuelta de la casa de Juan Alonso. El esclavo del Gobernador, habiéndose olvidado ó no habiendo queridoselo decir, se pasó el dia sin ser avisado él.

Llegóse la noche (capa de pecadores) y juntos los de la gavilla, casa del don Fernando (para más asegurarse) enviaron un mestizo criado que con achaque de pedir un poco de aceite, supiese quién estaba con el Gobernador y qué hacia. Fué el criado, y habiéndole mandado dar lo que pedia, volvió con la embajada y dijo á los congregados cómo quedaba solo. Ya seria esto como dos horas de la noche, dia de la Circuncision (como hemos dicho), cuando salieron los rebelados, y juntos de casa del don Fernando, con diabólica determinacion de embestir todos al Gobernador y despacharlo de esta vida. Las ansias que llevaba de esto (por tomar venganza de los agravios que decia le habia hecho cuando lo prendió aquel hombre atroz) Alonso de Montoya, se adelantó de los demás con Cristóbal Hernández de Chávez, y entrando en casa del Ursua, á quien hallaron echado en una hamaca hablando con un pajecillo suyo, llamado Lorca, le saludaron, y diciéndoles el Gobernador qué buscan por acá los caballeros á tal hora ? la respuesta fué darle sendas estocadas que lo pasaron. Y levantándose de la hamaca para tomar su espada y rodela que tenia allí cerca, entraron de tropel los demás y le hirieron todos juntos, de suerte que cayó luégo muerto, sin poder hablar más palabra que decir : confesion, confesion, Miserere mei Deus. Hecho esto y saliendo todos fuera del bohío, alzó la voz uno de ellos y dijo : libertad, libertad ! viva el Rey ! muerto es el tirano. Oyó estas voces el Teniente don Juan de Vargas, que no tenia

léjos su casa, y sin entender con distincion lo que fuese, lo más presto que pudo se echó su escaupil ó sayo de armas, y con su espada, rodela y vara en la mano guió hácia la casa del Gobernador, donde habia oido las voces, y topando en el camino á los matadores que lo iban á buscar, conociendo ser él y que iba armado, le embistieron todos y quitaron la espada y rodela, y comenzaron á desarmarle para hacer con él lo que con el Gobernador ; y habiéndole quitado ya una manga del sayo de armas, estándole quitando la otra, uno de aquellos ministros de Satanás, llamado Martin Pérez, sin darle lugar su diabólico intento á esperar más tiempo, le dió por el lado desarmado una tan valienta estocada, que no solo le pasó de parte á parte, pero con la sobra de la espada hirió á Juan de Várgas, su compañero, que estaba en la otra parte acabando de desarmar al Teniente, de manera que quedó muy bien lastimado. Acudieron luégo los demás, y le dieron tantas estocadas y cuchilladas, que sobraron muchas para acabarle la vida; y ya que lo dejaron sin ella, tornaron á alzar algunos de ellos la voz, diciendo lo mismo que arriba : libertad caballeros ! viva el Rey, que no hemos de estar sujetos á quien solo trata de sus gustos, y no de aquello para que salimos de nuestras casas !

CAPÍTULO XI.

I. Muerto el Gobernador, procuraron los alterados atraer á su devocion toda la gente del campo.—II. No dejaron dividirse á los soldados en toda la noche, porque no hubiese algun concierto contra ellos.—III. Reparten los oficios del ejército entre sí los matadores.—IV. Prosiguen con la reparticion de los oficios, y vuelve de su salida Sancho Pizarro.

MUERTO ya el Teniente, volvieron todos los matadores á la casa del Gobernador, donde acudieron luégo los demás amotinados sus amigos y aliados que habia dejado apercibidos, para en oyendo el aboroto acudir con sus armas á favorecerles en lo que se les ofreciera. Llegáronse así mismo otros muchos soldados á saber la causa del alboroto, no habiéndola hasta allí entendido, á quien los rebelados hacian tambien entrar en su escuadron, sin que supiesen quiénes ni cuántos eran los de aquella tiráuica junta, de manera que cuando lo venian á saber, y que el Gobernador y su Teniente eran muertos, ya los habian hecho entrar en ella los tiranos. Ya que tenian junta la mayor parte del campo, debajo de cautela, salieron algunos de los homicidas con sus amigos armados á buscar la gente que faltaba, y á todos los que iban hallando, á unos por fuerza, y de grado á otros, á unos con amenazas, á otros con promesas y halagos, trajeron á casa del Gobernador para que se hallasen presentes al espectáculo y exequias de los dos muertos ; que fueron mandando hacer un hoyo para ambos en la misma casa del Ursua ; mandando tambien los enterraran juntos, que pues en la vida habian sido compañeros, lo fuesen tambien en la muerte, y para que supiese todo el campo á quién habia de tener por General y obedecer en todo. Y así luégo delante de todos (hecho el entierro) nombraron en este oficio al don Fernando de Guzman, y por su Maese de Campo á Lope de Aguirre, sin detenerse por entónces á hacer más oficiales, por parcerles les faltaria con esto la brevedad del tiempo que habian menester para salir á matar á los amigos y paniaguados del Gobernador y su Teniente, como lo hicieran (ya que los habian cogido y desarmado) si el don Fernando de Guzman no lo estorbara, pareciéndole no era bien comenzar á ejercer su oficio con tantas muertes.

Temiéndose los tiranos no resucitasen los muertos en sus amigos, tomando éstos la mano en la venganza de aquéllos, ya que el General no habia permitido los matasen, mandaron con pena de la vida que ningun soldado hablase bajo, sino á voces altas é inteligibles, de suerte que entendiesen todos lo que todos hablaban, con que se atajasen los pasos á conciertos contra ellos. Descuidándose en esto algunos soldados con la costumbre que tenian en hablar más bajo de lo que estaba mandado, los pusieron en peligro de sus vidas, y con él vieran sin duda con ellas, si no fueran personas de satisfaccion, y de quienes no se podia presumir hablaban cosa en deservicio de los traidores, con que los perdonaron. Tambien previnieron que ninguno saliese en toda la noche del cuerpo de guardia, que lo hicieron en la misma casa del muerto, para que no se diese lugar á ningun soldado de poder urdir algo contra ellos. Hicieron luégo (porque las exequias de los muertos no quedaran sin ofrenda) sacar con mucha liberalidad algunas botijas de vino, que para su beber y decir misas traia el Gobernador, y como hombres que ya no pretendian oirlas, lo repartieron

todo entre todos, Capitanes y soldados, para que con más esfuerzo y amistad pasasen la noche. Este fué el miserable fin de Pedro de Ursua, despues de haberle durado su jurisdiccion, gobierno y jornada tres meses y seis dias, pues habiéndose embarcado en el astillero, que fué donde la comenzó á veinte y seis de Septiembre de mil y quinientos y sesenta, le mataron el primer dia de Enero de mil y quinientos y sesenta y uno, de edad de treinta y cinco años, de mediana disposicion, de cuerpo algo delicado de miembros, aunque bien proporcionado y gentil hombre en su tamaño : el rostro blanco y alegre, la barba taheña, de buena y cortesana plática, afable y muy compañero de sus soldados, más inclinado á misericordia que á justicia, pues aun sus mismos enemigos jamás se pudieron quejar de haberles hecho algun agravio; era demasiado confiado y de poca cautela, originado de su mucha bondad, que fué lo principal que le trajo á tan miserable fin.

Pasada esta miserable noche (que lo fué para los muertos y sus amigos, si bien la andaban sus enemigos y matadores, celebrando por dichosa, por haber salido con sus intentos, por lo cual se gloriaban de la obra de sus manos, por parecerles habian visto el fin de alguna gloriosa hazaña y señalado servicio á la corona de su Rey), trataron los rebeldes de que se les diese el premio con honrosos cargos á los matadores y á sus amigos, para que no faltase nada de lo necesario al buen gobierno y conservacion del ejército ; y así confirmando primero los nombramientos hechos de General en don Fernando de Guzman, y de Maese de campo en Lope de Aguirre, pasaron adelante, señalándose con buen pláceme unos á otros ellos mismos para los demás oficios. Por Capitan de la guardia á Juan Alonso de la bandera. Capitanes de infantería á Lorenzo Salduendo, Cristóbal Henández y á Miguel Serrano de Cáceres. Capitan de á caballo. Alonso de Montoya, y Alonso de Villena Alférez general. Alguacil mayor del Campo á Pedro de Miranda Mulato, y por Pagador mayor á Pedro Fernández. Y dejándose por entónces sin cargos á Martin Pérez y á Juan de Várgas, les prometieron muy mayores cosas con que quedasen remunerados y gratificados sus buenos servicios en la primera ocasion que se ofreciera, y que entre tanto se tenia muy particular cuenta con sus personas, y por no dar nota de parciales, y que entre sí solos y sus amigos repartian los oficios, y por gratificar á algunos las buenas voluntades que habian tenido, ya que no se habian podido hallar en las dos muertes, y para que otros amistados con muchos metiesen prenda tambien en la tiránica liga, acrecentaron otros oficios con qué obligarlos, como fué hacer Capitan de la mar á un Sebastian Gómez, Piloto portugués, y otros dos Capitanes supernumerales de infantería que dieron al Comendador Juan Gómez de Guevara, y á Pedro Alonso Galeas y otra Capitanía de municiones que dieron á Alonso Enrique de Orellana, y el oficio de Almirante de la mar á un Miguel Bobedo.

Los cuales viendo lo poco que les aprovechaba, ó nada, hacer otra cosa, ántes seria poner en gran riesgo sus personas, aceptaron los cargos, con muy diferente voluntad que obras. Un Diego de Balcázar, á quien nombraron por Justicia Mayor del Campo (plaza tambien acrecentada con el amor y lealtad que tenia á su Rey) dijo (al tiempo que le entregaron la vara) públicamente, que lo oyeron todos. Esta tomo en nombre del Rey Felipe nuestro Señor, y no de otro; cosa que los amotinadores sintieron en el alma, y se la tuvieron tan guardada para despues, que por ella le quitaron la vida; si bien por entónces nadie osó señalarse en responderle, por la discordia que ya habia entre ellos acerca de la determinacion de cosas. No habia vuelto en este tiempo Sancho Pizarro del descubrimiento, donde lo habia enviado el Pedro de Ursua, ni sabido de su muerte, ni lo que pasaba en el campo, y temiéndose los amotinadores no tuviese aviso de todo, y quisiese hacer alguna demostracion contra ellos con la gente que tenia, en venganza de los muertos, sus amigos, enviaron espías al camino por donde habia de volver, que estorbasen el paso al que quisiera ir á darle aviso, con que entró de allí á dos dias en el pueblo, sin saber, hasta que estuvo dentro, lo que pasaba, por la relacion que le dieron los mismos amotinadores; persuadiéndole á que creyese lo mucho que habia importado, y cuán en conformidad de todo el campo se habia hecho aquello. El Pizarro, como hombre sagaz, fingió haberse holgado de ello, por lo acertado que le parecia, con lo que los amotinadores, fingiendo tambien haber tenido muy en la memoria el honrar su persona, cuando repartian los oficios, pues reservaron el de Sargento Mayor del Campo para él, se le dieron con muy honrado título, el cual aceptó, y rindió por ello las gracias. Lo que descubrió este caudillo en la salida, fueron dos pueblezuelos sin gente, donde iba á parar el camino, que fué siguiendo desde el Real, metidos en unas montañas solitarias, faltas de comidas, y de toda buena disposicion para la vivienda humana.

CAPÍTULO XII.

I. Hace junta el nuevo General don Fernando, acerca del descubrimiento de la tierra—II. Hízose una informacion de abono, y manda el General la firmen todos, y Lope de Aguirre se firma traidor—III. Hace una plática acerca de esta firma, delante de todos—IV. Replica sobre la plática Juan Alonso de la Bandera, diciendo no haber sido traidores los que mataron al Gobernador.

DISTRIBUIDOS ya (como hemos visto) todos los oficios, usando el don Fernando del suyo, hizo junta general de todos los oficiales de ellos y soldados más vaqueanos del campo, donde se confiriese acerca del descubrimiento del fingido Dorado que iban buscando, y de los pareceres de todos, firmados de sus nombres, se siguiese lo más conveniente á todos; y tomando la mano, como cabeza, el don Fernando, manifestó el suyo, diciendo era que se debian seguir con diligencia las tierras y noticias que llevaba Pedro de Ursua, y descubriéndola y siendo tal como publicaba la fama y las guias que traian de ellas, el Rey se lo tendria á todos por gran servicio, y les perdonaria la muerte de los dos; pero que seria bien para su descargo y el de todos se hiciesen luego informaciones con los más principales del ejército, y si conviniese que todos los de él, como la ocasion porque habian muerto al Gobernador, habia sido por ir tan remiso y descuidado en buscar las tierras que iba rastreando, pues para ello no hacia las diligencias que era obligado, y que habia algunas veces hecho demostracion de no tener intencion de poblarlas, aunque las hallase, que era su condicion intolerable á los soldados, con que andaban siempre desabridos; y que así para que éstos se conservasen en servicio del Rey, como para que la tierra se descubriese, fué conveniente y necesaria su muerte, pues si más tiempo los gobernara, sin duda se amotinaran todos, y tomándole con violencia los bergantines, se volverian otra vez á tierra de cristianos, dejándolo en el rio, sin descubrir unas tan grandiosas Provincias como llevaban delante los ojos.

A éstas añadia otras cosas tan frívolas, y de la misma talla, con que le parecia quedaba bien fundado su intento, y parecer que tuvieron por bueno Alonso de Montoya y Juan de la Bandera; pero al vizcaino Lope de Aguirre no le pareció acertado, por ser sus intentos desde los primeros pasos que dió en esta jornada (y los confirmó cuando se determinó la muerte de Ursua) de dar la vuelta al Perú, sin ocuparse en descubrir tierras, y procurar alzarse con aquel Reino, á cuyo parecer se le arrimaban otros muchos, si bien el Aguirre y ellos no se atrevieron á contradecir á don Fernando con palabras, pero dieron muestras de sus intenciones callando; con que algunos otros, que por este callar entendieron al Aguirre, y los demás callaron tambien; de suerte que no hablando más el resto de los pareceres, se deshizo la junta, saliendo de ella determinado el don Fernando, con algunos amigos suyos, á que se hiciera la informacion contra el Pedro de Ursua, por el interrogatorio de las objeciones que le habia puesto. Hízose ésta como se determinó, pero para que llevase más fuerza, ordenó el don Fernando la firmasen todos los del campo, pues era para resguardo de todos, y llegando á poner esto en efecto, estando juntos para ello, habiendo firmado el General, llegaron luego á que hiciese lo mismo el Maese de Campo Lope de Aguirre, el cual, quitando ya del todo la máscara á la intencion que tenia, firmó diciendo: Lope de Aguirre, traidor. Comenzóse luego á murmurar la firma por todos, en especial por aquellos que no tenian las intenciones tan corrompidas y dañadas, que decian ser cosa afrentosa á la persona y cargo que tenia, firmar de aquella manera; pero viniendo á entender esto el Lope de Aguirre, como hombre descarado y que no estimaba en mucho lo tuviesen por lo que se habia nombrado en la firma, ó por ventura queriendo dar satisfaccion, habló delante de todos diciendo:

Caballeros, qué locura y necedad es ésta en que algunos de nosotros hemos dado, que cierto parece más de pasatiempo y risa que de importancia y accion de hombres cuerdos lo que vuesas mercedes hacen, fiando su crédito de esta informacion; porque habiendo muerto á un Gobernador del Rey y que representaba su propia persona y traia todos sus poderes plenos, pretender que con papeles é informaciones hechas por nosotros mismos nos hemos de librar de culpa, como si el Rey y sus Jueces no entendiesen cómo se hacen las tales informaciones, es locura; y bien sabe cualquiera que si á los que en ellas declaran se les preguntasen otras cosas más árduas y contra sí mismos, las dirian, cuanto más habiéndolas dicho cada uno en su favor? Todos matamos al Gobernador y todos nos hemos hol-

gado de ello, y si no meta cada uno la mano en su pecho y diga lo que siente. Todos hemos sido traidores y todos nos hemos hallado en este motin; y dado caso que la tierra (en cuya demanda vamos) se busque, se halle y se pueble, y sea diez veces más rica que el Perú y más poblada que la Nueva España, y que de ella sola hubiese de tener el Rey más provecho que de todo el resto de las Indias, el primer bachiller y letradillo que á ella venga con poderes de su Majestad á tomar residencia y cuenta de lo hecho, nos ha de cortar á todos las cabezas, con que nuestros trabajos y servicios habrán sido en vano y de ningun fruto para nosotros y nuestros sucesores. Mi parecer es (y lo tengo por más acertado que todo lo que piensan vuesas mercedes) que dejando esos intentos de buscar la tierra, y pues si la descubrimos y poblamos nos han de quitar las vidas, con tiempo nos anticipemos y las vendamos bien en buena tierra, la cual conocen bien vuesas mercedes, que es el Perú. En ella tenemos todos amigos, que en sabiendo vamos allá (de la suerte que hemos de ir) nos saldrán á recibir con los mismos intentos y brazos abiertos, y nos ayudarán hasta poner las vidas en nuestra defensa. Esto es (vuelvo á decir) lo que á todos conviene, y por eso firmé de aquella manera.

En confirmacion de este parecer de Aguirre, faltó en el cónclave Alonso de Villena (el Alférez general que dijimos habian hecho y uno de los que fueron en matar al Gobernador), diciendo: lo que el señor Lope de Aguirre, Maese de campo, ha dicho, me parece lo más acertado de todo y lo que á todos conviene, yo lo confirmo con mi voto, apruebo y doy mi parecer por tan buenas causas y razones como ha dado en lo que ha dicho; y quien otra cosa le aconseja al General mi señor, no le tiene buena voluntad ni desea ningun bien, sino verle perdido á él y á todo su campo, como su capital enemigo.

Juan Alonso de la Bandera, porque no se entendiese no habia quien contradijese al Lope de Aguirre y sus secuaces y quien sustentase el parecer que habia dado el General, dijo á oidos de todos: haber muerto á Pedro de Ursua, ni fué traicion ni se cometió en ello algun delito, pues convino así á todos, por tener ya otra intencion, contra la del Rey, que le habia mandado descubriese y poblase el Dorado; y así su Majestad fué más servido en que muriese su Gobernador, que no que por su causa se perdiese tanta gente, en cuyo avío habia gastado tanta cantidad de dinero; y así sin duda tendria por bien que porque la tierra se descubra y pueble y no nos perdamos todos (como llevábamos camino de ello con Pedro de Ursua), disimular con todos los que le hicimos este servicio, que yo le tengo por tal, y aun de premiárnoslo con su Real mano y grandeza, y quien dijere que yo soy traidor por este respeto, desde aquí digo que miente, y se lo haré bueno y sobre ello me mataré con él.

Alborotaron estas palabras de manera al Aguirre y á algunos de sus amigos, que hicieron muestras de quererle responder con otras semejantes y aun con obras, como lo hicieran, si el General y otros Capitanes no se pusieran por medio, sin consentir pasara adelante la plática; si bien el Juan Alonso, queriendo satisfacer á muchos, que lo que habia dicho no habia sido con temores de que el Rey no le hiciese cortar la cabeza y le perdonase la culpa que tenia en la muerte del Gobernador, volvió á replicar diciendo: hagan lo que fueren servidos vuesas mercedes; y porque no piensen que lo que dije fué con temor que tenga á la muerte que el Rey puede mandarme dar por lo hecho, ni por salvar mi vida, yo seguiré lo que hicieren todos, porque entiendan que tan buen pescuezo tengo como todos. Con estos alborotos cesó por entónces el pasar adelante, firmar las informaciones, y se deshizo la junta, comenzando el Aguirre y sus amigos de allí adelante á incitar á los que podian para que se inclinasen á la subida al Perú, de cuyo parecer no hallaban pocos.

CAPÍTULO XIII.

I. Salen del pueblo donde mataron á Ursua, y navegando el rio abajo llegan á otro, donde comenzaron á hacer bergantines—II. Padecieron en este pueblo tan grandes hambres, que les obligó á comerse los caballos y perros—III. Mató Aguirre al Capitan García de Arce, por ser muy amigo de Ursua y prendió á Diego de Balcázar, para lo mismo, y dió garrote á otros dos—IV. Por causas que le movieron al don Fernando, quitó el oficio de Maese de campo á Lope de Aguirre y lo dió á Juan Alonso de la Bandera, su Teniente general.

A CINCO dias de la muerte del Gobernador Ursua, en que pasaron las cosas dichas, prosiguió toda la armada el rio abajo; ya casi todos los amotinados desconformes por la diferencia de opiniones con que estaban, unos de volver al Perú y otros de descubrir la

tierra. Llegaron el dia que salieron de Machifaro (sepulcro del Ursua) á otro pueblo, tambien á la barranca del rio, y tan despoblado que ni aun ollas hallaron para guisar. Rancheáronse allí con propósito (por ser los más que tenian éste) de pasar luego en demanda de sus noticias, como lo hicieran, si el Lope de Aguirre y los de su opinion, que eran de volver al Perú, no por el rio sino por el mar (como hemos visto), pareciéndoles era aquel puesto á propósito, por tener buen aparejo de maderas para hacer navíos grandes con que poder navegar por la mar en prosecucion de sus intentos, no estorbaran los de los otros, barrenando una chata, en que traian los caballos, para que yéndose ésta á pique, como lo habia hecho otra en el pueblo de arriba, quedasen necesitados á hacer de nuevo bergantines y otras fustas de mayor porte que las que habian traido hasta allí. Sucedió á los Aguirres (que así le iremos llamando á este bando de aquí adelante, ó Marañones por lo que despues veremos) como lo deseaban, pues viéndose el General don Fernando sin otras fustas que canoas, y que éstas no eran de porte de caballos, ni para el mucho carruaje que llevaba, dió órden como se empezasen luego á hacer bergantines algo crecidos, supuesto que llevaban las herramientas, brea y jarcias que habia traido Ursua para el efecto, y cuatro ó seis carpinteros de esto y veinte negros que tambien se les entendia del oficio. A los cuales señalando algunos soldados que les ayudasen, entregaron todo lo necesario á la fábrica, en que se gastaron tres meses, tiempo en que sucedieron varias cosas en el puesto, como iremos diciendo.

La primera fué, y no de ménos consideracion, una penosísima hambre y necesidad de comidas, de que ninguno se escapó; pues no podian alcanzar de principal sustento sino yuca brava de que se habia de hacer el cazabe. Para lo cual iban los propios españoles á cogerla á la banda contraria del rio, que por esta parte tenia una legua de ancho tirada; de allí cogian la yuca ellos mismos, la rallaban y hacian las tortas del cazabe, á causa de que casi todos los indios é indias de servicio que habian sacado del Perú se les habian muerto. Faltóles tambien en este pueblo el rio con su pescado (que todo les comenzaba ya á castigar su pecado, y me espanto cómo no les faltó con su agua, con ser tanta), pues por muchas diligencias que hacian podian muy poco ó nada haber á las manos, y así engañaban los pedazos escasos del seco cazabe con algunas frutillas silvestres, de que habia razonable abundancia, como hobo, caimitos, datos, guayabas, bravas y otras á este modo; sustento más de monos que de gente. Tuvieron por partido esta hambre los Aguirres (por el espíritu que cada dia se les acrecentaba de dar la vuelta al Perú), pues con ocasion de ella se comieron los caballos y perros que llevaban; induciendo á esto el Aguirre para que así se viesen imposibilitados los demás, estando sin caballos ni perros para emprender las conquistas de la tierra; á que tambien se añadió el comerse todas las gallinas, sin dejar una que pudiera hacer casta en las poblaciones nuevas que pretendian hacer en las provincias que descubriesen.

Tuvieron traza los de la opinion de Aguirre (á pocos dias que llegaron á este pueblo) cómo atraer á su devocion la mayor parte de los soldados comunes, entrándoles para esto al primer paso con libertad de conciencias; piedra iman de gente perdida, abundancia de riquezas, señoríos y mandas con que se habian de ver en aquella gruesa tierra del Perú, á quien tenian por cierto sujetarian con facilidad. Viendo con esto el Aguirre engrosada la cuadrilla de su opinion, y por consiguiente con más fuerzas para poder emprender medios eficaces para conseguir los fines que deseaba, y siendo de su naturaleza inclinado á derramar sangre humana, comenzó luego á ocuparse en esto, á título de ejercer su oficio, despachando de esta vida á algunos soldados de quienes andaba con sospechas no tener él segura la suya; y comenzando por el García de Arce (de quien dijimos era gran amigo, confidente y compañero del Ursua, de mucho tiempo atrás), lo hizo prender y dando á entender á su General lo mucho que importaba para la seguridad de su persona y todo el campo, que aquel soldado no fuese en él, le mandó dar garrote sin más ocasion que ésta. Y porque esto poco (que así le parecia á él) no espantase y lo mucho amansase á todos los del ejército, determinó matar tras éste á Diego de Balcázar (de quien dijimos que haciéndolo justicia mayor del campo, al darle la vara, dijo la recibia en nombre del Rey) porque pareciéndole al Aguirre que hombre que con tanta libertad habia hablado aquello (de que no estaba olvidado este tirano), tambien la tenia y atrevimiento de tener algun desacato con su persona y amigos. Y así, habiéndole hecho quitar la vara, fué una noche á la posada del Balcázar con algunos compañeros, y hallándole en la cama, desnudo como estaba, lo arrebataron y sacaron en volandas, con intentos de llevarle á otro puesto á darle garrote. Lo cual,

como entendiese el Balcázar, forcejando se les escapó de las manos, y echando á huir, iba dando grandes voces: viva el Rey, viva el Rey, á fin de turbar y amedrentar con esto á los que le iban siguiendo é incitar á algunos que saliesen á su defensa. Pero visto que las voces no le aprovechaban para lo uno ni lo otro, se arrojó al rio; que aunque se lastimó muy mal, al fin se escapó entre las aguas y oscuridad de la noche, por no haberse atrevido por estas dos cosas los que lo llevaban á seguirle. Supo el caso el Gobernador, y haciéndolo buscar á la mañana y asegurándole la vida, vino á su presencia, con que no murió por entónces.

Ya la mano poderosa del cielo (que aunque consiente maldades, por sus secretos juicios no las deja sin castigo, si bien es siempre menor de lo que ellas merecen), comenzaba á mostrar su Divina justicia contra los principales amotinadores y homicidas del Ursua, permitiendo que unos fuesen verdugos de otros, como se irá viendo: pues en estos primeros dias comenzó á derramarse una fama en el campo sin saber de quién habia salido (porque como hombres tan desalmados no reparaban mucho en echar en corro juicios temerarios, topasen en quien quisiesen) que Pedro de Miranda, mulato que, como dijimos, era de los principales amotinadores y Alguacil mayor del Campo, y Pedro Hernández Pagador mayor, ambos de los que se hallaron en la muerte de Ursua, pretendian ahora darla tambien al General don Fernando y á ciertos capitanes, lo cual sabido por el Aguirre, sin averiguar más la verdad que tuviese, porque tampoco en esto se reparaba, paliando el hecho con sombra de celo de la vida y honra de su General y los demás, prendió á ambos, y sin reparar en nada y aun casi sin saber nadie la prision, les dió garrote y sus oficios á dos amigos de los amotinadores; el de Alguacil á un Juan López Cerrato, y el de Pagador á otro Juan López de Ayala, de que se fueron acrecentando envidias entre los demás, y de ellas crueles discordias, disensiones y muertes, por hallar el demonio tan aparejados sus corazones para incitarlos á esto.

No se acrecentaba ménos la soberanía del don Fernando de Guzman, viéndose tan respetado del todo, si bien ésta la empleaba por la mayor parte en premiar á sus amigos, gloriándose de que saliesen medrados de sus manos en honras y oficios, con que conociese el mundo les era agradecido, y que lo mismo sucederia con todos los que en adelante lo quisiesen ser. Empleó estos afectos lo primero en Juan Alonso de la Bandera, de quien el General habia recibido en muchas ocasiones muy buenas obras, que queriendo pagárselas en algo, le nombró por su Teniente general, y habiendo aceptado el oficio y comenzado á usar de él, acertó á disponer cosas contra otras que el Maese de Campo Aguirre tenia ordenadas. Algunos piensan que con fin de disgustarle, porque ya habian comenzado á estarlo ambos, desde lo que habia pasado en la junta, cuando Lope de Aguirre, en la informacion hecha por el don Fernando, se firmó Aguirre el traidor. Estos principios de acedias fueron tomando cada hora mayores fuerzas, desde que se le dió este cargo de Teniente al Alonso de la Bandera, por encontrarse tras cada paso en las cosas tocantes á los oficios; y llegó á tanto, que vinieron á levantarse opiniones entre los soldados y capitanes, sobre cuál de los dos cargos era más preeminente, y á quién habian de estar y obedecer en las cosas que disponian encontrándose. Defendian el cargo de Maese de Campo, diciendo ser superior y más preeminente, los amigos del Aguirre, teniendo lo contrario los de Juan Alonso, con que vinieron los dos y sus bandos á quitarse del todo la máscara y tratar muy al descubierto las enemistades que hasta allí tenian algo paliadas, pretendiendo atajar éstas el General, no habiéndose olvidado de lo que le debia al Juan Alonso de la Bandera, con que lo tenia por más amigo que al otro, hizo demostracion de favorecerle más, quitándole al Lope de Aguirre el cargo de Maese de Campo, y dándosele á él para que los tuviese ambos, que fué encender más el fuego de las enemistades y de dos mil inconvenientes que de aquí se siguieron, si bien porque no pareciese que desfavorecia del todo al Lope de Aguirre, que hacia muy bien el oficio de comunero y amotinado, lo hizo Capitan de á caballo, y á Lorenzo de Salduendo Capitan de la guardia, que era lo que tenia el Juan Alonso de la Bandera, como dijimos ántes que le hiciera su Teniente general.

CAPÍTULO XIV.

I. Confedérase don Fernando con Lope de Aguirre, y promete volverle el cargo de Maese de Campo—II. Pasan muy adelante con el casamiento las amistades del don Fernando y Lope de Aguirre, y las enemistades de éste y Juan Alonso de la Bandera—III. Calumnia Aguirre delante de don Fernando á Alonso de la Bandera, diciendo trata de matarle y alzarse con la gente—IV. Mata Aguirre á traicion al Juan Alonso de la Bandera y á un Cristóbal Hernández, en casa del General.

NO le pareció al Lope de Aguirre ser tiempo aquél en que pudiese hacer demostracion del sentimiento que tuvo de haberle quitado el oficio de Maese de Campo, y así dejándolo para otra ocasion más opórtuna, contentóse en ésta con la conducta de Capitan de á caballo. De este hecho tomaron ocasion los amigos de don Fernando, para avisarle que no le era partido tener más consigo al Lope de Aguirre, porque le conocian desde muy atrás ser hombre bullicioso y vengativo, y que sin duda le tendria guardada para la ocasion que no pensaba, la venganza de la injuria, procurando tomarla hasta sus últimos cabales; y así que lo tendrian por más acertado para asegurar su persona y gente, que lo despachase de esta vida; y que si él no queria hacerlo, ellos lo harian, dándoles licencia, con que se asegurarian las de todos. La blandura de entrañas del General (que era más de la que era menester á veces para el cargo que tenia) no le dió lugar á matar ni consentir que muriera el Aguirre, aunque habia dado sobradas ocasiones para ello; ántes procurando curar el enojo que pudiera haber tomado contra él, procuró se confederasen de nuevo, disculpándose á boca con él de lo mal que se habia hecho en quitarle el cargo de Maese de Campo, y haciéndole con esto grandes ofertas, le dijo entre ellas que le daba su fe y palabra de volvérsele ántes que entrasen en el Perú; y que en entrando casaria á un hermano suyo (que allá habia quedado, llamado don Martin de Guzman) con aquella su hija mestiza que traia allí consigo el Lope de Aguirre. El cual haciendo del ladron fiel, y dando tiempo á tiempo, con alegre y fingido rostro aceptó la merced del casamiento y del ofrecimiento del cargo, mostrando ser lo uno y lo otro merced más crecida de lo que él le habia servido.

Fué luégo con esto el General á visitar la hija del Lope de Aguirre y darle el parabien del casamiento y del parentesco, llevándole en presente una ropa larga de seda muy rica, que habia sido del Gobernador Pedro de Ursua, y juntamente con ella le dió el don, que hasta allí no traia, y la comenzó á tratar como á cuñada de allí adelante. Todo esto temiéndose que como el Lope de Aguirre era tan facineroso, y por el mismo caso hombre de muchos amigos de su pelaje, y se andaba quejando públicamente de él, por haberle quitado el cargo, no se le amotinase y fuesen tomando fuerza las centellas de rebelion que iban ya saltando, que se aplacaron con el casamiento: pues disimulando por entónces el Lope de Aguirre, volvió á tratar al don Fernando con la familiaridad que ántes de la cual se habia retirado por el agravio. No por esto dejaban de ir creciendo, á más andar, cada hora las enemistades entre el Aguirre y el Juan Alonso de la Bandera, acrecentadas en el Aguirre con el soplo de la envidia que tenia de ver á su émulo tan en trono, que le era ocasion de andar con mil desuelos, dando traza cómo le podria apear al Juan Alonso de esta cumbre. Lo cual no escondiéndosele al Juan Alonso, por las diligencias de sus amigos, las ponia en matar al Aguirre para asegurar su persona, con los cuales intentos y determinacion salia muchas veces á buscarlo, si bien ninguna pudo tener efecto, por no andar un punto descuidado en andar solo y sin armas, de noche y de dia, pues aun para dormir no se las quitaban él ni sus compañeros.

Los dos cargos que tenia el Juan Alonso de la Bandera le habian hecho de un ánimo tan levantado, grave y soberbio, que queriéndolo mandar todo, si bien procuraba rehacerse cada dia de más amigos, se hacia odioso á otros muchos: en especial lo estaba con Lorenzo de Salduendo, Capitan de la guardia, por ser ambos pretendientes de la doña Ines para tenerla por amiga. Por lo cual estaba ya casi confederado el Salduendo con el Aguirre, que no se dormia dando trazas en el modo que tendria para quitarle el cargo al Juan Alonso de la Bandera y aun la vida. Con estos desuelos y cuidados no se le ofreció modo mejor para salir con su intento, que arrojar en el campo un juicio temerario y fama de que el Juan Alonso, no contentándose con los dos oficios que tenia, y deseando su ambicion subirle á ser General de todo el campo, pretendia matar al don Fernando y sucederle, lo cual despues de haberlo divulgado entre todos, y que se decia ya públicamente sin dar na-

die otro autor que al Aguirre, de que á él no se le daba mucho, se fué con algunos amigos suyos al don Fernando, y diciéndole la fama pública que andaba, de que Juan Alonso le queria matar y alzarse por General, lo procuraba irritar para que le quitase el cargo. No le quedó con esto el don Fernando á la primera vez que se lo dijo, ántes incrédulo, por parecerle que siendo el Lope de Aguirre tan enemigo del Juan Alonso, más fundamento tenia aquello de enemistad que de verdad, y que debiera de ser todo testimonio y razon echada en corro sin autor. Nunca los malos intentos dejan de hallar padrinos que los fomenten, como sucedió aquí, pues hallándose en la conversacion el Lorenzo Salduendo, picado de los amores de la doña Ines, certificó al don Fernando ser así lo que decia Lope de Aguirre, por haberlo él oido decir públicamente por cosa muy cierta; y para que entendiera ser así, lo afirmó con mil juramentos, con que comenzó á dar algun crédito al Aguirre el don Fernando, y tambien porque le certificaron haber prometido el Juan Alonso á un Cristóbal Hernández, muy grande amigo suyo, le haria Maese de Campo en corriendo eso por su cuenta.

Sin proceder más á la informacion y verdad que esto tuviese, trató luégo con Lope de Aguirre el General diese órden cómo matar al Cristóbal Hernández y al Juan Alonso, pareciéndole quedaba con esto seguro de los temores que luego le embistieron (hijos legítimos de la tiranía) de que si él no hacia esto, lo habian de hacer los dos con él. No fué fácil el hallar tiempo y ocasion para esto, por el cuidado con que andaba el Juan Alonso, acompañado siempre de muchos de sus amigos, aunque se buscaron trazas extraordinarias para el fin de esta maldad: pero viendo no aprovechaban, dió una el don Fernando á que le abrió la puerta el miedo con que andaba, y fué que ordenándose en su casa un juego de naipes, él haria debajo de amistad entrasen en él Juan Alonso y Cristóbal Hernández, y que estando descuidados y teniendo él prevenidos algunos de sus amigos, entrase á buena ocasion el Lope de Aguirre con los suyos, y entre todos matasen á los dos. Como se trazó se hizo, y estando en lo mejor del juego envió el don Fernando aviso al Lope de Aguirre, que al punto vino con algunos compañeros armados, y cercando á los jugadores éstos por una parte, y los que el don Fernando tenia escondidos por otra, á arcabuzasos, lanzadas y estocadas dieron tan cruel y arrebatada muerte á los dos, como ellos se la habian dado á su Gobernador. Hecho esto, queriéndole pagar luégo de contado al Lope de Aguirre el aviso que le habian dado y el servicio del hecho, le volvió el oficio de Maese de Campo con todas las preeminencias con que ántes lo tenia: y por haber quedado vacos los otros dos oficios de los muertos, que eran Capitan de infantería y Teniente general, dió aquél á un Gonzalo Guiral de Fuentes, grande su amigo, y éste á otro de sus mayores amigos, con que le pareció quedaba ya segura su persona y campo.

CAPÍTULO XV.

I. Exasperan los soldados á los indios que les traian comídas, de que sucedieron muertes de algunos españoles.—II. Fueron causa estas muertes de padecerse mayores necesidades, por los temores que se concibieron de ellas.—III. Procuró Aguirre hacer demostracion de estrecha amistad con el don Fernando, para sus intentos.—IV. Hace una plática el General don Fernando á todos los soldados, para conocerle sus ánimos y devocion que tenian, de que consiguió el efecto.

CON una paz á medio lado, á que habian reducido los indios que estaban en algunos bohíos, como sembrados, la tierra adentro, les traian á veces al Real algunas comidas que les rescataban con algunas bujerías de cuentas y cascabeles, que no ayudaban poco al sustento de todos, lo cual continuaran los indios, si el verse ya los soldados con vida ancha y conciencias libres (sin tener quien les frenara sus acciones) no las emplearan arrojándolas á todo extremo de maldad, en maltratar á los indios que venian á estos rescates, con que los avispaban, de manera que ya lo iban echando de ver sus estómagos, por falta que les hacian las comidas, que ya por esto no traian; y siendo tambien muy grande la que tenian de ellos para que los sirvieran. Viniendo un dia cierta cantidad de naturales, con algunas comidas, engclosinados con las cosillas de Castilla que les daban, determinaron cierta gavilla de soldados de los más matantes, prenderlos, y sacándolos de sus canoas á tierra con engaño, con el mismo les hicieron entrar en un bohío, donde los aprisionaron á todos y quitaron las canoas. Lo cual visto por algunos otros que quedaron en el rio en las suyas, se pusieron en huida, y alzaron tan del todo, que nunca más volvió uno tan solo

á los rescates de amedrentados; y lo estuvieron mucho más, y aun exasperados despues que se volvieron á sus tierras los que habian preso, que soltándose fué dentro de pocos dias, y no pasaron muchos despues de éstos, que no sucediesen por la misma ocasion muertes de algunos españoles, que fiados en la primera amistad que habia (no entendiendo eran tantos los desabrimientos con que estaban, por lo sucedido, forzados de la necesidad de buscar algun sustento, entraron á esto cuatro ó seis españoles solos, la tierra adentro, y en cierto paraje, yendo con más descuido que debieran, cerca de donde habian de coger la yuca, que era por lo que iban para hacer cazabe, salieron de emboscada dos tropas de indios, que, dando con increible furia sobre ellos, ántes que volvieran en sí y se pudieran aprovechar de sus armas, ya los tenian á todos muertos, que eran un Sebastian Gómez, Capitan de la mar, un Molina, Villareal, Pedro Díaz, Mendoza y un Anton Rodríguez.

Amedrentóse tanto el resto de los soldados con este suceso, que no se atrevian á salir del campo y entrar más en las tierras de los naturales, con que (y con no asomarse ninguno á entrarles comidas) pasaban muy grandes necesidades, y los indios tan adelante con sus atrevimientos (por la avilantez que habian tomado con las muertes de los españoles) que lo tenian de llegar de noche por el rio y hurtar las canoas que tenian los del ejército amarradas en la barranca, que tambien les hacian notable falta, pues eran con que podian ir por algunas partes á buscar comidas; si bien hubo quien rastrease que la maldad del Lope de Aguirre se extendia á desamarrarlas él de noche, y dejarlas ir el rio abajo, á fin de que no sucediese que algunos soldados se quisiesen juntar y huirse en ellas. E hizo más vehemente esta sospecha, el ver que solo él echaba fama que las hurtaban los indios, sin que se supiese de otro. Fuese al fin esto, ó aquello, la falta vino á ser tan grande, que de más de ciento y cincuenta que tenian, no les quedaron más que hasta veinte escasas, de las peor acondionadas, más ruines y pequeñas.

Viéndose ya Lope de Aguirre con ménos enemigos, por ser ya muertos el Juan Alonso de la Bandera y Cristóbal Hernández, y vuelto en su oficio (con que era segunda persona del campo y emparentado por el casamiento de su hija con el don Fernando) hacia demostraciones en toda ocasion que se ofrecia, de la mucha amistad que habia entre los dos, pretendiendo con esto dar á entender á todos, que por su mucha privanza no se haria en el Real otra cosa que lo que él ordenase, con que se le irian acrecentando amigos, de aquellos que lo son de arrimarse á las sombras de favores por intereses particulares. Llevado tambien de éstos el Aguirre, disponia el ánimo del don Fernando, que de suyo era (como hemos dicho) de demasiada blandura y fácil de creer cuanto le decian para que se le sujetara á lo que él dispusiese, á título de que en todo pretendia enderezar las acciones del don Fernando á buenos fines; que una de las mayores polillas y grandes inconvenientes que pueden suceder en el buen gobierno de una República, es conocer los súbditos del todo la condicion natural del superior, porque de ordinario lo suelen cazar por allí, como le sucede á las aves, animales y peces, que por las naturales inclinaciones que los hombres conocen en ellos, les arman los lazos con que los prenden. Conociendo el cauteloso Aguirre esta blandura de ánimo en el don Fernando, y que era amigo de ceremonias exteriores, de que se pagaba mucho, entróle por esta puerta un dia, diciendo ser cosa necesaria para conocer la gente y soldados que llevaba, y sus intenciones y propósitos de seguir la guerra, que los hiciese un dia juntar todos, y haciéndoles una plática, les diese á entender que si ellos no tenian voluntad de que fuese su General, eligiesen al que quisiesen, y que se declarasen los que no quisiesen seguir la guerra del Perú, porque él no les haria fuerza á ello, con que sabria cuáles eran de su devocion y cuáles no.

Como se lo platicó el Aguirre, lo puso el General por obra, no pareciéndole mal, y haciendo juntar toda la gente un dia en la plaza, que estaba á puertas de su posada, salió de ella armado con una partesana en la mano, acompañado de sus amigos y del Lope de Aguirre y los suyos, y comenzó á hablar á los demás diciendo: caballeros y señores soldados, dias ha deseo hablar á vuesas mercedes generalmente, habiendo entendido que por haberme nombrado por General algunos caballeros particulares, los más de vuesas mercedes estarán sentidos de ello por no haberles dado parte en la eleccion; mi intencion nunca fué ni ha sido dar disgusto al más mínimo de todo el campo, y si acepté este cargo de General, fué por parecerme hacia algun servicio á vuesas mercedes y más por haber sido rogado é importunado de muchos caballeros y soldados, que por la voluntad que de ello tenia; pues se sabe el trabajo que es haber de servir y contentar á todos, y el superior cuidado que en todas las cosas particulares y generales son necesarias al buen uso y ejercicio de la guerra, y porque

el que ha de mandar y gobernar un campo como éste, donde tantos caballeros y buenos soldados hay, es bien sea electo de consentimiento de todos, para que con más gusto se acuda á todas las facciones de la guerra, siendo ordenadas por el que de voluntad eligieron, acordé juntar aquí á todos para decirlo y suplicarlo de mi parte, miren entre todos los que en el ejército hay, qué persona será más á propósito para que con más sagacidad y prudencia y legalidad, pueda usar este oficio de General, y en ese pongan todos los ojos y lo elijan, pues para ello tienen total libertad, y para que la haya mayor yo me eximo desde luego del cargo haciendo cesion y traspaso en el que se eligiere por todos, á quien yo obedeceré con mucho gusto, como el más pequeño soldado, y en señal de esta cesion y apartamiento, hinco en el suelo esta partesana que traigo en la mano en lugar de vara de justicia : y haciendo y diciendo, la dejó hincada derecha, y quitándose el sombrero se retiró atrás hácia donde estaban los que le habian acompañado, añadiendo desde allí á su plática : y lo mismo hacen estos señores oficiales del campo, en renunciacion de sus oficios y cargos, para que vuesas mercedes dispongan de ellos y los den á quien mejor les pareciere, y que más á provecho y utilidad de todos los ejerciten.

Hicieron todos los oficiales la misma ceremonia que el don Fernando á estas palabras, con los instrumentos y armas de sus oficios que traian en las manos. Los soldados y demás resto del campo, habiendo estado con silencio á todo, conociendo la cautela con que se hacia, y viendo que aunque dijeran otra cosa no les habia de ser de importancia ni admitido, ántes de lo contrario, se podian dar por condenados, tomando la mano para responder por todos los amigos y familiares del don Fernando y Aguirre, á quien siguieron tambien en respuestas confusas conformándose en el mismo parecer la mayor parte del campo, dijeron: que la eleccion de General en su persona fué hecha en conformidad de todos, por estar en él tan bien empleado, no solo el cargo de General, pero aun otros muy mayores y de mayor estima; y lo mismo decian de los demás oficios y oficiales, por ser tan á propósito las personas que los tenian ; y que si era conveniente y necesario lo tornaban á elegir y nombrar de nuevo por su General, teniendo á buena suerte les mandase un caballero tan principal y generoso como él, y así le suplicaban no desistiese del cargo, ántes lo prosiguiese como hasta allí.

CAPÍTULO XVI.

I. Agradece don Fernando la nueva eleccion que hicieron en él, y da á entender no quiere forzar á nadie á que le siga.—II. Pide don Fernando a los soldados hagan juramento de seguirle, el cual prometen, excepto tres.—III. Hácese el juramento por todos en una ara consagrada y misal.—IV. Inconvenientes que se fueron siguiendo de la ociosidad en el mismo sitio.

HABIENDO conocido en esta diligencia el don Fernando, por lo general, las intenciones de sus soldados, volvió al lugar donde habia comenzado á hacer la plática y á tomar en la mano la partesana que habia dejado hincada, y mostrándose agradecido á todos por la reeleccion que en él habian hecho de General, rindióles fingidas gracias, reconociendo haber sido mucha la obligacion en que le habian puesto todos, la cual pretendia desempeñar dándole Dios gracia para ello, manteniendo á todos en justicia, y disponiendo las cosas de suerte que fuesen sus personas medrando con grandes acrecentamientos en honras y riquezas, pues para todo habia donde poder meter bien las manos en aquellas anchas y pingüísimas tierras del Perú, para donde llevaba su derrota é intentos, con que pretendia salir enseñoreándose de ellas. Pero, pues todos sabian que en las guerras que se hacian contra el Rey de Castilla en las Indias, unos las seguian de su voluntad y otros forzados, su intencion no era en aquella rebelion contra su Rey forzar á nadie á que con violencia le siguiese ; y así, que cada uno declarase su intencion, y que el que quisiese seguirle, la tierra y todo lo que llevaba él era suyo, pero que el que tuviese parecer contrario, y no entendiendo ser esta jornada tan lícita no le pareciese seguirla, si fuesen éstos tantos que fuesen bastantes á quedar seguros en alguna poblacion de indios para poblar y sustentarse allí, que él los dejaria con un caudillo que ellos escogiesen, y partiria con ellos todo lo que tuviese de armas, municiones y otras cosas, y si fuesen tan pocos que no bastasen para esto, los llevaria consigo como á sus hermanos, y dejaria en el primer pueblo de paz que hallasen ; desde donde podrian disponer libremente de su vida como quisiesen, y que por ningunos temores dejasen de declarar en este caso su voluntad, pues les daba desde luego su fe y palabra de que

por ello no correrian ningun riesgo sus personas, ántes se haria con puntualidad con ellos lo que les prometia.

Advirtió tambien que los que estuviesen de parecer de seguirle, lo habian de firmar de sus nombres, y jurar solemnemente que sustentarian la guerra contra las tierras del Perú, á fuego y á sangre, y obedecerian en todo á órden á ello, á su General y Capitanes, y tener para esto entre sí muy gran paz y conformidad. Estaba ya la milicia de los soldados tan en su punto, que todos á una boca respondiendo á estas palabras y deseos del don Fernando, dijeron tener voluntad de seguirle, de que harian juramento y lo firmarian como se le ordenaba. Solos tres soldados con libertad cristiana, el uno llamado Francisco Vásquez, el otro Juan de Cabañas y el otro Juan de Várgas Zapata, dijeron con claridad y sin rebozo, al don Fernando de Guzman y sus secuaces, no ser de parecer seguirles en nada contra su Majestad, á quien reconocian por su Rey y Señor, y así los tuviesen por excusados del juramento y firmás que les pedian. Los traidores, algo pacíficos á la determinacion de estos tres, les respondieron (comenzando luego á declarar el veneno del ánimo fingido con que habian hablado hasta allí) que pues no tenian intentos de seguir la guerra, no habian menester armas, y así les quitaron las que tenian, y despues los fueron matando disimuladamente, en ocasiones, como diremos. Lo cual aunque tuvieron por cierto les habia de suceder, y lo dijeron ántes de su determinacion, tuvieron la muerte por menor mal que ser traidores á la corona de su Rey.

Por no ser hora este dia en que se hizo la plática, dejaron para el siguiente el disponer cómo se hiciese el juramento y se tomasen las firmas con toda solemnidad; y así, tornándose á juntar todo el campo muy de mañana otro dia, mandó el don Fernando se aderezase, donde á vista de todos se dijese misa, y llamando al Padre Alonso Henao (a quien dijimos habia hecho Cura y Vicario del ejército Pedro de Ursua) le mandaron se vistiese para decirla, que no lo rehusó, si bien debió de entender, por ser manifiesto á todos, el efecto para que los traidores se la mandaban decir. Acabada (que la oirian con la devocion que sus depravadas intenciones les administraban) el don Fernando de Guzman, sin consentir que el clérigo se desnudase, dijo á todos el intento con que los habia juntado allí á oir aquella misa, que era para que entre ellos hubiera mayor conformidad y amistad, y con seguridad se guardasen lealtad unos á otros, para lo cual era necesario que el juramento que se habia pedido hiciesen todos, habia de ser en la forma más solemne que se usaba entre los cristianos, que era la que allí verian; y mandando al clérigo (así vestido como estaba) que teniendo el ara consagrada en sus manos y el misal en el altar, fuese recibiendo á todos juramento, llegando todos con la mano á lo uno y lo otro, y comenzando á hacerlo el don Fernando primero, y luego el Lope de Aguirre y los demás oficiales del campo, fueron llegando por su órden los demás, y tocando con la mano la ara y misal, lo hacian diciendo: que juraban á Dios y á Santa María, su gloriosísima Madre, y á aquellos santos evangelios y ara consagrada, donde habian puesto sus manos, que unos á otros se ayudarian y favorecerian, y serian unánimes y conformes en la guerra que iban á hacer á los Reinos del Perú, y tenian entre manos, y que entre ellos no habria revueltas ni contrarias opiniones, en órden á hacerlo, y que ántes moririan en la demanda, favoreciéndose unos á otros, prosiguiéndola, sin que ninguna cosa de amor, parentesco, lealtad ni otra causa alguna pudiese hacer parte para retardar ni estorbar el hacerlo; y que en todo el discurso de la guerra tendrian por su General á don Fernando de Guzman, obedeciéndole y haciendo todo lo que él y sus ministros les mandasen, so pena de perjuros é infames, y de caer en caso de ménos valer.

Hecho este tan sacrílego y nefando juramento, mandó el don Fernando se procediese á firmarlo todos, siendo él el primero, y luego el Lope de Aguirre y los demás oficiales, con el órden que se habia hecho, firmando juntamente la nueva eleccion de General en el don Fernando, si bien algunos quedaron sin firmar, no porque con aquello pretendiesen salirse fuera del juramento, ni de ser participantes en las demás maldades que hicieron los traidores, sino porque como eran muchos y llegaban de tropel unos sobre otros, se quedaban algunos sin hacer esto, ó con cuidado, ó por no saber firmar bien, que no dejó de haber alguno á quien le pareció quedar libre de culpa para lo que podia suceder con el Rey, no hallándose allí su firma. Habiéndose despachado con esto, se comenzó luego á divulgar que aquel juramento se habia hecho de principal intento para confederar á los amigos de Juan Alonso de la Bandera, que estaban acedos por su muerte, con Lope de Aguirre y los suyos, y que de allí adelante cesasen entre ellos las discordias y pendencias ocasionadas de la muerte. Fuese lo uno ó lo otro, ello se hizo, como hemos dicho, si bien por haber sido tan

contra justicia, permitió el cielo no fuese de ningun efecto, ántes comenzaron luego unos muy desgraciados sucesos, originados de mil revueltas y disensiones, que luego se levantaron entre todos, hasta matarse unos á otros, como veremos.

Del inconveniente de irse alargando cada dia más la fábrica de los bergantines, se iban enlazando otros mil cada hora, que iba sacando la ociosidad en que estaban los soldados (nido donde se empollan infinitos males) y como orígen de los más que allí sucedian. El Lope de Aguirre con un ingenio versuto que tenia (enemigo de la especie humana) andaba siempre fabricando astucias con que engañar los soldados y echarles lazos, de donde con dificultad pudiesen salir, sobre los que dijimos en los dos capítulos pasados les habia puesto. Y andando de noche y dia en estos desvelos, dió en un pensamiento tan malicioso como peligroso, que fué de encumbrar tan alto á su General don Fernando, que fué la suprema cumbre á donde lo pudo subir, de donde era ciertísimo el riesgo de caer, y con más facilidad que si no lo pusiera tan alto, y habiéndolo tratado primero con el mismo don Fernando y algunos amigos suyos, para decirlo á los soldados, les mandó se juntasen en la misma plaza de la posada del don Fernando, donde ántes lo habian hecho, para la nueva eleccion, y estando ya juntos, y el Aguirre entre ellos, armado como solia siempre andar, y acompañado de sus amigos y secuaces, les comenzó á hablar de esta manera.

CAPÍTULO XVII.

I. Plática que hace Lope de Aguirre á los soldados—II. Elige Lope de Aguirre con los soldados y aclama por Príncipe del Perú á don Fernando de Guzman—III. Admite el don Fernando la eleccion de Príncipe y pone luego casa como de tal—IV. Quita el don Fernando el cargo de Sargento mayor á Sancho Pizarro, amigo de Ursua, y dáselo á Martin Pérez.

NO se nos ha olvidado, caballeros, pues son pocos los dias que han pasado despues que nombramos por nuestro Capitan general á don Fernando de Guzman, de nuestra propia voluntad y arbitrio, sin que para ello nadie nos hiciese fuerza, ántes habiendo amonestado á todos que con toda libertad eligiesen á quien mejor pareciese, y despues de su eleccion exhortó de nuevo á todos que cada cual pudiese escoger (con la misma) el camino que quisiese, declarándose sin ninguna fuerza que hubiese para ello, si queria o no seguir la guerra del Perú; y á los que declararon no tener voluntad de seguirla no se les ha hecho ningun mal tratamiento, como á todos consta y se ve por la obra; y los que nos determinamos á lo contrario prometimos con juramento de cumplirlo así: pero porque despues acá podria haber sucedido haber mudado alguno de parecer y acordado otra cosa que le pareciese mejor; y porque ninguno haya tomado por via de fuerza el juramento y pueda decir que ésta le compelió á hacer lo que hizo, y seguir la guerra contra su voluntad, yo desde ahora, en nombre del General mi señor, y como su Maese de Campo, digo y exhorto á cada uno se vea bien en lo que hizo y juró, y si no tuviere voluntad de cumplirlo, desde aquí se le alza el juramento y da licencia para que sin incurrir en ninguna pena pueda declararse y seguir lo que más viere le conviene, porque debajo mi fe y palabra, que para ello les doy, prometo guardar con todos y cada uno lo que se ha guardado con aquellos caballeros que dijeron no querian seguir la guerra ni ser contra el Rey, que los tratamos como á nuestros hermanos, partiendo con ellos amigablemente cuanto tenemos y han menester.

Algunos de los que estaban presentes y eran más de la devocion del don Fernando y Aguirre, en nombre de los demás respondieron no ser ellos hombres que habian de volver atrás sus palabras ni quebrantar el juramento; especialmente en cosas en que tan notoriamente conocian los acrecentamientos que de ello se le seguia, y que ántes estaban constantes y firmes en seguir y llevar hasta el cabo la guerra que habian prometido y tenian comenzada, y cumplir por entero lo que habian jurado. De lo cual tomando asa el Lope de Aguirre, volvió á anudar el hilo de su plática, diciendo: pues veo á todos tan firmes en el propósito que hasta aquí han mostrado y de unos ánimos tan valerosos, no solo para resistir y sujetar al Perú (que es una sola Provincia), pero á todas las de estas Indias occidentales, las cuales no es posible tengan buen gobierno sin Rey y cabeza que las gobierne, y como se haya usado siempre en ellas (desde que se comenzaron á descubrir y conquistar) que pertenezca el señorío al que las conquistare y sujetare. Llevando nosotros para este efecto á don Fernando de Guzman, nuestro General y señor, á quien de derecho pertenecen aquellos Reinos, será necesario (y cosa muy conveniente, que para que en llegando al

Perú le demos luego la corona de Rey, que tan ajustada le viene á su cabeza) desde luego le tengamos, reconozcamos y obedezcamos por nuestro Príncipe y señor natural, para lo cual es necesario, forzosamente, que todos nos desnaturalicemos de los Reinos de España, donde nacimos, y neguemos la obediencia al Rey don Felipe, señor de ella; pues es claro que nadie puede servir á dos señores. Y porque no se pongan dilaciones en cosa tan importante y útil á todos, haciendo yo principio, digo, que me desnaturalizo desde luego de los Reinos de España, donde era natural; y que si algun derecho tenia á ella en razon de ser mis padres tambien naturales de aquellos Reinos y vasallos del Rey don Felipe, me aparto totalmente de este derecho y niego ser mi Rey y señor; y digo que ni lo conozco, ni quiero conocer ni obedecerlo por tal, ántes usando totalmente de mi libertad, elijo desde luego por mi Príncipe, Rey y señor natural á don Fernando de Guzman, y juro y prometo serle leal vasallo y morir en su defensa, como por la de mi señor y Rey que es. Y en señal y muestras de este reconocimiento y de la obediencia que como á tal le debo tener, le voy luego desde aquí á besar la mano con todos los que quisieren confirmar y aprobar lo que he dicho en esta eleccion de Príncipe y Rey de toda Tierrafirme á don Fernando de Guzman; porque el que no hiciere esto dará claras muestras de ser otro su ánimo de lo que han sido sus palabras y juramento. Y haciendo y diciendo éstas partió luego (con algo abreviados pasos, siguiéndole los Capitanes y soldados del campo) á la posada del don Fernando, donde lo halló y le dijo el Lope de Aguirre: Todos estos caballeros y yo hemos elegido á vuestra Excelencia por nuestro Príncipe y Rey natural, y como á tal le venimos á dar la obediencia y besar la mano, suplicando se sirva darnos ésta y admitir aquélla. Fueron grandes las señales de agradecimiento que mostró de la eleccion el don Fernando, y rindiéndoles por ella las gracias, juntamente con la aceptacion que hizo, no quiso darles la mano para que se la besaran, como pedia, sino irlos abrazando en señal de mayor humanidad, comenzando por el Aguirre hasta el postrero, llamándoles todos de Excelencia, que fué el título que tuvo el poco resto de vida que le quedó; desde aquí acrecentada la altivez del don Fernando con él y la pretension y esperanzas que de aquí sacaba de verse coronado en Rey del mayor imperio que hasta allí se habia visto en el mundo, comenzó luego á proceder con mayor gravedad y severidad, como á su parecer convenia á persona que en pocos dias pretendia tan gran investidura; con que ordenó que su casa, servicio y criados de ella correspondiesen á las de los otros Príncipes, para lo cual nombró luego maestresala, mayordomo mayor, trinchante, pajes, gentiles hombres, continuos, que siempre le acompañaban en su palacio, y al fin todos los oficios mayores y menores de semejantes casas; á quienes (para que con más gusto y voluntad le sirviesen) les señaló desde luego salarios conforme á los honrados cargos de cada uno, de á diez y á doce mil pesos y de allí para arriba, y á otros, ménos librados en sus reales cajas en los Reinos del Perú. Dió tambien nuevas conductas á los Capitanes y á otros oficiales de la guerra con nuevos y acrecentados salarios. Comenzaron á tenerle en tanta veneracion y estima que se quitaban todos los sombreros no solo á su persona, pero siempre que leian alguna cédula despachada por su mano, cuyos principios decian siempre así: don Fernando de Guzman por la gracia de Dios, Príncipe de Tierrafirme y del Perú &c. Comia siempre solo y servíase á la mesa con todas las ceremonias, cortesías y sumisiones que se sirve un Rey, con todo lo cual estaba éste desvanecido Príncipe tan alegre, hinchado y representante de aquella majestad, que todo parecia una comedia, ó sueño desvanecido ó un juego y entretenimiento de niños, cuando hacen lo mismo que con éste hacian con su rey de gallos, sirviéndole con aquellas ceremonias y aniñadas puericias que no otra cosa; que esto podia imaginar el desvanecido y ambicioso don Fernando, era lo que usaban con él aquellos sus pajes y criados, si bien aunque fingido era tanto que pienso si se dejara adorar por Dios lo hicieran, y aun si lo hicieran pienso lo consintiera; á tal punto habia llegado la maldad de todos.

En especial la de Aguirre, que teniendo ya olvidadas (al parecer) del todo las obligaciones cristianas, y como hombre rematado dejándose despeñar de unos pecados en otros mayores, daba y quitaba vidas, ponia y quitaba Reyes. Al modo que se cuenta sucedió en Castilla al tiempo de las comunidades con el cura de Medina junto á la Palomera Dávila; que cuando los comuneros que pasaban por su casa le hacian buen tratamiento, los favorecia en sus sermones y pláticas, diciendo ser justo y puesto en razon el seguirlos; y cuando lo agraviaban, tomándole su hacienda y criados, volvia la hoja contra ellos y procuraba hiciesen lo mismo los de su pueblo; y así unas veces juzgaba el Reino por don Juan de Padilla y otras por el Rey don Cárlos. Así el Aguirre tuvo industria de elegir en Príncipe

de las Indias á este desvanecido hidalgo; y de allí á pocos dias malicia para quitarle más de lo que le dió, pues le quitó la vida con cruel y desastrada muerte, como veremos. A poco de como le pusieron en este trono dió el don Fernando el cargo de Sargento mayor del campo á Martin Pérez, uno de los dos (que dijimos habian quedado sin cargo) de los que se hallaron en la muerte del Gobernador Ursua; y aquel que usando bien el oficio de rebelado y amotinador, dió la primera estocada á don Juan de Várgas, Teniente del Ursua, con tanta furia, por un lado, que lo pasó hasta salir la espada por el otro, con que hirió á su compañero, como ya dijimos. Para darle este oficio se lo quitó á Sancho Pizarro, haciéndolo en lugar de esto Capitan de á caballo.

CAPÍTULO XVIII.

I. Trazas que dan en el viaje que tienen platicado para el Perú—II. Trázase el modo que habian de tener en nombre de Dios Panamá y el Perú, y da títulos de Encomiendas don Fernando—III. Pónese ejemplo de los ruines fines que han tenido otros tiranos—IV. Acabados los bergantines, despues de tres meses, salen de este pueblo y prosiguen su viaje hasta entrar en otro.

DISPUESTO todo, como queda dicho, solo se trataba entre los que traian entre manos la masa del gobierno, del mejor órden y medio que se podria tomar para con más brevedad efectuar sus intentos de entrar en el Perú, en que crecian cada hora tan á leguas los colmos de sus ciertas esperanzas, que ninguno se podia persuadir á lo contrario; y despues de haber hecho muchas juntas de guerra y gobierno y echado mil balances en las consultas, declarando cada cual su parecer en ellas, vinieron á resolverse de comun consentimiento que acabados los bergantines (que ordenaron fuesen de mayor porte que los que hasta allí tenian trazados) se procurase salir á la mar y por la necesidad que llevaban de comidas, se surgiesen en la isla de la Margarita, donde por la poca resistencia que les podria hacer la poca gente de la ciudad, en pocos dias se podrian proveer de los más necesarios matalotajes, como de pan, carne y agua, en que se habia de procurar no detenerse arriba de cuatro dias, y si allí hubiese alguna gente que los quisiese seguir, recibiéndola en los bergantines, tomar luego la vuelta (sin detenerse en ninguna parte) del puerto de Nombre de Dios, y tomando tierra en un rio cerca de él, llamado Saor, ya de noche, puesta la gente en arma y órden de guerra, marchar derechos al puerto de Nombre de Dios, procurando llevar la gente apercibida y repartida, con tanto secreto que ántes que fuesen sentidos se hubiesen enseñoreado del puerto y sierra de Capira (que era el paso para la ciudad de Panamá), pues tomado éste no podia pasarle aviso á esta ciudad del Nombre de Dios, se habia de marchar luego (dejando guarda en este paso) con el resto de la gente y su Príncipe hasta dar sobre la ciudad sin poder ser sentidos, y matando en ella los ministros y oficiales del Rey y los demás vecinos de quienes se temiese les podian hacer algun daño, saquearla y abrasarla, dejándola de suerte que los que quedasen vivos por haberse huido no pudiesen fortalecerse en ella ni tomar fuerzas contra ellos; y sin detenerse aquí más tiempo del que era menester para esto, con los amigos que allí se juntasen revolver sobre Panamá y hacer las mismas diligencias en crueldades y robos, procurando ante todas cosas hacerse señores de todos los navíos del puerto, sin dejar uno solo que pudiese huyendo ir á dar aviso al Perú de su llegada allí, y cómo y cuántos iban.

Hecho esto, se habia de juntar la artillería que habia quedado en Nombre de Dios con la de Panamá, y fortificándose allí con ella, hacer una galera tal como era menester para la ocasion, y otros navíos de armada ; y que en el entretanto que se ocupasen en esto en Panamá, vendria en su ayuda y favor gente de Veragua, Nicaragua y otras muchas partes, con más de mil negros que andaban alzados, que con deseos de tener libertad se les allegarian : que junto con los españoles y la demás gente que vendria al favor de la vida ancha y libre, se les juntaria gran copia; y armándolos á todos con las armas que habrian á las manos de los sacos de las dos ciudades, podrian pasar al Perú con tan grueso ejército, que aunque los hallasen ya avisados y puestos en arma, serian menores sus fuerzas para defenderse, que las que ellos llevaban para hacerles guerra. Porque aliende de los muchos y muy buenos pertrechos que llevarian de ella, así de gente como de armas, los muchos amigos que en el Perú tenian, todos en llegando se les pasarian á su devocion, con que no habria duda sino que en pocos dias tendrian por suyo todo aquel Reino, con que podrian á su salvo repartir entre todos la grosedad de riquezas de que gozaba, quitando á los vecinos

sus mujeres é hijas, tomando para sí los más principales de este desvanecimiento ; las cuales pareciesen que las iban allí nombrando, por conocerlas, como las conocian á todas, dando las demás á la demás gente, sin que quedasen sin parte los negros : y que en esto no habia de haber discordia, pues si uno dijese yo quiero por mujer á doña fulana, habia de responder el otro, yo tenia tambien esos pensamientos ; pero pues es vuestro gusto no faltarán otras que sean del mio, en especial de las chapetonas que ahora irán llegando de España. Y para acabar de llenar estas locas vanidades con que se lisonjeaban estos tiranos (demás de las libranzas de oro que les tenia hechas su Principe, en sus reales cajas del Perú), les daba títulos de repartimientos de aquella tierra á los que se los pedian, tratando de disponer en ellos las cosas de sus haciendas (como si ya los tuvieran en posesion) sin retardar estos sus locos pensamientos los varios acaecimientos que los podian atajar, como sucedió.

Y pudieran traer á la memoria los desgraciados fines que tuvo Gonzalo Pizarro en las mismas tierras del Perú, cuando con iguales pensamientos á los de éstos se rebeló contra el Rey ; que aunque miéntras le duraron las rebeldías que tuvo, andaba con tan gran pujanza de gente, y tan aventajada en armas y pertrechos de guerra, que salió victorioso de algunas con los vasallos leales del Emperador, como fué aquella en que venció y mató al Virey Basco Núñez con la mayor parte de su gente. Cuando más gallardo andaba con este próspero viento de fortuna, fué preso y desbaratado su ejército en la de Jaquijaguana, por el Presidente Pedro de la Gasca, y muerto miserablemente. Como tambien le sucedió á Francisco Hernández Giron, que andando tambien rebelado contra el Rey en la batalla que tuvo en Chuquinguá contra los leales, con solos trescientos hombres que traia desbarató mil y doscientos, que eran estos del Rey, y habiendo tenido otras victorias y mejor aparejo y disposicion que llevaban éstos de don Fernando para tiranizar el Perú, fué desbaratado por Gómez de Solis : y sobre éstos pudieran ponérseles delante los ojos (si no los tuvieran cerrados) ejemplos de otros que han pretendido en estas Indias las mismas tiranías en que los más de estos soldados se habian hallado (como dejamos dicho) y que todos habian parado en mal : pero teníalos tan ciegos su malicia, que no se los dejaba abrir para ver cosa buena, ántes la experiencia y recuerdo de la vida ancha de que habian gozado, el tiempo que les duraron las tiranías en que anduvieron con los que hemos dicho, les eran espuelas para emprender lo que ahora intentaban, sin advertir los ruines fines que necesariamente se les habian de seguir.

Pasáronse en las cosas dichas y en otras muchas tan ruines, que entre ellas sucedieron los tres meses que se gastaron en poner dos bergantines en estado de poder navegar, al fin de los cuales, estando ya para poderlos echar al agua, sin obras muertas ni cubiertas, pero de tan buenos fundamentos, que en cada uno de ellos se podia armar un navío de trescientas toneladas, se embarcó toda la gente en ellos y en algunas buenas canoas que tambien se habian hecho de nuevo. Partieron de este pueblo que llamaron el de los Bergantines, y navegando agua abajo, fueron á dar el mismo dia á otro de la misma Provincia de Machifaro, que estaba en la misma parte y mano derecha, sobre la barranca del rio, de donde habiendo dormido en él aquella noche, otro dia á las primeras luces salieron, y torciendo el viaje que llevaban por aquella banda del rio, se entraron en un brazo de él, á la mano izquierda, por industria del Lope de Aguirre, temiéndose que se iban á la derecha, por donde hasta allí podria suceder topar con la tierra que iban buscando, que demoraba á aquella parte, segun decian las guias Brasiles, que si la hallaban podian suceder algunas diferencias sobre el poblarlas. Porque habiendo venido á traslucírsele habia muchos soldados (no obstante las diligencias hechas) que de mejor gana se quedaran poblados en cualquier Provincia razonable que hallasen, que ir en la demanda que iban, procuró torcer el viaje (porque fuera todo torcido) y atajar los pasos con esto á sus sospechas. Habiendo navegado tres dias y una noche por este paraje del Poniente, dieron con una poblacion de pocas casas vacías (por haberse huido los naturales), puestas en tan mal país de tierra anegadiza y húmeda, que sobre no tener comodidad ninguna para la vivienda humana, hervia el aire de mosquitos que los abrasaban. Las casas eran cuadradas y cubiertas de paja, que no les admiró poco, por no haber hallado en muchas leguas atrás otras cubiertas de esto, sino de palmicha, ni sabanas de donde se pudiera traer, ni aun para satisfacerse á esta duda se atrevian los soldados á preguntar á algunos indios viejos que por no haber podido huirse estaban en el pueblo, dónde estaban las tierras de donde la traian, porque no entendiesen

los amotinados de Aguirre, viendo preguntar esto, lo hacian por informarse de las tierras que buscaban, que tan de vidrio iban todos en sus tratos como esto.

CAPÍTULO XIX.

I. Llegaron á esta poblacion de indios, donde tuvieron la Semana Santa y Pascua, y el Aguirre dió garrote á un soldado—II. Salieron de este pueblo despues de Pascua, y rancheáronse en otro muy grande, donde hallaron muchas comidas y vino—III. Pónense algunas costumbres de los indios de este pueblo—IV. Trátase del modo con que se ranchearon en el pueblo, y de algunos escrúpulos con que ya andaban el don Fernando y sus amigos.

ANTES que llegaran á este pueblo, se apartó de los demás por un brazuelo del rio con cierta gente en canoas, á buscar comidas, un Alonso de Montoya, á quien era forzoso aguardar; por lo cual y haber hallado en el lugarejo algun maiz y pescado seco en barbacoas, que no les dió lugar la prisa de la huida á los indios de ponerlo en cobro, determinó el Príncipe don Fernando se detuvieran allí ocho dias, en que se celebrasen los de la Semana Santa, que habia ya comenzado, cuando llegaron al puesto con intentos de salirse de él pasada la Pascua, en que tambien descansarian del trabajo de la navegacion y recogerian de otras partes algunas comidas á las que allí se iban gastando. Ayudaba mucho el pescado que cogian los soldados, de que abundaba por aquella parte el rio, y no ayudaban ménos las que les traian los indios por sus rescates: por cuya golosina fueron luégo viniendo de paz desde sus retiros á tratar con los españoles, habiendo perdido el miedo que les habia hecho huir. Era gente toda desnuda y de las propias armas y lengua que los de arriba, por donde se presumió ser todos de una nacion. Sucedió en uno de estos dias de la Pascua que estando hablando un soldado, Pedro Alonso Casto, que habia sido Alguacil del Gobernador Pedro de Ursua, con otro llamado Villatoro, se quejaba del poco caso que habian hecho de él los amotinadores, pues no le habian dado no sé qué cargo que él deseaba; y echándose mano de las barbas, dijo aquel verso de Virgilio: *Audaces fortuna jubat timidosque repellit.* A los atrevidos ayuda la fortuna y abate á los temerosos. No faltó uno (que no siéndolo de Dios) pusiese en pico estas palabras al Lope de Aguirre, que andaba ya desatinado, por parecerle habia muchos dias no se ofrecia ocasion para matar á alguno (que era con que él celebraba sus Pascuas), y porque no se le pase ésta sin cebar su infernal deseo en sangre humana, hizo prender á ambos estos soldados, con intentos de darles luégo garrote, sin más ocasion que ésta. Y habiendo tenido aviso de la prision el don Fernando (que tenia bien reconocida la resolucion de Aguirre), le despachó por la posta á decir no los matase; pero cuando llegó el mensajero habia dado ya garrote al Pedro Alonso Casto, y el otro estaba á pique de lo mismo, si bien por el mandato del Príncipe se le dilató la muerte hasta algunos dias adelante. En estos mismos de la Pascua quitaron el oficio que le habian dado de Alférez general á Alonso de Villena (uno de los matadores de Ursua) á título de que aquel cargo era más preeminente que quien lo tenia, por ser hombre de baja sangre y poca suerte en su persona, si bien por no dejarle el Príncipe del todo disgustado, le hizo su Maestresala, señalándole salarios dignos del oficio en una de sus cajas reales del Perú. Y por atajar inconvenientes de agravios, que podia sentir alguno sobre el oficio que vacó, se quedó así por entónces.

Pasada la Pascua, otro dia á las primeras luces partieron todos de aquel pueblo, y al acabarse llegaron á tomar tierra á otro mayor que ninguno de los que hasta allí habian hallado, á las márgenes del rio, y muy más abundante de comidas en las casas; porque aunque la gente de ellas se habia puesto en cobro (temiendo á los españoles, luégo que supieron tomaban aquella derrota), no pudieron darse manos por la brevedad á esconder el maiz y otras comidas, ó por ventura no se les dió mucho de esto, pareciéndoles no pararian en el sitio, por estar tan cerca del otro donde habian estado tantos dias. Estaba este pueblo muy á las barrancas y márgen del rio, en una isla angosta, cercada por una parte de las aguas del rio y por otra de las de una ciénaga, tan poco distantes, que de las unas á las otras habria por lo más ancho un tiro de ballesta: pero de largo corria á la isla y en ella las casas enhiladas una tras otra, sin discrepar una de otra, casi dos leguas. Hallóse aquí un género de vino hecho de muchas cosas juntas y mezcladas, á manera de mazamorra muy espesa, que echándolas en unas tinajas grandes, de más de veinte arrobas, lo dejaban estar cierto tiempo, en que hervia el vino como si fuera de uvas, de donde lo sacaban estando ya

sazonado, y trasegaban en otras vasijas, de donde lo iban bebiendo, echándole alguna agua, porque su fortaleza era tanta, que bebido á solas embriagaba mucho más que si fuera de uvas. De esto tenian los indios grandes bodegas, y aunque fueran muy mayores, dieran tambien fin de ellas los españoles, entre tanta gente como iba, en especial que era aloque y de muy buen gusto.

Procuróse luégo que entraron en este pueblo acariciar á los indios y traerlos de paz, que no fué dificultoso, en especial viendo que los soldados les compraban cuanto traian, porque de su natural son grandes mercaderes; de manera que en engolosinándose con lascosas de rescate que les daban los soldados, no habia quien los echara del campo, ántes se alquilaban para bogar, moler y hacer pan y vino y otros servicios personales. A todo lo cual eran tan aficionados, que aunque algunos soldados les hacian algunos malos tratamientos, no por eso dejaban de acudir á los rescates, sin reparar mucho en las muertes que á las veces daban á sus compañeros algunos crueles españoles, que despachaban de esta vida, por libres ocasiones, á los que estaban sirviendo. Eran sutilísimos en sus tratos, y mucho más en ser ladrones, en que eran tan atrevidos, que entraban de noche á juntar de las cabeceras de las camas, ropa, armas y cuanto podian haber á las manos, sin escarmentar en los castigos más rigurosos que los delitos que hacian á algunos que cogian en esto, que parece les era natural el juntar, tras que se iban sin acertar á reprimirse, por ningun daño que les sucediese por ello. Solian á las veces tener los españoles por estos delitos presos algunos, á quienes acudian sus compañeros con rescates, para librarlos de la cárcel, trayendo manatíes, tortugas, hicoteas, pescado y otras comidas que tomaban los españoles en trueco de los presos, habiéndoles dado primero algun leve castigo. Era toda gente bien dispuesta, desnuda del todo; usaban de las propias armas, dardos y macanas, que los de Machifaro. Las casas cuadradas, muy anchurosas, cubiertas de hoja de palmicha, de que abunda aquel país, que es demasiado húmedo, por ser anegadizo. Tenian los indios recogida en el pueblo gran cantidad de maderos gruesos de cedro, de los que traia en sus avenidas el rio, de que hacian sus canoas y casas, que pareciéndoles á los amotinados buen aparejo para concluir la fábrica de los bergantines, determinaron por esto, y por hallar abundancia de comidas, tomar de asiento el ranchearse por los dias que fuesen menester, hasta que quedasen acabados de todo punto.

El modo que tuvo de aposentarse fué, que á la parte de abajo de los bohios (que como dijimos corrian enhilados por la barranca) en los mejores que se hallaron, se rancheó el Príncipe con toda su casa y oficiales, gentiles hombres y algunos Capitanes; más arriba, casi en el medio, el Lope de Aguirre, con sus amigos á los lados, y Alonso Montoya con los demás, en lo postrero de él á la parte de arriba. El Lope de Aguirre como no cesaba de andar siempre maquinando trazas diabólicas, para las que él se entendia, ordenó que los bergantines varasen junto á su posada, á título de tenerlos más á la mira, para dar prisa á su fábrica. Tambien tuvo sus intentos de ranchearse en el medio del alojamiento, que por correr (como hemos dicho) á lo largo, cogia más de un cuarto de legua, con que era más señor del campo que su Príncipe. Púsose luégo por obra el acabar los barcos, que habia de ser, echarles cubierta y cubrirlos de bordo, para que quedando así más anchos, cupiese más á placer la gente; fuesen más bien lastrados y seguros á la navegacion del golfo salado, que habian de pasar. En esto trabajaban con la prisa posible todos los oficiales españoles y negros que se les entendia, á que ayudaban los soldados; y si bien todo fué con prisa, no pudo ser la tardanza ménos que de un mes, en el cual (como en las demás partes que se detuvieron) á causa de la ociosidad de los soldados, tambien sobrevinieron algunos inconvenientes, causados de unos remordimientos de conciencia (que no fueran malos si los emplearan en bien) con que andaban ya el don Fernando de Guzman y algunos de sus amigos, confusos de haber muerto con tanta crueldad é injusticia á su Gobernador, y de ver el mal camino que llevaban, para reparar tan grandes males y muertes como de aquél se habian seguido, y el poco poder con que se hallaban para poner en efecto los intentos de tomar al Perú, en que los habia metido Aguirre.

Sobreveníanles á esto los temores del castigo humano y divino, que suelen venir por donde no se piensa á tomar venganza de tan graves delitos, como ya la veian comenzada; pues del polvo de la tierra se iban levantando á cada paso ocasiones para que pagasen con sus muertes temporales (y aun se podia temer no fuesen eternas) tantas como hasta allí habian hecho, estimulados de la sindéresis de la razon. Con estos y otros muchos pensamientos, que las centellas de la cristiandad en que se habian criado los traian cuidadosos,

movieron plática entre ellos, cuan descaminados y perdidos iban siguiendo la derrota del Perú, pues solo era camino derecho para irse por sus pasos contados á entrarse á los ministros de la justicia de Dios y del Rey, para que quedasen castigados de su mano, como merecian. Lo cual todo se atajaria y olvidaria buscando la tierra, en cuya demanda iban, y poblándola, con que el Rey ya que los castigase, no seria con tanto rigor, como se si no se descubriese.

CAPÍTULO XX.

I. Hace junta don Fernando, en que se determinó matasen al Aguirre, por parecer convenia así.—II. Procura mejorar de armas el Aguirre á sus amigos, quitándolas á los demás.—III. Divide Aguirre á los soldados en compañías, pareciendo serle esto más á propósito para sus intentos.—IV. Prende á Gonzalo Duarte, Mayordomo del don Fernando, con intentos de matarlo, aunque despues se hicieron amigos.

PARA tratar más de intento sobre esta materia, acordó el don Fernando seria bien el llamar á consulta todos sus amigos y los ménos mal intencionados del campo, sin que lo supiese Lope de Aguirre, que aborrecia harto más que sus pecados le contradijesen la vuelta al Perú; y así haciendo luego junta de todos los más principales en su casa el don Fernando, sin que lo supiese Aguirre, se propuso el intento y que cada cual libremente dijese lo que mejor le parecia acerca de tomar la vuelta del Perú ú ocuparse en el descubrimiento de los Omeguas, poblando sus provincias, si las hallaban. Esto pareció lo más acertado á todos, si bien toparon luego con el estropiezo que habia de ser para conseguirlo el Lope de Aguirre, y que miéntras él viviese no era posible efectuar nada, por ser tan contra sus intentos y de sus amigos, que siendo, como eran, más que los del parecer contrario y más atrevidos, lo habian de desbaratar, y así determinaron todos de un parecer se quitase este estorbo quitándole la vida al Aguirre, y que esto se efectuase luego enviándolo á llamar que viniese allí descuidado, por no haber podido rastrear su peligro, y que entrando se le diese luego de estocadas; pues si con esta brevedad no se hacia, era imposible dejar él de alcanzar esta determinacion y poderse poner en efecto. En esto estaban de una conformidad todos, cuando el demonio (que siempre procura, permitiéndolo Dios, favorecer á los suyos y sustentarlos algun tiempo para mayores males) parece persuadió al Alonso de Montoya, que era uno de los de la junta, á que dijese no convenia matar por entónces al Aguirre, porque enviándolo á llamar vendria sin duda acompañado de algunos de sus amigos y podria ser por matarlo á él matar tambien á algunos de ellos, por lo cual seria más acertado dilatar su muerte para cuando fuesen navegando el rio abajo en ocasion de que viniese el Lope de Aguirre al bergantin del Príncipe á hablarle á solas, con que sin daño de otros se le podria dar la muerte, y esto podria efectuarse con brevedad, pues con esa se acabarian los bergantines, por faltarles ya muy poco.

No le pareció mal al don Fernando esta determinacion, por ser de suyo benévolo y enemigo de severidades y muertes, en especial de sus soldados; y así aprobándola, se resolvió en que se tomase aquel modo, al cual siguieron los demás, por ser voluntad de su Príncipe, aunque bien contra las suyas, teniendo por cierto que no se le habia de escapar al Aguirre lo que se habia tratado en la junta, de que habian de irse siguiendo mayores inconvenientes cada dia, y no teniendo efecto su muerte la habia de tener la de todos los que la determinaron, como sucedió, pues en el discurso de su tiranía no le quedó ninguno de éstos vivo, desde el Príncipe hasta el menor, como veremos, para lo cual no se le pasaba dia que no hiciese diligencias para atraer á sí más copia de amigos de los que más simbolizaban con sus atroces intentos y condicion, á quien procuraba tambien rehacer de las mejores armas de cuerpo y manos que habia en el ejército, procurando quitárselas á los demás de quienes él no tenia tanta satisfaccion, achacándoles que eran descuidados en las cosas de la guerra, que no traian las armas tratadas con la curiosidad que se requeria y era menester. Y así como á indignos de ellas se las quitaba para darlas á otros más dignos, con que vino á hacer herederos de todas las mejores que habia en el campo á sus aliados, no solo de las de los que morian y él mataba (cuyos testamentos y haciendas corrian por sus manos), sino tambien de los vivos, con este modo, con el cual no dejó armas de provecho en otros que en sus aliados.

Pareciéndole tambien venirle á su propósito que la gente del campo estuviese dividida en compañías iguales, de suerte que ninguno de los Capitanes tuviese más gente que

otro, acordó dividirlos en las compañías que se pudieron hacer, cada una de cuarenta soldados, señalando para sí los que él tenia por sus más amigos y familiares; si bien en algunas de las otras puso tambien algunos de los de su devocion, para tener con esto quien volviera por sus causas en todas partes; para la guarda de su Príncipe otros cuarenta, en que tambien entraban algunos de sus amigos. Al paso que iba tomando la mano en disponer estas cosas y favorecer á sus aliados, iba creciendo su soberbia y el querer mandar mucho más que su Príncipe, y que más que á él lo obedeciesen, temiesen y reverenciasen todos, de que ya se les iba trasluciendo á muchos en lo que habia de venir á parar todo. Un Gonzalo Duarte, Mayordomo mayor del don Fernando, temiéndose por lo que veia sucedia en los demás, en las insolencias del Lope de Aguirre, y por estar ambos repuntados de ocasiones pasadas y pareciéndole que las cosas de aquella infame comunidad se seguirian por justicia (en que se engañaba del todo) y que cuando ménos se habia de cumplir lo que el Príncipe mandase, procuró sacar de él una exencion para que ninguna justicia ni Capitan del campo tuviese que ver con él ni pudiese castigar sus delitos, sino que en todo estuviese inmediato á la jurisdiccion del Príncipe, por atroces que fuesen sus causas.

No pasó mucho que no viniese esto á oidos del Lope de Aguirre, que entendiendo luego por lo que habia hecho Duarte, para que entendiera no le habia de ser bastante para escaparse de sus manos, fué luego y lo prendió con intentos de darle al instante garrote, sin más ocasion que ésta (y el andar remordidos, como hemos dicho), como lo hiciera sin duda si el don Fernando (sabiendo la prision de su mayordomo) no viniera en persona y lo sacara de la cárcel. Que sabiéndolo el Lope de Aguirre, investido de un diabólico espíritu (por haberle quitado de las manos la presa que él tanto deseaba despachar de esta vida), fué luego á la posada del don Fernando dando temerarias voces, postrado en el suelo delante de él, echando fuego por los ojos y boca, le suplicaba le diese el preso, que lo queria castigar de muchos muy graves y atroces delitos que habia cometido contra su servicio; y que no se levantaria del suelo en que estaba sin que se le volviese, ó que con su misma espada, que sacó allí de la vaina, le habia de cortar luego la cabeza. Usando con reporte el don Fernando de preeminencia y potestad real, le respondió que se levantase y sosegase, que él se informaria de lo que habia hecho Gonzalo Duarte y lo castigaria si lo mereciese, haciendo en todo justicia. Terciaron de buena los Capitanes que se hallaron presentes, y aplacando al Lope de Aguirre de aquel infernal furor, trataron de hacerlos amigos, en especial por parecerles daban en esto gusto al don Fernando haciendo estas amistades. Queriendo el Gonzalo Duarte dar á entender en las obligaciones que le estaba el Lope de Aguirre para hacerle aplacar más los brios contra él, dijo públicamente en presencia de los demás, que no tenian razon de tratarle de aquella suerte, pues sabia que en el pueblo de los Motilones habia tratado el Lope de Aguirre que matasen á Pedro de Ursua é hiciesen General á don Martin (aquel que dijimos habia hecho volver al Perú el Ursua desde allí por el aviso que le dió Pedro de Añasco) y que el Lope de Aguirre seria Maese de campo y él seria Capitan, con que darian la vuelta sobre el Perú. Y que con haber pasado tanto tiempo despues de esto y ser tan su amigo el Gobernador Pedro de Ursua y quererle tanto, nunca se lo habia dicho ni descubiértolo á nadie hasta entónces; y que nunca se habia persuadido á que le daria el Lope de Aguirre tan mal pago á esta amistad. A que el Aguirre respondió (como hombre que ya se le daba poco se descubriesen sus maldades) que habia pasado puntualmente como lo decia Gonzalo Duarte, y que no dejaba de reconocer haberle sido amigo en aquello y que lo serviria en otra cosa que se le ofreciese, con que se aplacó mucho el Aguirre y vinieron (mediante el apretar esto los terceros) á hacerse amigos y abrazarse, considerándose por entónces, si bien adelante le pagó aquella amistad al Duarte en dar fin á sus dias, á vuelta de otros muchos.

CAPÍTULO XXI.

I. Encuéntranse el Capitan Lorenzo Salduendo y Aguirre, sobre acomodar en los bergantines á doña Ines.—II. Mata Lope de Aguirre á Lorenzo Salduendo, y por su mandado dos soldados á doña Ines.—III. Repútanse don Fernando y Lope de Aguirre sobre la muerte de Salduendo.—IV. Aplaca Aguirre á don Fernando, y por cierto chisme que dos Capitanes le digeron al Aguirre, determina matarlo.

NO habiendo dejado la doña Ines de Atienza los ruines tratos y resabios con que salió del Perú (aun con los ejemplos de muertes violentas que Dios le habia puesto delante, para apartarse de ellos), venia revuelta con el Lorenzo Salduendo, Capitan de la guardia, que dijimos era de D. Fernando. Traia ésta en su compañía, bien asidas en amistad y tratos, á una doña María de Soto, meztiza, acariciada con otros del ejército. Que estando ya para partir de aquel pueblo, en prosecucion del viaje por irse con él, viendo la obra de los bergantines (que era lo que solo le habia retardado), procuró el Lorenzo de Salduendo acomodar en una parte de ellos á estas dos señoras, con todas sus baratijas, y porque las malas dormidas no les hiciesen maltrato con Lope de Aguirre, que queria meter en los barcos unos colchones en que durmiesen ; el cual (ó porque no eran de su gusto estas mujeres, ó puramente por ser desabrido y enemigo de que nadie lo tuviese), respondió á Salduendo, que en ninguna manera se habian de llevar los colchones en los bergantines, porque ocupaban mucho, y era mucha la gente y otras cosas más importantes para la guerra, que forzosamente se habia de llevar. Excusado con esto el Aguirre, y despedido de él con demasiada mohina el Salduendo, volvióse á su casa, donde halló á las dos damas esperando el buen despacho de su comodidad, y habiéndoles contado lo que le habia pasado con Aguirre, y sentido de que le hubiese respondido con tanta aspereza, con mucho enfado arrojó una lanza que traia en las manos, diciendo : mercedes me ha de hacer á mí Lope de Aguirre al cabo de mi vejez; vivamos sin él, pesiete tal. No faltó quien oyendo estas palabras se las pusiese luégo en pico al Aguirre, con otras que la doña Ines habia dicho un dia ántes, estando enterrando un mestiza criada suya que se le habia muerto, á quien llorándola le dijo : Dios te perdone, hija mia, que ántes de muchos dias tendrás muchos compañeros.

La maliciosa agudeza del Lope de Aguirre dió luégo que supo esto en que el desabrimiento y palabras del Salduendo eran por no haberle dejado acomodar los colchones, y que aquellas acciones eran de hombre que pensaba, ó hacerle algun gran mal, ó matarle, y así acordó ganarle por la mano, determinando juntar sus amigos, y dar fin á los dias del Salduendo. El cual avisado del negocio, ó barruntándolo, se fué al Príncipe, y le dijo los temores con que andaba, de que Lope de Aguirre le queria matar, para que andaba ya juntando sus amigos. Asegurólc el don Fernando, diciendo perdiese el miedo, que él lo remediaria todo, y entendiéndose hiciera lo que él mandaba ; hizo llamar luégo allí á un Gonzalo Guiral de Fuentes, su Capitan, y que fuese al Lope de Aguirre y le dijese de su parte hi ciese cómo anduviese seguro el Lorenzo Salduendo, que andaba temeroso se la queria quitar, ántes le procurase aplacar del enfado con que estaba, lo mejor que pudiese. Salió con este recado el Gonzalo Guiral, con la mayor prisa que pudo ; pero como en sus depravadas acciones las daba muy mayor el Aguirre, le encontró ya en el camino con la tropa de sus matantes amigos, que venian á pasos largos á efectuar la muerte del Salduendo. Dióle el recado que llevaba del don Fernando, de que hizo tan poco caso como de Príncipe, á quien él le habia puesto en el estado, y así sin retardarse un paso, pasó adelante hasta entrar en la casa del don Fernando, con quien halló al Salduendo, á quien comenzaron luégo, él y los suyos, á darle de estocadas y lanzadas, con que sin poderlo defender el don Fernando con hartas voces y ruegos que hacia al Lope de Aguirre no lo matasen, y otras veces madándoselo, al fin le sacaron de esta vida miserablemente, como él habia sacado á Pedro de Ursua, su Gobernador. Cebada aquella cruel bestia en la sangre de este Capitan, apeteció luégo derramar tambien la de doña Ines, pues era causa de aquello, y de sobrevenirle á él algunos disgustos y amenazas, con que le pareció merecer igual castigo que los que las hacian ; y así mandó luégo á un sargento suyo, llamado Anton Llamoso, y á un Francisco Carrion, mestizo, que la fuesen á matar, donde quiera que estuviese. Los cuales, encarnizados en matar hombres, y por enseñarse y hacerse más hábiles en este oficio, para lo de

adelante. Apénas les hubo mandado esto, cuando fueron donde estaba la pobre de D. Ines, y le dieron tantas estocadas y cuchilladas, que parece no solo intentaron sacarla de esta vida, como lo hicieron luégo á las primeras, si no afearle su cuerpo, que quedó de manera que despues de muerta no hubo persona, aun de las muy crueles del ejército, que la viese, que no le quebrase el corazon, porque fué una de las mayores crueldades que se habian hecho en aquel campo. Quitáronle tras la vida todos sus bienes, que no eran muy pocos; pues sin enviar á buscar escribano ante quien se hiciese el inventario, queriendo hacerse pagados del trabajo estos crueles verdugos, los partieron entre sí.

Miéntras hicieron esto estos dos crueles carniceros con la pobre doña Ines, quedó el don Fernando de Guzman viendo el espectáculo de la muerte de Salduendo á sus ojos, dándole á entender al Aguirre su descomedimiento y poco respeto que habia tenido á su persona, pues no habiendo reparado en que le habia enviado á rogar no matase al Capitan de su guardia, le habia venido con demasiada crueldad y desenvoltura á matar en su presencia. Decíale esto con palabras tan ásperas y señoriles, que irritado y furioso más de lo que estaba el Lope de Aguirre, y estimando en más el ayuda de sus amigos, que tenia presentes, que las mercedes que le podia hacer su Príncipe, comenzó á desvergonzarse y decirle con palabras arrogantes mil descomedimientos, entre los cuales fueron: que no se entendia ni se sabia gobernar en las cosas de la guerra, porque si él fuera astuto, y las guardara bien, no se habia de fiar de ningun Sevillano, pues sabia los dobleces que hab a en ellos; que siendo el don Fernando natural de Sevilla, no pudo dejar de serle palabra pesada, y que viviese recatado, mirando por su persona, que él haria lo mismo, pues los que traian el cargo que su Excelencia no habian de vivir tan descuidados y confiados como vivia. Y que si de allí adelante quisiese hacer Consejo de guerra, le avisaba que como hombre que iba entre sus contrarios, llevase siempre en su compañía cincuenta amigos y confidentes suyos, bien armados, para lo que le podia suceder, y que le valiera más y fuera muy más á propósito gustar de los guijarros de Pariacaca, que de los buñuelos que le daba Gonzalo Duarte, su Mayordomo mayor; añadiendo á ésta otras ochenta desvergüenzas, se apartó de su Príncipe, y dió la vuelta de su rancho con sus amigos, sin procurar más aplacarle ni satisfacerle por entónces.

A poco de como llegó á su posada el Aguirre (porque no saliese fama en el campo de que habia querido matar al don Fernando y alzarse con la gente, dejando esto para más segura y oportuna ocasion), volvió luégo á verse con él y aplacarlo, y dándole satisfacciones del hecho, le dijo no tener su Excelencia razon de queja por haber muerto al Salduendo delante sus ojos, pues él habia querido matar á un tan gran servidor suyo, como él era, y tan leal y confidente, pues amigo por amigo, él quedaba allí vivo, que le guardaria con más fidelidad que ningun otro de los del campo, pues era más hombre para defenderle y ampararle, y más determinado á poner la vida en su defensa que algunos de quienes él hacia demasiada confianza, por parecerle le hacian buena amistad, de que algun dia veria el desengaño. Con éstos y otros falsos cumplimientos, procuró el Lope de Aguirre aplacar y satisfacer á su Príncipe, que á más no poder mostró con palabras estar sintiendo otra cosa, pues de lo hecho, desenvolturas y pocos respetos que ya le tenia el Aguirre, andaba sospechoso de lo que le podia suceder, en que iba cada dia cavando tanto, que de allí adelante andaba como asombrado y demudado el color; si bien con todo esto, ni procuraba asegurar su persona con mayor recato, ó con quitar la vida al Lope de Aguirre, ó trayendo á su devocion más amigos que le defendiesen; porque debiera de ser de condicion tan tímido, que aun para asegurar su vida no se atrevia á hacer diligencias que fuesen de importancia, como las hacia el Lope de Aguirre, sin descuidarse un punto (desde el que se desgració con él) de andar de noche y de dia acompañado de más de sesenta hombres bien armados y desalmados, echando voz que los traia para guardar y asegurar al don Fernando, procurando con esto deslumbrar á los que sospechaban le andaba trazando la muerte (de que andaban receládose el uno del otro) sin tener ninguno mediana satisfaccion de seguro. Viendo Gonzalo Guiral de Fuentes, Capitan de don Fernando, y Alonso de Villena, su Maestresala (ambos de los que se habian hallado en la Junta, cuando se determinó la muerte del Aguirre) lo que habia pasado entre él y el don Fernando, con que no podian parar en bien el uno ó el otro, y que la parte del Aguirre estaba más valida de amigos y de armas, para acreditarse con él y hacer de los ladrones fieles (que es propio de tiranos servirse de infieles ministros), se fueron al Aguirre, y contaron todo lo que habia pasado en la junta, y cómo no era ya muerto, por haberse dilatado por consejo de Alonso Mon-

toya, para otra mejor ocasion, para adelante; con que el Aguirre se determinó luégo (sin darlo á entender á nadie) de matar al don Fernando y á los demás de la Junta, alzarse con toda la gente y el campo. Lo cual no pudo disimular, enviándolo á llamar el don Fernando, para cierta Junta que hizo, pues le respondió (temiéndose no le quisiesen matar en ella) que ya no era tiempo de hacer juntas, ni de llamarlo á él á ellas, y así que lo tuviesen por excusado.

CAPÍTULO XXII.

I. Dispone Aguirre cómo matar al Príncipe don Fernando y á otros—Mata Aguirre y sus compañeros á dos capitanes, y trata de ir á matar al Príncipe—III. Van otro dia por la mañana á efectuar la muerte del Príncipe—IV. Mata Aguirre á un clérigo y á otros capitanes y al Príncipe don Fernando.

SOBRESALTÓSE el Aguirre despues que le dieron el aviso de la muerte que le tenian urdida en la junta, de manera que determinó á ganar por la mano y matar él primero á los que habian sido en la sentencia; le pareció ser el tiempo más acomodado para efectuar esto, el de la partida de aquel pueblo, que ya se iba llegando, para lo cual previno luégo sus amigos de secreto, sin declarar más que á dos los intentos que tenia de matar al Príncipe, por haberse determinado estos dos á hacerlo á ruego del Aguirre; estando ya los bergantines acabados de todo punto y todo á pique á la partida, dos dias ántes de ella ordenó estas muertes el Aguirre. De esta manera era, como dijimos, la isla donde estaban rancheados, angosta, y á la parte de abajo tenia su posada el don Fernando, el Montoya y otros capitanes á la de arriba, y el Aguirre con sus amigos enmedio. La primera diligencia que hizo el Aguirre para el efecto, fué echar un bando, que todas las canoas que estaban arriba y abajo de los bergantines las juntasen luégo á ellos, mandando que sin órden suya ninguna se les apartase, á fin de que no hubiese quien llevase nuevas de una parte á otra del alojamiento, y que fuesen metiendo al descuido toda su ropa sus amigos en los bergantines, sin que nadie lo entendiese; porque si acaso fuesen sentidos de lo que querian hacer y los mandasen prender, no se estorbasen en más que embarcar sus personas y hacerse á lo largo en ellos.

Llegada la noche, hizo junta de sus amigos, y poniendo guardas en el paso que habia desde su casa á la del Príncipe (que pudo con facilidad, por ser, como hemos dicho, la isla tan angosta) para que nadie pudiera pasar á darle aviso de la junta ni de lo demás que sucediese. Ya que estaban todos en su casa, les dijo tenia necesidad de ir á castigar ciertos capitanes y soldados que estaban rebelados contra el Príncipe; y así les rogaba le fuesen acompañando é hiciesen lo que eran obligados como buenos. Y habiéndose ofrecido á todo lo que les ordenase, bien armados todos, salieron con él de su posada derechos á la de Montoya y la del Almirante Miguel Bobedo, que estaban, como hemos dicho, rancheados á la parte de arriba y bien descuidados de la trama que les andaba urdiendo Aguirre. El cual entrando con toda aquella hueste de bravos en las casas de ambos, los mataron á estocadas y lanzadas, sin ser sentidos de nadie, desde donde tomaron la vuelta luégo para hacer lo mismo con el don Fernando, ántes que pudiera por algun camino tener aviso; dándolo primero el Aguirre á sus compañeros, de que era tambien necesario hacer lo mismo que habian hecho con otros soldados y capitanes, y por las mismas causas, de los que estaban rancheados cerca de la posada del don Fernando: y señalándoles á los que habian de matar, y que cada diez de los compañeros habian de embestir á cada uno, señalando tambien los que habian de ser éstos para éste, estos otros para el otro, les encargó el cuidado que habian de tener en efectuarlo, que tambien prometieron acudir como á los primeros. Pero advirtiéronle que no era tiempo acomodado aquél, por ser tan tarde y la noche muy oscura, con que podria suceder que á vueltas de matar á los otros, se matasen ó hiriesen los unos compañeros á los otros por no conocerse.

No le pareció mal el arbitrio al Lope de Aguirre (que no fué pequeña novedad para él, evitar ocasion en que no se matasen unos á otros, fuesen de los que fuesen) y así dilataron el hecho para las primeras luces del dia siguiente, reforzando las guardas del paso con soldados de mucha confianza, para asegurarse más de que no pasase la nueva de lo hecho á los de abajo, y no atreviéndose á pasar el resto de la noche Aguirre y sus soldados en sus casas, se entraron en los bergantines, donde estuvieron sin dormir y siempre en arma, y á pique para si acaso el Príncipe venia á sentir algo, cortar las amarras y echarse el rio abajo

con los barcos, sin reparar que se quedase él allí perdido con el resto de la gente. Pero despuntando el dia y viendo que no habia ruido en todo el alojamiento (por no haberse sentido aún las muertes de los dos) saltó de los bergantines con todos sus soldados, de los cuales ninguno sabia el intento que tenia de matar al Príncipe, fuera de un Juan de Aguirre y Martin Pérez, Sargento mayor, sus mayores amigos y confidentes, á quienes habia rogado debajo de grandes promesas tuviesen cuidado de á las vueltas (cuando anduviesen matando á los demás) dar con el don Fernando de Guzman al traves y sacarlo de esta vida. Tomaron los dos esto bien en la memoria, y habiendo dejado segura guarda en los bergantines, caminó Aguirre con los demás derecho al rancho del Príncipe, recogiendo en el camino todos los soldados que topaban, diciendo iban á castigar ciertos amotinados, por disimular los principales intentos que llevaba; les decia abriesen los ojos y mirasen por el Príncipe su señor, y de tal manera le reverenciasen, que no solo no peligrase su persona, sino aunque si alguno de los amotinadores se quisiese amparar y defender con ella, tuviesen particular vigilancia no le hiriesen á él, porque podria suceder que como su Excelencia era de tan buenas entrañas (ignorando la traicion que tenian ordenada contra su persona aquellos capitanes á quien iban á matar) los quisiese defender, mas que no los dejasen de matar por eso.

Industriando iba á sus soldados con esta plática el Lope de Aguirre, cuando llegando cerca del rancho del Padre Alonso Henao (que fué el que dijimos dijo la misa y tomó el juramento de la rebelion contra el Rey), por comenzar su maldad con sacrilegios lo mató á estocadas, si bien quisieron decir algunos habia sido por yerro de cuenta, queriendo matar á otro; y que no lo hizo el Aguirre sino un soldado llamado Alonso Navarro. Pero fuese lo uno ó lo otro, él quedó luégo allí muerto, desde donde prosiguieron todos hasta la casa del Príncipe, que lo hallaron en la cama, y con tan gran descuido como era el cuidado de estos traidores. Levantóse de ella en camisa al ruido y alboroto que llevaban los soldados, y como vió á Lope de Aguirre entre ellos, qué es esto, padre mio? que con este nombre le trataba el Príncipe, al cual respondió: asegúrese V. Excelencia; y pasando de largo entró donde estaban el Capitan Miguel Serrano y su Mayordomo Gonzalo Duarte, y un Baltasar Cortés Cano, y dándoles muchas estocadas, lanzadas y arcabuzasos, los mataron. El Martin Pérez y el Juan de Aguirre, no olvidando lo que les habia encargado el Lope de Aguirre, viendo la ocasion en las manos con la revuelta y confusion que habia en la casa, haciéndose erradizos, fueron á encontrarse con el don Fernando, y disparándole los arcabuces y tras esto embebiéndole algunas estocadas cruel y miserablemente, le sacaron de esta vida, con que acabó su infelice conjuracion, cosa que pudiera haber conocido muchos dias ántes y asegurádose de ella. Tenia cuando le mataron escasos veinte y seis años, era de buena estatura, bien formado de cuerpo, fornido de miembros, algo gentil hombre, de buen rostro, la barba bien puesta, reposado en sus acciones, mucho más benigno que cruel, natural de la ciudad de Sevilla.

CAPÍTULO XXIII.

I. Da satisfaccion Lope de Aguirre de la muerte del Gobernador y los demás, y nombra á sus soldados los Marañones—II. Reforma los más de los oficios que iban en el ejército y dálos á sus amigos—III. Salieron del pueblo de la Matanza, y fueron navegando á vista de grandes Provincias—IV. Llegan á otro pueblo despues de haber navegado doce dias, donde se ranchearon.

HECHO esto, ya que era entrada buena parte del dia hizo juntar Lope de Aguirre la gente del campo en una plaza, y puesto donde todos le pudieran oir, armado de todas armas y cercado de ochenta valientes hombres armados de la misma suerte, grandes sus amigos y confidentes, dió á todos cuenta y satisfaccion del hecho, diciendo no se admirasen ni alborotasen de las muertes que habian visto, porque todos aquellos eran sucesos que traia consigo la guerra, y que no era posible ménos, pues no se podia llamar con este nombre si no tuviera semejantes casos, y que su Príncipe y los demás muertos, por no haberse sabido gobernar ni tener modo para que aquella empresa tuviese el fin que todos deseaban, habian tenido ellos el que veian: y que á todos los del ejército habia sido necesaria aquella muerte de don Fernando, pues con su vida sin duda todos perderian las suyas por su mal gobierno, como á todos les era manifiesto de que no queria tratar más largo, sino que de allí adelante le tuvieran por su amigo y compañero, teniendo por cierto que de aquí se

iria siguiendo la guerra, como convenia á todos; y que no les pesase tenerlo por General, pues podian tener ya entendido de él cuanto deseaba el gusto y comodidad de toda la gente: con que dió fin á su plática y al título de General, aunque otros quieren decir que no se intituló sino fuerte caudillo y á sus soldados los Marañones (nombre inventado entre ellos) y que tenian tratado dias habia ponérsele, por ventura por las marañas que cada dia se urdian en aquel ejército, con tanto peligro de todos, como hemos visto; y de aquí tomó este rio el nombre de Marañon, sin que haya tenido otro fundamento el ponérsele: porque como hemos visto, cada Provincia de las de sus márgenes y rios que en él entraban tenian diferentes nombres, si bien no ha faltado quien diga que un pequeñuelo de los que él se bebe le llamaban Marañon, de donde se extendió el nombre á todo el rio. Pero la verdad es lo que hemos dicho, pues nunca se habia oido este nombre, aunque por cerca de sus bocas habian navegado muchos españoles y por él habia bajado el Capitan Francisco de Orellana, como dejamos dicho, que le puso rio de las Amazonas, por haber hallado en una Provincia ciertas mujeres que peleaban con él, hasta que estos tiranos salieron de él, apellidándose á ellos y al rio con este nombre.

Queriendo dar Aguirre desde luégo principios á su supremo mando y generalato sobre los que llevaba (en que se habian introducido y tomado el nombre solo por su voluntad y sin más fundamento que los rigores y muertes que hemos dicho se hicieron por su mano), comenzó luégo á dar nuevos cargos á sus amigos más privados y que habia hallado de más prontas voluntades para efectuar lo hecho: á Martin Pérez, que era su Sargento y uno de los que mataron á don Fernando, hizo su Maese de Campo, y á un Juan López Calafate, Almirante de la mar, y á un Juan Gonzalo Carpintero, Sargento mayor, al Comendador Juan de Guevara quitó la conducta de Capitan que tenia, por el Príncipe don Fernando, prometiéndole que en llegando todos con salud á Nombre de Dios, le daria veinte mil pesos y lo enviaria á España, porque bien veia no era de su profesion seguir aquella guerra. Su conducta dió á un Diego de Trujillo, que ántes era su Alférez; á Diego Tirado hizo Capitan de á caballo, y algunos dicen recibió contra su voluntad el cargo, solo porque no le matasen, aunque pienso se engañaron en esto, pues sabemos las cosas que despues hizo siguiendo al Aguirre. Capitan de la guarda hizo á un Nicolas de Susaya, vizcaino, hombre pequeñuelo y de ruin persona y ménos autoridad, por lo cual en breve le volvió á quitar el cargo. La vara de Alguacil mayor del Campo dió á un Carrion Mestizo, casado con una india en el Perú, habiendo quitado la vara para darle á este á un Juan López Carreto. Y porque no pareciese reformaba todos los capitanes y oficiales viejos (y por dar gusto á algunos de sus amigos que le rogaron sobre esto) dejó en sus conductas á Sancho Pizarro y á Pedro Alonso Galeas, que las tenian de mano del don Fernando.

Procurando luego atajar los inconvenientes que el Lope de Aguirre podia imaginar le podrian suceder (como hombre astuto en maldades y que quien tenia las hechas tenia las sospechas), echó luego un bando, con pena de la vida, que de allí adelante ninguno hablase en secreto con sus compañeros, ni anduviesen en juntas ni corrillos, ni en su presencia metiesen mano á las espadas ni otras armas. Y no pareciéndole estaba seguro con estos pregones y penas, y que lo estarian más él y sus compañeros en los bergantines que en tierra (dos dias que se detuvo de la muerte del don Fernando en aquel pueblo) se estuvieron embarcados en ellos, y si para alguna necesidad se desembarcaba era tan sobre aviso y hechos todos tan de compañía y armados, que aunque los demás se quisieran juntar para ofenderle, no fuera de efecto estar casi todos sin armas, y si algunas tenian eran tan flacas y ruines (por haber ido recogiendo las buenas el Aguirre, como dejamos dicho, para sus compañeros), que aun no les aprovechaban para defenderse de nadie. Despues de estos dos dias, habiendo embarcado toda la gente en los dos bergantines y algunas canoas, partiendo todos juntos de este pueblo de la Matanza (que así le llamaron), hizo bogar hácia la banda izquierda por un brazo, con intentos de que no se pudiese dar vista á ninguna poblacion ni gente de la banda de la mano derecha, donde traian las noticias estaban los Omeguas; pero con todo esto, yendo navegando por éste y otros brazos que iban topando, á la parte del Poniente, se fueron descubriendo á la del Oriente unas cordilleras bajas de sabanas limpias, en que divisaban de dia gran muchedumbre de humos, y lumbres de noche, señal clara de grandes poblaciones, de que ninguno osaba tratar por no poner en riesgo la vida, y así solo las miraban y callaban; aunque las guias Brasiles dijeron claramente ser aquellas tierras y poblaciones las que venian buscando de los Omeguas; pero porque no saliesen más á luz aquellas noticias, hizo luego echar bando el Aguirre, con pena de la vida, que ninguno

hablase con las guias ni tratase sobre la tierra de los Omeguas, con que puso silencio á todos.

Descubrióse otra cordillera pelada sobre la mano izquierda, que casi confrontaba con la derecha, pero no parecia ser poblada como la otra; éstas dos apretaban algo el rio, aunque no tanto que no fuese incomparable su anchura aun por allí. Ocho dias y siete noches fueron navegando los Marañones, huyendo siempre á la parte izquierda, por lo dicho, desde donde veian innumerables islas pobladas de indios desnudos y flecheros, que se servian de piraguas, y fueron las primeras que habian encontrado en el rio. Saltaron en tierra en una de aquellas poblaciones á proveerse de algunas comidas, donde hallaron gran cantidad de iguanas que tenian los indios en sus casas, atadas de los pescuezos para ir comiendo de ellas. Despues del tiempo dicho llegaron cerca de una gran poblacion de indios que estaba sobre la mano derecha, en una barranca muy alta del rio, y en dándole vista despachó Lope de Aguirre treinta hombres con sus armas en canoas y piraguas, con órden de que hubiesen á las manos algunos indios; los cuales no huyeron, ántes aguardaron á los soldados, mirándolos desde las barrancas, como que los esperaban de paz, como los soldados tambien lo advirtieron; pero como gente tan cebada en derramar sangre humana, contra la inocencia de aquellos pobres naturales y aun contra lo que á ellos mismos les estaba bien, comenzaron á disparar los arcabuces, con que hirieron á algunos é irritaron á todos á huir con toda su chusma, si bien la prisa no les dejó sacar cosa de sus casas. De ellas pasaron los soldados en su seguimiento viendo quedaban seguras, aunque no pudieron haber á las manos más que un indio y una india. Y queriendo experimentar qué fortaleza tenia la yerba de que usaban en las flechas los indios, un Juan González Serrato tomó una de las que el mismo indio traia, y picándole en la pierna con ella hasta sacarle sangre, otro dia á la propia hora murió el indio, con que experimentaron ser fuertísima la que por allí usaban. Llegaron entre tanto los bergantines y toda la gente al pueblo, donde se ranchearon, entregándose en los despojos de las casas y comidas de los indios, que despues de haber puesto en cobro sus mujeres é hijos, se aparecian algunas veces en el rio á lo largo en canoas y piraguas y por tierra á dar vista á los españoles; si bien nunca se atrevieron á acometerles, por una y otra parte, aunque á las veces daban muestras de querer dar guazabaras.

CAPÍTULO XXIV.

I. Hubieron un indio á las manos en este pueblo, con quien enviaron á llamar de paz á los demás. Propiedades de estos indios y tierra—II. Mata Aguirre á tres soldados en el tiempo que estuvieron en este pueblo aderezando los bergantines—III. No se le acaban los temores de tirano aun con matar á tantos. Húyensele las guias Brasiles—IV. Salen de este pueblo, á quien llamaron de la Jarcia, y navegando hizo matar al Comendador.

CON el cuidado que andaban por haber algun indio á las manos de los que andaban poniéndose á la vista, al fin cogieron uno á quien el Aguirre (dándole algunas hachas, maquites y otros rescates de Castilla) le dijo por señas fuese á sus compañeros y llamándoles les dijese viniesen de paz, asegurándolos de su parte no les haria mal ninguno; con que se fué el indio y de allí á poco tiempo enviaron dos como mensajeros, el uno cojo de un pié y el otro manco y contrecho de un lado; los cuales por señas dijeron que luego vendrian de paz todos los demás. Pero como al Lope apretaban más (que dar paz á los indios) los pensamientos que llevaba en el Perú, no le pareció detenerse allí hasta aguardar los indios y tambien porque no sucediese haber sido engaño el enviar aquellos dos, para que asegurados con ellos viniese á darles alguna gran guazabara toda la tierra; la cual por toda la circunferencia, bien á lo largo de este pueblo, es llana y alta, y por consiguiente libre de anegadizos, limpia toda y de sabana, pero cercada de una gran montaña de alcornocales claros. Andan los indios desnudos, son grandes flecheros, bien dispuestos, Caribes y voraces de carne humana, llámanse los Arnaquinas. Tienen sus templos donde hacen sacrificios é idolatrías al sol y la luna, como lo echaron de ver los españoles por la disposicion que tenia la puerta de estos santuarios, pues á un lado de ella estaba una tabla grande tendida y en ella esculpida una figura de sol, con otra de hombre, donde se entendió que sacrificaban á los hombres, porque al otro lado estaba otra tabla, tambien tendida, en que estaba esculpida una luna y una figura de mujer, donde se coligió mataban las mujeres que sacrificaban; ambos estos dos lugares muy llenos de sangre, que con evidencia conocieron todos ser hu-

mana, y aquellos lugares de sus sacrificios (aunque de los indios no se pudo saber con claridad, por no haber lengua con qué preguntárselo). Halláronse trastornadas las casas, en una un pedazo de una guarnicion de espada y en otras clavos y otras cosillas de hierro. Su comida era la ordinaria de las Indias, maiz, de que tenian en sus casas gran cantidad, y muchas raices de ñames y yucas, que á la sazon estaban en las sementeras, de que hacian cazabe, y mucho pescado del rio y frutas de la tierra.

Ya en este paraje del rio (por lo mucho que habian navegado y porque llegaba la marca y crecientes del mar á conocerse allí y por otras señales) hicieron conjetura, así los pilotos como los demás, no estar léjos de sus aguas; con que el Aguirre determinó enmastelar los bergantines y ponerles jarcias y velas, á que tambien le convidó haber en el pueblo suficiente comida para el tiempo que les podian retardar estas faenas, y mucha cantidad de cabuyas de fique y cacuiza en rama para hacer otras, como las hubiesen menester para las jarcias, y buena madera para mástiles grandes; tinajas y de buen barro para llevar agua; mucha comodidad de cazabe y otras cosas con que acomodar la navegacion del mar. Púsose prisa en todo, haciendo velas de algunas mantas de algodon y sábanas, que se juntaron entre los del ejército, con que quedaron del todo aviados los bergantines y despues á la navegacion; en todo lo cual se tardaron doce dias, los cuales pareció al tirano Aguirre se le habian pasado en vano por no haber en ellos derramado sangre humana, y porque no se le olvidase esto (que parece lo habia tomado por oficio) acordó, sin más fundamento que su imaginacion, levantar un alzapié á un soldado llamado Monteverde, flamenco, diciendo le parecia muy mal que anduviese tan tibio en las cosas de la guerra, con que se podia entender que no le seguiria en las ocasiones que se le ofreciesen, con que le dió garrote una noche, amaneciendo muerto con un rótulo que decia: por amotinadorcillo; aunque otros por dorar lo que habia hecho Aguirre dijeron ser justificada la muerte, porque era luterano; pero si era así ó no, él no lo mató á este título ni con celo de la fe católica (de que no se le daba mucho), sino por parecerle no habia de ser de su devocion. Y porque fuesen creciendo sus maldades y le hiciese al flamenco compañía, mató luego á Juan de Cabañas (uno de los tres que arriba dijeron no querian seguir al don Fernando de Guzman ni firmar nada contra el Rey de España), por parecerle al Lope de Aguirre no habia de seguir su parcialidad, pues tuvo entónces libertad para lo que dijo. Tras éste mató luego al Capitan Diego de Trujillo y á Juan González, Sargento mayor, á los cuales habia dado estos cargos luego que mató al don Fernando; y porque nadie pensase habian sido sus muertes sin causa, echó fama se querian amotinar contra él y matarlo; pero la verdad fué haber tomado ocasion para sacarlos de esta vida el ser tenidos de todos por hombres de bien y afables, con que se les allegaban algunos amigos, de que se temia el Aguirre, pues poco á poco podia ser que lo matasen á él y á los suyos.

Los cargos de éstos dió luego, el de Capitan á un Cristóbal García Calafate, y el de Sargento á un Juan Tello. Eran tantos los temores con que su mala conciencia traia afligido al Aguirre, que aunque mataba á tantos, de quienes se temia, nunca se hallaba seguro de los que quedaban vivos; y así no atreviéndose á asegurarse de dia ni de noche en tierra, lo más del tiempo de estos doce dias estuvieron en los bergantines él y sus amigos en el uno y Martin Pérez en el otro, sin consentir que ninguno de los demás soldados, á quienes tenia por sospechosos, estuviesen ni aun entrasen en ellos. Por ocasiones que se les habian ofrecido á dos soldados, el uno llamado Madrigal y el otro Juan López Serrato, que habia sido Alguacil mayor de don Fernando, andaban amostazados, en especial porque el Serrato habia hecho al Madrigal cierta afrenta, el cual queriéndose satisfacer con favor y consentimiento del Lope de Aguirre, esperándole un dia á buena ocasion, delante del mismo Aguirre le dió á traicion por detras con un lanzon algunas heridas de que llegó á punto de muerte. Hizo el Aguirre ademan de quererlo prender para castigarlo, y aunque hizo lo primero, quedóse sin hacerse lo segundo, en especial porque luego fué mejorando el Serrato; pero ya que estaba fuera de riesgo de las heridas, no le pareció al Aguirre serle á propósito que sanase de ellas y quedase con vida, y así hizo con los que le curaban le echasen en ellas veneno con que no viviese; hiciéronlo así los cirujanos, de suerte que con lo que le echaron se pasmó y murió con mucha brevedad. Despues de algunos dias que se rancheamn en este pueblo, viendo las guias, indios Brasiles que habian sacado del Perú, que ya era pasada la ocasion de entrar en la tierra de los Omeguas, se huyeron una noche, por donde se presumió estaba cerca de allí su tierra, pues no se atrevieran de otra suerte á ha-

cer esta fuga, por haber de pasar por entre aquellos indios, que, como hemos dicho, comian carne humana.

Puestos los bergantines á pique para navegar, y metido el matalotaje de maiz, cazabe y agua que era menester, en aquellas grandes tinajas, hizo Aguirre se embarcara toda la gente, y cuando estuvo dentro de los bergantines, ántes que se dieran á la vela, quitó todas las armas á todos los soldados que él tenia por sospechosos, y las hizo liar y poner en una alcazareta que estaba en la proa de cada uno de los bergantines, mandando que nadie llegase á ellas fuera de sus amigos, y de quienes tenia satisfaccion, á quienes dejó con las suyas, así á los que iban en su bergantin como á los del de su Maese de campo Martin Pérez. Hecha esta diligencia, diéronse á la vela, porque la capacidad del rio daba lugar á que soplasen vientos, y á poco de como iban navegando le dió tan en lleno al Aguirre el de sus crueldades, que por no olvidarse de ellas, solo porque le vino á la imaginacion (sin aguardar otras causas) determinó matar al Comendador Juan de Guevara, y encargándole la muerte á un Anton Llamoso, su Sargento, se llegó al Comendador (que bien descuidado de la maldad estaba al bordo del navío) y le comenzó á herir con una espada muy bota, que llevaba desnuda para el efecto, y rogándole el Comendador no le diese tan cruel muerte, como era la que padecia con aquella espada, tomó el Sargento una daga que el propio Comendador tenia, y dándole con ella algunas puñaladas, ántes que acabara de morir le echó al rio, donde entre el oleaje y ansias de la muerte daba voces diciendo: confesion, confesion, con que acabó la vida; publicando el Aguirre habia sido porque en el motin que se habia levantado entre Diego de Villanueva y Juan González, que habian muerto en el postrer pueblo, que llamaron de la Jarcia, se habia hallado tambien. Quedó tan gozoso Aguirre de la triste y desastrada muerte del Comendador, que gloriándose en su malicia, en juntándose con el suyo el otro bergantin en que iba su Maese de campo, se la contó con grande risa y entretenimiento, celebrándola ambos con un mismo gusto.

CAPÍTULO XXV.

I. Navegando el rio abajo encuentran unas casas fuertes donde hallaron panes de sal cocida—II. Encuentran en la navegacion muchas islas, y en una de ellas se deja Aguirre los más indios que llevaba de servicio—III. Van prosiguiendo su viaje con mucha dificultad, y por una leve ocasion hizo Aguirre dar garrote á dos españoles—IV. Piérdeseles una piragua con tres españoles y algunos indios, y ahóganseles otros mariscando.

A SEIS dias que hubieron navegado desde el pueblo de la Jarcia, llegaron á unas casas fuertes, que á las márgenes del rio tenian hechas los indios, sobre las puntas de muy altos maderos, con sus barbacoas en lo alto, cercadas por lo bajo de tablas muy fuertes de palma y arriba sus troneras por donde flechar. Envió el tirano á una de estas casas un caudillo con algunos soldados, á quienes los indios hicieron tan buena resistencia, que sin recibir ningun daño de los arcabuces, flecharon con peligro cuatro españoles é hicieron retirar á todos. Procuró la armada irse llegando á la casa por el rodeo de un estero, pero cuando llegaron á cercarla la hallaron vacía, por haberse huido los indios. No hallaron en ésta ni en las otras ningunas comidas, ni rastro de haberlas habido en sus circunferencias, porque se presumió no se sustentaban sino de pescado y de lo que con él rescataban traido por otros indios; solo hallaron alguna sal cocida en panes que nunca tal habian encontrado en todo el rio, ni los indios de él sabian qué cosa era. Desde los Caperuzos á este pueblo, segun el tanteo que todos echaron, habian navegado mil y trescientas leguas contadas con las vueltas que va dando el rio. Tres dias se detuvo aquí la armada acabando de disponer algunas cosas que les parecieron necesarias á la navegacion del mar al salir del estero. Despues de este tiempo aparecieron en el rio más de cien canoas y piraguas con gran suma de indios, todos á punto de guerra, á que tambien se pusieron los españoles, entendiendo se la venian á dar y que les embestirian sin duda en viéndolos fuera del estero, aunque no tuvo efecto, porque los bergantines, por ser de tantas ventajas á las canoas y piraguas, los debieron de espantar, de manera que en un instante ninguna pareció, escondiéndose cada cual como pudo y haciéndose á lo largo.

Navegando iban con buen viaje cuando se vieron dentro de tan gran multitud de islas, que los puso en confusion á qué parte bogarian; en especial porque con las crecientes del mar subian las aguas más feroces que bajaban, de manera que no se podia co-

nocer hácia qué parte corrian aquellas inmensas aguas, con que andaban desatinados los pilotos, no entendiendo el rio, ni mareas, sin acabar de determinarse en un rumbo, ni en otro. Tenian delante unas puntas de tierrafirme, ó de grandes islas, algo levantadas, las cuales mandó Aguirre á ciertos pilotos saliesen en piraguas á reconocer, y desde ellas, por dónde habian de tomar el tino de la navegacion, que lo pudieron tomar tan mal despues de haberlas reconocido, que cuando volvieron hubo mayor confusion y porfía entre ellos, sobre la parte por donde habian de ir, con que determinaron guiar, á Dios te la depare buena, hasta que dieron en un pueblezuelo de naturales, que estaba á las barrancas del rio, en una de aquellas islas que les salieron de paz, y rescataban con ellos lo que traian de comidas, que no tenian otra cosa. Era gente desnuda, solo en las plantas de los piés, por el gran ardor de la tierra, traian unas suelas de cuero de venado, atadas por arriba con unos cordelejos á manera de abarcas, y de ojotas del Perú, de que tambien he visto usar en otras Provincias de la Gobernacion de Venezuela. Traian los cabellos cortados á líneas redondas, que iban cercando la cabeza, comenzando desde lo alto. Aquí hizo Lope de Aguirre una de las mayores crueldades que efectuó en sus tiempos, pues se dejó entre estos indios bárbaros y carniceros casi cien indios é indias, ladinos y cristianos, unos que habian sacado del Perú, y otros que habian tomado en el rio, diciendo no cabian en los bergantines, y ser de grande inconveniente, llevándolos por la mar, pues los matalotajes no podian ser para tantos, en especial del agua. Túvose por cierto que luégo perecerian todos los que quedaron, ó á manos de los indios, ó con enfermedades, por ser la tierra humedísima y de mal país.

La quedada de estos indios, que eran los que servian á los españoles, fué la ocasion de la muerte de otros dos, llamados Pedro Gutiérrez, y Diego Palomo; porque estando hablando el uno con el otro, les oyeron decir: paréceme nos dejan aquí la gente del servicio, mejor será que se haga luégo lo que se ha de hacer. Oyó esto un negro, y habiéndole dicho al Aguirre, le pareció ser bastante informacion, con que todos se satisfarian ser justificadas las muertes de los dos, y así les mandó dar garrote. El Diego Palomo rogaba con mucha instancia al tirano le dejase vivo entre aquellos indios, para doctrinarlos y enseñarlos en las cosas de la fé; pero como de lo ménos que trataba el Aguirre era de esto, porque lo tenian ya dejado, para quien lo entendia, no quiso concedérselo, por no hacer bien á nadie. Partieron de este pueblo los bergantines, y á pocas leguas se vieron ya cerca de la boca del rio, que tiene de ancho ochenta leguas, si bien en esto no ha podido sacarse cuenta cierta, y así unos ponen mayor y otros menor número de leguas en sus bocas. Aquí se vieron tan en peligro, por las tormentas, que estuvieron mil veces á pique de perderse; por la banda de la mano izquierda, que demora al Oeste, en la cordillera que se descubrió de Tierrafirme, se echó de ver estar muy poblada, por los muchos humos que se decubrian, en que no se detuvieron á darles vista, porque sus intentos no eran de eso, y por haber por aquella parte tantos bajos, que iban de ordinario topando los bergantines, que á no ser de arena muerta, se hicieran muchos de ellos pedazos.

Sucedió entre aquellos oleajes, que yendo en una piragua tres españoles y algunos) indios ladinos, el macareo ú oleaje del mar ó del rio (que á ámbos se puede atribuir arrebató la piragua con tanta fuerza el rio arriba, que sin que pudieran favorecerla los bergantines, se alargó tanto de ellos, que no pudieron más darle vista, y así se quedó sin que más se supiese de ella, ó si se ahogaron ó los prendieron los naturales. Sucedió muchas veces que como la mar y el rio menguaban y crecian por allí, dejaban descubiertos con las menguantes algunos isleos, á donde iban algunos indios de los que llevaban de servicio en canoas, apretados de la hambre, á mariscar para comer. Y ocupados en esto venian con tanta velocidad las crecientes y oleaje, que con sus embates no les daba lugar á poder volver á los bergantines, y así se quedaban allí, cubiertos, ahogados y muertos miserablemente, con los cuales trabajos y otros innumerables, salieron al mar del Norte á los primeros de Julio del mismo de mil y quinientos y sesenta y uno.

CAPÍTULO XXVI.

I. El primero que salió por la boca de este rio, fué el Capitan Francisco de Orellana. Son muy raras sus poblaciones.—II. Cualidades, temples y poblaciones de este rio, desde sus nacimientos hasta desembocar.—III. Pasan de dos mil las islas que tiene este rio cerca de sus bocas.—IV. Toma Lope de Aguirre, viéndose desembocado, la vuelta de la isla de la Margarita, á donde llegó y saltó en tierra, habiendo primero muerto en el bergantin dos de los soldados.

PRIMERO que estos Marañones, bajó por este rio, desde el de la Canela (como dejamos dicho, que nace de las Provincias que están á las espaldas de Quito), el Capitan Francisco de Orellana, y habiendo topado en el discurso de la navegacion, en cierta Provincia, donde saltaron en tierra, ciertas mujeres de crecidos cuerpos, que le hicieron frente á él y á sus soldados, defendiéndoles la entrada en sus tierras, les pusieron nombre de Amazonas, por parecerles eran como las otras de Scithia, que moran las márgenes del gran rio Tanais, desde donde fueron al otro, llamado Termodonta, y de allí fueron ocupando, conquistando tierras por sus armas, gran parte del Asia. Habia Señora, Reina y Capitana; era la gran Penthesilea, de las cuales refiere Zacharías Lilio, se quemaban la teta derecha, para que no le estorbara el ejercicio de la caza y menear las armas. Pero ni esto tuvo fundamento para llamarles á éstas Orellana, así, solo porque pelearon con ellos, pues se han hallado otras muchas Provincias en estas Indias, que han hecho las mujeres lo mismo, ni para ponerle á este rio el de las Amazonas, como algunos le llaman por esto mismo, y así el que más prevalece es nombrarle Marañon, por la razon dicha, cuya grandeza es tal, que obliga á llamarle golfo Dulce, porque de más de ser en su boca (cuando llega á las aguas saladas) de la grandeza que hemos dicho, suele con sus crecientes anegar más de cien leguas de tierra de una parte y otra, con tan abundantes aguas, que por todas ellas se navega con canoas y piraguas. Estando pobladas sus márgenes de raras poblaciones, al modo que hemos dicho, y aun es cosa espantosa poderse éstas sustentar allí, respecto de la infinidad de mosquitos, que llaman sancudos gritones, que parece los cria la naturaleza para castigo y tormento de los hombres.

Desde que la armada partió del astillero de los Motilones (que fué á veinte y seis de Septiembre, como dejamos dicho, del año pasado de mil y quinientos y sesenta) hasta que llegó al pueblo de las Tortugas, por el mes de Diciembre, cayeron muy pocos aguaceros, por donde vinieron á colegir ser aquel el tiempo de verano por aquellos paises (porque en todos los de este Nuevo Mundo no hay más regla para conocer el verano ó el invierno, que llover en este y no llover en aquel tiempo); pero desde Diciembre en adelante llovió mucho y muy recio, con insufribles vientos, truenos y relámpagos, que no ponian en poco aprieto los bergantines, y peligro de zozobrar las canoas y sorbérselas los oleajes, que eran tan hinchados como en alta mar. Hubo opiniones que las avenidas y crecientes de este rio duran todo el año, porque como desde sus nacimientos hasta desembocar, que es á dos grados de latitud al Sur, y trescientas y cuarenta y cinco de longitud, tiene la distancia que hemos dicho, de mil y seiscientas leguas, y más; con que le es necesario pasar por tan diversas Provincias, y de tan varias constelaciones, que cuando en unas se acaba el invierno, se comienza en otras; cuando acaba de vaciar las avenidas de unas partes, llegan las de otras, en especial habiendo en todos dos inviernos cada año. Toda la tierra que corre este rio es calidísima y enferma, que ayuda á estar con tan pocas poblaciones, como hemos dicho, y en ellas tan pocos indios, que echando cuenta estos españoles de todos los que habian topado, les parecian serian hasta quince mil. Précianse todos de muy buenas vasijas de barro muy bien obradas, pulidas y curiosas; no se halló en todo el rio entre los naturales oro, ni plata, fuera de la que tenian los de la Provincia de Carari y Marari, que tenian algunas orejeras, chagualas y caricuries; pero en las demás partes que no lo tenian, cuando les mostraban los soldados algunas piezas de oro, para preguntarles si lo habia en la tierra, mostraban tenerle aficion más que á otra cosa, y la misma á la plata, con que se presumió la conocian y trataban, con otros que lo tenian en algunas playas que descubria el rio, se tomaban innumerables hicoteas y tortugas y grandes nidos de sus huevos, y otros muchos géneros de marisco.

Poco ántes que entra en la mar tiene tanta cantidad de islas, que certifican pasar de dos mil descubiertas, cuando va algo bajo, porque cuando crece cubre las más, ó casi todas,

en especial cuando la mar está en aguas vivas, porque entónces ninguna deja de cubrirse con tan gran ímpetu y bramido de los embates y golpes que el agua da en ellas, que afirman algunos oirse este estruendo de más de cuatro leguas. Hallo tanta variedad y equivocacion en los autores, así de mano como impresos, acerca de dar este nombre Marañon á este rio, ó al otro, de quien ya tratamos largo, que por otro nombre llaman Orinoco, que no pudiéndome determinar cuál de los dos sea propiamente el Marañon, se quedará indeciso por mi parte, hasta que otro lo escriba con mayor distincion, y esta es la razon por qué tambien le llamo á aquél Marañon como á éste. Desde que salieron estos soldados del astillero, hasta que entraron en el mar, navegaron noventa y cuatro jornadas, contando tambien las noches y todo el resto del tiempo que gastaron en descansar y hacer los bergantines y otras faenas, como queda dicho.

Viéndose Lope de Aguirre con su armada sobre las aguas del mar, mandó tomar el rumbo y vuelta de la isla de la Margarita, para los intentos que dijimos llevaban practicados; pero temiéndose (que temores eran los que iban atormentado siempre á este tirano, de quien era verdugo su mala conciencia) que los del otro bergantin, donde iba su Maese de Campo y la demás gente, no les diese gana de tomar otra derrota, sino que forzosamente le siguiesen, les quitó el aguja y ballestilla, mandando que fuesen siempre gobernando tras él, de dia á la vista de su bergantin, y de noche á la de su farol, que él tendria cuidado de poner. Púdose navegar con este órden, por haber permitido Nuestro Señor por sus secretos juicios, darles mar bonanza y viento en popa, con que no se apartaron los unos de los otros en diez y siete dias naturales que gastaron en navegar aquel golfo, que hay desde la boca del rio hasta la isla de la Margarita, que á durar poco más tiempo esta navegacion, sin duda pereciera n todos de hambre y sed; pues en estos dias fué tan extrema la necesidad de lo uno y de lo otro (á lo ménos para los que no eran tan amigos y familiares del Aguirre, porque á estos todo les sobraba, como á los otros les faltaba), que la más crecida racion que se daba á cada soldado cada dia eran muy tasados y contados granos de maíz, con la cuarta parte de un cuartillo de agua, las cuales necesidades pusieron á los más en tal extremo de salud, que cuando llegaron á vista de la Margarita iban muchos más para pasar á la otra vida, que saltar en tierra. Cuando llegaban ya para poder hacer esto en esta isla, no sabiendo los pilotos el puerto de Pampatare, que es el principal de ella, fueron á tiento allegándose á tierra, sin temer peligro, por nadar los barcos en poca agua y ser el tiempo bonancible; con todo eso, ya que se iban llegando del todo á la isla, se dividieron los dos bergantines forzados de una mareta que se levantó, con que tomaron diferentes puertos, el de Aguirre, en una que llamaban Paraguache, que hoy llaman el puerto del Traidor, cuatro leguas del principal, y el de Martin Pérez surgió en otro á la banda del Norte, dos leguas del de Lope de Aguirre y cuatro del pueblo.

Apénas hubo surgido el Lope de Aguirre, cuando le sobresaltaron de nuevo mortales sospechas y temores de Gonzalo Guiral de Fuéntes, Capitan que habia sido de don Fernando y de otro soldado, Diego de Alcaraz, que fué justicia mayor de los amotinadores, no teniendo de ellos ningun seguro en que si pudiesen se harian á la parte de cualquiera otra gente que estuviese á la devocion del Rey, dejándolo á él y aun sacándolo de esta vida, si se le ofreciese ocasion; y por asegurarse de estas sospechas aquel hombre infernal, ántes que ninguno del bergantin saltara en tierra, les mandó dar garrote sin dejarles confesar, como se hizo luego con el Diego de Alcaraz, porque gustaba mucho este tirano de matar no solo los cuerpos, sino tambien las almas; si bien la intencion de los que así se deseaban confesar, pudo valerles mucho, por ser sacramento aquel de deseo, que llaman los Teólogos en voto. Fueron luego á hacer lo mismo con el Gonzalo Guiral, que rogó encarecidamente le dejasen confesar primero, y no queriendo el tirano dar licencia para esto, sino que sin dilacion le ahogasen, poniéndole el cordel para esto, comenzó á dar grandes voces pidiendo confesion; por lo cual los traidores, temiéndose no hubiese alguno en tierra oculto que viniese á entender aquello, le acudieron de presto con muchas puñaladas, con que en breve y cruelmente le acabaron la vida. Luego despues de esto saltó en tierra Lope de Aguirre con ciertos amigos suyos, que fué un lúnes en la tarde á veinte de Julio del mismo año de mil y quinientos y sesenta y uno; y procurando luego dar órden como se juntase allí tambien la gente del otro bergantin, despachó á un soldado llamado Rodríguez, confidente suyo, con ciertos indios naturales de la isla que estaban en el puerto, para que llevándolos por guias, fuese á buscar á dónde habia surgido el Maese de Campo y le dijese que luego aquella noche marchase con toda la gente del bergantin hasta juntarse con él en aquel puerto y que diese

garrote en el camino á Sancho Pizarro, por tenerlo por sospechoso; y juntamente despachó á su Capitan de á caballo, Diego Tirado, con dos ó tres amigos suyos, á la ciudad de la Margarita, para que diesen aviso cómo venian perdidos del Marañon y con grande necesidad de comidas, y que rogasen á los vecinos de su parte, los quisiesen proveer de ellas. Hizo esto el Tirado con harto mayor cuidado, puntualidad y mayores circunstancias que el Aguirre se lo encargó.

CAPÍTULO XXVII.

I. Teniendo aviso el Maese de campo de lo que determinaba Aguirre, vino á donde le aguardaba, habiendo dado garrote en el camino á Sancho Pizarro—II. Envian desde el puerto de la Margarita á reconocer la gente de Aguirre una piragua con indios y algunos soldados por tierra, que llegaron á verse con él—III. Dánles los de la Margarita dos vacas para que coman los soldados de Aguirre, y él se las recompensa—IV. Determina el Gobernador por la carta de ir con algunos vecinos á ver á Aguirre desde la ciudad de Yua—V. Ofrécele el Gobernador á Aguirre buen hospedaje y hace demostracion el tirano de sus soldados y armas.

LLEGÓ el Rodríguez con brevedad á verse con el Martin Pérez, que ya habia despachado tambien por mensajero á un Diego Lucero, con otra guia, á dar aviso al Lope de Aguirre de su llegada, y que él se le diese de lo que habia de hacer. Y habiendo recibido al Maese de Campo el recado del Aguirre, saltó luego del bergantin en tierra, donde le fué forzoso (ántes que partiera á lo que Aguirre le mandaba) aguardar allí á Roberto de Susaya, barbero, y á Francisco Hernández, piloto, que habia enviado con unos negros esclavos, média legua de allí, á unas estancias á buscar comidas; y habiendo vuelto los dos á la mitad de la noche por no haberles sido posible abreviar más por haber salido á las dos de la tarde. En llegando comenzaron á marchar todos juntos la vuelta del puerto de Lope de Aguirre, con las guias que habia llevado el Rodríguez, no olvidándose el Martin Pérez de dar garrote á la mitad del camino al Sancho Pizarro, como se le habia ordenado. Tambien despachó entre tanto el Aguirre á un Juan Gómez Calafate, su Almirante, con ciertos soldados, á buscar por las estancias comidas; los cuales, fingiendo con la instruccion que el Lope les habia dado, haber llegado allí todos derrotados y con grandes hambres, aunque encontraban algunos españoles, sin hacerles ningun mal, guardándose para hacerlo despues todo junto, solo les manifestaban su necesidad, con que sacaron algunas comidas y tomaron la vuelta de donde estaba Aguirre.

No fué pequeño el alboroto que tuvieron los del puerto de la Margarita luego que dieron vista á los bergantines, entendiendo al principio eran franceses; pero sosegáronse algo cuando conocieron ser fustas pequeñas, entendiendo ser canoas de su trato y pesquería de las perlas, de que se deslumbraron tambien luego cuando vieron no acertaban á tomar el punto, con que entendieron ser gente forastera ó poco versada en aquellas costas. Despacharon con esto luego una piragua con ciertos indios á reconocer los barcos, que no le fué posible darles alcance, hasta que ya estaba surto el bergantin de Aguirre, el cual hubo á las manos los indios, sin querer dejarlos volver, para que le sirviesen de guias en lo que se le ofreciese. Sabiendo los vecinos por otro camino habia surgido el bergantin, despacharon algunos españoles por tierra á reconocer los huéspedes, y aunque toparon estos soldados al Diego Tirado y á otros de los de Aguirre en el camino, no pudieron tomar nombre cierto de ellos por ir con cuidado los tiranos de no declararse luego quiénes eran, sino solo decir era gente que habia dado á la oosta con vientos contrarios y muchas necesidades, con que los soldados de la Margarita pasaban adelante, hasta que llegaron al puerto del bergantin, donde hallaron en tierra al Lope de Aguirre con algunos pocos de sus amigos, sanos, y toda la gente enferma, estándose los demás debajo de cubierta en el barco. Saludados los unos y los otros, comenzó luego el Aguirre á contarles el discurso de su viaje, diciendo habian salido del Perú á ciertas noticias el rio abajo del Marañon, y habiéndose perdido por casos adversos, sin haber podido dar con ellas, se habia servido Dios llegasen á aquella isla para que no acabasen de perecer todos, como lo hubieran hecho aquellos enfermos que allí les mostraba, y los sanos, si hubiera durado un poco más su derrota; y que les suplicaba por Dios le hiciesen merced de enviarle algun socorro de carne y otras cosas que comiesen, porque iban pereciendo de hambre, y que su intencion no era otra que reparar esta necesidad presente y proveerse por sus dineros para lo de adelante, tomando luego la vuelta del Nombre de Dios para el Perú.

Condolidos los vecinos del espectáculo y duelos que Aguirre les supo bien representar, hicieron luego matar dos vacas de las que andaban por allí más á mano, y con mayores deseos, que era el presente que les ofrecian, las dieron al Lope de Aguirre, que supo tambien rendirles las gracias y aun satisfacer la dádiva, presentándole en pago á un Gaspar Hernández una capa de grana guarnecida con pasamanos de oro, dando principio con esto al engaño que pretendia hacer á él y á los demás con demostraciones de que venian ricos del Perú y que era gente franca y manirota; con que quedasen cebados y viniesen á verlo los demás del pueblo y se consiguiese lo que pretendia. Habiendo el Aguirre conocido la blandura del ánimo de estos mensajeros, para asegurar más su malicia y con intentos de recobrarlo despues todo, añadió á la dádiva de la capa una copa de plata sobredorada, con que se dieron por bien satisfechos y pagados; y determinaron quedarse allí aquella noche, muy contentos, enviando á la ciudad con una carta á avisar á don Juan de Villandrando (que á la sazon era Gobernador de la isla) de lo que les habia pasado, y diciéndole cómo era gente la que habia surgido allí, que venia derrotada del Perú y que solo deseaban comprar matalotajes para volver allá por sus dineros, de que les parecia traian gran suma, y de otras riquezas, como se echaba de ver en una capa de grana y tazon de plata que á ellos les habian dado.

Aunque los del pueblo tenian en él al Diego Tirado y otros soldados, no se habian alborotado con regocijo hasta que llegó esta carta, con que tuvieron por cierto lo que el Tirado y los demás les decian, habiendo callado lo de más importancia; y así luego dieron órden, el Gobernador y Cabildo (picados con la codicia de la buena paga) como les llevasen comidas, y aun muchos de los vecinos entraron luego en deseos de irlos á ver; pero tomaron por más acierto no fuesen tantos como querian, sino solo el Gobernador don Juan de Villandrando con uno de los Alcaldes ordinarios, llamado Manuel Rodríguez, y un Regidor, Andres de Salamanca, con algunos otros tres ó cuatro vecinos de los más honrados de la ciudad. Estos salieron de ella poco despues de média noche, por huir la gran fuerza del sol, que siempre tienen en aquella isla, y caminando al puerto donde estaba Lope de Aguirre, más vecinos de los que habian salido juntos de la ciudad, porque no habiéndose podido ir á la mano, sin ir á ver lo que se decia de los peruleros, salieron tras el Gobernador, con quien se juntaron en el camino, y todos juntos llegaron al rayar del sol al sitio del Aguirre, que todavía tenia su gente de guarnicion, bien armada y metida debajo de cubierta en el bergantin, con tanto cuidado que no les habian podido dar vista en toda la noche. Los otros vecinos que la habian pasado allí, luego que descubrieron al Gobernador con su compañía, le salió Aguirre con la suya al camino, y habiéndose encontrado se apeó el Gobernador, á quien llegó el Aguirre, haciéndole tan grandes acatamientos y sumisiones, que si se dejara el Gobernador besar los piés, lo tuviera á grande dicha, y lo mismo hicieron sus soldados con los vecinos, y con grandes cumplimientos les tomaron los caballos y los llevaron á amarrar de los cabestros debajo los árboles, algo léjos, con malicia, porque cuando los hubiesen menester no pudiesen con facilidad haberlos á las manos.

Abrazó el Gobernador al Lope de Aguirre, luego que conoció ser el superior de la compañía, y con otras urbanas cortesías le ofreció su persona y casa, con cuanto en ella habia, para él y sus soldados, á que correspondió el Aguirre con encarecidas palabras y cortesanos agradecimientos, en que gastaron algun rato en pié y en otras pláticas (bien fuera del propósito del Aguirre), y así pareciéndole perdia tiempo en esto, para lo que pretendia hacer, dejando al Gobernador y vecinos entretenidos con sus soldados, se despidió del corro, diciendo tenia necesidad de llegar al bergantin, donde avisó á los armados que tenia en él que estuviesen á pique para cuando él les avisase que saltasen en tierra. Volvió despues de esto á ella y á donde estaba el Gobernador, á quien le hizo otros muy grandes acatamientos, con sobrada crianza y malicia, y cuando halló ocasion en la plática, le dijo: señor mio, los soldados del Perú, como son tan militares y curiosos en las jornadas de Indias, más se precian de traer consigo buenas armas que preciosos vestidos; aunque siempre los tienen sobrados, solo para bien parecer; y así suplican á vuesa merced y yo de mi parte, les dé licencia para saltar todos en tierra y sacar consigo sus armas y arcabuces para que no se les queden perdidos en el bergantin y tambien podrá ser hacer con ellos algunas ferias con estos señores vecinos. El Gobernador, como era mozo, con codicia de verlos fuera y el aparato que traian de buenas armas, respondió se hiciese como él lo ordenase; lo que tambien parece respondiera aunque fuera muy viejo y experimentado en las cosas de la guerra, pues por curiosidad, cuando no por otra cosa, se podia desear aquello. Y á la verdad, ya cuando

respondió esto, le importaba muy poco decir otra cosa; porque le tenian cercado los traidores, de manera que aunque quisiera no se les podia escapar ni dejarse de hacer lo que el Lope de Aguirre decia. Pero llevando ya la benevolencia del Gobernador, volvió otra vez al bergantin y dijo á los soldados: ea, Marañones mios, aguzad vuestras armas y limpiad los arcabuces, que los traeis húmedos de la mar, porque ya teneis licencia del Gobernador para saltar con ellos en tierra, y cuando no os la hubiera dado, vosotros la tomariais. Salieron con esto todos los soldados de escotilla, y puestos sobre la cubierta del bergantin, hicieron salva al Gobernador, disparando la arcabucería y muestra de las demás armas, sacando á vista del Gobernador muchos lanzones, alabardas, agujas y otros arcabuces más de los que tenian en las manos.

CAPÍTULO XXVIII.

I. Prende Aguirre al Gobernador, al Alcalde y sus compañeros—II. Caminan todos juntos los tiranos y el Gobernador para la ciudad, y toma el Maese de Campo posesion de ella en nombre de Aguirre—III. Entró Aguirre en la isla de la Margarita y robó la casa Real—IV. Prosigue Aguirre con sus insolencias y mil amenazas.

HECHA esta diligencia por el Aguirre, volvió otra vez del bergantin á donde estaba el don Juan, solo á besarle las manos de parte de sus soldados, por la licencia que les habia dado para salir del barco, á donde se volvió luégo (porque el volcan de traiciones que ardia en su pecho, no le dejaba sosegar un punto en ninguna parte) y avisó á sus soldados de lo que habian de hacer. Entretanto el Gobernador, pareciéndole mal tanta gente y armas, se apartó un poco con sus vecinos y comenzaron á tratar entre sí el órden que tendrian sin quitárselas, ignorando los intentos de Aguirre, por no estar experimentados en aquella isla de gente alborotadiza ni amotinada, ni entender que aquella demostracion de armas era más que disponerlas para su defensa : pues como gente chapetona, en la tierra podian temer lo que les podia suceder con los vecinos de ella. Si el tratar el Gobernador y sus vecinos de tomarles las armas procedia de codicia ó temores, no nos detengamos á juzgarlo, solo se puede creer que ya entónces trocaron ellos la codicia, si la tenian, por su libertad. El traidor Aguirre, haciendo saltar en tierra á todos sus soldados bien armados, volvió con ellos casi en órden de guerra hasta donde estaba el Gobernador con los vecinos, á quien mudando estilo y las cortesías que habia tenido hasta allí, dijo : nosotros, señores, como hemos dicho, vamos la vuelta del Perú, donde de ordinario no faltan guerras ni alborotos, y somos informados que por parecer á Vs. Ms. no iremos con los pensamientos de servir al Rey, como era razon, nos han de poner estorbo á nuestro viaje ; por lo cual conviene dejen Vs. Ms. las armas, pues demás de lo dicho, es cierto no nos han de hacer tan buen hospedaje y tratamiento como es razon : y así sean todos presos, solo para que con más brevedad (siendo nuestros prisioneros) se nos mande dar todo el avío necesario á nuestra jornada. Alborotándose el Gobernador y los demás de esto, se fueron retirando algunos pasos atrás, diciendo : qué es esto ! qué es esto ! metiendo mano á las espadas, queriéndose defender, aunque en vano, pues cerrando con ellos los traidores, les pusieron á los pechos muchas lanzas, partesanas, agujas y arcabuces, con que les fué forzoso detenerse y darse á prision, llegando luégo el Aguirre y otros Capitanes y soldados á tomarles las armas, varas de justicia y caballos, en que subieron aprisa algunos de los tiranos y con ella fueron á tomar los pasos y caminos, para que no se pudiese por ninguno ir á dar aviso á la ciudad de lo que pasaba : y si éstos encontraban algunos vecinos en el camino, los iban desarmando y quitando las cabalgaduras, llevándolos tras sí á pié.

Mandó luégo (para no perder tiempo él ni sus soldados) Aguirre, comenzasen á marchar con buen órden á la ciudad, subiendo él en el caballo del Gobernador, á quien convidó si queria subir á las ancas. El cual con la pasion que tenia de su descuido y mal suceso, no quiso subir, lo cual visto por Aguirre, se apeó, diciendo: pues marchemos todos á pié : y habiendo caminado así poco trecho, se encontraron con el Maese de Campo y toda la gente del otro bergantin, que venian marchando al puerto del tirano Aguirre, que no se alegró poco, por haber engrosado con aquello su compañía y fuerzas, y aseguradose más para lo que pretendia. Celebraron el buen suceso de la prision los unos con los otros, y prosiguieron juntos el camino del pueblo, en el cual (por irse ya cansando de ir á pié) volvió á subir el Aguirre en el mismo caballo y á convidar al Gobernador subiese á las ancas, que viendo lo poco que le aprovechaba enojarse y lo mucho que le afligia el caminar á pié,

hubo de escoger por ménos mal el subirse á las ancas de su caballo, y el Lope de Aguirre en la silla, con que fueron prosiguiendo el camino y desarmando á todos los vecinos que encontraban, y quitándoles los caballos les hacian volver á pié. En uno muy bueno que ya tenia el Maese de Campo Martin Pérez, se adelantó con una tropa de amigos de los más bien armados y confidentes, á tener tomada en nombre de Aguirre la posesion de la ciudad cuando él llegase, como lo hizo entrando por el pueblo, dia de la Magdalena, mártes (que lo fué aciago para todos los vecinos) á horas de medio dia, dando mil voces, y sus soldados diciendo: Viva Lope de Aguirre! libertad, libertad! viva Lope de Aguirre! Con el cual regocijo y dando carreras por las calles, se fueron á aposentar á la fortaleza que estaba abierta, y apoderándose de ella salieron luégo en cuadrillas algunos soldados, y esparciéndose por todo el pueblo (que estaba bien descuidado de esto) quitaban las armas á cuantos topaban, sin perdonar el efectuar otras insolencias.

En esto andaban ocupados estos ministros de Satanás, y el pueblo lastimosamente alborotado, cuando entró en él á poco el Lope de Aguirre con sus presos, y se fué derecho á la fortaleza, donde habiéndolos dejado presos y en buena guarda, salió luégo con una parte de soldados y fué derecho á la plaza, donde comenzaron con hachas a cortar el rollo, que como era de un grueso palo de durísimo guayacan, era dar en él como en un pedernal, de manera que saltaba el acero de las hachas, sin que él recibiera ningun daño de consideracion, que tanta es como ésta la dureza de este palo; si bien algunos conjeturaron de esto era pronóstico de que habia de prevalecer allí en nombre de la justicia del Rey, por quien estaba puesto, y no las fuerzas de los tiranos, que lo atribuyeron solo á la dureza del palo y á no perseverar demasiado en cortarlo, pues si porfiaran salieran con ello: pero al fin sea lo uno ó lo otro, él se quedó con su honra. Y pasando adelante el Aguirre, aborreciendo la de su Rey, llegó con sus soldados á la casa donde estaba la caja real, y sin esperar llaves ni oficiales para pedirles cuenta, hicieron pedazos las puertas y la caja, de donde robaron muy gran cantidad que habia en ella de oro y perlas de los Quintos y rentas Reales, é hicieron pedazos los libros de las cuentas de esto. Luégo el tirano, como hombre que se veia señor de la ciudad, mandó echar un bando con pena de la vida, que todos los vecinos de toda la isla pareciesen ante él con todas las armas que tuviesen, ofensivas y defensivas, sin que quedase persona en el campo que no se recogiese luégo á la ciudad, de donde sin su licencia, debajo de la misma pena, ninguno saliese. Tras esto hizo luégo traer á la fortaleza, de casa de un mercader, una pipa de vino de hasta cuarenta arrobas, para que bebiesen los soldados y se alegrasen, como lo hicieron, dejándola desocupada del todo dentro de dos horas.

Diéronle noticia al tirano que un mercader llamado Gaspar de Plazuela habia mandado esconder un barco suyo, que le venia de la isla de Santo Domingo, por lo cual lo mandó prender y aun matar, como lo hiciera si no pareciera el barco. Ordenó á algunos de quienes él más se fiaba de sus soldados, porque no escondiesen los vecinos sus mercadurías y hacienda, que fuesen visitando todas las casas del pueblo y poniendo por inventario todo cuanto hallasen en ellas, en especial mercadurías, vino y toda suerte de mantenimientos, mandando con graves penas no llegasén á nada de lo secretado. Hiciéronlo así estos ministros, y aun más de lo que se les ordenó, pues todos los vestidos de seda, lienzo, gran parte del vino y otras cosas de comer llevaron á la fortaleza, y lo demás encerraban en cámaras, bodegas y tiendas, dejando mandado á los dueños, con pena de la vida, no minorasen un adarme de todo aquello, y que mirasen por sus vidas que eran las que lo habian de pagar si faltaba alguna cosa, aunque se llevaban ellos las llaves. Apoderóse el tirano de cierta cantidad de mercadurías que allí habia por cuenta del Rey, de un navío que se habia tomado por perdido, repartiéndolas entre sus soldados. Mandó tambien le trajesen al puerto todas las canoas y piraguas de la isla, y traidas, las hizo hacer pedazos, porque no hubiese en qué ir á dar aviso á ninguna parte. Esta fué la conclusion de aquel primer dia, con que se fueron á descansar la noche. Halló este tirano aquella isla la más rica y próspera que desde que se pobló habia estado así, de comidas, como de mercadurías, dinero y abundantísima de perlas, por haber pasado los años tan fértiles de que habia gozado en sus pesquerías y en las de su vecina la isla de Cubagua. De todo lo cual se entregaron estos tiranos tan abarrisco, que sin poder reservar casi nada, los dejaron sin haber podido hasta hoy levantar cabeza. Eran notables los sentimientos de los vecinos, viendo á su Gobernador y Alcalde presos, sus personas cautivas, sus mujeres é hijas infamadas, sus casas abrasadas, sus haciendas robadas, sus tierras saqueadas, sus ganados muertos, acrecentándose estos

sentimientos en ver que todo esto era por mano de gente cristiana y que no ignoraba las ofensas que hacian á Dios en ello, y en verse sujetos á un traidor tan olvidado de acciones cristianas; echando la culpa de todos estos ruines sucesos á la codicia del Gobernador, que si ésta no le hubiera sacado de su pueblo, se pudieran haber defendido en él, no habiéndose puesto en ocasion de que le hubieran preso como estaba.

CAPÍTULO XXIX.

I. Llevados del deseo de la vida ancha que traian estos tiranos, se les juntaron algunos soldados de la isla, que no fueron de poco daño—II. Despacha Aguirre desde la Margarita á que le tomen un navío en Maracapana al Provincial de Santo Domingo, que le salió muy al reves—III. Determina el Provincial de Santo Domingo ir con su navío á dar aviso al puerto de la Burburata y otras partes, y Aguirre dispone se le hagan matalotajes—IV. Plática que hace Aguirre á todos los del pueblo, con palabras fingidas y aun con mentiras evidentes.

LOS malos ejemplos, traiciones, vida ancha que traian estos tiranos, fueron causa de que los siguiesen algunos soldados de los que habia en la ciudad é isla, apeteciendo lo mismo, y no ser castigados por las fuerzas, robos é insolencias que hiciesen, como no lo eran los soldados del tirano, por haber tomado esto por oficio, ántes eran más favorecidos del Aguirre los que más se aventajaban en estas maldades, y en hacer gala de ser contra el Rey, tomando por razon de estado el traidor, que cuanto más culpados estuviesen sus soldados, los tendria más seguros y sin atreverse á apartar de su proteccion, temiendo la pena que merecian si se pasasen á la parte del Rey. Cebada, pues, de esto la gente vagabunda (que se halló por allí á la sazon), determinaron meterse debajo de la bandera del Aguirre, ofreciéndose á su servicio y seguirle en todo trance y poner por él sus vidas, como sus leales vasallos, no con menores veras que las que traia, el cual admitiéndolos con mucho gusto en su compañía, les hizo luégo pagas adelantadas de la hacienda Real que se habia robado, con que les obligó á permanecer en lo que habian prometido, sin poderse retirar á ménos costa que de sus cabezas. Dióles luégo libertad para que fuesen tan grandes tacaños como los demás que le seguian, que lo supieron ser luégo, por haberlo tenido hasta allí tan deseado; y así comenzando á hacer gavilla con los otros soldados viejos, los guiaban á los lugares donde sabian que habian escondido y puesto en cobro los vecinos algunas cosas de su hacienda, mercadurías, ropas de vestir, joyas y madejas de perlas. Procuraban hacer esto en secreto, y lo que hallaban partian amigablemente, con que fueron estos bisoños causas de muy mayores daños, estragos y crueldades que se hicieran, si no se hubieran metido en la danza, porque como hombres que tenian bien sabidos los rincones de la isla, por no ser muy grande, daban noticia de todo lo que habia en ella, enseñando las estancias donde algunas personas estaban recogidas ó tenian sus mujeres é hijos.

Entre lo demás de que estos nuevos soldados dieron aviso á su Capitan Aguirre, fué de que en el puerto de Maracapana, donde á la sazon estaba un pueblezuelo, habia un Provincial de la órden de Santo Domingo, llamado fray Francisco Montesinos, con ciertos vecinos y soldados, entendiendo en la conversion de aquellos naturales, á quien su Majestad se la habia cometido, y que tenia un muy bueno, grande y bien artillado navío, que con mucha facilidad y bien poca gente se le podia tomar y traer á aquella isla, en que se podria con seguro tomar la derrota de Nombre de Dios. No se alegró poco el tirano de esta nueva, ni fué mucho el tiempo que se tardó en enviar uno de sus bergantines con diez y ocho soldados y un Capitan llamado Pedro de Monguia, y un negro por piloto, grande vaqueano y diestro en la navegacion de todas aquellas costas, mandándoles que sin hacer escala en ninguna fuesen derechos donde estaba el Provincial, y tomándole el navío, se le trajese allí. Partióse á esto el Monguia con la brevedad que se le ordenaba, y á poco de como salieron del puerto, encontraron con el barco de Plazuela, por quien lo tenia preso el Aguirre, donde se metieron, habiendo abordado con él un Diego Hernández, portugués, con otros tres compañeros suyos, secuaces del Aguirre, y se volvieron en él al puerto de la Margarita, que fué darle la vida al Plazuela. Pasando adelante el Monguia en su navegacion, llegando ya casi á vista del puerto de Maracapana, le pareció á él y á algunos otros soldados de los que llevaba (que no debieran de ser de tan ruines y dañadas intenciones) asegurar más sus vidas quedándose con el religioso que volverse á la sujecion

del Aguirre, dándole aviso al Provincial de lo que pasaba, para que se les diese á los puertos más cercanos donde se pudiese temer iria el traidor desde la Margarita. Porque consideraban que cuando les corriera deshecha fortuna en el camino que llevaban los traidores, sus fines habian de ser con tristes, afrentosas é infames muertes.

No eran todos los compañeros del Monguia de su parecer, por estar cebados en la vida que traian con el Aguirre, y serles á par de muerte dejarla; pero al fin hubieron de disimular, y unos de voluntad, y otros por fuerza, pusieron la proa para donde estaba el navío del religioso, que los recibió alegre y sosegadamente, hasta que le dijeron la causa de su venida, y los malos recados que se quedaban haciendo en la Margarita, porque esto le alborotó, de manera que no fiándose del todo de los soldados (aunque le habian dicho los intentos con que ya estaban), les quitó á todos las armas, recatándose en toda ocasion de ellos, que lo tuvieron todo por bien, por dar en aquello alguna demostracion de que eran inocentes y sin culpa de lo sucedido hasta allí, diciendo haber sido todo muy contra su gusto. Determinó luégo el fray Francisco Montesinos de embarcarse en su navío con la gente que tenia y los Marañones, é ir á dar aviso al puerto de la Burburata, que es en la gobernacion de Venezuela, y á la isla de Santo Domingo, pasando de camino por la Margarita, y probar ventura si podia hacer algun daño, ó desbaratar al Lope de Aguirre con su gente. El cual luégo que hubo despachado al Monguia, pareciéndole tenia cierto el navío del Padre Provincial, y la comodidad que habia menester, para con más brevedad de lo que él pensaba despacharse para el Nombre de Dios, porque no les retardaran los matalotajes y estuvieran hechos cuando llegara el navío, mandó luégo á los vecinos de la ciudad trajesen allí seiscientos carneros y algunos novillos, para hacer carnaje salado, y le hiciesen gran cantidad de cazabe, y que esto se hiciese con tal cuidado, que todo estuviese á pique para la llegada del navío; repartiendo para esto entre los vecinos lo que cada cual habia de tomar á hacer. Tenia gran cuidado el tirano de que las posadas donde estaban sus soldados los regalasen mucho, informándose tras cada paso si se cumplia esto, reservando sin echarles huéspedes las casas más honradas del pueblo, para que á él y á los soldados de su guardia, que de ordinario estaban en la fortaleza, les hiciesen y enviasen de comer allí por sus dias. De dia estaban los soldados en sus posadas comiendo y bebiendo y ocupándose en otros infinitos maleficios; y de noche se recogian á dormir junto á la fortaleza, en una plazuela, que como es tierra tan caliente, cada cual se dejaba caer en la parte de la plaza que le cogia el sueño, y tambien porque era gente tan vil, toda en comun, que en todo el discurso de su vida habian gozado de poco mejores camas.

Habiendo hecho Aguirre juntar en la misma plazuela de la fortaleza á los más de los más principales, y aun casi á todos los vecinos, queriendo sacarles de algun enfado, del mucho que tenian con tales huéspedes, comenzó á consolarlos con las fingidas y mentirosas palabras que de ordinario usaba, diciéndoles: ya vuesas mercedes tendrán entendido no haber sido mi venida á esta isla para hacer yo ni mis compañeros asiento en ella ni dar disgusto á nadie, ántes con deseos de hacerles todo servicio; pues Dios me es testigo que no tenia pensado estar en ella arriba de cuatro dias. Pero tambien se vió que mis navíos venian tan mal acondicionados que era imposible pasar de aquí con ellos, y no habiendo hallado ninguno otro que pueda suplir estas faltas, me es forzoso, ya que Dios me ha deparado el navío del Reverendo Padre Provincial, haberlo de aguardar, por excusar el haber de hacer otros, en cuya fábrica nos habiamos de detener mucho más tiempo, por mucho que sea el de su tardanza. Pero estén todos ciertos que apénas habrá llegado cuando desocupemos la tierra y tomemos nuestro viaje, en razon de lo cual he suplicado se hagan luego nuestros matalotajes, y ésta ha sido tambien la razon, como desde luego dije, de tener preso al señor Gobernador y á los demás caballeros, para que con más facilidad y seguro por nuestros dineros, se nos provea de lo necesario, porque como otras muchas veces he dicho, no quiero que ni á mis soldados ni á mí se nos dé nada de gracia, sino que todo se pague en más subidos precios que en otros tiempos que suelen vender; y así lo torno ahora á decir, porque bien entiendo que por hacérsenos merced ó por algun temor se dan las cosas ahora á ménos precio de lo que valen; pues vender una gallina por dos reales, bien se ve quedar engañado quien la vende, y por esta cuenta corren los demás mantenimientos. Por lo cual mando que ménos de tres reales para arriba no vendan á ningun soldado gallina, y á este respecto se haga en las demás cosas; y demás de lo que de presente, por todo lo que se les comprare, se les diere, doy mi fe y palabra desde luego, que al tiempo de mi partida

se hará muy larga satisfaccion, gratificando la merced que se nos ha hecho y hasta entónces se nos hiciere.

Bien echaron de ver los vecinos ser estas palabras de Aguirre todo mentira, pues era tan evidente lo contrario que hacia á lo que decia; y así ántes fué que de gusto, de muy gran disgusto para todos, pues importaba poco subir los precios de las cosas á quien no pensaba pagar aun el precio ajustado, y de balde se les habia de dar por fuerza ó por grado cuanto sus soldados y Capitanes habian menester, y aun de lo que no tenian necesidad, por solo su pasamiento y hacer mal, lo tomaban los pobres vecinos.

CAPÍTULO XXX.

I. Mata Lope de Aguirre á un Capitan de los suyos y húyensele cuatro soldados—II. Hallan los dos y mándalos ahorcar Aguirre, é intenta matar á un fraile de Santo Domingo—III. Da á entender á sus soldados Aguirre el modo que han de tener de proceder en sus tiranías—IV. Hace echar al traves sus bergantines, con recelos de que no se le huyan sus soldados, y destruye las casas y haciendas de un vecino que se huyó.

ANDABA el Lope de Aguirre disgustado y con sobresalto de un Enriquez de Orellana, Capitan que él habia hecho de su municion, sin que hubiese habido para esto ménos leve fundamento que el que solia tener para acedarse con otros y despacharlos de esta vida; aunque sí fué verdad lo que dijeron al Aguirre habia dicho de él el Enriquez, que se habia emborrachado aquel dia que entraron en la Margarita (no parece dejaba de ser la ocasion de alguna consideracion), aunque en un hombre tan infame, que ya tenia vueltas las espaldas á Dios y al mundo, bien se pudiera ahogar esta mancha en el mar de otras mayores que tenia. Pero al fin haya sido esto verdad y el haberlo dicho el Enriquez ó no, por ello y por otras enemistades que le tenia de atrás, le mandó ahorcar sin darle lugar á que se confesara, como lo pedia; dando luégo el cargo de Capitan á un Anton Llamoso, que ántes era Sargento de su guardia, y tan fiel y confidente suyo, que permaneció con él hasta su muerte. Viendo algunos soldados de su campo el poco seguro que traian de sus vidas, pues cuando más amigos estaban del Aguirre, por levísimas ocasiones acababa con ellas, andaban echando juicio sobre qué traza tendrian de huirse de su compañía; hacíales retardar el poner en efecto estos deseos ver la tierra de la isla tan corta, trillada y sabida de los vecinos, á quienes el Aguirre tenia tan sujetos, que les habia de obligar, en viendo que faltaban, con grandes penas y amenazas, á que se los buscasen y trajesen, y tambien porque tenia de noche y de dia tan vigilantes guardas y centinelas, rondas y sobrerondas en todo el pueblo y caminos que salian de él, por toda la isla, que tenian por imposible poderse escapar sin que él lo entendiese y les costase la vida. Pero al fin, teniendo por menores todos estos temores é inconvenientes que el estar con él, se determinaron á probar ventura cuatro soldados, de dos en dos, llamados Francisco Vásquez, Gonzalo de Zúñiga, Juan de Villatoro y Luis Sánchez del Castillo, y á cierta hora de la noche hicieron fuga de la ciudad; lo cual sabido por Lope de Aguirre, se embraveció de manera que daba voces como hombre sonlocado, y echaba espumajos de rabia y coraje, y pareciéndole que si no hacia grandes demostraciones y diligencias en que se buscasen, se le irian poco á poco todos, dejándolo solo. Comenzó luego á disponer que se hiciesen apretadas diligencias por parte de los vecinos, contra los cuales (para que tuviera más efecto) y contra el Gobernador y los demás que tenia presos, se mostró tan feroz, bravo y sin vergüenza, que con mil oprobios les decia haberlos ellos escondido y saber dónde estaban, y que cuando esto no fuese así, estaban en su tierra, donde no se les podian escapar, y que si no querian ver la destruccion de toda ella, se los trajesen allí; pues demás de darle muy gran gusto en ello, prometia de hallazgo por cada uno doscientos pesos.

Multiplicaba sobre estas mil amenazas de muerte al Gobernador si no diese órden cómo hallarlos, con que despachó todos los mandamientos en órden á esto que le mandaba Aguirre, de quien se temia ejecutaria las amenazas, mejor que lo decia. Con ellos mandó Aguirre á los soldados, recien entrados en su compañía, que pues sabian la tierra, en compañía de algunos Marañones la desvolviesen toda, y aunque fuese de debajo de ella se los trajesen allí. Tantas fueron las diligencias que por éstas de Aguirre se hicieron, trastornando la isla por todas partes, unos por miedo y otros codiciosos del hallazgo, que vinieron á hallar al Juan de Villatoro y al Luis Sánchez, que traidos á la presencia del tirano (sin

dejarles confesar) los hizo ahorcar, luego del rollo, en su presencia: diciéndoles miéntras los ajusticiaban mil oprobios por haber intentado volverse al servicio del Rey. Y en confirmacion de lo que les decia, despues de muertos mandó poner á cada uno un rótulo que decia: Han ahorcado á estos hombres por servidores leales del Rey de Castilla. Y pasando adelante su serpentina lengua, decia á los cuerpos muertos: veamos si ahora el Rey de Castilla os resucitará. Con este suceso muchos soldados que tenian intentos de hacer lo mismo que estos cuatro, los mudaron, combatidos de temores, no les sucediera lo que á estos dos; porque los otros por haber sabido mejor esconderse se quedaron en la isla. Estando ahorcando á éstos, acertó á pasar acaso un religioso sacerdote de Santo Domingo, y en dándole vista Aguirre, mandó le fuesen luego á matar, como lo hicieran, si los vecinos que se hallaron presentes no le rogaran lo dejase. Lo cual, por complacerlos, hizo por entónces; pero solo fué dilatarle su muerte hasta despues, como diremos.

Los ratos que le sobraban á Aguirre de ocuparse en estas crueldades ó en diligencias para ellas, gastaba platicando á sus soldados las justicias (ó por mejor decir las injusticias) que pretendia hacer adelante; prometiéndose poder salir con todo lo que intentase, por los buenos principios que habia tenido en aquella isla; y así les decia muchas veces el órden que habia de tener en el mandar y disponer las cosas; y que una de las más necesarias para el bien y conservacion de las Indias era pasar á cuchillo todos cuantos frailes topase de la órden de San Francisco y Santo Domingo, sin perdonar á los de las otras religiones, fuera de la de los Mercenarios; diciendo que los religiosos estorbaban la libertad que los soldados era necesario tuviesen para las conquistas y sujecion de los naturales. Tras éstos habia de despachar de esta vida, con cruelísimas muertes, á todos los Obispos, Vireyes, Presidentes, Oidores, Gobernadores, Letrados y Procuradores que pudiese haber á las manos, porque todas estas personas tenian totalmente destruidas las Indias. Tras éstos pensaba destruir á todos cuantos topase caballeros y de noble sangre; porque tambien se oponian, como gente de más obligaciones, á las maldades de los soldados comunes, dejando solo á éstos, que como gente sin ellas, no reparaban en acometer toda suerte de insolencias. Despues de estas personas decia que habia de destruir, sin dejar ninguna, todas las mujeres públicas y que supiese él tenian ruines tratos, fundando esta determinacion en el odio que habia cobrado á doña Ines de Atienza (que como vimos era de este pelaje) por las muchas inquietudes que le habia causado, y no parece era solo arrojar al viento estas palabras, como hemos visto, pues el tiempo que tuvo de vida en sus tiranías fué ejecutando todo lo que le vino á las manos de esto; pues fué causa, lo primero, de la muerte de su Gobernador Pedro de Ursua, despues de la de don Fernando, de la de un clérigo sacerdote, de la de doña Ines, de otros muchos que gobernaban, de dos religiosos, del Gobernador de la Margarita, como veremos, de un Alcalde y un Regidor, y si no fueron más las muertes de esta suerte de gentes, fué por no haber tenido la ocasion para ello, que él quisiera. En el cual parecer estaban tambien muchos de sus soldados, cuando no fuera más que movidos por su ruin ejemplo. En esto al fin gastaba grandes ratos y otros en hacer alardes y formar escuadrones, industriando á sus soldados en el órden y astucias que habian de tener en acometer, retirarse y defenderse, diciéndoles no pretendia dar batalla á ningun Capitan que viniese contra él si no fuese al mismo Rey en persona, porque á todos los demás pensaba desbaratar con ardides é industrias de guerra.

Hasta que le dieron la nueva de lo que habia pasado en Maracapana con los que habia enviado por el navío del Provincial, aunque ésta se detenia, no le pareció tardaba, y confiado en que se le habian de traer y desconfiado todavía del seguro de sus soldados, y que podria ser que disgustados de la vida que traian tomasen los bergantines (ó por ventura tambien algunos de los vecinos de la Margarita) y huyéndose con ellos fuesen á dar aviso á otras partes, los hizo echar al traves en el puerto, confiado tambien que si acaso el navío del Provincial no llegara haria dar prisa á otro que se estaba haciendo en el puerto, con que saldria de la isla, como sucedió. En este tiempo un vecino de la ciudad llamado Alonso Pérez de Aguilar, no pareciéndole bien la vecindad del Aguirre, tuvo traza de escaparse del pueblo y despues de la isla, de manera que no fueron bastantes las apretadas diligencias que Lope de Aguirre hizo cuando lo supo para poderlo haber á las manos, y así las puso en sus casas, pues cargando sobre ellas el furor que cayera sobre la persona, con una rabia de tigre, él en persona, acompañado de los de su raza, se fué á ellas, y como si fueran bienes de hombre que habia sido traidor á su Rey, las hizo robar, destejar y derribar, de manera que no les quedó piedra sobre piedra, y por no haber en la ciudad con qué no las

hizo arar para sembrarlas de sal; y no quedando solo en esto la ejecucion de su rabia, le hizo matar todos cuantos ganados mayores y menores halló suyos, estancias, sementeras y lo demás que por algun camino halló pertenecerle.

CAPÍTULO XXXI.

I. Mata el tirano Aguirre á un Capitan de su nacion, llamado Joanes de Turriaga, y hácelo enterrar con pompa.—II. Amenazas que hace Aguirre á los de la Margarita, si el Provincial de Santo Domingo le hubiese cogido su gente en Maracapana.—III. Descúbrese el navío del Provincial, que venia á la isla, y hace diligencias el tirano para defenderse de él.—IV. Sabiendo Aguirre habia surgido el navío del Provincial, pone presos en la fortaleza á los vecinos y determina matar al Gobernador y sus compañeros.

NO habia aún salido Aguirre de la cólera con que ejecutaba estas maldades, cuando se le acrecentaron avisándole que un Capitan suyo y de su nacion, llamado Joanes de Turriaga, se mostraba afable con todos los soldados, de quien era tenido por muy hombre de bien y de obras de caridad, sentando á su mesa á algunos soldados pobres, que convirtiendo Aguirre estas flores en veneno, como pestilencial araña, dió en decir hacia esto este Capitan, para oponérsele y acariciar amigos para matarlo. Y así, acordado (por si acaso era verdad lo que imaginaba) ganarle por la mano, y procurando poner mayor temor á sus soldados y vecinos de la ciudad, mandó matarlo, encomendando esto á su Maese de Campo Martin Pérez, que como fiel tirano á su cabeza, apercibiendo luego algunos soldados, de sus más amigos, con arcabuces y otras armas, se fué una noche, en lo más secreto de ella, á la posada del Turriaga, á quien hallaron cenando con algunos sus camaradas, el cual, viendo entrar al Martin Pérez, se levantó luego de la mesa á recibirlo con cortesías agradables, como á su Maese de Campo. Pero apénas se hubo quitado el sombrero para comerzarlas á hacer, y llegado cerca del Maese de Campo, comenzaron á dispararle los arcabuces los que los llevaban, y á asegurarle los demás con las lanzas y espadas, con que lo acabaron de matar en un punto, y dejándole en el suelo (donde murió revolcándose en su sangre), se salieron de su posada y dieron aviso al Aguirre que ya aquello estaba despachado. El cual, luego por la mañana (por ser este Capitan vizcaino y quererle pagar alguna parte de lo que le habia seguido y servido), ordenó lo enterrasen con gran pompa funeral, como se suele en las guerras enterrar los Capitanes y otras personas de las más notables, dignándose de hallarse presente al entierro, con todas sus escuadras enlutadas, arrastrando banderas y con tambores destemplados. Opiniones hubo de los ménos ruines del ejército de este tirano, que habia muerto á este Capitan, más por ser hombre de bien, afable y caritativo, que por ocasion que se sintiese le hubiese dado para engendrar sospecha de él.

Pareciendo al tirano se retardaba ya demasiado la venida del Capitan Monguia, con el navío del Provincial del puerto de Maracapana, por haber pasado ya algunos dias, de los que él habia echado tanteo podian tardar en ida y vuelta, dió en imaginar si le habria el Provincial muerto ó preso con toda la gente que llevaba, con que comenzó á convertir en tristeza y melancolía las esperanzas que hasta allí le habian durado, de que habia de haber el navío á las manos. Y rompiendo en cólera de estos sentimientos que le daban estas sospechas, comenzó á hacer bramuras mezcladas con amenazas, diciendo á todos los soldados y vecinos, que si acaso el fraile hubiese preso ó muerto á su gente, habia de hacer un castigo jamás oido ni visto, metiendo á cuchillo, con todas las invenciones de crueldades que hubiese oido y él imaginase, á cuantos hombres y mujeres habia en aquellas tierras (como si ellos hubieran tenido la culpa del caso, cuando fuera así), no reservando de esta pena á los niños de teta, de cuya sangre habia de regar las plazas y calles y hacer corrieran los arroyos de aquella ciudad de la Margarita, y despues de esto no habia de quedar en ella piedra sobre piedra, y abrasar todos los campos, matar mil frailes, con cruelísimas muertes, y que si al Provincial fr. Francisco Montesinos podia haber á las manos, lo habia de desollar vivo y del pellejo hacer un tambor, para ejemplo de todos, al modo que ordenó en su testamento aquel maldito herejeciscas, que despues de muerto lo desollasen, y de su pellejo hiciesen un tambor para la guerra que hiciesen los herejes contra los católicos. Estas amenazas y otras muchas, como las obras que le veian hacer, tenian tan afligidos y amedrentados á los pobres vecinos de la Margarita, que no daban un maravedí todos por sus vidas, no pareciéndoles podian prometerse esperanzas mayores de ellas, viendo la ferocidad del rostro, ademanes de

cuerpo, patear, echar espumajos por la boca cuando las decia, á que no le ayudaban poco con iguales palabras, confirmando lo que él decia, sus Capitanes y soldados, con que mostraban las mismas intenciones y complacencia que tenia su envenenada cabeza y General.

En esos miserables temores estaba esta ciudad, cuando despues de haber el Provincial partido de Maracapana en su navío, y dado aviso á toda la costa abajo en Cumaná, Nuestra Señora de Caravalleda, que habia poco estaba poblada por los Fajardos, dos leguas al Leste del puerto que hoy sirve á Carácas, que llaman de la Guaira, y al puerto de la Burburata, y tomado la vuelta como habia determinado en Maracapana, de la isla de la Margarita, con intentos de probar ventura, si podia con su gente desbaratar al tirano, se descubrió su navío desde esta ciudad de la Margarita, á lo largo de una vista que venia por el rumbo de hácia el puerto de la Burburata, y sospechando luégo era él, y habiéndole dado de esto aviso al Aguirre, pareciéndole le traian ya el navío como deseaba, se apaciguó alguna cosa de las furias en que estaba y de los temores y miedos de los vecinos, por proceder todo, como hemos dicho, de las sospechas con que andaba el tirano, lo cual duró hasta que á poco de como se descubrió el navío, llegó al puerto y ciudad (que en aquel tiempo estaba fundada cerca de él, aunque despues se pasó tres leguas la tierra adentro, donde hoy lo está) una piragua en que venia un negro de Maracapana, que dió por nuevas á Aguirre lo que habia pasado en aquel puerto con sus soldados, y de cómo todos juntos los traia el Provincial en aquel navío, para hacerle la guerra que pudiese. Porque con estas nuevas, volvió luego Aguirre á encenderse de nuevo en cólera, y embravecerse mucho más de lo que estaba ántes, añadiendo á las amenazas pasadas otras mayores contra el fraile y sus soldados, y comenzando luégo á ponerlas en ejecucion, ántes que llegase á surgir el navío, recogió el tirano todos los vecinos de la ciudad, con sus mujeres é hijos, y los hizo meter presos en la fortaleza, haciéndoles echar á todos las más prisiones, y doblarlas al don Juan de Villandrando y á los demás que con él tenia desde los prinpicios presos. Tratándolos sobre esto muy mal de palabras, volviendo á afirmarse en que habia de ejecutar las penas de muerte y arroyos de sangre que habia de hacer de la gente del pueblo. Iba en esto llegando el navío del Provincial á la isla, y por la derrota que traia, le dijeron al traidor que no podia dejar de tomar tierra de un puerto cinco leguas del pueblo llamado puerto de Piedras.

Comenzó luégo el tirano con estas nuevas y vista del navío á disponer la gente á su defensa, trazando la primera diligencia (que para que con mayor tuviese aviso de haber surgido el navío) se fuese poniendo gente de á caballo á trechos por todo el camino, desde el pueblo al Puerto de Piedras, para que en surgiendo, haciéndose cierta seña los unos á los otros, llegase á la ciudad y diese noticia del tirano con brevedad, y porque no le faltasen oficiales que le acompañasen cuando fuese en persona al Puerto á la resistencia, dió el cargo de Alférez general á Alonso de Villena, que lo habia ejercitado en tiempo del don Fernando, y él se lo habia quitado. Las espías, como leales traidores, con mucha brevedad dieron aviso al tirano luégo que surgió el Provincial en Puerto de Piedras, como tenian conjeturado, de que no recibió mucho gusto el Aguirre, ni se siguieron pocos daños, pues comenzando luégo á apercibir y armar sus soldados para ir contra el fraile, con tanta cólera y palabras de blasfemia y heréticas, que atormentaba los oidos y piedad católica Cuando los tuvo juntos y á pique para tomar la vuelta del Puerto, le sobrevino otro diabólico pensamiento con qué atemorizar de nuevo á sus soldados, y confirmarlos más en la intencion de seguirle, y que no se atreviesen de ninguna suerte á desampararlo, y pasasen á la devocion del Rey, y fué (no sin consejo de los más desalmados de sus Capitanes y soldados) matar ántes que saliera de allí al Gobernador y á Manuel Rodríguez, Alcalde, á don Cosme de Leon, Alguacil mayor, y á un Cáceres, Regidor, y á un Juan Rodríguez, criado del Gobernador, que eran los que habia tenido presos; y determinado en esta maldad, aquella tarde al cubrirse las luces, ya que eran bien cubiertas, mandó que todos estos presos que estaban en un cuarto alto de la fortaleza, bajasen á una sala. Los cuales, sospechando para lo que era, comenzaron á entristecerse y á cubrirse de una mortal melancolía, lo cual advirtiendo el Lope de Aguirre (que se quiso hallar presente á todo), los comenzó á consolar con palabras, diciéndoles perdiesen el temor, si alguno tenian, de sus vidas, y tuviesen confianza en que les prometia, y daba su fe y palabra, que aunque el fraile trajese consigo más soldados que árboles y cardones habia en aquella isla (que no hay otra cosa en ella, y todos espinosísimos, de que tengo larga experiencia) y se combatiesen con él, y en la batalla muriesen todos sus compañeros, que ninguno de los que estaban allí presos mori-

ria, ni aun peligraria por ello, lo cual les aseguraba y hacia cierto lo cumpliria, como quien él era, que se le podia bien creer, como sucedió.

CAPÍTULO XXXII.

I. Hace Aguirre se ponga en ejecucion la muerte del Gobernador y sus compañeros.—II. Matan al Gobernador y sus compañeros, y llama Aguirre á sus soldados para que vean los cuerpos muertos, y hacerles sobre el caso una plática.—III. Háceles plática en que les da á entender lo que pretendió con la muerte de aquellos hombres.—IV. Manda enterrar á los cuerpos muertos, y que vuelvan á la prision los vecinos, y dejando á su Maese de Campo en guarda de la ciudad, sale Aguirre contra el Provincial.

CON algun consuelo quedaron los presos de las palabras de Aguirre, aunque se les logró mal, pues como era traidor y sea cierto el parecerse siempre las cosas á sus dueños, se le parecian mucho sus palabras y promesas, dando á entender ser suyas, pues jamas se cumplian cuando prometia con ellas alguna cosa buena, ántes cuando más halagaba y ofrecia se tenia ya por cierta regla en él haberse de cumplir con mayor brevedad lo contrario que prometia en ellas, como se experimentó en este caso, á costa de estos presos, pues luégo hizo salir de la cárcel á los demás vecinos con sus mujeres, para que no entendieran tan presto sus intentos y hecho; del cual dicen fué el principal motor un Gonzalo Hernández, portugués, soldado y amigo del Aguirre, que le certificó haber querido el D. Juan con los demás presos alzarse contra él, para lo cual habian enviado ciertos mensajeros y arcabuces al Provincial, y á persuadirle saltase en tierra é hiciese reseña de su gente contra el tirano. El cual, indignado por esto que le dijo el portugués (fuese ó no fuese así, que en esto reparaba poco) y temeroso por otra parte del fraile, y que no era buen consejo dejar enemigos, aunque fueran presos, á las espaldas, se determinó dejarlos muertos ántes que partiera de la ciudad contra el religioso, y así, pareciéndole casi á la mitad de la noche, era tiempo acomodado para el hecho, mandó á un Francisco de Carrion, mestizo, su Alguacil, que con ciertos soldados fuese luégo y diese garrote al Gobernador y á sus compañeros presos, que estaban en la sala baja. No dilataron este Alguacil y soldados nada el hecho, pues tomando luégo algunos negros, cordeles y recado para efectuarlo, y bajando á la cámara donde estaban, dijeron á los presos se encomendasen á Dios, y tuviesen la contricion que debian á cristianos por sus pecados, porque habian de morir.

El deseo que tenia el Gobernador de que le cumpliera la palabra el Aguirre (como caia en materia tan grave) le daba confianzas de que no se la habia de quebrantar ni á él atajarle, á lo ménos tan presto, los dias de la vida; y así respondió, que cómo era aquello, pues habia poco que se habia ido de allí el General y les habia dado palabra, no solo que no los mataria, pero ni aun les sucederia algun daño. A que respondieron el Alguacil y los demás, que no obstante todo aquello habian de morir, que se encomendasen á Dios, que era lo que importaba. Hiciéronlo así, viendo que el negocio iba de veras, aunque con más brevedad que era menester y ellos quisieran, porque luego comenzaron aquellos ministros de maldad á dar garrote al Gobernador y tras él al Alcalde Manuel Rodríguez y luego al Alguacil don Cosme, á quien siguieron el Juan Rodríguez y el Regidor Cáceres, que era un viejo manco y tullido de piés y de manos. Y juntando los cuerpos muertos y cubriéndolos con unas esteras, porque nadie los viese, subieron los verdugos donde estaba el Aguirre y habiéndole dado cuenta de que ya quedaba aquello hecho, hizo tales demostraciones de alegría, como debiera hacer si fuera una cosa muy del servicio de Dios. Y habiéndose llegado con esto ya casi la mitad de la noche, pareciéndole al tirano seria bien dar parte á sus soldados de lo hecho para con eso conseguir el fin que pretendia, dándoles á entender habian sido todos en aquella maldad, los hizo llamar á la sala donde estaban los cuerpos muertos, y á la luz de muchas velas que se habian multiplicado para el efecto, hizo alzar las esteras y descubrir los cuerpos difuntos, y enseñándolos á todos, les habló de esta manera:

Bien veis, Marañones, en estos cuerpos muertos que teneis delante los ojos, que demás de las maldades que hicísteis en el rio Marañon matando á vuestro Gobernador Pedro de Ursua y á su Teniente don Juan de Várgas, y haciendo Príncipe á don Fernando de Guzman, y jurándolo como á tal os desnaturalizásteis de los Reinos de Castilla y negásteis al Rey don Felipe debajo del juramento que hicísteis; prometísteis hacerle guerra perpetua

toda vuestra vida, firmándolo así de vuestros nombres, y añadiendo despues delitos á delitos, matásteis á vuestro propio Príncipe y señor y á otros muchos Capitanes y soldados, á un clérigo de misa y á una mujer noble; y venidos á esta isla la robásteis, tomando y repartiendo entre vosotros todos los bienes que habeis hallado en ella, así de don Felipe, Rey de España, como de otros particulares, rompiendo sus libros de cuenta y haciendo otras graves maldades; habeis ahora muerto, como lo veis, otro Gobernador, un Alcalde y un Regidor, un Alguacil mayor y otras personas que aquí teneis á los ojos. Por tanto, cada uno los abra y mire por sí, no le engañe alguna vana confianza, pues habiendo hecho tantas y tan graves maldades y atroces delitos, es cierto no os podrá sufrir seguros ninguna parte del mundo sino en mi compañía; pues dado caso que el Rey os perdone, los deudos y parientes de los muertos os han de seguir hasta dar fin de vuestras personas. Por lo cual os aconsejo que no apartándoos de mi compañía, vendais bien vuestras vidas en la ocasion que se os ofreciere perderlas, haciéndoos una misma cosa los unos con los otros, pues contra tal union y compañía todas las fuerzas que se quisieren levantar contra nosotros ser tan muy menores para desbaratarnos, advierta cada cual en lo que digo, pues no le va ménos que la vida.

Acabada la plática con esto, mandó luego que allí en la propia pieza se hiciesen dos sepulturas, donde enterraron los cuerpos; y porque los vecinos no tuviesen una noche siquiera de reposo en sus casas, mandó luego (que seria á las dos de la noche) los tornaran á meter con sus mujeres é hijos en la fortaleza, á donde entraron con grandes aflicciones y sobresaltos, y les pusieron las mismas prisiones que ántes tenian; sospechosos todos de lo que habia sucedido, y que ya era muerto el don Juan de Villandrando y sus compañeros, si bien lo negaron, aunque se lo preguntaban, el Aguirre y los suyos de conformidad, sin que ninguno diese aun muestras de lo hecho. Dejando con esto el tirano en buen recado y custodia los presos de la fortaleza, á cargo de su Maese de Campo Martin Pérez, tomó al amanecer, con ochenta arcabuceros, la vuelta del puerto ó punta de las Piedras, donde habia surgido y estaba el Provincial. El Martin Pérez con los soldados Marañones que le habian quedado para guarda de la fortaleza y pueblo, hicieron una gran gira y convite. Luego aquel mismo dia que se partió Aguirre, que era domingo, sirviéndose las mesas con grande aparato y abundancia, música de trompetas y generosos vinos, que hicieron soltar las lenguas, en las conversaciones que se levantaron sobre mesa, á palabras excusadas que juntamente con el hecho fueron causa de la muerte del Maese de Campo, como veremos.

CAPÍTULO XXXIII.

I. Avisan los del puerto de la Burburata al Gobernador de Venezuela, y él á las ciudades de su gobierno y á la de Mérida, de la nueva que tenian del tirano—II. Da el mismo aviso Pedro Bravo de Molina, desde Mérida, á la Real Audiencia de Santafé y las demás ciudades que están en el camino—III. Prevenciones que hace Pedro Bravo de Molina en la ciudad de Mérida, para si se le ofreciere necesidad de resistir al tirano—IV. No se descuida el Licenciado Pablo Collado en hacerlas tambien en los pueblos de su gobierno.

HABIENDO dado la nueva de los pasos en que andaba Aguirre el padre fray Francisco Montesinos en el puerto de la Burburata, luego sus vecinos dieron tambien aviso á todos los pueblos de aquella gobernacion de Venezuela, en especial al Gobernador, que á la sazon, como dejamos dicho, era el Licenciado Pablo Collado, y estaba en aquellos dias en la ciudad del Tocuyo; el cual, luego que lo supo, aunque no pudo estar cierto de que llegaria por allí el Aguirre, sospechando con prudencia (por ser tan poca y fácil la travesía que hay desde la isla de la Margarita á aquel paraje de Tierrafirme) que podria llegar á lo ménos al puerto de la Burburata, despachó á los vecinos avisando les pusiesen en cobro, lo primero sus mujeres, hijos y haciendas para todo acaecimiento, y ellos estuviesen alerta para si asegundaba la nueva y certidumbre de llegar por allí el traidor Aguirre, le diesen aviso por la posta de todo, en especial si pudiesen alcanzar á saber los intentos que traia. No fué necesario para los de la Burburata este aviso del Gobernador, pues viéndose poblada, casi á la lengua del agua, poca gente y sin ninguna defensa de fortaleza, armas ni artillería con que poder resistir al tirano, á la primera nueva que les dió el Provincial, levantaron ranchos con toda su haciendilla y chusma, y dejándole libre el puerto se pusieron todos en cobro por donde pudieron; si bien los hombres volvieron luego al pueblo. Despachó tambien luego el Gobernador cartas de aviso á la ciudad de Trujillo, recien poblada,

como dejamos dicho, por el Capitan Diego García de Parédes, y á la de Mérida, que era tambien recien poblada jurisdiccion, y á de la Audiencia de Santafé y del Nuevo Reino de Granada, á quien gobernaba por la misma Audiencia el Capitan Pedro Bravo de Molina, hombre de noble sangre, y que lo dió siempre bien á entender en toda ocasion que le vino á las manos, en especial en esta del Aguirre, como despues veremos. Avisaba el Gobernador de Venezuela á ambas ciudades estuviesen apercibidas á lo que se habia de disponer si asegundase la nueva del tirano, que tomaba el rumbo por aquella derrota, rogando al Pedro Bravo de Molina, como á quien estaba fuera de su jurisdiccion, tuviese los más soldados que pudiese para salir en servicio del Rey contra el tirano, á quien pretendia con su favor desbaratar, si acaso intentase entrar en aquellos pueblos, en que se haria un gran servicio á Dios y al Rey, y á él señalada merced; y que así mismo la recibiria en que fuese parte para que el Diego García de Parédes, que estaba en aquella ciudad con algunos otros soldados retirados, y habiendo declinado jurisdiccion, por cierto encuentro que habia tenido con él en la ciudad de Trujillo, á poco de como la pobló el García de Paredes, para que volviese luego á la ciudad del Tocuyo; pues les daba desde luego su fe y palabra de que no se tratase más de los disgustos que habian tenido, ántes estimar en mucho sus personas, en especial siendo de tanta importancia para la ocasion que les estaba amenazando del tirano.

Recibido este aviso en la ciudad de Mérida por el Gobernador Pedro Bravo de Molina, por el mes de Agosto, el mismo año de mil y quinientos y sesenta y uno, nombró luego ciertos vecinos de aquel pueblo, para que con un caudillo pasasen á la villa de San Cristóbal (á donde no era posible ir ménos que con buena escolta, por los indios de guerra que estaban entre un pueblo y otro, en los valles de los Bailadores de la Guta, San Bartolomé y otras partes) y diesen las nuevas que habia recibido; y de allí á la ciudad de Pamplona, desde donde se despachasen luego á la de Tunja y Santafé, á la Real Audiencia, á quien escribió el Pedro Bravo de Molina, juntamente con la carta que envió del Gobernador Pablo Collado, para que con este aviso lo tuviesen todas estas ciudades, y dispuesto el órden que se debia tener en la resistencia del tirano, si intentaba entrar en estas Provincias. Despachado esto, comenzó luego el Pedro Bravo á serlo tambien en las obras, apercibiendo con mil cuidados la gente y vecinos que habia de llevar (si fuese necesario) á la Gobernacion de Venezuela, comunicando con ellos las trazas, ardides y estratagemas que se habian de tener para desbaratarlo, en especial si fuese tanta su fuerza, que habiendo sido menor para resistirle la de la Gobernacion de Venezuela, llegase á aquella ciudad de Mérida, donde tambien era necesario quedara resguardo de buena gente (caso que la necesidad les obligara á ir á la Gobernacion de Venezuela) para guardar el pueblo de los rebeliones que pudieran suceder con los naturales, por ser tierra recien poblada y todavía mal segura y sospechosa de ellos.

Despachó luego de la ciudad algunos soldados, para que como atalayas estuviesen á trechos en el camino que hay desde ella á la de Trujillo, y por la posta se le diese aviso si asegundaba la nueva de la entrada de Aguirre, y los intentos que traia, haciendo que algunos soldados pasasen adelante hasta el Tocuyo, donde supiese (estando con la persona del Gobernador) con más brevedad cuando el tirano saltase en tierra, previniendo con esto que no tuviese el Gobernador Pablo Collado que ocupar alguna de su gente en enviarle aviso, pues era tan poca, que teniendo necesidad de mucha más, cualquiera que estorbase en otra cosa que en la prevencion á su defensa, le haria mucha falta. Estuvieron tan conformes todos los vecinos y soldados de la ciudad de Mérida (y hago esta distincion por la que en estas tierras se usa, de llamar vecinos de los pueblos solo á aquellos que tienen encomiendas de indios, y á todos los demás pasajeros ó avecindados llaman soldados) que ofrecieron de una misma voluntad (sin faltar uno á su justicia mayor, Pedro Bravo) sus personas y haciendas, sin que se reservara un solo maravedí de ellas al servicio del Rey en esta ocasion, teniéndose por dichosos, supuesto que se ofrecia la necesidad (que valiera más no se ofreciera), de que los quisieran emplear en cosas del servicio de su Rey y Señor, donde pensaban dar á entender al mundo (como lo hicieron) cuán leales vasallos eran suyos y cuán deseosos estaban de derramar su sangre en servicio de su real corona, en especial contra los que veian rebelados á ella. Dióles el Capitan Bravo mil agradecimientos de lo que ofrecian á todos los vecinos, de su parte y de la de su Majestad.

No holgaba en este tiempo el Gobernador de Venezuela en las ciudades de Tocuyo y Bariquisimeto, juntando por horas las Repúblicas y practicando el órden y prevenciones

que se debian tener en defensa de la Gobernacion, si bien les parecia á todos que para tan gran pujanza, grosedad de gente, arcabucería y artillería, como tenian noticia traia el tirano, eran muy pocas las fuerzas de toda la de aquella tierra, para hacerle resistencia, por estar sobre la necesidad de gente con otra mayor de armas defensivas y ofensivas, en especial de arcabuces y municiones, con que eran notables los temores con que andaban todos.

CAPÍTULO XXXIV.

I. Prevenciones que manda la Real Audiencia de Santafé se hagan en el Nuevo Reino, y nombramiento de oficiales.—II. Ordénase esté la gente de las ciudades del Reino dispuesta para lo que se ofreciere, y lo que ha de hacer el Gobernador Pedro Bravo de Molina en Mérida.—III. Avísase á las Gobernaciones de Popayan, Santa Marta y Cartagena; número de la gente de guerra del Reino y varias opiniones acerca de salir contra el tirano.—IV. Procúrase saber, para recogerlos, si hay en el Reino algunos soldados de los amotinados del Perú. Hácese guarda al Real sello en Santafé.

YA iba entrando el mes de Septiembre del mismo año de mil y quinientos y sesenta y uno, cuando llegó este aviso á la ciudad y Audiencia de Santafé, donde eran á la sazon Oidores el Licenciado Alonso de Grageda, el Licenciado Melchor Pérez de Arteaga, el Licenciado Diego de Villafañe y el Licenciado Angulo de Castejon. Alborotáronse notablemente todas las ciudades del Reino, por venir en el aviso que se dió tan encarecidas las crueldades del tirano y la pujanza que traia de gente y armas, con que los Oidores, sin descuidarse un punto en las prevenciones del reparo que era menester para que se atajaran los desgraciados sucesos (de que toda esta tierrafirme estaba escaldada con los tiránicos alzamientos que habian sucedido en muchas partes del Perú), con la mayor diligencia que se pudo, dieron aviso á todas las ciudades y pueblos del distrito de la Audiencia del Nuevo Reino, y mandato que se alistaran todas las armas y gente que habia para poderlas tomar, nombrando por Capitan general de la gente de todos estos pueblos (para si fuese necesario juntarse y salir contra el tirano) al Mariscal don Gonzalo Jiménez de Quesada (que entónces solo tenia este título y ser Regidor de la ciudad, hasta que despues, el año de adelante de sesenta y ocho, le vino el de Adelantado del Nuevo Reino, como diremos largamente en la segunda parte), persona de gran suerte y valor, y á quien toda la tierra respetaba, por esto y por haber sido el que la descubrió y conquistó. Señalaron por Maese de Campo al Capitan Hernan Vanégas, vecino de la misma ciudad de Santafé, natural de la de Córdoba en España, caballero conocido y de gran calidad por su sangre y persona, de que hizo demostracion en toda ocasion que se le ofreció en las conquistas de Santa Marta y descubrimientos del mismo Reino, conquistas de los Panches y poblacion de la ciudad de Tocaima, como tambien diremos en su lugar.

Capitanes de á caballo fueron nombrados Juan de Céspedes, vecino de la misma ciudad de Santafé, y Gonzalo Suárez Rondon, vecino y poblador de la de Tunja, no de menor valor ambos que los de arriba, como tambien lo era en sangre, valentía y prudencia el Capitan que nombraron de infantería, Juan Ruiz de Orejuela, vecino de la misma ciudad de Santafé y originario de la de Córdoba en Castilla, todos conquistadores y pobladores del mismo Nuevo Reino, como tambien lo era Gonzalo Rodríguez de Ledesma, natural de Zamora en España, á quien en esta ocasion nombró tambien la Real Audiencia por Capitan de la guardia del Sello Real que estaba en ella. En cada pueblo de los del distrito se nombró un Capitan para que sacase á su cargo de los pueblos la gente, armas y caballos que se alistasen para el caso, ordenando estuviesen todos á punto para cuando fuesen llamados. Despacháronsele así mismo cartas en respuesta y agradecimiento del aviso que habia dado al Capitan Pedro Bravo de Molina, á la ciudad de Mérida, y largas provisiones para que pudiera disponer todo lo que viese importaba al bienestar de la tierra, si acaso venia el tirano, y á mandar en ellas de ninguna suerte desamparase su ciudad, no obstante que le enviase el Gobernador de Venezuela á pedir socorro, sino que se estuviese con toda su gente apercibida en ella, avisando á la Real Audiencia por la posta de todas las nuevas que le fuesen viniendo de la entrada del Aguirre y lo que le fuese sucediendo; y que si acaso (por la poca resistencia que hallase en la gobernacion de Venezuela) intentase el tirano pasar al Reino por aquella ciudad de Mérida, alzase todas las comidas del pueblo y toda su redonda y se viniese delante de él con toda la gente, quitándole toda suerte de mantenimientos,

guardándose de darle vista, pues por ser tanta la pujanza de gente que traia y la de aquel pueblo tan poca, se podian temer ruines sucesos y notables daños viniendo con él á las manos.

No se olvidó (juntamente con estas diligencias) la Real Audiencia de hacerlas en avisar á las gobernaciones de Popayan, Santa Marta y Cartagena, mandando á sus Gobernadores estuviesen apercibidos con su gente, para si fuese necesario pedirles socorro, y si el traidor aportase á sus Gobernadores, hiciesen en todo el deber como leales vasallos de su Majestad. Habiéndose hecho en todas las ciudades del Nuevo Reino copia de la gente que de cada una podria salir con armas, se halló (que quedando gente suficiente en amparo de los pueblos, Santafé, Tunja, Vélez, Pamplona, Ibagué, Tocaima, Mariquita y Villa de San Cristóbal) podian salir en campo á dar batalla mil y quinientos soldados muy bien prevenidos, los cuatrocientos piqueros más de los doscientos arcabuceros, y los demás rodeleros y gente de á caballo. Ordenóse tambien que la gente de cada pueblo (sin salir de él hasta que se les ordenase otra cosa, estando prevenidos ellos, y sus armas aderezadas) hiciesen reseñas cada semana, para que los hallase la ocasion (si se ofreciese) más bien industriados, como se hacia. Dispuesto ya todo esto efectivamente así, comenzaron luégo á despertarse opiniones entre los oficiales nombrados y otros muchos Capitanes y soldados viejos, de la ciudad de Santafé, en especial, y de la de Tunja, sobre el modo más acertado que se habia de tener para salir contra el tirano, si la necesidad obligase, teniendo unos por más acertada determinacion esperarlo todos juntos en el Riñon, que llamaban del Reino, en la Provincia de la ciudad de Tunja, hácia la parte de la de Pamplona, que era por donde habia de entrar en las poblaciones y dilatados valles que llaman de Zemiza, por ser tierra limpia, de arcabucos, bien escombrada y llana, donde pudieran servir bien los caballos, y abundante de mantenimientos ; y que no apartándose de la gente el uno ó los dos Oidores, haciendo cuerpo de Audiencia, y representando la Real Persona, seria importantísimo para grandes efectos.

Otros tenian por mejor acierto que el Capitan general con toda la gente (sin que fuese necesario ir ninguno de los Oidores) marchase la vuelta de la ciudad de Pamplona, y entre ella y la villa de San Cristóbal, en el valle de Cúcuta (de quien dejamos ya tratado algo), esperase al Aguirre, y se le diese allí la batalla, por ser tambien tierra rasa, llana y á propósito, y cuando el tirano llegase allí con su gente, no podian dejar de venir cansados y enflaquecidos por el malo y fragoso camino que hay hasta allí, y la falta de comidas que hubiesen tenido con la prevencion que estaba hecha para esto con el Pedro Bravo de Molina, con que se podrian tener esperanzas que desbaratarian allí al tirano. Llegó á tanto esta variedad de opiniones entre la gente, que queriendo cada parcialidad sustentar la suya, se iban apuntando algunos inconvenientes, que pasaran muy adelante, si no los atajara la Real Audiencia, mandando poner silencio á los unos y los otros, y que solo se tratase por entónces de estar todos á pique para la ocasion, que en ella se determinaria lo que más conviniese. Cesó con esto el platicar la variedad de pareceres, poniendo las veras en las prevenciones dichas, no excusando gastos para mejorarse de armas y caballos, matalotajes y lo demás que fuese de importancia, ni para bizarras galas y adornos mezclados con harta vanidad, de la que de ordinario trae consigo la milicia, en especial á sus principios, en que desocuparon estos soldados gran parte de sus bolsas, sin tener ayuda de costa del Rey, ni de otra parte, de un solo maravedí.

No pareció ser de menor importancia que lo dicho el hacer apretadas diligencias en todas las Provincias del Nuevo Reino, con qué saber si habia en ellas algunos soldados de los que se habian hallado en el Perú, en las rebeliones y alzamientos de Gonzalo Pizarro, Francisco Hernández Giron, Alvaro de Oyon y otros alterados, para ponerlos en recado, pudiéndose sospechar que no habiendo perdido sus malas mañas, se irian ántes á la devocion del tirano Aguirre que á la del Rey. Todo el tiempo que duraron estas sospechas y temores del tirano en el Nuevo Reino (que fué desde que se dieron las primeras nuevas al tiempo dicho hasta la Pascua de Navidad de aquel mismo año, que les vinieron las que deseaban, de haber ya desbaratado y muerto al tirano en la ciudad de Bariquisimeto, con el modo que diremos) hacian vela todas las noches más de treinta hombres armados al Sello y casas Reales de la Audiencia, teniendo esto á su cargo el Capitan Ledesma, como hemos dicho.

CAPÍTULO XXXV.

I. Marcha Aguirre con sus soldados á punta de Piedras, desde donde vuelve á la ciudad. Dícenle mal de su Maese de Campo.—II. Hace matar Aguirre á su Maese de Campo en la fortaleza. Húyense de ella algunos presos.—III. Caso horrendo que sucedió con un Llamoso, acerca del cuerpo del Maese de Campo.—IV. Danse vista los Marañones y soldados del Provincial, éstos de la mar, y esotros desde tierra.

CON sus ochenta soldados bien armados y buen órden de guerra, fué marchando el tirano Aguirre desde el pueblo de la Margarita la vuelta de punta de Piedras, desde donde habiendo hallado, cuando llegó, que el Provincial se habia dado á la vela, y que venia navegando la vuelta de la ciudad, la tomó tambien él con toda su gente, marchando á paso largo, procurando no llegase primero el navío que él, y hallase hecho algun mal recado, ántes que lo pudiese remediar. Sabiendo su Maese de Campo, Martin Pérez, la vuelta y llegada de Aguirre á la ciudad, salió de ella á recibirle, con los más arcabuceros que le habian quedado acompañando, con que le hizo una gran salva, y muestras de alegría, abrazándose todos con palabras y sumisiones cortesanas, como si hubiera mucho tiempo que no se hubieran visto los unos á los otros, con que se entraron todos mano á mano en la fortaleza, donde halló Lope de Aguirre el mismo buen recado que habia dejado en los vecinos presos. Uno de los Capitanes de infantería de Aguirre, llamado Cristóbal García, que, como dijimos, habia sido calafate, ó por enemistad que tenia el Maese de Campo Martin Pérez ó por ventura deseando aquel oficio, lo procuró desacreditar con el Aguirre, conociendo de su aceda condicion no era menester mucho para salir con esto, y aun para que muriera el Maese de Campo: y así fingiendo, ó dando color á su malicia, con celo que decia tener á la honra y vida de su General, le dijo aquel mismo dia cómo habia mucho más mal en su ejército del que imaginaba, pues su Maese de Campo tenia convocados muchos amigos para matarle en la primera ocasion que se ofreciera, y alzándose con toda la gente y navíos, tomar la vuelta de Francia, para lo cual habia hecho junta de todos sus aliados, donde se conjuraron para el hecho, en cuya confirmacion comieron juntos en la fortaleza, luégo que él se partió la vuelta de punta de Piedras, haciéndoles un solemne convite á son de trompetas y atabales, con otras muchas señales de alegría, por lo cual le suplicaba reparase aquel daño, no pasase adelante tan descarada traicion, en que si él perdia la vida ó les faltaba, quedaban todos por puertas.

Agradeciéndole Aguirre el aviso y preguntándole si tenia algun testigo que tambien lo supiese, dijo el Cristóbal García que sí, pues un pajecillo suyo, mestizo, no habiendo advertido en él los de la liga, se halló presente á todo, y haciendo traer el muchacho á su presencia, el Aguirre, industriado ántes, por ventura, del calafate en lo que le habia de responder, dijo haberse hallado presente á todo lo que le preguntaban, que era lo que habia dicho su amo. Demás de esto supo Aguirre que aquel mismo dia, estando en la plaza de la ciudad el Martin Pérez en una rueda de soldados, movieron plática entre ellos, diciendo que si acaso le sucediese al Lope de Aguirre alguna desgracia con la gente del Provincial, que quién los habia de gobernar; la cual dificultad habia absuelto el Martin Pérez diciendo: aquí estoy yo, que serviré á todos y haré lo que soy obligado, si el viejo faltare. Estas dos informaciones, falsas ó verdaderas, juzgó el Aguirre ser bastantes para matar al Maese de campo, para lo cual apercibió á un mozuelo barbipuniente, llamado Chávez, aunque en edad muchacho, redomado en toda suerte de bellaquería y á otros de su pelaje de los de su guardia, mandándoles que luego que entrase el Martin Pérez en la fortaleza (á quien envió á llamar), lo matasen. Tuviéronlo á cuidado, pues luego que entró bien descuidado de la traicion, y en el aposento donde estaba Aguirre, á saber para qué le llamaba, llegó luego por detras el Chavecillos y disparándole un arcabuz, lo hirió muy mal, á que acudieron los demás cargándole de tantas estocadas y cuchilladas en la cabeza y cuerpo, que por muchas partes le hicieron se asomaran las tripas y sesos. El miserable, con las ansias de las heridas y muerte, andaba huyendo de ella por toda la fortaleza de una parte á otra, pidiendo á grandes voces confesion; pero siendo penetrantes las heridas, y los matadores que lo seguian muchos, al fin vino á caer, y arremetiendo el Chavecillos, lo degolló con una daga que tenia. Hicieron tanto alboroto en la fortaleza estos ministros de Satanás, andando en estas bregas, que todos los vecinos que estaban dentro presos tuvieron por cierto los habian de llevar á todos

á hecho como al Maese de Campo ; por lo cual (ciegos con el temor de la muerte, hombres y mujeres), se escondian por donde podian, en desvanes y rincones y otros lugares oscuros, aun hasta tomar por defensa el meterse debajo las camas ; y personas hubo que se arrojaron por las ventanas y almenas de la fortaleza, tanta era la fuerza del miedo con que andaban, pues una María de Trujillo, mujer de Francisco de Rivera, Alcalde, se arrojó á la calle por una ventana, que aunque cayó de bien alto quiso Dios librarla del golpe y de la muerte, como tambien á un Domingo López y á un Pedro de Angulo, vecinos del pueblo, que arrojándose de lo alto de unas almenas, pudieron luego correr, y escondiéndose en unos cardones del arcabuco, escapar sus vidas.

La demás gente del Aguirre estaba en la plaza, no con pequeño sobresalto de lo que habia oido en la fortaleza, por no saber la causa, y habiendo oido el tirano el murmullo que traian, asomándose á una ventana, les dijo se sosegasen, pues el ruido que habian oido en la fortaleza, habia sido que él habia mandado matar á Martin Pérez, su hijo y Maese de Campo, por haberse querido amotinar y matarlo á él, y alzarse con toda la gente ; con que quedó sosegada la que estaba en la plaza. Habíanle tambien avisado al Aguirre que Anton Llamoso, Capitan de la municion, y muy grande su amigo, habia sido uno de los conjurados con el Martin Pérez, y viéndole pasar delante de sí, estando el Aguirre cerca del cuerpo muerto y los matadores aun con las armas en las manos, le dijo al Llamoso : Tambien me dicen, hijo mio, que vos érais uno de los de la liga con el Maese de Campo, pues cómo, toda esa era la amistad, y en tan poco teneis el mucho amor que yo os he tenido? Los que habian muerto al Martin Pérez, encarnizados en aquello y deseosos de otras muertes, que parece lo habian tomado por oficio, apénas hubieron comenzado á oir esta plática de Aguirre con Llamoso, cuando se pusieron cerca de ámbos, esperando cuándo el Aguirre les haria del ojo para que hiciesen lo mismo con él que con el Maese de Campo. Los miedos que le pusieron al Llamoso no le dejaron tener pereza en comenzar luego á dar sus descargos y satisfaccion al Lope de Aguirre, certificando con muchas suertes de juramentos, mezclados con mil blasfemias, haberle levantado aquello, pues jamás le habia pasado aun por el pensamiento, que se le pudo muy bien creer por la voluntad que siempre mostró tener al tirano y á sus cosas; y pareciéndole que el Lope de Aguirre no daba muestras de quedar satisfecho del descargo que daba el Llamoso, arremetió con el cuerpo del Martin Pérez, que como dijimos estaba todo hecho una criba de cuchilladas, y delante de todos los que estaban presentes, se arrojó sobre él diciendo : A este traidor que queria cometer semejante maldad, beberle la sangre, y poniendo su boca sobre las heridas de la cabeza con un ánimo más de demonio que de hombre, comenzó á chuparle la sangre y sesos que salian por ellas, y tragarse lo que chupaba como si fuera un perro hambriento, con que puso tan gran horror á los presentes, que no hubo hombre á quien no le provocase á dar arcadas de asco, y el Aguirre á quedar satisfecho de su fidelidad, como se experimentó, pues no hubo hombre que se la sustentase hasta la muerte como este Llamoso.

No pudo el navío del Provincial llegar desde el domingo por la mañana (que como dijimos se habia hecho á la vela en punta de Piedras á estar sobre el puerto de la ciudad), hasta el mártes por la mañana, por haberle retardado vientos contrarios. Este dia al amanecer le dieron vista á média legua de tierra, donde se habia anclado, porque no le ofendiese la artillería de Lope de Aguirre, que no recibió mucho gusto en que se le hubiese acercado tanto. Pero tratando luego de la defensa, entendiendo que el Provincial le haria gente en tierra, juntando los soldados que le pareció, salió de la fortaleza y comenzó á marchar en órden la playa adelante hasta el paraje del navío, llevando consigo cinco falconetes de bronce que habia sacado del Marañon, y uno de fruslera de la fortaleza, todos cargados, para cuando fuesen saltando en tierra del navío los soldados, que ya estaban en algunas piraguas que traian consigo. Los cuales habiéndose acercado á los de Aguirre, hasta poderse oir los unos á los otros, comenzaron á decir á los del tirano mil oprobios, diciéndoles que eran crueles, traidores, desleales, fementidos á su Rey y cuanto de esto se les venia á la boca ; de que recibian iguales respuestas de los de Aguirre, que no eran más modestos ; pues entre las desvergüenzas les decian mil blasfemias, con que se deshonraban los unos á los otros, que fué en lo que vinieron á parar todos los encuentros, por no haber querido saltar en tierra los de las piraguas y galeon, donde tenian tendidas en banda muchas banderas y estandartes reales.

CAPITULO XXXVI.

I. Carta que escribe Lope de Aguirre al Provincial.—II. Responde el Provincial á Aguirre desde el navío, y dase á la vela; éste ahorca dos soldados.—III. Opiniones si fué acertado el dar vista el Provincial á Aguirre.—IV. Absuélvense las objeciones que acerca de esto se pusieron.

VIENDO Lope de Aguirre que no faltaba en tierra la gente del navío, sin esperar más, tomó aquel mismo dia la vuelta de la fortaleza, desde donde acordó á escribir una carta al Provincial, que á la letra dice así:

"Muy magnífico y reverendo señor, más quisiera hacer á vuestra Paternidad el recibimiento con ramos y flores, que con arcabuces y tiros de artillería, por habernos dicho aquí muchas personas ser más que generoso en todo; y cierto por las obras, hemos visto hoy en este dia ser más de lo que nos decian, por ser tan amigo de las armas y ejercicio militar, como lo es vuestra Paternidad; y así vemos que la honra, virtud y nobleza, alcanzaron nuestros mayores con la espada en la mano; yo no niego, ni todos estos señores que aquí están, que salimos del Perú para el rio Marañon á descubrir y poblar, de ellos cojos, de ellos mancos, y de ellos sanos; y por los muchos trabajos que hemos pasado en el Perú, cierto á hallar tierra, por miserable que fuera, para ampararnos en ella, y para dar descanso á estos tristes cuerpos, que están con más costuras que ropas de romeros, hubiéramos poblado en ella; más la falta de lo que digo y con los muchos trabajos que hemos pasado, hacemos cuenta que vivimos de gracia, segun el rio, la mar y hambre nos han amenazado con la muerte; y así los que vinieren contra nosotros hagan cuenta que vienen á pelear con los espíritus de los hombres muertos, y los soldados de vuestra Paternidad nos llaman traidores, débelos castigar que no digan tal cosa, porque acometer á don Felipe Rey de Castilla, no es sino de generosos y de grande ánimo; porque si nosotros tuviéramos algunos oficios ruines, diéramos órden á la vida; mas por nuestros hados no sabemos sino hacer pelotas y amolar lanzas, que es la moneda que por acá corre; si hay por allá necesidad de estos menudos, todavía lo proveeremos. Hacer entender á vuestra Paternidad lo mucho que el Perú nos debe y la mucha razon que tenemos para hacer lo que hacemos, creo será imposible á este efecto, no diré aquí nada de ello. Mañana, placiendo á Dios, enviaré á vuestra Paternidad todos los traslados de los autos que entre nosotros se han hecho, estando cada uno en su libertad, como estaban, y esto dígolo en pensar qué descargo piensan dar esos señores que ahí están, que juraron á don Fernando de Guzman por su Rey, y se desnaturalizaron de los reinos de España, y se amotinaron y alzaron con un pueblo, y usurparon la justicia, y los desarmaron á ellos y á otros muchos particulares, y les robaron las haciendas, y entre los demás, Alonso Arias, Sargento de don Fernando, y Rodrigo Gutiérrez, su gentil hombre. De esos otros señores no hay para qué hacer cuenta, porque es chafalonia, aunque de Arias tampoco la hiciera si no fuera por ser extremado oficial de hacer jarcias. Rodrigo Gutiérrez, cierto hombre de bienes, si siempre no mirase al suelo, insignia de gran traidor, pues si acaso haya aportado un Gonzalo de Zúñiga, padre de Sevilla, cejijunto, téngalo vuestra Paternidad por un gran chocarrero, y sus mañas son éstas: El se halló con Alvaro de Oyon en Popayan, en la rebelion y alzamiento contra su Majestad, y al tiempo que iban á pelear, dejó su Capitan y se huyó, y ya que se escapó de ellos, se halló en el Perú en la ciudad de San Miguel de Pivita con Silva, en un motin, y robó la caja del Rey y mataron la justicia, y así mismo se le huyó. Hombre es que miéntras hay que comer es diligente, y al tiempo de la pelea, siempre huye, aunque sus firmas no pueden huir. De sólo un hombre me pesa que no esté aquí, y es Salguero, porque teníamos gran necesidad de él para que nos guardara este ganado, que lo entiende muy bien. A mis buenos amigos Martin Bruno y Anton Pérez y Andres Díaz, les beso las manos. A Monguía y Artiaga, Dios los perdone, porque si estuvieran vivos, tengo por imposible negarme, cuya vida ó muerte suplico á vuestra Paternidad me haga saber; aunque tambien querríamos que todos fuésemos juntos, siendo vuestra Paternidad nuestro Patriarca, porque despues de creer en Dios, el que no es más que otro no vale nada. Y no vaya vuestra Paternidad á Santo Domingo, porque tenemos por cierto que le han de desposeer del trono en que está. Y para esto cesaron en él. La respuesta suplico á vuestra Paternidad me escriba y tratémonos bien, y ande la guerra, porque á los traidores Dios les dará pena, y á los leales el Rey los resucitará, aunque hasta ahora no vemos ha resucitado ninguno el Rey, ni sana heridas ni da vidas; Nuestro Señor, la muy magnífica y

reverenda persona de vuestra Paternidad guarde y en gran dignidad acreciente. De esta fortaleza de la Margarita, besa las manos de vuestra Paternidad su servidor, Lope de Aguirre."

Despachó esta carta Aguirre con unos indios en una piragua al navío, que recibida del Provincial y vista por los demás, fué ocasion de gran risa, por parecerles más desatino lo que iba en ella ó chocarrerías de hombre de burla, que razones de Capitan general, á que respondió el Provincial como hombre religioso y docto, persuadiéndole se apartase de aquel tan errado camino que llevaba, y se redujese al servicio del Rey, cosa que tanto le importaba al seguro de su conciencia ; que ya que su ciega obstinacion fuese tanta que no quisiese hacer esto, le encargaba como á cristiano la veneracion y reverencia de los templos, cosas sagradas y dedicados á ellos, y la honra de las mujeres ; y que por amor de aquel Señor que le habia de pedir estrecha cuenta, se cansase ya de derramar sangre y hacer crueldades en aquella isla, pues bastaban las hechas ; que Monguia y Artiaga eran vivos y muy grandes servidores de su Majestad, y en lo que hicieron de reducirse á su servicio, cumplieron con las obligaciones que tenian. Despachada esta respuesta con los mismos indios que llevaron la carta de Aguirre, se dió á la vela el Provincial y tomó la vuelta de Maracapana, para de allí tomar la de la isla de Santo Domingo, como lo hizo, donde dió aviso del tirano y sus crueldades. Entre tanto que estuvo el navío surto y pasó lo dicho con el Provincial, fueron hallados dos soldados de los de Lope de Aguirre, el uno llamado Juan de San Juan y el otro Parédes, fuera del pueblo, en la playa, reposando á la sombra de unos cardones. Entre los demás que los vieron allí, no faltaron algunos que siéndoles mal afectos les levantaron (diciéndoselo al Aguirre) que estaban allí esperando ocasion para huirse al navío; sin más que ésta los mandó luego el Aguirre colgar del rollo, sin darles licencia para que se confesaran.

No faltó quien tuviese por de más daño que de provecho esta vista que dió el Provincial á Lope de Aguirre, pues por verle tan cerca de sí, con temores de otros mayores daños de los que le sucedieron, mató al Gobernador y á los demás, y que ya que el Provincial hizo esta demostracion, pudiera ser de mucho provecho, echando su gente en tierra, pues con ella y otros vecinos de la isla que andaban al monte, y se le juntarian sin duda, podia hacer reseña y recoger muchos de los soldados de Aguirre, que siguiéndolo tan contra su voluntad como andaban con él, en viendo donde poder ampararse al abrigo del Rey, dieran cantonada al tirano, y siendo de esta voluntad los más, á lo ménos no saliera de aquella isla con tanta fuerza de gente, minorada por este camino.

A las cuales objeciones se responde con dos cosas : la una, que no era el religioso adivino para saber, pues no habia tenido aviso de ello, si andaban algunos vecinos á monte, ni estarian tan á la mano que se le pudiese con facilidad juntar, ni para saber si traia el tirano soldados contra su voluntad ; ántes por las cosas que todos en general hacian, se podia creer lo seguian con gusto ; lo segundo es, que pudieran suceder, si echara gente en tierra, mayores daños, pues las crueldades de Aguirre y sus carniceros brios eran tales, que porque no sucediera juntarse los vecinos con el Provincial, y por prendar más, con más maldades á sus soldados ejecutara las amenazas que tenia hechas á los vecinos, desde el mayor hasta el menor. Y así ya que no fué acertado dar vista el Provincial al tirano, no parece lo erró en no saltar en tierra ; y en todo se debe tomar su santo celo, que nunca fuesen causa de damnificar á nadie, y si de él se siguieron daños, sucedieron muy fuera de sus intentos.

CAPITULO XXXVII.

I. Trata Aguirre de disponer su salida de la isla, y mata á un soldado.—II. Hace Aguirre banderas y que se bendigan en la iglesia, dia de la Asuncion de Nuestra Señora.—III. Plática que hace Aguirre á sus Capitanes y Alférez entregándoles las banderas.—IV. Húyese al Aguirre un soldado, por lo cual hace matar á otros dos y á una mujer.

YA traian cuidadoso á Aguirre los deseos con que andaba de salir de esta isla, y el verse atajados los pasos para ello por el desavio con que se hallaba, habiendo echado á pique sus bergantines, escapádosele el navío del Provincial y no tener más que tres pequeños barcos, no bastantes para sus soldados, pertrechos de guerra y matalotajes ; y así mandó se fuese acabando el navío, que como dijimos tenia el Gobernador en astillero. Para lo cual, teniendo noticia que andaban ahuyentados entre los demás algunos carpinteros, habló á los vecinos que se los trajesen, asegurándoles el buen tratamiento, y por el malo que los vecinos

recibian, deseando echar de sus casas tan mal huesped, pusieron diligencia en traer algunos, para que con ella se fuese concluyendo la fábrica del navío y abreviando la salida. Entre las ocasiones que hemos dicho, no dejaron de ofrecérseles buenas á algunos de los vecinos, para hacer fuga del pueblo, intentando hacerla tambien de los peligros que siempre les estaban amenazando contra sus vidas. Lo cual sabido por el Aguirre y que sus diligencias no bastaban para haberlos á las manos, las puso en sus casas y haciendas, robándolas y derribándolas, y haciendo matar todos sus ganados, y talar sus sementeras, arboledas y huertas, y pareciéndole estos castigos no llenaban las circunstancias de su gusto por no ir mezclados con sangre humana, acordó de matar á un Martin Díaz de Armendariz, primo hermano del Gobernador Pedro de Ursua, que traia en su compañía, á quien harto contra sus depravadas costumbres, le habian conservado la vida hasta allí ; aunque desarmado y á título de preso, y pareciéndole no pasarlo adelante en su compañía, le habia dado licencia se quedase en la isla, y que saliéndose de la ciudad se estuviese en una estancia, no volviendo de ella al pueblo hasta que él hubiese salido de la isla. Aquí se estaba este soldado sin ofensa de nadie, cuando no advirtiendo el tirano en la mucha que hacia á Dios, mudó de intentos ; y pareciéndole no serle á propósito dejar enemigos á las espaldas, mandó á ciertos soldados suyos fuesen á donde estaba y le diesen garrote, como lo hicieron sin dejarlo confesar, pareciéndoles darian en esto más gusto á su General Aguirre.

Por irse ya disponiendo aprisa el salir de la isla, entre lo demás, determinó se hiciésen tres banderas de las sedas que allí habia robado, y que la suya fuese de color y enigma que representase sus crueldades, y así la hizo de tafetan negro, sembrada de espadas cruzadas y coloradas, en que se representaba la sangre que derramaba y la causa, que era de lutos y llantos. Estas, despues de acabadas, ordenó se bendijesen en la iglesia, como si fuera para ir á hacerle algun gran servicio con ellas contra los herejes ó las demás canallas que la persiguen. Para esto mandó el tirano, que el dia de la Asuncion de Nuestra Señora, á quince de Agosto del mismo año de mil y quinientos y sesenta y uno, se dijese en la iglesia mayor una misa solemne, para la cual (dignándose de hallarse en ella), salió con su gente en órden de guerra de la fortaleza ; yendo él en la vanguardia como General, caminando á la iglesia, acaso topó en la calle en el suelo un Rey de espadas de naipes viejos, y como si fuera un muchacho que lo tomara para entretenerse con él, se bajó y lo tomó, y volviéndolo luego á arrojar, pareciéndole hacia en aquello gran vituperio al Rey de Castilla, lo comenzó aquel hombre alocado á patear diciendo mil palabras descomedidas y descorteses contra su Majestad, y volviéndolo otra vez á alzar del suelo con mayor cólera y saña que hasta allí, hizo el naipe menudos pedazos. Autorizando todas estas acciones de su alocada cabeza sus más amigos soldados que le acompañaban, envolviendo mil blasfemias contra Dios y sus santos entre las palabras que decian en esta accion los unos y los otros, que para solo esto tenian manos y lengua este traidor y sus soldados, y no para más, como se vió cuando las hubieron menester en su defensa, como adelante diremos ; pues no las tuvieron cuando los desbarataron, ni ánimo para defenderse : pues como un triste se dejó matar infamemente, sin hacer demostracion de hombre de bríos en su defensa. Llegados á la iglesia y benditas las banderas (con el clérigo que les dijo la misa), las tomó el tirano y entregó á los Capitanes y Alférez de su mano, diciéndoles que confiado en las valientes fuerzas, ánimo y lealtad de que estaba satisfecho de sus personas, les entregaba aquellas banderas, con las cuales y las compañías de soldados que tambien les entregaba para que militasen debajo de ellas, le habian de seguir, defender y amparar su persona, saliendo al campo en toda ocasion con ellos, contra cualquier género de guerreros que les quisiesen impedir su jornada, pues defendiéndolas como valerosos soldados, podian lícitamente hacer guerra en todas partes que les quisiesen hacer resistencia y no recibirlos de grado ; y que en los pueblos que por mostrarse contumaces se hubiese de venir á rompimiento y ser saqueados, les encargaba la veneracion de los templos y honra de las mujeres, pues en todo lo demás tenian libertad para hacer y vivir cada cual como mejor le estuviese, en que nadie habia les fuese á la mano : que pues habian hecho nuevo Rey, tambien podian hacer nueva ley. Con notable gusto que recibieron de esto los soldados, salieron todos de la iglesia, y acompañando á su General como habian venido, tomaron la vuelta de la fortaleza, alegres todos de que les hubiese dado de nuevo tan largas licencias y comisiones para toda suerte de maldades ; porque aquella excepcion que habia sacado el tirano, de que mirasen por la veneracion de los templos y honra de las mujeres, bien sabian que por quebrantarla se les habia de dar la misma pena que por los demás delitos, que eran mayores alabanzas y premios á quien mayores los cometia, para tenerlos

con esto más prendados, como hemos dicho. Y que aquella excepcion solo habia sido de cumplimiento para con los vecinos que se hallaban presentes, sin que le moviese celo del servicio de Dios, á quien se le deben infinitas gracias, que enfrenó á estos tiranos para que no diesen en sembrar é introducir alguna secta de herejía, pues la libertad con que vivian pudo amenazar entre los demás esos miserables efectos.

No era de los ménos culpados en toda suerte de maldades ni el que ménos se preciaba de ellas, entre los demás soldados del tirano, un Alonso de Villena; por lo cual le habia conservado la vida hasta que en este tiempo le procuraron revolver con el Aguirre, por ciertas palabras de poca importancia que decian habia dicho contra él, á cuya causa le dió una muy grave reprension, y á entender no le tenia la voluntad que hasta allí. Con lo cual escaldado el Villena, y temeroso, por tener tan conocido al Aguirre, de que no era menester haber tan grande ocasion de enojo para matar á un hombre, por más que fuese su amigo, comenzó luego á dar trazas buscando una para hacer fuga de su compañía y que le quisiesen recoger en la devocion del Rey, sin pena de muerte, á que se daba él por condenado, por haberse hallado en la del Gobernador Ursua, y casi en todas las demás que se habian hecho en la compañía. Allegábanse á estos temores los que tenia de Aguirre, si acaso le cayese en las manos despues de haber hecho fuga. Quisiera mucho este soldado dar á entender á los vecinos la hacia huyendo de la indignacion del Aguirre, que por haberlo querido matar el Villena la tenia con él. Con estos intentos, echó el Villena entre algunos soldados del tirano fama que lo queria matar, que viniendo á sus oidos mandó luego el Aguirre á sus amigos ganasen por la mano y matasen al Villena. El cual, estando sobre aviso y con espías puestas, en oliendo que venian á esto los soldados de Aguirre, se escapó por una puerta falsa y se escondió en el monte, de manera que las apretadas diligencias que se hicieron no fueron bastantes para haberlo á las manos el Aguirre; pero fuéronlo para que con ellas se publicase lo que deseaba el Villena, que fué que lo mandaban á buscar para matarlo, porque habia querido matar al Aguirre, con que quedó acreditado con los vecinos, y con vida en la isla; si bien esto fué causa de la muerte de otros amigos suyos, como fueron un Dominguez, Alférez de la guardia de Lope de Aguirre, y un Loaysa, de quien presumió el traidor (por ser tan familiares del Villena) no podian dejar de haber sido con él en el concierto. Con solo lo cual y sin más informacion que sola su imaginacion, determinó los matasen, encomendándolo á un Juan de Aguirre, que acudiendo con puntualidad á esta maldad, se llegó disimuladamente en cierta ocasion al Domínguez, y viéndole descuidado, le dió con una daga que llevaba tantas puñaladas, que le quitó la vida, y lo mismo hicieron luego con el Loaysa, dándole garrote, sin dejarle tampoco confesar. Hizo luego prender á la señora de la casa á donde posaban éstos, que se llamaba Ana de Rójas, mujer casada y de muy buen nombre, y achacándole el tirano que habiendo sabido los conciertos del Villena, no le habia querido avisar, hizo que la ahorcasen en el rollo en la mitad de la plaza. Y para que fuese esta muerte más solemne y celebrada entre todos los tiranos, entró una escuadra de ellos con sus arcabuces en la plaza cuando la querian ahorcar, y estando colgada á medio morir, los dispararon de mampuesto en ella á vista de su infame General, que celebraba los mejores tiros que se hacian en el corazon y cabeza de la pobre y honrada mujer, de cuya muerte quedaron todos muy alegres.

CAPÍTULO XXXVIII.

I. Manda Aguirre matar á un viejo, y matan tambien á un fraile de Santo Domingo y manda que maten á otro con quien él se habia confesado.—II. A quien mataron dándole garrote por la boca y garganta, de que recibió gran lástima toda la gente de la isla.—III. Manda Aguirre ahorcar un viejo y una mujer, y hace otras burlas á otros soldados.—IV. Llega á la isla Margarita un Francisco Fajardo desde Carácas, con alguna gente é intentos de desbaratar á Aguirre.

TENIA esta buena mujer un marido llamado Diego Gómez, viejo, tullido y muy enfermo, que á la sazon se estaba curando en una estancia donde tambien estaba un fraile, sacerdote de la órden de Santo Domingo, y pareciéndole á Aguirre habria sido tambien participante, como su mujer, en el concierto y traicion del Alonso de Villena, mandó á un su Barrachel, llamado Paniagua, fuese á dar garrote al viejo, como lo hizo, llevando consigo al efecto á otro soldado portugués, llamado Manuel Baez, con otros dos ó tres, y habiendo muerto al viejo y por ventura reprendido al fraile el mal hecho, ó por dar gusto á su General (que tanto aborrecia á los sacerdotes) le dió tambien garrote de su misma autori-

dad y sin llevar órden para ello. Y habiendo enterrado á ambos en un hoyo, volvió á darle noticia al Aguirre del hecho, de que mostró tener complacencia, como tambien la tuvo en matar á otro religioso y confesor de la misma órden, de vida ejemplar y muy estimado en toda la isla. Con éste se confesó Aguirre más por cumplimiento que por salud de su alma ni descargar su conciencia, como se echó de ver y todos lo entendieron; y habiendo el religioso hecho su oficio, como quien lo era tanto en la confesion, y dádole algunas ásperas reprensiones al tirano y santas exhortaciones, persuadiéndole cómo era obligado á que dejase aquel mal camino que llevaba y se redujese al servicio de Dios y de su Rey, y no cargase á su cuenta tantas ánimas como cada dia mataba, y las maldades que hacian sus soldados. Como sean amargas purgas de tragar estas cosas, y las buenas inspiraciones que Dios les da á aquellos que le tienen vueltas las espaldas, no solo no las admiten, pero aun cobran odio y no pueden ver (como gente de enferma vista) á los que les ponen delante estas luces, no solo no recibió este tirano la que este bendito religioso confesándole le puso delante, pero aun le cobró un tan mortal odio, que no lo podia ver ni aun oir su nombre; y muchas veces estuvo determinado á matarlo, si bien no lo puso en efecto, pareciéndole por ventura que por ser religioso y de estimacion le irian á la mano algunos, hasta que viendo que el Barrachel Paniagua habia muerto al otro en la estancia, le encargó tambien la muerte de éste, pareciéndole traeria sabrosa la mano, y que quien habia muerto á uno de su propia autoridad mejor mataria á esotro por la que le daba su General: y así le mandó fuese luégo á matar á su confesor, como lo hizo, partiéndose luégo al efecto.

Y topando al religioso en el camino, aunque hay quien diga lo hallaron en la iglesia, y sacándolo de ella lo metieron en una casa, donde le dijeron cómo por mandado de su General le venian á matar, á que el religioso respondió que si aquello habia de ser así, le dejasen primero encomendar á Dios, y dándole para esto licencia, se arrojó en el suelo boca abajo, en demostracion de humildad, y rezó el salmo de Miserere y otras santas devociones en que estaba cebado, con gran fervor de espíritu, cuando aquellos ministros de maldad (pareciéndoles dilataba mucho su muerte) le levantaron del suelo para dársela, diciéndoles el religioso que la ofrecia á Dios con voluntad simple y llana por sus pecados, y que les rogaba se la diesen la más cruel que pudiesen, é hincándose de rodillas, puestas al cielo las manos, le pusieron los verdugos el cordel por la boca y comenzaron por detrás á darle garrote con tanta fuerza, que se la rompieron é hicieron pedazos; pero viendo que no acababa de morir con este género de crueldad, estando ya á los últimos pasos de la vida, le bajaron el cordel á la garganta, por donde torciendo otra vez el garrote, le acabaron de sacar de ella, remate digno de la muy ejemplar que él habia tenido siempre. Quedó todo el pueblo é isla con tan devota lástima de la muerte de este religioso, que le estimaban por mártir, habiéndola recibido por haber hecho bien su oficio en el sacramento de la confesion.

Ya se iba concluyendo aprisa la fábrica del navío y embarcacion de Aguirre en este tiempo, y tomando más fuerza sus crueldades, que parece se verificó en él la máxima del filósofo: que el movimiento natural es más fuerte en el fin que en su principio. Y como en este tirano estaba como connaturalizada la crueldad, á los últimos pasos que daba en este pueblo los iba dando ella mayores y más aprisa. Uno de los soldados que se le allegaron en la isla al tirano, que se llamaba Simon de Sumorostro, hombre ya viejo, arrepentido de lo que habia hecho, por parecerle mal las crueldades del Aguirre, y deseando no ir con él, le pidió licencia para quedarse, diciendo era viejo y enfermo para sufrir el trabajo de la guerra, á quien le respondió se quedase en hora buena, pero en saliéndose el viejo contento con la respuesta, llamó Aguirre algunos de sus ministros y les dijo: ese viejo Sumorostro me ha pedido licencia para quedarse aquí y yo se la he dado, id y haced quede seguro, de suerte que en mi ausencia no le hagan daño los vecinos y justicia del pueblo. Acudiendo estos soldados al sentido é intencion del tirano, más que á las palabras, salieron luego tras el viejo y llevándolo derecho al rollo, lo colgaron, que fué ocasion para que no llegasen otros que tenian intentos de lo mismo, á pedirle licencia, sino con la suya, sabiendo bien toda la isla, hacer fuga. Tambien hizo colgar del rollo á una María de Chávez, porque un soldado que posaba en su casa se habia huido y no le habia ella avisado, pues no podia dejar de haberlo sabido. Y porque no entendiesen no sabia este tirano usar de otros entretenimientos que de muerte, en ofensa de los hombres, á un mancebo que ó por serlo y no estar experimentado en las leyes de cortesía (ó por haberlo dejado con cuidado, no le habia ido á visitar ni darle la bienvenida) le hizo traer á la fortaleza, y habiéndole dado una áspera reprension

por su descuido, mandó le rapasen la poca barba que tenia, lavándosela ántes y despues con orines muy podridos y hediondos y de harto mala vecindad para las narices, de que el tirano (con algunos de sus amigos que estaban á la mira) daba grandes risadas de complacencia, y acabada la fiesta, mandó al mancebo le trajese cuatro gallinas al barbero por su trabajo. Lo mismo hizo con otro soldado de los suyos, llamado Alonso Cayado, que por ser hombre recogido y enemigo de hallarse en las crueldades que los demás, pareciéndole al tirano ser hombre inútil y desaprovechado para todo, no teniendo gusto por entónces de matarlo, lo hizo traer á su presencia estando en la plaza, y que allí, delante de todos, le hiciesen la barba con el mismo lavatorio que al de arriba, diciendo le daba esto en pena de que un dia se habia descuidado en entrar á tiempo en el escuadron. De estas burlas hacia muchas de ordinario con otros soldados de los más graves, cuando estaba de gorja y no los queria matar; si bien á otros por más leves ocasiones, cuando estaba acedo y destemplado, les acababa la vida, como hemos visto.

Muy á pique estaba ya de embarcarse, pues no faltaba más que entrar la gente en el navío y darse á la vela, cuando surgió en la isla un Francisco Fajardo, vecino del pueblo de Nuestra Señora de Caraballeda ó Carácas, en tierrafirme, provincia que entónces estaba conquistando, que por haber tenido aviso por el que le dió el Provincial de este tirano, atravesó á esta isla en piraguas con algunos vecinos de su pueblo y buena cantidad de indios flecheros, con intentos de probar ventura con Aguirre y deseos de tenerla en desbaratarlo (que por ventura hubiera tenido todo buen fin si se hubiera anticipado su llegada y no fuera tan á punto de la partida de Aguirre), porque hallando algun socorro á quien arrimarse los vecinos de la isla, fuera posible haber dado sobre el tirano y desbaratarlo, lo que no pudieron hacer á solas, por ser tan pocos, como hemos visto; como ni tampoco hizo nada por lo dicho el Francisco Fajardo, pues aunque saltó en tierra con su gente y se allegó todo cuanto pudo al pueblo, emboscado en un montecillo, desde donde le comenzó á dar grita al Aguirre y llamar sus soldados que llegaran á verse con él, y á los vecinos, ofreciéndoles su favor y defensa á todos los que se le quisiesen pasar á su bando y devocion del Rey. Temiendo el tirano no fuese más la gente que traia el Fajardo de la que hacia demostracion, y que no se le huyesen algunos de sus soldados, no le pareció ir contra él, ántes los hizo recoger luego en la fortaleza, y cerrando las puertas no dejó salir á ninguno. El Fajardo así mismo no osaba desamparar el montecillo, al cual Aguirre habia tenido intentos muchas veces de talar; si bien no se habia atrevido á enviar soldados á ello, porque no se le huyesen. Estos mismos temores le hacian á la sazon tambien al Aguirre ponerlos á sus soldados, diciéndoles que el llamarlos Fajardo era con engaño y solo deseo de haberlos á las manos, para vengar las muertes que habian hecho en aquella isla y otras partes.

CAPÍTULO XXXIX.

I. Embárcase Aguirre con toda su gente, y miéntras esto se hacia, hace matar á su Almirante—II. Comienza Aguirre á navegar y muda de intentos, determinando surgir en el Puerto de la Burburata—III. Dánles algunas calmas en el viaje, con que lo retardaron mucho más de lo que se suele navegar aquella travesía—IV. Queman un navío que hallaron en el puerto, y los vecinos de él dan aviso de su llegada al Gobernador de Venezuela.

NO fueron tan pequeños los temores con que andaba el tirano por la llegada del Fajardo, que no le hiciesen vacilar en el modo que habia de tener para embarcarse con su gente, sin que el Fajardo con la suya se la flechase ó fuese ocasion, por estarlos llamando desde el monte, que se le pasase alguna, y así dió traza de no sacarla á embarcar por la puerta del fuerte, sino haciendo un portillo alto á las espaldas y poniendo en él una escalera, hacia bajar por allí uno á uno á los soldados, y que se fuesen embarcando, estando él con sus amigos haciéndoles guarda, con que se fueron embarcando todos hasta quedar él solo con algunos pocos, de los cuales uno, llamado Alonso Rodríguez, su Almirante, y no de los menores amigos que tenia, ni ménos culpado en los delitos pasados, viendo que el oleaje del mar mojaba al Aguirre por estar cerca y no dejarle la ocupacion que traia y prisa que daba á todos para embarcarse, advertir en apartarse de aquel puesto, se lo advirtió, diciendo se retirase á la tierra porque se mojaba, de que se encendió en tan gran ira el tirano, que metiendo mano á su espada le dió una cuchillada que le cortó el brazo; y mandando le fuesen á curar, arrepentido de esto, volvió á mandar luégo lo acabasen de matar,

como lo hicieron sus ministros, costándole la vida su buena crianza, aunque dicen no fué por esto, sino que poco ántes habia dicho este soldado que ocupaban mucho en los barcos, con que no podia la gente ir acomodada, tres caballos y un mulo que habia mandado Aguirre meter en ellos, de que estaba con la cólera que mostró en el hecho. Ya que estaba la gente embarcada y Aguirre para hacer lo mismo y los de su guardia, se fué con ellos á casa del Cura del pueblo, llamado Contréras, y sacándolo de ella, bien contra su voluntad, lo hizo embarcar y llevó consigo. Al fin, embarcados todos, se dió á la vela en sus tres fustas, despues de haber estado en la isla cuarenta dias, ántes más que ménos, y haberla robado y destruido totalmente en todas las haciendas, muebles y raices, dejando en tan gran miseria á los vecinos que quedaron en la isla, que en muchos años no pudieron volver en sí.

Del servicio que tenian de los indios é indias ladinos, les llevó más de cien piezas de los soldados que se le llegaron de la isla, cuando entró y sacó doce ó trece, porque los demás arrepentidos se le huyeron. Robó más de cincuenta arcabuces, muchas espadas y lanzas y otras armas defensivas ; seis tiros de fruslera que estaban en el fuerte ; tres caballos muy buenos y un mulo ; todos los aderezos que pudo haber á las manos de brida y gineta, por llevar pensamientos de rehacerse en tierra firme de caballos. La gente de guerra que embarcó con esta salida fueron hasta ciento y cincuenta hombres, porque aunque cuando entró en la isla metió al pié de doscientos y se le allegaron algunos otros , el tiempo que estuvo en ella con los que se le pasaron al Provincial en Maracapana, con Monguía y los que mató y se huyeron, se le minoraron hasta el número dicho, con que comenzó á navegar un domingo, último dia de Agosto del mismo año de sesenta y uno. Y habiendo sabido ó conjeturado, por el aviso que habia dado el Provincial en la costa, que sin duda habria corrido toda ella hasta Nombre de Dios y Panamá, y que en todas estas partes y los demás puertos estarian sobre aviso y en arma para su llegada ; y que la dificultad para pasar desde Nombre de Dios á Panamá era mucha, por ser camino de contadero, donde fácilmente le podrian desbaratar, acordó á poco de como se hicieron á lo largo de la isla Margarita, mudar rumbo del que tenia determinado y surgir en el puerto de la Burburata, y desde allí, atravesando la gobernacion de Venezuela, pasar al Nuevo Reino de Granada y de allí á Popayan y al Perú, sin advertir en otros tan grandes y por ventura muy mayores inconvenientes que le podian ofrecer en este larguisimo viaje, que en el Nombre de Dios y Panamá ; y así les ordenó á los pilotos tomasen esta derrota y puerto de la Burburata.

No le pareció iban seguros los dos barcos, si no iba en ellos de la gente de su mayor devocion y más fieles tiranos ; y así quedándose él con algunos en el navío nuevo, repartió los demás en los otros dos, de que aun no estando harto satisfecho, no consintió llevasen ninguna aguja de ballestilla ni carta de marear, sino que fuesen siguiendo su navío á su vista de dia, y de noche á la de un farol que ponia. No le comenzó luégo á suceder en la navegacion tan prósperamente como él quisiera, y como de ordinario sucede en aquella travesía, por serlo las brisas, y que así nunca faltan por popa, con que en dos dias suele de ordinario sobrar tiempo para llegar desde la isla Margarita al puerto de la Burburata, en que gastó el tirano ocho, por las calmas que le sobrevinieron. De la cual tardanza pareciéndole no era la causa lo dicho sino el mal gobernar de los pilotos, los amenazaba de muerte, creyendo, como se retardaban tanto sin ver el puerto, los llevaban á otra parte; que todo esto le era causa á aquel impacientísimo hombre de desplegarse en mil blasfemias y herejías contra Dios y sus santos : ó diciendo unas veces que si Dios habia hecho el cielo para tan ruin y civil gente como él llevaba, no queria ir allá ; otras veces alzando los ojos al cielo, con diabólica ira decia : Dios, si algun bien me habeis de hacer, ahora lo quiero, y la gloria guardadla para vuestros santos. Y viendo que perseveraba la calma, tornaba á disparar por otro camino, diciendo que no creia en Dios, pues era un gran bandolero : que hasta allí habia sido de su bando y se iba ya pasando al de su contrario. Y á este modo decia otros ochenta disparates contra el mar, vientos y temporales, á que le ayudaban todos sus soldados, como en todas las demás maldades, siendo sus ecos. Porque si él blasfemaba, todos blasfemaban ; si renegaba, renegan ; si mataba, mataban ; si hurtaba, hurtaban; si era traidor, todos lo eran; tal es la fuerza de las cabezas para con sus miembros, y tal la divina bondad y longanimidad de Dios hasta los fines que él sabe. Que aun con todas estas letanías y oraciones permitió llegasen á los que deseaban estos tiranos, al puerto de la Burburata, despues del tiempo dicho, á los siete de Septiembre, donde surgieron con grande alegría, sin detenerse un punto en los navíos y sin apartarse ninguno del campo, se alojaron en la playa.

La primera faccion que hizo el tirano (por haber llegado en salvamento al puerto)

fué pegar fuego á un navío de mercaderes que halló en él, á quien sus dueños viendo venir los de Aguirre, y conociendo de léjos ser él, por las noticias que tenian, le habian dado un barreno y echado á pique, despues de haber sacado lo que pudieron. Y no habiéndose cubierto todo, por estar cerca de tierra, la parte que quedó fuera del agua se quemó, sirviendo de luz á los tiranos toda aquella noche que estuvieron rancheados en tierra, sin consentir Aguirre que ninguno de sus Marañones se le apartase hasta la mañana. Los vecinos del pueblo (que estaba escasa media legua de la lengua del agua, que, como dijimos, desde la primera nueva que tuvieron del tirano estaban sobre brasas, y lo demás de sus haciendas y chusma escondida por los montes, estancias y pueblos de sus repartimientos) luégo que se certificaron de su llegada al puerto, acabaron de poner en cobro, si algo habia quedado en el pueblo, de lo que pudieron sacar y sus personas, dejándolo del todo sin gente, por no tener, como hemos dicho, en él ningun modo de hacer resistencia al tirano. De cuya llegada y como ya estaba con toda su gente en tierra, despacharon por la posta aviso al Gobernador Pablo Collado, que todavía se estaba aguardándolo en la ciudad del Tocuyo, y continuando las trazas que desde la primera nueva se daban entre él y los capitanes para hacerle frente al tirano, si sucedia lo que ya tenian entre manos.

Viéndose el Gobernador que ya no se podia huir la ocasion de venir á probarlas con el Aguirre, y que la gente y armas de sus pueblós eran en tan pequeño número, hizo se juntasen todos con ellas en aquel del Tocuyo, trazando que ya que por esta razon no era acertado dar batalla á los Marañones, los procurasen desbaratar, alzándoles las comidas y dándoles trasnochadas y emboscadas, pues ninguno de ellos sabia aquella tierra y pasos, donde se podia hacer esto con facilidad, por ser tan fragosa en las más partes. Fuese luégo juntando la gente al Tocuyo, de quien nombró por General á Gutierre de la Peña, que, como dejamos dicho, fué su antecesor en el gobierno y á la sazon vecino de la misma ciudad. Despachó juntamente nuevo aviso al Pedro Bravo de Molina, á la ciudad de Mérida, avisando cómo tenia ya al enemigo á los umbrales, y rogándole se sirviese de venirle á dar socorro con la más gente y armas que pudiese, por hallarse él con tan poca, y á suplicar de nuevo al Capitan Diego García de Parédes y á los demás vecinos de su gobernacion de Venezuela (que, como dejamos dicho, se estaban retirados en la ciudad de Mérida) se despachasen luégo y fuesen á servir á su Majestad en ocasion tan forzosa, prometiéndoles de su parte olvido en las cosas pasadas, y seguro de satisfacerles los valientes hechos que se prometia de sus personas en la ocasion presente.

CAPÍTULO XL.

I. Va García de Parédes desde Mérida al Tocuyo con algunos de sus compañeros, por mandado del Gobernador—II. Previénese el Gobernador y vecinos de la ciudad de Mérida para ir á dar socorro al de Venezuela—III. Salen de la ciudad de Mérida veinticinco soldados con el Gobernador, y llegan á la del Tocuyo—IV. Hallan los soldados de Aguirre en el pueblo de la Burburata un piloto de los que se habian pasado á la devocion del Provincial.

AUNQUE no habian salido de la ciudad de Mérida el Diego García de Parédes y sus compañeros, con la primera nueva que tuvieron del Gobernador Pablo del Collado, todavía estuvieron á la mira y apercibidos con cuidado, para como leales vasallos ir á servir á su Majestad si asegundaba, como lo hicieron luégo que tuvieron este segundo aviso, despachándose al punto, y sin detenerse en el camino llegaron con la brevedad que deseaban los del Tocuyo á aquella ciudad, donde los recibieron todos con brazos abiertos, en especial el Gobernador, y agradeciéndoles con muchas demostraciones su venida, nombró luégo por su Maese de Campo al García de Parédes, dándole algunas satisfacciones de lo pasado, y á entender lo mucho que estimaba y merecia su persona, y que por haber estado ausente en aquella sazon y haberle la ocasion cogido entre el arco y la pared, como dicen, y en tanta estrechura, que por la brevedad que el caso pedia, habia nombrado por General á Gutierre de la Peña, le suplicaba aceptase aquel cargo de Maese de Campo, pues no habia otro mejor con que poderle servir por entónces; y que aunque el Gutierre de la Peña tenia aquel título, él era el que habia de mandar el campo y disponerlo todo. Aceptó el oficio el García de Parédes, rindiéndole por ello al Gobernador las gracias, y ofreciéndole morir por el servicio del Rey. Fuéronse con esto juntos el Gobernador y Maese de Campo del Tocuyo á la ciudad de Bariquisimeto, donde estaba el Gutierre de la Peña recibiendo la gente que

se iba juntando, porque aunque se habia determinado primero se hiciese esto en la ciudad del Tocuyo, despues pareció más á propósito la de Bariquisimeto, por ser el país más limpio y más cerca de donde iba entrando el tirano.

No fué menor que el que éstos tenian en estos pueblos el cuidado con que quedó en el suyo de Mérida el Capitan Pedro Bravo para seguir luego al García de Parédes con la gente que pudiese llevar; para lo cual hizo luego junta de la más lucida del pueblo, donde se determinó (por no ser lo que ménos importaba) se despachase luego segundo aviso á la ciudad de Santafé, y que no obstante lo que le habian ordenado de que no desamparase su ciudad, aunque tuviera noticia de la entrada del tirano en la Provincia de Venezuela para ir á dar socorro á su Gobernador, convenia más al servicio del Rey ir á dársele, con que le atajarian los pasos al tirano y se aseguraria más aquella ciudad. Resueltos en estas dos cosas el Pedro Bravo y vecinos de ella, se señalaron luego tres soldados que se despachasen con el aviso á la ciudad de Pamplona y de allí á la de Santafé. De los cuales uno llamado Andres de Pernia, aunque valiente y de los de mejores hechos que hubo en las conquistas de estas tierras, conociendo la dificultad que habia en pasar por tantos indios de guerra como habia entre aquella ciudad y la villa de San Cristóbal, dijo al Gobernador que no se atrevia á pasar con tan poca gente la mucha dificultad que habia en el camino, pues seria solo ir á perder sus vidas, sin salir con el intento del aviso. Por lo cual y pareciendo al Pedro Bravo y los demás del pueblo eran pocos para desmembrarse más de los tres, para solo irlo á dar, y que quedando gente en amparo de la ciudad, fuese algun razonable número al socorro de Venezuela, acordaron se quedase por entónces el dar aviso á la Real Audiencia, hasta que con más claridad se conociesen los intentos y derrota que pretendia el tirano, lo cual sucedió bien (aunque acaso) pues se excusaron (de no haberlo enviado) entónces grandísimos gastos que se hicieran sin provecho en todo el Reino, no solo de la real hacienda, con que se habia de acudir á la gruesa de ellos, para prevenciones efectivas de la guerra, pero aun de los particulares.

Acudiendo pues á lo segundo que tenian determinado, mandó luego el Capitan Pedro Bravo se dispusiesen aprisa hasta veinte y cinco soldados de los de mejores alientos para llevar en su compañía al socorro del Licenciado Pablo Collado. Y como no sea lo mismo tratar de las fuerzas del leon que venir á probarlas con él, no dejaron de dar muestras los que fueron señalados para esto de rehusar la ida, contra lo que ántes habian prometido, no porque se la retardase el haber de verle la frente al tirano, pues era lo que tanto deseaban todos para dar á entender el valor de sus brazos, sino fundándose en que para resistir á un tan gran poder, como se entendia traia, eran ellos y los de Venezuela muy pocos y mucha la falta que hacian á su pueblo, de que se seguiria el no hacerse en Venezuela ningun buen efecto y suceder muchos malos en su ciudad; pues los que podian quedar en su amparo no podian bastar á la resistencia del rebelion y alzamiento que se podia temer en los indios, aun mal conquistados y sujetos. Pero el ánimo y brios del Capitan Pedro Bravo y el celo que tenia de servir á su Majestad y que se le atajasen al tirano más en sus principios los pasos, pues seria ménos dificultoso que si habiéndolos dado más dentro de la gobernacion hubiese engrosado su campo con algunos soldados desalmados que se podia temer se pasarian á su devocion, respondió no estarle bien á él ni á su reputacion, ni á la de aquella ciudad dar paso atrás en los brios y deseos que habian mostrado primero en servicio de su Rey; y así que corriendo por su cuenta el reparar lo uno y lo otro, se dispusiesen luego los que estaban asignados, porque otro dia de mañana se habia de partir con todos, llevando por fuerza al que no quisiese ir de grado; con que los pocos que habian dado estas excusas, vista la resolucion del Gobernador, se conformaron con los demás y salieron todos juntos otro dia á las primeras luces de la ciudad la vuelta del Tocuyo, con bandera tendida en nombre de su Majestad, á donde caminando á pasos y jornadas largas llegaron en pocos dias al tiempo que fué menester, aunque bien á punto crudo, como veremos.

No dejó el tirano Aguirre de estar aquella noche, que estuvo rancheado en el puerto de la Burburata á la lengua del agua, con algunas esperanzas fundadas (por ventura en lo que le habia sucedido cuando surgió en el puerto de la Margarita) de que los vecinos del pueblo le habian de venir á visitar, como lo hicieron los otros, y traerle algun refresco siquiera para aplacarle y que no ejecutase sus crueldades, como hasta allí lo venia haciendo. Pero habiéndose pasado la noche sin que le sucediera lo que deseaba, luego en despuntando otro dia los primeros rayos del sol, lúnes ocho de Septiembre, envió al pueblo una tropa de sus más amigos que procurasen saber el estado é intentos de los vecinos, si acaso

los tenian de desasosegarle, y trajesen algun refresco de lo que pudiesen haber á las manos. Hallaron estos soldados tan desamparado como hemos dicho el pueblo de hacienda y moradores, que solo estaba en él un soldado llamado Francisco Martin, piloto de los que habian salido de la Margarita para Maracapana con el Capitan Monguía; que con otros soldados de los que se habian pasado á la devocion del Provincial (cuando llegó con su navío a dar aviso á este puerto, como dijimos) se habia quedado en tierra, deseoso de volver otra vez á la compañía del tirano, por no haberse salido de ella con gusto él ni algunos de los otros cuando los metió por fuerza Monguía en la compañía del Provincial. Este piloto, aunque se habia huido con los vecinos del puerto de la Burburata en la llegada del Aguirre, luego que los dejó escondidos y le pareció ninguno de ellos le podia ver, tomó otra vez la vuelta del pueblo para aguardarle allí, como lo hizo, mostrando grande alegría con la llegada de la tropa de los Marañones, con quien volvió luego á la mar y presencia del Aguirre, ofreciéndose de nuevo á su servicio, al cual admitió con mucho gusto, abrazándole y agradeciéndole la perseverancia en seguirle; pues de quien la habia tenido hasta allí sin ser bastantes las ocasiones que se le habian ofrecido á apartarle de su compañía, podia tener satisfaccion, no le faltaria en todo lo que se le pudiese ofrecer de allí adelante.

CAPÍTULO XLI.

I. Sabe Aguirre que andaban algunos soldados de su devocion por aquella tierra y envíalos á buscar. II. Hace matar Aguirre á un soldado, quema sus barcos y alójase en el pueblo—III. Buscan algunas cabalgaduras los soldados para salir del pueblo y pregona el tirano guerra contra el Rey de Castilla—IV. Trastornando la tierra los soldados buscando qué robar, hallan al Alcalde del pueblo y un mercader. Avisa al pueblo de la Valencia le envíen cabalgaduras.

HABIENDO acariciado el tirano con obras y palabras á este Francisco Martin, como á uno de los leales malhechores que traia, le comenzó á preguntar muy de propósito el modo que tuvieron en dejarlo y pasarse al bando del Provincial en Maracapana, el cual procurando satisfacer al Aguirre y dar á entender su inocencia y que jamás le habia pasado por el pensamiento hacerle traicion, respondió que Pedro de Monguía, Artiaga y Rodrigo Gutiérrez habian engañado á él y á otros sus compañeros, quitándoles uno á uno cautelosamente á todos las armas, y cuando iban entrando en el puerto, ya que los podia oir el Provincial, comenzaron á apellidar á voces el nombre del Rey, y entregarse con sus manos, á que no pudieron resistir él ni sus compañeros, por hallarse sin armas. Pero aunque quedaron así, por no poder jamas, perdieron los intentos de volverse á su servicio, como se echaba de ver, pues habiendo el Provincial llegado á aquel puerto, habia trazado escaparse de su compañía y quedarse allí para aguardarle, por si acaso surgia allí y los queria recoger á todos los que estaban con estos deseos, de los cuales solo él habia mostrado mayor fineza, habiéndose vuelto al pueblo como veia, porque los demás andaban al monte, y aun algunos perseguidos de los vecinos y harto miserables, desnudos y pereciendo de hambre, de los cuales podia tener por cierto se reducirian á su servicio, si llegaba á su noticia que estaba en aquel puerto. No fué poco el gusto que tuvo el tirano de esto, por saber tenia gente de su devocion en tierrafirme, y dándole un buen vestido á este su leal servidor, y una carta amigable y llena de favores y ofrecimientos para los demás, lo despachó que los buscase, y demás de leerles la carta les dijese el deseo con que quedaba de servirles y acrecentar sus personas en todo lo que fuese en su mano.

No fueron pequeñas las diligencias que hizo Francisco Martin buscando sus compañeros, y no pudiendo encontrar con ninguno, se volvió á la compañía del tirano, donde permaneció en las crueldades que los demás, hasta que le dieron el pago que merecia, con una miserable muerte, como veremos. Para ir enlazando luego este tirano las maldades de la isla con las de tierrafirme, á poco de como saltó en ella, hizo matar uno de los soldados que se le habian juntado en la Margarita, portugués, llamado Antonio Frias, solo porque habia preguntado en poniendo el pié en ella, si era isla ó tierrafirme, con que comenzaron á pagar aquellos desalmados soldados los agravios que por su causa se habian hecho en la isla. Ya era pasada la mitad de este dia y desembarcado cuanto traia en los barcos, cuando determinó Aguirre fuese su gente á alojarse al pueblo, quedándose él el postrero, con algunos amigos á ponerles fuego, como lo hizo, con intentos de quitar la ocasion á todos para que pudiesen huirse en ellos, si no que lo fuesen siguiendo á pesar de su grado, con que

siguió él luego (dejando ardiendo las fustas) á los demás que iban ya entrando en el pueblo, donde tambien se alojó poniendo mayor cuidado y guarda en su persona, que hasta allí, temiéndose no tomase atrevimiento algun soldado por verse ya en tierrafirme, y atreviéndose á sus piés, le diese la muerte, por escaparse por aquel camino de la que merecia por sus maldades, aunque bien pudiera salir de estas sospechas, pues todos venian tan cebados y deseosos de emplearse en toda suerte de maleficios, que trayendo una cabeza tan á propósito para que los amparara en ellos, se los disimulara y alegrara cuanto mayores los hacian, ninguno habia que la quisiese perder, sospechando no hallarian otra tal.

No siendo el lugar tan á propósito como el tirano quisiera para detenerse allí algun tiempo y ocuparse en infestar los vecinos del pueblo, despachó por una parte y otra algunos de sus soldados que buscasen cabalgaduras en qué caminar adelante con el carruaje. No pudieron las diligencias de éstos tener mayor efecto que para juntar hasta veinte y cinco ó treinta bestias caballares y las más yeguas cerreras y sin domar, cuyo alquiler pagaron bien por sus cabales algunos de sus soldados, quedando empuyados al pasar en esta diligencia por algunas trochas, donde les tenian puesta esta trampa los indios, por industria de los vecinos del pueblo. Con estas cabalgaduras y desgraciados sucesos, que fueron en algunos tanto que los llevó á los umbrales de la muerte, por el mucho y fuerte veneno que tenian las puyas, volvieron al alojamiento de Aguirre, que queriendo hacer demostracion de sentimiento por la desgracia de los soldados, y que los amaba de corazon, comenzó á encenderse en una infernal cólera y decir mil blasfemias contra Dios y sus santos, y otras tantas amenazas á los vecinos del pueblo, y mandar luégo pregonar guerra cruel á fuego y sangre contra el Rey de Castilla y sus vasallos, protestando matar á cuchillo todos cuantos topasen, con pena de muerte al soldado que no se la diese á cuantos prisioneros le viniesen á las manos, exceptuando solo á aquellos que sin ninguna fuerza ni resistencia, de su voluntad y gusto le viniesen á servir y seguir. Esta guerra se pregonó por todas las calles de aquel pueblo, con toda la solemnidad que se le pudo dar al pregon, con trompetas y atabales.

Habiendo dado licencia el tirano á los soldados de más confianza en lealtad, para que saliesen á robar la tierra, entre otras partes á donde llegaron haciendo esto, fué á unas estancias de un Benito de Chávez, cuatro leguas del pueblo, Alcalde ordinario á la sazon de él, y teniendo en ellas su mujer y una hija casada con un don Julian de Mendoza, dejándolas á ellas, solo trajeron lo que pudieron robar de la hacienda, y al Alcalde delante de Aguirre, para que le informara de la tierra y los demás vecinos. Otros soldados hubieron por otra parte á las manos á un Pedro Núñez, mercader, á quien trayendo tambien al pueblo, preguntó el tirano la razon por qué habian huido todos, y respondiéndole que por el miedo que le tenian, replicó Aguirre le dijese qué decian de él y de sus compañeros en aquella tierra, á que el Pedro Núñez, sospechando en lo que habia de venir á parar si le decia la verdad, se excusaba de responder, ó cuando mucho decia que no sabia nada, con que le volvia á persuadir el Aguirre y sus amigos dijese la verdad sin temor, pues le prometian no le seria de ningun inconveniente de oirla. Viéndose el pobre mercader tan persuadido de todos, y que deseaba saber su fama, respondió que todos tenian á su merced y á los que le acompañaban por crueles Luteranos. De que el Aguirre se encendió en un instante tanto en cólera, que quitándose de la cabeza la celada, amagó á tirársela, diciendo: bárbaro, necio, no sois más majadero que eso? aunque no se la tiró, porque aguardó el castigarle esta ignorancia para otra ocasion, dándole la muerte, como veremos. Fuéle forzoso á Aguirre detenerse en aquel pueblo más de lo que quisiera, miéntras se domaban las cabalgaduras que habian hurtado, pues de otra suerte no les podian servir para el intento. Entre tanto hacian sus soldados todas las maldades que intentaban, echando á perder cuanto ganado y hacienda encontraban y rastreaban de los vecinos; pues sacando mucha de rastro, aunque la tuviesen escondida debajo la tierra, de donde sacaban alguna, la gastaban con prodigalidad, y la que no podian consumir de esta suerte la dejaban sin que pudiera aprovechar á otro, pues hallando algunas pipas de vino escondidas entre la maleza del arcabuco, las traian al pueblo y hacian guisar con vino todo cuanto comian; otros desfondaban las pipas, y poniéndolas derechas se metian dentro y bañaban en el vino, solo á fin de hacer mal, y en representacion de que se bañaban en hacerlo, de que el Aguirre hacia demostracion de complacencia, y no era él el que ménos usaba de estos entretenimientos: pero viendo el mucho que iban teniendo en aquel pueblo y el poco avío para salir de él, acordó escribir á los vecinos de la nueva Valencia, que está de allí siete leguas al Leste, en que (como señor absoluto) les enviaba á avisar tenia determinado de no llegar á aquel

pueblo, por no detenerse tanto, hasta llegar al Nuevo Reino de Granada y de allí al Perú, donde llevaba la mira : pero que tenia necesidad de que cada vecino de aquel pueblo le enviase un caballo por su dinero, que él pagaria cumplidamente á las personas que los trajesen ; y así que fuesen todas de recado para esto, con que demás del bien y gusto que le darian, redimirian las vejaciones y daños que él y sus soldados les podrian hacer si fuesen por allí, como les certificaba, y podian tener por infalible lo harian si no acudian á lo que les pedia. No hicieron los vecinos caso de su carta ni amenazas, habiendo llegado á sus oidos su ruin modo de proceder, y que libraba peor con él quien más bien le hacia.

CAPÍTULO XLII.

I. Hace Aguirre matar á un mercader y á un soldado en este pueblo de la Burburata—II. Húyensele á la partida tres soldados, y comienza á hacerla yendo todos á pié por falta de cabalgaduras—III. Deja Aguirre su campo en el camino y vuelve al pueblo de la Burburata, donde se embriagó él y sus compañeros y se le huyeron tres—IV. Revueltas que suceden en el campo de Aguirre miéntras él estuvo en la Burburata, y muertes de dos soldados—V. Opiniones que se levantan entre los Marañones sobre la muerte del uno. Dásele aviso al tirano de lo que pasa, y vuelve á su campo.

ENTRE los soldados que andaban trastornando la tierra para buscar en qué emplear sus robadoras manos, desenterró uno una botija de aceitunas que tenia sepultada el mercader Pedro Núñez, que estaba todavía preso, en que habia metido algunos pedazos de oro, con deseo de librarlos; y habiendo venido á su noticia que la habia hallado aquel soldado, se fué al Aguirre, y le rogó le volviesen el oro, ya que se comian las aceitunas. Hizo el tirano llamar al soldado, y habiéndole preguntado por la botija y el oro, confesando lo primero, negó lo segundo, y para más averiguacion del caso, preguntó Aguirre al mercader que con qué estaba tapada la botija, y respondiendo delante del soldado que con brea, afirmaba el soldado no ser aquello así, y para probar su verdad y mentira, trajo luego al Aguirre una tapadera de yeso, diciendo era aquella con que estaba tapada la botija, y no con brea; con que el Aguirre, no habiéndosele olvidado lo que le habia dicho el Pedro Núñez, por lo que le quiso tirar la celada, diciendo que quien le mentia en aquello contra aquel soldado, le mentiria en todo lo demás, le hizo dar luego allí garrote. Otro dia siguiente, un soldado de los Marañones, llamado Juan Pérez, estando algo achacoso, se salió del pueblo, por desenfadarse, y sentó junto á un arroyuelo de agua clara, por donde acaso acertó á pasar el Lope de Aguirre, y topándolo le dijo: que haceis aquí, Perez ? y respondióle que andaba algo enfermo, y por alentarse estaba entreteniéndose viendo correr el agua: le replicó el Aguirre : de esta manera, señor Pérez, no podreis seguir esta jornada, y así será bien os quedeis en este pueblo; como V. M. mandare, respondió el soldado; y volviéndose á las casas el Aguirre, mandó á sus ministros fuesen por él y se le trajesen allí, diciéndoles que estaba malo y seria bien curarlo y hacerle algun regalo; pero el que le hizo en trayéndolo, fué mandarlo ahorcar, como se hizo, no obstante muchos ruegos de sus amigos, que cuando supieron su resolucion le hicieron en favor del soldado, pues les respondia con cólera no le rogasen por hombre tibio en la guerra, y así le mandó poner un rótulo despues de ahorcado, que decia haberse hecho aquello por ser hombre inútil y desaprovechado. En estas y otras crueldades gastaron el tirano y sus Marañones el tiempo que fué menester retardarse en aquel pueblo para tresnar sus cabalgaduras.

Estándolo ya, y todo á pique para comenzar á caminar la vuelta de la nueva Valencia, donde determinó llegar (por ventura por no haberle querido enviar las cabalgaduras que les pidió, ni responderles á su carta), dos soldados, Pedro Arias de Almesta y Diego de Alarcon, enfadados con que andaban, y poco satisfechos de la seguridad que podian prometerse de las suyas entre los desatinos de Aguirre, y fiados de que por estar tan á pique en su partida no se detendrian á buscarlos, hicieron fuga juntos. Lo cual sabido por el traidor, despachó luego una tropa de sus más amigos á la estancia del Alcalde Chávez (que todavía tenia preso en el pueblo) y le trajesen su mujer é hija (que como dijimos las habian dejado cuando lo prendieron) y habiéndoselas traido, mandó al Chávez que partiese luego y le buscase los dos soldados, y se los trajese de donde quiera que estuviesen, pues si no hacia esto, y mandaba quitar las puyas envenenadas de los caminos, por miedo de las cuales no se atrevian á enviar soldados en busca de los dos, le llevaria consigo al Perú á su

mujer é hija, pero que si hacia esto se las volveria luego. Y dejándolo con esto en el pueblo, y las casas tan desmanteladas y abrasadas algunas, como habian quedado las de la Margarita, hizo cargar en las cabalgaduras la artillería y los más necesarios pertrechos de guerra, y por no haber más que tasadamente para esto, que cada soldado cargase sus armas y comidas para el camino, con que lo comenzaron todos á pié hasta su hija y la del Alcalde y su mujer, y algunas otras que habian perseverado en seguir la jornada, desde que salieron del Perú. Dejó tambien en el pueblo otros tres soldados enfermos, llamados Juan de Parédes, Francisco Marquina y Alonso Jiménez, que por no estar para caminar, fué forzoso se quedaran, y se tuvo por gran novedad y merced que les hizo Aguirre, no quedaran como el Pérez, y debió de ser por ser euidente la enfermedad y tener de ellos satisfaccion Aguirre, de que no se quedaran sin gran ocasion de impedimento, pues ninguno habian hallado hasta allí los tres para cometer cuantas maldades se les habian ofrecido.

Marchando iban todos á talon, como hemos dicho, cuando á poca distancia del pueblo, yendo repechando una pequeña cuesta, vieron una piragua en que venian españoles, que iba llegando al puerto, y no asegurándose el tirano de nadie (por llevarle cercado de mortales temores su mala conciencia), determinó volver al pueblo y procurar haber á las manos la gente de la piragua, para lo cual hizo marchase la suya algo aprisa, hasta acabar de subir la cuesta y poderse encubrir de la otra banda, que no les pudiesen dar vista desde el puerto; y habiendo llegado ya todos al puesto acomodado que pretendia, hizo se hiciese alto, y dejando toda la gente á un grande amigo suyo, llamado Juan de Aguirre, su Mayordomo, y ordenado no pasasen de aquel puesto hasta que él volviese, ya cubiertas las luces, tomando consigo veinte y cinco ó treinta arcabuceros de sus más amigos, volvió al pueblo, donde comenzaron á trastornar cada cual por su parte todas las casas, buscando la gente de la piragua, y no hallándola, se sosegaron en una de ellas, y sentándose á cenar lo que llevaban, fué tanto lo que se paladearon de una pipa, que quedaron todos los soldados medio embriagados, y el Aguirre del todo, que como en las maldades prócuraba exceder á todos, tambien lo procuró en esto, con que pudiera con facilidad cualquiera de los soldados (á lo ménos de los que no estaban tan trastornados) quitarle la vida, pues demás de no tener quien le defendiera, por no estar ninguno con entero juicio, para eso se andaba sin él, solo á tienta pared por aquellas casas, hablando á media lengua de guacamaya, y llamando á los que habian venido en la piragua. Gloriábanse despues estos sus compañeros de haberle podido matar en esta ocasion, pero que no lo habian hecho, por no ser la voluntad de Dios de que Aguirre muriese entónces, atribuyendo estos desalmados soldados sn malicia á que habia sido disposicion del Cielo. A quien sucedió bien esta embriaguez, fué á tres soldadcs de los que iban juntos, llamados Rosales, Acosta y Jorge de Rodas, que con la oscuridad de la noche se desparecieron, aprovechándose de la ocasion en que veian estar fuera de juicio al Aguirre y los demás, con que no los echaron ménos (y aunque los echaran no estaban para buscarlos) hasta la mañana, que digerido el vino echaron de ver faltaban de la compañía, cuando no tuvieron remedio, y les parecieron diligencias en vano el hacerlas buscándolos, y así solo las hicieron en ocultarse en el pueblo, por si acaso no habiendo entrado en él los de la piragua aquella noche, llegasen aquel dia y los pudiesen prender.

No faltaron alborotos en su campo miéntras Aguirre andaba en estas facciones en el pueblo, porque aquel mismo dia (por ser falto de agua el puesto donde habian quedado, y la tierra calidísima, con que la sed les apretaba á ir á buscar agua), tomando algunos soldados la que les pareció de la gente de servicio y vasijas, se entraron por la montaña, que era harto espesa, á buscarla, que la hallaron bien léjos del alojamiento, en unas quebradillas, en las cuales (por ser lugar tan secreto y rematado, y parecerles estaban seguros del tirano) estaban rancheados algunos vecinos de la Burburata, que habiendo tenido aviso de algunos indios que tenian por espías de cómo guiaban hácia allí los soldados que iban á buscar agua, entendiendo los iban á buscar á ellos, alzando ranchos y lo que pudieron se entraron en la espesura del monte, y habiendo llegado los soldados al agua, y visto rastros frescos de la gente, enviaron algunos de los indios ladinos yanaconas que llevaban, para que trastornando el arcabuco volviesen á darles aviso si habian hallado la gente de aquellos rastros. Siguiéndose por ellos estos indios, dieron muy dentro del monte con unas chozuelas donde habian estado españoles, y entrando dentro entre los trastes y baratijas que los pobres ahuyentados no habian podido llevar consigo por la prisa, hallaron una capa, que todos los del ejército conocian era de un Rodrigo Gutiérrez, uno de los que habian ido con

Monguia, y pasado á la devocion del Rey con el Provincial. Estaba en la capilla una probanza de abono, que el Rodrigo Gutiérrez habia hecho ante la justicia de la Burburata, en la cual estaba un dicho y declaracion que habia dicho Francisco Martin, piloto, contra Aguirre, en abono de Rodrigo Gutiérrez. Traida esta capa é informacion al campo, habiéndola leido el Juan de Aguirre, y viendo lo mucho que abonaba y descargaba el Francisco Martin al Rodrigo Gutiérrez, cargando al tirano, se fué luego para el Francisco Martin, que tenia ya preso por el caso con un Antonio García, y le dió de puñaladas, con que le acabó la vida, ayudándole con otras heridas y arcabuzazos otros soldados que le acompañaban, con que pagó el desventurado Francisco Martin el haberse vuelto al regosto de las tiranías y vida libre, despues que ya Dios le habia hecho merced de sacarle de entre ellas.

Sucedió tambien que estando matando á este soldado, como hemos dicho, disparándole un arcabuz para acabarlo de matar, otro de los Marañones, llamado Harana, de industria, ó á más no poder, dió con la pelota al otro soldado Anton García, que dijimos estaba con el piloto preso, y lo mató, de que sucedieron no pocos alborotos entre los demás soldados, cargando unos al Harana que lo habia muerto de malicia, y otros defendiéndolo, que habia sido á más no poder. Lo que pretendió aplacar el Harana, gloriándose del hecho y diciendo públicamente que él lo habia muerto, porque se habia querido huir aquella noche, y que estaba muy bien muerto, y se fuese por su cuenta, pues el General su señor lo tendria por bien; con todo eso, viendo el Harana que no se acababan de aplacar los disturbios entre las dos opiniones, con que el negocio se iba enconando, para haber de librarlo en las armas, en que sin duda llevaria él lo peor, tomó la vuelta, con brevedad, del puerto de la Burburata, donde dió aviso al traidor de lo que pasaba en su campo, con que luego dejó el pueblo y se vino á él, donde los muertos se quedaron muertos, y de los vivos no murió ninguno por el hecho, pues ántes tuvo complacencia de él, en especial por haber sido de mano de su muy amigo Juan de Aguirre. El cual despues de desbaratado el tirano, haciéndole cargo de esta muerte, se descargaba diciendo haberlo muerto por las maldades que habia cometido contra el Rey y sus justicias, y que era el que incitaba no dejasen la compañía de Aguirre.

CAPÍTULO XLIII.

I. Camina Aguirre con mucho trabajo de todos las vueltas de la Valencia, y enferma en el camino.—II. Llegan á la Valencia, que hallaron sin moradores, donde le agravó la enfermedad y despues mejoró y mató á un soldado.—III. Prende el Alcalde Chávez á dos soldados en la Burburata, y envia á avisar á Lope de Aguirre; húyese el uno.—IV. Procura el tirano haber á las manos los vecinos de la Valencia y otro soldado.

A OTRO dia de como llegó Aguirre de la Burburata á su campo, comenzó todo él á proseguir su viaje á la Valencia por unos caminos tan ásperos, que no solo no se podia andar por ellos pero ni aun trepar por muchas partes á gatas ni subir los caballos, sin ir haciendo largas puntas á una parte y otra, buscando deshechos á los reventones; con que les fué forzoso alijar mucho de lo que llevaban los bagajes, que por ser nuevos en la carga y la tierra muy caliente, estas dificultades les eran mayores. Y así ordenó Aguirre que lo que las bestias no podian llevar, cargasen los soldados demás de sus comidas y mochilas, y para obligar á algunos Capitanes y personas de más punto, se comediesen á llevar algo de la carga que habian quitado á las cabalgaduras, cargaba él mismo mayor peso del que podia, y caminaba entre ellos y aun topando reventones por donde las yeguas harto hacian en subir vacías, les era forzoso arrojar entre todos la artillería, en que pasaban tan intolerables trabajos y dificultades, que aun habiendo dejado algunos de los tiros de fruslera, por ser de poca importancia, caminaban tan despacio que en las siete ú ocho leguas que hay desde la Burburata á la Valencia, tardaron seis dias, en los cuales enfermó de tal manera el Aguirre, por la carga que llevaba, trabajo del camino y congoja en ver el mal aliño que llevaba en su campo, que aun no podia ir á caballo, y aun el último dia que entró en la Valencia le agravó tanto la enfermedad, que lo llevaban en una hamaca indios cargados y algunos soldados le iban haciendo sombra con una bandera tendida á manera de palio, y con todo esto iba tan desabrido y enfadado de la enfermedad y movimiento de la hamaca, que á cada sombra de árbol se detenia y daba voces diciendo á sus soldados:

matadme, Marañones, matadme, que lo pudieran hacer con harta facilidad los que despues se preciaban de muy servidores del Rey, por escaparse de las graves penas que merecian por sus maldades.

Desde el punto que los vecinos de la Valencia tuvieron nuevas que habia saltado el Aguirre en el puerto de la Burburata (que las tuvieron luego que pisó la tierra), recogiendo cuanto tenían en sus casas, mujeres y chusma, se pasaron en canoas, dejando totalmente desamparado el pueblo, á unas islas que hace una gran laguna, llamada de Tiragua, todas pobladas de indios amigos, donde asentaron con seguro sus ranchos, sin que el Aguirre pudiera dar caza más que á sus ganados mayores, que son toda la hacienda de aquel pueblo, en que no les hizo poco daño. Y así cuando entraron en el pueblo algunos soldados que envió delante el tirano el postrer dia de camino, quedándose él con las angustias que hemos dicho, hallando los casas vacías, pudieron ranchearse como quisieron, señalando la mejor para posada del Aguirre, donde se aposentó aquella noche que llegó y le fué agravando la enfermedad, de suerte que en pocos dias vino á ponerle muy en los huesos y al cabo de la vida; en la cual ocasión se la pudieron muy bien acabar de quitar los que quisieron, pues sin tener ninguna guarda le entraban á visitar cuantos querian, si bien ninguno tuvo atrevimiento para ello, por no quedar sin amparo para sus maldades, como hemos dicho. Mejoró de la enfermedad y en agradecimiento á Dios que le habia dado la salud, decia mil blasfemias contra él y sus santos, y otros tantos oprobios contra la gente de aquella tierra, tratándoles de pusilánimes, bárbaros y cobardes, pues no podia ser otra cosa que esto, gente que ni aun un solo soldado ni indio se le habia llegado á su compañía, que se ocupaban en un tan loable ejercicio como era la guerra, que la habian usado los hombres, amado, seguido desde el principio del mundo y aun la habia habido en el cielo entre los Angeles; y de aquí iba ensartando madejas de disparates y herejías, que atormentaban las orejas aun de los soldados, que eran tales como él.

Los cuales en lo que más pusieron su cuidado despues que entraron en este pueblo, supuesto que no hallaban otra cosa en que emplear las manos, fué ponerlas en destruir ganado vacuno para comer y hacer cecinas, y hurtar cabalgaduras en que caminar y llevar sus matalotajes y municiones, en que no se hicieron menores daños en este pueblo que en los de atrás. Teniendo ya Aguirre recobradas algunas fuerzas, hizo echar un bando con pena de la vida que ningun soldado saliera del pueblo sin su licencia, que fué como armarles un lazo donde coger alguno y derramarle la sangre, pareciéndole que por su enfermedad se habian pasado muchos dias sin hacerlo; y así sucedió (por ventura como deseaba), pues un soldado llamado Gonzalo, que tenia oficio de pagador (aunque solo el título, pues no habia otras pagas que las que cada cual cogia por sus manos), no habiendo llegado á su noticia el bando, se apartó sin pedirle licencia, hasta un tiro de escopeta del pueblo, á coger unas papayas, por lo cual lo hizo matar el tirano luego que lo supo.

El cuidado con que quedó el Alcalde de la Burburata, Chávez, de buscar los dos soldados que dijimos se le habian huido á Aguirre á su partida, y las prendas que para que lo tuviera le traia de mujer é hija, le hizo poner tanta diligencia (juntamente con su yerno don Julian de Mendoza, por sus personas, criados y amigos) en buscarlos, que al fin toparon con ellos, y metiéndolos en una collera de hierro, se encargó el don Julian de llevarlos al Aguirre para sacar á su mujer y suegra de su poder. Y partiéndose al efecto con los dos soldados, el Pedro Arias iba tan cortado y sin ánimo (con los miedos que llevaba de los rigores del Aguirre) que en cierta parte del camino se dejó caer en el suelo, diciendo no podia pasar de allí, á quien el don Julian dijo que á él le importaba poco que anduviera ó no, pues con su cabeza haria pago al Aguirre, á que respondió el soldado hiciese lo que gustase, pues él no podia pasar adelante. No tomó esto de burla el don Julian, pues desenvainando luego la espada que llevaba y alzándole la barba le comenzó á cortar el gaznate, con que el Pedro Arias, viendo iba aquello de veras, ó ser pesadas burlas, le rogó no pasase aquello adelante, que él se esforzaria y caminaria lo que pudiese, con que el don Julian alzó la mano á su crueldad, dejándolo harto mal herido en aquella parte. Llegó con ellos al fin á la Valencia, y habiéndolos entregado á Aguirre y á él sus dos mujeres, mandó luego el traidor ahorcar y descuartizar al Diego de Alarcon y ponerlo en cuatro caminos, llevándolo á esto arrastrando por las calles y diciendo el pregon: esta es la justicia que manda hacer Lope de Aguirre, fuerte caudillo de la noble gente marañona, á este hombre por leal servidor del Rey de Castilla, mándalo arrastrar, ahorcar y hacer cuartos por ello,

quien tal hace que tal pague. Cortáronle la cabeza, y puesta en el rollo que estaba en la plaza, pasando por allí Aguirre y viéndola, le comenzó á decir con grande risa: Ahí estais, amigo Alarcon? cómo no viene el Rey de Castilla á resucitaros? Al otro soldado Pedro Arias de Almeta, por ser buen escribano y quererlo Aguirre para su Secretario, no le sucedió otro tanto, ántes lo hizo curar, que no lo tuvieron los demás por pequeño prodigio, pues por cosas harto más leves, como hemos dicho, los ahorcaba á pares.

No estaba tan sin cólera el tirano y deseos de hacer agravios á los vecinos de aquel pueblo, que en sabiendo dónde estaban no despachase luego un Capitan llamado Cristóbal García Calafate, que con una tropa de soldados procurase pasar á la isla donde estaban y prender á todos los que pudiese y cuanta hacienda pudiese haber á las manos, y se lo trajese todo al pueblo. Partióse este Capitan al efecto, y llegando á la laguna y viendo ser muy sondable, y no haber con qué pasar á las islas, intentó hacer unas balsas de cañas, que como madera de tan poco cuerpo no lo tenia para sustentar el peso de los que intentaban navegar en ellas, pues en embarcándose se hacian á un lado y dejaban ir á pique la carga; y no hallando otro modo para poder pasar, se volvió la gente al pueblo con solo este recado, que no le pesó poco al Aguirre, por no hallar traza de haber á las manos algunos de los vecinos. De este enojo le alivió algo una carta que á esta sazon le dieron del mismo Alcalde de la Burburata, Chávez, en que le enviaba á decir que por servirle en algo habia preso á Rodrigo Gutiérrez (que era el dueño de la capa donde habian hallado la informacion de abono y uno de los tres soldados que con el Capitan Monguía habian sido causa de que se pasasen todos al servicio del Rey en Maracapana, que tambien se habia quedado en la Burburata cuando llegó el Provincial) y que si enviaba con brevedad por él, se le entregaria. Alegre de esta nueva Aguirre, despachó luego á Francisco Carrion, su Alguacil mayor, con doce soldados, que se le trajesen, aunque fué en vano la ida, pues habiendo entendido el soldado los intentos del Alcalde, se acogió á la iglesia, donde queriéndolo sacar y habiéndolo defendido el cura, le echó prisiones el Alcalde y puso guardas, que nada fué bastante para la buena maña que se dió el Rodrigo Gutiérrez en quitarse las prisiones y hacer fuga de la iglesia al monte; con que cuando llegaron los esbirros de Aguirre hallaron al Alcalde congojado del suceso por no poder cumplir lo que habia prometido al tirano, para donde tomaron luego la vuelta los soldados, que contándole el suceso riñó mucho al Alguacil mayor con palabras ásperas porque no habia muerto al Alcalde Chávez, por haber puesto en tan mal recado el preso. Resolucion de que se hizo merecedor el Chávez, pues sin irle nada en ello perseguia á los que eran del servicio del Rey.

CAPÍTULO XLIV.

I. Da licencia el tirano al cura de la Margarita para volver á su casa, con condicion que le despache una carta que le escribió al Rey—II. Dále el Alcalde de la Burburata aviso al tirano de las prevenciones que hacia el Gobernador para resistirle, y mata á tres soldados—III. Avisa una centinela al pueblo de Bariquisimeto de cómo venia marchando á él el tirano, y húyense los del pueblo—IV. Húyensele en el camino diez soldados á Aguirre, de que se altera y dice mil blasfemias, como lo acostumbraba.

HASTA este pueblo de la Valencia trajo el tirano al padre Pedro Contréras, cura de la Margarita, y habiéndole rogado muchas veces, juntamente con sus amigos, se sirviese darle licencia para volverse á su casa, al fin se la dió, haciéndole primero que hiciera juramento de enviar una carta á Castilla al Rey, que el tirano le escribió en aquel pueblo; y que cuando no pudiese enviarla desde la Margarita inmediatamente, la despachase á la Real Audiencia de Santo Domingo, ó al fin, que diese traza cómo viniese á manos de su Majestad. El clérigo, aunque rehusó el juramento á los principios, viendo lo que le importaba salir de las manos del tirano para asegurar su vida, al fin por redimir su vejacion lo hizo y cumplió; pues tomando luego la vuelta del puerto y de allí la de la isla Margarita, hizo cómo fuese la carta á manos del Rey; aunque era tal, tan atrevida y llena de dislates, como quien la escribió, pues mostró en ella su poco talento y juicio, que no lo tenia más que para crueldades, cuando podia hacerlas á su salvo; la carta comenzaba así: Rey Filipo, natural español, hijo de Cárlos invencible, &c. Pero no pasaremos con ella adelante, pues por sus desatinos no merece andar impresa y comun; si bien en estas tierras de las Indias y en otras andan muchos traslados de ella, de que yo he tenido algunos.

El Alcalde Chávez, que mostraba en sus hechos ser de conciencia poco ménos desgarrada que la de los Marañones y su General Aguirre, pues se mostraba tan de su bando y contra el del Rey, habiendo sabido que el Gobernador Pablo Collado hacia en el Tocuyo las posibles prevenciones para resistirle, avisó con otra carta de esto al tirano, y aun de cosas muy particulares, pues le decia el Teniente general, Maese de Campo y otros oficiales que habia nombrado el Gobernador y procurado socorros hasta del Nuevo Reino de Granada con brios de desbaratarle en Bariquisimeto ó el Tocuyo. No se alegró mucho el tirano de la nueva, si bien agradeció el aviso, con que ordenó luego se dispusiese su partida de aquel pueblo, la vuelta de los dos que hemos dicho, por parecerle estaba el mayor peligro en la tardanza, pues en ella se daria más lugar á que se le pudiese allegar más gente al Gobernador, para impedirle el paso y que apresurando el que él habia de llevar, llegaria ántes á estas ciudades que la gente del Nuevo Reino, por haberse informado estaba muy léjos, y así disponiendo que otro dia de mañana de como recibió la carta, saliesen todos de la Valencia, porque á la partida no se le huyese ninguna de su gente, mandó que aquella noche se juntase toda y durmiese en un corral de su posada, de donde si tuvieran gusto en hacerlo pudieran huirse los que quisieran, con la misma facilidad que si anduvieran por las calles, por ser las paredes del cercado de unos flacos bahareques; pero el no desear huir de aquella vida ancha y libertada, no los dejó huir de la compañía del tirano, el cual determinó quitar aquella noche el estropiezo que le parecia habian de ser en el camino tres soldados, con quienes andaba estomagado dias habia, llamados Benito Díaz, Francisco Lora y otro Cigarra; al Benito Díaz porque le habia dicho tenia un pariente en el Nuevo Reino de Granada, y á los otros dos, porque le pareció andaban tibios y con mano floja en las cosas de la guerra; y así habiéndoles dado en secreto garrote en un bohio que estaba en el corral, á la mañana cuando se partieron le hizo pegar fuego para que se quemarán todos tres cuerpos, y dejando el pueblo con los mismos estragos en casas, huertas y ganados que quedaban en los demás, tomó con toda su gente y noventa cabalgaduras la vuelta de Bariquisimeto por el camino derecho que corta la serranía de las provincias de Nirva, despues de haber estado en la Valencia quince dias.

Donde ya tenian los de las dos ciudades (por órden del Gobernador Collado) puestas espías en lugares acomodados, para que diesen aviso en viendo caminar la gente del tirano, de las cuales la primera que les dió vista cuando iban entrando por la serranía, se despachó á darlo muy más aprisa de lo que era menester, pues entrando con ella en la ciudad de Bariquisimeto, comenzó á voces á dar arma, diciendo venia tan cerca el tirano que estaria sobre ellos aquel dia, con que los vecinos, viéndose desapercibidos (porque á la sazon aun no estaba junta la gente de la gobernacion en el pueblo con el General Gutierre de la Peña, sino en el del Tocuyo disponiendo lo necesario á la guerra), hicieron fuga hasta el amparo del arcabuco, arrebatando sus mujeres é hijos, y lo que más les dió lugar la prisa del menaje y trastos de casa, desamparando totalmente el pueblo, á donde no llegó el tirano en aquellos ocho dias, si bien la prisa con que la centinela pasó á dar el mismo aviso al Tocuyo, hizo que otro dia estuviese temprano en Bariquisimeto el General Gutierre de la Peña con todos los soldados de la gobernacion que se habian ya juntado, á quienes no fué pequeño socorro lo que hallaron en las casas de Bariquisimeto, de comidas y otras cosas que no habian podido llevar consigo los vecinos huidos, con que no perdieron poco de sus haciendas y opinion, solo por el arma falsa que habia dado la centinela.

Caminando iba el tirano metido ya en la serranía, toda tierra fragosa y de arcabuco, cuando advirtiendo algunos soldados les era á propósito para hacer fuga de tan ruin compañía, lo pusieron en efecto diez, escondiéndose cada uno de por sí, sin saber uno de otro, por donde mejor ocasion se le ofrecia; que cuando lo vino á saber Aguirre, cuando ya no tenia remedio de recobrarlos, comenzó á soltar la rienda á aquella pestilente lengua y decir mil blasfemias contra Dios y sus santos, como lo acostumbraba; y mirando al cielo como que lo amenazaba, le amagaba, pateaba, echaba espumajos, votos y juramentos y decia: Ah Marañones, como he dicho yo bien, dias ha que me habiais de dejar al tiempo de la mayor necesidad, y que habia de hacer yo la guerra con gatos ó monos del arcabuco, y me hubiera sido mejor partido haberme muerto ántes que dar ahora la vida entre tan ruin gente como es ésta de Venezuela! Oh profeta Antonico, qué bien me profetizaste la verdad, pues si yo te hubiera creido no se me hubieran ido estos Marañones. Esto decia por un pajecillo suyo, de este nombre, á quien queria mucho, que le decia muchas veces no se fiase de los Marañones, porque al mejor tiempo se le habian de huir todos y dejar-

le solo; y así cuando se le huia alguno se acordaba de su profeta Antonico y decia: veis aquí quien me profetizó esto muchos dias há. En esta ocasion se llegó al Aguirre un Juan Gómez, su Almirante, que no debiera de ser de pensamientos de otro pelaje que los de su cabeza, y le dijo: Cuerpo de Dios, señor General, de qué se amohina vuesa merced, si como el otro dia fueron tres, fueran treinta, á buen seguro quedará su campo en perfeccion y sin riesgo de enemigos, mas por vida de Dios que hay aquí muchos y muy buenos árboles; dándole á entender en esto que si como mató á tres al salir de la Valencia, matara á otros muchos de quienes se podia tener sospecha le eran poco aficionados, saliera de algunos de los temores con que iba; los cuales, aunque entendió á su Almirante, no le dejaron ejecutar el consejo, porque no le sucedieran mayores inconvenientes, aunque despues lo intentó, como veremos.

CAPÍTULO XLV.

I. Caminando Aguirre de la Valencia la vuelta de Bariquisimeto, encuentra en el camino una ranchería de minas, y sucédenle algunos trabajos—II. Va caminando Aguirre hasta llegar al rio del valle de las Damas, donde se ranchea y descansa un dia—III. Determina en aquel puesto Aguirre matar algunos de quienes tenia sospechas, aunque no lo puso en efecto. Viénese un Capitan de los de Aguirre desde la Margarita á Bariquisimeto y da noticias de las fuerzas de Aguirre—IV. Sale el Maese de Campo Diego García de Parédes á reconocer la gente del tirano.

TRES dias habia que caminaba Aguirre con su campo desde que salió de la Valencia, cuando encontró cerca del camino unas rancherías de minas de oro del mismo pueblo, de donde ya tambien tenian puestos en cobro los negros los vecinos, sin haber podido, por la prisa, hacer lo mismo de una gran cantidad de maiz que halló el tirano en un bohío, de que no se alegró poco por la falta que llevaba de comidas, aunque más se alegrara si hallara allí los negros mineros, que tenia por cierto se le juntarian á otra cuadrilla de hasta veinte que él traia con su Capitan, con quien pensaba hacer no la menor parte de la guerra, por traerlos ya tan industriados, y diciéndoles que eran libres, daba licencia como á los españoles para que pudiesen emplearse en toda suerte de maldades, lo que habian tomado tan de veras los negros, que no solo imitaban en robos, crueldades y muertes á los soldados, pero aun les excedian con crecidas ventajas. Despues de un dia que descansó el tirano en estos ranchos, prosiguiendo su viaje, les cayó un crecido aguacero que los remojó muy bien y les puso una cuesta que comenzaban á subir tan resbalosa, que las cabalgaduras que llevaban cargadas, por ser tan nuevas que las más de ellas no habian cargado otra vez é ir sin herraduras, á cada paso resbalaban y volvian rodando atrás, que no era de poco enfado para todos; pues teniendo harto cada cual de habérselas con su persona, se les acrecentaba el trabajo de subir las cargas á cuestas y ayudar á las yeguas. El impaciente Aguirre lo comenzó á estar tanto en esta ocasion como solia en otras, y asiéndose luego de los remedios locos que solia, le parecia aliviaba sus trabajos y los de su gente desatando su lengua con mil blasfemias y herejías contra Dios y sus santos, hasta venir á decir: piensa Dios que porque llueva no tengo de ir al Perú y destruir el mundo? pues engañado está conmigo. Pero viendo que el blasfemar y todos aquellos desatinos no le aprovechaban para ir ganando tierra las cabalgaduras en el camino, hizo que los soldados (con algunos azadones y otros instrumentos) fuesen haciendo escalones por toda la cuesta, con que iban agarrando las bestias, y se subió á lo alto.

En el tiempo que la retaguardia y batallon se ocupaban en esto, la de la vanguardia (como iban sin ocupacion de cargas y el camino era tan estrecho, y el no poderse ver los unos á los otros, no advirtiendo en el estorbo que podria haber en la cuesta para las cabalgaduras) caminaba sin detenerse, hasta que subiendo Aguirre á la cumbre y no viendo los de adelante, se comenzó á alborotar y caminar á paso largo sin detenerse, y encontrándose de paso con su Mayordomo y amigo Juan de Aguirre, y con su Capitan de la guardia Roberto de Susaya y otros sus amigos, les dijo: Yo, señores, os profetizo que si en esta gobernacion no se nos llegan cuarenta ó cincuenta soldados, segun voy conociendo los ánimos de mis Marañones, no podremos llegar al Nuevo Reino. Pasó con esto de largo tras la vanguardia, que alcanzándola y ultrajando con palabras afrentosas á los Capitanes y soldados, les hizo volver atrás al valle de la cuesta que habian bajado, donde se ranchearon aquella noche; y habiendo á la mañana exhortado á todos fuesen con más cuidado que hasta allí y

que les fuesen haciendo alto á los de la retaguardia los de la vanguardia, porque no sucediese lo que el dia pasado, y de allí algunos inconvenientes, comenzaron á seguir el camino, y por sus jornadas (dejando atrás la serranía) llegaron á dar vista al valle que dicen de las Damas, de quien ya dejamos dicho por qué le llamaron así los primeros españoles que descubrieron aquella tierra. Fueron bajando á él hasta encontrarse con un quebradon ó casi rio que llaman el Aracui, de mucha y muy buena agua (porque lo sé de experiencia) que va á salir á los llanos por el desembocadero de Bariquisimeto, cerca de cuyas márgenes hallaron un bohío lleno de maiz, que les fué á todos de gran refugio y ocasion para descansar allí un dia, en el cual tuvieron aviso de su llegada allí los soldados del Rey en Bariquisimeto, por tener puestas al principio de aquel valle espías para ello.

Viendo el tirano que ya estaba cerca del pueblo donde le habia escrito el Alcalde de la Burburata, Chávez, se iba juntando la gente del Rey, no dejaron de alterarle nuevos temores de algunos de sus soldados, de quienes no tenia tanta satisfaccion, y comunicando estas sospechas con algunos de sus Capitanes y más amigos, les dijo tambien ser su determinacion matar á todos los sospechosos y enfermos que llevaba, que serian hasta cuarenta soldados entre todos, con que le parecia aseguraba los demás. No fueron de este parecer algunos de los de la junta, inspirados por ventura del cielo, para que no murieran tan desastradamente y en vida tan peligrosa tantos; y yéndole á la mano en los intentos, le dijeron que se seguiria del hecho mucho ménos seguro y confianza en los demás, pues sospechando que se haria lo mismo otro dia con ellos, se le irian todos, con que mudó el propósito Aguirre que tenia de quedarse con solos cien hombres sus más amigos.

Habia llegado algunos dias ántes de éste á Bariquisimeto y entrado en el campo del Rey un Capitan del de Aguirre, de quien ya hemos tratado, llamado Pedro Galeas, al cual (pocos dias ántes que el tirano saliese de la Margarita) habiéndole preguntado si tenia bandera, y el Galeas respondido que no, le dió veinte varas de tafetan para que la hiciera luego; y habiéndole encontrado otro dia (uno ántes del que se embarcaran) el mismo Aguirre, le volvió á preguntar: Pedro Alonso, teneis tambor, y respondiéndole que solo tenia la caja sin parches, le dijo: Pues por vida de Dios que si os arrebato, tengo de hacer de vuestro cuerpo parches para el tambor. El Pedro Alonso Galeas le dió el mejor descargo que pudo y se apartó de él no sin temores que le habia de pretender matar, como sucedió, pues á poco rato que pasó esto, pasando el Pedro Alonso por junto, un amigo suyo le dijo sin detenerse: Advertid, Pedro Alonso, que os quieren matar; lo que le hizo andar con cuidado, hasta que cubierta la noche se escapó por buena traza del pueblo y llegó á la playa donde habia acabado de saltar en tierra el Capitan Fajardo, que, como dijimos, venia de Carácas al socorro de la isla, y dándole cuenta del peligro en que estaba, le dió el Fajardo una canoa en que llegó el Galeas al puerto de la Burburata, donde dió más claras noticias que nadie de la gente y armas que llevaba el tirano, y ausentándose por no caer en sus manos. Luego que tomó la vuelta de la Valencia Aguirre con su gente, la tomó este Capitan de Bariquisimeto, donde llegó casi al mismo tiempo que el General Gutierre de la Peña de la del Tocuyo con los soldados; los cuales (como ya tenian noticia estaba Aguirre en la Valencia y aunque venia caminando para aquel puesto) tuvieron sospechas ser espía el Galeas del tirano, y les duraron algunos dias, hasta que se aseguraron con el buen trato que mostraba tener y estaba apesarado de haber andado en tan mala compañía como en la del Aguirre, de cuyas fuerzas, gente y armas dió larga noticia (que era lo que ellos más deseaban saber) certificándoles que de ciento y cuarenta hombres que traia solos los cincuenta escasos le seguian de voluntad y los demás tan sin ella, que en viendo gente que en nombre del Rey les favoreciese, se le huyeran todos. Añadia á esto el avisarles del modo que se habia de tener con él, que era no acometerle sino solo retirándole, saliendo de su escuadron dos á dos y cuatro á cuatro, sin que peligrase ninguno de la devocion del Rey.

Alentáronse con esto no poco el General Gutierre y todos sus soldados de los temores con que estaban por la falta de gente, armas y municiones con que se veian, como se echó de ver en los pertrechos de guerra que sacó el Maese de Campo, Diego García de Parédes, partiendo con catorce ó quince hombres á dar vista al campo del tirano. Luego que tuvieron aviso en Bariquisimeto de que iba bajando al valle de las Damas, pues aunque todos iban á caballo con harto ruines sillas, fustes y frenos, solo llevaban por armas unas varas mal desbastadas, con unos hierros de lanza sin acicalar y unas celadas borgoñonas, que se usaban y estimaban en aquella tierra, que eran unas caperuzas muy viejas y muy mugrientas, hechas de pedazos de paños de colores, con dos ó tres aforros de mantas de algo-

don con hechura casi de sombreros, la copa de cuatro cuartos, cada uno de su color y la halda que la ceñia á la redonda de otros cuatro colores, que verlas era más materia de risa y entretenimiento que de confianza para alguna defensa, y en aquélla las estimaban más que gorras de terciopelo. Quedó el General (cuando salió á esto García de Parédes) en Bariquisimeto con el resto de la gente del Rey, que eran hasta sesenta, armados al modo de los quince del Maese de Campo, pues en todo él no habia más que dos arcabuces y el uno sin cazoleta y bien poca municion para ambos; y decir que todos eran buenos jinetes, seria levantarles testimonio y necesitarnos á volverles su honra, pues á solo los Capitanes se les entendia algo de esto, y los demás subidos á caballo más eran carga que caballeros. Con este aparejo quedó cuidadoso el General Peña, esperando el aviso del suceso del Maese de Campo.

CAPÍTULO XLVI.

I. Encuéntrase el Maese de Campo inopinadamente en lo estrecho de un camino con el campo de Aguirre, y retíranse de ambas partes—II. Lleva cédulas el General Gutierre de la Peña de parte del Gobernador, de perdon para Aguirre y sus soldados—III. Determinan los del bando del Reino aguardar en el pueblo á Aguirre, el cual les escribe una carta de promesas y amenazas—IV. Dánse vista los del campo, aunque no llegaron á rompimiento.

CAMINANDO iban á su faccion el Diego García de Parédes con su gente y el Aguirre con la suya el dia que salió del Aracui, cuando entraron los unos por una parte y los otros por otra, dentro de un buen pedazo de tan espeso arcabuco que hay en este valle de las Damas, que escasamente da lugar para que puedan caminar por él, por una senda tan angosta, que solo pueden ir enhilados los caminantes, y si van á caballo con dificultad pueden revolver en ella. Por aquí seguian su viaje los unos y los otros, sin tener noticia unos de otros, cuando de repente se dieron vista, quedando de ambas partes todos tan cortados de solo verse, que no pudieron determinarse á otra cosa que irse retirando los unos y los otros. A la parte de donde venian los del Maese de Campo (como venian en caballos y el camino era angosto y la turbacion lo hacia más), perdieron al revolver algunas de las lanzas moriscas que llevaban y de las celadas borgoñonas que se les asieron en las ramas y cayeron en el suelo, que no pareciendo les era tiempo de detenerse á recobrar lo uno ni lo otro, se las dejaron allí, atendiendo más á la retirada. No era menor el descuido y poca prevencion que traian los Marañones, pues ni venian armados ni encendidas las cuerdas de los arcabuces; pero encendiéndolas luego comenzaron á marchar con el órden que les daban lugar las angustias del camino, hasta que yendo cubriendo la noche hicieron alto á la márgen de una acequia de agua, donde se pusieron á mirar de propósito las armas que se les cayeron á los soldados del Maese de Campo y ellos habian tomado; y burlando de las unas y las otras, decia el tirano á su gente: No advertís, Marañones, dónde os ha traido la fortuna, y á dónde os quereis huir y quedar? y dándoles vueltas por una parte y otra á las celadas, viendo los demás metales que tenia la estatua de Nabucodonosor, les decia: Mirad bien las celadas que traen los galeones de Meliona y qué medrados están los servidores del Rey de Castilla! En lo cual y en mil apodos que les echaban todos á las caperuzas, estuvieron descansando en aquel sitio tres ó cuatro horas de la noche, hasta que salió la luna, con que prosiguieron el viaje poniendo Aguirre de secreto guardas á todos los soldados que tenia por sospechosos para que no se le huyesen.

No se detuvo el Maese de Campo en su retirada hasta unas sabanas que estaban ántes del arcabuco, donde pretendia hacer algunas emboscadas para desbaratar al tirano, que no pudieron tener efecto, pues marchando los Marañones con la luna, fueron á dar sobre ellos y los sintieron á tiempo que lo tuvieron de retirarse del peligro. Visto por el Maese de Campo que segunda vez eran sentidos, tomó el camino derecho y á paso largo llegó á la ciudad de Bariquisimeto, desde donde se dió luego aviso al Gobernador, que todavía se estaba en el Tocuyo. Entraron luego en consulta los soldados de la ciudad para tratar del mejor modo que habian de tener para defenderse y ofender al tirano, donde determinaron que no estaban bien dentro del pueblo, á causa de que todos habian de andar á caballo por no tener arcabuces, y los tiranos á pié por tenerlos y si ganaban algunas casas (como era imposible otra cosa) desde ellas podian defenderse los traidores y ofenderlos á ellos y á sus caballos muy á su salvo. Llevaba el General Gutierre de la Peña consigo muchas cédulas de perdon (que á imitacion de lo que habia hecho en el Perú el Licenciado

Gasca con Gonzalo Pizarro y sus soldados, habia escrito y firmado el Gobernador Pablo Collado en nombre del Rey) prometiendo por ellas á todos los de Aguirre que se quisieran pasar á su bando, ántes de llegar á rompimiento, perdon de todos los delitos que en aquel rebelion y tiranía habian cometido, asegurándolos de la vida en su real nombre; y que ningunas justicias les ofenderian en cuanto tocaba á aquellos casos. Con éstas iba una muy más cumplida para el Aguirre con una carta en que se le exhortaba á dejar los intentos que llevaba y pasarse al servicio del Rey, prometiéndole que por lo sucedido hasta allí no le haria el Gobernador ningun daño, ántes lo enviaria á los piadosos piés de su Majestad, con quien le seria muy buen tercero para que confirmase lo que prometia en su real nombro á él y á sus soldados; y que si todavía pretendia perseverar proterbo en pasar adelante con sus intentos, que por excusar muertes de tantos como estaban amenazando en los encuentros, librasen aquel derecho en habérselas entre los dos á solas y quedase por quien venciese.

Supuesto que habian determinado los soldados del Reino aguardar á los de Aguirre en el pueblo, pusieron en él todas estas cédulas y carta en partes donde cuando entrase con sus soldados no les pudiesen dejar de venir á las manos, y alzando cuantas comidas habia en él por haberlas menester y que no las gozase el tirano, desamparó el General el pueblo totalmente, y retirándose á lo alto en la sabana hasta média legua que caminaron por ella, se alojaron todos sobre un arroyuelo, tierra limpia, donde estuvieron aquella noche, que la pasó caminando Aguirre con todo su campo marchando sin detenerse hácia Bariquisimeto, hasta otro dia á la mitad de él, que llegó legua y média del pueblo, donde se alojó sobre otro arroyo, y haciendo cargar sus tiros, los asestó al camino que bajaba del pueblo y ordenó á su gente con la disposicion y cuidado que era necesaria para hallarse ya tan cerca de su bando contrario y vecinos de aquel pueblo, á quien determinó enviar una carta con un indio yanacona de los que traia del Perú, en que les decia no se ausentasen y desamparasen el pueblo, porque les prometia no hacer mal á nadie y que no pretendia de ellos ni de toda la gobernacion otra cosa que las comidas que hubiese menester y algunas cabalgaduras, pagándolo todo muy bien; y que si algunos soldados y otras personas le quisiesen de su voluntad seguir é irse con él al Perú, los admitia desde luego y prometia hacer en todo muy honrados tratamientos y aun servicios y darles en el Perú largamente de comer; y por el contrario, si se ahuyentasen del pueblo, les hacia juramento de quemarlo y destruirles sus ganados y sementeras y hacer pedazos á tormentos á cuantos pudiese haber á las manos y procurar no se le escapase de ellas persona alguna. Recibieron esta carta los del bando del Rey, por estar el pueblo, como hemos dicho, sin gente, y celebrando mucho los desatinos que traia, no se les dió mucho responder á ella, como gente que no aguardaba mercedes que corriesen por mano de Aguirre.

El cual pasado aquel medio dia y toda la siguiente noche, otro dia, miércoles veinte y dos de Octubre del mismo de mil y quinientos y sesenta y uno, alzando su campo, carruaje y artillería, que cargó en las bestias con el mejor órden que pudo, comenzó á marchar lo que le restaba de camino basta el pueblo, echando un bando que al soldado que se apartase solos tres pasos del órden en que los puso, los que más cerca se hallasen lo pudiesen matar con los arcabuces ó como quisiesen. No habia estado con descuido el Gutierre de la Peña con su gente aquella noche, y el mismo miércoles en amaneciendo, saliendo con todos sus soldados (que eran poco más de ochenta) de sus ranchos, todos á caballo, vino á ponerse sobre el pueblo en las barrancas de la sabana que estaban un largo tiro de arcabuz de él, á la parte del Oeste, desde donde dieron vista al campo de Aguirre, que venia ya acercándose aprisa, y él tambien vió á los del Rey, por estar en puesto alto y limpio; con lo cual el tirano hizo alto en la playa de la quebrada ya cerca de las primeras casas; y ordenando de nuevo su gente, puso en la vanguardia y á punto de guerra á sus mayores amigos y confidentes, refrescándoles las memorias de lo que les habia dicho habian de hacer, y en la retaguardia con el bagaje y gente de servicio puso el resto de sus soldados, con que prosiguió lo que faltaba hasta el pueblo. Entre tanto los soldados del Rey comenzaron tambien á bajar á las casas, á quienes Aguirre hizo una gran salva disparando en alto la más de su arcabucería con crecidas cargas para hacer más ruido y atemorizar á sus contrarios, y haciendo luego volviesen á cargar los arcabuces con cada dos balas enramadas, tendidas cuatro banderas de campo y dos estandartes, fué caminando y entrándose en el pueblo á tiempo que tambien iban entrando por la otra parte de los del campo del Rey, de suerte que como el pueblo era tan pequeño, se vieron bien cerca los unos de los otros, y habiéndose dudado

entre los del Rey si seria bien acometer luego al tirano, al fin se resolvieron, por los inconvenientes que arriba dijimos de las ventajas que tenian dentro del pueblo y casas las escopetas de Aguirre, de que los del Rey carecian totalmente, de irse retirando otra vez arriba de la barranca, de manera que en estas primeras vistas no hubo encuentros y túvose por más acertada esta retirada para los intentos que se tenian de que se fuesen pasando al bando del Rey los de Aguirre, porque si entónces cerraran con ellos, no hubiera soldado de los del tirano que no vendiera muy bien su vida, no sabiendo aún el perdon que les estaba prometido.

CAPÍTULO XLVII.

I. Coge García de Parédes alguna ropa y municiones del tirano, cuyos soldados hallaron las cédulas del perdon—II. Plática que les hace Aguirre acerca de ellas y de confirmarlos en seguirle—III. Pega fuego Aguirre al pueblo y el Maese de Campo le da un balazo, con que le alborotó, aunque sin peligro de ninguna parte—IV. Llega Pedro Bravo de Molina con la parte de Mérida, donde el Gobernador le hace su Teniente general.

AL tiempo que los del Rey iban haciendo esta retirada á lo alto de la sabana, apartándose el Maese de Campo, Diego García de Parédes, de los demás con ocho compañeros de á caballo por parte donde no le pudieron dar vista los del tirano, dió sobre su retaguardia, que aun no habia llegado al pueblo, y les tomó cuatro bestias cargadas de alguna ropa, pólvora y otras municiones, que no fueron de poca importancia para los del Rey, por estar sin ellas, aun para los pocos arcabuces que tenian. Fuése el tirano á alojar con toda su gente á una ancha cuadra que estaba en lo más alto del pueblo, cercada de tapias, en altura de más de dos, toda almenada á la redonda, donde tenia sus casas un Capitan llamado Damian del Barrio. Recogíase aquí por estar con más resguardo de sus contrarios y tener más seguros los soldados, de quienes siempre andaba con sospechas lo habian de dejar. Los del campo del Rey estuvieron á la mira sobre la barranca esperando si alguno de los de Aguirre, encontrando con las cédulas del perdon, se les pasaba; pero como los hizo encerrar en el fuertezuelo sin divertir el órden que traian cuando entraron en el pueblo, ninguno pudo desgajarse por entónces. Y acercándose ya la noche, dejando el General por centinelas una tropa de doce jinetes de los más diestros, tomaron la vuelta de sus ranchos, con que el Aguirre, viendo se le habian quitado de encima sus contrarios y que el hambre que tenian sus soldados de robar el pueblo pensando hallar en él algun gran pillaje, le daba prisa para que les diese licencia á visitar las casas, se la dió, mandándoles no dejasen cosa en ellas, como solian hacerlo en otras partes. De la cual diligencia, por estar, como hemos dicho, las casas vacías, solo sacaron las cédulas del perdon con que toparon, de que luego dieron aviso sus amigos á Aguirre y la carta y cédula que estaba para él, que no recibiendo mucho gusto del hallazgo, hizo luego juntar los soldados, y les dijo:

Sabido hé, señores, que habeis hallado unas cédulas del Gobernador en que os induce á que os paseis á él, prometiéndoos perdon de las maldades que habeis hecho hasta aquí, y como hombre experimentado en estas cosas y que os deseo el bien que para mí, os quiero desengañar de ese señuelo que os han puesto y que no os fieis de Gobernadores ni de sus papeles y firmas, pues acordándoos de las maldades que habeis hecho, muertes, robos, destrucciones de pueblos, podeis tener por cierto haber sido tan atroces, que ni en España ni en las Indias, ni en parte ninguna que hayamos oido, ha habido hombres las hayan hecho tan grandes; las cuales os certifico que cuando el Rey en persona os las quiera perdonar, que no sé yo si lo podrá hacer, cuanto más un Licenciado de dos nominativos, como Pablo Collado. Los parientes y amigos de los que habeis muerto os han de perseguir hasta la muerte y procurar quitaros las vidas, con que las traereis siempre, hasta que os las quiten, corridas y afrentadas, pues no habrá estanciero ni calpiste que no os vitupere y baldone con nombre de tiranos, y aun os quiera poner las manos; y al cabo habeis de venir á morir malas muertes; y si no advertid lo que les valieron á Piedrahíta, á Tomas Vásquez ni á los otros Capitanes los perdones que tenian ya del Rey, pues despues de haberles servido toda su vida, vino un bachillerejo de no nada y les cortó las cabezas; pues qué sucederá á nosotros, que hemos hecho más muertes y daños en un dia que todos cuantos se han alzado en las Indias contra el Rey? Cada cual mire por sí y no se crea de ligero ni haga cosa de que presto se arrepienta; y que como he dicho otras veces, en ninguna parte podreis estar más

seguros que en mi compañía, en la cual vivireis más segura y descansadamente que fiando en estos papeles del Gobernador, que todos son fruta amarga para nosotros y píldora dorada que debajo de este color quiere que traguemos el veneno y ponzoña que trae. Consideremos tambien que si ahora pasamos trabajos y hambres, adelante tenemos guardados los descansos y hartura, si vamos peregrinando con inquietudes para llegar al Perú, donde con abundancia de todo hallaremos sosiego, y concluyó diciendo lo que otras veces: procuremos vender bien nuestras vidas haciendo lo que somos obligados.

Dicho esto, que cada uno lo tomó como le pareció, viendo que las casas del pueblo les podian ser de inconveniente, pues por entre ellas y á su amparo podian infestarles sus contrarios, les mandó pegar fuego, dejando solo algunas acomodadas para sus arcabuceros, que como eran todas de paja, se pudo hacer, y con la misma saltar algunas centellas á la iglesia, que era de lo mismo, y encenderse, como sucedió y comenzó á arder, aunque hay quien diga que de intento le pegó fuego un soldado llamado Francisco de Guevara, que viéndolo el Aguirre (por dar algunas muestras de cristiano), mandó luego sacasen algunos adornos é imágenes que habian quedado en el altar, con que no se quemó todo. Conociendo los soldados del Rey los intentos con que habia dejado sin abrasar aquellas casas, en cubriendo la noche les hicieron de secreto pegar fuego á todas á una, de suerte que solo quedó en pié, de las de todo el pueblo, la posada del tirano. Reposaron aquella noche ambos campos, no sin recelo el uno del otro, pero ambos lo hicieron tan bien, que ninguno inquietó al otro hasta el cuarto del alba, que cuando ya iba rompiendo el Diego García de Parédes, con algunos amigos suyos de á caballo y cinco arcabuces (que era toda la artillería del campo del Rey, porque ya les habia llegado el socorro que dicen de España, y acrecentádole tres arcabuces, no sé por cuál de aquellos caminos) acercándose al fuertezuelo de Aguirre, los dispararon é hicieron otros alborotos, para desasosegar al tirano y ponerlo en arma, el cual (haciendo armar más de propósito de lo que estaban sus soldados, en que se tardaron hasta que ya se podian conocer unos á otros), mandó salir de secreto del fuerte cuarenta arcabuceros y que diesen sobre el Maese de Campo. Hiciéronlo así, y sin ser sentidos del García de Parédes, cuando estuvieron de él á tiro de arcabuz, dispararon los que llevaban, aunque sin ningun efecto, pues ni aun alboroto causaron en los del Rey, que sin descomponerse los estaban aguardando, supliendo la flaqueza de sus armas la fortaleza de sus ánimos, empleados ya en derramar su sangre por la honra de su Rey. Esta demostracion de valentía y la justicia que tenia de su parte, hizo acobardar á la de Aguirre, y aunque reconocian ventajas en número y armas, no les pareció partido embestir á los del Rey, ni aun los del Rey á ellos, con que de conformidad (dejando los puestos vírgenes y sin infeccion de sangre) se retiró cada cual á su compañía, que parece fué Dios desde luego enderezando el negocio, de manera que fuese vencido el tirano, sin sangre de ninguna parte ni pérdida de vidas, pues bastaban las que habia quitado hasta allí.

El Gobernador Pablo Collado (por andar algo enfermo de achaque de temores que le espantaban de noche, y aun pienso que tambien de dia), se estuvo retirado en la ciudad del Tocuyo, hasta que llegó á ella de Mérida el Capitan Pedro Bravo de Molina, con su gente, que fué el mismo dia en que entró Aguirre en Bariquisimeto. No tenia pensamiento el Gobernador de hallarse presente en las refriegas con el tirano, no obstante la carta que dijimos le habia escrito, ántes los tenia (segun algunos se los entendieron y publicaron) de venirse á curar de aquella enfermedad á este Nuevo Reino, por ser tierra entónces bien acomodada á la cura, como se tiene por cierto lo hiciera si saliera con victoria el Aguirre, aunque el Capitan Pedro Bravo, viendo su tibieza, le comenzó luego á persuadir lo mucho que importaba hallarse presente en el campo del Rey, representando su persona Real, con que todos los soldados se animarian á cumplir con sus obligaciones, con esperanzas de que les gratificaria sus trabajos é informaria al Rey de ellos con más certidumbre habiéndolos tenido á la vista, demás que seria deslustrar su honra, teniendo el cargo que tenia, hacer lo contrario. Algunas excusas puso á los principios el Gobernador, fundadas en sus achaques, y que ellos habian sido causa de lo que no habia hecho hasta allí, pero que pues era gusto del Capitan Bravo, él se esforzaria y se hallaria en el campo del Rey, en especial habiéndole venido tan buen socorro, de que le rindió las gracias al Bravo, y viéndole que era hombre de satisfaccion y autoridad para mucho más, le nombró por su Teniente general, no solo para las cosas de la guerra, sino tambien del gobierno, y por Capitan de los de á caballo, de que le despachó honrados papeles.

CAPÍTULO XLVIII.

I. Admite el Capitan Bravo los oficios que le da el Gobernador, y parten del Tocuyo todos para juntarse con la gente del Rey.—II. Carta de Aguirre para el Gobernador Pablo Collado.—III. Llegan los del Tocuyo á juntarse con el ejército del Rey, de que cobraron todos esperanzas de victoria.—IV. Pásanse dos soldados de Aguirre al bando del Rey, y el Maese de Campo y el Capitan Bravo cojen algunos indios de los Marañones.

NO les pareció bien á los principios á los soldados de Mérida que su Capitan aceptara estos cargos ni se metiera debajo la bandera del Gobernador, sino que como Capitan que venia de otro distrito con su bandera y gente, hiciera lo que debia, con que fueran más señaladas y lucidas sus facciones : pero teniendo el Pedro Bravo por más acierto, honra y provecho suyo y de sus soldados, aceptar aquellos cargos, lo hizo así, con que sirvió á su Majestad lucidamente en todo. No pareciéndole al Gobernador habia cumplido con todas sus obligaciones con lo que habia dado al Capitan Pedro Bravo, ofreció tambien á sus soldados el acudir á todas las necesidades de sus personas y criados, queriéndose servir de manifestárselas. Algunos de los cuales, más por conocer hasta dónde se extendia la liberalidad del Gobernador, que por lo que les podia dar, respondieron que no obstante que venian con ánimos de servir al Rey y á su costa, y que si alguna cosa se les diese la querian pagar, tomarian de su generosa mano lo que se les fuese ofreciendo de urgente necesidad, y que la que más por entónces tenian era de herrar sus caballos, con que el Gobernador mandó á un mercader diese por su cuenta á cada soldado una docena de herrajes con sus clavos, y que no les diese más de eso ni de otra cosa ; con que le pareció irian todos bien pertrechados y á poca costa. Rindiéronle todos las gracias por el avío, y no queriendo recibir aquello ni ninguna otra cosa, les fué materia de pasatiempo la largueza del Gobernador, el cual con el Pedro Bravo y la gente que habia traido de Mérida, y la que se le habia juntado de camino en la nueva ciudad de Trujillo (que por todos serian más de sesenta hombres), salió del Tocuyo aquel mismo dia sobre tarde, y habiendo caminado toda la noche (que por ser tierra tan cálida es ésta la hora de caminarla) la vuelta de donde estaba rancheada la gente del Rey con su General Gutierre de la Peña ; al romper el alba encontraron en el camino un mensajero que traia una carta para el Gobernador, del Lope de Aguirre, que haciendo alto para leerla, de suerte que todos la oyeron, decia de esta manera :

" Muy magnífico señor.

Entre otros papeles que de vuesa merced en este pueblo se hallaron, estaba una carta suya á mí dirigida, con más ofrecimientos y preámbulos que estrellas hay en el cielo, y para conmigo y mis compañeros no habia necesidad de que se tomase este trabajo, pues sé yo hasta dónde llega su ciencia ; y en lo que toca á hacerme mercedes y favorecerme con el Rey, fué supérfluo lo que vuesa merced me ofrece, porque bien sé yo que su privanza ni pujanza no llega al primer nublado ; y si el Rey de España hubiera de pasar por la lid que entre vuesa merced y yo se hiciera, yo la aceptara, y aun diera á vuesa merced las armas aventajadas, mas todos los tengo por ardides de los que usa con sus caballeros que ganaron y poblaron esta tierra, para que vuesa merced con sus dos nominativos les viniese á robar su sudor, con título de decir que viene á hacer justicia ; y la justicia que se les hace es inquirir cómo conquistaron la tierra, para por esta via hacerles guerra. La merced que de vuesa merced quiero es que no curemos de tentarnos las corazas, pues sabe vuesa merced lo poco que en ello puede ganar, porque mis compañeros se han dado tan poco por sus perdones, cuanto es razon, y tienen por supuesto de vender las vidas muy bien vendidas : yo no pretendo nada en esta tierra, más de que por mis dineros me provean de algunas cabalgaduras y de otras cosas, que de más de pagarlas muy bien, se reservará á vuesa merced su gobernación y pueblos de ella de hartos daños que yo y mis compañeros le haremos, si por otra via no se quisieren llevar ; porque en las muestras que en la tierra hemos visto, nos han puesto alas y espuelas para no detenernos en ella, que por unas caperuzas ó sombreros, y lanzas que por huir unos soldados de vuesa merced dejaron en el camino, hemos visto cuán medrados están los demás. Y volviendo á la carta, no hay para

qué vuesa merced diga que andamos fuera del servicio del Rey, porque pretender yo y mis compañeros por las armas hacer lo que hicieron nuestros antepasados, no es ir contra el Rey: porque al que nos hiciere las obras tendremos por señor, y al que no, no le conocemos; y así ha muchos dias que nos desnaturalizamos de España y negamos al Rey de ella, si alguna obligacion de servirle teniamos; y así hicimos nuevo Rey, al cual obedecemos, y como vasallos de otro señor bien podemos hacer guerra contra quien hemos jurado de hacerla, sin incurrir en ninguna nota de las que por allá se nos ponen. Y concluyendo en todo, digo que como vuesa merced y sus republicanos nos hicieren la vecindad, que así les haremos las obras; y que si nos buscaren, que aquí nos hallarán las manos en la masa, y miéntras más aína nos dieren el avío que le suplico me den, con más brevedad nos iremos de esta tierra. No me ofrezco al servicio de vuesa merced porque lo tendrá por fingido ofrecimiento.

Nuestro Señor la muy magnífica persona de vuesa merced &c., su servidor,

Lope de Aguirre."

Acabada de leer esta carta por el Gobernador, delante de todos los que le acompañaban, dijo pluguiera á Dios que el suceso de esta guerra se dejara entre mí y Aguirre, que aunque él desgarra tanto por su carta, pudiera ser hiciera yo con él lo que él dice hiciera conmigo, y á buen seguro que quedáramos con la victoria; más pues Dios lo ordena así, démosle gracias por todo, que nuestros pecados deben de ser causa de tantos males, y que hasta aquí lleguen á alcanzar las centellas del Perú, y á darnos estos disgustos y ponernos en estos aprietos. Decia esto con tantas lágrimas y demostraciones de ánimo tímido, que fué causa de que comenzasen luégo todos á murmurarlo, y que durase la murmuracion despues de tantos dias, que pudo venir á los oidos del Gobernador, de que se vengó bien en los tiempos que le duró su gobierno, aunque al cabo vinieron todos á quedar pagados, como veremos. Prosiguieron su viaje la vuelta de donde estaban rancheados el General y su gente, á donde llegaron á la mitad del dia, y los recibieron con tan notable gusto, que recobrando nuevos ánimos y bríos, por ver llegar tan buen socorro, que las dudas en que hasta allí estaban de la victoria, se les convirtieron en fijas esperanzas de conseguir la del tirano, en especial con la estratagema de que usó el Capitan Bravo, á fin de animar á los del Rey y amedrentar los contrarios, porque entró diciendo quedaba en Mérida un Oidor de la Audiencia de Santafé, con quinientos hombres bien armados, y él que traia solos doscientos, que le pareció bastaban para solo llegar á reconocer los intentos del tirano. Saliendo luégo la voz de esto por todo el ejército del Rey, sucedió que luégo aquella noche, á sus primeras sombras, se huyó un negro de allí y fué al campo de Aguirre y le dijo cómo habia acabado de llegar al ejército del Rey el Capitan Bravo con doscientos hombres, porque él los habia visto, con buenos caballos y muchos aderezos de guerra. No se alteró el Aguirre, ni hizo mucho caso de esto que decia el negro, pero á sus soldados luégo se les cayeron las alas, pareciéndoles era mucha gente la que decia el esclavo, y que si era así, lo seria tambien el ser desbaratados sin duda, con que propusieron muchos de no perder la primera ocasion que se les ofreciera para pasarse al campo del Rey y gozar del perdon del Gobernador.

Con todo eso el Aguirre (si hasta allí habia estado con recato y cuidado para que no se huyesen los soldados sospechosos) los apretó más, no dejándoles salir del fuerte, con que se les atajaba el fin de los deseos de muchos; pero sirvióse Dios de dar salida á ellos, y que se comenzase el pasaje que habia de haber de estos soldados á los del Rey, ofreciendo á dos de ellos, que se llamaban Juan Rengel y Francisco Guerrero, ocasion al tercero dia que habian llegado, que fué viérnes, en que pudieron salir del fuerte con sus arcabuces, y pudiéndose alargar secretamente, sin que los viesen los de Aguirre, se pasaron al campo del Rey, donde los recibieron con mucho gusto, en que hubiesen hecho principio á la transmigracion, y la mucha importancia que les fué el dar noticia de los muchos que habia de ánimos tan bien dispuestos para pasarse á ellos, que con mucha facilidad lo harian; y advirtiendo que no era menester más que estarse á la mira y defenderle al tirano las comidas para vencerlo, por estar tan necesitado de ellas y tan deseosos los soldados de desampararlo, en especial un Capitan Juan Gerónimo de Espindola y un Hernando Centeno, con otros diez ó doce sus camaradas. Con estos avisos y los que ántes tenian del Pedro Alonso Galeas, no se les daba mucho á los del Rey embestir al tirano, sino solo estarse á la vista

sobre el fuerte, para no darle lugar á que saliesen a buscar comidas sin que fuesen todos juntos. Este propio dia el Maese de Campo y el Capitan Bravo con una razonable tropa de cuarenta soldados, y entre ellos los que se pasaron, llegaron á dar vista al tirano, y poniéndose tan cerca en lo alto de la sabana que se podian oir las voces en su fuertezuelo, comenzaron á darlas, persuadiendo á sus soldados se pasasen á los del Rey, pues no tenian que confiar en victorias, por haber llegado el Capitan Pedro Bravo del Nuevo Reino con doscientos hombres bien aderezados de armas y caballos, con que los habian de poner en grande aprieto y aun degollarlos á todos, y que se levantasen á su mano y reparasen sus vidas con tiempo, aprovechándose del perdon que se les habia prometido, pues si aguardaban á venir á las manos no les seria de provecho. En esto estaban ocupados los del Rey, cuando advirtieron que algunos indios é indias del servicio de los Marañones estaban lavando ropa en la quebrada, no léjos del fuerte, y dejando en el puesto algunos soldados que hiciesen apariencia con el resto, el Maese de Campo y el Capitan Bravo bajaron al puesto de los indios, y cogiéndolos á ellos y á ellas á las ancas de sus caballos con toda la ropa que tenian, se los llevaron sin que nadie se lo impidiese.

CAPÍTULO XLIX.

I. Envía Aguirre sesenta arcabuceros que den una noche sobre el alojamiento del Rey, aunque nó tuvo efecto—II. Sale Agüirre en socorro de éstos, y dispónese con ellos para resistir al órden del campo del Rey—III. No ofendian los tiros de la gente de Aguirre á la del Rey, á cuya devoción se pasó el Capitan Diego Tirado—IV. Intentó otro soldado pasarse tambien al campo del Rey, y uno de los del Rey rodeó con su caballo todo el campo del tirano.

YA le andaban al tirano embistiendo sospechas de sus ruines sucesos, viendo que se le iban pasando ya soldados, y que los del Rey se le atrevian demasiado, pues llegaban á los muros de su casa y le llevaban la gente de su servicio, y platicando sobre ello con sus mayores amigos, se resolvió en que sesenta de ellos, echando voz que salian á buscar comidas, saliesen aquella noche y diesen sobre el campo del Rey, y hecho el daño que pudiesen al cuarto del alba, se viniesen retirando, porque aquella hora les saldria él de socorro con el resto de la gente. Encomendóse esto á Roberto de Susaya, Capitan de su guardia, y á Cristóbal García, Capitan de infantería, que saliendo con los demás, comenzaron de una vuelta y otra á buscar el alojamiento de los del Rey, y andando en esto al cuarto de la modorra, acertó á pasar por cerca de donde ellos andaban el Capitan Romero (que dejamos dicho habia poblado la villa Rica y mudádola despues á otra parte con nombre de Nirva del Collado) que con algunos compañeros venia de su pueblo en socorro de los del Rey, el cual sintiendo entre el silencio de la noche el tropel y murmullo de los sesenta Marañones, apretando las espuelas al caballo, llegó con sus compañeros dando arma al campo del Rey, aunque hay quien diga no pudo ser este alboroto causado de los Marañones, por andar muy desviados del camino que él llevaba, sino que andando por allí algunas yeguas y potros cerreros, sintiendo los caballos que llevaban, se alborotaron y corrieron de una parte y otra, que pareciéndole al Romero, por andar toda la tierra tan de guerra, podia ser gente enemiga, se alborotó de aquella suerte y los alborotó á todos, de manera que haciendo ensillar, salió aprisa una buena tropa de los del Rey por la parte que decia el Capitan Romero, y no hallando aún rastros de nada, se volvieron á sus ranchos los sesenta Marañones (que, segun despues decian, no habian sentido el alboroto ni cogido rastro por donde atinar al alojamiento de los del Rey) se echaron á dormir en el sitio que les pareció más acomodado, hasta que por la mañana, dándoles vista las espías, dieron luégo arma al campo del Rey, que poniéndose todos á punto de guerra, salieron en su seguimiento.

Los cuales en advirtiendo venia sobre ellos la gente del Rey, se pusieron en órden de guerra, y se fueron retirando hácia su alojamiento, despachando delante un soldado que diese aviso á Aguirre de lo que pasaba, y hallando ellos entre tanto una mancha de matorral espeso, que les podia guardar las espaldas á la otra banda de unas barrancas, se arrimaron á él, haciendo rostro al campo del Rey, que no podia llegar á ellos con buen trecho con los caballos, por el impedimento de las barrancas, y así se estuvieron los unos á la mira de los otros (porque iban siempre con presupuesto los del Rey de nunca embestirles, sino hacerles la guerra, con el modo que les habian avisado los de su campo) hasta que Lope de Aguirre llegó con socorro, porque luego que supo la necesidad que tenian de él sus sesenta, tomando

consigo otra tropa de los que tenia en el fuerte, y subiendo en un caballo morcillo, y llevando tendida la bandera de su guardia (que era, como dejamos dicho, de tafetan negro, con dos espadas ensangrentadas), comenzó á marchar la vuelta de donde estaban arrinconados sus arcabuceros, que juntándose con ellos, hicieron muestra de querer salir del sitio y acometer á los del Rey, que estaban todos á caballo, y serian hasta ciento y cincuenta, porque ya habian pedido algunos de la Valencia, Coro y la Burburata demás de los que trajo el Capitan Romero, si bien entre todos no habia más que cinco ó seis arcabuces. Viendo éstos que estándose en aquel sitio los tiranos no podian servirse de los caballos, ni hacerles ningun daño, hicieron que se retiraban, con que saliendo del sitio Aguirre en su alcance, revolvieron por otra parte algunos de los del Rey y ocuparon el puesto, para que no pudiese otra vez el Aguirre ampararse en él, á quien estuvieron ya casi determinados de embestirle, si bien no se resolvieron en esto, y así se andaban escaramuzando todos á doscientos pasos del enemigo. Aguirre, que á mucha prisa solicitaba á sus soldados fuesen disparando sus arcabuces con su órden, contra los del Rey, procurándoles hacer el daño que pudiesen, y demás de los que hacian esto, tenian apercibidos cincuenta hombres que estuviesen á pique con los arcabuces cargados, con balas enramadas, para si los del Rey llegasen á rompimiento.

Pero sucedió (que pareció cosa de milagro) que con estar tan cerca y tirar como á mampuesto los de Aguirre, y muchos con muy buenos brios y deseos de no errar tiro, no hicieron ningun daño en hombre ni caballo de los del campo del Rey, ántes se veian algunas pelotas que dando á la mitad de la distancia del tiro, en algunos caballos se quedaban hechas arepas, como si fueran de masa, pegadas á los pelos sin cortarles uno. Y los del campo del Rey (con no tener más que los cinco ó seis arcabuces, y con el aliño que hemos dicho) le mataron á Aguirre el caballo en que andaba y le hirieron dos soldados. En estas refriegas andaba un Capitan de á caballo (de los más confidentes de Aguirre, llamado Diego Tirado) en una yegua, escaramuzando por delante la gente de su campo, y pareciéndole aquélla buena ocasion para pasarse al del Rey y asegurar su vida de las muchas que tenia quitadas en el viaje, dando una vez una arremetida más larga de las que solia, desamparando al Aguirre, se entró en el otro bando, diciendo á voces: Viva el Rey, viva el Rey. Recibióle el Gobernador y los demás con mucho aplauso, á quien el Tirado dijo que en ninguna manera embistiesen, y que se guardasen de venir en rompimiento, porque tenia el Aguirre cincuenta arcabuceros reservados, sino que se esparciesen de suerte que no les pudiesen tirar de mampuesto. Hízose así, y para dar más ánimo á los que lo tenian de pasarse á los del Rey, le dió el Gobernador al Diego Tirado el caballo que él traia, y le mandó fuese luego á escaramuzar á vista del Aguirre, que lo sintió notablemente, por tener en él puesta su mayor confianza, pero viendo que ya no tenia aquello remedio, lo procuró para atajar los pasos á otros, diciendo á los suyos que no se turbasen, porque él lo habia enviado con cierto recado al Gobernador.

A la misma ocasion que se pasó el Diego Tirado, con su buen ejemplo intentó hacer lo mismo otro soldado, tambien de á caballo, llamado Francisco Caballero, pero fué tan desgraciado, que apretándole las piernas, ya que iba tras el Tirado, se le cortó de suerte que no le pudo hacer pasar de cierto sitio donde se quedaron ambos, como embelesados, sin ir atrás ni adelante, algo más cerca de los de Aguirre que de los del Rey, y así lo hizo recoger entre los demás. En estas escaramuzas andaban, sin que los unos se determinasen á acometer á los otros, ni aun á los de Aguirre se les daba mucho de jugar su arcabucería, viendo no hacia ningun efecto, cuando un soldado de los del campo del Rey, llamado Ledesma, atreviéndose al buen caballo que traia, dió con él un apreton hácia el del Aguirre, el cual como lo vió, y que se le iba acercando tanto, con esperanza de que se les pasaba á los suyos, les dijo no le tirasen, porque se venia á ellos, y llegando el Ledesma hasta treinta ó cuarenta pasos del tirano y su gente, en este compas y distancia, fué rodeando todos los Marañones, sin que ninguno le hiciese daño, y volviendo al puesto donde habia comenzado el círculo, volvió con mucha ligereza la popa del caballo al Aguirre y diciendo Viva el Rey, se tornó á meter en su campo, sin ningun daño, aunque procuraron hacerle mucho los Marañones, disparándole algunos arcabuces á su partida.

CAPÍTULO L.

I. Retírase Aguirre á su fuerte con temores de sus soldados y lo mismo hacen los del Rey con esperanzas de victoria.—II. Determínase Aguirre de matar á los enfermos y soldados de poca satisfaccion que tenia en su campo, aunque no lo pone en efecto por consejo de sus amigos.—III. Quita Aguirre á algunos de sus soldados las armas y hace salir á otros á que ahuyenten de sobre el fuerte á los del Rey.—IV. Mata uno de los soldados de Aguirre el caballo del Capitan Pedro Bravo y determina el tirano poner en efecto la vuelta del mar.

EMBRAVECÍASE Aguirre como solia, viendo que tan de cerca sus soldados y con tan finos arcabuces y municion, no hacian batería á los contrarios y que á él le habian herido á dos y muerto su caballo, y con la cólera que acostumbraba decia : Es posible, Marañones, que unos vaqueros con zamarros de oveja y rodelas de vaca se me han de atrever y que vosotros no derribeis ninguno? Esto decia Aguirre porque los más del campo del Rey traian unos capotes de dos aguas, de cuero de leon ó de venado, muy usados en todas estas Indias, y unas adargas de cuero de vaca de que tambien usan en las conquistas de los indios; las espadas mohosas y algunas lanzas no muy acicaladas. Y pareciéndole al Aguirre que estos pocos efectos de sus soldados provenian de que ántes apuntaban al cielo que á los contrarios, y que todo era víspera de desampararle allí, se comenzó á retirar, y tomando la vuelta del fuerte, para donde llevaba casi á empujones á sus soldados, y dándoles á algunos con la sargenta que llevaba, sin hacer otro daño se recogió en su alojamiento, y cuando iban entrando, un portugués, gran familiar del tirano, llamado Gaspar Díaz, poniéndose con una arma que llaman aguja detrás de la puerta cuando iba entrando el Francisco Caballero, aquel que quiso y no pudo pasarse al bando del Rey, pareciéndole al portugués hacia una gran fineza en la amistad de Aguirre, diciendo muera el traidor, le tiró la aguja y le cosió con ella y el arzon de la silla los instrumentos de la generacion, y quedando así el pobre con gravísimos dolores, yéndole á segundar otros soldados, le acabaran la vida, si el tirano (conociendo la poca culpa que tuvo en lo que hizo), no mandara que no lo matasen, ántes que lo curasen, porque ya no estaba en tiempo de desechar gente. La del Rey, viendo se retiraba Aguirre, hizo lo mismo con mucho gusto, pues de aquel suceso se prometia victoria del tirano; pero dejando siempre buenas espías y corredores de campo, de la gente más diestra y con los mejores caballos.

Viendo el tirano ya dentro del fuerte lo mal que lo habian hecho sus soldados, comenzó á baldonarlos de nuevo, llamándolos pusilánimes, cobardes y de ánimos mujeriles, pues no habian hecho ningun efecto en jinetes ni en caballos de los contrarios, teniéndoles tantas ventajas en armas é instruccion de guerra y que parecia más pretendian hacerla al cielo, pues disparaban contra las estrellas, que no á los hombres que tenian junto á sí, en que echaba de ver sus intenciones; y que en buena hora hiciesen así la guerra, que si á él lo desbarataban, ellos habian de llevar lo peor; respondíanle á esto, que no ser la pólvora buena era toda la causa de aquello. Puso con esto en la puerta á algunos de sus amigos para que no dejasen salir á nadie, como solia, y pareciéndole que los soldados que le seguian con tibieza y los enfermos le eran estorbo para no hacer la guerra como él quisiera, y que por temor de ellos no se pasasen al bando contrario, no se atrevia á embestirle, acordó darles garrote á todos, y haciendo lista de ellos, halló que eran más de cincuenta hombres. Quiso primero que ejecutarla, comunicar esta intencion á algunos de sus amigos, que considerando la atrocidad del hecho, y que de ninguna manera podrian escapar sin que á todos les cargasen la culpa de que se les seguirian graves castigos si acaso los desbarataban los del Rey, ó que quisiese Dios poner esto en sus corazones para que no pereciesen tantas almas, le respondieron no parecerles bien aquel hecho, pues podia suceder que pensando mataba á los más culpados, tibios y de ménos satisfaccion para él, matase algunos de sus amigos leales, pues no tenia aún conocido en la ocasion cuáles eran. Poníanle para esto delante los ojos la mucha confianza que hasta allí habia tenido en Diego Tirado y haberle desamparado al tiempo de la mayor necesidad, y que por el contrario, podia ser haber entre aquellos que queria matar algunos que aunque le parecia estaban tibios en su servicio, llegados á la ocasion moririan por su defensa.

Despues de haber porfiado en esto gran rato, al fin se resolvió de no matarlos, pero de quitarles á todos las armas, mandando á los mismos sus amigos que tuviesen gran cuidado con ellos, y dándoles licencia para que si les viesen hacer alguna demostracion de querer

huirse, los pudiesen matar á todos. Juntamente con esto, pareciéndole iba en este camino del Perú, hallando ya grandes estropiezos y resistencias y que traia entre ojos que lo habian de desbaratar y desamparar los suyos, acordó de tomar otra vez la vuelta del mar con toda su gente, y embarcándose donde pudiese tomar otra derrota y modo de vivir. No se les escondian á los del campo del Rey estos temores con que andaba Aguirre, y procurando acrecentárselos, nunca se apartaban de encima el fuerte treinta ó cuarenta jinetes para impedirles la salida á buscar comidas é incitar (viéndolos tan cerca) á los que estuviesen con ánimo de pasárseles. Que sospechándose de todo el tirano, no permitia saliese ninguno del fuertezuelo, aunque fuesen de sus muy amigos (de quien tampoco se fiaba del todo) aun á buscar comidas, con lo cual padecian tantas hambres, que los obligaban á matar los perros y cabalgaduras que tenian en el fuerte, para comer. Las cuales apreturas forzaban á las mismas guardas de la puerta sus confidentes á irla dejando, y pasándose al bando del Rey uno á uno y dos á dos y juntarse con las centinelas que se topaban más cerca. Ibanle poniendo estas cosas al tirano á cada paso en mayores angustias de temores ; pero haciendo, como dicen, de tripas corazon, procurando disimularlos y dar á entender que no tenia perdida la confianza de sus amigos, de los que le pareció lo eran más, hizo salir fuera el fuerte una tropa que con los arcabuces ojeasen del puerto al Maese de Campo y al Capitan Bravo, que lo andaban mucho y muy cerca, persuadiendo á voces á los del tirano se pasasen al Rey. Salió esta tropa del fuertezuelo y tomando por reparo una ermita que estaba cerrada, que les hiciera espaldas contra los de á caballo, comenzaron los unos contra los otros, como gente que no se habia visto otra vez en refriegas, á tomar por parte de sus armas y fuerzas las lenguas, diciéndose mil oprobios los unos á los otros, con que los de la parte del Rey irritaban á los traidores con este nombre, que sintiéndolo por mucha afrenta, procuraban tomar venganza con sus arcabuces. Intentaba atajar estas alternativas palabras el Capitan Bravo, diciendo á sus soldados que no caia en gente de buen término tratar mal de palabra á sus contrarios, en especial siendo de su nacion, pues ántes hablándoles con buenas les habian de procurar se pasasen al bando de su Rey.

Hablando estaba de esto con sus soldados y con algun descuido el Capitan Bravo, cuando uno de los de Aguirre, llamado Juan de Lezcano Mestizo, pareciéndole que el Bravo habia sido el que más lo estaba y se señalaba en todas ocasiones de refriegas contra ellos, y que aquélla era buena para vengarse en algo, haciendo la mejor puntería que pudo con el arcabuz, se le disparó y le dió por tan buena parte al caballo, queriendo Dios librar al jinete, que cayó luego muerto, y creyendo todos lo estaba tambien el caballero, los de la banda del traidor levantaron muy grande grita de alegría por no haber hecho hasta allí otro tanto ; y los del Rey, llegando á su Capitan y hallando que solo el daño habia estado en el caballo, le dieron luego allí otro, con que se fueron todos retirando del fuerte, aunque no tanto que no estuviesen siempre á la mira y con gran cuidado, por haberles puesto en él de nuevo el aviso que les habian dado algunos de los que se habian pasado del Aguirre, cómo tenia intentos de tomar otra vez la vuelta de la mar, para lo cual habia desarmado á muchos, diciendo que ya que se le huyesen no seria bien llevasen las armas con que despues le hiciesen guerra. Estos avisos hacian andar con muchos al General y Maese de Campo, y dárselos á las espías que ponian para que no intentase cosa de éstas Aguirre que ellos no lo entendiesen, y les diesen aviso para salir á atajarle los pasos si tomase resolucion en esta vuelta, como la tomó luego el lúnes por la mañana que se siguió á estos alborotos, que era víspera de San Simon y Júdas, veinte y siete de Octubre del mismo año de mil y quinientos y sesenta y uno. Y habiendo comunicado primero la partida con sus amigos, quitó todas las armas de la mayor parte de sus soldados y las hizo cargar con las demás municiones en las cabalgaduras que les habian quedado ; y estando ya todo á pique á la partida y mandado comenzasen á marchar, le dijeron los soldados que á dónde los llevaba sin armas, que aquello era querer meterlos en el matadero, pues era lo que se querian los contrarios, para hallándolos (sin tener con qué poderles resistir) degollarlos á todos, demás que todos tenian por afrenta volver atrás, habiéndoles faltado bríos para pasar adelante. Decíanle esto con tantos, que pareciéndole ya á Aguirre atrevimiento y aun desvergüenza y apariencias de motin contra él, tuvo por más acierto volverles otra vez las armas, y haciendo del ladron fiel, pedirles perdon diciendo que aquel yerro habia hecho y no otro en toda la jornada, y así era digno de que lo perdonasen por haberlo hecho, entendiendo que sus intenciones eran muy otras de lo que al presente mostraba ; y no queriendo algunos (por sentirse afrentados) recibirlas, el mismo Aguirre en persona les rogaba las tomasen.

CAPÍTULO LI.

I. Llegan el Maese de campo y el Capitan Bravo sobre el fuerte y salen de él algunos soldados á hacerles frente.—II. Pásase el Capitan Espindola con una tropa de soldados á los del Rey y todos los demás de Aguirre por diversas partes.—III. Envía el Maese de campo á dar aviso al Gobernador, de que ya tenian la victoria entre manos. Mata Aguirre á su hija.—IV. Mátanlo á él de dos arcabuzasos. Córtanle la cabeza y hácenlo cuartos. Dan las dos manos á los de Mérida y la Valencia.

EN estas alteraciones estaban sobre la vuelta del mar (que tampoco faltaba quien se la aconsejase al tirano, pero que fuese de noche, porque no le viesen los contrarios) y en tratar de matar á un su Capitan Juan Gerónimo de Espindola por ciertas palabras atrevidas que le habia hablado, aunque no halló quien le ayudase para ponerlo en efecto; cuando el Capitan Bravo y el Diego García de Parédes llegaron con buena copia de gente de á caballo sobre el fuerte, habiendo tenido aviso que andaba Aguirre aparejando su partida, desde donde comenzaron á picarle y dar voces á su gente y desengañarlos diciendo los llevaba engañados el Aguirre como los habia traido hasta allí, y que los creyesen y se pasasen á la banda del Rey, y pues era lo seguro y de importancia. A vueltas de estas diligencias, vieron otra vez, como los dias pasados, otros indios del servicio de los soldados del Aguirre que andaban en el mismo rio junto al fuerte, y determinando el Bravo y el Maese de campo de irlos á cojer en compañía de otros catorce ó quince soldados, dejando mandado á los que quedaban arriba, que si alguna gente del tirano saliese para donde ellos iban, les hiciesen señas con una espada desnuda, se bajaron secretamente para donde estaban los indios; pero no pudo ser esto con tanto secreto que no los viesen algunos de los de Aguirre que estaban fuera del fuerte, defendiendo con sus arcabuces que se llegasen cerca de él á los que habian quedado en lo alto de la banda del Rey. Y así, yéndole á dar luego aviso al tirano de lo que pasaba, despachó al Juan Gerónimo de Espindola que con hasta quince arcabuceros fuese á recojer y defender los indios espías que dejaron el Maese de Campo y el Capitan Bravo. Luego que vieron salir del fuerte estos arcabuceros, hicieron la seña concertada con la espada desnuda.

Pero aunque la vieron, no por ella retardaron el pasar adelante á donde iban, hasta que llegaron en lo llano á descubrir al Capitan Espindola y sus compañeros, porque en dándoles vista volvieron á retirarse y recojerse con su gente, huyendo del daño que les podian hacer con los arcabuces, por no llevar ellos ningunos; pero el Espindola con sus compañeros, advirtiendo en esto, apresuraron el paso en su alcance, y habiéndoseles acercado comenzaron á decir á grandes voces: Viva el Rey, caballeros, viva el Rey, que oyéndolas el Maese de campo y el Bravo y conociendo voz del Rey, hicieron luego alto y los esperaron hasta que juntándose todos se saludaron amigablemente, y declarados sus intentos los del Rey, hicieron subir á los otros á las ancas y subieron con ellos la barranca hasta juntarse con los demás sus compañeros, y avisando el Capitan Espindola se estuviese á la vista del fuerte el Maese de Campo con los demás. El Capitan Bravo partió con todos los reducidos al alojamiento donde estaba el Gobernador y General con el resto de la gente. La que estaba del Aguirre fuera del fuerte ojeando á los del Rey, como hemos dicho, pareciéndoles iba ya derrota abatida, acercándose su perdicion y que pues se habia pasado el Capitan Espindola, tambien se pasarian los demás al bando del Rey, acordaron de hacer lo mismo, y así á la vista de Aguirre, que estándolos mirando entendia que iban á embestir con sus contrarios, se entraron ellos amigablemente diciendo: Viva el Rey, que á su servicio venimos; á quien recibió el Maese de campo con mucho contento, y con el mismo le dijeron los reducidos se bajasen al fuerte, porque los que estaban dentro no solo no se defenderian, pero ántes se le entregarian todos, porque eran aquéllos de los que Aguirre se temia. Miéntras pasaba esto, intentó el Capitan Juan de Aguirre Navarro, dentro del fuerte, con algunos sus camaradas, matar al tirano, y no hallando aparejo para ello, cuando vieron bajar al Maese de campo al fuerte, se salieron de él a recibirle y ofrecérsele todos al servicio del Rey, y apellidando como los demás, viva el Rey, y no habiéndole ya quedado más que éstos que le salieron á recibir, porque los demás, miéntras Aguirre estaba fuera del fuerte mirando lo que hacian sus soldados contra los del Rey, se le habian escapado por un portillo viejo de la cerca, que estaba remendado con un bahareque á las espaldas de la casa, de manera que solo estaba

con el tirano el Anton Llamoso (que dijimos habia sorbido los sesos del Maese de campo en la Margarita), que no se le quiso apartar del lado, diciendo que pues habia sido su amigo en la vida, lo queria ser en la muerte, se fué allegando al fuerte el García de Parédes con todos juntos de compañía para quitarle al traidor la vida.

Viendo el Maese de campo la victoria que ya tenia entre las manos, despachó luego un mensajero de á caballo, que por la posta diese aviso de lo que pasaba al Gobernador y á los demás; que sabido por todos, partieron de tropel la vuelta del fuerte. Viéndose Aguirre ya desamparado por todos, y que solo le hacia lado el Llamoso, Capitan de su municion, le dijo que por qué no se iba con los demás á gozar de los perdones del Rey; pero respondióle otra vez lo que hemos visto arriba, que lo queria acompañar hasta la muerte; y no replicándole á esto nada el Aguirre, se entró en el aposento ya sin ánimo y todo cortado, donde estaba su hija (que ya era mujer), en compañía de otra que se llamaba la Torralva, natural de Molina de Aragon en Castilla, que habia bajado del Perú siguiendo la jornada, y no debiera de ser de mucha edad, pues el año de mil y seiscientos y doce la ví yo viva (aunque ya muy vieja) en la misma ciudad de Bariquisimeto; y poniéndole el demonio en el pensamiento que matara á la hija para que se acabara de llenar el vaso de sus maldades, se determinó á ello y le dijo: Encomiéndate, hija, á Dios, porque te quiero matar, y diciéndole ella: por qué, señor? respondió: porque no te veas vituperada ni en poder de quien te diga hija de un traidor. Procuró reparar esta muerte la Torralva, quitándole el arcabuz al Aguirre, con que la queria matar; pero no por eso se excusó el dársela, pues metiendo mano el traidor á una daga que traia, le dió de puñaladas y quitó la vida. Y habiendo hecho esto, se salió á la puerta del aposento y vió que ya entraba toda la gente del Rey, para quien no tuvo manos siquiera para disparar un arcabuz y vender bien su vida (que todo lo pudiera hacer), ántes desmazalado, soltando todas las armas, se arrimó como un triste á una barbacoa ó cama que estaba allí en una pieza ántes del aposento, á donde habia entrado de los primeros (antes que el Maese de Campo) un Ledezma, espadero, vecino del Tocuyo, el cual, cuando vió entrar al García de Parédes, pretendiendo ganar gracias, le dijo: Aquí tengo, señor, rendido á Aguirre; á quien respondió: no me rindo yo á tan grandes bellacos como vos, y reconociendo al Parédes, le dijo: señor Maese de Campo, suplico á vuesa merced que pues es caballero, me guarde mis términos y oiga, porque tengo negocios que tratar de importancia al servicio del Rey.

Respondióle el García de Parédes que haria lo que era obligado, y temiéndose algunos de los mismos soldados de Aguirre que de quedar él con vida podian correr riesgo las suyas, pues podia ser cantase contra ellos lo que habia pasado en la jornada, persuadiendo al Maese de Campo, diciendo no convenia otra cosa á su honra, que le cortase la cabeza ántes que llegase el Gobernador; y no pareciéndole mal al Maese de Campo el consejo, le dijo al Aguirre que se desarmase, y á dos arcabuceros de los mismos Marañones que le disparasen los arcabuces, como lo hicieron, con que quedó muerto; si bien hay quien diga que al primer arcabuzaso que le dieron, por haber sido al soslayo, dijo: éste no es bueno; y al segundo, que le dió la bala por los pechos, dijo: éste sí; y luego cayó muerto. Saltó luego sobre él un soldado llamado Custodio Hernández, y aun no de los ménos prendados del tirano, y por mandado del Maese de Campo le cortó la cabeza, y sacándola de los cabellos, que los tenia largos, se fué con ella á recibir al Gobernador, pretendiendo ganar gracias con él. El Maese de Campo (por ser el despojo más principal que á él le pertenecia) buscó luego las banderas y estandartes, y subiendo con ellas á la ermita, que estaba, como dijimos, arriba, cerca del fuerte, allí las desplegó, y viendo que ya se iba acercando el Gobernador, salió á recibirlo, arrastrándolas en señal de la victoria, que comenzaron luego á celebrar entre todos; si bien el Gobernador tuvo algun sentimiento de que hubiesen muerto al tirano sin su licencia; pero disimulando, por no tener ya remedio, mandó que enterraran la hija en la iglesia y al padre lo hiciesen cuartos y pusiesen por los caminos.

La cabeza se llevó á la ciudad del Tocuyo, y puesta en una jaula de hierro, estuvo muchos dias para escarmiento de los que la viesen, y su calavera permanece hoy en aquella ciudad juntamente con sus banderas, y el corpiño y saya de raso amarillo que tenia la hija cuando la mató, con las señales de las heridas. El Capitan Bravo con sus soldados de Mérida y los de la Valencia, para que quedase alguna memoria en sus pueblos del servicio que habian hecho en esto al Rey, pretendieron llevar algunas de las banderas del tirano, á que no acudiendo el Gobernador ni los de la gobernacion, pareció bastaba se le diese á cada pueblo de éstos una mano de las del traidor para que la pusiesen en el rollo de sus pueblos,

y viniendo todos en ello, se les dió á los de la Valencia la mano izquierda y á los de Mérida la derecha, que las llevaron los unos y los otros á sus pueblos en una punta de una lanza. Despedidos ya los del Tocuyo, advirtiendo en el camino cuán poco les importaban, dicen que se las echaron á los perros y se las comieron, aunque lo cierto es que los de la ciudad de Mérida, cuando pasaron á su ciudad por el famoso rio Motatan, arrojaron la mano en él, con que se libraron del mal olor que ya llevaba. Hízolo tan valerosamente este Capitan Pedro Bravo de Molina con su gente de Mérida en toda ocasion y puesto en que se hallaron contra el tirano, que fueron la mayor parte de conseguir esta victoria; que despues premió el Rey con larga mano, por haber sido un negocio tan importante y haberse habido todos sus soldados y vasallos con valerosos ánimos en él. Al General Gutierre de la Peña le hizo Mariscal; al Maese de Campo Diego García de Parédes, que luego se partió á Castilla á pedir el premio de sus trabajos, lo hizo Gobernador de Popayan, que lo gozó bien poco, como luego diremos. A quien ménos hallo medrado de esto es al Gobernador Pablo Collado, que por haberse despues mostrado acedo con los vecinos de su gobierno, se deslustraron las buenas facciones que tambien hizo.

CAPÍTULO LII.

I. Dícese su patria, naturaleza y algunas costumbres de Aguirre—II. Ocupaciones que tuvo Aguirre los años que estuvo en el Perú—III. Pónense en suma los daños que hizo Aguirre—IV. Aunque el Gobernador cumplió lo que prometió á los Marañones en algunas partes, fueron castigados algunos.

ERA Lope de Aguirre Lipuzcuano, natural de la villa de Oñate, hijo de padres hidalgos, personas de mediano estado, cuyos nombres no se han podido saber; tendria cuando lo mataron cincuenta años, ántes más que ménos, pequeño y menudo de cuerpo, mal agestado, la cara pequeña y chupada, barbinegro, los ojos de cascabel, en especial si miraba de hito ó estaba enojado; gran hablador, bullicioso y determinado cuando se hallaba en cuadrilla, pero fuera de ella pusilánime y cobarde; sufria mucho el trabajo, así á pié como á caballo; andaba armado de continuo, y tan apercibido, que nunca le hallaron sino con dos cotas, ó con una y un peto ó celada de acero, su espada, daga, arcabuz y lanza; dormia muy poco, á lo ménos de noche, aunque de dia reparaba algo de esto; era enemigo de buenos y de toda virtud, en especial de rezar y que nadie rezase delante de él, y así en viendo á algunos de sus soldados con oras ó cuentas en las manos, se las quitaba, rompia y quebraba, diciendo no queria sus soldados muy cristianos ni rezadores, que eso se quedase para los frailes y monjas que se les entiende de ello, sino que si fuese menester jugasen con el diablo á los dados sus almas; y solia decirles que Dios tenia el cielo para quien le sirviese y la tierra para quien más pudiese; y que tenia y sabia por cierto no se podia salvar, y que estando vivo ardia en los infiernos; y que pues ya no podia ser más negro el cuervo que las alas, habia de hacer tantas maldades y crueldades, que viniese á sonar su nombre por toda la tierra y hasta el noveno cielo; y que no dejasen los hombres, por miedo del infierno, de hacer todo lo que su apetito les pidiese, que solo en creer en Dios bastaba para ir al cielo, y que le mostrase el Rey de Castilla el testamento de Adan para ver si en él le habia dejado heredero de las Indias.

Vivió Aguirre en el Perú más de veinte años, muy de otra suerte que él decia en la carta que escribió al Rey habia vivido, porque su ejercicio era domar potros y hacer caballos suyos y ajenos pagándoselo, y quitarles los resabios, creciendo él cada dia en los suyos. Fué siempre inquieto, amigo de revueltas y motines, y así en pocos de los que hubo en su tiempo en el Perú dejó de hallarse. No se supo hubiese servido en cosa noble, ni á su Majestad jamás á derechas; solo se sabe fué con Diego de Rójas á la entrada de los Chunchos, y saliendo de allí fué con el Capitan Pedro Alvarez Holguin al socorro de Baca de Castro, y víspera de la batalla de Chupas se escondió en Guamanga, por no hallarse en ella. En el alzamiento de Gonzalo Pizarro, aunque fué por Alguacil de Verdugo, se quedó en Nicaragua y no volvió al Perú hasta pasada la batalla de Jaquijaguana. Hallóse despues de esto en intentar muchos bandos y motines que no tuvieron efecto; y en la muerte del General Pedro Alfonso de Inojosa, Corregidor de las Charcas, con don Sebastian de Castilla; y como á uno de los principales de este motin le condenaron á muerte, que no la ejecutaron por haberse escapado y escondido tan bien que no lo pudo haber á las manos el Mariscal Alonso

Alvarado, por buenas diligencias que hizo, y andando alzado por esto se rebeló contra el Rey Francisco Hernández Giron, y habiendo dado los Oidores del Perú perdon general á todos los que se hubiesen hallado en otras rebeliones, que quisiesen servir al Rey en la guerra contra el Francisco Hernández, por gozar de esta vendeja se metió debajo del estandarte real y se halló en una refriega en que le hirieron en una pierna (de que anduvo despues siempre cojo) que no se holgó poco, por serle esto ocasion de no hallarse despues en el rompimiento. Eran tantas las sediciones que levantaba en cuantas partes se hallaba, que no pudiéndole tolerar en ninguna del Perú, estaba desterrado de las más, por lo cual le llamaban Aguirre el loco. Tuviéronle en el Cuzco á pique de ahorcar por otro motin que él y Lorenzo de Salduendo, su compañero (á quien, como ya vimos, mató), ordenaban contra su Majestad. Huyóse por esto de la cárcel, con que andaba al monte, y perseguido de todos, que fué causa para que entrase en esta jornada de Pedro de Ursua, con intentos de hacer todo lo que hizo y lo demás, y por la fama que habia de que Pedro de Ursua la habia emprendido para volver con la gente de ella sobre el Perú, como hemos dicho.

Llegados al pueblo de los Motilones, y viendo que los intentos de Ursua eran otros que la fama dicha y muy de servir á su Rey, le intentó matar, y levantar por su General á don Martin, aquel que Ursua hizo volver al Perú, sobre quien queria volver el Aguirre, que no teniendo esto efecto, mató al Pedro de Ursua y los demás, como hemos dicho, pues en solo cinco meses y cinco dias, que fué el tiempo de su tiranía, quitó la vida á sesenta personas españolas, y entre ellas un clérigo sacerdote, otros dos religiosos de la órden de nuestro Padre Santo Domingo, cuatro mujeres con una hija, asoló cuatro pueblos de españoles, robando todas las haciendas que pudo haber á las manos : todo bien diferente de lo que él dice al Rey en su carta, que la causa porque se alzó y le negó la obediencia fué por no haberle gratificado sus servicios, y fueron los que hemos repetido y otros muchos de su pelaje, que dejamos por no hacer más prolija su historia de lo que es.

El Licenciado Pablo Collado, Gobernador de Venezuela, guardó puntualmente todo lo que prometió por sus cédulas, en nombre del Rey, á todos los que se pasaron á su servicio, y haciéndoles buenos tratamientos miéntras se estuvieron en su gobierno, les dió licencia para que se fuesen donde quisiesen, con que se desperdigaron por muchas partes de esta tierra firme, que fueron semilla sembrada de rebeliones y alzamientos. Lo cual queriendo atajar el Rey, luégo que tuvo noticia del suceso, despachó el año siguiente de mil y quinientos y sesenta y dos desde Madrid cédulas á todas las Provincias de estas Indias, para que prendiesen á todos los Marañones, donde quiera que los hallasen, y se los enviasen á España, á donde no llegó ninguno, por haberse sabido bien guardar, aunque no todos, pues en la ciudad de Mérida, de donde hemos dicho fué el Capitan Pedro Bravo contra el tirano, prendiendo á Pedro Sánchez Paniagua, su Barrachel de campaña, lo hicieron cuartos, por haber sabido cuando los desbarataron era de los más culpados. Lo mismo hizo con Anton Llamoso, aquel fiel amigo del Lope de Aguirre, el Capitan Ortum Velasco, en la ciudad de Pamplona, siendo allí justicia mayor. Tampoco se descuidó esta Real Audiencia de Santafé en poner diligencia para recoger á estos Marañones, despachando para ello Reales provisiones por muchas partes, como en especial me consta haberla tenido en la misma ciudad Francisco de Santiago, caballero del Hábito de Cristo, que no fueron en vano, pues se prendieron Francisco de Carrion, Alguacil mayor del tirano, Roberto de Susaya, su Capitan de la guardia, el Capitan Diego Tirado, García de Chávez, Diego Sánchez de Balboa y un portugués, que de camarada se iban al Perú, y los castigó de manera que ni ellos ni los demás, que por sus buenas diligencias se escaparon de esto, osaron levantar cabeza para nuevos rebeliones, pues no hemos visto otro (por la bondad de Dios) en estas Indias despues de éste de alguna consideracion.

SEPTIMA NOTICIA HISTORIAL

DE LAS

CONQUISTAS DE TIERRAFIRME

CAPÍTULO I.

I. Envíanse algunas quejas contra el Gobernador Pablo Collado á la Real Audiencia de Santo Domingo, de donde se despacha Juez que las averigüe—II. Quédase gobernando en lugar del Licenciado Collado el Licenciado Narváez, que envía una tropa de soldados al socorro de los pueblos de Carácas—III. Dánles en el camino una guazabara con que mueren todos, fuera de tres ó cuatro. Despuéblanse los dos pueblos de la Provincia—IV. Llega García de Parédes á un puerto de aquellos que traia el gobierno de Popayan, y mátanlo allí los indios.

DESPEDIDA la gente de la ciudad de Mérida y de los demás pueblos que se hallaron en el socorro á la muerte del tirano Aguirre, fué procediendo en su gobierno el Licenciado Pablo Collado con algunas acedias y destemplanza en el modo de disponer las cosas, que no se le habia conocido hasta allí, causado todo de algunas ocasiones que le dieron los de la Gobernacion en el trazar las facciones que se hicieron contra el tirano, y en la reparticion de su despojo, en especial de las armas, teniéndose cada cual por merecedor de las mejores, con que fué imposible contentar á todos. De esto y de otras ocasiones de su gobierno fueron luego aquel mismo año algunas quejas á la Real Audiencia de Santo Domingo, que aunque no eran de mucha sustancia, ni iban del todo averiguadas, parecieron bastantes para despachar á la averiguacion de su verdad un Juez desde aquella ciudad, que viniera á las del Tocuyo y Bariquisimeto, con comision de que si hechas las diligencias de lo que se le imponia al Pablo Collado, se hallase ser así, y á esto se le acumulasen otras causas, que todo ello fuese bastante para suspenderle del gobierno, lo hiciese así el que llevaba la comision, y remitiese al Gobernador á España, y quedase él en su lugar gobernando. Comision que la he visto dar muchas veces con este modo, y aunque otras tantas he cargado el juicio en la justificacion que tenga, no le he podido hallar rastro, pues es cierto que aunque aquel contra quien se da de esta suerte haya sino un Juez rectísimo y muy justificado en sus acciones, como del hallarle culpas penda la comodidad del que se las va á buscar, se las ha de hallar (hablando segun la comun condicion y torrente de los hombres) aunque sea sacándolas del centro de la tierra, y mejor se suele salir con este intento con los Jueces más rectos, pues por haberlo sido y haber hecho justicia y ejecutado leyes contra ruines (porque para estos tales se hicieron y no para el justo, que él se es ley á sí mismo), vive siempre con más émulos y mayores calumnias. Pero pues esto se usa tan de ordinario, debe de haber alguna razon que lo justifique, que yo confieso no la alcanzo.

Al fin con este modo se dió una comision á un letrado de aquella ciudad de Santo Domingo, llamado el Licenciado Bernardez, que por sobrenombre le decian Ojo de plata, por uno que traia de este metal, que le suplia la falta de uno que le faltaba, y habiendo llegado á la Gobernacion y averiguado los cargos que le habian puesto al Gobernador, y pareciéndole ser bastantes para remitirlo á España, lo hizo, quedándose en el gobierno, ya el año de mil y quinientos y sesenta y dos, en el cual tiempo estaban ya poblados dos pueblos de españoles, en las Provincias de los Carácas, el uno llamado de Nuestra Señora de Caraballeda, á la costa y lengua del agua del mar del Norte, dos leguas al Leste del

puerto que hoy llaman de la Guaira, que es el de Santiago de Leon, y otro la tierra adentro, llamado San Francisco, de quien habian sido los principales pobladores dos hermanos mestizos, llamados los Fajardos, hijos de una india, señora de aquella Provincia, por lo cual les obedecian los indios de toda ella. Pero á la sazon que comenzó á gobernar este Licenciado Bernardez, estaban medio alterados, y estos dos pueblos puestos por esto en tan grandes aflicciones, y á pique de despoblarse si no se les enviaba socorro, que le fué necesario tratar luego de enviársele, como lo hizo, si bien ántes fué de daño que provecho, pues aunque su intencion fué buena, estorbó el buen efecto la mala disposicion con que se hizo. Nombróse para la faccion por Capitan á un Luis de Narváez, natural de Antequera, en Castilla, y habiendo juntado hasta sesenta hombres y dispuesto las cosas á la jornada, la comenzaron desde el pueblo de Bariquisimeto (que ya estaba reedificado arriba en el llano de la sabana un tiro de escopeta, de donde lo halló y quemó Aguirre, y de donde le dieron la primera vista los del bando del Rey, como dejamos dicho) y caminando por sus jornadas, hasta pasar de la Valencia é irse entrando por los indios de guerra, caminaban con tanto descuido los soldados que llevaban los arcabuces, municiones y otras armas liadas y hechas cargas sobre las bestias que cargaban lo demás. No dejaron de conocer este descuido los indios que les iban contando los pasos y todas sus acciones, en especial el caminar sin órden de guerra y muy divididos, aun en los pasos donde se podia temer mayor peligro, con que en uno de ellos dieron tan de repente los indios sobre todos, que aun cuando fueran bien prevenidos con las armas en las manos, no hicieran poco en librarse de ellos, por ser muchos, valientes, atrevidos y encarnizados ya en muertes de españoles, cuanto más llevándolas como las llevaban.

Por lo cual, no pudiéndolas haber á las manos para aprovecharse de ellas á tiempo, acordaron valerse de los piés, huyendo cada cual por donde podia, sin ser bastantes á detenerlos á hacer frente á los indios las persuasiones y voces de su Capitan Narváez, que sobre un caballo andaba con gran valor, haciendo la resistencia que por sí solo podia, que no pudiendo ser la que habia menester, aun para defender su persona, le dieron tantos flechazos á él y á su caballo, que con brevedad murieron ambos en la refriega, y siguiendo los indios con gran brío la victoria, entraban por los arcabuces tras los fugitivos, á quienes iban matando como iban topando, sin que se les escaparan más que tres ó cuatro (que por ser buenas lenguas y peones, y saber las trochas y caminos de aquella tierra que tenian ya conocida de otras veces, fueron á salir con innumerables trabajos á uno de los dos lugares poblados que dijimos arriba) uno de ellos portugués, que no sabiendo la tierra acertó á tomar el rumbo contrario de los otros, volviendo por el camino que habian llevado, y pareciéndole no podia escapar de una buena tropa de indios que le iban ya picando en los alcances, se volvió á ellos diciéndoles en su lengua portuguesa (por si acaso la entendian mejor que la castellana, los que no sabian la una ni la otra) que no lo matasen, suplicándoselo por la muerte y llagas de Cristo, porque él no habia venido á hacerles ningun mal, sino á serles su compañero y hermano ; añadiendo á éstas otras mil plegarias con que pudiese moverlos á misericordia (virtud mal conocida entre estos bárbaros), los cuales, no curando mucho de las exclamaciones del soldado, se le fueron allegando tan cerca que le alcanzaron con las macanas dos ó tres coscorrones, que le escocieron tanto, que le obligaron á dejar ruegos á una parte y meter mano á una mala espadilla que traia, con que comenzó á defenderse con tan gallardo brio, que á pocas vueltas tuvo tan mal heridos á tres ó cuatro de los que más le perseguian, que temiendo los otros no les sucediese otro tanto, tuvieron por partido (escapando sanos de sus manos) dejarle el camino franco, con que lo fué siguiendo hasta llegar á Bariquisimeto y dar la nueva del caso (aunque no de todos los malos sucesos) tan por entero como despues se supo, que fué no haber quedado vivos más que los tres, y de los indios é indias que llevaban de servicio, que era muy gran cantidad, no escapó ninguno de la guazabara, con todo el bagaje y carruaje, que puso tanto temor sobre el que se tenia á los dos pueblos, y por haber tenido noticia que briosos los indios de esta victoria hacian junta de toda la tierra para ir á dar sobre ellos, que pareciéndoles no ser bastantes á la resistencia, se retiraron los del pueblo de San Francisco al de Nuestra Señora de Caraballeda, desde donde no pudiendo tampoco hacer frente á los naturales que en toda aquella costa se habian rebelado, hicieron fuga en las piraguas y canoas que tenian de servicio del pueblo, unos al de la Burburata y otros al de la Margarita, dejándolos totalmente desamparados.

Pocos dias despues de esto, que iban ya entrando los primeros del año de sesenta y

tres, llegó á uno de estos puertos (cerca del sitio de Nuestra Señora de Caraballeda) de España, el Capitan Diego García de Parédes, que habiendo ido allá, como dijimos, luégo despues de la muerte de Aguirre, le habia hecho su Majestad merced, por lo que en ella le habia servido, de hacerle Gobernador de Popayan, y como en aquella costa hubiese algunos indios ladinos, por la comunicacion que habian tenido en los dos pueblos de españoles, y conociesen al Gobernador Parédes, de las veces que habia entrado en aquella Provincia y estado en aquellos pueblos, y no supiese estaban despoblados, ántes entendia, por habérselo escrito á Castilla, estaba en alguno de ellos el Capitan Luis de Narváez, que era su grande amigo, con facilidad le pudieron engañar los indios, que luégo surgió ; llegaron á la costa y le hablaron con familiaridad, ocultándole lo que habia pasado y diciéndole podia con seguro saltar en tierra y descansar entre tanto que ellos enviaban avisar la tierra adentro al Capitan Narváez, por quien él ya habia preguntado si estaba allí. Creyendo el Gobernador ser esto así, sin echar juicio en el engaño con que le podian hablar los indios, saltó en tierra con algunos caballeros amigos suyos que llevaba consigo de España á su gobernacion. Trataron luégo los indios, en secreto, de matarlos á todos, y para salir con ello más á su salva, los convidaron á almorzar (debajo de las demostraciones de amistad con que se habian tratado) á sus casas, que estaban la sierra arriba algo apartadas de la mar, donde ya tenian puestos en emboscada muchos indios con todas sus armas, y con órden que cuando estuviesen comiendo los huéspedes diesen sobre ellos y no dejasen ninguno vivo, como lo hicieron ; pues apénas habian comenzado á comer, cuando se vieron cercados de una inmensidad de naturales que los flechaban con tanta fuerza y bríos, que los muchos con que aquellos caballeros se defendian, matando innumerables, no fueron bastantes para que no quedasen todos allí muertos, sin poderse escapar, sino solo un marinero, que pudiendo llegar con gran dificultad á un batel que habia quedado, con otros dos marineros en guarda, á la lengua del agua, pudo tambien llegar al navío, pero con tales y tan venenosas heridas, que murió luégo en entrando en él, habiendo dicho primero á sus compañeros que habia podido muy bien el García de Parédes escapar su vida de la refriega, pero que tuvo por mejor morir defendiendo á sus amigos, que huir con mengua de su persona y valentía, que conocieron bien los indios, pues tenian muertos más de ochenta cuando acabó la vida.

CAPÍTULO II.

I. Múdase el pueblo de Trujillo á otro sitio cerca del rio Motatan, y de aquí se mudó otra vez á otro peor—II. Viene por Gobernador en lugar del Licenciado Pablo Collado don Alonso de Manzanedo, que habiendo muerto á pocos dias, vuelve otra vez el Licenciado Bernardez al gobierno—III. Emprende una jornada el Gobernador Bernardez para los Carácas, con intentos de reedificar los pueblos que se habian despoblado en su tiempo—IV. Modo como se debe proceder en las conquistas y castigos de los indios.

MIÉNTRAS Diego García de Parédes permaneció gobernando la ciudad de Trujillo en su tercera poblacion (que dijimos habia sido en el valle de Bocono ó Tostos), estuvieron en paz sus vecinos y quietos en aquel sitio, pero en faltando él la primera vez (cuando por haber tenido algunos encuentros con el Gobernador Collado, y declinando jurisdiccion se pasó á la ciudad de Mérida y despues en España, como hemos visto), comenzaron á levantarse centellas de enemistades y discordias entre los vecinos, pretendiendo los que tenian repartimientos cerca de la primera poblacion, en el valle de Escuque, que se mudara allí ó por allí cerca, por ser más á su acomodo; y viendo los que los tenian en otras partes que no era el suyo, se dividieron en dos parcialidades, que muy al descubierto se hacian guerra, intentando los unos que se mudara y los otros que se estuviera allí. En estos bandos andaban cuando llegó á la gobernacion (á lo que dejamos dicho) el Licenciado Bernardez, que informado de los que pretendian la mudanza del pueblo, con facilidad alcanzaron licencia para ella, con condicion que edificándolo donde mejor les pareciese, le llamasen la ciudad de Trujido de Medellin, por ser él y sus padres naturales de aquel pueblo en España. Contentos los que pretendieron esto contra los del bando contrario, por haber salido con su intento, lo pasaron luégo y volvieron á fundar en las márgenes del rio Motatan, más al Norte, una legua de donde estuvo la primera vez, en una sabana que llamaban de los truenos, por una gran tempestad de ellos y de agua que le sobrevino una noche al Capitan Maldonado y su gente estando allí alojados. Llamáronle como le habia ordenado

el Gobernador, Trujillo de Medellin, donde tambien permaneció muy poco tiempo, por haber acudido dentro de pocos dias algunos tigres que les destruian sus ganados, cabalgaduras y gente de servicio, y muchas hormigas caribes, que les consumian cuanto plantaban y tenian en sus casas (castigo bien merecido á su liviandad), con que les fué forzoso zafar otra vez rancho, y de su propia autoridad, sin pedirle á su Gobernador licencia, y beneplácito de todos, cargaron su pueblo (con quien parece andaban como los Gitanos ó como los Alarbes de Berbería, que mudan sus aduares cada año, donde mejor les parece, solo por sacarse los ojos los unos á los otros), y lleváronlo á otro peor sitio, cuatro leguas el mismo rio abajo, pues lo plantaron dentro de una montaña tan brava y espesa, de tanta humedad, mosquitos, hormigas, tigres, zorras y otras mil incomodidades de animales, que no solo en aquel país, pero ni en algunas leguas á la redonda habita ningun natural, por ser tan malo.

Aquí pagaron de nuevo sus disensiones, pues en dos leguas á la redonda no tenian donde soltar una cabalgadura que comiera. Sus sementeras estaban otra tanta distancia, y se daban muy mal; todos se ponian hipatos, no se criaban niños, pues á poco de como nacian se morian todos, como tambien los indios que los servian; no tenian donde hacer una huerta; si soltaban una cabalgadura, en muchos dias no la hallaban, y solia estar junto al pueblo, por la espesura de la montaña, con que pasaron innumerables trabajos el tiempo que estuvieron allí, que no quisieran hubiera sido tanto. Pero dilatóseles, en castigo suyo, por no haber querido darles licencia para mudarse de allí don Pedro Ponce de Leon, que vino á gobernar la tierra en aquella sazon, entreteniéndolos con intentos de que echaran de ver mejor su yerro, diciendo no queria mudasen el pueblo hasta que él viese las incomodidades que le representaban, y como era hombre mayor, cargado de años y carnes, no se determinó en todo su tiempo á irles á dar vista, con que pasaron aquel purgatorio todo lo que él duró en el gobierno, hasta que despues se mudaron al valle de Parpan, cinco ó seis leguas al Leste, tierra calidísima y muy húmeda, donde estuvieron hasta cuando luego diremos.

Habiendo llegado á la Corte el Licenciado Pablo Collado, proveyó el Real Consejo de las Indias en su lugar por Gobernador de Venezuela á un caballero llamado don Alonso de Manzanedo, hombre mayor y enfermo, y que estaba más para descansar que meterse en trabajos de conquistas y gobierno. Llegó á éste ya mediado el año de mil y quinientos y sesenta y tres, y habiendo tomado residencia al Licenciado Bernardez y despachádolo á la ciudad de Santo Domingo, á pocos dias que comenzó á gobernar le sobrevino una enfermedad, sobre la de la vejez, de que murió, quedando el gobierno en los Alcaldes de cada ciudad, hasta que sabiéndose en la de Santo Domingo, despachó aquella Real Audiencia por Gobernador otra vez al mismo Licenciado Bernardez, por haberlo hecho bien en la pasada. El cual, á los primeros pasos que dió en su gobierno, advirtiendo que pues ya su suerte lo habia vuelto otra vez á él, no le estaba bien á su reputacion se dijese que gobernando él se habian despoblado los pueblos de Carácas, como dijimos sucedió, determinó luego ir él en persona á reedificarlos y poblar otros. Juntó para esto cien hombres de toda broza, pues muchos de ellos eran chapetones y sin ninguna experiencia de guerra, y por su General al Mariscal Gutierre de la Peña, que ya el Rey le habia dado este título de Mariscal y otras no sé qué preeminencias, por lo mucho que habia servido cuando desbarataron al traidor Aguirre.

Dispuestas las cosas á la jornada, fué caminando hasta entrar en las Provincias de los naturales Carácas, que luego que sintieron las pisaban españoles, con los brios que tenian de las victorias pasadas, se pusieron con sus armas á la resistencia, saliendo bien desvergonzada y atrevidamente á todos los caminos y pasos peligrosos por donde iban los nuestros, y como el General, por saber el modo que se habia de usar con aquellos bárbaros, comenzase á tenerlo de rigores (que es el que ellos entienden y no otro) para ir ganando tierra y sujetándolos, le iba el Gobernador á la mano, pareciéndole no se habia de proceder de aquella suerte, sin hacerles primero requerimientos con largos preámbulos, de bien poca importancia, á lo ménos en aquellas ocasiones para aquella gente, que de ninguna suerte se gobiernan por otra razon ni justicia, ni entienden ir otra justificacion más de la que con el rigor de las armas se puede haber, y así tienen por sobrados los requerimientos que se les hacen, pues por no entenderlos ni ser capaces de esto, viendo que son palabras gastadas al aire, responden á ellas con rociadas de flechas y rigores de las demás sus armas, como lo hacian á estas arengas del Gobernador.

Y así tengo por lo más acertado cuando se entra á las conquistas de nuevo, ó hacer

algunos castigos en estos indios, ó haberse con ellos con moderacion cristiana, y no proceder con excesos y atrocidades, pues la capacidad de los más avisados no llega ni se ha visto hasta hoy llegar á entender requerimientos, con que cesa la razon de culparlos, diciendo se les han hecho ya notificaciones para justificar los Capitanes la causa de la guerra, y no los han querido admitir ni obedecer, pues no se les puede atribuir haber incurrido por esto en delitos, por no entender, como hemos dicho, qué son requerimientos, ni para qué efecto se les hacen, pues solo entienden los daños que ven presentes en sus tierras, y cómo se las quieren poseer, quitarles su libertad y sujetarlos á servidumbre, y esto es lo que procuran defender y resistir con sus armas, dificultad que no se puede apear las más veces, ó casi todas, sino es con las de los españoles.

CAPÍTULO III.

I. Sálese de los Carácas sin ningun buen efecto el Gobernador Bernardez, y viene al Gobierno don Pedro Ponce de Leon.—II. Envía el Gobernador al Capitan Diego de Lozada á Carácas, pacifícala y puéblala. Calidades de la tierra.—III. Entran franceses y escoceses cosarios de noche en la ciudad de Coro, cautivan algunas personas y roban las haciendas. Húyense el Obispo y el Gobernador.—IV. Muere el Gobernador don Pedro Ponce de Leon y viene en su lugar Juan de Chávez.

FUÉ tan enfadoso el modo que hemos dicho tenia el Gobernador para los soldados (con todo el demás gobierno, con que disponia las cosas de la conquista) que determinó el Mariscal Gutierre de la Peña volverse al Tocuyo, como lo hizo, viendo se gastaba el tiempo, salud y hacienda en cosa que solo servia de poner en riesgo las vidas y peligrar todos de balde, y así tomó la vuelta de su ciudad, con algunos amigos, dejando á los demás con el Gobernador Bernardez en mayores peligros que hasta allí habian estado, y más desganados los soldados de ir prosiguiendo la conquista, de que hacian demostraciones claras en la tibieza y mano floja con que cumplian lo que les ordenaba, á fin de que se enfadase de ser Capitan, y dejando aquello para quien lo entendia, se volviese á ser Gobernador á los pueblos de paz, como lo puso en efecto, pues dejando aquello ya dentro de la Provincia empeorado (de como lo habia hallado, con toda la gente que le habia quedado) tomó la vuelta de Bariquisimeto y Tocuyo, donde estuvo hasta el año de sesenta y cuatro, que habiéndose sabido en el Real Consejo de Indias la muerte del Gobernador Manzanedo, proveyó en su lugar á don Pedro Ponce de Leon, que llegando este año á su gobierno, y habiéndole tomado residencia al Licenciado Bernardez y enviádolo á España, puso grandes veras en que se pacificasen los Carácas, por lo mucho que cada dia iba creciendo la importancia de esto, por estar ya tan desvergonzados con las muchas victorias que habian tenido, las más de ellas ocasionadas del mal gobierno de los que habian entrado, que atrevidamente se alargaban á saltear, robar y matar los indios amigos y que de paz estaban sirviendo á los españoles.

Para este efecto envió el Gobernador doscientos hombres bien pertrechados de armas y caballos, con muchos indios amigos, al Capitan Diego de Lozada, que entrando por sus Provincias tuvo tan buena maña, traza, disposicion y gracia con los indios, que sin derramar casi ninguna sangre, pacificó la mayor parte de ellos y reedificó los dos pueblos que se habian despoblado, aunque no en los mismos sitios, llamándole al uno Nuestra Señora de los Remedios, y al otro Santiago de Leon, á devocion del Gobernador, porque quedase embebido en el nombre del pueblo parte del suyo. Repartió la tierra entre algunos de los que fueron con él, que se avecindaron en ambas á dos ciudades, aunque solo la de Santiago permanece hoy donde la fundó, en un valle que llaman del Guairo, por un pequeño rio llamado así, que corre por medio del de Oeste al Leste. Hacen este valle dos cordilleras, una al Norte, que pone término al mar, con unas bien encrespadas sierras, y otra al Sur, de no tan alta serranía. Está la ciudad tres leguas escasas del puerto de la Guaira, que la mitad es subida y la otra mitad bajada, en un templadísimo país, sin ningun frio ni calor en todo el año, aunque la costa es calidísima. Esta buena templanza hace darse en todo el valle (que correrá ocho ó diez leguas) mucho y muy lindo trigo y cebada, caña dulce, grandes campiñas de añil, toda suerte de hortalizas de Castilla, por extremo, en especial repollos y todas las frutas que se le han plantado en nuestra España, como higos, granadas, membrillos, en gran cantidad, algunas uvas y todas las naturales de la tierra, que sobre todo tiene el ser

muy sana y de muy buenas aguas. Estas comodidades que hay para la gente (por serlo tambien para sabandijas nocivas) hace que sea algo desacomodada en la vivienda, pues hay muchas y venenosas culebras, innumerables ratones y niguas, y al fin (como cosas de este mundo, que jamás se halla un sí sin un si no), no hay comodidad que no tenga su alguacil. Tiene una buena iglesia donde de ordinario asiste el Obispo, por ser tierra más apacible que la ciudad de Coro, donde está la catedral. Tiene un convento de nuestro Padre Santo Domingo y otro de nuestra órden, de la santa Provincia de Santa Cruz y Carácas. Críanse en todos los términos de esta ciudad, con grande abundancia, toda suerte de ganados mayores y menores, fuera de los de lana, con cuyo natural no se acomodan las tierras calientes ó que toquen en eso. Los frutos de esta tierra son: cacao, mucho tabaco, zarzaparrilla, corambre, cebo y harinas, de que tienen mucha salida, en especial para la ciudad de Cartagena, por ser puerto abierto, aunque no muy bueno, por la inquietud con que de ordinario lo traen los nortes.

No ha venido á mis manos cosa en que pueda detenerse la historia en el tiempo de este Gobernador, desde lo dicho hasta lo que sucedió el año de mil y quinientos y sesenta y siete, dia de Nuestra Señora, de Septiembre, en la ciudad de Coro, donde llegaron este dia ciertos navíos franceses y escoceses, cosarios de aquella costa, y habiendo surgido de noche á la sorda en uno de aquellos puertos, dieron tan de repente sobre la ciudad, que tasadamente tuvieron lugar algunos para escaparse huyendo con sus mujeres é hijos, que no pudiendo ser todos, hubieron á las manos á otros, y todo lo que pudieron haber del pueblo, en el cual estaba tambien á la sazon el Gobernador don Pedro Ponce de Leon y el Obispo don fray Pedro de Agreda, que tambien tuvieron lugar, aunque con harta prisa, de subir á caballo y escaparse de la rabia de estos salteadores, que no traian otro hipo mayor que haber á las manos á los dos, más por vengar su herético coraje en sus personas que en sus riquezas, si bien no lo ejecutaron con poca crueldad en la iglesia catedral, que no habia otra, donde hicieron tan grandes estragos en las imágenes y cuanto pertenecia al culto divino, como en todas partes que pueden lo hacen los herejes luteranos, como lo eran, á lo ménos, los escoceses, si bien los franceses no me atreveré tampoco á asegurar quedaron limpios en estas maldades, que pasando con ellas adelante, intentaron asolar del todo la ciudad, matar los pequeños y llevarse los mayores que habian cautivado, como lo hicieran, si no les dieran por el rescate de todo dos ó tres mil pesos, en que se concertaron, con que dejando el pueblo hecho un hospital y con no pocos despojos, por estar entónces la tierra bien reparada, se volvieron á embarcar sin haberles sucedido cosa adversa, por ser la vecindad poca y menor la defensa, en especial para tantos enemigos como eran éstos. Fué tal el estrago con que quedó la tierra en esta ocasion, que hoy no ha podido alzar cabeza, y así los que lo son en lo espiritual y temporal por esta ocasion, y asegurarse de las que se les pueden ofrecer semejantes, no es su habitacion ordinaria en esta ciudad (aunque es la más antigua y cabeza, como hemos visto, de esta Gobernacion) sino en la de Santiago de Leon, á que tambien aficiona su mejor temple y abundancia, como desaficiona en ambas cosas la de Coro, y más en estos tiempos, donde ya le han quedado muy pocos y casi ningunos naturales. Murió este Gobernador don Pedro Ponce de Leon á los principios del año de mil y quinientos y sesenta y ocho, en cuyo lugar envió la Real Audiencia de Santo Domingo, para que gobernara en el interin, un Juan de Chávez, que á la sazon vivia en aquella ciudad, natural de la de Trujillo, en Extremadura, que gobernó algunos años.

CAPÍTULO IV.

I. Jornada que se hizo desde las Chachapoyas á los Llanos, desde donde salieron á la ciudad de Santafé.—II. Capitulaciones y asientos que se toma con el Rey para la conquista.—III. Mercedes que le hace el Rey á don Pedro de Silva.—IV. Hace leva de gente, y júntase en San Lucar, á quien pide moneda prestada para el flete de los navíos.

ENTRE los demás que probaron ventura en las conquistas de esta tierra firme, no fué el que ménos lo intentó un caballero llamado don Pedro Malaver de Silva, natural de Jerez de Badajóz, en Extremadura. Pasó á estas partes y habiéndose casado en el Perú en las Chachapoyas, ofreciéndose una jornada desde aquella tierra en demanda del fingido Dorado, entró con el Capitan que la hacia con la demás gente que venia á ella. Pasada la Cordillera de los Andes y comenzando á dar vista á los llanos, llevando siempre la proa al

Norte, aunque hallaban alguna gente era tan poca, y la tierra de tan malos estalajes, que la que iba en la jornada comenzó luégo á irse muriendo, con que les fué forzoso, para no acabar todos, dejar aquellos caminos y tomar el de este Nuevo Reino, en cuyo paraje se hallaban con solas noticias que les dieron los indios que encontraban, de que en las tierras más delante de las suyas, á las playas y márgenes del rio que llamaban Barraguan y Meta, habia innumerable cantidad de gente tan rica, que todo el servicio de sus casas era de oro y plata, con otras mil mentiras que ensartaban de esto, con fin de echarlos de sus tierras, despues de haber conocido que sus intentos eran hallar mucho de esto que les decian. Al fin torciendo el rumbo al Poniente, vinieron á salir los pocos soldados que quedaron por el paraje de San Juan de los Llanos á esta ciudad de Santafé con su Capitan (de quien no he podido saber su nombre) y entre ellos el don Pedro de Silva y el Capitan Soleto, que llenaron este Reino de estas grandes noticias, sobre las que en él habia con tan grandes encarecimientos, diciendo habian encontrado indios de vida política y urbana, con bien fundadas casas y pueblos, huertas y labores, que alteraron los ánimos de todos los del Reino para ir en demanda de estas tierras, como en efecto sucedió, saliéndolas á buscar desde esta ciudad de Santafé el Adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada, como diremos en la segunda parte.

Engolosinado el don Pedro de Silva de estas noticias, creyendo ser como las habian dado los indios, tomó la vuelta de Castilla el año de mil y quinientos y sesenta y ocho, con intentos de sacar licencia del Rey para la conquista de aquellas tierras, y poniendo veras en ello, á que le favoreció mucho don Diego de Córdoba, se le despacharon recados en el mismo año en Aranjuez, á quince de Mayo, con las condiciones siguientes: que luégo el mes de Septiembre siguiente habia de tener en la ciudad de Cádiz ó en la villa de San Lucar cuatro navíos, los dos de á doscientas toneladas y los dos de á ciento, bien pertrechados de gente de mar y jarcias, en que habia de embarcar para la jornada quinientos hombres, los ciento labradores y los demás soldados; y que se procurase fuesen los ciento casados todos con sus armas, arcabuces, ballestas, rodelas y municiones, y seis clérigos de los de la Compañía de Jesus, y todos los bastimentos necesarios para un año para toda esta gente, con quien él habia de ir en persona para el mejor gobierno, hasta llegar á las provincias de Omaguas y Omeguas y el Quinaco, y otras sus convecinas, en la distancia de trescientas leguas que se le señalaban de gobernacion, á quien le daban por nombre la Nueva Extremadura. En todo lo cual habia de ir descubriendo en nombre del Rey, haciendo para ello los autos y diligencias necesarias. Y por cuanto se despacharon recados al Capitan Serpa el mismo dia que éstos (como luégo diremos) para que poblara las provincias de Guayana y Caura, que comienzan desde las bocas del Drago, subiendo el rio Orinoco al Sur, con otras trescientas leguas de gobernacion, á quien llamaron la Nueva Andalucía. Que el don Pedro de Silva comenzara la suya desde los términos de ésta, corriendo siempre al Sur, donde pudiera ir fundando los pueblos que le pareciera convenir, y hacer en cada uno un fuerte para defensa de los españoles sus vecinos, lo cual habia de hacer dentro de cuatro años. Y en el mismo tiempo habia de meter otros quinientos hombres con otros seis clérigos ó frailes, los doscientos labradores y los más que se pudieran casados, con sus mujeres é hijos. Cien caballos, con otras tantas yeguas, quinientas vacas ó terneras, mil ovejas, doscientos puercos y cabras, trescientos esclavos para el servicio de las labranzas é ingenios de azúcar, y que se portase en todo como más conviniese al servicio de nuestro Señor y conversion de los naturales.

Hacíase por esto merced de aquel gobierno con todo el término dicho, por toda su vida y de un hijo ó heredero suyo á quien él nombraba, con dos mil ducados de quitacion pagados de los frutos y rentas que se fueran adquiriendo de lo conquistado, sin obligacion de darlo de otra parte si no los hubiese de ésta. Y que si cumplia enteramente con lo capitulado, se le daria título de Adelantado de dicha provincia de la nueva Extremadura, perpetua para él y sus sucesores, y de veinte y cinco leguas en cuadro pobladas de indios, en la parte que escogiere de todo su gobierno, y que si acaso en algun tiempo se pusiese en él Chancillería Real, se le daba la vara de Alguacil mayor perpetuamente. Que pudiera repartir la tierra y pueblos de los indios á todos los que entraran con él á la conquista, segun la calidad de cada uno y las tierras suficientes para crianzas de sus ganados y labranzas, aguas y heridos de molinos. Y que no pagasen más que el diezmo todos los pobladores de todas las minas de oro, plata, piedras y perlas y otros aprovechamientos por tiempo de diez años, ni derechos, ni almojarifazgos de lo que llevaren de Castilla, dentro del mis-

mo tiempo, para su sustento y necesidades de sus casas. Y que en cuanto á los salarios de las tenencias de las fortalezas, que habian de ser todas suyas, y de las penas de cámara que pedia para fundar Iglesias y Monasterios, y señalar propios á las ciudades ó villas que se fundasen adelante, se proveeria segun fuese avisando de lo que se iba conquistando. Diéronsele más quinientas licencias de esclavos libres de derecho, con que fuese la tercia parte de hembras para llevar á su gobernacion. Y que por cinco años pudiera traer dos navíos de hasta doscientas toneladas en el mar del Norte, para meter con ellos todo lo necesario á su sustento. Y que pudiera nombrar para ellos los pilotos y gente de la mar que mejor le pareciera. Tambien se le hizo merced perpetua de dos perquerías, una de perlas y otra de pescado, con que fuera sin perjuicio de los indios. Y últimamente, que si acaso muriese teniendo comenzada la jornada, pudiese nombrar persona idónea para que la prosiguiese con las mismas circunstancias que él la llevaba. Añadiósele que por la primera vez, para más asegurar su conciencia, queria el Rey enviar á su costa los sacerdotes.

El mismo dia, mes y año, y en la misma parte y con las mismas capitulaciones se le despacharon recados al Capitan Francisco Hernández de Serpa, para otra gobernacion que comenzara, como hemos tocado, desde las bocas del Drago y subiera el rio de Orinoco, comprendiendo las provincias de Guayana y sus convecinas, con distancia de trescientas leguas y título de la nueva Andalucía, de donde se le dieron de Gobernador, y si cumplia con los conciertos de Adelantado. Ámbos estos dos Capitanes hicieron de leva gente á una para estos intentos: el Serpa en otras partes de Castilla, y el don Pedro en Extremadura y la Mancha, que con voz ambos de que emprendian jornadas para el Dorado, les fué fácil, no solo la que se le habia dado licencia, pero pudieron dejar despoblada á España. Que tal y tan nociva ha sido esta voz del fingido Dorado para toda ella, como cada hora lo vamos echando más de ver y lo veremos más adelante, y con ella vinieron á Sevilla y San Lucar, ya á lo último del mismo año de sesenta y ocho, donde el don Pedro, viéndose con seiscientos hombres nobles y plebeyos, más de los ciento casados con todas sus familias, que los más de ellos vendieron sus haciendas para esta jornada, y que no tenia caudal para todo lo necesario á ella, pidió como prestado (á nunca volver), á todos segun el caudal de cada uno, desde diez hasta mil ducados, con que compró dos breas de gran porte para el viaje. Sacábales este préstamo engañándoles con esperanzas de haberles de volver lo que le diesen con grandes acrecentamientos, con que lo daban con gusto. Entre la demás gente noble que traia, fueron dos hermanos naturales de la ciudad de Alcántara, el mayor llamado Alonso Bravo Hidalgo, que habia sido criado de Ruy Gómez de Silva, á quien hizo el don Pedro su Maese de Campo; y el otro Diego Bravo Hidalgo, hombres ámbos de posibles, de grandes entendimientos y gobierno, que viendo la necesidad con que estaba el don Pedro de Silva, le prestaron mil ducados. Tambien se determinaron á la jornada seis clérigos, como lo pide la capitulacion; el uno se llamaba el Padre Castilblanco, Mocha el de la Torre, el Padre Abrego, del hábito de Sancti Spíritus, Francisco Pérez, Pedro Corredor y otro.

CAPITULO V.

I. Dáse á la vela don Pedro de Silva con su gente, y llega á la isla de la Margarita, donde trata con los vecinos de la parte más acomodada por donde comenzar á la conquista.—II. Determínase el Gobernador á hacer su entrada por la Valencia, y quédanse en la Margarita más de ciento y cincuenta soldados.—III. Dáse á la vela en la Margarita y llega al puerto de la Burburata y desde allí á la Valencia, donde se le huye la más de la gente.—IV. Dánse á la vela los dos hermanos Hidalgos desde la Margarita, tocan en la Burburata; sale don Pedro á comenzar su viaje desde la Valencia, y éntrase en los llanos.

CASI á pique se hallaban en Sevilla estos dos Gobernadores con su gente y navíos, para darse á la vela, cuando llegó la primera voz del alzamiento de los moriscos en el Reino de Granada, con que el don Pedro, sin aguardar á la segunda, sospechando lo que podia suceder, que le embargasen la gente para la pacificacion de ellos, como hombre vaqueano la hizo embarcar toda y venirse con ella á San Lucar, para que á título de que estaban ya embarcados y comenzando el viaje, no se le hiciese la molestia, que por no haber hecho lo mismo el Serpa se le hizo, embargándole su gente para el efecto; de suerte que tuvo necesidad de volver desde allí al consejo para el desembargo, con que le retardaron el viaje más de tres meses, que le llevó por esto de ventaja el Silva, pues con brevedad (por no tener impedi-

mento) se dió á la vela en San Lucar, á diez y nueve de Marzo, dia de San José, del año siguiente de mil y quinientos y sesenta y nueve ; y llegando con buen tiempo á la isla de Tenerife, por ir la gente muy estrecha en las urcas, le fué necesario echarla en tierra y echar nuevas derramas entre ella, para comprar otro navío y poder ir más acomodados ; con que se desacomodaron muchos soldados vendiendo sus vestidos y otras alhajas para darle lo que pedia, con que quedaron harto desabridos. De aquí se dió á la vela con las tres fustas, á mediado de Abril, y con buen viaje surgió en la isla de la Margarita, y con algunos soldados saltó en tierra y fué á la ciudad donde estuvo ocho dias, en uno de los cuales juntó á consejo de guerra en la plaza, á la sombra de unas grandes ceibas, rogando á la mayor parte de los vecinos de la ciudad que como gente experimentada en conquistas le informasen de lo que más convenia á la suya, en especial de la parte por donde se habia de entrar. Los vecinos más cuerdos que se juntaron á esto, fueron de parecer entrara por Maracapana, donde á la sazon estaba un pueblezuelo de españoles, y entre otras razones (con que fundaban esto) era, que pues en la isla habia copia de caballos y yeguas y los demás animales que habian de meter en la tierra, los llevasen desde allí en los mismos navíos, volviendo por ellos desde Maracapana despues que hubiese desembarcado la gente, desde donde, aunque alguna se disgustase, no tenia para dónde huir, como lo habia en todas las demás partes donde surgiese; y que desde allí podia comenzar luego su conquista á seis leguas del pueblo, donde ponian término los indios pacíficos y comenzaban los de guerra, que eran muchos.

Tenia ya el Gobernador determinacion de surgir en la Burburata y comenzar su viaje por la Valencia, con que le pareció bien el consejo, y así respondió á los vecinos se lo daban solo por su comodidad de venderle sus ganados ; á que replicó uno de ellos llamado Sálas, hombre de más de setenta años : estos señores y yo solo buscamos la comodidad de vuestra señoría (que así le llamaban los soldados por llevar título de Adelantado), que la nuestra no nos ha de venir de ahí, pues sin esa hemos sustentado nuestras casas honradamente desde que conquistamos estas tierras, y si no nos cree, el tiempo le hará experimentar esta verdad bien á su costa. Y volviéndose el viejo á los Capitanes y echándose mano á una venerable barba cana que tenia, les dijo : Por estas canas que se han de perder todas vuesas mercedes si siguen el parecer de su General, y con esto se salieron de la junta todos los vecinos, quedando el Maese de Campo y sus Capitanes procurándole persuadir á que tomase el consejo que les daban, pues las mujeres, niños y enfermos se podian quedar en Maracapana, con que iria descargada la demás gente, y libre para las facciones de la jornada, en que si faltasen las comidas, estaba tambien más acomodado el puesto para poderlas llevar de aquella isla. Estuvo tan terco en su parecer el Gobernador de comenzar su entrada por el puerto de la Burburata y la Valencia, que le obligó al Maese de Campo á decirle : No sé yo si estos señores Capitanes y soldados querrán poner sus personas en tan evidente riesgo, á que respondió el Gobernador, pues si vuesa merced lo teme tanto, yo le doy licencia, y á todos los que no me quisieren seguir, que se queden. Aceptó el Maese de Campo, y deshaciéndose con esto del todo la junta, despachó luego á que se le desembargase su hacienda y se la trajesen al pueblo, lo que tambien hicieron otros, quedándose en él más de ciento y cincuenta por todos.

Aquella misma tarde, sabiendo estaba determinado el Gobernador á darse á la vela, otro dia le pidieron los dos hermanos Bravos los mil ducados que le habian prestado, supuesto que ya no seguian la jornada, á que respondió con grande alboroto no los tenia, y porque no sucediese que por aquello mudase de intento el Gobernador en la licencia que les habia dado ó se levantase algun alboroto que pesase más que los mil ducados, no le trataron más de ello ni ningun otro de los que se quedaban, de lo que tambien le habian prestado. Dióse á la vela otro dia sobre tarde, y con buen tiempo desembarcó á los últimos de Mayo en el puerto de la Burburata, desde donde volvió á enviar á España á sus dueños los navíos, porque los dejó vendidos, habiéndolos comprado á costa de su gente. La cual comenzó luego desde el puerto á tomar la vuelta de la Valencia, acomodando los que pudieron su viaje en algunas arrias, que luego bajaron á esto, y otros á pié con sus carguillas á cuestas, llegaron al pueblo desde donde en veinte dias que le fué forzoso detenerse, proveyéndose de matalotaje y otras cosas necesarias á la jornada, se le huyó casi toda la gente, así casados como solteros, unos al Tocuyo y Bariquisimeto, Nirva del Collado, y otros escondiéndose por las estancias y hatos de los vecinos, que acudian á esto con voluntad, viendo que todos iban sin ella y perdidos, en especial los casados y que llevaban chusma de mujer é hijos y sin ninguna sustancia para poderse aviar.

El Maese de Campo y su hermano, á cuatro ó seis dias que se dió á la vela el Gobernador, se dieron tambien ellos con algunos de los soldados sus compañeros, que los quisieron seguir en un navío que iba á Cartajena, y tocando en la Burburata hallaron gran cantidad de botijas de vino y ropa de Castilla, que habia dejado allí el Gobernador, y en su guarda hasta treinta soldados, y viendo la ocasion en las manos para poderse pagar los dos Hidalgos de los mil ducados prestados, tomaron las botijas de vino que les pareció los valdrian, lo que tambien hicieron los demás soldados, tomando la cantidad de lo que montaba lo que le habian prestado, y juntos, así de los que llegaron como de los que estaban en resguardo de la ropa, se embarcaron y siguieron su viaje á la ciudad de Cartajena y de allí los dos Hidalgos el de este reino y ciudad de Santafé, donde se casaron. Los que quedaron en el puerto con lo que habia quedado de ropa y vino, avisaron luego al Gobernador á la Valencia, de donde volvió al puerto, y haciendo la informacion y causa como él quiso entre los soldados, condenó á muerte en ausencia á los dos hermanos Bravos por amotinadores y que le habian robado la hacienda. Hizo llevar la que le habia quedado á la Valencia, y abreviando su partida, viendo que se le abreviaba el número de su gente, la hizo á dos de Julio del mismo año de sesenta y nueve, comenzando á entrarse en los llanos con solos ciento y cuarenta soldados que le habian quedado, por no haberse querido huir con los demas, entre los cuales, aunque habia algunos Capitanes y gente de suerte, los demás eran de toda broza, labradores y oficiales, y casi todos chapetones. Metióse por una abra que hace una punta de la cordillera, ménos áspera que las demás; dió vista á aquellas inmensas llanadas de que ya dejamos tratado, que son todas á perder de vista y aun por muchos cientos de leguas, mirando á la parte del Este y á la del Sur, sin que se descubran dos lanzas de tierra ampollada. Está toda tan llena de unos pajonales tan grandes y más altos que un hombre, que apénas los pueden cortar caminando, y la paja tan áspera que siega la ropa. Topaban infinitos rios muy rápidos hasta llegar á los llanos, donde luego se extendian y amansaban; grandes ciénagas, y tan grandes tremedales, que temblaba la tierra á veinte pasos de donde la pisaban.

CAPÍTULO VI.

I. Jornada de Serpa y en lo que vino á parar toda ella.—II. Prosigue el Gobernador Silva su jornada con intolerables trabajos.—III. Caso que sucede en el Real con una india.—IV. Determina el Capitan Céspedes con una tropa de soldados salirse de la tierra, aunque lo dilata para mejor ocasion.

EL Gobernador Diego Fernández de Serpa, hecho el desembarco de su gente, en que se retardó tres ó cuatro meses, se dió á la vela con toda; entre la cual venia mucha noble y casada, en número de más de seiscientas personas, y con buen viaje surgió en el puerto de Cumanagoto, donde la desembarcó, y dado órden en los que se quedaron, comenzó luego su viaje con doscientos soldados, y entrándose en una tierra áspera, montuosa y habitada de belicosísimos indios, le embistieron tantos, tan de repente y con tanto brio, que no siendo bastante el de los españoles á resistirles y defenderse, mataron más de los ciento y entre ellos al mismo Gobernador, escapando los demás por gran ventura, y quedando con gran desventura toda la demás gente, en especial los casados con toda su chusma de mujeres y niños, que eran más de doscientos por todos. A los cuales socorrió el Capitan Francisco de Cáceres (que era uno de los de la jornada), aragonés, hombre noble; el cual tomando en la isla de la Margarita cuatro piraguas, sacó de allí esta gente y número de mujeres y niños que hemos dicho, con algunos otros soldados, y los llevó á diversos puertos y ciudades, y muchos de ellos despues vinieron á parar á esta de Santafé y á otras de este Nuevo Reino de Granada.

Entrado ya don Pedro de Silva en los llanos, sin atreverse á apartar de la cordillera, llevándola por muestra á la mano derecha y caminando por sus faldas (por ser tierra más tiesa y ménos cálida, con que desechaban los pantanos é intolerables calores del llano), iban la derrota al Sur. Encontraban algunas poblaciones de naturales, pero tan pequeñas, que la mayor era de cien casas, y tan raras, que lo que ménos estaba una de otra eran seis leguas, y algunas á diez y á veinte, de indios pequeñuelos, ellas y ellos feos, y tan cobardes que aunque dos veces en la jornada se juntaron hasta cuatrocientos á defender sus tierras, duraron entre ambos una hora, porque á la média huian todos y desamparaban sus pueblos como gente triste. Su mantenimiento es muy poco, de yucas y batatas, con algun maíz muy limitado, y harina de pescado que, molido, guardan en múcuras. Duermen en chin-

chorros y hamacas bien tejidas de algodon y pintadas de diferentes colores, de que los soldados hacian vestidos, y se tenia por dichoso el que podia haber alguna á las manos para esto, porque la aspereza de los pajonales, como hemos dicho, se los rompia en cuatro dias, y así hacian muchos, para resguardarlos, unos zamarrones hasta abajo de la rodilla, de pellejos de venados, zaeños, pericos ligeros, de que tiene la tierra innumerables. Caminando con el modo dicho, hacia el Gobernador alto en algunas partes cada mes, enviando dos tropas de á treinta soldados que diesen vista á la tierra por diferentes partes de los llanos; que habiendo corrido cada una treinta ó cuarenta leguas en circuito, volvian al alojamiento siempre, sin haber hallado más de lo que hemos dicho, despues de haber pasado innumerables trabajos de hambres, calenturas, hinchazones y otras enfermedades, de que murieron en veces más de veinte, de que tampoco se libraban el Gobernador y los que quedaban en los ranchos, pues solo tenian que comer lo que pescaban, algunos bledos y otras yerbas no conocidas.

Cuando salieron de la Valencia quiso seguir esta jornada un soldado portugués llamado Juan Fernández, criado de una viuda del mismo pueblo, de cuya casa sacó, para que le sirviera, una india ladina, moza y de buen parecer, que, aficionada del portugués, dejó la casa de su ama y se fué con él. En el viaje enfermó el Juan Fernández de las hambres y mal pasar, de manera que tanta flaqueza, que caminando un dia el campo por la espesura de un monte que no se pudo desechar, como á otros, por entrar éste mucho en los llanos, á la mitad del camino de dos leguas que tuvo de largo, se hubo de quedar arrimado á un árbol, ya con el alma tan en los dientes, que pasó la palabra de la retaguardia donde iba, que encomendaran á Dios á Juan Fernández, porque quedaba ya muerto: usanza de estas jornadas. La india, que oyó la voz, quiso volver atrás á ayudarle á bien morir; y no dándole lugar á esto, hubo de pasar el resto del camino hasta salir de la montaña, donde se ranchearon sobre una quebradilla de buena agua, que no hallaban en toda aquella tierra otra cosa buena sino ésta y pescado. Codiciosos algunos soldados al buen servicio de la india, se la pidieron al Gobernador, que emparejándolos á todos, se la dió al Capellan que llevaban, que era (uno de los clérigos que se embarcaron) el Padre Castilblanco, hombre muy recogido y de vida ejemplar, que por habérsele muerto una negra esclava suya, no llevaba quien le sirviera. Aderezóle aquella noche la poca cena que hubo al clérigo, y despues de acostado y sosegada la gente, pidió la india entre los soldados alguna cosa de comida, que de lo poco que tenian le daban con buena gracia, por tenerla ella en su persona. Lo que recogió metió en una olla y en otra unas brasas, y comenzó á tomar la vuelta con la oscuridad de la noche, á donde habia quedado el Juan Fernández, que ya con el deseo de vivir, rodando ó como pudo, se habia acercado un poco de donde lo dejaron : al fin lo encontró la india, y encendiendo lumbre y calentando la comida que llevaba, se la dió, con que quedó algo confortado. Metiólo la india en un chinchorro ó cargador, que acá llaman, y cargándolo á cuestas volvió con él al alojamiento, y al quebrar del alba, donde celebraron la caridad de la india y socorro que habia hecho al portugués, que al fin le dió la vida. El cual, por pagarle en algo, dijo al Gobernador que se queria casar con ella, como lo hizo luégo allí, y despues vivieron muchos años casados, mas contento el portugués (segun decia) que si tuviera por mujer una gran señora española.

Volviendo de una de estas salidas al alojamiento el Capitan Céspedes con la tropa de sus soldados, se rancheó una noche en una gran playa de arena que hacia una quebrada, donde habia gran cantidad de almejas, que hicieron plato, y no el peor que hasta allí habian hallado aquella noche todos. Iba entre ellos un mancebo llamado Talavera, natural de Vélez en España, muy acalenturado ; cenó de lo que los demás, almejas, pescado y algunos bledos, y habiéndole hecho sus camaradas un hoyo en la arena donde se acostara y una mala chozuela encima, para librarlo del sereno, se acostó, y habiéndose todos levantado y juntado al reir del alba, y echándolo á él ménos, lo hallaron muerto, y sacándolo de la cama para haberlo de enterrar, hallaron que debajo de él estaban hirviendo muchos gusanos, tan gruesos que parecian de ocho ó diez dias, y comenzados á comer de ellos los vestidos y partes de las carnes donde pudieron llegar ; de que se admiraron todos, en ver que en una noche hubiesen crecido tanto. Pero la malicia de la tierra y gran fuerza que tiene por allí el sol, hace crecer más aprisa que en otras partes estos animalejos imperfectos, y corromperse más presto los mixtos perfectos, como se echó de ver por los compañeros que se le morian á Lope de Olano en la costa de Veragua, el año de mil y quinientos y diez, que enterrándolos en las arenas del mar, en ocho dias se consumian los cuerpos como si

estuvieran enterrados diez años. Cuatro meses habian andado en estos llanos, con las necesidades que no podremos referir, cuando sucedió esto sin que tuviese esperanzas ninguno de su salud y vida, si aquello durara mucho. Y así prosiguiendo su tornavuelta este Capitan, encontraron una laguna que, aunque les era forzoso pasarla, por ser muy larga y no poderla desechar, no se atrevia ningun soldado, por parecerles muy sondable, hasta que un indio ladino de los del servicio se arrojó al agua y con su ejemplo los demás, con que la pasaron, dándoles por lo más hondo el agua á las gargantas. Puestos á la otra banda y cenado no sé qué que traian de un pueblezuelo que habian encontrado atrás, advirtieron que la laguna rompia por la cordillera y desaguaba á la parte del Poniente, donde les demoraban las ciudades de Bariquisimeto y Tocuyo. Iba entre esta tropa un soldado mestizo, que se les habia juntado en la Valencia, vaqueano de aquella tierra, que fiado en esto y en la demarcacion que desde allí hacia, conjeturó que aquella agua iba á parar cerca del pueblo de Bariquisimeto; y afirmándose en esto, dijo al Capitan, viendo la gana que mostraba con todos los soldados de salir de aquella tierra y de tantos y tan impertinentes trabajos como traian, que si gustaba de ello, él los sacaria á Bariquisimeto y si no que lo colgasen. No fué menester más que esto para alentar las ganas de los soldados, y así comenzaron luégo á persuadir al Capitan siguieran aquel rumbo y granjearan sus vidas que tan á peligro traian, sin poder por allí adquirir otra cosa. No vino mal en esto el Capitan, por no ser él el que ménos lo deseaba: pero moderó el deseo que tenian los soldados de que se efectuara luégo, diciéndoles no era razon perdiesen la poca ropilla que tenian en el Real y algunos diez ó doce sus camaradas que volviesen á él, pues estaba cerca y él daria traza con el Gobernádor (diciendo allí algunas cosas de las que pensaba fingir, para que estuvieran todos advertidos) cómo diesen la vuelta con brevedad y efectuasen la fuga. Prosiguieron con esto la vuelta del campo, que toparon más presto de lo que pretendian, por haber caminado con él algunas jornadas el Gobernador á la parte donde ellos venian.

CAPÍTULO VII.

I. Supo negociar el Capitan Céspedes volver á hacer salida con sus camaradas, con que tomó la vuelta de la serranía para sus intentos—II. Avisa el Capitan Céspedes de ellos al Gobernador, y que haga él lo mismo, y alójanse por algunos dias en un valle—III. Despacha el Gobernador un Capitan con treinta soldados, que prenda al Céspedes y los suyos, aunque esto vino á parar en que todos se juntaron con unos mismos intentos de salir de la tierra.

MIÉNTRAS el Gobernadar don Pedro de Silva hubo menester fingir condicion afable contra la natural aspereza que tenia en ella (para acariciar la gente cuando hacia la conduccion), supo bien disimular su natural hasta que se hubo embarcado, porque luégo, como lo violento no pueda ser perpetuo, acudió, como dicen, la gata al raton, y el hacer demostraciones de su condicion aceda y desabrida, aun con los sacerdotes que llevaba, con que tambien alteraba y desabria los ánimos de toda su gente. Tuvo tan grandes crecimientos esto en entrando en los llanos y comenzando á proseguir la jornada, por las incomodidades que hasta allí le habian sucedido, y echar ya de ver los ruines fines que habia de tener, que se hizo intolerable aun á sus deudos y amigos, de que tenia bien pocos, con que acrecentaba los deseos con que todos andaban de desampararlo y salirse de la tierra. Con estas acedas desabridas y descorteses palabras de que usaba el Gobernador, recibió en esta ocasion al Capitan Céspedes, el cual (como hombre prudente y porque no se desbaratase el concierto que traia de hacer fuga) supo reportarse tan bien y decirle palabras afables al Gobernador, en trueco de las ásperas que él le decia, que vino á persuadirle le volviese á enviar luégo (cosa que no se hacia con nadie), diciéndole que aunque no habian dado vista á cosa cierta (por volver al tiempo que les habia señalado), con todo eso le habian dado á unas tierras ampolladas y á muchos humos que salian de ellas, señal cierta de grandes poblaciones; y que pues él y sus soldados las habian descubierto, le suplicaba no les quitase la honra y provecho que su buena suerte les habia traido á las manos, porque él queria, dándole licencia, volver luégo á tomar aquel trabajo con sus compañeros y camaradas, que eran todos hasta cuarenta y seis Manchegos y Extremeños. No solo le dió la licencia el Gobernador, entendiendo ser esto así, pero aun se la alentó mucho de sus melancolías (que no eran poca causa de su desabrimiento) y considerándose ya gran señor, le hizo mil ofrecimientos al Capitan si salia bien con la empresa, y ya él mismo le alentaba para que abre-

viase la salida, con que no la retardó el Capitan más que hasta ocho ó diez dias. Y tomando la vuelta con todos sus camaradas (que eran el número dicho) de los mismos pasos que habian traido, llegaron á la boca del desaguadero de la laguna, por donde no les fué posible cortar, á causa de los grandes saltos y despeñaderos por donde entraba el agua, con que les fué forzoso torcerse á un lado, por algunas ensilladas ménos ásperas que hacia la serranía, en que padecian innumerables trabajos ; pues á la fragosidad del camino se añadian montañas tan cerradas, que no se podian romper sin irlo macheteando, que no era de poco afan, junto con las grandes hambres que les daba la falta de comidas, pues no tenian otras sino algunas frutas silvestres que conocia el mestizo, como vaqueano de aquellos arcabucos, y otras que conocian todos no ser nocivas, por estar comenzadas á comer de monos, de que hay por allí innumerables. Ayudaban tambien al sustento algunas raices, que aunque desabridas, la salsa de la hambre las guisaba, como las apetecia el gusto, que tambien se paladeaba con cogollos y raices de bihao.

Con estos trabajos iban subiendo las grandes cuestas de la cordillera, cuando despues de haber caminado algunos dias determinaron de comun consentimiento enviar aviso al Gobernador del rumbo é intentos que llevaban, y en una corteza de un árbol que llaman Mahagua (no la primera, que es muy tosca, sino otra que tiene entre ésta y lo vivo de la madera, que sacada y enjuta al sol queda delgada y tersa como papel, que lo es el ordinario de estas jornadas) le escribieron el aviso, sirviéndoles de tinta la que hicieron de una frutilla que echa otro árbol ó mata muy ordinaria en aquella tierra, y otras muchas que llaman Dividivi, que moliéndola y echándole agua se hace finísima tinta, y mucho mejor si en lugar de agua le echan orines, que por ser tan fina en toda aquella tierra y otras partes, dan color con ella á los cordobanes. Las palabras que llevaba la carta fueron breves y compendiosas, diciendo : Que atento á que los traia á todos perdidos, sin esperanza de mejor tierra y ventura de la que hasta allí habian visto, determinaban salir á tierra de cristianos; que hiciese él lo mismo, siguiendo sus pasos, pues le iban sirviendo en abrirle el camino. Esto despacharon con un indio casado, ladino, que llevaba el Capitan Céspedes de su servicio, cuya mujer quedaba en el Real, con que sirvió de estafeta con mucho gusto. Con el que llevaban estos soldados por ir ya en demanda de tierra cristiana, iban atropellando cien mil dificultades nuevas, en que cada hora estropezaban, hasta que vinieron á tomar la cumbre y comenzar á bajar las cuestas, que no tenian ménos dificultad que en la subida, si bien se alentaban del trabajo en algunos pedazos de montaña clara, que la podian pasar sin abrir camino. Llegaron al fin á dar vista á unas cuestas limpias de arcabuco, y desde ellas á unos hondos valles, en uno de los cuales (que era algo ancho) se ranchearon, por hallar en una quebradilla de poca agua que lo bañaba, tan gran cantidad de pescado de escama, que á manos cogian cuanto querian, donde les ofreció la ocasion á asentar por algunos dias para reformarse.

Sintió tanto el Gobernador el hecho de los soldados, por lo que le escribian en la carta, que despachó luégo con treinta á un Capitan llamado don Luis de Leiva, mancebo de hasta veinte y cuatro años, pero de prudencia y juicio de cincuenta, con órden de que prendiese la tropa del Capitan Céspedes, y que dejándolo á él colgado en un árbol, trajese al Real los soldados. Vió el don Luis, como dicen, el cielo abierto, para efectuar lo mismo que hacian los que iban delante, y así los imitó á pocos dias que salió del Real, enviándole á decir con otro indio lo mismo que ellos al Gobernador, y que se saliese, porque no llevaba pensamientos de volver. Rancheados estaban los delanteros y gozando de su quebradilla y pescado, cuando una tarde descubrieron sobre una loma, que la comenzaba á bajar el don Luis con sus soldados, y conociendo eran españoles que llevaban á ellos la derrota, se pusieron en arma, y cuando llegaban cerca, en forma de escuadron, y así lo estuvieron aguardando, hasta que llegando el don Luis al llano (la quebrada enmedio), despachó el Capitan Céspedes á preguntarle (ya que lo habian conocido) los intentos que traia, si bien luégo los echaron de ver, pues aunque los vió el don Luis en postura de guerra, no ordenó él su gente para lo mismo, ántes en dándole el recado de parte del Céspedes, salió luégo solo á verse con él, lo cual visto por el Céspedes, hizo lo mismo, y pasó la quebrada, y encontrándose se abrazaron con muchas cortesías y dieron á entender el uno al otro sus intentos. Mandó el don Luis, para más asegurar la gente del Capitan Céspedes, que la suya se ranchease de aquella parte de aquella quebrada, como lo hizo, debajo de unos árboles, sin que ninguno la pasase hasta otro dia, si bien esto no lo pudieron sufrir los soldados, pues luégo que co-

nocieron ser unos los intentos, pasaban unos á saludarse y complacerse á los ranchos de los otros.

CAPÍTULO VIII.

I. Determínase el Gobernador don Pedro de Silva á salir tambien de la tierra, siguiendo á sus capitanes, los cuales llegaron por sus jornadas á Bariquisimeto—II. A donde tambien despues salió el Gobernador, y de allí al Nuevo Reino, y tornando á porfiar en su jornada por otra parte, al fin muere con toda su gente—III. Fúndase la ciudad de Portillo de Carora por el Capitan Salamanca—IV. Múdase la ciudad de Trujillo al sitio que ahora tiene, y dícese de la poblacion de la nueva Zamora de Maracaibo.

LUEGO que supo el Gobernador la determinacion del don Luis, la tomó de hacer lo mismo, é irle siguiendo con hasta treinta soldados solos que le habian quedado, y algunos de ellos enfermos, con tres de los clérigos y alguna gente de servicio, con que comenzó luego á marchar. Como tambien lo hicieron los dos Capitanes Céspedes y don Luis, á cinco dias de su llegada. Y habiendo subido una gran cuesta y dado en unas llanadas, perdió el mestizo el tino y demarcacion de la tierra, de manera que vino á confesar no sabia dónde se estaban, pero aunque erró en la demarcacion, no erró en el decir eran aquellas tierras de españoles, pues salieran á ellas y al camino que iba desde la Valencia á Bariquisimeto, en menos de dos leguas que caminaran, si siguieran el rumbo derecho al Poniente, por donde desde la quebrada de Pescado decia el mestizo se habia de ir, pero deslumbróse habiendo torcido el viaje sobre la mano izquierda, por donde encontraron con un rio pequeño. Ya que se veian todos deslumbrados del camino, que juzgando ser el desaguadero de la laguna, que hemos dicho, lo fueron siguiendo agua arriba, sin osarse apartar de él por el pescado, que era solo con lo que se sustentaban, con algunas raices y cogollos de bihao. Por aquí fueron caminando algunos dias, cuando una tarde, habiéndose rancheado temprano sobre su márgen un soldado italiano, llamado Bautista, gran corneta, subiendo pescando el rio arriba, halló en medio de él detenidas en un palo, que lo atravesaba, unas hojas de rábanos y lechugas, con que volvió dando voces de contento, á media lengua italiana y castellana, diciendo lo que habia hallado. Echáronlo todos á burla, por solerlas él hacer algunas veces, que era hombre alegre y entretenido, hasta que llegó y mostró las hojas, con que recibieron todos notable contento, y dejando el sitio aquella misma tarde, unos por la una márgen y otros por la otra del rio arriba, comenzaron á caminar en demanda de donde habia venido aquella verdura, y á poco trecho de camino dieron los de la banda derecha en uno bien ancho y trillado, que siguiéndolo todos, los vino á sacar á una sabana donde estaba un hato de dos vecinos del pueblo de Nirva del Collado (de quien ya dejamos dicho), que se llamaban el uno Velásquez y el otro Ramírez, casados con dos hermanas, hijas de un vecino de Bariquisimeto. No estaban á la sazon los maridos en la casa, pero ellas, enviándoles á dar aviso, hicieron luego (como mujeres piadosas) matar una vaca y terneras y hacer comida abundante para los ochenta hombres, dos ó tres ménos, con que pudieron bien matar la hambre, aunque la traian represada de tantos dias. Llegaron á otro los maridos, que con la misma caridad y alegría tuvieron allí á todos los soldados otros dos dias, y al tercero se despacharon al pueblo, y desde él en tropas al de Bariquisimeto, y desde allí muchos á este Nuevo Reino y otras partes, aunque algunos quedaron en aquéllas.

El Gobernador don Pedro de Silva, habiendo, como dijimos, tomado las mismas trochas que sus dos Capitanes, se vino caminando por sus mismos pasos, aunque más espaciosos, por venir al de los enfermos. Y llegó algunos dias despues, ya entrados los del año de setenta, á la ciudad de Bariquisimeto, donde tuvo fin todo el aparato, estruendo y gastos de su jornada, despues de seis meses que la comenzó desde el pueblo de la Valencia. Desde éstos de la Gobernacion, sin detenerse en ellos ni en otra parte, tomó la vuelta de las Chachapoyas, y llegando de camino á la ciudad de Santafé, y hallando en ella á los dos hermanos Alonso y Diego Bravo, hidalgos, les puso demanda de la hacienda que le habian tomado en la Burburata, calumniándoles tambien el habérseles rebelado y quedado en la Margarita, que habiendo probado ellos haber sido esto con su licencia, y la toma de la hacienda no más de lo que montaban los mil ducados, como lo juraron los que se habian hallado presentes á todo, que estaban ya en la misma ciudad de Santafé, quedaron absueltos de la instancia, y el don Pedro pasó al Perú, desde donde volvió despues en España, y de

allí otra vez con una nave, y hasta ciento y sesenta hombres, á porfiar en su jornada, por la parte donde le decian los de la Margarita hiciera la primera; pero tambien le sucedió mal, pues metiéndola por las Bocas del Drago, en tierra fragosa y de caribes á la banda del Poniente, parte con la guerra y parte con la destemplanza de la tierra, los más ó todos sus soldados murieron, y él con ellos, porque entrándose en la nave en que iban todos, por la boca del rio Orinoco, que baja arrimada á la tierra firme, por la parte del Oeste, despues de haber caminado treinta leguas por sus aguas arriba y Provincias de caribes, comenzaron á debilitarse tanto todos de las hambres, enfermedades y llagas de mosquitos, que despues de haber muerto muchos, el resto de los demás quedó tan flaco, que conociéndolo los caribes, dieron sobre ellos, y sin hallar en ellos resistencia, por sus pocas fuerzas, solo dejaron vivo un soldado llamado Juan Martin de Albujar, que le reservó la vida un principal que lo hubo á las manos, para tenerlo por grandeza en su servicio, á que acudió el Juan Martin con tanta diligencia, y se supo portar con tan buen modo entre ellos, acomodándose al de todos, que por esto y la mucha valentía que conocian en él, y buenos ardides de guerra con que siempre salian victoriosos los de aquella Provincia donde él estaba, contra sus enemigos, y el haber aprendido bien aquella lengua, vino á hacerse tan señor de todos los indios, que á palos y mojicones castigaba sus flojedades. Tuvo mujer, casas, tierras y esclavos que le servian, y tanta libertad para poder salir y hacer ausencia por el tiempo que queria, como el más principal indio de la Provincia. Pero remordiéndole la conciencia de vivir tanto tiempo entre aquellos salvajes, despues de haberse bien informado de la tierra (de quien hablaremos largo, tratando en este tomo las cosas de Guayana), determinó, al traje de indio como andaba, totalmente desnudo y embijado con su arco, flechas y macana, bajar como pudiese á la costa del mar del Norte, donde pudiese buscar ocasion para pasar á las islas Trinidad ó Margarita, y poniéndolo en ejecucion, por varios sucesos y peligros de sierras é indios fieros, vino á parar al rio Esquivo, en la Provincia de los araucas, gente amigable para los españoles, de donde despues de haber estado seis meses, tuvo ocasion de ir con los indios de aquella Provincia, en piraguas, á sus rescates, al puerto y ciudad de la Margarita, donde saltando en tierra, hecho salvaje como sus compañeros, se entró luego en la iglesia de la ciudad, y comenzó, en lengua castellana bien cortada, hincado de rodillas, á dar muchas gracias á Dios porque lo habia sacado de entre aquellos bárbaros y traido á tierra de cristianos. Los que se hallaron en la iglesia, quedando admirados de ver al salvaje tan ladino en nuestra lengua, codiciosos de saber la novedad, le cercaron con otra mucha gente del pueblo, á quien fué luego llamando la voz del suceso del indio ladino, el cual, ya que hubo acabado su oracion, levantándose en pié, y viéndose avergonzado por estar con sola pampanilla á la vista de tantos hombres y mujeres, ántes de contar el suceso les rogó cubriesen sus carnes á lo español, pues él lo era como ellos, en lo que no hubo tardanza, trayéndole al punto, cuál los zaragüelles, cuál el jubon y ropilla, cuál la capa y el sombrero, hasta que en un punto quedó como los que lo miraban, y habiéndole dado posada, contó por menudo quién era y todos sus sucesos, que entre los que despues tuvo fué ser vecino muchos años de la ciudad de Portillo de Carora, y aun desde allí subió algunas veces á esta de Santafé.

Este mismo año de setenta, habiendo gente sobrada de la de Serpa y don Pedro en las ciudades de Bariquisimeto y Tocuyo, determinó el Gobernador, que como dijimos ya era Juan de Chávez, que hiciese una entrada desde el Tocuyo el Capitan Juan de Salamanca, vecino y Encomendero de la misma ciudad, á las Provincias de Curarigua y Carora, á la parte del Norte, entre ella y la laguna de Maracaibo, con quien fueron algunos hombres casados, con toda su familia, como fué un Alonso Gordon, Juan de Gamez, Benito Domínguez y otros solteros, como un Pedro González, Alonso Márquez, Diego Muñoz, Pedro Francisco y otros, que habiendo tenido algunas dificultades en el camino, llegaron á unas valientes sabanas muy llanas y limpias de arcabuco, que las atraviesa solo un pequeño rio, que cuando quiere se seca á sus márgenes. Fundaron una ciudad aquel mismo año, que le llamaron Portillo de Carora, que hoy pertenece á un convento de nuestra religion, de la santa Provincia de Carácas, tierra muy caliente y seca, buenísima para criar ganados mayores y menores, como no sean de lana, aunque suelen perseguirlos los innumerables morciélagos que se crian allí, de tal manera, que picándoles á los ternerillos y cabritos en las ternillas de las narices, se desangran de manera que mueren, aunque han salido con algunas trazas que han buscado para el reparo de esto, y entre ellas no ha sido la ménos importante criar gatos que anden entre los terneros en el corral, que cuando ven el

morciélago estar asido del becerrillo, saltan y lo cogen y matan como si fuera raton. Por el estiercol de las cabras que criaban en el pueblo, se ha venido á llenar la sabana de tanta maleza de espinos, que se ha hecho inhabitable; entre éstos se crian algunos de diferente especie de los comunes, de una hoja muy menuda y pintados en la corteza, de la misma suerte que el pellejo del lagarto, raida ésta y cocida con agua hasta darle el punto, se cuaja y hace tan fina brea, como de pinos; danse tambien árboles de bálsamo y brasil, buena caña dulce, melones, poca hortaliza y fruta así de Castilla como de la tierra, por ser tan seca. Son pocos los naturales que han quedado, y esos faltos de doctrina, por estar mal poblados y ser malos los países. Tiene puerto en la laguna de Maracaibo, aunque algo léjos, por la parte del Leste.

No habian aún en este tiempo hallado los de Trujillo sitio que les agradara para su ciudad, por estar tan desavenidas las voluntades de todos, y así, aunque ya se habia mudado, como hemos visto, á cinco ó seis partes, tampoco les agradó la que ahora estaban, por ser tierra muy húmeda y caliente, y determinando mudarse de allí, se metieron este mismo año dos leguas al Leste, y se poblaron en las angosturas de un valle tan estrecho, que no pudo la ciudad tener más que una calle, por los encrespados cerros y una quebrada que lo aprietan tanto, que parece está en prensa. Pusiéronle nuevo sobrenombre, llamándole la ciudad de Trujillo de Nuestra Señora de la Paz, tomándola por abogada, con deseos de que cesasen ya tantas oposiciones de ánimos como habian tenido hasta allí, que parece les ha salido como lo deseaban, por intercesion de la Vírgen, pues los disturbios se han convertido en una gran paz, de que goza al presente el pueblo, con que ya permanecerá en aquel sitio, y por tener bien fundadas casas de piedra, tapias y teja, una buena iglesia mayor, convento de nuestro padre Santo Domingo, con una razonable iglesia, y otro de recoletos de nuestra religion, de la santa Provincia de Carácas, y aun hecho y acabado otro de monjas, que por causas que han ocurrido no está aún fundado. A pocos dias que se poblaron aquí, estando una negra esclava lavando ropa en una quebrada que corre del Sur al Norte, á la parte de abajo del pueblo, halló en el agua un finísimo y bien crecido rubí, que fué ocasion á que se trastornase la tierra de la parte de arriba, con grandes diligencias, aunque en balde, pues no se pudo rastrear de dónde habia salido. El principal fruto de esta tierra es cacao, que se da tan bueno y con tanta abundancia, y tiene tanta salida, que dió licencia el Rey los años pasados, para que sobre veinte mil piés de estos árboles se fundase en esta ciudad un mayorazgo, merced que no sé yo si hay otra semejante en toda esta tierrafirme, aun sobre ningunas otras haciendas. Tambien se da en muchos de sus valles (porque toda es tierra doblada) mucho y muy buen trigo, de que se hace el mejor pan que yo he visto en estas Indias. Dánse todas las legumbres de Castilla, y muchas de las frutas, como granadas, membrillos, higos y algunas uvas, toda suerte de fruta agria ; no es tierra de minas ; su moneda suele ser cacao, lienzo de algodon y pita ; la descarga de sus frutos es un puerto de la laguna de Maracaibo, que llaman de las Barbacoas, cerca del rio Motatan, al Poniente. Ya en estos tiempos estaba poblada á la boca de la misma laguna de Maracaibo una ciudad que hoy permanece con nombre de la Nueva Zamora, que pobló la primera vez á su costa y mucion el Capitan Alonso Pacheco, uno de los primeros descubridores y pobladores de esta ciudad de Trujillo, y háse quedado con el nombre de Maracaibo, por el principal Cacique que hallaron los primeros que descubrieron la laguna, llamado así, de quien tambien ella tomó el nombre, donde hay tambien un razonable Convento de nuestra órden, de la misma Provincia de Carácas. Es pueblo de mucho trato por las fragatas que entran en él dos veces al año con mercadurías de España, de la ciudad de Cartagena, á donde tambien llevan los frutos de las ciudades de Venezuela y de Mérida, Gibraltar, Barinas y Pedraza, villa de San Cristóbal y ciudad de la Grita, que cargan en diversos puertos de esta laguna. Dánse en esta ciudad de la Nueva Zamora ó Maracaibo algunas frutas de Castilla y todas las de la tierra, buenos cabritos, gran suma de ganado mayor, por ser toda tierra llana á la parte que está fundada la ciudad, que es la del Oeste. Tiene la iglesia mayor un devotísimo Cristo que hace milagros, de que despues trataremos más largo.

CAPÍTULO IX.

I. Dáse en gobierno al Capitan Ponce la isla de la Trinidad, y por enfermedades la vuelven á desamparar—II. Vienen ingleses sobre la ciudad de Santiago de Leon, entran y róbanla—III. Trátase del pueblo de San Sebastian, de los Reyes y de sus frutos y calidades—IV. Del pueblo del Palmar, Cumanagoto, Cumaná y San Felipe de Austria y Guanaguanare.

NO estando aún poblada ni con dueño que la gobernase el año de setenta y uno la isla de la Trinidad, se le dió en gobierno por tres vidas á un Juan Ponce, vecino de la isla y ciudad de Santo Domingo, con las ordinarias condiciones que se suelen dar estos gobiernos en tierras despobladas y sin conquistar, como se estaba aún aquella, por haberla defendido bien sus naturales, que, como dejamos dicho, siempre fueron belicosos. Salió de España el Juan Ponce á su jornada con buena copia de gente de toda suerte, como siempre sucede en todas, y entre ella venian doce religiosos de nuestra sagrada religion, y por su Comisario un Fray Juan, á Dios dado para fundar conventos y hacer una Provincia. Llegando este Gobernador con su gente y habiendo saltado en la isla, comenzó luégo toda á enfermar de hambre, niguas, hinchazones y otros modos de pestilencia que les daba, que habiendo muerto la más de ella sin hallar reparo á estos achaques, la que quedó, no atreviéndose á perseverar en la tierra, unos tomaron la vuelta de España, y entre ellos el Padre Comisario con algunos religiosos, y otros aportaron á otras partes de esta tierra firme y á este Reino, donde llegó uno de los religiosos, llamado Fray Diego Ramírez, quedando con esto totalmente la isla despoblada, como lo estaba.

No se nos ofrece otra cosa que nos detenga la historia, hasta lo que sucedió el año de mil y quinientos y noventa y cinco en la ciudad de Carácas ó Santiago de Leon, por el mes de Junio, que fué llegar un inglés cosario con cinco ó seis navíos al puerto de Guaycamacuto, dos leguas de la ciudad y una del de la Guaira al Leste. Saltaron en tierra hasta quinientos hombres, sin haber quien les resistiera, y llegando al pueblo de los naturales, que estaba un tiro de mosquete, lo hallaron vacío, por haberse los indios puesto en cobro en el arcabuco, solo encontraron con un español en una casa, llamado Villalpando, que por estar tullido no habia hecho lo que los indios. De éste quisieron informarse de las cosas de la tierra, y para que mejor dijera la verdad le pusieron al pescuezo la soga para ahorcarle, que viéndose en aquellas angustias, rogó le dejaran y él los guiaria por una trocha excusada á la ciudad, con que la pudieran tomar sin ser sentidos. Esta era una senda de una legua hasta la cumbre de la cordillera, y otra desde allí al pueblo, tierra fragosa, que más es apeadero de gatos que camino de hombres. Por aquí fueron marchando bien armados los ingleses con su guia, hasta subir á la cumbre y dar vista á la ciudad, donde pareciéndoles ya no la habian menester, la ahorcaron y despeñaron, diciendo merecia aquello quien habia vendido su patria, porque se cumpliera el proverbio que la maldad aplace, pero no quien la hace.

Habiendo tenido aviso en la ciudad por algunos indios, de haber saltado los enemigos en tierra, no entendiendo vendrian por aquella trocha (caso que se atreviesen á entrar la tierra adentro, sino por la ordinaria del puerto de la Guaira) tomaron la vuelta de él los más soldados y capitanes con sus armas que se hallaron en el pueblo á resistirle la entrada. Pero entre tanto (como camino más breve y sin estorbo) bajando los ingleses de la cumbre á la mitad del camino que hay desde ella al pueblo, enarbolaron sus banderas y se pusieron en escuadron, y con buen órden militar se fueron llegando á la ciudad, que estaba sin defensa, por haber salido todos los soldados. Y así solo salió uno llamado Alonso Andrea con sus armas y caballo, á hacer una tan gran temeridad, como era uno solo pretender resistir á cuatrocientos bien armados, y así le hicieron luégo pedazos y entraron en el pueblo, que lo hallaron con poca ó ninguna gente, aun de las mujeres y chusma, por haberse dado prisa á huir cada cual por donde pudo á las estancias y arcabuco, con la poca ropilla, joyas y oro que la prisa les dió lugar arrebatase : y así hallaron los ingleses bien en qué meter las manos, de ropa de mercaderes, vino y menajes de las casas, con mucha cantidad de harinas. Fortificáronse en la iglesia y casas Reales, que están cerca de ella, desde donde salian á hacer sus robos, aunque no tan á su salvo, que habiendo revuelto sobre la ciudad los soldados y vecinos que habian ido al puerto con algunos indios flecheros, y estratagemas que usaban con el enemigo de noche y dia, todavía le hacian pagar con las vidas de muchos el

asalto: con todo eso no le pudieron echar de la ciudad en ocho dias, en que derribó y quemó algunas casas, sin atreverse á salir á las estancias, temiendo las venenosas flechas de los naturales, que tambien las experimentaron bien á su costa, en emboscadas que les echaban en el camino, que despues de este tiempo tomaron para sus navíos, en que se dieron á la vela, dejando la ciudad, al fin como la que escapaba de enemigos de la santa fe católica.

Veinte y cuatro leguas al Sur de la ciudad de Santiago de Leon está fundado otro pueblo de españoles llamado San Sebastian de los Reyes, en los llanos de Venezuela, de quien tantas veces hemos tratado, tierra muy caliente pero acomodadísima para ganado mayor, y cada dia más, porque quemando la sabana todos los años, la yerba que va renaciendo sale más blanda y de mejor sustento, y así es gran suma la que se cria en aquellas llanadas, á perder de vista, con maravillosas aguas de muchos rios abundantísimos de pescado. Sus frutos son mucha corambre, que se embarca en el puerto de Carácas, algun cacao, zarzaparrilla, tabaco, toda suerte de frutas de la tierra y algunas de las de España, tierra de muchas y venenosísimas culebras, contra quien proveyó Dios de reparo con un mineral de tierra blanca y blanda, que bebida con agua es muy fina contrayerba. Hay un convento de nuestra religion de la santa Provincia de Carácas.

Al Leste de este pueblo está otro tambien de la misma gobernacion de Carácas, cuarenta leguas, que llaman el Palmar, tierra tambien muy caliente, de mucha cria de ganado, granjería de cueros, tabaco, maiz, minas de oro, plata y cobre, gran suma de zarzaparrilla, brasil, cañafístola, bálsamo, aceite de canime y otras drogas, con mucho algodon, que crian los naturales, aunque los más andan desnudos del todo.

Veinte leguas de éste, al mismo rumbo, á la costa del mar del Norte, está la ciudad de Cumanagoto, entre indios llamados de este nombre, aun de mala paz, tierra muy caliente y donde se cria todo lo que en los dos hemos dicho, pero con más comodidad en las casas, por tener un muy buen puerto, y sobre los demás frutos de la tierra tienen á tiempos pesquería de perlas.

Doce leguas la costa adelante, al mismo rumbo, está la ciudad de Cumaná, que en tiempos fué rica, por la guilla de las perlas de Cubagua, su vecina, de que ha muchos años las desean, por no pescarse una; es vecina de la punta de Araya y su famosa salina, y tiene á sus espaldas, al Leste, el gran golfo de Cariaco; es cabeza de gobierno, y de quien toma el nombre; hay en ella caja y oficiales Reales; hánle quedado ya pocos naturales de servicio, á cuyo paso ha corrido el minorarse sus vecinos. Han escrito muchos de aquella provincia, por haber sido de las primeras que se descubrieron, y así no nos estorbaremos en tratar más de ella, de sus naturales y naturalezas. Cuarenta leguas de esta ciudad al Sueste está otra de españoles, que llaman de San Felipe de Austria, que tambien es de esta gobernacion de Cumaná, que con Cumanagoto son tres pueblos los que tiene. Está fundada en unos páramos, por haberle hecho retirarse allí de la tierra caliente, donde estaba más delante, las infestaciones que cada hora tenian de los indios caribes de las bocas del Drago, de quien ya dejamos tratado. Sus frutos son crias de ganado, mucha miel de diversas suertes de abejas, muchas y muy buenas maderas, brasil, ébano, granadillo, zarzaparrilla, cañafístola, mucho y muy buen aceite de canime. Salen los indios á rescatar con los españoles (y aun con los ingleses si les vienen á las manos) cosas de Castilla, por gallinas, tabaco, que se da mucho, y maravilloso algodon y otros de sus frutos.

A las espaldas de la ciudad del Tocuyo, al Leste veinte leguas, está otro pueblo de españoles que llaman Guanaguanare, que se pobló por estar léjos los indios de la ciudad; son los frutos de él los que hemos dicho de esotros, y algunas frutas y hortalizas de España, y sobre todo abundancia de pescado en un rio del mismo nombre. Poblólo el Capitan Juan Fernández de Leon el año de noventa y tres, con órden de don Diego Osorio, que á la sazon era Gobernador de aquel partido. Está en tierra muy caliente.

CAPÍTULO X.

I. Son las provincias de Guayana de la jurisdiccion de la Real Audiencia de Santafé, en las cuales y en la isla Trinidad pobló dos ciudades el Gobernador Antonio de Berrío—II. Despacha Antonio de Berrío á su Maese de Campo Domingo de Vera á la Corte por gente, donde se porta con trazas peregrinas—III. Dásele á Domingo de Vera mucha moneda y largas licencias para hacer la gente—IV. Condúcense tambien diez clérigos y doce religiosos de nuestra órden.

AUNQUE hoy están sin ninguna controversia las provincias de Guayana al gobierno de la Real Audiencia de Santafé, por cédula particular del Rey, de quien adelante hablaremos, no dejó de haberlas en otros tiempos entre ella y la de Santo Domingo, pretendiendo cada una pertenecerle el cuidado de aquellas tierras y de la isla de la Trinidad. En las cuales por los años de mil y quinientos y noventa y uno ó noventa y dos, pobló dos ciudades, una en la isla de la Trinidad, llamada San Josef de Oruño, y otra llamada Santo Thome, cuarenta leguas el rio Orinoco arriba sobre sus márgenes al Oeste, en la mitad de la Provincia de los indios Guayanas. El Capitan Antonio de Berrío, que, como heredero nombrado en su testamento por el Adelantado de este Reino, don Gonzalo Jiménez de Quesada, por estar casado con una sobrina suya, entró á poseer entre las demás herencias que tuvo de él su gobierno, que, como largamente diremos en la segunda parte y consta de la cédula Real que se le dió á Quesada, y asientos que se hicieron en las condiciones que se habian de guardar en sus conquistas, habia de tener de jurisdiccion cuatrocientas leguas, en que contándolas desde las espaldas del Nuevo Reino, por los rios de Pauto y Papaneme al Norte, venian á comprender dentro de sí las provincias de Guayana hasta la lengua del mar del Norte y la isla Trinidad. Y supuesto que ya no habia estorbo con la gobernacion de Diego Hernández de Serpa ni de don Pedro de Silva, por haber tenido el fin que hemos visto, que eran las que podian estorbar el no correr estas cuatrocientas leguas hasta el mar, como lo dicen los recados del gobierno del Adelantado Quesada, su sucesor Antonio de Berrío se fué alargando por ellas, y habiéndolas ido descubriendo desde el Nuevo Reino de Granada con gente de él, pobló las dos ciudades dichas y quedaron comprendidas en su gobierno, por nuevas capitulaciones que se hicieron con el Rey Felipe II, alargando una vida más en el gobierno.

A pocos años que las tenia fundadas, pues fué el de mil y quinientos y noventa y cinco, viéndose el Gobernador Antonio de Berrío con poca gente en ambas, y valientes noticias que cada dia iban creciendo de tierras ricas, en especial de una que llamaban los indios la gran Manoa, que demoraba al Sueste; de la de Santo Thome (todo embuste é invencion de los indios para echar los españoles de sus tierras, ó traza del demonio para que pereciera tanta gente española, como hemos visto y veremos), despachó á Castilla á su Maese de Campo, llamado Domingo de Vera, vizcaino, y casado, con hijos, en la ciudad de Santiago de Leon de Carácas, muy ladino, de buen entendimiento y mayor inventiva para trazas de sus acrecentamientos, á que le ayudaba no poco una gran persuasion natural que tenia para hacer creer no solo lo que habia tocado con las manos, pero aun lo que habia cogido al vuelo de noticias mal fundadas (pasion ordinaria de cuantos pisan estas tierras de las Indias) para que con poderes suyos negociase en el Consejo Real de las Indias, se le concediese traer trescientos hombres y no más, como despues, en cierta ocasion que diremos, declaró esto el mismo Gobernador Berrío. Pero el Domingo de Vera, para poder negociar, se supo portar de manera en la Corte y echar á volar su fama por toda Castilla, que no solo pudo negociar traer la gente que llevaba á cargo, pero aun despoblarla, así de parte del Consejo como de los que habian de venir; pues cuanto á lo primero, para dar á entender ser peregrinas las tierras que publicaba en grandeza y riquezas de todas las que habia en estas partes de las Indias, el dia que no habia de visitar Consejeros paseaba la Corte en hábito peregrino y muy extraordinario de los demás. Poníase un balandran largo de paño fino, cerrado por delante, todo ribeteado de raso, con cuatro mangas, las dos de la estatura del cuerpo, que era bien crecida, y la otra en que metia los brazos; un sombrero del mismo color, cubierto con tela de vicuña peluda, á modo de felpa, aunque no tan fina, de muy grande copa y falda, que con el gran cuerpo que tenia (el cabello crespo y algo largo, moreno y no muy bien agestado, y á caballo siempre en un frison, tambien de gran cuerpo) admiraba á la gente, de suerte que por doquiera que pasaba salian á verlo, como cosa extraña, y decian: este es el Indiano del Dorado y tierras ricas; con que era una persona

de las más señaladas de la Corte, pues como á un Embajador que viene de tierras extrañas y hábito singular, lo miraban todos con particulares ojos y se prometian ser la tierra de donde habia venido muy otra de todas las que los hombres habian visto y aun imaginado. Mostraba á vueltas de esto unas chagualillas, cariculies y orejeras de oro, algunas esmeraldillas brutas y otras mal labradas, que todo lo habia llevado de este Nuevo Reino para el efecto, diciendo habia mucho de aquello en la tierra que publicaba, que todo se creia, por ser cosa extraordinaria.

Con estas y otras trazas y su buena persuasiva las tuvo de negociar, no solo por su persona sino aun por caballeros de la Corte y criados de grandes Príncipes, á quienes prometia que si le querian seguir les meteria en las manos tan grandes riquezas, que levantarian de nuevo sus nombres y linajes ilustres, para que le libraran luégo setenta mil ducados para los gastos de la jornada (que no le ha costado á la Corona de Castilla otro tanto el descubrimiento de estas Indias occidentales) en la Corte, sin remitírselos á otra parte ; y despues otros cinco mil en Sevilla, porque su boca era medida ; y largas licencias para que pudiera traer mucha más gente de la que él podiá, y para que se le dieran cinco fustas philipotes y navíos grandes y bien capaces para toda la que trajese. Que la comenzó luégo á hacer con la misma facilidad que habia negociado lo demás en el Reino de Toledo, la Mancha y Extremadura. Aunque ninguna se le juntó de la Andalucía, porque, como gente de puertos de las Indias, la práctica y experiencias que tienen de ellas los tiene hábiles para no creer todo lo que se dice de sus cosas. Juntáronsele veinte capitanes de infantería, que muchos de ellos habian servido al Rey, con los mismos oficios en Italia, Flandes y otras partes ; y á otros que eran soldados viejos y estaban pretendiendo el premio de sus trabajos en la Corte, les dieron allí las conductas, nombrándolos para esto el Real Consejo de Indias. Que los unos y los otros se dieron por bien premiados de las grandes esperanzas que tenian de que lo habian de ser sus servicios en solo venir al descubrimiento del Dorado. Juntáronse tambien otros soldados viejos, algunos mayorazgos y otra gente noble, y entre ellos un sobrino del Presidente del Consejo Real de las Indias, que á la sazon era el Licenciado Pablo de Laguna, de quien adelante diremos el fin que tuvo. Muchos hombres casados en estas tres provincias que hemos dicho, vendian sus haciendas, con que pasaban honradamente cada uno en su estado de labradores, oficiales, y se tenian por dichosos en que los quisiesen admitir á la jornada con todas sus mujeres y chusma de hijos, prometiéndose ser basura cuanto dejaban para lo que habian de hallar en las provincias del Dorado (porque se entendia la polilla y pestilencia que ha sido de España, y cuántos daños le ha causado este fingido nombre del Dorado), con la cual voz se alteró tanto toda España en esta ocasion, que por los pueblos por donde iba el Domingo de Vera ó sus capitanes los cohechaban y pagaban muchos porque los quisiesen llevar, lo que en otras ocasiones se suele hacer medio por fuerza.

Y porque aunque todas estas jornadas lleven todo éste y más aparato, si han de ir dirigidas á lo cristiano, son cuerpos sin alma si no llevan sacerdotes y ministros del Evangelio para ellas y los naturales que se pretenden descubrir. Tambien se le dió licencia al Domingo de Vera, como la pidió, para pasar religiosos de nuestra órden y diez clérigos ; de éstos fué por superior y de todo lo espiritual en la jornada un clérigo muy grave y docto, Racionero de la Catedral de Salamanca, que de su racion y patrimonio tenia dos mil ducados de renta. Diósele título por el Rey de Vicario y Administrador general de un Hospital que se habia de hacer en llegando, que si hicieran seis fueran pocos para la necesidad que hubo. Religiosos de nuestra órden fueron doce, los que se condujeron en una comision para la jornada ; los once de la santa Provincia de Castilla, y entre ellos un lego de gran opinion, llamado Fray Juan de Zuazo, y el uno de la de Sevilla, que entró en lugar de otro que por enfermo se quedó. Comisario de todos fué el Padre Fray Luis de Mieses, hombre docto y buen predicador, como tambien lo eran otros cinco, y entre ellos un Fray Juan de Tórres, que lo era tan bueno, que por ello y su mucha virtud era predicador conventual, á la sazon, de nuestro convento de Guadalajara, á devocion y peticion de los Duques del Infantado. Pero el que más lucia y era de más celebrada opinion (y por esto señalado para esta ocasion del Real Consejo de las Indias) era el Padre Fray Pedro de Esperanza, de edad de cincuenta años, que por lo dicho, y ser muy docto en su facultad, era confesor de los pajes del Rey y de la mayor parte de la casa Real. Los dos de los demás, que se llamaban Fray Juan de Pezuela y Fray Pedro del Cubillo, tan grandes cantores y de buenas voces, que no quedaba en la Provincia quien les llegara en esto.

CAPÍTULO XI.

I. Dáse á la vela con toda su gente el Maese de Campo Domingo de Vera, y llega á la isla de la Trinidad—II. Está el gobierno de la isla la Trinidad á cuenta del Gobernador de Cumaná, y pretende por fuerza quitarle á Berrío el gobierno de la ciudad de Santo Thome, en que se hacen diligencias—III. Atajáronse los daños que pudieran suceder entre los soldados de Berrío y los de la Trinidad, por conciertos que hubo—IV. Envía el Maese de Campo cien soldados á la ciudad, que tomen posesion de ella ; pasan los demás la Semana Santa en el puerto, donde se celebran los oficios divinos.

ESTANDO toda la gente ya junta en San Lucar, que serian por todos más de dos mil almas, y eran muchas más cuando desembarcaron, porque como iban muchas mujeres parieron muchas en los navíos, y todo lo demás puesto á pique para la salida, se dieron á la vela en el puerto de San Lucar, á veinte y tres de Febrero, vigilia del Apóstol San Matías, el mismo año de mil y quinientos y noventa y cinco, y con buen viento y sin ningun mal suceso llegaron á surgir en el puerto que llaman de España, en la isla de la Trinidad. La cual á la sazon (aunque, como hemos dicho, tenia una ciudad fundada por el Antonio de Berrío, que estaba tres leguas de este puerto, la tierra adentro) no sé por qué autoridad estaba adjudicada á la gobernacion y Gobernador de Cumaná, que era á la sazon Francisco de Vides, donde tenia puesto por su Teniente al Capitan Velasco, más sagaz, astuto y cauteloso que soldado, y entre la demás gente que estaba casi toda de presidio en el pueblo, se contaba el Capitan Santiago, hombre determinado, mañoso y de alentados bríos, y el Capitan don Juan de Ribamartin, mayorazgo y señor de una Abadía en las montañas, y un Lorenzo del Hoyo, de los soldados de más opinion que habia entre los demás, por haberse señalado en las refriegas que se habian ofrecido con enemigos, que despues tomó el hábito de nuestra religion en esta santa Provincia del Nuevo Reino, y fué predicador.

No estaba la jurisdiccion de Antonio de Berrío en aquellos dos pueblos tan asentada y recibida por suya, que no pretendiese el Gobernador de Cumaná (aun demás de la jurisdiccion que tenia sobre la isla de la Trinidad) ser tambien la de la Guayana y ciudad de Santo Thome de su gobierno, diciendo no la poseía el Berrío con justo título, ni recados de satisfaccion, pues no se comprendian aquellas tierras en su gobierno de Pauto y Papaneme, por lo cual miéntras el Domingo de Vera andaba negociando lo que dejamos dicho, despachó el Capitan Velasco, Teniente de Vides, al Capitan Santiago con veinte soldados bien prevenidos, desde la isla de Trinidad, con órden de su Gobernador, para que se apoderasen del pueblo de Santo Thome y echasen de él al Berrío, ó lo prendiesen aprovechándose de la ocasion de la poca gente con que estaba; salieron á esto los veinte desde esta isla, en piraguas, y entrándose por una de las bocas de Orinoco, en demanda de la ciudad de Santo Thome, habiendo tenido de esto aviso el Berrío, les salió al encuentro con algunos de sus soldados, ya que supo habian desembarcado é iban marchando á la ciudad por tierra. Era en este tiempo el Gobernador Berrío hombre de setenta años, pero de valiente ánimo, alentado y de gran determinacion para acometer, si bien no tenia condicion, por ser algo aceda, para aficionar á sus soldados. Luego que se dieron vista los unos á los otros, puestos en arma y llegádose que se podian oir, reconociendo el Berrío al Capitan Santiago, que se habia criado en su casa, en la ciudad de Tunja, y hacia de él estimacion por ser buen soldado, aunque á la sazon su declarado enemigo, por encuentros que habian tenido, le preguntó : A qué venís, Santiago ? y habiéndole respondido el Capitan : á echaros de la tierra, porque es Gobernador de ella, por el Rey Nuestro Señor, Francisco de Vides, el que lo es de Cumaná. Sin darle respuesta, dijo el Berrío á sus soldados, Santiago y á ellos. Los cuales desganados de pelear contra los del Santiago, por ser todos españoles y amigos, aunque dispararon los arcabuces por lo que el Berrío les habia mandado, fué por alto, con que no se hizo ningun daño, más que solo en un negro del Capitan Santiago, que le habia puesto delante de sí con una rodela, que le derribaron parte del hueso de un hombro. Dispararon tambien los de la Trinidad, y parece con los mismos intentos, pues solo sucedió que el tiro de un soldado (que siempre se entendió fué el Lorenzo del Hoyo) que llevaba dos balas, y por ventura intencion de despachar al Berrío, dió con ambas en la rodela del Gobernador, con que se abroqueló hincada una rodilla en tierra, y pasaron ambas balas sin hacerle daño, por encima el hombro izquierdo, dejando ambas señal en la rodela, que

por ser de palos de macana (madera muy fuerte, de las que se usan en conquistas de indios) no la rompieron, ó por haberla cogido al sesgo, que segun esto, de ambas partes solo tiraron á matar á los Capitanes.

Tuvo despues preso el Gobernador, como veremos, al Lorenzo del Hoyo, que por haberse entendido era él el que le disparó el arcabuz, no tuvo malas ganas de despacharlo de esta vida, como el soldado las habia tenido de hacer lo mismo con él, aunque tampoco esto tuvo efecto, por haber mediado ruegos de religiosos, á quienes mostraba la rodela con las señales, para que vieran la razon que tenia. Dispusiéronse luego de ambas partes, cargando otra vez los arcabuces para darse otra rociada, como lo hicieran, si el Capitan Martin Gómez, Extremeño (de los de la parte del Berrío, á quien estimaba en mucho, respetaba y tomaba su consejo), levantando la voz, y un pañuelo en la mano, no dijera: Cómo es esto, soldados españoles? hémonos de matar aquí todos, sin ver el órden que traeis, ni por quién está la razon y la justicia? Con lo cual (por el respeto que todos le tenian) bajaron las armas de fuego y metieron mano á las espadas, para asegurar cada cual sus personas. Pero estándose en sus puestos, salieron de ambas partes el Gobernador y el Capitan Santiago, á quien abrazó el Berrío, diciéndole habia hecho en favor de su Gobernador, como buen Capitan, y que si siempre le habia estimado y tenido por buen soldado y hombre honroso, le habia de estimar en más de allí adelante. Preguntóle por el Teniente Velasco, diciendo que cómo se habia quedado con las gallinas echado en la hamaca? y era que le tenia por hombre tímido. Paseáronse los dos, á solas, dos ó tres horas, en que trataron quedase la determinacion del caso indecisa, hasta que viniese de España el Maese de Campo Domingo de Vera, con que volvieron á embarcarse en sus piraguas los de la isla Trinidad, donde ya los halló cuando saltó en el puerto con su gente, como hemos dicho.

Luego que se anclaron los navíos en el puerto, que fué lúnes ó mártes de la semana santa, saltó en tierra, el primero, el Capitan Domingo de Vera, con cien soldados, á quien despachó luego con el Capitan Medinilla, natural de Granada, que fuesen á la ciudad, y prendiendo á los que él les señaló, se apoderasen de ella y tomasen posesion en nombre de su Gobernador Antonio de Berrío, á quien decian se la tenian usurpada. Marchando este escuadron, encontraron en el camino una tropa de soldados con su Capitan, que venian á reconocer la gente recien llegada al puerto, á quien prendieron y volvieron á la ciudad, de donde se apoderaron y tomaron posesion con facilidad, por no haber en ella más que treinta soldados escasos, y no con sobra de armas ni municiones. Fué luego saltando en tierra de los navíos la demás gente, y haciendo algunos bohíos grandes para acomodarse unos y otros, para almacenes donde se descargaran los matalotajes, armas, ropa, rescates de indios, que acá llaman, que eran muchas hachas de cortar, cuchillos, machetes, peines, espejos, sartas de vidrio, cascabeles y otras cosas de este temple, acomodados para atraer á los indios con gusto, por tenerlo puesto en ellas. Lo que restó de la semana santa y pascua, que pasaron en el puerto, por haber muchos sacerdotes, se hicieron los oficios divinos con la solemnidad posible en una pequeña iglesia, pero acomodada de suerte que desde fuera oian todos misa y sermon, que no faltó ningun dia, como ni persona ninguna (segun se tomó por minuta) que no confesase y comulgase con gran devocion y lágrimas, dando al cielo muchas gracias por el buen suceso del viaje, y rogando por los que se ofreciesen adelante, en que se señalaba mucho el padre fray Pedro de Esperanza, que con un espíritu infatigable y un rostro tan alegre, que parecia salirle de él un resplandor misterioso, no reposaba de dia ni de noche, acudiendo á las confesiones y cura de los que habian enfermado de calenturas en los navíos, que fué el Señor servido sanasen con facilidad en saltando en tierra. Era tan amado este religioso y siervo de Dios de todos cuantos venian en la compañía, que retirándose, por tener costumbre de esto, á los lugares solitarios, para darse más á la contemplacion, se iba á la sombra de algun árbol ó peña, á la orilla del mar, donde le iban á buscar, particularmente las mujeres, cargadas con todas sus criaturas, que eran un ejército de por sí, para que las consolase con sus divinas y santas palabras, de que desde luego comenzaron á tener necesidad, por sospechar todos, en poniendo el pié en la arena, en lo que habian de venir á parar. Veia el santo varon junto á él á los niños, que por el gran fuego de la tierra, se metian como patillos en el agua del mar; y rasados sus ojos de agua (como quien mira con un espíritu divino la ruina de tanta gente), suspirando decia con gran dolor: qué será de tantos angelitos en tantas descomodidades. Consolaba con su buen espíritu y palabras las aflicciones de todos, y no pudiéndolas reme-

diar con otra cosa, se ocupaba en llorar con tantos como lloraban yá la ruina que les amenazaba.

CAPÍTULO XII.

I. Envía el Maese de Campo un navío de mercadurías á Carácas y llega toda la gente á la ciudad.—II. Vase despachando gente á la Guayana y cogen los indios tres canoas, y matan la gente de ellas. III. Pasan los caribes á la boca del rio con intentos de hacer lo mismo en las otras tres canoas, aunque no tuvo efecto.—IV. Entierran los cuerpos muertos que hallaron un cuarto de legua de la boca del rio.

TRAS las diligencias dichas, lo primero en que puso los ojos de su cuidado el Maese de Campo, fué en despachar uno de los navíos con mucha mercaduría al puerto y ciudad de Carácas, donde, como dijimos, tenia su casa, para que se comprase algun ganado mayor y desde allí se trajese por tierra á la ciudad de Santo Thome, camino andable y breve, y lo fuera más si no lo estorbaran muchos y caudalosos rios que lo atraviesan. Envió al efecto los soldados más sus amigos y de satisfaccion, con quienes tambien enviaron mucha de la gente casada la mayor parte de su ropa y vestidos para que surtiéndosela en aquella ciudad les trajesen lo que resultase de ella á la de Santo Thome en caballos, ganados, perlas y otro género. Que todo lo perdieron por no haber vuelto ninguno de los que fueron con este navío ; fueron los que podemos decir, que solo escaparon las vidas de los que venian en esta jornada, pues todos los demás, pequeños y grandes, de hambres y otros sucesos muy pocos quedaron vivos. Fué luego dando órden, pasada la pascua, que se despachara la gente al pueblo, que por no haber cabalgaduras ni indios que llevaran la ropa y cargas (demás de ser forzoso ir toda la gente á pié) cargaban á cuestas lo que querian no se les perdiese. Porque aunque llegaban algunas canoas al puerto que bajaban del pueblo, por un rio que desagua en el mar, una legua del puerto, en ella solo se acomodaban los bastimentos comunes y ropa de los más poderosos paticulares, con que los demás se servian ellos mismos de acémilas y cargueros. Con que se dió principio á sus lastimosas tragedias y fatigas, pues eran intolerables las que las pobres mujeres llevaban, cargadas de sus niños y de alguna ropilla y comidas, y si querian no perecer ellos y ellas de sed en el camino de las tres leguas, por ser tierra calurosísima y sin agua, la habian de cargar. Los niños, que apénas podian andar por su pié, se habian de ir así, al fin con los trabajos que en esto se pueden mejor considerar que decir, llegaron todos á la ciudad, donde se hizo luego un alarde y reseña de toda la gente, tan vistoso que pareciera bien en Sevilla por las ricas banderas que se sacaron, y no eran ménos de veinte; tan ricas y costosas galas, que fueran más á propósito para bodas ó fiestas reales, que para conquistas de tan miserables tierras.

Dábase á toda la gente cada dia racion de bizcocho y alguna carne salada, y los viérnes garbanzos, habas y arroz ; y á los sacerdotes, Capitanes y Oficiales mayores, aceite y vinagre, que de esto y vino se cargó buen recado. Pero era fuerza acabarse en breve tiempo, por haber tantas bocas. La comodidad de las casas era tan poca como se puede entender, pues aun no la tenian treinta vecinos escasos que estaban en el pueblo; quienes ménos mala la tuvieron fueron los religiosos, por hallar allí otro de nuestro mismo hábito, y de esta provincia del Reino, llamado frai Juan de Peralta, que tenia un convento razonablemente acomodado, donde pasaron la vida, aunque con harta estrechura. Fué luego el Maese de Campo despachando mucha gente en canoas á la Guayana y la ciudad de Santo Thome por el Orinoco, navegacion de veinte y cuatro y treinta dias, y de ahí para abajo, en ocasiones de mejor rio pero siempre penosísima, por los innumerables mosquitos que hay, de dia zancudos cantadores, y de noche jejenes rodadores, y sobre todo gran riesgo de caribes cruelísimos y voraces de carne humana. Habian subido algunas flotillas con gente. Salieron de nuevo otras seis canoas, cargadas de matalotajes y otras cosas de valor para el Gobernador Berrío, fuera de otra mucha ropa que llevaban de los que iban en ellas, gente de toda suerte, y en una, la más pequeña y ligera, con alguna compañía, cinco de los religiosos. En la travesía desde la isla á tomar la boca del rio, les dió un tiempo tal, que desbaratándolas á todas, solas dos pudieron con gran trabajo y reventando en la boga, tomar el rio á las cuatro de la tarde, despues de haber alijado al mar cuanto iba en ellas. Tambien pudo con las mismas dificultades juntarse con las otras dos á puestas del sol, en la que iban los religiosos, por haberla bogado ellos mismos despues de haber quedado vencidas las bogas y rendidos los soldados

que iban en ella. Las otras tres (que no les fué posible lo que á estas otras) se arrimaron á la primera tierra que pudieron para seguirlas á la mañana, como lo hicieran, si al romper del alba no dieran sobre ellas diez piraguas de caribes en que venian más de trescientos, que sin que se les escapara español, los cercaron y mataron á todos, fuera de algunas mujeres que se llevaron consigo, y un soldado que tuvo lugar entre la refriega de escaparse y meterse en un cenagal entre las raíces de unos mangles, y entre éstos murió hecho pedazos el sobrino del Presidente Laguna.

Tomaron la vuelta los victoriosos caribes, y boca del rio, y puestos enfrente de las otras tres canoas, ántes que comenzaran á navegar el rio arriba, estaban aguardando ocasion para poderles embestir, á que solo les hacia retardarse la vileza de sus ánimos, que con pequeñas victorias se satisface ; porque si embistieran, hicieran sin duda lo mismo que con las otras, por ser casi toda gente chapetona, poco industriada en aquellas guerras, mal prevenida de armas y sobre todo esto, todo lo turbaban los clamores de algunas mujeres y niños que iban en ellas. Pero fué Dios servido de remediarlo con ir en una el Capitan Velasco, que hemos dicho era Teniente del Gobernador Vides, y el Lorenzo del Hoyo, y un mestizo llamado Lima, natural de la Margarita, lengua general de todas aquellas provincias y buen soldado, á los cuales enviaba el Domingo de Vera en prisiones al Gobernador Berrío, á quien los demás determinaron sacar de ellas para librar todos sus vidas, como sucedió, porque como gente vaqueana y experimentada en tales ocasiones, á cuatro tiros que dispararon hicieron retirar á los caribes con algun daño que les hicieron, y más por haber conocido en solo aquello, que iban en las canoas soldados de la tierra, a quienes temen mucho, y muchísimo más si son de la Margarita ó Puerto Rico, pero si conocen ser chapetones (en cuyo conocimiento son diestrísimos) embisten como leones. Descansaron las tres canoas aquel dia y otro en aquel puesto, así por aguardar si venian otras de la Trinidad, para subir con escolta de flotilla, como para enterrar los cuerpos muertos de las otras tres, que por tierra estaban un cuarto escaso de legua, de que les habia dado aviso y de lo qué pasaba, el soldado que se escapó. No fueron pocas las alteraciones que hubo contra los religiosos, sobre el hacer esta obra de misericordia, ni pocas las afrentosas palabras que sufrieron, porque como soldados (á quienes no se les ha de pedir tanta religion) y por estar tan en peligro de enemigos, y haber de ser mucho el trabajo el entierro, rehusaban esto. Pero al fin caminando de hecho los religiosos para los cuerpos muertos, viéndolos ir solos, los siguieron hasta veinte y cinco soldados, quedando los demás en guarda de las canoas y chusma. Llegaron al lugar de la matanza, donde les quebró el corazon el lastimoso espectáculo de las crueldades que veian hechas en aquellos cuerpos, unos abiertos los pechos y vientre de arriba abajo, para sacarles el corazon y comérselo ; otros cortados los miembros, cada uno de por sí, y una mujer natural de San Silvestre, cerca de Madrid, á quien le sacaron la criatura del vientre y la dejaron juntamente con las entrañas de la madre, arrimada á su cabeza; otro niño de seis años, asida la una mano á la madre, que con las ansias de la muerte buscó dónde asirse ; y al fin, á este modo todos los que hallaron, porque á muchos echaron ménos, ó que los habian llevado vivos los indios para comérselos ó los habian arrojado al mar y comido los tiburones ; á los demás dieron sepultura con mucho trabajo, volviendo aquel mismo dia temprano á las canoas.

CAPÍTULO XIII.

I. Suben las tres canoas sin peligro hasta la ciudad de Santo Thome, donde las recibió muy bien el Gobernador.—II. Hacen algunas salidas desde la ciudad de Santo Thome.—III. Descúbrese que los indios están aguardando á los ingleses con frutos de su tierra, para rescatar con ellos.—IV. Hacen otra entrada de trescientos hombres y ranchéanse en un cerro, que llamaban de los Totumos.

A OTRO dia del entierro, que era el tercero que habian salido de la Trinidad, prosiguieron el viaje las tres canoas, y sin otro riesgo llegaron á la ciudad de Santo Thome, donde los recibió con mucho gusto el Gobernador, y no con menor á los religiosos otro que estaba allí de la misma órden, llamado fray Domingo de Santa Águeda, hombre mayor y de mucha prudencia, á quien queria y estimaba en mucho el Gobernador, por su mucha religion y virtud, y haberle acompañado en todos los descubrimientos que habia hecho desde este Nuevo Reino de Granada, y en las poblaciones de las dos ciudades. Tenia fundado otro convento como el de la Trinidad, en que se acomodaron los cinco religiosos,

que ya entre seis pudieron hacer razonable forma de convento; de suerte que éste y el de la Trinidad se fundaron en diferentes tiempos, por estos dos religiosos que bajaron de la santa provincia del Nuevo Reino, y así estuvieron sujetos muchos años al prelado de ella, hasta que habrá seis que con órden de los superiores, habiendo renunciado esta provincia del Reino, la accion y derecho que tenia á ellos, se adjudicaron á la de Carácas, á cuyo gobierno estaban ambos.

Ya se hallaban en Guayana y ciudad de Santo Thome cuatrocientos hombres, entre casados y solteros, con no pocas mujeres y niños, y dos de los clérigos, con que determinó el Gobernador se hiciesen algunas salidas, sin apartarse mucho de la ciudad, por el poco seguro que habia de los indios, y que llevasen siempre por caudillo uno de los soldados vaqueanos que estaban en la ciudad, para que, como experimentados en la tierra, fuesen industriando á los demás en el modo con que se habian de portar con los indios, á quienes tambien fuesen diciendo con buenas lenguas, cómo habian llegado muchos españoles enviados por el Rey, de que estaba muy alegre el Gobernador, y porque le habian traido muchos rescates que darles, como se podian certificar en los que allí les llevaban, y juntamente con esto les fuesen dando algunos machetes, hachas, bonetes, cascabeles, espejos, peines y otras cosas. Acertó á la sazon á estar en la ciudad con algunos de sns vasallos, un cacique mozo á quien llamaron el Vestido, por haberlo vestido al traje español, que fué con los soldados en esta primera salida, y despues fué el mayor enemigo que tuvieron. Fueron entrando la tierra adentro, y cuanto más la penetraban la hallaban de ménos consideracion, pues aun tasadamente producia comidas para el sustento de sus moradores, sin rastros ni imaginacion de oro, que si lo hubiera (supuesto que todos lo conocen) no dejara de salir á la cara, en caricuries, narigueras, orejeras y chagualas, que es en lo que ellos lo emplean, aunque anden desnudos, como lo andaban éstos, y tan desacomodados en todo lo necesario de la vida humana, que no tenian hamacas en que dormir otros que los caciques y principalejos, y éstas las habian en rescate de las que iban bajando de este Nuevo Reino, de unas naciones en otras, y de los Arbacos que, como dejamos dicho, cogen grandes provincias hasta el mar del Norte, y son grandes mercaderes y siempre han sido amigos de los españoles; como tambien lo han sido algunas de las otras naciones y provincias cerca de la ciudad de Santo Thome, á donde venian á rescatar de lo que tenian en sus tierras, por hachas y machetes que codiciaban tanto, que cuando no tenian otra cosa con qué rescatarlos, daban en precio sus hijos é hijas, y se alquilaban para la boga de canoas y piraguas.

Duró esto con frecuencia, desde los primeros descubrimientos de aquella tierra, hasta que comenzaron á entrar en ella por el rio ingleses, pichilingues, flamencos y otros extranjeros herejes, que engolosinados en los rescates del buen tabaco que dieron en criar para su granjería los vecinos de aquellas dos ciudades, no obstante estar prohibidos estos tratos entre cristianos con herejes, justísimamente, por tantas leyes divinas y humanas, entraban como en hormiguero en todos tiempos por este rio Orinoco, y á vueltas de esto daban á manos llenas á los indios de estos rescates por maderas (que las hay por allí de mucha estima), micos, papagayos y otras chucherías; y como no les obligaban á rezar, ni á lo que les enseña la fe católica, como quien trataba más que de esto de sustentar herejías, se aficionaban más á ellos aquellas bárbaras gentes, y de un viaje á otro los dejaban prevenidos que les tuviesen cortadas maderas y dispuesto lo demás de que cargaban, como se vió en lo que le sucedió al Padre Guardian de aquel convento, llamado Fray Juan de Moya, el año de mil y seiscientos y diez y ocho, por el mes de Abril, que bajando á la isla Trinidad llegó á los indios Tibitibies, que solian estar de paz y dar por sus rescates lo que pedian los españoles, los halló alterados, de suerte que á él ni sus compañeros les quisieron acudir con nada por sus rescates, diciendo que todos los españoles eran grandes bellacos, y los ingleses muy buena gente á quien estaban aguardando, que habian de venir dentro de siete ú ocho meses (como sucedió, pues á ese tiempo llegó el inglés Gualtero Reali y tomó la ciudad de Santo Thome, como despues diremos), y que para ellos tenian guardado cuanto tenian en sus tierras y lo que pudieron ver el Guardian y los soldados que iban con él, fueron más de quinientos monos y otros tantos pájaros de diversas especies, como guacamayas, periquitos y otros. Volvieron de esta jornada los soldados sin haberles sucedido desgracia, ántes los habian recibido bien los indios, como tambien sucedió en otras que se fueron luégo haciendo, aunque á la primera el Cacique Vestido, luégo que de vuelta entró en Santo Thome, tomó la de su tierra, sin dejar ninguno de sus indios en la ciudad.

Habiéndose dado vista con esta salida á las provincias circunvecinas á la ciudad, y

que todo aquello era de poca importancia, determinó el Gobernador se hiciese una salida de más consideracion, en que se penetrase la tierra, hasta dar con la de la gran Manoa, que es una gran laguna que da principio á un rio que entra por la banda del Sur en el Orinoco, cerca de la ciudad de Santo Thome ; noticias de quien hablan algunos grandes cosas, sin haberlas visto indio ni español : y así, solo es un eco mal formado ó sueño de una tierra que dicen es poderosísima de naturales, grandes y bien concertadas poblaciones que viven en policía, y con mucha riqueza, que todo es causa de tan gran desvanecimiento en los codiciosos y poco asentados, que los trae noches y dias sin poder cuajar sueño. Trazóse al fin la salida, no ménos que de trescientos españoles, tres religiosos de nuestra órden con el fraile lego, que pudiera ser lucida entre otra gente de más consideracion que lo eran estos indios, pues solo usaban de flechas largas, que son ménos nocivas que las cortas, en especial no teniendo veneno, como no lo conocen en aquellas tierras. Señaló por Capitan el Gobernador á un Alvaro Jorge, portugués, hombre que iba cerrando ya con los setenta, su gran amigo y confidente, que habia hecho sus causas muchos años en el Nuevo Reino, experimentado en estas guerras. Que como esto no pudo ser, sin haberle quebrantado trabajos, éstos y los de los años le hicieron rendir la vida á pocos dias que comenzaron la jornada, con que les fué forzoso entre tanto que el Gobernador ordenaba otra cosa, elegir otro Capitan, que fué otro portugués, llamado Correa, de hasta cuarenta años, de gran valor y prudencia, agradable y compasivo. Llegaron por sus jornadas á un cerro, que llamaron de los Totumos, tierra algo más templada de los grandes calores que habian pasado hasta allí, ménos áspera y montuosa, y en un pedazo de pradera que descubrieron de yerba corta, sentaron ranchos, desde donde hacian algunas salidas sin ningun peligro ni guazabara, porque los naturales les proveian de las miserables comidas de la tierra, que eran algunas frutas y una manera de cazabe de raices peregrinas, tan malo y áspero, que el ordinario de yuca es mazapanes para con él, pues aun despues de mojado se estaba tan áspero como de ántes, que aun el agua no lo podia ablandar, con que fué luégo dándoles el tributo que suelen las tierras nuevas de grandes enfermedades que los pasaba á la otra vida, en que fundaron (como bien experimentados los indios) el no hacerles guerra á los primeros pasos que dieron en sus tierras. Que no hay gente tan bárbara ni indio tan melenudo, que para su conservacion y defensa no tenga su razon de estado. Y así, sabiendo estos indios la calidad de sus tierras, y que todos los que entraban de nuevo en ellas enfermaban de llagas y otros males pestilentes, aguardaron á que sucediera esto en los nuestros, para cuando estuvieran enflaquecidos, con ello dar más á su salvo y seguro sobre todos, como sucedió.

CAPÍTULO XIV.

I. Muere el Capitan Correa y dan los indios sobre los españoles, que como estaban tan flacos y enfermos mataron á muchos—II. Retíranse huyendo de los indios, y llegan á la ciudad de Santo Thome solos treinta de los trescientos—III. Honras y llantos que se hacen en la ciudad de Santo Thome por los muertos, y nuevas que hallan de semejantes calamidades de la isla—IV. Enfermedades de llagas por la destemplanza de calores y falta de calzado.

ERAN tan pestilentes y maliciosas las llagas y calenturas de que comenzaron luégo á enfermar muchos, que á la tercera ninguno escapaba, y vino esto á apretar tanto, que apénas habia ya quien tuviera fuerzas para salir á buscar sustento, con serles bien necesario ; pues viendo los indios que ya se iban llegando los fines de sus deseos, se iban retirando, y faltando en acudirles con sus comidas los religiosos, que de los sacerdotes el uno era predicador, andaban cuidadosísimos administrando los sacramentos á los enfermos, predicando, consolándolos con no andar ellos libres de las mismas calamidades, pero esforzábalos el cielo para acudir á tantas. Decian todos los dias misa en parte acomodada que pudieran oirla todos los enfermos, que ninguno se les murió sin confesion y el Santísimo Viático, á lo ménos miéntras estuvieron rancheados en una parte. El caudillo Correa era tan animoso, que aunque con achaques, no se excusaba de salir el primero á buscar la comida, de que venia cargado cuando la hallaba, con tres ó cuatro arrobas, sin consentir que ningun soldado cargase más que él, lo que fué causa de que en pocos dias acabase con los suyos, que fué tan gran pérdida é inconveniente para todos, que lo que los indios no se habian atrevido miéntras él vivió á hacer, lo pusieron por obra, y viendo que ya eran muertos más de ciento, y que del resto estaban los más para hacer lo mismo, pues no habia cuarenta que

pudiesen tomar armas, se juntaron más de dos ó tres mil, y entre ellos el Cacique Vestido, y dando sobre los nuestros en el mismo sitio de los Totumos, mataron á muchos, en especial de los enfermos, en sus mismas camas, y obligaron á los demás á retirarse huyendo, unos con armas, aunque sin fuerzas para que les pudieran servir, y otros sin ellas, por no darles lugar á recobrarlas. No dejaron de ayudar en algo con piedras y palos las muchas indias, que tambien venian con los guerreros para cargar los despojos que hubieron á las manos; derribaron todas las cruces, que no eran pocas las que habian puesto los religiosos á la redonda del alojamiento, y sobre escapar de sus manos el ornamento, le sacudió un indio á uno de los religiosos un tan valiente golpe, que á no reparar con lo que tenia en las manos, sin advertir con el natural temor que era el Ara, lo dejara allí muerto, pues á ella la hizo tres pedazos, y no contentándose el bárbaro con esto, le iba ya á asegundar con otro feroz golpe, que no llevaba traza ser de ménos riesgo, si no le llegaran de socorro el religioso lego y otros dos soldados, con que pudieron recobrar las santísimas reliquias del Ara é irse retirando con una escopeta que iba disparando uno de los soldados, hasta que se fueron á juntar con los pocos que iban delante.

Tras quien iban los indios siguiendo la victoria, con no más armas que unos garrotes de tres cuartas de largo con cabezas en el extremo, y si no se acercaban más y ponian en mayor aprieto á los nuestros, dejándolos alentar algunos ratos, era por parecerles les era bastante presa los que se iban quedando, que no eran pocos, los que por no poder más, por su enfermedad, se arrimaban á los árboles, y dando luego una voz el primero que los veia, diciendo, hagan alto, venga el padre á confesar, hacian rostro á los indios con las armas de fuego, miéntras se confesaban, y diciéndole en acabando, adios hermano, pasaban adelante dejándolo con el alma en los dientes, á quien llegaban los indios y le acababan. Los cuales tambien les hicieron no poca guerra, poniendo fuego en el camino, en que murieron algunos abrasados, por no tener piés para desecharle. A los tres religiosos fué el Señor servido dar tan valientes ánimos, que estando con no pocas llagas, caminaban cargados con el ornamento, los dos con dos cruces, y uno con un cristo en las manos, que ponian á donde decian misa y con que ayudaban á bien morir, confesando á todos los que se quedaban, como hemos visto. Pasaban con los demás con valeroso esfuerzo, y en especial lo tuvo el fraile lego, que viendo la apretura en que iban y que habia faltado el sargento, dejando la cruz, tomó la parte sana é hizo aquel oficio, con tan grande importancia, que consistió en ello el llegar con vida los pocos que entraron en Santo Thome, que no fueron treinta cabales de los trescientos que habian salido, y de éstos no escaparon despues la mitad, porque las enfermedades con que venian y grandes hambres con que estaba el pueblo, los mató á vueltas de los demás hombres, mujeres y niños, que iban muriendo de las mismas causas.

Mal se podrán decir los sentimientos que hubo en la ciudad cuando entraron las reliquias de tantos como habian salido, por tocar tan en lleno en toda ella, pues unos eran amigos de los muertos, otros deudos, otros hijos y mujeres, que rompian los cielos con dolorosos gritos, mojaban la tierra con abundantes lágrimas, cojian sus criaturas, y hechos un mar ellos y ellas, se iban al Gobernador á pedirle socorro, que todo era un espectáculo y retablo de confusion y duelos, de que tambien participaban los que entraron, por haber hallado muchos muertos de los que habian dejado á la salida vivos. Nueve dias se ocuparon en hacer honras á los difuntos con nueve misas, y el décimo otra á Nuestra Señora de las Nieves en hacimiento de gracias, cuya víspera fué la retirada, y escaparon de las manos de aquellos bárbaros. No acrecentaron poco estos trabajos las nuevas frescas que hallaron, de que tambien iba pereciendo la gente de la isla Trinidad, que las habian traido hasta noventa ó cien hombres casados y solteros, que habian llegado á la ciudad, poco ántes que ellos,á quien envió el Domingo de Vera, por no tener con qué sustentarlos en la isla, que fué muy buen socorro para la ciudad de Santo Thome, donde no habia con que sustentarse cincuenta en especial, si no hubieran perecido los doscientos y setenta de la jornada, porque aunque habian sido muchos los matalotajes que se descargaron en la isla, de los que sobraron del viaje, tiempo habia sido bastante el de seis meses que habia que comian ya de ellos, para haberlos consumido, á que no ayudó poco, pudriéndolos, la humedad de la tierra. Temíase tambien el Maese de Campo (que fué lo que le ayudó á determinarse á enviar esta gente) no se le huyera, apretada de tantas aflicciones, y llegando á algun puerto de los de aquellas islas ó costas Margarita, Cumaná ó Carácas, y dando cuenta de lo que pasaba, se diese tambien el bramo en España, y conociese Su Majestad y su Real Consejo el grande engaño que les habia hecho. Y era para advertir, que estando tan afligidos estos que llegaron de

nuevo de la Trinidad, que parecía no tener más que un pellejo que les servia de costal, en que estaban metidos los huesos, les hizo tomar con gusto este viaje el pio con que estaban de la tierra rica del Dorado, y el entender que los que habian subido primero que ellos, les llevaban muchas ventajas en acrecentados caudales, que no decian mal, si los entendiera de miserias.

Son tierras de tan excesivos y destemplados calores estos dos países de Santo Thome y la Trinidad, que de milagro corre algun fresco, sino es el que traen á tiempo unos tan furiosos y desbaratados huracanes, que desbaratan las cubiertas de las casas, y con esto es tierra muy húmeda, y siendo los sustentos á la sazon pocos y malos, y haber faltado la sal, que se baja de esto Nuevo Reino, del pueblo de Chita, encomienda del mismo Gobernador, y por haberse consumido todo el calzado que trajeron de España, sin hallar aun alpargates ni cueros con qué poder reparar las plantas de los piés del gran calor de la tierra, fué causa que enfermasen los más de tantas llagas en las piernas y piés, y tan irreparables, que no solo se desustanciaban por ellas, por el mucho humor y corrupcion que salia, sino que hervian de gusanos, y en entrando una nigua, de que tambien hervia la tierra, era cierta la muerte, si quedaba llaga y no la reparaban con fuego. Usaron algunos, miéntras duró, de soliman, y acabándose, de miel de abejas, que todo duró poco, y no reparaba más que para entretener algo la vida, porque sanar con ello era imposible, por la gran malicia de la enfermedad, aunque ya en estos tiempos han mejorado mucho estas tierras las huellas de los muchos ganados mayores que han metido los castellanos, y las muchas labranzas con que se cultiva, donde se cogen á trescientas y cuatrocientas fanegas de maíz, por una y dos cosechas al año.

CAPÍTULO XV.

I. Enfermedades y muertes que se van prosiguiendo en la ciudad de Santo Thome.—II. Plaga de grillos que acude á la ciudad, y determínanse ciertas mujeres matar al Gobernador.—III. Determinacion de una mujer en vituperio del Gobernador, el cual no prohibia á los que se querian ir de la ciudad.—IV. Miserables fines que vino á tener esta jornada de Domingo de Vera.

ERAN al fin, por lo dicho, los enfermos tantos, que todos los dias al quebrar el alba salia una beata de nuestro hábito (de quien despues hablaremos), persona de gran caridad, con una india del Gobernador y algunos de los sacerdotes á curar los enfermos, hasta las nueve del dia, porque entónces les era necesario recogerse, pues en entrando el calor era insufrible el mal olor de los enfermos y cuerpos muertos. Todos los dias, muy de mañana, avisaban al Gobernador de los muertos de aquella noche y salia en persona y decia en voz alta: Vamos á enterrar los muertos, y hubo veces que metieron en un hoyo, entre grandes y pequeños, doce y catorce. La hambre iba tomando tantas fuerzas cada dia, que en el que mataban algun caiman habia gran fiesta, y acudian todos á pedir racion, que si con ella les daban un pedazo de cazabe, como la mano, hacian más zalemas en agradecimiento, que si les dieran pan de tras trigo, pues aun esto no alcanzaban todos. Quebraba el corazon ver las criaturas, no solo en los huesos, sino que parecian unas figuras de pergamino. Los que morian de hambre, sin otra enfermedad, quedaban sus cuerpos tan livianos, como si fueran de maguey ó paja, pues con facilidad los levantaban con una mano. Llamó un hombre á un religioso que confesara á su mujer enferma, y quedándose sentado á la puerta miéntras la confesaban, en una piedra, á la sombra de un árbol que cubria una mala casilla que tenian, cuando salió el confesor lo halló muerto de hambre. Sacábansele á las mujeres los pechos, con que no podian dar ningun sustento á sus criaturas, y no pudiéndoles acudir con otra cosa, se quedaban traspelladas. Poco mejor fortuna que esto corria en la isla de la Trinidad; solo se aventajaban en que dos fraguas que trajo de España el Domingo de Vera, para aderezar las armas y herramientas, casi solo se empleaban en calentar hierros para cortar con fuego los dedos de los piés y otras partes podridas de las muchas niguas que cargaban.

Sobre estas plagas acudió otra de no menor enfado y daño para la ropa y personas, que al calor de los enfermos y cuerpos muertos, acudió tan gran multitud de grillos, que con una ruedecilla áspera que tienen en la boca (con que hacen el ruido que oimos, que es su canto), roian cuanto topaban: las sillas de sentarse y de camino, frasqueras, botas, aforros de cofres y baúles, que no quedaba nada de provecho; y si ponian alguna noche al sereno la ropa porque no se pudriera en las cajas con la mucha humedad, allí era el cebar-

se aquellos animalejos, pues en sola una noche, y aun en ménos, la dejaban sin poder más servir. Poníanse sobre los cuerpos de los enfermos, y si estaban tan flacos y debilitados que no podian levantar los brazos para defenderse, les comian las puntas y ternillas de las narices, los labios y todas las orejas á la redonda, en especial la ternilla. Sucedia esto más de noche, por no tener lumbre ni quien los socorriese; calamidades todas que pueden competir con cuantas han sucedido á españoles en estas Indias. La beata enfermera, cuando salió de España, era criada del religiosisímo convento de las descalzas de Madrid, una de aquellas que llaman mandaderas, por ser su oficio llevar y traer recados en los negocios del convento, dejó aquella comodidad, engañada como los demás, con esperanzas de tener otra mejor en la jornada, á cuya golosina le acompañaron una hija suya casada, y su marido. Esta con otras mujeres, hasta catorce ó diez y seis, viendo su perdicion tan á los ojos, y que no podian salir de ella, si no salia de esta vida el Gobernador, se determinaron con una cólera mujeril de matarle una noche, y estando ya determinadas, y todas con cuchillos carniceros para ejecutarlo (que no fuera dificultoso, por no tener la casa puertas, y aunque las hubiera no las habia para la beata, que podia entrar á todas horas á título de enfermera, á pedir al Gobernador algunas cosas para el socorro de los enfermos) sin duda tuviera efecto, segun el aparejo con que estaban, si la beata no llegara á comunicar el caso con uno de los religiósos, que le disuadió de eso, ponderándole mucho la gravedad del caso. Y se entiende que si lo hicieran con tanto se quedaran, porque á lo ménos en Santo Thome no hubiera quien les molestara, por ser muchos los que estaban del mismo parecer.

Otra mujer labradora, embravecida con tantos y tan ruines sucesos, se determinó un dia de tomar un zurron en que tenia hasta ciento y cincuenta doblones, y entrar al Gobernador, á tiempo que le estaban visitando algunos Capitanes, un clérigo y uno de los religiosos chapetones, con el padre Guardian, fray Domingo de Santa Águeda, y en presencia de todos vació de golpe las doblas por el suelo, diciendo: tirano, si buscas oro en esta tierrra miserable, donde nos has traido á morir, de las viñas, tierras y casas que vendí me dieron ese, y lo que he gastado para venirte á conocer, ahí está, tómalo. De que se encolerizó tanto el Gobernador, que si los que estaban presentes no acudieran á aplacarle, sucediera alguna desgracia allí luego, segun el semblante que puso y la rigorosa determinacion con que le vieron; pero no habló más que decir: no le dí yo órden á Domingo de Vera para que trajera más que trescientos hombres, y siempre se entendió haber sido esto así. Lleváronle sus doblones á la mujer, que luego tomó la puerta, y no se habló más en el caso. Por el poco remedio que tenia el Gobernador para el sustento de tanta gente, dió licencia general á todos los que se quisiesen salir de allí, que aunque no expresa, á lo ménos á ninguno se lo estorbaba, con que se arrojaban al rio muchos por buscar mejor ventura, en mal aparejadas piraguas, sin otros bogas y pilotos que ellos mismos, con que venian á encontrar con mayores miserias, porque como entran en este rio más de doscientos brazos de esteros, ciénagas y otros rios, no sabiendo tomar el rumbo derecho, salian á tierras no conocidas, y de indios caribes, como les sucedió á los que iban en una piragua con el padre fray Juan de Pezuela, que dijimos, y al padre Manos Alvas, predicador, que fueron á dar con unas tierras donde perecieron todos de hambre, por haberse entrado en un estero, y otros á manos de indios por lo mismo.

El Capitan Velasco, Lorenzo del Hoyo y el mestizo (que, como dijimos, habia enviado presos Domingo de Vera á Santo Thome) se huyeron de la cárcel, y lo propio hizo el Capitan Santiago, de la que estaba por el Domingo de Vera en la Trinidad, y embarcándose á pocos dias de como le tenia preso, en una piragua, en el mismo punto de España, con muchos soldados de la gente noble que habian venido con intentos de tomar la vuelta de la Margarita, se ahogaron todos al salir de las bocas del Drago. Los cinco navíos que trajeron, habiéndolos enviado el Domingo de Vera á cargar á Santo Domingo para España de vuelta, no escapó ninguno luego en saliendo la barra de San Lucar, con un mal tiempo de travesía que les sobrevino, y el último que se perdió fué la Capitana, en Arenas gordas, costas de España. Uno de los religiosos, llamado fray Pedro del Cubillo, yendo de la Trinidad á la Margarita, le apretó tanto la enfermedad que sacó de llagas, que sacándolo de esta vida, lo echaron á la mar. De las mismas murió otro llamado el padre Espejo. El padre fray Pedro de Esperanza, con fray Pablo y fray Juan de Zuazo el lego, tomaron la vuelta de España con licencia de su Comisario, á donde llegaron en salvamento á Lisboa. El Comisario fray Luis de Mieses con otros dos religiosos vinieron al puerto y ciudad de Carácas, y de allí á esta provincia del Nuevo Reino. Domingo de Vera murió en la ciudad de San Joseph

en la isla Trinidad, de mal de orina, con mayores dolores que paciencia; y poco despues de él en Santo Thome el Gobernador Berrío, que fueron los fines que tuvo esta tan campanuda jornada del Dorado, y los mismos, como hemos dicho, que tuvieron otras con el mismo título, que todo fué al modo que tuvo la estatua de Nabucodonosor, comenzando en cabezas de oro y acabando en miserables piés de barro y lamentables caidas; y ojalá llegue el escarmiento y desengaño de éstas á tiempo que no sucedan adelante otras mayores desgracias á título del Dorado, y otras tales jornadas.

CAPÍTULO XVI.

I. Diferencias de condiciones de los que habitan en las partes más marítimas á los que la tierra adentro.—II. Retíranse los Quiriquires de sus tierras, y en la boca de la laguna matan á algunos españoles y roban mucha hacienda.—III. Retíranse con la presa á sus primeras tierras, y redúcenlos los españoles de nuevo á servir.—IV. Álzanse los indios Quiriquires, roban y abrasan la ciudad de Gibraltar.

FÁCIL le ha sido á la esperiencia (por ser cosa tan evidente y clara) sacar á luz que todas las naciones (hablando por lo general, y de cada cual en su modo) que tocan en las costas de los mares, y tienen parte de su vivienda en ellos (hora sea en islas ó tierra firme) tener alguna mayor aspereza de condicion que los que habitan solo en la tierra, que parece imitan en esto á los animales que son de agua y tierra, en quien no se puede encubrir una mayor fiereza (cæteris paribus, como dice el Lógico) que en los que habitan solo en la tierra ó en el agua, como se ve en los caimanes, manatíes, lobos marinos, nutrias y otros. Háse visto con mayor claridad esta verdad en las tierras de estas Occidentales Indias, pues poca gente se ha hallado de los naturales en sus costas que no sea Caribe, desabrida, áspera, escabrosa, aceda, dura, feroz, terca, fragosa, indigesta, cruda, cabezuda, avinagrada, testaruda, villana, indómita, intratable, indomable y doblada, ó tenga la mayor parte de esto. Al mar le llamó fiero el santo apóstol Júdas, en su Canónica, por la fiereza y fragosidad que siempre tiene; y ésta debe ser la razon por qué son de estas mismas cualidades los hombres que tratan con él. Porque como los ánimos se hacen de la condicion de los objetos que miran, y cuales ellos son, así queda el espíritu del ánimo; si son mansos y pacíficos los objetos, así queda el espíritu, y por el contrario, si son inquietos, ásperos y duros, queda de esa misma suerte. Verifícase esto en lo que cuenta Plutarco le sucedia al Magno Alejandro con un músico de su palacio, que cuando queria incitar el ánimo de Alejandro en ferocidad y braveza, tañia en su instrumento batallas y refriegas con enemigos; con que se encendia aquel Rey, de manera que alterando el fervor valiente que él tenia, pedia sus armas y caballo, y se ponia á punto de embestir con sus enemigos. Y si volvia la música en suavidad y blandura, esa misma causaba en el ánimo de Alejandro, y quedaba pacífico, alegre y benévolo á todo. No sucede ménos con los que habitan en el mar, pues por ser él tan inquieto, que no sabe tener un punto de sosiego, como tienen aquel objeto de ordinario delante los ojos, y á sus oidos, se invisten del mismo espíritu inquieto y de las cualidades que hemos dicho. Que aun de ahí pienso les viene á los peces ser tan ariscos y bravos, que hasta hoy no se ha visto ninguno doméstico. Porque aunque se dice que cierto cacique en la isla española, llamado Caramentex, crió en un lago un manatí tan doméstico, que venia á comer á la mano y pasaba á cuestas el lago dos ó tres hombres de una vez, esto debió ser porque es animal tambien de tierra, porque de sola agua no se ha hecho tal, habiéndose domesticado los más bravos animales de tierra. De uno dice Teatro del mundo, que enseñó á un raton le estuviese alumbrando con una vela miéntras cenaba, y yo ví que en las ermitas del célebre convento de San Gines de la Jara, tres leguas al Este de Cartagena en Castilla, un padre de mi religion, llamado fray Alonso Novillo, domesticó dos lagartos que se le venian á comer á la mano; pero á los peces la inquietud de las aguas les hace serlo tanto como decimos.

No tuvo menor verdad esto que en otras partes, en los moradores naturales de la gran laguna de Maracaibo, que aunque dulce en sus aguas, endulza bien poco los ánimos de sus moradores por la razon dicha, de la inquietud de sus oleajes. Habitan (como dejamos tocado) este lago innumerables indios, que corriendo igual fortuna con los demás que se han descubierto, el consumo fué tal en pocos dias, que vinieron á minorarse á seis ú ocho naciones, que llaman Zaparas, Aliles, Eneales, Quiriquires, Parautes, Topocoros, Moporos

y pocas más. A todos los cuales les era tan fácil dar la obediencia á los españoles, por no tener intentos de cumplir lo que prometian, como de alzarse; y en especial se preciaban de esto los Quiriquires y Aliles, que habiendo dado una mala paz á sus principios, fueron encomendados á un Rodrigo de Argüello, vecino de la laguna de Maracaibo ó ciudad de la Nueva Zamora, por caer los pueblos y tierras de éstos dentro de su jurisdiccion. Son una gente caribe, desabrida y de las condiciones que hemos dicho; con que acudian á servir á su encomendero, royendo, como dicen, el cabestro, y deseando sacudir el cuello de toda servidumbre (como de hecho lo pusieron en ejecucion por los años de mil y quinientos y ochenta), desampararon sus tierras yéndose la laguna arriba al Sur, hasta meterse en la boca del rio de Cúcuta, que es á los principios de ella, y de quien los tiene. La cual se navegaba por aquellos tiempos y algunos ántes, con canoas y piraguas, desde la ciudad de la Nueva Zamora hasta quince ó diez y seis leguas de la de Pamplona, libremente y sin estorbo á sus principios; pero despues que estos Quiriquires se pusieron en aquel paraje, desde donde infestaban el paso y navegacion, no se podia hacer sin escolta de soldados, y aun esto alguna vez no bastó para librarse los que pasaban de sus manos fieras, pues navegando por aquel paraje el año de mil y quinientos y noventa y nueve el Capitan Domingo de Lizona, mercader, con razonable compañía de soldados en su defensa y de lo que llevaba, no pudo ser la resistencia de todos la que bastaba para defenderse de estos indios Quiriquires, que les embistieron no de emboscada ni á traicion, sino cara á cara en mitad del dia, y cercándoles sus dos canoas con las muchas que ellos llevaban, le quitaron mas de veinte mil pesos de mercaduría de Castilla, mataron á los soldados y á él lo dejaron mal herido de sus flechas, que son sus armas y no otras, que no pudo escapar con su vida dentro de pocos dias.

Alentados á mayores males con la victoria y despojo, se retiraron ya sin ningun temor de los españoles á sus antiguas tierras, donde de los terciopelos y telas ricas del pillaje, hicieron camisetas y mantas, y de los pasamanos de oro y plata, sogas para colgar las hamacas en que dormian. Tomaron á vueltas de lo demás una partida de puntas de alesnas de zapatero, que acomodaron luego para puntas de sus flechas; salieron algunos Capitanes con razonables tropas á castigarlos, y todos volvieron desbaratados, unos de manos de los indios, y otros por no serles posible detenerse en buscarlos en partes tan escondidas, como á las veces se metian en tierras tan lluviosas y húmedas, que pudriéndose los vestidos y matalotajes, les era forzoso retirarse de ellas; con todo eso, las buenas diligencias llegaron á poder reducir algunos á una mala paz, con que servian á su encomendero Argüello.

Algunos años ántes que cometieran este gran robo los indios (pues fué el de mil y quinientos y noventa y uno, por el mes de Diciembre), el Capitan Gonzalo de Piña Ludeña habia poblado una ciudad, con nombre de San Antonio de Gibraltar, á la lengua del agua de esta laguna de Maracaibo, á la parte del Este, veinte y cuatro leguas de la ciudad de Mérida al Norte, á donde se vino á vivir de los primeros pobladores, entre los demás, el Rodrigo de Argüello, encomendero de estos indios Quiriquires, y á donde le venian á servir desde sus tierras los de ménos mal corazon, que duró poco tiempo despues de la victoria que tuvieron con las canoas de Lizona, pues luego el año siguiente de mil y seiscientos, habiendo determinado otra vez echar de sí aun el poco yugo de servidumbre que tenian, se juntaron con los Aliles y los de los Eneales, y determinaron venir á dar sobre el pueblo de Gibraltar, para concluir con cuentas de encomenderos, y poniéndolo en efecto, dia de la Magdalena, veinte y dos de Julio, amanecieron sobre el pueblo, á la lengua del agua, más de ciento y cuarenta canoas, en que vendrian más de quinientos indios, que viendo los vecinos (habiéndolos cogido de repente, sin que se hubiese aun olido el alzamiento) no podian defender su pueblo y personas, trataron los más, dejando aquél, poner en cobro éstas, acogiéndose como pudieron entre el bullicio del asalto al arcabuco, que fueron los más bien librados, pues á algunos que quisieron hacer rostro al enemigo, perdieron hacienda y vidas, pues pasaron á cuchillo á cuantos pudieron haber á las manos los indios, saquearon todo el pueblo y le fueron pegando fuego á todas las casas.

Y queriendo que pasara por el mismo rigor la iglesia, entraron en ella, y estando unos robando todos sus ornamentos, otros se ocupaban en flechar con las flechas de puntas de alesnas un devotísimo crucifijo de bulto, que estaba encima del altar, fijado en un tronco de nogal, de las cuales cinco quedaron clavadas en el Santo Cristo, una en una ceja, dos en los brazos, otra en el costado, y en una pierna otra, y señalado de otras en muchas partes del cuerpo. Lo cual hecho, y acabado de robar lo que hallaron en ella, le pegaron fuego, que por ser tambien de palmicha, como lo demás del pueblo, con facilidad se abrasó, y

cayó ardiendo gran parte de la cubierta sobre el Cristo; pero de ninguna manera se quemó, ni el cuerpo ni la cruz donde estaba, ni aun una pequeña imágen de la Concepcion, de papel, que estaba pegada en la misma cruz, bajo de los piés del Cristo, con haberse quemado hasta hacerse carbon el tronco ó cepo donde estaba fija, de suerte que se halló casi en el aire la cruz con el devotísimo Cristo: solo en una espinilla tenia una pequeña señal del fuego, como ahumado, sin penetrarle.

CAPÍTULO XVII.

I. Ahorcan á su encomendera, y llévanse cautivas tres hijas suyas.—II. Salen los españoles que estaban en el arcabuco, habiéndose ya ido los indios, y entierran los cuerpos muertos. Cosas que suceden acerca del Cristo.—III. Vuélvese á reedificar la ciudad de Gibraltar, y vuélvenla á robar los indios. Hácese entrar á su castigo.—IV. Sacan los soldados á dos de las tres cautivas. Vuelven á dar los indios tercera vez sobre el pueblo.

NO se aplacó, con dejar hecho pavesa el pueblo, la rabia de estos salvajes, pues pareciéndoles no tenían aún bien ejecutada la que traian con su encomendero Rodrigo de Argüello (que á la sazon era en aquel pueblo Teniente de Gobernador) y con toda su casa, que fué la principal causa, segun ellos decian, para asaltar el pueblo, por verse acosados en el servicio personal y pesquerías, con que les hacian acudir; pues habiendo habido á las manos á su encomendera, llamada Juana de Ulloa, y tres hijas suyas, una casada, llamada doña Leonor, y dos doncellas, una doña Paula, ya para casar, y otra más pequeña, determinaron llevándose vivas las tres hijas, dejar ahorcada la madre, como lo hicieron, colgándola en la rama de un árbol, en la playa, con las riendas de un freno: y despues de muerta le tiraron tantos flechazos en todo su cuerpo desnudo (porque la pusieron en carnes para haberla de colgar) que la dejaron como á un erizo; de suerte que, como las flechas eran tantas, y largas, cuando despues cortaron los españoles las riendas con que estaba colgada, para enterrarla, al caer se quedó en pié, por las muchas con que estaba apuntalada á la redonda. Hecho esto, y embarcado todo el pillaje, y alguna gente que llevaron viva de toda broza, con las tres hijas de su encomendero, bogaron sus canoas y subieron la laguna arriba hasta meterse en los retiros de unas ciénagas que se hacen dentro de unos grandes montes á las bocas del rio Zulia, donde vivian dentro del agua en barbacoas. Luego que se pusieron en salvo con su presa, hicieron á las cautivas que quedaran de su traje, que era librea encarnada á lo natural, para que todos anduvieran de un modo solo con un pañete delante; y tres indios de los más principales se casaron á su usanza, luego cada uno con la suya: si bien con la más pequeña, por no ser aun de edad, no se contrajo el casamiento hasta que la tuvo, pero al fin todas tuvieron hijos de los tres indios que se las aplicaron.

Fueron notables las crueldades que usaron con estas tres mujeres, miéntras estuvieron en su poder, como lo contaban despues que se vieron libres, en que no me quiero detener; solo diré lo que sucedió á una de ellas con una india ladina que tenia de su servicio, de la misma nacion y encomienda en su casa, cuando le sucedió el cautiverio: que estando algunas veces moliendo el maíz la india, por no hacer aquello á gusto del ama, la arrebataba de los cabellos, y le hacia dar con la cabeza en la piedra de moler, lo que tuvo bien en la memoria para hacer lo mismo con la doña Paula (que era la que usaba de esto), cuando se vió en su libertad la india y la pobre señora cautiva. Luego que volvieron los indios las espaldas y se aseguraron los españoles que estaban á la mira de lo que pasaba en el arcabuco (que no habia quedado emboscada, de que tambien quedaron temerosos), llegaron al sitio del pueblo, y sin poder hallar que reparar otra cosa, enterraron á la Juana de Ulloa y los demás cuerpos muertos que hallaron, y arrodillados al Santo Crucifijo, con admiracion cristiana que hubiese quedado ileso (entre tan grandes llamas), un clérigo, llamado el Padre Ventura de la Peña, con la devocion que el Señor le comunicó, estando casi ciego de una enfermedad y continuo dolor de cabeza, le adoró de más cerca, poniendo los ojos en aquellos piés santísimos y en el clavo de ellos, y sucedió que instantáneamente quedó sin dolor en la cabeza y sin turbacion ninguna en la vista. Llevaron al Santo Crucifijo con la mayor devocion que pudieron, en procesion, un cuarto de legua de allí á unas estancias, donde lo pusieron con la decencia que se pudo, para que estuviera miéntras volvia á reedificarse el pueblo, para volverle á colocar en su iglesia. Pero entro tanto los vecinos de la ciudad de La Laguna, codiciosos de la Santísima Reliquia, aguardando ocasion en que

no se les pudiera hacer resistencia de consideracion, vinieron por el Santo Cristo, y se lo llevaron á su ciudad, en donde le tienen con grandísima veneracion, con grande adorno, cuidado y devocion, que la acrecientan los navegantes que entran en La Laguna, á quien encomiendan sus viajes, y ofrecen grandes limosnas, seguros y confiados en su amparo, de que tienen grandes y conocidas experiencias. Dejaron sola la Cruz, cuando se lo llevaron, que está en el convento de San Agustin de la ciudad de Mérida.

No pasaron pocos dias (pues fueron todos los que se ocuparon en enviar las nuevas del suceso, desde la ciudad de Mérida á la de Santafé, que son más de cien leguas de camino, y en remitir la respuesta y órden que se debia de dar en lo sucedido) primero que se volviese á reedificar la ciudad de Gibraltar. Pero llegado este órden de la Real Audiencia de Santafé, se despachó luego de la de Mérida el Capitan Diego Prieto Dávila, vecino y Encomendero de ella, con cincuenta soldados, tambien vecinos de la misma ciudad, para volver á reedificar la del incendio, como lo hizo, en el mismo sitio, donde asistió todo el tiempo que fué necesario para dar asiento á las cosas y casas. Llevó consigo un religioso de nuestra órden y de la Santa Provincia del Nuevo Reino, llamado fray Andres Gallegos, que acertó á hallarse á la sazon en la ciudad de Mérida, á quien le señaló sitio entre los demás solares para un convento de nuestra Religion, aunque hasta hoy solo ha quedado en eso. Crecia tanto el orgullo de estos indios Quiriquires con las victorias que iban alcanzando en lo que emprendian, y con el poco castigo que tenian, saliéndose con cuantas maldades intentaban, que se determinaron de nuevo á volver segunda vez sobre la ciudad, á pocos años que supieron estaba reedificada, y robándola otra vez, mataron alguna gente, y cautivaron una mujer española y algunas mulatas, y se volvieron al mismo retiro donde estaban con la presa. Era en este tiempo Lugarteniente del Gobernador Sancho de Alquiza, en la ciudad de la Nueva Zamora, el Capitan Juan Pacheco Maldonado, vecino y Alférez Real de la de Nuestra Señora de la Paz de Trujillo, que viendo los inconvenientes y grandes daños que iban creciendo cada dia, y que habian de ser por horas mayores, si no se entraba á castigar á aquellos indios, despachó al Capitan Velasco, vecino del mismo pueblo de La Laguna, con una buena tropa de soldados, tambien del pueblo, entre los cuales iba un hijo del Rodrigo de Argüello y hermano de las tres cautivas, que no fué poca parte el deseo de darles la libertad, para que se emprendiera la jornada, la cual iban haciendo con buenas guias, y ya en demanda, y bien cerca del pueblo del retiro de los Quiriquires, entrado el año de mil y seiscientos y seis, cuando en cierto paraje acertó á ir delante de los soldados que iban marchando, la cautiva casada, juntamente con el indio que la tenia por mujer, que iban de una labranza á sus ranchos. Llevaba la pobre señora cargado un cataure de comida, y una hija que habia parido del indio, ya de cuatro años.

Los soldados, no entendiendo estaban tan cerca de los ranchos de los indios, ni viendo la presa que iba delante, por estorbárselo la espesura del monte, se disparó una escopeta, casi sin ocasion, la cual oyendo la mujer y el indio, y conociendo en aquello ser españoles, el indio amenazaba á la mujer que alargase el paso para llegar con más brevedad á la ranchería que estaba cerca, pero la buena señora, como tambien entendió se le acercaba su remedio y libertad, no solo no queria andar, pero con un ánimo de española, soltando á su hija y el cataure, embistió con el indio y le echó mano del arco y flechas, con intentos de detenerle, y comenzó á dar voces en español, cuan altas pudo, diciendo que se allegaran, porque abreviaran el paso los soldados, si acaso la oian. Turbado el indio, no tanto de lo que hacia la mujer, como de ver le iban ya en los alcances los españoles, dejándole el arco y flechas en las manos, escapó corriendo á dar aviso al pueblo de lo que pasaba, con que se pusieron todos en cobro. Sentóse la española con su hija á aguardar los soldados, que á pocos pasos llegaron donde estaba inopinadamente, que fué para todos de gran gusto, aunque para ella fué bien aguado, pues decia habia sido igual la vergüenza que padeció en verse desnuda delante de todos, al contento de verse libre. Cubriéronla luego con algunas mantas de algodon que llevaban, y pasando hasta el pueblo, de donde no hallando ninguna gente, volvieron á tomar la vuelta de su jornada, contentos con la presa que habian hecho, y confiados en Dios, que otro dia la harian de las demás cautivas, como sucedió, pues de allí á pocos, el año de seiscientos y ocho, habiendo tenido rastro donde estaban los indios con las otras, haciendo otra entrada por órden del mismo Teniente Juan Pacheco, sacaron á doña Paula con otros dos hijos, de los cuales conocí uno, que el año de seiscientos y doce lo tenian los Religiosos de nuestro convento de la ciudad de Trujillo, enseñándole á leer é industriándole en las cosas de la fe católica. A la casada recibió su marido, y crió la hija

como hombre cristiano, discreto y bien advertido, que tales sucesos no están en manos de las gentes, y que la fuerza no quita la virtud, ántes la aumenta; tercera vez se atrevieron los indios á dar sobre el mismo pueblo, y se llevaron un negro, un mulato y otra mulata con una hija, pero estas dos postreras que asaltaron y robaron el pueblo, aunque lo abrasaron todo, no se atrevieron á tocar en la iglesia, por lo que diremos.

CAPÍTULO XVIII.

I. Sirven de mala paz los indios Zaparas en el pueblo de la laguna: descríbese su barra.—II. Rinden los Zaparas una fragata, y quedan del todo rebelados.—III. Modo de guerra de los de Maracaibo contra estos indios.—IV. Intentan los Zaparas hacer guerra á sus convecinos. Pretende el Gobernador Sancho de Alquiza atajar estos inconvenientes, para que da comision á Juan Pacheco Maldonado.

ENTRETANTO que pasaba esto con los indios Quiriquires en Gibraltar, no corrian mejores fortunas los del pueblo de la Nueva Zamora con los indios Zaparas, que vivian á la boca de la barra en número hasta treinta y cinco, que habian quedado de los muchos que eran á sus principios, cuando (como dejamos dicho en los de este libro) flecharon el navío en que entró derrotado por esta barra el Obispo de Santa Marta, don Fray Martin de Calatayud. Sustentaban éstos ahora en estos tiempos el pueblo de la Nueva Zamora, de pescado con abundancia, por la mucha que hay de ello en toda la laguna, en especial por aquel paraje, y en algunos tiempos del año, en que suelen pasar tan grandes cardumes de lizas, que para tomar todos cuantas querian, se juntaban con sus canoas todos en el estero, por donde iban pasando y dando con palos en el agua, y á las veces en ellas, se alborotaban y saltaban, de suerte que entraban en las canoas, hasta que las llenaban ó tenian la cantidad que querian. Servian tambien de enseñar la barra á las fragatas que entraban á cargar los frutos de la tierra de la ciudad de Cartagena, que eran cada embarcacion, de las dos que se hacen cada año, diez, una ó dos, más ó menos, porque la barra no sonda más que de diez hasta doce palmos de agua, y éstos se mudan muy de ordinario, por los bancos de arena que hacen las avenidas y crecientes de la laguna y movimientos de sus aguas. Tiene dos bocas la barra (que corren, como dejamos dicho, Norte Sur) las cuales divide una isla, ámbas con la misma dificultad de bancos de arena, aunque la de la banda del Leste la tiene menor, por ser algo más sondable que la del Oeste. No les pareció á estos belicosos indios sufrir aun estas pequeñas ocupaciones, que más eran ejercicios suyos, pues no tenian otros, aun antes que entraran los españoles, y así poco á poco se iban rebelando, acudiendo desganados á ellos, hasta el año de mil y quinientos y noventa y ocho, que viniendo una fragata de Cartagena, dió fondo cerca de la barra sobre tarde, para ver mejor otro dia por dónde habia de entrar. Apénas se hubo anclado, cuando se le allegaron dos ó tres canoas de estos Zaparas, cada una con dos indios ó tres á lo más, porque ellos no tienen embarcacion de más porte, y dando muestras de la grande amistad que hasta allí (ó por ventura más para paliar mejor sus intentos), dieron pescado á los navegantes, como solian, por algunos rescates de cuchillos, espejos, cascabeles y otras cosas de Castilla, de poca consideracion, todo esto para más asegurarlos.

Vueltos á sus casas, ya á boca de noche determinaron, con lo oscuro de ella, quemar la fragata, y poniéndolo por obra, vinieron en una canoa muy al secreto, y arrimándosele sin que los sintiera la gente, por estar dormida, pegaron fuego en la cubierta de la popa, que era de palmicha. Los primeros que acaso lo vieron dieron voces, despertando á los demás, cuando ya estaba tan encendido, que la diligencia de apagarle fué en vano, y no la que pusieron los indios en tener en un punto rodeada la fragata con sus canoas, y comenzar á flechar luego la gente, que se podia mal librar de las flechas, con la confusion en que estaban del fuego, y el poco reparo de bordo que tenia la fragata, con que no se escapó de las manos de la muerte ninguna de setenta y dos personas que iban en ella, sin peligrar ninguno de los indios, ni salir aun con un pequeño rasguño, con que se enseñorearon de ella y de cuanto traia de ropa, vino, aceite, mucha moneda y barras de oro, aunque despues pareció mucho de ello. Habiéndose con esto quitado la máscara que traian hasta allí en su rebelion, comenzaron, muy á lo descubierto, á mostrarse enemigos de los nuestros y quedar tan señores de la barra, que los años que duraron allí adelante, que fueron ocho ó nueve, hasta que se les dió fin, como sabian ya el tiempo de las embarcaciones en que habian de

entrar las fragatas, algunos dias ántes, más ó ménos, se ponian á aguardarlas en la barra, á la mira de la que tocaba, sobre quien daban luego como gallinazos sobre cuerpo muerto, y la rendian no con mucha dificultad, porque con la alteracion y alboroto que tenia la gente en ver los indios al ojo y encallados en un reventadero de mar, nadie acertaba á marear las velas, todo era zagarrera y confusion, porque aunque algunas veces salian al fondo, por ser los bancos de la arena muerta y chata la quilla de la fragata, y sucedia que con el movimiento de las aguas y fuerza de las velas rompia el banco de arena y llegaba donde podia nadar. Otras sucedia al contrario, que como no habia concierto en marear, la hociaban más dentro de la arena, y aun sucedia dar la brisa con ellas á la costa, sin poder el gobernalle reparar este daño, con que sobrevenia luego el de los indios, pues en conociendo que habia topado, estando solos ciento ó ciento y cincuenta pasos de ella, con arcos y flechas en sus canoas, saltaban de ellas al agua (que las recogian los muchachos y mujeres, que venian con otras detrás) y nadando en seis brazas que tiene de fondo todo el placel de cerca la barra, disparaban flechas, como si estuvieran en tierra firme, con tanta violencia y fuerza, que por encima el tope pasaban algunas doscientos pasos á la otra banda y así nadando y flechando se iban llegando á la fragata, que como es rasa, como hemos dicho, defendia poco á muchos, y en viendo que ya habian quedado pocos sin morir ó caer rendidos, gateaban por ella y todo cuanto tenian dentro, con lo cual mataron más de cien hombres en veces, fuera de los de la primera fragata.

Al salir de la barra no habia estos peligros, porque la sondaban primero que saliesen, y poniendo por la más segura sus marcas á trechos, que señalasen lo sondable, pasaban sin tocar y sin peligro por salir todas juntas, y con ellas dos barcas con treinta ó cuarenta soldados arcabuceros del pueblo. A quien duró esta guerra ocho ó nueve años, en que se gastó mucha hacienda é innumerables trabajos, todo sin provecho ni minorar un indio de los treinta y cinco, porque como los soldados salian en su demanda en canoas grandes, cargadas de sus comidas (y no con las bogas necesarias), para poder correr con ligereza, si encontraban con alguna de los indios, en lo ancho de las aguas, no era posible darle alcance, y si en parte donde no les era posible á los indios huir, y que por fuerza hubiesen de pelear, como muchas veces sucedia, arrojábanse al agua, sin poder ver á ninguno, sino era cuando ya salida de abajo, con la flecha en el tendal, y disparándola con poca ménos fuerza y violencia que la bala de sus escopetas, se volvia á zabullir, y parecia otra vez de allí á veinte pasos, armado otra vez el arco, habiendo hecho esto debajo del agua, y puesto la flecha tan en su punto para dispararla, como si estuviera en tierra firme.

Las balas de las escopetas no les podian hacer daño, porque en dando en el agua saltaban arriba, resistiéndoles el agua por el calor con que iban; la puntería tampoco era de efecto, por la variacion de salir ahora en una parte y despues en la otra, que tambien era causa para no ser de provecho la industria que tuvo un buen Capitan de disparar el arcabuz en lugar de bala con una baqueta y un casquillo de hierro, con una saeta en la punta, para que penetrando las aguas, buscasen debajo de ellas al enemigo, porque el no poder atinar tampoco con la puntería á parte cierta, hacia siempre incierto el tiro, con que andaban los soldados aperreados de noche y de dia, y los indios con crecidas avilanteces y brios, pues los tuvieron para poner en ejecucion otra maldad, sobre las muchas que hacian el año de mil y seiscientos y seis, intentando hacer guerra á los naturales de los otros pueblos sus convecinos,que estaban de paz, tambien dentro de la Laguna, Moporo, Tomoporo y Paraute, porque decian eran ellos los bogas que venian con los cristianos á inquietarlos, y no teniéndolas, no podrian hacerles mal alguno. Pusieron esto en efecto, y los de los tres pueblos en alzarse huyéndoles, que aunque no fué por modo de guerra contra los españoles, pero al fin rebelados, se seguian mayores inconvenientes que hasta allí, los cuales pretendiendo atajar el Gobernador Sancho de Alquiza, que á la sazon lo era de todo aquel partido de Venezuela, el año siguiente de mil y seiscientos y siete, á dos de Enero, despachó recados desde la ciudad de Santiago de Leon de Carácas, al mismo Capitan Juan Pacheco Maldonado, su Teniente, que aun lo era en aquel pueblo de La Laguna, para que haciendo leva de gente en todos los de aquella Gobernacion, y si fuere menester en los del Corregimiento de la ciudad de Mérida, ó en otros del Nuevo Reino, tomase más de propósito que hasta allí el castigo y pacificacion de aquellos indios Zaparas, probando mejor ventura que la habian tenido los de Maracaibo.

CAPÍTULO XIX.

I. Sale el Capitan Pacheco de la ciudad de Trujillo con gente y llega á la de la Laguna en dos barcos, desde donde sigue su viaje.—II. Encuéntrase el Capitan Pacheco con Nigale, indio principal de los Zaparas, y pretenden engañarse el uno al otro.—III. Júntanse los indios Zaparas y su principal Nigale con el Capitan Pacheco y sus soldados.—IV. Matan y prenden los nuestros con buen ardid á todos los indios Zaparas.

HABIENDO sacado el Capitan Pacheco de su ciudad, Trujillo, cincuenta soldados, todos sus parientes y amigos, el mismo año de mil y seiscientos y siete, y llegado con ellos al puerto de Moporo, diez y ocho leguas de ella por tierra, y otras tantas de la de Maracaibo por agua, se embarcó en dos barcos capaces para todos, y dándose á la vela enderezó su viaje á la barra principal y más cierta asistencia de los Zaparas; y tocando de camino en la ciudad de la Nueva Zamora (cuyos cimientos beben las aguas de la misma laguna) sin detenerse en ella, porque no se diese lugar á que tuviesen aviso los Zaparas de su viaje por indios ladidos de los que servian en ella, como suele suceder. Los soldados ordinarios de aquella guerra y ciudad, aunque los recibieron como amigos, en lo poco que estuvieron en su puerto, les comenzaron á dar la vaya con risa y burla de los intentos y determinacion que llevaban los trujillanos, diciéndoles por contrario sentido, que tan buena y lucida gente no podia dejar de acabar la guerra, pero que seria la de los bizcochos, alfajor, conservas y rosquillas (de que no faltaba entre el demás matalotaje que llevaban) y que á los dos dias los aguardaban allí de vuelta, victoriosos de todo esto. No parece iban estas burlas fuera de camino, por la experiencia que tenian de nueve años de aquella guerra; y siendo de los mejores soldados que pisan aquellas costas, y los indios enemigos de los más valientes, y sobre todo habiendo ellos hecho hasta allí las salidas en canoas, en que podian entrar donde querian por la boga, y éstos ir con barcos á la vela, sujetos al viento, que aun para tomar puerto llano les habia de ser dificultoso; pero no haciéndosele tanto al Capitan Pacheco como ellos lo pintaban, confiando más en las fuerzas divinas que en las suyas, tomando por entretenimiento lo que le decian, alzó velas y tomó la vuelta de la barra, y como á dos leguas de ella le salió al encuentro una canoa, con dos indios que llegándose cerca de los barcos, sin temor de los que iban en ellos, pretendieron reconocerlos y ver qué gente era la que tan fuera de tiempo iba por aquella derrota, porque como diestros en guerras de españoles, tenian su seguro; pues si fuese gente chapetona y no soldados hechos, no les harian ningun daño sin hablarles primero, y cuando fuesen vaqueanos y cursados en aquellas guerras, tampoco les ofenderian, pues les dirian que iban á darse de paz y servir á sus amos, con condicion que los tratasen bien. Palabras ordinarias suyas con que engañan cada dia á todos, y los Capitanes bien ó mal las creen así, ó pasan por ellas, porque matando ó prendiendo á un indio ni dos, que vienen de esta manera, no se hace la guerra; ántes de ordinario se suelen acariciar y regalar, intentando si por este medio se pudiesen traer los demás.

Llegados pues los de la canoilla á que los pudieran oir los de los barcos, preguntó uno con voz bien atrevida que quiénes eran y á dónde iban, á quien el Capitan respondió: que quién era el que lo preguntaba, y el indio: yo soy Nigale. Este era el principal de aquellos indios Zaparas, no sé si por ser Cacique, ó á quien obedecian, como á más valiente, como suelen algunas de estas naciones. El Capitan le dijo: llégate acá, que me alegro mucho de encontrarte, porque yo soy Juan Pacheco, y sabes que tengo obligacion de quererte bien; esto dijo porque el Nigale habia sido paje de su padre el Capitan Alonso Pacheco, en aquel pueblo, cuando lo fundó, como dejamos dicho. El Nigale respondió en lengua castellana, en que era bien ladino; pues si me quieres bien, por qué me vienes á hacer guerra á mí y á mi gente con esos soldados? respondióle el Capitan: yo no pretendo hacerte guerra ni mal alguno, pues solo los traigo por el miedo que tengo á tí y á tu gente, que no habeis de dejar cargar estos barcos de sal, que es á lo que vengo; pues ya podrás echar de ver la falta que tenemos de ella en Trujillo, despues que tú y tu gente os alzastes, y si tú con ella me los quisieres cargar, te lo pagaré muy bien, y sin pasar adelante tomaré la vuelta del puerto. Esto decia el Capitan Pacheco, porque la salina que abastece toda aquella tierra, estaba en la de estos indios. No habia acabado esta razon el Capitan, cuando ya tenia el Nigale fabricada la traicion y modo que habia de tener para matarlos á todos, en que tampoco se descuidó Pacheco, pues á lo mismo fué tirando en esto que le dijo. Aceptó

luego el indio (para asegurar más lo que de presto fabricó) diciendo lo haria con gana, porque le queria bien, por ser hijo de su amo, y á todos los de Trujillo, porque nunca les habian hecho mal. Concertáronse, y que al otro dia viniese el indio á la salina, que está como una legua de la barra, y trajese su gente, porque él iba con la suya y los barcos á hacer noche en ella. Aceptó esto Nigale, con condicion que no habia de sacar armas el Capitan ni sus soldados; el Pacheco le dijo fuese así; pero que tampoco él ni su gente las habian de traer.

Despidióse con esto el indio muy contento, sin querer recibir nada de lo que le queria dar luego el Capitan, haciendo cuenta que allí se le tenia seguro, y lo demás que traian en los barcos, para el dia siguiente, que llevaba por sin duda el haberlos á las manos. Lo que le quedó del dia, y toda aquella noche gastó Nigale en avisar á su gente y asegurarlos de la presa cierta que tendrian presto guardando la traza que les daba en el embestirles, con que todos, codiciosos de lo mismo, al quebrar del alba, ya estaban juntos con todas sus mujeres y chusma, dentro de un estero escondido á la banda del Leste en tierra firme, como dos tiros de mosquete de la isla. De aquí salieron los indios en sus canoas, que eran hasta veinte y cinco, y en otras quedaban sus mujeres con las armas y órden, que en viendo la seña que se les debia de hacer, viniesen todas (que sabian bogar y nadar tan bien como ellos), con achaque de que les traian de almorzar. Llegaron á la isla todos muy alegres, con sus levantados penachos de varias plumas, el Nigale el primero, donde halló al Capitan Pacheco desembarcado con su gente, á quien habia dicho que de secreto llevase cada uno un cuchillo gifero, metido, sin que se viese, entre la manga y el brazo, para lo que se ofreciese, porque aun no tenia dada traza del modo que habian de tener para acabar con los indios, por no saber la ocasion que se podia ofrecer, aunque todos habian de estar alerta para no dejar perder alguna. Alborotáronse los dos Capitanes, y con palabras de amistad se la dieron y las manos, que de allí adelante habian de ser grandes amigos, y para señal de esto mandó sacar el Capitan Pacheco una petaca de bizcocho con que almorzasen todos, y viniendo liada con unos látigos de cuero yertos y secos, cuando la fueron á abrir no podian, y diciendo el Capitan que cortasen el cuero, respondió el soldado que andaba por abrirla muy enojado, cuerpo de Dios, hémoslo de cortar con los dientes, si vuesa merced manda que ni aun un cuchillo saquemos? No se alegró Nigale poco de esto, pareciéndole tenia más segura su presa, al fin con un hueso de un pescado que se toparon allí, que era á modo de sierra, cortaron el cuero y sacaron el bizcocho, de que tomaron á su gusto todos los indios, fuera de Nigale y otro más valiente, que los demás, que parece que por más graves se retiraron un poco; á los cuales dijo el Pacheco, tomemos nosotros tambien un bocado para beber una vez de vino, que luego sacarán para que se haga muy bien de almorzar.

Llegó en esto el Capitan á la petaca para tomar bizcocho, y los dos indios con él, pero al tiempo que se bajaron los asió fuertemente á ámbos de los cabellos con ámbas manos, y diciendo Santiago, cada dos soldados que estaban arrimados á un indio entreteniéndole y chocarréandose con ellos, se abrazaron al que les cupo animosamente, y sacando sus cuchillos con la brevedad que pedia el caso, les abrian las barrigas por estar todos desnudos, y en un punto los tenian destripados casi á todos; si bien hubo indio que con las tripas por el suelo, con la furia y ansias de la muerte, metió á sus dos soldados forcejeando en el agua, y si otros no los socorrieran, que estaban ya desocupados por tener muertos ó amarrados á los que les cupieron por suerte, los ahogara en ella. El Capitan Pacheco estaba forcejeando con sus dos valientísimos indios, donde hizo buena prueba de serlo tambien él, y de su valiente ánimo tanto como lo es su cuerpo, que es de la mayor estatura y bien proporcionada que tiene aquella tierra, y de poco más de treinta años que tenia á la sazon; al fin acudiéndole con socorro y algunas heridas que dieron á los dos indios otros soldados, sin habérsele podido entre tanto escapar de sus manos los dos, los amarraron como hicieron algunos soldados á otros, que por todos quedaron presos once, algunos muy mal heridos y otros no tanto, y los catorce muertos sin que soldado ninguno peligrase.

CAPÍTULO XX.

I. Estánse aquel dia los españoles en la isla celebrando la victoria, despues de haber cogido las mujeres y chusma de los Zaparas.—II. Llegan con los barcos y presos al pueblo de la Laguna, donde se recibió notable gusto del buen suceso.—III. Ahorcan á los Zaparas, y con la chusma y sus soldados toma el Capitan Pacheco la vuelta de su ciudad Trujillo.—IV. Dícese la importancia que tuvo aquella victoria, aunque fué de pocos indios.

PUESTOS con seguro los presos en los barcos con las canoas de los indios, pasaron algunos soldados á la tierra firme, y tomando la vuelta en ellas mismas del estero de donde habian visto salir á los indios, se les acrecentó su buena suerte, en que cogieron todas las mujeres y chusma que estaban ya á pique para salir de la Laguna con las armas para sus maridos, que ya se les hacia tarde el no ver la seña de que les habian dejado aviso. Volvieron con todas ellas á los barcos é islas, donde estuvieron aquel dia celebrando la buena suerte que habian tenido, no solo para ellos sino para toda aquella gobernacion y la de Cartagena, pues á todos tocaban tan en lleno los daños que hacian estos indios en aquella barra. Contaba cada cual de los soldados el modo que habia tenido de herir á su indio, en librarse de él, las valientes fuerzas con que se procuraba defender, y al fin, todos se daban el parabien del suceso, que más fué de ventura (que es de la que más necesidad tiene el Capitan y el Médico, ó por mejor decir el enfermo, que la tenga el Médico) que de ardid de guerra ; así en lo que hizo el Pacheco en dejar los barcos sin gente, como en lo que dejó de hacer el indio. El cual cuando vió de léjos los barcos vacíos y algo apartados de los españoles que estaban en la isla, pudiera mudar el órden que dejaba dado á las mujeres, y haciendo que volviesen unos por las armas, apoderarse otros de los barcos, que no tuviera dificultad ni los españoles remedio de quitárselos, y con ménos trabajos que otras veces los mataran á todos, por estar sin ningunas armas, pues estaban en los barcos y ellos en la isla. Al fin el favor del cielo les socorrió en todo atajando los pasos á las maldades de aquellos bárbaros.

Diéronse á la vela luégo por la mañana otro dia, y viento á popa tomaron la vuelta de la ciudad, que no se alteró poco, luégo que de ella los descubrieron, teniendo por cierto volvian desbaratados, y como muchos eran parientes de los de la ciudad y todos amigos, acrecentábanse los sentimientos, hasta venir á ser llantos y lágrimas en muchos, diciendo claro estaba que habia de ser ese el suceso, pues chapetones y sin experiencia de guerra, se fueron á meter entre gente tan belicosa, y en barcos, que era donde más cierto estaba el riesgo. En esto estaba toda la ciudad, y ya á la lengua del agua, cuando llegaron los barcos á la callada sin disparar arcabuz, que era la seña que se solia hacer cuando entraban con algun buen suceso. Todos se hacian ojos desde la playa, mirando á lo léjos el bulto de la gente que parecia y echando tanteo de los que podrian ser muertos, y como ya que se fueron llegando vieron á todos los soldados y á Nigale con los demás presos, quedaron admirados y como fuera de sí, por ver delante los ojos un imposible. Pero como á Dios no lo es nada, levantando á él sus pensamientos y atribuyéndole la victoria, trocaron la pena en gusto, por haber sucedido tan dichosamente sin riesgo de sus amigos, y quedarlo ellos de tan prolija, penosa, costosa y peligrosa guerra, que habia llegado á ponerlos en tales temores, que habian cercado de dos tapias de tierra todo el pueblo para vivir con algun resguardo, á lo ménos de noche, en que amenazaban más los peligros.

No dejaron los trujillanos de acordarse y refrescar la vaya que les habian dado á la partida de la victoria, que cada uno habia de alcanzar de los rosquetes y conserva, diciendo que la que veian á los ojos habian alcanzado de los indios, respondian lo que habian dejado de responder á la ida. Metieron los presos con seguras guardas y prisiones luégo en la cárcel, donde estuvieron hasta otro dia tan triste y melancólico el Capitan Nigale, por ventura por no haberse sabido portar en la ocasion, que por muchas que le dieron para hablar desde que lo prendieron, no le pudieron sacar una palabra ; y aquella noche, estando preso, se arrancó pelo a pelo unas barbitas y bigotes que tenia, y se los fué comiendo uno á uno. Luégo otro dia los ahorcaron á todos, y con la chusma, dejando poca ó ninguna en el pueblo de la Laguna, tomaron el Capitan Juan Pacheco y sus soldados en sus dos barcos la vuelta del puerto de Moporo y desde allí la de Trujillo, donde fué recibido con grande aplauso, como lo pedia el buen suceso, que lo fué como hemos dicho, y de gran consideracion para toda aquella gobernacion y muchas ciudades de este Nuevo Reino de Granada.

Y nadie podrá decir (sin nota de atrevimiento) haber sido esta guerra de poca con-

sideracion, por haber sido de solos treinta y cinco indios, que parece número para quien suelen bastar á las veces tres ó cuatro españoles; pues no fué sino de muy grande, si se advierte que cincuenta y á veces sesenta soldados de los de Maracaibo, que, como hemos dicho, son de los mejores bríos de aquellas costas y diestrísimos en las aguas, habia nueve años á la contínua que les andaban en los alcances, desvelados, afligidos y con grandes gastos noches y dias, y haber acabado una dificultad tan grande en tan poco tiempo, sin costar una gota de sangre de españoles. Poco sabe de conquistas quien no hiciere la estimacion que merece, como la hizo el Rey y su Real Consejo de Indias, del hecho y la persona del Capitan Pacheco, premiándola en el gobierno de los Muzos y Colimas, de donde salió con la misma satisfaccion y aplauso qne de este hecho.

CAPÍTULO XXI.

I. No cesan de infestar la laguna los Quiriquires; hácese una entrada á ellos, con quienes se peleó bien con algunas muertes—II. Hacen guerra los Quiriquires á los Moporos de las Barbacoas, y quedan desbaratados—III. Vienen los indios Giraharas sobre la ciudad de Pedraza, róbanla y quémanla—IV. Alzan el cerco los indios. Retíranse los que quedaron vivos. Viene de socorro de Mérida el Capitan Diego de Luna y se reedifica la ciudad.

NO traian con menores desvelos que los Zaparas, los indios Quiriquires al mismo pueblo de la Laguna y al de Gibraltar y ciudad de Mérida, por no ser menores los daños qne estas tres ciudades en especial, y otras muchas del Reino, recibian con lo que hemos dicho, y con tener todavía cerrada la boga y paso de la Laguna hasta el rio de Zulia, á que acrecentaban cada hora otros infinitos robos, daños y muertes, con que traian con perpetuos temores á las tres ciudades, y en especial á la de Gibratar : pues sin asegurarse un punto sus vecinos, huyendo el peligro que noche y dia les amenazaba, andaban retirados en sus estancias, con que no se frecuentaba aquel puerto, que era causa de no pequeñas pérdidas á la tierra y quintos Reales. No se les podia dar pique á los indios, por el cuidado con que andaban, y secretísimas ladroneras que tenian en los esteros de la Laguna, á donde (aunque las hallaban á las veces algunas tropas de soldados que salian en su demanda) no les era posible entrar, por ser de bajíos, de tan poca agua sus bocas, que solo era bastante para sus pequeñas canoillas, que no son de más porte, como hemos dicho, que de hasta tres ó cuatro personas, en que los nuestros no saben ni se atreven á navegar, en especial habiendo de llevar sus matalotajes y armas, que es para lo que nunca tienen necesidad de canoas los indios. Con estos peligros y cuidados se volvió, sin hacer entrada de consideracion por lo dicho algunos años, desde que robaron tercera vez la ciudad, hasta que se determinó una de sesenta soldados, que se juntaron de las de Mérida, Maracaibo y Trujillo, y yendo por Capitan Juan Pérez Cerrada, vecino y encomendero de la de Mérida y soldado valiente, criado toda su vida en las guerras de aquella Laguna, que con algunas guias entrando por caños secretos dieron en las poblaciones de los Quiriquires, y cogiéndolos en ocasion que no pudieron saltar en tierra unos ni otros, ni huir el venir á las manos, pelearon desde las canoas valientísimamente todos, en que mataron algunos de los Quiriquires, y ellos á un soldado y á otros indios amigos que llevaban de boga los nuestros, y quedando tambien heridos otros de ambas partes : á los de la nuestra les fué forzoso retirarse, para reformarse de gente y matalotajes, que por haber dias que habian salido, lo uno, y lo otro se habian minorado, de suerte que sin socorro no podian detenerse más tiempo.

En el que pasó hasta hacer otra vez la entrada que diremos, no les sufrió el corazon fragoso é inquieto á los Quiriquires no intentar probar sus brazos con los indios Moporos y Tomoporos, que, como dejamos dicho, están poblados en el puerto de Trujillo, que llaman las Barbacoas, á donde llegaron en cierta ocasion de noche, con intentos de acabar con ellos, que eran pocos más que treinta, no ménos valientes, como se vió ; pues habiéndolos sentido los Moporos, se pusieron tan á tiempo en defensa, que viniendo á las manos los unos con los otros, las apretaron con tantas ventajas los Moporos, que conociéndolas los Quiriquires les volvieron las espaldas, huyendo á prisa, á quienes los victoriosos fueron siguiendo con la misma y aun con la misma fortuna, pues con la turbacion y prisa de la huida dieron las canoas de los Quiriquires en seco, y los Moporos sobre ellos, con tan buena diligencia, que matando á unos cautivaron á otros, y entre, ellos un mulato de los que ha-

bian preso en la ciudad de Gibraltar, que ya era tan belicoso y de depravadas costumbres como ellos. Este se llevó á la Nueva Zamora, que no fué de poca importancia para la segunda y dichosa entrada que despues hizo el año de mil y seiscientos y diez y siete el mismo Capitan Cerrada, como luégo diremos. La cual pienso se retardó tanto por algunas otras ocasiones que entre tanto se ofrecieron, á que les fué forzoso acudir á los soldados de la Laguna, Gibraltar y Mérida ; y entre las demás no fué la de ménos consideracion la que se ofreció en la ciudad de Pedraza la nueva, que se pobló por el mes de Diciembre el mismo año de mil y quinientos y noventa y uno, que dijimos se habia poblado la de Gibraltar.

Porque habiendo estado sus indios pacíficos hasta el año de seiscientos (que á primero de Noviembre, dia de todos Santos, se alzaron parte de ellos y mataron algunos encomenderos con todas sus casas), fueron prosiguiendo sus rebeliones hasta el de seiscientos y catorce, que en el mismo dia de todos Santos, volvieron á dar sobre el pueblo, habiendo hecho junta para ello estos Giraharas (que así se llaman los que están encomendados en sus vecinos) con otras muchas naciones de los llanos, que se juntaron por todos más de mil, y habiendo usado la noche de ántes al disimulo de un ardid harto sagaz, que fué atar los perros en las casas de los vecinos, para que no les hicieran mal, dieron este dia tan de repente sobre el pueblo, que sin poderles hacer resistencia los vecinos, mataron la más de la gente así de servicio como de españoles ; cogieron viva alguna, y entre ella una hija doncella del Capitan Delgado, que hoy se está entre ellos ; hicieron pedazos á su padre ; quemaron todas las casas, fuera de la de este Capitan, donde se recogieron por buena suerte siete hombres, y entre ellos el cura, que era un Padre de Santo Domingo, llamado Fray Cristóbal Dávila, y siete mujeres que pudieron escapar la vida, desde donde pelearon valerosamente con los indios, que los tenian cercados, estando ardiendo lo demás. En este miserable conflicto estaba el pueblo, cuando asomó por un alto, bien cerca de él, un religioso de la órden de San Agustin, llamado Fray Juan de Casiana, que hacia doctrina en un pueblo de indios, seis leguas de allí, y venia á confesarse, á quien en dándole vista éstos, fueron como unos leones, y con rabia de tales lo hicieran pedazos, si un Cacique que llegó entre ellos, llamado Camisetano, no lo defendiera, diciendo á los demás no tenia culpa, pues no era de aquel pueblo, excusándose tambien él con el Padre del estrago que se hacia, diciendo habia venido sin voluntad, solo porque no lo mataran los demás, viéndolo retirado de ellos. Con esto lo pasó este Cacique por entre los indios, hasta que el fraile se entró en la casa del Capitan Delgado con los demás, desde donde puesto encima un árbol que estaba en el corral, un vecino disparó un tiro de arcabuz tan acertado, que aunque fué á bulto, mató al Capitan de toda esta gente é hirió á otros con las postas, con que se retiraron un poco de la casa, poniendo el cerco más á lo largo, y les dejaron respirar á los de ello algo más.

Los cuales para hacer demostracion de más gente, vistieron á las mujeres de hombres, y con unos trozos de palos que de léjos parecian arcabuces, y con cañas que parecian lanzas, metian la guardia mañana y tarde á vista de los indios, diciéndoles á voces : aguardad, traidores, y llevareis el pago, que esta noche nos ha entrado socorro de la ciudad de Barinas, y ésta que viene lo aguardamos de la de Mérida, que fué bastante para que al tercero dia levantaran los indios el cerco, dejando la ciudad toda abrasada, muchos ganados muertos, y llevándose con la doncella que hemos dicho, algunos niños vivos, que no quedara ninguno de los de la ciudad á durar más el cerco, pues la hambre y sed tambien matara á los que se libraran. Retiráronse con esto aquellas reliquias de la ciudad, nueve leguas de allí, hácia la Barina, habiendo despachado primero aviso con un indio á la de Mérida, de donde partió con harta brevedad (y alguna gente de socorro á su costa) el Capitan Diego de Luna, que á la sazon era Teniente en ella del Corregidor don Juan de Aguilar, que habiendo llegado caminando con harta prisa (pues anduvo en dos dias treinta leguas, que hay de una parte á otra de mal camino y caudalosos rios) al sitio del incendio, y no hallando más que los cuerpos muertos, unos á medio quemar y otros á medio comer de aves y animales, enterrándolos á todos en un pozo, pasó por el rastro á buscar los vivos, que halló en el retiro que hemos dicho, con la afliccion que no podremos decir, y habiéndoles socorrido con lo que llevaba en la extrema necesidad que tenian de hambre con ellos y los soldados que le acompañaban, volvió á reedificar la ciudad, que de los cuerpos de los animales que habian muerto los indios se inficionó luégo, de suerte que casi todos llegaron á la muerte.

CAPÍTULO XXII.

I. Entra otra vez el Capitan Cerrada y prende algunos indios, y entre ellos á la tercera cautiva de las hijas de Rodrigo de Argüello—II. Ahorca el Capitan los indios más culpados en algunos puertos, y entre ellos al marido de la cautiva, por no ser el que ménos lo merecia—III. Dan otros castigos menores á los ménos culpados, y mátale á la cautiva sus tres hijas su hermano—IV. Vuelven algunos de los indios que desterraron á juntarse en la misma Laguna, donde hoy andan hechos salteadores como ántes.

YA habia entrado el año de mil y seiscientos y diez y siete y á ser Corregidor de la ciudad de Mérida y su partido, don Fernando de Arrieta, cuando por las avilanteces de las victorias pasadas, estaban insufribles con tantas maldades como cometian los indios Quiriquires, y á su ejemplo otras naciones, como fué una de unos que llamaban los Guarunies, tan atrevidos, que seis lo eran muchas veces para acometer á cien soldados, cuya habitacion era en la boca y márgenes del rio de los Estanques ó Chama, cuando baja á los Llanos y llegan á beber sus aguas las de la Laguna, que el año de doce entrándolos á pacificar el Capitan Varela, lo mataron con algunos otros soldados, y así se determinó el mismo Capitan Juan Pérez Cerrada, el año de diez y siete, con órden del Corregidor, tomar de propósito el acabar ya con estas guerras y miedos de los Quiriquires y con algunos soldados de la misma ciudad de Mérida, La Laguna y Gibraltar, salió en su demanda llevando por guia al mulato que dijimos habian cogido en Gibraltar los Quiriquires, y despues á ellos los Moporos. Y llegando á las bocas de los caños que entraban en los esteros, donde tenian su morada los Quiriquires en barbacoas, no los pudiera atinar otro que el mulato, bien acostumbrado en ellos, por tenerlos tapados y deslumbrada la entrada del todo, con que se aseguraban los indios que nadie les pudiera entrar, que fué toda la importancia para haberlos á las manos, porque abriéndolas por órden del mulato, dieron sobre ellos tan á deshoras y sin prevencion los nuestros, que matando á unos, prendieron á otros, si bien la mayor parte se echó al agua desde sus casas, que las tenian, como hemos dicho, en ella, y salieron á tierra firme, por donde fueron siguiendo los nuestros el alcance, con tan buena suerte, que hubieron á las manos más de sesenta indios é indias de los más principales, y entre ellos á la última cautiva de las hijas de Argüello, con el indio que estaba casado con ella, de quien tenia tres hijos, dos niñas y un niño, ya algo crecidos y muy hermosos, que fué una de las cosas que les andaba á los nuestros solicitando el deseo de estas jornadas.

No quedó harto el del Capitan Cerrada con sola esta presa, pues solo fué avivar las esperanzas que le quedaron de reducir el resto de ellos, con que asentó real de propósito en tierra firme, fortificándose de palizada, desde donde despachaba algunos indios de los presos, con algunos soldados á convidar con la paz á los huidos y retirados, que no fueron en vano las diligencias y otras trazas que se usaron, echando emboscadas en sus labranzas, con que se hubieron algunos á las manos; con lo uno y lo otro se juntaron, unos por fuerza y otros de grado, más de cuatrocientas almas, de suerte que solo quedó en la tierra un Cacique, con solos cinco ó seis indios. A los principales de los reducidos y presos, entre otras cosas de sus alzamientos que les comenzó luego á vituperar el Capitan, fué, que cómo habian tenido corazon, siendo cristianos, para flechar al Santo Crucifijo y quemar la iglesia de Gibraltar, á quien respondieron que ninguno de los que estaban allí eran culpados en ello, pues los que lo habian hecho todos habian muerto malas y desastradas muertes, luego que llegaron á su tierra, de las cuales habian tomado ellos ocasion para juzgar habian sido por haber flechado el Santo Cristo, y por eso no haberse atrevido á tocar en la iglesia, ni aun entrar en ella las otras dos veces que habian robado y quemado el pueblo. Embarcó el Capitan Cerrada toda su gente y presos en una fragata y canoas que tenia en la boca del rio, y en cada puerto como iba pasando iba ahorcando á los indios más viejos y más culpados en los alzamientos y maldades cometidas. Y como uno de éstos fuese el marido de la cautiva, estando ya para ahorcarlo, comenzó á lastimarse con grandes lágrimas y sentimientos, y reprendiéndola de aquello, en especial un hermano suyo que iba entre los soldados, respondió que no podia irse á la mano en ello, pues veia querian matar al padre de sus hijos, y que tambien lo habia sido suyo, pues habia estado en su compañía diez y siete años, teniendo solos ocho ó diez cuando entró en su poder: pero estas razones ni sentimientos bastaron para que no quedara colgado como los demás.

Llegaron haciendo estas justicias al puerto y ciudad de Gibraltar, donde concluyeron con ellas y con los que las merecian, dándoles otras penas á los no tan culpados, enviando unos á las galeras y otros desterrados á Cartagena y á la isla de Santo Domingo, otros á la ciudad de Trujillo, dejando la chusma pequeñuela poblada con los indios de paz de aquel pueblo, y dando la mayor á los soldados que lo trabajaron valerosamente. El hermano de la cautiva tomó en una canoa, con ella y sus hijos, la vuelta del pueblo de Maracaibo, y habiéndole en el camino embestido el demonio un espíritu diabólico de que matara aquellos niños, que eran como unos ángeles, se dejó vencer de él, solo porque no se dijera que su hermana tenia hijos de un indio : y en cierto paraje, yendo arrimados á tierra, tuvo traza para dejar la demás gente y apartarse con los niños á solas, diciendo iba á bañarse con ellos, y en viéndose donde nadie se lo pudiera impedir, les dió de puñaladas á todos tres, y tomando otra vez la vuelta del pueblo, lastimadísimos todos los de la compañía del hecho tan atroz, que luégo lo confesó en llegando á la ciudad, comenzó á enfermar de una enfermedad tan aguda y rabiosa, que dentro de quince dias lo despachó miserablemente, quedando la hermana con sentimientos de madre que le habian muerto sus hijos, si bien no le faltaban consuelos de las otras dos sus hermanas que vivian allí, poniéndole delante las mercedes que Dios les habia hecho á todas en sacarlas de entre bárbaros.

El no haberse acertado dejar cerca de estas tierras los que quedaron de estos indios Quiriquires, Gandules con vida, lo ha descubierto la experiencia, pues se han vuelto otra vez á juntar en los mismos parajes de la Laguna, y con otros de otras naciones andan hoy alzados y salteando todo cuanto pueden al descubierto, en quince canoas, que cada una no trae más que cuatro á lo más, dos de pelea y dos de boga, y algunas traen menos; tienen muertas hoy algunas personas, despues de esta junta, y necesitada la tierra de vivir con cuidado, y volverles á reconocer sus ladroneras.

CAPÍTULO XXIII.

I. Sucesos del gobierno de la Provincia de Guayana.—II. Avisos que da el Rey á los puertos del mar del Norte, y llegada de Gualtero Reali á la isla de la Trinidad con copiosa armada.—III. Diligencias que hace el Gobernador, y division de sus soldados para la resistencia del enemigo.—IV. Echa el enemigo gente en tierra, y viene marchando á la ciudad, y cerca de ella se le echa una emboscada.

POR muerte del Gobernador de Guayana y tierras de entre Pauto y Papaneme, á Antonio de Berrío sucedió en el mismo gobierno su hijo mayor, don Fernando de Berrío y Oruña, porque, como dejamos dicho, aunque heredó el gobierno del Adelantado del Nuevo Reino, don Gonzalo Jiménez de Quesada, de que se le habia hecho merced por solas dos vidas, por nuevas capitulaciones que hizo el Antonio de Berrío, se le acrecentó una para su hijo, que fué el don Fernando, y entró luego á gozarla tras la de su padre, y habiendo gobernado, aunque mozo, con satisfaccion, paz y quietud algunos años, no faltaron quejas (sombra que va siempre siguiendo al cuerpo del gobierno) que llegaron á los oidos del Rey y su Real Consejo, con que se despachó al Capitan Sancho de Alquiza, Gobernador que dejaba de ser de la Provincia de Venezuela, que le tomara residencia, y hallando causas le suspendiera ó privara del gobierno, segun fueran, y se quedara en él: que es de lo que ya dejamos tratado en otra ocasion, que no le puedo rastrear razon de congruencia. Llegó Sancho de Alquiza á la ciudad de Santo Thome en Guayana, y comenzando á averiguar las causas que ya señaladamente traia, y hallando grande estropiezo en los rescates que se habian hecho en aquella Provincia con enemigos y tratos de contrabando, privó al don Fernando perpétuamente del gobierno que tenia por toda su vida, y remitiendo la sentencia al Real Consejo, la confirmó, y á él en el gobierno, hasta el año de mil y seiscientos y quince, que en ocho de Noviembre se le dió por sucesor al Capitan Diego Palomeque de Acuña, para que por tiempo de cuatro años, ó lo que más ó menos fuese la voluntad de su Majestad, gobernase aquel partido. No se descuidó el don Fernando de Berrío de volver por el suyo, y pareciendo personalmente en el Consejo, y siendo oido de nuevo y miradas sus causas con otros ojos que cuando se confirmó la sentencia, atendiendo á los grandes servicios que el Adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada, su tio y su padre, y él habian hecho á su Majestad en el descubrimiento y poblaciones del Nuevo Reino de Granada, Guayana y la isla Trinidad, le despacharon recados luego, tras los que dieron al Capitan Palomeque, pues fueron á doce de Di-

ciembre del mismo año de seiscientos y quince, para que en acabando los cuatro años de su gobierno el Palomeque, volviese á entrar en él el don Fernando y lo gozase por toda su vida, conforme á la capitulacion de su padre.

Partierón con sus recados ambos de Castilla, y yéndose á su gobierno el Capitan Palomeque, llegó el don Fernando al Nuevo Reino y ciudad de Santafé el año de seiscientos y diez y siete á entretenerse y poner en cobro y órden sus haciendas, que tiene en el mismo Nuevo Reino de encomiendas y otras granjerías, trayendo demás de lo dicho una real cédula, despachada á veinte y dos de Marzo de mil y seiscientos y diez y seis, para que don Juan de Borja, Presidente de la Real Audiencia de Santafé, le diese algun provechoso entretenimiento, miéntras entraba en su gobierno, despues del tiempo del Capitan Palomeque, que ya estaba en él cuando se le despachó una cédula real, de diez y nueve de Marzo del año de mil y seiscientos y diez y siete, como tambien se les envió á los demás Gobernadores de Cumaná, Carácas, Santa Marta y Cartagena, en diez de Julio del mismo año, dando aviso de los que se habian tenido por la via de Inglaterra, que un Gualtero Reali armaba allí seis navíos gruesos y algunas fragatas, con más de mil hombres de mar y guerra, con intentos de venir á la Guayana, subiendo por el rio Orinoco, que, como hemos dicho muchas veces, desagua en el mar del Norte en frente de la isla de la Trinidad, y que partiera al efecto por todo el mes de Marzo del mismo año de seiscientos y diez y siete, y que tambien se sabia se prevenian en Holanda cinco ó seis navíos de aventureros, para juntársele, y que segun lo que se habia podido colegir, sus intentos eran ver las disposiciones de la tierra, para poblar en ella. Nada de esto salió contra la prevencion que se tuvo, pues á los últimos del mismo año apareció el Gualtero Reali sobre la punta que llaman de Gallo, en la isla de la Trinidad, y desde allí despachó dos navíos de hasta ciento y cincuenta toneladas, una carabela y cinco lanchas, con más de seiscientos ó setecientos hombres en ella, por cabo de todos á un hijo suyo, que subieran por el rio Orinoco en demanda de la ciudad de Santo Thome, quedándose en el mismo puerto de punta de Gallo con otros seis navíos, de los cuales envió uno al puerto de España, que está tres leguas pequeñas de la ciudad de San José de Oruño, en la misma isla, pretendiendo echar gente en tierra y apoderarse de la ciudad, como lo hicieran, á no hallar tan buena resistencia en el Teniente de ella, Benito de Baena, con algunos soldados que se hallaron en el puerto, que no solo le frustraron los intentos, pero aun hiriendo y matándole alguna gente en el mismo puerto, hubieron vivo un inglés que dijo ser el General de toda aquella armada, el Gualtero Reali, y haber enviado las fustas que subieron el rio, en demanda de la Guayana.

Las cuales, en prosecucion de su viaje, llegaron á doce de Enero del año siguiente de mil y seiscientos y diez y ocho, á un paraje del rio que llaman Yaya, doce leguas de la ciudad de Santo Thome, á donde fué luego á dar aviso un indio pescador, de cómo los habia descubierto y venian navegando. Refrescósele con la nueva al Gobernador Diego Palomeque el aviso que habia tenido del Rey, y mandando luego tocar cajas y juntar la gente de la ciudad, que por todos serian cincuenta y siete hombres, y los quince de ellos enfermos y totalmente impedidos para tomar armas, y despachando á un Juan de Trillo que diese aviso y llamase algunos que estaban en sus estancias, más o menos de la ciudad, tendió bandera de cuadro en el fuerte, repartió armas y municiones á quien no las tenia, hizo cargar dos piezas de artillería que estaban asestadas á la márgen del rio. A las once del mismo dia se descubrieron las velas que venian montando la punta de Aramaya, y tomando la vuelta de la ensenada, que llaman Aruco, una legua de la ciudad, despachó el Gobernador dos soldados á caballo, el uno llamado Mateo Pinto de Olivera y el otro Juan Ruiz Monje, que reconocieran el puesto y si echaba el enemigo gente en tierra. A una llegaron el enemigo á esta ensenada, donde dió fondo, y los soldados á darle vista y reconocer ser entre todas las velas que hemos dicho, y que comenzó luego en una lancha á echar gente en tierra, y habiendo ya echado seis lanchas de ella, tomó la vuelta de la ciudad el Mateo Pinto, á donde llegó ya á puestas de sol, y dió aviso de todo al Gobernador, que, cuidadoso de lo que ya tenia á los ojos, fué luego á requerir con los suyos, sin fiarlo de otros cuatro tiros pedreros, que estaban uno á la puerta de la iglesia, otro más adelante y los otros dos en el cuerpo de guardia, que era la casa del Gobernador, el cual mandó al mismo soldado fuese á reconocer la playa donde estaba plantada la artillería, que despues de haberlo hecho vió tambien que los dos navíos y la carabela iban saliendo á la vela del puerto de Aruco en demanda del de la ciudad. Volvió á dar este aviso al Gobernador, que lo halló en la fuerza donde estaba la artillería asestada al rio, en cuya guarda puso al Ca-

pitan Cristóbal de Cárdenas con cuatro soldados, y dió órden á Juan de Trillo y Martin Rodríguez que rondasen á caballo la playa, y le avisasen si echaba el enemigo gente en ella.

Ya iban en esto descubriéndose las luces, cuando llegó el Capitan Juan Ruiz Monje, que era el que habia quedado en el puerto de Aruco viendo desembarcar al enemigo, dando aviso cómo ya venia marchando, y que serian quinientos hombres los que traia. Despachó luego el Gobernador al Capitan Cebrian Frontiño, á Gabriel de Molina y á Mateo Pinto, que volviesen á reconocer al enemigo y el órden que traia, y certificarse más del número de gente, que saliendo de la ciudad á esto, lo encontraron á média legua, que venian marchando en órden de guerra. Entre tanto el Gobernador, habiendo ya venido de su estancia el Capitan Gerónimo de Grados, lo despachó con diez soldados, que desde un montecillo que estaba á tres tiros de mosquete de la ciudad, puestos en emboscada asaltasen al enemigo. A esto iba el Gerónimo de Grados con su compañía, cuando lo encontraron los tres que volvian á dar aviso del paraje en que venia el enemigo, y sabiendo de ellos venía tan cerca, cortó una cuerda de un arcabuz en pedazos, y haciéndolos encender, los colgó á trechos en el camino enfrente del montecillo donde el enemigo los encontrara, y advirtiendo por los cabos encendidos que había gente por allí, reparara, con que pudiera el Capitan Grados y su gente más á su salvo herirlo. Entróse con esto en la emboscada, habiéndose despedido de los tres y dicho le dijesen al Gobernador mandase hacer troneras en las casas del cuerpo de guardia y en las que estaban á la redonda de la plaza y en la iglesia, para que de ellas con más seguro se le pudiese cañonear al enemigo, y que no desamparase la plaza de armas que guardaba la playa, porque en dando el enemigo la primera carga sobre la ciudad, si traia gente en los navíos que iban ya llegando al puerto, la echaria en tierra de socorro, y que si no la echaba no la traia, y que entónces le podria el Gobernador enviar á él más socorro al puesto donde estaba.

CAPÍTULO XXIV.

I. Llega el enemigo á la ciudad de Santo Thome, donde le salen á hacer resistencia el Gobernador y sus vecinos.—II. Muerte del Gobernador y de dos Capitanes, y daños que le hacen al enemigo, de quien se retiran los nuestros.—III. Sálense las mujeres, chusma y gente impedida de la ciudad, y sale despues en su amparo el Capitan Grados.—IV. Hacen cabildo los Alcaldes con los demás, donde se hallaron para tratar del reparo de algunos inconvenientes.

LLEGARON los tres soldados á verse con el Gobernador (que estaba en la plaza de armas, á decirle lo que pasaba y le enviaba á avisar el Gerónimo de Grados), á tiempo que ya los navíos del inglés estaban en el puerto de la ciudad, á quienes les hizo disparar dos pedreros, que si hicieron algun daño no se supo, pero vióse que luego dieron fondo. Despachó con esto al Mateo Pinto que dijese al Capitan Grados se habian disparado los pedreros solo á los navíos, y no á gente que hubiese saltado de ellos; y así solo entendia traia el enemigo la que venia por tierra. A esto fué el Pinto, y apénas hubo dado el recado y tomado la vuelta para la ciudad, cuando oyó daba el Capitan Grados la primera rociada al enemigo, que iba ya emparejando con él, que oyéndolo el Gobernador, se puso un peto de armas y un morrion, y con la gente que tenia salió del cuerpo de guardia hácia la iglesia, donde, como dijimos, estaba un pedrero asestado á la parte por donde venia á entrar el enemigo. Volvió desde allí á enviar al mismo Pinto á dar vista en qué paraje venia ya, y en saliendo de las últimas casas encontró con el Gerónimo de Grados y su gente, que le estaba haciendo rostro al enemigo, á quien fué deteniendo desde la emboscada hasta que entró en la ciudad dándole cargas, más de carga hora y média; pero la pujanza de gente del enemigo rompió por la poca que tenia el Grados, y apartándose del camino por una parte y otra, por entre los matorrales que hay á la redonda del pueblo fué subiendo á él, con que se retiró el Grados y su gente y llegó donde estaba el Gobernador con la demás, diciéndole iba ya entrando en el pueblo el enemigo, que fuesen juntos á resistirle en las primeras casas, como lo hicieron llegando todos á la de Clemente Bernal, que era la primera, donde se le dió una buena rociada, y despues de ella vinieron todos á las espadas y rodelas. Ya era esto á las nueve de la noche, viérnes doce de Enero del mismo año de mil y seiscientos y diez y ocho, y adelantándose de los demás un inglés cantando victoria, se llegó á él el Gerónimo de Grados y le dió una cuchillada tal en el pescuezo por la parte izquierda, que envió al hereje á que le respondieran á su canto en el infierno.

En el conflicto de la pelea y con la oscuridad se apartó el Gobernador de los demás, y peleando valerosamente lo mataron; fuéronse retirando los nuestros al cuerpo de guardia, y el enemigo sobre ellos, que echando de ver la poca fuerza de los nuestros, rompió con ellos y ganó hasta la mitad de la plaza, que era enfrente del cuerpo de guardia, donde reparó y se le hizo no poco daño con la arcabucería y un pedrero que le disparó el Gerónimo de Grados desde el cuerpo de guardia, que por estar cerca el enemigo y tener su gente apiñada, hubo bien en qué hacer buenos efectos, matando á muchos; pero al fin la mucha fuerza de gente del enemigo suplia la que habian muerto con las armas y mataron ahora con el pedrero, y así ganó el cuerpo de guardia, retirándose los nuestros á dos ó tres casas que estaban alrededor de la plaza, por donde le hicieron gran estrago con las escopetas por las troneras que tenian hechas en los bahareques, hasta que viendo el enemigo de dónde le venia el daño, les pegó fuego, que no fué poco para él, pues se quemó en ellas gran cantidad de tabaco, que era el mayor hipo que traia. Echólos el fuego fuera de las casas, y desde otras partes donde se ponian en seguro, por saber como sabian el pueblo, le picaban aprisa, haciendo siempre buenos efectos y gran daño en los ingleses, hasta que se les fué acabando la pólvora y municion á algunos, sin haber muerto de los nuestros más que el Gobernador y el Capitan Juan Ruiz Monje, que abiertos los pechos con un chuzo ó partesana en la plaza, vino cayendo hasta debajo el campanario, donde quedó muerto, y el Capitan Arias Nieto y dos soldados que quedaron heridos, el uno llamado Juan Alonso, que con un balazo le pasaron ámbos muslos, y el otro Domingo Hernández, que otro le pasó un muslo y las partes secretas, de que ámbos sanaron con brevedad. Viendo los nuestros la poca frente que ya podian hacer al inglés por la falta de municiones y estar apoderado del cuerpo de guardia y de casi toda la ciudad, se fueron retirando hasta llegar al convento de nuestro padre San Francisco, que era lo último de ella, por la parte contraria que entró el inglés; y viéndose allí juntos y que faltaba el Gobernador (no habiéndolo visto ninguno desde que se apartó de ellos en la primera refriega, á las nueve de la noche, como dijimos, hasta entónces, que ya era la una, porque todo este tiempo le hicieron los nuestros frente y daño al enemigo, peleando á la luz de las casas que iba quemando), determinaron volver todos en busca del Gobernador, y cuando otra cosa no pudiesen, volver á dar otra rociada al enemigo con la poca municion que habian reservado para las ocasiones que se ofreciesen desde la casa del Capitan Mogica, que estaba cerca del cuerpo de guardia, y no estaba aún quemada.

A esto iba determinada una tropa de los nuestros, cuando toparon una india ladina, llamada Ventura, que salia huyendo de la ciudad, y preguntándole dónde iba, respondió que tras las mujeres que iban cerca, con que se quedó aquella faccion y se trató de ir en su demanda y amparo; porque habiendo sido tan atropellada la entrada del enemigo y la necesidad que hubo de acudir todos los hombres á hacerle resistencia, ya habia comenzado á entrar en la ciudad y se estaban las mujeres en sus casas; pero saliendo la voz que el enemigo iba entrando, cada cual como se halló salió de la suya con sus hijos y gente de servicio, sin poder sacar otra cosa ninguna aun para comer, y yéndose juntando por una parte y otra á la salida del pueblo, y algunos de los hombres, que eran más de quince enfermos é impedidos para tomar armas, fueron caminando todos á pié, dándoles fuerzas el miedo una legua, hasta la boca del rio que llaman Coroni y entra en el Orinoco, arriba de la ciudad. Advertidos por la india del rumbo que llevaban las mujeres, y que estaba la ciudad en el estado que hemos dicho, los Alcaldes (que se llamaban García de Aguilar y Juan de Lezama, de quienes ya pendia el gobierno, por ser muerto el Gobernador, aunque inciertos si fuese así) ordenaron al Capitan Gerónimo de Grados fuese con algunos soldados en demanda de las mujeres y chusma y los que las acompañaban, y las pusiesen en lugar seguro. El cual hallándolas en el que hemos dicho, y viendo que lo era, hasta que amaneciera y se buscara otro más (porque solo las hizo pasar de la otra banda de Coroni), tomó la vuelta de la ciudad, á donde llegó ántes que amaneciera, y se juntó en el puesto que los habia dejado con los Alcaldes y otros vecinos, que por todos serian hasta veinte y cuatro, que se habian ido juntando de los que se habian desperdigado en la refriega.

Allí hicieron Cabildo todos los que se hallaron para tratar del reparo, principalmente de dos cosas las más importantes que se les ofrecian, supuesto lo sucedido: la una del amparo de las mujeres, chusma y enfermos, para que no creciesen más los daños del enemigo, habiéndolas á las manos; y la otra de no menor importancia, que no se comunicasen con él los indios, porque si llegara la cosa á este estado, quedaran sin duda todos los españoles muertos y totalmente asolada toda la tierra, ¡pues los indios con la facilidad de

condiciones y ánimos que tienen, en especial los de aquella tierra, que casi todos estaban de mala paz, han menester poco para rebelarse contra sus encomenderos y los demás cristianos, de que se tiene larga experiencia, y más en esta ocasion que los indios Tibitibes y Chaguanes, que viven á la mitad del camino que hay de rio, desde la ciudad hasta el mar, fueron guiando á los ingleses hasta meterlos en el puerto de Guarico y en el de Aruco. La primera faccion se encomendó al Capitan Gerónimo de Grados, que tomándola luégo á su cargo, partió con algunos soldados al puesto donde habia dejado las mujeres y enfermos, y pasándolos tres leguas más arriba los puso en un lugar secreto y seguro que llamaban la Ceiba, donde hicieron algunas malas chozuelas, en que se recogieron con alguna comida de maiz y carne que el mismo Capitan con su buena diligencia juntó. Lo segundo tomaron á su cargo los Alcaldes, con hasta veinte hombres, no quitándose de noche ni de dia de andar á la vista del enemigo y ciudad, estorbándole lo dicho y el matar el ganado en las sabanas, que todo lo comenzó á intentar luégo otro dia.

CAPÍTULO XXV.

I. Infórmase el enemigo de una india y del Cura, si conocen el cuerpo del Gobernador muerto, teniéndolo en la plaza—II. Quedáronse otras dos indias en la ciudad, á quien mandó el General enterraran al Gobernador, y no haciéndolo ellas, lo mandó hacer él—III. Buscan los ingleses por medio de un mozuelo portugués, trastornando toda la ciudad, y echan al rio los cuerpos muertos. IV. Entierran con mucha solemnidad los ingleses á cinco de los muertos. Llegan otros dos navíos. Húyensele las tres indias.

ERA en esta sazon Cura de aquella ciudad de Santo Thome un clérigo llamado el Padre Francisco de Leuro, que habia seis meses estaba tan tullido de piés y manos, que no se podia levantar de una cama, y no habiendo dado lugar el conflicto de la ocasion á que se acordaran de él para sacarlo de la ciudad cuando se retiró la demás gente, se quedó en ella acompañándole una india ladina, llamada Luisa de Fonseca, natural del Nuevo Reino de Granada, mujer de un negro llamado Anton Jorge. Esta, viendo las refriegas que habia en la ciudad y que estaban ardiendo muchas casas, por lo que pudiera suceder en la del Cura, ántes de amanecer esta misma noche cogió la ropilla que tenia en ella, y escondiéndola algo apartada de la casa entre unos matorrales, y volviendo á donde estaba el clérigo, cargó de él como pudo y lo metió en un hoyo que estaba fuera de la misma casa, y cubriéndolo con un ferreruelo salió á buscar al Gobernador, por haber oido decir lo habian muerto los enemigos, y andando discurriendo en esto de una parte á otra, la cogieron algunos de los ingleses y llevaron á la plaza, donde estaba el cabo de toda la gente del enemigo, en compañía de muchos de sus soldados que estaban en rueda mirando el cuerpo del Gobernador Palomeque, muerto y desnudo en carnes, y abierta la cabeza por el lado izquierdo de una cuchillada que le llegaba á las quijadas; y preguntándole que si conocia á aquel hombre muerto (porque como el enemigo no le conocia, queria informarse quién fuese), respondió era el Gobernador de aquella ciudad, que por ser de grande estatura y otras señas del rostro, no pudo dejar de conocerle. En esto estaba cuando vió la india traian al Padre Francisco de Leuro echado en su cama cuatro ó seis ingleses, que segun pareció lo habian hallado en el hoyo llegando á pegar fuego á su casa, que toda se abrasó, y le llevaban á su General, que por intérprete le preguntó tambien si conocia aquel cuerpo muerto, y diciendo el Cura que era el Gobernador, le hicieron algunas otras repreguntas, como si habia en aquella Provincia otro pueblo de españoles, si habia minas de oro y otras á este modo, á que respondió el clérigo como pudo y le daban lugar sus dolores, si bien no tan á propósito como quisiera el General, que lo mandó llevar luégo á la casa de un Capitan llamado Francisco de Santacruz, posada de cuatro ó cinco capitanes ingleses, donde mandó á dos médicos que traia lo curasen, como lo hicieron con cuidado miéntras estuvieron allí. Tambien vió la india al Capitan Juan Ruiz Monje, muerto y desnudo debajo el campanario.

Otras dos indias ladinas, la una llamada Juliana de Mogica, de nacion Guayana, mujer de un Luis de Arce, soldado de la ciudad, y la otra Inés, del servicio del Capitan Cárdenas, huyendo aquella noche del tropel de la ciudad se metieron entre unas peñas que están á la márgen del rio Orinoco, á la parte de arriba del pueblo, y hallándose allí ya de ida, sin saber dónde irse y necesitadas de comidas, determinaron volverse á entrar en la ciudad y en la casa del Cura, que hallándola quemada, pasaron á la de Francisco de Santa-

cruz, por haber sabido estaba allí el clérigo que les hizo dar de almorzar de lo que allí le habian dado los ingleses, que sabiendo estaban allí las indias, las llevaron al cuerpo de guardia, donde estaba el General, que cuando las vió les dijo con una lengua castellana no tuviesen temor, pues no venia á hacer daño á los indios sino á los españoles, y así que le sirviesen, que él lo pagaria. Volviéronse con esto á la posada del Cura, que la tomaron por suya para el tiempo que estuvieron en la ciudad, por estar allí tambien la otra india Luisa que los servia, y como á las diez del dia las volvió á enviar á llamar el General, y mandó las llevasen á ver los cuerpos muertos de los españoles que estaban en la plaza, el del Gobernador debajo una ceiba que estaba en medio de ella, y el del Capitan Monje donde hemos dicho, y estándolos viendo llegó un paje del General con quien les enviaba á decir enterrasen aquellos dos cuerpos, pues eran de sus amos, y dándoles una barra para el efecto, entraron todas tres indias en la iglesia y comenzaron á hacer una sepultura cerca del altar mayor, que por estar la tierra muy dura y tener al fin fuerzas de mujeres, no pudiendo pasar con ella adelante lo dejaron, diciendo al que les dió el recado dijese al General los enterrasen ellos, pues los habian muerto. El cual les envió á decir que lo dejasen, que él lo haria, como se hizo, pues mandó luégo los enterrasen á ambos, á que acudieron ciertos soldados, y amarrando los dos cuerpos con sogas, uno con otro, piés con cabezas, los metieron en un hoyo que estaba hecho á las espaldas de la iglesia, por haber sacado de allí barro para los baharaques de una casa, los cubrieron con un poco de tierra, donde despues los hallaron los vecinos, en tiempo que pudieron conocer por señas ciertas ser el uno el del Gobernador y el otro del Capitan Monje.

Vieron tambien las indias entre las demás cosas aquel sábado, que habiendo habido á las manos los ingleses á un mozuelo portugués, criado de un Martin Rodríguez, vecino de la ciudad, lo traian por toda ella de casa en casa, atadas las manos atrás, que les fuera enseñando los secretos de ellas y diciéndoles dónde habia oro ; y no saliéndoles esta diligencia como ellos quisieran, entendiendo era por negarle el mozuelo, le apretaban á golpes de rebenque á que dijera lo que deseaban ; pero no pudiendo decir más de lo que sabia, que era ser todo pobreza cuanto habia en la ciudad, lo dejaron andar suelto por ella, como tambien lo andaban otros dos ó tres negros, que huyendo de sus amos se metieron en su amparo, y otros dos indios, el uno llamado Cristóbal, natural del Nuevo Reino de Granada y del pueblo de Sogamoso, que era del servicio del Gobernador Diego Palomeque, y lo hubieron á las manos en su casa, donde lo habian dejado guardando un aposento cuando salió á resistir al enemigo, que lo embarcó y llevó á Lóndres, y fué testigo de cómo cortaron la cabeza por este hecho en aquella ciudad al Gualtero Reali, y despues con varios acaecimientos volvió á su pueblo de Sogamoso, donde hoy está. El otro se llamaba Pedro Criollo, del servicio del Capitan Juan Jiménez, á éste tomaron tan grande amistad, que de los despojos de la ciudad de Santo Thome le cupo su parte, en especial un muy buen vestido, con que paseaba al lado de los ingleses y lo sentaban á su mesa, diciéndole señor don Pedro, solo porque decia era enemigo de españoles, y que era bien acabarles á todos las vidas, en especial á su amo, á quien si se le entregaban se ofrecia quitársela. A éste le decia un Capitan inglés, llamado don Juan, bien ladino en nuestra lengua, que habian de volver dentro de pocos meses á vengar la muerte del hijo de su General y la de otros capitanes que habian muerto los españoles la noche de la entrada, como tambien lo decia hablando con las tres indias ladinas, porque las muertes de la demás canalla procuraron disimular, cortándoles á todos las cabezas porque no conocieran las indias si eran de españoles, á las cuales llevaron á que los vieran á todos, diciéndoles eran españoles y que ellos los habian muerto, como pretendian hacer lo mismo dentro de poco tiempo con todos los que habian quedado vivos, y despues de hecha esta diligencia los echaron todos al rio aquel mismo dia, fuera de otros muchos que por ser más honrados enterraron en las casas, como los hallaron despues los vecinos, á cinco y seis sepulturas en las más.

Que teniendo los amortajados en el cuerpo de guardia, otro dia domingo por la mañana, les hicieron un suntuoso entierro, saliendo todos los soldados con sus armas, destemplados los tambores, arrastrando las picas y cinco banderas, por ser todos Capitanes, y llevando los cuerpos sobre unas tablas en los hombros, dieron tres ó cuatro vueltas á la redonda de la plaza, con gran pausa y metiéndolos en la iglesia mayor, los enterraron en dos hoyos, en uno, al hijo del General con un Capitan, cerca del altar mayor, y en otro á los otros tres, en el cuerpo de la iglesia, con que se volvieron todos á su posada. Estando haciendo el entierro, dieron fondo en el mismo puerto de la ciudad otros dos navíos grandes, que llegaron

de nuevo, el uno mayor que el otro, que se entendió ser la Capitana de la armada, por la bandera que traia suelta, y siempre la tuvo, y por la salva que se le hizo de los otros navíos, que fué de más de treinta piezas. Doce dias estuvieron estas tres indias ladinas con el enemigo en la ciudad, en el cual tiempo dieron muchas voces, como tambien lo veian los vecinos, que andaban hechos ojos á la mira de lo que podian ver de fuera, que los indios Chaguanes, que fueron (como hemos dicho) los que guiaron á la ciudad al enemigo, entraban y salian en ella, trayéndoles frutas y otras comidas de su tierra, y llevando en rescates de los despojos de la ciudad, de que los ingleses no hacian caso, y ellos, como gente tan miserable, estimaban en mucho. Veianse las pobres indias tan afligidas en este tiempo, sin dejarles dormir de noche ni de dia, haciendo arepas para tantos, y sobre todo las amenazas, y aun á vueltas de ellas algunas coces y mojicones, porque no las daban con más abundancia, hasta decir que las habian de quemar á ellas y al Padre Leuro; que considerando ser mejor trato el que les hacian los españoles (al fin como de católicos cristianos), una noche, entre dos luces, sin sacar nada de su ropilla, con achaque de ir por leña para las arepas, se alargaron lo que pudieron aquella noche en el arcabuco, y otro dia de madrugada llegaron al hato del Capitan Gerónimo de Grados, donde cogieron el rastro y noticias del sitio donde estaban las demás mujeres, y llegando á él contaron estas y otras muchas cosas que les habian pasado con los ingleses.

CAPÍTULO XXVI.

I. Despachan los Alcaldes y vecinos de la ciudad una carta, en que le dicen les dé á su Gobernador y deje la tierra.—II. Responde á la carta, de palabra, que el Gobernador está en su poder, muerto ó vivo, y que no lo quiere dar.—III. Despachan los Alcaldes un Capitan, con aviso del suceso, á la isla Trinidad y otras partes, y hace lo mismo el inglés.—IV. Salen dos lanchas el rio arriba, y en una emboscada matan los nuestros la gente de la una.

VIÉNDOSE ya el mismo domingo los vecinos de la ciudad (que no se quitaban de andar á la vista de ella y del enemigo), desahuciados de que se les juntase su Gobernador, pues habia pasado tanto tiempo, y no tenian rastro de él, determinaron los Alcaldes, con acuerdo de los demás, escribirle al enemigo una carta en que le pedian á su Gobernador que saliese de la tierra, pues en lo que habia hecho y detenerse allí, contravenia á las paces hechas entre España é Inglaterra. Despacharon ésta con un soldado llamado Diego García, que llegando cerca de la ciudad, á donde le pudiesen ver los soldados del enemigo, que la guardaban por aquella parte, levantando un pañuelo blanco, en señal de paz, se allegó á los ingleses de guardia, que lo detuvieron, hasta que trajeron licencia del que los gobernaba para que entrara, y habiendo llegado con ella, le taparon con un pañuelo los ojos, y sin poder ver nada en la ciudad, le llevaron hasta la casa del Gobernador, donde destapándole, se halló en presencia de un hombre, á quien otros (que daban muestras de ser caballeros y gente grande) le acompañaban y llamaban Maese de Campo, como lo mostraba ser en un baston liso, del largo de una vara, que tenia en la mano. Era un hombre seco, alto de cuerpo, de edad, al parecer, hasta de sesenta años, algo agobiado y bizco de un ojo, y segun pudo conocer de haberle llevado á él con el recado que llevaba y de algunas palabras de un inglés, intérprete ladino que estaba allí, habia sucedido aquél por cabo de toda aquella gente, en lugar del hijo de Gualtero Reali, que era el General de toda, como dijimos, y quedó en la isla Trinidad. Este le preguntó al Diego García, en inglés, por el intérprete, que qué pedia, y diciendo traia aquella carta de parte del Cabildo y vecinos de aquella ciudad, respondió el Maese de Campo que la leyese, y diciendo no sabia leer, le respondió el enemigo que se fuese, y enviasen persona que pudiese leerla. Volvió con esto las espaldas el Maese de Campo, y los que lo habian traido, á vendarle los ojos, pero entre tanto tuvo lugar de preguntarle á la lengua por el Gobernador, que le respondió ser muerto á manos del hijo del General de toda aquella gente y de la que estaba en la Trinidad, y que el Gobernador tambien lo mató á él, solo pudo informarse de esto, porque atándole luego los ojos, lo llevaron otra vez al puesto por donde habia entrado en la ciudad, de donde volvió á tomar la vuelta de donde estaban los vecinos, que despacharon luego otro valiente soldado, llamado Juan Negrete, que sabia bien leer, y algo más expedito en negocios que el primero.

Este llegó con las mismas señas que el otro, y al mismo puesto, y vendándole los

ojos, como al primero, lo llevaron sin poder tampoco ver nada, hasta que se halló en el cuerpo de guardia, casa y aposento donde solia dormir el Gobernador, porque ésta era la posada del cabo y Maese de Campo inglés, el cual le preguntó, en el mismo aposento, habiéndole desvendado los ojos, qué era lo que pedia, y respondiéndole venia de parte de su cabildo á leer la carta que habia traido su compañero, le sacó de entre otros papeles y tomándola en la mano uno de los soldados que estaban presentes, sin leerla entónces porque la debieran de tener ya leida, le respondió el Maese de Campo que aquella carta no hacia á su propósito y que el Gobernador muerto ó vivo estaba en su poder y no lo queriadar, y que si le hubiese de enviar á decir otra cosa no fuese por escrito sino de palabra, y que él ya habia estado en aquella tierra veinte y dos años habia, que fué cuando hubo fama habian llevado ciertos ingleses de aquella provincia una pipa de tierra á la suya, de que sacaron alguna cantidad de oro, á cuya golosina venian ahora, aunque más del tabaco, para informados mejor de la tierra si fuese á propósito, volver despues á poblarla, como lo tenian publicado ya entre los indios. Púdose tambien informar el Juan Negrete del mismo intérprete que el Diego García, por las señas que de él le habian dado, del mismo suceso del Gobernador, que se lo dijo con algo más largas palabras, pues añadió que habia peleado valerosamente por buen espacio de tiempo, hasta que los dos Gobernadores quedaron muertos. Volviéronlo con esto y el mismo modo á echar de la ciudad al Juan Negrete, que sabiendo (por lo que dijo) los Alcaldes la determinacion del enemigo en no querer dar al Gobernador, ó por ventura ser verdad lo que decia el intérprete ser ya muerto (porque aun no lo sabian por otro camino), tomaron en sí el gobierno y disposicion de todo lo que se ofreciese.

Y viendo no era lo que ménos importaba por entónces, el dar aviso á otras partes del suceso pidiendo socorro, por no saber los intentos y determinacion que tenia el enemigo de hacer asiento en la ciudad, despacharon al Capitan Cristóbal de Cárdenas con algunos soldados, y entre ellos un Maese Antonio, que en una piragua razonablemente esquifada de indios amigos Araucas, fuesen á darlo á la isla Trinidad, Margarita, Cumaná y Carácas. Habiendo desembocado el Cristóbal de Cárdenas el rio y dado vista á los cinco navíos (que eran todos de más porte que los que dejaba en Santo Thome) que estaban, como hemos dicho, en el puerto de Punta de Gallo, y ellos habiéndosela dado tambien á él, despacharon en su alcance una lancha, que aunque no la pudieron haber á las manos ni á sus soldados, por haber saltado en tierra con tiempo, le cogieron la piragua y algunas de las bogas, que no supieron esconderse, aunque eran bien ladinos. Vístose sin bajel en la isla Trinidad, y atajados los pasos para ir á dar aviso á las demás partes, despachó en una canoilla de las bogas que le habian quedado, que intentasen haber á las manos y traerle la piragua, que no pudo tener efecto, pues los ingleses los hubieron á ellos y metieron en los navíos, donde ántes los regalaban y daban rescates de hachas y cuchillos que les hacian algun daño. A dos ó tres dias que estuvieron estos indios en estos navíos, llegaron á ellos dos lanchas de la ciudad de Santo Thome con la nueva de lo sucedido, que aunque les causó alegría, fué bien aguada por el llanto que se comenzó luego en todos los navíos por la muerte del hijo del General, que la lloró mucho y con grandes demostraciones, como lo decia uno de los indios presos muy ladino, Aruaca, cristiano, llamado Francisco. Al fin dió traza como pudo el Cristóbal de Cárdenas para que se diese aviso en las partes dichas.

No se apartaban, como hemos dicho, un punto los vecinos divididos en dos tropas, de andar á la vista de la ciudad, por estorbar el comunicarse el enemigo con los indios, que era lo que más importaba para no perecer todos. Con que estorbando esto resistieron tambien á que no se alargaran más que hasta média legua de la ciudad, dos tropas de á ciento y cincuenta hombres con picas y arcabuces, que salieron luego el lúnes siguiente á correr y ranchear el campo, que aunque quemaron algunas estanzuelas que habia en esta distancia, y talaron las huertas de la ciudad, los vecinos que andaban á caballo y con algunas municiones les hicieron retirar á ella aquel mismo dia, como tambien lo hicieron otros, intentando el enemigo alargarse á matar el ganado que andaba por la sabana, con que solo podian jarretear el más manso que andaba cerca de la ciudad. Al mismo tiempo que despachó el inglés el aviso á la Trinidad, despachó otras dos lanchas el rio Orinoco arriba, y con cada una veinte ó treinta ingleses, que llegando á la boca del caño por donde se entraba al sitio de la ceiba, donde estaban las mujeres y gente del retiro, y el Capitan Gerónimo de Grados en su resguardo, quisieron entrar por él; pero teniendo aviso de ello este Capitan, juntó nueve hombres de los más alentados entre los impedidos y enfermos que estaban allí, y

otros diez indios de los que tenian de servicio, y éstos con sus flechas y los españoles con las pocas armas que se hallaron, se pusieron en emboscada á la boca del caño á tiempo que intentando entrar la primera y mayor lancha que llegó, dieron sobre ella con tan buena suerte, que no le dejaron vivo más que solo un hombre de casi treinta que llevaba, con que cayeron al agua ocho remos, que hubieron despues los nuestros á las manos, como tambien hubieran la lancha si no se avivara una borrasquilla que se levantó á la sazon y la apartara de la barranca con que los de la otra lancha la recobraron, aunque bien á su costa, pues pudiendo llegar á ellos los tiros de los españoles é indios desde las barrancas, no se les hizo poco daño ; pero al fin tomaron la vuelta el rio abajo, y la de la ciudad, y con no haber más de cuatro leguas hasta sus navíos tardaron tres dias, despues de los cuales tornó á enviar el enemigo otras tres lanchas con gran suma de gente, que aunque llegaron al paraje donde les sucedió la burla á las otras, no se atrevieron á entrar, ni fuera de efecto cuando entraran, pues luego que sucedió lo dicho, como hombre prevenido retiró el Capitan Grados su gente y chusma dos leguas más adelante, á un sitio más fuerte y acomodado para defenderse si se atreviera á llegar el enemigo, á quien tambien le puso espías de noche y dia en la boca de la entrada, que vieron pasar las tres lanchas el rio arriba, sondándolo hasta que llegaron al rio que llaman del Guarico, que está cien leguas el Orinoco arriba, yendo siempre sondándolo y comunicándose con los naturales de sus márgenes, que son todos Caribes y sin conquistar, persuadiéndoles con dádivas que matasen á los españoles, porque ellos traian licencia del Rey de España para estar en aquella tierra cincuenta años, y que no querian les sirviesen sino ser amigos y traerles muchas hachas y cuchillos ,en especial si echaban de sus tierras á los españoles. Dada vista y sondadas estas cien leguas, volvieron el rio abajo hasta la ciudad, en todo lo cual gastaron diez y ocho ó veinte dias.

CAPÍTULO XXVII.

I. Vienen los indios amigos de la comarca en ayuda de los españoles y hácesele daño al enemigo.—II. Envian aviso del suceso los vecinos de la ciudad de Santo Thome á la de Santafé, y comiénzase á dar órden por el acuerdo en el Socorro.—III. Determínase que vaya delante del principal socorro, un Capitan con dos docenas de soldados, á quien se le da instruccion de lo que ha de hacer.—IV. Instruccion que se da al Capitan Diego Martin.

SALIERON tan bien las diligencias que hacian los vecinos, favorecidas del cielo, para que no se diera lugar á comunicarse el enemigo con los indios circunvecinos á la ciudad, que no solo no consiguió esto el enemigo, pero aun enviando á llamar el Alcalde de los principales de los que vivian á tres y cuatro leguas de su circunferencia, vinieron con gran voluntad, y con la misma admitieron el decirles el gran servicio que se hacia á Dios y al Rey, en que ayudasen á los vecinos para echar el enemigo de la tierra, con que dispuso el Capitan y Alcalde Juan de Lezama, que con veinte y tres soldados de los que tenia y hasta sesenta indios bien armados con sus flechas, fuesen una noche y al secreto por cuatro partes de la ciudad pegasen fuego á las casas que habian quedado en pié, en que posaba el enemigo, en especial á la del cuerpo de guardia, que era la del Maese de Campo. Favorecióles la noche para la ejecucion de esto, pero no el tiempo, por haberles caido un aguacero, con que quedando la paja mojada de las casas no prendió el fuego, y siendo sentidos, se hubieron de retirar á donde con algunos otros habia quedado el Alcalde, que les volvió á persuadir volviesen otra vez, y al cuarto del alba diesen sobre el enemigo. Hiciéronlo así aunque no tantos de los unos y los otros como la primera, pero con mejor suceso, porque estando el enemigo descuidado, por parecerle no volverian segunda vez aquella noche, le dieron tan buenas rociadas de flechas y arcabucería, y con tal estrago de los herejes, que ya pedian buena guerra que pasara muy más adelante, y aun por ventura le obligaran á embarcarse con harto daño suyo, si la falta de flechas y municiones no les forzara á retirarse todos, quedando harto lastimado el enemigo, con soldados heridos y muertos, á que se acrecentó el suceso del siguiente dia, que viendo el mismo Alcalde solia enviar el inglés de ordinario á las labranzas por maíz cerca, y al paso de una que estaba ya sazonada y habia ido otra vez á ella, puso en emboscada cuatro soldados y una docena de indios flecheros, con principal intento de haber á las manos algunos ingleses. Aquí estaban en acecho, cuando llegaron una lancha y un batel con alguna gente á cargar maíz, y dejándoles saltar en tierra los de la emboscada, dieron sobre ellos tan á buen tiempo, que ya que no pudieron haber á las

manos ninguno vivo, quedaron muertos catorce ó quince y obligados los demás á escaparse nadando, ó como cada uno podia. De lo cual embravecido el enemigo, echó más de doscientos hombres en campaña ; pero de ningun efecto, pues conociendo las ventajas que les hacian los nuestros, aunque pocos (como siempre se las hacen) andando á caballo y con digencia española, les fué forzoso retirarse á la ciudad.

Los Alcaldes y vecinos de ella, viendo cuán despacio se estaba el enemigo, pues habia ya veinte y ocho dias que la habia entrado, y no veia señal de querer salir de allí, demás del aviso que enviaron, como hemos dicho, á las islas y puertos del mar del Norte, acordaron despacharlo tambien, pidiendo socorro al Nuevo Reino y Real Audiencia de Santafé, como lo hicieron enviando tres ó cuatro soldados, de los cuales el uno se llamaba Bartolomé de Quevedo, y el otro Diego García, con una carta, su fecha á veinte y ocho de enero del mismo año, para el Real acuerdo, en que referian con brevedad lo sucedido con el enemigo, y pedian socorro de gente, municiones, ropa para vestirse, algodon para hacer sayos de armas, pues de todo esto se habia apoderado el enemigo con la ciudad, y que se les enviase Teniente que los gobernase, y algunos sacerdotes, pues solo les habia quedado el Padre Fray Juan de Moya, Predicador de la Orden de San Francisco, y Guardian que á la sazon era de aquel convento, que fué uno de los que más trabajaron en estos conflictos en las cosas espirituales, administrando los Sacramentos á unos, y consolando á todos. Llegaron los mensajeros con este recado, á veinte y seis de Marzo, al puerto que llaman de Pauto, que está en el rio dicho así, principios de aquel gobierno, por la parte del Nuevo Reino, donde hallaron al don Fernando de Berrío y Oruño, sucesor en el gobierno, como hemos dicho, bien descuidado del suceso, tratando las cosas de sus haciendas, que despachando luégo otro dia los recados á la ciudad de Santafé, llegaron á manos del Presidente de la Audiencia, don Juan de Borja, caballero de la Orden de Santiago, á nueve de Abril del mismo año de seiscientos y diez y ocho, que juntando luégo á acuerdo á las nueve de la noche, que recibió las cartas, por pedir el caso instantaneo remedio, se comenzó á dar á aquellas horas, determinando se pusiese en ejecucion luégo el dia siguiente el juntar armas y municiones, comenzar á hacer leva de gente, dar aviso del suceso á los Gobernadores de las costas del Norte, sujetos á la Real Audiencia de Santafé, y para consultar los gastos inexcusables para el socorro que se habia de hacer de la caja Real, se hiciese luégo junta del Arzobispo don Hernando Arias de Ugarte, de los Contadores de cuentas del Tribunal y de los de la caja Real.

Lo cual puesto así en ejecucion, y venido á la misma ciudad del don Fernando de Berrío, y habiéndole mandado fuese luego como Gobernador al socorro de aquella ciudad, con la más gente que pudiese, se le señalaron, á once de Mayo, por parecer de la junta de los que hemos dicho, seis mil pesos de á trece quilates, de la caja Real, que pareció bastar por entónces, con lo que el don Fernando hizo á su costa, que no fué poco para conducir la gente que por entónces se podia sacar del Nuevo Reino al efecto. Mandáronse hacer matalotajes en la ciudad de Tunja, poner chasques desde ella al puerto de Casanare, que es la primera embarcacion para Guayana, juntar alpargates, pólvora y otras municiones. Y pareciéndole al Presidente ser de mucha importancia que ántes que fuese la gruesa de gente del socorro, en que forzoso se habian de retardar por no estar tan prevenidas tantas cosas como la necesidad pedia, fuese delante un Capitan con hasta veinte y cinco ó treinta soldados, pagados por seis meses, como en efecto se puso en ejecucion á los treinta de Mayo del mismo año, señalando por Capitan á Diego Martin de Baena, hombre cursado en jornadas de indios, en especial en las guerras de los Pijaos, para que se informase y tuviese hechas, ántes que llegasen los demás del socorro, las diligencias que le mandó por esta instruccion, que por ser tan bien advertida la quise poner aquí.

INSTRUCCION QUE SE LE DA AL CAPITAN DIEGO MARTIN DE BAENA PARA EL SOCORRO DE GUAYANA.

INSTRUCCION y órden que vos, el Capitan Diego Martin de Baena, habeis de guardar en la faccion que se os encomienda, de ir á reconocer la disposicion y estado de las cosas de la Guayana, de que habeis de traer ó enviar relacion y aviso cierto, para que conforme á él, con mayor tiento y acierto se acuerde y provea por los señores de esta Real Audiencia y por mí, lo que más convenga al servicio de su Majestad, en lo que está sobre lo que hasta ahora se ha propuesto, conferido y decretado.

Primeramente se os entregarán veinte y cinco ó treinta soldados, pagados por seis meses, con las armas defensivas y ofensivas, municiones, pertrechos y bastimentos necesarios. Con ellos os embarcareis en el puerto de Casanare, donde hallareis prevenidas piraguas y bogas, y desde esta ciudad al dicho puerto procurareis con todo cuidado que los dichos soldados no hagan agravios á los indios, particularmente, ni á otras personas, ni lleven indias, ni tomen bestias ni otro género de cosas, castigando gravemente á cualesquiera oficiales y soldados que en esto excedieren, y porque vos y ellos acerteis en la ejecucion de lo que se os encarga, ántes de embarcaros, os amonesto, que cumpliendo con las obligaciones cristianas, confeseis y comulgueis todos, devota y ejemplarmente, que ésta es la provencion más importante para que asegureis vuestro buen suceso.

Despedidos del puerto de Casanare, navegareis siempre con vigilancia, cuidado y consideracion, de que podriais á cada paso dar con los enemigos ingleses ó indios alzados, ó con los unos y los otros juntos, descubiertos ó emboscados, y puesto que de propósito no vais á pelear con ellos, por ser muy limitada y corta la fuerza que llevais para ese efecto, excusareis en todas las maneras posibles cualquier encuentro que se os ofrezca, si no fuere en caso que conozcais declarada ventaja de vuestra parte y que se os viene á las manos ocasion de poder prender algun enemigo inglés ó indio rebelado, de quien tomeis lengua de de lo que hay y pasa en la tierra, que este es el fin principal á que se dirige la diligencia presente, conforme á lo cual navegareis y os alojareis siempre sobre aviso, procurando no dejar cosa atrás que os pueda dañar, reconociendo los brazos, caños y esteros que hacen los rios y las riberas de ellos, donde se suelen descubrir rastros que os manifestarán si son de indios ó de gente calzada. Y esto se haga con tal moderacion, que ni se retarde notablemente el viaje, ni por atropellarle aceleradamente se deje de diligenciar lo que importare para vuestra seguridad y para que se consiga el efecto á que sois enviado, y no es necesario encargaros que en todo se observe y guarde la disciplina y estilo militar que sabeis y habeis ejercitado en otras ocupaciones, y particularmente en las que á mis ojos se os han encomendado del servicio de su Majestad.

Desde el punto en que saliereis del dicho puerto ireis poniendo por memoria y escribiendo las jornadas y sucesos de cada dia, demarcando como supiereis y entendiereis la tierra, sondando los rios y advirtiendo los que desagüen en ellos, apuntando las cosas considerables y notando á buena discrecion las distancias con medidas de leguas ordinarias, y los rumbos y las partes que hay rasas en las orillas de los rios y las montuosas, y en qué parajes, formando con comunicacion de las personas que fueren en vuestra compañía, más inteligentes, un mapa ó pintura de la tierra y rios que hay desde el puerto de Casanare á la ciudad de Santo Thome de la Guayana.

Llegado que seais á la Provincia de los Mapoyes, que son los primeros indios de paz, y estarán del puerto de Casanare (conforme á las relaciones que se me han hecho) como ciento y cincuenta leguas, tomareis tierra, con el tiento y recato conveniente, porque seria posible (si todavía persisten en la Guayana los ingleses) haberse alargado algunos y fortalecido en la dicha Provincia de Mapoyes, así para reducirlos á su amistad y ayuda, como para atalayar y estorbar los socorros que presumirán ó sabrán, y á qué pueden bajar de este Reino, pues con esta advertencia, y recelándoos tambien de solos los indios, cuyas traiciones por su mala inclinacion y poco segura paz, y particularmente si están inducidos y acariciados del enemigo, se deben justamente temer) desembarcareis en la dicha Provincia, y por medios suaves, halagos y algunas dádivas, siendo necesarias, trabajareis en atraerlos, aprovechándoos para esto de Diego García, soldado que va en vuestra compañía, que por haberse criado en aquella Provincia, sabe su lengua; y habiéndoles dado á entender con ardid y buena maña que os va siguiendo el Gobernador don Fernando, con un gran socorro de mucha gente de este Reino, en defensa suya y de los españoles, os informareis de los dichos indios, si los ingleses están aún en la ciudad de Santo Thome ó en otra parte, si se han poblado y fortificado, de manera que no traten de desamparar la tierra, ó si están de paso, ó se han ido, y si todavía duran en ella; qué salidas y correrías han hecho, qué sitios ó pasos han ocupado, qué número de gente será, qué armas traen, si han sacado alguna artillería de sus bajeles á tierra, qué bastimentos tienen suyos, y si han recogido algunos de nuestra comarca, cuáles y en qué cantidad, si retienen los bajeles en que vinieron ó los han despedido, de qué porte serán, y cuántos; si les ha venido nuevo socorro, ó lo esperan, si hay nueva de que hayan tomado la isla de la Trinidad con otra escuadra, si ésta se ha juntado con aquélla, ó aquélla con ésta, ó si corresponden,

atendiendo cada una á su empresa ; si nuestros indios sirven al enemigo forzados ó voluntarios, y si no todos, qué parcialidades, ó si conservan la amistad con los españoles, ó están neutrales.

Demás de esto, con singular diligencia habeis de inquirir si es cierta la muerte del Gobernador Diego de Acuña Palomeque, ó si está vivo y prisionero en poder del enemigo; si la gente que se escapó del asalto y de la refriega está en salvo, así mujeres, niños, impedidos y viejos, como soldados y gente útil, y particularmente os acordareis del Padre Leuro, Cura y Vicario de la ciudad de Santo Thome, que escriben se quedó tullido en su cama sin poderse ni poderle retirar : sabreis en qué parte está la dicha gente, y dado caso que ni del inglés ni de los indios haya recibido daño y esté libre, si se podrá conservar y cuánto tiempo, ó si la necesidad extrema de su sustento, ó la fuerza y crueldad de uno y otro enemigo la tiene en diferente estado ; y en cualquier acontecimiento acerca de esta materia, se os ordenará en otro capítulo lo que habeis de hacer.

Si en esta Provincia halláreis quietos los indios, procurareis reformar su paz y amistad con los medios referidos : si inobedientes y alterados, reducirlos buenamente por lo ménos, hasta sacar de ellos las noticias que pretendemos, porque para allanarlos de asiento por bien ó mal, ni llevais órden, ni fuerzas, ni espacio.

Hecha esta diligencia y continuando las que os parecieren convenientes en el discurso de vuestro viaje, hareis la misma en la Provincia de los Guaiqueries, que está diez leguas más abajo, y luégo en la de los Caribes, que comienza otras diez leguas de ésta y llega hasta la ciudad de Santo Thome. De estos Caribes será más cierto que tengais más recientes y seguras relaciones como de indios, que son todos unos y más vecinos á la dicha ciudad.

De la parte de éstas que os pareciere más á propósito, teniendo algunos indios de confianza, escribireis al Cabildo de la Guayana duplicando los despachos y remitiendo alguno de ellos, cuando os halleis más cerca, con soldado de la tierra de los que ahora vuelven en vuestra tropa ; y sintiendo que tiene riesgo, enviar los dichos despachos con indios que podrian entregarlos al enemigo, excusareis esa diligencia y hareis la segunda, avisando en general de cómo yo os envío adelante á saber del enemigo y de los amigos la fortuna que le corre, para que conforme al estado que tuvieren se envíe el copioso y efectivo socorro que se va aprestando, y que no va desde luégo así, por no hacer en vacío excesivos gastos de la Real hacienda, como porque siendo forzosos, instando la importancia y necesidad, ha menester más tiempo la conduccion de mucha gente, el aparato de armas, municiones y bastimentos, fábrica de embarcaciones y la prevencion de otras cosas concernientes á tan gran máquina como ha de ser necesaria para echar de aquella tierra tanto número de enemigos políticos ; si han hecho asiento y se han fortificado en ella, y que por haber tardado tanto el aviso del suceso aparecido, que con el transcurso de tiempo tan largo ya tendria diferente estado la tierra del que representaron, que tenia recien perdida ; y que cuando esté en el mismo para no caminar y proveer á ciegas, es fuerza saber primero con más certeza las que tiene el enemigo, y sacar mayor luz de sus designios, y entónces se proporcionará el socorro con el efecto que se pudiere esperar de él, puesto que ya el enemigo tiene y desde luégo tuvo ganado casi todo lo que aquella Provincia pudo perder, sin esperanza de recuperarlo, con solo los nervios de este Reino, y que el mismo Cabildo escribió á esta Real Audiencia que la gente estaba retirada en parte segura, donde por lo ménos hasta el fin de este mes de Mayo se podria sustentar ; que os avisen en qué sitio desambarcareis con seguridad, para juntaros con ellos y comunicar todo lo que llevais á vuestro cargo, comprendido en esta instruccion.

PROSÍGUESE LA INSTRUCCION.

HABIÉNDOOS llevado Dios con bien á juntaros con el dicho Cabildo y gente retirada, ellos os enterarán con mayores y más ciertos fundamentos de lo que pasa, y con su comunicacion y ayuda ejecutareis como os fuere posible y se confía de vuestra buena industria todo lo contenido en el capítulo cuarto de esta instruccion : no contentándoos con relaciones solas, en lo que vos por vuestra persona pudiéreis ver y manejar ; y para saber enteramente la verdad de todo (que es el fin principal de esta comision), intentareis por diferentes vias y con cualquier estratagema (que no desdiga de nuestra reputacion), interviniendo indios ó indias ú otras personas que por fuerza ó por algun accidente, siendo de nuestra devocion, estén con los enemigos, haber alguno de ellos á las manos, ó poniendo

emboscadas á los que salieren á matar ganado ó á los que se alejaren descuidadamente de sus fortificaciones á rescatar con los indios ó con otros fines. Así mismo podria ser que entre los ingleses viniesen algunos de otra nacion violentados ó descontentos, como se ha entendido, que hay algunos portugueses prisioneros y se os podrian ofrecer medios para que se pasasen á vuestra parte, prometiéndoles de la mia y en nombre de su Majestad premio y gratificacion del servicio que le hicieren, cumpliendo con la obligacion de cristianos y vasallos suyos en manifestar y advertir lo que conviniere para echar al enemigo y recobrar la tierra que nos ha usurpado.

Averiguareis con claridad y distincion qué hacienda de la caja Real tomó el enemigo, qué papeles ó haciendas de particulares, y los géneros de ellas, qué armas y municiones, artillería y pertrechos, qué número de gente de pelea habia en la ciudad cuando la asaltó el enemigo; cuántos soldados murieron, y si quedaron algunos prisioneros; cuántos se escaparon así de los útiles como de los impedidos, y de la familia, indios ó indias, negros ó negras del servicio y esclavos y de todos cuantos hay vivos; y éstos qué haciendas, qué armas y municiones salvaron y tienen al presente, y de todo me enviareis relacion.

Habiendo cumplido con estas advertencias y tomado lengua, volvereis con el aviso de todo, si ya no conviniese al estado de las cosas que os quedáseis haciendo espaldas y defensa á la gente de la tierra que no se pudiese venir con vos, ó no fuese acertado que la desamparasen, que esto se deja á vuestra prudencia y á la resolucion y acuerdo en que os conformareis con el Cabildo, y en tal caso me enviareis relacion de lo sucedido con média docena de soldados ó con los que juzgáreis necesarios, que vengan en alguna piragua ó curiara ligera y segura, señalándoles caudillo de satisfaccion y advirtiendo que todos los soldados ó los más de ellos sean nadadores, hombres de hecho y algunos cursados en esta navegacion, y no por esto se os prohibe que en el discurso del viaje podais enviar, yendo navegando, cualquier aviso de cosa considerable que os ocurra; ántes bien os doy órden que le envieis, siendo negocio de momento y que importe adelantar la noticia de él. Pero si (lo que Dios no quiera) la gente retirada de la dicha ciudad de Santo Thome fuere muerta ó estuviere en poder del enemigo, sin órden de poderla rescatar ó favorecer con las noticias que hubiéreis sacado, dareis la vuelta á este Reino y no dejareis allá gente vuestra, ni la poca restante de la Guayana, no habiendo de ser de provecho, sin ocasion de añadir pérdida á pérdida.

Tambien podria suceder, caso que hallando la gente viva no se pudiese sustentar ni conservar más tiempo en la isla donde se ha recogido, ó que en ella estuviese con gran riesgo de ambos enemigos ingleses é indios que se hayan rebelado, y si esto fuese así y tuviese la dicha gente desembarazada y libre salida y piraguas en que navegar (en ellas, y con vos se podria subir hasta la dicha Provincia de los Mayopes, donde estoy informado que hay sitio á propósito para entretenerse miéntras se tomase resolucion de traerla á este Reino si el enemigo durase en la Guayana, ó (habiéndola desocupado) de renovar su poblacion.

En el capítulo tercero, entre otras cosas, os ordeno que vais sondando los rios de vuestra navegacion, que son Casanare, Meta y Orinoco, y porque sabiendo el fin á que se endereza esta diligencia, pongais en hacerla mayor cuidado, ireis advertido de que el Rey nuestro Señor por cédula Real suya (dirigida á don Diego de Argote, Gobernabor y Capitan general de Santa Marta, fecha en diez de Julio del año pasado de mil y seiscientos y diez y siete, cuyo traslado acaso, y para diferente propósito entre otros autos, se trajo á esta Real Audiencia) ordena y manda al dicho Gobernador que atienda con particular cuidado á la custodia y defensa de la Provincia que está á su cargo, por haberse entendido que un enemigo inglés con gran número de gente ha salido de Inglaterra y viene con ánimo de poblar en la Guayana y de subir por el rio Orinoco arriba, y este aviso se confirma con el que se ha tenido de la pérdida de la dicha Guayana, y de que el mismo enemigo que su Majestad nombra y se llama Gualtero Reali, luégo que se apoderó de la ciudad de Santo Thome, envió tres lanchas á reconocer el dicho rio Orinoco, por el cual subieron cien leguas arriba y se volvieron, habiendo tardado en el viaje de ida y vuelta más de veinte dias, y porque así mismo, con personas fidedignas, prácticas, experimentadas y cursadas en la navegacion de los rios que hay navegables desde el mar hasta los puertos de este Reino, que caen en el distrito de la ciudad de Tunja, tengo hecha informacion que por los dichos rios puede llegar el enemigo á tomar tierra en los dichos puertos, será muy conveniente que desde el de Casanare, donde os habeis de embarcar, sondeis la parte de este rio que navegáreis, hasta entrar en el rio de Meta y el de Neta, hasta el de Orinoco, y el de Orinoco hasta el sitio

donde hubiéreis de desembarcar, para juntaros con el Cabildo y gente retirada de la Guayana, y veais y reconozcais qué fondos tienen los dichos rios y qué bajeles, y de qué porte los podrán navegar; si son rios limpios ó están embarazados en algunas partes con bancos naturales ó con árboles atravesados y con otros impedimentos, y si tienen raudales, cuántos y en qué partes; si suelen entrar grandes crecientes y en qué tiempos, con qué vientos se navega por ellos, y en qué meses del año corren más regularmente, y cuándo favorecen ó estorban la subida de los bajeles, para que visto y entendido lo sobredicho, su Majestad sea informado, y entre tanto que ordena y manda lo que en todo se ha de hacer, yo prevenga y provea cuanto juzgare ser necesario para la defensa de este Reino, por si acaso temerariamente se arrojase éste ó cualquiera otro enemigo á infestar nuestros puertos y hacer daño á los indios, ciudades y pueblos convecinos á ellos.

Tambien para en caso que el enemigo se haya poblado y fortalecido en la dicha Provincia de la Guayana, y se sirva su Majestad de enviar gente de socorro de España, con la cual á un mismo tiempo concurra la que ordenare que vaya de este Reino que á mi parecer la una y la otra han de ser necesarias para despoblar al enemigo, picándole por diferentes partes, procurareis saber y advertir con gran puntualidad, qué disposicion hay en la tierra para que la gente esté bastantemente proveida de los bastimentos que en ella se dan y crian, certificándoos de la calidad de ellos, en qué tiempo se cogen, cuántas cosechas hay en el año, y cuál de ellas es la más copiosa; y particularmente inquirais qué cantidad hay de ganados, qué pesquerías y en qué partes, parajes del rio; y si demás de conservarse el pescado salándose, se sustenta tambien sin sal, secándolo al humo y al sol, como se acostumbra en las tierras calientes de este Reino.

Si se ofreciere que el enemigo quiera venir á tratos con vos, no admitireis los impertinentes, sino los que juzgáreis importantes á vuestros designios, y en ese caso no permitireis punto del estilo que comunmente se guarda en semejantes ocasiones, procurando en todas ganar reputacion, y que el enemigo no reconozca flaqueza de vuestra parte, y así hareis vendar los ojos á la persona que os enviare, de manera que no pueda ver la fuerza con que os halláreis, ni el sitio y forma de fortificacion de vuestro alojamiento, ni saber el número de gente de vuestro cargo, haciendo con las mañosas demostraciones que alcanzáreis la mayor ostentacion de fuerzas que pudiéreis.

Encomiéndoos mucho que honreis á vuestros oficiales, y trateis bien á los soldados, tomando siempre de los que sintiéreis capaces en las materias que se trataren, su parecer y consejo; y os encargo y mando que tengais muy buena correspondencia con el Teniente, Justicia y Cabildo de la Guayana, advirtiendo que al dicho Teniente que lo es por nombramiento mio, habeis de estar subordinado para guardar y ejecutar las órdenes que os diere por escrito ó de palabra, en caso que confiriendo cualquier cosa que se deba hacer (que todas las habeis de tratar de conformidad) y si no la hubiere en vuestros pareceres, cumplireis entónces con tomar testimonio de vuestro parecer contrario ó diferente; y faltando vos ó estando ausente, ha de tener vuestras veces el Alférez Simon Fortunoso, que demás de pertenecerle por el oficio de Alférez, le nombro en falta ó ausencia vuestra, por cabo de la dicha gente, para que de ella sea obedecido y respetado, como vos lo habeis de ser, y para que cumpla y guarde esta instruccion, faltando vos ó estando ausente, como si á él principalmente se dirigiera por la satisfaccion que tengo de su persona.

Tendreis particular cuidado y cuenta con las municiones que no se gasten sin precisa necesidad, que no se moje y humedezca la pólvora, que los bastimentos vayan tan bien acondicionados, que no se corrompan, ya que teneis experiencia de cuán fácilmente se dañan en tierras calientes y húmedas; y en su distribucion guardareis la órden que se os dará aparte, teniendo siempre advertencia de reservarlos miéntras tuviéreis frutos de la tierra con que sustentar la gente; pues veis cuán dificultosa y costosa es la conduccion de ellos y que los habreis menester para dar algun refresco á los amigos retirados, y para cuando os hayais de volver ó enviar el aviso con soldados, considerando que hasta que llegue no se os han de enviar otros.

Y porque para disponer y facilitar vuestro despacho, y para otros efectos importantes, he ordenado al Contador Andres Pérez de Pisa, Veedor y Contador de la gente de guerra de este Reino, que vaya á la ciudad de Tunja y á las demás partes que le he señalado, vos y la gente de vuestro cargo, hasta que quedeis enteramente despachado para vuestra embarcacion, estareis á su órden, que por la gran inteligencia que tiene de estas materias, y muchas experiencias que he hecho del cuidado, actividad y acierto de sus acciones en todas

las cosas que se han ofrecido del servicio de su Majestad en este Reino, entre otras mayores que lleva ahora á su cargo, le ordeno que no consienta que estos soldados agravien, ni hagan molestia en los caminos por donde pasaren, ni en las posadas, estancias ó repartimientos donde se alojaren, á ningun género de personas, puesto que por mi órden y por su mano van proveidos de todo lo necesario. Fecha en Santafé á veinte y ocho de Mayo de mil y seiscientos y diez y ocho años. *Don Juan de Borja.*

CAPÍTULO XXVIII.

I.—Despáchase al socorro el Capitan Diego Martin, y llega á la ciudad de Santo Thome, que halla ya desocupada del enemigo.—II. Estragos que hizo el inglés en la ciudad, y tanteo de lo que montaria el pillaje.—III. Despacha la Real Audiencia de Santo Domingo por Gobernador de Guayana, á don Juan de Viloria, y recíbenle en la isla de la Trinidad, y no en la ciudad de Santo Thome.—IV. Socorros que le vienen á la ciudad de la de Puerto Rico, por parte del Rey y de la Gobernacion de Carácas.

CON esta instruccion y lo necesario al viaje de matalotajes y armas para treinta y tres soldados que llevaba en su compañía, se despachó de la ciudad de Santafé y Tunja el Capitan Diego Martin, y llegando contado en veinte y ocho de Julio del mismo año de seiscientos y diez y ocho, al puerto del rio de Casanare, que es donde se hace la comun embarcacion para las Provincias de Guayana y ciudad de Santo Thome, se embarcó en tres piraguas, y haciendo por el rio las diligencias que le ordenaba la instruccion, llegó á la ciudad á diez y nueve del mes de Agosto del mismo año, que la halló ya desocupada del enemigo, y á los vecinos de ella en unos nuevos ranchuelos que habian vuelto á reedificar desde veinte y nueve de Enero del mismo año, que fué dia siguiente al que se escribió la carta del aviso y socorro á la Real Audiencia de Santafé, y en el que se fué el enemigo. Porque estimulado de los catorce ó quince ingleses que dijimos le habian muerto en la labranza yendo á coger maíz, temiendo otros mayores daños de los vecinos, pareciéndoles bastaban el haberle muerto más de doscientos y cincuenta hombres en todas las refriegas y ocasiones que hemos dicho, pegó fuego á las pocas casas que habian quedado, iglesias y conventos, sin que quedase sola una en pié, y haciéndose á la vela, bajó una legua el rio abajo, donde dió fondo con toda su armada, y puso banderas de paz, á que no queriendo acudir los vecinos por no tener ninguna satisfaccion de la que pudiera dar, volvió á levantar velas y proseguir su viaje el rio abajo, deteniéndose en algunos puertos, en las Provincias de los naturales, persuadiéndoles matasen á todos los españoles, obligándoles á esto con hachas y cuchillos, que es lo que más aquellos bárbaros estiman, asegurándoles que dentro de un año volverian sobre aquella ciudad y acabarian con el remanente de los españoles que entre tanto se hubiesen escapado de sus manos, en venganza de los muchos que le habian muerto, que era el número dicho, con otros muchos que iban mal heridos. De todo lo cual hicieron relacion algunos indios amigos nuestros que habia entre los que iban irritando contra los españoles, y aficionándolos así á dos soldados, despacharon luégo los Alcaldes en una piragua, á la vista del enemigo, hasta que salió al mar.

Entrando ya con esto seguros los vecinos entre las pavesas de su desgraciada ciudad, lo primero que fueron á desvolver en ellas fué la casa de Francisco de Santa Cruz, donde les habian dicho las indias tenian curando al Cura y Vicario de la ciudad, el Padre Francisco de Leuro, á quien hallaron quemado sobre la cama, donde lo estaban curando, que al fin como herejes y sin fe, aun aquella obra buena natural, que comenzaron á hacer, la dejaron imperfecta, haciéndole mayor mal en quitarle la vida, que el bien que le comenzaron á hacer en quererle curar, y echando cuenta de lo que habia robado de la caja Real (que tambien hallaron hecha carbon en la casa del Gobernador, que la habia hecho meter allí cuando entró el enemigo, pudiéndola poner en cobro con tiempo fuera de la ciudad, segun parecer de algunos) hallaron que era hasta seiscientos reales en moneda, una barra de oro de cabo y cola, un tejuelo, y otros pedazos de lo mismo, que montaban hasta dos mil reales; una muy buena cadena de oro, un grande aguamanil de plata, y otras joyas de oro que estaban allí depositadas; doscientas y treinta hachas de hierro, y otras tantas vainas de cuchillos giferos, que se tenian para rescates de indios; veinte mosquetes, cuatro arcabuces, con otros seis cañones sueltos; diez barriles llenos de pólvora, un quintal de cuerda de España, pocas más de mil balas de mosquete, y muchas escrituras de deudas que

se debian á la caja, todos los libros de su cuenta, y las escrituras del archivo de la ciudad, dos piezas de artillería del fuerte, cuatro pedreros con sus cámaras, seis campanas de la iglesia mayor y de los dos conventos de San Francisco y Santo Domingo, con todos los ornamentos de las tres partes, todo el pillaje que se escapó á la entrada de la furia del fuego en las casas de los vecinos, pues si no fueron cuatro ó seis que sacaron alguna cosa de su ropa y algunas joyuelas, todo lo demás quedó en sus manos ó en las del fuego. Embarcó tambien tres esclavos negros, dos de una viuda llamada Mencia Ruiz, y otro de Pedro de Padilla, los dos indios que hemos dicho, que por todo se echó cuenta, importaria cuarenta mil ducados, sin otros ciento y cincuenta quintales de tabaco que pudo haber á las manos, porque lo demás, que serian hasta quinientos quintales que habia en el pueblo, no pudo huir de las llamas, á cuyo estrago se allega el que se hizo en el ganado mayor, y algun maíz que hubieron de las estancias y embarcaron de lo que habia en el pueblo, que todo junto fué perder los vecinos cuanto tenian, que perder fuera de las vidas. Habiendo querido Dios, como padre que ama mucho á sus hijos, que por haber hecho alguno alguna travesura, le da un repelon tan bien dado, que quedándose con los cabellos en los dedos, lo deja con escocimiento por buen espacio de tiempo, así parece sucedió á los de esta ciudad, que les quiso dar este repelon por mano de aquellos mismos con quienes estaban indiciados de rescates de contrabando.

Entre lo demás que llevó de socorro el Capitan Diego Martin, fueron, como lo pidieron los de la ciudad, despachos para que el Capitan Gerónimo Grados fuese Gobernador miéntras llegaba el propietario don Fernando de Berrío, que no se descuidó un punto en la diligencia que quedó haciendo en el Reino, de donde se despachó, salió y llegó á la ciudad de Santo Thome en el tiempo que luégo diremos. Pero entre tanto, habiendo tenido noticia la Real Audiencia de Santo Domingo, en la isla española, del suceso del enemigo y muerte del Gobernador Palomeque por el aviso que dijimos, dieron á los principios de la entrada del inglés los vecinos de la ciudad, pretendiendo estar á su cuidado (por tener para ellos recados de su Majestad) el gobierno de aquellas Provincias de Guayana, despachó título de Gobernador á don Juan de Viloria y Quiñónes, á once del mes de Abril del mismo año de mil y seiscientos y diez y ocho, para que gobernara aquellas Provincias, en falta del Gobernador Diego Palomeque. Despachado de la ciudad de Santo Domingo con estos recados el don Juan de Viloria, llegando á la isla de la Trinidad y á su ciudad San Josef de Oruño, le recibieron sin contradiccion alguna, lo que no le sucedió en la de Santo Thome, pues llegando á ella á lo mismo (á veinte y tres del mismo mes de Abril y el mismo año, habiendo proveido como hemos dicho) don Juan de Borja, Presidente de la Real Audiencia de Santafé, por su Teniente en aquella ciudad al Capitan Gerónimo de Grados, para entre tanto que llegaba á ella don Fernando de Berrío, no recibieron al don Juan de Viloria, diciendo no pertenecer aquello á la jurisdiccion de la Real Audiencia de Santo Domingo, sino á la de Santafé, como constaba por el nuevo título que le habia dado el Rey al don Fernando de Berrío, de restauracion de su gobierno, en que dice pertenecer al de la Audiencia de Santafé, y lo mismo dice en una cédula de recomendacion, que dijimos se le habia tambien despachado.

No fué menester hacer mucha resistencia de parte de la ciudad de Santo Thome á la pretension de don Juan de Viloria, por no aficionarle nada el estado en que veia las cosas de la ciudad, pues era más para trabajos que comodidades, y así con facilidad dió de mano á sus intentos y tomó la vuelta de la isla de la Trinidad, donde, como dijimos, estaba recibido en pacífica posesion. Tambien se recibió en el Cabildo de la misma ciudad de Santo Thome una carta y cédula de su Majestad, despachada en San Lorenzo el Real, á diez y ocho de Septiembre del mismo año de seiscientos y diez y ocho, en respuesta de la que el mismo Cabildo habia escrito, dando cuenta de lo sucedido, loando su Majestad y agradeciendo lo que habia hecho en su defensa y de la ciudad, haciendo tan valerosamente frente al enemigo, y que avisaba á los Gobernadores de Cumaná y Puerto Rico, les acudiesen con socorro y gente, y para el remedio instantáneo, que era necesario les proveyeran de Puerto Rico de ocho quintales de pólvora, veinte mosquetes y otros tantos arcabuces, con todo su aderezo; dos quintales de cuerda y cuatro de plomo, que parecia bastar para la gente que al frente tenia la ciudad. Tambien desde la de Carácas, á once de Marzo de mil y seiscientos y diez y ocho, despachó su Gobernador, don Francisco de la Hoz y Berrío, hermano del don Fernando de Berrío (que fué uno de los que se ahogaron este año pasado de mil y seiscientos y veinte y dos, en los galeones que se perdieron en el Canal de Bahama), al

Capitan Bernabé de Brea, Alcalde que era á la sazon de la ciudad de San Sebastian de los Reyes, con algunos soldados, lienzo para sayos de armas, alpargates y municiones en socorro de la de Santo Thome, á donde llegó á los primeros de Abril del mismo año, por tierra.

CAPÍTULO XXIX.

I. Recogidas todas sus naves, Gualtero Reali tomó la vuelta de la Florida y llegó á la Virgínia.—II. No le dejan desembarcar en ella, y así, sin detenerse, toma la vuelta de Inglaterra, donde á peticion de Embajador de España, por haber contravenido á las paces hechas con aquel Reino, le fué cortada la cabeza.

HABIENDO desembocado por las bocas del Orinoco las naves que se hallaron en el saco y destruccion de la ciudad de Santo Thome, y llegado al puerto de España en la isla Trinidad, donde con las demás las estaba aguardando el cosario Gualtero Real ó Reali, que no se le acrecentó poco la pena que ya tenia de la muerte de su hijo, con la que de nuevo le dieron con tantas de tantos soldados suyos como murieron en los refriegas, en especial siendo poco el reparo de estos daños, por el poco pillaje que habian sacado de la ciudad (aunque para sus vecinos fué muchísimo, pues fué de todo cuanto tenian), hizo recoger el General Gualtero algunas fustas que andaban robando por aquellos puertos, y habiendo celebrado las exequias de los muertos, se dió á la vela la vuelta de la Florida, á donde con buenos caminos llegó á la Virgínia, no cesando en el camino, así en el mar como en los puertos que topaba, de hacer grandes conminaciones de muerte al indio Cristóbal Guayacundo, que dijimos habia preso en Santo Thome, que era del servicio del Gobernador Palomeque, y natural del pueblo de Sogamoso en este Nuevo Reino, y á otro llamado Josef, que tambien hubo á las manos en Santo Thome, y murió ántes de llegar á Inglaterra, intentando de ellos por este camino sacar algunas noticias de minas en las Provincias de Guayana, para labrarlas á la vuelta que pretendia hacer, como lo dejaba concertado con los indios Caribes de Orinoco, sus amigos y nuestros contrarios.

Aunque pretendió Gualtero Reali desembarcar en el puerto de la Virgínia, no se lo consintió el Capitan inglés que la tenia á su cargo, aunque sobre esto hubo muchos requerimientos y protestaciones de una y otra parte, que aunque no sabemos las causas en que se fundaron, de ambas, para estas contradicciones, sabemos que el contrario de su armada, sin detenerse allí, por la resistencia que se le hizo, siguió su navegacion y llegó á salvamento al puerto de Plemua en Inglaterra, donde luego llegaron los ministros del Rey y otras personas particulares interesantes con quienes tenia el cosario hecho asiento. Y despues de haber pagado los derechos Reales y de Aduanas, repartió entre todos el pillaje de dineros y tabaco que llevaba, no quedando muy contentos, por decir que no equivalia la presa á los excesivos gastos que se habian hecho en la armada. Acabada la particion, el cosario Gualtero se fué á la ciudad de Lóndres, donde su mujer y familia le recibieron con mucho dolor y sentimiento de la muerte de su hijo.

El Presidente y Audiencia de Santafé, luégo que tuvieron hechas las prevenciones y socorros que se han dicho, dieron cuenta á su Majestad y su Real Consejo de las Indias enviando relacion de todo y persona particular, que fué el Secretario Hernando de Angulo, escribano de Cámara de la misma Real Audiencia, persona bien á propósito para el caso, y otros más arduos, que informase de lo hecho y de lo demás que se haria si los enemigos quisiesen ocupar aquellas Provincias, y presidiarse en ellas, como generalmente se entendia en aquella sazon. Causó mucha admiracion este suceso, del cual tambien dió cuenta la Real Audiencia de Santo Domingo, enviando aviso particular, y en él á don Lope de Morla, Tesorero que llegó pocos dias despues del de este Reino. De todo dió cuenta el Consejo de las Indias á su Majestad, y habiendo aprobado y confirmado los gastos que los Presidentes y Audiencias mandaron hacer en esta defensa, y dándoles gracias por la diligencia y cuidado que en ello pusieron, ordenó que todas las relaciones y avisos que se habian llevado de las Indias, se pasasen al Consejo de Estado y Guerra; y que por lo que tocaba á la contravencion de las paces asentadas entre las dos coronas de Castilla é Inglaterra, lo viese el Fiscal y pidiese lo que conviniese, sobre lo cual hubo muchas juntas y conferencias, de que resultó ordenar al Conde don Gomar, don Diego Sarmiento de Acuña, Embajador ordinario del Rey en Lóndres, que pidiese al de Inglaterra enmienda y satisfaccion de la muerte del Gobernador Palomeque y de lo que de su caja y del comun se ha-

bia robado. Esto se hizo el año de mil y seiscientos y diez y nueve, y el de mil y seiscientos y veinte se trató con mucha demostracion, y de ella resultó la prision del dicho Gualtero, y ponerle muy á recado en el Castillo de Plemua, y secuestrarle sus bienes, donde por términos jurídicos fué convencido y degollado públicamente. Dícese que el Gualtero fué gran corsario, y que navegando antiguamente por las costas de tierra firme é islas de Barlovento, halló una rica mina de oro en las riberas del rio Orinoco, de que llevó á Lóndres algunas pipas de tierra (como dejamos tocado), de donde sacó algun oro, y la tuvo encubierta más de treinta años, y en esta sazon dió noticia de ella, ofreciendo el irla á poblar. y para este efecto se hizo la armada, con la cual contravino, haciendo lo que se ha dicho, El indio Cristóbal Guayacundo, que llegó con el corsario á Inglaterra, y se halló cerca de él cuando lo degollaron, que parece lo llevó desde Guayana, solo para testigo de esto, despues de varios sucesos que tuvo, pasó á Madrid, y de allí volvió á Cartagena, de donde llegó á su tierra, el valle de Sogamoso, el año de mil y seiscientos y veinte y dos, donde hoy está.

CAPÍTULO XXX.

I. Llega á la ciudad de Santo Thome el Gobernador don Fernando y halla atemorizados los vecinos, por estar alzados los indios y haber muerto seis españoles.—II. Dáse cuenta del suceso de una faccion que salió á hacer el Capitan Grados á las provincias de los Aruacas y Caribes, en que lo prendieron ingleses.—III. Piden los enemigos rescates por el Capitan Grados, á lo que no quiere acudir el Gobernador don Fernando.—IV. Breve relacion del gran rio Orinoco.

EN el siguiente de mil y seiscientos y diez y nueve, á los once de Mayo, llegó á la misma ciudad su Gobernador propietario, don Fernando de Berrío, con cuarenta y cuatro soldados bien pertrechados de armas y municiones á su costa, en que gastó más de siete mil pesos, á quien recibieron con muy gran gusto, por parecerles saldrian con su llegada de los temores en que los tenian los naturales, que habian quedado alzados y rebeldes con la estada y diligencias del enemigo, á quien no podian castigar ni reducir, por ser tan pocos los soldados con que se hallaban. Y así solo se habia hecho ántes que llegara el don Fernando una salida al rio de Esquivo y Verius, principal morada de los Aruacas, que siempre habian sido hasta entónces amigos nuestros, que los hallaron tan rebelados con la comunicacion del inglés, que no solo no les quisieron dar por sus rescates los mantenimientos que la necesidad les obligaba á hacer aquella salida á buscarlos, pero á la sombra de fingida paz dieron sobre los nuestros, y matando seis de los vecinos de la ciudad, y entre ellos á Juan de Trillo, su encomendero, los demás escaparon de milagro, pues vinieron por espesos montes caminando hasta ella cincuenta dias, sin comer más que ruines frutas de árboles, y éstas muy tasadas, y algunos cogollos de bihao, con que quedaron todos tan atemorizados, que á no llegar tan á buen tiempo el don Fernando con socorro, estaban bien á pique de desamparar la tierra y plaza, con ser de las más importantes y necesarias de que siempre tenga presidio que haga frente al enemigo, como hemos visto que tiene el Rey en todas estas Indias, por ser los naturales de unas y otras provincias tantos, que llegan á más de cien mil, ya cebados con las dádivas y tratamiento de los herejes, que, como hemos dicho, solo les predican la libertad de tributos y conciencia con que ellos viven y estos naturales apetecen. Despachó luego que llegó el don Fernando (que fué á tres dias que hubo tomado desde aquella ciudad la vuelta de la isla de la Trinidad) el don Juan de Viloria al Capitan Gerónimo de Grados con una buena escuadra de soldados, á castigar los Aruacas de lo que habian hecho; y para reforzar el presidio de la ciudad, despachó á hacer leva de cien soldados á las Gobernaciones de Cumaná y la Margarita.

No era do tan pequeña importancia la faccion que salió á hacer con los treinta soldados el Capitan Gerónimo de Grados, que no se pretendiese conseguir de ella no solo el castigo y pacificacion de los Aruacas, sino tambien el castigar con ellos los Caribes, gente que lo es tanto, y tan perniciosa y mala, que no deja rincon en todas aquellas costas del Norte, así de islas como de tierra firme, que no inquiete y tenga sobresaltado sin un punto de seguro. Comenzó á tener en sus intentos buenos principios, con los sucesos que se deseaban, esta salida, pues en el rio de Baruma (que es el primero de estas provincias, donde habita la nacion Aruaca) sacó el Capitan Grados de paz todos los naturales que habia en él, y dejando pagados los indios para la guerra de los Caribes, y todos los bastimentos necesarios, y apercibidos para cuando se les avisase, pasó al rio de Esquivo, donde hizo lo propio,

y de allí al de Verius, donde estaban los delincuentes que habian muerto al Juan de Trillo con sus cinco compañeros, que sabiendo les entraban españoles, ya que iban se retiraron á una casa fuerte que tenian hecha para el intento, donde esperaron á los nuestros y pelearon valerosamente, pero al fin quedaron vencidos y bien castigados, aunque con pérdida de un soldado que murió en la refriega, y heridos otros seis ú ocho. Tomó con esto el Capitan la vuelta del rio de Esquivo, donde, como dijimos, tenia los bastimentos é indios de guerra pagados, despachando cuatro soldados al de Baruma, para que tomando todo lo que tambien estaba allí pagado de gente y matalotajes, á dia señalado bajasen á la boca del rio, donde se juntasen todos para hacer la entrada en los Caribes. Llegando el Gerónimo de Grados para el intento con dos piraguas á la boca del rio de Esquivo, halló seis navíos de enemigos, los cuatro más dentro, que estaban rescatando con los naturales, á quienes tenia ya otra vez pervertidos de como los habia dejado el Capitan, á quien despacharon luego que le dieron vista los enemigos, de los dos navíos que estaban más á la boca del rio, dos lanchas con cuarenta mosqueteros á reconocer las piraguas, que luego se apercibieron á la resistencia mosqueteándose un rato con las lanchas que tomaron, huyendo la vuelta de sus navíos, y los nuestros se ranchearon en unos caneyes que estaban cerca y ya sin gente, habiéndolas dejado el Capitan con mucha, por haberse ya alzado y aliado con los enemigos y concertado todos de matar á los españoles.

No obstante esto y otras señales que halló de alzamiento en las casas, pudiendo retirarse aquella noche á su salvo, se empeñó en más de lo que debiera, intentando hacer algun daño en los enemigos y naturales, fiado en los treinta y seis soldados que llevaba, de los mejores mosqueteros que habia en la ciudad y muchas municiones, y así se determinó pasar adelante aquella noche á las casas de un indio principal, donde habia dejado mucho cazabe y otras cosas de los soldados, pensando no estaria alzado, como lo estaba ; pues llegando á ellas, las halló despobladas, y él se halló metido entre cuatro navíos de enemigos en un rio muy angosto, donde ni podia pasar adelante ni volver atrás. Conocida su perdicion, acordaron escribirle al enemigo pidiéndole pasaje, poniéndole delante las paces hechas entre España é Inglaterra. Despacharon en respuesta de la carta un flamenco que saltando en tierra, se trató que para el dia siguiente se viesen los dos Capitanes, Gerónimo de Grados y el de los navíos, en la mitad del rio, sin llevar cada uno más que un soldado que le acompañase. Diéronse estas vistas y comenzándose á tratar sobre el caso, viendo el inglés estaba la piragua del Capitan apartada de tierra, donde no podia ser socorrido de sus soldados, determinó prenderle, como lo hizo con favor de los indios bogas que llevaba el inglés. Leváronlo al navío preso con su compañero, que era un Alonso de Montes, y los demás soldados, visto el caso, se determinaron á salir con la otra piragua por entre los navíos, que les dieron paso franco, contentándose con la presa que tenian. Los cuales tuvieron por partido llegar con la vida á Santo Thome á dar estas desgraciadas nuevas ; los ingleses llegaron á la boca de Arature, que es la que está arrimada á tierra firme de las del rio Orinoco, y despachando una carta á Santo Thome al Gobernador don Fernando, le daban cuenta de la prision del Capitan Grados, y que lo darian libre si daban por su rescate treinta quintales de tabaco; pero que si no, habian de subir al pueblo y quemarlo despues de haber ahorcado al Capitan Grados y á su compañero.

No se le dió mucho al Gobernador de la carta y amenazas, si bien habia sentido por extremo la prision del Capitan, pues respondió que si como él estaba preso lo estuviera su padre, lo dejara degollar ántes que dar en su rescate una onza de tabaco, y que no se le daba mucho subiesen al pueblo, donde los quedaba aguardando, con que los dos de los navíos alzaron velas tomando la vuelta de la Margarita, Cumaná y Carácas, para intentar en todas estas partes si hallaban quien rescatase á los dos presos por tabaco. Ya era esto por el año de mil y seiscientos y veinte, por el mes de Marzo ; despues por varios sucesos volvió el Grados á la ciudad de Santo Thome, donde murió en la cárcel, averiguándole no sé qué achaques acerca de amistades que habia tenido con los ingleses.

El valiente rio Orinoco (que en otras partes hemos llamado rio de Paria, por lo que allí dejamos dicho), de los más caudalosos del mundo, que despues de haber paseado más de cuatrocientas espaciosas leguas de tierra, con corrientes del Sur al Norte, entrando por siete dilatadas bocas enfrente de la isla de la Trinidad, en cincuenta y dos grados diez minutos de longitud, y de latitud ocho y diez minutos al Norte, hace dulces gran parte de las aguas saladas de aquel mar, y en cuya márgen cuarenta leguas arriba de sus bocas, á la banda del Oeste está plantada la ciudad de Santo Thome, en la provincia de los indios Guayanas.

Tiene sus nacimientos y primeras aguas en la provincia de Iscance, entre las dos ciudades de Pasto y Almaguer, que son en la Gobernacion de Popayan. Toma allí el nombre de su provincia hasta que llega á la de los Tamas, donde le entran por la banda del Poniente los valientes rios Papaneme y Placencia, que nacen al Leste de la cordillera que cae sobre el pueblo nuevo de Neiva, sesenta leguas al Sur de la ciudad de Santafé. Juntos estos tres rios sin otros muchos de ménos nombre en los Tamas, le llaman (perdiendo su primer nombre) Tama, y á quien más abajo Guayare, enfrente del pueblo de españoles de San Juan de Yeima. Pasando por otras provincias más abajo le llaman sus naturales Barraguan, donde le entra otro valiente rio llamado Meta, que, como hemos dicho otras veces, nace á las espaldas de la ciudad de Tunja al Oeste, en un pueblo de naturales llamado Boyacá ; pero ántes que entre el Meta en Barraguan recibe las aguas de otro gran rio que llaman Cazanare, y á todos así juntos en uno, con otros muchos que se les juntan, los más por la parte del Poniente, que son las espaldas del Nuevo Reino de Granada, le llaman Orinoco, hasta entrar en el mar por las siete bocas que dijimos, de tan crecidas aguas, que pueden navegar en ellas navíos de más de ciento y cincuenta toneladas más de docientas leguas, y por los que hemos dicho le entran ; pueden subir otras fustas de menor porte hasta bien cerca de la ciudad de Tunja y San Juan de los Llanos.

PUEBLOS Y OTRAS PARTES MÁS NOTABLES CON SUS GRADUACIONES, QUE SE COMPRENDEN EN ESTE PRIMER TOMO POR MODO DE RECAPITULACION.

LA primera y más antigua ciudad (como hemos visto por la historia de toda la gobernacion de Venezuela, que es de quien principalmente trata este primer tomo) es la de Coro, en sesenta grados y diez minutos de longitud, y diez grados y cincuenta minutos de latitud al Norte : fundada en una Provincia de indios llamada Coriana. Es cabeza del Obispado de Venezuela, sufragáneo del Arzobispado de la isla de Santo Domingo, y así está allí la Catedral con sus Prebendados y Canónigos, si bien el Obispo lo ménos asiste en ella, por ser la ciudad de Leon en Carácas más populosa y de mejor temple y seguro. Hacen los Prebendados el oficio divino con mucha puntualidad en ella, aunque la iglesia se está con solos principios, por la mucha pobreza de la tierra. Es tambien la ciudad, por la misma razon de su antigüedad, cabeza de la gobernacion de Venezuela, de donde se intitula el Gobernador de todo aquel partido, que tiene dos mil ducados de salario en situado, aunque su más ordinaria asistencia, por la razon dicha, es en Santiago de Leon de Carácas, donde tambien asisten los oficiales, Contador y Tesorero de la caja Real, que habian de estar en esta ciudad, que tambien tiene sus dos Alcaldes ordinarios, dos de la Hermandad, Regidores perpétuos y otras justictas, con Teniente general de Gobernador ; un convento de nuestra órden. Es tierra calidísima, tiene dos puertos razonables; ya está muy sin sustancia, por haberle faltado casi de todos los indios, y los que han quedado estar muy léjos de la ciudad la tierra adentro. Dánse algunas de las frutas de Castilla, como son uvas é higos, y todas las de la tierra, en especial unas que llaman datos, de tres ó cuatro colores, verdes, colorados, amarillos, naranjados, que echan unos árboles muy altos y feos, todos cubiertos de espinas, pero es la fruta de maravilloso gusto y dura los seis meses del año continuados.

Tras esta ciudad se pobló la del Tocuyo, que está en cincuenta y nueve grados y cincuenta minutos de longitud, y siete grados de latitud al Norte, ochenta y cinco leguas de la de Coro al Sur : es provincia de indios, poblóla el Capitan Caravajal, del Licenciado Tolosa, como dejamos dicho ; tierra muy caliente por la mayor parte, aunque tiene pedazos de fria y bien templada, pero en toda ella se da buen trigo, en especial en el valle de Quibor, con grandes crias de ganado mayor y menor. En las tierras frias goza de muy buenas aguas, falta de oro, abundante de algodon y de todas frutas de la tierra y de algunas de Castilla. Hízola famosa el haber muerto la gente de ella al tirano Lope de Aguirre. Gobiérnase por dos Alcaldes ordinarios, dos de la Hermandad y Regidores perpétuos, sujeta al Gobernador de Venezuela, que tiene de ordinario puesto en ella un Teniente. Tiene un convento de nuestro Padre San Francisco y otro de Santo Domingo, Cura y Vicario y algunos clérigos.

Tras ésta se fundó la Nueva Segovia, en la Provincia de Bariquisimeto, en cincuenta y nueve grados y treinta minutos de longitud, siete y cuarenta minutos de latitud al Norte, tierra muy caliente, y que á las cordilleras de Nirva, que le demoran quince ó diez y seis leguas al Leste, se ha hallado mucho y muy buen oro ; tiene crias de ganado

mayor y cabruno. Mataron en ella al traidor Aguirre, aunque despues de haberla destruido. Dánse de todas las frutas de la tierra y mucha miel de diferentes abejas que crian en la tierra en huecos de árboles y en racimos, que componen de panales, colgados de sus ramas. Tiene un convento de nuestra órden, Cura y Vicario, y clérigos que asisten á las doctrinas de indios, de quien ella es provincia sujeta al Gobernador de Venezuela.

El puerto de la Burburata, donde antiguamente hubo una ciudad poblada del mismo nombre, está en cincuenta y ocho grados veinte minutos de longitud, nueve y cuarenta minutos de latitud al Norte: despoblóse por las razones que dejamos dichas, y así está desamparado el puerto, que es muy bueno, sondable y capacísimo.

De donde está ocho ó nueve leguas al Sueste de la Nueva Valencia, en cincuenta y ocho grados de longitud, nueve y cincuenta minutos de latitud al Norte, sujeta á la gobernacion de Carácas, con provincias de indios que gobiernan dos Alcaldes ordinarios, dos de la Hermandad, con los demás ministros de justicia ordinaria; tierra muy caliente, de grandes crias de ganado mayor, abundante de pescado, de una valiente laguna dulce que tiene cerca, llamada Acarigua. Dánse las frutas de la tierra y algunas de Castilla, y cójese zarzaparrilla, mucha miel de diferentes abejas que crian en árboles y debajo la tierra, de que se saca mucha cera, aunque toda muy negra, y guayacan.

Cuarenta leguas de Coro al Oeste está fundada la ciudad de la Nueva Segovia, cuyos cimientos lamen las aguas de la laguna de Maracaibo al Poniente, cerca de su barra, en sesenta y dos grados y veinte minutos de longitud, diez y sesenta minutos de latitud al Norte, Provincia de indios, sujeta al Gobernador de Venezuela. Tiene dos Alcaldes ordinarios, dos de la Hermandad, caja Real con sus oficiales, para los derechos reales de las cargas y descargas del puerto, que es bien frecuentado de las fragatas del de Cartagena, y por donde se sacan los frutos de la mayor parte de la gobernacion de Venezuela y de algunas ciudades sujetas á este Nuevo Reino de Granada, tierra muy caliente y llana por la parte que mira al Poniente ó ciudad del rio de la Hacha, entre las cuales median los indios Goagiros, Cocinas y de los Eneales, gente belicosa y mal reducida hasta hoy, en cuyas tierras andan cimarronas más de cuatrocientas mil cabezas de ganado, de yeguas y caballos. Dáse cerca de este pueblo con mucha abundancia ganado vacuno y cabruno; no se da el de lana, por ser tan caliente. Hay un convento de nuestra religion, Cura y Vicario, y clérigos en las doctrinas, un Cristo crucificado, de bulto, en la iglesia mayor, que hace grandes milagros.

Al principio del golfo de Venezuela al Noroeste (respecto de la ciudad de Coro) está la entrada de esta laguna de Maracaibo y el cabo de Coquibocoa, entre cuyos indios solo se ha hallado hasta hoy, de todas estas Indias Occidentales, peso y toque para el oro. Despues está Bahíahonda y el Portete, y á lo último el cabo de la Vela, á quien dió nombre el Capitan Alonso de Ojeda, como más largamente diremos en la segunda parte. El cabo de San Roman entra veinte leguas al mar, doce de Coro al Norte, en sesenta grados de longitud y once de latitud. Solia el cabo de la Vela, que está en doce grados de latitud y sesenta y dos de longitud, ser más frecuentado á los primeros descubrimientos de estas Indias, que en estos tiempos, por la pesquería de las perlas del rio de la Hacha, de que al presente dan poco en qué entender.

La ciudad de Trujillo, que está en sesenta grados y cincuenta y cinco minutos de longitud, seis grados y cuarenta y ocho minutos de latitud al Norte, Provincia de indios, sujeta al Gobernador de Venezuela, mal sitio el del pueblo, por estar entre las angustias de dos encrespados cerros. Ya dejamos dicho de sus calidades y tratos. Hay un convento de recoleccion de nuestra órden, otro de Santo Domingo, Cura y Vicario y algunos clérigos que juntamente con los religiosos doctrinan los indios de su distrito.

El pueblo de Guanaguanare quince ó veinte leguas del Tocuyo al Oriente, provincia de indios, muy caliente, rica de pescado, zarzaparrilla y tabaco, sujeta al Gobernador de Venezuela; gobiérnase por dos Alcaldes ordinarios, dos de la Hermandad y los demás oficiales de justicia.

La ciudad de Portillo de Carora, en sesenta grados y veinte y cinco minutos de longitud, ocho y seis minutos de latitud al Norte, provincia de indios mal doctrinados por falta de sacerdotes, y ser la tierra inhabitable por falta de aguas. Hay un convento de nuestra órden, cura y vicario, tierra muy caliente y seca, por lo cual se dan mal todas las frutas, así de la tierra como de Castilla; dáse bien el ganado mayor y cabruno; gobiérnase por dos Alcaldes ordinarios y dos de la Hermandad, sujeta al Gobernador de Venezuela.

La ciudad de Carácas ó Santiago de Leon, tres leguas la tierra adentro del puerto de

la Guaira del mar del Norte, en cincuenta y seis grados y treinta minutos de longitud, diez minutos de latitud, donde asisten más de ordinario el Gobernador de Venezuela y el Obispo por su buen temple, como dejamos dicho. Tiene dos Alcaldes ordinarios y dos de la Hermandad, caja Real con Tesorero y Contador, convento de nuestra órden y de la de Santo Domingo. Un muy buen hospital de Santiago, Cura y Vicario, clérigos y religiosos que doctrinan los indios. De las demás calidades y propiedades suyas y de su puerto, dejamos largamente dicho en su lugar, como tambien de las ciudades de San Sebastian y el Palmar, que son tambien sujetas á esta Gobernacion de Venezuela.

La ciudad de Cumaná con su puerto, en cincuenta y tres grados y treinta minutos de longitud, nueve y cincuenta minutos de latitud. Es cabeza de gobernacion, y en lo espiritual sujeta al Obispo de Puerto Rico. Tiene el Gobernador mil y quinientos ducados de salario de situado, con poder de encomendar indios (como lo tienen todos los Gobernadores) en todo su distrito. Tiene dos Alcaldes ordinarios, dos de la Hermandad, Regidores perpetuos, caja Real con sus oficiales, Contador y Tesorero. Tiene un convento de Santo Domingo, Cura y Vicario, y algunos clérigos. Está una legua al Norte la gran punta y salina de Araya, en tierra firme, pasada la boca del golfo de Cariaco, en los mismos grados de longitud y latitud. Estánle sujetas la ciudad de Cumanagoto y la de San Felipe de Austria, de cuyas calidades, frutos y estalajes dejamos dicho en su lugar. Fué esta ciudad en algun tiempo rica por la guilla de las muchas perlas de la isla de Cubagua su vecina, de quien ya no se hace mencion, por haberle faltado del todo. Tambien tuvo algunos tiempos sujeta á su gobierno la isla de la Trinidad y ciudad de San Josef de Oruño, fundada en ella ; pero despues eso se ordenó de otra suerte, como hoy lo está sujeta inmediatamente á la Audiencia de Santo Domingo, por haber pretendido ser de su jurisdiccion y no de la Real Audiencia de Santafe.

Como lo es la ciudad de Santo Thome, poblada cuarenta y ocho leguas de la boca del rio Orinoco arriba en su márgen, en cincuenta y dos grados de longitud y seis de latitud al Norte, cabeza de gobierno, con salarios que tiene el Gobernador en frutos de la tierra, de quien hemos tratado largamente en lo último de este tomo. Fué tambien en algun tiempo sujeta á este gobierno la isla de la Trinidad, por haber poblado en ella la ciudad que hemos dicho de San Josef de Oruño (que hoy permanece) el Gobernador Antonio de Berrío, que pobló tambien la de Santo Thome; pero ya está desmembrada de este gobierno, por lo que dejamos dicho. Está esta isla en cincuenta y dos grados y diez minutos de longitud, ocho y diez minutos de latitud, que es la misma graduacion poco más ó ménos que tiene en la boca principal del rio Orinoco. De todo lo cual dejamos tratado largamente en sus lugares, sujetándonos en todo á los piés de la Santa Madre Iglesia, Católica y Romana, por cuyos acrecentamientos se han hecho los descubrimientos y conquistas que hemos referido

FIN DE LA SÉPTIMA NOTICIA Y DE ESTE PRIMER TOMO.

INDICE GENERAL DEL TOMO 1.°

DE LAS

NOTICIAS HISTORIALES DE LAS CONQUISTAS DE TIERRA FIRME

EN LAS INDIAS OCCIDENTALES

por Fr. Pedro Simon.

SEGUNDA NOTICIA.

CAPÍTULO XXIV.

CAPÍTULO XXV.

CAPÍTULO XXVI.

CAPÍTULO XXVII.

CAPÍTULO XXVIII.

CAPÍTULO XXIX.

CAPÍTULO XXX.

CUARTA NOTICIA.

CAPÍTULO I.

CAPÍTULO II.

CAPÍTULO III.

CAPÍTULO IV.

CAPÍTULO V.

CAPÍTULO VI.

CAPÍTULO XVIII.

CAPÍTULO XIX.

CAPÍTULO XX.

CAPÍTULO XXI.

CAPÍTULO XXII.

CAPÍTULO XXIII.

CAPÍTULO XXIV.

CAPÍTULO XXV.

CAPÍTULO XXVI.

CAPÍTULO XXVII.

QUINTA NOTICIA.

CAPÍTULO I.

CAPÍTULO II.

CAPÍTULO XIII.

CAPÍTULO XIV.

CAPÍTULO XV.

CAPÍTULO XVI.

CAPÍTULO XVII.

CAPÍTULO XVIII.

CAPÍTULO XIX.

CAPÍTULO XX.

CAPÍTULO XXI.

CAPÍTULO XXII.

CAPÍTULO XXIII.

CAPÍTULO XXIV.

CAPÍTULO XXV.

SEXTA NOTICIA.

CAPÍTULO I.

CAPÍTULO II.

CAPÍTULO III.

CAPÍTULO IV.

CAPÍTULO V.

CAPITULO VI.

CAPÍTULO VII.

CAPÍTULO VIII.

CAPÍTULO IX.

CAPÍTULO X.

CAPÍTULO II.

CAPÍTULO III.

CAPÍTULO IV.

CAPÍTULO V.

CAPÍTULO VI.

CAPÍTULO VII.

CAPÍTULO VIII.

CAPÍTULO IX.

CAPÍTULO X.

CAPÍTULO XI.

TABLA DE LAS COSAS MÁS MEMORABLES

DE LA PRIMERA PARTE DE ESTA HISTORIA.

C

D

E

H

I

J

L

LL

M

N

O

P

Q

R

S

T

U

V



Y

Z



